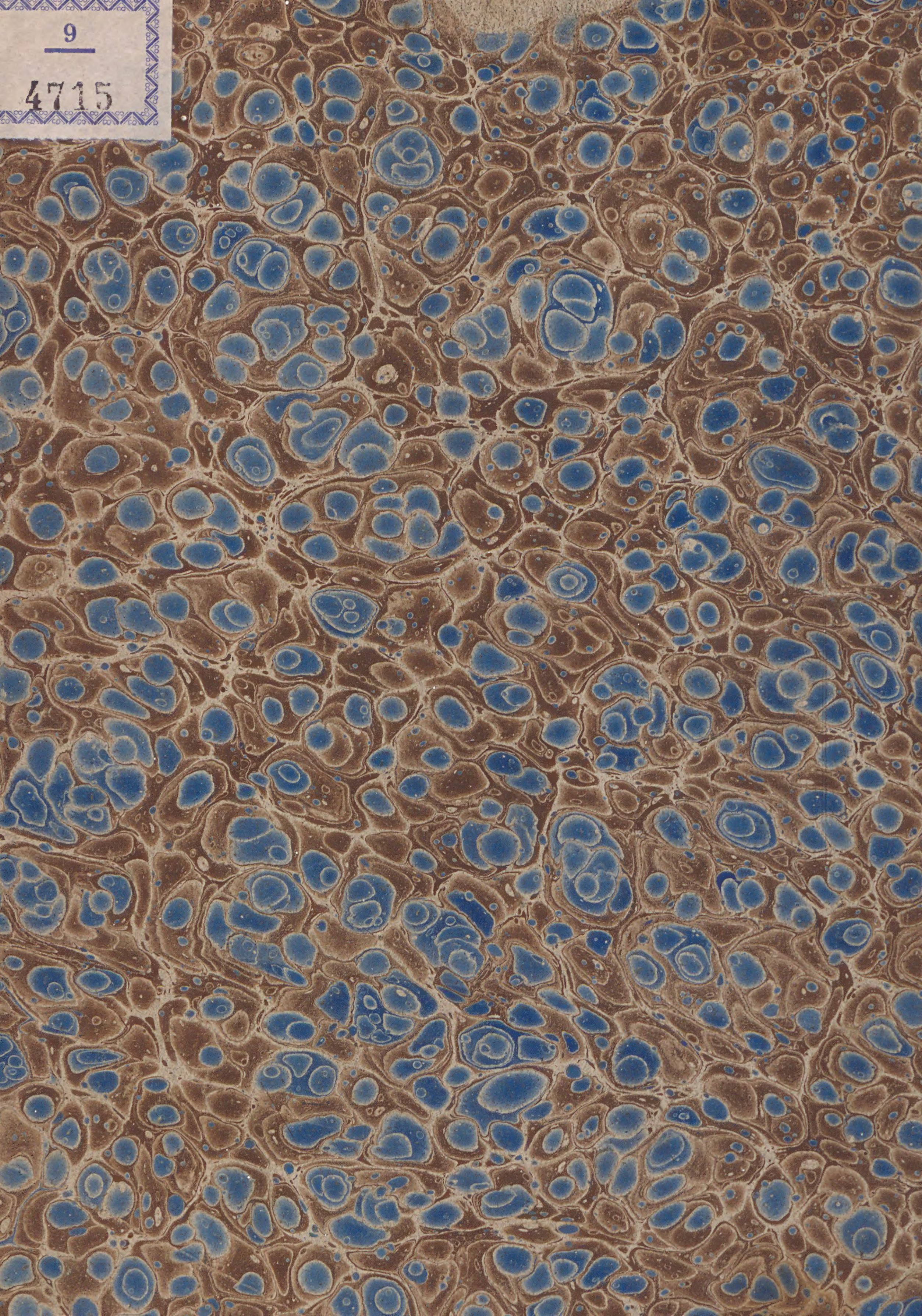
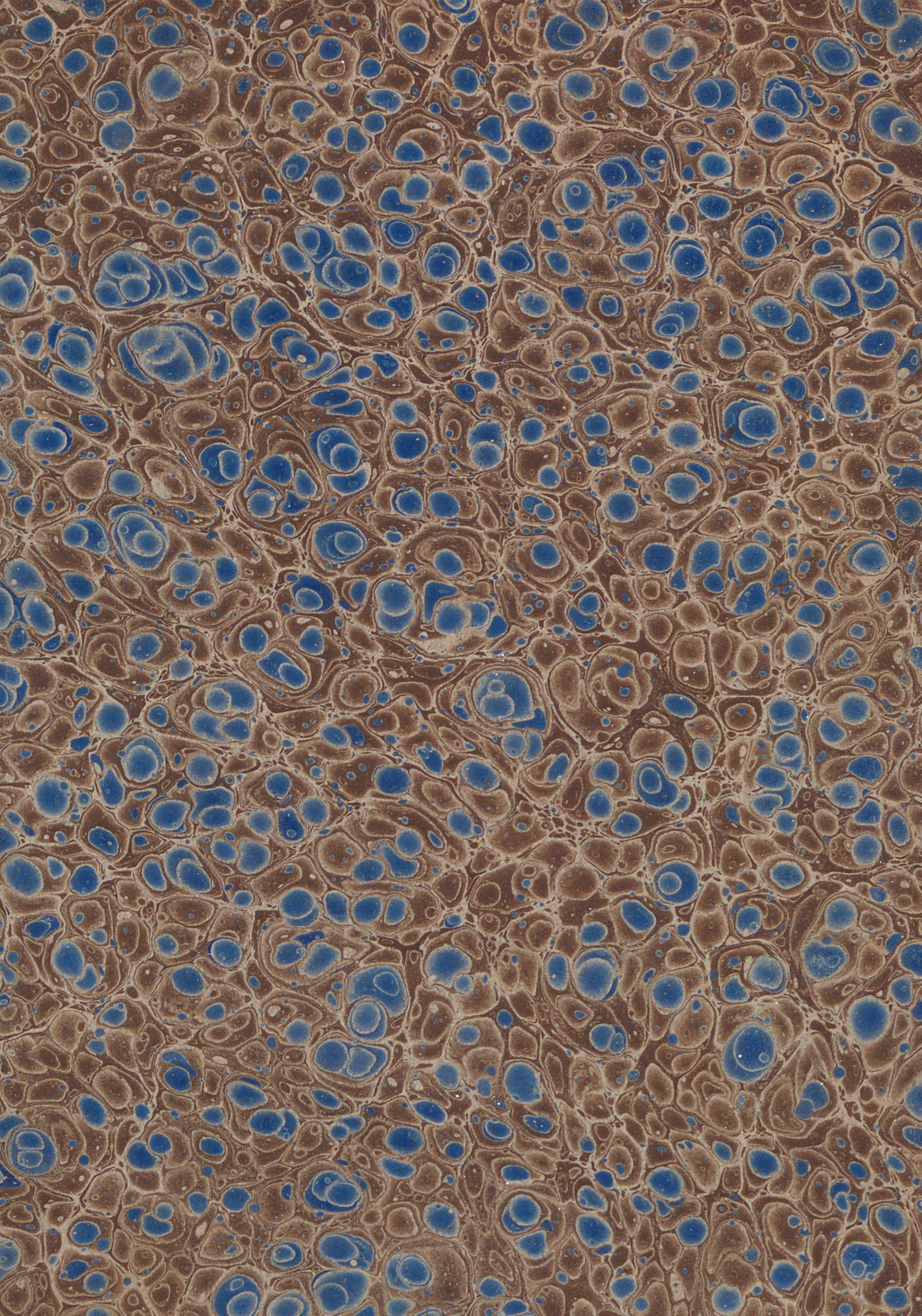



9
4715





HISTORIA

DEL LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA,

CRÓNICA DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS NOTABLES, GLORIAS, TRIUNFOS, COMBATES Y SUFRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES PARA SALVAR SU LIBERTAD É INDEPENDENCIA, CON TODOS LOS SUCESOS QUE CONTIENE LA QUE ESCRIBIÓ

EL EXCMO. SR.

CONDE DE TORENO,

POR

D. Miguel Agustin Príncipe.

OBRA PINTORESCA

Ilustrada con mas de mil grabados representando vistas de monumentos y escenas de revolucion, y una galería de retratos grabados en acero de todos los hombres distinguidos.

III.

MADRID.—1852.

LIBRERIA DE A. SALA, CALLE DE TOLEDO, NÚM. 118.



Mas ay! que ella lidiaba
Y sangre á rios sin cesar vertia,
Y mientras fiera á un déspota vencia,
El trono de otro déspota elevaba!!!

EL AUTOR, *Oda á el Dos de Mayo.*

F. Perez lit.º   Lit. de Perez y Donon.



CAPITULO I.

Estado de la nacion á principios del año 1810.—Considerables refuerzos que recibe el ejército francés: se dirige este á las Andalucías: penetra en las gargantas de Sierra Morena: destruye las divisiones españolas que defienden su paso.—Ocupa Sebastiani á Granada y Málaga.—Marcha Victor sobre Sevilla: entra en dicha ciudad José Napoleon con su ejército.—Conflicto de la Junta Central: se retira á la Isla de Leon: desmanes populares contra algunos de sus individuos.—La plaza de Cádiz nombra una Junta de Gobierno para que prepare su defensa: entusiasmo de los habitantes.—Disolucion de la Junta Central: nombramiento de la Regencia.—Entra en la Isla la division del duque de Alburquerque.—Llegan los franceses á la vista de Cádiz: le intiman la rendicion: lacónica respuesta de la junta.—Quejas del duque de Alburquerque: es relevado del mando del ejército: marcha de embajador á Londres, donde muere.—La Gran Bretaña conoce lo crítico de su situacion: hace salir á su ejército de la inaccion en que se encuentra.

COMPROMETIDO, triste y estremadamente apurado era el estado de la nacion á principios del año 10. Destruido en Ocaña el ejército mas poderoso que habíamos reunido durante la lucha, y cuya organizacion era fruto de los que parecian ser ya sus últimos é impotentes esfuerzos; desbaratadas en Alba de Tormes las fuerzas que á las órdenes del duque del Parque operaban en la provincia de Salamanca; rendida Gerona, despues de haber admirado al mundo con su heróica defensa; abandonados los españoles del ejército aliado, que se habia internado en Portugal; triunfantes las legiones imperiales en Cataluña, Aragon y Valencia; envuelta la Junta Central en el conflicto de tantas desgracias y entre las pasiones de sus componentes, y amortiguado el espíritu público, ya por el desaliento que acompaña siempre al infortunio, ya por la inercia de los que abandonado habian la sagrada obligacion de dirigirlo rectamente, parecia llegada la época señalada por el destino para la muerte de nuestra independencia. ¿Por dónde, se preguntaban los españoles, atónitos á la vista de tan inesperadas desgracias, por dónde hemos llegado á la triste posicion en que nos vemos? ¿Qué se han hecho nuestros sacrificios y nuestros triunfos de 1808? ¿No fuimos nosotros los primeros que en

Valencia, Bailen y Zaragoza obligamos á lamer el polvo á aquellas orgullosas legiones que habian talado la Prusia, hecho volver las espaldas á las huestes del gran Federico, y señoreádose del alcázar de María Teresa? ¿Cómo es, pues, que esas mismas legiones se ostentan ahora triunfantes, humillando de un modo tan triste la altivez y el orgullo español?

Las respuestas que podian darse á estas sentidas preguntas eran desgraciadamente mas propias para aumentar el desaliento que para reanimar el espíritu nacional, pues al paso que nuestras desdichas eran obra en su mayor parte de la reconocida impericia que caracterizaba al gobierno, las miras retrógradas de este en lo que concernia, á la reforma hacian fundadamente esperar, sino se variaba de hombres, que el fruto de los nuevos sacrificios prestados por el pais á fin de sostener su independencia, vendria á ser en último resultado el que obtuvieron nuestros mayores, cuando despues de sostener por espacio de mas de 700 años una lucha cruel y desoladora, legado funesto de los desórdenes de Witiza y Rodrigo, no lograron sino labrar otra cadena mucho mas pesada que la de los mismos infieles, cayendo tras el triunfo conseguido nuestros fueros y libertades en todas las provincias de España.

Estas convicciones que principiaban á germinar entre los hombres pensadores y de las que, con utilidad comun, pudiera haber sacado tan ópimos frutos el emperador Napoleon á cegarle la ambicion algo menos, contribuyeron á aumentar el tédio con que gentes amantes del progreso miraban á la Junta Central; y esto, unido á la circunstancia de seguir en aumento los desastres, hizo acelerar su caida, siguiendo mientras tanto firme España en su empeño de *morir ó vencer* antes que ceder al tirano.

Una resolucion tan heróica como propia del valor español, que parece vigorizarse cuanto mas arrecia el peligro, fué toda necesaria para no sucumbir al inmenso poder que el ejército invasor ostentó al principio de este año, cuando Napoleon, libre ya de la guerra del norte por la ventajosa paz que alcanzó en el Danubio, y preparando su enlace con la archiduquesa María Luisa, despues de repudiar á Josefina, fijó toda su atencion en los asuntos de España, cuyo ejército aumentó hasta el número de trescientos mil hombres. Con él pensó espulsar ante todo á los ingleses de Portugal, facilitando asi su dominacion en toda la Peninsula; pero á su hermano José, cuyo principal deseo era la disolucion de la Junta Central, á quien equivocadamente creia condicion esencial y sine *qua non* de la resistencia de los españoles, le pareció mejor, y asi lo propuso al emperador, invadir antes las Andalucías.

Alcanzada su venia para ello, púsose José á la cabeza de un ejército de cincuenta y cinco mil hombres, cuya direccion encargó al mariscal Soult, quien siguiendo las instrucciones de Napoleon, pensó en penetrar desde luego en el pais andaluz por las gargantas de Sierra Morena.

La posteridad se negará á creer que unas sierras formadas exprofeso por la naturaleza para librar aquel territorio de invasiones estrañas, se encontráran despues de dos años de una guerra invasora sostenida contra tan esperimentados caudillos, abandonadas enteramente á su estado natural, cuando debian haberse convertido en otras nuevas Termópilas, incomparablemente mas fuertes é inespugnables que las que sirvieron de tumba á los trescientos héroes espartanos.

De este inconcebible abandono del gobierno español se aprovechó oportunamente el ejército de José, y mientras el 20 de enero forzaba el general Dessolles el puerto del Rey, y dispersando á los españoles de Giron que se hallaban en él se dirigia á la Carolina, pasó el general Gazan el puerto de Muradal, y estrechando á los nuestros por su retaguardia facilitó la marcha por el camino de Despeñaperros á su compañero Mortier, quien obligó á los españoles situados en dicho puerto á abandonar sus posiciones y emprender la fuga, dejando en poder del enemigo quince piezas de artillería y varios prisioneros. Alguna mas resistencia encontró Sebastiani por la parte de Montizon, pues el general D. Gaspar Vigodet, á pesar de la inferioridad



de sus fuerzas, defendió por espacio de dos horas las ventas Nueva y Quemada, y aun hubiera conseguido continuar su retirada tan ordenadamente como la habia empezado, si la cobardía de uno de sus escuadrones no hubiera introducido el terror en la infantería y causado la dispersion de toda la division, refugiándose Vigodet á Jaen, en donde encontró á los generales Areizaga, Giron y Laci desesperanzados todos del buen éxito de la lucha. Al dia siguiente alcanzó Sebastiani á la division del general Castejon y la hizo toda prisionera en Arquillos, cerca del Guadalimar.

La pérdida de los españoles en estas dos jornadas ascendió á dos generales, muchos oficiales y seis mil hombres prisioneros, cayendo igualmente en poder del francés todos los almacenes, parques y hospitales de las divisiones que despues de la derrota de Ocaña se habian reunido en Sierra Morena.

Salvados por los franceses, y á tan poca costa, unos puntos que pudieran haber servido de sepulcro á su ambiciosa soberbia, marcharon sin obstáculos hácia Granada y Sevilla. A la primera de estas ciudades dirigióse el general Sebastiani con su division, y el 28 alcanzó en Alcalá la Real las reliquias de las tropas españolas de Sierra Morena, que en número de siete mil hombres se replegaban sobre Granada, á las órdenes de los generales Areizaga, Freire y Copons. En Alcalá hubo un choque sangriento, hasta que en vista de la escesiva superioridad del enemigo, se retiraron los españoles hácia Guadix, abandonando el parque de artillería en Iznalloz, y marchando Areizaga á Murcia con algunos caballos, y Copons con su pequeña division al condado de Niebla.

Destituida Granada de todo medio de defensa, y sobrecogida con tan repetidas derrotas, hubo de resignarse á su suerte dejándose arrollar del torrente, y abandonando su hermoso suelo á discrecion del general Sebastiani, el cual hizo prestar juramento de fidelidad al rey José tanto á los empleados públicos, como á las personas notables de la ciudad y á un batallon suizo de mil hombres que, procedentes del ejército de Dupont, se habian alistado en las banderas españolas. Utilizando luego Sebastiani los abundantes almacenes de provisiones que encontró en Granada, fortificó la Alhambra, guarneciéndola con seis mil hombres y abasteciéndola de víveres para seis meses.

Tomadas estas y todas las demas precauciones que la prevision exigia, marchó

sobre Málaga, en cuya ciudad la noticia del paso de los franceses por Sierra Morena, lejos de abatir habia exaltado la ardiente fibra andaluza, en términos que si hubieran los paisanos tenido la felicidad de encontrar hombres dignos de dirigir su entusiasmo, pudieran haber dado mucho que hacer al ejército invasor. Pero en esta ocasion sucedió lo que en tantas otras acontece, cuando la carencia de talentos en los que se ponen al frente de los movimientos populares privan á estos de todos los frutos que debian por sí producir. Asi, el movimiento de Málaga, á cuya cabeza se puso el coronel americano Abello, despues de disgustar al pais con varios escesos, vino á deshacerse como el humo al aproximarse Sebastiani, que envuelto con los fugitivos entró en la ciudad, haciendo pagar caro á muchos su mal dirigido entusiasmo, mientras otros que no querian sujetarse al gobierno intruso se embarcaban en tres buques de guerra ingleses que estaban en el puerto.

El grueso del ejército francés siguió el camino real de Andalucía, y el 28 de enero entró Mortier en Ecija, mientras Victor hacía lo mismo en Carmona, presentándose á continuacion delante de Sevilla, que abandonada del gobierno, sin ejército y rodeada de fortificaciones de inmensa estension, levantadas sin sujecion al arte y cuya defensa exijia de cincuenta á sesenta mil hombres, no tuvo mas arbitrio que enviar al mariscal francés un proyecto de capitulacion. Victor repitió las promesas contenidas en el ritual de Napoleon, y el 1.° de febrero á las diez de la mañana entró José en Sevilla, en cuyo recinto encontró mas de 200 piezas de artillería, un inmenso número de armas y municiones, abundantes almacenes de víveres y una crecida riqueza en azogues y tabacos, todo lo cual hubiera podido salvarse sin el aturdimiento de la Junta Central, de la cual es preciso ocuparnos por última vez.

La Junta Central, con la anarquía en su seno y el desaliento en su ánimo, luego que supo el movimiento de los franceses sobre las Andalucías, decretó en 13 de enero su traslacion á la Isla de Leon, en donde debia reunirse el 1.° de febrero; pero la precipitacion con que avanzaba el enemigo, y sus no interrumpidos triunfos llevaron la consternacion y el espanto al seno de aquella corporacion, cuyos azorados vocales salieron en la noche del 23 al 24 de enero, unos por el rio hasta San Lucar y otros por tierra hácia Jerez, sin haber tomado antes ninguna de aquellas urgentes providencias que tan imperiosamente reclamaba lo crítico de la situacion, quedando la desgraciada Sevilla espuesta á todas las funestas consecuencias que de tan súbito abandono debian temerse. Por fortuna las evitó en gran parte la resolucion del pueblo sevillano, que en la mañana del 24 proclamó á la junta provincial de Sevilla por Suprema del reino, nombrando individuos suyos á D. Francisco Saavedra, al general Eguía, al marqués de la Romana, á Palafox y al conde del Montijo, que aunque pertenecientes á la Central, se encontraban presos entonces por disposicion de esta misma. De los centrales que marcharon por tierra, fueron insultados algunos en Jerez de la Frontera, corriendo varios de ellos grave riesgo de perecer á manos de la plebe que, como sucede en tales casos, no sabia atribuir sus desgracias sino solamente al gobierno.

Uno de los hechos que mas altamente deponen contra la Junta Central, y evidencian su incapacidad para el mando, es sin duda alguna el olvido en que en medio de tantos conflictos tuvo á la importantísima plaza de Cádiz. Esta ciudad, que situada entre el Océano y el Mediterráneo está destinada por la naturaleza á ser el emporio del comercio de ambos mundos, y cuya aislada posicion es la mas propia para convertirla en la primera poblacion libre de un sistema mercantil, debiendo en el interin ocupar un lugar preferente en los cuidados del gobierno que, gozando la dicha de poseerla, sea capaz de conocer todas las ventajas que de su conservacion puede reportar; esta ciudad, decimos, se encontraba en la mas absoluta ignorancia de cuanto pasaba en Sevilla, en tanto grado, que su gobernador, D. Francisco Javier Venegas, al comunicar al pueblo las dudas que á él mismo le aquejaban, decia: «En este gobierno no hay mas antecedentes que un oficio del Sr. D. Francisco Saavedra, presidente de la junta de Sevilla, en el que aquel

Excmo. ó Sermo. Señor, le avisa que aquella corporacion ha reasumido en sí el mando.» Nótese bien la incertidumbre en que se encontraba el gobernador de Cádiz, cuando no sabia el tratamiento que correspondia al Sr. Saavedra, puesto que ignoraba el carácter de la junta que presidia. ¡En tan lamentable horfandad, en tan positiva anarquía dejó sumidos á los pueblos el aturdimiento de la Junta Central!

A pesar de eso, y en medio de circunstancias tan apuradas, capaces de amilanar los ánimos mas esforzados, no presentó la ciudad de Cádiz el menor síntoma de abatimiento, y se equivocan mucho ó exageran bastante por lo menos los que, como el Sr. Muñoz Maldonado, creen que habria sido sorprendida y ocupada *fácilmente* si los franceses hubieran precipitado su marcha sobre ella. Equivócanse, repetimos: lo primero porque nunca existió dentro de sus muros la alarma que el citado autor supone, y lo segundo porque, aunque es verdad que en su recinto apenas habria mil hombres veteranos, contábanse en él sin embargo mas de diez mil, no armados tumultuosamente como supone dicho historiador, sino organizados, regimentados y perfectamente instruidos desde 1808. Mantenidos y uniformados á sus espensas, habian dado la guarnicion de la plaza durante la lucha, mandando á los ejércitos de operaciones los diez mil hombres que dicha ciudad necesita en pié de guerra. Estas fuerzas, abrasadas del mas ardiente patriotismo y llenas de aquel entusiasmo por la independencia y la libertad que en todos tiempos ha distinguido á los gaditanos, hubieran detenido los pasos del mismo Napoleon delante de las formidables baterías del puente de Zuazo, y dado lugar á la llegada de los millares de dispersos que de todas partes, y sin contar con la division del duque de Alburquerque, fueron reuniéndose en Cádiz en los primeros dias de febrero, á mas de que en último caso, y precisados á haber tenido que aventurar el todo por el todo, le quedaba siempre el arbitrio de abrir las puertas á la division británica, que con ese objeto se hallaba en la plaza de Gibraltar. Pero la prevision del patriotismo no dejó llegar la necesidad á semejante estremo, y para ello, á tiempo que el ayuntamiento de Cádiz celebraba su sesion ordinaria el 27 de enero, se presentó en él su distinguido síndico D. Tomás Isturiz, y con decision y firmeza manifestó al cuerpo municipal el estado crítico de la patria y las medidas que debian adoptarse para la salvacion de la ciudad, siendo una de ellas, y ciertamente la principal, la creacion de una junta nombrada por el pueblo, compuesta de diez y ocho individuos, en consideracion al igual número de barrios en que estaba dividida la poblacion, para que se encargase de todo lo concerniente á la defensa de aquel interesante punto.

El ayuntamiento, asintiendo en un todo á los deseos del síndico, adoptó la creacion de la citada junta, y para su nombramiento fueron admitidos á votar, durante todo el dia y noche del 28, cuantos vecinos quisieron presentarse al efecto, sin escluir á clase alguna, resultando de un acto tan verdaderamente libre la corporacion mas popular posible, y tambien la demostracion mas evidente de que el pueblo cuando obra por su propio instinto y libre de toda coaccion, rara vez se equivoca, antes bien es en él lo comun encontrar casi siempre lo mejor.

El 29 se instaló la junta, sin aparato de ninguna especie; pero sí en medio de la general satisfaccion y de la suma confianza que inspiraban los diez y ocho nombres que figuraron en ella, y en los que se veian representadas todas las clases de la sociedad, desde el honrado artesano hasta el opulento capitalista, desde el sabio y virtuoso eclesiástico hasta el bravo y mutilado militar.

Por mas que la calumnia, la envidia y la maledicencia hayan procurado denigrar á la junta gaditana del 29 de enero y oscurecer sus eminentes servicios, estos acabarán por confundir la murmuracion de sus émulos, obligándoles á reconocer que aquella corporacion debe ser considerada como la primera causa de la salvacion de la patria; pues sin su prestigio, sin los recursos de sus individuos, sin el crédito que muchos de ellos disfrutaban entre las primeras casas de comercio de todo el mundo culto, sin su heróico desprendimiento y sin las demas circunstancias que

tan altamente los distinguian, ni hubieran podido proporcionar al supremo gobierno las sumas inmensas que pusieron á su disposicion, sin las cuales le habria sido imposible salir del intrincado laberinto en que le tenian puesto los pasados desórdenes, ni les hubiera sido dado hacer frente á las multiplicadas obligaciones que los asediaban de contínuo, ni hubieran podido, en fin, preparar como prepararon desde las columnas de Hércules, la reconquista de todo el suelo español. Paguemos, pues, este tributo de justicia á la digna memoria de unos tan preclaros varones, que tras sus eminentes servicios retiráronse al hogar doméstico, sin sueldos, sin condecoraciones, sin distincion alguna y sin otra recompensa que la que goza el hombre virtuoso en la satisfaccion interior de su pura y tranquila conciencia, y en el íntimo convencimiento de haber cumplido con sus deberes.

Para lograr este fin dedicóse la junta gaditana desde el instante de su instalacion á trabajar asíduamente en beneficio público. El abasto de la ciudad, la traslacion á ella de los caudales y preciosidades existentes en los pueblos vecinos, el acopio de armas y municiones, el reparo de las fortificaciones, la construccion de otras nuevas, el vestido y equipo del soldado, la ereccion de hospitales; en suma, cuanto un gobierno previsor y eminentemente popular puede disponer para prepararse á sufrir un sitio como el que esperaba á Cádiz, todo fué objeto de la solicitud de la junta en aquellos dias de conflicto. Ella fué la que ofició al duque de Alburquerque, que vagaba por los flancos del ejército francés, para que se retirára sobre Cádiz, en donde encontraria su division todo cuanto necesitára; palabra que cumplió exactamente, por mas que se haya dicho lo contrario. La cortadura de San Fernando, antemural formidable de Cádiz, que situada á una milla de sus últimas fortificaciones fué empezada en 1808 y ahora se hallaba abandonada, ocupó un lugar preferente en los cuidados de la junta, cuidados secundados dignamente por el entusiasmo del pueblo, que á mas de ofrecer las rejas de sus balcones y ventanas para clavarlas en sus flancos y dificultar asi el paso á la caballería enemiga, se prestó á trabajar en las obras con tanta actividad y eficacia, que en tres dias las puso en estado de artillarlas como correspondia. ¡ Patriotismo digno de elogio y de señalada mencion, el cual iba escediéndose á sí mismo, á medida que se aproximaban los terribles momentos de la prueba! Asi fué que al ver desde las torres de Cádiz en la tarde del 3 de febrero entrar en la ciudad del puerto de Santa María la vanguardia francesa, entregóse aquel pueblo eminente á todos los transportes del júbilo: tanto era lo que deseaba medirse con los invasores. Al dia siguiente entró en la Isla y pasó á Cádiz la division del duque de Alburquerque, con poco mas de ocho mil hombres, desalentada, desnuda, descalza y en un estado tan lastimoso, que sin la hospitalidad y recursos que encontró en aquella plaza, hubiera terminado por sí misma. Su retirada por entre mil peligros, ha sido y será siempre objeto de muy merecidos encomios.

Reunidos en la Isla los vocales de la Junta Central en 29 de enero, y conociendo que en medio de la odiosidad que inspiraban al pueblo érales absolutamente imposible permanecer mas tiempo con el mando, determinaron en decreto de aquella fecha abdicar su poder en una regencia compuesta de cinco individuos. Fueron estos el obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano, el general D. Francisco Javier Castaños, el marino D. Antonio Escaño, el ex-ministro D. Francisco Saavedra y D. Estevan Fernandez de Leon en representacion de las provincias de Ultramar; pero por no ser este natural de aquellos paises, fué reemplazado por D. Miguel de Lardizabal y Uribe, que lo era de Nueva España. Asi acabó la Junta Central, que en vez de los grandes beneficios que pudo proporcionar al pais á haber comprendido mejor la elevada mision que tenia, hubiera evitado sin duda la mayor parte de nuestras desgracias, cubriéndose de gloria á la vez en sentido reformador.

El 31 de enero quedó establecida la Regencia, sin que la junta de Cádiz pusiera la menor resistencia á su instalacion, como equivocadamente asegura el señor Muñoz Maldonado. Dicha junta no supo la instalacion del nuevo gobierno hasta que se lo comunicó la misma Regencia, que mas conocedora que Maldonado de las vir-

tudes cívicas que la distinguian, se puso en las manos de aquella, conociendo que en el estado en que los centrales dejaban á la nacion, sin numerario ni recursos de ninguna especie, solo una corporacion como la gaditana podia sacarla con bien de tan espantoso conflicto. Animados de esta conviccion los regentes, pensaron desde luego utilizar en beneficio comun la ventajosa posicion de la junta de Cádiz, dándole la superintendencia de las rentas del estado, como asi en efecto lo hicieron, acreditando luego los resultados lo acertado de semejante medida.

El 6 de febrero, y no el 16 como asegura el mismo Maldonado, recibió la junta de Cádiz una comunicacion, no escrita de mano del rey José, cual pretende el predicho autor, ni concebida en los términos que él indica, sino firmada por tres de los generales españoles que seguian la corte del intruso, y lo fueron Salcedo, Obregon y Hermosilla. En ella decian, que el rey D. José Napoleon, al que llamaban su señor, despues de haber derrotado al ejército español en Ocaña y atravesado sin obstáculo las Andalucías, se hallaba en los bordes de la bahía de Cádiz, y que S. M., que no recibia agravio de los que no le conocian, ofrecia á los habitantes de Cádiz toda su proteccion y favor. A esta apacible manifestacion dió la junta la siguiente respuesta. «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reco«noce otro rey que al Sr. D. Fernando VII.» Esta sencilla contestacion se halla grabada en una lápida colocada en la escalera principal del tribunal de comercio de aquella plaza, local que en la fecha á que nos referimos ocupaba la junta del gobierno. A los pocos dias envió el mariscal Soult otra comunicacion igual al duque de Alburquerque, la que fué tambien respondida con dignidad. ¡ Asi hubiera el duque cuidado de entenderse mejor con la junta! Pero dotado de un carácter altivo y dictatorial, no supo conocer su situacion ni la del pais. Mal aconsejado sin duda por algunos enemigos de aquella corporacion, publicó un manifiesto contra ella, manifiesto infundado en sus quejas y recibido con indignacion por todo el pueblo de Cádiz, no obstante lo que en contra aseguran autores harto mal informados de aquel desagradable incidente. La junta contestó como debia y luego, conociendo la Regencia que un general dotado de un carácter tan díscolo y violento como el que en medio de otras buenas prendas distinguia á Alburquerque, podia comprometer cada dia la tranquilidad pública, relevóle del mando del ejército de Cádiz, que tomó provisionalmente el regente Castaños, y envióle de embajador á Londres.

No seguiremos al duque en su honroso y provocado destierro, ni nos haremos cargo del nuevo é injurioso manifiesto que en diciembre del mismo año publicó contra la junta, ni tampoco de la enérgica contestacion que esta le dió, contestacion que exaltó de nuevo su bilis sobrado irritable, siendo acaso la causa ocasional de la enfermedad que el duque contrajo, dando al fin con él en la tumba. Nosotros lamentamos las pasiones á que á veces se entrega el corazon mejor organizado para el bien. El duque se creyó *necesario* para la salvacion de la patria, y en España no hay hombres necesarios. Su último y deplorable error no nos impedirá, sin embargo, reconocer el eminente servicio que prestó á la causa de España arribando á la plaza de Cádiz, burlando sagazmente al enemigo. La historia lo cuenta en el número de los mas señalados é insignes, y si bien no fué tal su importancia que sin él no fuera posible la salvacion de la plaza de Cádiz como generalmente se dice, y como nosotros mismos hemos dicho en otra de nuestras obras, tiene no obstante toda la necesaria para hacernos indulgentes con los yerros que despues cometió su autor, yerros que no pueden impedir que al recordar la España su nombre derrame sobre la tumba que le encierra una lágrima de gratitud y de reconocimiento á su memoria.

La Gran Bretaña, cuya especuladora política la habia decidido escasearnos sus auxilios y á hacerla retirar su ejército para ver si asi conseguia la ocupacion de Cádiz y la direccion de los ejércitos á que aspiraba, luego que los rápidos triunfos de las fuerzas francesas le avisaron el nuevo peligro que amenazaba caer sobre ella, mudó de sistema completamente y volvió á abrazar con calor la causa peninsular, empezando por mandar cuatro mil hombres á Cádiz, los cuales llegaron á principios

de marzo, pasando despues á la línea, y quedando en la plaza un solo regimiento, al que nunca se permitió guarnecer sus baterías ni cubrir ninguno de sus puntos.

Mientras la Regencia y la junta de Cádiz procuraban cada una en el círculo de sus atribuciones reorganizar el ejército, promover la insurreccion en la Serranía de Ronda y en otros puntos de Andalucía, y fortificar la línea de Cádiz del formidable modo que se hizo y que tanto escitó la admiracion de los mas entendidos guerreros, ocurrian en otras partes hechos dignos tambien de atencion, y asi será preciso examinar lo que en las demas provincias pasaba.



CAPITULO II.

Se da el mando del ejército de Cataluña á D. Enrique Odonnell.—Entran los franceses en Vich.—Accion de Moyá.—Bloqueo de Hostalrich.—Acciones de Santa Perpétua y de Mollet.—El mariscal Augereau entra en Barcelona: depone y envia á Francia al general Duhesme.—El ejército español es derrotado en las llanuras de Vich.—Ocupan los franceses á Manresa y Villafranca: se sitúan en Reus.—Los españoles atacan á las guarniciones de Villafranca y Manresa.—Abandonan los franceses á Reus: regresan á Gerona.—Sitio de Hostalrich: abandonan los españoles aquel castillo.—Se apoderan los franceses de las Islas Medas.—El mariscal Macdonald reemplaza á Augereau.—Accion de Horta.—Operaciones del jóven Mina: es perseguido por varios generales franceses: sorprende á Tafalla: manda esconder las armas y despide á su gente.—Espedicion de Suchet á Valencia: encuentro en Albentosa: union de los valencianos para la defensa: retirada de Suchet.—Sorpresa de Teruel.—Operaciones del general Villacampa.—Aparece segunda vez el jóven Mina en Navarra: le hacen prisionero los franceses.—Sitio de Lérida: salida de sus defensores.—Batalla de Margalef.—Horroroso asalto de Lérida: rendicion de la plaza.—Injusticia de Odonnell.—Sitio y toma de Mequinenza.

La continua mutacion de gefes que esperimentó el ejército de Cataluña, donde en poco tiempo obtuvieron el mando los generales Blake, Portago, García Conde y Henestrosa, no dió lugar á organizar un plan para burlar las intenciones del enemigo despues que ocupó á Gerona. La reputacion que D. Enrique Odonnell habia sabido granjearse, especialmente desde que acometió la atrevida empresa de salir de aquella plaza abriéndose paso por en medio del ejército sitiador, decidió al gobierno á nombrarle general en gefe del nuestro en aquella provincia, y este intrépido caudido respondió á tan distinguida confianza del modo que nos lo dirán sus brillantes hechos, especialmente desde que los contratiempos y reveses de la suerte le fueron dando aquel aplomo y prudencia que solo la esperiencia puede enseñar.

Las tropas españolas y los somatenes que formaban la línea del Llobregat atacaron á los destacamentos enemigos de S. Justo, Esplugas, Garrofer y Cornellá, y los obligaron á replegarse á Barcelona el 5 de enero. Al siguiente dia salieron los franceses de esta plaza reforzados con tres piezas de artillería, con ánimo de forzar las posiciones de los españoles sobre la derecha del Llobregat, sin que la bizarría con que fueron defendidas les permitieran lograr su intento.

El mariscal Augereau, luego que rindió á Gerona, se propuso conseguir dos objetos, consistiendo el uno en restablecer las comunicaciones entre Barcelona y Francia, limpiando el pais de las numerosas partidas que lo recorrian, de lo cual hemos hablado en parte al fin del capitulo último del II tomo; y el otro en obli-

gar á nuestro ejército á dejar el campo de Vich, donde estaba concentrado. Para llenar este último fin, dió órden al general Souham, que estaba acantonado en las inmediaciones de Olot, para que reforzado con la division italiana del general Pino, se dirijiese sobre Vich. Los somatenes intentaron detener á los franceses en los desfiladeros que separan á Olot de Vich; mas estos en número de mas de diez mil hombres lograron penetrar hasta esta última ciudad, desde donde pensaron pasar á Moyá, flanqueando el desfiladero de Collsuspina. Entonces los generales Odonnell y Porta, que con dos mil y doscientos hombres se habian situado en aquel paso, acometieron denodadamente al enemigo, y le precisaron á retirarse con grán pérdida. El 13 de enero volvieron los franceses á intentar el paso por la parte de la izquierda, consiguiendo que su caballería penetrára hasta Moyá por el camino real. Los españoles les disputaron las alturas inmediatas todo aquel dia, y se retiraron despues sobre Cellent y puente de Cabriana. El 14 retrocedieron los franceses hasta Tona, y seguidos luego por los nuestros, tuvo lugar un reñido combate, en el cual el general Odonnell, con mas valor que prudencia, peleó á la cabeza de sus tropas como simple granadero, haciendo por sí mismo prisioneros tres oficiales franceses, que fueron tratados por él del modo mas distinguido.

Cumplido uno de los objetos que se habia propuesto Augereau, le faltaba llenar del todo el otro, reducido, como se ha dicho, á limpiar de partidas el camino de Barcelona, á la que se propuso proveer de víveres. Para verificarlo, púsose en marcha con nueve mil hombres y un abundante convoy, apoderándose de paso de la villa de Hostalrich, y dejando bloqueado su castillo, en el cual se habia encerrado el gobernador con la guarnicion. Sabiendo Duhesme (que continuaba en Barcelona sumamente escaso de víveres y recursos) la direccion de Augereau, salió sin dilacion á su encuentro; pero seguido de las divisiones de Orozco y del marqués de Campo Verde, fué derrotado por este en Santa Perpétua el dia 20 con pérdida de cuatrocientos prisioneros; y llegando al mismo tiempo la divisioñ del brigadier Porta, atacó á este una columna de mil y doscientos franceses que ocupaban á Mollet con dos piezas de artillería, y la destruyó tan completamente, que apenas se salvaron doscientos hombres, quedando tambien en nuestro poder sus dos piezas. Los prisioneros cojidos en ambas acciones fueron paseados por en medio del ejército, precedidos de los dos cañones con inscripciones y cubiertos de guirnaldas de laurel, sirviendo de ovacion á los nuestros. Esta especie de pompa triunfal, aunque nada usada en nuestros dias, ni muy conforme en verdad con la moderna ilustracion, fué disculpable en aquella ocasion para reanimar el espíritu de los soldados, algo decaido desde la rendicion de Gerona.

El mariscal Augereau llegó con el convoy á Barcelona, en la que hizo su entrada solemne como gobernador de Cataluña, ofreciendo en aquella ocasion un nuevo ejemplo de las vicisitudes humanas y de lo que pueden los talentos ayudados de la fortuna; puesto que treinta años antes habia estado de guarnicion en aquella plaza como simple guardia walon al servicio de España. Luego que entró en la capital del Principado, depuso al general Duhesme y envióle á Francia, pretestando el mal trato y dureza que habia usado con los catalanes. Este acto de justa severidad, que tan buena opinion hizo formar del nuevo gefe, habria acreditado que conocia y queria respetar los deberes que imponen á las autoridades la equidad y la justicia, si su ulterior conducta no hubiera desmentido tan bello concepto.

La escasez de víveres que siempre esperimentaba Barcelona no dejaba permanecer á sus alrededores largo tiempo al ejército francés, por lo que, encargando Augereau el mando de aquella plaza al general Mathieu, regresó á la de Gerona, dejando algunos batallones sobre las alturas de Masanet para estrechar el bloqueo de Hostalrich, y ver si podia rendirlo por hambre. El general Souham recibió órden de adelantarse hasta Vich, y pasó, casi sin resistencia, los desfiladeros de la Garriga, por donde va el único camino transitable para carruajes y artillería, pues por los demas que conducen á aquella ciudad, tienen que ir los transportes á lomo.

Los somatenes entretanto ocuparon todas las montañas de los alrededores de Vich, teniendo á los franceses casi bloqueados en sus mismos acantonamientos.

El general Odonnell, que con la franqueza y hasta popularidad de su carácter se habia ganado el afecto y confianza del ejército y del pais, reunió en Mollet todas las fuerzas de que podia disponer, ascendientes á doce mil infantes y mil doscientos caballos, con los cuales, divididos en tres columnas y ayudados de un considerable número de somatenes, desembocó en la llanura de Vich. Los franceses ocupaban á esta y los puntos de Portona, Collespina y Cenfora, con las alturas que dominan dicha llanura por el occidente. Una division española atacó á Gurp, ocupado por un batallon francés, el cual se retiró ordenadamente, y á poco tiempo, estendiéndose el fuego por toda la línea, quedó empeñada una accion general. El general Odonnell trató sucesivamente de envolver el flanco izquierdo, de romper el centro y de doblar ambos costados del enemigo; pero la firmeza con que se sostuvieron las tropas francesas dejó frustrados todos sus planes. En tal estado mandó desfilar por su derecha una columna de infantería sostenida por la caballería, mas



una brillante carga de la de los franceses derrotó á la caballería española y deshizo la infantería, declarándose desde este momento completa la victoria de parte del enemigo, el cual persiguió hasta Tona á los españoles, matando á muchos y haciendo un gran número de prisioneros. El campo quedó cubierto de muertos y heridos, y el ejército derrotado tuvo que buscar su salvacion en las montañas.

Al tiempo mismo que la sangre española empapaba la llanura de Vich, atacaban los somatenes á las tropas que bloqueaban á Hostalrich, siendo dispersados por estas con bastante pérdida.

El general Verdier, acantonado en la villa de Besalú, dispersó por aquel tiempo á dos mil y doscientos españoles que, mandados por un coronel suizo, fueron á atacarle. Tambien dispersó el mismo general á la Junta provincial que se habia instalado nuevamente en Arenys de Mar para activar la insurreccion general del Principado.

El mariscal Augereau, duque de Castiglione, que permanecia tranquilo en la alta Cataluña desde su regreso de Barcelona, creyó deber adelantarse hasta mas allá de dicha ciudad para, con arreglo á las órdenes que habia recibido, apoyar al ge-

neral Suchet que se preparaba á sitiar la plaza de Lérida. El mariscal emprendió la marcha á principios de marzo, dejando dos mil hombres para reforzar el bloqueo de Hostalrich. La division de Sohuam, que por haberse marchado éste á Francia á restablecerse de la herida que recibió en Vich, estaba mandada por el general Augereau, sobrino del mariscal de este nombre, se dirigió por Collespina y Manresa, y la division italiana, á las órdenes del general Severoli, marchó por San Celoni y Granollers, reuniéndose ambas sobre el Llobregat y Puente de Molins de Rey. La division italiana no encontró el menor obstáculo en su marcha, mas la division francesa encontró en Collespina un cuerpo de dos mil españoles, á los cuales obligó á retirarse. Manresa fué abandonada de su vecindario á la aproximacion del enemigo, y las tropas españolas que se hallaban en el Coll de Ordal se retiraron tambien sobre Tarragona. Las dos divisiones entraron en Villafranca y penetraron por el Coll de Santa Cristina hasta el campo de Tarragona, dejando libre la carretera real de Barcelona. Luego que el general Odonnell supo la posicion del enemigo, destinó una division de su ejército, al mando de D. Juan Caro, á entorpecer sus comunicaciones con Barcelona, y el 30 de marzo atacó Caro la guarnicion de Villafranca, fuerte de seiscientos cuarenta hombres, y la hizo toda prisionera, quedando asi cortada la comunicacion entre las dos divisiones que ocupaban el campo de Tarragona y el mariscal duque de Castiglione, que permanecia en Barcelona como punto central de sus operaciones. Las dos divisiones enemigas se acantonaron en Reus, mas allá de Tarragona, habiendo dejado antes una guarnicion en Manresa, cuya suerte no fué mejor que la de Villafranca.

Herido el general Caro en aquella accion, recayó el mando de la columna en el brigadier Gasca, el cual se dirigió á Manresa con ánimo de apoderarse de los franceses que la ocupaban; pero al llegar á Esparraguera se encontró con dicha guarnicion, compuesta de la brigada del general Schwartz, á la cual atacó y arrolló, dejando fuera de combate mas de cuatrocientos hombres, y haciendo quinientos prisioneros, no consiguiendo el enemigo salvar sino solo trescientos hombres, los cuales fueron perseguidos á la bayoneta hasta los mismos reductos del puente de Molins de Rey.

Estos dos reveses hicieron sumamente crítica la situacion del duque de Castiglione, cuyas comunicaciones con las divisiones estacionadas en Reus, que formaban la mayor parte de su ejército, quedaron interrumpidas. En tal posicion, determinó enviarles un correo por mar, ordenándoles el abandono de aquel punto, como lo abandonaron en efecto; pero concertaron tan mal sus movimientos, que habiendo comenzado á salir de Reus á las once de la noche para burlar la vigilancia de los españoles, al amanecer del dia siguiente apenas se habian evadido de aquella villa. Notado este desórden desde el campo de Tarragona, salieron los españoles de la plaza, y en union con los somatenes, incomodaron constantemente la marcha del enemigo. A su llegada á Villafranca, intentó Odonnell molestarle mas de cerca por haber hecho allí el primer alto; pero fué rechazada su vanguardia hasta el pueblo de Arbós, en donde tomaron posicion los españoles y se sostuvieron brillantemente.

Luego que estas dos divisiones entraron en Barcelona, determinó el mariscal volver á Gerona y situar sus fuerzas de modo que asegurasen la comunicacion con Francia é impidiesen el socorro de Hostalrich, cuya ocupacion interesaba á los franceses tanto mas, cuanto menos podian abastecer á Barcelona no viniendo los víveres de Francia.

El castillo de Hostalrich, defendido con 42 piezas de artillería, y situado en una roca que domina las montañas de difícil acceso que por todas partes le rodean, no puede ser tomado sino por hambre. La guarnicion menudeaba sus salidas y el tiroteo era continuo, disparándose con frecuencia sobre el enemigo bombas que le causaban bastante estrago.

El teniente coronel Villamil introdujo en el castillo el dia 4 de marzo un convoy de víveres, despues de haber batido á los sitiadores. Estos se acercaron mas á las



VISTA DE HOSTAL RIC.

murallas, imposibilitando de este modo la introduccion de subsistencias. Viéndose la guarnicion sin ningunas, y llegando su apuro al estremo de estar ya el agua para concluírsele, decidióse el general Estrada, que mandaba en el castillo, á correr el riesgo de abandonarle, procurando salvarse con los mil y doscientos hombres de su guarnicion, antes que sujetarse á una capitulacion que sabia no habia de cumplirse por parte de los franceses. Tomada esta determinacion, ejecutó su atrevido proyecto en la noche del 12 de mayo, acreditando el éxito lo muy oportuno de su arrojo; pues aunque, por una triste casualidad, cayó él con tres compañías en manos del enemigo, el resto de la guarnicion con el coronel de artillería D. Miguel Lopez Baños llegó felizmente á incorporarse á nuestro ejército. Por el mismo tiempo, merced á una sorpresa, se apoderaron los franceses de las Medas, islotes situados al Sur de una de las puntas del golfo de Rosas, sitio muy importante para ellos porque les aseguraba el cabotage de toda aquella costa y quitaba á los buques ingleses el asilo que tenian allí.

Poco tiempo gozó el mariscal Augereau de estas dos últimas ventajas adquiridas bajo su direccion, porque sus derrotas en Villafranca y Manresa y el abandono de Reus le hicieron caer en desgracia de Bonaparte, que en los últimos dias de mayo nombró para reemplazarle en el mando de Cataluña al mariscal Macdonald, duque de Tarento, dando asi á este la prueba mas lisongera de la confianza que le inspiraba, cuando le encargaba el gobierno de un distrito que ya habia hecho perder su gracia á dos afamados generales. No por eso fué el duque de Tarento mas feliz que sus antecesores: el valor de un pueblo heróico que habia jurado morir antes que perder su libertad é independencia, eclipsó tambien la brillante estrella del nuevo gefe.

El mariscal Augereau salió de Cataluña seguido de las maldiciones que llevan siempre en pos de sí los verdugos de la humanidad, pues aquel mismo hombre á quien vimos embarcar en Barcelona á su antecesor Duhesme en castigo de sus escesos, segun hipócritamente decia, los cometió despues tanto mayores cuanto pueden decirlo las horcas que hizo colocar en gran número en el camino real de Gerona á Figueras, mandando colgar en ellas á todos los paisanos armados que cojian sus tropas. ¡Inhumano y miserable recurso que exaltó, en vez de abatirlo, el ánimo de los catalanes!

El duque de Tarento se propuso seguir un rumbo distinto, y creyó captarse el afecto de los habitantes del pais con pomposas proclamas henchidas de halagüeñas promesas, y que solo respiraban intenciones pacíficas y humanitarias; pero amaestrados los catalanes con la esperiencia, despreciaron sus arterías y frustraron desde luego la primera tentativa del duque para proveer á Barcelona.

Esto por lo que toca á Cataluña. El general Suchet, que tenia á sus órdenes á casi todo Aragon, habíase á principios de este año preparado á sitiar á Lérida; pero una órden que recibió de José paralizó por entonces su proyecto.

El coronel García Navarro ocupaba en el mencionado Aragon la derecha del rio Algas con cinco batallones. Los franceses procedentes de Calanda, Caspe y Alcañiz, reuniendo fuerzas muy superiores en los pueblos de Valderrobles y Maella, en la márgen izquierda del mismo rio, forzaron el paso el 10 de febrero por enfrente del pueblo de Horta; mas las tropas españolas les opusieron una obstinada resistencia, y haciéndolas replegar, siguieron su retirada hasta la ventajosa posicion de Prat de Conté. Despues de esta accion, noticioso García Navarro de que los enemigos se dirigian por el camino de Bot, marchó con su columna y alcanzó la retaguardia enemiga en las alturas de este pueblo, desalojándola de ellas y obligándola á repasar el Algas.

Entretanto llamaba la atencion en Navarra uno de aquellos hombres singulares que, saliendo de la masa del pueblo, imponian entonces respeto á las legiones francesas y admiraban al mundo con sus hazañas. Dicha provincia, que habia permanecido tranquila durante la primera campaña, fué despues una de las que mas dieron que hacer á los franceses, habiéndose levantado en ella, como en otro lu-

gar hemos dicho, un número considerable de partidas que interceptaban los correos y sorprendian los convoyes, llegando mas de una vez á dejar reducida la autoridad del conquistador al solo alcance del cañon de Pamplona. Un estudiante llamado Javier Mina, á quien hemos nombrado tambien, dió ser y vida á todo aquel movimiento.

La presencia del jóven Mina en medio del teatro de la lucha escitará tal vez el menosprecio de aquellos hombres comunes, que queriendo medir las dimensiones de la capacidad humana por el mezquino tipo de la suya, y sin saber dar un solo paso mas allá de los rutinarios preceptos que aprendieron en los libros, no comprenden que en todas las cosas hay siempre algunos génios privilegiados, á los cuales sirven de estorbo las máximas agenas, por la pura y sencilla razon de hallar ellos en sí métodos propios para resolver instintivamente los mas complicados problemas. Sin anteriores estudios estratégicos, sin haber cursado en los colegios militares, halló Mina en su solo corazon los medios y recursos mas á propósito para batir y vencer á los primeros guerreros del siglo XIX. Desde sus primeros pasos acreditó sus altas disposiciones para el fin que se habia propuesto, cogiendo á la cabeza de un puñado de hombres laureles verdaderamente envidiables, causando al enemigo repetidas sorpresas, y conduciendo sus prisioneros á la plaza de Lérida, cuyo gobernador le facilitó armas, municiones y recursos. La fama de su nombre voló rápidamente por toda la Península, y la Junta de Sevilla le regaló una bandera, la cual le sirvió para organizar y regimentar su gente, y continuar sus servicios de la manera que él sabia hacerlo, no atacando jamás al enemigo sino cuando la dis-



Bandera regalada al jóven Mina.

posicion del terreno ó la superioridad numérica de su gente le aseguraban el éxito. Al paso que aterraba á los franceses con su actividad y valor, temíanle sus mismos paisanos por la severidad con que castigaba á los que prestaban algun servicio al enemigo, sin que les sirviese de escusa decir que lo hacian forzados. Conducta cruel ciertamente; pero necesaria tal vez si hemos de dar crédito á algunos. El hombre de sentimientos humanos queda irresoluto, indeciso, entre prestarle ó no su aprobacion, pues cuando ve la boca del fusil asestada contra un desgraciado á quien solo la punta de la bayoneta pudo hacer que se resolviese á conducir un pliego ó servir á los contrarios de guia, no puede contemplar aquel cuadro sin estremecerse de horror; pero luego vacila y titubea viendo la causa nacional salvada por efecto de esa misma crueldad, y aun contenida la efusion de sangre con la que en esos términos se vierte para impedir que se derrame mas. Tal es el argumento que se hace. Nosotros, sin embargo, no aprobamos las medidas de Mina en ese terrible sentido; pero como quiera que sea, ellas le aseguraron el secreto de todas sus operaciones, y le pusieron en estado de combatir con los gruesos destacamentos enemigos y de apoderarse de todos sus convoyes. Ya se ocultase en los bosques para atacar al enemigo, ya marchase á sorprender los puestos de este, ya se retirase para evitar su persecucion, en todos los pueblos era recibido, temido y obedecido, sin que nadie jamás le vendiese, ni descubriese á ninguno de sus parciales. Llegó á tomar tal ascendiente y á dominar el pais en tales términos, que ya en el mes de enero de 1810 hizo que el gobernador francés de Navarra entrára en negociaciones con él, como con un general de ejército, sobre el cange de prisioneros, y aun admitió en Pamplona como parlamentarios á los oficiales que Mina al efecto envió.

Hechos tan ruidosos, ejecutados en una provincia fronteriza del imperio, que tanto humillaban el orgullo francés, que tanto comprometian la opinion de los vencedores del mundo á los ojos de Napoleon, y que tan frecuentemente, por último, entorpecian las operaciones de los enemigos de España, hicieron conocer al general Suchet la necesidad de destruir á toda costa aquella formidable partida, y á su terrible gefe sobre todo. Autorizado plenamente para este objeto, mandó al general Harispe perseguir á Mina sin descanso. Este gefe marchó en los primeros dias de enero sobre Sangüesa, poblacion ocupada por Mina, mientras cuatrocientos polacos caminaban en igual direccion, y una columna de ochocientos hombres partia de Pamplona para asegurar el resultado de aquel movimiento, mandando igualmente Suchet dos batallones á interceptar el paso del Cinca, por si el intrépido guerrillero se dirigia á la frontera de Cataluña. El mismo general se trasladó á Huesca para asegurar la ejecucion de un plan tan bien combinado; pero Mina burló completamente los designios de sus perseguidores á beneficio de una marcha tan rápida como bien dirigida, y sorprendió diestramente á Tafalla, obligando á la guarnicion francesa á refugiarse en un cuartel, donde estuvo constantemente encerrada mientras él permaneció allí. Tan osada tentativa, hiriendo el amor propio del enemigo, le hizo redoblar su actividad en perseguirle; por lo cual el intrépido caudillo, conociendo que el rigor de la estacion le impedia permanecer en las montañas, mandó ocultar las armas y despidió la mayor parte de su gente, consiguiendo asi libertarse de caer por entonces en las garras de sus enfurecidos enemigos.

Suchet pasó á Pamplona, depuso las autoridades civiles y se retiró á Zaragoza, en donde el 5 de febrero recibió la órden que con fecha del 27 de enero le comunicó el rey José para marchar inmediatamente á Valencia, asegurándole que aquella ciudad le abriria las puertas. Obedeció el general y marchó sobre aquella ciudad en dos divisiones, caminando la una por Morella y la otra por Albentosa, en cuyo pueblo encontró la vanguardia del ejército de Valencia, á la cual derrotó, causándole bastante pérdida. Continuando luego su marcha á la capital, y ocupando con una de sus divisiones en 5 de marzo el barrio de Murviedro, á la izquierda del Guadalaviar, se presentó delante de Valencia, confiado en que una conspiracion le franquearia la entrada. En aquella capital continuaba mandando y desplegando

un rigor inquisitorial el general D. José Caro, que con sus tropelías y crueldades tenia sumamente disgustado al pueblo: sin embargo, la presencia del ejército francés, suspendiendo resentimientos personales, unió los ánimos en contra del enemigo comun. La noticia de que este contaba con una conspiracion interior para apoderarse de la ciudad (cosa no averiguada todavía), hizo estallar una conmocion popular, siendo arrestados muchos de los tenidos como sospechosos. El general Caro hizo poner la horca en medio de la plaza para aterrar á los traidores, como él mismo decia, siendo ejecutado en aquella el coronel baron de Pozoblanco, acusado del crímen de traicion; pero no convicto de tal.

Observando el general Suchet el aspecto imponente de la capital, y viendo que el espíritu de esta dominaba no menos decidido en los pueblos de sus contornos, determinó su retirada á Aragon, tomando en una sola columna el camino de Segorbe y Teruel, que sabia se hallaba amenazado por los españoles. En efecto, el general Villacampa, aprovechando la ausencia del ejército francés, habia sorprendido á Teruel el 7 de marzo, obligando á encerrarse en el Seminario á toda su guarnicion. Sabedor el mismo Villacampa de que habian salido de Daroca ciento cincuenta franceses escoltando cuatro piezas de artillería de montaña y varias cajas de municiones, con direccion al ejército, dirigióse al momento contra ellos y se apoderó de todos; rindiendo poco despues prisionera á una compañía de polacos que se hallaba en Albentosa. La guarnicion francesa de Teruel, que continuaba estrechamente bloqueada y estaba ya en bastante apuro, se hubiera rendido indudablemente si el regreso de Suchet no hubiese obligado á Villacampa á retirarse con precipitacion. El general Suchet marchó á Zaragoza y acantonó el ejército en sus antiguas posiciones.

El brigadier Perena, aprovechándose de esta ocasion, en que la línea del Cinca estaba desguarnecida, intentó apoderarse de Monzon; pero fué rechazado por el general Verges.

La retirada de las tropas francesas de Navarra abrió á Mina entretanto una nueva campaña, y adelantando sus escursiones penetró hasta Aragon, ocupando las Cinco Villas. Suchet volvió á destacar al general Harispe en su persecucion, mandando salir al mismo tiempo dos mil hombres de Jaca para cortarle la retirada. El general Dufourt ocupó con su division todos los pasos, y hostigado Mina por todas partes cayó al fin en poder de los franceses el dia 1.° de abril, siendo á continuacion conducido prisionero á Francia y encerrado en el castillo de Vicennes. Este arrojado jóven, cuyos talentos prometian tanto, regresado á España despues de la guerra y no queriendo vivir bajo el yugo opresor que aflijia á su patria, marchó á América, en donde murió, aumentando el número de tantos españoles beneméritos como el génio del despotismo ha sacrificado á su furia.

Poco tiempo disfrutaron los franceses la tranquilidad que la prision de Mina parecia prometerles en Navarra, porque su tio D. Francisco Espoz y Mina se encargó de vengar su desgracia, y lo hizo de un modo tan glorioso como lo veremos despues, inmortalizando su nombre en los fastos de la independencia y de la libertad española.

Pesaroso el general Suchet de su frustrada espedicion á Valencia desaprobada por Napoleon, y en la que él no tuvo mas parte que la obediencia que debia á José, quiso lavar la mancha que, á pesar de su inculpabilidad, pudiera haber echado sobre su reputacion militar, y preparóse á llevar á cabo su anterior proyecto de sitiar á Lérida.

Esta plaza que, situada sobre la derecha del Segre en medio de una vasta llanura, no tiene mas defensa en su circunferencia que la de una simple muralla y la que le proporciona aquel rio defendiéndola de Norte á Sur, está muy distante de merecer hoy la celebridad que le dá la historia por las distinguidas acciones que tuvieron lugar en ella, ya en la guerra civil de César, vencedor de Afranio y Petreyo, ya en los siglos XVII y XVIII en las lides que tuvieron lugar entre españoles y franceses.

Hállase Lérida situada en el camino real de Aragon y Cataluña, á 25 leguas de Zaragoza y casi igual distancia de Barcelona. Tiene un puente de piedra sobre el Segre, y su poblacion viene á ser de quince á diez y ocho mil almas. El general Suchet emprendió este sitio contando con la cooperacion del ejército francés de Cataluña que, segun las órdenes que habia recibido de su gobierno, debia desde Reus y campo de Tarragona apoyar sus operaciones, impidiendo que las tropas del general Odonnell intentasen molestar á los sitiadores; mas esta cooperacion no pudo tener efecto, por haber tenido Augereau que retirarse á Barcelona, como ya anteriormente hemos dicho. Suchet principió á preparar las operaciones del sitio de Lérida, antes de su espedicion á Valencia, posesionándose de Fraga y de Monzon, avenidas principales de aquella plaza. En Fraga construyó alojamientos para su tropa, apuntalando el puente de madera para poder pasar la artillería, y renovando y aumentando las obras del pequeño fuerte de Monzon, para que le sirviesen de punto de apoyo.

La division española del Segre y del Cinca, de la cual formaba parte la guarnicion de Lérida, entorpeció cuanto le fué posible las operaciones del enemigo; pero aniquilada por la contínua fatiga y por el gran número de bajas que resultaron en ella, merced á los sangrientos choques que sostenia casi diariamente, no podia impedir los proyectos de Suchet. Sin embargo, durante la ausencia de este, redujo á cenizas el puente de Fraga, quedando libre al menos por esa parte.

Cuando el enemigo se presentó delante de Lérida, no se habia concluido ninguna de las obras proyectadas para su defensa. Eran estas un gran hornabeque con grandes fosos sobre el frente del fuerte de Garden, que mira al llano del mismo nombre, un parapeto con varias troneras sobre el rio Segre en el llano llamado la Carretera, un baluarte en la puerta de San Antonio, y finalmente un camino cubierto para servir de comunicacion desde Garden á la ciudad. Todas estas obras se hallaban casi en embrion, y solo servian para dar á la plaza una apariencia de fortaleza que en realidad no tenia. La principal defensa de Lérida consistia en el castillo, situado en una eminencia que cierra la ciudad por el norte, y en el fuerte de Garden, separado de la plaza al oeste. Los reductos del Pilar y de San Fernando y algunos débiles baluartes contribuian tambien á la defensa.

Dejando Suchet en Fraga la tercera parte de sus tropas á las órdenes del general Laval, dirijióse con 20,000 hombres sobre la plaza que intentaba rendir. Mandaba en ella D. Jaime García Conde, comandante general del canton del Segre y Cinca, y era gobernador de la misma el general D. José Gonzalez, no llegando su guarnicion á 4,000 hombres, ni á 900 la del fuerte de Garden, entre los cuales se contaban muchos reclutas. Conociendo García Conde los apuros que le esperaban, solicitó con instancia del general Odonnell le auxiliase con tropas y dinero: este general se lo ofreció asi, pero no cumplió su promesa sino cuando ya no era tiempo.

El temor á los desmanes de los invasores atrajo de varias partes á la plaza multitud de familias, y si bien se les mandó abandonarla, no fué ya su salida posible por la estrechez del bloqueo. La premura del tiempo, el respeto á la propiedad, y quizá alguna menos firmeza de la que en tan aflijidos casos deben tener las autoridades, inutilizaron la órden que se dió para despejar las cercanías de la plaza de las casas de campo, molinos y arbolados que perjudicaban á su defensa, y que tantas ventajas ofrecieron luego al enemigo. Unidas estas circunstancias á lo escaso de la guarnicion (que apenas tenia dos ó tres hombres para cada pieza de artillería), á la poca instruccion de los artilleros, y aun de sus oficiales improvisados en el mismo Lérida, y á la falta, en fin, de almacenes, hospitales, medicinas, camas y demas elementos indispensables en tales casos, eran bastantes para desalentar al corazon mas animoso.

Este era el estado miserable en que se hallaba la plaza, cuando el 12 de abril se aproximaron los franceses á ella, estableciendo desde luego sus principales baterías contra el Cármen, como parte mas débil, y algunas otras contra los fuertes,

a cabeza del puente. Las tropas españolas hicieron en los sitiadores una horrible carnicería; pero logrando al fin penetrar por la brecha hasta unos seis mil enemigos, se apoderaron de la calle Mayor, llegaron á la plaza, entraron por la puerta del Puente, y embistiendo por la espalda á la tropa española que tan bizarramente se defendia contra los que con tanto arrojo la atacaban de frente, se vió esta envuelta entre dos fuegos, y batiéndose desesperadamente á la bayoneta, pereció casi toda gloriosamente.

La artillería del puente continuaba disparando metralla en todas direcciones, hasta que no bastando para el servicio de las piezas el número de los que sobrevivian, abriéronse unos paso por el puente y otros se arrojaron al rio. La tropa que se hallaba formada en la muralla vióse repentinamente rodeada de enemigos. Con esto empeñóse un combate en cada calle y en cada cuerpo de guardia, logrando unos romper y abrirse camino para el castillo, y otros salir de la poblacion, en tanto que otros muchos perecian, y otros, en fin, caian prisioneros. Era aquello un cuadro espantoso. El terror se difundia por toda la ciudad; los que no podian huir eran asesinados inhumanamente por los enemigos; ancianos, mugeres y niños, eclesiásticos y seglares, todos los habitantes, en fin, huyendo el furor del frances, corrian hácia el castillo, cuyos fosos se llenaron en breve de seis á siete mil personas. El enemigo entretanto entregábase al saqueo y á cuantos escesos pueden imaginarse: la noche aumentaba los horrores de aquella terrible jornada; los soldados, dispersos por el pueblo, intentaban penetrar en el castillo, mas á cada paso que daban oian el *quien vive* de los enemigos. Entonces, aunque batidos y sin esperanza, respondian con firmeza *España hasta la muerte*, y hacian fuego; otros morian peleando unidos. Solo del batallon de Huesca se encontraron muertos en las calles al dia siguiente mas de cuatrocientos hombres, con diez oficiales y su comandante D. Rafael Arcas. Pero si era espantoso el estado de la ciudad durante aquella terrible noche, no causaba menos horror el del castillo y sus contornos. El general y los demas gefes no se replegaron á él hasta el último estremo, y asi no se levantaron los puentes levadizos hasta muy tarde. Esta operacion causó bastantes desgracias, cayendo muchos sobre las picas y lanzas de los paisanos que estaban en los fosos esponiendo sus vidas y comprometiendo la suerte del castillo.

El sol del dia 14 ofreció á los ojos de los leridenses uno de aquellos aterradores espectáculos que solo se ven rara vez. El horroroso incendio que devoraba á la ciudad por sus cuatro ángulos; los esfuerzos del vecindario para ganar el castillo; la intimacion de Suchet amenazando no dar cuartel en la ciudad, sino se rendia este; las imprecaciones de los que veian desaparecer sus hogares despues de saqueados, y los ayes y lamentos de los heridos que fallecian sin socorro alguno; las calles rebosando en cadáveres; el contínuo fuego de los enemigos; la lluvia de bombas que caia sobre la multitud hacinada en los fosos; la desercion últimamente que empezó á notarse en nuestras fatigadas tropas..... todo era estraordinario y espantoso, todo hacia reconocer al desgraciado García Conde cuán difícil y desesperada era en aquellos momentos su comprometida situacion.

El enemigo en tanto recurria á un sin fin de maquinaciones para sorprender el castillo, haciendo que muchos de sus soldados fingiesen querer entregarse, ó aparentando romper sus armas en ademan de pasarse, y disponiendo que un pastor con cuatrocientas cabezas de ganado vacuno subiera hácia el glasis, acompañado de uno de los oficiales hechos prisioneros en la ciudad, á fin de poder en el acto de recibirlo abrirse paso por entre las columnas nuestras que se ocultaban en las calles y casas inmediatas, y caer repentinamente sobre los fosos y forzar la poterna por último. El previsor general español conoció, sin embargo, el amaño, y dió órden para que no se levantasen los rastrillos, frustrando de este modo los ardides que puso en juego Suchet.

El batallon de Murcia, que guarnecia el fuerte de Garden, habia sido reforzado con 100 hombres de Fernando VII y un pequeño destacamento de suizos: la restante tropa habia sido muerta ó hecha prisionera durante el asalto de la ciudad.



Mujica dib.º y lit.ª

Lit. Art. de F. Perez J. Donon

HORROROSO CONFLICTO DE LÉRIDA.

El fuego del enemigo continuaba con la misma actividad, y á las víctimas de sus estragos añadíanse las de la sed que abrasaba á soldados y paisanos, habiendo ejemplares de caer muertos de ella los niños en los brazos de sus madres. Esta afliccion horrible exacerbaba al valor por una parte, al tiempo que la naturaleza por otra le escaseaba sus fuerzas. Entregado á la desesperacion el denodado García Conde, y no oyendo mas que lamentos, quiso probar si el dictámen de los demas le abria alguna salida en el terrible apuro en que se via. Convocó, pues, á los gefes militares y conferenció con ellos y con los dos únicos individuos que allí se hallaban de los treinta que componian la Junta corregimental, los cuales respondieron como héroes, si bien no se atrevieron á encargarse de obligar á ser héroe tambien al paisanage que se hallaba en la fortaleza. No resolviéndose nada en el consejo de guerra, intimó Suchet nuevamente la rendicion, amenazando continuar el incendio y el bombardeo y acabar con el vecindario; pero no recibió contestacion. Prosiguió entonces arrojando bombas, y dirijidas estas al corto espacio que ocupaban los muchos grupos de paisanos fugitivos de la ciudad, aumentaban la mortandad, confusion y desórden. Á la vista de las mugeres, niños, ancianos y demas gentes nadando tristemente en su sangre ó llena de asombro y pavor con la proximidad de su fin, flaqueaba contra su voluntad el valor de los mas esforzados. El mismo general vacilaba en medio de tanto conflicto, pues si su decision y heroismo le arrastraban á morir con honra disparando el último cañonazo, recordábale su deber como gefe, que la patria y la humanidad le pedirian un dia cuenta de tantas preciosas vidas como á su temeridad sacrificaba á despecho de la prudencia y aun del mismo valor, prenda que, como todas las demas, tiene señalados sus límites. Esta reflexion, y solamente ella, le obligó á reunir otra vez el consejo de guerra, en el cual se acordó capitular, comisionando para ello al brigadier D. José Bequer.

Suchet, que aunque como general de Napoleon estaba harto enseñado á no enternecerse á vista de espectáculos como aquel, tenia sin embargo como hombre sentimientos que le hacian honor, y cediendo á ellos entonces, puso fin á la efusion de sangre, y concedió á la guarnicion los honores de la guerra.

El fuerte de Garden se entregó despues, desfilando por la brecha su guarnicion y la del castillo, las cuales rindieron las armas, quedando prisioneras de guerra.

Al posesionarse de Lérida, cayeron en poder de los franceses 136 cañones, un millon de cartuchos, 10,000 fusiles, 10 banderas y muchos almacenes, libertando á 33 oficiales de su ejército hechos prisioneros en Mollet. La guarnicion perdió durante el sitio 1,200 hombres.

Tal fué el término del sitio de Lérida, sostenido con valentía é intrepidez por el general D. Jaime García Conde y su corta guarnicion, y no merecedor seguramente de la inconsiderada censura del general Odonnell, que con entero olvido del respeto que el decoro militar exige, y del que se debe siempre á la desgracia, mandó en la órden general del ejército del dia 20 que sus tropas no alternasen con los defensores de Lérida, á los cuales llegó hasta el estremo de apellidar *traidores á la patria*. Este lenguage, que siempre hubiera sido impropio en cualquiera otro general, lo era mucho mas en Odonnell, autor hasta cierto punto de aquella desgracia, porque con su imprevision é infundada confianza no atendió en tiempo oportuno á las reclamaciones de García Conde. Herida la delicadeza de este con un proceder como aquel, pidió á su regreso á España se le formase causa, y el fallo declaró honrosa y digna su conducta en el sitio de Lérida. Su mejor justificacion, sin embargo, consiste en los hechos de que hemos dado cuenta: los tribunales de Fernando VII harian por sí solos poca fé, como veremos mas adelante.

Durante el sitio de Lérida se empeñaron algunos choques parciales en los que obtuvimos algunas ventajas. El principal fué sostenido por D. Pedro Villacampa, que cerca de Calatayud, en el pueblo de Purroy, se apoderó el 13 de mayo de un convoy enemigo, haciendo prisionero al comandante Petit y á mas de 100 hombres que lo custodiaban. Klopiskhi fué destinado á la persecucion de Villacampa; pero aunque le siguió hasta Cuenca, no le pudo dar alcance.

El marqués de Lazan, hermano del general Palafox, apoderóse de Alcañiz en los primeros dias de mayo, bloqueando tambien su castillo; pero sin éxito desgraciadamente, porque socorrida la guarnicion, vióse al fin obligado á retirarse.

El general Suchet, luego que rindió á Lérida, trató de apoderarse de Mequinenza, á cuyo gobernador hizo saber la rendicion de aquella plaza, invitándole á hacer lo mismo bajo las mas ventajosas condiciones; pero el gefe español no quiso admitirlas, sin embargo de estar persuadido de que no habian de venir en su ayuda auxilios de ninguna especie.

La villa que acabamos de nombrar está situada en la confluencia del Segre y del Ebro, en medio de un vasto terreno desierto y montañoso, cubriéndola por su espalda una roca de 600 piés de elevacion, y tan escarpada, que apenas deja senda para caminar á pié desde Mequinenza á Fraga y Peñalba. La poblacion se halla defendida por antiguas murallas del tiempo de los moros, y estando como está rodeada por todas partes de las aguas del Ebro y del Segre, y de la fragosa roca que acabamos de mencionar, forma una especie de puerto sobre el Ebro que la constituye su llave hasta Tortosa y el mar, dándole todo esto la importancia en que ha sido siempre tenida. La principal defensa de esta plaza es un fuerte construido sobre una roca, accesible únicamente por una prolongada llanura hácia el oeste en una latitud de 1,300 toesas. Este es el solo punto susceptible de un ataque regular, defendiéndole varios reductos y una muralla de fábrica, un foso abierto en la roca viva y un camino cubierto con empalizada.

Aunque no hay ni habia alli entonces camino practible para la artillería, Suchet mandó abrir uno al través de la roca, lo cual verificaron sus ingenieros con prontitud increible.

El 20 de mayo fué embestida Mequinenza por la division del general Musnier, y el 25 completó el cerco por la derecha del Ebro el general Montmarie.

En la noche del 2 al 3 de junio empezaron los franceses á abrir las trincheras á 100 toesas de las murallas; pero advertidos de esto los españoles por el ruido de las herramientas, hiciéronle un fuego tan vivo, que les hirieron mas de 50 hombres. En aquella misma noche atacaron los franceses la villa por tres puntos; pero de todos fueron rechazados. Al propio tiempo hicieron salir los españoles once barcas, las cuales bajaron por el Ebro con tal rapidez, que no pudieron ser detenidas por los franceses, salvándose en ellas multitud de habitantes, los cuales entraron en Tortosa con todos sus efectos. En la noche del 4 al 5 escalaron los franceses los muros de la villa, los cuales no tenian mas que ocho piés de altura. Despues de un vivo fuego, retiráronse los españoles al castillo, dejando abandonada la villa con ocho piezas de artillería, 400 fusiles y gran cantidad de municiones.

Dueño el enemigo de Mequinenza, continuó el sitio del castillo, y adelantando sus obras contra este hasta cincuenta toesas del glasis, en la noche del 7 al 8 rompieron el fuego contra él diez y seis piezas de artillería. Los españoles contestaron con el suyo del modo mas decidido; pero el enemigo continuó batiendo las murallas, logrando destruirlas en gran parte y haciendo con las bombas terrible estrago en la guarnicion. Esta entonces conoció la imposibilidad de continuar defendiéndose, y se entregó prisionera, obtenido que hubo los honores militares. Los franceses se apoderaron en esta ocasion de 1,400 hombres, entre ellos 78 oficiales, cayendo en su poder igualmente 45 cañones, gran número de quintales de pólvora, y mucho hierro y muchas municiones.

La toma de Mequinenza completó la ocupacion de todos los puntos fortificados del reino de Aragon por el ejército frances. Conseguidos estos resultados, ordenó Suchet que el general Montmarie penetrase inmediatamente en el suelo valenciano, procurando tomar á Morella.

CAPITULO III.

Da Victor principio á sus trabajos para el sitio de Cádiz.—Los sitiados continúan los suyos.—Recio temporal en la bahía de Cádiz.—Piérdense los últimos restos de la antigua armada española.—Poderoso ejército que sitiaba á Cádiz: número de tropas que le defendian.—Toman los franceses el castillo de Matagorda.—Llega á Cádiz el general Blake.—El general Copons es destinado al condado de Niebla y D. Julian Jácome al campo de San Roque.—Insurreccion de la Serranía de Ronda: los paisanos reconquistan su capital.—Gloriosa defensa de Montellano.—El general Sebastiani toma á Murcia: abandona luego aquella ciudad.—Numerosas partidas españolas recorren las Alpujarras: acciones de Estremadura.—Cruel decreto del mariscal Soult: ordena represalias la Regencia.—Carácter del rey José.—Napoleon decreta la desmembracion de varias provincias de España.—Conducta del rey Fernando en Valencey.—El mariscal Ney toma el mando del 6.° cuerpo del ejército frances.—Reconoce el ejército ingles.—Ataque de Arroyo del Puerco.—Los franceses arrollan á las tropas asturianas.—El general Bonnet entra en Oviedo.—Ocurrencias políticas en Asturias.—El mariscal Junot pone sitio á Astorga: su gobernador Santocildes se defiende con heroismo: capitulacion de Astorga.—Grandes preparativos de Napoleon para invadir el Portugal.—Reflexiones.

Encargado el mariscal Victor de dirigir el sitio de Cádiz, empezó con vigor sus trabajos para el bloqueo de la isla de Leon y de la bahía, si bien molestado continuamente por las tropas españolas é inglesas que defendian la línea y por las flotillas de ambas naciones. El enemigo estableció baterías en Rota, en Santa Catalina, Puerto de Santa María, Trocadero y Puerto Real, y sobre toda la línea del rio Sancti Petri, costándole estas operaciones bastante gente. Entretanto los españoles trabajaban sin cesar en levantar parapetos y baterías en su línea, y en inventar y multiplicar los medios de defensa de esta, la cual recibia tambien contínuos refuerzos de tropas.

La plaza de Cádiz, merced á su envidiado puerto, mantenia una constante comunicacion con todos los puntos del globo libres del yugo de Napoleon, surtiéndose por este medio de toda clase de víveres, sin escluir las verduras y frutas, aunque con el aumento de precio que era consiguiente. El desahogo que con esto tenia fué por desgracia turbado muy pronto por los desencadenados elementos, dado que en la noche del 8 al 9 de marzo arrojó un temporal á la costa ocupada por el enemigo mas de veinte buques mercantes, junto con los navíos de guerra Concepcion, Montañés y San Roman, la fragata Paz, un navío de guerra portugues y tambien un bergantin ingles de guerra; y á mas dos pontones ocupados por prisioneros franceses, los cuales consiguieron tomar tierra entre sus paisanos, á pesar del fuego de nuestras baterías. Entre las víctimas de aquel conflicto contóse el ex-central Riquelme, que se hallaba preso en la fragata Paz. Alguna parte de las guarniciones y tripulaciones de los buques consiguió salvarse, y de los náufragos hicieron los franceses unos doscientos prisioneros. Los cascos fueron todos quemados.



Temporal en el puerto de Cádiz.

De resultas de tan fatal acontecimiento dispuso el gobierno enviar á las islas de Mallorca y Canarias los prisioneros que se custodiaban en los otros pontones: los navíos que habian quedado los mandó á la Habana, en donde el descuido y la polilla, si es lícito esplicarnos asi, vinieron á consumirlos en breve, desapareciendo con ellos los últimos restos de nuestra antigua y poderosa armada.

El ejército que sitiaba á Cádiz ascendia á cincuenta mil hombres: las fuerzas que defendian la línea de los sitiados no pasaban de veinte y un mil setecientos, compuestos de diez y seis mil españoles, cuatro mil ingleses y mil setecientos portugueses. Demas de eso existian en Cádiz diez mil hombres de guarnicion, todos voluntarios de la misma ciudad. Al general del ejército del centro, que lo era D. Joaquin Blake, correspondia el mando de las tropas que defendian la isla gaditana, y que formaban parte de aquel ejército. Las tropas ausiliares estaban á las órdenes del mayor general ingles Graham. Por lo que al enemigo respeta, obraba Victor en combinacion con el general Sebastiani, el cual con una parte de su gente ocupaba á Antequera, Málaga y Motril, y mantenia comunicaciones con las tropas de aquel mariscal, situadas en Ronda y Marbella.

El primer ataque contra Cádiz debia hacerse por la parte de tierra del lado de la Isla de Leon, la cual está separada del continente por un istmo que apenas tiene un cuarto de legua de anchura. La forma de la isla gaditana es irregular, su longitud es diez millas y su latitud en algunos puntos no llega á tres. Se entra en ella por un camino muy estrecho, el cual estaba entonces defendido de ambos lados por varias baterías que cruzaban sus fuegos. En este camino habia varias cortaduras llenas de agua ademas de los fosos, encontrándose una de doscientos piés de ancho antes de llegar al puente de Zuazo, que se habia destruido tambien para impedir el paso, construyéndose en él dos baterías de veinte piezas de á 32 cada una. Las muchas salinas que rodean á la isla se habian tambien anegado, dejando todo el camino pantanoso é intransitable.

Estos y otros muchos obstáculos que la naturaleza y el arte habian proporcionado á Cádiz tenian que vencer los franceses antes de aproximarse á sus fuertes murallas; por lo cual, conociendo aquellos la imposibilidad de superarlos, se limitaron á proporcionarse en su línea todos los puntos mas á propósito para incomodar la nuestra. Uno

Perez litog.° Litog.ª Artistica.

EL ALCALDE ROMERO.

de estos puntos era el castillo de Matagorda, situado en tierra firme, á la embocadura del caño del Trocadero, distante dos mil toesas de Cádiz, frente á nuestro castillo de Puntales. Recurriendo á la bala roja, hicieron los franceses alejar los buques que estaban apoderados del citado castillo de Matagorda para protegerle. Al mismo tiempo se dedicaron á armar baterías ocultas, que no descubrieron hasta que se hallaron en estado de reducir á polvo el castillo, castillo que empezaron á batir con treinta y seis piezas de artillería de á 36 y varios morteros, la mañana del 12 de abril, arruinando sus merlones y parapetos. El fuerte contestó con igual actividad durante todo aquel dia y la mañana del 22, hasta que cayendo una bomba en el almacen de pólvora, obligó á los españoles á evacuarlo despues de las diez, embarcándose en nuestras lanchas, no sin volar antes todas sus obras, si bien abandonaron mil y quinientos prisioneros, procedentes del ejército de Dupont, entre ellos seiscientos oficiales.

El general Blake, que iba á encargarse del ejército de la Isla, entraba en la bahía de Cádiz al tiempo mismo que se abandonaba el arruinado castillo de Matagorda. ¡Signo funesto que parecia ratificar ya la mala estrella de aquel general, digno ciertamente de mejor fortuna, como ya hemos dicho otra vez, por sus talentos y conocimientos militares!

A pesar de esta desgracia, siguió el enemigo el sitio de Cádiz con la misma lentitud, hallándose aquel escaso de víveres y de municiones, dado que sus convoyes eran contínuamente interceptados por las guerrillas del interior, y no podian marchar sino escoltados por fuertes destacamentos.

Los franceses levantaron sobre las ruinas de Matagorda otras varias y nuevas obras, desde las cuales contestaban al contínuo fuego de nuestro fuerte de Puntales y al de las lanchas cañoneras españolas é inglesas, que con el suyo interrumpian contínuamente sus trabajos y les causaban considerables pérdidas.

La Regencia, en medio de los muchos cuidados que la rodeaban, se esforzaba en promover la insurreccion en varios puntos de Andalucía, para distraer la atencion del enemigo. Para ello, como sitios propios á su intento, eligió especialmente el condado de Niebla y la Serranía de Ronda, esta vecina á Gibraltar, que la ofrecia incontrastable apoyo y el primero áspero en su territorio y partiendo límites con el Océano y Portugal. El general D. Francisco Copons y Navia fué destinado al condado, y D. Julian Jácome al campo de San Roque, desde donde debia atender á la Serranía. Copons se encargó del mando en 14 de abril, y mejorando cuanto pudo la organizacion de los setecientos hombres que encontró en aquella tierra, reuniendo otros nuevos, haciéndose con fondos y conservando espedita la comunicacion entre la costa y Cádiz, pudo imponer respeto á los franceses, á pesar de que algunas veces se vió obligado por estos á buscar asilo en Portugal. Jácome no tenia tanta resolucion; pero suplian este defecto la audácia de aquellos naturales y su costumbre de combatir, como contrabandistas que son en su mayor parte. Desde que José entró en Sevilla, conocieron los serranos los males y perjuicios que iban á seguírseles, y comenzaron á mostrarse desasosegados. Trasladóse el intruso á Ronda, y conociendo lo poco que ganaba con su presencia, contentóse con dejar en la ciudad un gobernador y alguna tropa. La insurreccion creció instantáneamente, encargándose varios patriotas de acaudillar á la multitud, entre ellos D. Andres Ortiz de Zárate, apellidado el Pastor. D. Francisco Gonzalez se presentó á la vista de Ronda el 12 de marzo con una fuerte partida de paisanos, y aquel informe pero entusiasmado grupo infundió tal temor á los franceses, que abandonaron la ciudad por la noche y se retiraron á Campillos; y aunque el general Peyremont la recobró el 21, fué para dejarla otra vez y acudir á Málaga, caida en poder de los nuestros. La Regencia nombró comandante de aquel distrito, bajo las órdenes de Jácome, á D. José Serrano Valdenebro, y en Jimena formóse una junta para representar á los pueblos. El entusiasmo producido por el levantamiento de la Serranía llegó á un grado tal de fervor, que habiendo sido rechazados trescientos franceses de una embestida dada á Montellano, y vuelto reforzados por otros mil á atacar el pueblo, no pudieron vencer la resistencia de los habitantes. Incendiaron entonces las casas, quedando ilesa solamente la del alcalde D. José

Romero y el campanario de la iglesia. Romero se defendió heróicamente con su muger é hijos tras la débiles tapias de un recinto estrecho para corazon tan grande contra toda aquella turba de enemigos; y ya iban estos á emplear su artillería, cuando algunos grupos que bajaban de las inmediaciones, los forzaron á cejar. El valiente alcalde permaneció largo tiempo en su actitud hostil, replicando *este es mi puesto*, á cuantos le rogaban que se retirase. Tan heróica proeza merece bien un recuerdo honorífico en la historia.

Igual escarmiento sufrieron los invasores ante los muros de Tarifa, siendo el 21 de abril rechazados de aquella plaza.

Hostigaban tambien al enemigo las provincias de Murcia y Estremadura. En la primera estaba el ejército del centro, compuesto como ya dijimos, de doce mil infantes, dos mil caballos y doce piezas de artillería, y en la última el de la izquierda, que constaba de veintiseis mil infantes y dos mil ginetes, la mitad de estos desmontados.

El general Sebastiani, flanqueando las posiciones de D. Manuel Freire, que por hallarse en Cádiz D. Joaquin Blake, mandaba el ejército del centro, sorprendió á Murcia con ocho mil hombres el 23 de abril, y á pesar de la promesa que hizo á los habitantes de respetarlos con sus intereses, irritado sin duda de la frialdad con que le recibieron, y de ver ausentes de la poblacion los principales vecinos, castigó la ciudad duramente con las mas arbitrarias exacciones. El movimiento del general Freire obligó á Sebastiani á dejar aquella ciudad á los tres dias, y el furor que los murcianos hubieran debido emplear para resistir al estrangero, lo descargaron todo contra los que con justicia, ó sin ella, eran tildados de desleales, y principalmente contra el corregidor interino D. Joaquin Elgueta, que habiendo conseguido librarse de la muerte con que le amenazaban los invasores, vino desgraciadamente á recibirla de manos de sus mismos compatriotas. Al mismo tiempo recorrian las Alpujarras numerosas partidas de valientes, las cuales, acaudilladas por Mena, Villalobos, García y otros, y protegidos por la caballería y algunos destacamentos de infantería del general Freire, tomaban á menudo venganza de las tropelías que como en Velez Rubio y en otros pueblos cometian los enemigos.

Ni era menor la actividad que el ejército de la izquierda mostraba en las fronteras de Estremadura. Dejando á la division de la Carrera en observacion de la de Mortier, que, despues de haber intimado en vano la rendicion á Badajoz al llegar á aquella provincia, estaba acantonada en Llerena, Almendralejo y los Santos, marchó el marques de la Romana á Badajoz, donde estableció su cuartel general, y situó dos divisiones á su izquierda, á las órdenes de Mendizabal y D Cárlos Odonnell en Casteldavide y Alburquerque, y otras dos á la parte opuesta, mandadas por los generales Ballesteros y Senen de Contreras, hácia el camino de Monasterio y Olivenza. El primero de estos dos gefes sostuvo contínuos encuentros con los franceses, y en Santa Olalla y en Ronquillo, en Zalamea y Arazena, en Burguillos y Monasterio, se le vió en el mes de marzo y siguientes vencer mas de una vez las tropas que acaudillaba Mortier. Tambien D. Cárlos Odonnell maniobró con buenos resultados contra el general Regnier, gefe del segundo cuerpo frances de aquel ejército.

Entretanto el mariscal Soult, enfurecido con la incesante guerra que los nuestros le hacian, dió en 9 de mayo un decreto contra las partidas españolas, á las cuales llamaba reuniones de bandidos, condenando á sus individuos, apenas fueran aprehendidos, á ser pasados por las armas y espuestos en los caminos sus cadáveres. La Regencia tardó en contestar, pero viendo que Soult llevaba á cabo tan bárbara providencia, publicó en 15 de agosto otro decreto, mandando que se ahorcasen tres franceses por cada español castigado á consecuencia de aquella medida. Esta órden, aunque dura en sí misma, reclamábanla imperiosamente las circunstancias, y sus efectos debian ser beneficiosos á la humanidad, no pudiendo menos de contener, como las contuvieron en efecto, las atrocidades de Soult y de los demas invasores. Los franceses nos llaman bárbaros, y no ven que la *Guerra de la Independencia* es para ellos un padron de ignominia, ora se atienda á la iniquidad y á las pérfidas artes con que verificaron su invasion, ora á las crueldades sin término con que nuevos Nero-



Represalias contra Soult.

nes y Atilas se abrevaron de sangre española, y apuraron todos los recursos de su ingenio, para aterrar á los defensores de nuestra nacionalidad é independencia con los mas esquisitos suplicios. ¿Cómo, siendo José tan humano, consentia portarse de este modo á las huestes que invocaban su nombre? Tanto desnaturaliza á los hombres la posicion en que se colocan, cuando no tienen medio entre caer de la altura á que se han elevado aceptando medios ilícitos, ó llamar en su auxilio al verdugo para dilatar algun tiempo la catástrofe que al fin les espera.

En la época á que nos referimos, estaba exasperado el intruso tanto por la tenaz resistencia que los españoles le hacian, como por el enojo que le dió el decreto de Napoleon espedido el 8 de febrero, convirtiendo en gobiernos militares algunas de nuestras provincias, y dando el de Cataluña, Aragon, Navarra y Vizcaya á los generales que en ellas tenia. El intento de Bonaparte era incorporar al imperio frances la parte septentrional de España allende el Ebro, como lo habia hecho con la Holanda y los estados pontificios. José, que no podia mirar con indiferencia la desmembracion del pais que contaba ya como propiedad suya, resolvió despachar á Paris de embajador estraordinario á D. José de Azanza, con encargo especial de procurar inclinar al emperador á que revocára aquel decreto. Pero aunque estuvo Azanza en Paris seis meses, y fué á ayudarle en su comision el marqués de Almenara, no pudo conseguir cosa alguna, como lo prueba una de sus últimas comunicaciones, en la cual decia á José que el emperador no se contentaba sino con la cesion absoluta de las mencionadas provincias.

Entretanto, y mientras José procuraba hacer lo posible por sacudir el yugo de su hermano, humillábase á las plantas de este del modo mas indigno y vergonzoso el monarca que España aclamaba, suplicándole repetidas veces le hiciera su hijo adoptivo enlazándole con una princesa de la familia imperial; llegando al estremo increible de felicitarle por sus victorias, y al mas inconcebible todavía de llamar *rebelde y fanático* al pueblo que con tanto heroismo se estaba matando por él. La pluma se nos cae de la mano cuando intentamos trazar el cuadro de tanta ingratitud y vileza, y asi remitiremos al lector á lo que acerca del particular refiere en sus memorias Llo-

rente, no menos que á lo que Toreno y al autor ó autores contemporáneos de la historia de Fernando VII de España han dejado consignado en sus obras.

El mariscal Ney, que recien venido de Francia, habia tomado el mando del 6.° cuerpo, el cual seguia acantonado siempre en la provincia de Salamanca, hizo un movimiento sobre Ciudad-Rodrigo, á cuya plaza arrojó el dia 11 de febrero algunas granadas, intimando la rendicion á su gobernador D. Andres Perez de Herrasti; pero contestándole éste con dignidad castellana, obligóle á replegar sus fuerzas y acantonarse entre Ciudad-Rodrigo y Salamanca, hasta reunir los medios necesarios para formalizar el sitio.

Para adquirir entretanto noticias exactas sobre la situacion y movimientos del ejército ingles, cuya destruccion le habia encargado Bonaparte, dispuso Ney un reconocimiento sobre los puestos avanzados de aquel en Barba de Puerco, sobre la orilla del Agueda. El general Ferrey, destinado para aquel reconocimiento, fué recibido con la mayor bizarría por los ingleses, los cuales le obligaron á retirarse con bastante pérdida.

En este mismo tiempo el general Regnier, que ocupaba con su cuerpo la Estremadura alta, diseminó sus tropas por la orilla derecha del Guadiana, á fin de desalojar de ella las varias partidas de españoles que recorrian sus cercanías. Una division de estos, al mando de D. Cárlos Odonnell, se adelantó hácia Cáceres, y encontrando el 12 de marzo á los franceses en el puente del Salor, obligóle á retirarse y concentrar sus fuerzas sobre el Guadiana.

El general Foy supo que 2,000 españoles ocupaban el pueblo de Arroyo del Puerco, y marchando rápidamente á su encuentro, los atacó de improviso, causándoles grave pérdida. El ataque fué tan repentino, que el coronel ingles Grat, al servicio de Portugal, comisionado por lord Wellington para esplorar la situacion de la Estremadura, y situado en Arroyo del Puerco cuando se verificaba el ataque, apenas tuvo tiempo para buscar su salvacion en la fuga, dejando en poder del enemigo sus caballos, efectos y papeles, entre los cuales se encontró su correspondencia con Wellington, con el general Hill y con el mariscal Beresford.

El general Odonnell, que con su division acababa de hacer una espedicion sobre Cáceres, habia dejado al brigadier D. Cárlos España con la retaguardia, compuesta de las compañías de preferencia de los regimientos de Castilla, Zamora, Navarra, voluntarios de Sevilla y un escuadron de Borbon en el pueblo de la Roca, cuya fuerza total no llegaba á 1,500 infantes y 80 caballos; y habiendo sido atacados el 20 de abril por dos brigadas de caballería mandadas por los generales Soult y La-Housaye, y por dos divisiones de infantería, de las cuales solo entraron en acccion algunas compañías de cazadores, verificaron su retirada á Alburquerque, despues de haberse batido con bastante denuedo.

El citado general Foy se habia dirigido sobre Cáceres, y acometido por una columna al mando del mismo Odonnell, le obligó este á retirarse á Mérida, teniendo que formar varias veces el cuadro para no ser envuelto por los españoles.

La retaguardia de la division del general Contreras, de vuelta de una espedicion que hizo á Mérida, fué alcanzada por la brigada de dragones del general Dycon el 17 de abril, y la hizo algunos prisioneros.

El general Ballesteros, que se encontraba en Andalucía, reunió su division con la primera del ejército de Estremadura en Cala, marchó sobre Santa Olalla, y de allí al Ronquillo, donde empeñó accion con una division francesa compuesta de 2,500 infantes y 500 caballos, perteneciente al cuerpo de Mortier, teniendo al fin que retirarse sobre Sevilla. Luego, hallándose el mismo Ballesteros con su division en Aracena, presentósele delante el general Girard el dia 26 de mayo con 6,000 hombres de infantería y 600 caballos, y atacó las avanzadas, que hizo replegar juntamente con las tropas que fueron á contenerle; pero el triunfo que alcanzó de nosotros costó al frances bastante pérdida.

Permítannos ahora nuestros lectores que nos dirijamos á Asturias, pues, aunque atravesando la Península, hace esta diligencia necesaria el enlace de los sucesos

de aquella provincia con el sitio de Astorga, del cual tenemos que ocuparnos luego.

La empresa de ocupar en todo ó en su principal parte el suelo asturiano, fué confiada al general Bonnet, que se hallaba ocupando á Santander, quien desde luego se propuso hacerse dueño de Oviedo. Menguadas las fuerzas de la provincia desde la salida de Ballesteros, solo contaban á la sazon con unos 7,000 hombres, 4,000 que tenia D. Nicolás Llano Ponte en las inmediaciones de Colombres, 2,000 existentes cerca de Oviedo y 1,000 que estaban á las órdenes del intrépido D. Juan Diaz Porlier, los cuales, aunque á veces distantes de la provincia en busca de empresas dignas de su esfuerzo, sabian aparecer en ella cuando la necesidad lo exigia. Asi lo hicieron en cuanto tuvieron noticia de la invasion de los franceses en el principado, del descalabro de Llano Ponte por la superioridad de las fuerzas enemigas, y de la salida de Oviedo de la Junta establecida por el marques de la Romana con el general D. Antonio Arce.

El general Bonnet se puso en movimiento á principios de enero con direccion á Asturias, y habiendo encontrado en posicion á la orilla del rio Deva las tropas españolas del general Llano Ponte, en número, como hemos dicho, de 4,000 hombres y 9 piezas de artillería, las acometió y arrolló el dia 24 de enero, haciéndolas 75 prisioneros con 9 oficiales Inmediatamente penetró hasta Oviedo, donde sentó su cuartel general; mas temiendo que le armasen alguna celada Porlier, Llano Ponte, D. Federico Castañon y otros partidarios que en distintas direcciones se movian, abandonó su conquista y se trasladó á la Pola de Siero. Creyéndose ya seguros los españoles, recuperaron la capital, mas el frances cayó sobre ellos de improviso y la ocupó nuevamente el 14 de febrero. Dióse entonces á D. Pedro Bárcena el mando de las tropas de Asturias, y la Junta nombrada por la Romana cedió el puesto á la antigua de la provincia, restablecida por el general Arce; pero habiéndose este marchado con 16,000 duros, que decia debérsele por sueldos atrasados, nombró la nueva autoridad en su lugar al de la misma graduacion D. José Cienfuegos, creando una comision ó consejo que dirigiese las operaciones militares. Por este tiempo se recibió de Galicia un auxilio de 2,000 hombres, con cuyo pequeño refuerzo osaron los españoles acometer al enemigo el 19 de marzo, y obligaron á Bonnet á salir otra vez de Oviedo y refugiarse en Cangas de Onís. Reforzado tambien el frances, adelantóse inmediatamente, y consiguió por tercera vez hacerse dueño de la capital el 29 del mismo marzo, viéndose precisados los nuestros, por fin de tantas alternativas, á desistir de sus empresas, retirándose los asturianos á Tineo, y á Navia los socorros de Galicia.

Deseaban algunos que conviniéndose entre sí la junta del principado y la de Betanzos, pusiese ésta á disposicion de la primera los cuantiosos recursos que poseia; mas su debilidad perjudicaba no menos al estado de la vecina Asturias que á sus propios intereses. Escudados con ella algunos bulliciosos, asesinaron en el Ferrol al comandante de arsenales D. José María de Vargas, si bien fué su muerte vengada á poco tiempo por la justicia. Confiados tal vez los franceses en la misma debilidad, se determinaron á realizar el sitio de Astorga, impidiendo al general Mahy, que mandaba en Galicia, efectuar el proyecto que habia concebido de mandar nuevos auxilios á Asturias, sin esperar para ello órdenes de la junta de Betanzos.

A fines de febrero, el 8.° cuerpo del ejército frances, que al mando del mariscal Junot, duque de Abrantes, habia vuelto del Austria con direccion al norte de España, se habia adelantado hasta el reino de Leon, á fin de protegerle contra el ejército español de Galicia.

Con la ocupacion de Astorga mantenian los españoles espedita la comunicacion con un numeroso cuerpo de anglo-portugueses que ocupaban los orillas del Ezla y toda aquella parte de la frontera del Portugal. La pequeña ciudad de Astorga, que el año anterior habia sido ocupada sucesivamente por los ejércitos beligerantes, se habia fortificado algo; pero nunca podia considerarse como plaza fuerte. El coronel del regimiento de Santiago, D. José de Santocildes, se encargó de su mando y defensa

con cerca de 2,000 hombres, compuestos de los regimientos de Santiago y Lugo, y varios destacamentos de otros. El ejército de Junot, que el 21 de marzo embistió á Astorga, constaba de 26,000 infantes y 8,000 caballos, y dió principio al sitio apoderándose de los arrabales de Santo Domingo y San Andres, y dirigiendo sus principales ataques contra la puerta del Rey y el arrabal de Rectivia. El gobernador dispuso varias salidas que causaron mucho daño al enemigo. Este empezó en 18 de abril sus trabajos para las baterías de brecha, á 40 toesas de la puerta de Hierro, y el 20 rompió el fuego con nueve piezas de grueso calibre y otras diez menores. La plaza contestaba pausadamente porque se le iban concluyendo las municiones. La brecha se halló practicable el 21, para 25 ó 30 hombres de frente, y en el mismo dia emprendió el enemigo el asalto, dirijido por el gefe de escuadron Lagrave, uno de los edecanes del mariscal Junot. El ataque duró desde las dos de la tarde hasta las seis y media, siendo rechazados los franceses vigorosamente, y muertos ó heridos cuantos subieron á la brecha por el fuego que hizo el sitiado desde las



Asalto de Astorga.

cortaduras abiertas en lo interior para la defensa. En vista de tan obstinada resistencia, adoptaron los franceses el único recurso que les quedaba, que era formar por medio de la zapa una comunicacion con el pié de la brecha, y alojarse en esta á continuacion, como lo consiguieron aquella misma noche. Concluidas todas las municiones de artillería, y no quedando á los defensores sino muy pocos cartuchos por plaza, exigia la prudencia no aventurar las vidas de aquellos al incierto éxito de un nuevo asalto; y por lo tanto el gobernador de Astorga envió el 22 de abril uno de sus oficiales al campo enemigo para parlamentar y presentar el proyecto de una capitulacion sumamente ventajosa á la guarnicion y vecindario: condiciones que no fueron admitidas, añadiendo el frances la amenaza de que si á las cuatro de la tarde del mismo dia 22 no se rendia la guarnicion, se daria otro nuevo asalto y se la pasaria á cuchillo. La respuesta á esta exigente intimacion fué disparar la plaza un cañonazo, tan bien enfilado al sitio de la trinchera en que habia sido recibido el oficial parlamentario, que cayó la bala en medio del estado mayor, que con el general permanecian todavía en el mismo punto, é hirió á algunos oficiales. Este solo rasgo dá á conocer el grado de enerjía en que se hallaba la guarnicion, y lo que

hubieran hecho los valientes que la componian á estar la plaza bien fortificada y con abundancia de municiones.

El enemigo intentó un segundo asalto; pero habiendo sido igualmente rechazado, se contentó con poder permanecer alojado en la brecha, despues de haber perdido mas de 300 hombres en menos de una hora. Con todo, conociendo Santocildes que era inevitable la destruccion de la ciudad, convocó á todos los gefes militares de la guarnicion y á los principales vecinos, les hizo presente la peligrosa situacion en que se hallaban, y de acuerdo con ellos envió aquella madrugada un oficial, manifestando al general frances que la guarnicion se rendiria prisionera de guerra siempre que se la concediese los honores militares, y que se conservasen las espadas á los oficiales, y las mochilas á los soldados, respetándose ademas las personas y propiedades de los vecinos, é imponiendo pena de la vida á todo soldado frances que infringiese cualquiera de estas condiciones. Junot se convino y aprobó esta capitulacion, tomando posesion de Astorga el dia 23 de abril, despues de 45 dias de trinchera abierta, y de haber perdido en el sitio cerca de 3,000 hombres.

El ejército español de Galicia, situado en Villafranca, quiso verificar un movimiento para socorrer á Astorga; pero fué contenido por el general Clausel, que mandaba una division del cuerpo de Junot.

La costumbre que tenian los generales franceses de burlarse de lo pactado, con mengua del honor militar, hizo que en vez de respetar Junot el heroismo con que el vecindario de Astorga habia contribuido á la defensa, permitiera que sus tropas se entregasen á los mayores escesos, y que saqueasen varias casas, disponiendo ademas que fuesen conducidos á Francia como prisioneros algunos eclesiásticos de los que mas habian trabajado en el sitio.

La posesion de Astorga facilitaba á los franceses la invasion de Portugal, por ser aquella ciudad uno de los puntos y pasos mas importantes para mantener la comunicacion con el norte del reino, y proteger las incursiones en las provincias de Leon y Asturias. Asi, la toma de aquella pequeña y mal fortificada ciudad fué tanto mas satisfactoria al emperador, cuanto mas podia contribuir al buen resultado del proyecto que por entonces ocupaba el primer lugar en su mente.

Para formar alguna idea de la suma importancia que daba Napoleon á la reconquista del Portugal, bastará considerar la inmensidad de medios que empleó. Seguro casi de no tener nada que temer en España, bloqueada ya la isla gaditana y tomada la célebre plaza de Gerona, dispuso el orgulloso conquistador que el primer cuerpo, mandado por el mariscal Victor, y el quinto á las órdenes de Mortier, que habian ido con José desde Madrid á Sevilla, permaneciesen ocupando el territorio que media desde esta última ciudad hasta Chiclana, delante de la Isla de Leon; que el cuerpo de Sebastiani continuase entre Granada y Málaga, y que el del general Regnier, apostado sobre el Tajo, el del mariscal Ney, que ocupaba á Castilla la Vieja, con la division del general Kellermann, y el de Junot que acababa de tomar á Astorga, se preparasen á invadir nuevamente el Portugal por el norte y el este, despues de establecer de antemano almacenes y depósitos en las plazas fronterizas. Para el éxito completo de esta espedicion, el cuerpo de Victor, que sitiaba á Cádiz, adelantaba destacamentos hasta Ayamonte, y el de Sebastiani, despues de contener las provincias de Granada, Málaga y Murcia, avanzaba con sus correrías hasta Gibraltar. Todos estos numerosos ejércitos se hallaban en comunicacion, no formando realmente mas que una sola línea de operaciones combinadas.

No se limitaron á esto las disposiciones tomadas por el emperador para conseguir su objeto: adoptó á mas otras muchas, y en tanto grado, que, como dice un historiador contemporáneo, jamas se habian desplegado mas medios, ni hecho tantos preparativos en las últimas guerras de la Francia con el Austria, Prusia y Rusia. ¡Tan grande era el deseo que tenia Napoleon de invadir el Portugal y destruir el ejército anglo-lusitano que lo defendia! Y en medio de tantos preparativos, cuando tan próxima estaba ya la ejecucion de una empresa árdua en sí misma, á la que tan inmensa importancia daba el emperador y que tan justamente reclamaba su presencia, per-

manecia él inactivo en las Tullerías, limitándose únicamente á dar desde ellas sus órdenes. Pasma seguramente tan estraña conducta. Bonaparte, aquel hombre activo, diligente, emprendedor, que en alas de su ambicion habia pasado y repasado tantas veces los Alpes, volado á Egipto y atravesado los confines de la Alemania; aquel hombre que sabia por una larga esperiencia el májico influjo que ejercia su persona en medio de sus ejércitos, y que á aquella y á las palabras de fuego que salian de su boca, y que tanto electrizaban á sus soldados, debia mas que al número y valor de estos la mayor parte de sus victorias; aquel guerrero intrépido al cual no podia ocultarse haber sido su solo valor la causa á quien debió los laureles de Marengo, y cuya actividad y diligencia fueron las que en las márgenes del Rhin y del Elba le pudieron hacer repetir mas de una vez el célebre *veni, vidi, vici* del competidor de Pompeyo; ese hombre estraordinario, decimos, se mantenia quieto en las orillas del Sena, cuando tan necesario era en las del Tajo. ¿Qué causa pudo motivar tal apatía? Sus historiadores y panegiristas callan sobre este punto, y él mismo nada satisfactorio nos dice acerca de él en sus Memorias. Necesario es dejar la investigacion de su causa á la contingencia de las opiniones. La nuestra es, que las dudas que agitaban á aquel genio sobre el éxito de la lucha en la Península, fueron el único motivo de tan inesperada inaccion. Acostumbrado el emperador á marchar de triunfo en triunfo, y ansioso de que la historia no tuviera nunca que escribir la palabra *derrota* al lado de su nombre, no quiso esponerse esta vez á anublar acaso su gloria en la contienda de la Península ante los pabellones británicos, y concretándose á trazar desde su gabinete el plan para destruir á sus enemigos, creyó asegurar de este modo el brillo de su reputacion, esperando que siempre la fama atribuiria la victoria á sus disposiciones, y la derrota, si llegaba á haberla, á la mala estrella ó al desacierto de sus mariscales. Se olvidó Napoleon al formar este cálculo que hay una justicia en el cielo, de la cual intentaba en vano huir recatándose de la Península y acercándose mas á Waterloo. ¡Asi el que le suceda algun dia en la mision suprema que él no quiso desempeñar, acierte á penetrarse mejor de su alto y elevado destino! ¡Asi la terrible leccion que nos da el atahud de Santa Helena haga que otro hombre de genio, si la naturaleza le aborta á semejanza de Napoleon, le imite solamente en lo grande, y no en encadenar las naciones, sacrificando á una ambicion bastarda la libertad y el porvenir del pueblo!



CAPITULO IV.

Napoleon nombra al mariscal Massena para la conquista de Portugal: poderoso ejército destinado á este objeto.—Sitio de Ciudad-Rodrigo: su gloriosa defensa: su rendicion.—El general Regnier es rechazado por las tropas españolas.—Invasion de Portugal.—Estado de aquel reino.—Fuerzas que componen el ejército anglo-lusitano: sus posiciones en Portugal.—Puntos que ocupa el ejército frances.—El mariscal Ney obliga á los ingleses á abandonar el fuerte de la Concepcion.—Accion sobre Almeida.—Retirada del ejército ingles al valle del Mondego.—Disposiciones de lord Wellington.—Sitio y toma de Almeida.

El estado imponente de las armas francesas en la Península avisó á Napoleon que era llegada la por él deseada época de pensar sériamente en la conquista de Portugal. Fluctuó mientras tanto su ánimo en la eleccion del mariscal á quien podia confiar tamaña empresa, y despues de haber pensado en Junot y en Ney, se decidió al fin por el mariscal Massena, duque de Rívoli y príncipe de Essling. Era este el mas antiguo y el mas hábil tal vez de sus generales, su constante compañero desde las primeras campañas de Italia, y el que con su espada y talento le habia siempre franqueado las sendas de la victoria y allanado las gradas del trono. A sus esfuerzos y serenidad debia la salvacion de todo el ejército y la de su propia persona en la célebre batalla de Essling, dándole desde entonces siempre con entusiasmo el título de *hijo predilecto de la victoria* por su constante dicha en las batallas. Tal fué el hombre elejido por Bonaparte para ceñir su frente de laureles en los campos lusitanos, poniendo á sus órdenes los cuerpos 2. °, 6 ° y 8. ° del ejército frances, que mandaban los mariscales Ney y Junot y el general Regnier, componiendo entre los tres un total de 82,000 hombres.

El mariscal Soult, que tenia bajo su direccion otros tres cuerpos de ejército en el sur de España, recibió órdenes para cooperar con diversiones al éxito de la conquista del Portugal, y otro cuerpo, con la denominacion de 9. °, se reunió tambien en Valladolid para reforzar y sostener en caso de necesidad al ejército invasor de aquel reino.

Luego que Massena procedente de Paris llegó á Salamanca y pasó revista al 6 ° y 8 ° cuerpo, á las órdenes de Ney y Junot, en número de 65,000 hombres, su primer cuidado fué apoderarse de la plaza de Ciudad-Rodrigo. Esta plaza, situada en el reino de Leon, á las márgenes del rio Agueda, á 46 leguas al oeste de Madrid, 16 de Salamanca y 5 de las fronteras de Portugal, es

no mas que de tercer órden, y su fortificacion es antigua, irregular y defectuosa. Está circuida de posiciones que facilitan su ataque y dificultan su defensa, tales como el teso ó altura de San Francisco, que domina enteramente las murallas por su izquierda, los dos arrabales de San Francisco y del puente, el convento de Santa Cruz, que linda con el glásis de la plaza, y varias hondonadas y barrancos que permiten aproximarse á esta ocultamente por muchas partes á distancia de tiro de pistola: tales son tambien las huertas llamadas de Samaniego por el lado izquierdo, y la de Céspedes por el derecho, que proporcionan una segura emboscada al sitiador; tales, en fin, las canteras, el convento bajo de San Agustin, los molinos de Barragan y de los Cañizos, y diferentes alamedas muy antiguas y crecidas. Todos estos sitios son allí otros tantos abrigos que se ofrecen al sitiador para dirigir á cubierto sus ataques, sin que los sitiados puedan defender sus muchos puestos esteriores, á no ser perdiendo mucha gente.

Hemos dicho antes que el gobernador de ciudad Rodrigo, D. Andres Perez de Herrasti, se negó á la intimacion que relativamente á rendirse le hizo el mariscal Ney en 10 de febrero. Determinado ahora á defenderse hasta el último estremo lo mismo que entonces, contaba con el entusiasmo del vecindario, que ascendia á cinco mil almas, y con el valor y denuedo de la guarnicion, compuesta de 5,498 hombres; sin que por eso desconociera el inteligente gobernador que, á pesar de las obras últimamente practicadas en varios puntos, como en los conventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa Cruz, no podia resistir la plaza mucho tiempo á fuerzas tan superiores como las que la amenazaban. La proximidad del ejército ingles á la frontera no le hizo tampoco concebir esperanza alguna de auxilio, pues la intencion del general británico era bien conocida desde que se retiró á Portugal, siendo su movimiento sobre el Agueda perjudicial á Ciudad-Rodrigo, pues hizo á los franceses aglomerar tal número de tropas para su asedio, que llegaron á reunir en él hasta 82,000 hombres. Los gefes eran los mariscales Ney y Junot y el general Mombrun, encargándose el primero del mando, ansioso de añadir una hoja mas á su rico floron de trofeos, y de dulcificar algun tanto su disgusto por no haber logrado el mando superior de la espedicion contra Portugal. Todo el mes de mayo se pasó en encuentros y escaramuzas, favorables muchas veces á los nuestros que, conducidos por el valiente D. Julian Sanchez, se burlaban de la presuncion de los contrarios; y aunque en aquel tiempo intimaron los imperiales hasta dos veces la rendicion á los de la plaza, fueron despreciadas sus comunicaciones. Mas habiendo llegado Massena á fines de dicho mes con nuevas tropas destinadas á estar en observacion de los cuerpos de Wellington y la Carrera, que se hallaban en Fuente-Guinaldo y sus inmediaciones, empezó Ney á obrar con actividad en la formacion del sitio con el 6.° cuerpo, encargado de su realizacion.

El cuerpo del general Regnier, que se hallaba en Estremadura, se aproximó á Coria, y el de Junot se estableció entre San Felix el chico y el grande. Estos dos cuerpos cubrian las operaciones del ejército sitiador, debiendo reunirse con este en el inesperado caso de que el ejército anglo-portugues intentase socorrer la plaza, aunque Massena no temió jamas semejante movimiento, pues como escribia al príncipe de Neufchatel, no creyó nunca que el caudillo ingles se determinára á empeñarse con él en batalla campal. Bien conocia el esperimentado mariscal al enemigo que tenia delante, pues lo que menos pensó el general británico fué en socorrer á Ciudad-Rodrigo, ó en medir por entonces sus armas con el ejército frances, cuya destruccion le garantian, sino con gloria, al menos con seguridad, las inespugnables posiciones que tenia á sus espaldas.

El mariscal Ney en 8 de junio embistió decididamente la plaza; pero la guarnicion defendió sus puestos avanzados con estraordinario valor.

El enemigo principió sus trabajos en el teso de San Francisco, y los continuó, no sin dificultad, hasta que en la noche del 15 al 16 logró abrir la trinchera desde el principio de dicha cima, por frente del mismo convento, hasta la casa principal de la huerta de Samaniego. Adelantaba tambien al mismo tiempo sus posiciones por la

derecha y frente de la plaza, desde el molino de los Cañizos, por la huerta llamada de Céspedes, la Cantera y San Agustin el viejo: sitios todos que tuvo que ir ganando á palmos y á costa de mucha sangre.

El 22 de junio habia ya avanzado el sitiador sus líneas considerablemente y situado muchos emplazamientos y apostaderos hasta tiro de pistola de la plaza, quedando esta cercada por todas partes, y no pudiendo la caballería de su guarnicion salir á forragear, ni ser en ella de utilidad alguna. Escaseaban ademas las subsistencias para mantenerla, y segun el aspecto que presentaban las cosas, iba á perecer sin fruto dentro de la plaza una fuerza que fuera de ella podia seguir prestando á la patria los mas eminentes servicios. En su consecuencia, reunió el gobernador una junta de gefes y autoridades, quedando acordado que el coronel D. Julian Sanchez, que con su brillante partida de lanceros habia sostenido con el mayor teson los puestos avanzados, rompiendo por las líneas enemigas, marchase á incorporarse con la division del general la Carrera, que estaba entonces en la Alameda y Martiago. Esta empresa, que por sí sola forma el elogio mas cumplido de Sanchez y de su partida, pues que solo podia encomendarse á hombres tan arrojados é intrépidos como los que aquel gefe acaudillaba, fué ejecutada con la mayor valentía y resolucion, saliendo Sanchez de la plaza á las once de la noche de aquel mismo dia por la dehesa de Martin-Hernando, sorprendiendo con el mayor denuedo las centinelas y puestos avanzados del enemigo, forzando sus tres líneas, matando y arrollando á cuantos se le pusieron delante, y logrando por fin incorporarse con las tropas españolas.



SALIDA DE DON JULIAN SANCHEZ.

El 23 avisaron los vigías establecidos en la torre de la catedral que en el campo enemigo se observaban movimientos estraordinarios, y que desde sus trincheras se preparaban los franceses al ataque. En efecto, verificóse este á las doce y media de aquella misma noche, á cuya hora dos fuertes columnas de infantería, sostenidas por otra de caballería, acometieron el arrabal de San Francisco por derecha é izquierda, dirigiéndose sobre los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, cuyas guarniciones contestaron con un vivo fuego, el cual, sostenido por la artillería de la plaza, que descargaba á metralla sobre los sitiadores, bastó para rechazarlos comple-

tamente y hacerles desistir de su intento. Al mismo tiempo una columna de trescientos hombres se dirigió á atacar el arrabal, si bien fué repelido muy pronto, conociéndose luego que era una llamada falsa para distraer la atencion del verdadero ataque, que con tres numerosas columnas verificó el enemigo contra el convento de Santa Cruz, que incendió por todos lados, escalando sus tapias y volando con barriles de pólvora su puerta principal para introducirse en la iglesia. Puso á esta el frances fuego igualmente valiéndose de camisas embreadas, y luego trató de asaltar el resto del edificio defendido por cien soldados españoles del regimiento de voluntarios de infantería de Avila, los cuales no tan solo le rechazaron en cuantos asaltos intentó, sino que habiendo formado de antemano, á prevencion, una cortadura en la escalera de subida, teniéndola cubierta con tablones, quitaron estos en el momento que pasaba por encima una compañía de granaderos franceses, conducida por un oficial que con el mayor denuedo los mandaba, con el sable en una mano y una hacha de viento en la otra. Dicho oficial y los que acaudillaba cayeron prisioneros todos y fueron muertos por los defensores. Estos, rodeados de llamas por todas partes, pues la voracidad del fuego consumia enteramente la iglesia, se mantuvieron firmes largo rato con la mayor serenidad, hasta que despues de dos horas y media, viendo el enemigo que no podia lograr su objeto, y que llevaba perdida mucha gente, desistió de su empeño y se retiró, llevándose multitud de cadáveres, y dejando el campo de batalla regado con su sangre, al paso que la guarnicion española no tuvo sino cinco soldados y un sargento muertos, y cuatro oficiales y diez soldados heridos. A la mañana siguiente volvieron los sitiados á ocupar sus anteriores posiciones, con la gloria de haber rechazado tan terrible ataque y de haber hecho pagar bien cara á los enemigos su atrevida tentativa, con la que tan solo lograron incendiar los edificios del arrabal, del puente y convento de Santa Cruz, mas sin conseguir la ocupacion de ninguno de los puntos atacados.

Redoblaron los sitiadores su actividad á vista de tan obstinada defensa, ocultando su artillería gruesa, hasta que en la noche del 25 descubrieron siete baterías con cuarenta y seis piezas entre cañones, morteros y obuses, colocadas de modo que cubrian toda la línea, desde el teso hasta el jardin de Samaniego. Al amanecer de dicho dia rompieron un fuego general contra la plaza, arrojando balas rasas, bombas y granadas á la ciudad con tanta furia, que en las seis horas primeras dispararon mas de 3,000 tiros. La plaza respondió inmediatamente con empeño el mas decidido, y todo el vecindario se puso en movimiento, acudiendo unos al servicio de las bombas para apagar los incendios, otros á conducir municiones á las baterías y otros á llevar heridos al hospital, en cuyos servicios se señalaron las mugeres y hasta los niños que, estimulados por el ejemplo de sus padres, acompañaban á estos en sus patrióticas tareas. Los gefes y autoridades animaban á los defensores, recorriendo los puntos de mas peligro. Durante aquella noche menudearon de tal modo las bombas y granadas, que en pocas horas no parecia presentar la ciudad sino un triste monton de ruinas.

El 26 y 27 empezó el sitiador á batir en brecha el torreon del Rey, logrando al fin derribarlo completamente.

El contínuo fuego de la plaza causaba tambien bastante daño al enemigo, y tanto que en la mañana del 28 le voló cinco repuestos de municiones de sus baterías, cuya esplosion fué muy considerable, principalmente en uno de ellos, que quedó enteramente destruido; pero no por eso cesaba el enemigo en sus trabajos y activo fuego. Al amanecer del 28 batieron los franceses con el mayor teson el punto de la brecha, apurando bastante á la ciudad, si bien no consiguió por entonces que la brecha quedase accesible. A las dos y media de la tarde suspendieron los franceses el fuego y enviaron un parlamentario á la plaza con un pliego del mariscal Ney, en el cual, á nombre de Massena, se intimaba la rendicion al gobernador, añadiendo de palabra el oficial parlamentario, que su general permitia se despachase un correo al caudillo ingles, para cerciorarse de que la plaza no debia esperar ser socorrida por aquel ejército á pesar de su proximidad. El gobernador de la plaza aceptó esta última parte, pero se

negó con firmeza á la capitulacion que se le proponia, reservándose contestar lo que correspondiese hasta la vuelta del correo que debia despacharse á Wellington, durante cuya diligencia, añadió, podrian suspenderse las hostilidades. Esta respuesta irritó tanto al mariscal Ney, que mandó romper inmediatamente contra la plaza el fuego mas horroroso, contestándole la artillería de esta y continuando el ataque con el mayor encarnizamiento. Aquella misma noche colocaron los sitiadores cuatro baterías á sesenta toesas de la muralla, las cuales causaron en ella gran estrago, volando la contra-escarpa y la falsabraga, quedando al fin la brecha bastante practicable.

El 2 de julio, estando ya la brecha muy adelantada, y conociendo los sitiados que el principal ataque del enemigo se dirigia contra el arrabal de San Francisco, juzgaron prudente retirar la tropa que lo defendia, reforzando con ella la guarnicion de la plaza, y dejando en aquel solamente 50 hombres de observacion.

A pesar de este abandono, no ocupó el enemigo el arrabal hasta la noche del dia siguiente, y para eso perdiendo mucha gente, procediendo, luego que lo consiguió, á quemar el Hospicio, sito en él.

El entusiasmo de la guarnicion se aumentaba á medida que crecia el peligro, disminuyéndose con la misma proporcion la esperanza que el vecindario habia concebido de ser socorrido por Wellington. Un lancero de D. Julian Sanchez, que disfrazado de pastor pudo introducirse en la plaza, trajo el dia 9 de julio la noticia de que el ejército ingles se habia retirado de las posiciones inmediatas y tomado otras, para estar á la defensiva, entre Almeida y el fuerte de la Concepcion.

El contínuo fuego de los franceses sobre la brecha consiguió ensancharla hasta 20 toesas, batiendo despues todo el frente de la fortificacion y edificios contiguos, en términos que no habia parage donde situarse, ni por donde transitar; siendo necesario en la mañana del 9 replegar sobre su derecha é izquierda las compañías de granaderos y demas tropas que guarnecian el ancho boqueron, no siéndoles posible sostenerse en aquel punto, por el diluvio de balas, bombas y granadas que caian sobre él, y le enfilaban por todas partes, robando el libre espacio necesario para colocar un solo hombre sin peligro de perecer, siendo alli tan inminente ese riesgo, que en las cuatro horas primeras desde el amanecer perdió la guarnicion cerca de 200 hombres y siete oficiales entre muertos y heridos.

La plaza se hallaba en la mayor consternacion, sin víveres mas que para tres dias, sin tener ya donde colocar los muchos heridos que cada instante aumentaba el fuego enemigo, y sin poder el gobernador efectuar el plan que habia concebido de abrirse paso con la guarnicion por entre las falanges contrarias, plan á cuya realizacion se opuso el vecindario con la mas decidida energía. Puesto aquel digno gefe en tal apuro, y viendo los habitantes que las columnas enemigas se preparaban para el asalto, y que si se daba lugar á él serian ellos los primeros en ser víctimas del furor que animaba á los sitiadores, conoció el ningun fruto que podia producir el dilatar la rendicion algunas horas. Convocó, pues, una junta de autoridades y gefes, la cual se celebró en la mañana del dia 10, resolviéndose en ella que luego que los enemigos indicasen con sus movimientos querer proceder al asalto, se enarbolasé bandera parlamentaria, redimiendo al pueblo del sacrificio que le amenazaba. Asi se verificó á las seis de aquella misma tarde, enviando los nuestros al campo frances un parlamentario, el cual volvió al poco rato anunciando al gobernador de la plaza que el mariscal Ney le esperaba en persona al pié de la brecha, para tratar sobre la capitulacion. El gobernador marchó al punto indicado, hallando en él al mariscal Ney, que rodeado de su estado mayor y demas gefes de su ejército le recibió con toda urbanidad y consideracion, tributando elogios á los defensores de la plaza, y añadiendo que nada tenia que hablarse en órden á capitular, pues todas cuantas honoríficas distinciones se conceden en semejantes casos las acordaba desde luego al acreditado valor de la guarnicion, asi como al tino de haber el gobernador esperado para parlamentar el momento crítico y preciso de estar acabándose el plazo en que podia hacerlo segun las leyes de la guerra, despues de haber llenado dignamente las del honor y la fidelidad.

Esta capitulacion verbal fué garantida por la palabra de honor del mariscal Ney, el cual la dió públicamente, al mismo tiempo que la mano al gobernador español.



RENDICION DE CIUDAD-RODRIGO.

En su consecuencia, las tropas francesas ocuparon las puertas de la ciudad, retirándose á sus cuarteles la guarnicion española, hasta el dia siguiente 11, en que despues de desfilar, rindió sus armas como prisionera de guerra. Perdieron los nuestros durante este memorable sitio 1,400 hombres, habiendo durado el cerco sesenta y siete dias, desde el 25 de abril hasta el 10 de julio de 1810: la plaza fué embestida y atacada por tres cuerpos del ejército frances, en número de 82,000 hombres, y cañoneada sin interrupcion en todas direcciones, durante diez y seis dias, por 46 bocas de fuego, abriendo en ella tan enorme brecha, que el gobernador y su estado mayor bajaron por ella á capitular y por ella volvieron á subir. Los franceses encontraron en la plaza 86 cañones, una gran cantidad de pólvora y 120,000 cartuchos.

El rey premió esta heróica defensa concediendo á los que estuvieron en ella una cruz de distincion con esta leyenda: *Valor acreditado en Ciudad-Rodrigo.*

El mariscal Massena se propuso permanecer en los alrededores de Ciudad-Rodrigo hasta que repasase el Tajo el general Regnier con el segundo cuerpo del ejército frances. Este, con ánimo de envolver al coronel Murillo, que se hallaba en Burguillos, y atacar al brigadier Imáz, que estaba en Jerez de los Caballeros, se puso en marcha desde Mérida y Almendralejo en número de 11,000 hombres. El 5 de julio avistó Murillo á los franceses, y despues de causarles alguna pérdida se retiró sobre Jerez, cuyo punto fué atacado el mismo dia por Regnier, resistiendo los nuestros con vigor, hasta que conociendo Imáz la imposibilidad de sostenerse, no teniendo mas que 3,000 hombres, se dirijió á Encinasola para reunirse al general Ballesteros. Los franceses perdieron en estos encuentros 800 hombres, siendo insignificante la pérdida de los españoles.

Despues de estas acciones, pasó Regnier á la derecha del Tajo para, á las órdenes de Massena, dar principio á la invasion del reino lusitano, reino que á haber estado reducido á sus fuerzas, hubiera tardado muy poco en sucumbir á los invasores; pero apoyado por auxiliares poderosos, y dirijido por gefes que, aunque es-

trangeros, se ostentaban ambiciosos de gloria y ardian en deseos de humillar á sus aborrecidos rivales, podia lisongearse con la esperanza de sostener vigorosamente la causa de su independencia. Esta dicha no la logró sin embargo, sino á costa de grandes pérdidas, sinsabores y humillaciones; porque, tanto los caudillos que conducian á sus soldados, habituándolos al uso de las armas y ejercicios bélicos, como los políticos que con sus consejos mejoraban su régimen interior, ó subvenian á las penurias de su hacienda, creian tener derechos de preferencia sobre los naturales, y los portugueses se veian precisados á concedérselos por deferencia y gratitud. La energía y superioridad de lord Welington hacía enmudecer á los quejosos, tenia en vergonzosa dependencia á la regencia de aquel reino, y trataba á la nacion portuguesa como si fuese pueblo conquistado. ¡Injusto desquite con que los pueblos poderosos se reintegran de la proteccion que prestan á los débiles!

Wellington, gefe supremo de toda la fuerza armada anglo-portuguesa, disponia de ella sin intervencion alguna del gobierno, y el almirante ingles Berkeley tenia la marina á su cargo con omnímodas facultades. El primero, despues de habérsele separado el general español la Carrera, disgustado con él por su negativa á auxiliar á Ciudad-Rodrigo, reunia bajo su mando un total de 82,000 hombres: 26,000 de su nacion, 30,000 del ejército portugues y 26,000 de milicias del pais, no contándose en estas fuerzas las llamadas *ordenanzas*, especie de cuadrillas de paisanos, mal armados y faltos de disciplina; pero llenos de valor y entusiasmo. Tal era el estado de Portugal cuando los franceses llegaron á sus fronteras.

El primero que puso el pié en ellas fué el general Regnier, el cual marchó sobre Castelobranco á amenazar el flanco derecho del ejército ingles. Este se concentró sobre Almeida desde el 25 de junio, estableciendo allí su cuartel general. Su fuerza estaba distribuida en cinco divisiones, de las cuales la primera, á las órdenes del general Spencer, ocupaba á Celorico, pueblo distante casi veinte millas del grueso del ejército frances: la segunda, mandada por el general Hill, se hallaba colocada como cuerpo central sobre las montañas de Portalegre, el Tajo y el Guadiana, desde donde observaba las fronteras de España: la tercera, á las órdenes del general Cox, estaba situada en Guarda, que era la principal posicion, distante veinte millas de las líneas francesas: la cuarta, á las órdenes del general Picton, ocupaba el pueblo de Pinhel, y la quinta, mandada por el general Crawfurd, se hallaba colocada á la mitad del camino, entre el cuerpo principal del ejército ingles de la Guarda y el ejército frances que ocupaba á Ciudad-Rodrigo, es decir, distante cerca de diez millas de uno y otro punto; pero esta última division no estaba fija, y avanzaba á veces hasta San Felices de los Gallegos, ó retrocedia segun lo exigian las circunstancias. Lord Welington trasladó su cuartel general á Viseo. Las tropas portuguesas, mandadas por el mariscal Beresford, se reunieron al duque de Wellington en julio, y desde aquel momento comenzó éste á poner en ejecucion el sistema de defensa que durante su permanencia en Sevilla el invierno de 1809 habia concertado con su hermano el marqués de Wellesley: plan seguido con perseverancia por el gobierno ingles, obedecido por la regencia de Portugal y llevado á cumplido término por el susodicho Wellington

Para apreciar mejor la invasion de las provincias septentrionales de Portugal y las operaciones defensivas de lord Wellington, es preciso dar algunos detalles topográficos, si bien con laconismo y brevedad. Portugal nos es generalmente desconocido.

Desde la posicion principal del ejército ingles en la Guarda, hasta la ciudad de Lisboa, media una distancia de 190 millas, es decir, casi veinte dias de marcha. Tres caminos reales guian desde Lisboa á las fronteras de España, el primero por Abrantes, en el cual está situada Santaren, plaza distante 40 millas de Lisboa, que por su situacion elevada es sumamente fuerte, y dominando el camino real por el E. forma la primera defensa de Lisboa contra el que intente penetrar hasta ella por el camino de España. Hállase flanqueada al S. E. por el Tajo, y al N. E. por sierras muy escarpadas, estando ademas reforzada con fortificaciones, cuyo objeto es cerrar el camino entre las alturas y el rio.

El segundo puesto que, siguiendo el camino real del E. hay mas importante aun que Santaren, es Abrantes, que dista 30 millas de Lisboa y 120 de Guarda; esta ciudad, situada muy cerca del Tajo, fué campo militar romano, circunstancia que su fuerza natural indica bastante, y á esa fuerza nada habia el arte añadido.

Villa-bella es tambien otra posicion militar y campamento romano sobre el paso del Tajo, cuyo rio corre al traves de las montañas que la circundan.

Castelobranco, que sirvió tambien de campo romano, está situada al estremo del otro desfiladero, y el pais que la rodea ofrece posiciones tan inespugnables, que puede considerarse como un gran campamento fortificado. Su ciudadela y murallas se hallaban entonces arruinadas y en estado de no poder sostener un sitio.

A la mitad del camino de Castelobranco á Guarda se encuentra Cobilha, y desde este punto empieza el pais á ser mas montuoso, formándose en él las sierras llamadas de la Estrella, en las cuales se ostenta, inmediata á Cobilha, una eminencia elevada, 6,000 piés sobre el nivel del mar. Esta ciudad, situada en una posicion tan escarpada, era en caso de retirada sumamente ventajosa para oponerse á los progresos del enemigo. Desde Cobilha sigue de montaña en montaña elevándose el terreno hasta Guarda, poblacion situada sobre uno de los montes de la sierra de la Estrella, cerca del nacimiento del Mondego, en términos que al divisarse de lejos parece un simple campanario colocado sobre la cima de una montaña. Los caminos que conducen á esta ciudad estan abiertos á traves de las rocas, y se ven rodeados de abismos, siendo por tanto aquella una de las plazas mas fuertes de Portugal. Asi fué que Wellington, mientras pudo proporcionarse las subsistencias necesarias, permaneció tranquilo en esta posicion, seguro de que la naturaleza bastaria á defenderle en ella de todo el poder de la Francia. Desde Guarda á Ciudad-Rodrigo, en donde el mariscal Massena fijó por mucho tiempo su cuartel general, no hay mas que 25 millas, y esa distancia la hacian mas corta ambos ejércitos, los cuales tenian tan avanzadas algunas de sus divisiones, que estaban mútuamente á la vista, divisando los ingleses desde las alturas de Pinhel, Celorico y Guarda las líneas del ejército frances en los llanos de Ciudad-Rodrigo. Una y otra caballería cambiaba á cada momento de posicion, y tan pronto marchaba adelante como se retiraba, encontrándose mas de una vez sus partidas en los llanos de Ciudad-Rodrigo, y verificándose varias escaramuzas con diversos éxitos.

Las posiciones del ejército ingles estaban tomadas de modo, que si este se via en precision de retirarse en el curso de la campaña hácia la ciudad de Lisboa, lo podia verificar sin peligro de ser cortado.

El ejército frances por su parte tenia sus posiciones ordinarias en las llanuras que estan á la falda de las montañas en que se hallaba acampado el ejército anglo-portugues, llanuras en que existen situadas las ciudades de Badajoz y Ciudad-Rodrigo, y algo mas distante Alcántara; y aunque no todas las divisiones francesas se hallaban estacionadas en el llano, su colocacion era tal, que les era fácil reunirse todas ellas antes de poder ser obligadas á una accion general.

Tal era el estado de Portugal, y tales las posiciones de los ejércitos beligerantes, cuando Massena; resuelto á empezar ya sus operaciones relativamente á aquel reino, mandó el 21 de julio al mariscal Ney verificase un reconocimiento sobre el fuerte de la Concepcion, fuerte que el general Crawfurd se vió precisado á abandonar despues de volarlo. Mas séria fué la accion del 24 del mismo mes sobre Almeida, en que atacado el mismo general Crawfurd por siete mil franceses de infantería y tres mil caballos, fué vencido por el número, aunque se defendió con teson, retirándose luego hácia el puente de Coa, en donde tomando posicion, causó bastante pérdida al enemigo, rechazándole por tres veces, aunque al fin tuvo que retirarse de nuevo con su division sobre Cobilha, despues de haber perdido cuatrocientos hombres. Este resultado, de tan mal presagio para el próximo sitio de Almeida, á cuya vista tuvo lugar, no lo produjo solo la disparidad de las fuerzas: contribuyó tambien á él el poco acierto del general ingles en la colocacion de las suyas.

Lord Wellington, inflexible en seguir el plan de campaña que se habia trazado,

hizo que su infantería se retirase al valle del Mondego, no dejando en Guarda mas que una division y alguna caballería avanzada para vigilar los movimientos del enemigo sobre el Coa.

Mientras el general en gefe británico estuvo ocupado en hacer no mas que demostraciones sobre las fronteras de España, escitando inútilmente esperanzas en los desgraciados habitantes de Ciudad-Rodrigo, hizo construir tres líneas de atrincheramientos delante de Lisboa, las cuales, rodeando la capital y sus inmediaciones, se estendian por espacio de mas de doce leguas desde el mar hasta el Tajo. A estas fuertes é inespugnables trincheras habia proyectado Wellington retirarse, aprovechando en ellas los recursos del pais que defendian, y dando tiempo para recibir los que esperaba de Inglaterra. Para completar su plan, mandó destruir las cercanías de Coimbra, talando demas de eso el territorio que se proponia abandonar, á fin de que privado el enemigo de todo recurso, pudiera la flema británica desde sus inaccesibles posiciones presenciar la paulatina destruccion del ejército frances, y gloriarse en la desesperacion que debia causar en aquellos intrépidos guerreros la vista de un pais árido y desierto en que iban á sepultarse sus glorias, sin hallar enemigos á quienes combatir.

A la retirada del general Crawfurd debia inmediatamente seguirse el sitio de Almeida, plaza fuerte y una de las principales de Portugal, situada en la cumbre de una alta montaña, ó mas bien sobre un plano muy elevado, á 113 millas al N. E. de Lisboa. Esta plaza, muy bien fortificada, abastecida de todo lo necesario y con una guarnicion de cuatro mil soldados, que mandaba el general ingles Cox, hacia esperar una defensa que pudiera rivalizar con los heróicos ejemplos que acababan de ofrecerle las inferiores de Astorga y Ciudad-Rodrigo, tanto mas cuanto habiendo sido embestida el 21 de julio, no habian los sitiadores adelantado sus trabajos hasta mediados de agosto; pero desgraciadamente frustró todas las esperanzas que pudieron hacer concebir las ventajas que en sí reunia, y al poco tiempo de comenzado el sitio, sucumbió sin fama y sin gloria.

A mediados de agosto trataron los franceses de formalizar el cerco de Almeida, y en la noche del 15, al abrigo de un falso ataque, abrieron la primera paralela, que sin embargo del fuego de la plaza quedó concluida el 19. Desde el 20 al 25 construyeron once baterías, habiendo abierto el 24 una segunda paralela á menos de 150 toesas. Al amanecer del 26, sesenta y cinco piezas de artillería rompieron el fuego contra la plaza, la cual contestó con calor hasta las cuatro de la tarde, en cuya hora principió aquel á disminuir, volándose á las siete un almacen de pólvora que causó bastantes estragos, los que unidos á la sedicion que al mismo tiempo movió en la plaza su teniente de rey Bernardo de Costa, bastaron para que la ciudad capitulára al dia siguiente. La guarnicion quedó prisionera, con todos los honores de la guerra, rindiendo las armas sobre el glásis. Los franceses entraron en la plaza, admirándose de tan fácil conquista los que tan acostumbrados estaban á no penetrar en las desmanteladas ciudades españolas, sino por entre montones de ruinas. La posesion de Almeida dió al ejército invasor noventa y ocho piezas de artillería de plaza y siete de campaña, trescientas mil raciones de galleta, cien mil de pescado salado y gran cantidad de toda especie de víveres.

Mil y doscientos milicianos portugueses, y algunos soldados de la misma nacion del regimiento número 24 de línea, se pasaron en esta ocasion á las filas francesas, volviendo las armas contra su patria. Este hecho, que tanto escitó la admiracion y aun la desconfianza del mariscal Massena, esplica bien el descontento de una gran parte del pueblo portugues, por las vejaciones que sufria de los ingleses, á los cuales odiaba tanto como antes habia aborrecido á los franceses, cuando la primera invasion.

La retirada del ejército aliado fué precedida de una proclama de Wellington, fecha 4 de agosto, bastante injuriosa por cierto para la nacion portuguesa. En ella, despues de presentar el cuadro horroroso de las calamidades que esperimentaban los pueblos de las fronteras de Portugal, las atribuia á sus habitantes, cuya apática conducta, decia, les habia impedido abandonar sus domicilios. Luego les advertia que no habia para ellos otro medio de impedir los progresos del enemigo, que adoptar la vigorosa y enérgica medida de quitarle cuantos recursos y medios pudiesen servirle para facilitar su marcha al interior; tras lo cual, refiriéndose á sí mismo, añadia que sus deberes con el príncipe regente de Portugal y hácia la nacion portuguesa le impelian á hacer uso del poder y autoridad de que estaba revestido, para obligar á adoptar este partido á las personas que se manifestasen remisas en hacer los esfuerzos necesarios para salvarse á sí mismas de los peligros inminentes que les amenazaban, y preservar su pais de una ruina inevitable; ordenando por conclusion, que los magistrados y empleados del gobierno que se quedasen en las poblaciones despues de haber recibido órdenes de los comandantes militares para salir de ellas, y todos los que mantuviesen comunicaciones con el enemigo ó le auxiliasen de cualquier modo, fuesen considerados traidores, y juzgados y castigados como tales, segun las leyes del pais.

En consecuencia de estas determinaciones, que solo despues de dos generaciones podrán ser juzgadas debidamente, dió el mismo general ingles las órdenes mas terminantes para que todo el pais por donde debia pasar el enemigo fuese evacuado por todos los habitantes, á los cuales condenaba á morir en la miseria, en el mero hecho de obligarlos á abandonar sus casas y haciendas, y á destruir sus frutos. ¡Plan funesto que consumaba la ruina de Portugal antes que la del ejército frances, y que por grandes que sean sus resultados, lo rechazarán como bárbaro la razon y la humanidad, enseñando á los pueblos lo cautos que deben ser antes de llamar en su ayuda ejércitos estrangeros, únicos que pueden adoptar tan violentas y tiránicas medidas!

Las disposiciones del lord Wellington llenaron entretanto su objeto. Abandonadas las ciudades y aldeas de la alta Beira, destruidos todos los efectos útiles que no pudieron retirarse, el enemigo al invadir aquel territorio se halló como en un verdadero desierto, teniendo ademas cortadas sus comunicaciones con España por las milicias portuguesas y por las partidas de paisanos armados, conocidos allí, como ya dijimos, bajo el nombre de ordenanzas. Una division de esta gente, á las órdenes del coronel ingles Trant, atacó la escolta de la artillería de reserva del enemigo y de su caja militar, y le hizo muchos prisioneros.

El mariscal Massena habia empezado á marchar por el camino de Ponto-de-Marcelha, sobre la ribera izquierda del Mondego. Todas las posiciones ventajosas de este camino se hallaban fortificadas, y particularmente las que se encuentran en la embocadura del Alba. Massena, queriendo salvarlas, pasó por el puente de Fornos, sobre la orilla derecha del Mondego, y tomó el camino de Viseo á Coimbra. La marcha del ejército frances era triste y sombría, como si atravesára los áridos arenales de la Arabia, añadiéndose á sus penurias la dificultad de transportar su artillería y equipages, lo cual le hizo perder muchos dias: Wellington por su parte, era acompañado en su retirada de toda la poblacion que de grado ó por fuerza le seguia, facilitándole demas de eso cuanto necesitaba en su marcha.

Entretanto, el general Regnier llegó á Sabugal y Alfayates el 12 y 13 de setiembre, y todo el ejército frances se puso en movimiento el 15 por las villas de Guarda y Celorico, pasando rápidamente las alturas y descendiendo al valle del Mondego. Una fuerte columna enemiga atravesó las montañas de Alberca, que formaban la izquierda de la sierra de Guarda y de Mayal de Chevas. El 16 la caballería inglesa, á las órdenes de sir Stapleton Cotton, se retiró de Celorico y se dirigió al Valle del Mondego. Wellington tenia ordenado al general Hill, acantonado en Yelves, observar las operaciones de Regnier, y hacer un movimiento sobre la orilla derecha del Tajo para cubrir el camino de Castelobranco á Lisboa. En consecuencia este

general, que habia organizado tambien un cuerpo de reserva bajo las órdenes del general Leite, en vista del movimiento efectuado por Regnier sobre la derecha del Tajo, para cooperar activamente con Massena, hizo otro movimiento correspondiente sobre la misma orilla, y colocándose en Portalegre cubrió desde este importante punto sus comunicaciones con Wellington y la derecha del ejército ingles. La idea de Massena era flanquear la izquierda de este; mas conociéndolo Wellington, emprendió, como hemos dicho, su retirada por el valle del Mondego, y dispuso que los generales Hill y Leyte marcháran á reunírsele en el puente Marcelha, sobre el Alba, donde pensaba disputar el paso al enemigo. Pero Massena, luego que penetró este plan, cambió de direccion, como tambien hemos manifestado, y tomando el camino que sigue de Viseo á Coimbra, marchó á esta última ciudad, con objeto de aprovecharse de los recursos que esperaba hallar en ella y en sus inmediaciones, y continuar adelantando hácia Lisboa. Para entorpecer este nuevo movimiento del mariscal frances, trató Wellington de cubrir á Coimbra, no con intencion de permanecer en esta ciudad abierta, en la cual se hubiera visto precisado á sostener una accion campal con el ejército frances, sino para obligar á sus habitantes á que la abandonasen, como hacian los moradores de todos los demas pueblos por donde debia pasar el enemigo.

El 19 de setiembre llegó Massena á Viseo por caminos erizados de rocas, y por un pais que describió bien cuando decia al mariscal Bessieres: «No hemos encontrado «mas que horrendos precipicios; no hemos atravesado sino desiertos, en los «cuales no se ve un alma, habiendo sido todo destruido ó transportado por los fu«gitivos. Los ingleses han cometido la barbarie de mandar que los habitantes que no «abandonen sus casas, sean fusilados. Ancianos, mugeres y niños, todo huye á nuestra «aproximacion.»

El 21 de setiembre encontróse todo el ejército de Massena concentrado en Viseo, donde tuvo que detenerse tres dias para esperar la llegada de su artillería y equipages; mientras Wellington, que incierto de la verdadera direccion de sus contrarios habia estado indeciso para elegir posicion, se decidió al fin por la sierra de Busaco, que está perpendicular al curso del Mondego, cubriendo asi á Coimbra, sin dejar en Ponto-Marcelha mas que la division del general Hill.

El 24 salió Massena de Viseo, y el 26 llegó delante de las posiciones de Busaco, defendidas por todo el ejército anglo-lusitano, compuesto de cincuenta mil hombres, no contando la division del general Hill.

La sierra de Busaco es una elevada cadena de montañas que desde el Mondego se estiende al N., y sobre cuyo punto mas elevado, á distancia de dos millas de la en que termina, se halla situado el convento del mismo nombre. Dicha sierra se une con la de Cara-mulha, y con otra cadena de montañas semejantes, nominadas las sierras de Marselha. Todos los caminos que se dirigen desde Coimbra al E. conducen á una ú otra de estas sierras, cuyo paso es en estremo dificultoso para el tránsito de un ejército, siendo preciso para llegar á la cima de cada una de ellas trepar por alturas sumamente escarpadas.

Una posicion tan fuerte y defendida por un tan poderoso ejército como el que Wellington mandaba, bastaba para detener al general mas atrevido; pero era tal el deseo que Massena sentia de medir sus fuerzas con las contrarias, y tan grande el enojo que le causaba la guerra sorda y sin desquite que le hacian, que oyendo solo las vivas escitaciones del valor, sin consultar la prudencia, determinóse á atacarla, sin mas fruto que la triste conviccion de que la fortuna tambien se venga á veces de los temerarios.

El 27 de setiembre intentó Massena apoderarse de aquellas fuertes posiciones, y las atacó con el cuerpo del mariscal Ney por su izquierda, mientras Regnier con el suyo hacia igual esfuerzo sobre la derecha y el centro. Todos los ataques fueron sumamente vigorosos, y sostenidos con denuedo y furor: una columna francesa logró trepar por la derecha hasta lo mas elevado de una de las cordilleras; pero fué rechazada con bizarría por la division del general ingles Picton, que supo aprovechar

bien las ventajas de su privilegiada posicion, y aunque los franceses intentaron un segundo ataque por otro punto de la derecha, tambien fueron repelidos. Tres divisiones del mariscal Ney atacaban al mismo tiempo por la izquierda y hacian los mas gigantescos esfuerzos para ganar la sierra; pero los inmensos obstáculos que esta presentaba por todas partes, amparando á las tropas aliadas, inutilizaron el brio de los vencedores de Danzick.

La pérdida de los franceses aquel dia ascendió á cuatro mil hombres, cayendo muerto el general Graindorge, siendo heridos los de igual clase Foy y Merle, y quedando prisionero el general Simon. Los aliados perdieron solo mil y trescientos hombres. A esto se redujeron las ventajas de la accion de Busaco, desgraciándose luego en parte, pues habiendo hallado Massena medio de desfilar por un camino que atravesaba la sierrra de Cara-mulha, puso á los vencedores en tan angustiosa situacion, que tuvieron en la mañana del 29 que abandonar la sierra y emprender precipitadamente su retirada á Coimbra.

El 28 estaban los franceses en Boyalvo, y arrojando al otro lado del Vouga al coronel Trant, que se hallaba en Sardá, siguieron su marcha á Coimbra, donde no quiso esperarlos Wellington, pues aunque llegó á aquella ciudad el 30, la abandonó al siguiente, continuando á marchas forzadas su retirada por Pombal, Leiria y Alcobaza, hácia las inespugnables posiciones de Torres-Vedras, cuyo abrigo le dió aliento ya para esperar al ejército frances, llegando á ellas el 9 de octubre. A pesar de la corta estancia de los ingleses en Coimbra, tuvieron sin embargo tiempo bastante para obligar al vecindario á abandonar sus casas y fortunas, y para destruir los almacenes que alli habia; pero los establecidos en Figueiras, en la confluencia del Mondego, que eran de mas consideracion, cayeron en poder del enemigo.

Para facilitar la evacuacion de Coimbra dejó Wellington algunos cuerpos de caballería, los cuales se aprovecharon á toda su satisfaccion de los bienes y riquezas de aquellos desgraciados habitantes, que fueron tratados como si su ciudad hubiera sido tomada por asalto. Los soldados ingleses obligaban á los vecinos á destruir y arrojar al Mondego cuantas provisiones y efectos no podian llevar consigo. No en vano escribia Massena al príncipe de Neufchatel con fecha 10 de octubre: «El enemigo lo «quema y destruye todo á medida que evacua el pais, y obliga á los habitantes á «abandonar sus casas pena de la vida. Coimbra, ciudad de 20,000 almas, se halla



Devastacion de Portugal.

«desierta: nos encontramos sin ninguna subsistencia: el ejército se alimenta de maiz «y de algunos vegetales que no han sido arrancados de la tierra.»

La emigracion de Coimbra era con efecto espantosa. La ciudad quedó desierta, los caminos todos que conducen á Lisboa estaban llenos de desgraciados, y el espíritu mas fuerte no podia menos de conmoverse al ver á la atribulada madre que rodeada de cuatro ó cinco criaturas, sin fuerzas para resistir los trabajos de la peregrinacion, y sin poder llevar en sus brazos á todos sus hijuelos á la vez, se via precisada á abandonar á la suerte á algunos de ellos; al fatigado padre que para dilatar algunos dias mas la vida de su desventurada prole habia cargado sobre sí mas peso que el que sus fuerzas permitian; al decrépito anciano, que tropezando ya con el sepulcro volvia sus llorosos ojos para dar el último adios al amado albergue que le habia visto nacer... Pero dejemos ese triste cuadro, y dejemos á un lado reflexiones de las cuales podria resultar que perdiese el plan de Wellington una parte de la admiracion con que le miran sus apasionados.

Educado Massena en la escuela militar de Napoleon, habia aprendido en ella que la primera cualidad de todo conquistador debe ser la celeridad, con la cual se concilian muy mal los almacenes y los bagages. Movióse asi de Ciudad-Rodrigo, avanzando con rapidez y con el menor embarazo posible por la provincia de Beira, hácia las riberas del Tajo, imaginándose hallar en la Estremadura portuguesa, como en Italia y en Alemania, abundantes provisiones para su ejército; pero las disposiciones del general ingles burlaron sus esperanzas y causaron la ruina de su ejército.

El 1.° de octubre entró Massena en Coimbra, en donde se detuvo hasta el 4, dejando á los ingleses el tiempo suficiente para acelerar su retirada, si bien con la mayor confusion, ya por la que introdujeron en las tropas los fugitivos de Coimbra, ya por la insubordinacion de sus propios soldados, alentados que por la impunidad de los escesos que cometieron en aquella ciudad, comenzaron escandalosamente á robar sus mismos almacenes. Divertido despues el mariscal en la persecucion de su enemigo, no vió el riesgo que podia correr la gente que dejaba en Coimbra, la cual cayó por sorpresa el 7 en manos del coronel Trant, haciéndole este cinco mil hombres prisioneros, inclusos los enfermos y heridos de los hospitales. Massena por su parte sorprendió el 9 una brigada de artillería inglesa en Alcoentre, y el 10 en Alenguer la division de Crawfurd.

Unos y otros se fueron asi aproximando á las líneas de Torres-Vedras, quedando Massena á su vista herido de una especie de estupor, conociendo lo imposible que le era superar un obstáculo como aquel, de cuya existencia no tenia conocimiento.

La formidable posicion de Torres-Vedras consistia en una línea de alturas hábilmente fortificadas, las cuales se estendian desde Alhandra, sobre el Tajo, hasta Torres-Vedras, distante cerca de treinta millas de Lisboa, y desde alli á la embocadura del Fisantro: detras de esta primera línea habia otras dos de atrincheramientos y reductos, que corrian desde Ericeira y Mafra sobre el mar hasta el Tajo. Una de estas líneas, que era la mas próxima á la de Torres-Vedras, podia defenderse con 20,000 hombres, y la otra, que era la mas cercana á Lisboa, con la mitad de este número. Entre las tres líneas habia ciento y cincuenta fuertes guarnecidos con seiscientas piezas de artillería. En aquellas tremendas posiciones bastaban las tropas mas visoñas á hacer temblar delante de sí al ejército mas aguerrido. Ahora comprenderemos mejor la firme seguridad de lord Wellington, y el poco aprecio que hizo de la pérdida de Almeida.

Ademas de esta triple línea, se habian construido atrincheramientos en Peniche, Ovidos y otros puntos á propósito. Las colinas á la izquierda de estas posiciones, y las que se estienden por toda la parte de Vimeiro hasta la embocadura del Tajo, estaban guarnecidas con reductos y artillería, ostentándose los puentes del Tajo flanqueados sobre la derecha por lanchas cañoneras. Se habian dispuesto tambien minas en diversos puntos para volar el terreno en caso de necesidad; y para concluir de una vez, todo el pais hasta el Mondego parecia una inmensa ciudadela fortificada en forma de media luna.



Líneas de Torres-Vedras.

El ejército anglo-lusitano, compuesto entonces de setenta mil hombres, ocupaba las líneas de Torres-Vedras, Licayra y Mafra, teniendo á sus espaldas á Lisboa abundantemente provista de todo género de víveres y municiones, y su puerto espedito para recibir los auxilios y refuerzos que viniesen de Inglaterra. Wellington continuó recibiendo nuevas tropas de su nacion, y de las destinadas al sitio de Cádiz, ademas de ocho mil hombres con los cuales se le incorporó el marques de la Romana que, invitado por el gefe británico á concurrir á la defensa de Torres-Vedras, cometió la imprudencia de abandonar la Estremadura para trasladarse á aquel punto. Estos auxilios, agregados á la milicia de Lisboa, á la estremeña portuguesa y sus ordenanzas, útiles cuando menos para guarnecer el interior de las líneas, hacian subir el conjunto de sus fuerzas á ciento treinta mil hombres. Ademas de tan poderosa muchedumbre dentro de las líneas, operaban por el norte de aquel reino la milicia del pais y algunos cuerpos sueltos de infantería española y caballería inglesa, asi como del lado de la Beira baja D. Cárlos de España, que protejia con una columna á dichos milicianos y les facilitaba su comunicacion con los del norte.

El mariscal Massena pasó algunos dias en reconocimientos y correrías, tras lo cual, y mientras recibia los refuerzos é instrucciones que habia pedido al emperador, repartió sus tropas en una estensa línea de acantonamientos enfrente del ejército aliado. Su cuartel general lo estableció en Alenguer, y donde las poblaciones estaban distantes, hizo formar el campamento con barracas. Esta línea, que comprendia la fuerte posicion de Monte-junto, se estendia desde el mar hasta el Tajo. Todas las fuerzas que la guarnecian se hallaban situadas de manera que podian reunirse en el corto espacio de cuatro horas. El cuerpo del centro ocupaba á Sobrales, el de la derecha á Otta y Villanova y el de la izquierda á Villafranca, hallándose una division destacada en Alcoentre, á fin de cubrir el flanco derecho y preservarle de los ataques de una division de caballería inglesa establecida sobre el Fisantro.

Los franceses no pudieron mantener su izquierda en Villafranca por el mucho fuego que les hacian las cañoneras apostadas en el Tajo, á las órdenes del almirante Williams.

Luego que Massena comprendió lo inespugnable de la posicion del ejército aliado,

trató de retrincherar la suya, en especial la de Monte-junto, y de reunir ganados, granos y legumbres para la subsistencia de su ejército. Este era el fin de todos sus movimientos, estrechándose cada vez mas sus acantonamientos sobre el Tajo por los contínuos ataques de las milicias portuguesas. El general Silveira con su division ocupaba el camino de Almeida, Troncoso y Guarda, y las guarniciones portuguesas de Peniche y Ovidos, mientras la caballería inglesa molestaba sin cesar los destacamentos franceses que salian á buscar víveres, pudiéndose decir con verdad que el ejército de Massena no era dueño de mas terreno que el que materialmente pisaba. Al principio encontraron los franceses en el pais algun trigo, maiz y legumbres; pero bien pronto agotaron estas subsistencias, viéndose en su defecto precisados á alimentarse con las carnes del ganado que conservaban, las que consumidas tambien, fueron seguidas en los primeros dias de noviembre de las de caballo y de mulo. A tan estrema necesidad, cada dia en aumento creciente, agregóse la dificultad de reponer el vestuario y calzado, sumamente deteriorados, lo cual les hizo insoportable el frio en el invierno que entraba.

Un cuerpo de tres mil hombres que dejó Massena sobre el Mondego, se encontró de repente rodeado por un crecido número de milicias portuguesas, las cuales le obligaron á rendirse, conduciéndole prisionero á Oporto.

El mariscal frances, en medio de la inaccion á que le tenia reducido la lenta táctica del caudillo ingles, viendo que su posicion se hacia cada vez mas dificil por la crudeza de la estacion, las abundantes lluvias y la salida del Mondego, sin tener esperanza ninguna de obligar á Wellington á salir de sus fuertes posiciones, suspiraba por tener delante de sí contrarios tan valientes y resueltos como los de Austerlitz y Jena, que para librar al pais del peso abrumador de la guerra, habian remitido al dudoso éxito de una batalla la final decision de la lucha. Massena se negaba á abrazar el partido de retroceder, teniéndolo por vergonzoso, y se vió precisado á cejar á pesar de su repugnancia, antes que lo exhausto del pais, las hostilidades de los portugueses que molestaban su retaguardia y las muchas bajas de su gente hiciesen mas desesperada su situacion. Atento, sin embargo, á su primer designio, pensó elegir posicion mas distante en que permanecer, aguardando en ella la resolucion de la suerte. Fijo en esta idea, y conociendo como tan esperto general, que lo mas importante en tal caso era ocultarla á sus enemigos, reunió sigiloso su gente en la noche del 14 de noviembre, y mandando delante todo lo que podia entorpecer su marcha, emprendió su camino hácia Santaren, Alcoentre y Torres-Novas. Wellington no cayó en la cuenta de su ida hasta la mañana del 15, y temiendo alguna celada de enemigo tan diestro como osado, puso en duda al principio el partido que le convenia tomar, contentándose con mandar dos divisiones que picasen su retaguardia. Creyendo despues penetrar el objeto que se habia propuesto Massena, resolvió partir contra Santaren, enviando antes al general Hill por la parte de Abrantes; mas su proceder indicó lo errado de su creencia, dado que Massena habia elegido aquel punto para base de sus operaciones, cuando el general ingles esperaba no encontrar en él mas que su retaguardia. Luego que Wellington reconoció su engaño, se vió precisado á retroceder, encargando al general Hill correrse á la izquierda del Tajo y no pasar de Chamusca. El cuartel general frances se hallaba en Torres-Novas, donde empezando á formar el octavo cuerpo se dilataba hasta Alcanede, y de allí por Leiria la caballería. El sesto cuerpo permanecia de observacion en Thomar, y el segundo en Santaren, sirviendo á los dos de medio de comunicacion la division del general Loison. Massena fortificó á Santaren con atrincheramientos é inundaciones, dirijiendo todos sus movimientos á proporcionarse víveres y á abrirse comunicacion con los ejércitos franceses de España; pero era tal la vigilancia de la milicia portuguesa que ocupaba sus espaldas desde Pombal hasta Viseo, que el mariscal tenia que destacar cuerpos del ejército para escoltar sus correos. El general Foy, enviado con pliegos á Paris, tuvo necesidad á su regreso de una escolta de tres mil hombres para poder llegar á Almeida. A esta sazon los trabajos, el hambre y la crudeza de la estacion, mas que el ejército aliado, habian reducido á sesenta y ocho

mil hombres, los ochenta y dos mil con que habia penetrado Massena en Portugal.

Viendo Wellington que las lluvias habian inundado las llanuras de la nueva posicion del ejército frances, y puesto intransitables los caminos para su artillería, impidiéndole por entonces pensar en empeñar ninguna batalla, se determinó á trasladar su cuartel general á Cartaxo, frente de la gran línea de Torres-Vedras, haciendo fortificar tambien la ciudad de Abrantes sobre la ribera derecha del Tajo, y guarneciendo la ribera izquierda con fuerzas capaces de rechazar á cualquiera cuerpo enemigo que intentase penetrar en el Alentejo. La division del general Hill y la caballería portuguesa vigilaban por esta parte los movimientos de los franceses, apoyados en los muchos apostaderos de lanchas cañoneras y barcos armados que cubrian el Tajo hasta mas abajo de Abrantes. Una bala disparada de una de estas lanchas mató el 12 de octubre al general de division Sainte Croix, cuya muerte fué una pérdida muy sensible para el ejército frances. Pocos dias despues fué herido en el rostro por un tiro de fusil el general Junot, duque de Abrantes, que se habia adelantado hasta Rio Mayor á hacer un reconocimiento en persona.

Impacientaba entretanto á Massena la tardanza del refuerzo prometido, cuando ya Drouet, conde de Erlon, se hallaba en Ciudad-Rodrigo con el noveno cuerpo, y un abundante convoy de todas provisiones, que al punto envió con cuatro mil infantes á las órdenes del general Gardanne. Este se adelantó hasta Sabugal, desalojando á Silveira de las cercanías de Almeida; pero el general portugues siguió detras de él, y alcanzándole el 16 de noviembre, le hizo algunos muertos y prisioneros. Gardanne prosiguió su marcha y llegó hasta Cardigos, á tres leguas de los puestos avanzados del mariscal Massena, desde cuyo punto retrocedió á causa de un ardid empleado por el gobernador de Abrantes, el cual envió un fingido desertor portugues, que con sus falsas relaciones hizo creer á Gardanne que el ejército de Massena habia sido enteramente destruido. A este tiempo llegó Drouet á Portugal con catorce mil infantes y dos mil caballos, é incorporándosele Gardanne con su division, avanzaron juntos el 24 de diciembre hasta Murcella, y reuniéndose con Massena de allí á poco, se corrió dicho Drouet hácia la costa, dejando interceptadas á Wellington sus comunicaciones con las provincias septentrionales. Tal era la situacion respectiva de los ejércitos beligerantes en Portugal al espirar el año 1810.



CAPITULO VI.

Bélica actitud de la España: partidas que recorren sus provincias: resultados de sus esfuerzos.—Galicia y Asturias.—Confiérese al general Mahy el mando de las tropas de Asturias: descalabros de estas.—Disposiciones del general Mahy.—Espediciones de Porlier.—Toma de Gijon: su abandono.—Ataques del Fresno y Grado.—Tentativa sobre Santoña.—Estremadura.—Acciones de Cantaelgallo y Fuente de Cantos.—Oportuna llegada del general Madden.—Castilla la Vieja.—Accion de Almazan.—Derrota de los franceses en Retortillo.—Accion de Cogolludo.—Ataque sobre Logroño.—Varias acciones en la provincia de Valladolid.—Los españoles pierden y reconquistan la Puebla de Sanabria.—Murcia.—Fuerzas del ejército del centro: posiciones que ocupa: llega á él el general Blake: disposiciones que toma.—Son rechazados los franceses en Velez-Rubio.—Entusiasmo de los murcianos.—Oportuno movimiento de la caballería española.—La ciudad de Murcia se prepara á una heróica defensa.—Retirada del ejército frances de la provincia de Murcia.—Persíguele la caballería española.—Escesos que cometen los enemigos en los pueblos del tránsito.—El brigadier Osorio va á la Mancha á recolectar granos: sostiene varios gloriosos ataques con los franceses.—Regresa felizmente á su ejército terminada su comision.

Acontecimientos de inmensa trascendencia, tanto militares como políticos, habian tenido lugar en nuestra patria mientras se verificaban en Portugal los que atras dejamos contados, siguiéndolos uno tras otro hasta el fin del año para no interrumpir su narracion. Procuraremos ahora anudar la de nuestro pais, y para dar una ligera idea de la fermentacion patriótica que se ostentaba por todas partes, daremos una rápida ojeada por la totalidad de su territorio, parándonos despues en los sucesos especiales de cada provincia.

¡Triste situacion la de España en aquella memorable época! El genio de la guerra dominaba, asociado al del mal, en toda la estension de su territorio. Sus briosos habitantes, haciendo baluartes de sus pechos, convertian en plazas fortificadas los pueblos menos susceptibles de defensa. Por todas partes ruinas, confusion y estragos. No habia familia sin lamentar la muerte de un padre, de un hijo, de un hermano, de un consorte, de un deudo, de un amigo, ó de otro ser tan querido y amado como estos. Este inmenso conjunto de males no bastaba, sin embargo, á amortiguar el valor y la decision, reanimándolos por el contrario con nuevos é insólitos brios. El patriotismo se levantaba armado de entre los escombros y ruinas en que el pais se desmoronaba, y vengaba con ira sus ultrajes en los causadores del mal. Estos no encontraban seguridad en ningun sitio, y tanto en las alturas como en los llanos, en las sierras como en las campiñas, en la ciudad como en los despoblados, en todas partes era para ellos objeto de terror y de alarma cuanto se ofrecia á su vista. Numerosos partidarios giraban en todas direcciones,

y algunos con respetables fuerzas obligaban á los enemigos á estar en guardia continuamente y á encerrarse en los castillos para esperar en ellos la llegada de sus batallones. Como ya hemos dicho otra vez, tenemos que limitarnos á citar solamente los nombres de los mas notables de aquellos y sus mas distinguidos hechos en el curso de este año; pues, sobre difuso, seria absolutamente imposible enumerarlos todos uno á uno.

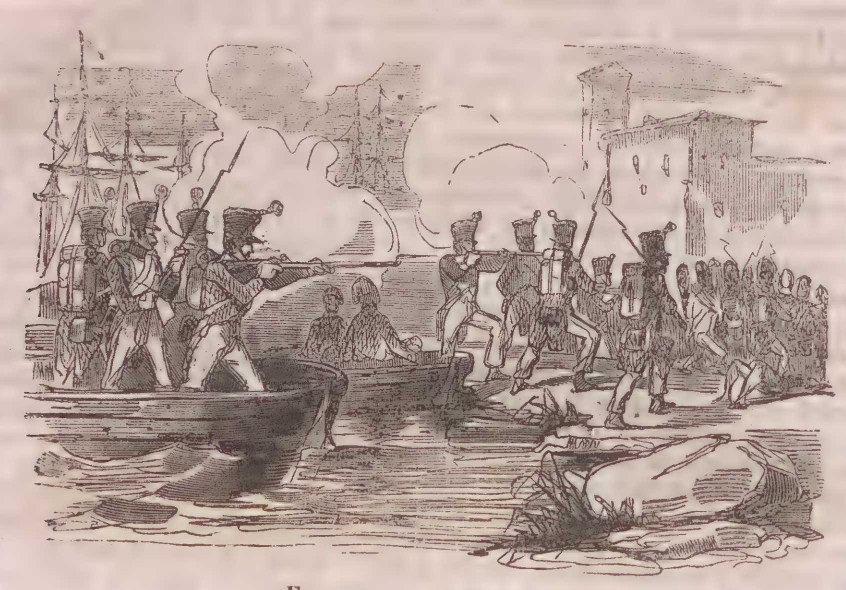
Contaba Andalucía en su seno como principales á D. Pedro Zaldivia, D. Juan Lorenzo Rey, D. Juan Marmol y otro llamado el *Mantequero*, que tuvo un dia el arrojo de introducirse en el barrio de Triana, sin temor á los franceses de Sevilla. En la Mancha operaban, ademas de los ya sabidos, D. Miguel Diaz, D. Juan Antonio Orobio, D. Francisco Abad, conocido por el apodo de *Chaleco*, y D. Manuel Pastrana, llamado *Chambergo*. D. Juan Palarea, médico de Villaluenga, recorria la provincia de Toledo, en la cual acababan de fallecer el célebre D. Ventura Jimenez, á consecuencia de las heridas recibidas el 17 de junio en una accion dada en el puente de San Martin, y D. Toribio Bustamante, dicho el *Caracol*, peleando valerosamente en el puente de Mirabete. Descollaba entre todos el famoso Empecinado que, aunque tenia por campo de sus proezas la provincia vecina á Guadalajara, se adelantaba hasta Madrid ó retrocedia á Burgos y Soria, dispersando su partida cuando era necesario, y reuniéndola despues en el punto que mas le convenia. Sigüenza, que aunque fortificada por el enemigo, le vió entrar por sus puertas; Cifuentes, Mirabueno, Cantarillas, Cogolludo y Jadraque fueron testigos del estraordinario ardimiento con que constantemente lidió contra el general Hugo, no obstante la inferioridad de sus fuerzas. D. José Martinez San Martin, médico como Palarea, y sucesor de D. Luis de Bassecourt en el mando de los partidarios de Cuenca, fué en las riberas del Tajo contínuo azote de la columna volante mandada en Tarancon por el coronel Forestier. No era menos conocido en Segovia D. Juan Abril; en Avila D. Camilo Gomez; D. Lorenzo Aguilar en Toro, y en Valladolid D. Tomas Príncipe, gefe de la guerrilla de caballería titulada de Borbon. Ocupaba asimismo el territorio de Palencia D. Juan Tapia; el de Burgos D. Gerónimo Merino; D. Bartolomé Amor la Rioja, y las inmediaciones de Soria D. José Joaquin Duran, quien ausiliado de los dos primeros, estuvo un dia á punto de destrozar en Torralba al gobernador de Soria Duvernet; mas la caballería de Merino no supo conservar su puesto y se perdió la refriega. Campillo ilustraba su nombre por la montaña de Santander; D. Juan Aróstegui en Vizcaya; en Alava D. Francisco Longa; D. Gaspar Jáuregui, apellidado *el Pastor* por su antiguo oficio de tal, en Guipúzcoa, y finalmente en Navarra el inmortal D. Francisco Espoz y Mina, contra el cual llegó á reunir hasta el número de treinta mil hombres el general Reille. Aquel partidario eminente escarmentó repetidas veces á los imperiales, burlando siempre su persecucion, no solo en Monreal, Aibar y Tievas, sino en los campos de Castilla y Aragon, digno teatro de sus patrióticos esfuerzos. Reseña es esta que pudiéramos dilatar indefinidamente; pero nuestros lectores saben ya la ley que nos hemos propuesto respecto á evitar pormenores que harian interminable la obra. Lo dicho basta para nuestro objeto, y para que la posteridad conozca á los que principalmente abrieron en la Península la tumba á doscientos mil satélites del tirano, á los que dispertando á las dormidas naciones del Norte, notificaron á las Tullerías la ruina del usurpador, dejando consignada en el libro de la inmortalidad y de la gloria la manera mejor y mas segura de salvar en casos idénticos la independencia de los demas paises. Ocupémonos ahora en los sucesos especiales de cada provincia.

Nada por el tiempo en que estamos habia ocurrido notable en Galicia, donde continuaba mandando el general Mahy, sino haber entrado dos veces sus tropas en Leon y obtenido algunos pequeños triunfos del enemigo. Las autoridades de Galicia, poseidas del mejor celo, pero poco activas para concurrir á la comun empresa, habian elejido capitan general de aquel reino al citado Mahy, á quien por el mismo tiempo se dió tambien el mando de las tropas de Asturias.

Partió aquel gefe á la Coruña el 2 de setiembre para acordar con su junta lo conveniente, y dejó por sustituto á D. Francisco de Taboada y Gil, quien se situó en Fuencebadon y Manzanal, destacando con dos mil hombres al coronel Mascareñas. Este se corrió hasta Leon y sostuvo á fines de octubre y principios de noviembre, en la Robla y San Felix de Orbigo, varios encuentros con los franceses, de los cuales salió victorioso. La misma suerte tuvo en Tábara D. Manuel de Nava, cogiendo algunos prisioneros. Las tropas asturianas habian sufrido algunos reveses á mediados de mayo, antes que Mahy obtuviera su mando. La division de Galicia que operaba entonces en Asturias estaba mandada por Don Juan Moscoso, y las de Asturias por D Pedro de la Bárcena. D Juan Diaz Porlier, conocido por *el Marquesito*, sobrino del marques de la Romana, mandaba tambien un cuerpo franco, y se habia unido á las tropas de Bárcena. Entonces fué cuando cayendo Moscoso y Bárcena sobre los imperiales en Luarca, fueron rechazados con alguna pérdida, sosteniéndose solo Porlier con su acostumbrada firmeza. La Regencia en relevo de Moscoso nombró á D. Ulises Albergotti, cuya avanzada edad no podia darle la actividad y energía que exijian las circunstancias, y asi fué que atacado el 5 de julio por los franceses en Navia, huyó despavorido hasta Meyra de Galicia, dando ocasion á aquellos para estenderse impunemente hasta Castropol. El 3 del mismo julio padeció tambien Bárcena otro descalabro.

Haciase, pues, indispensable poner al frente de aquellas abatidas divisiones un gefe de energía y de genio. Mahy carecia, á decir verdad, de estas dotes; pero lleno de los mejores deseos, y sin embargo de no haber conseguido nada con su viage á la Coruña, mejoró algun tanto con sus providencias el estado militar de ambas provincias, reforzando la division de Galicia con seiscientos hombres y mandándola á Salime. Sacó tambien de la fuerza existente en el Vierzo mil quinientos hombres, con los cuales debia D. Esteban Porlier ausiliar á los asturianos, y envió al otro Porlier al puerto de Ribadeo, para que acompañado de algunas fuerzas marítimas hostigase á los enemigos por la parte de Santander. Este benemérito gefe, sino sacó por falta de medios todo el partido que se prometia de su espedicion, hizo cuanto estuvo en su mano para que no fuese infructuosa, destruyendo varias fortificaciones de la costa, cogiendo doscientos prisioneros y regresando con bastante número de mozos reclutados en aquella tierra.

Al poco tiempo el mismo Porlier reunió en Potes algunas fuerzas, contra las cuales marchó el general Serras, sin que pudiese darlas alcance, porque Porlier juzgó conveniente internarse en Asturias, donde esperaba atacar con buen éxito al general Bonnet en la misma capital; mas noticioso este de su aproximacion, se adelantó al encuentro de los españoles que, con la habilidad de sus maniobras, burlaron la superioridad numérica del enemigo, y se dispersaron con alguna pérdida. Perseguido Porlier constantemente por las tropas del general Bonnet, trató de apoderarse del puerto de Gijon, concertándose al intento con el brigadier Renovales, que debia desembarcar con algunas tropas en el mismo punto. En efecto, la division de Porlier se presentó el 16 de octubre delante de Gijon, y habiendo reconocido las fuerzas del enemigo, y no avistando la espedicion marítima de Renovales, se dispuso á abandonar las posiciones que habia tomado; pero al dia siguiente apareció á su vista la escuadrilla, y despues de un pequeño choque con la guarnicion enemiga de Gijon, evacuó esta la ciudad, desembarcando la espedicion al dia siguiente por el punto de Arnao, protegida por el ataque que con el mas decidido valor emprendió Porlier contra los puestos del enemigo, y por el fuego de un bergantin de guerra ingles. Los franceses se replegaron sobre las alturas de Puga, perseguidos constantemente por las tropas españolas. Renovales con su gente ocupó á Gijon, y Porlier y Castañon, otro de los principales partidarios de Asturias, se situaron con las suyas en las alturas circunvecinas; mas habiéndose presentado el 19 del mismo octubre el general Bonnet con el grueso de su ejército á la vista de Gijon, viéronse los españoles precisados á retirarse por mar y tierra.



Espedicion de Renovales.

Un cuerpo de cinco mil gallegos atacó el 20 del mismo mes á la brigada francesa del mando del general Valletaux, que se hallaba apostada en los pueblos del Fresno y Grado, y despues de haberla hecho esperimentar una pérdida considerable, se retiró hácia los puntos de donde habia partido.

La espedicion que habia ocupado el puerto de Gijon se componia de cuatro fragatas, una de ellas española, tres briks, dos goletas, cuatro lanchas cañoneras y varios buques de transporte hasta el número de 43. Con ella se trató de sorprender por un golpe de mano el importante punto de Santoña, ocupado por los franceses; mas habiendo cambiado el viento el 24 de octubre, una tempestad que sobrevino el 25 arrojó á la fragata española contra las rocas de la costa de Laredo, en donde esperimentó algunas averías. A pesar de este contratiempo se intentó el 27 el desembarco; mas la resistencia que opuso el enemigo, unida al temporal que aun seguia, frustró del todo esta tentativa, y la escuadrilla tuvo que retirarse de las aguas de Santoña.

El intrépido Porlier continuó incomodando á los enemigos situados en Asturias, pero no imitaban su ejemplo los demas gefes de aquel distrito, puesto que solamente Bárcena pareció animarse algo á mediados de agosto inquietando tambien á los franceses. De aqui resultó que siendo fácil espulsar á estos de Oviedo, trabajando todos nuestros gefes de comun acuerdo, no se consiguió por indolencia de unos y por el aislamiento de otros, sino tenerlos en incesante zozobra y distraer una parte de sus fuerzas, las mas veces sin provecho alguno para la causa nacional.

Las mismas faltas en acuerdo y plan se observaba en Estremadura. Allí, despues que el general ingles Hill se separó de los nuestros, dejó Wellington al marques de la Romana en la plaza de Campo Mayor, reforzándole con una brigada portuguesa que mandaba el general Madden. D. Cárlos Odonnell persiguió al general Regnier en su retirada haciéndole varios prisioneros, y D. Cárlos España rindió en una casa á cien franceses; pero Romana neutralizaba con su indolencia el efecto que producian estas refriegas parciales. Sus subalternos, convencidos de lo provechosas que eran, las

aventuraban sin su consentimiento y sin la debida combinacion, á pesar de lo cual solian tener buenos resultados. Decidióse al fin el general á provocar á los contrarios, y partiendo de Badajoz el dia 5 de agosto, incorporóse con las divisiones de Ballesteros y la Carrera que tenia en Salvatierra D. Gabriel de Mendizabal. Los franceses situados en Zafra retrocedieron á Llerena, y apostáronse en Villagarcía. Los españoles tomaron las alturas de Cantaelgallo, en las que acometidos el dia 11 por los imperiales, hubieran recibido un golpe adverso, á no ser por el tino y la marcialidad con que se portaron su artillería y caballería, regida esta última por el valiente la Carrera. Romana se retiró á Almendralejo, y ausiliado despues por los caballos del general Butron y los portugueses de Madden, pudo el segundo de estos gefes adelantarse á Monasterio, y situarse la Carrera en Fuente de Cantos. El 15 de setiembre fueron nuestros generales atacados por el enemigo, y sin embargo del denuedo y firmeza con que se defendieron, hubieron de ceder á la superioridad numérica de los contrarios, que contaban con trece mil infantes y mil y ochocientos caballos. Esta fuerza la tenian oculta para sorprender á los españoles en su retirada, y en ella nos hubieran ocasionado gran mortandad, si la oportuna llegada de Madden con la brigada portuguesa no hubiese trocado la suerte del combate, desbaratando á la caballería enemiga. El general Butron vengó en parte su derrota, haciendo pocos dias despues cien franceses prisioneros en Azuaga. Poco despues de estas acciones fué cuando el marques de la Romana marchó á la línea de Torres-Vedras, dejando encargado del mando al general Mendizabal, y ordenando la traslacion de la Junta á Valencia de Alcántara. Esta inesperada resolucion acreditó poca cordura en el marques, ya por tomarla sin permiso del gobierno, ya porque las fuerzas que mandaba, al paso que no podian servir sino de muy poco á las poderosas que acaudillaba Wellington, eran de suma utilidad en Estremadura para tener en contínua alarma al mariscal Mortier, impidiéndole asi entrar en el Alentejo.

No estaban ociosos por este tiempo los patriotas de las provincias centrales de España. Rodeados por todas partes de los ejércitos franceses, y amenazados de cerca por las fuerzas que conservaban estos constantemente en Madrid, no por eso decaian sus ánimos, llevándolos su arrojo mas de una vez hasta las mismas tapias del Retiro.

En marzo regresó el rey José á Madrid, dejando encargado al mariscal Soult el mando del ejército frances de Andalucía. De las tropas que guarnecian las Castillas, formó el ejército del centro, que dependia inmediatamente de sus órdenes. Las guerrillas, única fuerza que los españoles tenian en estas provincias interiores, se reunieron sobre el Duero, en Almazan, pueblo de la provincia de Soria. El gobernador frances de la misma, coronel Baste, comandante de la marina de la guardia imperial, púsose en marcha desde la capital de aquella provincia el 10 de julio por la mañana con una columna de 1,100 hombres, y atacó á las fuerzas españolas reunidas; mas habiendo sido rechazado despues de siete horas de un vivo fuego, pidió por medio de un parlamento una suspension de armas, que obtuvo; pero faltando á su palabra, y durando aun el armisticio, resuelto á ocupar á todo trance la villa de Almazan, atacó el puente con intrepidez, consiguiendo entrar en la poblacion, despues de haber sufrido una mortandad horrorosa. El cura Merino fué uno de los partidarios que se hallaron en esta accion, mandando 200 caballos.

Una columna francesa que se hallaba empleada en hacer exacciones en la misma provincia de Soria, fué alcanzada por el Empecinado el 29 de agosto en Retortillo, y derrotada completamente, siendo muy pocos los enemigos que lograron salvarse.

El mismo Empecinado con la mayor parte de su gente se concentró despues de esta accion en la villa de Cifuentes, en cuyo punto fué atacado el 14 de setiembre por el general Hugo, que desde Brihuega se dirigió contra él con una columna movil de mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos. El fuego de las guerrillas que se encontraron entre Solanillos y Gargolillos, se sostuvo con el mayor teson por una y otra parte, siendo rechazados los franceses, hasta que reforzados en gran número obligaron á los españoles á retirarse á la espresada villa. Empeñóse con este motivo en las inmediaciones de este pueblo una accion de las mas reñidas entre las dos di-

visiones. Todos los esfuerzos del enemigo no fueron bastantes para desordenar á los españoles, que sostuvieron un vivo fuego desde las dos de la tarde hasta despues del anochecer. El general Hugo hizo noche en Cifuentes, y el Empecinado en Canredondo; y no queriendo el primero esperar el ataque que los españoles le preparaban para el dia siguiente, se retiró al amanecer de este, entregando sin piedad á las llamas aquella poblacion, y maltratando á varios de sus indefensos vecinos. Accion que



Quema de Cifuentes.

confunde con las tribus salvages á los soldados del pueblo que aspiraba entonces como ahora á erijirse en preceptor de la civilizacion y de la cultura moderna.

El 16 de octubre atacaron 1,200 hombres, tambien de las mismas guerrillas, la escolta de un convoy enemigo que marchaba con direccion á Torija; pero habiendo acudido fuerzas superiores francesas, tuvieron que retirarse.

A principios de diciembre partió el Empecinado desde Cogolludo á ausiliar á la division soriana; mas sabiendo durante su marcha que el general Hugo con fuerzas superiores venia en su busca deseoso de vengar sus anteriores derrotas, retrocedió á dicha villa, y el 9 se trabó en sus inmediaciones una accion sangrienta, en la que al fin el valor de los españoles tuvo que ceder á la superioridad del enemigo.

Los restos de varias partidas de guerrillas arrojados á las montañas de Soria por mas de 30,000 franceses que atravesaron el territorio español para entrar en Francia por Navarra, habian adquirido alli notable incremento en los primeros dias de noviembre. Parte de sus fuerzas se aproximó á Logroño, y el general Roquet, que fué el encargado de su persecucion y esterminio con 2,000 de infantería de la guardia imperial y 500 caballos, empleó veinte dias en penosas marchas y contramarchas, y en inútiles investigaciones, alcanzando al fin á su vanguardia en Belorado. Los españoles se batieron por algun tiempo; pero cargados por fuerzas superiores, se dispersaron para volverse á reunir en puntos distantes, logrando de este modo cansar y aniquilar las tropas destinadas á su persecucion.

La partida mandada por Amor se apoderó el 18 de noviembre de uno de los arrabales de Santo Domingo de la Calzada.

Anteriormente otras partidas que se habian levantado en la provincia de Valla-

dolid y en el reino de Leon, se reunieron en Sahagun, y sostuvieron en los dias 22, 23 y 24 de febrero varios choques con una columna enemiga á las órdenes del coronel Pinte-ville, sin que este pudiese obtener ventaja alguna decisiva, pues aunque se dispersaron como acostumbraban en el momento del peligro, volvieron á aparecer inmediatamente.

El partidario D. Julian Sanchez con su gente se apoderó el 20 de noviembre de la villa de la Fuente del Sauco, situada en el camino de Toro á Salamanca. Cincuenta suizos del ejército frances de la guarnicion se hicieron fuertes en una casa, negándose tenaces á rendirse á pesar de las intimaciones de Sanchez. Este intentó en vano incendiar el edificio en que estaban; y habiéndolos tenido sitiados los dias 21 y 22, tuvo al cabo que retirarse por la llegada de un gran refuerzo enemigo.

Conociendo el frances lo importante que era para él apoderarse de la Puebla de Sanabria, á fin de sostener y apoyar su espedicion contra Portugal, destacó con este objeto al general Serras con fuerzas muy considerables, y logró hacerse dueño de su castillo, en el cual encontró 20 piezas de artillería, con víveres para 3,000 hombres durante seis meses. Los franceses dejaron en el fuerte en cuestion un batallon de suizos que le guarneciese; mas á los tres dias de haberse retirado el general Serras con el resto de sus tropas, las españolas y portuguesas, á las órdenes de Gil de Taboada y Silveira, se presentaron delante del castillo, y despues de haberle batido y abierto brecha en sus muros, capituló la guarnicion enemiga el 10 de agosto, rindiéndose con la condicion de ser conducida á Suiza, y de no tomar las armas contra las potencias aliadas.

Habiendo recorrido las provincias que en el discurso de este año fueron menos fecundas en sucesos de trascendental importancia, justo es que nos ocupemos ahora de las que fueron con especialidad el principal teatro de la guerra.

Despues de la desastrosa retirada del ejército español de Sierra-Morena, dirijiéronse á Murcia los restos del ejército del centro, reorganizándose allí bajo las órdenes del general Blake. Cuando este general pasó en el mes de abril á la línea de Cádiz, dejó encargado el mando de aquel al general Freire, como ya tenemos dicho, y este tomó unas disposiciones tan acertadas y enérgicas, que ya en el mes de mayo pudo destacar para Cádiz (cuyo ejército hemos dicho tambien que formaba parte del del centro) una de sus divisiones mandada por el general Vigodet, el cual se embarcó en Cartagena y llegó felizmente á su destino en el mes de junio El ejército del centro, á mas de las fuerzas que defendian á Cádiz, constaba á principios de agosto de 14,040 infantes y 2,618 caballos, con 14 piezas de artillería de diferentes calibres y dos compañías de zapadores, y tenia ademas un depósito de quintos y otro de caballos. La infantería estaba repartida en tres divisiones, y en dos la caballería.

Estas eran las fuerzas con que el general Freire ocupaba la provincia de Murcia, cuando el general Sebastiani penetró con un ejército enemigo por las fronteras de la de Granada. Las tropas españolas ocupaban las siguientes posiciones: la primera division, al mando del general Grimarest, y toda la artillería ocupaban á Elche y guarnecian la plaza de Cartagena y la ciudad de Murcia: la tercera division, á las órdenes del brigadier D. José Antonio Sanz, tenia su cuartel general en Orihuela, y el de la quinta, mandada por el coronel D. José Ruiz Elion, estaba en Alicante, quedando la mayor parte de las tropas de este último gefe en observacion del enemigo hácia la provincia de Granada, mientras el depósito de caballería se hallaba situado en Monforte, y el de quintos en San Juan de Alicante.

Las dos divisiones de caballería estaban mandadas por los brigadieres D. Manuel Ladron de Guevara y D. Vicente Osorio. El primero tenia su cuartel general en Lorca y ocupaba el puerto de Lumbreras: el segundo lo tenia en Mula. Las guerrillas se hallaban á las órdenes del coronel graduado D. José Villalobos.

Tales eran las posiciones de la parte del ejército del centro que ocupaba la provincia de Murcia, á la llegada de su general en gefe D. Joaquin Blake el dia 3 de agosto. Inmediatamente despues de su arribo dispuso este que las tropas estuviesen prontas á marchar al primer aviso, y estableciendo su cuartel general en Murcia,

hizo ocupar los puntos de Algezares, Alberca y lugar de D. Juan. El mando de las dos divisiones de caballería recayó en el general Freire, y el de la primera division de infantería en el mariscal de campo D. Francisco Javier Elío. El general Freire hizo un reconocimiento de todo el pais, y dispuso las posiciones que debian ocupar sus tropas en caso de alarma, tras lo cual, noticioso de que los enemigos se reunian en Baza, situó dos avanzadas sobre las avenidas del rio y de Lumbreras. El general en gefe pasó el cuartel general á Alcantarilla con la quinta division, y dejó la reserva en Murcia.

El general Elío se hallaba con su division en Caravaca, y sabiendo que los enemigos trataban de atacarle, se retiró á Totana, quedando en Lorca el general Freire con las fuerzas de caballería, á las cuales se incorporó el escuadron que cubria el puerto de Lumbreras. Habiéndose retirado Elío sobre Alcantarilla, siguió su marcha para el lugar de D Juan, y la tercera division se situó desde dicho lugar hasta el de Nora, de suerte que el dicho pueblo de D. Juan formaba la izquierda de la línea; razon por la cual se fortificó su posicion cerrando sus calles, habilitando las tápias esteriores, y abriendo una cortadura que unia la acequia de Turdebal con el Malecon. La primera division ocupaba el centro de la línea sobre Alcantarilla y el camino real de Lorca, y la quinta, con su cuartel general en Nora, guarnecia á Jabalí-Viejo y demas puntos circunvecinos de alguna importancia.

Colocáronse sobre la altura de la casa llamada de los Carbones seis piezas de artillería de varios calibres, y se cubrieron las avenidas á derecha é izquierda de la barca, encerrándose un regimiento en el convento de San Gerónimo, edificio fuerte de suyo, y cercano á las tropas.

Situadas de esta suerte las divisiones, restituyóse el general en gefe con su estado mayor á la ciudad de Murcia, donde como hemos dicho, permanecia la reserva del ejército.

La caballería española ocupaba á Lorca. Los franceses, dueños ya del puente de Lumbreras y de Velez-Rubio, atacaron por el camino real á nuestras descubier-



tas, obligándolas á retroceder hasta el puente de una acequia distante media legua corta de aquella ciudad, en donde reforzadas las guerrillas con una respetable guardia, y sostenidas por un escuadron de carabineros reales, rechazaron con bizarría al enemigo, obligándole á unirse al grueso de sus columnas que, venian en alcan-

ce de los españoles. La caballería al mando del general Freire salió de Lorca, y á la salida de los olivares del camino de Totana formó en escalones. Los enemigos avanzaban con recelo y siempre contenidos por nuestras guerrillas. Despues, á la entrada de Lorca, se arrojaron sable en mano sobre ellas y las hicieron retroceder; mas al llegar al rio se encontraron con una línea de tiradores que les disputaron el paso, logrando contenerlos hasta el momento en que llegando el grueso de las columnas contrarias, hicieron estas á los tiradores replegarse hasta los olivares donde empezaban los escalones. La retirada se efectuó con el mayor órden y los franceses no pasaron de los olivares de Lorca. Las guerrillas y los carabineros reales hicieron este dia prodigios de valor.

Entretanto el general Blake, que con su cuartel general permanecia en Murcia, fortificaba esta ciudad con reductos y con todas las demas obras á que dió lugar la premura, disponiendo ademas partidas y retenes de paisanos que cooperasen armados á la defensa de la capital, guardasen sus puertas y contribuyesen al sosten de los puntos atacados. Imitando la conducta que observó en la guerra de sucesion el obispo D. Luis Belluga, dispuso igualmente la inundacion de la huerta, medio seguro aunque no muy hacedero, ya por lo poco caudaloso que, especialmente en verano, es el Segura, ya por la calidad de las obras establecidas para el caso de una fuerte avenida. Eso no obstante, quedaron inundados los caminos, con la sola escepcion de los precisos para la comunicacion de las tropas españolas. Fué entonces de admirar el patriotismo con que acudieron en torno de Blake los habitantes de todos los partidos, hasta los que no pertenecian á la provincia, como el de Orihuela, distribuidos en compañías y secciones para incorporarse al ejército. Los paisanos todos manifestaban tanto entusiasmo como docilidad, y observaron la mejor armonía con la tropa. Blake declaró á Murcia amenazada de invasion, sometiéndola al solo y puro gobierno militar, y esta providencia, que generalmente es recibida por los pueblos con desagrado universal, acogióla el murciano sin disgusto, por el anhelo de no ver repetidas en su hermoso suelo las anteriores tropelías de Sebastiani.

El general Elío practicó un prolijo reconocimiento sobre la posicion de la acequia mayor, eligiendo los puestos mas convenientes para recibir al enemigo. La quinta division, que se hallaba en Don Juan, situóse tambien oportunamente, dejando á retaguardia el Hospital y repuestos.

En la noche del 4 de agosto llegó escoltada con un escuadron de caballería la artillería que estaba en Totana, y colocóse junto á la quinta division. Replegada luego por disposicion del general Blake, se retiraron cuatro piezas, dejando las dos restantes en la altura de la casa de los Carbones, con órden de que si el enemigo llegaba á forzar aquel punto, se retirasen al convento de San Gerónimo, defendido, como se ha dicho, por un regimiento, abastecido con municiones de boca y guerra para 15 dias, y fortificado con reductos y con todas las demas obras que permitió construir lo angustioso del tiempo.

La caballería española permanecia en Totana. Al amanecer del dia 5 rompieron los enemigos el fuego contra las avanzadas que teníamos á media legua de aquel pueblo, en el camino de Lorca, siguiendo rápidamente su alcance. Tres escuadrones españoles que se hallaban formados en escalones á la salida de Totana, é igual número cerca de Alhama, emprendieron su retirada. Los sucesos de este dia fueron varios. Los españoles con sus diversos movimientos consiguieron entorpecer la marcha de los franceses, y asi llegaron los primeros á la rambla de Algezares, cerca de Lebrilla, en cuya orilla izquierda se situó la tercera division de caballería con 4 piezas volantes, bastantes para contener al enemigo si hubiera intentado pasar la rambla. Este, empero, hizo alto y retrocedió, quedando aquella noche en Alhama, y nuestra caballería en Lebrilla. Al amanecer del siguiente dia presentáronse ya formadas las tres divisiones de infantería española en sus respectivas posiciones de D. Juan, Alcantarilla y Nora, prontas á recibir al enemigo, cuyas disposiciones indicaban ser su intencion atacar la huerta. En efecto, al salir el sol descubriéronse

sus columnas que se acercaban á Lebrilla. Los esfuerzos de las guerrillas españolas no consiguieron contener al enemigo, antes bien se estrellaron en la caballería de éste, que las arrolló sable en mano, llegando á Lebrilla casi mezclado con ellas. La caballería española, á la cual hemos visto tantas veces lavar con gloria la mancha de Medellin, desplegóse tan oportuna y valerosamente, que contuvo á los enemigos y alentó á las guerrillas, y siguiendo despues su retirada sostenida por estas, defendió todos los pasos y desfiladeros hasta Alcantarilla, donde se hallaba la primera division de infantería, y donde nuevamente se hicieron firmes los españoles. Esta division estaba formada en tres columnas cerradas, avanzando la artillería por sus intervalos, mientras varias partidas, parapetadas en las tapias, y otras emboscadas en las quiebras del terreno y maizales, cubrian el campo hasta Voz-Negra. No bien pasó la caballería retiróse la infantería de las acequias de Fundeval y Barrera, dejando allí un solo batallon que formado en masa cubria la calle principal del pueblo.

Los enemigos, que con ochocientos caballos seguian de cerca á las partidas españolas, dejáronse ver en las alturas inmediatas á Alcantarilla, y haciendo alto, avanzaron sus guerrillas; pero escarmentadas estas por el vivo fuego de nuestras tropas, tuvieron que retroceder, siendo perseguidas hasta que consiguieron incorporarse á sus columnas.

Mientras las tropas españolas defendian palmo á palmo y con tan singular bizarría el terreno confiado á su valor, disponíase la capital con igual heroismo á la mas obstinada defensa. Luego que desde sus torres avistaron los vecinos las huestes francesas, conocieron por sus movimientos que se encaminaban á la Alcantarilla. Formóse entonces la tropa, y convocándose al paisanage, corrió cada cual velozmente al puesto que tenia designado.

Los enemigos estuvieron mas de una hora al frente de aquel pueblo haciendo reconocimientos, y despues de varias infructuosas escaramuzas se retiraron á Lebrilla, tras lo cual se situó en Espinardo la caballería española, mientras las guerrillas á las órdenes del valiente coronel Villalobos ocupaban á Molina, y un escuadron de caballería defendia el paso de Ubera. Uno de los regimientos que estaban en Alcantarilla tomó posicion detras de la Barrera, como lo habian hecho antes los demas cuerpos. Reconociéndose luego el campo, se advirtió que un cuerpo de 600 caballos enemigos permanecia á corta distancia del pueblo, destacándose luego en dos columnas, de las cuales marchó la una contra los españoles, cuyas avanzadas arrolló, bien que luego acercándose al pueblo, fué rechazada por cuatro compañías que permanecian en él. Varios oficiales franceses se aprovecharon de esta escaramuza, que duró media hora, para efectuar sobre el campo un prolijo reconocimiento, replegándose despues á Lebrilla, siempre seguidos y cargados por nuestras guerrillas. La infantería española se mantuvo en sus posiciones; mas la caballeria ocupó de nuevo á Lebrilla, abandonada por los franceses. Al amanecer del 8 volvieron estos á atacar las avanzadas españolas, que se mantuvieron firmes por espacio de dos horas, al cabo de las cuales se replegaron los enemigos. Despues de estas escaramuzas cesaron de ambas partes las hostilidades por todo el resto del dia, en razon de haber pasado un oficial español con pliegos para el general frances, haciéndole saber que asi el ejército como el paisanage de Murcia estaban resueltos á defenderse hasta el último estremo, antes que deponer las armas.

El ejército invasor quiso, no obstante eso, volver á probar fortuna, y al amanecer del 9 atacó nuevamente á los nuestros con el mayor ímpetu, y arrollando las partidas avanzadas, entraron sus soldados en la rambla de Algezares mezclados con ellas, siendo alli contenidos por el fuego de nuestros tiradores. Replegada la caballería española que estaba situada en Lebrilla y Alcantarilla, reforzaron los enemigos su vanguardia con 200 caballos, y atravesaron la rambla, envolviendo á las partidas españolas; pero no teniendo este ataque mejor resultado que los anteriores, conocieron al fin los franceses la imposibilidad de adelantar nada en la provincia de Murcia, y asi emprendieron formalmente su retirada hácia Alhama, perseguidos constante-

mente por la caballería española hasta Totana, cuyo pueblo abandonaron los enemigos aquella misma tarde. El general Freire, al amanecer del dia siguiente, continuó molestándolos en su retirada. Los franceses, despues de evacuar á Lorca, se encaminaron hácia Lumbreras y Almería.



Huyen los franceses de Murcia.

El general Sebastiani privó asi á los heróicos murcianos de la gloria de una heróica defensa, consiguiendo con su retirada poner sus tropas á cubierto de la ruina que las amenazaba en el enmarañado laberinto de la huerta de Murcia. Nada consiguió por lo tanto con su ejército de 10,000 infantes, 2,000 caballos y 19 piezas de artillería, sino ajar los laureles que habia anteriormente adquirido en pueblos menos heróicos que el español, y cansar y fatigar inútilmente á sus tropas, que en marchas y contramarchas anduvieron mas de cien leguas sin resultado de ninguna especie. El despechado general vengó bajamente su desaire en los indefensos pueblos del tránsito, dando pruebas las mas insignes de su crueldad con los robos, incendios, estupros, asesinatos y demas iniquidades que acostumbraban á ejecutar en la Península las tropas de Napoleon, que tan odioso hicieron á los españoles el nombre frances.

Despues de la retirada de los invasores, dispuso el general Blake que el brigadier D. Vicente Osorio marchase á la Mancha con 300 caballos, á fin de recojer todo el grano que le fuese posible para la manutencion del ejército, destinándose al mismo tiempo un batallon de infantería con un destacamento de 40 caballos para que recorriendo el pais desde Alcaráz hasta las peñas de San Pedro protegieran aquella operacion. El brigadier Osorio consiguió felizmente su objeto, recolectando abundante cantidad de granos en la Gineta, la Roda, campo de Criptana y Alcázar de San Juan. En aquella sazon empezaron á notarse algunos síntomas de contagio en Cartagena y pueblos de la huerta de Murcia; pero las prontas y acertadas providencias del general Blake lograron preservar de sus desastrosas consecuencias al ejército que mandaba.

Al llegar Osorio á la Roda el 23 de octubre, de regreso de Alcazar de San Juan, campo de Criptana y Mota del Cuervo, presentósele en el camino una columna de 600 infantes y 500 caballos franceses con dos piezas de artillería, y atacando á la

tropa que venia cubriendo y protegiendo el convoy de granos, sostuvo con su caballería un vivísimo fuego, por espacio de tres horas, dando asi lugar á que todo el convoy entrase en Albacete antes de terminarse la accion. A la mañana siguiente presentáronse los enemigos de nuevo delante de Albacete. Las guerrillas salieron á contenerlos, y entretanto la tropa y el convoy se pusieron en retirada. Los ataques de guerrillas duraron este dia otras tres horas, pasadas las cuales, y cumplido el objeto de las nuestras, fueron retirándose estas para incorporarse á sus escuadrones. El 25 entraron los franceses en Albacete, pero se retiraron al dia siguiente, conociendo que ya no les era posible apoderarse del convoy. Osorio llegó felizmente al término de su destino, incorporándose con el ejército, cuyo cuartel general hallábase en Mula á la sazon, 7 leguas distante de Murcia.



CAPITULO VII.

Sitio de Cádiz: Consiguen los franceses que las granadas y bombas despedidas desde sus baterías alcancen hasta la plaza.—La Regencia se traslada á Cádiz: toma asiento en ella el Obispo de Orense.—Espedicion de Lacy á la Serranía de Ronda.—Causas que la inutilizan.—Espedicion del mismo general al condado de Niebla.—Las cañoneras inglesas desbaratan á los franceses algunos de sus trabajos.—Ataca Lacy la línea enemiga enfrente de la isla.—Flotilla francesa.—Prisioneros: trato que recibian.—Censura de los estrangeros sobre este punto.—Espedicion de Lord Blayney.— Insurreccion de la provincia de Granada.—El general Blake toma la ofensiva.—Batalla de Baza.—Toman los franceses el castillo de Marbella.

Mientras Sebastiani ofrecia al ejército del centro en Murcia tantas ocasiones de probar su valor, continuaba el mariscal Victor, duque de Belluno, en sus constantes trabajos para hostilizar á Cádiz, siendo el mas importante una batería, que denominó de la Cabezuela, levantada en el estremo del caño del Trocadero, y en la cual colocó largos obuses de estraordinario alcance, con los que logró introducir algunas granadas en Cádiz, que causaron poquísimo daño. Despues de algun tiempo levantó otra batería de morteros de nueva invencion, cuyos disparos alcanzaban tambien hasta Cádiz, distante 1.900 toesas; mas esto no tuvo lugar hasta el año siguiente.

El 29 de mayo trasladó la Regencia su residencia á Cádiz desde la Isla de Leon, donde la tenia desde su instalacion, y hasta aquel dia no tomó asiento en ella el obispo de Orense, llegado á Cádiz de su diócesis el 26 del mismo.

Para distraer la atencion del enemigo y fomentar la insurreccion de la Serranía de Ronda, preparóse en Cádiz una espedicion marítima compuesta de 3,189 hombres de buenas tropas, á las órdenes del general D. Luis Lacy, el cual dió la vela de aquella bahía el 17 de junio con direccion á Algeciras, en donde desembarcó felizmente. El pensamiento de Lacy, sugerido en parte por el general Serrano, que mandaba en la sierra Valdenebro, parecia el mas propio para llenar las miras del gobierno, pues consistia en establecer de mar á mar, dejando á Gibraltar á la espalda, una línea de puntos fortificados, que amparasen respectivamente ambos flancos cuando se operase en cualquiera de ellos. Se habilitaban tambien en lo interior de la sierra varios castillejos, de los muchos arruinados que se conservan en ella del tiempo de los moros, los mas de ellos colocados en puntos casi inaccesibles. El ejército debia obrar no en masa sino en trozos, reuniéndose solo en ciertas y de-

terminadas ocasiones, y se dejaba á cargo del paisanage guarnecer los castillos, y suplir con reclutas las bajas del ejército de Cádiz. El que tenga una ligera nocion de la Serranía de Ronda y del carácter belicoso de sus habitantes, conocerá la inmensa utilidad que hubiera producido la ejecucion de semejante proyecto. Pero su realizacion exigia tiempo y gastos; y fuera por esto, ó porque el gobierno no llegó á penetrarse de sus ventajas, ello es que se abandonó la idea, y se dejó á solo el valor de los serranos su natural defensa.

Luego que Lacy desembarcó se dirijió á Gansin, desde donde intentó pasar á Ronda; pero tuvo que desistir de su idea al saber que los franceses se habian fortalecido en el antiguo castillo, y formado varios atrincheramientos, teniendo además, escarmentados de los muchos descalabros que alli habian sufrido, una fuerte columna móvil en Grazalema, la cual hubiera volado sobre aquella ciudad al menor amago de sitio.

Limitóse, pues, Lacy á hacer algunos movimientos y á contener las correrías de los enemigos, ayudado con las fuerzas de varios partidarios, entre los cuales se distinguian D. José de Aguilar, D. Juan Becerra y D. José Valdivia. Tambien los ingleses, de acuerdo con el mismo gefe español, enviaron al este de la sierra 800 hombres que sirviesen de apoyo en cualquiera desgracia.

No podian los franceses mirar con indiferencia una espedicion, que si llegaba á concentrarse en la sierra, debia serles tan perjudicial y tener en contínua inquietud no solo á las tropas que sitiaban á Cádiz, sino tambien las de Sevilla y Málaga, y diéronse priesa por tanto á espulsarla de aquel pais. Para conseguirlo, destacó Victor una division por el lado de poniente, Sebastiani otra por el de levante, encargándose el general Girard de atacar nuestras tropas por el frente. Temiendo entonces Lacy ser envuelto, marchó con su columna á la fuerte posicion de Casares, embarcándose despues en Estepona y Marbella, y llegado á Algeciras, volvió á San Roque y se corrió de nuevo sobre Marbella, á fin de adelantar y socorrer la guarnicion de aquel castillo que, bajo el mando de D. Rafael Cevallos Escalera, burló al enemigo en las varias tentativas que hizo para ocuparle. D. Francisco Javier Abadía, comandante de San Roque, cooperó tambien, aunque con pocas fuezas, á los movimientos de Lacy, llamando la atencion de los franceses por Algeciras.

El general Lacy, viendo el gran número de enemigos que se habia reunido en la sierra, reembarcó su gente, y regresó á Cádiz el 22 de julio. De esta espedicion no se sacó mas ventaja que molestar al enemigo, distraerle de otras empresas é impedirle que ausiliase la de Portugal. No fué la mala inteligencia entre los paisanos y la tropa de línea la causa de no haber mas resultados, como equivocadamente han creido algunos, ni es cierto tampoco que el paisanage se negase á auxiliar á la tropa, como tambien se ha asegurado. El motivo de no haberse hecho mas, consistió en haber conocido los habitantes ser la espedicion una mera correría para distraer la atencion del enemigo, con ánimo de permanecer la tropa alli para en union con ellos aprovechar las ventajas con que les brindaban las inaccesibles posiciones de la sierra.

En la noche del 22 de agosto salió de Cádiz otra espedicion, á las órdenes del mismo general Lacy, compuesta de ocho compañías de guardias españolas, y una de cada batallon de los regimientos de Murcia, Canarias, voluntarios de Valencia, Campomayor, provinciales de Ciudad-Real, y de dos escuadrillas ademas, con destino al condado de Niebla. En aquel punto seguia el general Copons hostilizando al enemigo, que bajo el mando del duque de Aremberg, hacia con una columna móvil escursiones en el pais. La junta de Sevilla establecida en Ayamonte auxiliaba con actividad las operaciones de Copons, formando acertadamente en la inmediata isla llamada Canela, en el Guadiana, un depósito resguardado de los repentinos ataques del enemigo. En breve tiempo adquirió tal importancia aquel nuevo establecimiento, que de arenoso desierto que antes era, se convirtió bien pronto en poblacion capaz de ofrecer seguridad y albergue á muchas familias, refugiándose varias veces en ella poblaciones enteras de los puntos amenazados ó invadidos. Construyéronse allí barracas, almacenes, pozos, hornos y talleres de montura, cartuchos y otros pertre-



Perez litº

Litog. de Perez y P.

VISTA DE CADIZ.

chos de guerra. Despues se fortificaron tambien sus avenidas, en términos que llegó á convertirse en punto casi inespugnable.

La espedicion de Lacy, cuya fuerza ascendia á 3,000 hombres, desembarcó el 23 de agosto á dos leguas de la barra de Huelva, entre las torres del Oro y de la Arenilla. Las escuadrillas española é inglesa, la primera á las órdenes de D. Francisco Maurelle, y la segunda á las del capitan Jorge Cockburn, entraron por el rio que forman á su embocadero las corrientes del Odiel y el Tinto, con propósito de ayudar la evolucion de tierra, y atacar por agua á Moguer. En este sitio tenian los franceses 500 infantes y 100 caballos, que sorprendidos se retiraron, haciendo lo mismo los que en igual número y procedentes de San Juan del Puerto iban á su socorro.

La desgracia de hallarse entonces Copons en Castillejos y la de haberse retardado el pliego que le anunciaba el arribo, impidieron que el enemigo fuese cojido entre dos fuegos. Sabida luego por aquel gefe la llegada de la espedicion, trasladóse sin dilacion á Niebla y se puso en comunicacion con Lacy. La llegada de este causó en los pueblos el mayor júbilo, creyendo equivocadamente, como en Ronda, que iban á tener en sus fuerzas apoyo duradero y constante. El general Lacy se dirigió sobre Moguer, y arrollando á los franceses que quisieron disputarle la entrada, penetró en la poblacion el 24. Aremberg, reuniendo cuanta tropa pudo, atacó varias veces á los españoles, mas fué siempre rechazado por estos, teniendo al fin que retirarse con pérdida de 300 hombres, siendo la de los españoles de solo 36. Sabiendo Lacy en esto que los franceses mandaban contra él desde Sevilla fuerzas considerables, y creyendo cumplido el objeto de su comision, reducido á distraer al enemigo de la espedicion de Portugal, despues de haberle destruido todos sus almacenes y baterías, y clavándole los cañones, se reembarcó con sus tropas el 26, y regresó felizmente á Cádiz. Estas espediciones no correspondian en verdad á los gastos que ocasionaban, y la pequeña ventaja de distraer por algunas horas al enemigo,



EMBARQUE DE LACY.

era ciertamente inferior á los daños que al fin originaban á los infelices pueblos, pues engañados estos con su auxilio, se comprometian en términos de hacérselo despues pagar caro el encono del enemigo. Asi sucedió en Moguer, que habiéndose declarado

mas abiertamente en apoyo de las tropas espedicionarias, sufrió luego todos los efectos de la venganza francesa.

Unas cañoneras inglesas destruyeron por aquel tiempo algunas baterías y reductos enemigos del puerto de Santa María y de otros varios puntos de la bahía de Cádiz.

En la noche del 28 al 29 de setiembre verificó el precitado Lacy una salida por el puente de Suazo, atacando con 4,000 hombres la línea enemiga, causándole gran pérdida, y destruyendo varias de sus obras, replegándose despues ordenadamente á la isla.

Conociendo el mariscal Soult la imposibilidad de hacer nada contra Cádiz y la Isla sin el auxilio de algunas fuerzas sutiles, puso todo su empeño en proporcionárselas. Para llevar á cabo su pensamiento pidió á Francia carpinteros, calafates y marinos, y ordenó una tala en los montes inmediatos, y con los buques asi construidos y varios barcos costaneros, consiguió reunir una flotilla en Sanlucar. A fines de octubre trasladóse á este punto el mismo Soult para disponer y presenciar desde la costa la dificultosa travesía que tenian que emprender sus buques desde la boca del Guadalquivir hasta lo interior de la bahía de Cádiz Empezóse á ejecutar el atrevido proyecto en la noche del 31, pasando la flotilla por entre los bajos de punta Candor, y atracando siempre á la costa. El todo de la flotilla se componia de unos 26 cañoneros, de los cuales bararon dos, nueve lograron entrar aquella misma noche en el puerto de Santa María, y los otros fondearon en Rota, de donde, aprovechando vientos frescos y favorables, partieron á reunirse con los que habian ya entrado, sin que les fuese dable impedirlo á las fuerzas marítimas anglo-españolas. Pero ningun fruto reportó á los franceses un suceso de que tanto se prometian y que celebraron con alborozo. Trasladaron despues su flotilla por tierra á Puerto Real, siguiendo estacionada alli todo el tiempo del sitio, sin que las superiores y mejores fuerzas de los aliados le permitieran prestar el menor servicio á su causa.

No queremos separarnos de Cádiz sin hablar de un asunto que tuvo orígen en aquella poblacion, y que atrajo sobre la España la mas amarga censura de parte de la gente estrangera. Nos referimos al trato de los prisioneros. Hemos dicho antes que á resultas del temporal acaecido en Cádiz en los primeros dias de marzo habia dispuesto el gobierno la traslacion de aquellos á las islas de Canarias y Baleares; pero obstáculos propios de aquellas azarosas circunstancias retardaron la ejecucion de tan oportuna medida, en términos que en el mes de mayo permanecian todavía aquellos infelices en los pontones establecidos en la bahía de Cádiz. Un furioso huracan que sopló en aquel puerto en la noche del 15 al 16 dió ocasion á los que estaban en el nombrado Castilla, en número de unos 700, los mas oficiales, para cortar las amarras y dejarse llevar del viento á la costa ocupada por sus compatricios; ejemplo que imitaron el 26 los del Argonauta en número de 600. Unos y otros consiguieron desembarcar entre los suyos, sin que fuese bastante á impedirlo el fuego de nuestras baterías y cañoneras. Esta doble fuga activó la ejecucion de la órden dada para la traslacion de los prisioneros á las islas referidas. Los que fueron á las Canarias no tuvieron que sufrir el menor disgusto: el carácter filantrópico de aquellos isleños y la distancia que los separaba del teatro de las atrocidades francesas, sin dejarles sentir sus efectos, contribuyeron á dulcificar á los prisioneros las amarguras de su desgraciada situacion No fueron tan felices los á quienes cupo la suerte de ir á las Baleares, donde la irritacion que causaban en los ánimos las crueldades francesas en la vecina Cataluña, llevó á los habitantes al estremo de querer saciar su ira en los indefensos prisioneros; atentado que se evitó conduciéndolos á la isla de Cabrera, no pudiendo sin embargo impedirse que al embarco fuesen maltratados muchos y algunos muertos. Aquella isla, al sur de Mallorca, aunque de sano temple y provista de manantiales, estaba poblada solamente de árboles bravíos, y los prisioneros padecieron en ella lo que no es decible, ya por la falta de albergue (pues aunque se les suministraron tiendas, no eran estas bastantes para los 7,000 hombres que en ellas se juntaban), ya por falta de sustento tambien, falta que en ocasiones esperimenta-

ron, unas veces por los temporales que impedian el tráfico, y otras por flojedad y descuido de las autoridades. «Feo borron, dice el conde de Toreno, que no se limpia con haber en ello puesto al fin las córtes conveniente remedio, ni menos con «el bárbaro é inhumano trato que al mismo tiempo daba el gobierno frances á muchos gefes é ilustres españoles sumidos en duras prisiones y castillos, pues nunca «la crueldad agena disculpó la propia.» Hasta aquí nos hallamos en un todo conformes con el ilustre historiador; pero no podemos estarlo con las ágrias inculpaciones que con este motivo hacen á España los de las otras naciones, con especialidad los ingleses, que son precisamente los que mas silencio debian guardar en la materia, cuando saben que el gobierno de su pais, estando muy lejos de encontrarse en las apuradas circunstancias en que se hallaba el nuestro, hizo tambien gemir en pontones largos años á sus innumerables prisioneros. Los escritores de aquella nacion debian ante todo reflexionar sobre el estado de la Península en aquella triste época, y nos harian mas justicia; y si para otorgárnosla necesitasen mas estímulos que los de nuestra escitacion, bastaríales recordar lo que hace su gobierno en la India, ó si no quieren alejarse tanto, lo que hace en su vecina la Irlanda. No se crea, empero, cuando nos espresamos asi, que desertores de nuestras banderas, militemos ahora bajo las de los enemigos de la humanidad: la defensa de esta será siempre el fin principal á que tiendan nuestros esfuerzos. Nosotros aqui no hacemos sino que devolver como es justo los dardos que se nos arrojan, combatiendo á los que con mentida filantropía exageran hasta el estremo los escesos de nuestro pais, al paso que disimulan ó niegan los muy mayores que comete el suyo.

La insurreccion de la sierra, que se iba estendiendo ya por la provincia de Granada, decidió á los ingleses á atacar á Málaga, guarida entonces de corsarios, y en cuyo puerto fondeaba igualmente una flotilla enemiga de lanchas cañoreras. Al efecto preparóse en Gibraltar una espedicion á las órdenes del teniente coronel ingles lord Blayney, la cual se hizo á la vela el 11 de octubre, en cuyo dia llegó á Ceuta, y recibió á bordo al regimiento de infantería española Imperial de Toledo, que con un cuerpo de estrangeros formado en Gibraltar y el regimiento ingles número 89, se dirigió á la costa de Málaga con objeto de apoderarse del castillo de la Fongirola, para que acudiendo los franceses á aquel punto disminuyeran la guarnicion de Málaga, procurando en el ínterin reembarcarse él, sorprender aquella ciudad, destruir las obras que los enemigos habian hecho en ella, y apresar ó incendiar los muchos corsarios refugiados en su puerto.

El 12 á las cuatro de la tarde se hizo á la vela la espedicion con direccion al Mediterráneo, y el 14 á las doce del dia fondeó en la cala de la Torre del Moro, y al momento desembarcaron las tropas. El cuerpo de estrangeros formó la vanguardia, y seguido de los españoles tomó la altura del Perdigon, donde unos y otros desplegaron en batalla. Los ingleses atacaron inmediatamente el castillo, el cual rompió un fuego muy sostenido con una pieza de 24 y otras de menor calibre. Lord Blayney, que no esperando esta resistencia, no llevaba ni escalas ni pertrechos ningunos de sitio, dispuso sin embargo, y á pesar de la lluvia que duró toda la noche del 14, construir dos baterías provisionales con dos cañones de á 6 y un obus de á 4 que se desembarcaron de los buques, y rompieron el fuego al amanecer del 15, fuego que se suspendió á las diez de la mañana, visto el poco efecto que causaba en la muralla del castillo, sin embargo de que las cañoneras se aproximaron tambien hasta medio tiro é hicieron un fuego vivísimo. En la noche del 14 una compañía de españoles y dos del cuerpo estrangero marcharon al pueblo de Mijas con el fin de apoderarse de 60 franceses que habia en el mismo; pero al amanecer, y cuando ya iban á entrar en la poblacion, llegó un batallon enemigo con 60 caballos, los cuales envolvieron á los españoles en las calles que habian tomado, y cerrándoles la retirada, obligáronlos á huir precipitadamente, logrando estos, aunque con infinitos trabajos y socorridos por el patriotismo de los habitantes, llegar á Marbella sumamente estropeados y con la pérdida de 14 ó 15 muertos.

Estos mismos franceses de Mijas se dirigieron inmediatamente hácia el castillo

de la Fongirola. Lord Blayney mandó entonces á los españoles marchar hácia la playa hasta donde encontrasen una bandera, señal de la posicion que debian tomar. La guarnicion del castillo hizo una vigorosa salida, y arrollando á las tropas inglesas, se posesionó de las baterías que estas defendian; pero Blayney se puso con arrojo al frente de los dispersos y consiguió reconquistarlas. En seguida continuó el fuego hasta que una columna francesa con 1,200 hombres, que venia de Málaga, se apoderó nuevamente de las baterías. Huyendo entonces los ingleses abandonaron á su general, digno seguramente por su intrepidez de mejor suerte que la que le tocó; pues, gravemente herido fué hecho prisionero, sin haber conseguido su libertad hasta despues de la paz. El regimiento español que con un corto número de dispersos del 89 ingles venia desde la playa á sostener las tropas inglesas de las baterías, advirtiendo que estas huian hácia la misma playa para ganar los buques, desplegó en batalla para contener á los franceses que en seguimiento de los fugitivos se aproximaban con la mayor osadía, y hubiéranse posesionado de toda la espedicion sin la serenidad de los españoles, que á pesar del vivo fuego de los enemigos formaron tres veces columna cerrada, y consiguieron al fin tomar la altura de la torre vigía, inmediata al castillo por la parte de Marbella, dando asi lugar á los ingleses para reembarcarse sin desgracia. Los franceses intentaron varias veces desalojar de su posicion á los españoles por el frente y costados; pero contúvolos de tal modo la bizarría de estos, que batidos sin interrupcion se alejaron á bastante distancia, y entonces fué cuando su valiente comandante D. Pedro Dávalos, viendo ya embarcados á los ingleses, ordenó que su gente lo verificase por compañías, como asi lo hizo con la mayor calma y serenidad, llegando á Gibraltar la espedicion el 19.

Tal fué el éxito desgraciado de esta, no habiéndole cabido á toda ella la misma suerte que á Blayney, gracias al valor é intrepidez de los españoles.

El general Blake, que desde la retirada de Murcia habia empleado sus talentos en disciplinar su ejército, viendo ya logrado el fin de sus desvelos, trató de tomar la ofensiva para proteger con sus movimientos la insurreccion de la provincia de Granada, que iba tomando consistencia Entre los que la empezaron, aprovechando la ausencia de Sebastiani, se distinguió el alcalde de Otivar llamado Fernandez, quien entró en Almuñecar y Motril, y aun se apoderó de sus castillos. Estas y otras empresas que propagaron la llama de la insurreccion por las sierras y por varios puntos de la costa, estimularon al general Blake á avanzar á la frontera de Granada. Antes habia tratado de fomentar las guerrillas en todas partes, tomando aquellas mas incremento por el lado de Jaen, en donde D. Antonio Calvache sucedió á Bielsa en el mando de ellas. Mas los enemigos, persiguiendo sin descanso al nuevo gefe, despues de haber quemado la villa de Segura, le mataron el 24 de octubre en Villacarrillo

D. Joaquin Blake, reuniendo sus tropas acantonadas en Murcia, Caravaca y Lorca, marchó el 2 de noviembre sobre Cullar, sin que los franceses tuvieran conocimiento de este movimiento. Dejó 2,000 hombres en dicho Cullar, y á las doce de la mañana del 3 se colocó con 7,000, entre ellos 1,000 de caballería, en las lomas que dominan la hoya de Baza, y que lame el rio Guadalquiton.

Los enemigos tenian en el llano una division de caballería mandada por el general Milaud, asistida de artillería volante: ademas habian situado de 2 á 3,000 infantes en las inmediaciones de la ciudad, regidos por el general Rey. Sebastiani no llegó hasta despues de concluida la accion.

Las guerrillas españolas se encontraron con las francesas media legua antes del rio de Baza, y los enemigos se replegaron inmediatamente á los desfiladeros que hay sobre el mismo rio, de los que fueron desalojados por los nuestros. Toda la mañana de aquel dia se sostuvo el fuego entre las avanzadas, y como á las tres de la tarde dispuso el general Blake que una division de sus tropas bajase al llano para apoderarse de una altura que ocupaba el enemigo, avanzando al mismo tiempo otra division de la misma arma, la artillería

y la caballería. Esta se adelantó hasta la misma ciudad de Baza, haciendo replegar antes al enemigo. El fuego de la artillería era muy vivo, y la caballería francesa, muy superior en número á la nuestra, maniobraba con empeño para envolver á esta, cuya retirada dispuso muy oportunamente el general Freire, y se seguia en el mejor órden, hasta que al querer efectuar un movimiento se embarazaron algunos caballos, lo que observado por el enemigo cargó con impetuosidad sobre ella, y consiguió desordenarla, viniendo tras su ruina la de la infantería que habia avanzado. La tercera division, á las órdenes del brigadier D. José Antonio Sanz, fué acuchillada, y habria sido mayor su descalabro, si la primera division, mandada por el general Elío, no hubiera contenido el ímpetu de los franceses. Nuestra pérdida en esta desgraciada accion fué de 1,000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, cinco piezas de artillería, cuatro cajas de guerra y dos banderas.

El general Blake mandó seguir su retirada á Cullar, dirigiéndose sobre Lorca para trasladarse á Murcia. En esta marcha recibió la noticia de su nombramiento para individuo de la regencia de España; pero decidió pundonorosamente no ir á desempeñar tan honorífico encargo, ínterin se hallase su ejército en tan crítica situacion. La ciudad de Murcia se preparó otra vez á la defensa, con las mismas disposiciones que se habian tomado en el mes de agosto, inundando la huerta y empuñando las armas todo el paisanage. Los franceses continuaron persiguiendo á los españoles hasta Lorca, donde entraron en la tarde del 8 sin encontrar en ella mas que unos 30 vecinos, pues los demas la habian abandonado. Sebastiani exijió en Lorca una fuerte contribucion, y retrocedió luego, no queriendo esponerse á que las tapias de Murcia humilláran otra vez su soberbia.

La desgraciada accion de Baza desmayó y paralizó mucho la insurreccion de aquellas comarcas, y la mala suerte del general Blake, que tan desventurado era en todas sus acciones campales, hizo llorar á muchos pueblos de los que se habian pronunciado al tránsito de sus tropas.

El general Sebastiani marchó el 3 de diciembre con 2,000 hombres y cinco piezas de artillería hácia Marbella para apoderarse de su castillo. Inmediatamente trató de formar baterías, pero impidiéndoselo durante el dia el fuego del castillo, esperó la noche del 3 al 4, durante la cual estableció dos, con las cuales empezó á batir las murallas hasta lograr desmontar su artillería, continuando despues hostilizándolas hasta el 8, en cuya noche el gobernador español, conociendo que era imposible sotenerse mas, abandonó el fuerte embarcándose con toda su guarnicion y con el mejor órden en los buques ingleses.

No habiendo ocurrido en Andalucía y Murcia mas acontecimientos militares en el curso de este año, nos trasladaremos á Cataluña, único distrito que nos queda por examinar para completar el cuadro militar de España durante el año 1810.





CAPITULO VIII.

Cataluña.—General Odonnell.—Congreso Catalan: medidas que adopta.—Accion de Granollers.—Plan de Odonnell.—Posiciones del ejército español de Cataluña.—Sitio de Tortosa: la embiste el general Laval.—Valencia.—Conducta de D. José Caro.—Ataques dados por D. Juan Odonojú.—El general Caro abandona el campo: su fuga á Mallorca.—D. Luis Bassecourt toma el mando de Valencia.—Cataluña.—Ataque de Tivisa.—Ataca Odonnell la línea enemiga de Tortosa.—Sorpresa de Flix.—El brigadier Georget rechaza á los franceses.—Las tropas del Llobregat hostilizan á los enemigos de Barcelona.—Recibe aquella plaza un convoy de víveres.—Macdonald marcha hácia Tarragona: ocupa á Reus.—Hacen los franceses un reconocimiento sobre Tarragona: quedan circunvalados los enemigos en su campo.—Macdonald deja á Reus.—Ataques en el estrecho de la Riva.—Ventajas de los españoles en Falset.—Entrevista de Macdonald y Suchet.—Ataque junto á Cervera: ocupan los franceses esta ciudad.—Gloriosa sorpresa de La Bisbal.—Toman los españoles á Guijols, Palamós y otros puntos.—El general Campoverde entra en Francia y exige contribuciones.—Diversos encuentros entre españoles y franceses.—Accion de Lladó.

Las innumerables desgracias agolpadas sobre la belicosa Cataluña en los cinco primeros meses de este año no abatieron el brio de sus habitantes, ni amenguaron el valor de su ejército. De ambos elementos necesitaba el general Odonnel para salir con lucimiento de su comprometida posicion, y hacer frente á la temible actitud que empezaba á desplegar el mariscal Macdonald. La esperiencia, maestra del hombre, iba haciendo mas cauto y previsor al caudillo español de Cataluña, y ella le sugirió la oportuna idea de volver á reunir en Tarragona un congreso de naturales del principado, para que al tiempo mismo que se encargase de buscar recursos, sirviera tambien para dar nuevo impulso al espíritu popular y para alentar las esperanzas del ejército que, á pesar de sus pérdidas, contaba todavía 21,798 plazas.

Luego que se reunió el congreso catalan el 17 de julio, tomó varias resoluciones, y algunas muy acertadas. Para reforzar el ejército, decretó un alistamiento con la obligacion de servir solamente dos años, y con la facultad de gozar cada seis meses quince dias de licencia. Aunque esta medida era tan adecuada á la índole del pais, no llenó sin embargo los deseos de sus habitantes; los que tan dispuestos á pelear como somatenes, cuanto opuestos al servicio de tropa reglada, rehusaban sujetarse á ella, en términos que tuvo el congreso que establecer comisiones militares para castigar á los desertores, y aun á los distritos que no aprontasen sus contingentes. Con mayor regularidad se recaudaron los impuestos y se realizó un empréstito de medio millon

de duros, lo que debe verdaderamente sorprender si se atiende á lo exhausto que ya estaba el pais, á los sacrificios que diariamente hacia para mantener el ejército, y á la clase de guerra que sufria. Se aplicaron tambien á los hospitales los productos que antes percibia la curia romana, y ahora tomaban los obispos por dispensas y otras gracias ó exenciones. El general Odonnell, á mas de activar con su energía todas estas providencias, trabajaba tambien sin descanso en disciplinar sus tropas, en inculcar en ellas emulacion y buen ánimo, y en mejorar igualmente la instruccion de los oficiales.

El mariscal Macdonald por su parte apenas podia ocuparse en otras operaciones que en avituallar á Barcelona, y en ver como burlaba la vigilancia de Odonnell, siempre en observacion para impedir aquel fin. Ya digimos que apenas tomó Macdonald el mando fué él mismo á conducir un convoy á Barcelona. El 18 de julio intentó repetir la misma operacion, la que dió lugar á una muy reñida accion en las inmediaciones de Granollers, mandada por el baron de Eroles, y en la que perdieron las tropas imperiales mas de 1,500 hombres entre muertos y heridos, quedando la victoria por los españoles; mas durante la accion continuó el convoy desfilando por la espalda y consiguió entrar en Barcelona. Macdonald dejó en esta plaza unos 6,000 hombres de guarnicion, y con el resto de sus tropas volvió á ocupar su antigua posicion entre Hostalrich y Gerona. A pesar de las ventajas que obtuvieron nuestras fuerzas en Granollers, le disgustó mucho al general en gefe que no impidieran la entrada del convoy en Barcelona.

El plan que Odonnell habia resuelto seguir en Cataluña pareció el mas prudente y acertado. Evitando batallas generales, queria por medio de columnas volantes sorprender los destacamentos enemigos, interceptar ó molestar sus convoyes y aniquilar asi sucesivamente las fuerzas de aquellos. Para llenar su objeto colocó su ejército, al principiar agosto, del modo siguiente: la 1.ª division ocupaba las orillas del Llobregat y observaba á Barcelona, teniendo tambien fortificada la montaña de Monserrat: la 2.ª acampaba en Falset y observaba á Suchet que, como luego diremos, intentaba sitiar á Tortosa: parte de la 3.ª cubria en Esterri las avenidas del valle de Aran: la reserva, dividida en dos mitades, mantenia la una en el Coll de Alba, próximo á Tortosa, y la otra en Arbeca y Borjas Blancas para enfrenar la guarnicion de Lérida si intentaba talar los fértiles campos de Urgel y proteger tambien la recoleccion de la cosecha por nuestra parte. Un cuerpo de húsares y tropas ligeras estaba en Olot, y observaba las comarcas de Bersalú y Bañolas; y varios guerrilleros corrian la demas tierra, acechando siempre los movimientos del enemigo, y aprovechando todas las ocasiones que se presentaban para desvanecer sus planes y molestarle contínuamente. El cuartel general permanecia en Tarragona, desde donde Odonnell dirigia las maniobras mas notables, en las cuales tomaba á veces una parte muy principal.

Si en todo no se llenaron los deseos de este general, al menos se cumplieron en mucha parte. El mariscal Macdonald, ocupado siempre en el abastecimiento de Barcelona, no pudo desde el segundo convoy que metió alli en julio pensar en nada importante, sino es en preparar otro tercero que consiguió introducir el 12 de agosto, aunque con las pérdidas que luego veremos. Entonces ya mas libre resolvió, aunque todavía en valde, favorecer directamente las operaciones contra Tortosa, de cuyo sitio vamos á tratar.

Despues de la rendicion de la plaza de Mequinenza, recibió el general Suchet órden de Napoleon para marchar á poner sitio á la de Tortosa, situada cerca del camino real, cabeza de la embocadura del Ebro, punto sumamente importante por servir de apoyo á las comunicaciones de los ejércitos españoles de Valencia y Cataluña. El enemigo dispuso desde luego un gran parque de sitio, y estableció su principal depósito en Mequinenza; pero para transportar lo necesario á Tortosa se tropezaba con grandes dificultades. El Ebro ofrecia comunicacion por agua, pero interrumpida á cada paso con cejas ó bajos, que solo se podian salvar en las crecidas y rara vez en las sequedades del estío. Por tierra era aun mas trabajo-

so y aun impracticable el tránsito, por lo montañoso del pais, cuyas desigualdades se aumentan á medida que se adelanta de Caspe ó Mequinenza hácia Favara, Batea, Gandesa y Mora, y desde allí á Pinell, las Armas, Gerta y Tortosa.

Estas dificultades obligaron á los franceses á dejar los fusiles para tomar los picos y azadones, á fin de abrir un camino sobre los vestigios que aun se conservaban del que habilitó el duque de Orleans durante la guerra de sucesion. El general Suchet estableció, ademas de los de Mequinenza, depósitos considerables en Alcañiz y Caspe, y confiriendo el mando del reino de Aragon al general Musnier, dispuso que no obstante las guarniciones de Lérida, Mequinenza, Jaca y Monzon, se situase á mas una línea de puestos fortificados sobre los caminos, para proteger los correos, convoyes y toda clase de comunicaciones. Dicha línea abrazaba á estas en todas direcciones desde el centro á la circunferencia, y sobre la derecha del Ebro comprendia los pueblos de Alagon, Mallen, Tudela, Borja, Tarazona, Epila, Almunia, María, Villa de Muel, Cariñena, Fuentes, Ceila, Samper, Alcañiz; y sobre la izquierda Pina, Bujaraloz, Candasnos, Fraga, Zuera, Ayerve, Anzánigo, Campfranc, y algunos pueblos del partido de las Cinco Villas.

Tomadas estas disposiciones, emprendió Suchet la marcha con su ejército, y se dirigió sobre Tortosa en los primeros dias de julio, en dos divisiones por ambas orillas del Ebro. La de la derecha, compuesta de 8,000 infantes y 1,000 caballos se estendió hasta Ulldecona y Vinaroz, para proporcionarse víveres con mas facilidad. La de la izquierda, que se componia de 3,500 infantes y 500 caballos, tomó posicion en los Mases de Mora, Rasquera, Tivenys y Tivisa, no teniendo mas comunicacion con la derecha que la de la barca de Mora.

El general Laval, que estaba encargado de la direccion del sitio, avanzó con su caballería por las orillas del Ebro hasta tan cerca de Tortosa, que hizo algunos prisioneros de los españoles apostados en sus inmediaciones, obligando al resto á encerrarse en la plaza por la cabeza del puente, de que se apoderó. El 3 de julio completó la embestidura de la misma por la ribera derecha del Ebro, y el 4 prolongó esta línea hasta Amposta, y se apoderó del camino real de Barcelona á Valencia; y situando en Gerta su izquierda, colocó avanzados varios destacamentos para precaver cualquier golpe de mano que pudiesen intentar las tropas del ejército español de Valencia.

Suchet estableció su cuartel general en Mora, y Laval, aunque no tenia todavía todos los útiles necesarios para el sitio de la plaza, empezó desde luego á formar la primera paralela. Los sitiados paralizaron por entonces sus trabajos con varias salidas, cuyo principal objeto era llamar la atencion del enemigo, mientras las tropas de Tarragona y Valencia hacian demostraciones y maniobraban para inquietarle en direcciones opuestas. Suchet mandó ensanchar la cabeza del puente que comunicaba con la orilla derecha del Ebro, hasta ponerla en estado de poder contener muchos batallones.

Si en Valencia hubiera mandado un general tan emprendedor y valiente como Odonnell, pudiera haber cooperado con fruto al buen éxito de nuestras armas en Cataluña; pero los valencianos tenian la desgracia de estar regidos por D. José Caro, hombre que, como antes indicamos, mas que en la guerra se ocupaba en satisfacer sus resentimientos personales á costa de las mas escandalosas arbitrariedades. Asi, no solo vió pasivo la pérdida de Lérida y Mequinenza, sino que dejó al enemigo ocupar á Morella sin verificar por su parte el menor movimiento. La opinion pública, cada vez mas irritada con tan apática y aun criminal conducta, forzó al fin al indolente general á tomar algunas medidas que indicasen siquiera que prestaba alguna atencion á la causa nacional; y asi, sabiendo que se aproximaban los franceses, mandó Caro á D. Juan Odonojú (que aunque hecho prisionero en la batalla de María ya estaba libre), que se adelantase al encuentro de aquellos con 4,000 hombres. Estos arrojaron de Villabona, el dia 24 de junio, á los enemigos, los cuales se replegaron á Morella, delante de cuyo pueblo se trabó el 25 un combate muy vivo, hasta que habiendo recibido el enemigo un considera-

ble refuerzo, se retiraron los nuestros en marcha tan ordenada, que no se determinó aquel á seguirlos. En el mes de julio avanzó otra vez Odonojú hácia el mismo punto, y aun intimó la rendicion á Morella el 16; pero atacado repentinamente y con fuerzas muy superiores por el general Mont-Marie, tuvo que retirarse con alguna pérdida.

El general D. José Caro permanecia estacionado en Valencia sin determinarse á salir de su recinto, hasta que escitado con instancia por el general de Cataluña á que cooperase en beneficio de Tortosa, se decidió por fin á salir en el mes de agosto con 10,000 hombres de línea y otros tantos paisanos. Su movimiento no dió mas resultado que poner en evidencia su ineptitud y cobardía y librar á Valencia de su funesto dominio; pues apenas supo que Suchet venia á su encuentro se replegó á Alcalá de Gisbert sin aguardarle, y de allí el 16 de agosto á Castellon de la Plana y Murviedro; y aunque el ejército valenciano se retiró con órden, su gefe le ofreció el triste ejemplo de ser, no solo uno de los pocos, sino tambien uno de los primeros que abandonaron el campo. Esta conducta, censurada agriamente por su hermano D. Juan, que peleaba con valor en el ejército de Cataluña, acabó de desacreditarle en Valencia, lo que junto á las noticias que corrian de las nuevas proscripciones que meditaba, alarmó al pueblo en términos tan marcados, que receloso el tímido general de llegar á ser víctima de su enojo, se escapó de la ciudad disfrazado de fraile, acreditando hasta en su fuga que era hombre mas propio para la capucha que para la espada.



FUGA DEL GENERAL D. JOSE CARO.

D. José Caro fué á ocultar su vergüenza á Mallorca, sucediéndole en el mando de Valencia D. Luis de Bassecourt, persona que, aunque como hombre no estaba libre de defectos, aventajaba á su antecesor en muchas prendas, especialmente en el valor y en la buena armonía que desde el principio procuró entablar con los generales de los demas distritos, particularmente con los de Cataluña y Aragon.

Una parte de la division española acantonada en Falset atacó vigorosamente los puestos enemigos de Tivisa, y el 15 toda ella, á las órdenes del marques de Campoverde, rechazó una embestida de los enemigos y aun le siguió el alcance

El general Odonnell se puso el 29 á la cabeza de la misma division, y con ella acometió al general Habert situado en Tivisa, y arrolló sus tropas, persiguiéndolas hasta las orillas del Ebro; pero habiendo llegado Suchet con 2,000 hombres, tuvieron los nuestros que replegarse, despues de haber hecho sufrir al enemigo la pérdida de dos gefes y mas de 200 soldados. Esta tentativa manifestó al enemigo lo importante que le era la conservacion del punto de Mora y de los Mases, y le hizo reforzarlos con mas tropas y con tres piezas de artillería.

El infatigable Odonnell concibió y ejecutó otra atrevida empresa. El 1. ° de agosto entró en Tortosa para disponer una salida contra Laval. El dia 3 formó una columna de tropas escogidas, y despues de arengarla en presencia de la poblacion, para exaltar el entusiasmo de todos, se puso á su frente, salió de la cabeza del puente á las tres de la tarde, y avanzó á la bayoneta, sin disparar un tiro al campamento frances; arrolló su línea, destruyó los espaldones que el enemigo habia construido, y con solo 800 hombres causó á este un daño considerable. La poblacion sirvió de mucho en aquella tarde, pues llena de entusiasmo, y sin reparar en peligros ausilió á los combatientes con abundantes refrescos y condujo los heridos á la plaza. Reforzados al cabo los franceses, tuvieron los españoles que retirarse á ella, dejando algunos prisioneros, entre ellos el intrépido y arrojado coronel D. José María Torrijos, ¡ese hombre célebre que despues, víctima de la mas negra perfidia, ha dejado tan tiernos recuerdos en el corazon de todos los amantes de la libertad! Los continuos esfuerzos de Odonnell habrian tenido un éxito mas cumplido, si D. José Caro, con cuya cooperacion contaba aquel, no hubiera seguido la fea conducta que le hemos visto observar.

La division española que entró con el general Odonnell en Tortosa, emprendió despues, á las órdenes del brigadier García Navarro, dos ataques sobre Tivenys contra la cabeza del puente y atrincheramientos que los enemigos construian enfrente de Gerta, y aunque ambas tentativas no tuvieron un completo éxito, causaron siempre bastante daño al enemigo, y le obligaron á mantenerse sobre aquel punto

El marques de Campoverde logró el 10 de agosto sorprender tan completamente un cuerpo de 300 hombres que tenian los franceses en Flix para proteger la navegacion del Ebro, que solo escaparon treinta, cogiendo ademas el vencedor un considerable botin, y echando á pique todas las barcas reunidas en aquel parage para el servicio frances.

El brigadier español Georget protegia entretanto el llano de Urgel, é impedia á la guarnicion de Lérida, con continuas escaramuzas, el acopio de víveres; y aunque el 3 de agosto le atacó aquella decididamente, no solo conservó sus posiciones, sino que escarmentó valerosamente al enemigo.

Nadie vagaba en aquella tremenda época en el antiguo principado, convertido todo él en un verdadero campo de agramante. Los españoles de la línea del Llobregat sostenian diariamente crudos encuentros con la guarnicion de Barcelona; y mientras por todas partes era diezmado el ejército frances con esta activa guerra de partidas, fué cuando el mariscal Macdonald se dispuso á introducir su tercer convoy en la capital de Cataluña. Para esto reunió su ejército, compuesto de 14,000 infantes, 1,200 caballos y 14 piezas de artillería, y saliendo de sus constantes posiciones, entre Hostalrich y Gerona, marchó hácia Barcelona. Las tropas españolas, situadas en la línea del Llobregat, cuyas fuerzas no llegaban á la mitad de las del enemigo, mantuvieron sus posiciones hasta que conocieron que las intenciones de aquel eran pasar adelante. Entonces se replegaron á Villafranca, dejando guarnecidas las gargantas de Vallirana y Ordal con tropas ligeras y somatenes, los cuales detuvieron tres dias la marcha de los franceses, causándoles mucho daño, hasta que la inmensa superioridad de las fuerzas enemigas las obligaron á ceder sus posiciones en los dias 11 y 12 de agosto. En este último dia entró el convoy frances en Barcelona, hecho lo cual tomó Macdonald la via de Tarragona, ya con ánimo de sitiar esta plaza, ya con el de coadyuvar asi al asedio de

Tortosa El general Odonnell, cuya actividad le llevaba á todos los puntos cuando menos esperado era en ellos, apenas se percibió de las intenciones del mariscal enemigo, salió de Tortosa, y poniéndose á la cabeza de algunas de las divisiones del Llobregat, tomó posicion en las alturas de San Quintin, guarneciendo la montaña de Monserrat para impedir el paso de una division francesa que se dirigia por Martorell y Esparraguera. Con este movimiento hizo titubear al enemigo, que al fin se determinó á marchar reunido por Arbós y el Coll de Santa Cristina á Valls, no obstante que sabia las muchas cortaduras que tenian este camino casi impracticable, en cuya habilitacion gastó dos dias. No bien la retaguardia enemiga evacuó á Villafranca, fué atacada valerosamente por los nuestros, que hicieron en ella gran mortandad, dejando interceptada su comunicacion con Barcelona. El marques de Campoverde, viéndose comprometido por este movimiento del enemigo en su posicion de Falset, se retiró con el mayor órden á Tarragona, y se acampó en las alturas del Olivo, dejando solo algunas tropas ligeras y somatenes en las montañas de Porrera.

Odonnell se adelantó con la division del mariscal de campo D. Miguel Ibarrola hasta el Vendrell, mas acá de Villafranca, y el coronel D. Pedro Sarsfield con una columna volante ocupó el Coll de Santa Cristina apenas acabados de pasar los enemigos, á los cuales siempre llevó á la vista, persiguiéndolos con el mayor ahinco, causándoles mucho daño y protegiendo su desercion.

El dia 18 ocuparon los franceses á Reus y su campo, y el 21, con ánimo de hacer un reconocimiento sobre Tarragona, atacaron las guerrillas y puestos avanzados de los españoles, los que oportunamente protegidos por la guarnicion de la plaza los rechazaron con bastante pérdida; causándosela tambien el fuego de dos fragatas de guerra inglesas, que acoderadas en la costa batieron con acierto el flanco derecho del enemigo.

Persuadido Odonnell de que este repetiria iguales tentativas, y deseando escarmentarle, acampó la division de Ibarrola junto á la venta de la Serafina, sobre el camino real de Tortosa, á media legua de Tarragona, y dispuso que Sarsfield se mantuviese en Valls molestando continuamente al enemigo por su flanco y retaguardia, y que Georget con su columna se colocase en el Coll de Riva. Con esta industriosa combinacion dejó encerrado en el llano de Tarragona al ejército enemigo, teniéndole, por decirlo asi, sitiado por hambre, puesto que no podia recibir víveres sino de la parte del Ebro ó de Aragon, cuyas avenidas recorrian infinitas partidas españolas.

No le era posible al mariscal Macdonald dilatar asi su permanencia en Reus, mayormente siendo su primer objeto avistarse con Suchet para quedar de acuerdo sobre el plan del sitio de Tortosa y sobre el de Tarragona, sitio que queria emprender en cuanto se rindiera la primera, para facilitar asi el de Valencia. Para ejecutar su pensamiento, trató lo primero Macdonald de salir del encierro en que se hallaba y que amenazaba la entera ruina de su ejército; y á este fin hizo en la noche del 24 un falso movimiento hácia el Coll de Balaguer, y contramarchando rápidamente por Villalonga sobre Alcober, abandonó á Reus el 25, dejando en los hospitales 700 entre enfermos y heridos, pidiendo antes la exorbitante contribucion de 136,000 duros, é imponiendo otra tambien muy crecida sobre géneros ingleses y ultramarinos. Asi era como siguiendo Macdonald el funesto ejemplo de sus predecesores, se contradecia consigo mismo, pues al tiempo que en sus alocuciones se proclamaba amigo de los pueblos, los desangraba despues con sus crueles exacciones.

Macdonald, luego que salió de Reus, se dirigió hácia Lérida para encontrarse con Suchet, y por Alcober y Montblanc pasaron sus tropas el estrecho de la Riva. Aqui las detuvo por su frente la division del brigadier Georget, que de antemano habia hecho venir Odonnell desde Urgel, donde se hallaba. D. Pedro Sarsfield las atacó por flanco y retaguardia en las alturas de Picamuxons y Coll de las Molas, maniobrando á la izquierda varias partidas. Ataques tan inesperados, unidos á



MACDONALD.

Nada le pareció mas oportuno para conseguir su intento como atacar los puestos que el enemigo tenia á retaguardia, cuyas tropas se consideraban seguras por la distancia del ejército español, y con poder bastante para no temer las partidas. Odonnell, que no dejaba tiempo entre la concepcion de un plan y su ejecucion, persuadido de que la actividad es por lo comun la precursora del buen éxito en las empresas arriesgadas, dispuso embarcar en Tarragona artillería, pertrechos y algunas tropas, yendo todo convoyado por cuatro faluchos y dos fragatas, una española y otra inglesa. Partió él en persona el 6 de setiembre por tierra, poniéndose en Villafranca al frente de la division de Campoverde, que de intento habia llevado allí. En seguida marchó hácia Esparraguera, colocó fuerzas que observasen al mariscal Macdonald y otras que atendiesen á Barcelona, y uniendo á su tropa la caballería de la division de Georget, prosiguió su ruta por san Culgat, Mataró y Pineda. Marchó Fleyres contra Palamós y san Feliú de Guijols, y Odonnell, despues de enviar esploradores hácia Hostalrich y Gerona, avanzó á Vidreras. Para obrar con la rapidez que apetecia, tomó el último consigo, al amanecer del 14, el regimiento de caballería de Numancia, 60 húsares y 100 infantes que hicieron una marcha tan veloz, que las ocho horas de camino que median entre Vidreras á La Bisbal, las anduvieron en poco mas de cuatro. Siguió detrás y mas despacio el regimiento de infantería de Iberia, situándose Campoverde con lo restante de la division en el valle de Aro, como cuerpo de reserva.

Luego que Odonnell llegó enfrente de La Bisbal, ocupó todas las avenidas, y dióse tal maña, que no solo cogió piquetes de coraceros que patrullaban y un cuerpo de 130 hombres que venia en su socorro, sino que sorprendiendo al general enemigo Schwartz que se hallaba en La Bisbal con 700 hombres, no tuvo este mas medio que encerrarse en una casa fuerte ó castillo arruinado, donde se defendió hasta



Accion de la Bisbal.

que llegaron las demas tropas españolas en aquella misma noche y capituló. Desgraciadamente el general Odonnell, que se habia batido como un simple granadero, al querer reconocer el fuerte, con objeto de quemar sus puertas, recibió una herida en la pierna derecha que le puso á las puertas de la muerte.

Fleyres se apoderó de San Feliú de Guijols, y el teniente coronel Don Tadeo Aldea, de Palamós, teniendo este arrojado militar la gloria de subir el primero al asalto. El resultado de esta gloriosa jornada fué quedar prisioneros de guerra el general Schwartz, su estado mayor, 64 oficiales, 1,400 soldados, 18 cañones, carros, caballos, equipages y muchos efectos y víveres. Mas adelante recibió D. Enrique Odonnell el justo premio que merecia una accion tan arrojada, como bien dirigida y ejecutada, concediéndole el gobierno el título de conde de La Bisbal.

La herida del general afligió mucho al ejército, que cifraba en él toda su confianza. Aquel digno caudillo procuró reanimar el espíritu de sus tropas, y lleno de valor y entusiasmo, aun cuando no podia mandarlas personalmente, se reservó su direccion, retirándose á Tarragona, á cuya ciudad le envió Suchet un parlamento ofreciéndole su cirujano; obsequio que Odonnell no aceptó, pero le manifestó finamente su reconocimiento por tan urbana atencion. ¡Tan cierto es que las acciones heróicas son admiradas y apreciadas hasta de los enemigos, cuando estos son verdaderamente bravos!

La herida de Odonnell cortó el vuelo á sus gigantes proyectos, los cuales se estendian nada menos que á dejar limpia de enemigos á Cataluña por aquella parte hasta Figueras, inclusa Gerona. Sin embargo, los otros gefes de aquel valiente ejército, entre los cuales los habia dignísimos, procuraron, en cuanto las circunstancias se lo permitieron, secundar las miras de aquel célebre caudillo.

La division victoriosa de La Bisbal, que á las órdenes del marques de Campoverde, encargado de su mando, regresaba por San Hilario, Vich y Manresa, á la línea del Llobregat, tuvo una ocasion mas de adornarse con nuevos laureles. Informados los franceses de que la villa de Puigcerdá era el punto por donde se verificaba la introduccion en su pais de nuestros géneros coloniales, proyectaron una sorpresa para apoderarse de un gran depósito de ellos que creian existir allí. Al efecto hicieron venir del interior tres batallones de á 600 hombres cada uno, y acompañados de 20 guardas, al mando del general de brigada Gareau, penetraron hasta dicho pueblo, del cual se apoderaron. La division de Campoverde á su llegada á Capellades recibió órden para marchar á arrojar al enemigo de Puigcerdá, y aquel entendido gefe la ejecutó con tanto conocimiento y actividad, que en cuatro dias se puso delante del enemigo: este no se determinó á esperarle y se retiró á tomar posicion por la parte de Lliviá; mas el 29 de setiembre lo atacó Campoverde en Sallagosa, dentro ya del mismo territorio frances, é hizo desaparecer sus tres batallones, haciéndoles 500 muertos, apoderándose de dos cañones y de algunos centenares de prisioneros, exigiendo algunas contribuciones en dinero y víveres, y trayéndose consigo 4,000 cabezas de ganado de diferentes especies. Los paisanos que entraron en Francia con la division, se entregaron á varios escesos, quemando diferentes pueblos enemigos, ínterin los soldados perseguian á los franceses hasta las mismas murallas de Montlius.

No se mostraban menos activos los demas gefes del Principado. D. Juan Clarós molestaba á los franceses hácia Figueras, y el coronel D. Luis Creeft con los húsares de San Narciso por Besalú y Bañolas.

El teniente coronel D. Mariano Villa, que estaba á las órdenes del baron de la Barra, atacó á un batallon enemigo que habia pasado el Ebro por las inmediaciones de Flix, y maniobró con tanto acierto, que despues de haberle separado de sus barcas y muerto mucha gente, obligó á rendir las armas á 225 hombres, entre los que habia un teniente coronel, 4 capitanes, 8 subalternos y un cirujano mayor.

Con igual felicidad atacó el coronel D. Agustin Sotomayor á la bayoneta, y con fuerzas muy inferiores, un campamento que tenian los enemigos en García, los arrojó de él y le quemó, despues de haberse apoderado de gran cantidad de fusiles y mochilas, y de 300 cabezas de ganado.

El coronel D. Juan Clarós, que mandaba una columna española y, como diji-

mos, molestaba á los franceses hácia Figueras, tuvo una accion, en la cual se apoderó de un convoy de mas de cincuenta carros, y dos cañones y un obus que venian de aquella plaza para Gerona; pero la indisciplina con que los vencedores se abandonaron al pillage, dió lugar á que el enemigo, que los observaba, aprovechando aquella confusion y desorden, recuperase cuanto habia perdido, á escepcion de un teniente coronel de artillería y 8 soldados prisioneros, único fruto que reportó aquella columna del arrojo con que habia batido al enemigo.

El baron de Eroles, que ya habia acreditado su valor en el sitio de Gerona, se encargó, despues de Campoverde, del mando del norte de Cataluña, con el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdan; y desde el principio de su mando causó mucho daño al enemigo, sobre el cual alcanzó una completa victoria el 18 de octubre. La posicion en que se hallaba cerca de Darnius, incomodaba mucho á los franceses en la conducion de sus convoyes. Con el fin de desalojarle de ella y de proteger el tránsito de un convoy que estaba ya en camino, reunieron todas sus fuerzas, aumentadas con mas de mil paisanos roselloneses; pero el baron, noticioso de esta reunion, los engañó con una retirada falsa que mandó emprender á una parte de su gente hácia Llorona, mientras él con una contramarcha se dejaba caer sobre el camino real. No tardó en llegar el convoy, del que se apoderó totalmente, despues de haber dejado en el sitio 5 oficiales enemigos y 250 soldados, y hecho prisioneros otros dos de los primeros y 73 de los segundos, sin mas pérdida que la de haber sido herido el mismo baron de un bayonetazo, y herido tambien un soldado. Esta desproporcion de muertos que á primera vista se hace increible, pero que fué tan positiva que los mismos enemigos la confesaron, consistió en la tenacidad con que aquellos se defendieron, y en la prontitud y valor con que cayendo sobre ellos los húsares de San Narciso y demas tropa, no les dieron lugar á reconocerse.

Sumamente irritado el enemigo con este descalabro, trató de vengarse, y para ello reunió el general Collier en Lladó 2,000 infantes y 100 caballos, para atacar al baron en Tortellá, adonde se habia retirado despues de la accion del 18; mas este, sabedor del proyecto, tomó la resolucion de prevenirse, aunque inferiorísimo en fuerzas, y con el estravío ademas del batallon de los almogabares que se separó en la marcha forzada que emprendió en la noche del 20 al 21 para atacarlos en su misma posicion. No pudo verificarlo con tanto silencio que el enemigo no tuviese conocimiento de ello, en términos que cuando llegó á avistarse con él, le encontró no solo en disposicion de resistirle, sino de atacarle, lo que ejecutó por tres veces; pero fué tanto el brio y valor de los españoles, que despues de rechazarle, le obligaron á emprender la fuga, abandonando fusiles y mochilas, sin que fuese posible á sus gefes detener á los fugitivos hasta las mismas murallas de Figueras.

Irritados los españoles de haber visto pasar por las armas á un paisano, no dieron cuartel en esta ocasion, de modo que solo se hicieron prisioneros un oficial, tres sargentos y cuatro soldados El cansancio de la tropa, que en marchas habia hecho en 5 dias 60 horas de camino, no permitió seguir al alcance del enemigo. Esta gloriosa accion no costó mas que dos muertos y siete heridos.

Mientras el ejército español se batia con tanta bizarria en todas partes, embarcáronse unos 200 hombres, á las órdenes del teniente coronel Oronnan, en las fragatas inglesas la *Cambrian* y la *Voluntaria*, y corriendo la costa de levante desde Rosas arriba, hicieron varios desembarcos en la Selva, Cadagués y Llanza, destruyendo las baterías que tenia el enemigo para proteger su comercio costanero, y recogiendo las contribuciones que dos años hacia no pagaban aquellos pueblos, y ademas diferentes artículos y víveres pertenecientes al enemigo.

Aunque todas estas acciones que hemos referido y otras infinitas, cuya enumeracion seria imposible, no eran decisivas ni á veces de grande importancia, servian sin embargo para embarazar á los franceses, entorpecer sus operaciones, interceptar sus convoyes, privarlos de víveres, y para tenerlos siempre en aque-

lla constante inquietud y alarma que no les dejaban gozar un momento de reposo. Esa especie de guerra era la que con mas seguridad diezmaba las filas enemigas, poblaba los hospitales y consumia los ejércitos franceses, obligándolos á demandar sin cesar refuerzos de su pais, en el que por esta causa llegó á mirarse con tanto horror y espanto la guerra de España, como miraron los romanos la de Numancia. Prueba cierta, señal positiva de que el carácter español no ha degenerado, de que conserva los mismos quilates que distinguia al de sus padres, y de que si ha dejado pesar sobre su cerviz el duro yugo del despotismo, no ha sido por defecto de valor, sino por falta de virtudes en los que lo han dirigido. ¡Aparezca un hombre revestido de ellas y la tiranía huirá para siempre de la patria de Padilla!



[illegible] para siempre de [illegible] altura

cuando casi nunca [illegible]

[illegible] 48 de [illegible]

[illegible] mucho

[illegible]

[illegible] proceso y [illegible]

[illegible]

[illegible] y [illegible] Llana [illegible] con [illegible] muchos pueblos, [illegible]

[illegible]

CAPITULO IX.

Posicion del mariscal Macdonald.—Disposiciones de Suchet.—Aragon: carácter de Carvajal.—Actividad de D. Pedro Villacampa.—Sus sorpresas en Andorra y las Cuevas.—Combate de la Fuen Santa.—Sorpresas sobre el Ebro.—Son arrojados los españoles de Falset.—Valencia.—Disposiciones de Bassecourt.—Accion de Ulldecona.—Amagos de las cañoneras inglesas sobre la Rápita.—Buena predisposicion de la Junta de Valencia.—Cataluña: ventajosas posiciones de su ejército.—Accion de Cardona.—Entusiasmo y arrojo del general Obispo.—Entra un nuevo convoy en Barcelona.—Entrevista de Macdonald y Suchet.—Activan los franceses el sitio de Tortosa.—Nuevas posiciones del ejército español de Cataluña.—Rechaza á los franceses un destacamento de Tortosa.—Ataques en Catellfollit y el llano de Polige.—Desgraciada sorpresa del brigadier Georget.—Posicion topográfica y militar de Tortosa: sitio de esta plaza: su rendicion.—Sentencia contra el conde de Alacha.—Resúmen.

MIENTRAS tenian lugar los últimos sucesos espuestos en el capítulo anterior, permanecia el Mariscal Macdonald acantonado en Cervera, Tárrega y sus alrededores, menos una division de 2,500 hombres que tenia destacada sobre la izquierda del Ebro para proteger su navegacion. Empezaba ya de nuevo á inquietarle el cuidado de abastecer á Barcelona, habiendo trascurrido dos meses desde la introducion del último convoy, y reproduciéndose por lo mismo los apuros de aquella plaza. Anunciósele en esto otro convoy que venia de Francia, y no bastando para librarle de caer en poder de nuestras tropas las que tenia en el Ampurdan el general D' Hilliers, se determinó Macdonald á marchar sobre Gerona, luego que los nuevos víveres se aproximáran, á fin de conducirlos á la capital del Principado.

Con este movimiento, efectuado en noviembre, segun luego veremos, quedaron suspendidos durante dicho mes los progresos del sitio de Tortosa, ni mas ni menos que en setiembre y octubre. No habia pendido solamente aquella interrupcion de no haber podido Macdonald cooperar á aquel objeto, sino tambien de los muchos obstáculos que se habian ofrecido á Suchet para la conducion de los pertrechos necesarios. Las lluvias del equinocio habian aumentado las aguas del Ebro, y si lo que se iba adelantando en el camino de ruedas contribuia á allanar parte de los tales obstáculos, quedábanle al frances que vencer los que constantemente oponia la continua vigilancia de nuestras divisiones y partidas.

Resuelto, sin embargo, Suchet á llevar adelante su intento, habia tratado ya en setiembre de recibir desde Mequinenza convoyes por agua, no menos que de asegurar el tránsito, haciendo el 17 pasar de Flix á la otra orilla del Ebro un batallon napolitano,

que fué el que dijimos haber sido destrozado completamente por el teniente coronel D. Mariano Villa. La poca agua que todavía traia el Ebro detuvo la salida del convoy, impidiendo asi que tuviese la misma suerte de los napolitanos. En otras varias ocasiones incomodó á los enemigos el baron de la Barra con su constante vigilancia.

Con la misma cuidadosa atencion desempeñaban igual cargo los valientes aragoneses. Gobernábalos en gefe desde agosto D. José María de Carvajal, nombrado por la regencia á fin de que las diversas partidas y cuerpos que recorrian el Aragon reconociesen en él un solo gefe; pensamiento oportuno sin duda, y que habria sido de suma utilidad si la eleccion hubiera recaido en persona capaz de desempeñar aquel puesto; pero desgraciadamente encomendóse este á un hombre de limitada capacidad. Carvajal estableció en Teruel muchas oficinas y dió muchas y ostentosas proclamas; pero falto de las disposiciones necesarias para gobernar con acierto, embarazaba á los gefes subalternos en vez de ayudarlos, exijiéndoles demas de eso mas deferencia de la que era justa, y como el que mas descollaba entre todos era D. Pedro Villacampa, este era al que mas importunaba. Villacampa no obstante continuaba la guerra con el mismo teson que siempre, cojiendo el 6 de setiembre en Andorra un destacamento enemigo, y al siguiente dia en las Cuevas de Cañati un convoy con 136 soldados y 3 oficiales. El coronel Pliegue, co-



Convoy cojido por Villacampa.

mandante del convoy, logró escaparse, achacándose á Carvajal la culpa por haber retenido lejos una parte de sus tropas so pretesto de revista. Incomodado Suchet con tales pérdidas, envió de Mora para ahuyentar á Villacampa alguna fuerza, á las órdenes del general Habert, el cual, reunido á los coroneles Pliegue y Kliski, situados hácia Alcañiz, obligó al español á meterse en la Sierra.

Poco tiempo estuvo ocioso Villacampa, puesto que antes de pasar un mes apareció otra vez incomodando á los franceses; empeñado Suchet en destruirlo, destacó al efecto á Klopiski del bloqueo de Tortosa, con siete batallones y 400 caballos. Villacampa retrocedió entonces, y Carvajal evacuó á Teruel, donde entraron los franceses el 30. Siguieron estos á los españoles, y en la mañana siguiente alcanzaron su retaguardia mas allá de la quebrada de Alventosa, cojiéndoles 6 piezas y varios caballos con algunos carros de municiones.

Klopiski creyó con esto haber destrozado del todo á los españoles; pero pronto conoció su engaño, y que habia quedado en pié la mayor parte de la fuerza del general Villacampa. Tratando entonces de aniquilarla, se encontró con ella el 12 de noviembre en las alturas inmediatas al santuario de la Fuen Santa, espaldas de Villel. Villacampa tenia unos 3,000 hombres, manteniéndose Carvajal con alguna gente en Cuervo, á una legua del campo de batalla. La posicion española era fuerte, aunque algo prolongada, y fué defendida tenazmente, hasta que la izquierda por último fué atropellada y envuelta. De la division de Villacampa perecieron unos 200 hombres, ahogándose muchos en el Guadalaviar al cruzar el puente de Libros, que se hundió con el peso.

Considerando Klopiski cumplida su comision, tornóse al sitio de Tortosa, dejando á Kliski con 1,200 hombres para defender por aquella parte contra Villacampa la orilla derecha del Ebro.

El sucesivo aumento que de dia en dia iban adquiriendo las aguas de este rio, dió á los franceses ocasion de trasportar cuanto necesitaban á fin de completar el sitio de Tortosa, mas no lo consiguieron sin considerables trabajos y pérdidas. El 3 de noviembre partieron de Mequinenza diez y siete barcas escoltadas por tropa francesa, la cual las seguia por las márgenes del Ebro. La rapidez de la corriente hizo que las barcas en cuestion tomasen la delantera. Aprovechó esta coyuntura el teniente coronel Villa, puesto en emboscada entre Fallo y Rivarroya, y atacando el convoy, cogió varias barcas, salvándose las otras gracias á los refuerzos que acudieron. Lo mismo sucedió el 27 de noviembre respecto de otro convoy, con la sola diferencia de haberse adelantado las escoltas: los catalanes puestos en acecho acometieron las barcas, y haciéndolas barar, apresaron 70 hombres de la guarnicion de Mequinenza que vinieron á socorrerlas.



BARCAS APRESADAS POR LOS ESPAÑOLES.

Como todas estas sorpresas eran ejecutadas ó apoyadas por la division española estacionada en Falset, determinó Suchet atacar dicha division para facilitar la aproximacion del 7.° cuerpo, cuya venida aguardaba. A este fin envió contra ella al general Habert el 19 de noviembre, y á pesar de la obstinada resistencia de los españoles, mandados por el baron de la Barre, cojiónos el frances 300 pri-

sioneros, contándose entre ellos el general García Navarro, que luego tuvo la felicidad de escaparse.

Don Luis Bassecourt por el lado de Valencia intentó tambien molestar á los franceses y aun divertirlos del sitio de Tortosa, para lo cual salió de Peñíscola en la noche del 25 de noviembre, marchando hácia Ulldecona con 8,000 infantes y 800 caballos, divididos en tres columnas: la del centro la mandaba el mismo Bassecourt; la de la derecha, que iba camino de Alcanar, D. Antonio Porta; y la de la izquierda D. Melchor Alvarez. Al llegar el primero cerca de Ulldecona, perdió tiempo aguardando á Porta; pero impaciente con su tardanza ordenó al fin que avanzasen guerrillas de infantería y caballería, y que al oir cierta señal atacasen. Hízose asi, sosteniendo Bassecourt la acometida por el centro con el grueso de los ginetes, y por los flancos con los peones. Hasta tercera vez insistieron los nuestros en su empeño; pero no descubriéndose todavía ni á Porta ni á D. Melchor Alvarez, tuvieron que retirarse á Vinaroz. Mientras descansaban en este pueblo, presentáronse de improviso los enemigos y nos pusieron en completo desórden, obligándonos á refugiarnos en Peñíscola precipitadamente. Aqui volvió Bassecourt á reunir su gente, llegándole luego la noticia de haberse mantenido salva la izquierda que mandaba D. Melchor Alvarez, dado que la division de Porta se habia reunido á Bassecourt en Vinaroz. La pérdida fué corta en ambos ejércitos; pues aunque nosotros tuvimos bastantes prisioneros, consiguieron muchos fugarse. El coronel del escuadron de la Reina, D. José Velarde, contóse en el número de estos. La causa de tal descalabro quedó en problema, achacándola unos á la lentitud de Porta, y otros á la falta de cálculo en Bassecourt, que no previó los tropiezos que encontrarian en la marcha las columnas de derecha é izquierda.

Interin los españoles verificaban su ataque en Ulldecona, dirijiéronse 20 lanchas cañoneras inglesas á amenazar la torre de la Rápita, amagando un desembarco, con objeto de llamar la atencion por la espalda al ejército sitiador de Tortosa. El general Arispe, que habia sucedido en el mando de la division á Laval, muerto de enfermedad, destacó fuerzas considerables con artillería correspondiente para oponerse al desembarco, que no tuvo efecto.

La junta de Valencia dispuso al mismo tiempo que un cuerpo de 6,000 hombres, á las órdenes de los generales Villacampa y Carvajal, intentase una diversion sobre Zaragoza; pero habiendo ido el general polaco Klopiski contra él, como dejamos dicho, tuvo el mal éxito que ya espresamos, y que volvemos á recordar aqui en honor de la junta de Valencia, la cual, luego que se vió libre del yugo de D. José Caro, procuró coadyuvar á la causa comun, é hizo cuanto pudo para salvar á Tortosa.

El marques de Campoverde, que de resultas de la herida de Odonnell habia tomado el mando del ejército de Cataluña, tenia á este tan oportunamente situado, que resguardando toda la parte de levante del Principado, amenazaba el flanco izquierdo del enemigo en cualquier avance que intentase emprender por el camino de Barcelona. Los primeros dias de setiembre se pasaron en observarse ambos ejércitos, reduciéndose todas las operaciones del de Macdonald á saquear y robar los pueblos en el radio de tres á cuatro leguas de su punto céntrico, punto de que no osaba alejarse temiendo ser sorprendido por los españoles. La falta de recursos que esperimentaba, y la necesidad de proteger el convoy que venia de Francia para Barcelona, convoy que sin la presencia de su ejército iba indudablemente á caer en manos de los españoles, comprometiendo la seguridad y conservacion de aquella plaza, decidieron al fin á Macdonald, como poco há digimos, á emprender su marcha hácia la capital luego que entrára noviembre. Entretanto, cansado de tener siempre sobre su flanco izquierdo la division de Campoverde, situada entre Sanahuja y Ribelles, quiso antes arrojarla de aquellos puntos, y para ello dirigióse con todas sus fuerzas, triplicadas de las de aquel, con marcada intencion de envolverle, enviando una division por Pons y otra por

Gisona sobre Tona, mientras adelantaba él por el centro sobre Sanahuja. Este movimiento obligó á los españoles á retirarse á Solsona; pero seguidos por el enemigo tuvieron que dirigirse hácia Cardona, en cuyas inmediaciones tomaron posiciones ventajosas, no habiendo tenido en su ordenada marcha retrógada la menor pérdida, ni de hombres ni de víveres. Los enemigos entraron el 19 en Solsona, donde cometieron las mayores atrocidades, y en la noche del mismo dia incendiaron su catedral.

El 21 del mismo octubre atacaron los franceses á nuestras tropas en sus posiciones delante de Cardona; pero fueron siempre rechazados en sus repetidas embestidas, y despues perseguidos por nuestros valientes soldados por espacio de mas de legua y media, no sin sufrir considerable pérdida, consistiendo la de los españoles únicamente en cinco soldados y dos caballos muertos y en 33 soldados heridos, á pesar de haber sido los enemigos arrojados á la bayoneta de los apostaderos que protegian sus ataques. El gefe enemigo, pesaroso del mal éxito de su tentativa, volvió á Agramunt abandonando á Solsona, persiguiéndole los españoles constantemente hasta situarse de nuevo en sus inmediaciones y cansar otra vez su paciencia. Desde entonces no hizo Macdonald otra cosa que destacar contínuamente divisiones en distintas direcciones, haciéndolas volver inmediatamente, no siendo con esto otro su objeto que precipitar á los españoles en un lance que le proporcionase las ventajas que debia esperar de la superioridad de sus fuerzas; pero la prudencia del general español frustró todos sus designios.

El general Obispo, situado en la línea del Llobregat para contener, incomodar y estrechar la guarnicion de Barcelona, hizo un pequeño reconocimiento el 7 del mismo octubre sobre aquella plaza con sus guerrillas, logrando sorprender y hacer prisionera la gran guardia que el enemigo tenia en el punto llamado la Cruz-cubierta, guardia compuesta de un capitan y 45 hombres, á mas de los que quedaron tendidos en el campo.

El dia 25 no solo repitió la misma funcion y con igual éxito, matando 5 hombres y cogiendo 37 soldados, un capitan y un tambor, sino que dió tambien al enemigo uno de aquellos grandes espectáculos que por la fe y valor que manifiestan en la causa que se defiende, no debe la historia callarlos. Fué el caso que el general Obispo, á la cabeza de toda su division, avanzó con ella hasta las faldas mismas de la montaña del castillo de Monjuich, mandándola desplegar en batalla á la vista de Barcelona y bajo el fuego del cañon frances, que disparaba sin cesar desde la plaza y castillo. En esta actitud hizo que los suyos prestasen el solemne juramento de obediencia y fidelidad á las córtes, acto sublime que tuvo lugar con triple salva y repetidas aclamaciones á la nacion y al rey Fernando, sin que el inminente peligro á que estaba espuesto alterase en lo mas mínimo la alegría y entusiasmo del soldado. Despues de concluida esta ceremonia, celebrada de un modo tan militar y heróico, la valiente division de Obispo emprendió su retirada con el mayor órden, sin que los enemigos, atónitos y como petrificados á la vista de tanta intrepidez, osasen salir en su seguimiento.

El mariscal Macdonald, á quien dejamos en Agramunt despues de la accion de Cardona, emprendió con todo su ejército la marcha que tenia meditada para proteger el convoy que esperaba de Francia. Llegó á Gerona el 10 de noviembre, y descansando en ella algunos dias, que ocupó en el equipo de sus tropas y en reemplazar con los conscriptos recien venidos de Francia las muchas bajas que habia esperimentado su ejército en las diferentes acciones referidas, se puso en marcha para Barcelona con el anunciado convoy, entrando en dicha ciudad el 25, merced á las crecidas fuerzas que consigo llevaba.

Las muchas cortaduras que los catalanes habian hecho en los caminos mientras Maldonald estaba concentrado en Lérida y Cervera, hicieron la marcha del mariscal sumamente penosa.

Cumplido ya el primer objeto que ocupaba de contínuo á Macdonald, que era la provision de Barcelona, conoció ser llegado el dia de ejecutar lo acordado con Su-

chet, y ayudar seriamente á la completa formalizacion del sitio de Tortosa. Para verificarlo, dejó en Barcelona 6,000 hombres, poniendo á las órdenes del general Beraguey D' Hilliers en Gerona y Figueras otros 14,000, de los cuales la mayor parte quedaban disponibles para guerrear en el campo y mantener las comunicaciones con Francia, y con los 15,000 restantes marchó él mismo la vuelta del Ebro, entrando en Mora el 13 de diciembre. Concertáronse él y Suchet, y estableciendo este su cuartel general en Jerta, ocupó Macdonald los puestos que antes cubria la division de Habert, empezando desde entonces á activarse con rapidez los trabajos del sitio en cuestion.

Salido Macdonald de Barcelona, siguió sus movimientos el grueso del ejército de Campoverde, sin tener otro encuentro de consideracion que el que sostuvo una pequeña seccion de la division del general Obispo, á las órdenes del coronel Sarsfield, junto á los Monjos, donde se hallaba con objeto de contener al enemigo en su marcha y descubrir el movimiento de todo el ejército. Habiéndose presentado la vanguardia enemiga en número de 3,000 infantes y 400 caballos, formó Sarsfield sus tropas en batalla para recibirle, lo cual bastó para contenerla; pero reforzada con nuevas tropas empezó el ataque con sus guerrillas. Sarsfield no tenia consigo sino el regimiento de Ultonia, dos escuadrones de caballería y varias partidas sueltas de otros cuerpos, por lo cual mandó retirar sus fuerzas; pero habiendo sido atacada su retaguardia por dos escuadrones de caballería francesa, fueron tan bizarramente recibidos por los coraceros españoles, que despues de haberles hecho sufrir bastante pérdida, tuvieron que retirarse precipitadamente sin atreverse á incomodar á los españoles.

Nuestro ejército de Cataluña se hallaba á esta sazon distribuido del modo siguiente: una division de 8,000 hombres, á las inmediatas órdenes de Campoverde, estaba destinada á obrar contra los franceses en la orilla izquierda del Ebro, en union con otra al mando del general Iranzo, compuesta de dos batallones de infantería y 700 caballos. Estas tropas, situadas en Valls y en las gargantas de los pasos que conducen á sus llanos, debian oponerse á la bajada de Macdonald al campo de Tarragona, teniendo igualmente órden Iranzo de ocupar con su artillería, en el caso de dejar sus posiciones, la llanura de Urgel, mientras Campoverde, con el resto de las tropas, marchase sobre la posicion de Falset. La tercera division, á las órdenes del general Obispo, que con el nombre de volante estaba en marcha por el Llobregat, no debia tener punto fijo, sino obrar en cualquier sentido que pudiese dar recelos al enemigo, asi como incomodarle en todas sus comunicaciones, y oponerse á cualquiera operacion que pudiesen emprender la guarnicion de Barcelona, ó las fuerzas francesas del Ampurdan, debiendo ser en caso de necesidad su punto de retirada Monserrat y Cardona.

Tal era el plan adoptado por Campoverde, cuando Macdonald con su ejército se dirigió el 13 de diciembre por Prades, Cornudella y Masos de Mora á Ginesta, estableciéndose en la llanura que existe entre este último pueblo y Tivisa. El general Suchet protegió este movimiento adelantando una division sobre Falset, division que se corria por su derecha á medida que llegaba el otro, con el fin de interceptar la comunicacion de los españoles con la plaza de Tortosa, intentando cortar la retirada á un destacamento español de la guarnicion de aquella, que se hallaba apostado en el Coll de Alba. Atacado este destacamento por el enemigo, supo burlar sus designios retirándose á la plaza despues de una gloriosa defensa, la cual costó á Macdonald mas de 400 hombres; pero desde este momento quedó cerrada á los españoles toda comunicacion con la plaza, y dos convoyes de víveres que estaban en camino para ella, uno por mar y otro por tierra, tuvieron que retroceder, si bien entró en Tortosa una pequeña parte de este último, salvándose felizmente la otra parte.

El general Iranzo ocupó á Mont-blanc el mismo dia que lo abandonó Macdonald, y la division de Campoverde marchó sobre Riudecos, ocupando con fuertes avanzadas el Coll de Irlas y el de Alforja. Macdonald, reforzado con 4,000 hombres de las



JURAMENTO DELANTE DE MONJUICH



tropas de Suchet, se situó en posiciones casi inespugnables, en el terreno que media desde Ginesta por el Coll de Alba hasta el Ebro, en cuya orilla izquierda se apoyó. Campoverde, con muy cortas fuerzas á su disposicion, nada podia intentar contra él.

El baron de Eroles, que entonces ocupaba á Olot, supo que las tropas enemigas de Gerona trataban de sorprenderle, y no teniendo fuerzas para defenderse en su posicion, se retiró á la falda de la subida del Grau en la noche del 5 al 6 de diciembre, cuando estaban á la vista los enemigos que venian á atacarle. Sus guerrillas tuvieron choques con los franceses, los cuales permanecieron en Olot hasta la mañana del 8, en que marcharon para ocupar de nuevo sus antiguas posiciones en Besalú. El aviso de esta retirada llegó al campo del baron á tiempo que sus tropas iban á repartir el rancho, el cual abandonaron, y por un movimiento espontáneo y universal marcharon en persecucion del enemigo con tal rapidez, que á pesar de



RANCHO ABANDONADO.

hallarse este ya cinco cuartos de legua de distancia, le alcanzaron en Castellfolit y le atacaron con tal arrojo, que arrollaron su vanguardia y la pusieron en huilda. Siguieron despues el alcance; pero al salir de los pasos escabrosos se encontraron con el grueso de la division enemiga, que sostenida por su caballería y artillería habia tomado posicion en el llano de Polige. El baron carecia de estas dos armas, no habiendo podido seguirle en la celeridad de su marcha sino solo 20 húsares de San Narciso; pero á pesar de esa desventaja, embistió con arrojo al enemigo, y lanzándole de su posicion, le persiguió hasta mas allá de Besalú. La noche y el cansancio terminaron esta gloriosa accion, y el baron, satisfecho con haber tendido cadáveres mas de 300 enemigos y herido 500, regresó triunfante á Olot á dar el debido descanso á sus tropas, las cuales perdieron solamente un oficial y 24 soldados muertos, y 4 oficiales y 55 soldados heridos. El número de franceses prisioneros ascendió en dicha accion á solo 10, habiendo sido tan corto, porque preocupados con que no se les daba cuartel, preferian precipitarse por los barrancos y peñas, á entregarse á discrecion.

La imposibilidad en que entonces se hallaba el ejército español respecto á socorrer á Tortosa, y la dificultad de atacar con buen éxito á Macdonald, que le habia cortado toda comunicacion con aquella plaza, tenian, junto con la ausencia de Odon-

nell, cuya herida continuaba agravándose, muy desalentada á la tropa. Para acertar con los medios que en tan críticas circunstancias debian adoptarse, convocó Campoverde un consejo de generales, y en él se acordó la ocupacion de Urgel, y la sorpresa de los destacamentos enemigos que guarnecian aquel pais. Encargado de la ejecucion de empresa tan arriesgada el brigadier D. Bartolomé Georget, salió este gefe de Mont-blanch en la noche del 2 al 3 de enero, y á pesar del temporal de frio y nieves que reinaba á aquella sazon sorprendió, al rayar el dia, con una columna de 673 caballos y otros tantos infantes, al enemigo, superior en número, en el acto de empezar á formarse. Los franceses tuvieron que ceder al arrojo de los españoles, poniéndose en precipitada fuga, y de-



jando en nuestro poder 200 prisioneros, con muchos muertos en el campo. Esta ventaja exaltó en tales términos el valor de nuestros soldados, que se arrojaron imprudentemente á perseguir á los enemigos, sin que estos, en dos veces que lograron formarse, pudiesen contener su acometida, siendo deshechos una y otra vez, hasta que á la tercera, reforzados por un trozo de caballería, cargaron sobre los españoles, que fatigados por tan larga marcha y repetidos encuentros, se vieron precisados á cejar, retirándose con precipitacion, quedando prisionero el brigadier Georget, y rescatados por el enemigo los soldados que anteriormente les habian cogido los españoles. Estos tuvieron 70 caballos muertos, quedando rodeados de enemigos, por la retirada de la caballería, el batallon de infantería espedicionario con su comandante D. Juan Orrian y Maimó, á cuya presencia de ánimo y atinadas disposiciones se debió el que pudiera retirarse sin mas pérdida que la de cinco prisioneros, ocho muertos y treinta y ocho heridos, á pesar de haber sido vivamente perseguido por espacio de mas de legua y media por 70 caballos enemigos. El demasiado ardor de los soldados, y la suma intrepidez y confianza del gefe que los mandaba, malograron una espedicion que con tan buenos auspicios habia empezado.

En este mismo dia se recibió la inesperada noticia de la rendicion de Tortosa, por cuya conservacion habian hecho todos estos movimientos y arrostrado tantas fatigas las tropas del antiguo Principado. Preciso será por lo tanto ocuparnos de dicha rendicion, y del sitio que solo por incidencia hemos dos ó tres veces mencionado.

Hállase Tortosa situada entre una cadena de montañas y al recuesto de un elevado monte, á 4 leguas del Mediterráneo, ascendiendo su poblacion de 11 á 12,000 habitantes. Sus fortificaciones irregulares, de órden inferior, construidas en diversos tiempos, suben y bajan alternativamente, segun los altos y caidas de la desigualdad del terreno. Al sudeste é izquierda del rio se levantan los baluartes de San Pedro y San Juan, con una cortina no terraplenada, que cubre la media luna del Temple. El recinto se eleva despues en parage roqueño, amparado de otros tres baluartes, por cuyo lado embistió la plaza el duque de Orleans en la guerra de sucesion: desde dicho tiempo, considerado este punto como el mas débil, se le robusteció con un fuerte avanzado, que todavía llevaba el nombre de aquel príncipe. Pasados dichos tres baluartes, precipítase la muralla antigua por una barranquera abajo, aproximándose en seguida al castillo, situado en un peñasco escarpado, y unido con el Ebro por medio de un frente sencillo. Otro recinto que parte del último de los tres indicados baluartes, se estiende por defuera, y abrazando dentro de sí al castillo, júntase luego cerca del rio con el muro mas interno. Defienden los aproches de todo este frente tres obras esteriores, de las cuales la mas lejana, sita en un alto que domina la campiña, tiene por denominacion *las Tenazas*. Comunica la ciudad con la derecha del Ebro, aqui muy profundo, por un puente de barcas, cuya cabeza está cubierta con buena y acomodada fortificacion. Entre el rio y una cordillera, que se divisa á poniente, dilátase una vasta y deliciosa vega, poblada de muchos caseríos antes del cerco, y arbolada de olivares, moreras y algarrobos. á los cuales proporcionaban riego mas de 600 norias. Rica y amena vegetacion, talada y perdida en gran parte para despejar los alrededores de la plaza en obsequio de su mejor defensa. Por el mismo lado se ven el arrabal de Jesus y las Roquetas.

Desde mediados de julio gobernaba á Tortosa el conde de Alacha, el mismo que con tanta gloria señaló en 1808 su atrevida retirada de Tudela. Era su segundo D. Isidoro Uriarte, coronel de Soria, teniendo ambos á sus órdenes una guarnicion cuyo número ascendia á poco mas de 7,000 hombres. El vecindario en un principio no desmereció en su conducta de la que mostraron otras ciudades de España en sus respectivos sitios.

El general Suchet tenia semi-bloqueada esta plaza, sin que las muchas dificultades que tuvo que vencer, segun hemos ido apuntando, le proporcionasen los medios de formalizar el sitio hasta mediados de diciembre, en que desembarazado de obstáculos y ausiliado de Macdonald, se propuso con empeño realizarlo. El 15 ordenó al general Habert que ocupase las alturas de la izquierda inmediatas á la plaza, arrojando de ellas á los españoles: estos las defendieron bien; pero forzados por el número tuvieron que abandonarlas. Los enemigos echaron puentes volantes en el Ebro, á la parte superior é inferior de Tortosa, con objeto de facilitar la comunicacion de ambas orillas.

Determinaron los franceses apoderarse del baluarte de San Pedro, y como para ello debian tomar primero las eminencias situadas delante del fuerte de Orleans, que enfilaban el terreno bajo, las atacaron y se señorearon luego de ellas; lo que no hubieran logrado tan fácilmente á haberse llevado á efecto el reducto que Uriarte empezó á trazar en su cima, y que Alacha mandó suspender, sin duda aconsejado por algunos de los partidarios que no puede dejar de creerse tenia Suchet dentro de aquella plaza.

El 19 abrió el sitiador trinchera contra el fuerte de Orleans, para proteger el ataque del de San Pedro, empezando las hostilidades sobre él en la noche del 20 á favor del temporal que reinaba, impidiendo á los del fuerte apercibirse de las operaciones. La trinchera en cuestion dió principio partiendo del rio, y siguió prolongándose hasta el pié de las alturas fronteras al frente de Orleans, distando de la plaza la primera paralela 85 toesas solamente. El general Rogniat dirigia los trabajos de los ingenieros enemigos, y su artillería la mandaba el general Valée. A este tiempo reforzó Macdonald las tropas del sitio con una

division de las suyas, division que situó Suchet en el camino de Amposta.

Continuaba el general sitiador sus trabajos con la mayor actividad, poniendo su especial conato en el ataque del baluarte de San Pedro, que era el mas principal, sin descuidar por eso el de su derecha, aunque falso, contra el frente de Orleans, como tampoco otro de la misma especie que empezó á su izquierda á la otra parte del rio, destinado á encerrar á los sitiados en sus obras. Estos hicieron algunas salidas en los dias 23 y 24. El 25 terminó el enemigo la segunda paralela, distante por el lado izquierdo solamente 33 toesas del baluarte de San Pedro, y unas 50 por el otro del recinto. Los españoles hicieron dos salidas la noche del 25 al 26; pero alerta siempre el enemigo, los rechazó en ambas.

No decaido por eso el ánimo de los sitiados, repitieron otra salida en la noche del 26 al 27, siendo su resultado igual al de las anteriores. Con estas contínuas tentativas, unidas al constante fuego de la plaza, conseguian los españoles retardar algo los trabajos del sitiador y matarle mucha gente, contándose entre los cadáveres no pocos oficiales distinguidos. Los franceses se situaron en la plaza de armas del camino cubierto, enfrente del baluarte de San Pedro, á fin de precaverse mejor contra toda sorpresa.

La guarnicion de la plaza, no desmayada aun con tantos reveses, verificó otra salida en la tarde del 28 con mayores fuerzas que las anteriores. Para ello desembocaron unos por la entrada del Rastro para atacar la derecha de los enemigos, y otros se encaminaron directamente al centro de la trinchera, protegiendo el movimiento los fuegos de la plaza y los del fuerte de Orleans. Los españoles acometieron con intrepidez, desalojaron á los franceses de la plaza de armas que habian ocupado, y los acorralaron contra la segunda paralela. Parte de las obras fueron arruinadas, y por ambos lados se derramó mucha sangre. Los repetidos refuerzos que recibió el enemigo obligaron á los nuestro á retirarse; pero estos conservaron hasta la noche inmediata la plaza de armas que á la salida habian ganado.

Esta salida de que hablamos fué sin duda la mejor dirigida que hicieron los sitiados, y puede decirse tambien que fué el último esfuerzo de su valor, puesto que en lo sucesivo procedieron ya flojamente. Alacha, herido en un muslo y aquejado de la gota, mostró una flaqueza estraordinaria; y aunque entregó el mando á su segundo, fué reservándose la superior intervencion en los negocios, dificultando asi cada vez mas la defensa, contradiciendo á veces el uno lo que el otro ordenaba, y faltando de todo punto la unida de accion que reclaman casos semejantes. La poblacion, que lo observaba todo, se amilanó tambien como era natural, contribuyendo su decaimiento de ánimo al que al fin se observó en muchos soldados y á la confusion general, confusion que acrecentaban los manejos secretos del enemigo y las personas de condicion dudosa que, rodeando al abatido Alacha, habian influido desde un principio en sus desacertadas providencias.

Entretanto los enemigos habian concluido ya diez baterías, con las cuales rompieron el fuego al amanecer del 29. Tres de estas baterías dirigian sus tiros contra el fuerte de Orleans y obras de la plaza que tenia á su espalda: cuatro batian la ciudad y el baluarte de San Pedro, y las tres restantes, á la derecha del rio, apoyaban este ataque, batiendo ademas el puente y toda la ribera. Acallados muy pronto los fuegos del baluarte de San Pedro, los de la media luna del Temple y los de casi todo aquel frente, abrió el enemigo brecha en la cortina. Ya anteriormente se hallaban las obras en mal estado, y tanto que el solo estremecimiento causado por nuestra artillería hundia ó resquebrajaba los parapetos. La caida de las bombas produjo en el desalentado vecindario una turbacion espantosa, turbacion aumentada por el descuido que habia habido en tomar medidas de precaucion.

El 31 quedaron apagados del todo los fuegos del frente atacado. Los franceses ocuparon la cabeza del puente á la derecha del rio, y en ella establecieron nuevas baterías, y haciéndose cada vez mas practicable la brecha de la cortina junto al

flanco del baluarte de San Pedro, esperábase de un momento á otro el crítico momento del asalto. Poco dispuesta se hallaba la plaza para rechazarle, hallándose los vecinos consternados, y los soldados casi sin guia. Metido Alacha en el castillo, ó estaba en vergonzosa inaccion, ó si algo resolvia era solo para entorpecer las disposiciones agenas. Uriarte no tenia toda la espedicion necesaria en circunstancias tan apremiantes; pero deseaba el acierto, y asi hizo reunir á los gefes á fin de decir lo que debia hacerse en aquel apuro, conociéndose entonces otra vez el influjo que ejerce el ejemplo de la primera autoridad en el ánimo de los subalternos. En la junta opinaron los mas de sus miembros que debia pedirse una tregua de 20 dias, y entregarse despues de ellos, si en el ínterin no se recibia auxilio. Este cobarde voto lo era de inmediata rendicion, pues bien claro se echaba de ver que el enemigo no habia de acceder á tan estravagante proposicion. Los demas, aunque pocos, pidieron que se defendiese la brecha; pero al fin prevaleció, como era natural, el dictámen de la mayoría. Con arreglo á este acuerdo enarboló el castillo bandera blanca el dia 1.° de enero, marchando al campo enemigo el coronel de ingenieros Veyan con la estraña proposicion de la tregua, proposicion que recibió de Suchet la consiguiente repulsa. Conociendo este entonces que la plaza no podia menos de rendirse, envió á su recinto al oficial superior Saint-Cyr Nucques, facultándole para estipular una capitulacion conforme á sus miras. Avistóse primero el parlamentario con Uriarte, el cual insistió en la anterior propuesta. Lo mismo hizo luego Alacha, añadiendo las siguientes palabras: «El deseo de «que no se vierta mas sangre del vecindario, me habia inclinado á la tregua: no «concedida esta, nos defenderemos.» Si Alacha hubiese despedido en seguida al parlamentario, no pesaria hoy sobre su memoria la mancha que la oscurece. El oficial frances contestó «que conocia el estado de la plaza, y que la resistencia no seria larga.» Palabras á que un buen militar habria replicado con valor, y que hirieron no obstante en tales términos el mezquino ánimo del conde, que le hicieron súbitamente cambiar de parecer. proponiendo en el acto entrar en tratos, con tal que se diese por libre á la guarnicion. Saint-Cyr rehusó entablar acomodamiento ninguno sobre tal base, cierto de que en breve dominaria el ejército frances en Tortosa. Varios de los esforzados gefes que estaban presentes quedaron atónitos é indignados al ver la repentina mudanza del gobernador; y se sospecha que partidarios de este pactaron desde entonces en secreto la entrega de la plaza, no atreviéndose á obrar á las claras por temor de la tropa, que en lo general se mostraba llena de indignacion con la conducta de su caudillo.

Los franceses, no obstante sus intrigas, continuaron con ahinco sus trabajos para de una ú otra forma asegurarse el triunfo, estableciendo en la noche del 1 al 2 de enero una nueva batería, distante solo 10 toesas de una de las caras del baluarte de San Pedro. En 7 horas solamente abrieron con los nuevos fuegos otras dos brechas, sin contar la aportillada primeramente en la cortina, teniéndolo asi todo dispuesto para dar el asalto. Uriarte en tal apuro, y sin tener de antemano prevenidos los medios de rechazar al enemigo, quiso que la ciudad capitulase, conservando los españoles los principales fuertes. Propuesta singular, y que se estrañaria justamente si todo lo actuado aquellos dias en Tortosa pudiera dejar lugar á la admiracion. La mente de Uriarte era contemporizar entre el deseo que la tropa tenia de defenderse, y el decaimiento que se habia apoderado de la mayor parte del vecindario. Alacha mientras tanto, insensible á las inspiraciones de la delicadeza militar, y sordo á todas las advertencias del honor, participó decididamente á Uriarte su irrevocable resolucion de capitular asi por los fuertes como por la plaza. En consecuencia de esta determinacion, aparecieron tremoladas 3 banderas blancas, que despreció el enemigo continuando su fuego, no queriendo Suchet entrar en trato alguno sin que se le entregase antes en prenda el fuerte llamado del Bonete; pues temiendo la justa indignacion de los soldados españoles, deseaba tener á su disposicion ese medio de contenerlos.

A todo se avenia el descorazonado Alacha, y creciendo en él el miedo que abri-

gaba igualmente respecto á sus subordinados, envió á decir al general enemigo que relajados los vínculos de la disciplina, le era inposible concluir estipulacion alguna si no le socorria con algunas tropas de su ejército. ¡Humillacion indigna y que apenas parece creible! Impulsado Suchet con esta noticia, y receloso de que algun súbito acontecimiento burlase sus esperanzas, partió en persona á la ciudad acompañado solo de oficiales y generales del estado mayor y de una compañía de granaderos, y avanzando hasta el castillo, y anunciando á los primeros puestos la conclusion de las hostilidades, se presentó al gobernador. Paso tan temerario acredita bien las sospechas que indicamos antes, pues claro es que jamas lo hubiera dado Suchet sin anteriores inteligencias. Alacha, á quien sus mismos remordimien-



SUCHET Y ALACHA.

tos tenia atemorizado y abatido, se serenó con la presencia del general enemigo, á quien miraba como su libertador. Baldon eterno que no podran nunca disculpar ni la edad, ni los achaques del conde.

Las circunstancias apremiaban á Suchet. Los soldados españoles, aun los del mismo castillo, intentaban defenderse, teniendo el general enemigo que valerse de toda la energía de su carácter y abreviar la llegada de sus tropas para evitar un contratiempo. Hizo él mismo escribir una especie de convenio que se firmó sobre una cureña; y con la misma premura ordenó que desfilase la guarnicion con los honores correspondientes y entregase las armas, debiendo, conforme á lo estipulado, quedar prisionera de guerra. Ascendia todavía el número de soldados españoles á 3,974 hombres, habiendo los demas perecido durante el sitio: los enemigos perdieron en él unos 500 solamente.

La rendicion de Tortosa fué uno de los golpes mas funestos á la causa nacional, terminándose con él la tercera campaña. Los catalanes esperaban justamente ver renovada en aquella ciudad la gloriosa defensa de Hostalrich y emulados los lauros de Gerona. ¿Cuál no fué por lo tanto su sorpresa al esparcirse la fatal noticia? Absorto el marques de Campoverde, hizo convocar en Tarragona un consejo de oficiales generales, el cual, tomando en consideracion la conducta del gobernador de Tortosa, le declaró traidor á la patria, y como tal reo de muerte, la cual fué ejecutada en su estátua el dia 24 de enero. Al volver

á España Fernando en 1814, se abrió otra vez la causa, y dando en ella el conde sus descargos, fué absuelto por el nuevo tribunal, mas no por eso pudo el fallo de este impedir que sea harto contrario el que pronuncian respecto á la memoria de aquel la posteridad y la historia.

Cuando la rendicion de Tortosa no contaba ya el ejército de Cataluña con el brazo valiente y activo de D. Enrique Odonnell, quien debilitado á causa de su herida, y empeorada con los cuidados del mando, tuvo que embarcarse para Mallorca á fines de diciembre, recayendo este interinamente, como mas antiguo, en D. Miguel de Iranzo.

Los sucesos de Cataluña que, unidos á los de Aragon y Valencia por la íntima relacion que entre sí tienen, nos han ocupado en estos dos últimos capítulos están enlazados de tal manera, que no puede dárseles la debida claridad sin incurrir en algunas repeticiones, que hemos procurado sin embargo evitar en cuanto lo ha permitido la multiplicidad de hechos, que hemos querido presentar con toda la posible exactitud. De lo espuesto deducirá el lector el irresistible poder de un pueblo, una vez decidido á mantener su libertad é independencia. Sesenta mil franceses aguerridos, acostumbrados á vencer naciones poderosas y dirigidos por espertos generales, no han conseguido en todo este año subyugar á aquellas tres provincias, aun teniendo en su favor la poca armonía que ha reinado entre los gefes españoles. El valor y el entusiasmo de los pueblos han superado todas las faltas, y harán tambien inútil la cobarde, la incalificable conducta observada por el conde de Alacha en el último hecho narrado.



CAPITULO X.

Pensamiento de la nacion sobre las córtes.—Paraliza su reunion la Junta Central.—Proposicion del Sr. Calvo de Rozas del 15 de abril.—Discusion sobre ella.—Jovellanos.—Voto notable del bailío Valdés.—Decreto de la Central del 22 de mayo: no satisfizo á la nacion.—Comision para preparar la convocacion de córtes.—Nuevas proposiciones de Calvo de Rozas.—Decreto del 28 de octubre.—Se espiden las convocatorias.—Decreto del 29 de enero: su exámen.—Cámara de privilegiados.—Reflexiones acerca de ella.—Antiguas córtes españolas.—Derechos propios de las respectivas generaciones.—Opinion de un escritor moderno.

Hemos recorrido la historia de nuestra patria desde mayo de 1808 hasta fines de 1810, y en el largo período de cerca de tres años no hemos podido apenas ocuparnos sino de ruinas y desolacion. Angustiado el ánimo con tan tremendo espectáculo, si bien engrandecido á la vista de los inmarcesibles laureles arrancados por nuestros padres en aquella terrible contienda, no hemos tenido sino por incidencia ocasion de poder remontarnos al orígen de tamañas desgracias. Al recorrerlas una por una, se ha creido nuestra alma trasportada en medio del teatro de la guerra, y ha anhelado mas de una vez la vista de un signo consolador que presagiára algun remedio á tantas desventuras. Apareció al fin esa suspirada señal, y sin bien su benéfico influjo se desvaneció á nuestros ojos con la rapidez de una luz meteórica, no fué sin dejar un reflejo, para cuya total estincion serán tan impotentes todos los esfuerzos de la tiranía como lo son los de los nubarrones para perpetuar las tinieblas. El sol no se pone jamás sino para salir otra vez.

La España adormecida mas de dos siglos en el sueño de la servidumbre, sacudió al fin su pesado letargo: el cañon del 2 de mayo la despertó, y lejos de desanimarse por la multitud de enemigos que la rodeaban, recordó que desde el Guadalete habian sus valientes hijos corrido á Covadonga en defensa de su nacionalidad, consiguiendo á la postre salvarla de sus encarnizados enemigos. Ese recuerdo, empero, hallábase unido en su suerte al de la pérdida de nuestras libertades, y á fin de que el magnífico edificio que ahora trataba de levantar, no tuviera la misma suerte que el otro despues de siete siglos de fatigas, procuró confundir en una sola la causa de la independencia y la causa de la libertad. Desde mayo de 1808 comenzó á levantarse la voz que de todos los ángulos de la Península reclamaba imperiosamente la nueva forma que debia tener el establecimieto social. De ella salieron las jun-

tas de provincias, primer ensayo de aquel sublime pensamiento, y cuyos ópimos frutos lo acreditaron mas, pues aunque formadas con fragmentos del viejo edificio estaban impregnados de todos sus defectos, la bondad de la atmósfera en que respiraban les hacia vivir vida nueva. Ellas dieron el primer empuje al esfuerzo nacional, empezando á disipar las tinieblas que los profanadores del altar, adunados con los del trono, agrupaban sobre el pueblo español. Luego que este á la escasa luz que comenzó á percibir entrevió un horizonte mas vasto del que hasta entonces se habia ofrecido á sus ojos, sintió engrandecido su ser y esperimentó interiormente la necesidad de ser libre. Esa necesidad, vaga al principio, fué fijándose poco á poco, siendo su primer resultado la formacion de un cuerpo que le sirviera de órgano, y este fué la Junta Central. Los individuos de esta corporacion no fueron sin embargo eco digno de aquel deseo á medio formular, como ya en su lugar hemos dicho. Hombres todos en su generalidad á quienes el talento ó la fortuna habian hecho notables bajo el régimen anterior, y cuyo equívoco mérito pudiera acaso hacerlos recomendables para ministros de un monarca absoluto, eran los menos á propósito para estar al frente de un pueblo que juntamente con la usurpacion estrangera, queria destruir las consecuencias del despotismo interior, y era inútil por tanto anhelar separarlos de la senda abierta por este. No faltaban en la Junta Central individuos de rectas intenciones; pero unos carecian de las luces y otros del prestigio ó de decision necesaria para hacerlas valer, sobre todo mientras tuvieron á su cabeza al conde de Floridablanca. Muerto este, no murió por de pronto la influencia que habia ejercido en el seno de aquella corporacion. Los ciegos y obstinados partidarios se opusieron con decidida tenacidad á todas las nuevas medidas que el espíritu del siglo reclamaba, y señaladamente á todas las que se dirijian á la convocacion de córtes, ó á desatar algunas de las muchas trabas de la imprenta. Conducta tan opuesta á los deseos de los españoles ilustrados, unida á la maléfica estrella de la junta, que de tantas desgracias fué causa en lo relativo á la lucha con sus desacertadas providencias, hizo prorumpir á la nacion en unánimes quejas contra aquella corporacion, en términos de infundirla serios temores y hacerla conocer ser necesario contemporizar un tanto con la opinion pública. La Central, empero, imitadora obstinada de todos los gobiernos absolutos, procuraba emularlos tambien en la malicia con que apetecen hacer pasar por dádivas de su bondad las que son exigencias de la justicia; y aspirando á que la convocacion de córtes le sirviera de escudo para mantenerse en el poder, retardaba estudiadamente el momento de reunirlas, para tener asi siempre en su mano el medio de rehabilitarse en la opinion pública. De aqui tomaron origen los varios subterfugios que adoptó para dilatar tan deseado acto, cuya final resolucion no tomó hasta el momento de su última agonía. D. Lorenzo Calvo de Rozas, uno de los centrales que mas aguijoneaban la citada convocacion y sobre la cual habia hecho repetidas mociones, segun hemos dicho otra vez, se determinó á proponerla de nuevo en la sesion del 15 de abril de 1809. No faltaron todavía vocales que se opusieron á la proposicion; pero teniendo esta en su favor el voto de la mayoría, fué admitida á exámen y pasada á las secciones en que para preparar sus trabajos se dividia aquel cuerpo. Estas, despues de trascurrido un mes, presentaron su dictámen á la junta plena, suscitándose con este motivo una larga y acalorada discusion, en la cual sostuvieron con firmeza la proposicion de Calvo el conde de Altamira, el baylío Don Antonio Valdés y Bazan, D. Gaspar de Jovellanos, D. Martin de Garay y el marques de Campo Sagrado.

El voto mas notable de todos fué el del bailío Valdés, que escedió á todos en liberalismo y en el ensanche que queria dar á la convocacion de córtes, manifestando terminantemente, como ya lo ha visto el lector, que *salvo la religion católica y la corona en las sienes de Fernando VII, no debia dejarse institucion alguna, ni ramo sin reforma, por estar todos viciados y corrompidos.* Este célebre dictámen del ex-ministro de marina, acreditaba suficientemente lo íntegro que conservaba este el espíritu propio del distinguido cuerpo que tanto se ha singularizado en todas

épocas entre todos los privilegiados por su decision y amor á la libertad, señal positiva de la superior ilustracion de sus componentes.

Impugnaron la proposicion con igual calor D. José García de la Torre, D. Sebastian Jócano, D. Rodrigo Riquelme y D. Francisco Javier Caro, siendo de notar en esta discusion que los centrales mas respetables por sus riquezas, por sus luces y anteriores servicios, y los que por lo mismo aventuraban mas en cualquiera mutacion de sistema, fueron cabalmente los que con mas ahinco apoyaron la proposicion. Terminada la discusion, aprobó la Junta por una gran mayoría la propuesta de Calvo, tratándose luego de estender el decreto, y dándose con esto motivo lugar á que se descubriera mas y mas la tendencia de aquella corporacion á dilatar todo lo posible la reunion de córtes, dado que despues de desestimar la minuta que se le presentó, basada sobre el voto del bailío Valdés, por creerse que sus espresiones eran harto libres y aun peligrosas en aquellas circunstancias, aprobó otro decreto que se publicó con fecha de 22 de mayo de 1809, limitándose en él la Junta á anunciar, « *el restablecimiento de la representacion legal y conocida de la Monarquía en sus antiguas córtes, convocándose las primeras en el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitiesen.* »

Nada satisfizo á la opinion pública el espresado decreto, dado que su estudiada vaguedad, y el haber sido nombrados para la comision que debia ocuparse en reconocer y preparar los trabajos de convocacion los absolutistas Riquelme y Caro, acérrimos enemigos de la resolucion, dieron desde luego á conocer la doble intencion de la Junta al dictar semejante providencia.

Las reiteradas desgracias que se subsiguieron, y el desacuerdo que existia entre los mismos centrales, segun tambien hemos referido, dejaron en silencio este asunto; pero D. Lorenzo Calvo de Rozas, siempre constante en el empeño que tanto le honra de que se convocáran las córtes, formalizó nuevas proposiciones en 14 y 29 de setiembre, pidiendo con energía la aceleracion de aquella medida, y aunque se suscitaron otra vez graves altercados en la Junta, consiguió por fin que ésta por su decreto de 28 de octubre, publicado en 4 de noviembre, ofreciera la tal convocacion para el dia 1.° de enero de 1810, debiendo dar principio á sus funciones en 1.° de marzo siguiente.

Pasado algun tiempo, y acercándose ya el dia señalado para la realizacion de la nueva promesa, teniendo casi concluidos sus trabajos la comision encargada de determinar la forma del llamamiento de las córtes, trabajos en los cuales se adoptaba igualdad de representacion para todas las provincias de España, y admitido en fin por la Junta el impopular principio de dividir las córtes en dos cuerpos, el uno electivo y el otro de privilegiados, compuesto del clero y nobleza, espidiéronse las convocatorias para el primero de dichos cuerpos, reservándose las del segundo para mas adelante; pero los reveses que esperimentaron nuestras armas, y mas que todo los funestos resultados de la desastrosa batalla de Ocaña, que obligaron á la Central á buscar su salvacion en las playas del Océano, paralizaron nuevamente la convocacion deseada. Esta dilacion fué la penúltima, llegando por fin el momento de haber de decidirse la Central á variar totalmente de conducta, semejante al pecador que obstinado en diferir su arrepentimiento, se convierte por último á Dios cuando se halla á las puertas de la muerte. Asi vino hacerlo la Junta; pero no se crea por eso que ella tomó á su cargo proceder á una convocacion tan resistida. Parecida al avaro que al morir predica generosidad al que está destinado á sucederle, la corporacion en cuestion encargó á la Regencia realizar aquella importante medida á que tanto se habia resistido; y asi, al trasladarse á la isla de Leon, conociendo que el estado de la opinion pública la inhabilitaba completamente para continuar dirigiendo los destinos de la patria, siéndole forzoso por lo mismo resignar el mando en manos mas espertas ó mas afortunadas, quiso recopilar en tal trance todo lo que anteriormente tenia ordenado respecto á la convocacion de córtes, como en efecto lo verificó en un decreto que espidió el dia 29 de enero. Nosotros creeriamos dejar incompleta

esta parte de nuestra historia sino reprodujéramos aqui el documento á que nos referimos, documento que la Regencia no quiso publicar en todo el tiempo que dirijió las riendas del poder. Su contesto era el siguiente:

« El Rey, y á su nombre la suprema Junta Central de España é Indias. «—Como haya sido uno de mis primeros cuidados congregar la nacion es-« pañola en córtes generales y estraordinarias, para que representada en ella por « individuos y procuradores de todas las clases, órdenes y pueblos del Estado, « despues de acordar los estraordinarios medios y recursos que son necesarios « para rechazar al enemigo que tan pérfidamente la ha invadido, y con tan « horrenda crueldad va desolando algunas de sus provincias, arreglase con la « debida deliberacion lo que mas conveniente pareciese para dar firmeza y es-« tabilidad á la Constitucion y el órden, claridad y perfeccion posibles á la legis-« lacion civil y criminal del reino, y á los diferentes ramos de la administracion « pública: á cuyo fin mandé por mi real decreto de 13 del mes pasado, que la « dicha mi Junta Central Gubernativa se trasladase desde la ciudad de Sevilla á « la isla de Leon, donde pudiese preparar mas de cerca, y con inmediatas y opor-« tunas providencias, la verificacion de tan gran designio: considerando:—1.° Que « los acaecimientos que despues han sobrevenido, y las circunstancias en que se ha-« lla el reino de Sevilla por la invasion del enemigo, que amenaza ya los demas rei-« nos de Andalucía, requieren las mas prontas y enérjicas providencias.—2.° Que « entre otras ha venido á ser en gran manera necesaria la de reconcentrar el « ejercicio de toda mi autoridad real en pocas y hábiles personas que pudiesen « emplearla con actividad, vigor y secreto en defensa de la patria; lo cual he « verificado ya por mi real decreto de este dia, en que he mandado formar una « regencia de cinco personas, de bien acreditados talentos, probidad y celo pú-« blico.—3.° Que es muy de temer que las correrías del enemigo por varias « provincias, antes libres, no hayan permitido á mis pueblos hacer las eleccio-« nes de diputados á córtes con arreglo á las convocatorias que les hayan sido « comunicadas en 1.° de este mes, y por lo mismo que no pueda verificarse su « reunion en esta isla para el dia 1.° de marzo próximo, como estaba por mi « acordado.—4.° Que tampoco seria fácil, en medio de los grandes cuidados y « atenciones que ocupan al gobierno, concluir los diferentes trabajos y planes de « reforma, que por personas de conocida instruccion y probidad se habian « emprendido y adelantado bajo la inspeccion y autoridad de la comision « de córtes, que á este fin nombré por mi real decreto de 15 de junio del « año pasado, con deseo de presentarla al exámen de las próximas córtes. « —5.° Y considerando, en fin, que en la actual crísis no es fácil acordar con so-« siego y detenida reflexion las demas providencias y órdenes que tan nueva é « importante operacion requiere, ni por la mi suprema Junta Central, cuya au-« toridad, que hasta ahora ha ejercido en mi real nombre, va á trasferirse en el « consejo de regencia, ni por este, cuya atencion será enteramente arrebatada « al grande objeto de la defensa nacional:—Por tanto yo, y á mi real nombre la « Suprema Junta Central, para llenar mi ardiente deseo de que la nacion se con-« gregue libre y legalmente en córtes generales y estraordinarias, con el fin de lo-« grar los grandes bienes que en esta deseada reunion están cifrados, he venido « en mandar y mando lo siguiente:—1.° La celebracion de las córtes generales y « estraordinarias que están ya convocadas para esta isla de Leon, y para el pri-« mer dia de marzo próximo, será el primer cuidado de la regencia que acabo « de crear, si la defensa del reino, en que desde luego debe ocuparse, lo permi-« tiere.—2.° En consecuencia, se espedirán inmediatamente convocatorias indi-« viduales á todos los RR. arzobispos y obispos que están en ejercicio de sus fun-« ciones, y á todos los grandes de España en propiedad, para que concurran á « las córtes en el dia y lugar para que están convocadas, si las circunstancias lo « permitieren.—3.° No serán admitidos á estas córtes los grandes que no sean cabe-« zas de familia, ni los que no tengan la edad de 25 años, ni los prelados y gran-

« des que se hallasen procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren so-
« metido al gobierno frances.—4.° Para que las provincias de América y Asia,
« que por estrechez del tiempo no pueden ser representadas por diputados nom-
« brados por ellas mismas, no carezcan enteramente de representacion en estas
« córtes, la Regencia formará una junta electoral compuesta de seis sugetos de ca-
« rácter, naturales de aquellos dominios, los cuales, poniendo en cántaro los nom-
« bres de los demas naturales que se hallan residentes en España y constan de
« las listas formadas por la comision de córtes, sacarán á la suerte el número
« de cuarenta, y volviendo á sortear estos cuarenta solos, sacarán en segunda
« suerte veintiseis, y estos asistirán como diputados de córtes en representacion
« de aquellos vastos paises.—5.° Se formará asimismo otra junta electoral, com-
« puesta de seis personas de carácter, naturales de las provincias de España que
« se hallen ocupadas por el enemigo, y poniendo en cántaro los nombres de los
« naturales de cada una de dichas provincias, que asimismo constan de las listas
« formadas por la comision de córtes, sacarán de entre ellos en primera suerte
« hasta el número de diez y ocho nombres, y volviéndolos á sortear solos, sacarán
« de ellos cuatro, cuya operacion se irá repitiendo por cada una de dichas pro-
« vincias, y los que salieren en suerte serán diputados de córtes por represen-
« tacion de aquellas para que fueren nombrados.—6.° Verificadas estas suertes,
« se hará la convocacion de los sugetos que hubieren salido nombrados por me-
« dio de oficios que se pasarán á las juntas de los pueblos en que residieren, á fin
« de que concurran á las córtes en el dia y lugar señalado, si las circunstancias
« lo permitieren.—7.° Antes de la admision á las córtes de estos sugetos, una co-
« mision nombrada por ellas mismas examinará si en cada uno concurren ó no
« las cualidades señaladas en la instruccion general y en este decreto, para tener
« voto en las dichas cortes.—8.° Libradas estas convocatorias, las primeras cór-
« tes generales y estraordinarias se entenderán legítimamente convocadas: de
« forma que, aunque no se verifique su reunion en el dia y lugar señalados para
« ellas, pueda verificarse en cualquiera tiempo y lugar en que las circunstan-
« cias lo permitan, sin necesidad de nueva convocatoria: siendo de cargo de la
« Regencia hacer á propuesta de la diputacion de córtes el señalamiento de dicho
« dia y lugar, y publicarle en tiempo oportuno por todo el reino.—9.° Y para
« que los trabajos preparatorios puedan continuar y concluirse sin obstáculo, la
« Regencia nombrará una diputacion de córtes compuesta de ocho personas, las
« seis naturales del continente de España, y las dos últimas naturales de Amé-
« rica, la cual diputacion será subrogada en lugar de la comision de córtes nom-
« brada por la misma Suprema Junta Central, y cuyo instituto será ocuparse en
« los objetos relativos á la celebracion de las córtes, sin que el gobierno tenga
« que distraer su atencion de los urgentes negocios que la reclaman en el dia.
« —10. Un individuo de la diputacion de córtes de los seis nombrados por Es-
« paña, presidirá la junta electoral que debe nombrar los diputados por las pro-
« vincias cautivas, y otro individuo de la misma diputacion de los nombrados
« por la América, presidirá la junta electoral que debe sortear los diputados na-
« turales y representantes de aquellos dominios.—11. Las juntas formadas con
« los títulos de juntas de medios y recursos para sostener la presente guerra, junta
« de hacienda, junta de legislacion, junta de instruccion pública, junta de nego-
« cios eclesiásticos y junta de ceremonial de congregacion, las cuales por au-
« toridad de la mi Suprema Junta, y bajo la inspeccion de dicha comision de cór-
« tes, se ocupan en preparar los planes de mejoras relativas á los objetos de
« su respectiva atribucion, continuarán en sus trabajos hasta concluirlos en el
« mejor modo que sea posible, y fecho, las remitirán á la diputacion de córtes,
« á fin de que despues de haberlos examinado, se pasen á la Regencia y esta lo
« ponga á mi real nombre á la deliberacion de las córtes.—12 Serán estas pre-
« sididas á mi real nombre, ó por la Regencia en cuerpo, ó por su presidente
« temporal, ó bien por el individuo á quien delegaren el encargo de represen-

«tar en ellas mi soberanía.—13. La Regencia nombrará los asistentes de cór-
«tes que deban asistir y aconsejar al que las presidiere á mi real nombre de
«entre los individuos de mi consejo y cámara, segun la antigua práctica del reino,
«ó en su defecto de otras personas constituidas en dignidad.—14. La apertura
«del sólio se hará en las córtes en concurrencia de los Estamentos eclesiástico,
«militar y popular, y en la forma y con la solemnidad que la Regencia acordará
«á propuesta de la diputacion de córtes.—15. Abierto el sólio, las córtes se di-
«vidirán para la deliberacion de las materias en dos solos Estamentos, uno po-
«pular compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y Amé-
«rica, y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del rei-
«no.—16. Las proposiciones que á mi real nombre hiciere la Regencia á las cór-
«tes, se examinarán primero en el Estamento popular, y si fueren aprobadas en él,
«se pasarán por un mensagero de Estado al Estamento de dignidades, para que
«las examine de nuevo.—17. El mismo método se observará con las proposicio-
«nes que se hicieren en uno y otro Estamento por sus respectivos vocales, y pa-
«sando siempre la proposicion del uno al otro, para su nuevo exámen y delibe-
«racion.—18. Las proposiciones no aprobadas por ambos Estamentos, se en-
«tenderán como si no fuesen hechas.—19. Las que ambos Estamentos aprobaren
«serán elevadas por los mensageros de Estado á la Regencia para mi real san-
«cion.—20. La Regencia sancionará las proposiciones asi aprobadas, siempre que
«graves razones de pública utilidad no la persuadan á que de su ejecucion pue-
«den resultar graves inconvenientes y perjuicios.—21. Si tal sucediere, la Re-
«gencia, suspendiendo la sancion de la proposicion aprobada, la devolverá á las
«córtes con clara esposicion de las razones que hubiere tenido para suspenderla.
«—22. Asi devuelta la proposicion, se examinará de nuevo en uno y otro Esta-
«mento, y si los dos tercios de los votos de cada uno no conformaren la ante-
«rior resolucion, la proposicion se tendrá por no hecha, y no se podrá reno-
«var hasta las futuras córtes.—23. Si los dos tercios de votos de cada Estamento
«ratificaren la aprobacion anteriormente dada á la proposicion, será elevada de
«nuevo por los mensageros de Estado á la sancion real.—24. En este caso la Re-
«gencia otorgará á mi nombre la real sancion en el término de tres dias; pasa-
«sados los cuales, otorgada ó no, la ley se entenderá legítimamente sancionada,
«y se procederá de hecho á su publicacion en la forma de estilo.—25. La pro-
«mulgacion de las leyes asi formadas y sancionadas se hará en las mismas cór-
«tes antes de su disolucion.—26. Para evitar que en las córtes se forme algun
«partido que aspire á hacerlas permanente, ó prolongarlas en demasía, cosa que
«sobre trastornar del todo la Constitucion del reino, podria acarrear otros mu-
«chos graves inconvenientes; la Regencia podrá señalar un término á la dura-
«cion de las córtes, con tal que no baje de seis meses. Durante las córtes, y
«hasta tanto que estas acuerden, nombren é instalen el nuevo gobierno, ó bien
«confirmen el que ahora se establece, para que rija la nacion en lo sucesivo, la
«Regencia continuará ejerciendo el poder ejecutivo en toda la plenitud que cor-
«responde á mi soberanía.—En consecuencia las córtes reducirán sus funciones
«al ejercicio del poder legislativo, que propiamente les pertenece, y confiando á
«la Regencia el del poder ejecutivo, sin suscitar discusiones que sean relativas
«á él, y distraigan su atencion de los graves cuidados que tendrá á su cargo,
«se aplicarán del todo á la formacion de las leyes y reglamentos oportunos para
«verificar las grandes y saludables reformas que los desórdenes del antiguo go-
«bierno, el presente estado de la nacion y su futura felicidad hacen necesarias:
«llenando asi los grandes objetos para que fueron convocadas. Dado etc., en la
«real isla de Leon á 29 de enero de 1810.»

No es aqui nuestro ánimo entrar en la discusion detenida que el anterior decreto reclama; pero si nos permitiremos hacer algunas observaciones sobre un punto capitalísimo, cual es la division de las córtes en dos cámaras, dejando aparte la caprichosa especie de los tres estamentos para la apertura del

sólio, y de los cuales uno, el militar, no debia durar sino breves instantes, lo que durase la ceremonia de apertura, refundiéndose luego en la álta camara, ó sea en el Estamento del clero y de la nobleza.

Por mas que la imaginacion se fatigue en meditar, no encontrará nunca razon alguna plausible suficiente á autorizar esa division de que hablamos, division que usurpa á la nacion el poder que la es propio, privándola de su mejor garantía, cual es la de elegir libremente á sus representantes. Todo lo que sea separarse de esa libertad de eleccion, es destruir inevitablemente el incontrovertible axioma de la soberanía nacional, máxima por cierto que no es de ahora, ni de los llamados novadores del siglo pasado, sino principio eterno, indestructible, aplicable á todos los tiempos y propio de todo pais donde el sofisma no haya oscurecido las luces de la razon. La formacion de una segunda cámara en las monarquías constitucionales es la aberracion mas insigne del doctrinarismo moderno, porque ó bien la elije el monarca, y entonces es mentira el principio que acabamos de proclamar, ó bien queda á cargo del pueblo el nombramiento de sus componentes, y entonces es completamente inútil, existiendo como existe la otra; siendo en ambos casos dañosa á la felicidad general, por la funesta pugna que establece entre dos corporaciones rivales, con intereses de distinta especie y con miras diversas cada cual. La única aparente razon que milita á favor de un senado es la que se aduce diciendo estar á cargo de este refrenar la rapidez á veces escesiva con que el otro cuerpo camina; pero esto que tal vez en las repúblicas puede ser argumento admisible, no lo es ni puede serlo en modo alguno en los estados monárquicos, porque ¿á qué invocar otro freno del que el trono tiene en su mano, no ya por el *veto absoluto*, que este en último resultado convierte en irrisorio el principio de la soberanía nacional, sino con el *veto suspensivo* mas ó menos lato ó restricto, veto que solo puede concédersele por la consideracion sobredicha de ser en ciertos casos necesario moderar algun tanto el calor de los representantes del pais? Y tal pudiera ser, bien mirado, la organizacion que se diese á la cámara popular, que hasta fuese innecesario ese veto. A estas razones que, como hemos dicho, lo son de todos los tiempos y de todos los paises, agréguense las que naturalmente se desprenden de las circunstancias especiales en que entonces se hallaba la nacion española, y resaltará mas y mas la impopularidad del decreto que nos entretiene. A un pais que tenia sobre sí, sin distincion de grandes ni pequeños, las ruinas todas del edificio social que acababa de desplomarse á impulsos de las convulsiones del anterior sistema; á un pais que tantos derechos tenia para reconstruirse sobre nuevas bases, queria obligársele á hacerlo fraccionando tristemente sus fuerzas y abdicando su impulso y su poder en manos privilegiadas. Pensamiento anómalo, idea mezquina que si al fin llegó á realizarse en parte, fué por la carencia que del conocimiento de sus derechos se notaba desgraciadamente en la mayoría del pueblo español. Ni se nos arguya tampoco con la existencia de la doble cámara en otros estados monárquicos, porque nosotros responderemos que los malos ejemplos no deben nunca ser imitados, cualquiera que sea el pais que nos los ofrezca á la vista. Si hay naciones que quieren ser regidas por instituciones absurdas, no por esto estan las demas obligadas á hacer otro tanto. Demas que la única entre todas que pudiera elejirse por tipo seria en todo caso la Inglaterra, y esa nacion, monárquica en el nombre, no es bien mirada mas que una república y república aristocrática, faltando por lo mismo la base de la aplicacion de sus usos á los gobiernos representativos, cuya norma es el principio monárquico. ¿Se dirá tal vez que la España tuvo allá en tiempos estamentos dobles, y hasta triples y cuádruples tambien? Lo mismo recordó la central, ofreciendo en su decreto de 22 de mayo del año 9 el restablecimiento de la representacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas córtes. ¿Pero hablando con formalidad, eran justas estas espresiones? ¡Representacion *legal* la de las antiguas córtes españolas! ¿Quién las nombraba? ¿Cómo ejercian sus atribuciones? ¿De qué modo formaban las leyes? ¿Qué facultades tenia en ellas el monarca? La solucion de estas pre-

guntas seria desconsoladora tal vez en las tres cuartas partes al menos de los antiguos reinos españoles. Pero demos que sea verdad todo cuanto se ha dicho y repetido de nuestras antiguas decantadas córtes. ¿Deberia considerársenos en 1810 obligados á seguir la misma pauta al tratar de restablecer la representacion nacional? Antes que nosotros ha dicho un célebre y profundo escritor: «desde el sepulcro nadie legisla;» pero aun prescindiendo de eso, nosotros nos limitaremos á manifestar que si nuestros mayores tuvieron derecho para darse las leyes é instituciones que mas conformes consideraron á sus necesidades, el mismo nos asiste á nosotros para darnos las mas oportunas á la satisfaccion de las nuestras, y el mismo tendrán nuestros hijos para darse las mas convenientes á la satisfaccion de las suyas. No se diga que estos principios son en manera alguna disolventes: nosotros no estamos obligados á capitular con los defectos de la actual organizacion social; fórmese esta cual corresponde, y nuestros principios estarán en su aplomo.

Nos hemos detenido en este asunto mas de lo que nos permite quizá nuestro cargo de historiadores, ya por ser importante la materia, ya tambien para ver si nuestras observaciones pudieran servir de algun correctivo á la errónea doctrina que sobre lo mismo espone un escritor moderno, diciendo: «El decreto de la «Junta Central de 29 de enero de 1810, llamaba á córtes á todos los grandes de «España, á los prelados y á los procuradores de las ciudades, y disponia que los «dos primeros estamentos deliberasen reunidos, y el último separado, á imitacion «de lo que sucede en Inglaterra, señalando los puntos de que habian de tratar las «córtes, el tiempo que habian de durar y las funciones que habian de ejercer. Este «decreto, lleno de sabiduría y prevision, fué eludido y estraviado, y no se logró «que apareciese, á pesar de haberse formado causa en averiguacion de su parade«ro. El partido dominante en Cádiz logró asi que se reuniesen únicamente los «diputados de las ciudades y juntas de provincia, ya propietarios, ya suplentes, «arreglándose la representacion nacional por el número de habitantes. El Con«sejo de Regencia, por su decreto de 4 de febrero de 1810, contribuyó tambien «á una innovacion no menos funesta, concediendo representacion en las córtes «á los naturales de las colonias españolas (1).»

Decreto lleno de sabiduría y prevision llama el Sr. Maldonado al que sobre los defectos que hemos anotado, señalaba á las córtes «los puntos de que ha«bian de tratar, y las funciones que habian de ejercer.» Nosotros quisiéramos que tan entendido escritor nos hubiese dicho, ¿qué juicio formaria de un subalterno, tan sobradamente atrevido que se determinára á presentar á su gefe la pauta de su conducta, y el modo con que lo habia de dirigir? No queremos detenernos ahora en lo que el mismo autor dice con respecto á las que llama colonias españolas, porque esperamos hacerlo en su lugar oportuno.

Tampoco creemos ya necesario pararnos en lo que ordenaba el decreto de la Central que nos ha ocupado, acerca de la presidencia de las córtes, de los asistentes á ellas que debia nombrar la Regencia, y acerca, en fin, de los demas puntos que abrazaba; porque lo que hemos apuntado sobre la principal medida que aquel contenia, cual era el establecimiento de las dos cámaras, es bastante para conocer la tendencia de todo lo demas. ¡Cosa singular sin embargo! Ese decreto, que tan á boca llena proclama en su lenguage absolutista *la soberanía del rey*, admite solo el *veto suspensivo*, sin mas facultad en el monarca, ó en la regencia que hace sus veces, que la de negar una sola la sancion á lo decretado por las dos cámaras consabidas. Preciso es confesar que en esta parte fué la Regencia mucho mas allá de la Constitucion del año 12, la cual, como es bien sabido, concedia al rey el poder de negar su sancion hasta dós veces.

(1) MALDONADO: Guerra de la Independencia, tomo II, página 470.

CAPITULO XI.

Olvida la Regencia la promesa de convocar las córtes: la opinion general las reclama: piden la convocacion los diputados de las Juntas.—Resolucion de la Regéncia.—La nacion la recibe con placer.—Dudas sobre el modo de convocar las córtes.—Dictámen de los Consejos.—Voto particular de algunos consejeros.—Forma de las elecciones.—Poderes de los diputados.—Son llamados los de Ultramar.—Justicia de esta medida.—Diputados suplentes.—Temores de la Regencia.—Juramento que se exige á los diputados.—Instalacion de las córtes.—Nombramiento de presidente.—Proposiciones del Sr. Muñoz Torrero: carácter y circunstancias de este Señor.—Minuta leida por el Sr. Lujan.—Diputados que se distinguen en la discusion.—Argüelles.—Es aprobada la minuta del Sr. Lujan.—Proyectos de la Regencia.—Presta esta juramento en el Congreso.—Decreto del 24 de setiembre.—Cargos que se hacen á las córtes.—Contestacion á ellos.

Llegó el dia señalado por la Junta Central para la reunion de las córtes; pero esta no se verificó. El Consejo de Regencia parecia tener olvidado asunto de tamaña importancia, y sus individuos, como lactados todos á los pechos del despotismo, se avenian bien con el oscuro y silencioso sistema de éste, temiendo ver llegado el instante en que sucedieran al misterio la discusion y la publicidad. El pueblo mientras tanto se ostentaba en actitud imponente, y recordando á la Regencia el juramento que prestó á su instalacion, de contribuir á la pronta reunion de las córtes, la obligó á cumplir mal su grado aquella solemne promesa. Asustada la Regencia en vista de las manifestaciones nada equívocas de la opinion pública, afectó participar la primera de los deseos generales, procurando asi persuadir que su determinacion era producto de su propia voluntad, y no resultado de pretensiones agenas. A este fin llamó el 14 de junio á D. Martin de Garay, para que como vocal y secretario general que habia sido de la Junta Central, y como hombre que en tal concepto debia estar instruido en los antecedentes de este negocio, la dirigiera en su realizacion. Este paso, que sin los amargos desengaños hasta entonces recibidos habria bastado á calmar la pública ansiedad, no surtió entonces ese efecto, porque tantas esperanzas burladas, tantas promesas sin cumplimiento, habian hecho justamente receloso al pais, cuyos hombres mas notables tomaron al fin á su cargo el empeño de hacer que se cumpliese promesa tantas veces repetida.

Para realizar este pensamiento por medios legales, reuniéronse varios patriotas residentes en Cádiz, y asociándose á varios diputados de las juntas de

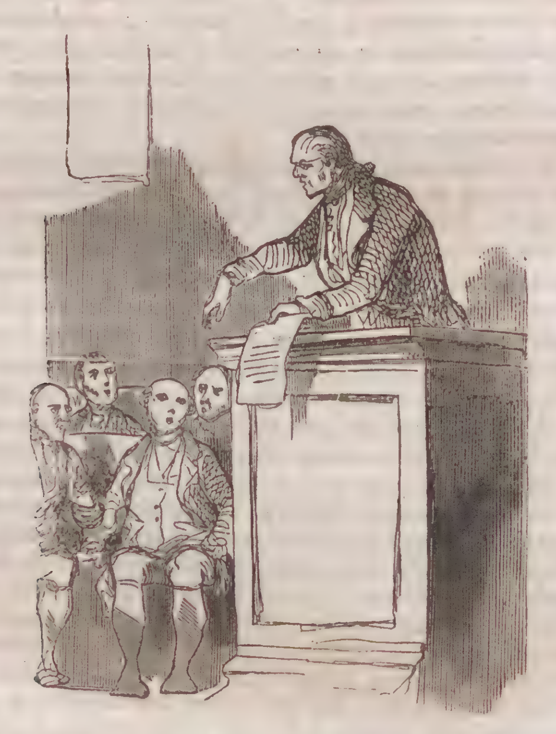
provincia, refugiados tambien en aquella plaza, firmaron el 17 de junio una esposicion dirigida á la Regencia para pedirle llevára á cabo la ofrecida reunion de córtes, comisionando para poner en sus manos el mencionado documento al conde de Toreno y á D. Guillermo Hualde, diputados que eran de las juntas de Leon y Cuenca. Cumplieron los nombrados tan honrosa mision del modo sastisfactorio que debia esperarse de personas tan patriotas y entendidas, y necesitaron de toda la energía que los caracterizaba para rechazar victoriosamente la repulsa que encontraron en el misticamente altanero obispo de Orense, y para hacer que las prudentes observaciones del general Castaños recabáran de sus compañeros la aquiescencia á su demanda. Esta fué apoyada al siguiente dia por la Junta Gubernativa de Cádiz, que elevando al gobierno otra esposicion en el mismo sentido, acabó de decidirse á espedir en el mismo dia 18 un decreto, en el cual ordenó se realizasen á la mayor brevedad las elecciones de diputados donde no se hubiesen verificado, y que en todo el próximo agosto concurriesen los nombrados á la isla de Leon, donde apenas hubiese mayoría, se daria principio á las sesiones; ofreciendo la Regencia en el ínterin ocuparse en examinar y vencer las dificultades que se opusiesen á que tuviera pleno efecto la suspirada convocacion. Este decreto, que aunque no fijaba dia para la instalacion de las córtes, comprometia sin embargo á la Regencia hasta el punto de serle ya imposible retroceder, causó en Cádiz y despues en toda la Monarquía el placer consiguiente á las esperanzas que todos fundaban en la reunion del congreso.

Desde luego empezaron los patriotas á trabajar simultáneamente para elegir personas que los representáran dignamente en aquella augusta asamblea, mientras la Regencia hacía otro tanto á fin de resolver las dudas que le ocurrian acerca del modo de constituir las córtes. La primera que se le presentaba era si deberia reunirlas en una ó en dos cámaras. El gobierno no estaba comprometido respecto á este punto, porque el decreto de la Central del 29 de enero ya dijimos que no se habia publicado, y en la convocacion general que aquella hizo en 1.° de enero, únicamente se hablaba de la eleccion popular, y solo en una nota añadia que igual convocatoria se dirigiria á los representantes del clero y de la nobleza: circunstancia esta última que tampoco publicaron las juntas, siendo una prueba de que los electores la ignoraban, haber en algunos puntos resultado la eleccion en grandes y prelados.

Indecisa la Regencia, consultó á las corporaciones principales del reino, no bastando la historia á ofrecerle luz suficiente en atencion á la variedad que en esta materia se habia observado, segun las circunstancias y los tiempos, habiendo en Castilla desaparecido los brazos del clero y la nobleza en la primera mitad del siglo XVI, durando en Aragon algo mas, y congregándose siempre las córtes en un solo cuerpo, despues de reunidas en una las coronas de ambos paises. Tampoco podia servir para disipar la duda el ejemplo de Navarra, ya por lo difícil que era nivelar á toda la nacion con arreglo á los usos de una tan pequeña provincia, ya porque si esta dividia sus córtes en tres brazos, estaban en contraposicion de esa costumbre las de sus vecinas las provincias Vascongadas, en cuyas juntas, enteramente populares, no son admitidos los clérigos. Habia que atender tambien al estado particular de la nacion, á que el pueblo era el que habia recibido sobre sí todo el peso de la lucha, y á que los individuos de la nobleza y del clero no habian figurado en ella como clases propiamente dichas, sino como meros particulares.

Todas estas razones, tan atendibles en sí mismas, recibian una inmensa importancia de la unánime opinion nacional, la cual rehusaba las gerarquías, proclamando enérjicamente la igualdad legal de todos los españoles, siendo tan universal esta idea, que ni aun los mas contrarios al espíritu reformador se determinaban á contrariarla. Asi fué que al contestar el consejo reunido á la consulta de la Regencia, la mayoría, conforme con aquella opinion, se decidió por una sola cámara. Votaron en contrario sentido varios individuos del antiguo Consejo de

Castilla, entre ellos el decano D. José Colon, el conde del Pilar y los señores Riega, duque de Estrada y D. Sebastian de Torres, los cuales no se limitaron á impugnar el establecimiento de una sola cámara, sino que, en odio á todo lo que era representacion nacional, insistieron particularmente en que se castigase severamente á los diputados de las juntas que se habian determinado á pedir la pronta convocacion de córtes. Estendida la noticia de este dictámen, irritóse el pueblo en tales términos, que lo hubieran sentido sus autores sin el arrepentimiento que mostraron á vista del peligro. Achaque inherente, dice un juicioso historiador, á la alevosía y á la crueldad, de que muchos de los que firmaron el voto particular dieron tristes ejemplos años adelante, cuando sonó en España la lúgubre y aciaga hora de las venganzas y juicios inícuos (1). Consultó la Regencia igualmente al Consejo de Estado, y este en su mayoría opinó que no se convocase la cámara privilegiada, debiendo nosotros hacer aqui honorífica y justa mencion del marques de Astorga, el cual, sin atender á su elevada clase, votó por la cámara única.



El Marques de Astorga pide la cámara única.

No menos dió lugar á dudas el modo con que debia procederse en las elecciones, determinándose al fin que pudieran ser electores todos los españoles mayores de 25 años con casa abierta, no exigiéndose tampoco otras condiciones para ser diputado, con tal que los candidatos fueran naturales de la provincia que los eligiese. Por cada cincuenta mil almas nombrábase un diputado, y la eleccion, que era indirecta, pasaba por los tres grados de juntas de par-

(1) Toreno: *lib. XII.*

roquia, de partido y de provincia. Consideramos imperfecto este método de elecciones, no ya por la razon que en su obra alega el historiador que acabamos de nombrar, á saber, la de ser sobrado lato el medio electoral en cuestion, cuya adopcion venia á establecer una especie de sufragio universal, pues de la doctrina que hasta aquí llevamos espuesta, se deducirá nuestra opinion en este punto, sino ya por los inconvenientes que lleva consigo toda eleccion indirecta, cuyo último resultado se halla demasiado distante del punto de partido electoral, ya por ser decision de la suerte la definitiva eleccion en el particular que nos ocupa, cuando debia ser fruto esclusivo de la conviccion de los electores. Ademas de los individuos asi elegidos, cada ciudad de voto en córtes podia enviar un individuo de su ayuntamiento, concediéndose igual derecho á las juntas de las provincias en consideracion á los servicios que habian prestado.

Los poderes de los diputados no estaban circunscritos á los mezquinos límites que tasaban las facultades de las antiguas córtes, antes bien se las daban latísimas, pues ademas de anunciarse en la convocatoria, entre otras cosas, que se llamaba la nacion á córtes generales « para restablecer y mejorar la Constitucion fundamental de la Monarquía » se especificaba en los poderes de los diputados que estos *podian acordar y resolver cuanto se propusiese en las córtes, asi en razon de los puntos indicados en la real carta convocatoria, como en otro cualquiera, con plena, franca, libre y general facultad, sin que por falta de poder dejasen de hacer cosa alguna, pues todo el que necesitasen les conferian* (los electores) SIN ESCEPCION NI LIMITACION ALGUNA.

Ahora nos va á ocupar unos momentos cierta medida reparadora, aunque no tan lata como la justicia exijia, adoptada por la Junta Central y un tanto ampliada por la Regencia; hablamos de la disposicion por la cual se llamaron á las córtes diputados de América y Asia, innovacion que, como vimos en otro lugar, llamó funesta un escritor moderno. Que la generalidad de los hombres, no parándose á examinar el fundamento de las combinaciones de los gobiernos, juzgue no mas que por sus resultados las medidas que estos adoptan, y con arreglo á ellos las califique de felices ó funestas, no es seguramente estrañable, pues de resultados al fin es de lo que viven los hombres, y si aquellos constituyen su desgracia, de poco consuelo les sirve que en la causa productora estuviera envuelto su bien; pero graduar de infaustos aquellos hechos que, ó no dieron consecuencias ningunas, ó si algunas llegaron á producir, fueron prósperas mas bien que adversas, esto es lo que no puede hacerse sino ó por espíritu de partido, ó por el malhadado prurito de querer singularizarse. Si la emancipacion de las que fueron nuestras colonias hubiera sido efecto del llamamiento de los diputados á las córtes, concebimos perfectamente que el autor á que arriba nos referimos se espresase del modo que lo hace; pero lejos de ser asi, esa emancipacion fué contenida en algunos puntos, y paralizada en otros, merced á la medida en cuestion, haciéndose en los demas menos funestos los efectos de la separacion á los que tenian que sufrirlos mas cerca. ¿Por qué, pues, semejante dictado? ¿Qué daño causaron los diputados americanos con venir á las córtes y esponer en ellas las necesidades, quejas y justos agravios de aquellos hermosos paises, y la única forma de poderlos unir con lazos indisolubles á la España europea? Ningunos, absolutamente ningunos; antes por el contrario hubiera el tal llamamiento producido bienes de inmensa trascendencia, si no se hubieran opuesto á su realizacion los tristes y funestos precedentes de una vieja y rastrera política.

La medida considerada en sí misma, era una lejitima y forzosa consecuencia de la justa aunque tardía declaracion de igualdad de derechos decretada por la Junta Central para todos los españoles, tanto europeos como ultramarinos, y una señal positiva de que se habia al fin llegado á conocer, aunque tambien muy tarde, que la obediencia de los paises conquistados no la conservan las bayonetas ni el verdugo, sino la equidad, la justicia y el amalgamiento de sus intereses y derechos con los del conquistador, sin que pueda destruir esta ver-

dad el ejemplo de Inglaterra, que nunca dió asiento en su parlamento á los habitadores allende los mares, pues ademas de haber sido esa una de las causas porque perdió sus Américas, la lejislacion inglesa no se halla tan de acuerdo con los derechos del hombre, ni con los de la moderna ilustracion, que deba servir de pauta á las naciones que quieran constituirse con arreglo á las exigencias de una bien entendida política. La libertad que goza el pueblo inglés, tal cual es, se la debe á sus costumbres infinitamente mas que á sus leyes.

En el llamamiento de las provincias americanas á las córtes solo hallamos criticable nosotros el mezquino y aun injusto modo con que se hizo, pues una vez declarada la igualdad de derechos de todos los españoles de ambos continentes, igual debia ser asimismo su representacion en las córtes, sin mas distincion que la que produgera la diferencia de poblacion, é igual tambien el método adoptado para verificar las elecciones, no debiendo haber tenido lugar los pretestos que contra esto se alegaron, tales como la falta de conocimiento en la estadística de aquellos paises, la variedad de familias que dividian su poblacion y otros no menos frívolos. El conocimiento que habia de la estadística peninsular no era seguramente muy exacto, y esto no impidió sin embargo que se estableciese en España el sistema de elecciones ya dicho, suponiéndose con razon que estando encargadas de llevarlo á cabo las autoridades de las respectivas provincias, tendrian esas autoridades los datos buenamente posibles para efectuarlas debidamente. ¿Por qué esa distincion respecto á América? En las secretarías de cada vireinato y en las capitanías generales de aquellos dominios existian tambien los estados generales de su poblacion, y en las de los ayuntamientos de los pueblos el padron de las suyas respectivas, con distincion de clases y colores, en términos que con haberles comunicado el mismo decreto que se dió á la Península, cada una de aquellas corporaciones hubiera sabido el número de electores de su distrito. Pero acaso se dirá que obrando asi nos esponíamos á que pudieran ser electores, y aun elegidos algunos oriundos de Africa, y si esto se dice en efecto, no hablaremos una sola palabra, porque nos dá vergüenza contestar en el siglo diez y nueve en que estamos á objeciones del linage que esa. Si contar algun africano en el número de sus ascendientes era en los naturales de Ultramar reparo que mereciera la pena, lo mismo, y aun con mas seguridad, podia aplicarse á nosotros. ¿Quién acuende ó allende los mares, podia jactarse en España de no tener con la del septentrion mezclada en sus venas la sangre de los originarios de Africa?

Pero la razon y aun la conveniencia fueron por desgracia impotentes para vencer rancias preocupaciones. La Regencia, como hemos dicho, mejoró el plan de la Junta Central, nunca empero en los términos que la justicia y la política exigian, puesto que se limitó á pedir un diputado á cada una de las provincias de América, debiendo verificarse el nombramiento por los ayuntamientos de las capitales respectivas. Este acuerdo no impidió que se llevase á efecto el nombramiento de 28 suplentes, cuya designacion recayó en los americanos residentes en Cádiz, á fin de que representáran aquellos paises interin llegaban los diputados propietarios. Igual medida se adoptó respecto á las provincias que en España estaban ocupadas por el enemigo, mandándose que sus respectivos naturales nombráran un diputado por cada una. Esta última disposicion tuvo en su apoyo la opinion de los que habian figurado en la antigua córte, hombres á quienes la misma ofuscacion en que los tenian sus viejas ideas, no les dejaba ver que era inútil intentar esplotar el tal apoyo en pro de su antiguo prestigio. Su ilusion quedó desvanecida, cuando vieron que los emigrados, asi como el total de la nacion, no estaban por privilegios ni gerarquías, sino por buscar hombres nuevos, sin afeccion á los antiguos abusos, y con firmeza y resolucion bastantes para destruirlos. Fuéles, pues, contrario y muy mucho el resultado de la eleccion de los suplentes, creándose con tal desengaño los primeros enemigos de las futuras córtes, pues todos los adictos al órden antiguo conocieron desde luego la inminen-

te ruina de que este se via amenazado. La Regencia misma tembló en presencia de su obra, pareciéndole haber abierto bajo sus piés un abismo sin fondo. Era ya tarde, empero, para pensar en retroceder: el gobierno tenia tras sí toda una nacion que le empujaba, que le hacia marchar á su pesar al término propuesto, y que pasando por encima del restablecimiento de los consejos y de todas las demas medidas que habia adoptado para eludir aquel fin, le obligó á su despecho á señalar el dia 24 de setiembre para la apertura de las córtes en la isla de Leon, á cuyo punto se trasladó la Regencia el 22.

Brilló al fin el sol del 24 de setiembre, saludándole el pueblo con entusiasmo como nuncio de la libertad que volvia á brillar para la España mas esplendoroso que nunca. En la mañana de aquel dia reuniéronse en las casas consistoriales de la citada isla de Leon todos los diputados existentes en aquel punto, y juntos con la Regencia pasaron á la iglesia mayor, donde despues de la misa del Espíritu-Santo, que celebró el cardenal arzobispo de Toledo D. Luis de Borbon, se exijió de los diputados el siguiente juramento:

« *¿Jurais la santa Religion católica, apostólica romana, sin admitir otra alguna en* « *estos reinos?—¿Jurais conservar en su integridad la nacion española, y no omitir* « *medio alguno para libertarla de sus injustos opresores?—¿Jurais conservar á nuestro* « *amado soberano el Sr. D. Fernando VII todos sus dominios, y en su defecto á sus* « *legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio* « *y colocarle en el trono?—¿Jurais desempeñar fiel y legalmente el encargo que la nacion* « *ha puesto á vuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin perjuicio de alterar,* « *moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la nacion?—Si así lo hiciéreis, Dios* « *os lo premie, y sino os lo demande.*» Todos respondieron: « *Sí juramos*.»

Varias han sido las opiniones sobre si los diputados debian ó no haberse resistido á prestar el juramento en cuestion. Nosotros hemos consignado la nuestra en otra obra que damos á luz, ó sea en nuestros TIRIOS Y TROYANOS, y el lector podrá verla en las palabras que de ella transcribimos al pié, no consintiéndonos intercalarlas en el testo de nuestra narracion el estilo mas festivo que grave que en la obra referida observamos (1).

Terminado el acto religioso, trasladáronse los diputados y la Regencia al coliseo de aquella ciudad, mezquino local que la última habia preparado para palacio de las córtes; pero local que estas elevaron bien pronto á la altura correspondiente al primer templo erigido á la libertad en los siglos modernos.

Las alegres aclamaciones con que el atribulado navegante celebra la aparicion de la aurora, que poniendo fin á la lóbrega y tempestuosa noche, le anuncia la proximidad de un sereno y apacible dia, seria un símil demasiado frio para dar

---

(1) Esta trinidad de preguntas (*las preguntas del juramento*) ofrecia algunas dificultades para responder *¡sí juramos!* siendo la primera de todas el sabido precepto del decálogo, que prohibe jurar vanamente, porque ¿á qué prometer guardar las leyes del reino los que se reservan el derecho de alterarlas, variarlas y modificarlas, cuando el bien del pais lo exigiese? Igual fuera decir: *juro ayunar, sin perjuicio de comer y beber cuando el hambre ó la sed me lo pidan.* Pues áteme V. cabos ahora con la de *no admitir ninguna otra*, hablando de la religion, sin perjuicio tambien de alterar, variar y modificar, si lo exigiese el bien de la nacion (suponiendo que pudiera exigirlo), las leyes civiles ó políticas relativas á ella. Pues digo, y ¿llamar *soberano* al Sr. D. Fernando VII, cuando *hablando en rigor* no lo era sino por una ley absolutista, ley que se podia alterar y modificar y variar como todas las demas leyes, sin escluir ni aun la de sucesion, con arreglo al *sin perjuicio* espresado?

Varios de los representantes, temerosos de que el tal juramento pudiera coartar sus facultades como miembros de una asamblea cuyo carácter de constituyente no podia ser problemático, dudaban si debian proferirlo, ó resistirse á él abiertamente; mas cayendo luego en la cuenta, conocieron que aquello no era cosa de poderlos poner pensativos, pues el juramento tenia la facultad de atar y desatar lo mismo que San Pedro en el cielo y el Obispo de Roma en la tierra. Decidiéronse, pues, y juraron; y héte libres del naufragio en la orilla á los que temian ahogarse, gracias al *sin perjuicio* de que hablo, y que á modo de clavo rusiente tuvo la inadvertencia de tenderles la siempre malhadada Regencia.

TIRIOS Y TROYANOS, *Historia tragicómico-política de la España del siglo XIX, con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros hombres y animales públicos*, tomo I, página 229.

una idea aproximada de los alegres vítores, de los repetidos aplausos con que la tropa y el inmenso pueblo que cubria la carrera saludaba á sus representantes, acompañándolos con sus demostraciones hasta el local arriba mencionado. Nadie en su alegría pensaba que tras el 24 de setiembre podia relucir siniestramente para la nacion española el funesto 4 de mayo.



Alborozo del pueblo con la reunion de las córtes.

Como la Regencia habia accedido tan á su pesar á la instalacion de las córtes, buscaba medios de desacreditarlas, y entre ellos juzgó el mas al caso hacer públicas las sesiones, creyendo asi que la confusion y aun el desórden que debia esperarse de un cuerpo nuevo, compuesto de hombres nada acostumbrados á las prácticas parlamentarias, bastarian á matar su prestigio y las ilusiones del pueblo. Pero la sensatez del patriotismo y el genio de la libertad frustraron todos los ardides de los cortesanos. Las discusiones fueron luminosas y modelo de sensatez, y las luces que el pueblo recibió merced á los elocuentes discursos pronunciados por sus representantes, dieron al traste desde el primer dia con el siniestro plan de la Regencia.

Consecuente á lo dispuesto por esta, hallábanse con antelacion ocupadas las galerías del salon de córtes por el cuerpo diplomático, grandes de España, generales del ejército y armada, y por muchas señoras y por un inmenso gentío de todas clases, siendo los diputados recibidos con aclamaciones iguales á las que tuvieron en el tránsito. Entrados en el dicho salon, ocupó el Consejo de Regencia un trono levantado en su testero, situándose los secretarios del despacho delante de una mesa inmediata, y distribuyéndose los diputados en los bancos preparados al efecto. Sentados todos, leyó en pié el obispo de Orense, presidente de la Regencia, un breve discurso, retirándose á continuacion tanto él como sus compañeros, juntos con los ministros, no sin ver entregados al aturdimiento á los representantes del pais, los cuales no habian tenido, porque la Regencia no quiso, ni aun una junta preparatoria para acordar el modo de constituirse.

Apenas las córtes quedaron solas, dieron principio á sus difíciles tareas con la magestad y mesura que les fueron características en el largo periodo de tres años que duró aquella memorable legislatura. Eligieron al mas anciano de los diputados, que lo era D. Benito Ramon de Hermida, para que los presidiera en el solo acto de nombrar presidente, y aquel designó para secretario en la misma forma á Don Evaristo Perez de Castro. Inmediatamente despues procedióse á la eleccion de presidente y secretario, recayendo el primer cargo en D. Ramon Lázaro de Don, diputado por Cataluña, y el segundo en el mismo señor Perez de Castro; al que en consideracion á lo ímprobo del trabajo agregóse al dia siguiente, con el mismo carácter, el diputado D. Manuel Lujan. En adelante fueron nombrados los presidentes todos los meses, renovándose alternativamente el secretario mas antiguo, cuyo número se aumentó hasta cuatro.

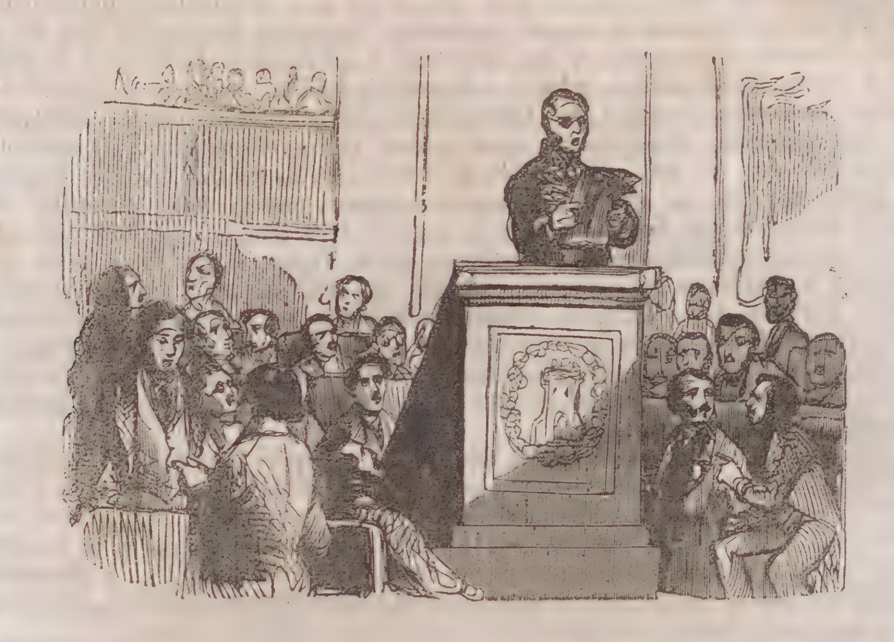
Terminadas las elecciones, leyóse un papel que dejó la Regencia al despedirse, concebido en los siguientes términos: « Señores: los cinco individuos que compo-
« nen el Supremo Consejo de Regencia de España é Indias, recibieron este difícil
« cargo, realmente superior á su mérito y á sus fuerzas, en ocasion tal, que cual-
« quiera escusa ó dilacion en admitirle hubiera traido perjuicios á la patria; pero
« solo lo admitieron y juraron desempeñarle segun sus alcances, interin que, jun-
« to el solemne congreso de las córtes, establecia un gobierno cimentado sobre el
« voto general de la nacion.—Ha llegado este feliz momento tan deseado de todos
« los buenos españoles, y los individuos del Consejo de Regencia no pueden menos
« de hacerlo presente á la generalidad de sus conciudadanos, para que tomándolo
« en consideracion se sirvan elegir el gobierno que juzguen mas adecuado al crítico
« estado actual de la Monarquía, que exige por instantes esta medida fundamental.
« Isla de Leon 21 de setiembre de 1810—Señor.—*Pedro*, Obispo de Orense.—
« *Francisco de Saavedra.—Javier de Castaños.—Antonio Escaño.—Miguel de Lardi-*
« *zabal y Uribe.—*

Concluida la lectura, declararon las córtes quedar enteradas, sin pasar á mas por de pronto.

Un momento de imponente silencio, indicador del ánsia con que todos deseaban oir el primer eco de la nacion pronunciado por sus representantes, fué interrumpido por D. Diego Muñoz Torrero, diputado por Estremadura, que tomó sobre sí el honroso cargo de abrir las discusiones y poner con mano maestra la primera piedra al grandioso edificio que aquella augusta asamblea estaba destinada á levantar; y seguramente que á nadie mejor que á este venerable eclesiástico correspondia verificarlo. Antiguo rector de la universidad de Salamanca, de un entendimiento clarísimo, adornado con una erudicion no comun, tan teólogo como político, de costumbres puras, piadoso sin fanatismo, tolerante en sus opiniones, de un esterior sencillo y bondadoso, y en suma, varon insigne, dado perfectamente á conocer por un célebre orador moderno, cuando le llamó *el Crisóstomo de nuestro siglo:* tal era el Sr. Muñoz Torrero, y tal debia ser el destinado á sentar el primero la base de la estátua de la libertad, para que viendo el mundo que las nuevas instituciones contaban al frente de sus adalides á un varon justo, á un sacerdote virtuoso, á un hombre apostólico, en fin, que vivió y murió en la pobreza, no hubiera quien pudiese decir con razon que eran producto de demagogos impíos y revolucionarios.

El Sr. Muñoz Torrero, en un elocuente discurso, desenvolvió los principios de la sociedad, ascendió á su orígen, buscó el de la soberanía, y con ejemplos de la historia, con el dictámen de profundos autores, con el apoyo de nuestras leyes y con la esposicion de las necesidades del reino, sostuvo y probó la urgencia de adoptar una série de proposiciones que fué sucesivamente esclareciendo, concluyendo con decir, que su amigo D. Manuel Lujan traia una minuta en forma de decreto que las abrazaba todas.

Las córtes, que habian oido con la mayor atencion y agrado al distinguido orador, decidieron que el Sr. Lujan leyera dicha minuta, cuyos puntos eran los siguientes: 1.° Que los diputados que componian el congreso y representaban la

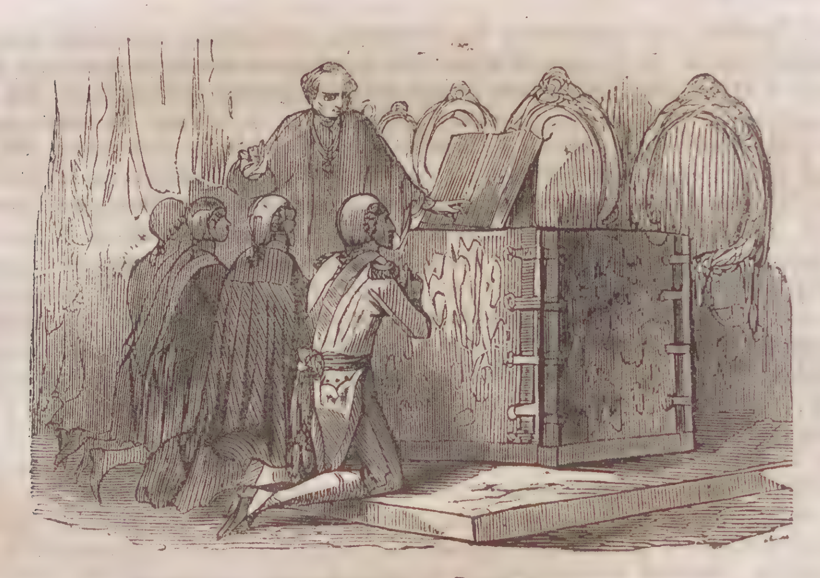


nacion española, se declaraban legitimamente constituidos en córtes generales y estraordinarias, en las cuales declaraban igualmente residir la soberanía nacional.—2.° Que conformes en todo con la voluntad general, pronunciada del modo mas enérgico y patente, reconocian, proclamaban y juraban de nuevo por su único y legítimo rey al Sr. D. Fernando VII de Borbon, y declaraban nula, de ningun valor ni efecto la cesion de la corona que se decia hecha en favor de Napoleon, no solo por la violencia que habia intervenido en aquellos actos injustos é ilegales, sino principalmente por haberle faltado el consentimiento de la nacion.—3.° Que no conviniendo quedasen reunidas las tres potestades, legislativa, ejecutiva y judicial, las córtes se reservaban solo el ejercicio de la primera en toda su estension.—4.° Que las personas en quienes se delegase la potestad ejecutiva, en ausencia del Sr. D. Fernando VII, serian responsables por los actos de su administracion, con arreglo á las leyes: habilitando al que era entonces Consejo de Regencia, para que interinamente continuase desempeñando aquel cargo, bajo la espresa condicion de que inmediatamente y en la misma sesion prestase el juramento siguiente: «¿Reconoceis la soberanía de la nacion representada por los di-«putados de estas córtes generales y estraordinarias? ¿Jurais obedecer sus decre-«tos, leyes y Constitucion que se establezca, segun los santos fines para que «se han reunido, y mandar observarlos y hacerlos ejecutar?—¿Conservar la inde-«pendencia, libertad é integridad de la nacion?—¿La religion católica, apostólica «romana?—¿El gobierno monárquico del reino?—¿Restablecer en el trono á nues-«tro amado rey D. Fernando VII de Borbon?—¿Y mirar en todo por el bien del «Estado?—Si asi lo hiciéreis Dios os ayude, y si no sereis responsables á la na-«cion con arreglo á las leyes.»—5.° Se confirmaban por entonces todos los tribunales y justicias del reino, asi como las autoridades civiles y militares de cualquiera clase que fuesen.—6.° y último: se declaraban inviolables las personas de los diputados, no pudiéndose intentar cosa alguna contra ellos, sino en los términos que se establecerian en un reglamento próximo á formarse.»

La posteridad hará como nosotros un justo cargo á la Regencia, por no haber tenido dispuestos los medios de dar la debida publicidad á la detenida discusion que siguió á la lectura de las anteriores proposiciones, y que siendo la primera que

tuvo lugar en las córtes, fué sin duda una de las mas elocuentes y dignas, entre las infinitas interesantes de aquella legislatura. Discusion memorable que dió un justo renombre al congreso, y que aterrando á sus émulos, desarmando la perfidia y admirando al público, admiró é ilustró á la nacion, enagenó de gozo al numeroso concurso que asistió á oir á los oradores, y obligó á que los mismos estrangeros que la presenciaron, especialmente á los ingleses, tan esperimentados en la materia, á hermanarla con las mas célebres de su veterano parlamento. Privados nosotros de poder estractar en obsequio de nuestros lectores tan aplaudida discusion, diremos solamente que duró hasta mas de las doce de la noche, que fueron en ella sucesivamente aprobados todos los artículos del Sr. Lujan, y que entre otros que tomaron la palabra se distinguieron, ademas de este diputado y del respetable Muñoz Torrero, los señores D. Antonio Oliveros y D. José Mejia, descollando particularmente D. Agustin de Argüelles, el cual dió desde entonces principio á establecer sobre robustas bases aquella gigante reputacion oratoria, que grangeándole el renombre de divino entre sus admirados compatriotas, llegó en breve á hacerse europea.

La Regencia tenia en las córtes numerosos emisarios para espiar todo lo que pasaba, y quizás para aprovechar el primer momento oportuno á ocultos y maquiavélicos planes; mas sabiendo con asombro la marcha magestuosa del congreso y el general entusiasmo con que le aclamaban la tropa y el pueblo, conoció la necesidad de renunciar á sus designios liberticidas (1), y afectando docilidad y aun aprecio á las decisiones de la representacion nacional, obedeció



JURAMENTO DE LA REGENCIA.

(1) No es nuestro ánimo ajar la memoria de la Regencia con aventurados asertos, siendo tan sabida de todos la especie que corrió aquellos dias respecto á sus torcidos designios en lo tocante á destruir las córtes, ó á obligarlas al menos á allanarse á hacer lo que ella mandára. Estos rumores, á que no todos daban crédito, hubieran quedado confundidos entre el número de las invenciones calumniosas promovidas por los enemigos del Consejo de Regencia, si no hubiera venido á confirmarlos uno de sus mismos individuos, el Sr. Lardizabal, el cual en un manifiesto publicado en Alicante el año 11 se espresó en los términos siguientes: «*Vimos claramente que en aquella noche* (alude á la del 24 de setiembre) *no podiamos contar, ni con el pueblo, ni con las armas, que á no haber sido asi, todo hubiera pasado de otra manera.*»

las órdenes de esta, y presentóse aquella misma noche á prestar el juramento conforme en un todo á la fórmula propuesta por el Sr. Lujan, que habia sido aprobada.

No asistió al juramento el obispo de Orense, cuya falta cohonestaron sus compañeros con lo avanzado de la hora, y con la edad y achaques de su presidente. Las córtes admitieron la escusa, aunque conocieron muy bien la verdadera causa de la ausencia.

Retirada la Regencia, y estendido el célebre decreto comprensivo de las proposiciones de los señores Muñoz Torrero y Lujan, conocido con el título de *Decreto de 24 de Setiembre*, levantóse aquella inolvidable sesion, verdadero principio de la revolucion española, y primer pretesto al escándalo de que afectaron poseerse los enemigos de las córtes. Pintaron estos el decreto en cuestion como hostil al gobierno monárquico y como contrario á los derechos de la magestad real. Sirvióles, dice el conde de Toreno, de especial asidero para semejante calificacion el declararse en el decreto que la soberanía residia en las córtes, alegando que habiendo estas en el juramento hecho en la iglesia mayor apellidado *soberano* á D. Fernando VII, ni podian, sin faltar á tan solemne promesa, trasladar ahora á la nacion la soberanía, ni tampoco erijirse en depositarios de ella. A la primera acusacion se contestaba que en aquel juramento, juramento individual y no de cuerpo, no se habia tratado de examinar si la soberanía traia su origen de la nacion ó de solo el monarca: que la Regencia habia presentado aquella fórmula y aprobádola los diputados, en la persuasion de que la palabra *soberanía* se habia empleado allí segun el uso comun, por la parte que de la soberanía ejerce el rey como gefe del estado, y no de otra manera; habiendo prescindido de entrar fundamentalmente en la cuestion. —Si cabe, mas satisfactoria era aun la respuesta á la segunda acusacion, de haber declarado las córtes que en ellas residia la soberanía. El rey estaba ausente, cautivo; y ciertamente que á alguien correspondia ejercer el poder supremo, ya se derivase este de la nacion, ya del monarca. Las juntas de provincia soberanas habian sido en sus respectivos territorios; habíalo sido la Central en toda plenitud, lo mismo la Regencia; ¿por qué, pues, dejarian de disfrutar las córtes de una facultad no disputada á cuerpos mucho menos autorizados?

Por lo que respecta á la declaracion de la soberanía nacional, principio tan temido en nuestros tiempos, si bien no tan repugnante á la razon como el opuesto de la legitimidad, pudiera quizá ser cuerda que vibrase con sonido áspero en un pais donde sin sacudimiento se reformasen las instituciones, de consuno la nacion y el gobierno: pues por lo general declaraciones fundadas en ideas abstrusas, ni contribuyen al pro comun, ni afianzan por sí la bien entendida libertad de los pueblos. Mas ahora no era este el caso.

Huérfana España, abandonada de sus reyes, cedida como rebaño y tratada de rebelde, debia, y propio era de su dignidad, publicar á la faz del orbe, por medio de sus representantes, el derecho que la asistia de constituirse y defenderse; derecho de que no podian despojarla las abdicaciones de sus príncipes, aunque hubiesen sido hechas libre y voluntariamente.

Ademas, los diputados españoles, lejos de abusar de sus facultades, mostraron la moderacion y rectas intenciones que les animaban; declarando al propio tiempo la conservacion del gobierno monárquico, y reconociendo como legítimo rey á Fernando VII.

Que la nacion fuese origen de toda autoridad, no era en España doctrina nueva, ni tomada de estraños: conformábase con el derecho público que habia guiado á nuestros mayores, y en circunstancias no tan imperiosas como las de los tiempos que corrian. A la muerte del rey D. Martin, juntáronse en Caspe, para elejir monarca, los procuradores de Aragon, Cataluña y Valencia. Los navarros y aragoneses, fundándose en las mismas reglas, habian desobedecido la voluntad de D. Alonso el Batallador, que nombraba por sucesores del trono á

los templarios; y los castellanos, sin el mismo ni tan justo motivo, en la minoría de D. Juan el II ¿no ofrecieron la corona, por medio del condestable Rui-Lopez Dávalos, al infante de Antequera? Asi que las córtes de 1810, en su declaracion de 24 de setiembre, ademas de un derecho inherente á toda nacion, indispensable para el mantenimiento de la independencia, imitaron tambien y templadamente los varios ejemplos que se leian en los anales de nuestra historia.»

Hasta aqui el conde de Toreno, y por cierto que sus razones, circunspectas y templadas como son, no son susceptibles de réplica.



CAPITULO XII.

Córtes: número de diputados que asisten á la primera sesion: son felicitadas y reconocidas por las provincias: juramento de autoridades.—Nombramiento de comisiones.—Método de votar.—Tratamiento que toman las córtes.—Consulta de la Regencia: contestacion que se le dá.—Empleos á los diputados.—Acuerdo del congreso sobre ellos.—Sesiones secretas.—Ocurrencias con el duque de Orleans.—El obispo de Orense: renuncia sus cargos: se resiste á prestar juramento: fórmasele causa: cede y jura.—América: causas de su emancipacion: inculpabilidad de las córtes en el asunto: prudentes medidas que adoptan.

Si hemos visto á las córtes tan prudentes y circunspectas en su primera sesion, en medio de las muchas causas que pudieran haber disculpado algun error ó atropellamiento, ya no nos causará estrañeza verlas continuar sus espinosas tareas con igual mesura y decoro, bellas dotes que jamas las abandonaron en el discurso de su carrera. En ellas, merced al arbitrio adoptado de elegir suplentes por las provincias ocupadas de enemigos y posesiones de Ultramar, estaba legitimamente representada toda la na cion. A la primera sesion asistieron ya mas de cien diputados, de el los dos terceras partes propietarios, cuyo número se fué aumentando rápidamente, viéndose antes de tres meses diputados en propiedad hasta del continente americano, y algun tiempo despues, de las islas Filipinas. Por esta razon jamas hubo reclamacion sobre la materia, y las córtes fueron reconocidas legítimas y obedecidas, y encomiadas sus discusiones hasta de los mismos puntos dominados por los enemigos, y por lo mismo en disposicion de poder disputar la legitimidad de su autoridad sin el menor recelo. Lejos de esto, todas las provincias, aun las mas remotas, sin temor á los invasores, las fueron dirigiendo sus mas sinceras felicitaciones, comenzando el congreso á recibirlas, desde su segunda sesion, de los Consejos, Junta Superior de gobierno de Cádiz y demas corporaciones de aquella isla; distinguiéndose muy especialmente el teniente general D. Manuel de la Peña, que como capitan general de Andalucía se presentó en la barra del congreso, acompañado de los generales gefes de los cuerpos reunidos en la isla de Leon, felicitándole y prestando juramento ante él, y anunciando en la órden del dia á su ejército que las córtes eran la única autoridad soberana de España.

El congreso fué sucesivamente arreglando sus tareas, y para simplificarlas nombró varias comisiones para los distintos ramos de guerra, hacienda, justi-

cia y otros, y algunos especiales para determinados asuntos. Las comisiones examinaban detenidamente los espedientes, los ilustraban con sus dictámenes, y los presentaban al congreso, en donde se discutian, permitiéndose hablar en pro ó en contra, interin no se declaraba el punto suficientemente discutido. El método ordinario de votar era poniéndose de pié los que aprobaban, y permaneciendo sentados los de contrario dictámen: solo en los asuntos de mas gravedad daban los diputados su opinion por un *si* ó por un *no*, pronunciándolo desde su asiento en voz alta. Para sistematizar su marcha, formaron las córtes un minucioso reglamento, siendo cargo del presidente el hacerlo observar.

En la sesion del 25 propuso el Sr. Mejía, y aprobaron las córtes, tomar el tratamiento de Magestad, dejando el de Alteza á la Regencia y tribunales supremos. Tambien ordenaron que los cuerpos de la guardia real les diesen el servicio. Pronto acudió la Regencia á entorpecer los trabajos de las córtes pidiendo aclaraciones á su primer decreto, y preguntando cuáles eran sus facultades y responsabilidad, y el método de comunicaciones entre ambos cuerpos

Las córtes, despues de oir el dictámen de la comision nombrada para este asunto, en que hubo diversas opiniones, aprobaron la del Sr. Muñoz Torrero y contestaron á la Regencia: « que en tanto que las córtes formasen acerca del « asunto un reglamento, usase la Regencia de todo el poder que fuese necesario « para la defensa, seguridad y administracion del estado en las críticas circuns- « tancias de entonces; é igualmente que la responsabilidad que se exigia al Consejo de « Regencia, únicamente escluia la inviolabilidad absoluta que correspondia á la « persona sagrada del rey. Y que en cuanto al modo de comunicacion entre el « Consejo de Regencia y las córtes, mientras estas estableciesen el mas conveniente, « se seguiria usando el medio usado hasta el dia.» Era este el de pasar oficios ó ir en persona los secretarios del despacho, quienes al principio esquivaban asistir á las córtes, como no aconstumbrados á las prácticas parlamentarias. Algunos meses despues se formó el reglamento anunciado, en el cual se determinaron estensa y claramente las facultades del poder ejecutivo.

Deseando la Regencia formarse un partido en las córtes, empezó á conferir empleos á varios diputados, especialmente á los americanos. Esto irritó á la mayoría de la asamblea, y escitó á D. Antonio Capmany á presentar la proposicion siguiente: « Ningun diputado, asi de los que al presente componen este cuerpo, como de « los que en adelante hayan de completar su total número, pueda solicitar ni ad- « mitir para sí, ni para otra persona, empleo, pension y gracia, merced ni con- « decoracion alguna de la potestad ejecutiva interinamente habilitada, ni de otro « gobierno que en adelante se constituya bajo cualquiera denominacion que sea; « y si desde el dia de nuestra instalacion se hubiese recibido algun empleo ó gra- « cia, sea declarado nulo. « Aprobóse esta proposicion con el dictámen de que « la « prohibicion se estendiese á un año despues de haber los actuales diputados de- « jado de serlo.»

Esta medida, necesaria con tanta frecuencia, especialmente en las monarquías, fué combatida entonces y lo ha sido en diversas épocas, por el interes privado de los que convierten la confianza que han merecido á los pueblos en ocasion de su prosperidad. A nosotros, persuadidos como estamos de que el desprendimiento no es la virtud mas comun, nos parece que no es fácil que sin ella sean los diputados independientes, observando cual corresponde su sagrada mision. Podrá tener algun inconveniente la adopcion rigorosa de ese estremo; pero todos son menores tal vez que el vergozoso espectáculo de un congreso adulador del gobierno y dispuesto á sacrificar la felicidad de la patria al favor de los ministros. La proposicion del Señor Capmany dió los mejores resultados, atajando un mal de funestas trascendencias, y poniendo á las córtes en el predicamento mas distinguido á los ojos de la opinion pública.

En la sesion del 27 propuso el Sr. Argüelles que las córtes se ocupasen de la libertad de imprenta. Sostuvo su dictámen el Sr. Perez de Castro, y las córtes nom-

braron una comision al efecto, la cual se dedicó á desempeñar sin descanso tan interesante tarea.

Aunque estaba acordada, y asi se observaba, la publicidad de las sesiones, tenian las córtes, contra el dictámen de algunos de sus individuos y de todo el público, algunas sesiones secretas, ya por creer que lo exigia asi la naturaleza de ciertos asuntos, ya por la dificultad que las naciones, lo mismo que los individuos, encuentran para desarraigar del todo sus antiguos hábitos. En una de estas sesiones estaba el congreso, cuando el duque de Orleans, apeándose á sus puertas el dia 30 de setiembre, pidió con instancia se le permitiese hablar desde la barandilla. Para comprender el paso del duque, es necesario tener presente que desde el año 1808 habia hecho este varias y estudiadas gestiones, ya sobre los supuestos derechos de su casa á la corona de España, á falta de mejores líneas, ya para pedir el mando de algun ejército, no habiendo accedido á su demanda la junta de Sevilla, como tampoco la Junta Central. Instalada la Regencia, creyó esta equivocadamente que la antigua casa de Francia tenia partido en el Rosellon y en otros departamentos meridionales, y recordando las pretensiones de Orleans, tuvo lo debilidad de ofrecerle el mando de un ejército que debia formarse en Cataluña. El duque aceptó esta merced, y se dirigió á Tarragona; pero lo hizo en mala ocasion, hallándose entonces reciente la pérdida de Lérida y la detrota del ejército español cerca de sus muros. Unido á este mal estado de cosas en el antiguo Principado la repugnancia de los catalanes á ver á su cabeza un príncipe estrangero, y mucho menos frances, hizo al duque embarcarse para Cádiz, donde fondeó el 20 de junio.

Su llegada puso á la Regencia en un compromiso, pues despues de habérsele llamado y ofrecídole el mando de un ejército, no podia cumplir su palabra, ya por oposicion de algunos generales españoles, entre los cuales se contaba Odonnell, ya porque el embajador ingles Wellesley le habia insinuado, aunque privadamente, que en el momento que se concediese al duque cualquiera especie de mando ó intervencion en nuestros asuntos militares ó políticos, tenia órden de sus córtes para reclamar. Mientras mediaban sobre el asunto ágrias contestaciones entre la Regencia y Orleans, verificóse la instalacion de córtes. Estas desaprobaron desde luego el pensamiento de emplear al duque, y manifestaron á la Regencia que por medios suaves y atentos indicase á S. A. la oportunidad de su alejamiento de Cádiz. Informado el de Orleans de esta órden, decidió presentarse en las córtes, verificándolo, segun acabamos de indicar, el 30 de setiembre; mas no accedió el congreso á su deseo de hablar desde la barra, y asi se lo manifestó con toda urbanidad por medio de D. Evaristo Perez de Castro y del marques de Villafranca, encargados de tan enojosa mision. Insistió el de Orleans en que se le recibiese, mas firmes los diputados en su resolucion, hicieron perder á S. A. toda esperanza, regresando este á Cádiz, sin despedirse de la Regencia. Esta escribió de órden de las córtes al gobernador de aquella plaza, encargándole que en buenos términos apresurase la ida del duque, quien al fin se embarcó para Palermo el dia 5 de octubre. La marcha de las córtes en este negocio fué, á no dudar, la mas conforme al decoro nacional y á lo que de ellas exijia una prudente prevision.

Otro asunto igualmente desagradable ocupó por entonces á las córtes en varias sesiones secretas. El obispo de Orense, que segun atras queda dicho, no habia concurrido al congreso con sus compañeros la noche del 24 á prestar el juramento que las córtes impusieron á la Regencia, envió al dia siguiente la dimision del cargo de regente y del de diputado, para el que habia sido nombrado por la provincia de Estremadura, concluyendo con la súplica de que se le permitiese regresar inmediatamente á su diócesis. Desentendiéndose las córtes de todo lo que decia para fundar su renuncia, accedieron á la peticion del obispo, sin exigirle juramento ni condicion alguna; mas como lo que el prelado deseaba era entrar en contestaciones con la asamblea, chocando abiertamente con ella, renovó despues del modo mas violento sus argumentos contra el decreto de 24 de setiembre, en una comunicacion que dirigió al congreso desde Cádiz el dia 3 de octubre, con pretesto de dar gracias

á las córtes por haber accedido á su solicitud, gracias que en efecto les dió, pero en tono tan irónico, que no dejaba duda del fin á que por semejante medio aspiraban los enemigos de la representacion nacional. Un papel tan descompuesto, y cuyo pensamiento subversivo se descubria tan patentemente en todas sus especies, dirigidas á abanderizar un partido contra las córtes, suscitó en estas vivos y acalorados debates, manifestándose opuestos al prelado muchos de los diputados eclesiásticos, aun de los menos afectos á novedades. Uno de ellos, D. Manuel Ros, canónigo de Santiago de Galicia, y años despues ejemplar obispo de Tortosa, esclamó: «El obispo de Orense hase burlado siempre de la autoridad. Prelado con-«sentido y con fama de santo, imagínase que todo le es lícito, y voluntarioso y «terco solo le gusta obrar á su antojo: mejor fuera que cuidase de su diócesis, cu-«yas parroquias nunca visita, faltando asi á las obligaciones que le impone el epis-«copado: he asistido muchos años cerca de su ilustrísima y conozco sus defec-«tos como sus virtudes.»

Las córtes, adoptando un término medio entre los favorecedores y los contrarios del obispo, determinaron en 18 de octubre prestase este en manos del cardenal de Borbon el juramento mandado exigir por decreto de 25 de setiembre á todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, el cual estaba concebido en términos análogos al que prestó el Consejo de Regencia. Opúsose el obispo á la órden, insistiendo en sus temerarios designios, y atacando violentamente el dogma de la soberanía nacional, viéndose con esto el congreso precisado á sostener su decoro ultrajado como lo hizo, nombrando una junta mista de eclesiásticos y seculares (de la cual no formó parte ninguno de los diputados, siendo todos sus miembros nombrados por la Regencia) para calificar las opiniones del obispo. Viendo este el universal entusiasmo con que todas las provincias recibian las disposiciones de las córtes, el ningun efecto que habia producido la especie de llamamiento que hacia á los pueblos con su resistencia á prestar el juramento que se le pedia, y temiendo las resultas del proceso entablado, cedió al fin de su terquedad, presentándose en las córtes el 3 de febrero inmediato y prestando el juramento requerido sin limitacion alguna. Permitiósele en seguida volver á su diócesis sobreseyéndose en los procedimientos judiciales. ¡Lástima que un obispo tan patriota y tan buen español como supo mostrarse en su célebre carta á Napoleon, mereciera la censura de la historia bajo estotro punto de vista!



JURAMENTO DEL OBISPO DE ORENSE.

La instalacion de las córtes generales y estraordinarias vino á coincidir con la noticia del levantamiento de nuestras posesiones americanas, y este asunto ocupó á la asamblea con el detenimiento consiguiente á su gravedad é importancia, destinando á la discusion de las medidas que debian adoptarse para impedir la separacion de aquellas lejanas regiones, varias sesiones interesantísimas, las cuales fueron todas secretas. Algunos autores modernos han sido á nuestro modo de ver injustísimos con las córtes, atribuyendo sin razon alguna á las mismas medidas que adoptaron poco menos que la causa eficiente del divorcio de aquellos paises. La necesidad de ser breves nos impide estendernos aqui con el detenimiento que quisiéramos en la dilucidacion de este punto, y asi trascribiremos al lector lo que sobre tal incidente y sobre las medidas en cuestion hemos epilogado en la obra citada en el capítulo anterior. Hé aqui nuestro modo de ver, espresado lacónicamente en nuestros TIRIOS Y TROYANOS:

«Destinadas las córtes á luchar con terribles dificultades desde el momento de su instalacion, vino en breve á probar los quilates de su sabiduría otro malhadado incidente, otro asunto infinitivamente mas árduo y de casi imposible solucion. Hablo de las alteraciones que tuvieron lugar en América, comenzando por la meriodional, irregular é inmenso corazon de 600,000 leguas cuadradas, que habiendo comenzado á latir en la época de Tupac-Amaro, iba ahora en 1810 á entregarse de nuevo á convulsiones presididas por el genio del mal, porque basta á un pais ser español, ó que haya heredado la sangre y la fatalidad española, para que desgraciadamente no sepa consolidar su ventura, ora adopte el gobierno absoluto, ora las formas constitucionales, ora el régimen republicano. Escritores superficiales han querido hacer responsables á las córtes estraordinarias de la pérdida de aquellas regiones, y no han visto que su desmembracion era efecto preciso, irremediable, de causas bien agenas á ellas. El infante está asido á su madre por medio de un cordon que se corta cuando ya no sirve á nutrirle: luego vive al calor de sus pechos, y siguen los dos seres siendo uno, mientras el amor es la ley que preside á la debilidad: mas tarde se anuncia otra era, y dá principio la separacion, y hombre el niño se enlaza á otro ser, y la amada reemplaza á la madre. ¿Estrañareis que la emancipacion suceda mas temprano ó mas tarde de la dependencia en que estan las colonias respecto á sus metrópolis? Pues aun lo estrañareis mucho menos si la madre patria no acierta á mostrarse en todo tal madre, ó dá al hijo perniciosos ejemplos para que se aliente á ser díscolo. Cumpliéranse en España las leyes que debian haber presidido á la conservacion de sus Indias; esplotárase mas el afecto, y menos el ánsia del oro; enviáranse gentes allá, no tanto á vejar y oprimir como á protejer é ilustrar; fuera otro el gobierno interior; diérase otro impulso, otro giro, otra direccion al comercio; evitárase añadir castas á castas para multiplicar los proscritos, los párias de aquellas regiones; abstuviérase Cárlos III de alzar como Eolo la peña que aprisionaba aun la tempestad; oyérase el dictámen de Aranda para contener los efectos de la imprevision y el error; casárase á la vírgen con tiempo, como aquel grande hombre queria, antes que el raptor asomase; evitárase, en fin, á la España el conflicto de su invasion, y América seguiria hija nuestra..... hija, aunque tuviera un esposo, aunque se declarase emancipada.

«No, no fueron las córtes culpables de los males que habia producido el absolutismo anterior; no fué ese absolutismo tampoco el único y esclusivo causante de la sublevacion americana. Fuélo, junto con él, la distancia, ocasion inevitable de errores, valladar á la reparacion, obstáculo á la accion espedita de una administracion paternal; fuélo con la distancia el ejemplo de los Estados Norte-Americanos, el de lo sucedido en el Brasil, el de la Francia sacudiendo el yugo, conmoviendo el continente europeo y haciendo resonar en todo el globo su estremecimiento social; fué, con el triste estado del indio, del negro, del mulato y del zambo, la desapoderada ambicion que cegaba á la raza criolla, á una parte de la mestiza y los individuos del clero; fué la debilidad ó connivencia de algunas autoridades; la inmoralidad del soldado, arrastrado allí como aquí por el dominio de

los pronunciamientos ; la envidia de naciones estrañas á nuestra prepotencia colonial; las gestiones del rey intruso para atraerse á aquellos naturales..... la venganza del gobierno británico..... fué , en fin , todo eso y mas que eso : fué la fatalidad, el sino , el hado , lo que mas arriba decíamos..... ¡ fué que habia llegado la hora!

« Recientes estaban aun los hidalgos desprendimientos con que las regiones de América acababan de mostrar su entusiasmo en favor de la causa española , cuando fueron sabidos allá nuestros repetidos desastres , la invasion de las Andalucías y la dispersion de la Junta que acababa de dar por respuesta á tanta generosidad el decreto de igualdad de derechos. Estendidas por aquellos paises las nuevas de tanta desgracia, creyóse derribada en España la columna de la Independencia, y esplotando los agitadores aquella persuasion general, asieron la ocasion de alzar su casa sobre los despedazados escombros en que se deshacia la nuestra. Dióse el grito primero en Caracas, patria del célebre Bolivar , el dia 19 de abril de 1810 , y cruzando en breve las pampas y los rios de Venezuela , levantáronse todas sus provincias, esceptuándose solamente los partidos de Coro y Maracaibo. Alzado Buenos-Aires despues , contuviéronse Montevideo y el rico territorio de Chile , libertándose igualmente el Perú de la llama de la insurreccion , gracias á la firmeza del virey; mas no asi el nuevo Reino de Granada , donde abrió el volcan ancho cráter en el último tercio de julio. Nueva-España en la América del norte esperó á que viniera setiembre para insurreccionarse aquel mes ; pero lo hizo con menos fortuna de la que el Paraguay y el Tucuman habian poco antes tenido en la América meridional, coaligándose con Buenos-Aires. ¿Qué podia hacerse en España en aquel tremendo conflicto ? La Regencia al saber los disturbios que decian relacion á Caracas , se lisonjeó con la idea de calmarlos pacíficamente, siendo tanto mas culpable esta errada creencia suya, cuando nada le era tan fácil como probar á los americanos que España, aunque agoviada, estaba en pié, no debiendo ya por lo tanto seguir el alzamiento adelante. Envió , pues , como comisionado suyo al consejero Cortavarría con algunos buques de guerra, encargándole reunir tropas, aunque sin apelar á la fuerza , hasta que fueran totalmente inútiles los recursos de la persuasion. Las noticias de Buenos-Aires vinieron á afiijirla de nuevo en los últimos dias de agosto; y alarmáronla tanto mas , cuanto al tiempo de estallar el tumulto no se ignoraba allí que en España existia un gobierno nacional. ¿Contra quién era, pues, la insurreccion, faltándole el pretesto alegado por los alborotados de Caracas? Visto era, y bien claro , el objeto de un alzamiento tan inesperado. La Regencia mandó salir de España á D. Francisco Javier Elío , confiriéndole el vireinato de las provincias de la Plata, y haciendo que marchasen con él 500 hombres con otros dos buques de guerra. La mision del nuevo enviado fué la misma que la del otro : apurar los medios conciliatorios antes de recurrir á las armas ; ¿y qué otra cosa se podia hacer desde una nacion invadida, reducida al último estremo , y tan necesitada de fuerzas, que firmaba su sentencia de muerte en el momento que las desmembrase?

« Tal era el estado de las cosas que decian relacion á Ultramar, cuando se reunieron las córtes. Discutido en secreto el asunto , como lo exigia su índole , conoció la asamblea lo inútil, mejor dicho , lo necio y lo ridículo de perder tiempo en bravatas. Trató , pues, de esplotar otros medios que mas conformes con su posicion estuviesen igualmente acordes con lo que la justicia y la política parecian aconsejar; medios que aun en el caso de ser vanos, como era tambien de temer, ofrecian al menos la ventaja de poner la razon de su parte. ¿ Y quién entre la fuerza y la razon, igualmente impotentes una y otra , se negó á preferir la segunda? Feo y con sus visos de ingrato parecia alzarse la América , cuando se proclamaba entre nosotros su absoluta igualdad de derechos; pero aquella estraña conducta admitia escusa tal vez. La ratificacion del decreto espedido por la Junta Central , cerraba el camino á la escusa, y las córtes lo ratificaron. Esto, empero, no era bastante. El temor de ser castigados los complicados en la insurreccion los podia retraer de avenirse: las córtes, previsoras en todo, decretaron una amnistía, y cerraron el camino al temor. ¿Qué mas se podia exijir? ¿Pruebas de que no era

ilusoria la igualdad de derechos sancionada? Las córtes declararon que América era igual en todo á nosotros en lo tocante á representacion, y que el criollo, el indio y el mestizo eran tan aptos como el europeo para los empleos y honores. ¿Muestras de que cesaban los abusos, de que comenzaba otra era de reparacion y reforma para las clases antes abatidas? Las córtes rompieron las trabas que vedaban cultivar y sembrar aquello que placiese mejor á los infelices indígenas; las córtes les alzaron los tributos y los repartimientos inicuos á que antes estaban sujetos; las córtes acabaron de abolir las *mitas* ó trabajos forzados á que un resto de antigua tiranía los condenaba aun en el Perú.

« Nada se omitió en este año de 1810 y principios de 1811 para hacer deponer las armas á los insurgentes de América, esplotando los medios del halago, de la bondad y de la persuasion. Desgraciadamente fué en vano cuanto se hizo en ese sentido. ¿Habrá quien afirme por eso que se hubiera obrado mejor siguiendo el opuesto camino? Pero esto en el terreno de la fuerza ya hemos visto que era imposible. ¿De qué hubiera servido por tanto abolir la igualdad establecida por el decreto de la Central, y negarse á reconocer sus legítimas consecuencias, como cierto escritor contemporáneo opina que debió haberse hecho? Quien de tal manera discurre olvida ó aparenta olvidar los funestos efectos que produjo la revocacion que la Regencia hizo de la órden dada por el ministerio de Hacienda, autorizando poco tiempo antes el comercio directo de Indias con las colonias y puertos estrangeros; órden mal espedida sin duda, mas de aquellas que una vez dadas, no permiten volver el pié atras sin centuplicar los conflictos que se quieren evitar anulándolas. ¿De qué, pues, hubiera servido la otra abolicion á que alude el autor á que nos referimos? De dar nuevo motivo al encono y á la exasperacion americana, para que ese mismo escritor tuviera luego el gusto de argüir al contrario que ahora lo hace, cargando á la asamblea la culpa de haber perdido la razon y el pleito, cuando de la otra manera, ya que el pleito al fin se perdiese, quedábamos al menos, sino toda, una muy buena parte de razon.

« ¡Revolucionarios de América! Al romper los antiguos lazos, las cadenas si os place mejor, que os unian á la metrópoli, contrajísteis ante Dios y los hombres el empeño de constituiros, haciendo venturosas y libres esas apartadas rejiones. ¡Méjico! Venezuela! Colombia! República del Ecuador! Alto y bajo Perú! Chile! Paraguay! Uruguay! República de Buenos-Aires!....... ¡ Ramas desgajadas del árbol, cuya sombra cubria en otros tiempos las tres cuartas partes del globo! ¿Cómo os veo á casi todas raquíticas, ó cómo no se anuncia en vosotros el jugo vivificador, la sávia bienhechora y fecunda que os debia hacer prosperar? Nosotros os dejamos con hojas, y el huracan os las arrebató: ¿ os quitó juntamente con ellas los frutos que debiais producir? Mas ay! la enfermedad que padeceis es hereditaria sin duda. ¿Con qué derecho os recriminaremos los que no sabemos curarnos del gérmen que engendró la dolencia? Ramas sois desprendidas del árbol, y lo sois como era preciso, como estaba escrito que fuese.... ¡siguiendo la suerte del tronco! (1) »

En este primer periodo de las tareas de las córtes tuvo efecto tambien y muy notable la discusion sobre libertad de imprenta. Este importantísimo asunto, junto con los demas que ocuparon al congreso en lo que resta de 1810, será objeto de nuestra narracion en el inmediato capítulo.

---

(1) TIRIOS Y TROYANOS, tomo I, cáp. IX, páginas 241 á 247.

CAPITULO XIII.

Córtes.—Discusion sobre libertad de imprenta.—Opinion del señor Tenreyro.—Oportunas observaciones del señor Mejía.—Notables razones de los señores Gallego y Oliveros.—Memorable discurso del señor Muñoz Torrero.—Decreto de las córtes sobre libertad de imprenta.—Partidos en las córtes.—Mudan estas la Regencia.—Ocurrencias con el marques de Palacio.—Reseña de la conducta de la primera Regencia.—Decretan las córtes un monumento a Jorge III, rey de Inglaterra.—Suspéndese la provision de prebendas eclesiásticas.—Señálase el máximum de los sueldos.—Nombran las córtes la comision de Constitucion.—Proposiciones de los señores Capmany y Borrull, sobre el casamiento de los reyes de España.—Nueva distribucion de los ejércitos españoles.—Fin del año 1810.

El derecho de emitir las ideas sin prévia censura habia sido constantemente encadenado en tiempo de la Junta Central, incapaz, como ya hemos dicho varias veces, de elevarse á la altura de las circunstancias en la época de regeneracion que estaba destinada á impulsar. Vanamente Calvo de Rozas, mantenedor incansable del progreso político y de todo lo que fuese mejoras, pidió un sin fin de veces el uso de tan importante derecho. La Central admitió á discusion algunas de las proposiciones; pero entre peroratas, informes y consultas, hizo transcurrir todo el tiempo de su dominacion, sin determinar cosa alguna hasta el momento de disolverse. Entonces, ó arrepentida de su mal obrar, ó temerosa de la cuenta que pudiera pedírsele, dejó recomendado al Consejo de Regencia en su prolijo reglamento, «que propusiera necesariamente á las córtes una ley «fundamental que protegiese y asegurase la libertad de imprenta, y que en«tretanto se protegeria de hecho esta libertad como uno de los medios mas «convenientes, no solo para difundir la ilustracion general, sino tambien «para conservar la libertad civil y política de los ciudadanos.» Y por otro artículo del mismo reglamento se creaba una diputacion compuesta de ocho individuos, celadora de aquel y de los otros derechos nacionales.

No era la Regencia á propósito para dar de buen grado ensanche al precioso derecho de que hablamos, y asi era escusado esperar resultado alguno importante en tan interesante materia hasta la reunion de las córtes. Estas hicieron algo en obsequio de la garantía en cuestion, la primera entre todas las del hombre en las naciones modernas; pero á nuestro modo de ver, debieron hacer algo mas. Ya en la sesion del 27 de setiembre habia el Sr. Argüelles propuesto, mereciendo la aprobacion de las córtes, el nombramiento de una comision que presentára el proyecto de una ley de libertad de imprenta. Esta proposicion no fué apenas

impugnada ; pero no sucedió lo mismo cuando el 14 de octubre presentó la comision su dictámen. Alarmados con la noticia los afectos al antiguo régimen, se habian hecho un partido en el congreso para oponerse á la anunciada ley, poniéndose á su cabeza D. Joaquin Tenreyro, diputado por Galicia, hombre de estudios y de erudicion; pero imbuido en las máximas de las viejas escuelas. Este señor, despues de procurar infructuosamente el dia 14 diferir la lectura del informe de la comision, insistió el 15 en su propósito de suspender la discusion, alegando que deberia pedirse con antelacion el parecer de ciertas corporaciones, en especial el de las eclesiásticas, y aguardar la llegada de mayor número de diputapos. El acaloramiento con que se espresó (1) y lo anticuado y aun estravagante de las doctrinas que sostuvo, escitó las réplicas de varios diputados, los cuales despues de pulverizar los argumentos políticos del preopinante, demostraron haber seguido el espediente los trámites de costumbre, viniendo ademas instruido desde el tiempo de la Junta Central. Reprodujo no obstante sus argumentos el Sr. Tenreyro, pero no por eso pudo impedir que empezase de lleno la discusion. Fué el Sr. Argüelles uno de los primeros que entraron en ella, demostrando en un brillante discurso todas las ventajas del derecho á que nos referimos. Impugnóle el eclesiástico Morros, como contrario á la religion, presentando varios argumentos que rechazó victoriosamente el Sr. Mejía, diputado americano, de una selecta instruccion, y aunque seglar, muy versado en asuntos eclesiásticos, dando fin á su improvisacion diciendo : « Que en las naciones en donde no se permitia la libertad de imprenta, el arte de imprimir habia sido perjudicial, *porque habia quitado la libertad primitiva que existia de escribir y copiar libros sin particulares trabas*, y que si bien entonces no se esparcian las luces con tanta rapidez y estension, á lo menos eran libres. Y mas vale un pedazo de pan comido en libertad, que un convite real con una espada que cuelga sobre la cabeza, pendiente del hilo de un capricho. »

Tambien fueron notables las razones con que D. Juan Nicasio Gallego, eclesiástico de no comun ilustracion, contestó al Sr. Rodriguez de la Bárcena, igualmente diputado eclesiástico. « Si hay en el mundo, dijo, absurdo en este género es el de asentar, como lo ha hecho el preopinante, que la libertad de imprenta podia existir bajo una prévia censura. *Libertad* es el derecho que todo hombre tiene de hacer lo que le parezca, no siendo contra las leyes divinas y humanas. *Esclavitud* por el contrario existe donde quiera que los hombres están sujetos sin remedio á los caprichos de otros, ya se pongan ó no inmediatamente en práctica. ¿Cómo puede, segun eso, la imprenta ser libre, quedando dependiente del capricho, de las pasiones ó la corrupcion de uno ó mas individuos? ¿Y por qué tanto rigor y precauciones para la imprenta, cuando ninguna legislacion las emplea en los demas casos de la vida y en acciones de los hombres no menos espuestas al abuso? Cualquiera es libre de proveerse de una espada : ¿ dirá nadie por eso que se le deben atar las manos, no sea que cometa un homicidio? Puedo en verdad salir á la calle y robar á un hombre, mas ninguno llevado de tal miedo aconsejará que se me encierre en mi casa. A todos nos deja la ley libre el albedrío ; pero por horror natural á los delitos, y porque todos sabemos las penas que están impuestas á los criminales, tratamos cada cual de no cometerlos..... »

D. Antonio Oliveros, canónigo de S. Isidro de Madrid, y de doctrina tan sólida como sencillo y candoroso era su carácter, demostró por su parte contra la opinion sostenida por muchos de los otros diputados eclesiásticos, que la libertad de imprenta no era contraria á la religion; y sí muy compatible con ella.

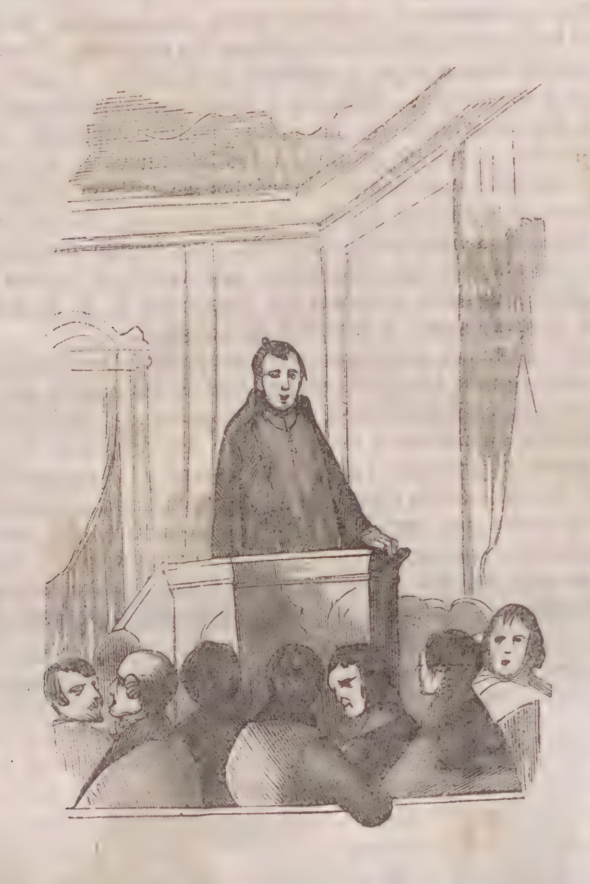
(1) Para dicha hasta cierto punto de las córtes y del nombre español, dejó el señor Tenreyro de ser diputado á los pocos dias, por no ser natural de la provincia que representaba. Sin esta feliz circunstancia, hubiera dado muchos malos ratos al congreso; pues á lo anti-liberal de sus doctrinas, unia la mas obstinada terquedad para sostenerlas.

« Nosotros (decia aquel digno diputado estremeño), queremos dar alas á los sentimientos honrados, y cerrar las puertas á los malignos..... La religion santa de los Crisóstomos y de los Isidoros no se recata de la libre discusion; temen esta los que desean convertir aquella en provecho propio. ¡Qué de horrores y escándalos no vimos en tiempo de Godoy! ¡Cuánta irreligiosidad no se esparció! ¿Y habia libertad de imprenta? Si la hubiera habido dejáranse de cometer tantos escesos con el miedo de la censura pública, y no se hubieran perpetrado delitos, sumidos ahora en la impunidad del silencio. Ciertos obispos ¿hubieran osado manchar los púlpitos de la religion, predicando los triunfos del poder arbitrario, y por decirlo asi, los del ateismo? ¿Hubieran contribuido á la destruccion de su patria y á la tibieza de la fe, incensando impiamente al ídolo de Baal, al malaventurado valido?.....»

El Sr. Argüelles rechazó en un segundo discurso muchas de las objeciones hechas por los antagonistas de la libre emision del pensamiento, cerrando al fin tan memorable discusion, que duró cinco dias, el dignísimo representante D. Diego Muñoz Torrero, pronunciando otro bello discurso que no podemos menos de estractar. « La materia que tratamos (decia el Sr. Muñoz Torrero), tiene, segun lo miro, dos partes, la una de *justicia*, la otra de *necesidad*. La justicia es el principio vital de la sociedad civil, é hija de la justicia es la libertad de la imprenta.... El derecho de traer á exámen las acciones del gobierno, es un derecho tan imprescriptible, que ninguna nacion puede cederlo sin dejar de ser nacion. ¿Qué hicimos nosotros en el memorable decreto de 24 de setiembre? Declaramos los decretos de Bayona ilegales y nulos. Y ¿por qué? Porque el acto de renuncia se habia hecho sin el consentimiento de la nacion. ¿A quién ha encomendado ahora esa nacion su causa? A nosotros, nosotros somos sus representantes, y segun nuestros usos y antiguas leyes fundamentales, muy pocos pasos pudiéramos dar sin la aprobacion de nuestros constituyentes. Mas cuando el pueblo puso el poder en nuestras manos, ¿se privó por eso del derecho de examinar y criticar nuestras acciones? ¿Por qué decretamos en 24 de setiembre la responsabilidad de la potestad ejecutiva, responsabilidad que cabrá solo á los ministros cuando el rey se halle entre nosotros? ¿Por qué nos aseguramos la facultad de inspeccionar sus acciones? Porque poníamos *poder* en manos de *hombres*, y los hombres abusan fácilmente de él si no tienen freno alguno que los contenga, y no habia para la potestad ejecutiva freno mas inmediato que el de las córtes. Mas, ¿somos por acaso infalibles? ¿Puede el pueblo, que apenas nos ha visto reunidos, poner tanta confianza en nosotros, que abandone toda precaucion? ¿No tiene el pueblo el mismo derecho respecto de nosotros, que nosotros respecto de la potestad ejecutiva en cuanto á inspeccionar nuestro modo de pensar y censurarle?... Y el pueblo, ¿qué medio tiene para esto? No tiene otro sino el de la imprenta; pues no supongo que los contrarios á mi opinion le den la facultad de insurreccionarse, *derecho el mas terrible* y peligroso que pueda ejercer una nacion. Y si no se le concede al pueblo un medio legal y oportuno para reclamar contra nosotros, ¿qué le importa que le tiranice uno, cinco, veinte ó ciento?... *El pueblo español ha detestado siempre las guerras civiles; pero quizá tendria desgraciadamente que venir á ellas.* El modo de evitarlo es permitir la solemne manifestacion de la opinion pública. *Todavía ignoramos el poder inmenso de una nacion para obligar á los que gobiernan á ser justos.* Empero prívese al pueblo de la libertad de hablar y escribir, ¿cómo ha de manifestar su opinion? Si yo dijese á mis poderdantes de Estremadura que se establecia la prévia censura de la imprenta, ¿qué me dirian al ver que para esponer sus opiniones tenian que recurrir á pedir licencia?... Es, pues, uno de los derechos del hombre en las sociedades modernas el gozar de la libertad de la imprenta, sistema tan sabio en la teórica, como confirmado por la esperiencia. Véase la Inglaterra: á la imprenta libre debe principalmente la conservacion de su libertad política y civil, su prosperidad. Inglaterra conoce lo que vale arma tan poderosa: Inglaterra por tanto ha protegido la imprenta; pero la imprenta en pago ha conservado la Inglaterra. Si

la medida de que hablamos es *justa* en sí *y conveniente*, no es menos *necesaria* en el dia de hoy. Empezamos una carrera nueva, tenemos que lidiar con un enemigo poderoso, y fuerza nos es recurrir á todos los medios que afiancen nuestra libertad y destruyan los artificios y mañas del enemigo. Para ello, indispensable parece reunir los esfuerzos todos de la nacion, é imposible seria no concentrando su energía en una opinion unánime, espontánea é ilustrada, á lo que contribuirá muy mucho la libertad de imprenta, y en lo que estan interesados no menos los derechos del pueblo que los del monarca... La libertad sin la imprenta libre, aunque sea *el sueño del hombre honrado*, será siempre un sueño... La diferencia entre mí y mis contrarios consiste en que ellos conciben que los males de la libertad son como un millon y los bienes como veinte; yo, por lo opuesto, creo que los males son como veinte y los bienes como un millon. Todos han declamado contra sus peligros. Si yo hubiera de reconocer ahora los males que trae consigo la sociedad, los furores de la ambicion, los horrores de la guerra, la desolacion de los hombres y la devastacion de las pestes, llenaria de pavor á los circunstantes. Mas por horrible que fuese esta pintura, ¿se podrian olvidar los bienes de la sociedad civil, á punto de decretar su destruccion? Aqui estamos, hombres falibles, con toda la mezcla de bueno y malo que es propio de la humanidad, y solo por la comparacion de ventajas é inconvenientes podemos decidirnos en las cuestiones... Un prelado de España, y lo que es mas, inquisidor general, quiso traducir la Biblia al castellano. ¿Qué torrente de invectivas no se desató contra él?... ¿Cuál fué su respuesta? *Yo no niego que tiene inconvenientes, ¿pero es útil, pesados unos con otros?* En el mismo caso estamos. Si el prelado hubiera conseguido su intento, á él deberíamos el bien, el mal á nuestra naturaleza. Por fin, creo que haríamos traicion á los deseos del pueblo, y que daríamos armas al gobierno arbitrario que hemos empezado á derribar, si no decretásemos la libertad de la imprenta...
«*La prévia censura es el último asidero de la tiranía que nos ha hecho gemir por siglos.*
«*El voto de las córtes va ha desarraigar esta, ó á confirmarla para siempre.*»

Lástima seguramente, como dice un ilustre escritor, que no se hayan conservado íntegros los discursos pronunciados en aquella gran discusion que ahora reseñamos. Las sesiones no se publicaban de oficio en aquellos dias, segun comenzó á usarse en el promedio de diciembre, habiéndose desde entonces establecido taquígrafos que siguiesen literalmente la palabra del orador; y si se tiene algun conocimiento de las peroraciones anteriores á dicha fecha, se debe mas que á los mezquinos estractos de los periódicos de entonces, á las mas circunstanciadas notas que tomaban algunos curiosos, entre ellos varios ingleses. Estas notas fueron las que llevaron á los paises estrangeros el conocimiento de la discusion sobre la imprenta, una de las mas brillantes de las córtes, y de la que mas fama reportaron estas, pareciendo imposible tanta sabiduría en hombres que por tantos años habian gemido bajo del doble yugo de la tiranía y el fanatismo. Lástima tambien que tanto saber y patriotismo tuvieran por resultado la imperfecta ley de libertad de imprenta que se decretó, poco digna, como antes dijimos, de cortes tan ilustradas. No entraremos, sin embargo, en una detenida inpugnacion de la citada ley; lo primero porque cuanto digéramos en apoyo de nuestra opinion, seria siempre muy inferior á los bellísimos raciocinios que sobre la materia adujeron los diputados citados antes y otros varios que la brevedad no nos ha permitido nombrar; y lo segundo por no dar motivo á creer que tenemos placer en rebajar á los que con tanta gloria suya y honor de la humanidad defendieron su noble causa, siendo, generalmente hablando, mas dignos que de crítica, de lástima, cuando no podian hacer mas, como acaso sucedió en esta ley, viéndose precisados al darla á capitular con las circunstancias y limitándose á realizar una concesion, sino completa ni perfecta, bastante sin embargo para empezar á desmontar la senda por donde sus descendientes pudieran llegar al término que en vano aspiraban ellos. Tales son las ideas que naturalmente se desprenden de los discursos de los señores Mejía, Gallego, Oliveros, y sobre todo de el del venerable Muñoz Torrero. ¿Quién al profundizar



el discurso de este, y al reflexionar sobre los conceptos que en él hemos subrayado, no ve en su ilustre autor al digno campeon de la libertad de que hablamos?

La discusion general duró desde el 15 hasta el 19 de octubre, en cuyo dia se aprobó el primer artículo del proyecto de ley concebido en estos términos: «Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condicion y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revision y aprobacion alguna anteriores á la publicacion, bajo las restituciones y responsabilidades que se espresarán en el presente decreto.» Votóse el artículo por 70 votos contra 32, y aun de estos hubo 9 que especificaron que solo por entonces la desechaban. De esta disposicion general, que libraba á la imprenta de las trabas de la prévia censura, esceptuáronse en el artículo 6.° los escritos que versaban sobre materias religiosas, por no considerarlas sin duda, como efectivamente no lo estan, comprendidas en la calificacion de políticas. Esta restriccion no es posible que dañe á la memoria del congreso. La época exigia ese tributo, y no hicieron mas que pagarlo, habiendo manifestado los diputados muchísima prudencia y tino cuando al tiempo de rendir su homenage al espíritu religioso que tan vivamente animaba á nuestros padres, arrancaron al Santo Oficio la censura que sobre los tales escritos habia egercido hasta entonces, confiriéndola en lo sucesivo á los ordinarios eclesiásticos. Lo indisculpable para nosotros es que en las materias políticas no admitieran las córtes el jurado, si bien procuraron cubrir su falta, aunque muy imperfectamente, disponiendo en uno de los artículos, que el congreso nombrase una junta suprema, dicha de censura, que residiese cerca del gobierno, formada de nueve individuos, y otra

semejante de cinco á propuesta de la misma para las capitales de provincia. En la primera habia de haber tres eclesiásticos y dos en las segundas. Tocaba á estas juntas examinar los impresos denunciados, y calificar si se estaba ó no en el caso de proceder contra ellos y sus autores, editores é impresores responsables á su vez y respectivamente. Los individuos de las juntas podian reputarse en cierto modo como jueces de hecho, quedando despues á los tribunales la aplicacion de las penas; y el ser nombradas aquellas por las córtes les quitaba hasta cierto punto la odiosidad que inspirado hubieran á serlo por el gobierno, en cuyo caso habria sido completamente ilusoria la libertad de imprenta, no siendo posible que exista en los desgraciados paises donde son nombrados por aquel los jueces calificadores de sus abusos. La Junta Suprema censoria fué nombrada el 9 de noviembre, publicándose el 10 el decreto sobre la libertad en cuestion.

Los dos últimos objetos en que hemos visto ocupadas á las córtes fueron demasiado notables para poder ocultar las miras respectivas de los bandos que en ella se agitaban, bandos que por de pronto fueron dos principalmente, dividiéndose como se dividieron los diputados en amigos y contrarios de las reformas. El público los distinguió luego, dando al primero el epiteto de *liberal* y al segundo el de *servil* (1). Debiendo notarse que el partido liberal se fué aumentando sucesivamente, no solo con los nuevos diputados que fueron llegando, sino tambien con muchos de los primitivos, que indecisos al principio, pero siempre animados de buena fe, aprendieron de las doctrinas de sus compañeros los verdaderos intereses de la patria, y convencidos de ellos, votaban con los reformistas los que antes habian sido sus contrarios.



Al frente de los liberales campeaba D. Agustin Argüelles, cuyas relevantes prendas ya hemos bosquejado, ayudándolo en su noble empeño, entre los seglares, D. Manuel García Herreros, D. José María Calatrava, D. N. Golfin, D. Manuel Lujan, el conde de Toreno, D. Antonio Porcel y el afamado geógrafo D. Isidoro

(1) Calificólos de esta manera, segun Toreno, el poeta D. Eugenio Tapia en una composicion poética bastante notable, en la cual, separando maliciosamente con una rayita dicha palabra, escribióla de este modo: *Ser-vil.*

Antillon (1). Entre los eclesiásticos del mismo partido se distinguian, el tan justamente célebre D. Diego Muñoz Torrero, D. Antonio Oliveros, D. Juan Nicasio Gallego, D. José Espiga, D. Joaquin de Villanueva y D. N. Terreros (2).

Se contaban tambien en este partido diputados que nunca ó rara vez hablaban, sin dejar por eso de ser varones muy distinguidos y muy útiles al congreso por los conocimientos que comunicaban á sus compañeros en sus conferencias privadas; era el mas notable D. Fernando Navarro, vocal por la ciudad de Tortosa, que habiendo cursado en Francia en la universidad de la Sorbona, y recorrido diversos reinos de Europa y fuera de ella, poseia á fondo varias lenguas modernas, las orientales y las clásicas, y estaba familiarizado con los diversos conocimientos humanos. Seguian despues los señores Ruiz Padron y Serra, eclesiásticos venerables, de quienes el primero habia en otro tiempo trabado amistad en los Estados-Unidos con el célebre Franklin. Eran igualmente del mismo partido, y ayudaban mucho en las comisiones, los señores Perez de Castro y Caneja, no menos que Don Pedro Aguirre, diputado por la junta de Cádiz, varon muy inteligente en comercio y hacienda.

En el partido desafecto á las reformas sobresalian entre los seglares D. Francisco Gutierrez de la Huerta, D. José Pablo Valiente, D. Francisco Borrull y Don Felipe Aner, si bien este á veces votaba con los liberales; y entre los eclesiásticos D. Jaime Creus, D. Pedro Inguanzo y D. Alonso Cañedo. Todos estos tres señores fueron elevados á la dignidad episcopal en la aciaga época que siguió á la gloriosa que historiamos. Preciso es confesar, aunque con dolor, que el despotismo ha pagado siempre mejor á sus servidores que la libertad á los suyos; habiéndose visto, bajo la dominacion de esta morir en la miseria á muchos varones dignísimos, entre ellos varios eclesiásticos virtuosos, dignos discípulos de Jesus, en cuyos pechos ardian con la llama de la caridad mas pura, la del liberalismo mas ardiente, y por cuya causa habian hecho los mayores sacrificios.

Ademas de estos dos bandos principales existia en las córtes un tercer partido compuesto de los americanos, los cuales por lo comun estaban por las reformas, y votaban con los liberales en las mas de las cuestiones, salvo en las relativas á Ultramar y en las que tendian á vigorizar el gobierno de la Península. A su frente estaba D. José Mejía, orador sagaz, elocuente y á veces patético, especialmente cuando trataba de América, y le ayudaban entre los seglares los señores Leiva, Morales Duarez, Feliú y Gutierrez de Teran. Pertenecientes á esta misma seccion, contábanse entre los eclesiásticos los señores Alcocer, Arispe, Larrazabal Gordoa y Castillo: los dos últimos á cual mas dignos.

Durante la discusion sobre la libertad de imprenta ocurrió otro suceso notable. Las córtes, que no podian ver sin recelo á la Regencia desde el último incidente ocurrido con su presidente el obispo de Orense, concibiéronlo mucho mayor á resulta de una providencia que les pareció maliciosa, siendo acaso efecto esclusivo de un proceder irreflexivo y ligero. Fué esta una órden al gobernador de la plaza de Cádiz y al del Consejo Real «para que se celase sobre los que hablasen mal de las córtes.» Los diputados atribuyeron esta oficiosidad á mira siniestra de malquistarlos con el público, y al pernicioso designio de hacer creer á la nacion que era el congreso muy censurado en Cádiz. La disculpa que la Regencia dió de haber sido la órden secreta agravaba mas su responsabilidad, pues daba motivo con esto á que la providencia en cuestion se atribuyese á disposicion de las córtes. Los diputados quisieron alejar de sí toda sospecha, y en sesion pública anunciaron

(1) El conde de Toreno no tomó asiento en el congreso hasta marzo de 1811; y los señores Porcel y Antillon lo hicieron algun tiempo despues.

(2) Cura de Algeciras y diputado por la provincia de Cádiz. No recordamos al presente el nombre de este digno párroco, y lo sentimos de veras, siendo tan acreedor á la estimacion del pueblo español, cuya libertad é intereses sostuvo constantemente en sus discursos. Murió en Cádiz cuando la epidemia de 1813.

« que miraban la órden como contraria á su propio decoro, aspirando únicamente « á merecer por su conducta la aprobacion de sus conciudadanos, en prueba de lo « cual se ocupaban en dar la libertad de imprenta para que se examinasen los « pocedimientos legislativos del gobierno con ámplia y segura franqueza. » Hecha esta manifestacion, determinaron las córtes remover la Regencia; pero lo hicieron de un modo suave y honorífico, admitiendo la renuncia que aquella habia presentado el 24 de setiembre. Determinaron tambien reducir á tres el número de cinco individuos de que habia constado la primera Regencia, recayendo la eleccion en el general D. Joaquin Blake, en el gefe de escuadra D. Gabriel Ciscar, y en D. Pedro Agar, en representacion de América como natural que era de ella. Ausentes los dos primeros, nombráronse dos suplentes hasta su venida, y lo fueron D. José María Puig, del Consejo Real, y el general marques del Palacio.

El 28 de octubre se presentaron en las córtes los tres individuos de la nueva Regencia á prestar el juramento, verificándolo los señores Agar y Puig, sin añadir observacion alguna. No asi el marques del Palacio, quien se espresó « juraba sin « perjuicio de los juramentos de fidelidad que tenia prestados al Sr. D. Fernando VII. » Déjase discurrir la impresion que causaria en las córtes y en el público tan inesperada cortapisa. Quiso el marques esplicarla; mas para ello se le mandó pasar á la barandilla. Allí, cuanto mas procuró esclarecer el sentido de sus palabras, tanto mas se comprometió, perturbado ya su juicio y confundido. Insistiendo, sin embargo, el marques en su propósito, el presidente que lo era aquel mes, el distinguido marino D. Luis del Monte, hombre de condicion fuerte, al paso que atinado y de luces, impúsole respeto, y le ordenó qne se retirase. Obedeció el marques, quedando arrestado por disposicion de las córtes en el cuerpo de guardia.



Arresto del marques del Palacio.

Con lo ocurrido, no se dió posesion de sus destinos sino á los señores Agar y Puig, ocupando las córtes gran parte de la noche del 28 en una discusion acalorada. Entre los diputados que se ensañaron contra el del Palacio, hubo algunos de los que comunmente votaban del lado anti-liberal, señalándose el Sr. Ros, ya antes severo en el asunto del obispo de Orense, y el cual dijo en esta ocasion: « Trátese al marques del Palacio con rigor, fórmesele causa, y que no sean sus

«jueces individuos del Consejo Real, porque este cuerpo me es sospechoso.»

De los diputados liberales uno de los que se espresaron con mas vehemencia en esta discusion, fué el Sr. Caneja (hoy ministro de Gracia y Justicia), el cual desenvolviendo la doctrina de la dignidad de las naciones representadas en las córtes, dijo: «Con disgusto estoy oyendo toda la noche, *el Sr. marques del Palacio.* «Delante de la magestad de la nacion nadie es *Señor.*» Y despues, esplicando las relaciones entre las naciones y los reyes añadió. «Las naciones no se han hecho «para los reyes, sí los reyes para las naciones: esta es una verdad tan positiva, «que si para la felicidad de España fuera preciso que Fernando VII muriera víc-«tima inocente, deberíamos sacrificarlo.....»

Al fin, despues de haber pasado el negocio á una comision de las córtes, se arrestó al marques en su casa, nombrando la Regencia para juzgarle una junta de magistrados. Duró la causa hasta febrero, en cuyo intermedio, habiéndose disculpado aquel, escrito un manifiesto y mostrádose muy arrepentido, logró desarmar á muchos y en particular á sus jueces, los cuales limitaron su fallo á declarar «que «el marques estaba en la obligacion de volver á presentarse en las córtes, y de jurar «en ellas lisa y llanamente, así para satisfacer á aquel cuerpo como á la nacion de «cualquier nota de desacato en que hubiese incurrido.....» En cumplimiento de esta decision pasó dicho marques el 22 de marzo á prestar en las córtes el juramento que se le exijia, con lo que se terminó este negocio, habiendo ya las córtes nombrado desde el 29 de octubre como regente interino en lugar suyo al general marques de Castelar, grande de España. Los propietarios ausentes, D. Joaquin Blake y D. Gabriel Ciscar, no ocuparon respectivamente sus sillas hasta el 8 de diciembre y 4 del próximo enero.

Cesó, pues, en sus funciones el primer Consejo de Regencia, cuya conducta, si bien poco franca y amistosa con las córtes, no fué tan vituperable en el punto de su administracion. En la parte diplomática casi mantuvo las mismas relaciones. Conservóse en buena armonía con el gobierno británico; pero sin ceder á exijencias que no creia decorosas ni útiles para la nacion, pues con motivo de haber solicitado la garantía de aquella potencia para contraer un empréstito de diez millones de libras esterlinas, que fué rebajado despues á dos millones de la misma moneda, el ministro plenipotenciario ingles, que lo era actualmente sir Enrique Wellesley, hermano del lord y del marques, quiso conseguir en premio de este servicio la franquicia del comercio directo desde los puertos de Inglaterra con nuestros dominios de Indias, durante el tiempo de la guerra y bajo un derecho de once por ciento sobre factura; proposicion que fué rechazada por el ministro de Estado D. Eusebio Bardají. Igual resultado tuvo la pretension del mismo Wellesley para que se permitiera á algunos ingenieros ingleses fortificar á Vigo y las islas inmediatas de Bayona. Debióse tambien á la Regencia la correspondencia secreta, dependiente del ministerio de estado y puesta á cargo del hábil magistrado D. Antonio Ranz Romanillos, para tener noticias fieles de cuanto se hacia en los campamentos y córte del rey José; la comision dada al marques de Ayerbe, semejante á la del baron de Kolli, para libertar al rey Fernando, que tampoco se logró, siendo el marques asesinado á su regreso de Francia por unos paisanos de Aragon que le creyeron espía de los enemigos; el aumento del ejército, especialmente en la isla de Leon; la creacion del estado mayor general, propuesta por D. Joaquin Blake, que dió concierto, uniformidad y buenos militares á los diversos ejércitos; el acertado empleo de nuestra escasa marina, destinando parte á cruzar el Mediterráneo y Océano y conducir auxilios á nuestras tropas, parte á la defensa de la bahía de Cádiz y demas puntos y á la proteccion de nuestro comercio; y por último, algunas mejoras hechas en los tribunales, tales como la de suprimir el de vijilancia y seguridad creado por la Central, que aunque humano al principio, hubiera desplegado al fin el rigor con que condenó á muerte á D. Domingo Rico Villa de Moros, cojido en Castilla por ser del tribunal criminal del intruso. Doloroso suceso, aunque el único que de esta clase hubo por entonces en Cádiz, al paso

que en Madrid los adictos al gobierno intruso se encrudecian á menudo con los patriotas.

Tambien tuvo lugar en tiempo de la misma Regencia un convenio que trató de hacerse entre Inglaterra y Francia para el cange de prisioneros, convenio que se frustró al cabo, porque existiendo en Inglaterra mas de cincuenta mil franceses prisioneros, y no pasando de doce mil los ingleses que estaban prisioneros en Francia, y siendo el proyecto del gabinete británico cangear hombre por hombre y grado por grado, hacíase indispensable que formasen parte en el convenio tanto España como los demas aliados de Inglaterra. Napoleon por su parte exigia que se le volviesen á bulto los prisioneros suyos de guerra en cambio de los ingleses, ofreciendo entregar *despues* los prisioneros españoles. Con diferencia tal de pareceres, rompiósela negociacion antes de terminar el año de 1810. Y fué en ella de notar lo desvariado á veces de la conducta del comisario frances Mr. de Moustier, que queria se considerase prisionero de guerra al ejército ingles de Portugal, es decir, á aquel mismo ejército que seguro en las formidables posiciones de Torres-Vedras, estaba presenciando con júbilo el modo cruel con que el hambre y las demas privaciones iban diezmando el ejército de Massena. Fué este Mr. de Moustier el mismo que tiempos adelante, embajador en España de Cárlos X de Francia, se mostró tan adicto á las doctrinas del mas puro y exaltado realismo. Quizás el ejemplo de este y de los infinitos franceses que en tiempo de la restauracion siguieron sus huellas, hayan hecho tan comunes en España, con los demas vicios, las frecuentes apostasías que hemos visto en nuestra malhadada época.

Manejada la hacienda por la junta de Cádiz desde el 28 de enero, dia de su instalacion, no ofreció aquel ramo en su forma variacion sustancial hasta el 31 de octubre en que se rescindió el contrato ó arreglo hecho con la Regencia en 31 de marzo anterior. Las entradas que tuvo la Junta durante dicho tiempo pasaron de 351.000,000 de reales; de ellos en rentas del distrito unos 84, en donativos é imposiciones estraordinarias de la ciudad 17, en préstamos y otros renglones (inclusas 249,000 libras esterlinas del embajador de Inglaterra) 54, y en fin mas de 195 procedentes de América; siendo de advertir que en esta cantidad se contaban 27 millones que pertenecian á particulares residentes en pais ocupado, y cuya suma tomó la Junta en calidad de reintegro, ya por lo apurado de las circunstancias, ya porque la política aconsejaba retener unos caudales que en último resultado habrian servido solamente para aumentar los recursos del enemigo: demas que era sobremanera justo que los españoles establecidos entre los franceses tuvieran parte en las privaciones y sacrificios que los demas sufrian para librar á toda la nacion del yugo de aquellos. Invirtiéronse de los caudales recibidos mas de 92.000,000 en la defensa y atenciones del distrito, mas de 146 en los gastos generales de la nacion, y enviáronse á las provincias unos 112, en cuya enumeracion asi de la data como del cargo estan suprimidos los picos. Al cesar en el manejo de los caudales, presentó la Junta de Cádiz la cuenta de su administracion, quitando á sus enemigos hasta todo pretesto para acusarla en este punto, y ofreciendo á la nacion una muestra patente de la integridad, desinteres y pureza con que habia manejado sus fondos. Las rentas de las demas partes de España se consumieron dentro de su respectivo territorio, aprontando los naturales en suministros lo que no podian en dinero.

En lo que toca al crédito limitóse la primera regencia á nombrar en 19 de febrero una comision de tres individuos que examinasen el asunto y preparasen un informe, encargo que desempeñó cumplidamente el laborioso y patriota D. Antonio Ranz Romanillos, sin que se tomase sobre la materia resolucion alguna.

En 24 de mayo, antes de entrar el obispo de Orense en la Regencia, decidió esta reservar para las urgencias públicas la mitad del diezmo, providencia justa y necesaria; pero cuya duracion no podia ser larga, no estando en armonia con las opiniones de aquel cuerpo, harto manifiesta en otras cuestiones. Asi, en virtud

de representacion de varios eclesiásticos y prelados, fué inmediatamente anulada.

Hemos reseñado con la imparcialidad propia de la historia los hechos mas notables de la primera regencia, deduciéndose de ellos que esta, en medio de sus defectos y de su apego al antiguo régimen, no dejó las cosas en peor postura de la en que las habia encontrado, si bien es verdad que el mal no podia ir mucho mas allá, á no haberse la Regencia rendido al enemigo, villanía de que eran incapaces sus individuos, hombres los mas, sino todos, de honra y cumplida probidad.

Los regentes nuevamente nombrados se inclinaban al partido reformador. A Don Joaquin Blake conocémosle ya como general; el tiempo nos lo hará conocer tambien como regente. Los otros dos gozaban fama de marinos sabios, siendo bien conocidos sobre la materia los escritos de D. Gabriel Ciscar, hombre tambien de carácter firme. Distinguiéronse todos tres por su integridad y amor á la justicia.

Las córtes seguian constantes en la empezada carrera de reforma, procurando al mismo tiempo aumentar todos los medios conducentes á librar la nacion del enemigo. Con este objeto, y para estrechar mas los vínculos de amistad que nos unian á la nacion inglesa, resolvieron en 19 de noviembre que «se erigiese un monu-«mento público al rey del reino unido de la gran Bretaña é Irlanda Jorge III, en «testimonio del reconocimiento de España á tan augusto y generoso soberano.» Lo apurado de los tiempos no permitió entonces realizar este pensamiento, y el gobierno que despues se siguió no pareció ni aun acordarse de él.

Tambien acordaron las córtes en 1.° de diciembre, á propuesta del señor Argüelles, suspender el nombramiento de todas las prebendas eclesiásticas, escepto las de oficio y las que tuviesen anexa cura de almas.

En 2 del mismo, y en virtud de proposicion del Sr. Gallego, procedióse á la rebaja de sueldos, mandando que ningun empleado disfrutase mas de 40,000 reales vellon, escepto los regentes, ministros del despacho, empleados en córtes estrangeras, y generales del ejército y armada en servicio activo.

Esperimentaron alivio en sus persecuciones muchos individuos arrestados arbitrariamente por la primera regencia, ó por los tribunales, ordenando el congreso que se activasen las causas y se hiciesen visitas de cárceles, siendo necesario decir en honor de todos los diputados, que en medidas como las de que hablamos nunca hubo entre ellos diversidad de opiniones. El primero que insistió en la visita de cárceles fué el Sr. Gutierrez de la Huerta, manifestando «que en ella se descubririan muchos inocentes.» En efecto: los males de España en sentido judicial no han consistido precisamente en los fallos crueles ó injustos, sino en las prisiones arbitrarias y en su prolongacion indefinida.

El 25 de diciembre propuso el Sr. Oliveros, y aprobaron las córtes, el nombramiento de una comision especial que preparase un proyecto de Constitucion política para la monarquía. En ella entraron europeos de las diversas opiniones que habia en las córtes y varios americanos (1).

En el mismo mes de diciembre ventiló la asamblea una cuestion, la cual probó con toda evidencia el profundo aborrecimiento de todos los partidos al usurpador frances, y la dichosa union que enlazaba á todos los corazones cuando se trataba de mantener sin mancilla el honor de la patria. Habíanse hecho ya públicas las humildes congratulaciones y súplicas de Fernando á Napoleon, de que hemos hablado en otro lugar, y el deseo que parecia animar al jóven rey de unirse con una

(1) Los nombrados fueron: *europeos*, D. Diego Muñoz Torrero, D. Agustin Argüelles, D. José Pablo Valiente, D. Pedro María Ric, D. Francisco Gutierrez de la Huerta, D. Evaristo Perez de Castro, D. Alonso Cañedo, D. José Espiga, D. Antonio Oliveros y D. Francisco Rodriguez de la Bárcena: *americanos*, D. Vicente Morales Duarez, D. Joaquin Fernandez Leiva y D. Antonio Joaquin Perez; agregándoseles despues D. Andres de Jáuregui, diputado por la ciudad de la Habana, y D. Mariano Mendiola por Querétaro. Agregóse de fuera á D. Antonio Ranz Romanillos, del consejo de Hacienda, ocupado ya en Sevilla por la Central en igual trabajo.

princesa de la familia imperial parecia no ser problemático. Movido el señor Capmany de aquel fervoroso celo que le animaba constantemente contra todo lo que tendiese á menoscabar la independencia nacional, presentó en 10 del citado diciembre la proposicion siguiente: « Las córtes generales y estraordinarias, deseosas de « elevar á ley la máxima de que *en el casamiento de los reyes debe tener parte « el bien de los súbditos,* declaran y decretan: Que ningun rey de España pueda « contraer matrimonio con persona alguna de cualquiera clase, prosapia y con« dicion que sea, *sin prévia noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española, « representada legítimamente en las córtes.*» Tambien el Señor Borrull hizo otra proposicion sobre el asunto; pero en términos mas generales, pues pedia: « Que « se declarasen nulos y de ningun valor ni efecto cualesquiera actos ó convenios que « ejecutasen los reyes de España estando en poder de los enemigos, y pudiesen « causar algun perjuicio al reino. »

Tanto los amigos de las reformas como los contrarios á ellas, americanos, europeos, en suma, todos los diputados sin escepcion concurrieron á dar su asenso, ya que no á la letra, á la mente de ambas proposiciones; conformidad hija del amor á la independencia, ante la cual callaban las demas pasiones.

La discusion de estas proposiciones comenzó el 29 de diciembre, terminándose entrado enero; por lo cual suspendemos ocuparnos de ella para cuando en la historia del año siguiente volvamos á tratar de las córtes. Ahora, narrados ya con la exactitud posible los sucesos militares y políticos ocurridos en 1810, debemos concluir nuestro capítulo, y lo hacemos con la nueva planta dada á fines del mismo año á los ejércitos españoles.

El 16 de diciembre dividió la Regencia las tropas nacionales que militaban en la Península en seis cuerpos de ejército: el de la derecha, ó de Cataluña, al mando interino del marques de Campoverde, se denominó el 1.º: el 2.º se compuso de las tropas que estaban en Aragon y Valencia, y se puso bajo la direccion del general Bassecourt: el 3.º, que estaba interinamente á las órdenes del general Freire, formábanlo las tropas del ejército de Murcia: el 4.º, al mando del general La Peña, comprendia las tropas acantonadas en la isla de Leon, campo de Gibraltar y condado de Niebla; en el 5.º, á las órdenes del marques de la Romana, contábanse las tropas del ejército de la izquierda que maniobraban en Estremadura, y se hallaban en parte empleadas en la defensa de las líneas de Torres-Vedras; el 6.º ejército, finalmente, se hallaba bajo el mando del general Mahy, y se componia de las tropas del de la izquierda que habian permanecido en Asturias y Galicia.

Cada uno de estos ejércitos debia constar de tres divisiones de infantería y una ó mas de caballería, con su correspondiente artillería y transportes. Señaláronse los distritos de cada uno, disponiéndose que las partidas de guerrillas comprendidas en ellos estuviesen al mando de los respectivos generales en gefe; llegando así á ser en adelante la del Empecinado una division del 2.º, la de D. Julian Sanchez otra del 5.º, viniendo á formar las de Mina, Longa y otras el 7.º de nuestros ejércitos, creado en enero de 1811 á las órdenes del general Mendizabal.

Tal era la distribucion de los ejércitos españoles al comenzar la cuarta campaña. Veamos ahora si fueron sus armas mas afortunadas que en 1810.



CAPITULO XIV.

Estado de España al principiar el año 11.—Fuerzas que componen los ejércitos españoles.—Posicion y número de las tropas francesas.—Cataluña: males ocasionados por la rendicion de Tortosa.—Toman los franceses el castillo de San Felipe en el Coll de Balaguer.—Regresa Suchet á Zaragoza.—Conmociones en Tarragona.—Deja el mando de Cataluña el general Iranzo: lo toma interinamente el marques de Campoverde.—Triunfos de D. Pedro Sarsfield.—Nuevos disturbios en Tarragona.—Campoverde toma en propiedad el mando del ejército.—Convoca un congreso catalan.—Nombra este una nueva junta.—D. José Manso ataca á los franceses.—Frustrada tentativa para tomar á Monjuich.—Aragon.—El coronel Kliski persigue á D. Pedro Villacampa.—Accion de Checa.—Napoleon encarga nuevas comisiones al general Suchet.—Entrevista de este con Macdonald.—Cataluña: incendian los franceses á Manresa.—Represalias de Sarsfield y Eroles.—Represalias adoptadas por Campoverde.—Inteligencias sobre el castillo de Figueras: lo toman los españoles.—Ventajas conseguidas por el baron de Eroles.—Ataque de Figueras.—Estratagema de los franceses.—Disposiciones de Suchet.

Cuadro triste presentaban los asuntos de España al comenzar el año 1811. Invadidas casi todas sus provincias, perdidas la mayor parte de sus plazas, sitiado hasta el último asilo del gobierno, y para colmo de sus males amenazada la nacion de divorcio por el mundo de Colon, cuyos auxilios le eran tan necesarios en aquellas críticas circunstancias, puede con razon afirmase que su estado en tales momentos era el mas apurado tal vez de cuantos le habian cabido en el discurso de su gloriosa lucha. Hubiérase amilanado con esto otro pueblo de temple menos heróico que el español; pero este, acostumbrado á sacar fuerzas de su mismo abatimiento, miraba con faz serena los peligros que le rodeaban dando principio á la cuarta campaña con tanto mayor entusiasmo, cuanto mas avivaban su fé en la causa de su independencia los primeros y esplendentes reflejos del sol de la libertad, cuya luz empezaba á brillar sobre las columnas de Hércules.

Finamos el año anterior con la nueva planta dada á los ejércitos españoles. Ascendia su fuerza total á unos 180,000 hombres, sin poder calcularse la de las innumerables partidas de guerrillas que pululaban en todo el ámbito de la Península. Las fuerzas del enemigo estaban divididas en tres grandes cuerpos de operaciones, situado el primero en Portugal, frente á los ingleses; el segundo en las Andalucías y Estremadura, y el otro en Cataluña y lindes de Aragon y Valencia. No se incluyen aqui las divisiones francesas que guerreaban sueltas, ni los ejércitos que llamaban del centro y norte, cuyo número, unido al de sus tres grandes masas,

pasaria de 350,000 hombres, y en mejor posicion que los aliados para obrar ofensivamente, pues diseminados estos por la circunferencia de la Península, no podian en muchos casos darse la mano ni concertarse oportunamente. La caida de Tortosa, último suceso militar que de Cataluña narramos, produjo en esta provincia males de trascendencia, puesto que dejó cortada su comunicacion por tierra con lo restante del reino, y aflijióla tambien mucho por mar. Posesionado el enemigo de los buques del Ebro, pudo armar algunos, y al abrigo de los puertos del Fangar y de la Rápita, apresónos con frecuencia otros pequeños, únicos que hacen por aquella costa y la de Valencia el comercio de cabotage. Las municiones que habia reunido para el sitio de dicha ciudad, aumentadas con las muchas existentes en su recinto, sirviéronle maravillosamente para el sitio de Tarragona, plaza la mas importante que quedaba á los españoles en el antiguo Principado. La guarnicion de esta por lo mismo tuvo necesidad de ser mas fuerte por parte nuestra despues de la rendicion de Tortosa, no pudiéndose de otra manera precaver los movimientos del enemigo posesionado de Lérida, Tortosa y Barcelona, plazas todas casi equidistantes de Tarragona.

Animado Suchet con su último y fácil triunfo, encargó al general Habert la toma del fuerte de San Felipe en el Coll de Balaguer, angostura entre un monte de la marina y una cordillera á la mano opuesta, pelada casi toda ella de plantas mayores, al modo de otras muchas de España, y estremadamente odorífera con los romeros y tomillos que la cubren llenando el aire de fragancia. Dicho castillo, construido en el siglo XVIII para ahuyentar á los foragidos que allí se guarnecian, y á los piratas berberiscos que desde su ensenada esperaban el momento oportuno de verificar sus sorpresas, era sobremanera interesante á los franceses, por dominar el camino de Tarragona á Tortosa. Su fortificacion, aunque no de las mejores, era sin embargo bastante para entretener al enemigo algun tiempo, y aun para haberle hecho por de pronto desistir de su intento, pues la absoluta falta de agua de sus alrededores le ponia en precision de traerla de puntos en estremos distantes.

Luego que supo el marques de Campoverde la aproximacion del enemigo á aquel fuerte, mandó reforzarlo con un destacamento; pero este desgraciadamente no llegó en sazon oportuna; pues apenas el general Habert rodeó el castillo en cuestion é intimó la rendicion el 8 de enero, aturdióse su gobernador Serra, hombre anciano y de poco aliento, y pidió cuatro dias de término para resolver. Negada esta demanda impertinente, comenzaron los franceses su ataque. Los españoles abandonaron luego los puestos esteriores; y volándose al mismo tiempo un almazen del pólvora dentro del fuerte, acabó de abatirse el ánimo de la tropa, bastante decaido ya desde lo de Tortosa. Los franceses escalaron la muralla sin oposicion, huyendo parte de la guarnicion por la via de Tarragona, y salvándose el resto en un reducto, donde capituló, cayendo prisioneros el gobernador, 13 oficiales y unos 100 soldados. Tan tristes fueron los primeros frutos de la cobarde rendicion de Alacha.

Para asegurar mejor sus conquistas, fortificó Suchet el puerto de la Rápita; y dejando á Musnier para observar las comarcas de Tortosa, Morella y Alcañiz, y á Palombini en Mora y sobre el Ebro, marchó con el resto de sus fuerzas á Zaragoza, adonde lo llamaban los progresos que iban haciendo en Aragon los cuerpos francos y guerrillas, cuyas escursiones se habian hecho temibles con la lejanía de las principales tropas francesas.

Resultados no menos desagradables, aunque en diferente sentido, producia al mismo tiempo en Tarragona la malhadada rendicion de Tortosa, manifestándose en su interior conmociones y alarmas propias de la irritacion y desconfianza de los catalanes, los cuales despues de aquel suceso se creian rodeados de traidores por todas partes. Desconfiaban del general en gefe Iranzo y de los demas, y solo se inclinaban á Campoverde, favorecido del aura popular, por su buen porte como general de division y por otras circunstancias diversas. Era ya con esto im-

posible que Iranzo se pudiera sostener en el cargo que desempeñaba. Los catalanes resolvieron privarle del mando, recurriendo á la fuerza desde luego, si se resistia á dejarlo. Hizosele presente la exijencia, y despues de varias contestaciones y altercados, hizo Iranzo dejacion de su destino en junta de generales. Entonces, no queriendo sucederle otros gefes á quienes correspondia por antigüedad, recayó el mando en Campoverde, quien lo admitió interinamente, bajo la condicion de que se atendrian todos á lo que en el particular dispusiese el gobierno supremo. Esta declaracion pareció desmentir los rumores de los que afirmaban haber Campoverde ambicionado el cargo aquel; mas aun dado que hubiera sido asi, evitó con aceptarlo muchos trastornos á que hubiera dado lugar la indisciplina de la tropa, entre ellos tal vez la desgracia de que Tarragona cayese antes en manos de Macdonald, que habiendo creido tomarla y acercádose con este fin, hubo de desistir por de pronto del proyecto que habian concebido, viendo el órden que dentro reinaba, calmadas ya todas las turbulencias. El mariscal frances vióse entonces en precision de retirarse á Lérida, á fin de preparar lo necesario para sitiar la plaza que al principio habia creido tan fácil poder ocupar por sorpresa.

No efectuó Macdonald su marcha con tranquilidad, dado que D. Pedro Sarsfield, recibida órden de Campoverde para atacar la vanguardia enemiga, cayó tan oportunamente el 15 en el pueblo de Figuerola sobre la division italiana, mandada por el general Eugenio, que dejó muerto á este y destrozó á los que le seguian, privándoles de 800 hombres. El marques salió tambien en persecucion de los enemigos; pero la superioridad de las fuerzas de estos le obligó á no empeñar formal combate, teniendo que volverse á Tarragona.

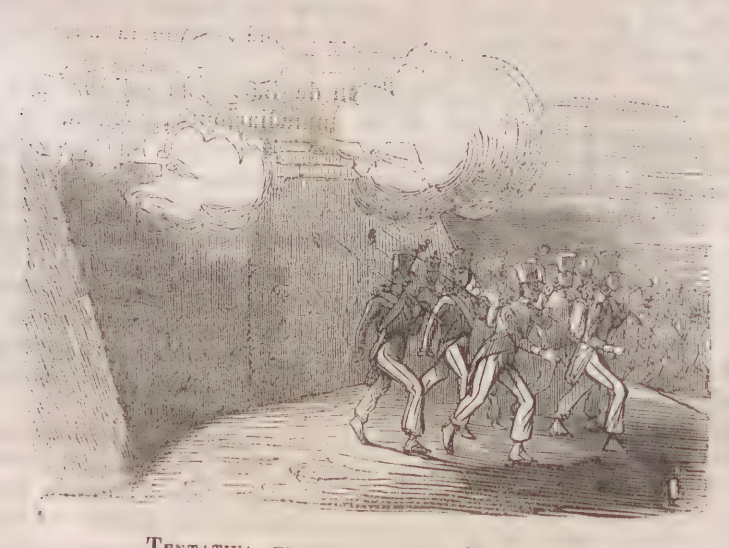
El estado de esta plaza no permitia al marques emprender una campaña activa, pues no solo tenia que atender á mejorar su defensa, sino tambien á la fermentacion popular que, ahuyentados los enemigos, volvió á reproducirse en su recinto, aumentándose con la noticia de haber la Regencia nombrado capitan general de Cataluña á D. Cárlos Odonnell, hermano de D. Enrique. El encono del pueblo llegó á tanto con nueva tan desagradable para él, que la junta y varias personas de suposicion rogaron á Campoverde tomase el mando en propiedad, como lo efectuó finalmente. Seguidamente, y para ver si lograba restablecer el órden, convocó un congreso del Principado que se reunió el 2 de marzo; pero como los ánimos estaban tan agitados, pronto chocaron el congreso y la junta, resultando pendencias y animosidades, propias solo para empeorar el estado del pais y para irritar al general, el cual desplegó demasiado rigor contra algunas personas, si bien á gusto del partido popular. El congreso se disolvió á poco, nombrando una junta que quedó encargada, como lo habia estado la anterior, del gobierno económico del Principado.

Algunos destacamentos de la guarnicion de Barcelona salieron el 8 de enero á recoger paja de los pueblos de las inmediaciones, y yendo á su encuentro el teniente coronel Manso, apoderóse de 200 quintales que tenian recogidos. El 18 atacó el dicho Manso una division de la misma guarnicion de Barcelona que habia salido por el lado de San Andres de Palomar, y la obligó á volver á encerrarse en la plaza. Ni se limitaban á esto los malos ratos de los franceses posesionados de aquella ciudad. Los choques entre su guarnicion y la division de Eroles eran contínuos tambien, y tanto que nos es imposible entrar en pormenores sobre ellos, mayormente cuando tenemos asuntos de mas entidad en que ocuparnos. Diremos por tanto en resúmen que por lo comun alcanzaban siempre ventajas nuestras tropas, hasta el punto de no determinarse ya el enemigo á salir fuera de tiro de cañon de la plaza.

El general en gefe marques de Campoverde dispuso que el 13 de marzo marchasen algunas divisiones de su ejército sobre la línea del Llobregat, ocultando el verdadero objeto de este movimiento hasta al mismo gefe del estado mayor. Tratábase de llevar á cabo un proyecto para la entrega del castillo de Monjuich de Barcelona, y al efecto se habia entablado con su gobernador una inteligencia se-

creta, ofreciéndole 7.000,000 de reales en letras giradas sobre la casa de Montagut, del comercio de Reus, y prometiéndole ademas dos grados sobre el que tenia. Manejábase esta intriga por el juez de policía Bernardo de las Casas, deseoso al parecer de reconciliarse de este modo con la nacion española. Con este fin, negábase á acceder al matrimonio que intentaba contraer el citado gobernador con una hija suya, hasta tanto que consintiese en la entrega de aquella fortaleza, y ofrecia ademas en rehenes á su hijo primogénito. La entrega debia verificarse á las doce de la noche del dia 19, en que con motivo del cumpleaños del rey intruso se procuraria embriagar á la guarnicion; y aprovechándose de esta circunstancia y de los descuidos que son consiguientes en el servicio, entre once y doce de la noche rondando el mismo gobernador y un oficial que entraba en la confidencia, debe- rian presentarse, al mando de los oficiales mas intrépidos, las tropas españolas destinadas á llevar á cabo la empresa. De este modo, ocupando el foso mas inmediato á la poterna del Socorro, al abrirse dicha poterna para salir la patrulla, debian apoderarse de esta é introducirse en el castillo los 1,200 hombres destinados á guarnecerle, al mando del teniente coronel D. Antonio Rotten. Interin esto se ejecutase, debia otra division situarse de modo que pudiese en cualquier evento contener cualquiera salida que intentase la plaza. Los mencionados 1,200 hombres fueron con este fin escogidos de las divisiones del general Courten, ya baron de Eroles; mas temiendo Campoverde lo arriesgado de la operacion, y no confiando bastante en la fe de la confidencia, previno á Rotten que solo adelantase 200 hombres, y que la demas fuerza se colocase en punto á propósito para reforzarlos y sostenerlos en caso necesario, disponiendo ademas se asegurase la persona del comisario de guerra D. Miguel Alsina (el mismo que habia seguido la correspondencia con Bernardo de las Casas), con órden de quitarle la vida, caso de resultar que por su perfidia dejaba de realizarse el proyecto.

Dadas estas disposiciones, quedó la mayor parte de la division de Courten en los almacenes de pólvora de la montaña de Monjuich, con el fin de que si se lograba la ocupacion del castillo sin percibirlo la plaza de Barcelona, pudiese al amanecer sorprender la puerta de Santa Madrona; y hecho esto, llegó felizmente y sin obstáculo alguno la columna de los 200 á la cresta del camino cubierto, saltándolo á las doce de la noche con el mayor silencio, bajando al foso, donde hallaron desocupada una tienda de campaña en una de las plazas de armas. En el momento de llegar á la dicha cresta, advirtióse en la muralla un fuerte resplandor,



Tentativa frustrada ante Monjuich.

cuya direccion era hácia el baluarte donde están la lengua de sierpe y la poterna que debia abrir paso á los españoles. Atribuyendo los nuestros la marcha de esta luz á la que debian llevar las tropas para llegar al punto designado del foso, notaron que desde el alto de la muralla se les dió el *quién vive*, y que á los veinte minutos de recorrer el foso sin dar con la puerta de la poterna, el enemigo de improviso rompió un horrible fuego de metralla, granadas y fusilería, alumbrando los fosos y alrededores del castillo con balas de iluminacion, á fin de dirigir los fuegos con mas acierto. Entonces los españoles trataron de salir del foso; mas la lobreguez de la noche y la desigualdad del terreno hicieron que los mas de ellos no pudiesen reunirse hasta llegar al Llobregat, verificándolo al fin con tal felicidad que solo se perdieron 100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; habiendo uno de aquellos incidentes que tan frecuentes son en la guerra convertido en daño del enemigo su misma hostilidad, pues teniendo preparada de antemano una fuerte division con el objeto de cortar la retirada de las tropas españolas en la falda de Monjuich, descubierto su grupo por una bala de iluminacion del castillo, creyeron los franceses que era española, y disparando sobre ella un horroroso fuego á corta distancia, costóles este error mas de 400 hombres. Al amanecer destacó la guarnicion de Barcelona algunas guerrillas que fueron rechazadas por las tropas del baron de Eroles y perseguidas casi hasta la misma plaza. La division española conservó durante toda aquella mañana una actitud á propósito para atraer á los enemigos; pero estos se encerraron en Barcelona. Frustrada la tentativa, dispuso el general Campoverde que regresasen á Tarragona todas las tropas que no correspondian á los apostaderos en la del Llobregat.

Asi terminó una inteligencia que llevada á cabo de buena fe por los que entraron en ella, hubiera puesto en posesion de los españoles sin efusion de sangre la primer fortaleza del reino, cuyo inmediato resultado hubiera sido apoderarse de la capital de Cataluña. Mas el gobernador de Monjuich y Bernardo de las Casas procedieron con la mas insigne doblez, poniéndose de acuerdo con el gobernador de Barcelona Mathieu, que aquella misma noche hizo reforzar la guarnicion del castillo, haciendo salir á las diez una division de 2,000 hombres por la Puerta Nueva, division que figurando dirigirse á Mataró, no hizo mas que dar vuelta á las murallas de Barcelona y apostarse al pié de la montaña de Monjuich para envolver la division española destinada á arrostrar los primeros peligros de la empresa.

Mientras Cataluña y el ejército español que la sostenia hacian tantos esfuerzos para librarse del poder estrangero, meditaba Napoleon el modo de perpetuar en ella su dominacion. El emperador anhelaba, como era natural, no perder nada de lo mucho que últimamente le habia ganado en el Principado el general Suchet, y habiendo formado de este el mas ventajoso concepto, determinó encomendar á su actividad y conocimientos las importantes empresas que hácia aquella parte habia proyectado.

Al regresar á Zaragoza habíase Suchet dedicado á perseguir las partidas españolas que durante su ausencia habian renacido en Aragon. D. Pedro Villacampa andaba en los últimos de diciembre por el término de Ojos Negros, famoso por su mina de hierro y por sus salinas, en el partido de Daroca, de cuya ciudad le hizo alejar el coronel Kliski. El general de Valencia Bassecourt trató en el mes de enero de llamar la atencion del enemigo, que segun se presumia intentaba el sitio de Tarragona, y dispuso que el mismo Villacampa y D. Juan Martin el Empecinado (dependientes ahora, por el nuevo arreglo de los ejércitos, del 2.° ó sea de Valencia) hiciesen diversas maniobras, uniéndosele ó moviéndose sobre Aragon. Conocida la idea por Suchet, hizo este salir de Zaragoza al general Paris, y ordenó á Abbé partir de Teruel, debiendo ambos salir del término de Aragon y llegar hasta el pueblo de Checa, provincia de Guadalajara, en donde suponia á Villacampa. El general Paris se encontró con el Empecinado el 30 de enero en la vega de Prado-redondo, y el dia siguiente contramarchando Villacampa, que se habia antes retirado, trabóse en Checa una accion, á que coo-

peró el Empecinado, que ya el dia anterior se habia batido con el enemigo: el choque fué violento, pero la superioridad de los enemigos decidió á los gefes españoles á retirarse. Algunas otras acciones tuvieron lugar en Aragon por entonces. En este estado las cosas, recibió Suchet la resolucion del emperador del 10 de marzo en la que le encargaba el sitio de Tarragona y le daba el mando de la Cataluña meridional, agregándole ademas la fuerza activa del cuerpo que mandaba Macdonald, desaire que este sintió como era natural, pues siendo mariscal del imperio se veia pospuesto á un general de rango inferior, no teniendo Suchet todavía aquella alta dignidad. Este, empero, se vió precisado á obedecer á su amo, y avistóse en Lérida con Macdonald, á cuyo cargo quedó la conservacion de Barcelona y de la parte septentrional de Cataluña, debiendo igualmente apoderarse de las plazas y fuertes de la Seu de Urgel, Berga, Monserrat y Cardona. Confiada desde luego á Suchet la direccion de la nueva fuerza activa que se agregaba á su ejército, la cual constaba de unos 17,000 hombres, y encargado el mismo del mando de la parte que se desmembraba al general de Cataluña, marchó Macdonald para Barcelona, donde debia en lo sucesivo tener su principal residencia, llevando consigo 9,000 infantes y 700 caballos á las órdenes del general Arispe, fuerza que solo para asegurar algun tanto su marcha facilitó Suchet, con órden de volver á reunírsele, cumplido que fuese este objeto.

Macdonald tomó el camino de Manresa, en cuyos alrededores acampó el 30 de marzo. La Junta de esta ciudad tocó inmediatamente á somaten. Acordándose los vecinos de los anteriores saqueos, abandonaron casi todos sus hogares, y al poco



QUEMA DE MANRESA.

rato los vieron entregados á las llamas por los franceses, presenciando Macdonald el incendio desde las alturas de la Culla con la misma alegría que Neron el de Roma. De 700 á 800 casas quedaron reducidas á pavesas, incluso el edificio de de las huérfanas, varios templos, dos fábricas de hilados de algodon, é infinitos talleres de galonería, valería y otros artefactos. Tampoco respetó el enemigo los hospitales, llevando su furor al estremo de arrancar de las camas á muchos enfermos, arrastrándolos al campamento, sin que se salvasen sino algunos pocos, merced á las sentidas plegarias que hizo el médico D. José Soler al general Salme, comandante de una de las brigadas de Arispe, recordándole el convenio estipulado entre los generales Saint-Cyr y Reding, de que ya en su lugar dimos noticia.

Los nuestros habian cumplido en todas ocasiones tan puntualmente con lo pactado, que el general Suchet no pudo menos de confesarlo en sus Memorias, diciendo: « *vimos en Valls muchos militares franceses é italianos heridos, y nos convencimos de* « *la fidelidad con que los españoles ejecutaban el convenio.* »

D. Pedro Sarsfield y el baron de Eroles atacaron la retaguardia enemiga, y vengaron en cuanto les fué posible los ultrajes de Manresa. Distinguióse en esta accion el siempre leal y valiente D. José María Torrijos, entonces coronel y libre ya de las manos de los franceses, de los cuales cayó prisionero en la salida de Tolosa mandada por D. Enrique Odonnell.

Macdonald consiguió á duras penas entrar en Barcelona con 600 heridos, ascendiendo su total pérdida á mas de 1,000 hombres. Arispe se volvió en 5 de abril á Lérida sino con gloria, al menos con la triste satisfaccion de que sus tropas fuesen las ejecutoras de la destruccion de Manresa. Este porte exasperó á toda la Cataluña, indignando tanto al marques de Campoverde que espidió una circular diciendo: « La conducta de los soldados franceses se halla muy en contra- « diccion con el trato que han recibido y reciben de los nuestros..... y la del ma- « riscal Macdonald no se ajusta en nada con las circunstancias de su carácter de ma- « riscal, de duque ni de general que ha hecho la guerra á naciones cultas, que « conoce el derecho de gentes, los sentimientos de la humanidad. No ha limitado « su atrocidad este general á reducir á cenizas una ciudad inerme y que ninguna « resistencia le ha opuesto, sino que pasando de bárbaro á perjuro, no ha respe- « tado el asilo de nuestros militares enfermos, transgrediendo la inviolabilidad « del contrato formado desde el principio de la guerra. » Y despues concluia Campoverde: « Doy órden..... á las divisiones y partidas de gente armada..... « mandándoles que no den cuartel á ningun individuo de cualquier clase que sea « del ejército frances que aprendan dentro ó á la inmediacion de un pueblo que ha- « ya sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos..... y adoptaré y esta- « bleceré por sistema á mi ejército el justo derecho de represalias en toda su esten- « sion. » Las obras siguieron á las palabras, y á veces con demasiado rigor, debiendo recaer sus consecuencias sobre los que tenian la culpa, sobre Macdonald y Arispe.

Entre los muchos partidarios que cruzaban el campo de Figueras y todo el Ampurdan, era el mas atrevido y afortunado entonces D. Francisco Rovira, incansable perseguidor de los franceses. Un capitan de la partida de este, llamado Don José Casas, mantuvo inteligencia, por conducto de un estudiante, Juan Floreta, con Juan Marques, criado de Bonclier, guarda-almacen de víveres del castillo de Figueras, y principal autor del plan concebido para tomar esta fortaleza. Entraron otros en el proyecto, entre ellos y como primeros confidentes Pedro y Gines Pou, ó Pons, cuñados de Marques. Avistados todos, arreglaron en varias conferencias el modo de abrir á los nuestros, á favor de una llave falsa que de la poterna adquirieron por molde vaciado en cera, la entrada de punto tan importante, cuya guardia descuidaba el gobernador frances Guillot, confiado en lo inespugnable del castillo y en la falta de recursos que tenian los españoles para atacarle. Convenidos, pues, el Casas y sus confidentes, enteraron de todo á D. Francisco Rovira y este á Campoverde, mereciendo el plan la aprobacion de ambos. Inmediatamente ordenó el último á D. Juan Antonio Martinez, que reclutaba gente y la organizaba en el canton de Olot, se encargase, de acuerdo con Rovira, de la sorpresa proyectada, disponiendo al propio tiempo que el baron de Eroles se acercase al Ampurdan para apoyar la tentativa. El 6 de abril, sábado de Ramos, Martinez y Rovira salieron de Esquerol, cerca de Olot, con 500 hombres y pasaron á Ridaura. Aquí se les incorporaron otros 500 y llegaron el 7 todos á Oix, fingiendo que iban á penetrar en Francia. Prosiguieron el 8 su camino y por Sardenas se enderezaron á Llerona, en donde permanecieron hasta el mediodia del 9. Lo próximos que estaban á la frontera hizo creer á los franceses que iban á invadirla. Los nuestros partieron diluviando, y torciendo la ruta fueron á Vilaritg, pueblo distante tres leguas de Figueras, y situado en una altura término entre el Ampurdan y el pais montañoso.

Ocultos en un bosque aguardaron la noche, y entonces Rovira habló á los suyos y noticióles el objeto de la marcha.

A la una de la mañada del 10 se distribuyeron en trozos y pusiéronse en movimiento. Casas como mas práctico iba el primero. Dentro del castillo habia 600 franceses de guarnicion; en la villa de Figueras se contaban 700. Subió Casas con su tropa por la esplanada frente del hornabeque de San Zenon, y metiéndose por el camino cubierto, descendió al foso: sus soldados llevaban cubiertas las armas para que no relumbrasen si acaso habia alguna luz, y se adelantaron muy agachados. Llegados que fueron al foso, franquearon la entrada de la poterna con la llave fabricada de antemano, y embocáronse todos sin ser sentidos en los almacenes subterráneos, de donde pasaron á desarmar la guardia de la puerta principal. Siguieron al de Casas los otros trozos, desparramándose por la muralla, y apoderándose de los puntos principales. Dresaire sorprendió el cuartel principal, y Bon el de artillería, cogiendo D. Estevan Llovera al gobernador en su mismo aposento. La empresa se verificó sin encontrar apenas resistencia, hallándose todo concluido en menos de una hora y rindiéndose prisionera la guarnicion.

Martinez y Rovira que se habian mantenido en respeto, fuera en los arcos ó sea acueducto, metiéronse tambien dentro, y con los que llegaron compusieron en breve unos 2,600 hombres para guardar el castillo. Los franceses de la villa nada supieron hasta por la mañana, cuando ya no podian hacer otra cosa que lamentar la pérdida sufrida. El baron de Eroles al dirigirse desde Martorell para apoyar la sorpresa de Figueras, se posesionó de los fuertes que ocupaban los franceses en Olot y Castellfollit, les cogió 548 prisioneros, y dirigiéndose en seguida reforzado á Lladó, penetró el 16 en Figueras, aniquilando al paso en la sierra de Puigventós un regimiento enemigo.

La toma de Figueras difundió la alegría en toda Cataluña, mirando todos aquel notable acontecimiento como principio de una era mas venturosa; y efectivamente, mucho podia haberse hecho desde entonces en ese sentido á haber tenido nosotros allí un gefe capaz de utilizar tan fausto suceso, máxime siendo tan crítica en aquella sazon la situacion de los franceses; Rosas mal provista, Gerona y Hostalrich rodeados de bandas y somatenes, notable la desercion y aterrado el soldado frances con la justa venganza que el agraviado catalan tomaba de la quema de Manresa.

Rejía aquellas partes como antes el general frances Baraguay d' Hilliers, y falto de gente en tal aprieto, abandonó varios puntos, algunos de consideracion, tanto en lo interior como en la costa, señaladamente los de Palamós y Bañolas, tras lo cual hizo venir en su ayuda el general Quesnel, próximo á sitiar la Seu de Urgel, y reconcentrando cuanto pudo sus fuerzas, llamó hasta la guardia nacional francesa de la frontera que rehusó entrar en España.

La pérdida de Figueras alarmó á Macdonald en tales términos, que escribió á Suchet en 16 de abril desde Barcelona diciéndole «que el servicio de Napoleon im« periosamente y sin dilacion exigia los mas prontos socorros; pues de otro modo es« taba perdida la Cataluña superior..... y que le enviase todas las tropas perte« necientes poco antes al 7.° cuerpo frances y recientemente agregadas al de « Aragon.»

Creemos digno de censura al marques de Campoverde por su morosidad en moverse de Tarragona para proveer á Figueras de los recursos necesarios, si bien no falta quien dice que causas fuera de nuestros alcances le detuvieron en aquella ciudad desde el 12 de abril, en que supo el éxito de la sorpresa, hasta el 20 en que emprendió su marcha. Efectuada esta antes, hubiera probablemente impedido á Baraguay d' Hilliers la reconcentracion de mucha parte de sus fuerzas, dado impulso y método al levantamiento de los pueblos y obligado á Suchet á venir hácia aquella parte, difiriendo el sitio de Tarragona.

Campoverde llegó á Vich el 27 seguido de 800 caballos y 2,000 infantes que sacó de aquella plaza, con 3,000 hombres de la division de Sarsfield. Mas de



Litog.ª [illegible]

VISTA GENERAL DE MANRESA.

4,000 hombres de tropas regladas y somatenes guarnecian ya á Figueras, falta todavía de artilleros y de ciertos artículos de primera necesidad; estaba ya circunvalada la plaza por 9,000 infantes y 600 caballos enemigos, número que compitiendo con el de los españoles, era indudablemente superior en disciplina, si bien con la desventaja de dilatarse por un vasto espacio en rededor de la fortaleza, cortado el terreno al Oeste con quebradas y estribos de montes.

En la noche del 2 al 3 de mayo se aproximó Campoverde, y al amanecer del 3 atacó por el camino real para introducir sus socorros en Figueras. Sarsfield que iba á la cabeza, rodeó la villa, situada al pié de la altura en donde se levanta el castillo, rechazando á los ginetes enemigos que quisieron oponérsele. Al mismo tiempo Rovira, que anteriormente habia salido del castillo, unido con Amat, gefe tambien de nombradía, llamaba con 2,500 hombres la atencion del enemigo por Lladó y Llers. Eroles todavia dentro trataba por su parte de ponerse en comunicacion con Sarsfield, verificando una pronta salida, mirándose asi como asegurada la entrada del socorro sin pérdida ni descalabro alguno. Mas de repente los enemigos, que estaban muy apurados en la villa, se dirigieron al coronel de Alcántara Pierrard, emigrado francés que desembocaba del castillo para ejecutar de aquel lado, conforme á las órdenes de Eroles, la operacion concertada, y le propusieron capitular. Engañado el coronel, anunció la propuesta á Campoverde, que tambien cayó en el lazo, y suspendiendo este el ataque, autorizó á dicho Pierrard para proceder al convenio. Todo empero no era mas que un ardid por parte del enemigo, dado que conociendo este el punto por donde se le acometia, queria dar largas para traer de la otra parte un refuerzo y seis cañones, como efectivamente lo hizo. El fuego de estos desengañó á Campoverde, con lo cual atacó Sarsfield inmediatamente la villa de Figueras, haciendo lo mismo Eroles viniendo del castillo. Ya se hallaba el primero en las calles, cuando le flanquearon por la derecha 4,000 hombres que salieron de un olivar. Tuvo entonces que retirarse, dispersando los dragones franceses á dos de sus batallones. Campoverde á pesar de todo, consiguió meter en la fortaleza 1,500 hombres escogidos y algunos artículos, si bien en escaso número y á costa de perder varios efectos y 1,100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. La pérdida de los franceses fué de 700 hombres.

La escuadra inglesa y algunos buques españoles recorrieron al propio tiempo la costa; tomaron y destruyeron barcos, y arruinaron muchas baterías de la marina, malográndoseles una tentativa contra Rosas que se lisongeaban de tomar por sorpresa.

Faltaba ahora ver las determinaciones de Suchet despues de la pérdida de Figueras, y si se conformaria á los deseos de Macdonald, ó seguiria las órdenes del emperador, que no previendo estos sucesos habia determinado se sitiase á Tarragona. Dicho general, luego que recibió la órden de su amo, preparóse para el sitio en cuestion, cuidando de dejar en Aragon y en las avenidas principales, tropas suficientes á mantener aquel reino en su obediencia. Mas de 40,000 combatientes juntaba Suchet con los 17, 000 de Macdonald. Tres batallones, un cuerpo de dragones y la gendarmería ocupaban la izquierda del Ebro; y entre Jaca, Venasque y otros puntos fortificados que mantenian espeditas las comunicaciones con Francia, habia 15,000 infantes. El general Compére mandaba en Zaragoza, guarnecida con cerca de 2,000 infantes y dos escuadrones, estendiendo su jurisdiccion dicho general á Borja, Tarazona y Calatayud, en cuya postrera ciudad fortificaron y abastecieron los enemigos el convento de la Merced, custodiado por dos batallones que mandaba el general Ferrier. Daroca y parte del señorío de Molina, cuyo castillo estaba fortificado, estaban á cargo del general Paris, teniendo á sus órdenes 4 batallones, 300 húsares y alguna artillería. En Teruel se alojaba el general Abbé con mas de 3,000 infantes, 300 coraceros y dos piezas, quedando 1,400 hombres en los castillos de Morella y Alcañiz, asi como 1,200 polacos en Batea, Caspe y Mequinenza, favoreciendo estos últimos los transportes del Ebro. Quedó ademas K opiski con 4 batallones y 200 húsares en el confin de Navarra para evitar las

escursiones de Espoz y Mina. Tantas prevenciones por parte de Suchet para asegurar el Aragon antes de partir al sitio de Tarragona, prueban hasta la evidencia el fundado temor del frances, que á su pesar se via obligado á confesar no ser dueño de otro pais que el que materialmente pisaba.



CAPITULO XV.

Posicion militar y topográfica de Tarragona.—Pone sitio á esta ciudad el ejército frances.—Hace la guarnicion varias salidas.—Reducto de los sitiadores junto al mar.—Entra Campoverde en Tarragona.—Se apoderan los franceses de los parapetos del fuerte del Olivo.—Arrojo de algunos oficiales españoles.—Incomodan al enemigo los somatenes.—Señálase por su valor una muger del pueblo.—Actividad de Sarsfield.—Empeño del sitiador en tomar el fuerte del Olivo.—Acertados fuegos de este.—Muerte del general frances Selma.—Valor de la guarnicion del fuerte del Olivo.—Generalízase el fuego en todos los puntos.—Asaltan los franceses al Olivo.—Desgraciadas ocurrencias que les ocasiona la entrada.—Constancia de la guarnicion: tenacidad con que se defiende.—Heroismo del gobernador del fuerte D. José María Gamez.—Inhumana invencion de los franceses.—Deja á Tarragona el de Campoverde.—Toma el mando de la plaza D. Juan Senen de Contreras.—Salen de ella la Junta del Principado y los vecinos mas pudientes.—Sale tambien la division valenciana.—Buenas disposiciones del vecindario.—Desavenencias entre los gefes españoles.—Toman los franceses el arrabal.—Crueldades que cometen en él.—Llega á Tarragona una division inglesa.—No se determina á desembarcar en ella.—Asalto de la plaza.—Heroismo de sus defensores.—Atrocidades de los franceses.—Senen de Contreras herido y prisionero: notable respuesta suya á Suchet.—Determina Campoverde abandonar á Cataluña: Suspende esta medida.—Se embarca la division valenciana.—Campoverde entrega el mando al general Lacy.

TOMADAS por Suchet todas las precauciones ya indicadas, y aseguradas sus espaldas del lado de Aragon y Lérida, marchó el 2 de mayo á formalizar el sitio de que estaba encargado, almacenando en Reus provisiones de boca y guerra en abundancia, y asistido de unos 20,000 hombres

Forma Tarragona en su conjunto un paralelógramo rectángulo, hallándose la parte principal de la ciudad en un collado alto, cuyas raices por oriente y mediodía baña el Mediterráneo. A poniente y en lo bajo está el arrabal, donde conduce una cuesta suave, corriendo por allí el rio Francolí, que va á perderse en el mar y se cruza por una puente de seis ojos sobrado angosta. Cabeza de la España citerior y célebre colonia romana, conserva aun Tarragona muchas antigüedades y reliquias de su pasada grandeza. Su poblacion es reducida, constando solo de 11,000 habitantes. La circuye un muro del tiempo de los romanos, cuyo lado occidental, destruido en la guerra de sucesion, se reemplazó despues con un terraplen de 8 á 10 piés de anchura, y con cuatro baluartes, que se llaman, empezando á contar por el mar, de Cervantes, Jesus, San Juan y San Pablo. Por esta parte, que es la de mas fácil acceso, habíase, para cercar el arrabal, construido una línea de fortificaciones que partia del último de los cuatro citados baluartes, y se terminaba en las inmediaciones del fuerte de Francolí, hácia el desaguadero de este rio: varios otros baluartes cubrian

dicha línea; y dos lunetas, de las cuales una nombrada del Príncipe, como tambien la batería de San José y dos cortaduras, amparaban la marina y la comunicacion con el mencionado castillo. En lo interior de este segundo recinto, y detras del baluarte de Orleans, colocado en el ángulo hácia la campiña, se hallaba el fuerte real, cuadrado abaluartado. Habia otras obras en los demas puntos; si bien por aqui defienden principalmente la ciudad las escarpaduras de su propio asiento. Eran tambien de notar el fuerte de Lorito ó Loreto, y en especial el del Olivo, al Norte, distante 400 toesas de la plaza sobre una eminencia. Tenia el último hechura de un hornabeque irregular con fosos por su frente y camino cubierto, aunque no acabado; en la parte interna y superior habia un reducto con un caballer en medio y dos puertas ó rastrillos del lado de la gola, la cual, escasa de defensas, protegian la aspereza del terreno y los fuegos de la plaza. Contribuia tambien al sosten de esta la escuadra inglesa, de tres navios y dos fragatas, mandada por el comodoro Codringtom.

Necesitaba Tarragona para ser bien defendida 14,000 hombres, y al principio del sitio solo tenia 6,000 infantes y 1,200 milicianos, gobernándola entonces D. Juan Caro, y sucediendo á este en fines de mayo D. Juan Senen de Contreras. Era comandante de ingenieros D. Cárlos Cabrer, y de artilleria D. Cayetano Sagueti.

El 4 de mayo inauguraron los franceses el sitio. El general Arispe, acompañado del de ingenieros Rogniat, pasó el Francolí hácia el Olivo; mas la firmeza con que los recibieron los españoles hizo perder á la brigada del general Salme cerca de 200 hombres. El general Polimbini se prolongó por la izquierda, apoderándose del Lorito y del vecino reducto del Ermitaño, cuyos puntos abandonaron los españoles por lo embarazoso de su conservacion. Colocó tambien Arispe tropas de respeto en el camino de Barcelona próximo á la costa. En el lado opuesto, y á la derecha de este general, colocáronse Frére y su division, y en seguida Habert con la suya frontero al puente de Francolí, y apoyado en la mar, completándose asi el acordonamiento.

El 5 hicieron los españoles cuatro salidas, causando en todas mucho daño á los enemigos, en los cuales hicieron tambien muchos estragos los contínuos y acertados disparos de la escuadra británica, que desde el mismo dia empezó á tomar parte en la defensa.

Pensaron los enemigos poder privar de agua á la ciudad cortando el acueducto moderno; pero esta operacion se volvió contra sus ejecutores, pues noticiosos de ella los somatenes hicieron cortaduras mas arriba, y como de aquellas aguas se surtia el sitiador, tuvo despues Suchet que enviar tropas á reparar el daño y continuar vigilando siempre el terreno. La ciudad estaba surtida con sus muchos algibes y con un profundísimo pozo de agua no muy buena; pero potable y manantial.

El 8 establecieron los sitiadores un gran reducto en la orilla del mar, y aunque la escuadra inglesa procuró impedirlo con un vivísimo fuego de cañon, favorecido el enemigo de la oscuridad de la noche y del gran número de trabajadores, logró su objeto, dificultando asi mucho la comunicacion de la plaza con la escuadra.

El valor que reinaba en Tarragona se aumentó con la entrada en ella del marques de Campoverde, quien noticioso del sitio corrió en socorro de la plaza, y llegó á ella por mar con 2,000 hombres, dejando fuera el resto de las tropas á las órdenes de D. Pedro Sarsfield, con encargo de incomodar á Suchet en sus comunicaciones.

Interesaba al enemigo posesionarse del Olivo, fuerte situado, como ya digimos, fuera de la plaza y al norte, y cuyos fuegos le embarazaban mucho para verificar su acceso á ella. En la noche del 13 al 14, validos de sus superiores fuerzas, apoderáronse los contrarios de los parapetos avanzados, defendidos heróicamente por el bizarro D. Tadeo Aldama, que poco despues pensó recobrarlos adelantándose al efecto con tres columnas; mas el enemigo, demasiado conocedor

de la importancia de aquellas obras, las puso luego en estado de frustrar cualquiera tentativa. Los nuestros, sin embargo, acometieron con tal arrojo, que algunos oficiales murieron plantando sus banderas dentro de los mismos parapetos. Los franceses intimaron la rendicion á los defensores del Olivo; pero estos, sin desanimarse por el reves sufrido, respondieron á cañonazos á tamaño insulto.

Los somatenes por su parte molestaban tambien continuamente el campo enemigo, verificando el 14 un reconocimiento orilla del mar, á las órdenes de D. José San Juan y protegidos por la escuadra, obligando á los franceses á encerrarse en el reducto que habian construido hasta la llegada del general Habert.

El mismo D. José San Juan destruyó el 18 parte de las obras que construia el sitiador á la derecha de Francolí, poniéndole en vergozosa fuga y causándole una pérdida de mas de 200 hombres. Señalóse en este dia una muger de la plebe, conocida bajo el nombre de *la Calesera de la Rambla*. Los sitiados continuaron sus salidas sin interrupcion, causando siempre daño al enemigo.



La Calesera de la Rambla.

Don Pedro Sarsfield desempeñaba con su acostumbrado denuedo el encargo que Campoverde le habia encomendado. Situado el 20 en Alcover, tuvieron los franceses que acudir con bastante fuerza para alejarle, costándoles mucha gente lograr su objeto. Incansable Sarsfield marchó tres dias despues á Montblanc, poniendo en sumo apuro al gefe de batallon Année que alli mandaba, y aunque se libró este por la prontitud con que fué socorrido, vióse Suchet en la necesidad de abandonar aquel punto á cada paso acometido.

Constante el frances en el propósito de apoderarse del fuerte del Olivo, abrió la trinchera á la izquierda de los parapetos que poco antes habia ganado, dirigiéndose á un torremontero distante 60 toesas de aquel castillo. Fué adelantando su trabajo con mucha dificultad, por encontrar con peña viva, y al fin á espensas de fatigas y de sangre, pues no daba paso sin perder muchos soldados, terminó el 27 cuatro baterías, que no pudo armar hasta el 28, teniendo los soldados que arrastrar los cañones á causa de lo escabroso de la subida, en la cual perecieron muchos por el atinado fuego del fuerte. En aquella misma mañana hizo una salida la guarnicion de este, y desbarató á sus contrarios. Para contener á los que huian é inspirarles aliento, tuvo el general frances Salme que ponerse

á su cabeza, y víctima de su valerosa arrogancia, al decir *adelante* cayó muerto de un metrallazo.

Repuestos los franceses del aturdimiento en que los puso el arrojo de los nuestros, y reforzados con nuevas tropas, comenzaron el fuego contra el Olivo el mismo dia 28. Aniquilábalos la metralla española, hasta que se disminuyó su estrago desmontadas algunas piezas, y destruidos los parapetos. En el ángulo de la derecha del fuerte abrieron brecha los enemigos, sin determinarse por eso al asalto, contenidos por la impetuosidad y el valor que desplegaba la guarnicion del fuerte, cuyo valor rayaba en temeridad.

Al fin desencabalgadas el 29 todas las piezas del fuerte, y arruinadas sus baterías, determinaron los enemigos apoderarse de él, amagando al mismo tiempo los demas puntos. La plaza y las obras esteriores respondieron con tremendo cañoneo al del campo contrario, apareciendo el asiento en que á manera de anfiteatro descansa Tarragona, como inflamado con las bombas y granadas, con las balas y los frascos de fuego. Tampoco la escuadra se mantuvo ociosa, y arrojando cohetes y mortíferas luminarias, añadió horror y grandeza al cuadro que la plaza ofrecia.

Precedido el enemigo de tiradores, corrió por la noche al asalto del Olivo, distribuido en dos columnas, una destinada á la brecha y otra á rodear el fuerte y á entrarle por la gola. La guarnicion se defendió heróicamente, cansándose de derribar y acuchillar á los que tenian la audácia de encaramarse por el muro; y es indudable el trágico fin que hubiera tenido para los sitiadores aquella tentativa, si la casualidad de hallar estos una entrada directa al interior del fuerte por un acueducto, y la de encontrarse repentinamente con una de las dos columnas francesas el regimiento de Almería, que iba á relevar al de Iberia, entre cuyas filas se mezclaron muchos soldados contrarios, entrando en el fuerte arremolinados con los nuestros, no hubiesen puesto el triunfo en manos del enemigo. Los franceses que asi entraron en el fuerte, validos de la confusion y de las tinieblas de la noche, rompieron luego á hachazos, junto con los de afuera, una de las dos puertas arriba mencionadas, y unidos unos y otros, dentro ya todos, apretaron de cerca á los españoles y los dejaron, por decirlo asi, sin respiro, mayormente acudiendo á la propia sazon los que habian subido por el acueducto, y estrechaban por su parte y acorralaban á los sitiados. Sin embargo, estos se sostuvieron con firmeza, en especial á la izquierda del fuerte y en el caballer, y vendieron muy



RENDICION DEL FUERTE DEL OLIVO.

cara la victoria, disputando á palmos el terreno y lidiando como leones, segun la espresion del mismo Suchet (1). Cedieron solo á la sorpresa y á la muchedumbre, llegando de golpe con gente el general Arispe, el cual estuvo á pique de ser aplastado por una bomba que cayó casi á sus piés. Mil y cien hombres tuvimos allí de pérdida, y quinientos los contrarios, desproporcion causada por el ciego arrojo con que peleaban los nuestros. El gobernador del fuerte D. José María Gamez, no se entregó hasta verse traspasado de diez heridas: militar bizarro, digno del renombre de héroe. Dícese que el enemigo escribió en el muro del fuerte con sangre española: «*vengada queda la muerte del general Salme*:» barbaridad inaudita, propia de los cultos franceses, á los cuales abandonamos la funesta gloria de inventores de tan vandálico modo de celebrar la victoria. De los españoles del fuerte consiguieron muchos descolgarse por el muro y entrar en Tarragona.

Los franceses aseguraron su conquista en términos que aunque al siguiente dia intentó el valiente D. Edmundo O-Ronani recobrar el fuerte, no pudo conseguirlo. En esta empresa se señaló muy particularmente el sargento Domingo Lopez.

La escesiva confianza que los de Tarragona tenian en el fuerte del Olivo, al cual con sobrada equivocacion juzgaban inespugnable, aumentó el desaliento que en ella causó su pérdida, sin ser bastante á disminuir su desconsuelo la llegada de Valencia de 1,600 infantes y 100 artilleros, y á mas 400 hombres de la isla de Mallorca venidos tambien en su socorro.

En semejante apuro el marques de Campoverde juntó un consejo de guerra, decidiendose en él que dicho general saliese de Tarragona, como lo verificó el 31 de mayo. Antes de su partida, encargó la plaza á D. Juan Senen de Contreras, acabado de llegar de Cádiz, y que como general mas antiguo no pudo eximirse de carga tan pesada. A D. Juan Caro lo envió á Valencia en busca de auxilios. No se manifestó en esta ocasion muy prudente el marques de Campoverde y parece que su determinacion indicaba cierta prediIeccion hácia D. Juan Caro, predileccion que la delicadeza de este general debió rehusar, pues se le relevaba en la inmensa responsabilidad de la defensa de la plaza, cuando la pérdida del Olivo la hacia sumamente crítica, para cargarla sobre los hombros de un general recien llegado, dando ocasion á creer que por no pertenecer antes al ejército de Cataluña se le quiso sacrificar.

D. Pedro Sarsfield se encargó de la defensa del arrabal de Tarragona y de su marina, y el baron de Eroles, que habia salido de Figueras, de la direccion de las tropas capitaneadas antes por aquel del lado de Montblan. Campoverde puso su cuartel general en Igualada. El desconsuelo de los tarraconenses se aumentó viendo salir de la ciudad á los principales habitantes, huyendo de las calamidades del sitio. La Junta salió tambien de la plaza y se trasladó á Monserrat; mas á esta corporacion no se le puede culpar por su marcha, pues como autoridad del Principado necesario le era estar en punto desde donde pudiese atender á todas partes.

Inmediatamente que los franceses se posesionaron del Olivo, formalizaron sus ataques contra el cuerpo de la plaza, abrazando el frente del recinto que cubria el arrabal, y terminando de un lado por el fuerte de Francolí y baluarte de San Cárlos, y del otro por el de Orleans, que los sitiadores llamaron de los Canónigos. Contra este fuerte dirigieron sus ataques en la noche del 1 al 2 de junio, por cuyo frente establecieron en los dias siguientes diferentes baterías que rompieron el fuego al amanecer del 7, y habiendo arruinado el fuerte de Francolí, fué abandonado por la guarnicion que retiró la artillería. Ocupado por el enemigo en la noche siguiente, construyó este en él una batería de seis piezas.

Como si la suerte en su enojo se hubiera empeñado en probar con repetidos y desconsoladores golpes la constancia de los tarraconenses, tuvieron tambien en estos

(1) Los espagnol l' y defendet en lions, quoique génes par leur prope nombre. Memoires du maréchal Suchet, tome 2, cap. 2, páge 59.

dias el dolor de verse abandonados de la division valenciana llegada poco antes al mando del general Miranda, la cual se embarcó con pretesto de ir á reforzar las filas del ejército de Campoverde, que ofreció venir á atacar al enemigo y obligarle á levantar el sitio.

Continuando los franceses el trabajo de la segunda paralela, se arrimaron á 35 toesas del ángulo saliente del camino cubierto del fuerte de Orleans. El fuego de la plaza los incomodaba tanto, que llegó muchas veces á acobardar á los trabajadores y hacerles suspender sus obras. Asi fué que en la noche del 8 al 9, mientras estaban entregados al descanso, fueron muchos de ellos pasados á cuchillo por 300 españoles salidos de la plaza. Gloriosa tambien fué la salida que en la noche del 11 hizo D. Pedro Sarsfield, á la cabeza de 3,000 hombres, con los que ahuyentó á los trabajadores, destruyó muchas obras y llevólo todo á sangre y fuego. En esta ocasion y en otras muchas, no solo se distinguieron varios vecinos, sino que hasta las mugeres se presentaban en el peligro y por entre las balas y las bombas llevaban refrescos y otros auxilios á los combatientes.

Marchando siempre el frances por encima de sus cadáveres, tuvo el 15 trazados ya tres ramales delante de la segunda paralela; uno dirigido al baluarte de Orleans, otro á una media luna inmediata llamada del rey, y el tercero al baluarte de San Cárlos, logrando coronar la cresta del glasis.

En la noche del 16 el enemigo sorprendió la luneta del Príncipe, y aunque advertidos tarde los españoles mandados por D. Miguel Subirachs, rechazaron la columna que atacaba el frente, matando á su comandante Javersac y á otros muchos; no fueron tan felices por la izquierda, en donde la debilidad del punto ofreció entrada al enemigo, muriendo 100 españoles y quedando varios prisioneros, refugiándose los demas á la plaza. Estos fueron seguidos por los enemigos, los cuales con el ímpetu se metieron por la batería de San José y cortaron las cuerdas del puente levadizo, y hubieran conseguido entrar por el arrabal sin la oportuna llegada de una columna española que los rechazó.

La ocupacion de la luneta del Príncipe por los franceses cerraba cada vez mas el frente atacado. La mucha sangre derramada por ambas partes encarnizaba la lucha, y los españoles defendian sus posiciones, sino siempre con acierto, constantemente con denuedo. El corage de unos y otros combatientes no se saciaba con el furor de la pelea, acompañando á esta palabras injuriosas y desaforados baldones. La matanza era consiguiente á este estado de los ánimos, no dándose cuartel por lo comun. Por confesion de los mismos franceses, tan aconstumbrados á rebajar su pérdida, contaban ya el 19 de junio entre muertos y heridos, un general, 3 coroneles, 15 gefes de batallon, 19 oficiales de ingenieros, 13 de artillería, 140 de las demas armas y 2,500 hombres de las demas clases. Y todavía tenian que apoderarse del arrabal, y empezar despues la acometida contra la ciudad.

La division valenciana de que hablamos antes se juntó el 16 en Igualada con el marques de Campoverde, el cual con este refuerzo reunió 9,456 infantes y 1,183 caballos, determinándose en consecuencia á maniobrar en favor de la ciudad sitiada.

Mientras tanto el baron de Eroles, que obraba unido á Campoverde, teniendo noticia de haber llegado á Mora un convoy de cerca de mil acémilas que debia salir del campo de Tarragona, escoltado por 2,000 hombres, apostó sus tropas en las inmediaciones de Falset, y logró sorprender dicho convoy el 20 de junio, apoderándose de 600 acémilas, y batiendo y persiguiendo vivamente la escolta, hasta que logró encerrar á los fugitivos en el fuerte que tenian en dicho pueblo de Falset, haciéndoles perder mas de 300 hombres. Igual descalabro hizo sufrir á los enemigos pocos dias antes en Gratallops D. Manuel Fernandez Villamil, que rodeando á un grueso destacamento á las órdenes del polaco Mrozinski, acabó con 400 de sus soldados entre muertos, heridos y prisioneros.

Pérdidas tan continuas obligaron á Suchet á llamar la brigada de Abbé y un regimiento que habia enviado á observar á Eroles, á Villamil y otros gefes la



F. Perez litogº — Litogª Artística.

ASALTO DE TARRAGONA.

vuelta de Mora y Falset, impulsándole igualmente á procurar acelerar la rendicion de Tarragona, inquieto con la decision y valor de su guarnicion y con el aumento de fuerzas de Campoverde, y las señales que daba este de intentar algun movimiento.

El 18 de junio, teniendo el sitiador concluida la tercera paralela, emprendió la bajada al foso enfrente del baluarte de Orleans, perfeccionando las obras de ataque por los demas puntos. En la mañana del 24 empezó á batir el muro, y á las cuatro de la tarde teníamos abiertas tres brechas; dos en los baluartes de Orleans y San Cárlos, y la otra en el fuerte Real, aunque colocado detrás: el mal estado del terreno facilitó al enemigo sus trabajos.

Grande era el valor en todos los gefes que dentro y fuera de la plaza contribuian á su defensa; pero desgraciadamente reinaba entre ellos poca armonía: celos, etiquetas y rencillas los tenian divididos, y el frances supo aprovechar bien semejante estado de cosas.

El marques de Campoverde pidió al gobernador de Tarragona que le enviase, para mandar una division, á Rötten ó á Sarsfield, y Contreras escogió á este último, haciéndole salir de la plaza el dia 21, en el momento en que el enemigo habia empezado ya su acometida al arrabal, punto que con tanto acierto, valor é inteligencia habia defendido el mismo Sarsfield desde los primeros dias. Determinacion fué esta de funestas consecuencias, y tal, que se atribuiria á una lamentable torpeza, si lo que hemos dicho antes no nos enseñára el desacuerdo de aquellos gefes que, con tantos brios para batir al enemigo, sentian tan exhaustas sus fuerzas para dominar sus pasiones. Contreras colocó en lugar de Sarsfield á D. Manuel Velasco, oficial intrépido y entendido; pero que no podia en manera alguna evitar las terribles consecuencias que lleva consigo la repentina mutacion de gefe en circunstancias tan apremiantes como las de aquel dia en Tarragona.

Resuelto el enemigo á apoderarse del arrabal, á las siete de la tarde del mismo dia 21 dirijióse al asalto en tres trozos contra el baluarte de Orleans, el de San Cárlos y el lado de la marina, llevando cada division su reserva.

A pesar de una vigorosa resistencia, entraron los franceses en el baluarte de Orleans, deteniéndolos bastante en la gola los españoles, de los que perecieron allí muchos y cuyas muertes pudieran haber sido vengadas, si el aturdimiento que produjo la súbita mutacion del gefe, no hubiese impedido poner fuego á dos hornillos ya cargados. Apoderáronse tambien los enemigos de los demas puntos, hasta del fuerte Real, que tomaron por escalamiento, no estando aun la brecha bastante practicable. D. Manuel Velasco rechazó los primeros ataques del enemigo por la parte de la marina, sosteniéndose con notable esfuerzo y sin retirarse, hasta que vió ir por su flanco á los franceses procedentes de los fuertes de San Cárlos y Orleans. Contreras, colocado en lo alto del muro de la ciudad, tomó todas las precauciones necesarias para evitar cualquiera sorpresa de aquel segundo recinto, y logró que Velasco y los suyos se salvasen entrando por la puerta de San Juan. La escuadra inglesa hizo un sostenido fuego; pero sin causar gran daño al enemigo. Nuestra pérdida en aquel mal aventurado dia consistió en 500 hombres. Los enemigos descargaron su furia en los vecinos del arrabal, de los cuales mataron muchos sin distincion de edad ni sexo. Quemaron tambien varios almacenes en el puerto, y dueños ya del muelle, incomodaron en breve el embarcadero del Milagro, que ahora servia para las comunicaciones del mar. Orgulloso el frances con su victoria, hizo señales á la plaza para ver si el gobernador queria entrar en capitulacion; pero este las despreció con altanero silencio. Ofendido Suchet del desaire hizo abrir la misma noche del 21 al 22 la primera paralela contra la ciudad, apoyando la izquierda en el baluarte llamado de Santo Domingo, y la derecha en el mar. Ya no le faltaba vencer sino este último recinto, sencillo y débil.

Uno de los efectos naturales de las desgracias es la de reaccionar el ánimo de los que las padecen contra los que antes idolatraban, creyéndolos causantes de ellas. Atribuyendo los catalanes á indolencia de Campoverde la afligida situacion

de Tarragona, convirtieron en enojo el antiguo afecto que le tenian. Creian sus fuerzas mayores que lo eran en realidad, y suponian muy inferiores las de los franceses. Contribuyó al comun error el mismo marques por sus no cumplidas ofertas, y lo aumentaba la enemistad de Contreras, que en vez de obrar enérgicamente, consumia á veces el tiempo propalando indiscretamente que la plaza tendria luego que rendirse si en breve no era socorrida. Senen de Contreras no previa que tratando de llevar á cabo el descrédito de su rival por medios tan poco dignos, lo único que al fin sucederia seria entibiar en el vecindario y guarnicion el valor y entusiasmo que tan necesarios les eran en aquellos críticos momentos. Sabedor el marques de Campoverde del disfavor con que se le miraba por parte del pueblo, disfavor que no en todo era justo, pues si bien podia aquel gefe distraer mas la atencion del enemigo, no por eso eran bastantes sus fuerzas para obligarle á levantar el sitio, resolvió el 25 de junio realizar una tentativa contra los sitiadores. En su virtud, D. José Miranda al frente de la division valenciana, y de 1,000 infantes de la de Eroles con 700 caballos, fué destinado á atacar los campamentos franceses de Hostalnou y Pallaresos, al paso que Campoverde debia situarse á la izquierda, en el Callas, para sostener la columna de ataque, y favorecerla ademas por medio de un falso movimiento al cargo del intrépido D. José María Torrijos.

Luego que Suchet supo la marcha de los nuestros, preparóse á esperarlos sin alejarse de sus principales fuerzas, contando con que se le atacaria del lado de Villalonga; pero no lo fué por ninguno: la fortuna habia vuelto ya la espalda á Campoverde, y sus mejores combinaciones debian estrellarse todas contra una especie de fatalidad que no estaba en su mano vencer. Miranda no desempeñó su encargo so pretesto de no conocer el terreno, y alegando dudas y temores que no le ocurrieron la víspera, y para las que ninguna nueva razon habia. Un escarmiento ejecutivo y severo hubiera servido en este caso de leccion provechosa, y estorbado la repeticion de actos tan indignos del nombre español. Lavó de algun modo la mancha D. Juan Caro de vuelta de Valencia, sorprendiendo y acuchillando en Torredembarra á unos 200 franceses; perdióse, empero, la ocasion de aliviar á Tarragona, y Campoverde, aunque mal su grado, tiró la vuelta del Vendrell.

Todavía la infeliz Tarragona tenia que pasar por el dolor de formar nuevamente esperanzas para verlas de nuevo fallidas. El 26 llegaron á su puerto, procedentes de Cádiz, 1,200 ingleses al mando del coronel Skerret. Estas tropas, ya uniéndose á Campoverde, ya reforzando la plaza, hubieran sido de mucha utilidad, no tanto por su número cuanto por el aliento que infundiesen con su presencia; pero la suerte de Tarragona estaba ya decidida. Los gefes británicos bajaron á tierra y el estado de la plaza los desanimó; y aunque por cortesía no mas se ofrecieron al gobernador, este, que conoció desde luego lo mucho que les costaba aquel acto de forzosa urbanidad, tuvo la delicadeza de no comprometerlos, y dejó á su arbitrio desembarcar ó no su gente. Los gefes ingleses se decidieron á mantenerla á bordo, acabando de conocer con esto los tarraconenses lo crítico de su posicion, empeorada con las nuevas desavenencias ocurridas entre los caudillos españoles. Mal avenido Campoverde con Senen de Contreras á causa de los continuos é indiscretos razonamientos de este, le escribió manifestándole que sino estaba contento hiciese dejacion del mando, previniendo al propio tiempo á D. Manuel Velasco le sucediese en él en tal caso, ó en el de querer Contreras rendirse; y comunicando igual órden á los demas gefes, autorizándolos á nombrar gobernador si Velasco no aceptaba el cargo. Conformábase la resolucion de Campoverde con una circular de la Regencia de principios de abril, aprobada por las córtes, segun la cual se mandaba que en tanto que hubiese en una plaza un oficial que opinase por la defensa, aunque fuese el mas subalterno de la guarnicion, no debia capitularse, debiendo por el mismo hecho encargarse el oficial en cuestion del mando. Habia dado motivo á esta providencia la conducta de Imaz en Badajoz; pero en Tarragona no se estaba en el mismo caso. Contreras no pensaba en rendirse, y justo es decir

que le sobraban brios y honra para cometer villanía alguna. Era solo hombre de mal contentar, presuntuoso y que usaba con poco recato de la palabra y de la pluma. Asi, altamente ofendido con la determinacion de Campoverde, lejos de entregar el mando dió á Velasco pasaporte para salir de Tarragona é incorporarse al cuartel general, privándole con esto á la plaza de buenos oficiales, fomentándose partidos y haciendo desmayar hasta á los mas firmes. Tales desavenencias, siempre lamentables, lo eran mucho mas al frente de un enemigo que tan bien sabia esplotarlas.

Este seguia sus trabajos con actividad, estableciendo la segunda paralela á 60 toesas de la plaza ó sea del último recinto que era el atacado, y dejando espeditas y armadas en la noche del 27 al 28 las baterías de brecha. En la mañana del 28 rompieron el fuego los sitiadores, intentando principalmente aportillar el muro en la cortina del frente de San Juan, por el ángulo que forma con el flanco izquierdo del baluarte de San Pablo. El terreno es de piedra por allí sin fosos ni camino cubierto.

La plaza respondió con un fuego vivísimo y de un modo tan acertado, que destruyendo los espaldones de las baterías enemigas dejaron nuestros disparos en descubierto á los artilleros franceses y mataron á muchos. Por nuestra parte hubo la desgracia de volarse un repuesto de pólvora en el estrecho baluarte de Cervantes y la de que se apagasen sus fuegos. El de los demas puntos continuaba vivísimo, menudeando Suchet sus disparos contra el lienzo de la muralla, y no cesando en ellos hasta conseguir abrir una anchurosa brecha, á la cual se agolparon los sitiadores á las cinco de la tarde para verificar el asalto, dirigidos por Habert, Ficatier y Montmaire. Senen de Contreras con arrojo digno de mejor suerte situóse en la misma brecha determinado á rechazar en ella á los francses, y á defenderse despues en las calles, en las cuales habia dispuesto varias cortaduras, señaladamente en la Rambla. Con 8,000 hombres de buenas tropas que aun le quedaban y un vecindario decidido á morir peleando se proponia imitar por muchos dias los héroicos ejemplos de Zaragoza y Gerona; pero su mala estrella pudo mas que todos los esfuerzos del valor. Temiendo el gobernador ser atacado al mismo tiempo por varios puntos, cosa á la verdad muy comun en casos como el de que se trata, colocó enfrente de la brecha solamente dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería, á cuyos gefes dió las mas acertadas órdenes, esparciendo las demas fuerzas por el recinto de la plaza. Muchos han criticado este plan, no siendo difícil hacerlo despues de vistos los resultados. Si el gobernador, menos previsor, digámoslo con franqueza, menos militar, hubiera agolpado todas las fuerzas de que disponia, cierto que el triunfo habria sido suyo, habiendo sido igual la acometida á la brecha por parte del enemigo; pero si este aprovechando el descuido del resto de la poblacion hubiera sorprendido la plaza por alguno de los otros puntos, ¿qué justos cargos no se hubieran hecho á su infortunado defensor en contrario sentido? Confesemos que hay ocasiones en que el hombre, á pesar de los cálculos mejor fundados al parecer, se estrella en los caprichos de la suerte.

Abalanzándose los franceses á la brecha con una intrepidez propia de soldados tan aguerridos, muerden el polvo las primeras filas deshechas por la contínua metralla que lanzan nuestras piezas, y luego reemplazadas sus columnas por otras y otras, sufren todas la misma suerte. Acude despues la reserva y los mismos ayudantes de Suchet, y hasta para alentar el decaido valor de los asaltadores se adopta la inusitada medida de formar un batallon de oficiales. ¡Tanto le costó al sitiador vencer á los defensores de Tarragona! Una y mil veces rompen los españoles las columnas enemigas, y una y mil veces se rehacen de nuevo y otras tantas quedan desbaratadas. Al cabo vence el número, y trepando los franceses por sobre sus mismos cadáveres, suben á la brecha y penetran en la cortina y baluarte de San Pablo, estendiéndose con la prontitud del rayo por lo largo del adarve, conociendo que dueños del muro han de sobrecojer á los sitiados, imposibilitando probablemente la defensa interior de la ciudad. Sin embargo, en las cortaduras de la Rambla resistió valerosamente el regimiento de Almansa, cediendo solo al verse flanqueado y acometido por la espalda. Fu-



Asalto de Tarragona.

rioso el frances se derrama al fin por todas partes, robando, quemando, matando y llenando de charcos de sangre las calles de Tarragona.

En las gradas de la catedral murió defendiéndose con otros valientes D. José Gonzalez, hermano del marques de Campoverde. Senen de Contreras herido de un bayonetazo en el vientre, despues de haber peleado con estraordinario valor, cayó prisionero en la puerta de San Magin. Perecieron mas de 4,000 personas del vecindario: ancianos, religiosos, mugeres, niños, enfermos..... nada respetó la furia de los vencedores. El estupro y la violacion se mezclaron á la mortandad.

Entre las muchas curiosidades y objetos de importancia que conservaba la antiquísima ciudad de Tarragona, y desapareció aquel dia de desolacion y espanto, debe lamentarse la pérdida del archivo de la catedral, notable por los muchos y raros manuscritos que custodiaba.

De los soldados quedaron prisioneros, incluyendo los heridos de los hospitales, 7,800 hombres, contándose en este número los generales Courten, Cabrey y otros oficiales superiores. El enemigo para posesionarse de la plaza tuvo que abrir nueve brechas, dar cinco asaltos, y perder, segun su propia cuenta, 4,293 hombres, pasando de 7,000, segun otros, cuyo cálculo es mas exacto. Esto prueba que la defensa de Tarragona, plaza de suyo irregular y defectuosísima, honró á nuestras armas, dando á Senen de Contreras un lugar distinguido en nuestros fastos militares de España, no obstante las gravísimas faltas que su carácter le hizo cometer. No neguemos, pues, el debido homenage al héroe, despues de haber pasado por el dolor de lamentar las debilidades del hombre. Hasta despues de herido y prisionero fué honrosa al nombre español la firmeza del gobernador. Llevado este en unas angarillas delante de Suchet, reprochóle aquel general lo pertinaz de la resistencia y díjole: «que merecia la muerte por haber prolongado aquella mas « allá de lo que permiten las leyes de la guerra, y por no haber capitulado abierta « la brecha.» Con dignidad replicó D. Juan: «Ignoro qué ley de guerra prohiba « resistir un asalto. Demas que yo esperaba socorros; mi persona debe ser inviola- « ble como la de los demas prisioneros. La respetará el general frances; de lo « contrario el oprobio será suyo, mia la gloria.» Suchet trató despues á Senen de Contreras con atenta cortesanía, agasajándole y haciéndole muchos ofrecimientos para que pasase al servicio del rey intruso. Desechólos el español, y como premio



Senen de Contreras.

de su lealtad fué conducido al castillo de Bouillon, en los Paises Bajos, de cuyo encierro logró escaparse, no habiendo nunca empeñado su palabra de honor de permanecer prisionero.

Suchet á pié y debajo de pálio fué en Reus á la iglesia á dar gracias al Todopoderoso por el triunfo que le habia concedido con la toma de Tarragona, como si al Dios de la paz, al Dios de la humanidad pudieran serle gratos los sacrificios prestados por manos que teñidas en sangre habian el dia anterior prostituido los templos, profanado los sagrarios, quemado los óleos y arrojado al suelo las hostias para pisotearlas despues.

La pérdida de Tarragona infundió en toda la Cataluña la exasperacion y el desmayo, comenzando de un modo notable la desercion en el ejército. Desconfiados los catalanes de los gefes que los dirijian, preferian la guerra de somaten. Los valencianos, temiendo por su propio suelo, clamaban por ir á defenderle, y exigian el cumplimiento de la promesa que se les habia hecho repecto á su pronto regreso. Confuso el marques de Campoverde en medio de tantos infortunios, yendo el 1.° de julio de Igualada á Cervera, congregó un consejo de guerra, decidiéndose en él por cuatro votos, de siete que eran al todo, la evacuacion del Principado, dejando en él únicamente guerrillas de catalanes. Inconcebible resolucion cuando se conservaba aun Figueras, y estaban intactas las plazas de Berga, Cardona y Seu de Urgel.

Gozoso Suchet con tan lisongera nueva; pero decidido á evitar el embarque de la division valenciana, y aspirando á destruir tambien el ejército de Campoverde, tomó la direccion de Barcelona, dejando detras de sus huellas regueros de sangre é indelebles señales de destrozos, y escediéndose á sí mismo en crueldad. Cogió en Molins de Rey algunos prisioneros, soldados todos y entre ellos á uno de 25 años de servicio, y mandólos ahorcar. Hincados de rodillas pidiéronle aquellos desgraciados tuviese consideracion al uniforme que vestian, mas Suchet, sordo á todo, mandó ejecutar su fallo, cabiendo la misma suerte á varios paisanos y mugeres. Pero en vano creia abatir con el rigor al indómito catalan. D. José Manso, á cuyo cuerpo pertenecian aquellos soldados, hizo en consecuencia una enérgica declaracion, ahorcando á seis de los enemigos que habia cogido prisioneros. Asi los sanguinarios instintos del frances obligaban á su pesar á los es-

pañoles á imitar sus crueldades, para ver si de este modo conseguian atraerle á la senda de la justicia y de la humanidad.

Campoverde emprendió la retirada hácia Agramunt, sin llegar á aquel punto por haberle hecho suspender su marcha los lamentos de los pueblos que se lastimaban del desamparo en que iban á verse, y tambien la noticia de haberse Suchet replegado á Tarragona. Aprovechó el marques aquella coyuntura, y dirigiéndose apresuradamene á la marina, consiguió embarcar en Arenys de Mar á los valencianos, sin que pudiera impedirlo Suchet oportunamente. En Vich, por donde trazó su nueva ruta, encontró el general español á D. Luis Lacy, nombrado sucesor suyo por la Regencia, y el 9 de julio le entregó el mando, tal vez con secreta complacencia por los compromisos y sinsabores de que dejándolo se libertaba.

Mientras el nuevo general combina su plan de operaciones, traslademonos nosotros á otros puntos cuyos sucesos debemos examinar.



CAPITULO XVI.

Portugal: derrota del general Silveira.—Llega de Paris el general Foy.—Muerte del marques de la Romana: honran las córtes su memoria.—Marchan á Estremadura las tropas españolas de Portugal.—Ordenes de Napoleon: las entorpece el mariscal Soult.—Miras privadas de este general.—Sus disposiciones en Andalucía.—Estremadura: movimiento de Mendizabal y Ballesteros.—Sitio y toma de Olivenza.—Ataque de Castillejos.—Otras acciones de Ballesteros.—Situacion y fortificaciones de Badajoz: la sitia el ejército frances.—Llegan las divisiones españolas de Portugal.—Mendizabal toma posicion fuera de la plaza: descuida su atrincheramiento y es completamente derrotado.—Noble entusiasmo de la guarnicion de Badajoz.—Admirable porte del oficial de artillería Fonturvel.—Heróica resolucion del general Menacho: su gloriosa muerte.—Distinguen las córtes su memoria: premian á su familia.—Toma el mando de Badajoz D. José de Imaz.—Responde mal á esta confianza.—Rinde la plaza.—Decreto de la Regencia.—Toman los franceses las plazas de Alburquerque y Valencia de Alcántara.—Sitio y toma de Campomayor.—Regresa Soult á Andalucía.

El lector recordará que al suspender á fines del año último la narracion de los sucesos de Portugal, dejamos al general Drouet dándose la mano con Massena, y cortando ambos la comunicacion de Wellington con las provincias septentrionales. El general portugues Silveira, derrotado á principios de enero en Ponte de Abade por el general Claparede, se apoderó de Lamedo poco despues. Por este tiempo tambien llegó á Portugal con tres mil hombres el general Foy de vuelta de Francia, adonde por órden de Massena habia ido con el fin de noticiar á Napoleon la situacion de sus ejércitos, situacion de que no le era posible saber nada sino es por la lectura de los periódicos ingleses. Tal era la actividad que para interceptar la correspondencia empleaban las partidas españolas y portuguesas.

Nada particular ocurrió en los ejércitos beligerantes de Portugal hasta principios de marzo, limitándose el de Massena á repetidas correrías para proveerse de víveres, las cuales dieron lugar á los mas escandalosos desórdenes y escesos, en nada estorbados por los ingleses, atentos solo á su conservacion y temerosos siempre de los contínuos reconocimientos del enemigo, en uno de los cuales fué herido en una mejilla el general Junot.

En el mes de diciembre pasó enfermo el general Hill á Inglaterra, y en consecuencia dióse el mando de su division al mariscal Beresford. Estas tropas estaban encargadas de impedir la comunicacion de Massena con Soult, y teníalas Wellington destinadas á cooperar con las españolas en Estremadura, aguardando para efec-

tuarlo la llegada de refuerzos de Inglaterra, los cuales se retardaron bastante, motivo por el cual se difirió el cumplimiento de resolucion tan oportuna. No sucedió asi respecto á regresar á la mencionada provincia las dos divisiones españolas que al mando del marques de la Romana se habian unido antes al ejército ingles, y la de D. Cárlos de España que obraba del lado de Abrantes. Todas se movieron despues de promediado enero, y la última, compuesta de 1,500 infantes y 200 caballos, estaba ya el 22 en Campomayor. Las dos primeras continuaban bajo la direccion inmediata de D. Martin de la Carrera y D. Cárlos Odonnell, mandándolas en gefe durante el viage D. José Virues, por haber fallecido de repente el 23 de enero de una aneurisma, en el cuartel general de Cartaxo, el marques de la Romana. Muchos sintieron su muerte, otros no, segun el concepto que de sus virtudes ó defectos tenia cada uno formado. Nosotros, por lo mismo que no nos sentimos muy inclinados al difunto marques, queremos, en prueba de la imparcialidad que nos hemos propuesto seguir en esta historia, transcribir aqui las sentidas espresiones con que lord Wellington dió parte á su córte de aquel triste suceso. «Tengo el mayor sentimiento (decia el lord) en participar que el marques «de la Romana ha muerto en esta ciudad, en este mismo dia, despues de una cor«ta enfermedad. Sus virtudes, su talento y su patriotismo son bien conocidos del «gobierno de S. M. El ejército español ha perdido su mas bello ornamento, su pais «el patriota mas puro, y el mundo entero el mas valiente y celoso defensor de la «causa por que combatimos. Viviré siempre agradecido á la asistencia que me ha «prestado, tanto con sus operaciones como con sus consejos, desde el momento en «que se reunió á mi ejército.»

Las córtes por su parte honraron tambien su memoria, decretando que en su sepulcro se pusiese la siguiente inscripcion: *«Al general marques de la Romana, la patria reconocida.»*

La traslacion de las indicadas divisiones españolas á Estremadura era muy oportuna en verdad, exigiendo su regreso lo que pasaba tanto en dicha provincia como en las Andalucías, de cuyas operaciones militares, íntimamente unidas con las de Portugal, vamos ahora á ocuparnos.

Luego que supo Napoleon la apurada situacion del ejército de Massena, fija siempre su mente en la idea de destruir á toda costa las fuerzas británicas, determinó que Soult ayudase á aquel en su campaña, y aun inclinóse segun parece á que se evacuasen las Andalucías, reconcentrando asi en la márgen izquierda del Tajo todas las fuerzas posibles, y poniéndolas en contacto por Abrantes con las tropas francesas de Portugal. Tardó Soult en recibir las órdenes espedidas al efecto, interceptadas las primeras por los partidarios, no moviéndose despues tampoco con la celeridad conveniente, ya por verse embarazado con sus propias atenciones, ya tambien por desagradarle favorecer á Massena en una empresa de que en caso de triunfo resultaria á este la principal gloria. Solapaba él estas miras alegando lo espuesto que era penetrar en el Alentejo con limitados recursos dejando á la espalda las plazas de Olivenza y Badajoz y las fuerzas españolas del condado y de Estremadura, razon por la cual pidió á Napoleon permiso para atacar dichas plazas antes de invadir el Alentejo. Napoleon consintió en ello, consiguiendo Soult de este modo desprenderse totalmente de las Andalucías, cuya rica conquista esplotaba, y satisfacer juntamente sus celos y rivalidades, dejando á Massena solo y entregado á su suerte, hasta que cercado de apuros no pudiera salir de ellos, sino con la ayuda del ejército del mediodía.

Antes de partir para su espedicion tomó Soult todas las precauciones propias de un tan esperimentado general. Puso en Córdova al general Godinot en lugar de Dessolles, que habia vuelto á Madrid; en Ecija apostó una columna bajo el mando del general Digeon, destinada á mantener las comunicaciones; atrincheró del lado de Triana la ciudad de Sevilla, cuyo gobierno dió al general Darican, y envió en fin refuerzos al condado de Niebla á las órdenes del coronel Remond. Al principiar enero lo tenia ya todo preparado, hallándose en estado de empren-

der su marcha con 19,000 infantes, 4,000 caballos, 54 piezas, un tren de sitio, un convoy de provisiones y otros auxilios.

Por parte de los españoles continuaba mandando en Estremadura desde la partida de Romana D. Gabriel de Mendizabal, no habiendo ocurrido allí en todo aquel tiempo hecho ninguno notable. La division de Ballesteros, que pertenecia entonces al mismo ejército, continuaba obrando casi siempre hácia el condado de Niebla, y dándose la mano con Copons era la que mas bullia. Al tiempo de avanzar los franceses, Mendizabal, cuyas partidas se estendian á Guadalcanal, replegóse por Mérida buscando la derecha del Guadiana y Ballesteros tiró á Fregenal. Latour Malbourg apretó al primero de cerca con la caballería, y Gazan persiguió al último para proteger la marcha de la artillería y convoyes: el mariscal Soult con la infantería marchó sobre Olivenza.

Portuguesa antes esta plaza pertenecia á España desde el tratado de Badajoz de 1801. Tenia fortificacion regular con camino cubierto y nueve baluartes; pero flaca de suyo y descuidada no podia detener mucho tiempo los ímpetus del frances. Hallábase de gobernador en la plaza D. Manuel Herk, con buen ánimo para defenderla; pero falto de municiones y sin artillería al propósito no debia esperarse un feliz resultado. Los enemigos la atacaron el 11 de enero, establecieron trinchera al otro dia, comenzaron á batirla el 20 y la ganaron por capitulacion el 21.

Ballesteros, cuya division por el nuevo arreglo de los ejércitos habia quedado agregada al 4. ° establecido en la Isla de Leon, tuvo un encuentro el 25 en Villanueva de los Castillejos con los generales Gazan y Remond, á quienes resistió valerosamente, aprovechando luego la oscuridad de la noche para retirarse con el mayor órden y pasar tranquilo el Guadiana.

Luego que el mismo general conoció que toda la atencion del enemigo se fijaba en Badajoz, comenzó de nuevo sus correrías. El 16 de febrero embistió á Fregenal, y cogió 100 caballos, 80 prisioneros y bagages. Rondó por los contornos; y engrosadas sus filas con prisioneros fugitivos de Olivenza, resolvió al finalizar el mes acometer á Remond en el condado, de cuyo distrito le habia dado el mando la Regencia. Temeroso el comandante frances se retiró mas allá del rio Tinto, de donde el 2 de marzo le arrojaron los nuestros; suceso que alteró en Sevilla los ánimos de los enemigos y de sus secuaces. Darican, gobernador de esta ciudad, corrió en auxilio de Remond con cuanta gente pudo recoger; mas serenóse habiendo Ballesteros hecho alto y repasado despues el Tinto. Incansable el español tornó el 9 desde Veas en busca de Remond, le sorprendió de noche en Palma, le deshizo y tomóle bastantes prisioneros y dos cañones. Guerra penosísima para los franceses la que Ballesteros les hacia y que les ocasionaba mucha pérdida. El intrépido general español se preparaba el 11 á hacer decididamente una incursion hasta Sevilla mismo, cuando las malas nuevas de Estremadura le obligaron á suspender el movimiento proyectado.

El origen de esas malas nuevas procedia del sitio de Badajoz, embestida por los franceses el 26 de enero. Aquella plaza está situada á la izquierda del Guadiana, que la baña por el norte, y cubre una cuarta parte del recinto. Guarnécela del lado de la campiña un terraplen revestido de mampostería, con ocho baluartes, fosos secos, medias lunas, camino cubierto y esplanada. Desagua allí al nordeste y corre por fuera un riachuelo de nombre Rivillas, cerca de cuya confluencia con el Guadiana, álzase un peñon coronado de un antiguo castillo, el cual resguarda junto con dos de los baluartes el lado que mira al nacimiento del sol. En la derecha de Rivillas, á 200 toesas del recinto principal, y en un sitio elevado, se muestra el fuerte de la Picuriña, y al sudoeste el hornabeque de Pardaleras, con foso estrecho y gola mal cerrada. Estas dos obras esteriores se hallan como la plaza á la izquierda del Guadiana, descollando á la derecha, enfrente del castillo viejo, poco há indicado, un cerro que se dilata al norte, y en cuya cima se divisa el fuerte de San Cristóbal casi cuadrado. Lame la falda de este por levante

el Gévora, que tambien se junta alli con el caudaloso Guadiana. No esguazable el último rio en aquellos parages, tiene un buen puente á la salida de la puerta de las Palmas, abrigado de un reducto. La poblacion yace en bajo, y está rodeada de un terreno desigual que pudiéramos llamar undoso, con cerros á corta distancia.

Gobernaba la plaza el mariscal de campo D. Rafael Menacho, gefe de admirable serenidad, inteligencia y valor. La artillería estaba dirigida por D. Joaquin Caamaño, y el comandante de ingenieros era D. Julian Albo. La guarnicion era de 9,000 hombres y la poblacion ascendia de 11 á 12,000 habitantes. El gobernador habia tomado todas las disposiciones posibles para defender la plaza, abasteciéndola cuanto pudo, y haciendo salir de ella una multitud de mugeres y niños que se habian refugiado dentro, huyendo de la ferocidad del enemigo.

La primera operacion de los franceses fué formar baterías en el cerro llamado del Viento, y en toda la márgen izquierda del Guadiana, con el objeto de batir el fuerte de Pardaleras y el de la Picuriña. En los diez primeros dias del sitio hizo la guarnicion cuatro salidas, todas con buen éxito. El 5 de febrero entraron en la plaza las dos divisiones procedentes de Portugal, á las órdenes de la Carrera y de D. Cárlos Odonnell, logrando mantener la comunicacion de Badajoz con las plazas de Yelves y Campomayor distantes tres leguas. Estas tropas unidas con la guarnicion hicieron el dia 7 una salida contra los sitiadores con objeto de destruir las baterías construidas por estos en los puntos del Almendro y de San Miguel, avanzando al mismo tiempo contra las del cerro del Viento. Las dos primeras fueron tomadas á la bayoneta y vueltas á perder por dos veces, hasta que reforzados los franceses con fuerzas muy superiores, tuvieron los españoles que desistir de su empeño, con pérdida de 600 hombres, considerándose mayor la de los franceses por cuanto estuvieron espuestos durante toda la refriega á los contínuos disparos de la plaza.

El general Mendizabal con las divisiones venidas de Portugal salió de la plaza el 9, y se estableció en la orilla opuesta del Guadiana, en donde por no haber seguido los prudentes consejos de Wellington de fortificar sus posiciones ínterin él podia socorrerlo, perdió su ejército, y de sus resultas la plaza sitiada. Concluida por los sitiadores de esta la segunda paralela y dueños por sorpresa del fuerte de Pardaleras, conociendo que les era forzoso alejar á Mendizabal de la importante posicion de San Cristóbal, le arrojaron el 18 granadas y bombas desde el fuerte de Pardaleras y le obligaron á levantar el campo en aquel mismo dia y situarse en las alturas de la Atalaya y otras inmediatas á la ermita de Santa Engracia. El mariscal Soult hizo pasar aquella noche mucha parte de sus fuerzas á la derecha del Guadiana y del Gévora, y atacó al amanecer la nueva posicion de los españoles, adelantándose para envolverlos por su izquierda un cuerpo de caballería, que arrollando á la española, no logró sin embargo su objeto, pues fué rechazada por el vivo fuego de la infantería de aquel flanco. En tanto las columnas francesas avanzaron de frente, y atacaron con vigor la vanguardia española que, despues de una tenaz resistencia, cedió el terreno casi al mismo tiempo que llegaba á reforzarla una columna procedente de la Atalaya. Un terrible y acertado fuego de fusilería y artillería que hicieron los enemigos en tan decisivo momento, desordenó estas tropas, y la fatal casualidad de haberse incendiado al mismo tiempo un carro de municiones en el centro de un cuadro de infantería que debia servir de apoyo á los españoles, acabó de introducir en ellos el desórden, del que aprovechándose súbitamente la caballería contraria, acuchilló á los fugitivos é hizo mas de 5,000 prisioneros, salvándose únicamente una seccion que logró introducirse en Badajoz, y algunas otras tropas que con D. Cárlos España pudieron refugiarse en Yelves, protegidas del regimiento de la Union, que con su coronel D. Pablo Morillo á la cabeza, se retiró en masa, ofreciendo un ejemplo admirable de valor y disciplina en medio de la confusion y espanto de tan desastrosa jornada. Esta acabó de decidir la suerte de Badajoz, la cual desde este dia quedó circunvalada enteramente.

Creyendo el enemigo que una tan señalada derrota amilanaria á sus defen-

sores, les intimó nuevamente la rendicion, que Menacho rechazó como valiente, secundado por dignos militares, acreedores todos á la gratitud de la patria.

Diversos hechos dignos de eterna memoria tuvieron lugar en el sitio de Badajoz: entre ellos merece particular mencion el de D. Miguel Fonturvel, teniente de artillería de la brigada de Canarias. De avanzada edad, pidió no obstante que se le confiase uno de los puntos de mas riesgo; y perdiendo las dos piernas y un brazo, asi mutilado y ya próximo á espirar, animaba todavía á sus soldados, esclamando mientras pudo con interrumpidos acentos: «¡ *Viva la patria! contento muero por ella.* »



Heroismo de Fonturvel.

Los enemigos continuaban con actividad sus trabajos contra la plaza, dirigiéndolos principalmente á los baluartes de San Juan y Santiago. El 26 estendiéndose por alli y batiendo la ciudad con vivo cañoneo, se prendió fuego á un repuesto detras de uno de los baluartes; pero la presencia de Menacho impidió el desórden y evitó desgracias. Intrépido y activo este gefe; disponíase á defender la ciudad hasta por dentro, cortando calles, atronerando casas y tomando otras medidas no menos vigorosas.

Todo anunciaba que llevaria á cabo su propósito, cuando el 4 de marzo, observando desde el muro una salida en que se causó bastante daño al enemigo, cayó muerto de una bala de cañon. Término glorioso de una carrera ilustre llena de nobles ejemplos de valor y de honra; pérdida justamente llorada por el ejército español é irreparable para Badajoz en su situacion apurada. Las cortes hicieron honorífica mencion del nombre de Menacho y premiaron á su familia debidamente.

Sucedióle en el mando el mariscal de campo D. José de Imaz, que desgraciadamente correspondió mal á tamaña confianza, pues capituló el 10, no aportillada bastantemente la brecha en la cortina de Santiago, ni maltratados todavía los flancos, y á tiempo en que por telégrafos se le avisó de Yelves que Massena se retiraba, y que la plaza de Badajoz no tardaria en ser socorrida. Circunstancias todas para que un gefe de corazon y delicadeza hubiera sostenido el punto que le estaba encomendado y de que tanta gloria podia reportar. Imaz renunció á ella y á su buen nombre, sin que pueda cubrir su mengua el dictámen del comandante de ingenieros D. Julian Albo y el de otros gefes que estuvieron por rendirse. No asi Caamaño el de artillería, que dijo: « Pruébese un asalto, ó abrámonos paso

por en medio de las filas enemigas.» Igualmente fué firme y noble el parecer del general D. Juan José García, que si bien anciano, dijo con brio: «Defendamos á Badajoz hasta perder la vida.» Mas Imaz, con una contradiccion sin ejemplo, votó en el consejó que al efecto se celebró, con los dos últimos gefes, y en el mismo dia entregó la plaza, sin que hubiese para ello nuevo motivo.

Ocuparon los franceses á Badajoz el 11 de marzo: salieron por la brecha y rindieron las armas 7,155 hombres. Habia en los hospitales 1,400 enfermos, y en la plaza 170 piezas de artillería con municiones bastantes de boca y guerra.

La Regencia del reino, justamente descontenta con la conducta observada por el gobenador Imaz, mandó juzgarle por un consejo de guerra, y para premiar el valor del comandante de artillería Caamaño le concedió el empleo de brigadier, recompensa tan merecida, como injusto el fallo que despues de mas de tres años pronunció el consejo de guerra en favor del primero, absolviéndole de todo cargo. Semejantes sentencias desacreditan á los que las dan, sin rehabilitar en el concepto de los hombres de honor á aquellos sobre quienes recaen.

Al considerar la Regencia el contraste que presentaba la defensa de Badajoz con las gloriosas de Zaragoza, Gerona, Hostalrich y Ciudad Rodrigo, espidió un decreto en 13 de abril que, aunque ya lo indicamos en otro lugar, es acreedor á una mencion especial por su oportuna originalidad. En dicho decreto decia la Regencia: «que en «el caso de que por apuro ó intimacion el gobernador de una plaza ó puesto for-«tificado tratase de capitular por sí solo ó celebrase consejo de guerra, en que la «mayoría opinase por la capitulacion, adhiriéndose á este dictámen el gobernador «ó comandante, tomase en el acto el mando el oficial de mayor graduacion que vo-«tase por la defensa en cualquier estado en que esta se hallase; y en caso de una-«nimidad de votos para la entrega ó capitulacion, se convocasen los oficiales de mas «graduacion que no hubiesen asistido al consejo, y si aun estos estuviesen unánimes «en el parecer de aquel, se procediese á la reunion de los capitanes y sucesivamente «de los tenientes y subtenientes; de modo que si un solo oficial opinase por con-«tinuar la defensa, tome este, aunque sea el último de la guarnicion por el mismo «hecho, el mando con la propia autoridad del gobernador ó comandante, debien-«do quedarle este y todos los demas oficiales, de cualquiera calidad que fuesen, las «tropas é individuos que estuvieren dentro de la plaza ó puesto no solo subordinados y «sujetos desde entonces á sus disposiciones, sino obligados tambien á contribuir «con su pronta obediencia, ejemplo y esfuerzos al buen éxito de la empresa, bajo «pena de la vida y de confiscacion de bienes.»

Este decreto, á la vez que escitaba el orgullo y valor militar, cerraba á los enemigos toda esperanza de poder adquirir plazas y puestos fortificados de otro modo que á fuerza de armas. Cuando el citado decreto no hubiera ofrecido mas que esta ventaja, ella sola seria superior á cuantos inconvenientes pudiera ofrecer.

En seguida el general Latour-Malbourg marchó sobre Alburquerque y Valencia de Alcántara. Estas plazas que, aunque antiguas y mal fortificadas, pudieran haber detenido algo el triunfo del enemigo si hubieran sido atendidas cual lo reclamaba la clase de guerra que sostenia la Península, se hallaban en el mas completo abandono y fácilmente se apoderaron de ellas los franceses.

El mariscal Mortier sitió el 12 de marzo á Campomayor. Guarnecian el recinto, de suyo débil, unos pocos soldados de milicias y ordenanzas, y era gobernador el valeroso portugues José Joaquin Talaya, digno por su valor y denuedo de haber defendido una plaza mejor atendida. Los enemigos situaron una batería á medio tiro de fusil, amparados de las ruinas del frente de San Juan demolido en la guerra de 1800. Intimaron inútilmente la rendicion el 15, y arrojando sin cesar dentro infinidad de bombas y batiendo el muro con vivísimo y continuado fuego, abrieron el 21 brecha muy practicable. Prontos al asalto, intimaron nuevamente la rendicion; pero todavia no quiso entregarse el bizarro Talaya, no obstante sus cortos medios y escasa tropa, y solo ofreció que se rendiria si pasadas 24 horas no le hubiese llegado socorro. Los franceses accedieron sin dificultad á

esta demanda por no esponer inútilmente la vida de algunos soldados, pues sabian que por entonces no podia la plaza recibir el menor socorro. Pasado el fatal plazo, salió el gobernador por la brecha con unos 600 hombres entre milicianos y ordenanzas que era toda su gente, y quedaron prisioneros de guerra.

De este modo la buena suerte del mariscal Soult, y no sus disposiciones ni su valor, le hizo terminar en dos meses una campaña que él mismo no esperaba fuese de tan poca duracion. Pero la apatía de los gefes que habian mandado en Estremadura, principal causa del abandono en que se hallaban las plazas de Olivenza, Alburquerpue, Valencia de Alcántara y Campomayor; las malas disposiciones del general Mendizabal; la desgraciada muerte del valiente y pundonoroso Menacho y la vergonzosa cobardía de Imaz, dieron al orgulloso frances un triunfo que no estaba acostumbrado á conseguir tan fácilmente en ningun otro punto de la Península; triunfo que pudo y debió haberle costado tanta sangre como vertido habia delante de los gloriosos muros de Gerona, Lérida y Tarragona.

Nuevos cuidados llamaron á Sevilla al mariscal Soult: seguiremos sus pasos en el siguiente capítulo.





CAPITULO XVII.

Sucesos de Andalucía.—Ataque de Medina-Sidonia.—Espedicion del general La Peña.—Dificultades que encuentra en su marcha.—Injusta crítica contra este general.—Construccion y pérdida del puente de Sancti Petri.—Accion de la Barrosa, conocida con el nombre de batalla de Chiclana.—Causas que impiden recoger los frutos de ella.—Operaciones de las fuerzas sutiles aliadas.—Se examina la conducta del general La Peña.—Queda esta justificada.—Desagravian á este gefe las córtes y la Regencia.—El marques de Coupigny toma el mando del ejército español de la Isla, y el general Cook el del británico del mismo punto.—Bombardeo de Cádiz.—Clase de proyectiles que arrojaba el enemigo: su inventor.—Nueva accion de Medina-Sidonia.—Espedicion del general Zayas.—Ataque de Moguer.—Regresa Zayas á Cádiz.—Fuerte temporal en la misma ciudad.—Portugal.—Retirada de Massena: grandes conocimientos que despliega en ella.—Carácter de los mariscales franceces.—Crueldades ejecutadas por el ejército de Massena.—Censuran algunos á lord Wellington.—Táctica de los generales ingleses.—Combate sobre el rio Ceiras.—Buen porte militar del mariscal Ney.—Envia Wellington tropas á Estremadura.—Sepárase Ney del ejército.—Combate del Sabugar.—Entra Massena con su ejército en España.—Fin de la campaña de Portugal: pérdidas sufridas en ella por el ejército frances.

La partida del mariscal Soult para Estremadura le pareció á la Regencia del reino ocasion oportuna para distraer las fuerzas de la línea sitiadora de Cádiz, y aun acaso para hacerle levantar el campo. De acuerdo españoles é ingleses, se determinó efectuar el pensamiento al concluir enero. Para ello salieron de Cádiz algunas tropas que, desembarcadas en Algeciras y unidas á otras procedentes de la serranía de Ronda, formaron juntas la primera division del 4.° ejército, cuyo mando se confió á D. Antonio Begines de los Rios. Debiendo este gefe dar la señal de los movimientos proyectados, marchó sobre Medina-Sidonia, y el 29 del mismo enero rechazó á los franceses cogiéndoles 150 hombres. El mayor ingles Brown, gobernador de Tarifa por deferencia del gobierno español, para apoyar el pensamiento avanzó á Casas-viejas, en cuyo estado quedaron paralizadas estas operaciones en razon á causas imprevistas que retardaron la ejecucion del plan principal mas de un mes. Pasado este tiempo, se combinó de modo que ofrecia las mas fundadas esperanzas de buen éxito. Las indicadas tropas de Begines y Brown debian maniobrar de acuerdo con las que sacaron de Cádiz los generales Graham y D. Manuel de La Peña, el cual deberia mandar en gefe como quien llevaba mayores fuerzas. La prudente prevision de la Regencia elijió á La Peña para esta espedicion en consideracion á su carácter amable, docil y conciliador, circunstancias capaces de hacerle recibir gustoso los consejos del general ingles, reputado por militar de superiores conocimientos.

Las tropas inglesas dieron primero la vela del puerto de Cádiz, y el 26 de febrero lo verificaron las españolas en mas de 200 buques que el ejército sitiador vió partir lleno de desconfianza hácia el punto de tan numerosa espedicion. Esta en la noche del 27 desembarcó felizmente en Tarifa; y unida con las tropas inglesas sacadas de Cádiz pocos dias antes por el general Graham marchó hácia Casas-viejas, en donde el 2 de marzo se le juntaron las fuerzas de Begines y Brown, formando entre todas un total de 11,200 infantes, entre ellos 4,300 ingleses y 800 caballos, de los cuales 600 eran españoles y 200 aliados.

El general La Peña dividió su ejército en tres trozos, vanguardia centro y reserva, dando el mando de la primera á D. José Lardizabal, el centro al príncipe de Anglona y la retaguardia al general Graham. La caballería estaba dirigida por el mariscal de campo D. Santiago Whittingham. El ejército llevaba 24 piezas de artillería.

Asi dispuesto el ejército, emprendió su marcha hácia el puerto de Facinas, desde cuyo punto, atravesando la cordillera que limita al oeste el campo de Gibraltar y corre desde el mar á la sierra de Ronda, se desciende á las espaciosas llanuras que desde dicha cordillera se dilatan hasta Medina-Sidonia y Sancti-Petri. La multitud de vertientes que concurren en ellas las hacen pantanosas y entrecortadas de arroyos y rios, algunos de ellos de consideracion, como el Barbate, que recibe las aguas de la laguna de Janda. Déjanse conocer cuántas serian las dificultades que un terreno tan pantanoso opondria á la marcha del ejército espedicionario, y especialmente á la artillería, la cual desde el puerto de Facinas tuvo que ir tirada en muchos malos pasos por yuntas de bueyes.

De Facinas pudo dirigirse el ejército espedicionario bien por Casas-viejas á Medina-Sidonia, bien hácia Sancti-Petri y Chiclana por la costa. La Peña eligió el primer camino, mas al llegar cerca de Casas-viejas mudó de parecer y torció para tomar la orilla del mar, enviando solo un batallon y un escuadron hácia Medina para ocultar el verdadero movimiento á los enemigos, los cuales evacuaron á Vejer el 2 de marzo. Creian algunos preferible la primera ruta por el apoyo que para cualquiera evento ofrecian Ronda, Gibraltar y Tarifa; pero la segunda facilitaba mas pronto la idea de La Peña, que era ponerse en comunicacion con la Isla de Leon. Pudo muy bien equivocarse este general en su cálculo; pero su error nunca debiera atribuirse á la pusilanimidad que con sobrada ligereza le atribuye el conde de Toreno. D. Manuel de La Peña carecia quizás de algunas de las muchas dotes que deben formar al perfecto general; pero le sobraba valor, como lo acreditó en diversas ocasiones, y muy especialmente en la memorable batalla de Bailen.

Entraba en el plan de la combinacion contra los sitiadores de Cádiz que D. José de Zayas, á cuyo mando quedó la Isla, ejecutase movimientos aparentes en toda la linea ayudado de las fuerzas de mar; quedando tambien encargado de echar un puente de barcas en el embocadero de Sancti-Petri, lo que verificó aquel general; mas á la noche siguiente fueron sorprendidos y hechos prisioneros por los franceses los 250 españoles que custodiaban el puente, de cuyas resultas, é ignorando el paradero del ejército espedicionario, mandó Zayas cortar algunas barcas del mismo puente, lo que impidió despues ausiliar con la prontitud necesaria las operaciones de afuera.

En la mañana del 5 de marzo tomó posicion el ejército aliado á tres cuartos de legua de Chiclana en el cerro del Puerco, desde donde adelantó la vanguardia bajo las órdenes del brigadier Lardizabal, sostenida por una brigada del cuerpo de Begines con el objeto de verificar el ataque proyectado por la espalda de la izquierda de la linea enemiga, que apoyada en el mar por un flanco, y por otro en el cañon del Alcornocal y molino fortificado del Almanza, tenia cubierta la principal avenida llamada de Sancti Petri, porque atraviesa el rio de este nombre cerca de su embocadura. Atacados de este modo por la espalda los atrincheramientos de los franceses, y obligados estos á replegarse y tomar el camino de Chiclana, quedaba abierta la comunicacion del ejército aliado con la Isla, y conseguido el





Lito art. F. Perez y J. Donon

BOMBARDEO DE CÁDIZ.

primer objeto de la espedicion. El general frances Villatte, al frente de mas de 3,000 hombres y tres piezas de artillería, defendió con el mayor teson este importante punto, favorecido por la espesura del bosque que le permitia ocultar la mejor parte de sus fuerzas; pero con arrojo los nuestros, venciendo tantas dificultades, lo desalojaron de tan ventajosa posicion, dejando desde entonces abierta la comunicacion con las tropas del general Zayas y la Isla de Leon.

Entretanto el general Graham, que mandaba la reserva y habia tomado posicion en la Barrosa, dejando dos batallones españoles en el Cerro del Puerco, marchó de órden del general en gefe á reforzar con sus tropas la vanguardia; mas avisado al poco tiempo de que una gran fuerza enemiga, compuesta de las divisiones de los generales Leval y Ruffin, se adelantaba á toda prisa hácia las alturas de la Barrosa, y persuadido de que esta posicion proporcionaria á Victor los medios de destruir la retaguardia de los aliados, contramarchó inmediatamente con la mayor velocidad hácia el punto amenazado; pero á pesar de la suma celeridad con que ejecutó este movimiento, el general Ruffin habia desalojado ya á los españoles de las alturas. Entonces Graham, aunque inferior en fuerzas, ordenó el ataque: su infantería hizo prodigios de valor, y viendo que el fuego terrible de fusilería y artillería no era suficiente para decidir la accion, dispuso una carga á la bayoneta, que se verificó con la mayor impetuosidad y buen éxito. Las alturas fueron tomadas, y el ejército de Victor tuvo que retirarse á sus atrincheramientos de Chiclana.



Batalla de Chiclana.

La pérdida de los enemigos en este dia pasó de 4,000 hombres, y la de los aliados de 1,500, la mayor parte ingleses, á causa de haber estado mas espuestos al fuego de la artillería enemiga. Quedaron en poder de los aliados sobre el campo de batalla cinco piezas de artillería, varios carros de municiones, considerable número de fusiles y mochilas, y una águila del regimiento numero 8; siendo herido y prisionero el general Ruffin, que murió al poco tiempo de su herida; herido tambien el general Villatte, y muerto en el campo el de brigada Rousseau y el general del estado mayor Bellegarde, un edecan del mariscal Victor, y los coroneles del 8.° y 96 con muchos oficiales y soldados muertos, heridos y prisioneros.

La confusion y desórden de los enemigos ofrecieron ocasion al ejército aliado

para que reforzado como pudo serlo con las tropas del general Zayas hubiera hecho en aquel dia memorable levantar el sitio de Cádiz á los franceses, cuando todas las fuerzas de Victor no llegaban entonces á 20,000 hombres; pero las pasiones hicieron inútiles los halagos de la fortuna, y aqui como en Talavera se perdió el fruto de la victoria. El general Graham, sin reflexionar que esta no se alcanza nunca sin sangre, mayormente disputándosela á soldados tan aguerridos como los de Napoleon, resentido por la mayor pérdida que la desgracia habia hecho sufrir á su division, abandonó el campo y se entró en la Isla el dia 6, sin dar otra respuesta á las repetidas reclamaciones del general La Peña, que la gran baja que sus tropas habian sufrido por la batalla del dia anterior, y la de que no teniendo instrucciones de su gobierno sino para contraerse á la de la defensa de la isla Gaditana, se habia ya escedido en la presente ocasion, aunque confiaba que se le disimularia su oficiosidad por el gran lustre que habian adquirido las armas británicas.

En vano entonces el general La Peña acudió á la Regencia suplicando le facilitase gente con que poder llenar el descubierto en que le dejaba la retirada de las tropas inglesas y poder destruir enteramente al enemigo que se hallaba en el mayor desaliento, y próximo, si se aprovechaba momento tan oportuno, á evacuar aquella comarca, y tal vez las Andalucías. La Regencia no contestó á esta justa y oportuna demanda sino que habia oficiado sobre el particular al embajador de S. M. B. La Peña, viendo que no se le mandaban auxilios, y no pudiendo permanecer fuera con tan pocas fuerzas entró en Sancti Petri el 7 con su ejército. Es muy digno de notarse que el mismo dia de la derrota de Victor fué el en que comenzó Massena su desastrosa retirada de Portugal, de la que hablaremos luego; deduciéndose de esta coincidencia las inmensas ventajas que pudo haber reportado de su victoria el ejército espedicionario de la Isla, sin la lamentable desavenencia de sus gefes.

En aquellos dias nuestras fuerzas sutiles marítimas, á las órdenes del digno general de la marina española D. Cayetano Valdés, sostenidas por las inglesas, desplegáronse en la parte interior de la bahia, amenazando el Trocadero y los otros puntos, asi como el rio de Sancti Petri y Caños de la Isla. En la mañana del 6 verificóse un pequeño desembarco en la playa del puerto de Santa Maria, habiendo en la noche anterior D. Ignacio Fonnegra posesionádose de Rota, y destruido las baterías y artillería enemiga.

Los sucesos del ejército espedicionario, y especialmente la batalla del 5, escitaron quejas y recriminaciones sin fin. Los españoles, que por uno de los efectos que produce la habitud de un largo despotismo, estan siempre tan dispuestos á deprimir y despreciar á los suyos, como propensos á ensalzar y elogiar á los estraños, culpaban ágria é injustamente al general La Peña, al tiempo mismo que levantaban hasta las nubes el mérito contraido por el general ingles Graham. Las córtes, olvidándose de su dignidad, se mostraron igualmente débiles dando gracias á los aliados, y declarando estar satisfechas de la conducta militar de la oficialidad y tropa del 4.° ejército, omitiendo de propósito al ilustre gefe español, y acordándose de él solamente para mandar examinar su porte militar en aquella ocasion, como si en el general La Peña hubiera consistido el no recoger el fruto que la jornada de Chiclana debió producir, y que él habia tan juiciosamente preparado, aun cuando no por eso le creamos exento de toda censura en lo que toca á la ejecucion.

La justicia desagravió esta vez á la razon, y los generales Castelar, Palacio y Noroña, nombrados por la Regencia para este juicio, despues del mas minucioso exámen, declararon buena, militar y recomendable la conducta del general La Peña en todo el curso de aquella espedicion. En virtud de tan justo acuerdo, quiso la Regencia remunerar el mérito y el inmerecido disgusto causado á aquel general, concediéndole la gran cruz de Cárlos III. Las córtes tambien enmendaron su anterior yerro, manifestando en sesion pública quedar satisfechas de la conducta

de D. Manuel de La Peña en la espedicion de la Barrosa. Resolucion oportuna que imperiosamente reclamaba la justicia. No nos parece merezca el propio concepto la que adoptaron las mismas en sesion secreta, declarando al general Graham grande de España, bajo el título de duque del Cerro de la Cabeza del Puerco, no porque creamos que el valiente gefe ingles dejára de merecer la gratitud española, sino porque esta debió manifestarse con una distincion análoga á la concedida al general español, siquiera para no dar pábulo á la irritacion de las pasiones. No sabemos si por efecto de estas, ó por temor de lastimar á Wellington, que todavía no habia sido elevado á tan encumbrada dignidad, el general Graham, que al principio pareció aceptarla, no quiso admitirla despues, continuando las quejas y disgustos entre los gefes de ambas naciones, hasta el estremo de provocarse un duelo entre D. Luis de Lacy, gefe del estado mayor del ejército espedicionario y el general ingles, duelo que felizmente pudieron evitar los buenos oficios de personas de carácter, y mejor intencionadas que las que provocaban tales desa-



LACY Y GRAHAM.

zones, para cuya terminacion fué preciso renunciar á los buenos servicios que á la causa comun pudieran haber prestado dos gefes tan beneméritos, siendo el general Graham relevado por su compatriota el general Cook, y La Peña por el marques de Coupigni.

El enemigo se aprovechó muy bien de tan funestas rivalidades, y el mariscal Victor, repuesto del primer susto, viendo que nadie lo seguia ni molestaba, volvió el 8 á ocupar y reforzar todos los puntos de la línea. A los pocos dias empezaron los sitiadores á arrojar proyectiles que alcanzaron á Cádiz.

Segun mas arriba digimos, habian hecho ensayos antes desde la batería de la Cabezuela, junto al Trocadero, y conseguido en los dias 15, 19 y 20 del anterior diciembre que cayesen algunas bombas en la plaza de San Juan de Dios y sus alrededores, esto es, en la parte mas próxima á los fuegos enemigos. No reventaban sino muy pocas, no causando por esto un gran daño; pues para hacerlas llegar á la considerable distancia de 5,000 toesas, las macizaban con plomo, siendo muy estrecho el hueco que dejaban para la pólvora y capaz solo de contener muy pocas onzas, insuficientes por lo comun para producir esplosion. Lanzaban estos proyectiles unos morteros que llamaban á la *Villantroys*, nombre del antiguo ingeniero frances que los descubrió; mas el modelo de las bombas le halla-

ron los franceses en la fábrica de artillería de Sevilla, producto del ingenio de un español, bien ageno de creer que su funesto invento se hubiera de estrenar contra su patria; siendo inesacto lo que algunos han dicho respecto á haberlo perfeccionado ahora un oficial de artillería tambien español y al servicio de los franceses, pues felizmente no hubo entre nuestros compatriotas quien cometiera tal bastardía. Al principio fué muy corto el número que de los morteros arriba mencionados tuvieron los franceses; pero despues los aumentaron y perfeccionaron, como veremos en otro lugar.

Terminadas las operaciones para que habia sido llamada la division de Begines de los Rios, emprendió esta su marcha para su antigua posicion en el campo de San Roque, y el dia 8 fué atacada en Medina-Sidonia por una columna francesa, al mando del general Cassagne, compuesta de 600 infantes, 60 caballos y 5 piezas de artillería. Al dia siguiente, reforzados los enemigos con dos batallones, volvieron á atacarla, pero sin fruto y con bastante pérdida: los españoles la tuvieron de 5 oficiales y 80 soldados entre muertos y heridos.

Seguíase murmurando en Cádiz acerca de la espedicion de La Peña, y la Regencia para ver si conseguia apaciguar los clamores y distraer al enemigo del sitio de Badajoz, cuya rendicion se ignoraba, dispuso con destino al condado de Niebla otra espedicion de 5,000 infantes y 250 caballos á las órdenes de D. José de Zayas, que debia obrar de acuerdo con D. Francisco Ballesteros. Desembarcó la espedicion en Huelva; mas habiendo variado las circunstancias con la rendicion de Badajoz, y regresando Soult á Sevilla con parte de las tropas que habia llevado á Estremadura, amenazando con ellas á la division del general Ballesteros, Zayas, que se hallaba con sus tropas espedicionarias en la Isla de Cascagera, dió órden al brigadier Polo para que con tres batallones atacase al pueblo de Moguer, ocupado por 600 infantes y un destacamento de caballería enemiga. Asi en efecto se verificó el dia 30 de marzo, siendo los franceses desalojados de aquel punto con gran pérdida de muertos, heridos y prisioneros, cogiéndoles los nuestros varios efectos y pertrechos de guerra.

Al fin Zayas sin alcanzar otro fruto que este y el de haber de nuevo inquietado á los enemigos, regresó á Cádiz el 31, habiendo estado á punto de perderse muchos buques de la espedicion en un temporal que sobrevino por aquella costa la noche del 27 al 28.

El mismo temporal fué en Cádiz tan furioso, que no se recordaba otro igual, aun contando el del año de 1810, en su lugar mencionado. Esta vez no se perdió ningun buque de guerra, pero sí muchos mercantes, de cuyas tripulaciones perecieron mas de 300 personas, habiendo podido ser mucho mayor el número sin la actividad y diligencia de los marinos españoles é ingleses, que á porfia se disputaron el peligro y la gloria de socorrer á los náufragos. Terminados por ahora, aunque de un modo tan poco satisfactorio, los acontecimientos de Estremadura y Andalucía, que nos obligaron á suspender la narracion de los de Portugal, continuaremos estos aqui.

Ya dijimos que al tiempo mismo que el mariscal Victor era derrotado sobre Chiclana, emprendia Massena su completa retirada del modo que debia hacerla tan inteligente general. Secundaban sus buenas disposiciones las militares que distinguian á sus tropas, y solo asi pudiera haber vencido las muchas dificultades que se oponian á su retrógrada marcha y lograr salir de Portugal, con admiracion de cuantos conociendo los incovenientes que habia superado, se vian precisados á reconocer en él aquella estraordinaria pericia que tan debidamente le habia grangeado el justo renombre que disfrutaba. ¡Lástima que hombre tan grande no mostrára alma mas bella! Pero para confusion y vergüenza de la especie humana, en Massena, como en todos los mariscales franceses, se encontraban adunados, con los talentos militares mas sobresalientes, todos los sanguinarios instintos de la mas cruel estupidez. Las atrocidades cometidas por el ejército de Massena, tanto en Santaren como en su retirada, son superiores no solo á cuanto

la pluma puede describir, sino aun á lo que la imaginacion mas fecunda es capaz de figurarse; desesperanzados nosotros de poderlas enumerar renunciamos á su narracion.

Muchos censuraron á lord Wellington el no haber estorbado, al menos en parte, tantas desgracias, ya mientras permanecieron ambos ejércitos en Santaren, durante cuyo tiempo pudo amagar al enemigo con movimientos dudosos que le hubieran precisado á reconcentrar sus fuerzas, ya en la retirada, en cuya ocasion pudo el ingles aprovechar las ventajas que le daba el número y buen estado de sus tropas, con las cuales ocupando los desfiladeros y tropiezos naturales, debió al mismo tiempo de librar al pais de la sanguinaria rapacidad del soldado, haberle sucesivamente debilitado, consiguiendo quizas acabar de destruir un ejército que despues tanto le dió todavía que hacer. Pero los que asi discurrian se olvidaban de la táctica seguida por los generales ingleses en todo lo que iba de campaña, táctica reducida á huir las ocasiones de comprometer sus tropas á los azares de las batallas, ó si alguna vez se vian precisados á empeñarse en ellas, como en Talavera y Chiclana, á abandonar el campo para evitar un segundo compromiso. No nacia esta conducta de falta de valor, pues seria injusto creerlo asi, sino de ese instinto de conservacion nacional que tanto distingue á los ingleses, y que es el principal fundamento de la asombrosa grandeza de aquella nacion afortunada. Por eso, cuando despues la imponente actitud que fué tomando la causa española y la sucesiva decadencia de la francesa les fueron, dando á conocer que ya el interes de la suya exigia su franca cooperacion, renunciaron los generales británicos á su estudiada prudencia, y dieron con firmeza la cara al enemigo.

Wellington receloso siempre de los movimientos de Massena, y sin atreverse á descubrir su línea, no empezó la persecucion hasta el 11. El mariscal frances venciendo estraordinarias dificultades llegó el 13 á Condeixa, con ánimo de marchar por Coimbra y detenerse en las fuertes posiciones de la derecha del Mondego; pero los portugueses mandados por el coronel Trant habian roto los puentes y preparado aquella ciudad para una viva defensa, recogiéndose al recinto de la poblacion todos los habitantes de la orilla izquierda, convertida de pronto en desierto.

Avisado Massena por el general Montbrun de la imposibilidad de tomar á Coimbra por sorpresa, y de que al Mondego habian llegado refuerzos por mar desde Lisboa, vió que no podia detenerse á forzar el paso del rio y que no le quedaba otra ruta sino la dificilísima de Ponte da Murcella por Miranda de Corvo. Conoció Wellington que á Massena le estaba cerrado el camino de Coimbra, porque sus bagages tiraban hácia Ponte da Murcella. En este supuesto hizo el general ingles marchar por su derecha, atravesando las montañas, una division á las órdenes de Picton, con cuyo movimiento de sesgo forzó á los franceses á desamparar á Condeixa, y retrocediendo una legua, á situarse en Casalnovo. Wellington, en communicacion desde entonces con Coimbra, trató de echar á los franceses de su nueva posicion.

Siendo esta muy respetable por el frente maniobró el general ingles por los flancos y envió por el derecho al general Cole, que debiendo dirigirse despues al Alentejo, tuvo encargo de asegurar el paso del rio Deuza y el camino de Espinhal, en cuyas cercanias estaba ya desde el 10 el general Nightingale, en observacion de Regnier y Loison, los cuales seguian por alli la retirada para cubrir el flanco de la línea principal del ejército. Por el mismo lado, pero ciñendo mas al enemigo, fué el general Picton, y por el costado izquierdo marchó el general Erskine con la brigada portuguesa de Pack, y al mismo tiempo ordenó el lord que las tropas ligeras escaramuzasen por el frente apoyadas en la division del Campell. El resto del ejército anglo-portugues quedó de reserva.

Ya entonces se habia replegado parte del ejército frances y posesionado del formidable paso de Miranda de Corvo y márgenes del rio Deuza. Aqui se unieron los cuerpos 6.° y 8.° luego que abandonaron á Casalnovo, lo mismo que el general Montbrun de vuelta de su frustrada tentativa de Coimbra.

Por parte del ejército ingles se unieron en la tarde del 14 los generales Nightingale y Cole, y dueños del Espinhal, pasado el Deuza, podian forzar la posicion que ocupaban los franceses en Miranda do Corvo, motivo por el cual la evacuaron estos aquella misma noche, y tomaron otra no menos fuerte sobre el rio Ceiras, dejando un cuerpo de vanguardia enfrente de la Foz da Arouce. El 15 hubo en este punto un porfiado combate que duró hasta despues de anochecido; y con la oscuridad y el tropel se ahogaron muchos franceses al paso del Ceira. En medio de tal confusion consiguió el mariscal Ney salvar los heridos, carros y bagages, logrando Massena establecerse detras del Alba. El ejército ingles, despues de descansar el 16, situó el 17 sus puestos sobre la sierra de Murcella.

Aqui terminó la primera y mas trabajosa parte de la retirada de los franceses comenzada desde Santaren. En toda ella marcharon los enemigos formados en masa sólida, cubiertos por uno ó dos cuerpos de su ejército, que sacaron ventajas del terreno quebrado y áspero que encontraban, merced á los profundos conocimientos militares que desplegó Massena en circunstancias tan difíciles, y á la intrepidez y maestría con que se distinguió Ney, cubriendo siempre la retirada y maniobrando en ella de un modo muy superior á todo elogio.

Cierto ya Wellington de la retirada del ejército frances, y reforzado con las nuevas tropas inglesas llegadas á Lisboa en principio de marzo, persuadido que para sacar fruto del triunfo que su paciencia le habia proporcionado en Portugal le era ya necesario obrar mancomunadamente con los españoles, y renunciar á las mezquinas ideas que le hicieron abandonar la Península y aislarse en el reino Lusitano, resolvió, aunque tarde, pues no lo hizo hasta el 13 de marzo, enviar á Estremadura un cuerpo de ejército, compuesto de dos divisiones inglesas de infantería y una portuguesa de la misma arma, una brigada de caballería y la artillería correspondiente, á las órdenes todas estas fuerzas del mariscal Beresford.

El 18 continuó el ejército ingles sus movimientos, y obligado por ellos siguió el frances su marcha hácia Celorico, por cuyo camino recto iba lo principal de su ejército, yendo solo el segundo cuerpo la vuelta de Gonvea para cruzar la sierra y pasar á Guarda.

Cogieron los ingleses el 19 bastantes prisioneros, sobre todo los ginetes que se habian desviado á forragear, y persiguieron á Massena con la caballería y division ligera al mando del general Erskine: las milicias portuguesas tambien inquietaban mucho al frances por aquel lado. El ejército de este continuó su retirada el 23 dirigiéndose hácia Guarda. En el mismo dia, aumentadas las desavenencias entre los mariscales Massena y Ney, se separó del ejército el último y partió para España; ausencia que debió sentir Massena, pues el valor y grandes conocimientos de su disgustado compañero le eran de suma utilidad en su comprometida posicion.

Observando el frances que el ejército aliado amagaba su posicion de Guarda, pasó á Sabugal del Coa, y tomó posicion en la orilla derecha. Wellington se colocó en la márgen opuesta, y trató el 3 de abril de cruzar el rio. Para lograr este intento, mandó las milicias portuguesas á las órdenes de los gefes Trant y Juan Wilson por mas abajo de Almeida, aparentando querer cruzar por alli el Coa, al paso que intentaba verificarlo por el otro estremo del lado de Sabugal, en donde permanecia el segundo cuerpo frances. Hubo aqui dicho dia un recio combate, dudoso algun tiempo, en el cual sufrieron los ingleses bastante pérdida; pero obligaron al fin al enemigo á abandonar sus puestos.

El 5 de abril pasó Massena la frontera de Portugal pisando el territorio español despues de nueve meses de ausencia y de una campaña desgraciada, si bien gloriosa para el nombre del mariscal que la dirigió por el talento y pericia militar que desplegó en ella.

Lord Wellington, situado en los confines de Portugal, colocó lo principal de su ejército en ambas orillas del Coa, embistió á Almeida y puso una division ligera en Gallegos y Espejo.

Asi terminó la campaña de Portugal, tan desastrosa para los franceses, en la cual perdió Massena su antiguo dictado de *« hijo predilecto de la victoria; »* no empero el justo renombre de grande y esperimentado general, si bien manchado con atrocidades que hacen estremecer. Contada la gente con que el mariscal frances entró en Portugal y los refuerzos que le llegaron despues, puede asegurarse que ascendieron á 80,000 hombres los empleados en aquella campaña. De este numerosísimo ejército solo 45,000 salieron salvos, pereciendo los demas de hambre ó de enfermedad, y los menos á manos de sus contrarios, pudiendo asegurarse que sin Massena á su frente acaso ninguno hubiera pisado de nuevo el suelo español.





Perez lit.º — Lit.ª de Perez y Donon

NEY.

CAPITULO XVIII.

Estremadura.—Ocupa Beresford á Campomayor.—El general Castaños toma el mando del 5.° ejército.—Entra este general en las plazas de Alburquerque y Valencia de Alcántara.—Sagacidad de Castaños.—Entabla comunicaciones con Wellington.—Reparan los franceces las plazas de Estremadura.—Rendicion de Olivenza.—Wellington en Estremadura.—Intenta tomar á Badajoz.—Encomienda el sitio á Beresford.—Regresa Wellington á Portugal.—Principal idea de su venida á España.—Solicitud del embajador británico.—La rechaza la Regencia de acuerdo con las córtes.—Posiciones del ejército de Massena en España.—Pretende socorrer á Almeida.— Batalla de Fuentes de Oñoro.—Abandonan los franceces á Almeida.—Massena entrega el mando al mariscal Marmont.—Parte otra vez Wellington para Estremadura.—Sitio de Badajoz.—Blake y Ballesteros en Estremadura.—Plan de campaña presentado por Wellington.—Lo aprueban los generales españoles.—Llega Soult á Estremadura con nuevas tropas.—Se levanta el sitio de Badajoz.—Situacion de la Albuera.—Posiciones de las fuerzas aliadas.—Manda en gefe Beresford.—Batalla de la Albuera.—Resoluciones de las córtes y la Regencia.—Acuerdo del parlamento ingles.—Parte Beresford á Lisboa y toma el mando de su division el general Hill.—Segundo sitio de Badajoz.—Desgraciados asaltos dados por los ingleses.—Ofuscacion de lord Wellington.—Gran quema en los campos de Badajoz.—Operaciones de Marmont.—Se levanta el sitio de Badajoz.—Replégase Wellington sobre Yelves.—Entrevista de los mariscales Soult y Marmont.—Sepárase Blake de Wellington.—Su vana tentativa sobre Niebla.—Vuelve á Cádiz.—Marcha Soult á Sevilla.—Corrrería de D. Pablo Morillo.—Nuevas proposiciones de Marmont.—El ejército aliado vuelve á sus antiguos puntos.—Quedan suspendidas las operaciones en Estremadura.

El cuerpo del ejército aliado que á las órdenes del mariscal Beresford habia entrado en Estremadura ocupó el 25 de marzo á Campomayor, cuya plaza abandonaron los franceses el mismo dia retirándose sobre Badajoz con un gran convoy escoltado por tres batallones de infantería y 900 caballos, á las ordenes del general Latour Malbourg. Los aliados atacaron estas fuerzas y los desconcertaron, mas el ardor de los ginetes anglo-portugueses, llevándolos mas allá de donde debieran, les hizo sufrir una pérdida considerable cerca de los muros de Badajoz.

La dificultad que Beresford esperimentó para echar un puente de barcas sobre el Guadiana, le privó la gloria de poder haber quizas recuperado aquella plaza, todavía con las brechas abiertas y desprevenidos los franceses para resistir á fuerzas tan respetables. Pero á pesar de su actividad no pudo hasta el 3 de abril concluir el puente, el que desgraciadamente quedó inutilizado por una creciente que sobrevino en la misma noche, dejando á las tropas de Beresford precisadas á cruzar el rio en balsas, penosa faena empezada el 5 y no concluida hasta el mediodía del 8.

Por el mismo tiempo la Regencia de España confirió el mando del 5.° ejército, ó de Estremadura, á D. Francisco Javier Castaños, y este general, despues de ocupar las plazas de Alburquerque y Valencia de Alcántara, igualmente desampara-

das por los franceses, dividió las reliquias de su ejército en dos trozos, poniendo el uno á las órdenes de D. Pablo Morillo y el otro á las de D. Cárlos España, y encargando la caballería al conde Penne Villemur.

El general Castaños, cuya sagacidad (si no digna de imitarse en todo no por eso escasa de mérito) lo ha sacado siempre airoso en el dilatado curso de su larga carrera, penetrado desde luego de las orgullosas y solapadas miras del lord Wellington, procuró grangearse desde luego su voluntad entablando con él una correspondencia mas cortesana que militar, con la cual logró completamente su objeto.

La presencia de las tropas británicas en Estremadura indicó á los franceses el peligro que los amenazaba, y les hizo emplear la mas activa diligencia en reparar las plazas y en avituallarlas y ponerlas á cubierto de toda sorpresa. El 5.° cuerpo frances, destinado á obrar en Estremadura, estaba regido por el general Latour Malbourg, en lugar del mariscal Mortier, que habia pasado con licencia á Francia.

Beresford, despues de pasar el Guadiana, intimó el 19 de abril la rendicion á Olivenza, y vista la repulsa del gobernador empezó á cañonearla con artillería de grueso calibre, tras lo cual, dejando encargado del sitio al general Cole, marchó á apostarse en la Albuera para cortar la comunicacion entre Badajoz y el ejército enemigo, replegado en Llerena. Castaños por la derecha del Guadiana continuó favoreciendo las operaciones británicas, haciendo Ballesteros lo mismo por el lado del Frejenal.

La plaza de Olivenza, despues de tener abierta brecha, se rindió al vencedor el 15, quedando prisioneros 370 franceses que la guarnecian. Inmediatamente pasó el ejército ingles por el puente de barcas construido en Jurumeña y dirigióse á Zafra, resguardada siempre su izquierda por el general Castaños, cuya caballería avanzó á Llerena, retrocediendo el 18 Latour Malbourg á Guadacanal.

El general Wellington dejando encargado del mando interino del ejército aliado de Portugal á sir Brent Spencer para pasar á Estremadura á combinar las operaciones, llegó en aquellos dias á Yelves é hizo un reconocimiento sobre Badajoz. Su objeto era recuperar la plaza antes que pudiera ser socorrida por Soult. En su consecuencia aprobó el plan presentado por el comandante de ingenieros ingles para acometer el fuerte de San Cristóbal, como el medio mas seguro de conseguir la reconquista de la plaza. Pero como su presencia era necesaria en el Coa volvió á sus cuarteles, dejando encomendado á Beresford el acometimiento de Badajoz.

Aunque el objeto ostensible de la venida á España del lord Wellington era, como hemos dicho, combinar las operaciones militares, encerraba sobre todo la idea de recibir del gobierno español alguna especial prueba de particular confianza, que le allanára el camino para obtener el mando supremo de todos los ejércitos de la Península: predilecto fin al cual se dirijian todos sus deseos, creyéndose sin duda el único capaz de llevar á cabo la gloriosa empresa en que España se via empeñada. No estrañamos estas miras en él; estrañamos sí que el gobierno español y las córtes, despues de haberlas rechazado con nacional firmeza, llegaron al fin á condescender con ellas, sin meditar el agravio que hacian á tantos beneméritos españoles, cuyas eminentes cualidades nada les dejaban envidiar, bajo ningun concepto, al caudillo británico. El ministro ingles sir Enrique Wellesley pidió en marzo se diese á su hermano el mando militar de las provincias aledañas de Portugal, para esplorar los recursos que ofrecian y combinar acertadamente las operaciones de la guerra. La Regencia oyó con el mayor disgusto tan inesperada demanda, y deseando dar mayor fuerza á su dictámen, trató de autorizarlo con el de las córtes. Al afecto, en los primeros dias de abril pasó en cuerpo una noche con gran solemnidad al seno de la asamblea, habiendo de antemano pedido que se celebrase sesion estraordinaria. Indicaba asunto de importancia tan desusado modo de proceder, porque nunca se correspondian entre sí las córtes y la potestad ejecutiva, sino por medio de oficios, ó de los secretarios del despacho. Entró, pues, en el salon la Regencia, y refiriendo de palabra el señor Blake la pretension de los ingleses, espuso varias razones para no

acceder á ella, conceptuándola contraria á la independencia y honor nacional, y añadiendo que antes dejaria su puesto que consentir tamaña humillacion. Entonces, poniéndose en pie los otros dos regentes, á saber, los señores Agar y Ciscar, repitieron las mismas espresiones con tono firme y decidido. Las córtes, interpretando dignamente la opinion de la pundonorosa nacion que representaban (¡asi hubieran hecho siempre lo mismo!), aplaudieron la resolucion de la Regencia y diéronla entera aprobacion.

La conducta de los regentes en esta ocasion será siempre encomiada por la historia, siendo inútil la cavilosidad de los que pretenden buscar el motivo de tal determinacion en el orígen irlandes de Blake, ó en la profesion de los señores Agar y Ciscar, bastando para comprenderla ponerse la mano en el pecho todo el que haya nacido español. La solicitud del ingles nos era á todas luces degradante, y siendo rechazable en todos tiempos, debia serlo con mayor razon cuando tan recientes estaban el suceso de la Barrosa y la obstinacion en no socorrer á Badajoz, contra cuya omision habian clamado hasta los mismos ingleses que examinaron el suceso á la luz de la imparcialidad.

El mariscal Massena al entrar en España para dar á su ejército el descanso que tanto necesitaba, lo acantonó en las cercanias de Salamanca, estendiendo sus destacamentos hasta Zamora y Toro, dejando solo una division del 6.° cuerpo cerca de Ciudad-Rodrigo, y el 9.° en San Felices en observacion del ejército aliado. Inquietaba mucho al mariscal el estado de Almeida, falta de víveres y estrechamente bloqueada por los ingleses. Determinado á socorrer esta plaza, preparó un abundante convoy, y dejando todos los soldados que de resultas de la trabajosa espedicion del Portugal estaban imposibilitados para el servicio activo, llenó hasta donde pudo sus huecos con algunas de las tropas apostadas en Castilla, entre las que brillaba un hermoso cuerpo de artillería y caballería de la guardia imperial, cuya tropa le cedió el mariscal Bessieres, gefe del ejército frances que se llamaba del norte, y cuyo yugo oprimia á Castilla la Vieja y las provincias Vascongadas. Con este refuerzo reunió Massena un lucido ejército de 40,000 infantes y mas de 5,000 caballos, olvidado ya de los pasados trabajos. Con él salió nuevamente á campaña el activo mariscal, que batallando ahora contra la suerte poco debia prometerse ya de sus indisputables talentos.

Wellington llegó á su cuartel general de Portugal el 28 de abril, y recojiendo su ejército lo situó entre el rio Doscasas y el Turones, estendiendo su gente por un espacio de cerca de dos leguas. Sus fuerzas ascenderian á unos 34,000 infantes, 1,500 caballos y 43 cañones, pues debe tenerse presente habia desmembrado de él las divisiones que operaban en Estremadura con Beresford y fuerzas que sitiaban á Almeida, hallándose empleadas algunas otras en diferentes comisiones.

El mariscal Massena, con la idea de abastecer á Almeida, se presentó delante del enemigo, llamándole á una accion si era posible. Wellington, cuya escesiva prudencia nos ha escandalizado antes, olvidóse de ella en esta ocasion, y á pesar de sus inferiores fuerzas determinóse á empeñar combate. Los franceses acometieron el 3 de mayo el pueblo de Fuentes de Oñoro, que era la derecha del ejército aliado, y la componian las divisiones primera, tercera y sétima. Reñido fué el choque en este punto; siendo desalojados de él los ingleses, los cuales á su vez volvieron á recuperarlo, obligando á los enemigos á repasar el rio Doscasas. En los demas puntos de la linea demasiado larga que ocupaba el ejército aliado, se escaramuzó tambien fuertemente, viéndose las tropas lijeras inglesas precisadas á marchar precipitadamente á reforzar el centro. Massena llegó el 4 con la hermosa division de la guardia imperial que conducia Bessieres, y desde luego se conoció su intencion de atravesar el Doscasas por Pozovelo, y enseñorearse de la altura de Navavel que lo domina todo. La del ingles era conservar su comunicacion con la ribera izquierda del Coa y el bloqueo de Almeida, á cuyo último objeto se concretó despues. Para llenar el suyo el mariscal frances, cifró todo su empeño en la toma de Fuentes de Oñoro, y no habiendo podido conseguir el dia 5, tuvo que repasar el Doscasas



COMBATE DE FUENTES DE OÑORO.

y renunciar á la esperanza de socorrer á Almeida. Tal fué la única ventaja que reportó el ejército aliado de la porfiada batalla de Fuentes de Oñoro. Massena permaneció en sus posiciones el 6 y el 7, retirándose el 8, y atravesó el 10 el Agueda sin ser molestado. En el mismo dia evacuaron á Almeida los franceses por órden de Massena, destruyendo antes las fortificaciones; tras lo cual, guiados por su valiente gobernador el general Breunier, hallaron medio de traspasar las dos líneas enemigas que les circunvalaban, y pasando el Agueda, se unieron á las tropas de Reynier.

Napoleon, en cuyos cálculos pesaba mucho la buena ó mala suerte de sus mariscales, relevó del mando á Massena, encargándose de su ejército el mariscal Marmont, duque de Ragusa: Junot y Loison marcharon á Francia, y Drouet, con los 10 á 11,000 hombres que le restaban del 9.° cuerpo, partió á Andalucía y Estremadura.

El nuevo gefe acantonó su ejército en las orillas del Tormes, y solo dejó una parte entre este rio y el Agueda, proponiéndose, como nuevo caudillo, variar en todo el plan de su antecesor. Veremos si sus medidas hacen arrepentir al emperador de su resolucion inmediata.

Wellington, á quien los halagos de la fortuna comenzaban á hacer mas activo, acampó el grueso de sus tropas desde el Coa al Doscasas, y á la cabeza de dos fuertes divisiones de ellas marchó el 16 del mismo mayo á Estremadura, sabedor de que Soult venia sobre aquella provincia con bastantes fuerzas.

El mariscal Beresford habia embestido la plaza de Badajoz el 4 de mayo, por la izquierda del Guadiana, con 5,000 hombres de sus tropas, y á mas la primera division del 5.° ejército español, bajo el mando de D. Cárlos España. El 8 lo verificó por la márgen derecha, completando asi el acordonamiento de la plaza, decidiendo abrir aquella misma noche la trinchera por delante de San Cristóbal, punto señalado para el principal ataque. Siendo aquel el primer sitio que los ingleses emprendian en España, no es estraño que sus ingenieros no se mostráran muy prácticos, mayormente careciendo para ello de muchas cosas necesarias.

Los anglo-portugueses se disponian al mismo tiempo á obrar ofensivamente contra el ejército enemigo en la misma Estremadura; pero para ello aguardaban apoyo de parte de los españoles, y conociendo no era de importancia el que podia ofrecerles el general Castaños, ateníanse á la llegada de otras fuerzas. Estas eran las de Ballesteros y una espedicion que dió la vela de Cádiz el 16 de abril.



Perez lit.

MARMONT.

Iba esta mandada por D. Joaquin Blake, presidente de la Regencia, para lo cual obtuvo especial permiso de las córtes, vedando el reglamento dado al poder ejecutivo que mandase ninguno de sus individuos la fuerza armada. Blake desembarcó en el condado de Niebla el 18 de abril y marchó por la sierra de Estremadura. Alli se unió con la division de D. Francisco Ballesteros; hallándose todo el cuerpo espedicionario acantonado el 7 de mayo en Fregenal y en Monasterio. Dicho cuerpo se componia de las divisiones tercera y cuarta del 4.° ejército y de una vanguardia. Esta la mandaba D. José de Lardizabal; la tercera division era la de D. Francisco Ballesteros, mandada por él mismo; la cuarta la dirigia D. José de Zayas, mientras la caballería estaba á cargo de D. Casimiro Loi, rompiendo al todo unos 12,000 hombres, entre ellos 1,200 caballos con 12 piezas. Ejercia la funcion de gefe de estado mayor D. Antonio Burriel, oficial sabio y amigo particular de D. Joaquin Blake.

Luego que entró Wellington en Yelves quiso ponerse de acuerdo con los generales españoles sobre el plan de campaña; pero no siéndole posible á Castaños atravesar el Guadiana, á causa de una repentina avenida que se llevó el puente establecido frente de Jurumeña, le envió Wellington una memoria comprensiva de los principales puntos en que deseaba convenirse y eran los siguientes: 1.° que Blake á su llegada se situaria en Jerez de los Caballeros, poniendo sobre su izquierda en Burguillos á Ballesteros: 2.° que la caballería del 5.° ejército se apostaria en Llerena para observar el camino de Gualdacanal y comunicar con el dicho Ballesteros por Zafra: 3.° que Castaños se mantendria con su infantería en Mérida para apoyar sus ginetes, escepto la division de España, reservada al asedio de Badajoz; y 4.° que el ejército británico se alojaria en una segunda línea, debiendo en caso de batalla unirse todas las fuerzas en la Albuera, como centro de los caminos que de Andalucía se dirigen á Badajoz.

En la misma memoria indicaba tambien Wellington que si se juntaban para presentar la batalla diversos cuerpos de los aliados, tomaria la direccion el general mas autorizado por su antigüedad y graduacion militar. Obsequio en realidad hecho á Castaños, á quien, en tal caso, correspondia el mando; pero obsequio que él con no menor delicadeza y loable prudencia rehusó, sustituyendo á lo propuesto que gobernaria en gefe, llegado el momento, el general que concurriese con mayores fuerzas: alteracion que mereció la aprobacion de todos. En los demas puntos se conformaron los generales españoles al plan de Wellington.

Resuelto el mariscal Soult á socorrer á Badajoz, despues de tomar en Andalucía todas las precauciones oportunas, salió de Sevilla el 10 de mayo con 30 cañones, 3,000 dragones, una division de infantería reforzada por un batallon de granaderos perteneciente al cuerpo que mandaba Victor, y dos regimientos de caballería ligera que lo eran del de Sebastiani. Estas fuerzas, unidas á las que se fueron reuniendo en el camino, llegaron á componer un ejército de 20,000 infantes, 5,000 caballos y 40 cañones. El general Latour Malbourg tomó el mando de la caballería pesada, y el del 5.° cuerpo el general Girard. Este ejército sentó el dia 14 su cuartel general en Villafranca.

Poco habia adelantado entretanto Beresford en el sitio de Badajoz. Philippon, que gobernaba en esta plaza, era demasiado militar para dejar de inutilizar la inesperiencia y los débiles esfuerzos de los ingenieros ingleses; y asi fué que al saber el mariscal Beresford la aproximacion de Soult levantó el sitio la noche del 15, habiendo perdido en él los aliados unos 700 hombres entre muertos y heridos.

Puesto de acuerdo Beresford con los generales españoles, convinieron todos en presentar batalla á los franceses en las cercanías de la Albuera. En su consecuencia espidieron órdenes para reunir alli brevemente todas las tropas del ejército combinado.

Es la Albuera un lugar de corto vecindario, situado en el camino real que de Sevilla va á Badajoz, distante cuatro leguas de esta ciudad y á la izquierda de un riachuelo que toma el mismo nombre, formado poco mas arriba de la union del

arroyo de Nogales con el de Chicapierna. Enfrente del pueblo hay un puente viejo y otro nuevo al lado, paso preciso de la carretera. Por ambas orillas es el terreno llano y despejado. En la de la derecha hay una dehesa y carrascal llamado de la Natera, que encubre hasta cierta distancia el camino real, y sobre todo la orilla del rio arriba por donde el enemigo tentó su principal ataque. En la márgen izquierda por la mayor parte no se ven árboles ni arbustos, y solo se divisan áridos campos, especialmente en direccion de Valverde. Aqui elevándose insensiblemente la tierra llega á formar unas lomas que se estienden detras de la Albuera, y en ellas se asentó el ejército aliado.

El de Blake llegó la noche del 15 y se colocó á la derecha en dos líneas: en la primera siguiendo el mismo órden D. José de Lardizabal y D. Francisco Ballesteros que tocaba el camino de Valverde: en la segunda á 200 pasos, D. José de Zayas. La caballería se distribuyó igualmente en dos líneas, unida ya la del 5.° ejército y toda mandada por el conde Penne Villemur.

El ejército anglo-portugues continuaba en la misma alineacion, aunque sencilla: su derecha en el camino de Valverde, dilatándose por la izquierda perpendicularmente á los españoles. El general Guillermo Stewart con su segunda division venia despues de Ballesteros, y estaba situado entre dicho camino de Valverde y el de Badajoz; cerraba la izquierda de todo el ejército combinado la division del general Hamilton, que era de portugueses. Ocupaba el pueblo de la Albuera con las tropas ligeras el general Alten. La artillería británica se situó en una línea sobre el camino de Valverde: los caballos portugueses junto á sus infantes al estremo de la izquierda, y los ingleses avanzados cerca del arroyo de Chicapierna, de donde se replegaron al atacar el enemigo. Los mandaba el general Lumley, que se puso á la cabeza de toda la caballería aliada.

Asi colocado el ejército, llegó D. Francisco Javier Castaños con seis cañones y la division de infantería de D. Cárlos España, la cual se situó á ambos costados de la de Zayas, ascendiendo los recien venidos con los de Penne Villemur, todos del 5.° ejército, á unos 3,000 hombres. Tambien se incorporaron al mismo tiempo dos brigadas de la cuarta division británica que regia el general Cole, y que formaron con una de las brigadas de Hamilton otra segunda línea detras de los anglo-portugueses, los cuales hasta entonces carecian de este apoyo. La fuerza total de los aliados se acercaba á 31,000 hombres, mas de 27,000 infantes y 3,600 caballos. Unos 15,000 eran españoles, los demas ingleses y portugueses; por lo que siendo mayor el número de estos, encargóse del mando en gefe, conforme á lo convenido, el mariscal Beresford.

Al rayar el alba del 16 de mayo escaramuzaban ya los ginetes. La atmósfera cargada anunciaba lluvia. A las ocho avanzaron por el llano dos regimientos de dragones enemigos que guiaba el general Briche con una batería ligera, al paso que el general Godinot, seguido de infantería, daba indicios de acometer el lugar de la Albuera por el puente. Los españoles empezaron entonces á cañonear desde sus puestos.

A la sazon los generales Castaños, Beresford y Blake con sus estados mayores y otros gefes, almorzaban juntos en un ribazo cerca del pueblo, entre la primera y segunda línea, y observando los movimientos del enemigo opinaban los mas que acometeria por el frente ó izquierda del ejército aliado. Entre los concurrentes se hallaba el coronel D. Bertoldo Schepeler, distinguido oficial aleman, que habia venido á servir de voluntario la justa causa de la libertad española; y creyendo por el contrario que los franceses embestirian el costado derecho, tenia fija su vista hácia aquella parte, cuando descubriendo en medio del carrascal y matorrales de la otra orilla el relucir de las bayonetas, esclamó: «por allí vienen.» Blake entonces le envió de esplorador, y en pos de él á otros oficiales de estado mayor.

Persuadidos todos de que realmente era aquel el punto amenazado, fué preciso variar la formacion de la derecha que ocupaban los españoles: mudanza dificil en presencia del enemigo y mas para tropas que, aunque muy bizarras, no estaban

todavía bastante acostumbradas á evoluciones con la presteza y facilidad requeridas en semejantes aprietos.

No obstante, verificáronlo los nuestros atinadamente, pasando parte de las que estaban en segunda línea á cubrir el flanco derecho de la primera, desplegando en batalla y formando con la última martillo, ó sea un ángulo recto. Acercábase ya el momento terrible: los enemigos se adelantaban por el bosque: á su izquierda traian la caballería mandada por Latour Malbourg, en el centro la artillería bajo el general Ruty, y á su derecha la infantería compuesta de dos divisiones del 5. º cuerpo mandadas por el general Werlé. Atravesaron el Nogales y el arroyo de Chicapierna, y entonces hicieron un movimiento de conversion sobre su derecha para ceñir el flanco tambien derecho de los aliados, y aun abrazarle, cortando asi los caminos de la sierra, de Olivenza y de Valverde, y procurando arrojar á los nuestros sobre el arroyo Valdesevilla y estrecharlos contra Badajoz y el Guadiana. Mientras que los enemigos comenzaban este ataque, que era, repetimos, el principal de su plan, continuaban el general Godinot y Briche, amagando lo que se consideraba antes en la primera formacion centro é izquierda del ejército combinado.

Se empeñó, pues, por la derecha el combate formal. Empezóle Zayas, le continuó Lardizabal, que habia seguido el movimiento de aquel general, y los siguieron al fin en la pelea todos los españoles, escepto dos batallones de Ballesteros que quedaron haciendo frente al rio de la Albuera: mas lo restante de la misma division favoreció la maniobra de Zayas é hizo una arremetida sobresaliente por el flanco derecho de las columnas acometedoras, conteniéndolas y haciéndolas alli suspender el fuego. Los enemigos entonces, rechazados sobre sus reservas, insistieron muchas veces en su propósito, si bien en balde; pero al cabo ayudados de la caballería, mandada por Latour Malbourg, se colocaron en la cuesta de las lomas que ocupaban los españoles.

Acorrió en ayuda de estos la division del general Stewart, ya en movimiento, y marchó á ponerse á la derecha de Zayas; siguióle la de Cole á lo lejos, y se dilató la caballería al mando de Lumley la vuelta de Valdesevilla para evitar la enclavadura de nuestra derecha en las columnas enemigas, siendo ahora la nueva posicion del ejército aliado perpendicular al frente en donde primero habia formado. Alten se mantuvo en el pueblo de la Albuera, y Hamilton con los portugueses, aunque tambien avanzado, quedóse en la línea precedente con destino á atajar las tentativas que hiciese contra el puente el general Godinot.

Por la derecha seguia vivísimo el combate, y adelantándose Stewart con la brigada de Colbourne, una de las de su division, retrocedian ya de nuevo los franceses, cuando sus húsares y los lanceros polacos, á beneficio de un rápido movimiento, arremetieron al ingles por la espalda, dispersaron la brigada insinuada y cogiéronle tres cañones, 800 prisioneros y tres banderas. Ráfagas de un vendaval impetuoso, y furiosos aguaceros, unido al humo de las descargas impedian discernir con claridad los objetos, y por eso pudieron los ginetes enemigos pasar por el flanco sin ser vistos, y embestir á retaguardia. Algunos polacos llevados del triunfo se embocaron por entre las dos líneas que formaban los aliados; y la segunda inglesa creyendo la primera ya rota, hizo fuego sobre ella y sobre el punto donde estaba Blake: afortunadamente descubrióse luego el engaño.

En tan críticos momentos se sostuvo siempre firme un regimiento de los de la brigada de Colbourne, y dió lugar á que Stewar con la de Honghton volviese á renovar la acometida. Hízolo con el mayor esfuerzo; ayudóle colocándose en línea la artillería bajo el mayor Dickson, y tambien otra brigada de la misma division que se dirijió á la izquierda. D. José de Zayas con los suyos empeñóse segunda vez en la lucha y lidió valerosamente. La caballería apostada á la derecha del flanco atacado, reprimió al enemigo por el llano, y se distinguió sobre todo y favoreció á Stewart en su desgracia la del 5. º ejército español, acaudillada por el conde Penne Villemur y su segundo D. Antolin Riquilon.

La batalla seguia encarnizada y brava, y habiendo cesado la lluvia permitia obrar

á las claras. Ninguno de los ejércitos cejaba, y se hacian mútuas y repetidas descargas á medio tiro de fusil: terrible era el estruendo y tumulto de las armas, estrepitosa la altanera vocería de los contrarios. Por toda la línea se habia empeñado la accion; y en el frente primitivo y en el puente de la Albuera tambien se combatia. Alten aqui defendió el pueblo vigorosamente, y Hamilton con los portugueses y los dos batallones españoles, que dijimos habian quedado en la posicion primera, protegiéronla de un modo el mas audaz y distinguido.

Dudoso todavía el éxito, cargaron en fin al enemigo las dos brigadas de la division de Cole; la una portuguesa bajo el general Harvey se movió por entre la caballería de Lumley y la derecha de las lomas, sobre cuya posesion principalmente se peleaba, y la otra que conducia Myers encaminóse adonde Stewart batallaba.

Poco despues Zayas, animado en vista de este movimiento, arremetió en columna cerrada arma al brazo, y hallábase á diez pasos del enemigo á la sazon que flanqueado este por portugueses de la brigada de Harvey, volvió la espalda, y arremolinándose sus soldados y cayendo unos sobre otros, en breve fugitivos todos, rodaron y se atropellaron la ladera abajo. Su caballería, numerosa y superior á la aliada, pudo solo cubrir repliegue tan desordenado. Repasó el enemigo los arroyos y se situó en las eminencias de la otra orilla, asestando su artillería para protejer, en union con los ginetes, sus deshechas y casi desbandadas huestes.



Batalla de la Albuera.

No los siguieron mas allá los aliados, cuya pérdida habia sido considerable. La de solo los españoles ascendia á 1,365 hombres entre muertos y heridos: de estos fué D. Cárlos España; de aquellos el ayudante primero de estado mayor D. Emeterio Velarde, que dijo al espirar: «Nada importa que yo muera si hemos «ganado la batalla.» Los portugueses perdieron 363 hombres: los ingleses 3,614 y 600 prisioneros; pues los otros se salvaron de las manos de los franceses en medio del bullicio y confusion de la derrota. Perecieron de los generales británicos Houghton y Myers: quedó herido Stewart, Cole y otros oficiales de graduacion.

Los franceses perdieron 8,000 hombres: murieron de ellos los generales Pepin y Werlé, y fueron heridos Gazañ, Maransin y Bruyer. La mucha sangre que corrió en la memorable batalla de la Albuera, prueba, mejor que cuanto pudiera decirse de ella, el corage y valor con que pelearon ambos ejércitos, asi como sus resultados hacen el mas completo elogio de los gefes del aliado, que, no

en atrincheramientos ni detras de robustas murallas, sino á pecho descubierto y en batalla campal arrancaron al mariscal Soult el laurel de la victoria.

Las córtes, en justa recompensa á los valientes que con tanta gloria se batieron en aquella accion, hicieron la mas honorífica conmemoracion de las fuerzas aliadas, á las cuales dieron las gracias en nombre de la nacion, declarando benémerito de la patria al ejército español, con órden de que finalizada la guerra se erigiese en la Albuera un monumento. La Regencia concedió al mariscal Beresford el grado de capitan general de los ejércitos españoles, y al general Castaños la gran cruz de Cárlos III, y agració con un grado á los oficiales mas antiguos de cada clase.

El parlamento británico, por un acuerdo sin ejemplo en sus anales, declaró «reconocer altamente el distinguido valor é intrepidez con que se habia conducido «el ejército español del mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Al«buera.»

El 19 llegó lord Wellington al Guadiana con las dos divisiones que dijimos habia sacado de sus cuarteles del norte. Visitó el mismo dia el campo de la Albuera, pesaroso quizás de no haber sido partícipe de la gloria alcanzada por los que en él combatieron. A los pocos dias envió á Beresford á Lisboa para organizar nuevas tropas. Algunos vieron en esta comision celos de los laureles adquiridos por aquel; mientras otros la atribuyeron á las buenas disposiciones de Beresford para disciplinar gentes bisoñas. Nosotros, sin poder decidirnos entre tan contrarias opiniones, las apuntamos solo para observar la exactitud de la historia. Habiendo regresado de Londres el general Hill, ya restablecido de su dolencia, volvió á tomar el mando de la segunda division británica encomendada en su ausencia á Beresford, con las demas tropas anglo-portuguesas que por lo comun maniobraron á la izquierda del Tajo.

El mariscal Soult, para ocultar su derrota y aparentar que no habia perdido la batalla, permaneció todo un dia detras de la Albuera, á media legua del campo en que se dió, sembrado de cadáveres de su ejército, que temblaba por momentos verse atacado, pues preveia entonces cierta su derrota. Llamó el mariscal toda la tropa que podia sacar de Andalucía despues de dejar á cubierto los puntos principales, y se ocupó en acopiar víveres, que escaseaban en su ejército, lo cual empezaba á causar en este disgusto y quejas, pues los soldados franceses, en medio de su ponderada disciplina, mas aparente que real y verdadera, no sobrellevaban las escaseces con la sufrida paciencia que los españoles; y por eso no siempre es justo culpar á los gefes de las vejaciones cometidas por las tropas imperiales, ejecutadas muchas veces contra la voluntad y órdenes de aquellos.

Determinado Wellington á emprender nuevamente el sitio de Badajoz, acantonó una gran parte del ejército aliado en Zafra, Santa Marta, Feria, Almendral y otros pueblos de los alrededores, con la caballería en Ribera y Villafranca de Barros. La division del general Hamilton empezó el 18 el bloqueo de Badajoz, por la izquierda del Guadiana, á cuya parte acudió tambien la nuestra, que acaudillada antes por D. Cárlos España, lo estaba ahora, á causa de la herida de este, por D. Pedro Agustin Giron. Aunque la opinion de algunos gefes, sin duda la mas prudente y acomodada á las circunstancias, no era proceder por entonces al sitio de Badajoz. atendida la proximidad del mariscal Soult, empeñóse lord Wellington en llevarlo á cabo, decidiendo con sus ingenieros seguir el mismo plan resuelto para la anterior tentativa, modificado solo en algunos pormenores.

En su consecuencia la sétima division británica del mando de Houston embistió el 25 la plaza por la derecha del Guadiana, y el 27 la tercera reforzó la de Hamilton, colocada á la izquierda del mismo rio. El 29 se empezó á abrir la trinchera contra el fuerte de San Cristóbal, divirtiendo al propio tiempo la atencion del enemigo con falsos amagos hácia Pardaleras. Del 30 al 31 comenzaron igualmente los sitiadores un ataque por el mediodía contra el castillo antiguo. Al amanecer del 3 de junio se rompió el fuego de cañon contra el fuerte de San Cristóbal, y se sostuvo en términos que en la noche del 5 se habia abierto brecha,

aunque desgraciadamente no tan practicable como creyó la inesperiencia. Caro costó á los ingleses este error, pues habiéndolos determinado al asalto, marcharon á él dirigidos por el valiente teniente Forster, viendo este de cerca se habian equivocado; pero hallándose ya con los suyos en el foso y decididos todos á consumar la empresa, intentó montar la brecha: habiendo sus defensores hecho una profunda zanja debajo de la muralla, fueron los ingleses cargados desde lo alto de esta con multitud de piedras, bombas y granadas, y tuvieron que retirarse con una considerable pérdida de muertos y heridos; contándose entre los primeros al mismo teniente Forster, digno ciertamente por su serenidad y arrojo de una honrosa memoria.

Todavía no se desistió del intento, y al anochecer del 9 se repitió otra acometida contra el mismo fuerte de San Cristóbal que tuvo tan funesto resultado como el anterior. Desde entonces se convirtió el sitio en bloqueo, resuelto Wellington á levantarle del todo. Cuando comparamos la conducta de este general tan previsora en Torres-Vedras, y tan circunspecta y prudente en el resto de la campaña de Portugal, con la observada por el mismo delante de Badajoz, empeñándose temerariamente en una empresa para la cual carecia de zapadores y de todos los elementos necesarios, pues hasta de cestones y faginas estaba desprovisto, no se puede dejar de lamentar, ya las muchas contradicciones que caben en el espíritu humano, ya la fatal ofuscacion del amor propio que engaña al hombre hasta el estremo de creerse capaz de superar los mayores imposibles.

Otra desgracia coincidió con la descabellada tentativa de Badajoz. Una hoguera encendida por algunos artilleros portugueses, acampados al raso cerca de aquella misma plaza, y á la izquierda del Guadiana, prendió en unos matorrales y heredades próximas, y en breve se propagó el fuego con tal voracidad, que á los tres dias llegó á Mérida, ciudad que se preservó de tamaña catástrofe por hallarse interpuesto aquel anchuroso rio. Los parages que recorrió la llama estuvieron ardiendo quince dias, convirtiéndose en vastos ceniceros casas, campos, mieses, arbolados y dehesas.

Paralizados los proyectos de Napoleon con el fatal éxito de sus armas en Portugal y con lo poco que adelantaban las operaciones de sus ejércitos en Andalucía, conoció la necesidad de dirigir todos sus esfuerzos contra el aliado, y dió órden á Soult y Marmont para que reunidas todas sus fuerzas, se pusiesen de acuerdo á fin de arrojar á los ingleses de la Península. Al nombrar el emperador al último de estos mariscales por sucesor de Massena, le encargó especialmente apoyar la marcha del primero sobre Badajoz, para hacer levantar el bloqueo, y conservar esta plaza á toda costa.

Soult, conociendo bien que con la rendicion de Badajoz se perdia toda la Estremadura y se descubria un flanco á los aliados para molestarle y aun hacerle abandonar las Andalucías, volvió de nuevo á reunir sus tropas para tentar segunda vez la suerte de las armas.

El general Drouet, con los restos del 9.° cuerpo que ascendia á 10,000 hombres, salió de Toledo el 29 de mayo, reuniéndose á Soult en las fronteras de Estremadura el 12 de junio. Aunque el objeto principal del mariscal era libertar á Badajoz, no quiso emprender operacion alguna hasta que se le reuniera Marmont, en marcha ya para el Guadiana.

Luego que este último gefe tomó el mando del ejército de Portugal, le dió nueva planta distribuyendo en seis divisiones sus tres anteriores cuerpos. Su primer conato fué abastecer á Ciudad-Rodrigo, y cooperar despues, conforme á las instrucciones de su amo, á las operaciones de Soult en Estremadura. Cuatro divisiones de su ejército partieron de Alba de Tormes el 3 de junio: las otras dos permanecian sobre el Agueda, observando á Sir Brent Spencer que, en ausencia de Wellington, mandaba las tropas del Coa. Marmont hizo un reconocimiento el 6 sobre las fuerzas británicas, y persuadido de que estas no le incomodarian y que solo seguirian paralelamente el movimiento de las francesas, salió en

persona para Estremadura, llevándose consigo las dos divisiones espresadas. Cruzó el Tajo por Almaraz, habiendo echado al intento un puente volante, y su ejército, puesto ya en la orilla izquierda, marchó en dos trozos, uno de ellos por Trujillos á Mérida, y otro sesgando á la izquierda sobre Medellin.

Cuando Wellington supo la marcha de Soult, se apostó en la Albuera para contenerle y escitarle á una segunda batalla. Noticioso despues de que Marmont estaba ya próximo á unirse al otro mariscal, juzgó prudente no empeñar accion, no teniendo él mas que 54,000 infantes y 6,000 caballos, y los enemigos 60,000 de los primeros y 10,000 de los segundos, por lo cual abandonó la Albuera, levantó el sitio de Badajoz y se replegó sobre Yelves. Lo mismo hicieron los españoles vadeando el rio por Jurumeña. Sin obstáculo ya los mariscales franceses, se avistaron en Badajoz el 19.

Asi que Marmont abandonó el Portugal, se puso tambien en movimiento Sir Brent Spencer, y marchando á lo largo de la raya de aquel reino, pasó el Tajo en Villavelha y se reunió á Wellington en las alturas de Campomayor. Aqui con el nuevo auxilio que equilibraba sus fuerzas con las de los contrarios, preparóse el ingles á la pelea; pero los franceses no quisieron empeñar accion, considerando difícil deshacer á los aliados situados tan ventajosamente.

El general Blake, poco satisfecho con la supremacia de Wellington, se separó el 18 seguido del ejército espedicionario, ofreciendo hacer una correria al condado de Niebla. Aprobó el general en gefe la propuesta, y marchando Blake por dentro de Portugal, repasó el Guadiana en Mértola el 23. De lamentar es que el general regente no llevára á punto su primer pensamiento reducido á marchar rápidamente sobre Sevilla, cuya toma le hubiera sido fácil, antes que Soult pudiera acudir á su socorro, pues estaba defendida por escasas tropas francesas y unos pocos juramentados españoles, gente de la que con razon desconfiaba el estrangero; pero desgraciadamente Blake se detuvo en una operacion que aun conseguida, poco podia influir en la suerte de nuestras armas. Tal fué la idea de apoderarse de Niebla, villa á la derecha del Tinto, circundada de un viejo muro, y de un castillo cuyas paredes, en especial las de la torre del Homenage, son de un espesor estraordinario. Mandaba ahora en ella el coronel Fritzherds con 600 suizos.

Encomendado el ataque á D. José Zayas, empezó este el 30 de junio; pero faltaban cañones de batir y todo lo concerniente á la formalizacion de un sitio, y las escalas, aunque añadidas y empalmadas, resultaron cortas: con esto se desistió del intento, y se perdió la ocasion de la sorpresa de Sevilla, sin conseguir mas fruto que alejar de las cercanías de Badajoz parte de la fuerza enemiga, la cual vino sobre Blake y le obligó á retirarse el 2 de julio, repasando el Guadiana el 6 en Al-



coutin, desde donde meditando el general español otra empresa á levante, sin duda con la idea de alejarse de la dependencia de lord Wellington, en verdad no reprensible, se dirigió á Villareal de San Antonio y Ayamonte, reembarcándose el 10 con la fuerza espedicionaria y una parte de la division que habia pertenecido á don Cárlos España, y regresó á Cádiz. La de Ballesteros se quedó en el condado; y don Pedro Agustin Giron con algunos infantes y el conde de Penne Villemur con la mayor parte de la caballería se quedaron por las márgenes del Guadiana acercándose nuevamente á Estremadura.

Receloso siempre el mariscal Soult de que los españoles intentáran algo en las Andalucías, cuya conservacion era su principal objeto, mas que por servicio del emperador, por el especial beneficio que él reportaba de su lucrativa posesion, salió de Badajoz para Sevilla el 27 de junio, dejando avituallada la primera y volando á su paso los muros de Olivenza, abandonados por los ingleses cuando se pusieron detras del Guadiana. Quedó á la izquierda de estos el general Drouet con el 5.° cuerpo.

Permaneció algunos dias en la derecha el mariscal Marmont, cuya retaguardia era á menudo molestada por partidarios españoles. Quien mas inquietó al enemigo hácia aquella parte fué D. Pablo Morillo, á la cabeza de la segunda division del 5.° ejército, que en vez de maniobrar unida con el cuerpo principal, campeó sola y destacada de acuerdo con el general en gefe. En el mes de junio sorprendió el mismo Morillo en Belalcazar al coronel Normant, matóle 48 hombres y le cogió 111. Lo mismo hizo en Talarrubias el 1.° de julio, tomando al comandante 4 oficiales y 140 soldados. Acosado entonces por tres columnas enemigas, burló sus movimientos por lo intrincado de la Sierra-Morena, y despues de escarmentar varias veces á los que seguian combatiendo constantemente y casi siempre con buen éxito, entró en Cáceres felizmente el 31 despues de una correría de dos meses feliz y gloriosa.

Estos y otros iguales movimientos, asi como lo devastado del pais, dificultaban al mariscal Marmont las provisiones, teniéndole que venir convoyadas hasta de Madrid por fuertes escoltas, hostigadas siempre, á veces dispersas. Por tanto, fortificando los antiguos castillos de Medellin y Trujillo, apostó aqui la division del general Foy con gran parte de la caballería, y el 20 de julio, repasando el mismo mariscal el Tajo, se colocó en rededor de Almaraz y Plasencia.

Wellington pasó tambien aquel rio, via de Castellobranco, dejando solo al general Hill en Arronches y Estremoz para cubrir el Alentejo. D. Francisco Javier Castaños, con la escasa fuerza de que entonces constaba el 5.° ejército, se acuarteló en Valencia de Alcántara y sus cercanías, esplorando la caballería bajo al mando de Penne Villemur las comarcas vecinas.

De este modo, en la estacion mas propia para la guerra, hacian tregua los ejércitos beligerantes, y temiéndose mútuamente, caminaba cada uno á las posiciones de donde habian salido para las operaciones que hemos reseñado, en las cuales, si ambos contrincantes cometieron errores, tambien es necesario decir con nuestra acostumbrada imparcialidad que todos pelearon como valientes, y que sus particulares ventajas y adversidades, mas que á los aciertos ó equivocaciones de sus respectivos gefes, se debieron á las disposiciones de la caprichosa fortuna.



CAPITULO XIX.

Serranía de Ronda: esfuerzos de sus habitantes y daños que causan á los franceses.—Sorpresa de Olvera.—Murcia y Granada.—Intenta Sebastiani sorprender á Murcia.—Ataque de Lubrin.—Ataque de Ubeda.—Ataque de la venta del Baul.—Inquietud de los franceses en Granada.—Parte á Francia el general Sebastiani: su conducta en Granada.—Le sucede el general Leval.—Galicia y Asturias.—Posicion del ejército gallego.—Acomete á los enemigos en la Bañeza.—Accion del Puelo.—El general Santocildes en Galicia.—Mejora la organizacion y disciplina de aquel ejército.—Evacuan los franceses á Asturias.—Abandonan tambien á Astorga.—Accion de Cogorderos.—7.° ejército.—Porlier y Renovales.—Partidas que hostilizan al enemigo.—Inútiles medidas que adoptan los franceses para destruirlas.—Mina: sus cualidades: su actividad en la guerra.—Sostiene infinitos ataques.—Combate de Irozoqui.—Ataque de Arcos.—Entra Mina con su tropa en Francia.—Combates de Castilliscar y Mendivil.—Gloriosa accion de Arlaban.—Valencia: se reune en ella un congreso.—Toma el mando D. Cárlos Odonnell.—Tentativas de ingleses y españoles por la costa.—Releva á Odonnell el marques del Palacio.—Castilla la Nueva y otras provincias.—Partidarios en ellas.—El Empecinado: continúa distinguiéndose con su partida.—Accion de Auñon.—Intrigas francesas.—Varias acciones de otros partidarios.—Crueldades de los franceses.—Represalias.—José Bonaparte: sus disgustos: marcha á Paris: regresa á España: entabla negociaciones con el gobierno español.—Digna conducta de la Regencia.

Quedan referidos en los capítulos anteriores y con toda la posible exactitud los principales sucesos ocurridos en los seis ó siete primeros meses de este año, en Cataluña, Portugal y Estremadura, y en la parte de Andalucia cuyas operaciones han estado en contacto con la última provincia nombrada. Las muchas ocurrencias acaecidas en los enunciados puntos durante la primera mitad de la cuarta campaña, nos han permitido tratar con separacion las pertenecientes á cada uno. No asi en las que tenemos que reseñar durante la misma época en el resto de la Península, pues deseando no dejar rezagado ninguno de los acontecimientos que han tenido lugar en los demas distritos, y siendo respectivamente pocos los pertenecientes á cada cual, se hace preciso reasumir en un capítulo los sucesos de los mas distantes puntos y atravesar para unirlos del uno al otro estremo de la nacion. El lector conocerá que para conservar en lo posible la unidad de tiempo y la exactitud de la narracion, se hace indispensable esta especie de peregrinacion por el suelo ibero. La misma marcha han tenido que seguir cuantos escritores nos han precedido en la dificil tarea que nos ocupa; ni podia ser de otra manera sin dejar de contar hechos que, aunque aislados, deben ser conocidos para la cabal inteligencia de la historia.

Cuando desde el punto en donde nos hemos despedido de los ejércitos de Wellington y de Marmont se estiende la vista por la Península, se presentan luego á

los ojos dos puntos distantes entre sí pero ambos dignos de atencion. El uno la Serranía de Ronda con el 3. ° ejército acantonado en la raya de Granada y Murcia, y el otro Galicia y Asturias con el ahora llamado 6. ° ejército. En los dos, y muy especialmente en el último, se podian haber sacado grandes ventajas del empeño de los franceses en aglomerar sus fuerzas en la raya de Portugal. Desgraciadamente la carencia de hombres emprendedores limitaron los esfuerzos de aquellas tropas á la mera conservacion de sus respectivos puntos; sistema mezquino é impropio de la guerra que sostenia la nacion.

Los intrépidos pobladores de la Serranía de Ronda conservaban constantemente en ella el foco de la insurreccion, y tenian en contínua inquietud al ejército de Soult y Sebastiani, estacionado este en Granada. Seguia gobernando en aquellas montañas el general Valdenebro, presidente de la junta de partido; mas por lo comun las guerrillas serranas iban siempre dirigidas por naturales del pais. Begines de los Rios con la primera division del 4. ° ejército apoyaba los movimientos de los paisanos, los cuales se convertian en soldados cuando era necesario, ó bien en vecinos pacíficos cuando la superioridad numérica del enemigo les obligaba á guarecerse en el hogar doméstico. Las partidas se dispersaban cuando las atacaban numerosas fuerzas, y reconcentrábanse cuando estas se disminuian, apellidando guerra por riscos y valles con instrumentos pastoriles ó con fogatas y cohetes, consiguiendo asi cansar al enemigo y privarle de los soldados que no sabian trepar por sus escabrosas sierras. Asi el frances no sacaba de sus correrías otro fruto que el de verse fusilado sin saber por donde, burlado desde los empinados picos. La ardiente fibra andaluza inventó en las montañas de Ronda mil modos de hostigar á sus contrarios, y en Gausin subieron los serranos cañones hasta á los riscos mas escarpados. Las mugeres de aquellos escabrosos peñascos se mostraban no menos atrevidas que los hombres, y en vano tentaron los franceses domar tal gente y tales breñas. Asi mantuvieron aquellos valientes una lucha tan gloriosa para ellos hasta el mes de agosto de este año, lucha que tomó nuevo impulso con la llegada del general Ballesteros, como veremos en su lugar.

El brigadier Begines de los Rios, que como hemos dicho, secundaba la decision de los serranos, se propuso atacar el castillo de Moron, á cuyo fin emprendió su marcha con una columna de 400 infantes y 250 caballos; pero teniendo al paso noticia de que un batallon polaco de 500 plazas se dirigia á reforzar la guarnicion de Ronda y debia llegar á Olvera el 2 de junio, le sorprendió y destruyó en dicho pueblo, escapándose solamente 100, entre ellos algunos heridos, y quedando los demas muertos ó prisioneros.



Veamos ahora la ocupacion que tuvo en este tiempo el 3.er ejército, compuesto de parte del que antes se llamaba del centro. Su mando recayó en el general Freire cuando Blake fué á ocupar su puesto de regente, y al principio de este año tenia su cuartel general en Lorca, y sus fuerzas acantonadas en Albos, Huescar y otros pueblos de los contornos. Deseando Sebastiani no permanecer ocioso mientras Soult operaba en Estremadura, amagó en el mes de febrero á Murcia, llegando sus tropas hasta Lorca, evacuada por Freire; pero acometido Sebastiani en este punto de una peligrosa consuncion, suspendió su movimiento y regresó á Granada.

La retirada de los franceses llevó á los nuestros á sus anteriores posiciones, desde las cuales renovaron sus correrías y maniobras, siendo una de las mas notables la practicada el 21 de marzo. D. Jose Odonnell, gefe de estado mayor, se dirigió con una division volante sobre Huescar y Olvera, y mandó á Lubrin al conde del Montijo con ocho compañías. Los enemigos allí alojados resistieron al conde, mas al fin tuvieron que ceder, retirándose camino de Ubeda perseguidos por los nuestros: tuvieron los primeros una pérdida de 180 hombres, entre ellos algunos prisioneros.

La guerra de la Sierra y las correrías de nuestras tropas y partidas habian disminuido considerablemente el 4.° cuerpo frances, obligando á Sebastiani á reconcentrar sus fuerzas en Guadix el 7 de mayo. A consecuencia de este movimiento, avanzó Freire, y puso su vanguardia en la venta del Baul, destacando por su derecha, camino de Ubeda y Baeza, á D. Ambrosio de la Cuadra con una division y las guerrillas de la comarca.

Temerosos los enemigos de que llegáran á cortarse sus comunicaciones con las Andalucías, acudieron precipitadamente de Jaen, Andujar y otros puntos á contener á Cuadra y atacarle. Trabóse el primer choque el 15 de mayo en la misma ciudad de Ubeda. Tres veces acometieron los enemigos y otras tantas fueron rechazados, obligándolos á huir la caballería española que trató de cogerlos por la espalda. Los franceses tuvieron una gran pérdida, sirviéndoles de poco un regimiento de juramentados que se dispersó á los primeros tiros. Nosotros, entre otras pérdidas sensibles, tuvimos la muerte del comandante del regimiento de Burgos D. Francisco Gomez de Barreda, oficial distinguido y de valor no comun.

El 24 quisieron los franceses arrojar á los españoles de la venta de Baul, mandados estos por D. José Antonio de Sanz. Aunque los enemigos cargaron con su acostumbrado arrojo, no lograron el objeto que se proponian, tanto por la interposicion de un barranco que habia de por medio, como por el acertado fuego de nuestra artillería, diestramente dirigida por D. Vicente Chamizo. Los franceses tuvieron que retirarse á Guadix y á la cuesta de Diezma.

Pocos dias despues trató Freire de distraer por su izquierda al enemigo, enviando al conde del Montijo sobre las Alpujarras con dos regimientos. Desde allí causó este bastante inquietud á la guarnicion de Granada, y aproximándose despues mas á la ciudad, llegó hasta el sitio conocido bajo el nombre del *Suspiro del moro.*

Aunque Sebastiani fortificó las avenidas de la ciudad y el célebre palacio morisco de la Alhambra, llegó á verse tan estrechado, que en ocasiones pensó abandonar Granada, lo que hubiera acaso verificado si la llegada del general Drouet á las Andalucías, y los socorros que de sus resultas recibió el 4.° cuerpo frances, no hubieran mejorado su posicion. De este alivio disfrutó poco, pues á fines de junio marchó á Francia, ya fuese por su quebrantada salud, ya por las quejas del mariscal Soult, cuya ambicion no queria compañero que le ayudára á recoger los despojos de las ricas Andalucías. Sobradamente desacertados van los que se atreven á elogiar la conducta de Sebastiani en el distrito de su mando, por el mediano esmero que puso en conservar las antigüedades arábigas de Granada y procurado hermosear algo la ciudad; como si estas acciones no hubieran sido enteramente oscurecidas por las exhorbitantes derramas que impuso y las inauditas crueldades que cometió, merecedoras ciertamente de que su ominoso nombre sea siempre odiado de los granadinos y justamente execrado por todo buen español. Al sanguinario Sebastiani sucedió en el mando el general Leval.



El Gen.l D. Fran.co Lopez y Mena

capar de manos de los enemigos. Tampoco nos es desconocido Moscoso, distinguido entre los oficiales del ejército de la izquierda. Ambos nombramientos fueron bien recibidos en el pais, esmerándose todos en secundar las disposiciones de los nuevos gefes, y no faltando quien ofreciese donativos de consideracion.

Luego se empezaron á recoger los buenos frutos de las acertadas medidas del recien llegado general. Este mejoró visiblemente la organizacion y disciplina del decaido 6.° ejército, al cual dió nueva planta, distribuyéndolo en divisiones y brigadas, y colocándolas en puntos en donde pudieran hostigar al enemigo. La primera division, al mando del general Losada, quedó en Asturias; la segunda, al de Taboada, se situó en las gargantas de Galicia camino del Vierzo; y la tercera, mandada por D. Francisco Cabrera, en la Puebla de Sanábria. La reserva quedó en Lugo, punto céntrico de las otras posiciones. En principio de junio marchó á Castilla todo el ejército, escepto la division de Losada, que se dirigió hácia Oviedo. Esta maniobra, ejecutada á tiempo que el mariscal Marmont habia partido para Estremadura, dió los mas halagüeños resultados. De un lado evacuaron los enemigos el principado de Asturias, saliendo de su capital el 14 de junio, estableciéndose inmediatamente en ella las legítimas autoridades. De otro destruyeron el 19 las fortificaciones de Astorga y se retiraron á Benavente, entrando el 22 en aquella ciudad el general Santocildes en medio de los aplausos y entusiasmo tan justamente debidos al que despues de haberla defendido con gloria, la sacaba ahora de las manos de sus opresores.

Colocóse el ejército español á la derecha del Orbigo, en donde se le juntó una de las brigadas de la division estacionada en Asturias. Despues que Bonnet abandonó esta provincia, se quedó en Leon vigilado por los españoles. Al principio se limitaron unas y otras tropas á parciales escaramuzas, hasta que en la mañana del 23 el general Valletaux corriendo del Orbigo atacó á la una del dia á D. Francisco Taboada, situado hácia Cogorderos, en unas lomas á la derecha del rio Tuerto. El general español se sostuvo bizarramente por espacio de cuatro horas, dando lugar asi á que acudiera en su socorro la brigada asturiana á las órdenes de D. Federico Castañon, la que cogiendo al enemigo por el flanco lo deshizo completamente.



Pereció el general Valletaux con mucha de su gente, y cogimos bastantes prisioneros, entre ellos 11 oficiales. Esta accion acreditó otra vez cuanto valen los buenos gefes al frente de los ejércitos, pues las mismas tropas á quienes poco antes hacian dispersar algunos disparos de los contrarios, se sostuvieron en Cogorderos de un mo-

5,000 infantes y 200 caballos marchára á atacar á Mina en la villa de Lumbier, en cuyo pueblo se construian armas, vestuarios y municiones para el equipo de su gente. El dia 12 de febrero intentó el enemigo apoderarse de este importante depósito. Sabedor Mina de este movimiento, apostó parte de sus tropas en los vados del rio Irazi para impedir el paso á los contrarios y defender á Lumbier, que se halla situada sobre la márgen izquierda. Con esto se empeñó una accion sumamente reñida en la que fué rechazado el enemigo; mas habiendo este recibido considerables refuerzos de Pamplona, é intentando segunda vez el paso del rio, lo consiguió apoderándose de Lumbier, de donde Mina se retiró. Un dia permanecieron los franceses

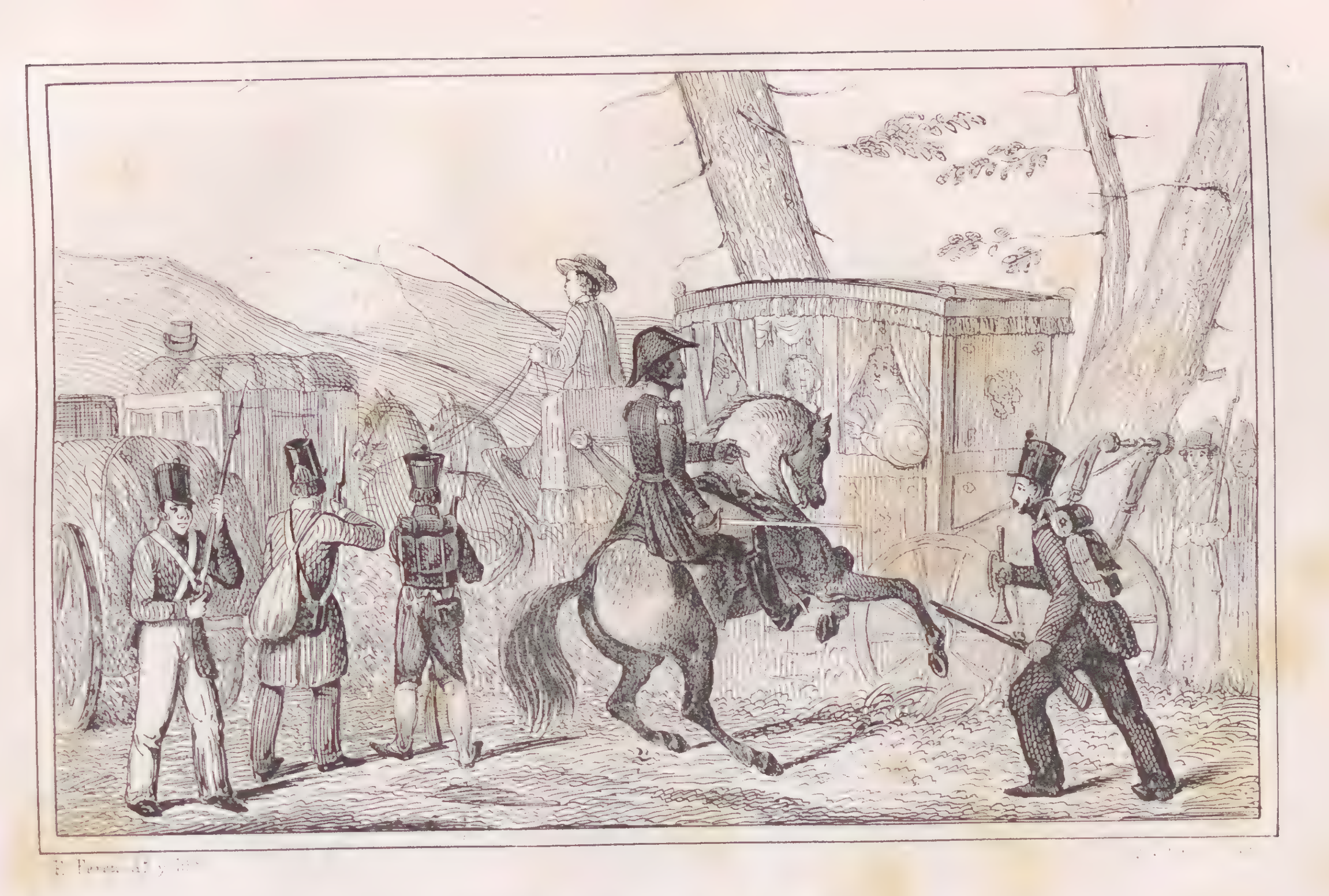


en este pueblo, que entregaron al mas horroroso saqueo; mas al siguiente salió Mina al encuentro de un destacamento que partia de Lumbier, y le batió completamente, persiguiéndole por espacio de cuatro horas, y quedando en su poder 100 mochilas y 50 fusiles. En seguida con la activa cooperacion de sus compañeros de armas D. Gregorio Cruchaga y D. Luis Gorriz, que mandaba como dijimos una parte de sus fuerzas, no solo logró abrirse paso por entre las columnas francesas que cubrian los vados del rio Arga, sino que prosiguiendo su marcha por distintas direcciones, logró reunir á los suyos en las inmediaciones de Pamplona, en donde se apoderó de un convoy de pólvora que se dirigia á Vitoria, aunque con la irreparable desgracia de la muerte del intrépido Gorriz, que pereció en el acto, de resultas de una violenta caida de caballo.

Espiaba el coronel Mina noche y dia los movimientos de los franceses, aprovechando las ocasiones mas oportunas para atacarlos, aunque sus apuros y riesgos se aumentaban por instantes, en atencion á la superioridad de fuerzas de los contrarios, y hallarse estos posesionados de los puentes de Sangüesa, Galipienzo y otros no menos interesantes.

El general Arispe con 3,000 infantes y 200 caballos se presentó el 11 de marzo al frente de Iruzoqui, cuya posicion defendia Mina con fuerzas muy inferiores. La infantería francesa embistió cinco veces y con el mayor ímpetu á los españoles; mas estos se sostuvieron firmes hasta que bien entrada la noche se retiraron con el mayor órden, y sin haber cesado un instante el fuego, causando al enemigo una gran pérdida.

Desplegaban las tropas de Mina tales cualidades militares, observaban un órden y disciplina tan grandes, y se batian con tanto valor y arrojo, que el general Arispe, reconociendo que semejantes soldados debian ser reputados como ta-



MINA EN ARLABAN.

les militares, y no como *brigands*, envió un parlamento á Mina suplicándole respetase la vida de los prisioneros franceses, y ofreciendo hacer él lo mismo con los suyos. Rodeado el intrépido caudillo español por todas partes, é imposibilitado de poderse trasladar á otra provincia, acordó con Cruchaga dividir sus fuerzas para hacer vacilar al enemigo. Situóse él mismo en Arcos con 160 infantes y 80 caballos, y el 23 de marzo fué atacado alli por una division francesa de 3,000 infantes y 150 caballos, y lo que nos pareceria imposible á no constarnos tanto el arrojo de este gefe y el valor que inspirado habia en sus soldados, resistió á tan formidables fuerzas, parangonizadas con las suyas, todo aquel dia, replegándose despues en muy buen órden, cual lo pudiera hacer el mas táctico general, sobre Santa Cruz de Campaza. Seis dias permaneció en Arcos el enemigo, y Mina, siempre atrevido é intrépido, se internó durante ellos en territorio frances, saqueó algunos pueblos, y teniendo que regresar á España con la misma rapidez, lo verificó por las inmediaciones de Roncesvalles, pasando á cuchillo á cuantos franceses caian en su poder. El teniente coronel Cruchaga, fiel imitador del arrojo de su gefe, se dirigió hácia las cercanías de Zaragoza, asistido de dos batallones y alguna caballería; mas alarmadas con su aproximacion las guarniciones enemigas de aquella capital, y las de Egea, Zuera y otros puntos, se reunieron todas con el objeto de perseguirle, y le alcanzaron el 14 de abril en Castilliscar, donde se trabó una accion en que los enemigos fueron rechazados dos veces á pesar de su superioridad, aunque Cruchaga tuvo al fin que replegarse á la provincia de Navarra.

Incorporado alli con Mina, y continuando este sus activas operaciones para hostilizar á los franceses, fué destacado Cruchaga con 3 batallones y 200 caballos, que apostándose en las inmediaciones de Mendivil, pueblo situado sobre el camino real de Pamplona á Tafalla, esperaron el paso de una columna francesa que sabian debia atravesar por aquel sitio, y atacándola vigorosamente el 18 de mayo, la obligaron á replegarse en la direccion de Tafalla, á pesar de la superioridad de fuerzas del enemigo, con pérdida de muchos muertos y heridos.

A los pocos dias, sabiendo el activo Mina que el mariscal Massena caminaba á Francia juntamente con un convoy, concibió el atrevido pensamiento de sorprenderle sobre Arlaban, puerto situado entre los lindes de Alava y Guipúzcoa, por donde corre la calzada que va á Irun. Para el logro de su intento, marchó á la callada y de noche por desfiladeros y sendas estraviadas, y amaneció el 25 de mayo sobre el mencionado puerto. Casualmente Massena, á gran dicha suya, retardó salir de Vitoria; mas no el convoy que prosiguió sin detencion su ruta. Las seis de la mañana serian cuando Mina emboscado con su gente se puso en cuidadoso acecho. Constaba el convoy de 150 coches y carros en donde iban las preciosidades, alhajas y riquezas robadas en Portugal, y le escoltaban 1,200 entre infantes y caballos, encargados tambien de la custodia de 1,042 prisioneros ingleses y españoles. Dejó pasar Mina la tropa que hacia de vanguardia; y atacando á los que venian detras, trabóse la refriega que duró 7 horas, terminándose á las tres de la tarde y cayendo en poder de los españoles personas y efectos, es decir, todo el convoy, quedando igualmente libres los prisioneros que conducia. Mas de 800 hombres perdieron los franceses, entre ellos 40 oficiales: cogiendo el mismo Mina por su mano al coronel Laffite. Parte del caudal y las joyas se reservaron para la caja militar: lo demas lo repartieron los vencedores entre sí. Se permitió á las mugeres continuar su camino á Francia, y trató bien Mina á los prisioneros, á pesar de las recientes crueldades ejercidas en los suyos por el enemigo. Se calculó el botin en unos 4.000,000 de reales, poderoso incentivo para acrecentar las partidas, y medio útil para recompensar hasta cierto punto á las tropas de Mina de sus contínuas penalidades. El mariscal Massena, que tan casualmente se habia librado de caer en manos de Mina, permaneció en Vitoria, sin atreverse á seguir á Francia hasta que supo la retirada de aquel ilustre caudillo á Zalduendo, lugar distante seis leguas del sitio del ataque. Separémonos nosotros

ahora del valiente gefe navarro, para decir algo de lo que á la sazon pasaba en Valencia, Castilla la Nueva y las demas provincias que nos restan por recorrer.

En la primera delas mencionadas continuaba mandando D. Luis Alejandro de Bassecourt, no ciertamente con el mejor acierto ni en lo militar ni en lo político, y ansioso de grangearse el aura popular, quiso imitar la conducta del general de Cataluña convocando para el 1.º de enero de 1811 un congreso compuesto de la junta y de diputados de la ciudad y de la provincia. Los resultados fueron consiguientes á tan innecesaria medida, atentoria hasta cierto punto á las facultades de las córtes reunidas en Cadiz, únicas que legalmente podian decretar impuestos y dictar disposiciones legislativas á todas y á cada una de las provincias. Las discusiones del llamado congreso valenciano fueron públicas, limitándose en un principio á proporcionar auxilios, y á cuestiones puramente económicas, mas luego quisieron los nuevos diputados dar mas ensanche á sus atribuciones, y empezaron á examinar la conducta del mismo general. Resintióse este, como era natural, de un proceder tan imprudente, por lo que el 27 de febrero puso término á los debates y prendió á D. Nicolas Garelly y á otros de los mas revoltosos, sin considerar que él era el primer culpable en tales escándalos. Las cortes, á cuyo superior conocimiento subió la decision de todo el negocio, mandaron soltar los presos, cerrando al propio tiempo la puerta á los ambiciosos é inquietos de las provincias con el reglamento que por entonces dieron á las juntas , si bien coartaron en él las naturales facultades de estas mas de lo conveniente y político. La Regencia, nada satisfecha por su parte de Bassecourt, cuyo proceder se tuvo cuando menos por poco cuerdo, nombró para sucederle interinamente en el mando á D. Carlos Odonnell.

No fueron tampoco mas acertadas en lo militar las determinaciones de D. Luis Bassecourt. Ya vimos en el último sus estravios en este punto. En lo que va del que nos ocupa no fué mas feliz; pues aunque fortificó á Murviedro no coadyuvó cual pudiera al alivio de Cataluña, con especialidad al sosten dela plaza de Tarragona. Hasta el 22 de abril que entregó el mando á Odonnell para regresar á Cuenca apenas hizo en estos meses movimiento alguno de importancia, no siendo uno que intentó sobre Ulldecona el 12 de mismo abril.

El general Odonnell, queriendo manifestar actividad y deseos de reanimar el espíritu de aquella provincia, que tuvo la desgracia de ser tan mal dirigida desde el principio de la guerra, ordenó al empezar mayo y ayudado de la marina inglesa, una maniobra hácia el embocadero del Ebro. El conmodoro Adams, á bordo del *Invencible* con dos fragatas y dos jabeques españoles cañoneó la torre de Codoñol á 800 toesas de la Rápita y el 9 obligó al enemigo á que la evacuase. Al mismo tiempo el conde de Roure con unos doscientos españoles avanzó por tierra, y Pinot, comandante frances de la Rápita, acometido de ingleses y amenazado por españoles se replegó sobre Amposta, punto que inmediatamente rodearon los nuestros. Mas acudieron con prontitud los franceses de Tortosa y de los alrededores con fuerzas superiores y libraron á los suyos, no ocupando sin embargo la Rápita hasta despues de la toma de Tarragona, y limitándose por esta vez á recobrar la torre de Codoñol.

Fuera de esta operacion no intentó tampoco Odonnell ninguna otra notable, sino la de enviar á Cataluña la division de Miranda, de cuya conducta nada recomendable se habló ya, y hacer algunos amagos via de Aragon, los cuales no dieron motivo á empresa alguna señalada. Relevado á fines de junio D. Cárlos Odonnell, tomó el mando el marques del Palacio, y desde entonces empezaron á prepararse en aquella infortunada provincia los sucesos consiguientes á tantos desaciertos cometidos en ella, y que tuvieron los funestos resultados que veremos al fin de este año.

En las provincias de Madrid, Toledo, Segovia, Avila, Guadalajara, Cuenca y la Mancha, puede decirse que no teniamos mas fuerzas que las de las partidas que por todas ellas hormigueaban. Los franceses tenian en las mismas el ejército que llamaban del centro, á las inmediatas órdenes de José, pudiendo asegurarse que era el único del cual podia disponer. No siendo suficientes sus fuerzas para

contrarestar las ambulantes de los patriotas, tenian que acudir con frecuencia en su ayuda tropas de otras partes, y el ejército de Sebastiani conservaba siempre en la Mancha una de sus divisiones para mantener libre el tránsito entre las Andalucías y Madrid. Cada una de estas provincias estaba á cargo de un gefe militar frances, y las fuerzas entre todas repartidas eran de 25 á 30,000 hombres.

Por nuestra parte existian las juntas de Guadalajara y Cuenca, propensa siempre la primera á desavenencias y discordias con las provincias limítrofes y las partidas, que algunas veces dieron funestos resultados. Otra se formó en la Mancha, que aunque tampoco muy pacífica, concibió el buen pensamiento de dar una *Gaceta*, no bien redactada, pero que iba en cierto modo dispertando en la muchedumbre el gusto á la lectura y mantenia en ella el fuego del amor patrio.

Conservábanse aun en estos distritos los antiguos partidarios, escepto alguno que otro que, menos afortunado ó diestro, cayó en las redes del enemigo; pero en cambio nacian otros nuevos, tales como D. Eugenio Velasco y D. Manuel Hernandez, dicho el Abuelo, decididos como los que mas y sedientos de sangre francesa.

Distinguiase como siempre D. Juan Martin el Empecinado, el que despues de su vuelta de Aragon lidió en el mes de febrero varias veces contra fuerzas superiores en Sacedon y el Priego. En el mes de marzo pasó á Molina, y los dias 8 y 9 encerró en el castillo malparada á la guarnicion francesa. De allí se dirigió á Sigüenza, y uniéndose con D. Pedro Villacampa, decidieron ambos embestir la villa y puente de Auñon, provincia de Guadalajara. Este solo puente permanecia intacto, habiendo roto el enemigo los de Pareja y Trillo, y quemando el de Valtablado, todos sobre el Tajo. Dividia este puente los términos de la villa de su nombre y la de Sacedon, y por su importancia lo fortificaron los franceses, lo mismo que las calles y casas de ambos pueblos: tenian en ellos 600 hombres y los mandaba el coronel Luis Hugo, hermano del general que regia el distrito de Guadalajara.

Flanqueado aquel punto por ambas orillas del Tajo, interesaba su ocupacion á los nuestros y á los contrarios. En la mañana del 23 de marzo fueron atacados los franceses que guarnecian este puente por D. Pedro Villacampa, que los desalojó de él y se apoderó de las obras que habian construido para su defensa. Refugiáronse aquellos en la iglesia de Auñon muy fortificada, y cuando dudaba Villacampa atacarlos, la llegada del Empecinado, decidió la ejecuion. Desgraciadamente una furiosa tormenta retardó los ataques y dió lugar á que los enemigos recibieran grandes refuerzos de Brihuega y Taranco, con cuyo motivo los nuestros, despues de destruir las obras, se retiraron llevándose mas de 100 prisioneros, y habiendo muerto y herido á otros tantos hombres, contándose entre los muertos al comandante del puerto Luis Hugo. De resultas de esta accion evacuó el enemigo á Auñon, y Villacampa y el Empecinado se separaron otra vez, satisfecho el uno del otro.

Irritado el soberbio frances en vista de la inquietud y malas obras que le causaba el Empecinado, determinó hacer un esfuerzo para destruirle, reuniéndose al efecto las fuerzas de Hugo, las del general Lahoussaie, que mandaba en Toledo, y algunas otras. D. Juan Martin burló completamente tan activas diligencias, y mientras le buscaban en la provincia de Guadalajara, acometió á los franceses en la de Soria, los escarmentó en Somosierra y en el real sitio de San Ildefonso, y hasta envió destacamentos camino de Madrid.

Viendo el gobierno intruso la inutilidad de sus medidas para destruir al Empecinado, recurrió á la intriga, y en esta indigna maniobra fueron mas felices que en las de las armas; pues introdugeron en las filas del Empecinado el descontento y la dispersion, y aun algunos oficiales, aunque muy pocos, se pasaron al enemigo. La indiscreta conducta de la junta de Guadalajara aumentó el mal; pues nombrando para comandante de la provincia, á cuyas órdenes debia estar D. Juan Martin, al marques de Zayas, que no debe confundirse con el distinguido general D. José de Zayas, hombre nada propio para tal destino, generalizó el descontento y aumentó la desercion, en términos que al empezar julio estaban casi estinguidas las fuerzas que

mandaba D. Juan Martin, y que ascendian antes á mas de 3,000 hombres. Por fortuna las córtes pusieron término á tantos males, ordenando que se disolviese la junta, principal causadora de ellos, y que se nombrase otra conforme al nuevo reglamento, del que hablaremos luego; y previniendo al marques de Zayas que dejase el mando, recobró el Empecinado la comandancia de su division, y á los pocos dias apareció esta no menos fuerte y brillante que antes.

Entre los demas partidarios de menos nombre molestaba D. Juan Abril á los franceses desde las sierras de Guadarrama y Somosierra hasta Madrid, atravesando con frecuencia los puertos, y habiendo tenido esta primavera la buena suerte de rescatar 14,000 cabezas de ganado merino que llevaban fuera del reino. Saornil se mostraba no menos intrépido en la provincia de Avila y las confinantes; pero en 1.° de julio, sorprendido de noche por el comandante Montigni junto á Peñaranda de Bracamonte, en donde descuidado dormia al raso con los suyos,



perdió alguna gente, aunque no se retiró hasta despues de un combate muy encarnizado. D. Juan Palarea, el médico, recorria los montes de Toledo, y en Cebolla y otros puntos sorprendió diversas partidas enemigas, cojiendo en junio en Santa Cruz del Retamar á Mr. Lejeune, ayudante de campo del príncipe de Neufchatel.

Casi siempre respetaron nuestros partidarios á sus enemigos; lo cual no impedia que so pretesto de ser foragidos ó soldados juramentados de José, los ahorcasen aquellos ó arcabuceasen á menudo sin conmiseracion alguna. Cuando asi sucedia, los partidarios tomaban pronta y mas crecida venganza. En los montes del Pardo, en todas las avenidas de Madrid y junto á sus mismas tapias amanecian colgados tres ó mas franceses por cada español muerto con notoria infraccion de las leyes de la guerra. Triste y dolorosa represalia; pero que la hacia forzosa la sanguinaria conducta del enemigo.

Del lado de Cuenca se distinguia tambien el otro médico D. José Martinez de San Martin, obrando unas veces solo, otras en combinacion con diferentes partidarios. El 7 de agosto, unido á D. Francisco Abad (Chaleco), escarmentó fuertemente á los franceses en la Osa de Montiel, cogiéndoles bastantes prisioneros y efectos. La misma clase de guerra se hacia en Ciudad Real, Almagro, Infantes y en todas las demas comarcas y villas de la Mancha, lo mismo que en las demas provincias de Castilla la Nueva. Los enemigos tenian que conservar en todas ellas puntos fortificados, en los que frecuentemente se vian obligados á encerrarse y á veces aun á rendirse.

A los que no se paren á considerar la índole de la guerra que historiamos podrá parecer quizás poco necesaria la ligera reseña que hacemos de estos sucesos, graduándolos de insignificante valor; pero no lo creerán asi los verdaderos conocedores de aquella gloriosa lucha, pues saben bien, que aunque los hechos de nuestras partidas mirados aisladamente parecen pequeños, reunidos todos forman un conjunto tan imponente, que á él se debió en su mayor parte el triunfo de nuestra porfiada contienda. Mas de tres años contaba ya la lucha sostenida entre los bisoños españoles y los veteranos dominadores de Europa: 300,000 franceses hollaban todavía el suelo peninsular, y fuera de unos 60,000 que detenia á su frente el ejército anglo-portugues, casi todos los demas no hacian otra cosa que balancear hasta donde podian el ímpetu atrevido de nuestros guerreros, á los que siempre encontraban lidiando lo mismo en las faldas de los Pirineos, y aun á veces dentro de la propia Francia, que en las playas que lamen el bello Guadalquivir y el caudaloso Tajo.

En medio de una disputa tan animada; cuando desde Santi Petri al Vidasoa, y desde la ciudad de Barcino hasta la del hijo del trueno, no se oia mas que el ronco estrépito del cañon y el ruido de las armas; cuando en el teatro de estos ruidosos sucesos vemos representar tan brillante papel, de un lado á hombres que en el dia anterior de nadie eran conocidos, y de otro á aquellos soberbios mariscales del imperio, cuya ostentacion y lujo no parece sino que tiraban á oscurecer el esplendor y grandeza de la noble víctima del hijo de Filipo, divisamos allá, oculto en los rincones de un palacio, á un hombre que debiendo ser el protagonista de este confuso drama, sangriento y glorioso á la vez, no hay quien se acuerde de él ni aun para confiarle el mas insignificante desempeño. José Napoleon, el pretendido rey de España, ese hombre, no escaso de talento en verdad, y con un regular fondo de filosofía, aunque desgraciadamente sofocada por los primeros arranques de la ambicion, es el que permanece en Madrid desdeñado de su hermano, despreciado de sus mariscales, justamente odiado de los españoles, y acatado solamente de aquella pequeña comparsa de hombres degradados que, avezados á las bajezas, sin mas patria que el interes, ni otro honor que las inspiraciones de la codicia, se arrastran vilmente por las antesalas del poder y lamen con humillacion las plantas de todo el que puede satisfacer sus pasiones.

Nada estrañamos nosotros ver á José tratado con tanto desden por su hermano. No fué mas afortunado con su abuelo en los primeros años de su reinado Felipe V, al que con sobrada razon llamaban los partidarios de la casa de Austria la sombra de Luis XIV, y la misma suerte correrá todo príncipe que deba al monarca de las Tullerías la posesion del trono español; razon poderosísima que debiera tener siempre en guardia á los hijos de esta nacion tan magnánima como infortunada, para rechazar con firmeza toda alianza que de algun modo pueda hacerlos dependientes del orgulloso habitador de las márgenes del Sena. Mas estrañamos ciertamente que el emperador frances, despues de haber ahogado la sagrada mision á cuya inauguracion fuera llamado, para volver á los tronos el gastado esplendor que las luces de la moderna civilizacion iban eclipsando, permitiera que sus mariscales ennegrecieran asi el que, segun su equivocado sistema, debia rodear al de su hermano. ¡Conducta contradictoria, que debe servir de leccion á los pueblos y á los monarcas!..

De proceder tan escandaloso se quejaba agriamente José, aunque de nadie era oido, y al mismo tiempo que se via desautorizado entre los ejércitos de su hermano, leia en el semblante de los que apellidaba súbditos el descontento que á todos causaba su presencia. Verdad es que contribuia mucho á este despego la conducta de los generales y tropa francesa, á la cual achacaba el intruso monarca el descontento de los pueblos, figurándose que sin ella seria amado. Asi lo espresaba siempre José, consiguiendo por único fruto irritar mas al Emperador, pues al saber este que los deseos de aquel eran verse libre de tropas francesas, decia oportunamente: *«Si mi hermano no puede apaciguar la España con 400,000 franceses,*

« *¿cómo presume conseguirlo por otra via?* » Y luego añadia: « no hay ya que hablar « del tratado de Bayona: desde entonces todo ha variado: los acontecimientos « me autorizan á tomar todas las medidas que convengan al interes de la Fran- « cia (1).» Cada vez disimulaba menos Napoleon su modo de pensar. La esposa de José escribia á su esposo desde Paris: «¿Sabes que hace mucho tiempo intenta el « Emperador tomar para sí las provincias del Ebro acá? En la última conversa- « cion que tuvo conmigo, díjome que para ello no necesitaba de tu permiso, y « que lo ejecutaria luego que se conquistasen las principales plazas.»

Disgustado José de su posicion, deseaba unas veces entrar en acomodamiento con las córtes de Cádiz, y otras retirarse á la vida privada. « Mas quiero, « decia, ser vasallo del Emperador en Francia, que continuar en España siendo « rey en el nombre: allí seré buen súbdito; aquí mal rey.» Noble resolucion que hubiera dado un positivo brillo á su nombre llevada á término. Para ver si conseguia inclinar la voluntad de su hermano á su favor, determinó despues ir á Paris á demostrarle lo que se interesaba en sus satisfacciones recientes por haberle dado la nueva emperatriz un hijo el 20 de marzo, creyendo José esta ocasion oportuna para el logro de sus deseos. Mal conocia el pretendido rey de España el carácter de su hermano, cuya ambicion tomaba otro giro con el título de padre, aspirando ya á dejar á su hijo todo el fruto de sus conquistas, las cuales solo por falta de sucesion habia repartido entre sus hermanos. Así se deduce de una carta que pocos meses despues escribia á José su hermana Elisa, en la que le decia: « Las cosas han variado mucho; no es como antes. El Emperador solo « quiere sumision, y no que sus hermanos se tengan respecto de él por reyes in- « dependientes. Quiere que sean sus primeros súbditos.»

El 23 de abril salió José para Paris acompañado de D. José Ofarril, ministro de la Guerra, y del de Estado D. Mariano Luis de Urquijo; pero la precaucion con que caminaba para no caer en manos de nuestras partidas no le permitió pasar el Vidasoa hasta el 10 de mayo, llegando á Paris el 16 del mismo mes. Asistió el 9 de junio al bautizo del rey de Roma, y el 27, ya de vuelta, atravesó otra vez nuestras fronteras. El 15 de julio entró en Madrid solo, pues ni su esposa Julia, hija de Mr. Clary, rico comerciante de Marsella, ni dos niñas que formaban su familia, pusieron nunca el pié en España.

El viage á Paris solo proporcionó á José la última conviccion de las intenciones de su hermano con respecto á las provincias del Ebro, cuya agregacion al imperio frances estaba como resuelta. En los demas puntos tampoco obtuvo sino promesas y palabras, limitándose Napoleon á concederle, á fuerza de ruegos, el auxilio de un millon de francos mensual.

Un subsidio tan corto no remediaba las necesidades del exhausto erario del intruso, mayormente con la miseria en que encontró José sumido á Madrid á su regreso, el cual coincidió con aquella hambre horrorosa cuya imágen se ve con terror en el cuadro que presenta sus estragos y que, regularmente trabajado, existe en el Museo de pinturas de la corte.

Abatido ya el espíritu de José, y fuertemente enojado contra su hermano, trató de ver si á todo trance podia componerse con los españoles, á cuyo fin mandó á Cádiz al canónigo de Burgos D. Tomas La Peña, hermano del general del mismo nombre, encargado de abrir negociacion con las córtes y la Regencia, en cuyos brazos se echaba el intruso sin mas condicion que se le reconociese por rey. Es tan estraño este paso de José, que él solo podria justificar á los ojos de la multitud el ridículo, aunque injusto concepto, que de él tenia formado. No le haremos nosotros semejante injusticia, y solo veremos en su desacordada conducta una prueba mas de lo falso é insostenible de su posicion.

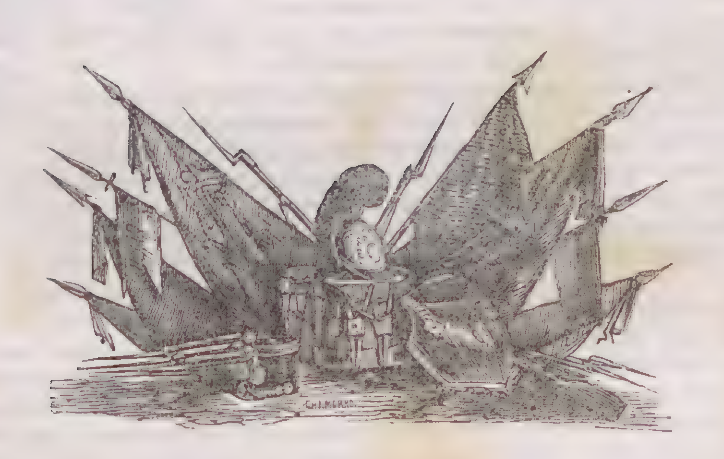
(1) Esta cita y las de las cartas siguientes estan tomadas de una correspondencia cogida con otros papeles en el coche de José Bonaparte despues de la batalla de Vitoria en 1813.

La Peña desempeñó su comision cerca de la Regencia, la cual rechazó la propuesta con la dignidad y firmeza propias de los esclarecidos varones que la componian, aunque sin hacer mérito de su resolucion, ni distraer la atencion de las córtes con ella, ni menos llamar la del público: sábia reserva que libertó al imprudente comisionado de los disgustos que pudo causarle su intempestiva mision (1).

No desistió por eso José de su idea, y en los meses siguientes volvió á enviar nuevos emisarios, de los que hablaremos en su lugar, y que todos obtuvieron el mismo resultado, estrellándose sus esfuerzos en la firmeza española, cuya constancia en sostener los principios proclamados hace resaltar mas la cruel perfidia, la negra ingratitud con que fué correspondida.

---

(1) De esta comision sacó sin duda M. de Pradt la quimérica noticia que apunta en su obra intitulada *Memoires historiques sur la revolution d' Espagne*, cuando dice que las córtes enviaron diputados á Sevilla antes de la batalla de la Albuera para tratar de componerse con José. Aunque las muchas patrañas que se leen en dicha obra son bastantes para desvirtuar todos sus asertos, hemos creido, sin embargo, deber aprovechar esta ocasion para declarar, que ni las córtes, ni ninguno de cuantos gobiernos tuvo España en aquella época, pensaron nunca entablar tratados de ninguna especie con José ni con Napoleon.



CAPITULO XX.

Córtes.—Discusion sobre las proposiciones de los señores Capmany y Borrull.—Decreto de las córtes del 1.° de enero de 1811.—Asuntos de América.—Providencias adoptadas por las córtes para aquellos dominios.—Disposiciones sobre la guerra y hacienda.—Se trasladan las córtes á Cádiz.—Memoria del ministro de Hacienda.—Presupuestos.—Acuerdo de las córtes.—Memoria del ministro de la Guerra.—Se aprueba el estado mayor del ejército.—Fundacion de la órden militar de San Fernando: sus estatutos.—Reglamento para las juntas de provincia.—Mejoras en el ramo judicial—Decreto sobre los señoríos.—Presenta la comision de Constitucion sus primeros trabajos.—Ofrece Inglaterra su mediacion para pacificar las Américas.—Comision del señor Zea Bermudez.

Demos ahora algun descanso al espiritu fatigado con la contemplacion de tan terribles escenas, y afectado á la vista de tanta sangre como hemos visto ir á aumentar las rápidas corrientes del Llobregat y del Tajo, del Ebro y del Duero, y tratemos algo de las sesiones de las córtes, que justamente reclaman un lugar muy preferente en la historia de la gloriosa Guerra de la Independencia. Suspendimos esta parte de la nuestra cuando las córtes recibieron con general aprobacion el espiritu de las proposiciones de los señores Capmany y Borrull, reducidas á que ningun rey de España pudiera contraer matrimonio sin prévia *noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española* representada *legítimamente* en las córtes, en cuya discusion se entró el 29 de diciembre.

Ya que no nos sea dado reproducir aqui los luminosos discursos que sobre tan importante materia se pronunciaron en el congreso, nos creemos obligados á trascribir al menos algunos pequeños rasgos, bastantes siquiera para demostrar la unanimidad de ideas que en este supremo punto se deja ver en las córtes del 24 de setiembre; pues cuando desgraciadamente la historia llevará á la posteridad las erradas máximas que con dolor hemos visto sustentar en nuestros malhadados dias, justo es que la misma historia trasmita tambien á nuestros descendientes las verdaderas y sanas doctrinas que treinta y seis años antes proclamaban los legítimos representantes de la nacion, cuando esta no habia llegado al grado de corrupcion en que tristemente se encuentra al promedio del siglo XIX.

Los diputados menos afectos á las reformas rindieron con notable patriotismo en aquella memorable discusion el mas cumplido homenaje á los derechos del pais en materia tan interesante; y por eso el señor Borrull decia: «En el fuero de Sobrarbe «que regia á los aragoneses y navarros, fué establecido que los reyes no pudieran «declarar guerra, hacer paces, treguas, ni dar empleos, sin el consentimiento de

«doce ricos-homes, y de los mas sabios y ancianos. En Castilla se estableció tam-«bien en todas las provincias de aquel reino, que los hechos árduos y asuntos gra-«ves se hubieran de tratar en las mismas córtes, y asi se ejecutaba, y de otro mo-«do eran nulos y de ningun valor y efecto semejantes tratados. Asi que, atendiendo «á la ley antigua y fundamental de la nacion y á estos hechos, cualquiera cosa que «resulte en perjuicio del reino debe ser de ningun valor... Esta aprobacion nacional «debe servir siempre á los reyes como una barrera contra los esfuerzos estraordi-«narios de sus enemigos, porque sabiendo los reyes que sus caprichos no han de «ser admitidos por el Estado, se abstendrán de entrar en ellos.»

Anti-reformista como el señor Borrull era tambien D. José Pablo Valiente, y sin embargo aquel respetable magistrado no solo aprobaba las proposiciones, sino que deseaba fuesen mas claras y terminantes. «Podia suceder muy bien, decia, que nues-«tro incauto, sencillo y cándido príncipe, sin la esperiencia que dá el mundo se «presentase con una princesa jóven para sentarse tranquilamente en el trono. Y en-«tonces las córtes acertarian en determinar que no fuese admitido, porque este «matrimonio de ningun modo puede convenir á España... Sea ó no casado Fernando, «nunca le admitiremos que no sea para hacernos felices...»

Si asi se espresaban los diputados menos afectos á las ideas liberales, puede inferirse cuál seria el lenguaje de los patronos de estas. Sin detenernos en los argumentos de los señores Argüelles, Oliveros, Gallego y otros, nos limitaremos en obsequio de la brevedad á apuntar algunas ideas de las contenidas en el notable discurso del señor García Herreros, que como diputado por Soria resplandecia en él el patrio fuego de los inmortales numantinos, unido á los mas estensos conocimientos en nuestra legislacion é historia de las antiguas córtes, como procurador que habia sido de los reinos. Este célebre diputado, al que en medio de la severa rigidez de sus principios encontraremos siempre al lado del pueblo, decia con su acostumbrada franqueza y claridad: «Desde el principio han estado los reyes sujetos á «las leyes que les ha dictado la nacion... Esta les ha prescrito sus obligaciones y «les ha señalado sus derechos, declarando nulo de antemano cuanto en contrario «hagan. La ley 29, tit. 11 de la partida 3.ª, dice: *Si el rey usase alguna cosa que «sea en daño ó menoscabo del reino, non es tenido de guardar tal jura como esta*. Siem-«pre ha podido la nacion reconvenirles sobre el mal uso del poder, y á este efecto «dice la ley 10, tit 1.°, partida 2.ª *Que si el rey usase mal de su poderío le puedan «decir las gentes tirano é tornarse el señorío que era, de derecho en torticero*. Los que «se escandalizan de oir que la nacion tiene derecho sobre las personas y acciones de «sus monarcas, y que puede anular cuanto hagan durante su cautiverio, repasen «los fragmentos de leyes que he citado, lean las leyes fundamentales de nuestra «monarquía desde su orígen, y si aun asi no se convencen de la soberanía de la na-«cion, de que esta no es patrimonio de los reyes, y de que en todos tiempos la ley «ha sido superior al rey, crean que nacieron para esclavos y que no deben ser «miembros de esta nacion, que jamás reconocerá otras obligaciones que las que «ella misma se imponga...»

Con no menor energía, firmeza y saber sostuvieron la discusion los diputados americanos, apoyando todos las proposiciones, y señalándose muy especialmente en sus animados discursos los señores Mejía y Leiva; siendo digno de particular mencion, en atencion á sus antecedentes, el respetable diputado por el Perú D. Dionisio Inca Yupangui, capitan de navío de la armada nacional. Este ilustre indio, en cuyo grave y melancólico rostro estaba retratada con la filiacion de su orígen, la tristeza que grabára en su nacion la injusticia de que fué víctima, con el laconismo propio de sus ascendientes dijo: «Órgano de la América y de sus deseos, decla-«ro á las córtes que sin la libertad absoluta del rey en medio de su pueblo, la to-«tal evacuacion de las plazas y territorio español, y sin la completa integridad de la «monarquía, no oirá la América proposiciones ó condiciones del tirano Napoleon, «ni dejará de sostener con todo fervor los votos y resoluciones de las córtes.» Asi se espresaba aquel hombre, que como descendiente directo del último

emperador del Perú, decapitado en la plaza del Cuzco por la sanguinaria crueldad de Pizarro, parecia colocado por una justicia providencial en medio de la España representada en sus córtes, para que comparado con los desastres que la nacion sufria, fuera un ejemplo vivo de la rectitud de sus determinaciones, y recordára diariamente al pueblo español los estravíos de sus antepasados, y la atroz muerte del abuelo de D. Dionisio, una de las mas injustas de que hace mencion la historia.

Al fin, despues de cuatro dias de discusion, en los cuales compitió el patriotismo con la elocuencia, teniendo presentes las proposiciones de los señores Capmany y Borrull, y las diferentes adiciones que se hicieron, estendió el señor Perez de Castro un decreto que se aprobó en estos términos el 1.° de enero de 1811: «Las «córtes generales y estraordinarias, en conformidad de su decreto de 24 de setiem«bre del año próximo pasado, en que declararon nulas y de ningun valor las renun«cias hechas en Bayona por el legítimo rey de España y de las Indias el señor Don «Fernando VII, no solo por falta de libertad, sino tambien por carecer de la esencia«lísima é indispensable circunstancia del *consentimiento* de la nacion, declaran que «no reconocerán, y antes bien tendrán y tienen por nulo y de ningun valor ni efec«to todo acto, tratado, convenio ó transaccion de cualquier clase y naturaleza que «hayan sido ó fueren otorgados por el rey, mientras permanezca en el estado de «opresion y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el «pais enemigo, ó ya dentro de España, siempre que en este se halle su real per«sona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de «su corona; pues jamás le considerará libre la nacion, ni le prestará obediencia «hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del congreso nacional que ahora «existe ó en adelante existiere, ó del gobierno formado por las córtes. Declaran «asimismo que toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion como «un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsable á todo el ri«gor de las leyes. Y declaran por último las córtes que la jenerosa nacion á quien «representan no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oidos á propo«sicion de acomodamiento ó concierto de cualquier naturaleza que fuere, como no «preceda la total evacuacion de España y Portugal por las tropas que tan inicua«mente los han invadido; pues las córtes están resueltas con la nacion entera á «pelear incesantemeute hasta dejar asegurada la religion santa de sus mayores, «la libertad de su amado monarca y la absoluta independencia é integridad de la «monarquía.» Asi terminaron las córtes asunto tan trascendental, y con su magnánima resolucion se puede asegurar, con un célebre historiador, que se encumbraron á par del senado romano en sus mejores tiempos. ¡Bendiciones sin fin á tan dignos diputados! ¿Cómo ha habido despues españoles que no han sabido imitarlos en análoga situacion?

Durante este tiempo iba estendiéndose la llama de la insurreccion por todas las provincias de América, y las córtes, unas veces estimuladas por los diputados de aquellos paises, y otras por el deseo de poner término á tamaños males, se ocuparon de ellos en diferentes ocasiones, dictando con mas ó menos acierto las medidas legislativas que juzgaron mas á propósito para apagar el incendio; pero este habia tomado demasiada fuerza para poder ceder á la pacífica influencia de los decretos. Hablaremos de estos despues de hacer una ligera reseña del estado de las provincias ultramarinas. Ya cuando anteriormente tratamos esta materia espusimos las verdaderas causas tanto remotas como próximas que habian preparado la emancipacion de las Américas, restándonos ahora únicameate decir con la posible brevedad el modo con que cada una de aquellas provincias fué ejecutando su antiguo y deseado proyecto.

Caracas fué la primera en sacudir el yugo peninsular que la oprimia, segun igualmente dijimos, el 19 de abril de 1810. A consecuencia de las noticias recibidas de la invasion de las Andalucías y retirada de la junta central á la Isla de Leon, se sublevó el pueblo de aquella ciudad, capital de Venezuela, al que se unió la tropa, nombrándose una junta suprema é independiente, aunque en los primeros tiempos



Pronunciamiento de América.

gobernó á nombre de Fernando VII. Coro y Maracaybo permanecieron al principio tranquilos; pero los demas partidos y provincias de Venezuela imitaron el ejemplo de la capital, tan conforme con el universal deseo. El poco conocimiento de aquellos paises ha estraviado el celo de algunos escritores hasta el estremo de acriminar á los gefes españoles que mandaban en ellos, creyendo que con mas decision y firmeza les hubiera sido fácil sofocar la insurreccion; y segun esta equivocada idea, empiezan culpando á D. Vicente Emparan, capitan general que era de Venezuela, á quien llaman hombre de poca resolucion por no haber sabido parar el golpe. Injusto seria, aun cuando convengamos en la debilidad de algunos, no deshacer tamaño error, y dejar pesar sobre aquellos desgraciados gefes una responsabilidad que no les corresponde, cuando mas dignos de lástima que de censura son todos los que se encontraron en aquella terrible crisis á la cabeza de las provincias pronunciadas, faltos de medios para sofocar un movimiento que nacia ya gigante, con fuerzas bastantes para triunfar de cuantos obstáculos se le opusieran y contra cuyo poder se hubiera estrellado la resolucion de los hombres mas arrojados. Si los escritores que con tanta ligereza han pretendido denigrar la reputacion de los citados gefes, quieren convencerse de su error, examinen lo que sobre la revolucion de las Américas españolas han escrito los que fueron sus víctimas, y no se dejen arrastrar de las falsas narraciones formadas á dos ó tres mil leguas de los campos de la lucha, sin conocimiento de sus antecedentes, ni mas datos que las inspiraciones de una imaginacion exaltada, buena cuando mas para hacer una novela, pero absolutamente impotente para escribir la historia. Recuerden tambien los que asi piensan los nombres de Venegas, Calleja, Abascal, Goyeneche, Pezuela, Osorio, Morillo y otros mil caudillos, y al ver el poco fruto que sacaron los unos de su valor y los otros de sus crueldades, se convencerán del poder que desde un principio desplegó la revolucion americana, del error que cometió el gobierno español en pretender sofocarla con las bayonetas, y del gran partido que pudo sacarse á haber sido á las córtes posible seguir desde un principio los consejos de mas previsora política.

Sin conocimiento de los sucesos de Caracas, porque era imposible tenerlo, y solo por la general predisposicion de toda la América á proclamar su independencia, lo efectuó Buenos-Ayres en 25 de mayo del mismo año, nombrando, no un congreso como suponen algunos, el cual no se reunió alli hasta mucho tiem-



LA FIEBRE AMARILLA.

po despues, sino una Junta Suprema, por el modelo de las formadas en España, y en la que entraron dos diputados catalanes, de cuyos nombres no queremos acordarnos por honor al carácter español, pues fueron los que mas lágrimas hicieron derramar á las familias europeas de Buenos-Ayres. Estaba alli de virey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, el que sin un soldado á su disposicion, pues todos se pusieron al lado de la junta, se vió precisado á ceder á las 10,000 bayonetas que aquella tuvo á sus órdenes desde el primer dia, embarcándose para España.

Asi fueron unas tras otras pronunciándose todas las provincias del continente americano, é inaugurándose la sangrienta guerra que tan desastrosamente terminó en Ayacucho.

La revolucion de América, privando á la nacion de los inmensos recursos con que la auxiliaba en su gloriosa lucha, llamó justamente la atencion de las córtes, y en su consecuencia acordaron todas aquellas medidas con las cuales creyeron poder detener el curso del pronunciamiento; y el 9 de febrero de este año declararon: «que la representacion americana en las córtes que en adelante se cele«brasen, seria enteramente igual en el modo y forma á la que se estableciese en «la Península, debiéndose fijar en la Constitucion el arreglo de esta representa«cion nacional sobre las bases de la perfecta igualdad, conforme al decreto de 15 «de octubre.»

Mandaron igualmente que en aquellas regiones se pudiera cultivar y sembrar cuanto quisieran, pues habia frutos, como la viña y el olivo, que estaba prohibido beneficiar. Dióse tambien opcion para toda clase de empleos y destinos á los criollos, indios é hijos de ambas clases como si fueran europeos. Se eximió á los indígenas de toda la América del tributo que pagaban, aboliéndose los repartimientos, que aunque ya ilegales, continuaban todavía abusivamente en algunos distritos. Lo mismo se hizo con la *mita* ó trabajo forzado de los indios en las minas, que aunque prohibida en Nueva-España, continuaba en el Perú. En suma, las córtes fueron decretando sucesivamente para la América todo lo concerniente á establecer una perfecta igualdad con Europa; pero no decretaron la independencia tan reclamada por las circunstancias, ni pudieron acaso declararla temiendo se las arguyese de la desmembracion del territorio español, y por lo mismo sin conseguir nada con sus concesiones, perdieron la ocasion mas oportuna de consolidar una federacion constante y provechosa entre ambos paises, con la cual se hubieran elevado al mayor grado de poder, y puesto en estado de ofrecer un seguro apoyo á la emancipacion de los pueblos.

Aunque las muchas atenciones que rodeban á las córtes no les permitieron en los primeros meses ocuparse mucho en guerra y hacienda, sin embargo no abandonaron nunca estos importantes puntos del modo que sus émulos han supuesto, sin reflexionar que en lo concerniente á la guerra el cargo era de la Regencia, y á las córtes solo tocaba el decretar armamentos, como lo hicieron en 15 de noviembre del año 10, autorizando á aquella para levantar 80,000 hombres, con los cuales se reforzaron los ejércitos. Igualmente formaron una ley con objeto de dar impulso á la fabricacion de fusiles; adoptando otras providencias respecto de lo demas que atañia á armamento y municiones.

En el ramo de hacienda, interin las respectivas comisiones tomaban los conocimientos y adquirian los datos necesarios para el debido acierto en materia tan dificil, mandaron las córtes que se reuniesen en una sola tesorería general los caudales de la nacion; medida importante que cortó muchos abusos.

A los pocos dias de instaladas las córtes determinaron estas trasladarse á Cádiz, como punto mas propio bajo todos conceptos para la residencia del gobierno; mas la epidemia que se manifestó en aquel otoño les hizo suspender su determinacion hasta febrero, y el 20 de dicho mes cerraron sus sesiones en la Isla, abriéndolas el 24 del mismo en Cádiz, en un local mas digno y mejor dispuesto que el anterior, pues se escogió la hermosa iglesia de San Felipe Neri, bastante espaciosa y en forma de rotunda.

El 26 del citado febrero se presentó en el congreso D. José Canga Argüelles, secretario que era á la sazon del despacho de hacienda, y por ser el papel que leyó el primer presupuesto de gastos y entradas que se leyó en las córtes juzgamos necesario estractarlo.

«El importe de la deuda, decia el ministro, asciende á 7,194.266,839 reales ve«llon, y los réditos vencidos á 219.691,473 de igual moneda.» No entraba en este cómputo los empeños contraidos desde el principio de la insurreccion, que por lo general consistian en suministros aprontados en especie. El gasto anual, sin los réditos de la deuda, le valuaba el Señor Canga en 1,200.000,000 de reales, y los productos en solo 255.000,000. «Tal es, continuaba el ministro, la esten«sion de los desembolsos y de las rentas con que contamos para satisfacerlas, cal«culadas aproximadamente, por no ser dado hacerlo con exactitud, por la falta á «veces de comunicacion entre las provincias y el gobierno, por las ocurrencias «militares de ellas...» «Si la santa insurreccion de España hubiera encontrado «desahogados á los pueblos, rico el tesoro, consolidado el crédito y franqueados «todos los caminos de la pública felicidad, nuestros ahogos serian menores, mas «abundantes los recursos, y los reveses hubieran respetado á nuestras armas; pero «una administracion desconcertada de veinte años, una serie de guerras desastro«sas, un sistema opresor de hacienda, y sobre todo la mala fé en los contratos «de esta y el desarreglo de todos los ramos, solo dejaron en pos de sí la miseria «y la desolacion; y los albores de la independencia y de la libertad rayaron en «medio de las angustias y de los apuros...» «A pesar de todo, hemos levantado ejér«citos; y combatiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aun el ho«nor del nombre español, y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un «pueblo decidido que aumenta su ardor al compas de las desgracias...»

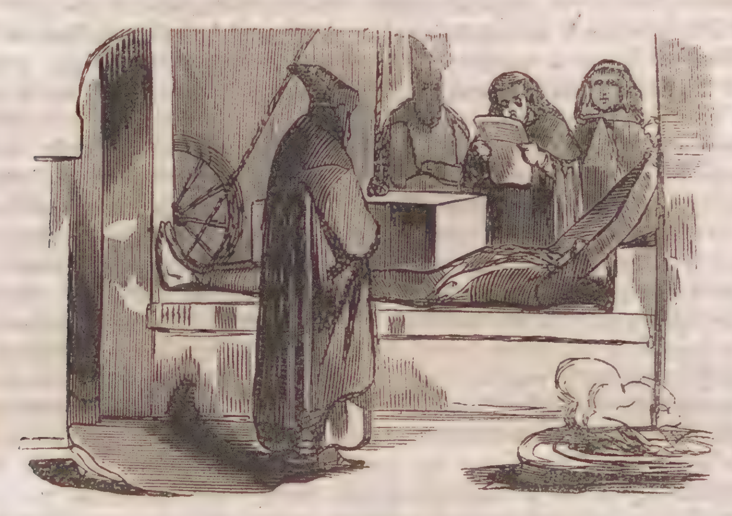
Desde el siguiente dia empezaron las córtes á deliberar sobre la memoria del ministro de Hacienda y á buscar medios para cubrir el presupuesto, en lo que invirtieron muchas sesiones, adoptando al fin varias contribuciones é impuestos con los que poder ir haciendo frente á gastos tan cuantiosos como los que irrogaban la guerra y demas atenciones de que se encontraba rodeada la nacion.

El ministro de la Guerra se presentó en las córtes el 1.° de marzo y leyó tambien una estensa memoria esponiendo las causas de los desastres padecidos en los ejércitos y las medidas que convenia adoptar para poner en ello un pronto remedio.

Aprobaron tambien las córtes el estado mayor del ejército creado por la primera Regencia, y fundaron la órden militar de San Fernando, formando para ella un reglamento que, observado como lo fué hasta 1814, hubiera sido en todos tiempos el signo de un mérito distinguido; pero que puesto despues en manos de los siguientes gobiernos ha servido, como todas las demas condecoraciones, para premiar intrigas, adulaciones y bajezas.

Los desórdenes cometidos por algunas juntas de provincia hicieron á las córtes formar un reglamento para dichas corporaciones que publicado el 18 de marzo rigió hasta el establecimiento de la Constitucion, segun queda ya referido en el capitulo XIX. El ramo judicial reclamaba tambien grandes y urgentes mejoras, por lo cual las córtes, sin esperar al total arreglo que preparaba la comision de Constitucion, y en virtud de proposicion del Sr. Argüelles, dieron el 22 de abril un decreto aboliendo la tortura é igualmente la práctica introducida de afligir y molestar á los acusados con lo que ilegal y abusivamente llamaban apremios; bárbara invencion que veinte años antes introdujo el famoso superintendente de policía Cantero, hombre duro y sanguinario, y que para confusion y escarmiento de los desgraciados españoles volvió á usarse despues del año 14 en las causas que llamaban de estado, llegando ocasion de emplearse por órden secreta del mismo monarca (1). ¡Qué horror, qué ingratitud! Aquel mismo hombre que todo

(1) Entre otros contra D. Juan Antonio Yandiola en 1817, como complicado, segun aseguraban, en la



La Tortura.

lo debia á los españoles, asi correspondia, y con tan inaudita crueldad remuneraba á los que habian roto las cadenas que su misma debilidad les habia impuesto.

Un asunto de inmensa trascendencia acometieron despues las córtes, cual fué el de la abolicion de los señoríos jurisdicionales, resíduos funestos del feudalismo y usurpaciones injustas perpetradas contra los verdaderos derechos del pueblo, en las que no reconocemos sino muy rara vez lo que se quiere llamar derechos justamente adquiridos, pues la usurpacion jamas podrá ser justa por mas que con ella se haya tratado de remunerar los mas recomendables servicios. Prémiense en buen hora estos; pero no despojando para ello á los pueblos de sus verdaderos derechos, cualquiera que estos sean.

Inauguró este importante asunto en las córtes de Cádiz D. Antonio Lloret, diputado por Valencia y natural de Alberique, pueblo que habia traido continuas reclamaciones contra los duques del Infantado. Dicho señor formalizó en 30 de marzo una proposicion pidiendo «se reintegrasen á la corona todas las jurisdiciones «asi civiles como criminales, sin perjuicio del competente reintegro ó compensa- «cion á los que las hubiesen adquirido por contrato oneroso ó causa remuneratoria.» Esta proposicion, despues de apoyada por varios diputados, pasó á la comision de Constitucion. Pero no conforme con la demora que aquel paso ofrecia, el señor Alonso y Lopez, diputado por Galicia, la renovó el 1.° de junio, ampliándola mas y pidiendo que ademas del ingreso en el erario, mediante indemnizacion de ciertos derechos, como tercias reales, alcabalas, yantares, etc., «se desterrase sin dilacion «del suelo español y de la vista del público el feudalismo visible de horcas, argo- «llas y otros signos tiránicos é insultantes á la humanidad que tenia erigido el sis- «tema feudal en muchos cotos y pueblos...»

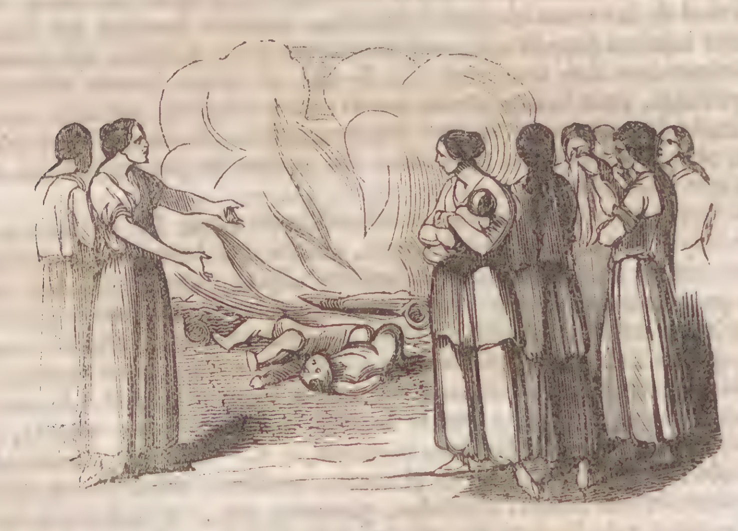
Mas como este diputado en su propuesta indicaba que para ello se instruyese espediente por el Consejo de Castilla y por los intendentes de provincia, se enardeció el celo patriótico del señor García Herreros, y levantándose precipitadamente di-

conspiracion de Richard. El mismo Fernando VII permitió que le aplicasen el horrible apremio conocido bajo el nombre de Grillos á salto de trucha. Y sin embargo el mismo Yandiola tuvo la generosidad de contribuir desde 1820 hasta 1823, como diputado y como ministro, á sostener la autoridad y defender la persona de aquel monarca. ¡Qué singular contraste...!

jo con su acostumbrada resolucion: «Todo eso es inútil... En diciendo, *abajo todo, «fuera señoríos y sus efectos,* está concluido... No hay necesidad de que pase al Conse- «jo de Castilla, porque si se manda que no se haga novedad hasta que se terminen «los espedientes, jamas se verificará. Es preciso señalar un término como lo tie- «nen todas las cosas, y no hay que asustarse con la medicina, porque en apuntando «el cáncer hay que cortar un poco mas arriba.» Este discurso, pronunciado con aquella energía y desenfado que caracterizaban al orador, al que daba todavia mas valor su aspecto grave y varonil, produjo tal impresion en las córtes, que muchos diputados á la vez pidieron al señor Garcia Herreros que fijase por escrito su pensamiento (1), lo que verificó, añadiendo «á la incorporacion de señoríos y ju- «risdiciones la de posesiones, fincas y todo cuanto se hubiese enagenado ó donado, «reservando á los poseedores el reintegro á que tuvieren derecho.» Modificó despues sus proposiciones, las que tambien quedaron corregidas en la discusion.

Esta empezó el 4 del citado junio, leyéndose antes una representacion de varios grandes de España, en la cual en vez de limitarse á pedir alguna juiciosa modificacion á la propuesta del señor Garcia Herreros, se adelantaban á sostener con razones propias del tiempo del feudalismo, sus pretendidos privilegios é ilegítimos derechos. Lo que consiguieron con tan imprudente paso fué enagenarse el voto de muchos diputados que sin él hubieran votado contra la proposicion.

La discusion de esta duró casi todo el mes, pronunciándose en ella los mas sólidos y fundados discursos, y distinguiéndose entre todos los del Sr. García Herreros, que tomó la palabra repetidas veces y siempre con la misma energía y firmeza. Animado de estas cualidades, decia en una de sus peroraciones: «¿Qué diria de su representante «aquel pueblo numantino (ya hemos dicho que era diputado por Soria, asiento de la



LAS MUGERES DE NUMANCIA.

(1) Uno de estos fué el conde de Toreno, el cual dijo: «Yo, poseedor de varios señoríos jurisdicio- «nales, pido al señor García Herreros se sirva formalizar su proposicion por escrito.» Habiendo observado que el mismo conde de Toreno, tan exacto y aun minucioso narrador de los sucesos memorables de las córtes estraordinarias, no hace mérito en su historia de este pasage, que tanto honra su memoria, omision ciertamente aconsejada por la delicadeza, hemos creido un deber de justicia publicarla nosotros, ya en prueba de nuestra imparcialidad, y ya tambien para que el lector tome una idea de las eminentemente liberales que caracterizaban á dicho conde en el principio de su vida pública, pues en las córtes de Cádiz siempre estuvo al lado de los señores Argüelles, Muñoz Torrero, García Herreros y demas reformistas. Tributamos gustosos este homenage á la verdad, al mismo tiempo que con dolor lamentamos otra vez la inconsecuencia del corazon humano.

«antigua Numancia), que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la ho-«guera? ¿Los padres y tiernas madres que arrojaban á ella sus hijos, me juzgarian «digno del honor de representarlos, si no lo sacrificase todo al ídolo de la libertad? «Aun conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para ase-«gurar que el pueblo numantino no reconocerá ya mas señorío que el de la na-«cion. Quiere ser libre y sabe el camino de serlo.»

Al fin el 1.° de julio se votaron las bases sobre las cuales la comision nombrada para este asunto debia estender el conveniente decreto que se publicó en 6 de agosto, concebido en términos sumamente moderados. Abolíanse en él los señoríos jurisdicionales, los dictados de vasallo y vasallage, y las prestaciones asi reales como personales del mismo origen: dejábanse á sus dueños los señoríos territoriales y solariegos en la clase de los demas derechos de propiedad particular, escepto en determinados casos, y se destruian los privilegios llamados esclusivos, privativos y prohibitivos, adoptándose ademas otras oportunas disposiciones.

Este fué uno de los decretos que mas justa popularidad dieron á las córtes, popularidad que se aumentó estraordinariamente al presentar la comision de Constitucion sus primeros trabajos el 18 de agosto, de cuyo importante asunto nos ocuparemos en otro lugar.

Un negocio grave se presentó por este tiempo á las cortes, y del cual trataron en secreto; cual fué la mediacion ofrecida por la Gran Bretaña para la pacificacion de las Américas, á condicion de que se le concediera á la potencia mediadora el comercio directo con aquellos dominios. Como este asunto no se terminó, aunque de un modo fatal, hasta el año próximo, nos reservamos tambien para entonces tratar de él.

En la misma época que ahora vamos examinando se entabló otra negociacion muy sigilosa, propia solo de la potestad ejecutiva, y en la que las córtes no tomaron mas parte que la de dejar á la Regencia obrar en ella con toda libertad. D. Francisco Zea Bermudez habia ido á San Petersburgo como agente secreto de nuestro gobierno, y devuelta á Cádiz en junio anunció que el emperador de Rusia se preparaba á declararse contra Napoleon, pidiendo únicamente á España que se mantuviese firme por espacio de un año mas. Despachó otra vez la Regencia á Zea con ámplios poderes para tratar, y con repuesta de que no solo continuaria el gobierno español defendiéndose el tiempo que el emperador deseaba, sino mucho mas, y en tanto que existiese, porque prescindiendo de ser aquella su invariable y bien sentida determinacion, tampoco podia tomar otra, esponiéndose á ser victima del furor del pueblo, siempre que intentase entrar en composicion alguna con Napoleon ó con su hermano. Partió Zea, y su mision tuvo el éxito favorable que á su tiempo veremos, habiendo contribuido desde luego estas halagüeñas esperanzas á fortificar mas el ánimo de los españoles, en medio de los repetidos desastres que esperimentaron nuestras armas en el resto de este año, de cuya desagradable narracion nos vamos ahora á ocupar.



CAPITULO XXI.

Cataluña.—Disposiciones del geneal Lacy.—Trabajosa marcha del brigadier Gasca.—Determina Suchet atacar las montañas de Monserrat.—Es elevado á mariscal del imperio.—Destruye las fortificaciones de Tarragona.—Eroles en Monserrat.—Descripcion de este punto.—Lo atacan y toman los franceses.—Acciones de los somatenes.—Sitio y rendicion de Figueras.—Actividad de Lacy.—Decision de los catalanes.—Toman los españoles las islas Medas.—Ataque de Igualada.—Sorpresa de un convoy.—Abandonan los franceses á Monserrat y otros puntos.—Ataque y toma de Cervera.—Crueldades de D. Isidoro Perez Camino.—Se rinde la guarnicion de Bellpuig.—Entran los españoles en Francia.—Regresa Macdonald á su pais.—Le sucede en el mando el general Decaen.—Convoy para Barcelona.—Aragon: division de Severolí.—Italianos muertos en España.—El Empecinado y Duran.—Ataque del Frasno.—Se rinde la guarnicion francesa de Calatayud.—Mina: ponen los franceses su cabeza á precio.—Infame astucia para sorprenderle.—Penetra Mina en Aragon.—Ataca á Ejea y Ayerve.—Rinde una columna enemiga.—Embarca los prisioneros en Motrico.—Nuevas empresas del Empecinado.—Sitio del castillo de Molina.—Lo abandonan los franceses.—Duran: sus acciones.—Ambos gefes á las órdenes del conde del Montijo.

Dejamos á Cataluña á tiempo en que el marques de Campoverde entregó el mando á D. Luis Lacy. Este general, viendo que Suchet se disponia á perseguirle, salió de Vich y pasó á Solsona, seguido de la junta del Principado, la cual desde la pérdida de Tarragona habia desamparado á Monserrat. En su nueva posicion empezó Lacy á rehacer el disuelto ejército de Cataluña fomentando al mismo tiempo las guerillas, que con las pasadas desgracias andaban tambien desanimadas, y encomendó al baron de Eroles la custodia de Monserrat, punto importante amagado ya por el enemigo.

Encontrándose Lacy con un crecido número de oficiales y de caballos que le eran mas perjudiciales que útiles, despachó á muchos de los primeros y á 500 de los segundos con algunos soldados desmontados, permitiéndoles que fueran á unirse á las guerrillas ó á otros ejércitos. Partieron todos los despedidos el 25 de julio á las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca, y faldeando los Pirineos, vadeando rios y perseguidos por las guarniciones francesas, llegaron felizmente á Luesia el 5 de agosto. Allí los atacó el polaco Klopiski y los dispersó, mas volvieron á reunirse en Eibar, en Navarra, en donde Mina les dió guias, y cruzaron el Ebro el 12 de agosto. Gasca prosiguió su marcha incorporándose al ejército de Valencia, y burlando todas las tentativas del enemigo. Los mas de los oficiales y soldados acompañaron á aquel gefe hasta su destino, escepto algunos que perecieron en el viage y las peleas, y los pocos que se quedaron con las partidas: de los caballos murieron muchos de hambre y de fatigas: las que padecieron los soldados en una marcha de 186 leguas son indecibles, y su constancia es tanto mas

laudable, cuanto debia obrar en sus ánimos el justo resentimiento que era consiguiente á su despedida del ejército de Cataluña, nada satisfactoria seguramente.

Engreido Suchet con los halagos dela fortuna, se determinó á aprovechar sus favores y seguir la carrera de sus triunfos; y aunque con arreglo á la distribucion de las operaciones de Cataluña hecha por Napoleon, correspondia á Macdonald la reconquista de Figueras y la toma de Monserrat y plazas al norte, como aquel mariscal estaba ocupado en el sitio de la primera, quiso Suchet encargarse de la toma de Monserrat. Para ello, dejando algunas fuerzas en observacion de las reliquias del ejército español, regresó á Reus el 20 de julio decidido á realizar su pensamiento y grangearse mas la voluntad de su amo, voluntad que al llegar á Reus conoció lo mucho que le apreciaba; pues se encontró alli el nombramiento de mariscal del imperio que acababa de concederle Napoleon, y con la órden, tan conforme á sus deseos, de tomar á Monserrat, y marchar en seguida sobre Valencia, encargándole demoliera antes las fortificaciones de Tarragona, escepto un reducto.

Ansioso Suchet de corresponder á tantas mercedes, derribó en breve las obras esteriores de Tarragona, mas no el recinto de la ciudad ni el fuerte Real, disposicion que aprobó el emperador. Dejó en la plaza al general Bertoletti con 2,000 hombres, hallándose para el 24 de julio delante de Monserrat con sus principales fuerzas, y mas una columna procedente de Barcelona. Eroles, que mandaba alli, se encontraba solo con 2,500 á 3,000 hombres, los mas de ellos somatenes.

Monserrat, tanto por su encumbrada montaña, como por sus fundaciones religiosas, es una de las curiosidades mas notables de España. A siete leguas de Barcelona, domina los caminos y principales eminencias del riñon de Cataluña. Tiene ocho leguas de circunferencia por la base, compuesta de rocas altísimas y escarpadas, de ramblas y torrenteras que no dejan sino pocas y angostas entradas. A la mitad de la subida y algo mas arriba está asentado en un plano estrecho un monasterio de benedictinos, vasto y sólido, bajo la advocacion de la Virgen. A partir de alli, pelada del todo la montaña, forma en varios parages hasta la cima picachos y peñoles, á manera de las torrecillas de un edificio gótico, que algunos han comparado á un juego de bolos. Para llegar desde el monasterio á lo alto se camina como cosa de dos horas, y en aquel trecho se hallan trece ermitas con sus oratorios, pegadas unas contra los lados de la peña viva, y otras puestas en las mismas puntas. Llegando á la última que nombran de San Gerónimo, se descubren las campiñas, los pueblos y los rios, las islas y la mar: vista que se espacia deliciosamente por el claro y azulado cielo del Mediterráneo. En moradas tan nuevas, en otro tiempo tranquilas, residian de ordinario solitarios desengañados del mundo y únicamente entregados á la oracion y vida contemplativa. De muy antiguo, siendo este uno de los lugares mas afamados por la devocion de los fieles, constantemente ardian en la iglesia del monasterio 80 lámparas de muchos mecheros cada una, y en lo que llamaban tesoro de la Virgen veíanse acumuladas ofrendas de siglos, á punto de ser innumerables las alhajas de oro y plata y las piedras preciosas. Un solo vestido de la imágen, dádiva de una duquesa de Cardona, tenia sobre esquisito recamado mas de 1,200 diamantes montados en forma de doce estrellas. Bien vino para que no fuesen presa del invasor, que los prevenidos monges hubiesen trasladado con oportunidad á Mallorca lo mas escojido de aquellas joyas. Tan venerable albergue habíanle convertido los españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas. Está al cierzo la mas importante de ellas, la cual desciende culebreando por medio de tajos y precipicios, y va á dar á Casamasana. Dos baterías con cortaduras en la roca cubrian este lado, habiéndose ademas establecido un atrincheramiento á la entrada del monasterio, cuyas paredes se hallaban igualmente preparadas para la defensa. Por el mediodía corre un sendero que lleva á Collbató, y en él se habia plantado otra batería. Cuidóse no menos de los otros puntos, si bien los amparaba lo fragoso del terreno, en especial al levante, de caidas muy empinadas.

Preparóse el baron de Eroles á sostener la estancia, y con tanta confianza, que proveyó de mantenimientos para ocho dias las baterías avanzadas. Al alborear

J. Perez lit.º Lit.ª de Perez y Donon.

MONASTERIO DE MONSERRAT.

del 25 de julio comenzaron los enemigos la embestida, mandándolos Suchet en persona. Dirigióse el general Abbé hácia la subida principal apoyado por Maurice Mathieu. Los otros caminos fueron igualmente amagados, destinando ademas tiradores para que trepando por las quiebras y vericuetos de la montaña, flanqueáran nuestros fuegos.

El ataque se empeñó por el frente, sin que el enemigo consiguiera adelantar un paso, pues ademas del mortífero fuego que hacian los españoles, les arrojaban tambien piedras, galgas y otros instrumentos destructores. Mas al cabo de largo rato, encaramándose por la montaña arriba las ya mencionadas tropas ligeras, lograron dominar á nuestros artilleros y acribillarlos por la espalda. Ni aun asi cedieron los atacados, pereciendo casi todos sobre las piezas antes que Abbé se posesionase de ellas.

Vencida de este modo la mayor de las dificultades, prosiguió aquel general hácia el monasterio. Le habian precedido como para el ataque anterior muchos tiradores que hicieron esfuerzos por adelantarse y molestar desde los picachos y ermitas á los que defendian el edificio. Consiguieron los enemigos su objeto, y aun se metieron dentro por una puerta trasera. Mas aqui, como el combate era singular ó sea de hombre á hombre, escarmentáronlos los somatenes; y cierta fuera la derrota de los contrarios, si Abbé no hubiese llegado al mismo tiempo terminando en favor suyo la pelea. Evacuaron los españoles el convento, y los mas, junto con su gefe Eroles, pudieron salvarse conocedores y prácticos de la tierra. Tres monjes ancianos y alguno que otro ermitaño fueron víctimas de la crueldad



Matanza de Religiosos.

del soldado frances. A dicha llegó á tiempo Suchet para poder salvar á dos de ellos que todavía quedaban vivos. No nos sorprende á nosotros tanto la prontitud con que el enemigo ganó á Monserrat, como la inconcebible ceguedad de los gefes españoles en creer inespugnable un punto que tantos medios presenta para ser flanqueado, mayormente teniendo que habérselas con soldados como los franceses en tiempo del imperio.

Suchet dejó en Monserrat al general Palombini con su brigada y alguna artillería, y puso en Igualada al general Frére, cuyas comunicaciones con Lérida por Cervera estaban asi mismo aseguradas. Palombini no gozó de sosiego, estando siempre molestado por las partidas. El 5 y 9 de agosto D. Ramon Mas, al frente

de los somatenes, atacóle y le causó una pérdida de mas de 200 hombres.

Esta constancia de los catalanes, sin desanimarse en medio de tan reiterados reveses, hizo conocer á Suchet que no podia desamparar aquel Principado hasta que los suyos recobrasen á Figueras, y quedáran las tropas que sitiaban aquella fortaleza en estado de contener á los somatenes y hacer frente á D. Luis Lacy. Poco tardó por desgracia en ver cumplidos sus deseos.

Macdonald tenia estrechada cada vez mas á Figueras, é intimada en vano la rendicion á su gobernador D. Juan Antonio Martinez, que lejos de intimidarse con los infortunios, sacaba de ellos mayor resolucion y brios. Púsose al soldado á media racion; pero mermada esta aun mas, y consumidos sucesivamente los víveres, los caballos, los animales inmundos; en fin, hambreada del todo la gente y sin esperanza de socorro, trató Martinez el 10 de agosto de salvarla arrostrando peligros y abriéndose paso con la espada. Siempre alerta el enemigo, y casi exánimes los nuestros frustróse la tentativa, teniendo Martinez que rendirse el 19 del mismo agosto. Cayeron prisioneros con él 2,000 hombres, sin contar los heridos y enfermos, hallándose entre los primeros á Floreta, Marques y otros confidentes en la sorpresa, los cuales fueron ahorcados en un patíbulo que el frances colocó en un rebellin del castillo. Los Pons mas afortunados se salvaron, habiendo salido cuando Eroles, nombrándoseles en premio de sus servicios capitanes de caballería.

Ni aun por este nuevo golpe cesó la guerra en Cataluña, guerra que parecia alimentarse en las desgracias. Lacy, emprendedor, activo y arrojado, formaba batallones, alentaba á los débiles, fortalecia á los mas valerosos, y metiéndose por aquellos mismos dias en la Cerdaña francesa, repelia á 1,200 hombres, exigia contribuciones y sembraba el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes se reproducian los somatenes. Clarós apareció cerca de Gerona, en Besos Milans, otros en diversos lugares, y no les era posible á los invasores caminar sino como antes con fuertes escoltas. La junta del Principado y Lacy decian en sus proclamas: «¿No hemos jurado ser libres ó envolvernos en las ruinas de nuestra pa« tria? Pues á cumplirlo.» ¿Y á hombres de semejante temple podria dominarlos el orgulloso frances? No, á gente tan resuelta puede esterminarla la fuerza, pero jamás conquistarla.

Lacy y la junta, en la mejor armonía, trabajaban de consuno para reorganizar el ejército y mantener el entusiasmo, animando igualmente á aquellos hombres industriosos las reformas que iban adoptando las córtes, y sobre todo el decreto de señoríos. Reforzó Lacy á Cardona, y fortificó otros puntos que se daban la mano y formaban cadena hasta el fuerte de la Seu de Urgel; no descuidó á Solsona, y atrincheró la fragosa y elevada montaña de Abusa, á cierta distancia de Berga, en donde ejercitaba los reclutas. ¡Y todo eso rodeado de enemigos y vecino á la frontera de Francia! Pero, ¿qué no podia hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como la catalana? Dueños los invasores de casi todas las fortalezas, no les era dado, menos aun aqui que en otras partes, estender su dominacion mas allá del recinto de las fortificaciones; y aun dentro de ellas, segun la espresion de un testigo de vista imparcial (1), «no bastaba ni mucha tropa atrincherada para mantener siquiera en órden á los habitantes.» Aunque mas de una vez hemos hablado yá de semejante tenacidad, verdaderamente heróica, no creemos que en rigor hay en esto repeticion, porque creciendo las dificultades de la resistencia y esta con aquellas, tomaba la lucha semblantes diversos y colores mas vivos, desplegándose la ojeriza y despechado encono de los catalanes, al compas del hostigamiento y feroz conducta de los enemigos.

Apoderados estos de todos los puntos marítimos principales, y conociendo Lacy que le era de suma necesidad proporcionarse una posicion fortificada sobre

(1) Storia delle campagne é degli assedii degl' Italiani in Ispagna, da Camilo Vacani. Vol. 3, parte 3, 2.

la costa, á fin de que le sirviese de base para la reorganizacion de su ejército, se fijó desde luego en Palamós; mas teniendo que abandonar este proyecto por la rendicion del castillo de Figueras, pensó entonces en las islas Medas, á la embocadura del Ter, de que ya hablamos en otro lugar. Dos de ellas eran bastante grandes, con resguardado surgidero al sudeste, y los franceses, aunque las tenian descuidadas, conservaban dentro una guarnicion. Parecióle á Lacy punto aquel propio para su pensamiento, y propio para recibir por él auxilios y dar salida á los productos catalanes. Encargó su conquista al coronel ingles Gran, yendo á bordo de la fragata de su nacion *Indomable*, con 150 españoles que mandaba el baron de Eroles. Verificóse el desembarco el 29 de agosto, y el 3 de setiembre, abierta brecha, se apoderaron los nuestros del fuerte. Acudieron los franceses con grandes fuerzas á la costa vecina, y empezaron á molestar bastante con sus fuegos á los que ahora ocupaban las islas. Opinaron entonces los marinos británicos que se debian estas abandonar, lo cual se verificó á pesar de la resistencia de Eroles y del mismo Gran. Volaron los aliados, antes de la evacuacion, el fuerte ó castillo.

El general Lacy, con sobrado carácter para ceder en sus empresas por muchos obstáculos que se le ofreciesen, insistió en tomar las islas, y persuadió á los ingleses á que segunda vez le ayudasen. En consecuencia el 11 del mismo setiembre se embarcó en persona con 200 hombres en Arenys de Mar, á bordo de la mencionada fragata, comandante Thomas: fondeó el 12 á la inmediacion de las Medas, y dividiendo la fuerza, desembarcó parte en el continente para sorprender á los franceses y destruir las obras que alli tenian, y parte en la isla Grande. Cumplióse todo segun los deseos de Lacy, quien ahuyentando á los enemigos, y dejando al teniente coronel D. José Masanes por gobernador del fuerte y director de las fortificaciones que iban á levantarse, tornó felizmente al puerto de donde habia salido. Restablecióse el castillo, y se fortalecieron las escarpadas orillas que dominan la costa. En breve pudieron las Medas arrostrar las tentativas del enemigo que, acampado enfrente, se esforzaba en impedir los trabajos y arruinarlos. Puso el comandante español toda su diligencia en frustrar tales intentos, y cuando momentánea ausencia ú otra ocupacion le alejaba de los puntos mas espuestos, manteniase firme alli su esposa Doña María Armengual, digna imitadora de aquella otra Doña María de Acuña, que en el siglo XVI defendió á Mondejar, ausente el alcaide su marido. La posesion de las Medas fué utilísima tanto militar como mercantilmente, habiendo las córtes habilitado el puerto; y las ventajas que con solo aquella operacion proporcionó Lacy á Cataluña reclamaban con razon el justo aprecio que mereció siempre á los catalanes. ¡Quién hubiera dicho á aquel hombre valiente que el mismo teatro de sus glorias habia de ser el elegido por un rey ingrato para sacrificarlo en el altar de sus venganzas!

A las Medas dió el general Lacy el nombre de islas de la Restauracion, como anunciando que de alli renaceria la de Cataluña; y á un baluarte á que querian dar el nombre de Lacy, púsole el de *Montardit* «honor, dijo, que corresponde á un mártir de la patria.» Tal suerte en efecto habia poco antes cabido á un D. Francisco Montardit, comandante de batallon, muy bien quisto, hecho prisionero por los franceses en un ataque sobre la ciudad de Balaguer, y arcabuceado por ellos inhumanamente. Con este motivo dirigió Lacy una reclamacion en 12 de octubre al mariscal Macdonald, en términos firmes y enérgicos, concluyendo por decirle: «Amo, como es debido, «la moderacion; mas no seré espectador indiferente de las atrocidades que se «ejecuten con mis subalternos: haré responsables de ellas á los prisioneros fran«ceses que tengo en mi poder y pueda tener en lo sucesivo.»

Tan incansable como intrépido D. Luis Lacy, trató en seguida de romper la línea de puestos fortificados que desde Barcelona á Lérida tenian establecidos los franceses. Tomó sus diposiciones al efecto, y el 4 de octubre acometió la villa de Igualada con 1,500 infantes y 300 caballos. Le acompañaba el baron de Eroles, segundo comandante general de Cataluña, y cuya actividad y valor dió tantos triunfos á nuestras armas en el Principado. Los franceses perdieron en el citado pueblo 200

hombres, refugiándose los restantes al convento fortificado de Capuchinos, que no pudo Lacy batir falto de artillería. Dirigiéronse despues ambos gefes á sorprender un convoy que iba de Cervera, para lo cual dividieron entre sí las fuerzas. El baron de Eroles fué el primero que dió sobre el convoy y lo sorprendió el 7 del mismo octubre, perdiendo los enemigos 200 hombres.

Los franceses, que creian á los nuestros anonadados en sus desgracias, miraron con espanto los golpes que acababan de recibir, y nuevamente aterrados conocieron que no podian mantener tropas desparramadas por lugares abiertos ó poco fortificados, en cuya virtud se retiraron precipitadamente á Barcelona y abandonaron el convento de Igualada, la villa de Casamasana, y aun el mismo Monserrat, cuyo monasterio y ermitas destrozaron y quemaron.

Las atenciones generales del Principado y la organizacion de su ejército, obligaron á Lacy á pasar á Berga, donde residia la junta, dejando á Eroles el encargo de concluir la empresa tan felizmente comenzada. Atacó este á los franceses de Cervera, y el 11 los obligó á rendirse en número de 645 hombres, á pesar de haberse fortificado en la universidad. Tambien cogió Eroles á D. Isidoro Perez Camino, corregidor de Cervera nombrado por los franceses, hombre cruel y feroz que á los que no pagaban puntualmente las contribuciones, ó no se sujetaban á sus caprichos, los metia en una jaula de su invencion, la cabeza solo fuera y bañado el rostro



La Jaula de Perez Camino.

con miel para que hasta las moscas atormentasen á su víctima. Semejante mónstruo tuvo el fin que sus maldades merecian, y para conocer cual seria este, baste decir que el mismo pueblo á quien tan inhumanamente habia él atormentado, fué el encargado de imponerle el condigno castigo.

El 14 del mismo octubre se rindió tambien al baron de Eroles la guarnicion de Bellpuig, atrincherada en la antigua casa de los duques de Sesa. Los enemigos hicieron aqui una obstinada resistencia, por lo que murieron muchos, entregándose solo unos 150.

Luego que Eroles hubo escarmentado á los franceses del centro de Cataluña, y cortado la línea de comunicacion entre Lérida y Barcelona, revolvió al norte con propósito firme de penetrar en Francia. Para asegurar el éxito de tan atrevida empresa, combinó sus operaciones con D. Manuel Fernandez Villamil, gobernador á la sazon de la Seu de Urgel, el cual le sirvió de comandante de vanguardia. El 26 rechazó el baron al enemigo en Puigcerdá, y el 27 lo combatió bravamente en un

ataque que aquel intentó. Mientras estas refriegas se entró Villamil en Francia por el valle de Querol, desbarató el 29 en Marens á las tropas que quisieron oponérsele, saqueó aquel pueblo que sus soldados abrasaron, y entró el 30 en Ax. Exijió alli contribuciones, éinquietó toda la tierra, repasando despues tranquilamente la frontera, la cual recorria Eroles sosteniendo estos movimientos. Pero el centro de todos ellos era D. Luis Lacy, quien cautivó con su conducta la voluntad de los catalanes, pues popular ya desde entonces, sabia tocar con oportunidad todos aquellos resortes que tan gustosamente ponen á los pueblos en manos de los que reconocen por sus verdaderos amigos. El ilustre general, al paso que procuraba en lo posible introducir la disciplina y buenas reglas de la milicia, lisonjeaba el amor propio catalan, prefiriendo en lo general para gefes á naturales acreditados del pais, y fomentando los somatenes y cuerpos francos á que son tan aficionados aquellos hombres intrépidos y de independiente carácter. Este era cabalmente el mejor y quizás el único modo de sostener la guerra en Cataluña, en la situacion fatal á que los desvios de la suerte y los errores de los hombres la habian conducido.

Los hechos acreditaban la satisfaccion con que recibia el pais tan acertadas providencias, pues alrededor de la fuerza principal que regian Lacy ó su segundo Eroles, y cerca de las plazas fuertes y por todas partes se descubrian los infatigables gefes, que ya varias ocasiones hemos nombrado, y otros que por primera vez se manifestaban ó sucedian á los que terminaban gloriosamente su carrera en defensa de la patria. Sobre interminable, nos seria imposible formar la relacion de tan innumerables y largas lides.

Los gefes franceses que notaban comprometida de contínuo su reputacion militar en un pais tan indomable, deseaban por momentos salir de él; y Macdonald, duque de Tarento, regresó á Francia partiendo de Figueras el 28 de octubre. Era ya el tercer mariscal que salia desairado de Cataluña y en desgracia de su emperador por no haber conseguido pacificarla. Le sucedió en el mando el general Decaen.

Dueños los franceses de casi todas las plazas fuertes del Principado, apenas podian sin embargo mover su ejército del lado de Gerona, pues solo asi podian mantener sus comunicaciones con la frontera. No mayor libertad gozaba la division de Fréré, perteneciente al cuerpo de Suchet, la cual, segun hemos visto, ocupaba la Cataluña baja, haciendo bastante con solo atender á lo que por allí pasaba, y que hemos indicado en parte. La situacion de aquella provincia en cuanto á la tranquilidad, que formaba el primer deseo de los invasores, era la misma que al principio de la guerra, estando como entonces obligado el enemigo á mantener alli fuerzas considerables para guarnecer las plazas y escoltar los convoyes.

De estos tenian que valerse siempre para abastecer á Barcelona, cuya plaza encontrándose como de costumbre enteramente falta de viveres, obligó al general Decaen á preparar en diciembre uno muy crecido en el Ampurdan. Tuvo de ello aviso Lacy y para estorbarlo puso en observacion á Rovira, colocó á Eroles y á Milans en las alturas de San Celoni, destacó sobre treinta pasos á Sarsfield y apostó en la Garriga con un batallon á D. José Casas. Decaen, amaestrado por el ejemplo de sus antecesores, habia reunido fuerzas numerosas para asegurar su intento, llegando á juntar 14,000 infantes y 700 caballos con 8 piezas, sin contar unos 4,000 hombres que salieron de Barcelona á su encuentro. Las de Lacy no llegaban á la mitad, por lo que tuvo este que limitarse á hostilizar á los franceses en su marcha, emprendida desde Gerona el 2 de diciembre. Mucho padeció en ella el enemigo, manteniéndose Sarsfield firme contra los que salieron de Barcelona para atacarle. Luego que conoció Lacy la imposibilidad de impedir la entrada del convoy en aquella plaza y recelando que Decaen se retirase por Vich, trató de cerrarle el paso de aquel lado. Para ello mandó á Eroles que ocupase la posicion de San Feliú de Codinas, y él se situó con Sarsfield en las alturas de Garriga. Resultó como el general español lo habia pensado: el 5 por la mañana se presentaron los enemigos delante del último punto con 5,000 infantes, 400 caballos y 4 piezas. Rechazólos Lacy vigorosamente y siguiendo el alcance hasta Granollers D. José Casas y D. José Manso, por lo que tuvieron todas

las fuerzas de Decaen que tornar por San Celoni y dejar libre y tranquila la ciudad y partido de Vich.

Con tan repetidos movimientos no solo conseguia Lacy mantener la guerra siempre activa en Cataluña, sino que contribuia en cuanto le era posible á defender á Valencia: á este segundo objeto ayudaba tambien Aragon. Alli, consecuentes con las órdenes de Blake, se reunieron el 24 de setiembre en Ateca, partido de Calatayud, Don José Duran y D. Juan Martin el Empecinado. El temor que estos infundian á los contrarios y las continuas empresas en aquella provincia y en Navarra de D. Francisco Espoz y Mina, obligaron á aquellos á formar en Pamplona y sus cercanías un cuerpo de reserva bastante considerable, pues las fuerzas que en ambos puntos mandaban los generales Reille y Musnier no bastaban para conservar quieto el pais y hacer frente á tan osados caudillos.

Entre las tropas francesas que se juntaban en Navarra, contábase una nueva division italiana que, atravesando las provincias meridionales de Francia y viniendo de la Lombardía, apareció en Pamplona el 31 de agosto. La mandaba el general Severolí, y su fuerza ascendia á 8,955 hombres y 722 caballos: se mantuvo en Nararra todo setiembre, y al principiar octubre pasó á reforzar las tropas francesas de Aragon.

Ademas de la division de Severolí habian ido á Zaragoza tres batallones tambien italianos, procedentes de los depósitos de Gerona, Rosas y Figueras, los cuales para unirse á las fuerzas de Palombini, que con Suchet se habia dirigido sobre Valencia, tuvieron que rodear y meterse en Francia para entrar despues camino de Jaca en Aragon, por no haberse determinado á ir la ruta directa. Y, sea dicho de paso, de 21,288 infantes y 1,905 ginetes, unos y otros italianos, que fuera de los de Severolí habian penetrado en España desde el principio de la guerra, ya no quedaban en pie sino unos 900 escasos. Tan caro costaba á la desgraciada Italia el título de rey suyo con que se condecoraba Napoleon.

Aunque los referidos tres batallones procedentes de Cataluña iban destinados á Valencia, se detuvieron en Aragon para auxiliar á Musnier, y uno de ellos fué á reforzar la guarnicion de Calatayud.

Poco tiempo estuvo aqui ocioso, pues luego se vió precisado á lidiar con los ya mencionados D. José Duran y D. Juan Martin, quienes desde Ateca habian resuelto acometer aquella ciudad. El Empecinado tenia solo la mitad de su gente, habiendo dejado la otra á las órdenes de D. Vicente Sardina en observacion del castillo de Molina. No asi Duran, á quien acompañaba lo mas de su division, junto con Don Julian Antonio Tabuenc y D. Bartolomé Amor, que mandaba la caballería, gefes ambos muy distinguidos. Uno y otro tuvieron principal parte en las hazañas de Duran, que nunca cesó de molestar al enemigo, habiendo tenido entre otros un reencuentro glorioso en Ayllon el 23 de julio.

Las fuerzas que reunieron para su empresa Duran y el Empecinado ascendian á 5,000 infantes y 500 caballos. El 26 de setiembre se presentaron ambos sobre Calatayud, desalojaron á los franceses de la altura llamada de los Castillos y les cogieron algunos prisioneros, encerrándose la guarnicion en el convento fortificado de la Merced, cuyo comandante era Mr. Muller. Duran se encargó particularmente de sitiar aquel punto, y la gente del Empecinado quedó observando las avenidas del puerto del Frasno, en donde el 1.º de octubre repelió el último una columna francesa que venia de Zaragoza en socorro de los suyos, y apresó al coronel Guillot que la mandaba.

Cercado el convento, y sin artillería los nuestros, se acudió para rendirle al recurso de la mina, y aunque el gefe enemigo resistió cuanto pudo los ataques de los españoles, tuvo al fin el 4 de octubre que darse á partido, quedando prisionera la guarnicion que constaba de 566 soldados, dándose permiso á los oficiales para volver á Francia bajo la palabra de honor de no servir mas en la actual guerra.

Incomodado Musnier con este suceso, y muy irritado por haber sido rechazada en el Frasno la primera columna que habia enviado en auxilio de Calatayud, reunió todas sus fuerzas de la izquierda del Ebro, y habiendo pedido refuerzos á Na-

varra, le envió Reille al general Bourke, que avanzó á lo largo de la izquierda del Jalon. Musnier llegó sobre Calatayud el 6 de octubre, cuando ya los españoles se habian retirado con sus prisioneros, quedando solo alli, segun la capitulacion, los oficiales, á quienes sus superiores formaron causa por haber separado su suerte de la de los soldados.

Luego que vieron los franceses frustrados sus intentos por el movimiento de los nuestros, retrocedieron volviéndose Bourke á Navarra y los de Musnier á la Almunia. En seguida volvieron á ocupar segunda vez la ciudad los españoles.

Cada vez mas enojado Musnier en vista de la perseverante constancia de nuestros gefes en molestarlo, determinó otra nueva tentativa contra ellos, la que le facilitó la llegada á Zaragoza de la division de Severolí en 9 de octubre. Venia esta á instancias de Suchet, á quien todos los auxilios le parecian pocos para asegurar el éxito de la campaña de Valencia. Musnier se dirigió con dicha division hácia el Frasno, y uniéndose á la caballería de Klicky entró en Calatayud. Duran y el Empecinado habian vuelto á evacuar la ciudad, retirándose en dos diferentes direcciones. Para perseguirlos tuvieron los enemigos tambien que separarse, yendo unos á Daroca y Used, y otros á Ateca, camino de Madrid.

No les dejó seguir mucho la persecucion una súbita irrupcion en las Cinco Villas del activo D. Francisco Espoz y Mina. Este intrépido caudillo habia sufrido durante todo el estío la mas porfiada persecucion de los franceses, irritados estos con la sorpresa de Arlaban. Y él, ceñido de un lado por los Pirineos, del otro por el Ebro, sin apoyo ni punto alguno de seguridad, sin mas tropas que las que por sí habia formado, y sin mas doctrina militar que la adquirida en la escuela de la propia esperiencia, burló constantemente los intentos del enemigo y escarmentóle muchas veces, algunas en la raya y aun dentro de Francia.

Aumentaron con mas ahinco la persecucion desde el 20 de junio hasta el 12 de julio: 12,000 hombres fueron entonces tras el héroe navarro; mas este dividió acertadamente sus batallones en columnas movibles con direcciones y marchas contrarias, incesantes y sigilosas, obligando asi al enemigo ó á dilatar su línea á punto de no poderla cubrir convenientemente, ó á que reunido no tuviese objeto importante sobre qué cargar de firme.

Fatigados los franceses, ajado su orgullo militar y desesperanzados de destruir á Mina á mano armada, apelaron á los arbitrios de la baja intriga y de la cobarde desesperacion, y pusieron á precio la cabeza del valiente y sagaz guerrero. 6,000 duros ofreció por ella el gobernador de Pamplona, Reille, en bando de 24 de agosto, 4,000 por la de su segundo D. Gregorio Cruchaga y 2,000 por cada una de las de otros gefes. Reuniéronse á medios tan indignos los de la seduccion y astucia. A este propósito y por el mismo tiempo personas de aquella ciudad, y entre otras D. Joaquin Navarro, de la diputacion del reino, con quien Mina habia tenido anterior relacion, enviaron cerca de su persona á D. Francisco Aguirre Echechurri para ofrecerle ascensos, honores y riquezas si abandonaba la causa de su patria y abrazaba la de Napoleon. Mina, que necesitaba algun respiro, tanto mas cuanto de nuevo se veia muy acosado entrando á la sazon en Navarra la division de Severolí y otras fuerzas, quiso burlar por algun tiempo al enemigo, y pidió tiempo para contestar, sin acceder á la proposicion, alegando que tenia antes que ponerse de acuerdo con su segundo Cruchaga. Impacientes por la tardanza los que habian abierto los tratos, despacharon en seguida con el mismo objeto, primero á un frances llamado Pellon, hombre sagaz, y despues á otro español conocido bajo el nombre de Sebastian Iriso. Deseoso Mina de ganar todavía mas tiempo, indicó para el 14 de setiembre una junta en Leoz, cuatro leguas de Pamplona, adonde ofreció asistir él mismo, con tal que tambien acudiesen los tres individuos que sucesivamente se le habian presentado, y ademas el D. Joaquin Navarro y un D. Pedro Mendiri, gefe de escuadron de gendarmería. Accedieron los comisionados á lo que se les proponia, y en efecto, el dia señalado llegaron á Leoz todos, escepto Mendiri. La ausencia de este disgustó mucho á Mina, quien á pesar de las disculpas que los

otros dieron, concibió sospechas. Vinieron á confirmárselas cartas confidenciales que recibió de Pamplona, en las cuales le advertian se le armaba una celada, y que Mendiri recorria los alrededores acechando el momento en que deslumbrado Mina con las ofertas hechas, se descuidase y diese lugar á que cayeran sobre él los enemigos y le sacrificasen.

Airado con ellos el caudillo español arrestó á los cuatro comisionados, y se alejó



PRISION DE AFRANCESADOS POR MINA.

de Leoz llevándoselos consigo. Desfiguraron despues el suceso los franceses y sus allegados, calificando á Mina de pérfido; como si la indigna alevosía que con él querian usar no le autorizára á obrar del modo que lo hizo, y aun para haber ejercido en los cuatro falsos amigos un ejemplar castigo, que no les hubiera dejado gozar la libertad que despues les proporcionaron las vicisitudes de las armas.

Poco despues de este suceso fué cuando Mina penetró en las Cinco Villas de Aragon, como antes indicamos. El 11 de octubre atacó en Ejea un puesto de gendarmería, cuyos soldados lograron evadirse en la noche siguiente, con pérdida en la huida de algunos de ellos. Marchó luego Mina sobre Ayerbe, y el 16 forzó á la guarnicion francesa á encerrarse en un convento fortificado que bloqueó; mas en breve tuvo que hacer frente á otros cuidados. El comandante frances que en ausencia de Musnier gobernaba á Zaragoza, sabedor de la llegada de los españoles á Ejea destacó una columna para contenerlos. El comandante que la mandaba, nombrado Ceccopieri, encontró en el camino á los gendarmes poco antes escapados, por lo que juzgando ya inutil la marcha hácia Ejea, cambió de rumbo y se dirigió á Ayerbe en busca de Mina. Llegado que hubo á esta villa, en cuyas alturas inmediatas le aguardaban los españoles, le pareció mas prudente, despues de un fútil amago, retirarse y caminar la vuelta de Huescar. Alentados mas los nuestros con este retroceso no le dejaron seguir su marcha impunemente. Mina, empleando sagacidad y arrojo, los estrechó de cerca y rodeó, por manera que tuvieron que formar el cuadro. Asi anduvieron siempre muy acosados hasta mas allá de Plasencia del Gállego, en donde jadeando con la fatiga y el mucho guerrear, y acometidos impunemente á la bayoneta por D. Gregorio Cruchaga, vinieron á partido: 640 soldados y 17 oficiales fueron los prisioneros, muchos de ellos heridos: entre estos lo estaba gravemente el mismo comandante Ceccopieri, habiendo muerto mas de 300.

Sobrecogido Musnier y temiendo hasta por la misma Zaragoza, volvió precipitadamente á aquella ciudad, en donde repuesto del susto trató de ir contra Mina y

de quitarle los prisioneros, para lo que se puso de acuerdo con los gobernadores y generales franceses de las provincias inmediatas. El atrevido Mina burló sus combinaciones, y pasando maravillosamente por medio de todos ellos, y atravesando el Aragon, Navarra y Guipúzcoa, llegó á principios de noviembre á Motrico, en donde embarcó todos los prisioneros á bordo de la fragata inglesa *Iris* y de otros buques, despues de haber rendido tambien la guarnicion francesa de aquel punto. Suchet era el que mas sentia tales acontecimientos, pues ademas de la pérdida real que en ellos esperimentaba, le distraian fuerzas sin las cuales no podia emprender su proyectada embestida de Valencia. Despues de sus esfuerzos para que le mandáran la division de Severolí, no pudo en mucho tiempo disponer de esta, pues Musnier ni aun con ella tenia bastante para mantener el Aragon y conservar de algun modo sus comunicaciones. Una de las dos brigadas en que dicha division se distribuia, se vió obligada á situarla al mando de Bertoletti en las Cinco Villas, izquierda del Ebro, y la otra al de Mazzuchelli en Calatayud y Daroca.

En breve tuvo la última que correr á Molina, cuyo castillo se hallaba otra vez bloqueado por D. Juan Martin. Llegó en ocasion que el comandante Brochet estaba ya para rendirse. Le libertó Mazzuchelli el 25 de octubre, mas no sin dificultad, teniendo que sostener con el Empecinado una reñida refriega en Cubillegos, en la que perdió mucha gente. Los franceses de resultas de esto volaron el castillo de Molina y lo abandonaron.

D. Juan Martin, unas veces solo y otras unido con D. Bartolomé Amor continuó haciendo correrías. Rindió el 6 de noviembre la guarnicion de la Almunia, compuesta de 150 hombres, hizo cara á varias acometidas, batió la tierra de Aragon, cogió muchos prisioneros y efectos, y á veces hasta interceptó las comunicaciones de los franceses con Valencia, via de Teruel.

Tampoco Duran cuando obraba separado permanecia ocioso: en Manchones y sobre todo en 30 de noviembre en Osunilla, provincia de Soria, alcanzó notables ventajas. Restituido despues á Aragon y reincorporado por órden de Blake con el Empecinado, se pusieron ambos el 23 de diciembre en Milmarcos, provincia de Guadalajara, bajo las órdenes del conde del Montijo, que trayendo igualmente 1,200 hombres, debia mandar á todos.

De este modo tan singular como heróico cooperaron los valientes que peleaban en Cataluña, Aragon y Navarra á dilatar la rendicion de Valencia: guerra tanto mas admirable, cuanto sus sostenedores no tenian mas murallas que sus denodados pechos, ni otros recursos que los que les proporcionaban sus intrépidas bayonetas.



CAPITULO XXII.

Nueva espedicion del general Blake: tropas que la forman: desembarcan en Almería.—Tercer ejército.—Su posicion.—Fuerzas enemigas que lo observan.—Disposiciones del mariscal Soult.—Accion de Zújar.—Retirada del tercer ejército.—Buen porte del general Sanz.—Toma el mando de este ejército don Nicolas Mahy.—Blake en Valencia: sus disposiciones.—Movimiento de Suchet.—Fuerzas de su ejército.—Murviedro: descripcion de este punto.—Sitio del castillo de Sagunto.—Vana sorpresa intentada por el enemigo.—Varios encuentros parciales.—Sitio y toma del castillo de Oropesa.—Sitio de la torre del Rey.—Vigorosa defensa de Campillo: abandona la torre y salva la guarnicion.—Asalto de Sagunto.—Valor de sus defensores.—Batalla de Sagunto.—Rendicion de su castillo.—Ballesteros en Ronda.—Derrota una columna enemiga.—Suicidio del general Godinot.—Sorpresa de Bornos.—El sargento Juan Manuel Lopez.—Crueldad del mariscal Soult.

Desembarazados por ahora de lo que nos llamaba la atencion en Cataluña y Aragon, vamos aproximándonos á los sucesos de Valencia, ya que la guerra, que tan activa fué en los primeros meses del año en el occidente de España, ha pasado su asiento á la parte oriental de ella, dando asi tiempo á lord Wellington y á las divisiones españolas del Tajo y demas puntos para prepararse á vengar las desgracias sufridas por nuestras armas al fin de este año.

Luego que Blake abandonó el condado de Niebla, determinó pasar á Valencia asistido del ejército espedicionario, ya para proteger aquel reino, tan naturalmente amenazado desde la rendicion de Tarragona, ya para distraer por levante la atencion de los franceses. Fortificaba este proyecto de Blake lo mal que se avenia su carácter con el imperioso (por no llamarlo despótico) desabrimiento y altaneros modales de lord Wellington, al que tampoco desagradaba ver lejos de sí á un general tan autorizado, tanto por ser presidente de la Regencia, como por su gran reputacion militar, y cuya condicion era menos blanda y contemporizadora que la del flexíble Don Francisco Javier Castaños.

Necesitó Blake de otro segundo permiso de las córtes para ponerse á la cabeza de esta nueva empresa. Obtúvole fácilmente, y la Regencia, dando á dicho general los mas ámplios poderes, puso bajo su mando las fuerzas del 2.° y 3.° ejércitos con las de las partidas que dependian de ambos, y ademas las tropas espedicionarias.

Se componian estas divisiones de los generales Zayas y Lardizabal, y de la caballería mandada por D. Casimiro Loy, formando en todo un total de 9 á 10,000 hom-

bres. Llegaron á Almería, en donde desembarcó la tropa: la artillería y bagages lo efectuaron en Alicante. En seguida, y de paso para su destino, se incorporó la division espedicionaria momentáneamente con el tercer ejército, que á las órdenes de D. Manuel Freire estaba situado en la venta del Baul, teniendo fuerzas destacadas á derecha e izquierda. D. Joaquin Blake permaneció alli hasta el 7 de agosto, en que partió para Valencia, anticipándose á sus divisiones con objeto de preparar y reunir los medios mas oportunos de defensa.

Delante de Freire se encontraba estacionado el general Leval con el 4.° cuerpo frances, bastante apurado por el brio y aumento que en su derredor habian adquirido el ejército español y los partidarios. Esto y el recelo que les inspiraba la espedicion de Blake, impulsó á Soult á marchar á Granada para ponerla á cubierto de una sorpresa, y buscar al mismo tiempo oportunidad para envolver y aniquilar al ejército español. A este fin dispuso que el general Godinot con su division compuesta de unos 4,000 hombres y 600 caballos cayese en la noche del 6 al 7 de agosto sobre Baeza, y ciñese y abrazase la derecha de los españoles que, regidos por D. Ambrosio de la Cuadra, permanecian apostados en Pozohalcon: al mismo tiempo determinó que el 7 se pusiese en movimiento el general Leval dirigiéndose sobre el centro de los españoles, adonde el 8 acudió tambien en persona el mismo mariscal. Dejó este en Granada algunas tropas, asi para atender á la conservacion de la tranquilidad, como para maniobrar del lado de las Alpujarras contra la gente que mandaba el conde del Montijo.

El general Freire conoció desde luego el intento del enemigo, mas no por eso juzgó oportuno abandonar la venta del Baul, cuya posicion consideraba bastante fuerte, y solo determinó reforzar su derecha, enviando al efecto la division espedicionaria del mando de D. José Zayas, compuesta de 5,000 hombres y la caballería que mandaba D. Casimiro Loy. Por desgracia se encontraba momentáneamente ausente el referido Zayas, por lo cual tomó la direccion de esta fuerza D. José Odonnell, gefe de estado mayor del tercer ejército, quien se encaminó á los vados del Manzano, en Guadiana menor, para obrar en union de D. Ambrosio de la Cuadra, contener á los franceses y aun atacarlos. Mas como ya este último hubiese retrocedido receloso de la cercanía del enemigo, no recibió las órdenes del general en gefe sino en Castril, á cuyo punto llegó el 9, siendo este incidente la primera causa de la siguiente derrota.

Don José Odonnell se colocó junto á Zújar en las alturas de la derecha del rio Barbate, que otros llaman Guardal, y adelantándose Godinot sin tropiezo le atacó en sus puestos. Cruzaron los franceses el Barbate, vadeable en ambas orillas, á las once de la mañana del 9, protegiéndoles su artillería, de la que carecian los nuestros. Envió Godinot contra la izquierda española gran número de tiradores, al paso que trabó recio combate por la derecha. Ció aqui el regimiento de Toledo, escaso de gente, y le siguieron otros, retirándose al principio con buen órden, que se descompuso en breve á gran desdicha. La caballería del mando de Loy que vino de Benamaurel fué igualmente rechazada y se retiró á Cúllar, adonde se le juntó la infantería. Perdiéronse en esta ocasion 433 muertos y heridos, y unos 1,100 prisioneros y estraviados. Desgracia fué de D. José Odonnell que bajo sus órdenes recibiera tan fatal golpe una division que á las de Zayas tanto se habia distinguido en la gloriosa jornada de la Albuera.

Felizmente no se aprovechó Godinot cual pudiera de la victoria, temiendo le atacase por la espalda D. Ambrosio de la Cuadra, por lo cual dirigió contra este toda la caballería y la brigada del general Rignoux, limitándose á enviar la vuelta de Cúllar y Baza algunas tropas de la vanguardia.

Esta escesiva precaucion de Godinot dió á D. Manuel Freire tiempo para poder retirarse, sin que se le interpusiese á su espalda el enemigo. Sostúvose aquel general firme en la posicion del Baul todo el dia 9, repeliendo acertada y vigorosamente el ataque de los franceses. Mas sabedor á las cinco de la tarde de lo acaecido en Zújar, resolvió prudentemente abandonar por la noche el campo, y replegar-



Accion de Zújar.

se al reino de Murcia. Consiguió atravesar sin tropiezo la ciudad de Baza, y entrando en Cúllar, adonde habia llegado antes D. José Odonnell. De allí, dirigiéndose todo el ejército á las vertientes, dispuso Freire que la caballería del tercer ejército, mandada por el brigadier Osorio, y la espedicionaria á las órdenes de D. Casimiro Loy, cubriesen el movimiento. Perseguia á nuestros ginetes el general Soult, hermano del mariscal, y el 10 los atacó con tanto brio, que los obligó á cejar y á ponerse al abrigo de los infantes. Freire entonces determinó proseguir la retirada á pesar del cansancio de la tropa, distribuyendo la fuerza hácia las montañas de ambos lados del camino.

Por las de la derecha, yendo á Murcia, iba D. José Antonio de Sanz con la tercera division propia de su mando, y con la segunda que tambien regia provisionalmente. Por las de la izquierda, y en la direccion de la ciudad, maniobraba D. Manuel Freire. Al principiar Sanz su retirada, se vieron rodeados él y la tercera division en el peñon de vertientes; mas impuso respeto al enemigo por medio de una diestra maniobra de amago, y enderezándose á Oria, se unió el 11 en Alboa con la segunda division. Juntas ambas, marcharon por Huercal, Oria y Aguilar, en donde encontrándose con 300 dragones enemigos, los arrollaron y les cogieron caballos y efectos. Despues de algun descanso, continuaron su marcha y llegaron el 15 felizmente á Palmar de D. Juan, habiendo andado 37 leguas en seis dias y comido solo tres ranchos. Esta constancia en sufrir resignados los trabajos se encuentra solo en el soldado español. Mereció Sanz entonces, y deben tributársele siempre, las mas justas alabanzas por los conocimientos militares que desplegó, y por el arrojo y tino con que salvó su tropa.

Peor suerte cupo á D. Manuel Freire, que llegó á verse casi perdido, teniendo su gente que buscar las sendas mas ásperas y trepar por lugares intransitables para conseguir pasar el puerto del Chiribil y dirigirse á Murcia. Al cabo de indecibles fatigas y de haber marchado á veces 13 leguas sin respiro, pudo aquel atinado gefe reunir sus soldados el 11 en Caravaca, en donde permaneció el 12, incorporándosele D. Ambrosio de la Cuadra, que se habia retirado por su cuenta y hácia aquella parte con la primera division. Estableció Freire sus cuarteles en Alcantarilla, y colocó debidamente sus fuerzas, reducidas ahora á la caballeria del brigadier Osorio y á tres divisiones pertenecientes al tercer ejército, por haberse separado las espedicionarias via de Valencia.

El general Leval llegó el 14 á Velez Rubio, estendiéndose al desfiladero de Lumbreras, á tres leguas de Lorca, los generales Latour Malbourg y Soult con los ginetes. Causaron muchos daños estos en sus escursiones, pues hubo parage en que quemaron 22 alquerías. En semejantes tropelías y desmanes se aventajaron siempre las tropas del mariscal Soult á todas las demas francesas: quizas el codicioso ejemplo que les ofrecia su gefe aumentaba la rapacidad del soldado.

A este mismo tiempo envió el mariscal 3,000 hombres de todas armas sobre las Alpujarras y la costa, los que llegaron á Almería á tiempo en que todavía desembarcaba uno de los batallones de la espedicion de Blake, que afortunadamente pudo librarse. Tambien tuvo la misma suerte el conde del Montijo, quien en su retirada no dejó de molestar al enemigo y aun de sorprender la guarnicion de Motril, reuniéndose despues con los prisioneros al cuerpo principal del tercer ejército, del cual dependia entonces. Otros partidarios desasosegaban igualmente á los franceses y les quitaban con frecuencia el fruto de sus rapiñas, por las montañas y tierra de Murcia. Se distinguieron especialmente Villalóbos y Marques, y sobre todo el alcalde de Utivar D. Juan Fernandez.

El 7 de setiembre, estando en Mula, entregó D. Manuel Freire el mando del ejército á D. Nicolas Mahy, al que antes vimos mandar con tan poco acierto en Galicia y Asturias. Esta desacordada determinacion de la Regencia provino de la aciaga jornada de Zújar, ya referida, ácerca de la cual se mandó hacer una sumaria informacion, medida que no desaprobamos, pero que no reclamaba la separacion del general Freire, cuya actividad era tanto mas conocida, cuanto que á ella se debia la creacion y existencia del tercer ejército: demas que el mencionado general no tenia culpa de lo sucedido en Barbate, pues sus órdenes fueron acertadas y oportunas, y no podia ser responsable de la falta de su ejecucion. De ella los que debian responder eran D. José Odonnell y D. Ambrosio de la Cuadra, este por no haber cumplido lo que el general en gefe le tenia ordenado, y el primero por haber empeñado imprudentemente una accion que debió huir hasta saber la posicion de la Cuadra. Sin embargo, como de costumbre, salieron salvos todos los comprometidos en la causa formada, y la que perdió fué la de la nacion, que en tan críticas circunstancias careció de los servicios del acreditado general Freire.

Las noticias que Soult recibia de Estremadura y de los movimientos de Ballesteros, salvaron por entonces á Murcia de la invasion francesa.

Traslademos ya nuestra atencion á Valencia, adonde acababa de llegar D. Joaquin Blake. Antes hemos dicho que mandaba alli el marques del Palacio, cuyas providencias se asemejaban mas á las de una autoridad eclesiástica, que á las correspondientes á un general entendido y activo. Fiestas religiosas y procesiones ocupaban su atencion, proclamando inespugnables los muros valencianos por haber paseado en su derredor á la Vírgen de los Desamparados, patrona de aquella ciudad y muy venerada de sus habitantes. A este tenor eran todas las medidas del marques, al que no culpamos por verlo seguir sus inclinaciones; pero sí mucho á la Regencia, que desacertada con frecuencia en sus elecciones, lo fué mucho mas en la de Palacio, que tanto se dió á conocer en el acto de su tan ruidoso juramento en las córtes.

Don Joaquin Blake, gefe de otra capacidad, puso término á las singularidades y desbarros del mencionado marques. Activó las medidas de defensa, reforzó los regimientos, ejercitó los reclutas, perfeccionó las obras del castillo de Murviedro y fortificó el antiguo castillo de Oropesa que dominaba el camino real de Cataluña. Todas estas medidas eran tanto mas urgentes, cuanto tan notoria era la determinacion del nuevo mariscal Suchet de invadir aquel reino.

Para ello tenia este órden espresa de Napoleon, previniéndole que para el 15 de setiembre estuviera el ejército lo mas cerca de Valencia posible. Deseando Suchet satisfacer los deseos de su amo, quiso primero dejar aseguradas sus espaldas, y para ello puso 7,000 hombres á las órdenes del general Frére en Lérida, Monserrat y Tar-

ragona á fin de cubrir estos puntos y proteger la navegacion del Ebro. Igual número en Aragon á cargo del general Musnier. El ejército frances del norte de Cataluña y un cuerpo de reserva que se formaba en Navarra, y del que ya hemos hablado, debian tambien apoyar sus operaciones. Lo mismo por la parte de Cuenca debia hacer el ejército del centro, y por la de Murcia el del mediodía.

Adoptados estos acuerdos, púsose Suchet en movimiento el 15 de setiembre la vuelta de Valencia: las fuerzas que consigo llevaba ascendian á 22,000 hombres, distribuidas para la marcha en tres columnas. Partió una de Teruel á las órdenes del general Arispe, la cual en vez de seguir el camino de Segorbe, torció á su izquierda para juntarse mas pronto con las otras. La segunda la formaba la division italiana del cargo de Palombini, en la que iban los napolitanos, y tiró por Morella y San Mateo. Suchet dirigia la tercera, compuesta de la division del general Habert, de una reserva que mandaba Robert, de la caballería y de la artillería de campaña. Salió esta columna de Tortosa, y por Benicarló tomó el camino principal que conduce de Cataluña á Valencia. Dejó al paso en observacion de Peñíscola un batallon y 25 caballos, y llegando á Torre Blanca el 19, ahuyentó de Oropesa algunos soldados españoles, encerrándose en el castillo los destinados á guarnecerle. Entraron los franceses en aquella villa de escaso vecindario, é intimaron inútilmente la rendicion al castillo. Barriendo este con sus fuegos, colocado en lo alto, el camino real, tuvo Suchet que desviarse y caer hácia Cabanes. Unióse en aquellos alrededores con las columnas de Arispe y Palombini, y marchó adelante junto ya todo su ejército. Se encaminó á Villareal y cruzó el Mijares, vadeable en tiempo de verano, y que tiene un magnífico puente de tres ojos que facilita el paso. La vanguardia de la caballería española estaba á la márgen derecha y se vió obligada á retirarse, con lo que sin mas obstáculos dió vista Suchet á la villa y fuerte de Murviedro.

Mas tiempo hubiera necesitado D. Joaquin Blake para prepararse debidamente á recibir tan importunos huéspedes, pues no habia aun reunido todas las fuerzas que debian tomar parte en aquella campaña. Estas eran las del reino de Valencia ó sea segundo ejército, las que dependian de él y maniobraban en Aragon bajo los gefes D. José Obispo y D. Pedro Villacampa, parte de las del tercer ejército y las espedicionarias. Las últimas se habian detenido por causa de la fiebre amarilla, que picó reciamente durante el estío y el otoño en Cartagena, Alicante, Murcia y varios pueblos de los contornos. Retardáronse las otras con motivo de marchas ú operaciones que tuvieron que ejecutarse antes de unirse al cuerpo principal. Blake, no obstante, guarneció á Murviedro, fortaleció mas y mas los atrincheramientos de Valencia y las orillas del Guadalaviar, é hizo que el marques del Palacio y la junta se trasladasen á la villa de Alcira, situada á cinco leguas de la capital, en una isla que forma el Júcar, cuyas riberas debian servir de segunda línea de defensa. El del Palacio conservaba el mando particular del distrito, y por eso, y quizas tambien para desembarazarse de persona tan engorrosa, le alejó Blake de Valencia, so pretesto de poner al abrigo de las contingencias de la guerra las autoridades supremas de la provincia.

Era la toma de Murviedro el primer objeto de Suchet. Aunque allí tuvo asiento la inmortal Sagunto, hoy está reducida á una poblacion que apenas llega á 6,000 almas, y su defensa la forma una buena fortaleza elevada en el monte á cuyo pie está el pueblo. Este, al invadir Suchet la primera vez el reino de Valencia, no estaba fortificado, cuyo descuido se trató en seguida de remediar, siendo preciso para ello destruir en parte un teatro antiguo, preciosa reliquia conservada en los últimos tiempos con mucho esmero. La actual fortaleza, á la cual dieron el nombre de San Fernando de Sagunto, abrazaba toda la cima del cerro, habiendo aprovechado para la construccion los paredones de un castillo de moros y otros derribos. Formaba el recinto como cuatro porciones ó reductos distintos bajo el nombre de Dos de Mayo, San Fernando, Torreon y Agarenos, susceptible cada uno de separada defensa. Habia dentro 17 piezas, dos de á doce. Tratábase de artillarla mejor, mas lo impidió la repentina llegada de Suchet. Solo por el lado de poniente era atacable la forta-

leza, y por lo demas inaccesible, de subida muy difícil y de peña tajada. Habia delineado las obras modernas, con mucho conocimiento y tino, el comandante de ingenieros D. Juan Sanchez Cisneros: encargóse del gobierno el 16 de setiembre el coronel ayudante general de estado mayor D. Luis María Andriani: ascendia la guarnicion á unos 3,000 hombres.

El general Habert cruzó el 23 de setiembre el Palancia, y rodeando el cerro por oriente, dispuso al mismo tiempo que parte de su tropa se metiese en la villa, cuyas calles barrearon los enemigos, atronerando tambien las casas abandonadas en su totalidad por sus dueños, que con espíritu verdaderamente saguntino, sacrificaron su tranquilidad y bienes al goce de su libertad. La division de Arispe tiró al occidente, y estendiéndose al sur se dió la mano con el general Habert. Situáronse los italianos en Petrés y Gilet, camino de Segorbe, quedando de este modo acordonado el cerro en que se asentaban los fuertes. Destacó reservas Suchet hácia Almenara, via de Cataluña, y esploró la tierra del lado de Valencia.

Demasiado engreido este orgulloso mariscal con su buena suerte, determinó tomar por sorpresa la fortaleza de Sagunto. Registró con este objeto el circuito del monte, y oidos los ingenieros, creyó poder tentar una escalada por la falda inmediata á la villa, en donde le pareció vislumbrar restos de antiguas brechas mal reparadas.

Fijó Suchet las tres de la mañana del 28 de setiembre para dar la embestida. El mayor de ingenieros Chulliot mandaba la primera columna francesa, debiendo seguirle el coronel Gudin, y adelantar á todos y apoyarlos el general Habert. Tambien trataron los enemigos de distraer á los nuestros por los demas puntos.

Reuniéronse aquellos para efectuar la escalada á media subida en una cisterna distante 40 toesas de la cima. Vigilante Andriani, descubrió por medio de una salida los proyectos del enemigo, y alerta con los suyos, cerró los accesos que establecian comunicacion entre los diversos fuertes. Un tiro ú arma falsa de los acometedores abrevió una hora el ataque, respondiendo los nuestros al fusilazo con descargas y grandes alaridos. Andriani arengó á los soldados, recordóles memorias del suelo que pisaban, ¡Sagunto! y embistiendo á la sazon Chulliot, enardecidos los españoles le rechaza-



Derrota de los franceses en Murviedro.

ron completamente, junto con Gudin que cayó herido de una granada en la cabeza, y con Habert cuyos soldados espantados huyeron y dejaron sembradas de cadáveres las faldas del monte, cuan largamente se estendian entre un baluarte que llevaba el apellido ilustre de Daoiz y el de Dos de Mayo. Asi en presencia de venerables restos

se confundian antiguos y nuevos trofeos, apoderándose los cercados de varios fusiles, de mas de 50 escalas y de otros útiles. Perdieron los franceses 400 hombres. Escarmentado el temerario Suchet, aprendió á obrar con mayor cordura, y preciso le fué sitiar en forma mas arreglada fortaleza tan bien defendida.

Iba en el ínterin reuniendo el general Blake las fuerzas que esperaba, disponiendo que D. José Obispo con cerca de 3,000 hombres se quedase del lado de Segorbe para incomodar al enemigo mientras este permanecia en Murviedro. Tambien colocó por su izquierda en Bétera con el mismo fin á D. Cárlos Odonnell, asistido de una columna de igual fuerza compuesta de la division de D. Pedro Villacampa, procedente de Aragon, y de la caballería del ejército de Valencia á las órdenes de Don José Sanjuan. Trató Suchet de alejar de sí estas fuerzas, y al efecto ordenó á Palombini que ahuyentase al general Obispo, quien habiéndose adelantado hasta Torres-Torres, dos leguas de Murviedro, se habia replegado despues dejando en Soneja una corta vanguardia mandada por D. Mariano Moreno. Atacó á esta Palombini el 30 de setiembre, y si bien reforzada tuvo que retirarse para unirse con el resto de la division. Entonces situó Obispo por escalones delante de Segorbe, en el camino real, la caballería, y en las alturas inmediatas los infantes; mas el enemigo acometiendo con impetuosidad y fuerza lo arrolló todo, y tuvo Obispo que retirarse á Alcubras.

En seguida el mismo Suchet en persona pasó el 2 de octubre á atacar á D. Cárlos Odonnell, cuyas tropas, con destacamento en Bétera, se alojaban en los collados de Benaguacil á la salida de la huerta, en que se halla situada la Puebla de Valbona. Resistieron los nuestros bastante tiempo hasta que Odonnell juzgó prudente repasar el Guadalaviar, como lo verificó por Villamarchante, imponiendo aquí respeto al enemigo con la ocupacion de dos alturas escarpadas que dominan el camino. Dirigióse despues sin ser incomodado á Ribaroja. En ambos encuentros perdimos alguna gente, siendo lo peor el desaliento que infundieron en el ánimo del soldado estas retiradas y descalabros, razon por la que todo general esperto debe evitarlas, especialmente al principio de una campaña.

Queriendo Suchet dominar todos los obstáculos que pudieran entorpecer sus movimientos en lo sucesivo, trató de apoderarse de Oropesa, que cerraba el paso del camino real de Cataluña. Para ello aprovechó la ocasion de atravesar por allí cañones de grueso calibre que hacia traer de Tortosa para Murviedro, de los cuales mandó dejar algunos para batir antes los muros de Oropesa. Se componia este castillo de un gran torreon cuadrado, circuido por tres partes de otro recinto sin foso, pero amparado del escarpe del terreno. Tenia de guarnicion unos 250 hombres, y solo le artillaban cuatro cañones de hierro. Mandaba D. Pedro Gotti, capitan del regimiento de América. A cuatrocientas toesas y orilla de la mar habia otra torre llamada del Rey, muy al caso para favorecer un embarque, en la cual gobernaba 170 hombres el teniente D. Juan José Campillo.

Ya vimos que al paso de Suchet intentó en vano este tomar de rebate el castillo de Oropesa; por lo que ahora mas seriamente preparó los medios para su rendicion, lo cual no debia serle difícil atendida la debilidad del punto. En 8 de octubre empezó á batirlo el enemigo apoderándose antes de la villa. Dirigia el ataque el general Compére. El 10 llegó Suchet, y derribando un lienzo de la muralla, prontos los franceses á dar el asalto capituló el gobernador honrosamente. Mas firme el de la torre del Rey, Campillo, desechó con brio toda propuesta. Constante en su resolucion hasta el 12, y defendiéndose valerosamente, tuvo la dicha de que acudiera entonces para protegerle el navío ingles *Magnífico*, comandante Eyre, y una division de faluchos á las órdenes de D. Jose Colmenares. No siendo dado sostener por mas tiempo la torre, pusiéronse unos y otros de acuerdo, y se trató de salvar y llevar á bordo la guarnicion. Presentaba dificultades el ejecutarlo, pero tal fué la presteza de los marinos británicos, tal la de los españoles, entre los cuales se distinguió el piloto D. Bruno Egea, tal, en fin, la serenidad y diligencia del gobernador, que se consiguió felizmente el intento. Campillo



Sálvase la guarnicion de la torre del Rey.

se embarcó el último y mereció loores por su proceder, dispensándole muchos la justa imparcialidad del comandante ingles.

Desembarazado ya Suchet de estos obstáculos, se dedicó esclusivamente al cerco de Murviedro. Volvieron tambien de Francia, adonde habian ido con licencia despues de lo de Tarragona, los generales de artillería Vallée y Rogniat, con cuya llegada se activaron los trabajos del sitio.

Empezólo el enemigo contra la parte occidental de la fortaleza, en donde estaba el reducto dicho del Dos de Mayo, y plantó á ciento cincuenta toesas una batería de brecha. Ofrecíansele para continuar en su intento muchos estorbos nacidos del terreno; y si los españoles hubieran tenido artillería de á 24, siendo imposible en tal caso los aproches, quizá se hubiera limitado el cerco á mero bloqueo.

Al fin despues de penosas faenas consiguieron los sitiadores romper sus fuegos el 17, mas hasta el 18 por la tarde no juzgaron los ingenieros practicable la brecha abierta en el reducto del Dos de Mayo, en cuya hora resolvió Suchet dar el asalto.

Una columna escogida mandada por el coronel Matis debia ser la primera en acometer. Desde temprano notaron los españoles los preparativos del enemigo, y apercibiéronse para rechazarle. Hombres esforzados coronaban la brecha, y con voces y alaridos desafiaban á los contrarios, sin que los atemorizase el fuego terrible y vivo del cañon frances.

Comenzóse la embestida, y los mas intrépidos y ágiles de los sitiadores llegaron hasta dos tercios de la subida, cuya aspereza y angostura les impidió ir mas arriba, destrozados por el fuego á quema-ropa de los nuestros, por las granadas y las piedras. Cuantas veces repitió el enemigo la tentativa, otras tantas cayeron sus soldados por el derrumbadero abajo. Caidos en desaliento á lo último, y entorpecidos con sus mismos cadáveres, desistieron de la empresa con pérdida de mas de 500 hombres, entre ellos muchos gefes y oficiales. Los del fuerte se comunicaban con Valencia por medio de señales, y Blake ofreció de este modo al gobernador y á la tropa merecidas recompensas.

Mucho embarazaba á Suchet el malogro de su empresa, y aunque procuró adelantar los trabajos y aumentar las baterías, temia fuese infructuoso su afan, atendido lo escabroso del terreno y lo dominante del peñon de Sagunto; mas confiaba en que Blake llevado del deseo de socorrer la plaza viniese con él á las manos, en cuyo caso le parecia mas seguro el triunfo.

Así sucedió. Aquel general, tan afecto desgraciadamente á batallar, é instado

por el gobernador Andriani, trató de ir en ayuda del fuerte, olvidando que detener á Suchet delante de sus muros producia mas positivo efecto que el de una ligera victoria, que era lo mas que, aun ayudado de la mejor fortuna, podia prometerse de presentar una batalla. Es verdad que parece que le convidaban á ello las fuerzas que habia reunido; pero ¡cuánto no pudiera haber hecho con ellas llamando la atencion del enemigo á diferentes puntos, mayormente estando tambien ayudado por la parte de Cataluña y Aragon, y aun por la de Ronda, como veremos luego! El ejército que D. Joaquin Blake habia reunido ascendia á mas de 25,000 hombres, entre los cuales se contaban 2,500 caballos. Parte de estas fuerzas pertenecian al tercer ejército, á las órdenes de D. Nicolás Mahy, las que antes de reunirse á Blake se dirigieron atinadamente sobre Cuenca para ahuyentar de allí al general frances Darmagnac que amagaba por aquella parte el reino de Valencia. Luego que Mahy consiguió su objeto, se fué á unir á las tropas acantonadas en el Guadalaviar.

Blake, antes de emprender su movimiento, encargó la custodia de Valencia á la milicia honrada, y dió á su ejército una sencilla proclama. Púsose en marcha la tarde del 24, y en la misma noche se situó no lejos del enemigo. La derecha, compuesta de 3,000 infantes y algunos caballos, á las órdenes de D. José Zayas, y de una reserva de 2,000 hombres á las del brigadier Velasco, en las alturas del Puig. Allí tambien se apostó el general en gefe con todo su estado mayor. El centro, colocado en la Cartuja de Ara-Cristi, lo componian 3,000 infantes dirigidos por D. José Lardizabal, y 1,000 caballos que eran los espedicionarios de Loy, y algunos de Valencia, todos mandados por D. Juan Caro: habia aquí tambien una reserva de 2,000 hombres que gobernaba el coronel Liori. La izquierda se estendia hácia el camino real llamado de la Calderona. Cubria esta parte D. Cárlos Odonnell con la division de D. Pedro Villacampa de 2,500 hombres y la de D. José Miranda de 4,000 con 600 caballos bajo la direccion de D. José San Juan. El general Obispo, bajo la dependencia tambien de Odonnell, estaba con 2,500 hombres en el punto mas estremo hácia Náquera. Amenazaba embestir por el desfiladero de Santi-Espiritus todo nuestro costado izquierdo, debiendo servirle de reserva D. Nicolás Mahy al frente de mas de 4,000 infantes y 800 ginetes. Tenia órden este general de colocarse en dos ribazos llamados los Germanells. Cruzaban al mismo tiempo por la costa algunos cañoneros españoles y un navío ingles.

Reuniéronse aquella noche en el cuartel general de D. Joaquin Blake oficiales dependientes de todas las divisiones, y teniendo á la vista un diseño del terreno trazado antes por D. Ramon Pirez, gefe de estado mayor, recibió cada gefe sus instrucciones y la órden de cuando debia empezar el ataque.

Suchet no supo el movimiento de nuestras tropas hasta las once de aquella noche, en que le informó de él un confidente suyo vecino del Puig. Siéndole ya á aquella hora imposible retirarse sin levantar el sitio de Sagunto con pérdida de la artillería, tomó el partido, aunque mas arriesgado, de aguardar la batalla que iban á presentarle. La buena estrella del mariscal dió un resultado feliz á su temeraria determinacion. Para llevarla á término, resolvió situarse entre el mar y las alturas de Vall de Jesus y Santi-Espiritus, por donde se angosta el terreno. Puso á su izquierda por el lado de la costa la division del general Habert, y á la derecha hácia las montañas la de Arispe: en segunda línea á Palombini y una reserva de dos regimientos de caballería á las órdenes del general Broussards. Por el estremo de la misma derecha reforzada por Klopiski, al general Robert con su brigada y un cuerpo de caballería, teniendo espresa órden de defender á todo trance el desfiladero de Santi-Espiritus, que consideraba Suchet de la mayor importancia. Quedaron en Petrés y Gilet, Compére y los napolitanos, ademas de algunos batallones que permanecieron delante de Sagunto, contra cuyo castillo cesaron el fuego las baterías de brecha. Suchet contaba en línea cerca de 20,000 hombres.

A las ocho de la mañana del 25, marchando delante de su posicion, rompieron á un tiempo el ataque las columnas españolas, y rechazaron á las tropas ligeras

del enemigo. Comenzóse la pelea por nuestra parte con señales de buen éxito. Las acequias, garrofales y moreras, los vallados y las cercas no dejaban maniobrar al ejército en línea contigua, ni tampoco permitian al general en gefe, situado como antes en las alturas del Puig, descubrir los diversos movimientos. Sin embargo, las columnas españolas, segun confesion de los mismos enemigos, avanzaban con tal orden, cual nunca ellos habian visto en campo raso. La de Lardizabal se adelantaba dividida en dos trozos, uno por el camino real hácia Hostalets, otro dirigiéndose á un altozano, via del convento de Vall de Jesus. Por Puzol la de Zayas, tratando de ceñir al enemigo del lado de la costa. Tambien nuestra izquierda comenzó por su parte un amago general bien concertado.

Acometiendo Lardizabal con intrepidez, el trozo suyo que iba hácia Vall de Jesus apoderóse, á las órdenes de D. Wenceslao Prieto, del altozano inmediato, en donde se plantó luego artillería. Tan acertada maniobra causó en los nuestros una impresion favorable, y los de Sagunto, creyendo ya próximo el momento de su libertad, prorumpieron en clamores y demostraciones de alegría. Conociendo Suchet la importancia de aquel punto trató de tomarlo á todo trance. Sus generales puestos á la cabeza de las columnas arremetieron á subir con su acostumbrado arrojo; pero hallaron vivísima resistencia. Paris fué herido; lo mismo varios oficiales superiores; muerto el caballo de Arispe; arrollados una y varias veces los acometedores, que solo cerrando de cerca á los nuestros con dobles fuerzas se enseñorearon al cabo de la altura. Mas los españoles, bajando al llano y unidos á otros de los suyos, se mantuvieron firmes é impidieron que el enemigo penetrase y rompiese el centro. Era sumamente crítico aquel instante para los contrarios, aun ya dueños del altozano; pues Zayas maniobrando diestramente, comenzaba á rodear el costado izquierdo de los franceses, acercándose á Murviedro, y por la izquierda D. Pedro Villacampa tambien alcanzaba ventajas.

Interesábale á Suchet aprovechar el triunfo que habia conseguido en la altura, tanto mas cuanto los españoles de Lardizabal no solo se conservaban tenaces en el llano, sino que sostenidos por la caballería de D. Juan Caro contramarchaban ya á recuperar el punto perdido, despues de haber atropellado y destrozado á los húsares enemigos, apoderándose tambien el coronel Ric de algunas piezas. En tal aprieto, movió el mariscal frances la division de Palombini que estaba en segunda línea y se adelantó en persona á exhortar á los coraceros que iban á contener el ímpetu de la caballería española. Se empeñó entonces una refriega terrible, y Suchet fué herido de un balazo en un hombro; mas siéndolo igualmente D. Juan Caro y D. Casimiro Loy, que cayeron prisioneros, desmayaron los nuestros, arrollólos el enemigo, y hasta recobró los cañones que poco antes le habian cogido. D. Joaquin Blake envió para reparar el mal á D. Antonio Burriel, gefe de estado mayor espedicionario, y al oficial del mismo cuerpo Zarco del Valle. Nada lograron estos sugetos que gozaban en el ejército de distinguido concepto. Los dragones de Numancia los arrastraron en la fuga.

Tambien por la izquierda la suerte favorable al principio nos volvia ahora la espalda. D. Cárlos Odonnell, con objeto de reforzar á Obispo, que tenia delante á Robert, dispuso que avanzára D. Pedro Villacampa, quien ganando terreno obligó á los enemigos á ciar algun tanto. Pero en ademan Klopiski de amenazar al general español por el costado, mandó Odonnell á D. José Miranda que saliese al encuentro. Tuvo este general el desacuerdo de marchar en una direccion casi paralela á la del enemigo y con distancias cerradas, esponiéndose á que resultára confusion en sus líneas si los franceses, como se verificó, le acometian de flanco. Comenzó luego el desórden, y siguióse mucha dispersion. No pudieron los esfuerzos de Villacampa y Odonnell reparar tamaño contratiempo. Unas y otras tropas vinieron sobre las de May atacadas no solo por Klopiski, sino tambien por parte de la division de Arispe que venia del centro. Hubiera sido completa la dispersion sin los regimientos de Molina, Avila y Cuenca, que se portaron con arrojo y serenidad. Por desgracia se habia Mahy atrasado en su marcha, y no llegó bastante á tiempo para apoyar

la primera arremetida, ni para contener el primer desórden. Los franceses victoriosos cogieron muchos prisioneros, y obligaron á Mahy y á las otras tropas de la izquierda á que se refugiasen por Bétera en Ribaroja.

Don José Zayas en la derecha tuvo mayor fortuna, y no se retiró sino cuando vió roto el centro y en completa retirada y confusion la izquierda. Hízolo con el mayor órden hasta las alturas del Puig, y antes en Puzol se defendió con el mayor valor un batallon suyo de guardias walonas, que por equivocacion se habia metido dentro del pueblo.

Se abrigaron sucesivamente del Guadalaviar todas las divisiones españolas, parándose el ejército frances en Bétera, Albalat y el Puig. Nuestra pérdida consistió en 900 hombres entre muertos y heridos, 3,922 prisioneros ó estraviados y 12 piezas. Los franceses perdieron en todo unos 800 hombres. La batalla de Sagunto decidió la suerte de Valencia, la que sin aventurarnos al dudoso éxito de una batalla, y atendiendo á las tropas reunidas en sus inmediaciones, pudo distraer mucho tiempo al enemigo, dando lugar á que posteriores sucesos le hubieran hecho desistir de su empresa.



Batalla de Sagunto.

La derrota de nuestras armas fué seguida desgraciadamente de la rendicion del castillo de Sagunto, cuyo gobernador, perdida la esperanza de ser socorrido é intimado por Suchet á capitular, reunió junta de oficiales, en la que manifestó que su ánimo era rendirse; pero que si en cumplimiento de las disposiciones del gobierno superior, habia algun oficial que quisiese encargarse de la defensa del fuerte, él seria el primero que se pondria á sus órdenes. El general Silencio indicó al gobernador que todos eran de su opinion, por lo que concluyó la capitulacion á que era invitado por Suchet, quedando con la guarnicion prisionero de guerra.

A pesar de su doble triunfo no se determinó Suchet á acometer la ciudad de Valencia hasta recibir nuevos socorros, impeliéndole á esto tanto el ejército de Blake, aun bastante numeroso, como la actividad con que por diferentes puntos distraian su atencion los españoles. Hemos visto antes como lo verificaban los de Cataluña y Valencia: veamos ahora brevemente del modo que lo hacian tambien por la parte de Granada y Ronda. Alli, privado el tercer ejército de sus mejores fuerzas conducidas por Mahy á Valencia, hubiera sido fácilmente acometido por los franceses sin el desembarco que hizo D. Francisco Ballesteros en Algeciras el 4 de setiembre, secundario asi con el plan que para defender á Valencia habia trazado D. Joaquin Blake. Sentó Ballesteros su cuartel general en Jimena, y con su presencia y disposiciones reanimó el espíritu de los serranos.

Inmediatamente vino sobre el general español el coronel frances Rignoux reforzado con fuerzas llegadas de Sevilla. Amagó á Jimena, y Ballesteros evacuó el pueblo con intento de atraer y engañar al enemigo, lo cual consiguió, porque Rignoux, adelantándose ufano sobre San Roque, fué súbitamente acometido por costado y frente, y deshecho con pérdida de 600 hombres. Tomó entonces el mariscal Soult contra Ballesteros disposiciones mas serias; y mandando al general Godinot que avanzase de Prado del Rey con unos 5,000 hombres, dispuso que se moviesen al propio tiempo la vuelta de la sierra los generales Semelé y Barroux, yendo el primero de Veger y el último del lado de Málaga. Componian juntas estas fuerzas unos 9 á 10,000 hombres, y jactábanse ya de envolver las de Ballesteros: mas este se retiró á tiempo y el 14 de octubre se puso bajo el cañon de Gibraltar. Los franceses llegaron al campo de San Roque y se estendieron por la derecha de Algeciras, cuyos vecinos se refugiaron en la isla Verde.

Malográndosele asi á Godinot la destruccion de Ballesteros, quiso, sin dejar de observarle, esplorar la comarca de Tarifa, y aun enseñorearse por sorpresa de esta plaza. Tampoco estuvo en esto muy afortunado. Sus tropas tomaron el camino de Boquete de la Peña, orilla del mar, paso angosto que dominado por los fuegos de los buques británicos no pudieron los franceses atravesar, teniendo el 18 de octubre que retroceder á Algeciras. Aun sin eso nunca hubiera Godinot conseguido su intento. La guarnicion de Tarifa habia sido reforzada con 1,200 ingleses al mando del coronel Skerret, á quien vimos en Tarragona, y con 900 infantes y 100 caballos españoles á las órdenes del general Copons.

En el intermedio, renovando los rondeños sus acostumbradas escursiones, molestaron por la espalda á los enemigos y les cortaron los víveres, viéndose Godinot precisado á retirarse picándole Ballesteros la retaguardia. Restituyóse á Sevilla el general frances, y reprendido por Soult, que ya le queria mal desde la accion de Zújar, por no haber sacado de ella las oportunas ventajas, alborotósele el juicio y se suicidó en su cama con el fusil de un soldado de su guardia. Habia antes mandado en Córdova y cometido tales tropelías y aun estravagancias, que mirósele ya como á hombre demente.

Aprovechando Ballesteros la retirada de los enemigos, esparció su tropa por diversos puntos para disfrazar una acometida que meditaba: reunióla despues súbita y sigilosamente en Prado del Rey; marchó en seguida de noche y calladamente, y sorprendió el 5 de noviembre en Bornos, derecha del Guadalete, al general Semelé, á quien ahuyentó y tomó 100 prisioneros, mulas y bagajes.

Fatigado Soult de tan dura é interminable guerra, é irritado de verse tan repetidas veces burlado por los gefes españoles, deseando satisfacer su encono, en vez de buscar para ello alguno de aquellos medios con los que saben vengarse los hombres de honor, descargó su furor contra un infeliz sargento llamado Juan Manuel Lopez, cogido prisionero cuando iba á desempeñar una comision de Blake. Juzgado dos veces por la junta criminal de Sevilla, y otra por una comision nombrada al efecto, en todas fué declarado absuelto, acordando que debia ser tratado como un prisionero de guerra. La alegría que causó esta nueva fué universal en Sevilla, y sin temor al cruel frances la manifestaban públicamente los ciudadanos de todas clases. Pero, ¡oh atrocidad! todavía estaba el infeliz Lopez recibiendo por ello parabienes, cuando vinieron á notificarle que una comision militar escogida por el implacable Soult acababa de condenarle á la pena de horca sin procedimiento ni diligencia alguna legal. Ejecutóse la inícua sentencia el 29 de noviembre. Entre las infinitas tropelías, rapiñas y crueldades cometidas por la tiranía de Soult en Sevilla, ninguno de sus actos iguala á este en lo deshonroso y atroz, y en atraer sobre su nombre la execracion de la posteridad.

CAPITULO XXIII.

Lord Wellington en Fuenteguinaldo.—6.° ejército español.—Abadía reemplaza á Santocildes.—Posicion de aquel ejército: su retirada: le atacan los contrarios.—Combate del puerto de Manzanal.—Se retiran los franceses.—Posiciones del ejército anglo-portugues.—Marmont y Dorsenne socorren á Ciudad-Rodrigo.—Atacan luego á Wellington.—Honrosa resistencia de los ingleses: se retiran estos.—Lord-Wellington presenta la batalla.—No la admiten los franceses y se retiran.—Wellington en Freineda.—Partidarios españoles.—D. Julian Sanchez coje al gobernador de Giudad-Rodrigo.—Carta del general España.—5.° ejército español.—Rigor de Castaños.—Pedrezuela y su mujer.—El corregidor Ciria.—D. Antonio Temprano.—Gloriosa accion de Arroyomolinos.—Destitucion del general Girard.—Otra vez el 6.° ejército.—Desaciertos de Abadía.—Proyectan los franceses la invasion de Asturias.—Sábia retirada de Losada.—Entra Bonnet en Oviedo.—7.° ejército.—Porlier: toma á Santander.—Campillo.—Longa.—Mina.—Su decreto de represalias.—Reflexiones.

Mientras Suchet reune los medios necesarios para su deseada conquista de Valencia, y las provincias limítrofes trabajan cuanto les es posible para ver si pueden evitar el terrible golpe que amenaza á la ciudad del Cid, visitemos nosotros las provincias occidentales de España y sus paises contiguos, y examinemos lo que allí pasa.

Dejamos en el mes de julio á lord Wellington siguiendo el movimiento retrógrado del mariscal Marmont. Luego que el primero hubo pasado el rio Tajo, caminó al norte y sentó sus reales el 10 de agosto en Fuenteguinaldo, dando indicios de querer amagar á Ciudad-Rodrigo; pero continuando todavía en su sistema de inaccion, nada hizo en realidad, permaneciendo inmóvil hasta promediar setiembre. Esta apatía, pues nos cuesta repugnancia llamarla prudencia como algunos quieren, ofrecia á la activa energía de los generales franceses ocasion de intentar operaciones que se hubieran guardado bien de acometer con un gefe mas resuelto á la cabeza del ejército anglo-lusitano. Ella les hizo concebir la esperanza de poder verificar una nueva incursion en el reino de Galicia, y para dar el primer paso determinaron atacar á nuestro 6.° ejército, á la cabeza del cual ya no estaba D. José Santocildes; el tino con que este gefe habia procedido y la disciplina que logró introducir en aquellas tropas, tan desorganizadas antes y que tan justamente reclamaban la continuacion de su mando, no fueron bastantes para mantenerle en él. Bien fuera efecto de celos del general Castaños, que desde Estremadura conservaba la supremacía del 6.° ejército, ó bien del poco acierto que solia tener la Regencia en la concesion de mandos, ello es que el premio que el digno Santocildes mereció por

sus buenos servicios fué verse inopinadamente relevado por D. Francisco Javier Abadía.

Se hallaba situado á la sazon el referido 6. ° ejército del modo siguiente: la vanguardia, regida por D. Federico Castañon, en San Martin de las Torres y puente de Cebrones; la tercera division, al cargo del brigadier Cabrera, en la Bañeza; y la segunda, ahora á las órdenes del conde de Belveder, en el puente de Orbigo: en Astorga estaba la reserva, y en Asturias permanecia, como antes digimos, la primera division.

El general Dorsenne, que mandaba en gefe las tropas y distritos llamados del norte, era el que tenia á su cargo la nueva proyectada invasion de Galicia, y alentado con la mudanza del general del 6. ° ejército, trató de atacarle el 25 de agosto. Abadía, recien llegado y sin conocimiento de las tropas que mandaba, recelaba del éxito de la retirada, á la que le obligaban las superiores fuerzas que iban sobre él: en este conflicto dejó á Santocildes y á D. Juan Moscoso la direccion de las operaciones.

Estas fueron dirigidas con bastante tino, cuidando siempre de no agolpar las tropas á un solo punto, cubriendo asi las diversas entradas de Galicia y algunas de las de Asturias, y estableciendo comunicaciones á la derecha con los portugueses que mandaba en Tras-los-montes el general Silveira.

Los franceses empezaron su avance, acometiendo primero la division del brigadier Cabrera establecida en la Bañeza, la cual los recibió con firmeza, sostuvo briosamente una fuerte embestida de los lanceros enemigos, y se replegó despues en el mejor órden por Castrocontrigo á la Puebla de Sanábria, punto que le estaba designado. En la tarde del mismo dia 25 atacaron los franceses á la vez á la vanguardia y á la segunda division, las cuales se retiraron al punto de Castrillo para unirse con la reserva.

Reunidas las tres divisiones marcharon el 26 en direccion al puerto de Fuencebadon, escepto los regimientos 1. ° del Ribero y 2. ° de Asturias, los cuales defendieron valerosamente el puerto de Manzanal el dia 27.

En este último dia penetró el frances por Fuencebadon, en donde se defendió largo tiempo Castañon con la reserva en las alturas situadas entre Riego y Molinaseca. En este punto lo mismo que en Manzanal fueron escarmentados los enemigos con mucha pérdida entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general Corsin y el coronel Barthez, y habiéndoles quitado tambien los nuestros el águila al regimiento 6. ° de infantería. Nuestra pérdida en ambos puntos fué insignificante.

La superioridad de las fuerzas enemigas pudo vencer la resistencia de los españoles, y avanzando siempre, se estendieron por el Vierzo. Abadía estableció su cuartel general en el puente de Domingo Florez, cubriendo á Galicia por esta parte; mandó retirar la artillería de Villafranca, camino de Lugo, destinó fuerzas que sostuviesen las alturas de Valcarce, y dejó en Toreno las suficientes para cerrar las avenidas de Asturias.

Esta oportuna distribucion del 6. ° ejército, el órden de su retirada, el valor con que habia rechazado el empuje frances y los recuerdos de la anterior resistencia de Galicia, infundieron temor al general Dorsenne, que desistiendo de la proyectada invasion, no se determinó á pasar de Villafranca del Vierzo, de donde se retiró en los dias 30 y 31 del mismo agosto, saqueando sus tropas, segun costumbre francesa, los pueblos del tránsito, y llevándose varias personas en rehenes por el pago de las grandes contribuciones que impuso. Abadía volvió á sus puntos, debiéndose á la buena armonía que observó con su antecesor el feliz resultado de estas operaciones. ¡Lástima que no observára siempre la misma prudente conducta!

La nueva actitud del 6. ° ejército obligó á Dorsenne á precipitar su retirada, limitándose ya á proteger y fortalecer á Astorga. Ayudaron á esta determinacion los avisos del mariscal Marmont, necesitado de refuerzos para el movimiento que proyectaba sobre el Agueda y sus cercanías.

Lord Wellington, firme siempre en Fuenteguinaldo, pensaba rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, sumamente escasa de víveres. Para lograr este objeto formó una línea que desde el Azava inferior se prolongaba por el Cárpio, Espeja y el Bodon á Fuenteguinaldo. Establecido en este punto el cuartel general, lo reforzó con obras de campaña, y colocó en él la cuarta division: destacó á la derecha del Agueda la division ligera, y puso en las lomas de la izquierda del mismo rio la tercera con la caballería, apostando una vanguardia en Pastores, á una legua de Ciudad-Rodrigo. El general Graham, que luego que fué relevado del mando de la Isla de Leon, pasó á este ejército y sucedió á Sir Bren Spencer en calidad de segundo de Wellington, mandaba las tropas de la izquierda alojadas en la parte inferior del Azava, ocupando la superior, en donde formaba el centro Sir Stapleton Cotton con la mayor parte de la caballería. De los españoles solo estaban D. Julian Sanchez y D. Cárlos España, enviado el último por Castaños para alistar gente en Castilla la Vieja y mandar aquellos distritos: ambos gefes recorrian el Agueda rio abajo. La quinta division inglesa fué destinada á observar el punto de Perales, permaneciendo á retaguardia de la derecha. La sétima servia de reserva en la Alamedilla. El resto de las fuerzas anglo-portuguesas ya hemos dicho que quedó á las órdenes del general Hill en el Alentejo, para atender á la defensa de la izquierda del Tajo y á las ocurrencias de la Estremadura española.

Deseando Marmont socorrer á Ciudad-Rodrigo, tuvo que combinar sus movimientos con el general Dorsenne, construyendo préviamente un reducto en el puerto de Baños, asegurando los puentes y barcas de ciertos rios, y colocando al general Foy con la sesta division en custodia del camino militar y pasos de la sierra.

Tomadas estas precauciones, salió el mariscal de Plasencia el 13 de setiembre, y el 22 se juntó con Dorsenne cerca de Tamames. Con el último general se habia incorporado una division mandada por el de igual clase Souham, la cual pertenecia á las fuerzas que habian entrado últimamente en España cuando las italianas de Severoli. Reunidas todas estas tropas, puede asegurarse que marchaban ahora sobre Ciudad-Rodrigo 60,000 hombres, 6,000 de caballería y numerosa artillería.

El sistema observado por lord Wellington hacia creer no esperaria á dar la cara á fuerzas tan crecidas, y que se retiraria rápidamente sobre Portugal; pero no fué asi, mostrándose esta vez mas atrevido. Sin pretender estorbar la introduccion de víveres en Ciudad-Rodrigo, aguardó al enemigo en sus mismas posiciones. Atacóle aquel el 25, trabando el combate el general Wathier con 14 escuadrones por la parte inferior del Azava que guarnecia Graham, y arrolló los puestos avanzados, los cuales, reforzados oportunamente, recobraron pronto el terreno perdido. Esta tentativa no era mas que un amago para distraer la atencion del principal ataque, dirigido contra la tercera division inglesa situada en las lomas que se divisan entre Fuenteguinaldo y Pastores. A este punto se dirigieron sobre 40 escuadrones mandados por el general Montbrun con mucha artillería, debiendo favorecer este movimiento 14 batallones. Aunque al principio dudó Wellington si atacarian los enemigos aquella posicion por el camino real que va á Fuenteguinaldo, ó por los pueblos de Encina y Bodon, cerciorado luego de que seria por el camino real, dispuso reforzar sériamente aquel punto. Los ingleses establecidos en él, aunque al principio en corto número, se defendieron denodadamente contra la caballería y artillería enemiga, recobrando dos piezas abandonadas en la primera embestida.

No habia llegado aun la infantería francesa; mas advirtiendo Wellington que se aproximaba, y conociendo que llegarian al punto atacado antes de los principales refuerzos británicos llamados de partes mas lejanas, resolvió abandonar las lomas asaltadas y retirar á Fuenteguinaldo las tropas que las defendian. Estas verificaron el repliegue en el mejor órden, formando cuadro que no pudo romper todo el empuje de la caballería francesa. Solo quedó como cortada la pequeña vanguardia que cubria el alto de Pastores y mandaba el teniente coronel Williams; pero este oficial lejos de atribularse mantúvose reposado, y con acertada diligencia subió

el Agueda la orilla derecha arriba hasta Robledo, en donde repasó el rio, logrando por la tarde unirse felizmente al grueso del ejército en Fuenteguinaldo.

Aquí en el mismo dia estableció su centro lord Wellington, alterando la anterior posicion con la derecha del lado del Puerto de Perales, y la izquierda en Navavel. Apostó á D. Cárlos España con la infantería española junto al Coa, enviando la caballería bajo D. Julian Sanchez á retaguardia del enemigo. El 26 reunieron los franceses toda su gente, y practicando un reconocimiento sobre la estancia de Fuenteguinaldo, la consideraron tan fuerte que desistieron de atacarla. Mas á pesar de eso todavía no la tuvo Wellington por bastante segura ó afectó por lo menos no complacerle aquella posicion, y retrocedió tres leguas, situando el 27 la derecha en Aldea Velha, la izquierda en Bismula y el centro en Alfayates, antiguo campo romano y hoy villa de Portugal, en sitio alto cercado de viejos muros. En este dia dos divisiones francesas, siguiendo de cerca á los aliados, tuvieron vivos y repetidos choques, y la cuarta division inglesa perdió y recobró dos veces á Aldea da Ponte.

Aun no satisfecho Wellington en su última posicion, se retiró una legua atras á estancias que se dilataban por la cuerda del arco que forma el Coa cerca de Sabugal, dejando á la derecha la sierra dos Mesas, y á la izquierda el pueblo de Rendo, sitio que juzgó propio para presentar batalla á los franceses; pero estos la esquivaron, satisfechos con haber cumplido su objeto de socorrer á Ciudad-Rodrigo.

A los pocos dias se separaron los dos generales franceses, dirigiéndose Dorsenne hácia Salamanca y Valladolid, y Marmont á tierra de Plasencia. La poca armonía que hubo entre estos dos generales enemigos causó esta separacion, así como antes les habia impedido atacar en debida forma al ejército aliado, al cual pudieron hacer mucho daño: la discordia y los celos fueron esta vez beneficiosos á la causa nacional.

Lord Wellington estableció sus reales en Freineda, en donde empezó los preparativos para formalizar el sitio de Ciudad-Rodrigo, á lo que ayudaban mucho las operaciones de nuestras provincias de levante llamando al opuesto estremo la atencion de los ejércitos franceses. Tambien contribuian al sosiego del lord la suma actividad de los partidarios españoles de aquellas comarcas, especialmente la de D. Julian Sanchez, que no dejaba un momento tranquilo al enemigo.

Entre los muchos hechos notables ejecutados por este en aquellos meses, no es el menos atendible el acaecido el 15 de octubre en las cercanías de Ciudad-Rodrigo. Sacaban los enemigos su ganado á pastar fuera, y deseoso Sanchez de cogerle, armó una celada con 360 infantes y 130 ginetes en ambas orillas del Agueda corriente abajo. Al tiempo mismo que acechaban los nuestros y se preparaban á la sorpre-

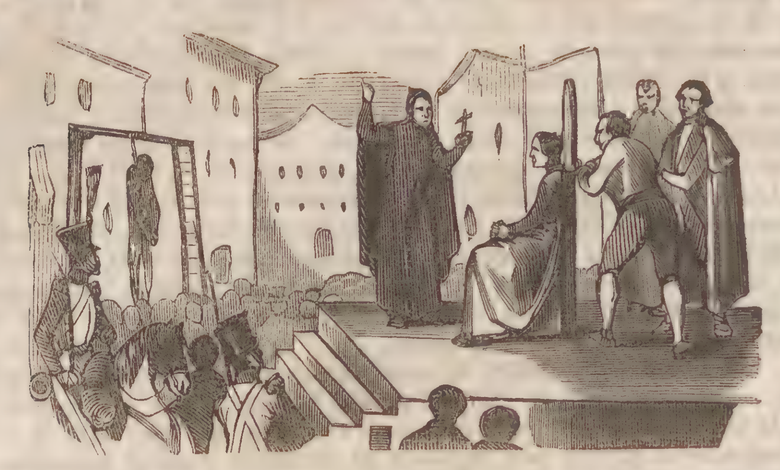


El Partidario Sanchez.

sa, salió de la plaza á hacer un reconocimiento con 12 de á caballo el gobernador frances Renand, y emparejando parte de los emboscados con él y su escolta, apoderáronse de su persona por la izquierda del rio, á la sazon que por la derecha apresaban los otros 500 reses de ganado vacuno y cabrío. Desesperábase Renand por su infortunio, y D. Julian, tratando de consolarle, le dió una cena acompañada de música y tan espléndida como permitian las circunstancias de su vario é instable campo.

Tampoco se descuidaba el conde de España en inquietar á los enemigos, y sumamente irritado porque el general Mouton, comandante de unas tropas que entraron en Ledesma, hubiese arcabuceado á 6 prisioneros nuestros 24 horas despues de haberlos cogido, hizo otro tanto con igual número de franceses, escribiendo en 12 de octubre al gobernador de Salamanca, Thielbaud, una carta en la que son dignas de notarse las siguientes cláusulas. «Es preciso que V. E. entienda y haga entender á «los demas generales franceses, que siempre que se cometa por su parte semejan- «te violacion de los derechos de la guerra, ó que se atropelle algun pueblo ó parti- «cular, repetiré yo igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados fran- «ceses... y de este modo se obligará al fin á conocer que la guerra actual no es «como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de «sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambicion, ó por el miserable interes, «sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso, que defiende sus propios dere- «chos y la corona de un rey, á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido «obediencia, mediante una Constitucion sábia que asegure la libertad política y la «felicidad de la nacion.» ¡Asi se espresaba el conde de España en 1811! Cuando se compara el estilo de esta carta, tan propio del general de un pueblo libre, con la conducta de ese mismo gefe á las órdenes de Fernando VII, no se sabe qué admirar mas, si la inconsecuencia del corazon humano, ó las artes del despotismo para corromperlo.

A la derecha de lord Wellington se encontraba, como ya apuntamos en su lugar, D. Francisco Javier Castaños con el 5.º ejército, auxiliado por las tropas del general Hill, y ambos gefes dieron tambien ocupacion á los franceses. Aunque el mando del primero se estendia al 6.º ejército y despues comprendió tambien el del 7.º, su autoridad inmediata solo se dejaba ver en Estremadura y puntos vecinos. La conducta rigorosa y cruel que observaba alli el general Castaños con los desertores, infidentes y otros reos, formaba un singular contraste con la aparente blandura de su carácter, y con aquel espíritu dulce y conciliador que ha sabido usar siempre que lo han exigido otras circunstancias. Confesaremos, sin embargo, en honor de la verdad, que en ocasiones, aunque las menos, usó sus rigores contra delincuentes cuyo proceder aterra y espanta. Tal fué en el caso de José Pedrezuela y su muger María Josefa del Valle. Barba el primero del coliseo del Príncipe de Madrid, fingióse comisionado regio del gobierno legítimo, y desempeñó el supuesto cargo en Piedralaves y Ladrada, pueblos de tierra de Toledo. Los habitantes y guerrillas de la comarca le obedecian ciegamente en la creencia de ser enviado por el gobierno de Cádiz. La ocupacion enemiga favorecia el engaño. El Pedrezuela y su esposa quedaron convictos de haber condenado á suplicios bárbaros sin facultad ni juicio prévio á mas de 13 personas. Ejecutaba aquel las sentencias por sí mismo, ó las hacia ejecutar á media noche en un monte ó heredad, cosiendo á sus víctimas á puñaladas, ó matándolas de un fusilazo en el oido. Iba la muerte á veces acompañada de otros horrores, y si bien se probaron solo 13 asesinatos, se imputaban á los reos fundadamente mas de 60. La muger, hembra de ferocidad esquisita, condenaba en ausencia del marido y superaba á este en saña y encarnizamiento. Querian cohonestar sus crueldades con el patriotismo, y sacrificaron á varios sugetos respetables, entre otros á D. Marcelino Quevedo, asesor de las guerrillas de la provincia de Toledo. Alucinados asi los pueblos y contenidos por el respeto que tributaban al gobierno legítimo, sometiéronse al seudo comisionado por espacio de tres meses. Descubierta al fin la falsía y enredo, dióse órden de prender á matrimonio tan sanguinario y bien apareado, mandando Castaños formarles causa. Vista esta, condena-



Pedrezuela y su Muger.

ron los jueces al marido á la pena de horca, y á ser en seguida descuartizado; á la mujer á la de garrote. Ajusticiáronlos el 9 de octubre en Valencia de Alcántara. Castigo justo que la vindicta pública imperiosamente reclamaba.

Con no menos razon pedia tambien el de D. Benito María de Ciria, capitan retirado y actual corregidor del rey José en Almagro. Llamábanle el Neron de la Mancha. Obtuvo tal nombre por las estorsiones que causó, y por los varios inocentes que llevó al cadalso. Le prendió el 29 de setiembre cerca de aquella ciudad el capitan D. Eugenio Sanchez, al tiempo que su gefe el sargento mayor D. Juan Vaca, de la partida ó sea húsares francos de D. Francisco Abad (Chaleco), atacaba á la guarnicion enemiga, la deshacia y tomaba bastantes prisioneros. Un consejo de guerra reunido por Castaños condenó á Ciria á la pena de garrote, ejecutada el 25 de octubre en el mismo Valencia de Alcántara.

Algunos otros casos pudiéramos referir tan conformes á la recta administracion de justicia como los dos espresados; mas tambien pudiéramos indicar varios que lejos de ser emanacion de aquella, parecian mas bien efecto de intolerancia ó fiereza, especialmente si se atiende al estado de la nacion en aquella época.

Los límites á que debemos ceñirnos no nos dejan detenernos en la enumeracion de muchos hechos ejecutados por los guerrilleros de aquellos distritos. Asi pues, haciendo solo honorífica mencion del partidario D. Antonio Temprano, que el 8 del citado octubre á las puertas mismas de Talavera libertó al coronel ingles J. Grant, cogido antes prisionero en el Aceuche, pasaremos á recordar otras acciones que no se pueden pasar en silencio sin faltar á la exactitud de la historia.

Los enemigos, con el doble objeto de aumentar sus recursos demasiado escasos y privar al 5.° ejército de los pocos que el pais podia ofrecerle, trataron de estrecharle en corto espacio. A este fin se situó en Cáceres y se estendió hasta las Brosas el general Girard con una columna de 4,000 infantes y 1,000 caballos pertenecientes al 5.° cuerpo frances, que bajo las órdenes del general Drouet dominaba las márgenes del Guadiana. Aunque hacia tiempo que los franceses deseaban ejecutar este movimiento, lo habian diferido recelosos de tener que empeñar un choque con las fuerzas reunidas de nuestro ejército y las de los anglo-portugueses al mando de Hill. Pero la constante inmovilidad de estas últimas, que sin ayudar en nada á los españoles permanecian en perpétua inaccion allá en el Alentejo, los determinó á efectuar su proyecto con el que quitaban la subsistencia á nuestro

ejército, pues á la junta de la provincia establecida en Valencia de Alcántara le era imposible suministrarle ni aun lo mas preciso.

Conociendo el general Castaños la imposibilidad de continuar en situacion tan angustiosa, recurrió á lord Wellington, y le propuso un movimiento para el cual le era indispensable la cooperacion de las tropas aliadas. Persuadido el general ingles de la necesidad de acceder á tan justa demanda, dió las órdenes oportunas para ello, y en su consecuencia el general Hill, con la mayor parte de sus fuerzas, que ascendian á 14,000 hombres, se puso en marcha para Estremadura, y el 23 de octubre asomó ya por Alburquerque. El 24 se le juntó en Aliseda D. Pedro Agustin Giron, segundo de Castaños y comandante de la columna destinada á obrar con los ingleses, la cual se componia de 5,000 hombres distribuidos en dos trozos, á las órdenes inmediatas del conde de Penne Villemur y de D. Pablo Morillo.

El general Girard permanecia en Cáceres con la fuerza principal de su division, teniendo destacamentos en varios puntos, entre ellos uno de 300 caballos en Arroyo del Puerco, los cuales al presentarse Penne Villemur con la caballería española se retiraron el 25 á Malpartida, desde donde, conociendo que iban á ser atacados, se replegaron á Cáceres, cuya ciudad tambien abandonó el general frances dirigiéndose á Torremocha.

Prosiguiendo los nuestros su marcha, se reunieron todos el 27 en Alcuescar, donde supieron con admiracion que Girard se mantenia en Arroyomolinos, distante una legua corta. La confianza que los franceses tenian en que el ingles no se internaria mucho en España, y la suma fidelidad con que los habitantes guardaron el secreto de nuestra marcha, motivaron el descuido de Girard, imperdonable de otra manera en un general esperimentado.

Hill, que mandaba en gefe á los hispano-anglo-portugueses, determinó aprovechar la ofuscacion del general contrario, y á las dos de la madrugada del 28 puso en movimiento todas las tropas, en medio de un fuerte temporal de agua y viento, que solo pudieron soportar los nuestros por darles de espaldas. Avanzado asi en buen órden y con el mayor silencio se formaron las columnas, siendo todavía de noche, en una hondonada cerca de Arroyomolinos.

Esta villa, distante 6 leguas de Cáceres, pertenece al partido de Mérida y se titula Montanchez por hallarse situada á la falda de la sierra de aquel nombre. Se halla como aislada, y sin otras comunicaciones que pocas y trabajosas subidas con malas veredas. Puestos los aliados en órden de ataque en el sitio indicado, moviéronse á las siete de la mañana para sorprender al enemigo. Una columna anglo-portuguesa con artillería mandada por el teniente coronel Stuart marchó en derechura al pueblo; otra compuesta de la infantería española regida por Morillo se dirigió á flanquear las casas por la izquierda, y una tercera, tambien de infantes anglo-portugueses, mandada por Howard, tomó por la derecha y se adelantó á cortar los caminos de Mérida y Medellin, para de allí revolver sobre el frances y atacarle. A la derecha de esta última columna iba la caballería española, y á la izquierda la británica, algo retrasada esta por haberse estraviado un tanto durante la noche.

El general Girard estaba todavía ignorante del movimiento y proximidad de los aliados, merced á la inmutable fidelidad que hasta lo último observaron los habitadores del pueblo y su comarca. Asi fué que llegaron los nuestros sin ser sentidos y á tiempo que Girard emprendia su marcha á Mérida. Una brigada á las órdenes de Remond le habia precedido saliendo de Arroyomolinos antes del alba, mas la retaguardia con alguna caballería y los bagages permanecian aun en el pueblo. Una espesa niebla cubria la cima de la sierra, y marchaba Girard con todo descuido cuando le avisaron se acercaban tropas. Ageno de que fuesen regladas, y mucho menos inglesas, figurósele que eran partidarios, por lo que mandó apresurar el paso y no detenerse á repeler la acometida.

Pero grande fué su sorpresa y la de sus soldados al ver su desengaño, que solo conocieron en el momento de pelear, pues descubrirlos los nuestros, atacarlos y

romperlos casi fué todo uno. Parte de la columna anglo-portuguesa, que se habia dirigido al pueblo, entró en él: el resto persiguió á Girard, ya en marcha, quien en vano formó dos cuadros, encerrados estos entre los fuegos de los que venian de Arroyomolinos y los de la columna de Howard, que se habia antes adelantado á cortar los caminos. La caballería española dió tambien sobre el general frances, y la llegada de la inglesa á las órdenes de Sir W. Eriskine acabó de trastornarle. Salvóse aquel entonces con pocos trepando por peñas y riscos, y se acogió á la sierra. Morillo continuó el alcance por el puerto de las Quebradas hasta la altura que da vista á Santa Ana. El mucho cansancio de la tropa y lo malo de los caminos no le permitieron ir mas allá. La accion habia ya dado ventajosísimos y gloriosos resultados. Perdieron los enemigos 400 muertos y heridos, entre ellos al general Dombrousqui, quedando prisioneros el general Brun, el duque de Aremberg, el gefe de estado mayor Idri. gran número de oficiales y 1,400 soldados, cabos y sargentos. Se cogieron dos cañones y un obus, el tren, dos banderas, una por los españoles, otra por los anglo-portugueses; muchos fusiles, sables, mochilas, caballos, el bagage entero, desapareció, en fin, aquella division, escepto muy pocos hombres que acompañaron á Girard, y la brigada de Remond que como habia salido con anticipacion de Arroyomolinos, ni tomó parte en el combate, ni tuvo de él noticia hasta llegar á Mérida. Aumentó la satisfaccion de los aliados la poca gente que perdieron: 71 hombres los anglo-portugueses, unos 30 los españoles. Obraron todos los gefes muy unidos y con destreza y tino; y entre los nuestros se señalaron muy especialmente Giron, Morillo y Penne, el primero dirigiendo, los otros ejecutando. Esta accion infundió gran terror en los franceses. Badajoz permaneció cerrado dos dias y dos noches, muy vigilados los vados del Guadiana, y recogidos los destacamentos sueltos en los parages mas fuertes. Para apreciar la importancia de este glorioso hecho, bastará recordar que Soult se la dió grande al dar parte de él al emperador, en cuya desgracia cayó el gegeneral Girard, siendo reemplazado por el de igual clase Barrois.



Victoria de Arroyomolinos.

Seis dias permanecieron los aliados ocupados en recorrer el pais en todos sentidos para esterminar á los franceses dispersos, recibiendo de los habitantes las mas relevantes pruebas de entusiasmo y afecto, saliéndoles al encuentro y suministrándoles todos cuantos víveres tenian á su disposicion. Sabiendo despues que Drouet vuelto en sí avanzaba, retiráronse los españoles á Cáceres y los anglo-portugueses á sus antiguos acantonamientos.

Gloriosas nuestras armas en Estremadura, tenian que lamentar desgracias en

Asturias y Galicia, producidas en lo principal por la imprudente separacion de Santocildes de la direccion de aquel ejército. D. Francisco Javier Abadía, á quien al principio vimos tan prudente y cuerdo, cambió despues totalmente de conducta. Falto de acierto y tino, quiso dar nueva organizacion á su ejército, sin tener para ello un fundado motivo, y alterando la juiciosa que su entendido antecesor le habia dado, mudó gefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados: trasladólos de unos á otros cuerpos, confundiéndolo todo y obrando de forma, que no lo hubiera hecho de otro modo á estar encargado de introducir en el ejército la confusion y el desórden, y por consecuencia la indisciplina y el desaliento; y todo esto al frente de un enemigo tan astuto y sagaz para aprovechar aun las mas indiferentes circunstancias. Representó contra tales desvaríos el instruido gefe de estado mayor Moscoso, mas sin conseguir otro fruto que dar pábulo al capricho para sostener los acuerdos de la ligereza. No paró aqui el mal: Abadía en vez de permanecer en el ejército para establecer por sí su descabellado plan, ausentóse á tomar baños, y pasando despues á la Coruña, envió en su lugar al marques del Portago, hombre de buena intencion, mas de corta capacidad; siendo el resultado de tan inconsideradas medidas determinar que el ejército no saliera del Vierzo, manteniéndole largo tiempo en una vergonzosa inaccion.

De ella se aprovecharon los franceses para intentar ocupar de nuevo á Asturias, que era el ardiente deseo de Bonnet, ya por dominar un pais cuya conquista se atribuia, ya para librarse de la dependencia del general Drouet en Castilla. Alentaba tambien las esperanzas del enemigo una de las imprudentes medidas de Abadía, cual fué sacar de Asturias las tropas aguerridas que alli habia, mandando en su lugar otras bisoñas.

Luego que los españoles descubrieron la idea de Bonnet de invadir el principado encaminóse el gefe de estado mayor Moscoso á Oviedo á marchas forzadas, no con la esperanza de evitar el golpe, sino para siquiera disponer con órden la retirada de nuestras tropas y disminuir el desastre en lo posible, ya que no podia contarse con la ayuda del 6.° ejército.

La primera division de este permanecia en Asturias al mando de D. Francisco Javier Losada; pero trastocada del todo por el nuevo arréglo de Abadía que hemos dicho. Sin parte Losada en tamaños desaciertos, tomó por la suya durante su mando en el principado algunas medidas militares muy oportunas. En la Puente de los Fierros hizo levantar varias obras de campaña, colocando alli y en los puntos mas fuertes de la avenida de Pajares una de sus secciones al mando de D. Manuel Trevijano.

El general Bonnet determinó acometer el principado no solo por dicho puerto, sino tambien por el de Vertana, mas al oeste. Reunió para su espedicion 12,000 hombres que repartió en dos divisiones. La principal la mandaba el mismo Bonnet, y se dirigió por Pajares; la otra la dirigia el coronel Gauthier.

Sabedor Losada del plan del enemigo, trató de burlarle, poniendo con anterioridad en movimiento sus tropas sobre el Narcea; pues de este modo impedia le cortasen los franceses la retirada hácia Galicia. En consecuencia el 5 de noviembre, dia en que se presentó Bonnet delante de la Puente de los Fierros, no se hizo en ella otra resistencia que la necesaria para ocultar lo proyectado, siendo el éxito tan feliz, que reuniéndose el 7 todas las tropas en Grado, marcharon sin detenerse á tomar puesto en las alturas del Fresno y cubrir el paso del Narcea. La celeridad y buen órden con que se efectuó la maniobra destruyó los intentos del enemigo, no siéndole dado á Gauthier ponerse á nuestra espalda: al bajar del puerto de Vertana no pudo hacer mas que perseguir á los españoles, y aunque en Doriga alcanzó á la retaguardia, fué briosamente rechazado por esta y precisado á unirse á Bonnet, que habia entrado ya en Oviedo. Iban con Losada D. Pedro de la Bárcena, restablecido ya de sus anteriores y honrosas heridas, y D. Juan Moscoso: la presencia de ambos en la retirada ayudó mucho á la diligente actividad del primero. Artillería, municiones, efectos pertenecientes al ejército y real hacienda, todo se salvó, embar-

cándolo en Gijon ó trasportándolo por tierra. Los vecinos de la capital del principado, como los moradores de todos los pueblos, abandonaron por lo general sus casas, dando ejemplo de tan constante patriotismo los mas pudientes del pais.

Mucho sintió Bonnet al entrar en Oviedo ver la ciudad tan desierta, porque si bien estaba acostumbrado á ello, esperaba que los trabajos y el tiempo hubieran apagado el fuego del primer entusiasmo. No menos sintió encontrar vacías las fábricas de armas y los almacenes, impidiéndole esto proveer á su tropa y emprender otras operaciones.

Resuelto, sin embargo, á probar fortuna, mandó á Gauthier ir sobre los españoles. Losada entonces juzgó prudente retirarse aun mas allá del Narcea, y el frances llegó á Tineo el 12 de noviembre. Mantúvose allí muy poco, porque combinando nuestros gefes un movimiento, le atacó Bárcena con una seccion y le obligó á retirarse. Tambien Abadía pensó amagar por Astorga y el Orbigo, para divertir la atencion de los franceses de Asturias; pero la idea se quedó en proyecto, dejando su ejecucion para mas adelante. Sin embargo de eso, esta vez Bonnet, menos feliz que en las anteriores, apenas poseyó en el principado otro terreno sino la línea de Pajares á Oviedo, pues por el oeste le fueron estrechando sucesivamente Losada y Bárcena, y por levante D. Juan Diaz Porlier. Este intrépido caudillo, y todos los que mandaban las divisiones y cuerpos francos de que constaba el 7.° ejército, hicieron por el mismo tiempo guerra continua al enemigo desde Asturias hasta la Navarra inclusive. La composicion de las tropas del 7.° ejército no era uniforme, ni adecuada para obrar á la vez en línea, pues no lo permitian ni las circunstancias del pais, ni el orígen de aquellas divisiones y la independencia que necesitaban sus gefes para continuar prestando los importantes servicios que desde el principio habian ofrecido en la guerra de partidas. Su general en gefe D. Gabriel de Mendizabal llegó allí en verano. No puso al frente ninguna division ni cuerpo especial, sino que los recorrió todos, empezando por el de Porlier, situado comunmente en Potes, montañas de Santander, y acabando por el de Merino en Burgos y el de Mina en Navarra. La presencia del general alentaba á los pueblos, en particular á los de Vizcaya, de donde era natural. Las operaciones se ejecutaban algunas con su anuencia, otras sin ella, y solo por direccion de sus mismos gefes. De ambos modos hubo varias muy señaladas.

Desde junio se ocupó Porlier en organizar mejor y aumentar su fuerza que pasaba de 4,000 hombres. Habia tambien acopiado en la Liébana 8,000 fanegas de trigo y muchos otros víveres, lo que no pudo verificar sin repetidas y penosas correrías, internándose en Castilla y batiéndose con bizarría en peligrosos reencuentros. Dispuesto ya, despues de mil fatigas, á emprender algun hecho memorable, se dirigió en el mes de agosto sobre Santander, y atacó el 14 la ciudad y los fuertes de Solia, Camargo, Puente de Arce y Torre la Vega, porque aquí como en las demas provincias habian los franceses fortalecido casi en cada pueblo algun grande edificio, ó mejorado fuertes antiguos, donde ampararse en las correrías de los guerrilleros. Mandaba en Santander el general Rouget; y rompiendo Porlier el fuego por el sitio de los Molinos de Viento, colocóse el general frances á la cabeza de la guarnicion, compuesta de 500 hombres, la cual acorralada en las calles y en las casas, quiso en vano sostenerse, y destrozada, apenas lograron salvarse 100 hombres y el gefe. Al mismo tiempo atacaron los de Porlier los demas puntos arriba indicados, y se apoderaron de Solia, Puente de Arce y Camargo, cuyos fuertes arrasaron. El de Torre la Vega lo mantuvieron los contrarios, pasando de 400 hombres la pérdida de estos en los diferentes ataques sin incluir muchos prisioneros, algunos de ellos oficiales de graduacion. Recogieron así mismo los nuestros abundante botin, siendo algun tiempo dueños de casi toda la provincia de Santander, hasta que reforzado Rouget considerablemente y marchando sobre Santander, la abandonaron los nuestros, no juzgando prudente oponer resistencia con fuerzas tan inferiores.

Dispuso tambien Porlier que D. Juan Lopez Campillo, que maniobraba desde la carretera del Escudo hasta las provincias Vascongadas, fuese engrosado con cuadros



Porlier en Santander.

instruidos por Renovales y que ascendian á 800 hombres. Asi se distrajo al enemigo, y Campillo consiguió el 26 de setiembre ventajas cerca de Valmaseda. Lo mismo hizo D. Francisco Longa en diversos ataques el 2 del mismo mes en la Peña nueva de Orduña, dando uno y otro, junto con Jáuregui (el Pastor) y demas gefes, mucho que hacer al general Caffarelli que alli mandaba. Longa fué el que por lo comun acompañó á Mendizabal en sus viages, avistándose ambos en diciembre con Merino en tierra de Burgos. Unidos los tres, se redobló el celo de los pueblos, y se llamó grandemente hácia Castilla la atencion de los franceses: diversion que servia al ingles en Portugal, no menos que á los caudillos españoles que batallaban en los demas puntos.

El conocimiento que ya tenemos del insigne Mina es bastante para persuadirnos de que no necesitaba de semejantes estímulos para seguir por el espinoso camino que con tanta gloria habia emprendido. Ya le vimos maniobrando en Aragon para ayudar á Valencia, y de victoria en victoria marchar intrépido hasta embarcar sus prisioneros en el golfo de Vizcaya: ahora al terminar el año hizo mansion en Navarra, mas descargada de tropas enemigas á causa de las que habian salido en socorro de Aragon, Valencia y Castilla. Respiró por tanto Mina momentáneamente en cuanto á ser perseguido, sin que por eso dejasen de afligirle otros cuidados. En Pamplona habia el frances acrecentado sus rigores y poblado las cárceles y conventos con los padres, parientes y familias de los voluntarios que servian bajo las banderas de la patria, ahorcando á unos y conduciendo á otros á Francia desapiadadamente. Mina, airado con razon, dió en 14 de diciembre un decreto en que anunciaba represálias terribles. Decia en el preámbulo: «Ni los sentimientos de humanidad, ni las leyes de la guerra ad-«mitidas entre los militares civilizados, ni la conducta generosa de los voluntarios «de Navarra han contenido el espíritu sanguinario y desolador de los generales «franceses y autoridades intrusas... no se dá un paso sin oir tristes alaridos «causados por la tiranía. Navarra es el pais del llanto y amargura; se vierten lá-«grimas contínuas por la pérdida de sus mejores amigos: padres que ven á sus «hijos colgados en una horca por su heroicidad en defender la patria; estos á sus «padres consumidos en la prision, y por último, espirar en un palo sin mas delito «que ser padres de tan valientes defensores. Continuamente he pasado á los gene-«rales franceses de Navarra los oficios mas enérgicos, capaces de reprimirlos y «hacerlos entrar en el órden: no he perdonado diligencia alguna para reducir la «guerra á su debida comprension: estoy justificado de mis procedimientos... «Para colmo de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto

«12 paisanos fusilados en Estella, 16 en Pamplona, 4 oficiales y 38 voluntarios «pasados por las armas en dos dias......» Despues, en el primer artículo, declaraba *guerra á muerte y sin cuartel* á gefes y soldados, *incluso el emperador de los franceses*. Todos los demás artículos eran del propio tenor. En uno de ellos se consideraba á Pamplona en estado de verdadero sitio, y proclamábanse de consiguiente varias resoluciones. No faltarán algunos que culpen á Mina de cruel y sanguinario á la lectura de las anteriores providencias; pero estos deben tener presente, primero las inauditas atrocidades de los franceses, y despues la necesidad que tenia Mina, como todos los demas partidarios, de remover cuantos obstáculos impidieran engrosar sus filas; y ¿cuál otro debia con mas razon alejar de ellas á los patriotas que las bárbaras medidas de los franceses? ¿Quién seria el que marchára á alistarse en las banderas de la patria, sabiendo que asi se condenaba á la horca á sus padres y parientes? Por mas que la humanidad se resienta del acuerdo del previsor caudillo de Navarra, su adopcion fué necesaria en aquellas circunstancias, y mas produciendo el efecto que su autor se propuso, pues llevándolo á ejecucion con la firmeza que le caracterizaba, obligó mas tarde á los franceses á entrar en razon y á modificar sus crueldades en Pamplona, reportando de este modo la humanidad un beneficio inmenso del mismo decreto que á la vista de la irreflexion parecia espedido para su ruina.



CAPITULO XXIV.

Serranía de Ronda.—Movimientos de Ballesteros.—Tropas que le persiguen.—Operaciones de Solá.—Situacion de Tarifa: sitio de esta plaza: su gloriosa defensa.—Humano porte de los españoles.—Levantan el sitio los franceses.—Valencia.—Posicion del ejército frances.—Fortificaciones de Valencia.—Situacion del ejército español.—Causa del poco entusiasmo de los valencianos.—Llegan refuerzos al ejército frances.—Pasa Suchet el Guadalaviar.—Ataque á nuestra línea.—Briosa defensa de Zayas.—Retirada del general Mahy sobre el Júcar.—Acordonan los franceses á Valencia.—Irresolucion de Blake.—Desgraciada tentativa para salvar al ejército.—Buen porte del coronel Michelena.

Antes de ocuparnos de los asuntos de Valencia, coronados con un fin tan desgraciado, tenemos que hablar de otros mas felices acaecidos en sus inmediatos distritos, y que no solo ayudaban al mejor éxito de las operaciones de aquella ciudad, sino que parecian dispuestos por el destino para enseñar á sus defensores el sendero de la victoria.

Las atrevidas empresas de Ballesteros en la Serranía de Ronda, y su avance sobre Bornos el 5 de noviembre, cuyos hechos dejamos ya indicados, secundados por los que á la sazon verificaron hácia Veger el general Copons y el coronel ingles Skerret, hicieron conocer á Soult la necesidad de contener á tan arrojados gefes; pero falto de tropas por las que habia enviado á Estremadura á consecuencia del descalabro de Girard, tuvo que sacar parte de las de Granada para hacer frente á Ballesteros y embestir despues á Tarifa. Con ellas mandó á Leval sobre la Serranía de Ronda, asistido de 6,800 de todas armas, á los que se debian juntar en el mismo punto 4,200 que mandaba el general Barrois, y 300 de los que sitiaban á Cádiz. Unas fuerzas tan considerables, comparadas con las que mandaba Ballesteros, obligaron á este á refugiarse otra vez bajo el cañon de Gibraltar, dejando siempre en las montañas una vanguardia á las órdenes de D. Antonio Solá, quien con el auxilio de los serranos estaba encargado de cortar las comunicaciones y subsistencias al enemigo. No desmereció Solá la confianza de Ballesteros, y estrechando continuamente á los franceses, los obligó el 6 de diciembre á huir de Estepona, cogiéndoles mochilas y equipages. Copons y Skerret llamaron tambien la atencion del enemigo por la parte de Algeciras, mas sabedores luego de que aquel se dirigia á Tarifa, marcharon á su defensa.

No eran infundados sus temores, pues la falta de víveres que esperimentaba el

general Leval, causada por las correrías de Solá y del paisanage, le decidieron á abandonar á San Roque y acercarse á la citada plaza de Tarifa. Situada esta en la punta mas meridional de España y en lo mas angosto del estrecho, debe su nombradía á la gloriosa defensa que hizo contra los moros D. Alonso Perez de Guzman, llamado el Bueno, por tan heróica hazaña. Su poblacion consta de 2,100 vecinos, y su fortificacion la forman un antiguo y frágil castillo y débil muralla de poco espesor, con torreones cuadrados y foso: los nuevos reparos no muchos y poco fuertes. Al lado del sudoeste y á corta distancia hay una isla circular y peñascosa, de media hora de bojeo, que se denomina como la ciudad. Esta isla se hallaba antes separada del continente por un canal de rápida corriente que mandó cerrar en 1808 el intendente D. Antonio Gonzalez Salmon, haciendo allí un cómodo fondeadero. Estaba en la actualidad fortalecida y artillada con 12 cañones, y ofrecia conveniente retirada. En su recinto se habilitó tambien una cisterna y una antigua torre, y para almacen de pólvora se sirvieron los sitiados de una especie de subterráneo llamado Cueva de Moros, guarida en antiguos tiempos de corsarios berberiscos. La isla está dominada por las alturas vecinas: la mas cercana de estas por el oeste, llamada Santa Catalina, la fortificó Copons, ejecutando tambien al este algunas ligeras obras. Ademas se cortaron en la ciudad las calles, atajándolas con rejas arrancadas de las ventanas, y se atroneraron muchas casas. La guarnicion, entre españoles é ingleses, ascendia á 2,500 hombres. El vecindario se mostró valiente y decidido, y proporcionó 300 marineros. Era gobernador el coronel D. Manuel Lavan, y gefes de ingenieros y de artillería D. Eugenio Iraurqui y D. Pablo Sanchez. Las fuerzas sutiles españolas las mandaba D. Lorenzo Parra. Habia tambien algunos buques de guerra ingleses. La defensa fué dirigida con especialidad por D. Francisco Copons y Navia, ausiliado de los consejos del coronel ingles Skerret.

Los franceses llegaron delante de la plaza el 19 de diciembre, despues de dejar fuerza en observacion de Ballesteros y tambien del lado de Algeciras. El 20 obligaron á Copons á entrarse en la plaza y empezaron en seguida los trabajos del sitio, los que adelantaron el 28 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 rompieron el fuego con 6 cañones de á 18 y 3 obuses de á 9 pulgadas. En la tarde del mismo dia se hallaba ya practicable una brecha de 300 toesas por la parte contigua á la puerta del Retiro, y destruido casi del todo el torreon de Jesus. En este estado intimaron los enemigos la rendicion, y desechada la propuesta por Copons, se prepararon al asalto.

Este se efectuó el 31 á las nueve y media de la mañana, acudiendo á embestir la brecha 23 compañías al cargo del general Chassereaux, á las cuales apoyaban las demas fuerzas. Los acometedores se precipitaron al asalto con su acostumbrado arrojo; pero detuvieron su ímpetu una escarpadura interior hecha en la muralla y varios parapetos de colchones levantados detras, junto con el fuego incesante que salia de los lugares vecinos y las casas. Desalentados los enemigos, desistieron de su empresa y retrocedieron con vergüenza, dejando allí mas de 500 heridos y muertos. Para recoger los primeros pidieron los franceses un armisticio, que no solo se les concedió, sino que por uno de aquellos actos de generosidad que indican el verdadero valor, les ayudaron en su faena nuestros soldados y paisanos: ejemplo rarísimo que la humanidad quisiera ver imitado en iguales casos para disminuir de algun modo los desastres de la guerra. Copons, aprovechándose de la ventaja, incomodó al sitiador por todos los medios posibles. Contra él vinieron tambien las lluvias que anegaron sus trincheras, los caminos y los campos, sin dejar al soldado un palmo de tierra donde reclinar la cabeza. Apurado Leval alzó el sitio el 5 de enero, encaminándose á Veger y Medina, habiendo perdido en su malograda tentativa entre muertos, heridos, enfermos y desertores mas de 2,500 hombres, toda su artillería gruesa y considerable porcion de efectos y municiones. Así se estrellaron los esfuerzos de 10,000 franceses contra las murallas de una fortaleza, débiles en sí, mas sostenidas por el patriotismo. Bien necesitamos de todo el valor que este inspira para no desmayar al describir la catástrofe de Valencia que puso fin funesto á la cuarta campaña.

Dejamos en aquella provincia al principiar noviembre ambos ejércitos español y frances, fronteros uno de otro, en las opuestas orillas del Guadalaviar ó Turia. A la izquierda de este ocupaba el enemigo casi dos leguas de estension, y fortificó su línea con obras defensivas. Los españoles en la derecha habian aumentado las suyas despues de las anteriores tentativas de los franceses contra Valencia. Habian ahora los nuestros cortado los puentes de la Trinidad y Serranos, dos de los cinco de piedra que cruzan el rio; poco profundo este y disminuido á mas por las muchas acéquias que sacan agua para el riego. En los puentes no destruidos y en el recinto principal se hicieron algunas mejoras; pero en lo que se puso mayor esmero fué en la construccion de un terraplen de 16 pies de alto y otro tanto de espesor, con flancos y foso, que empezaba al oeste junto al rio enfrente del baluarte de Santa Catalina, y continuaba esteriormente por Cuarte, abrazando el arrabal de este nombre y los de San Vicente y Ruzafa hasta Monte Olivete, en donde se levantó un reducto. Desde este al mar se hicieron cortaduras y se fabricaron escolleras, fortaleciendo tambien el Lazareto, al embocadero del rio. Por el otro estremo, via de Manises, se establecieron parapetos y otras fortificaciones de campaña no cerradas. Sin embargo de tales obras, estaba Valencia muy lejos de merecer el nombre de plaza, y solo podia considerarse como un campo atrincherado; siendo necesario no olvidar esta verdad, pues ella disminuye bastante los cargos que por su pérdida se han hecho á D. Joaquin Blake. No seremos nosotros los panegiristas de este en la campaña de Valencia; pero justos é imparciales no queremos tampoco abrumar la memoria de aquel desgraciado general con exageradas recriminaciones.

Con arreglo á la clase de fortificaciones enunciadas, se hallaba el principio de la defensa de Valencia á una legua de la ciudad, en Manises, en cuyo sitio están las compuertas de las acéquias mayores. En dicho punto tenia el cuartel general D. Nicolás Mahy, y en él y en San Onofre estaban las divisiones de Villacampa y Obispo, continuando apostada á la izquierda y algo detras, en Aldaya y Torrente, la caballería. Por la derecha, en Cuarte, se situaba la otra division del mismo general mandada por D. Juan Creagh. En el pueblo de Mislata se encontraba la de D. José Zayas, y próxima á Valencia la de Lardizabal. La de Miranda permanecia en el Monte Olivete, ascendiendo el total de las tropas á unos 22,000 hombres. Todos los demas puntos hasta el mar estaban guardados por guerrilleros y paisanos. Por la costa andaban barcos españoles y buques de guerra ingleses.

El mariscal Suchet por su parte fijó la atencion en ponerse á cubierto de cualquiera ataque del ejército de Valencia, para lo cual fortificó su línea, que se estendia desde el puerto del Grao hasta Paterna, en lo que tambien llevaba la mira de conservar su estancia con menos gente, dejando mayor número de tropas disponible para cuando llegára el caso de obrar ofensivamente. Con el mismo fin, y deseando despejar la orilla izquierda, determinó ante todo arrojar á los españoles de las casas y edificios que alli ocupaban. No lo consiguió, empero, sin gran trabajo y pérdida, pues los nuestros se defendieron con el mayor teson, especialmente en el convento de Santa Clara, que no abandonaron hasta que abierta brecha se preparaba el enemigo al asalto. Hecho esto, no tuvo lugar durante mes y medio ninguna otra operacion por ambos ejércitos.

Deseando Blake aumentar el suyo, llamó al reino de Valencia mas fuerzas de las del tercer ejército, el que con esta nueva salida dejó ya muy pocas en las fronteras de Granada, y descubierta la provincia de Murcia. El general Freire marchó con 4,000 hombres sobre Requena, que se hallaba amagada por Darmagnac. Al mismo punto habia mandado antes D. Joaquin Blake al general Zayas con mas de 4,000 hombres, por lo muy interesante que era cubrir flanco de tanta importancia. Este último entró en la mencionada villa el 28 de noviembre, y á su vista se retiraron los contrarios, recelosos tambien de las tropas del tercer ejército que estaban ya en Hiniesta. Llegado poco despues Freire á Requena, pudo restituirse Zayas á su antigua posicion de Mislata, á la que llegó el 2 de diciembre.

Fuera de eso, no pensó Blake en incomodar al enemigo, ni mucho menos en fomentar guerrillas por la espalda y flancos, pudiendo sus servicios haberle sido tan útiles. Pero desgraciadamente era este general del número de aquellos hombres que acostumbrados á prestar un culto supersticioso á las máximas que aprendieron en los libros, no saben separarse un ápice de lo que aquellas les enseñan: razon que hizo desaparecer de Valencia en la ocasion presente aquel ardor que se notó en las anteriores, pues el despego del gefe hácia el paisanage entibió en este el entusiasmo, tan necesario para vencer, y uno de los principales agentes para inmortalizar las heróicas defensas de Zaragoza, Gerona y demas plazas, que solo consiguió pisar el orgulloso frances trepando por montes de cadá-



Montes de Cadáveres.

veres. En las guerras puramente nacionales no ceñirán sus frentes con el laurel de la victoria sino los gefes que unidos con el pueblo sepan dirigir los esfuerzos de este: de tan necesaria circunstancia carecia el general Blake, y por eso al perder á Valencia le abandonó tambien la gloria que, en medio de sus desgracias, acompañó siempre á los ilustres Palafox y Alvarez.

Convencido Suchet de que con las fuerzas que tenia era imprudente atacar á los españoles en sus atrincheramientos, y difícil obligarlos á encerrarse en la plaza, desesperábase con la tardanza de los auxilios que tenia pedidos, pues via que asi, no solo se daba tiempo á Blake para fortalecerse, sino que se esponia á que en el interin sacudieran los naturales su letargo y empezasen por si solos la guerra popular, que era la mas temible para él.

A pesar de tan fundados recelos, no se determinaba á empezar solo su plan de acometida. Este era embestir nuestra izquierda y envolverla por flanco y espalda, amagando al mismo tiempo nuestro centro y derecha. La ejecucion requeria muy detenido exámen, pues no se trataba de presentar batalla en descampado, en cuyo caso podian los franceses esperar ventajas, sino de romper por medio de atrincheramientos, acéquias y vallados, en donde pudiera su tropa esperimentar grandes reveses. Mayor habria sido todavía el conflicto de Suchet, si los españoles hubieran aprovechado todos los recursos que el terreno ofrecia; porque ni se inundaron los campos, cual debia haberse hecho, con las aguas del riego, ni tampoco se fortificaron varios conventos y edificios por alli esparcidos, y que brindaban por su solidez y situacion al establecimiento de una cadena de puntos de defensa.

Aunque no nos hallamos conformes en lo general con la conducta observada por D. Joaquin Blake en Valencia, no lo estamos tampoco con los que creen debia haber atacado al enemigo en sus mismas posiciones, pues lo fortalecido de estas y la desgraciada batalla de Sagunto, le enseñaban á no aventurar una nueva accion con fuerzas iguales ó superiores á las suyas, cual lo eran las que mandaba Suchet. Mas conforme al arte militar nos parece la opinion de que debió retirarse á otros puntos, pues por mucha importancia que se le quiera dar á la conservacion de Valencia, no pudiendo desconocerse que no siendo esta una verdadera plaza, debia sucumbir luego que fuera acometida en regla, las de la guerra exigian llamar la atencion del enemigo por otros puntos, con cuya operacion, ó se le podia impedir la entrada en la ciudad, ú obligarle á abandonarla al poco tiempo de poseerla. El general que merezca tal nombre no comprometerá nunca la suerte de un ejército por sostener una ciudad abierta y sin importancia militar; sin que pueda servir de ejemplo la defensa de Zaragoza, pues si allí se admira justamente el heroismo de sus sostenedores, no se puede al mismo tiempo dejar de lamentar la grave falta, la notable imprevision de encerrar en ella un ejército que fuera pudo haber ofrecido servicios mucho mas importantes y útiles á la causa general de la nacion.

Por fin á mediados de diciembre llegaron á Suchet los suspirados refuerzos. Napoleon, deseando imponer respeto á las naciones del Norte con sus victorias de España, determinó que no solo la division de Severoli, sino tambien la de Reille acudieran á Valencia y se pusiesen bajo el mando de Suchet, aunque la última momentáneamente, debiendo en el intermedio ser reemplazada en Navarra y frontera de Aragon con tropas de la division de Caffarelli, á pesar de los apuros que á este rodeaban en Vizcaya. Severoli y Reille trageron consigo cerca de 14,000 hombres, y el 25 del citado diciembre se unieron al ejército de Suchet, quien juntó entonces unos 34,900 combatientes, 2,644 de caballería, toda escelente tropa y muy aguerrida.

No se limitó Napoleon al envio de las citadas divisiones: insistió tambien en que Darmagnac, del ejército del centro, continuase amagando por Cuenca, y mandó ademas que Marmont destacase del de Portugal una fuerte columna, que, atravesando la Mancha, cayese sobre Murcia.

A la cabeza de tan imponentes fuerzas, y sostenido por otros puntos, decidió ya Suchet poner en ejecucion su primitivo plan de atacar la posicion española por la izquierda, y lo verificó asi el 26 de diciembre, pasando por Ribaroja el Guadalaviar. Prefirió cuerdamente este punto con la idea de cruzar el rio agua arriba de Manises, de no enredarse por el laberinto de las acéquias, y de evitar cualquiera inundacion, apoderándose de las compuertas, con cuya maniobra enseñó á los nuestros su escandaloso descuido en esta parte.

En el discurso de la noche echaron los enemigos tres puentes, y para proteger á sus trabajadores vadearon el rio 200 húsares, llevando en ancas á unos cuantos soldados de tropas ligeras, los cuales ahuyentaron los puestos españoles. A la mañana siguiente empezó el ataque el general Arispe por el estremo de nuestra izquierda. Iba Suchet precedido de caballería, la cual se encontró con la de Don Martin de la Carrera hácia Aldaya, entre la acéquia de Manises y el barranco de Torrente, en medio de algarrobos y olivos. Nuestra caballería rechazó á la contraria, y merece particular mencion el soldado del regimiento de Fernando VII Antonio Frondoso, hombre esforzado, que hirió y dejó en el campo por muerto al general Bousard, en cuyo derredor perecieron defendiéndole un ayudante suyo y varios húsares. Reforzados considerablemente los contrarios, atacaron de nuevo y recobraron á Bousard, precisando á D. Martin de la Carrera á retirarse en direccion de Alcira. Casi á la vez embistió el general Musnier á Manises y san Onofre, de donde despues de una leve defensa se retiró D. Nicolas Mahy, enderezándose tambien al Júcar por Chirivella.

Noticioso Blake del ataque salió de Valencia, y en la mitad del camino de Mislata se le presentó un ayudante de Mahy, manifestándole el apuro de aquel

y pidiéndole instrucciones. Ya en aquella hora, que serian las once de la mañana, estaba nuestra línea atacada ó amagada por todas partes. Zayas en Mislata se defendia de Palombini, mientras en ayuda del primero enviaba Mahy desde Cuarte á D. Juan Creagh con alguna gente; pero Zayas, que esperaba dos batallones de Valencia, no necesitando del auxilio de Creagh, le hizo retirar, y guardó solo dos obuses, continuando la defensa de su posicion con la mayor firmeza. Nuestros fuegos por esta parte fueron tan bien dirigidos y vivos, que desordenando la brigada enemiga de Sant-Paul, la arrojó contra el Guadalaviar. Los esfuerzos de Palombini para rehacerla fueron infructuosos, en razon á que su otra brigada dirigida por Balathier estaba amenazada de la misma manera. La victoria de Zayas hubiera sido segura, si en los otros puntos se hubiera proseguido con el mismo tino y denuedo con que obró este acreditado gefe, cuyos esfuerzos inutilizaron la flojedad y descuido de algunos otros.

El general Arispe avanzó sobre Catarroja, y dueño Musnier de Manises y San Onofre, vinieron algunos cuerpos enemigos hácia Cuarte, vencieron los primeros atrincheramientos y obligaron á las tropas que guarnecian el pueblo á evacuarle. A la sazon regresaba Creagh de su escursion á Mislata, y unido con D. José Perez, que mandaba el batallon de la Corona, hicieron prodigios de valor para ver de contener el ímpetu de los franceses; pero el mayor número de estos venció el arrojo de los nuestros y obligó á retirarse, aunque cubiertos de gloria, á mas del citado batallon de la Corona, á los de tiradores de Cádiz, de Burgos, Princesa y Alcázar de San Juan con sus respectivos gefes. Los enemigos siguieron la carga cada vez con mas ímpetu, pues llegando al mismo tiempo el general Reille, marchó en direccion de Chirivella y favoreció las operaciones de Arispe y de Musnier. En vano trataron los españoles de hacer frente en dicho pueblo y defender la posicion cubierta con unas flechas. Los enemigos los arrollaron, consiguiendo asi salvar á Palombini. Zayas, por los reveses que en los demas puntos sufrieron nuestras armas, se vió obligado á desamparar el suyo.

Siendo el primer deseo de Suchet envolver todo el ejército español y precisarle á encerrarse en Valencia, hizo que la division de Arispe llegára pronto á Catarroja. Entonces, viendo ya á los nuestros de retirada, corrió el mariscal frances á Chirivella, con cuyo imprudente arrojo se espuso á ser cogido prisionero. Habiase alli apeado y subido al campanario, estando solo acompañado de sus ayudantes y una pequeña escolta, y cuando mas engolfado estaba aquel gefe en observar ambas orillas del Turia, acercóse al pueblo un batallon español dando indicios de querer penetrar por las calles. En el momento los pocos franceses que habia se pusieron en ademan de defender á su general, y aparentando ser muchos engañaron á los nuestros, los cuales se alejaron pronto, salvándose asi Suchet.

Las disposiciones de D. Joaquin Blake en aquellos momentos decisivos fueron tan escasas y poco activas como la marcha de los refuerzos enviados á algunos puntos. Los batallones que marcharon de Valencia para sostener á Zayas llegaron tarde, y tampoco se hizo empeño en reparar el precipitado repliegue de Mahy, ni antes en auxiliarle, para dilatar la resistencia de Chirivella.

Los generales españoles en sus retiradas tomaron cada cual la direccion que les permitió su respectiva situacion, y á esta feliz circunstancia se debió el que no fueran todos acorralados en Valencia. D. Nicolas Mahy, unido á Creagh y Carrera, Villacampa y Obispo se separaron del grueso del ejército y se dirigieron á las riberas del Jucar. Blake, Zayas, Lardizabal y Miranda se encerraron en los atrincheramientos esteriores de la ciudad, que se estendian desde el frente de Santa Catalina hasta Monte Olivete.

En este punto, encargado Habert de pasar el rio por alli, cerca del desaguadero, trabajó bastante para conseguirlo, costándole mucho tiempo que sus baterías, situadas en el Grao, lográran alejar los cañoneros españoles y los buques de guerra aliados. Hasta las doce del dia no pudo cruzar el Guadalaviar por medio de un puente hecho casi á la misma boca. Apoderóse en seguida del Lazareto, y arrolló fácil-

mente al paisanage. Miranda, colocado en Monte Olivete, apenas tomó parte en la pelea. Luego que Habert llegó á la orilla derecha se estendió con prontitud para ponerse en contacto con las otras tropas de su nacion que habian forzado la izquierda de los españoles, en lo que estribaba el principal empeño de los franceses, para que no se les escapára Blake como lo habia hecho Mahy. En la misma noche del mismo dia completaron el acordonamiento de Valencia, y cortaron la comunicacion con el camino real de Madrid y el que corre por el itsmo entre la Albufera y el mar, desconocido antes al enemigo.

La pérdida de los ejércitos en aquel dia seria de 500 á 600 hombres de cada parte entre muertos y heridos. Los franceses cogieron ademas algunos prisioneros. La principal baja la recibieron los enemigos en su acometida contra Zayas y Creagh, perdiendo 40 oficiales.

En jornadas desgraciadas como la de este dia se dividen las opiniones sobre su orígen. Ahora culpaban unos á Blake, otros á Mahy, y nosotros creemos que la falta fué de los dos, aunque la mayor parte parece tocarle al primero. El defecto del segundo consistió en no haber mantenido mas tiempo su posicion, y en no haber sacado fuerzas de Cuarte para auxiliar á Zayas, que debia esperarlas de Valencia. Faltó D. Joaquin Blake en no haber colocado mejores y mas número de tropas en la izquierda, como punto mas débil, y sobre todo en no aprovechar el tiempo que antes tuvo para construir allí obras cerradas que no pudieran ser embestidas de reves por el enemigo. Atendidos los conocimientos militares que no se le puede negar sin injusticia al desgraciado Blake, es necesario creer que semejante descuido dimanó de una de aquellas ofuscaciones en que suelen incurrir los hombres mas instruidos, haciéndole creer que los franceses le atacarian solo por el frente, por cuya razon se fijó principalmente en la fortificacion de aquel punto.

Muy desacertados van los que vituperan á Mahy por no haberse retirado sobre el Júcar y entrádose en Valencia, pues á mas de lo difícil que le era esta operacion, hallándose interpuestos los franceses entre Mislata y Cuarte y estendidos hasta Catarroja, ¿qué conseguia aquel general con entrar en la ciudad? Lo mismo que alcanzó Blake con la inconcebible resolucion de encerrarse en ella. Este es á nuestro entender el mayor de los cargos que se le puede hacer á D. Joaquin, mayormente cuando no hallándose en disposicion de imitar á Zaragoza, que aun en ese caso siempre hubiera sido error el quedarse, no le quedaba mas medio de salvar su reputacion militar que salir con su ejército á todo trance de Valencia, lo que todavía pudo verificar el 26, bien al mediodía, antes de ponerse Habert en comunicacion con Arispe, dirigiéndose al istmo, entre la Albufera y el mar; bien por la noche, no estando aun preparado el enemigo á contener una repentina irrupcion y salida de nuestras tropas. Así opinó la junta de generales que se reunió aquel dia; pero Blake, no obstante, resolvió lo contrario con el peregrino pretesto de que siendo preciso distribuir de antemano víveres, hacíase imposible verificarlo en tan breve espacio. ¡Y esto lo decia un general que mandaba á los sufridos soldados españoles! Dilatóse, pues, la partida para el dia siguiente. Al anochecer se volvió á reunir el consejo de generales: sus individuos insistieron todos en el mismo dictámen dado la víspera, de poner al ejército inmediatamente en salvo; mas todavía se le ocurrió al general en gefe otra nueva dificultad. La artillería de batalla permanecia en los atrincheramientos, y removerla á deshora, como era indispensable para ejecutar de noche la salida, parecíale imprudente y motivo de espanto al pueblo. Así se difirió la operacion por segunda vez. En vista de esto, no se sabe qué estrañar mas, si la negligencia anterior, cuando en dos meses hubo tiempo para precaver todos los casos, ó la intempestiva prudencia é incertidumbre de ahora.

Por último se decidió, aunque ya tarde, la salida, fijándose para ella la noche del 28 al 29. Encargóse del mando de la plaza D. Cárlos Odonnell, al que se le dejaba muy poca tropa y la órden de capitular á su debido tiempo, consultando los intereses del vecindario. Todo el grueso del ejército reunido, y bajo las órdenes de D. Joaquin Blake, debia dirigirse por la puerta de San José y puente inmediato,



Consejo de Generales.

y salvarse penetrando por las líneas enemigas via de Burjasot, como punto en donde habia menos enemigos, y en que á las cuatro leguas empezaba ya el terreno quebrado. El órden de la marcha era el siguiente. A la cabeza la division de D. José de Lardizabal, de la que formaba una pequeña vanguardia un corto trozo dirigida por el coronel Michelena: en el centro D. Joaquin Blake, la division de Zayas, bagages y varias familias: detras D. José Miranda y su tropa.

Abrió, pues, Michelena la marcha y pasó entre Tendetes y Campanar: imitóle Lardizabal, no encontrando al principio ningun estorbo. El enemigo se mantenia tranquilo, si bien algo en guardia por haber los nuestros esplorado en la tarde aquel sitio. Siguiendo adelante, cruzaron ambos gefes una acéquia que habia primero, y llegaron á la de Mestalla, en donde les faltaron tablones que facilitasen el paso. Mas Michelena, hombre activo y diligente, no se arredró por eso, y descubriendo un molino ó casa con comunicacion que daba á entrambas orillas, trató de atravesar por allí. Tenian los enemigos apostado cerca un piquete, y preguntando este «*¿quién vive?*» respondieron los españoles en lengua francesa: *húsares del 4.º regimiento;*» y siguieron su camino denodadamente. Por desgracia la serenidad y arrojo de Michelena y su corta vanguardia no tuvieron imitadores. Lardizabal titubeó, y parándose detuvo el movimiento de lo restante del ejército. Hallábase todavía Blake en el puente inmediato á la puerta de San José, y no tomó partido alguno, aunque vió el entorpecimiento que esperimentaban sus columnas. Zayas, impaciente y resuelto á no retroceder, le propuso atinadamente continuar, y por el rio arriba dirigirse al pueblo de Campanar; pero nada consiguió con su prudente dictámen.

Entretanto el arrojado Michelena, continuando siempre su camino, tropezó cerca de Beneferri con una patrulla enemiga, y para que esta no diese aviso á los suyos se la llevó consigo prisionera. Al atravesar los nuestros la referida poblacion algunos soldados italianos que estaban en las calles, notando la prisa y silencio con que caminaba aquella tropa, sospecharon fueran españoles, y encerrándose dentro de las casas empezaron á hacer fuego desde las ventanas, con lo que alarmaron el campo frances. No impidió tampoco esto á Michelena seguir su ruta, consiguiendo con su constancia llegar salvo por la mañana á Liria.

Mas Blake, fijo en el puente, irresoluto, sin oir consejos y poseido de aquel

fatal vértigo que le dominó desde su llegada á Valencia, temiendo un ataque del enemigo por las demas partes, tomó la peor resolucion, cual fué retirarse á la ciudad, ordenando que cada uno volviese á ocupar su anterior y respectivo punto: término funesto de un movimiento mal combinado, pues fué un grave error emprenderlo solo por un punto, esponiendo asi todo el ejército á una misma eventualidad. No es menos reprensible el haber salido desprovisto de las herramientas y útiles necesarios para el paso de las acéquias, y ya que se cometió este defecto, el no haber tomado en el apuro una de aquellas prontas y atrevidas determinaciones que un esperimentado y resuelto general hubiera adoptado en tan crítica posicion, pues cualquiera era menos mala que volverse á encerrar en la ciudad, en donde era inevitable la pérdida total de todo el ejército, como desgraciadamente veremos en el siguiente capítulo.



fatal vértigo que le [illegible]
enemigo por las demas partes. [illegible]
á la ciudad, ordenando que cada uno [illegible]
punto: término [illegible]
[illegible]
[illegible]
tas y útiles [illegible] para el [illegible]
to, el no haber tomado en el [illegible]
naciones que un [illegible]
tica posicion, pues [illegible]
ciudad, en donde [illegible] como desgra-
ciadamente [illegible] capítulo.

[illegible]

y salvarse [illegible] como pudiese
donde habia [illegible] ya el terreno
quebrado. [illegible] la division de
[illegible] un corto tro-
[illegible] la division

[illegible] Abrió, [illegible] inútile
Lardizabal, [illegible] se inunde-
rio tranquilo [illegible] en la tarde
aquel sitio, [illegible]
[illegible] facilitasen el
[illegible] y [illegible]
[illegible] las calles, trató de
[illegible] este
[illegible] A. 9. [illegible]
[illegible] serenidad y
[illegible]
[illegible]
[illegible] Zayas, [illegible]
[illegible] continuar, y por el
el pueblo de [illegible] pero nada consiguió con su prudente

[illegible] Michelena, continuando siempre su camino, tropezó con
[illegible] patrulla enemiga, y para que esta no diese aviso [illegible]
[illegible] A! atravesar las [illegible] la referida
[illegible] soldados [illegible] estaban en las calles, notando lo p[illegible]
[illegible] sospecharon fueran españoles [illegible]
dentro de las casas [illegible] fuego desde las ventanas [illegible]
[illegible] campo frances. [illegible] este á Michelena [illegible]
[illegible] constancia llegase salvo por la mañana [illegible]
Mas Blake [illegible] en el [illegible], sin oir consejos [illegible] de aquel

CAPITULO XXV.

Valencia.—Vigilancia de los enemigos.—Disgusto en la ciudad.—Instalacion de una junta.—Manda esta comisionados á la línea.—Tropelía del general Blake.—Disuelve la junta.—Estrechan los enemigos el sitio.—Abren las primeras paralelas.—Se retira el ejército al centro de la ciudad.—Fuerte bombardeo de los enemigos.—Estragos que causa.—Falta de precauciones en la plaza.—Tibieza de Blake en animar la defensa popular.—Intima Suchet la rendicion.—La rechaza el general español.—Diversidad de opiniones en el vecindario.—Reuniones tumultuarias.—Las disipa la fuerza.—Capitulacion de la plaza.—Salen los españoles prisioneros para Francia.—Solemne entrada de Suchet.—Cualidades de D. Joaquin Blake.—Recompensas de Napoleon á Suchet y su ejército.—Tiranas providencias del mariscal frances.—Frailes llevados á Francia y arcabuceados.—Conducta del clero y del arzobispo.—Porte de los valencianos.—Fin de la cuarta campaña.

DESPUES de la malograda tentativa espresada en el capítulo anterior, en la que solo logró salvarse el coronel Michelena, merced á su inteligencia y decision, redoblaron los franceses su cuidado y crecieron mas y mas los obstáculos para los españoles. A pesar de ellos pensaba Blake repetir el movimiento dos ó tres dias despues, como si ya entonces fuera fácil burlar la vigilancia de los enemigos y romper por en medio de su línea. Detuviéronle, segun dijo, señales tumultuarias del pueblo de Valencia, que aquel general calificó de inconsideradas; pero que en la realidad no deben considerarse sino como forzosa consecuencia de su desacertada conducta, habiendo sido tambien el mismo desacordado gefe el que dió impulso á los primeros murmullos del paisanage. Empezaron estos el 29. Antes, el 28, habia Don Joaquin Blake comunicado al ayuntamiento y á la comision de partido su resolucion de salir por la noche con el ejército, previniéndoles al mismo tiempo haber dispuesto que el gobernador D. Cárlos Odonnell convocase una junta estraordinaria compuesta de las principales clases y autoridades para que atendiera á todo cuanto juzgase útil al vecindario. Los preparativos para este llamamiento despertaron la atencion de los ciudadanos y descubrieron el disgusto universal, que se aumentó con la tentativa de evasion del mismo dia 28 y su mal éxito. La junta se congregó en la noche del 30 al 31, sin que hasta entonces se notára en la ciudad otra cosa que fermentacion y desconfianza, lo que obligó á la junta á nombrar comisionados que pasaron á examinar el estado de la linea. Entre ellos habia individuos de todas clases y algunos frailes.

Prendiéronlos á todos al salir por la puerta de Cuarte y los enviaron á Blake, que estaba en el arrabal de Ruzafa. Era la una de la madrugada. Incomodó mucho al general en gefe la presencia de los comisionados, por lo que no

solo no consintió que fuesen á visitar la línea, sino que conservando en rehenes á algunos de ellos, envió los otros con escolta á Zayas para que este los hiciera servir en las baterías: accion tan injusta como imprudente en aquellas circunstancias, y que obliga á contar á Blake en el número de aquellos militares déspotas que aspiran en su orgullo á que los pueblos sufran con el silencio de los esclavos las consecuencias de sus errores, sin permitirles ni aun el triste desahogo de esponerlos á su consideracion. Valencia habia sufrido con una paciencia ejemplar los desaciertos del D. Joaquin. Durante dos meses no solo le habia dejado obrar con entera libertad, sino que todos sus habitantes á porfía le habian facilitado, sin resistencia ni queja, cuanto aquel pudo desear, y cuando despues de tanta abnegacion y de tan eminentes sacrificios se veian próximos á ser víctimas del enemigo, ¿qué estraño es que desconfiáran del que tan mala cuenta daba de su administracion? Asi, pues, la misma delicadeza de aquel general estaba interesada en dar al pueblo cuantas pruebas fueran al caso para demostrarle que la desgracia y no su culpa habian conducido las cosas al desesperado estado en que se encontraban. El carácter dictatorial de Blake no solo negó esa satisfaccion al pueblo, no solo trató á sus comisionados, que iban á visitar la línea, del modo escandaloso que hemos visto, sino que mandó en seguida disolver la junta, no permitiendo hubiese mas autoridad popular que la comision de partido aumentada con cuatro ó cinco individuos, para facilitar el despacho de los negocios. Asi desfogó Blake su intempestivo enojo, mostrándose fuerte y resuelto con los indefensos patriotas, el mismo que tan débil é irresoluto habia estado al frente del enemigo.

Las disposiciones del general fueron obedecidas sin la menor resistencia, y de este modo formó aquel mismo su proceso, pues dejó demostrado que era dueño de llevar á cabo cualquiera plan formado para salvar sus tropas, siendo de ningun valor su escusa cuando dijo que el desasosiego del pueblo no le dejaba efectuar la salida, añadiendo despues, que no queria con su ausencia dar ocasion á desórdenes y contratiempos. Razon singular para perder un ejército entero, cuando aun en el caso de ser verdadera le bastaba haber dejado un par de batallones para mantener la ciudad en órden! Concluyamos, aunque con dolor, pues solo la imparcialidad de la historia nos obliga á ser aqui severos con D. Joaquin Blake, que solo él es responsable de la lastimosa pérdida de sus numerosas y aguerridas tropas.

Estos disturbios y desaciertos eran poderosos ausiliares del mariscal Suchet, quien estrechando el sitio, reforzó mas la izquierda del Guadalaviar, construyó reductos, fortificó conventos y rodeó á Valencia de manera que se inutilizasen cuantas tentativas hicieran los nuestros para escaparse. Hechos estos preparativos, empezó el ataque contra la ciudad, dirigiendo el principal por la derecha del rio y arrabal de San Vicente, y otro por Monte Olivete. En ambos frentes abrieron los enemigos en la noche del 1 al 2 de enero las primeras paralelas á 60 y 80 toesas de distancia, no sin sufrir alguna pérdida, contándose entre los muertos el coronel Henri, oficial inteligente y bizarro. Pronto establecieron sus artilleros siete baterías, y comenzaron á batir nuestras débiles é imperfectas obras.

Persuadido D. Joaquin Blake de la dificultad de sostener la línea esterior desde Monte Olivete hasta Santa Catalina, se entró en la ciudad con todo el ejército en la noche del 4 al 5, dejando fuera solamente las tropas que guarnecian el arrabal del Remedio y las cabezas del puente. Tambien conservó un camino cubierto tirado desde la puerta del Mar hasta el baluarte de Ruzafa. Retiró la artillería de batalla y la gruesa de bronce, y mandó clavar la que habia de hierro.

Los enemigos no advirtieron hasta la mañana la retirada de Blake, y aunque lo tomaron al principio por un ardid, cerciorados luego de la realidad, ocuparon el recinto abandonado, y empezaron el 5 el bombardeo entre una y dos de la tarde desde tres reductos levantados á la izquierda del rio. Mil bombas y granadas cayeron sobre Valencia en el espacio de 24 horas.

No es posible espresar el estrago causado por tan crecido número de pro-



Bombardeo de Valencia.

yectiles en una ciudad en la que para confusion y vergüenza de los encargados en su defensa no se habia tomado, en el discurso de mas de dos meses que tuvieron para prepararse, ninguna providencia para evitar los funestos efectos de un mal tan previsto. No se habian construido en ella ni blindages, ni almacenes á prueba de bomba: la pólvora estaba esparcida por diversos puntos y al desabrigo: el ejército agrupado en terreno escaso: la poblacion aumentada con la mucha gente que habia acudido de los parages vecinos. Esto, junto con la estrechez de las calles y con la altura de las casas, endebles por sí y con pocos sótanos, dá una idea de los desastres que produciria un tan vivo y sostenido bombardeo, seguido con el mismo teson en los dias 7 y 8, aumentándose en consecuencia el destrozo de un modo considerable. Entre las muchas preciosidades y riquezas perdidas en aquellos amargos dias, deben las ciencias lamentar la biblioteca arzobispal y la de la universidad: ambas perecieron, y con la última los muchos curiosos manuscritos recogidos por la asídua laboriosidad del erudito doctor D. Francisco Perez Bayer, su principal fundador. Asi, en un solo dia destruyó la imprevision, mas bien que los horrores de la guerra, el producto del ingenio humano durante muchos siglos: pérdida tanto mas dolorosa cuanto la defensa de la infortunada Valencia no ofreció ninguno de aquellos ejemplos gloriosos que estimulan al valor é inmortalizan á los pueblos; pues Blake, tan estraviado como le hemos visto en las operaciones puramente militares, no era de esperar estuviera mas atinado en las luchas populares, en las calles y casas á imitacion de la invicta Zaragoza, ya porque sus conocimientos eran solo adecuados á las primeras, ya porque carecia del fuego y ardientes inspiraciones que las segundas necesitan, y que ni se aprenden en los libros, ni las comunica la ciencia. Por falta de estas disposiciones se enagenó aquel gefe el afecto del pueblo, amortiguó en él el entusiasmo, y no pensó en cortar las calles, ni en atronerar las casas, ni en adoptar ninguno de aquellos medios que el arte y la práctica enseñan en tales casos, y de los que tan grandiosos resultados han sacado los que se han sabido aprovechar de ellos.

Sabedor el general Suchet del desconcierto de la ciudad, suspendió el 6 de enero el fuego, y escribio á Blake en los términos siguientes: «Señor general: las «leyes de la guerra fijan un término á las desgracias de los pueblos: ha llegado «hoy este término: el ejército frances se halla á diez toesas del cuerpo de la plaza, «y dentro de algunas horas quedarán abiertas muchas brechas, y entonces un

«asalto general hará que se precipiten dentro de la ciudad las columnas francesas. «Si aguardais este terrible momento, no estará en mi mano detener el furor del «soldado, y V. E. solo será responsable á Dios y á los hombres de los males que «caerán sobre Valencia. El deseo de evitar la ruina total de una gran ciudad, me «determina á ofreceros una capitulacion honrosa. Me obligo á conservar á los «oficiales sus equipages, á hacer respetar las propiedades de los habitantes, y no «tengo necesidad de decir que la religion que profesamos será respetada. Aguar-«do vuestra respuesta dentro de dos horas, y os saludo con la mas alta con-«sideracion.»

El general Blake contestó de este modo: «Señor general: He recibido despues de «de las doce la carta de V. E. Tal vez ayer al mediodía hubiera consentido en cambiar «la posicion de mi ejército, evacuando esta ciudad para evitar á sus habitantes los in-«convenientes y las desgracias de un bombardeo; pero las primeras veinte y cuatro «horas que ha empleado V. E. en incendiarla, me han hecho conocer cuanto puedo «esperar de la constancia de este pueblo y de su resignacion á todos los sacrificios «que sean necesarios para que mi ejército sostenga el honor del pueblo español. Con-«tinúe V. E. en sus operaciones, que la cuenta y la responsabilidad delante de Dios y «de los hombres de las desgracias que ocasione la defensa de este punto y de los de-«sastres que la guerra lleva consigo, jamas recaerá sobre mi.—*Joaquin Blake.*»

Entretanto el estrago y las ruinas se aumentaban, y el pueblo, cuyo espíritu no se trató de reanimar en tiempo oportuno, se manifestaba discorde en su determinacion, como se ve por las dos diputaciones que se presentaron al general, la una de la comision de partido, y la otra al nombre del pueblo pidiéndole que capitulase, al mismo tiempo que una multitud del mismo pueblo acudia en tropel á su casa exigiendo que continuára la defensa. Entre los que capitaneaban á la multitud dejó Blake pre-



Prision de Patriotas Valencianos.

sos á algunos de los que subieron á su habitacion, con lo que irritadas mas las pasiones, creció el alboroto en términos de tener que acudir tropa para dispersar al pueblo. Con esto se acabó de estinguir la primera y última llamarada del entusiasmo, y quedó el general libre para disponer á su arbitrio de la suerte de Valencia.

La situacion de esta era cada vez mas crítica. Los enemigos al abrigo de las cercas y casas construian sus baterías muy inmediatas. Habíanse establecido los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte, y la toma de este y la del convento de Santa Ursula costóles sangre. En algunos parages estaban los sitiadores á 15 varas del muro, cuyo espesor era de solo 10 pies, con débiles parapetos y almenas, el foso angos-



SUCHET.

to, la artillería colocada sobre tablados sostenidos por fuertes pies derechos. Zayas prosiguió, sin embargo, defendiendo con vigor la puerta de San Vicente, siendo aquel general el único que hácia aquella entrada preparó para la resistencia las calles vecinas. Inutilizó tambien una mina de los enemigos, los cuales entonces dirigieron sus trabajos contra una convexidad mas desamparada que forma la muralla entre la puerta de Cuarte y la mencionada de San Vicente.

Cinco baterías nuevas construyeron los sitiadores, sin que los nuestros tuvieran medio de importancia con que responder á tantos fuegos. Amenazaban ya aquellos abrir brecha, cuando en la tarde del 8 envió Blake al campo contrario oficiales que prometiesen de su parte capitular, bajo la condicion de que se le dejaria evacuar la ciudad con todo su ejército, armas y bagages, y retirarse á Alicante y Cartagena. Desechó Suchet, como era de esperar, semejante propuesta, fijando en su lugar los artículos de una capitulacion por el método general en iguales circunstancias, con solo la adicion de canjear 2,000 hombres por otros tantos de los prisioneros que hubiese en la isla de la Cabrera ú otras partes. Reunió entonces Blake un consejo de guerra á que asistieron 12 gefes. Las opiniones fueron diversas, estando unos por la capitulacion y otros por continuar la defensa. Verdaderamente en el estado á que se habian dejado llegar las cosas la resistencia era ya infructuosa, pues la militar no la permitia la naturaleza de la plaza, y para la popular no habia nada dispuesto, ni era posible prepararla, habiéndose dejado perder el tiempo en que debió hacerse.

Decidióse al fin D. Joaquin Blake por admitir la capitulacion. Segun ella debian los enemigos respetar la religion y proteger las propiedades y los habitantes, no permitir pesquisa alguna en cuanto á lo pasado, y conceder tres meses de término á los que hubiesen de abandonar la ciudad con sus bienes y familia. Otorgábase al ejército salir con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, conservando los oficiales sus espadas, caballos y equipages, y los soldados las mochilas. Tambien se convino en el cange propuesto.

La capitulacion se firmó el 9 de enero, y el mismo dia ocuparon los enemigos la puerta del Mar y la ciudadela. Al siguiente dia salieron para Francia los españoles prisioneros y con ellos D. Joaquin Blake. El número de aquellos, inclusos los 2,000 destinados para el cange que fueron camino de Alcira, lo hacen subir los franceses á 18,219 hombres, y los españoles lo limitan á 16,000. Nosotros nos inclinamos á la opinion de los primeros, atendiendo á la fuerza del ejército cuando se encerró en Valencia, y á la poca defensa que hizo en la plaza, que no pudo causar tantas bajas. El cange ajustado no tuvo efecto por no haberlo aprobado la Regencia del reino.

El 14 hizo su entrada en Valencia el mariscal Suchet, verificándola con gran pompa y á la cabeza de la mayor parte de sus tropas por la puerta de San José; al mismo tiempo que con el resto de ellas penetró por la de San Vicente el general Reille. El gobierno de Valencia se le confirió al general Robert.

Tan funesto fin tuvo la errada conducta observada por el general Blake, que aunque hombre recto é ilustrado, y muy propio para dirigir un estado mayor lejos del teatro de la guerra, carecia acaso de las prendas necesarias á un verdadero general en gefe, y que como decia Napoleon á ciertos oficiales rusos, no se adquieren con la mera lectura de autores militares. No sabemos si los muchos reveses que empañaron el brillo de la carrera militar de Blake serian resultado de la causa indicada, ó acaso de su mala estrella, pues sabido es el poder que ejerce en las acciones de los hombres esa inconcebible influencia que la ignorancia llama acaso, el ateo fortuna y el creyente juicios de Dios ó designios de la Providencia.

Luego que llegó á Francia D. Joaquin Blake le encerraron en Vincennes, cerca de Paris, como habian hecho antes con Palafox y con otros españoles distinguidos. ¡Indigno modo de tratar á varones tan ilustres! Allí hubiera finado aquel general su existencia, si la constancia de los españoles, y el tino de otros gefes quizás menos entendidos que él, pero ciertamente mas dichosos, no le hubieran abierto las puertas de

su prision en el año 14. Bien presagiaba él lo que le aguardaba, cuando dando parte á la Regencia del reino de la capitulacion de Valencia, decia: «Por lo que á mí me «toca.... miro como determinada la suerte de mi vida, y asi en el momento de mi «espatriacion, que es un equivalente á la muerte, ruego encarecidamente á Vuestra «Alteza que si mis servicios pueden haber sido gratos á la patria, y no hubieren des-«merecido hasta ahora, se digne tomar bajo su proteccion á mi dilatada familia.» Palabras muy sentidas que descubren un corazon recto, y que aun entonces, á pesar de la predisposicion que en su contra habia, produjeron favorable efecto viniendo de un general que en medio de sus errores é infortunios habia constantemente seguido la buena causa, que dejaba pobre y en desamparo á su tierna y numerosa prole, y que resplandecia en muchas y privadas virtudes.

Los franceses celebraron con entusiasmo la posesion de Valencia, y Napoleon premió hasta con profusion á sus vencedores. Al mariscal Suchet le nombró por decreto de 24 de enero duque de la Albúfera, concediéndole en propiedad y perpétuamente la laguna de aquel nombre con la caza, pesca y dependencias, en premio de los últimos servicios y para dotacion de la nueva dignidad. Rico don y de los mas fructuosos que se pueden otorgar en España. Por decreto tambien de la misma fecha, queriendo Napoleon recompensar igualmente á los generales, oficiales y soldados del ejército de Aragon, mandó que se reuniesen *á su dominio estraordinario de España* (tales eran sus espresiones) los bienes de los situados en la provincia de Valencia por valor de 200 millones de francos, no consultando primero si para ello eran bastantes los llamados nacionales que allí pudiera haber, ni especificando en el caso contrario de qué deberia suplirse lo que faltase. De este modo no solo despojaba á José de los derechos que él mismo le habia dado cuando le hizo rey de España, sino que privaba á los interesados en la deuda pública que aquel habia reconocido ó contratado, de una de sus mas pingües hipotecas. El despótico emperador con la prosperidad desarrebozaba sus intentos respecto de España, y manifestaba terminantemente su resolucion de privar á José hasta de la sombra de autoridad que todavía le concedia.

Al dia siguiente de la rendicion de Valencia fueron desarmados los vecinos, siendo muchos conducidos á Francia, so pretesto de que eran provocadores de motin, y lo mismo, por órden especial de Napoleon, todos los frailes que pudieron haberse, que ascendieron á 1,500. Todavía mas: á cinco de ellos, los padres Rubet, Lledó, Pichó, Igual y Jérica los arcabucearon junto á Murviedro, y á otros dos en Castellon de la Plana. Igual suerte cupo desde Segorbe á Teruel á 200 prisioneros que se



FUSILAMIENTO DE FRAILES.

rezagaban de cansados. Asi cumplia el falso y sanguinario frances la capitulacion pactada.

Ahora como al principio se figuraban los franceses ser los frailes los promovedores del levantamiento y de la resistencia nacional, y por lo mismo se ensañaban en sus personas. Juicio hasta cierto punto errado, pues aunque en efecto hubo religiosos que tomaron parte honrosa en la causa de la patria, no fueron todos ni esclusivamente. En Valencia, con especialidad, el mayor número de ellos pensó mas que en la defensa, en sus particulares intereses, en vender su ajuar y alhajas, y en repartirse el producto; proceder escandaloso que justamente escitó el descontento y murmuracion. El clero secular acogió bien á los invasores á imitacion del prelado de la diócesis, el arzobispo Company, franciscano, que abandonando la ciudad en el momento del conflicto, permaneció escondido en Gandía durante el sitio, y volvió á Valencia despues de conquistada, esmerándose en obsequios y lisonjas hácia Napoleon y sus huestes.

Es verdad que hasta de la poblacion recibió Suchet mayores pruebas de aficion que en otras partes, á lo que contribuyó mucho el inconcebible proceder de Blake y su tibieza con los moradores. No obstante esto, y á pesar de haber procurado Suchet, como diremos en otro lugar, introducir en la administracion mejor arreglo que otros generales compatriotas suyos, no tardaron en levantarse por aquel reino varias partidas.

La lamentable pérdida de Valencia terminó la cuarta campaña, una de las mas desastrosas de cuantas tuvieron lugar en la Guerra de la Independencia. Con ella concluimos la narracion de los sucesos correspondientes al año de 1811, sucesos que hemos estendido hasta entrado el siguiente, por no dejar pendiente el resultado de un hecho tan triste como importante.



CAPITULO XXVI.

Estado de la nacion al principiar el año 1812.—Nuevas esperanzas.—Fuerzas de los franceses en España.—Posicion de D. Nicolás Mahy.—Intiman los enemigos la rendicion á Alicante.—La rechaza su gobernador.—Se retiran los franceses.—Desastres que causan en su marcha.—Providencias adoptadas en Alicante.—Entran los franceses en Alcoy.—Intiman otra vez la rendicion á Alicante.—Responden de la plaza con la misma firmeza.—Toman los enemigos sin resistencia la plaza de Denia.—D. José Odonnell se encarga del mando interino de los restos de los ejércitos 2.° y 3.°—Entra el general Soult en Murcia.—Su horrorosa conducta en ella.—Muerte gloriosa de D. Martin de la Carrera.—Honores fúnebres que se le tributan.—Traicion del gobernador español de Peñíscola.—Entran en ella los franceses.—Cataluña.—Tentativa sobre Tarragona.—Glorioso ataque de Villaseca.—Combate de San Feliú de Codinas.—Accion de Altafulla.—Heroismo de dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña.—Entra Sarsfield en Francia y exige contribuciones.—Accion de Roda.—Otros varios reencuentros.—Napoleon divide la Cataluña en departamentos.—Confiere el mando supremo de ella al mariscal Suchet.—Encono de los catalanes por estas medidas.—Movimientos en Barcelona y Lérida.

Asi como la naturaleza, cuando de tiempo en tiempo quiere hacer un estraordinario alarde de su poder, se apodera del hombre, y superando la fuerza de su robusto temperamento y burlando los esfuerzos de la ciencia y la virtud de los mas eficaces medicamentos, le conduce con mas ó menos rapidez hasta los bordes del sepulcro; y entonces, cuando el arte ya le abandona, y los llorosos ojos de la que se cree viuda y del que se considera huérfano se vuelven tristemente á mirar la tumba en donde dentro de pocos momentos van á quedar sepultadas sus esperanzas y su ternura, ella conmovida, cual tierna madre, á la vista de un cuadro tan desconsolador, sin mas auxilio que el de su propio poder, arranca al moribundo del pesado letargo de la muerte y le infunde vigor y brios para una nueva vida: del mismo modo el ángel tutelar de España, al considerarla á principios de 1812 anonadada en sus infortunios, perdidas sus plazas, abandonada de sus antiguas colonias, y conmovidos ya todos los cimientos de su independencia, pareció compadecerse de ella y quiso reanimarla, y elevándose magestuoso sobre su horizonte, le mostró su faz mas risueña, infundiéndole nuevos brios y precipitando venturosamente la lisongera crisis de sus males. ¡Digno premio que el valor y la constancia española reclamaban! Es verdad que todavia tendremos desgracias que sentir, desaciertos que deplorar; pero en medio de ellos el signo de la victoria, que veremos siempre fijo sobre nosotros, alentará constantemente la halagüeña esperanza de ver el fin de nuestros infortunios. ¡Asi hubiera tambien el cielo confundido la mano que los hizo renacer!.... Pero no anticipemos sucesos; que harto tiempo tendremos para llorar los desmanes del despo-

tismo, los artificios de la perfidia: disfrutemos antes de los consuelos que nos ofrecerá la quinta campaña. Para prepararnos á examinar sus grandes y combinados movimientos, los cuales no tuvieron lugar hasta el promedio de este año, echemos una ligera ojeada por toda España, y veamos los acontecimientos parciales ocurridos en los primeros meses.

Aunque los franceses durante el año 1811 reforzaron sus ejércitos de España con mas de 50,000 hombres, la baja que les causaron nuestras armas y las tropas que ahora partieron habian reducido sus fuerzas en tales términos, que al tiempo de los sucesos que nos van á ocupar no tenian en la Península arriba de 240,000 combatientes. Entre los últimos llegados se contaban muchos conscriptos, habiendo en los primeros meses de este año marchado á Francia unos 14,000 veteranos, mientras 8,000 de la guardia imperial y restos de otros cuerpos, y 6,000 polacos del ejército de Aragon, estaban destinados al que se preparaba á obrar contra Rusia, cuya guerra parecia ya inevitable: primera ayuda que iban á tener nuestros esfuerzos, continuados con el teson que vamos á ver.

Las apremiantes órdenes de Napoleon á fin de que concurrieran fuerzas de Marmont en auxilio de Suchet para la conquista de Valencia, obligaron al primero á enviarle tres divisiones, dos de infantería y una de caballería, mandadas por el general Montbrun. Este llegó á Almansa el 9 de enero, y el 11 recibió aviso de Suchet para que se volviera, pues tomada Valencia, era innecesario el socorro; pero Montbrun, á pesar de esta noticia y de las terminantes órdenes que traia del mariscal Marmont, de que cualesquiera que fuesen los resultados de Valencia, se volviera á reunir á su ejército del 15 al 20 de enero, no quiso verificarlo sin efectuar antes alguna operacion que le proporcionára fama, y trató de sorprender y tomar á Alicante, creyéndola desamparada y abatida con la reciente pérdida de Valencia. Poco conocia aquel gefe, ni el carácter español, ni la decision y valor de los alicantinos cuando tan fácil se le hacia penetrar en sus muros.

Don Nicolás Mahy y las tropas que con él se retiraron despues del 26 de diciembre á las riberas del Júcar, abandonaron estas con demasiada priesa, y evacuando con la misma ligereza el importante punto de Alcira, se fueron á Alcoy, y pasaron en seguida unas á Alicante y otras á Elche. Tambien D. Manuel Freire, alejándose de Requena, se acercó á los mismos puntos.

Aunque poco gloriosos y menos atinados los mas de estos movimientos, ellos sin embargo, por una feliz casualidad resultaron ventajosos, pues agolparon hácia Alicante fuerzas bastantes para frustrar los proyectos de los enemigos sobre dicha plaza, á cuya vista llegó el general Montbrun el 15, y aproximándose el 16 arrojó en ella algunas granadas y le intimó la rendicion, anunciándole que el mariscal Suchet le seguia con todo su ejército y artillería de batir. El gobernador D. Antonio de la Cruz contestó con la firmeza de un militar pundonoroso, y las tropas de Montbrun se retiraron el 17, cometiendo por los lugares de la huerta de Alicante desórdenes capaces de avergonzar á otros soldados que los franceses, cuyo honor parecia cifrarse en el asesinato y la rapiña. Los moradores de los contornos de aquella plaza encerraron en ella todos los víveres, abandonaron los pueblos y caseríos, y se retiraron á la sierra, donde se prepararon á hostilizar al enemigo.

La incorporacion de la columna de Montbrun al ejército frances de Portugal no se verificó hasta el 25 del mismo mes de enero, sin resultarle otra gloria de su espedicion que el daño causado á los indefensos pueblos. Su visita á Alicante, entusiasmando á los moradores de aquella ciudad, los hizo dedicar con el mayor ardor á levantar sus fortificaciones hasta ponerlas en un brillante estado de defensa. Celebróse junta de generales, y se resolvió saliesen de la plaza las personas que, perteneciendo á los ejércitos 2.º y 3.º, no fuesen necesarias, y muchos oficiales escedentes, en consideracion á la corta fuerza de los cuerpos. Reorganizada la guarnicion, se puso á las órdenes del general ingles D. Felipe Roche la segunda seccion de la division de reserva de este ejército, que ofreció aquel vestir y pagar á costa del gobierno ingles, y se nombró segundo gobernador á D. José San Juan.

Aunque Suchet deseaba posesionarse de Alicante y Cartagena, desde cuyos puntos se le fomentaba la guerra, el resultado de la tentativa de Montbrun le hizo conocer que no era tan fácil y que necesitaba de mayores preparativos. Con esta conviccion, tuvo que contentarse por entonces con mandar la division del general Arispe á Alcoy, villa interesante por sus fábricas de paños, de la que se apoderó sin encontrar la menor resistencia. La vanguardia de esta division, mandada por Delort, se estableció en Castallá, á seis leguas de Alicante, desde donde envió un parlamento á dicha plaza intimándole la rendicion. El gobernador contestó con la misma energía que á Montbrun, y en cuanto á la reclamacion del general frances sobre el cumplimiento del artículo de la capitulacion de Valencia, que estipulaba el cange de 2,000 prisioneros, manifestó que de ningun modo estaba obligado á cumplir lo acordado por el general Blake cuando ya no tenia autoridad alguna en el distrito.

La division francesa al mando del general Habert ocupó á Gandía y á Denia, puerto de mar y plaza situada cerca del cabo Martin, enfrente de las islas Baleares. Sus fortificaciones, aunque endebles, estaban defendidas con 60 piezas de artillería. Su gobernador D. Esteban Echenique la abandonó sin hacer resistencia, en lo que algunos culpan á Mahy, pues habiéndole enviado 200 hombres de socorro, los retiró luego. Sin embargo, no deja de ser tambien reprensible la conducta del gobernador, pues ya que creyese necesario abandonar la ciudad, debia haber sacado varios efectos é inutilizado la artillería; pero nada de esto hizo, y se lo dejó todo intacto al enemigo.

De este modo quedaron los franceses posesionados de casi todo el reino de Valencia y de parte del de Murcia, aniquilado tambien por la asoladora epidemia de la fiebre amarilla, cuyos estragos fueron horrorosos en el año anterior.

Despues de tan no interrumpida serie de desgracias, las tropas que restaban del 2.º ejército y se habian retirado con las del 3.º, mandadas por D. Nicolás Mahy, y las que de este mismo habian ido con D. Manuel Freire á Requena, ó quedándose en la frontera de Granada, permanecieron estacionadas unas en Alicante y sus alrededores, y otras en Cartagena y pueblos del reino de Murcia. Su número, inclusas las guarniciones de las citadas últimas dos plazas, ascendia á unos 18,000 hombres. El mando de todas lo tomó interinamente D. José Odonnell, gefe de estado mayor del tercer ejército. Las del general Villacampa, que entraban en este número, se separaron al terminar enero para regresar á Aragon, teatro constante de sus hazañas.

Todas estas tropas se vieron perseguidas no solo por Suchet y Montbrun, sino por fuerzas del ejército frances del mediodía, que acudieron con la esperanza del pillage. Estas postreras llegaron á vista de Murcia el 25 de enero. El 26 entró en ella el general Soult, hermano del mariscal y no menos codicioso que él. Impuso al vecindario una contribucion tan crecida, que hacia imposible su realizacion; y como si todavía no fuera esto bastante quiso aumentar los males de la ciudad con sus festines, mandando se le preparase para aquel dia en el palacio episcopal, donde se alojaba, un suntuoso y espléndido banquete. En medio de él, y cuando mas entregado estaba á su intemperancia, cortó su sensual entretenimiento la voz de que los españoles habian entrado en la ciudad.

En efecto, D. Martin de la Carrera, apostado no lejos de la poblacion con parte de la caballería del segundo y tercer ejército, despues de reunir un trozo de la misma en Espinardo, á media legua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de Castilla á la cabeza de 100 ginetes, mientras otros tenian órden de acometer al mismo tiempo por los demas puntos.

El sobresalto y la prisa con que el general Soult quiso acudir á remediar el peligro que le amenazaba, le hicieron caer y bajar rodando la escalera. Mas aunque bastante lastimado montó inmediatamente á caballo y le siguieron todos los suyos. No hicieron lo mismo los que debian acompañar á la Carrera, pues á escepcion de los que él mismo capitaneaba, ó no entraron en la ciudad, ó retrocedieron luego por equivoca-



Alarma de Soult.

cion ó desmayo. Tuvo de consiguiente el D. Martin que hacer frente solo con sus 100 hombres á fuerzas tan superiores como las que tenia el enemigo. No por eso se amilanó aquel ánimo esforzado, pues antes que consiguieran los contrarios estrecharlo, corrió varias calles, acuchillando y matando á cuantos encontraba. Duró largo tiempo la refriega, y no la terminó el frances sino á costa de mucha sangre; mas al fin, prisioneros ó muertos los soldados de la Carrera, quedó este solo y rodeado por seis de los enemigos en la Plaza nueva. Defendióse todavía mucho tiempo, mató á dos, y aunque gravemente herido de un pistoletazo y varios sablazos, sostúvose sin querer rendirse, y peleó hasta que exánime y desangrado cayó tendido en la calle de San Nicolas, donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera, mozo membrudo, de estatura elevada, de noble fisonomía, de arrogante y gentil apostura.

Aun duraba el combate, y ya habian los enemigos entregado á saco la ciudad de Murcia. Nada perdonaron, lo robaron todo y cometieron los mayores escesos, especíalmente en el barrio del Cármen, despojando en la calle de sus propias vestiduras á la mismas mugeres, y no respetando ni aun el mísero ochavo del mendigo. Llenos de un rico botin, y temerosos de que volviesen los nuestros, se retiraron aquella misma noche, y en Alcantarilla y en todo el camino hasta Lorca repitieron iguales ó mayores demasías, haciendo tan odioso el execrable nombre del general Soult, como lo era en Sevilla y en toda Andalucía el de su codicioso hermano.

No fueron bastantes tantas lástimas para que los murcianos dejáran de pagar un tributo de gratitud al héroe insigne que murió por querer defenderlos; y al siguiente dia hicieron los honores fúnebres al cadáver del inmortal D. Martin de la Carrera, y le sepultaron con toda la pompa que les permitia su triste situacion. Un mes despues celebró tambien en memoria del difunto solemnes exequias el general en gefe D. Jose Odonnell, dándose el nombre de la Carrera á la calle de San Nicolas, en la cual terminó aquel caudillo sus dias peleando como valiente. La junta provincial determinó igualmente erigirle un cenotafio en el sitio mismo del fallecimiento.

No terminaron aun los desastres en esta parte de la Península; y si aqui hemos tenido que lamentar en ella los desaciertos de los hombres y los rigores de la fortuna, ahora con mas razon y llenos de dolor lloraremos la mancilla del nombre español, afrentado por la traicion de un indigno militar.

Deseando Suchet acabar de poseer todo el reino de Valencia, destacó al general Severoli con los italianos á formalizar el sitio de Peñíscola.



Muerte de la Carrera.

Se eleva esta poblacion sobre una empinada roca, mar adentro, á 120 toesas de la orilla, con la cual no conmunica sino por medio de una lengua de tierra bastante angosta. Escarpadas y buenas obras rodean la plaza por todas partes, dominada interiormente por un castillo, y se asemeja en compendio por su natural fortaleza á Gibraltar. Cubren el istmo en los temporales las oleadas, y estaba ahora reforzado el frente con baterías de varios pisos. Mas allá, y paralelo á unas montañas vecinas, se estiende un marjal perenne, cuya inundacion se habia aumentado artificialmente, interrumpiendo con cortaduras la calzada que le atraviesa y conduce á la citada lengua de tierra, único punto accesible para los franceses, no siendo dueños del mar. Tenia la plaza 1,000 hombres de guarnicion y estaba abundantemente provista. Cruzaban por aquellas aguas cañoneros españoles y buques de guerra ingleses. Era gobernador D. Pedro García Navarro, hecho prisionero en 1810 en el combate de Falset y escapado despues desde Francia.

Acercóse el general Severoli á Peñíscola el 20 de enero con cinco batallones, y envió un parlamentario con proposiciones que fueron desechadas. De resultas empezaron los enemigos á formalizar el sitio, situándose en las colinas y playas inmediatas. El 28 empezaron el bombardeo desde una batería de morteros distante 600 toesas. En la noche del 31 al 1.° de febrero formaron la línea paralela de faginas y gabiones, que se prolongaba por detras de la inundacion, y torcia á su estremo meridional para continuar lo largo de la costa. En el opuesto construyeron baterías en las alturas. Las dificultades que los enemigos tenian que vencer para acercarse al cuerpo de la plaza parecian insuperables. No obstante, continuaron en sus trabajos.

Por aquellos dias un barco que los franceses habian armado en Denia apresó una lancha en la que el gobernador de Peñíscola dirigia al de Alicante un pliego, que, aunque arrojado al mar por el encargado de conducirle, fué recogido por el enemigo y enviado inmediatamente á Suchet, el que sabedor por su contenido de la mala inteligencia que reinaba entre García Navarro y los ingleses, que deseaban entrar en Peñíscola para tomar parte en su defensa, envió á esta plaza al oficial de su estado mayor Prunel con las instrucciones convenientes. García Navarro se dió inmediatamente á partido, y de acuerdo con una junta militar que convocó, entregó al enemigo el 4 de febrero esta importante fortaleza con 74 cañones y una inmensa cantidad de municiones de boca y guerra. Escandalosa entrega, y todavía mas es-

candalosos los términos con que encabezó la capitulacion. «El gobernador y la jun-«ta militar (decia), convencidos de que los verdaderos españoles son los que uni-«dos al rey D. José Napoleon procuran hacer menos desgraciada su patria...» No sigamos mas tan infame documento. Las cláusulas espuestas bastan para juzgar al gobernador y á la junta. No paró aqui la criminal conducta del primero. Entró despues á servir al intruso, y para obtener los premios, honores y condecoraciones que recibió, escribió antes á Suchet entre otras cosas: «V. E. debe «estar bien seguro de mi: la entrega de una plaza fuerte que tiene víveres y todo lo «necesario para una larga defensa... es un garante de mis promesas...» Asi trasmitia á la posteridad este degradado español su ominoso nombre cubierto con el baldon de la infamia; y para su eterna deshonra, y para que la memoria de D. Pedro García Navarro sea execrada mientras el honor no se destierre del mundo, se publicó su indigna carta en la *Gaceta de Madrid* del gobierno de José del 22 de marzo de 1812.

De un modo tan inesperado, y único en toda la guerra que nos ocupa, pasó á poder del enemigo una plaza inespugnable, y que contaba con todos los medios necesarios para resistirle mucho tiempo. Si los ingleses se hubieran presentado para guarnecer á Peñíscola antes de la toma de Valencia, es seguro que habrian sido recibidos con el mismo aprecio que en Tarifa; y segun el entusiasmo que entonces habia, hubiera el gobernador pagado con su cabeza la repulsa hecha á los aliados. Quinientos hombres decididos y algunas cañoneras bastaban para la conservacion de este pequeño Gibraltar. Su rendicion completó la de todo el reino de Valencia, á escepcion de la plaza de Alicante, quedando los enemigos dueños del camino real que guia á Tortosa, punto céntrico de su principal comunicacion con Cataluña y Aragon. Separémonos ya de un terreno que tantos males nos ha ofrecido, y busquemos en otros puntos mayores aciertos de la constante lealtad española.

El general Lacy, que continuaba en Cataluña trabajando con el mismo tino y actividad que espresamos antes, puesto de acuerdo con los ingleses y principales gefes de partidas, concibió, durante el sitio de Valencia, el proyecto de atacar á Tarragona, ya para distraer las fuerzas enemigas que sitiaban á la primera ciudad, ya tambien para ver si en efecto conseguia sorprender á la segunda y apoderarse de ella. Bloqueó á esta estrechamente al mismo tiempo que dos navíos ingleses arrojaban en ella algunas bombas. Se reunieron en Reus escalas y demas preparativos para el asalto, y la escasez de víveres que se notaba en Tarragona dejaba esperar el buen éxito de la tentativa.

Avisado Suchet del peligro de la plaza trató de socorrerla, dando para ello las órdenes oportunas al general Musnier, que mandaba en las riberas del Ebro, hácia su embocadero; quien por su parte mandó al general Laffosse, comandante de Tortosa, avanzase mas allá del Coll de Balaguer y observase los movimientos de los españoles. Confiado este sobradamente, creyó que Lacy se habia alejado al saber la rendicion de Valencia, y participándoselo asi á Musnier, prosiguió á Villaseca, en donde acampó el 19 de enero. La fuerza de Laffosse consistia en un batallon y 60 caballos. Con los últimos se metió en Tarragona, dejando á los infantes en Villaseca para que descansasen de su precipitada marcha. D. Luis Lacy, siempre en acecho para aprovechar los descuidos del enemigo, acometió á los últimos, logrando, á pesar de una obstinada y viva resistencia, desbaratarlos y coger casi todo el batallon con su gefe Dubarry. Cuando Laffosse quiso ir en socorro de los suyos, habíanlos ya puesto en cobro los nuestros. En este glorioso combate se distinguieron el baron de Eroles y el comandante de coraceros Casasola.

Llamado entonces Lacy á otras partes, dejó en Reus á Eroles y marchó con D. Pedro Sarsfield la vuelta de Vich, adonde habia llegado el general frances Decaen. Al aproximarse los nuestros, evacuaron los enemigos la ciudad; y en San Feliú de Codinas se trabó un reñido choque. Al principio cayó en él prisionero Sarsfield; mas á poco le libertaron cuatro de sus soldados, y cambiando la suerte, tuvieron los franceses que retirarse precipitadamente.

Entretanto no estaban ociosos los quedados en Reus. Dos columnas, partidas de Barcelona á las órdenes de los generales Lamarque y Mauricio Mathieu, ocuparon el 22 de enero á Villafranca de Panades, disimulando sus fuerzas en términos que los españoles no pudiesen formar cabal idea de su número.

El baron de Eroles, que con poco mas de 4,000 hombres se habia vuelto á situar sobre Tarragona, levantó el bloqueo, y tomando posicion en las cercanías de Altafulla, esperó allí al enemigo, que se puso á su frente el 24 con cerca de 10,000 hombres. Los españoles, cuyo centro se hallaba en posicion sobre el camino real enfrente del puente del rio Gaya que tenian cortado, con su reserva en las alturas de Tamarit, se sostuvieron por algun tiempo; mas recelando Eroles que podia ser envuelto por la columna de Lamarque, que maniobraba por su izquierda para flanquearle, y las tropas que suponia haber salido de Tarragona, tomó la retirada hácia Igualada, cuya operacion costó grandes esfuerzos, especialmente á dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña, que se sacrificaron con un valor heróico para salvar la division, y lo consiguieron, arrostrando riesgos y conteniendo el ímpetu del enemigo en un bosque cercano. Nuestra pérdida consistió en 500 hombres y dos piezas, no siendo tampoco corta la de los franceses.

Durante la accion de Altafulla hizo una salida la guarnicion de Tarragona, entró en Reus, destruyó los almacenes establecidos alli por los ingleses, y quemó todos los efectos acopiados para el sitio. A los dos dias entró en Tarragona el general Musnier con un convoy de víveres.

Repuesta á los pocos dias la division de Eroles, marchó por órden de Lacy al norte de Cataluña, via del Valle de Aran, para apoyar á D. Pedro Sarsfield, quien atrevidamente entró en Francia el 14 de febrero, siguiendo el Valle de Querol, y derrotando en Hospitalet á un batallon que trató de cortarle el paso. Recorrió el gefe español varios pueblos del territorio enemigo, exigió 50,000 francos de contribucion, y cogió mas de 2,000 cabezas de ganado y varios pertrechos de guerra.

Terminada la incursion de Sarsfield en Francia, se dirigió Eroles á Aragon, adelantándose hasta Benasque y Graus. Custodiaba aquellos sitios la brigada del general Bourke, perteneciente al llamado cuerpo de reserva de Reille, que despues de la conquista de Valencia habia vuelto atras, y tomado el nombre de Cuerpo de Observacion del Ebro. Atacó Bourke á Eroles en Roda, partido de Benavarre, el 5 de marzo, hallándole apostado en el pueblo, que se asienta en un monte erguido. Duró la refriega diez horas, y al cabo quedó la victoria por los españoles, teniendo los franceses que aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse, muy mal herido su general y con pérdida de cerca de mil hombres. Bourke se refugió en Barbastro, de donde pasó á Lérida temeroso de Mina. Llegada en su ayuda parte de la division de Severoli, que era otra de las del cuerpo de Reille, penetró esta en Cataluña en persecucion de Eroles, que burló su diligencia.

Otras varias acciones con mas ó menos éxito tuvieron lugar por el mismo tiempo en diferentes puntos del Principado, siendo de notar la que sobre la villa de Darnius sostuvo el 27 de febrero el teniente coronel D. Juan Rimbau con el primer batallon de San Fernando, quedando destruidos 500 infantes y 20 caballos contrarios. Lo mismo sucedió en otras refriegas empeñadas en abril, no lejos de Aulot y Llavaneras por Milans y Rovira. Iguales encuentros sostenian frecuentemente Fábregas, Gay, Manso y otros gefes. Los nuestros mantenian siempre con empeño la montaña de Abusa, lugar propio para instruccion de reclutas, y con el mismo cuidado la plaza de Cardona y la Seu de Urgel, desde cuyo punto su valiente gobernador D. Manuel Fernandez Villamil, observando el territorio frances, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para incomodar á sus habitantes y sacar contribuciones, manteniendo asi sus tropas á costa del enemigo. Del lado de la mar continuaban en nuestro poder, y cada vez mas fortificadas, las islas Medas, gobernadas ahora por D. Manuel Llauder, que molestaba á los enemigos hasta con corsarios que salian de aquel impenetrable asilo.

Un nuevo suceso dió todavia mas fomento á la viva guerra del Principado. Napo-

leon, creyéndose ya dueño de él, espidió un decreto en 26 de enero dividiendo la Cataluña en cuatro departamentos, á saber: 1.º del Ter, capital Gerona; 2.º de Monserrat, capital Barcelona; 3.º de las bocas del Ebro, capital Lérida; y 4.º del Segre, capital Puigcerdá. Para llevar á efecto esta determinacion, llegaron en abril á Barcelona varios empleados de Francia, y entre ellos Mr. de Chauvelin, encargado de la intendencia de los llamados departamentos de Monserrat y bocas del Ebro; y Mr. Treilhard, nombrado prefecto del de Monserrat, y el 15 del mismo mes los puso en posesion de sus puestos el general Decaen. Los mismos franceses se burlaban de tales disposiciones, y en cartas interceptadas decian: «Aqui deberian «enviarse por diez años á lo menos, ejércitos y bayonetas, no prefectos.» A los catalanes por su parte despechaban mas estas medidas, pues veian en ellas, no ya la mudanza de dinastía y de gobierno, sino la total pérdida de su antiguo nombre y naturaleza, y esto les hacia arrojarse á la pelea con mas ardor, resueltos á morir antes que consentir tan ignominioso cambio.

Aunque el general Decaen continuó al frente de Cataluña, confió el emperador la supremacía del mando de toda ella, como ya la tenia de una parte de la misma provincia y de Aragon y Valencia, al mariscal Suchet. Estos dos gefes se avistaron en Reus, ya para ponerse de acuerdo sobre las atribuciones de los mandos, ya tambien para adoptar los medios de impedir los desembarcos que se temian por aquellos costados. A estos recelos daba origen la noticia que tenian de una espedicion inglesa que procedente de Sicilia se dirigia á España, y de la que hablaremos cuando tratemos de la campaña general é importante que empezó en el próximo verano. Tambien inquietaban á los generales franceses los movimientos de Lacy hácia la costa y los rumores de conspiraciones en Barcelona y Lérida. En la primera de estas ciudades prendieron los franceses y castigaron á varios individuos, y en la última el gobernador Henriod, conocido de antemano como cruel y sanguinario, halló ocasion de satisfacer su perversa índole, con motivo de haberse volado un almacen de pólvora, de cuya esplosion resultaron muchas víctimas, y con el de abrirse una brecha en el baluarte del Rey. El general frances atribuyó este suceso no á casualidad, sino á secretos manejos de los españoles. Sospechas bien fundadas, si bien por fortuna nada pudo Henriod descubrir ni aclarar en el asunto.



CAPITULO XXVII.

Se prepara lord Wellington al sitio de Ciudad-Rodrigo.—Buena disposicion de los pueblos de Castilla.—Temeraria confianza del mariscal Marmont.—Sitio de Ciudad-Rodrigo.—La toman los ingleses por asalto.—Premian las córtes á lord Wellington.—Le distinguen tambien el gobierno y parlamento británico.—Preparativos para el sitio de Badajoz: la embisten los ingleses: formalizan el sitio.—Salida de los sitiados.—Se posesionan los ingleses del fuerte de la Picuriña.—Asaltan la plaza y la ganan con mucha pérdida.—Crueldades que ejecutan en el vecindario.—Recompensa la Regencia á lord Wellington.—Indebido acuerdo de las córtes.—Movimiento del mariscal Soult.—Se acerca el conde de Penne Villemur á Sevilla.—Frustradas tentativas del mariscal Marmont.—Lord Wellington en Fuenteguinaldo.—Destruye Hill las obras de los franceses en el Tajo.—Eficaz cooperacion de los ejércitos españoles.—Espedicion del brigadier Morillo á la Mancha.—Ballesteros.—Accion de Cartama.—Combates de Osuna y Alora.—Accion de Bornos.—Gloriosa muerte de D. Rafael Cevallos Escalera.

DEJAMOS indicada en el año anterior la determinacion de lord Wellington de apoderarse de Ciudad-Rodrigo. Para el logro de su intento continuó en su acantonamiento de Frineda, tomando las disposiciones necesarias para realizarlo: juntó en Almeida el correspondiente parque de artillería, y entre otros preparativos, instruyó algunas de sus tropas en los conocimientos del ingeniero y del zapador, de los que carecian bastante, como vimos en los dos últimos sitios de Badajoz. Destacó al general Hill hácia la Estremadura española, y situó á D. Cárlos España y á D. Julian Sanchez en el Tormes para cortar las comunicaciones del enemigo por aquella parte. La buena disposicion de los pueblos de Castilla, elogiada justamente por el gefe británico, contribuyó eficazmente al éxito de la empresa, guardando tal fidelidad, que pasaron dias sin que supiesen los franceses de Salamanca, aunque tan próximos, haber los aliados emprendido el sitio.

Ayudó tambien á las ideas del lord la demasiada confianza del mariscal Marmont, que como tres meses antes hizo levantar el bloqueo de aquella plaza con solo la reunion de cuatro de sus divisiones al cuerpo del general Dorsenne, manteniendo sus tropas diseminadas en acantonamientos distantes entre sí, contando siempre con que en cualquier apuro un movimiento igual al anterior le produciria los mismos resultados. Con la misma confianza destacó en auxilio de Suchet las tres divisiones del general Montbrun que dijimos antes, las cuales no regresaron hasta el 25 de enero, despues de estar ya Ciudad-Rodrigo en nuestro poder.

Instruido lord Wellington de estos pormenores, se aprovechó de ellos para formalizar el sitio de aquella plaza. Echó un puente sobre el rio Agueda en Saelices, y el 6 de enero estaba ya todo preparado para empezar las operaciones; pero una fuerte nevada que cayó en la misma noche, impidió el movimiento del ejército aliado hasta el dia 8.

Describimos la posicion de Ciudad-Rodrigo cuando el sitio de 1810, tan honroso para las armas españolas. Desde entonces habian los franceses reparado los daños causados en aquella defensa, fortaleciendo los principales edificios del arrabal, y el convento de Santa Cruz al nordeste, y levantando en el cerro ó sea teso de San Francisco un reducto que nombraron de Renand, en memoria del gobernador de aquel nombre que apresó D. Julian Sanchez.

Esta obra la ocuparon los ingleses la noche del 8 al 9, y por alli dirigieron los trabajos, siguiendo la misma direccion que tomaron los franceses en el cerco anterior. Establecieron los sitiadores la primera paralela en el mencionado teso, y pusieron tres baterías de á once piezas cada una. El 14 hizo el enemigo una salida; pero sin conseguir importante resultado. Por la noche rompieron los sitiadores el fuego contra la muralla, y abriendo los aproches, formaron la segunda paralela á 70 toesas de la plaza. Ayudó mucho al progreso del sitio la toma que el general Graham verificó el 13 del convento de Santa Cruz, con lo cual quedó protegida la derecha de los sitiadores. Cubrieron tambien su izquierda posesionándose la noche del 14 del convento de San Francisco, en el arrabal. Continuaron los ingleses completando del 15 al 19 la segunda paralela y sus comunicaciones, y no descuidando adelantar la zapa hasta la cresta del glasis.

Entretanto pensó Wellington que quizás convendria, antes de que se concluyeran del todo los trabajos, dar el asalto; por lo que asegurado, segun el dictámen de los ingenieros, de que era posible abrir brecha solo con los fuegos de las baterías de la primera paralela, ordenó que se pusiese en ello todo empeño. Asi se efectuó, y en la tarde del 19 hallóse ya aportillado el muro de la falsabraga y el del cuerpo de la plaza. Ademas de la brecha principal, practicóse otra mas á la izquierda de los aliados, por medio de una nueva batería situada en el declive que va del cerro al convento de San Francisco.

Los sitiados procuraron retardar las operaciones del ingles de diversos modos; pero nada fué bastante á impedir el asalto.

Dispúsole Wellington, desechada que fué por el gobernador frances la propuesta de rendirse, y lo aceleró en consecuencia de las malas noticias recibidas de Valencia, y tambien por saber que reunia tropas en Valladolid el mariscal Marmont, quien desde Talavera y Toledo habia llegado á principios de enero á aquella ciudad con parte de su ejército en busca de víveres, y sospechando que los ingleses iban á poner sitio á Ciudad-Rodrigo.

Por tanto, el mismo dia 19 en que se abrieron las brechas, determinó Wellington que al anochecer se asaltase la plaza. Destinó al efecto cinco columnas. La quinta de ellas, á las órdenes del general Pack, estaba encargada de hacer un ataque falso por la parte meridional: debia la cuarta, guiada por Crawfurd, embestir la brecha pequeña y cubrir la izquierda del acometimiento de la mas principal, cuyo asalto se habia reservado á las tres columnas restantes bajo el general Picton. Dióse principio á la empresa, arrostrando los anglo-portugueses con toda serenidad los mayores peligros. Los franceses se defendieron con su natural denuedo; mas el buen éxito de los diversos ataques de los aliados los obligaron á ceder, y en menos de media hora quedó el ingles dueño de la plaza. Cayeron prisioneros 1,709 franceses y el comandante Barrie, que hacia de gobernador; los demas, hasta 2,000 que componian la guarnicion, murieron en la defensa. Conservaron los aliados al entrar en la ciudad buen órden: su pérdida ascendió al todo á 1,300 hombres. Entre los muertos se contaron desgraciadamente los generales Mackinson y Crawfurd.

Ciento y nueve cañones montados, un tren entero de 44 piezas de artillería, con una inmensa cantidad de municiones de guerra, y un arsenal completo, fueron el



Toma de Ciudad-Rodrigo.

fruto de esta conquista, una de la mas gloriosas para las armas aliadas, por haberse conseguido casi á presencia de un ejército enemigo de superiores fuerzas y en medio de los obstáculos que la crudeza de la estacion ofrecia.

Cuando Marmont quiso acudir en socorro de la plaza, ya la bandera española tremolaba en ella hacía tres dias, y las brechas estaban reparadas y en estado de defensa. Lord Wellington puso luego la ciudad en manos de D. Francisco Javier Castaños, y las córtes decretaron las debidas gracias al ejército anglo-portugues, y por aclamacion concedieron al caudillo ingles la grandeza de España bajo el título de duque de Ciudad Rodrigo: el Príncipe Regente de Inglaterra le dió el título de conde, y la cámara le concedió una pension de 2,000 libras esterlinas, ordenando ademas que se erigiese un monumento en memoria del valiente y malogrado general Crawfurd.

Aunque en la conquista de Ciudad-Rodrigo no tuvieron una parte activa las tropas españolas, coadyuvaron á ella estando en constante observacion del enemigo al otro lado del Tormes, mereciendo ser recomendados muy particularmente al gobierno el brigadier D. Cárlos España y el coronel de lanceros D. Julian Sanchez, á quienes se concedió el grado inmediato.

Lord Wellington, aunque con su acostumbrado detenimiento, se propuso al fin sacar ventaja del alcanzado triunfo; y despues de destruir los trabajos del sitio de Ciudad-Rodrigo y de reparar las fortificaciones de esta y abastecerla de víveres, determinó moverse hácia el Alentejo y emprender el asedio de Badajoz. Para engañar la vigilancia de los enemigos, dispuso los preparativos con el mayor sigilo, y arreglado todo, empezaron á ponerse en marcha las divisiones anglo-portuguesas, quedando solo una con algunos caballos en el Agueda. El lord salió el 5 de marzo, y el 11 sentó ya en Yelves su cuartel general.

En seguida mandó echar un puente de barcas sobre el Guadiana, una legua mas abajo de Badajoz; y pasando el rio su tercera y cuarta division, embistieron estas la plaza, juntamente con la division ligera, el 16 del mismo marzo: agregósele despues la quinta á su regreso de Castilla. La primera, sesta y sétima, con dos brigadas de caballería, avanzaron á los Santos, Zafra y Llerena, para contener cualquiera tentativa del mariscal Soult, al paso que el general Hill marchaba con su cuerpo á Mérida y Almendralejo, para interponerse entre los mariscales Soult y Marmont, si, como

era de esperar, trataban de unirse. Coadyuvó á este movimiento el quinto ejército español, cuyo cuartel general estaba en Valencia de Alcántara.

El gobernador frances Philippon, no solo habia reparado las obras de Badajoz, sino que las habia mejorado, y aumentado algunas. Por esta razon pareció á los ingleses preferible emprender el ataque por el baluarte de la Trinidad, que estaba mas al descubierto y se hallaba mas defectuoso, batiéndole á distancia y esperando lo demas del valor de las tropas. Dicho ataque podia ejecutarse desde la altura en que estaba el reducto de la Picuriña, para lo que era necesario apoderarse de esta obra y unirla con la primera paralela: operacion arriesgada, de cuyo buen éxito dudó Wellington.

Con la copiosa lluvia que sobrevino desde el 20 al 25 creció tanto Guadiana, que se llevó el puente de barcas: demas de eso, el 19 hicieron los franceses una salida con 1,500 infantes y 40 caballos, y destruyeron muchos de los trabajos. Con todo, volvieron los ingleses á reponerlos con prontitud, y el 25 rompieron ya el fuego desde su primera paralela con 28 piezas colocadas en 6 baterías; 2 contra la Picuriña, y 4 para enfilar y destruir el frente atacado.

Al anochecer del mismo dia asaltaron los ingleses aquel fuerte defendido por 250 hombres, y le tomaron. Establecidos aqui los sitiadores, abrieron á distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza la segunda paralela.

En esta se situaron baterías de brecha para abrir una en la cara del baluarte de la Trinidad, y otra en el flanco izquierdo del de Santa María, situado á la derecha del primero. Por este lado corre el Rivillas. Los enemigos, aprovechando esta oportunidad, prepararon una inundacion que se estendia á doscientas varas del recinto, y cuya esclusa la cubria el rebellin de San Roque, colocado á la derecha de aquel rio, y enfrente de la cortina de la Trinidad y San Pedro, en la cual tambien se trató de aportillar una tercera brecha. Los ingleses, para inutilizar la mencionada esclusa, quisieron asimismo apoderarse del rebellin; pero tropezaron con dificultades que no pudieron vencer de pronto.

El sitiador continuó sin parar sus trabajos hasta el 4 de abril, tratando por su parte de impedir sus progresos el gobernador Philippon, por todos los medios que le dictaban su valor y larga esperiencia.

La noticia del peligro de la plaza hizo á Soult moverse sobre Estremadura, aunque no ayudado todavía, como deseaba, por el mariscal Marmont: Wellington, al tiempo que se preparaba para presentarle batalla si se le acercaba, resolvió asaltar cuanto antes la plaza.

Ya entonces estaban practicables las brechas. La acometida debia verificarse por tres puntos: por el castillo, por la cara del baluarte de la Trinidad y por el flanco del de Santa María. Encargábase la primera á la tercera division del mando de Picton, y las otras dos á las divisiones dirigidas por el teniente coronel Bernard y el general Colville. Doscientos hombres de la guardia de trinchera recibieron órden de atacar el rebellin de San Roque, y la quinta division, al cargo de Leith, la de llamar la atencion del enemigo desde Pardaleras al Guadiana, sirviéndose al propio tiempo de una de sus brigadas para escalar el baluarte de San Vicente y su cortina hácia el rio.

Dióse principio á la embestida el 6 de abril á las diez de la noche, verificándola los ingleses con serenidad y denuedo, y escalando el castillo y entrándolo despues de obstinada resistencia. Posesionáronse tambien del rebellin de San Roque, y llegaron por el lado occidental hasta el foso de las brechas: mas en él se pararon, estrellándose contra la tenacidad del frances. Alli, apiñados, irresolutos, sin atender á la voz de sus gefes, ni marchar adelante ni atras, se dejaron acribillar largo rato con todo linage de armas y proyectiles.

Sobrecogido lord Wellington con semejante contratiempo, iba á ordenar la retirada para aguardar al dia, cuando le llegó la noticia de que Picton era ya dueño del castillo, y de que tambien habia tenido buen éxito el ataque dado por una de las brigadas de la quinta division al mando de Walker, la cual, aunque á espensas de

mucha sangre, incertidumbres y fatigas, habia escalado el baluarte de San Vicente y estendídose lo largo del muro. Afortunado incidente que, amenazando por la espalda á los franceses de las brechas, los desalentó, y animó á los ingleses á acometerlas de nuevo y á apoderarse de ellas.

Conseguido esto por fin, rindióse prisionera la guarnicion enemiga. El general Philippon con los principales oficiales se encerró en el fuerte de San Cristóbal y capituló en la mañana siguiente. Ascendia la guarnicion francesa al principio del sitio á unos 5,000 hombres. Perecieron en él mas de 800. La pérdida de los ingleses, entre muertos y heridos, llegó á 4,900 combatientes, causada la mayor parte por los ataques de las brechas y por la indecision de sus tropas en los momentos mas críticos, en los que, como en otras ocasiones, la falta de táctica inutilizaba los esfuerzos del valor.



Reconquista de Badajoz.

Si el triunfo de Ciudad-Rodrigo honró al ejército anglo-portugues por la conducta observada en él, el conseguido en Badajoz se presentará siempre á la vista de la historia como padron de su infamia. ¡Tan inesperado, tan tirano fué su porte con los habitantes de la última desgraciada plaza! Los historiadores ingleses, para cohonestar, aunque inútilmente, la conducta de sus soldados en tan aciago dia, dicen que los naturales de Badajoz los esperaban con refrescos y regalos para mitigar su furia, como queriendo dar á entender que el vecindario tenia motivos para temer el enojo británico. ¿Pero cuales eran estos motivos? Se abstienen esos apasionados escritores de indicarlos, pues saben bien que no existia ninguno. Es verdad que los de Badajoz esperaban á los vencedores con refrescos y deseaban agasajarlos con cuanto tenian; pero esto era solo efecto de aquella nobleza de alma española que todo lo sacrifica por significar su gratitud, y animados de ella, querian los de aquella ciudad manifestar la suya á los que creian sus libertadores y amigos, bien agenos de encontrar en ellos, como despues vieron, á sus estafadores y verdugos. Mas de cien habitantes de ambos sexos mataron alli los ingleses. Duraron el saqueo y destrozo la noche del 6 y todo el siguiente dia, superando asi el sanguinario breton en codicia y crueldad á los mismos soldados franceses, que es cuanto se puede decir. Si es verdad que los generales ingleses, incluso Wellington, quisieron y no pudieron en tanto tiempo contener tamaño desenfreno, será necesario confesar que el soldado británico en su triunfo es mas temible que los mas indómitos y crueles habitadores de las selvas africanas.

La Regencia concedió la gran cruz de San Fernando al lord Wellington, merced que no reprobamos del todo; pero sí la declaracion de las córtes dando las gracias al ejército ingles. ¡Debilidad y adulacion indignas de unas córtes españolas! No merece otra calificacion tan desacordada medida, sobre la que no nos estendemos mas por no esponernos á que las inspiraciones del honor patrio, tan cruelmente herido por las córtes de Cádiz en esta ocasion, arranquen de nosotros espresiones impropias de la gravedad de la historia...

Los ingleses entregaron la plaza de Badajoz al marques de Monsalud, general de la provincia de Estremadura.

El mariscal Soult, precipitando su marcha cuanto le fué posible, llegó á Villafranca de los Barros el 8 de abril, desde donde la rendicion de Badajoz le hizo retroceder, siendo en la retirada atacada y arrollada su caballería por la británica el dia 11.

Aprovechando la ausencia del mariscal Soult, se acercó el conde de Penne Villemur á Sevilla, con un trozo del quinto ejército español, por la derecha del Guadalquivir, y peleó con la guarnicion de aquella ciudad y con la que estaba en el convento de la Cartuja. Algunos culparon á Ballesteros de no haber ayudado á tiempo por la otra orilla del rio, siendo esto la causa de no haber arrojado de allí á los franceses; pero á nosotros nos hace creer la conocida actividad de aquel gefe que su falta de asistencia seria efecto de no recibir los avisos para la combinacion del movimiento con la necesaria anticipacion. Retiróse Penne Villemur el 10 por órden de Wellington, habiendo contribuido su operacion á acelerar la retirada de Soult á Sevilla, dejando al general Drouet apostado entre Fuente-Obejuna y Gualdacanal.

Con la partida de la quinta division británica al sitio de Badajoz, no quedaron mas tropas sobre Ciudad-Rodrigo que algunas partidas y las pocas fuerzas que acompañaban á D. Cárlos España, junto con el regimiento ingles 1.° de húsares, mandado por el general Alten, encargado de permanecer allí hasta fines de marzo. Observada esta situacion por el mariscal Marmont á este le pareció momento oportuno de recuperar á Ciudad-Rodrigo y Almeida, y de hacer una escursion en Portugal, procurando mejorar el estado de su distrito antes de acudir al socorro de Badajoz que, como correspondiente al mariscal Soult, no llamaba tanto su atencion, pues las rivalidades de los mariscales franceses, impidiéndoles proceder con la armonía que las circunstancias exigian, favorecian muchas veces á nuestras armas.

En prosecucion de su pensamiento partió Marmont de Salamanca con 20,000 hombres, entre los que se contaban 1,200 ginetes. Intimó sin fruto la rendicion á Ciudad-Rodrigo, y dejándola bloqueada, embistió á Almeida el 3 de abril con el grueso de sus fuerzas, intentando tomarla por asalto, mas la resistencia que encontró en ella le hizo desistir de su intento. Apurado en sumo grado se vió en esta ocasion D. Cárlos España, situado en las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo, y solo á espensas de actividad y trabajo pudo evitar su ruina y reunirse á las milicias portuguesas llegadas á las riberas del Coa. El mayor general Alten se vió tambien perseguido por la vanguardia de Marmont hasta Castelbranco, en donde entraron los franceses el 12; pero habiendo sabido el mariscal el 14 que Wellington se aproximaba, tuvo que retroceder, y levantando el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, volvió á Salamanca, sin haber sacado otro fruto de su espedicion que algunas ligeras ventajas sobre las milicias portuguesas.

Lord Wellington estableció su cuartel general en Fuenteguinaldo, acantonando sus tropas entre el Agueda y el Coa, y para asegurar su plan de campaña determinó embarazar y aun destruir las obras que aseguraban al enemigo el paso del Tajo en Estremadura, y por consiguiente sus comunicaciones con Castilla. Los franceses habian suplido en Almaraz el puente de piedra, antes volado, con otro de barcas, y afirmádole en ambas orillas del Tajo con dos fuertes denominados Napoleon y Ragusa. Añadiendo á estas obras la reedificacion y fortaleza de un cas-

tillo antiguo situado en el puerto de Miravete, á una legua del puente, y único camino de carruages.

Destinó Wellington para esta empresa al general Hill, que seguia mandando el cuerpo aliado encargado de maniobrar á la izquierda del Tajo. Le acompañó en su marcha el marques de la Alameda, individuo de la junta de Estremadura, de quien lo mismo que del pueblo recibió mucha ayuda el general Hill.

Llegó este al amanecer del 19 de mayo á las inmediaciones del puente de Almaraz; y dividiendo sus tropas en tres columnas de ataque, marchó la de la izquierda contra el castillo de Miravete, la de la derecha contra las obras del puente y la del centro contra el desfiladero. La marcha fué penosa, y no pudiendo por lo quebrado del terreno hacer uso los ingleses de su artillería, la columna de la derecha asaltó bizarramente el fuerte de Napoleon, situado sobre la ribera izquierda del rio, y á pesar de la tenaz resistencia de sus defensores, fueron arrollados por los ingleses hasta lo último del puente, que cortado por la otra parte hizo que muchos de los franceses se arrojáran al rio, en donde perecieron. Este desastre intimidó á la guarnicion del fuerte de Ragusa, en la otra ribera del Tajo, y abandonándolo se retiró á Talavera, en donde su gobernador fué juzgado y fusilado de su resulta.



COMBATE EN EL TAJO.

Los almacenes, 18 piezas de artillería, 250 prisioneros, un estandarte y muchos pontones quedaron en poder de los aliados, los cuales destruyeron el puente y volaron todas las fortificaciones y oficinas de ambos fuertes: los ingleses tuvieron 33 muertos y 43 heridos. Al castillo de Miravete resguardóle su posicion, que lo ponia á cubierto de una sorpresa. Su guarnicion la salvó dos dias despues el general Darmagnac, del ejército frances del centro, viniendo por la Puente del Arzobispo. Este triunfo de los aliados privó á los franceses de la mejor comunicacion entre su ejército del mediodía y el que llamaban de Portugal.

Aunque los ejércitos españoles no pudieron cooperar mas que con pocas tropas á los triunfos del aliado, no por eso merecen la injusta crítica con que la ingratitud y la malicia han querido oscurecer sus glorias y ocultar la mucha parte que en ellos tuvieron; pues haciendo la guerra en sus respectivos distritos, ocuparon la atencion de mas de 150,000 franceses, prestando de este modo al ejército anglo-lusitano tal cooperacion, cuanto que sin ella ni hubiera podido reconquistar á Ciudad-Rodrigo y Badajoz, ni aun sostenerse en Portugal, sin embargo de las triples líneas de Torres-Vedras. Ellos no dejaron nunca de pelear, y llamando constante-

mente la atencion del enemigo por todas partes, prepararon con sus sufrimientos; con su valor é inimitable constancia los triunfos del lord Wellington, allanándole la senda de la victoria.

Bien lo conocia el digno caudillo británico; y mas justo que sus aduladores, hizo vestir y equipar al quinto ejército, que á las órdenes del general Castaños, aunque mal vestido y falto de recursos en medio de la crudeza de la estacion, habia contribuido tan eficazmente al buen éxito de sus operaciones, observando siempre á las tropas del mariscal Marmont durante los sitios de Ciudad-Rodrigo y Badajoz.

Ni se limitó á esto solo la cooperacion del 5. ° ejército en aquellas circunstancias, pues antes de la espedicion del conde de Villemur sobre Sevilla, ya mencionada, verificó otra el brigadier D. Pablo Morillo, que á la cabeza de una division de todas armas salió de Montanchez el 3 de enero con direccion á la Mancha, y llegando el 10 á Agudo, se dirigió en seguida el 12 á atacar la guarnicion enemiga de Ciudad Real, que á su misma vista se puso en fuga; y destruyendo los de Morillo las obras de defensa que tenian construidas alli los franceses, marcharon el 16 á atacar la guarnicion de Almagro; mas cargados por fuerzas superiores en el camino de Manzanares, tuvieron que retirarse, siguiendo su movimiento retrógrado hasta Trujillo, adonde llegaron felizmente el 30 reuniéndose otra vez al grueso del ejército.

A la sazon el general Ballesteros, que habia tomado el mando del 4. ° ejército, desplegaba tambien la mayor actividad en perseguir á los enemigos en todo el territorio de su mando. El 16 de febrero supo que el general frances Rey y el coronel Berton, que maniobraban contra su flanco izquierdo, debian reunirse en Cartama con el general Maransin, que amenazaba su derecha; y presentándose al rayar el alba de dicho dia al frente de Cartama, encontró ya á Maransin en posicion con mas de 2,000 infantes y 400 caballos: atacó con sus mejores tropas la izquierda enemiga, y despues de un combate obstinado, que duró mas de tres horas, herido Maransin, cedió el campo á los nuestros, que le persiguieron hasta una legua de Málaga, donde hicieron alto por haber recibido aviso de que Rey y Berton iban sobre Cartama.

Algunos dias permaneció Ballesteros en observacion del enemigo, al cabo de los cuales se dirigió hácia las llanuras de Sevilla, y apoderándose de Utrera, se adelantaron sus avanzadas hasta las puertas de aquella capital; pero sabiendo que Penne Villemur se habia ya alejado de sus inmediaciones, y que el mariscal Soult estaba próximo á llegar, volvió él hácia Cartama y Ronda.

Si el atraso con que Ballesteros recibió los avisos para obrar en combinacion con Villemur sobre Sevilla le impidió el haber quizas podido señorearse de aquella capital, no le privó sin embargo de la gloria de escarmentar nuevamente al enemigo el 14 de abril en Osuna y Alora. En la primera poblacion se peleó en las calles, llegando los franceses á verse tan apretados, que tuvieron que encerrarse en el fuerte que habian construido, picándoles de cerca, y avanzando hasta el segundo recinto el regimiento de Sigüenza, á las órdenes de su valiente gefe D. Rafael Cevallos Escalera. Y en Alora atacó al general Rey, que se hallaba alli con 800 hombres, le desbarató, le cogió los bagages, dos cañones y 250 prisioneros. Lo mismo sucedió el 23 entre otra columna enemiga y la vanguardia del mismo Ballesteros al cargo de Don Juan de la Cruz Mourgeon; la cual en una sangrienta y porfiada refriega, llevada hasta el punto de llegar á la bayoneta, arrolló á los contrarios y le causó una grave pérdida.

Tales y tan repetidas escursiones, marchas y embestidas, junto á lo que amagaba por Estremadura y Castilla, pusieron en sumo cuidado al mariscal Soult, quien temeroso de que Ballesteros fuese reforzado con nueva gente de desembarco, y cortase las comunicaciones entre Sevilla y las tropas del sitio de Cádiz, se propuso asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad, y como punto muy importante, á Bornos. Estaba alli acantonado el general Corroux con una division fuerte de 4,500 hombres. Ballesteros trató de impedir los progresos de estas fortificaciones, y por medio de una sigilosa y bien dirigida marcha, que emprendió desde el campo de Gibraltar en la mañana del 1. ° de junio, despues de haber

pasado el Guadalete sin ser visto, acometió á los franceses en Bornos mismo. Embistieron valerosamente los primeros D. Juan de la Cruz Mourgeon y el príncipe de Anglona con la vanguardia y tercera division. La victoria se inclinaba ya á nuestro favor; mas ciando desgraciadamente la izquierda, que mandaban Don José Aymerich y el marques de las Cuevas, se propagó el desmayo á las demas tropas, aumentándose con un movimiento rápido y general de los enemigos sobre los nuestros, y con el avance de su caballería, superior en número á la española, viniendo al trote y amagando nuestra retaguardia. A pesar de todo lograron las fuerzas de Ballesteros repasar el rio, si bien algunos cuerpos con trabajo y á costa de sangre. Favoreció mucho el repliegue D. Luis del Corral, que dirigia la caballería, portándose con conocimiento y valor: tambien se distinguió allí D. Pedro Agustin Giron, príncipe de Anglona, deteniendo á los franceses en el paso del Guadalete, ayudado de algunas tropas, y en particular del regimiento asturiano de Infiesto. Pero sobre todo debe hacerse honrosa mencion de la heróica conducta de D. Rafael Cevallos Escalera, ya justamente elogiado antes, quien mandando el batallon de granaderos del general, aunque herido en un muslo, siempre á la cabeza de su cuerpo, disminuido con bastante pérdida, avanzó de nuevo, recobró por sí mismo una pieza de artillería, sostúvola, y cuando vió cargaban muchos enemigos sobre el reducido número de su gente, no queriendo perder el cañon cogido asióse á una de las ruedas de la cureña, y defendióle gallardamente, hasta que cayó tendido de un balazo junto á su trofeo. Las córtes tributaron justos elogios á la memoria de Cevallos, y dispensaron premios á su afligida familia. No se determinaron los enemigos á seguir el alcance, siendo considerable su pérdida: la nuestra ascendió á 1,500 hombres, aunque siendo muchos de ellos estraviados, tornaron despues á sus banderas.

De este modo cooperaban por aquí los ejércitos españoles á las operaciones del aliado. Veamos ahora cómo lo hicieron tambien en estos primeros seis meses del año los de los demas puntos de la Península que nos falta recorrer en ellos.



CAPITULO XXVIII.

Segundo distrito.—Se confiere el mando de la provincia de Valencia al general Copons.—Partidarios en la Mancha.—Guerrillas en Valencia.—El Empecinado.—Ataque en Sigüenza.—Accion del Rebollar.—Alevosía de Albuin.—Accion de Cuenca.—Combate de Masegoso.—D. Ramon Gayan acomete á Calatayud.—D. José Duran: se posesiona de Soria: embiste á Tudela y toma la artillería de los franceses.—Ataque de Aranda de Duero.—Quinto distrito.—Regalo del Príncipe Regente de Inglaterra al partidario Palarea.—Sesto distrito.—Evacuan los franceses á Asturias.—El general Castaños en Galicia: su proclama.—Ocupan y evacuan otra vez los enemigos á Asturias.—Toma el mando del 6.° ejército D. José María Santocildes.—Sétimo distrito.—Operacion de D. Juan Diaz Porlier.—Partidarios de Cantábria.—Renovales, el Pastor y Longa.—Fusilan los franceses cuatro vocales de la junta de Burgos.—Venganza de Merino.—Decretos de Napoleon.—Mina: combate con el general Abbé.—Toma de Sangüesa.—Gloriosa accion de Arlaban.—Combate de Ormaestegui.—Accion de Santa Cruz de Campezu.—Sensible muerte del brigadier D. Gregorio Cruchaga.—Segunda accion en Santa Cruz de Campezu.—Mina queda herido.—Sus disposiciones administrativas.—Reflexiones.

HABIENDO hablado antes de los acontecimientos que tuvieron lugar durante los seis primeros meses de este año en los distritos primero, cuarto y quinto, para completar aqui la narracion de los demas puntos durante el mismo tiempo, tomaremos ahora nuestro punto de partida del segundo distrito. Comprimidas en él las inspiraciones del entusiasmo desde la caida de Valencia, no pudo ofrecer por entonces ningun hecho notable. La Regencia mandó por comandante general de la provincia á D. Francisco Copons y Navia, el que acompañado del buen nombre que justamente le dió la gloriosa defensa de Tarifa, trató de reanimar el espíritu de los valencianos, dirigiéndoles en abril una proclama desde Alicante. En Murcia se rehacian el segundo y tercer ejército, á las órdenes todavía de D. José Odonnell, componiendo entre los dos, segun antes dijimos, una fuerza de 18,000 hombres, cuyo escaso número no les dejó hacer mas operaciones que algunas correrías por la parte de Granada y la Mancha, las cuales, aunque sin resultados importantes, inquietaban siempre al enemigo. El comandante de la provincia de Jaen D. Antonio Porta, dependiente de estos ejércitos, cogió el 5 de abril, entre Bailen y Guarroman, parte de un numeroso convoy que iba de Madrid á Sevilla. Distinguianse tambien por aquellos puntos el partidario D. Bernardo Marquez, y hácia la Carolina D. Juan Baca, segundo de D. Francisco Abad (Chaleco), quien continuaba en la Mancha sus empresas. En esta provincia seguia mandando D. José Martinez de San Martin, y hostilizando constantemente al enemigo solia refugiarse en las montañas ó en Murcia; habiendo rechazado en la ciudad de Chinchilla á una columna francesa que le perseguia.

La division española que dijimos antes se formaba en Alicante, equipada á costa del gobierno británico, y mandada por el general Roche, ingles al servicio de España, estaba destinada á reforzar el segundo y tercer ejército, y lo mismo otra de la misma clase que organizaba en Mallorca el general Whittingham: tambien se esperaba para obrar de acuerdo con ambos ejércitos la espedicion anglo-siciliana mencionada arriba.

Ayudaban tambien á las mismas tropas algunas guerrillas que empezaban á formarse en las cercanías de Valencia, especialmente la del Fraile, denominada asi por capitanearla el franciscano descalzo Fr. Asensio Nebot, que molestaba bastante al enemigo con embestidas y sorpresas.

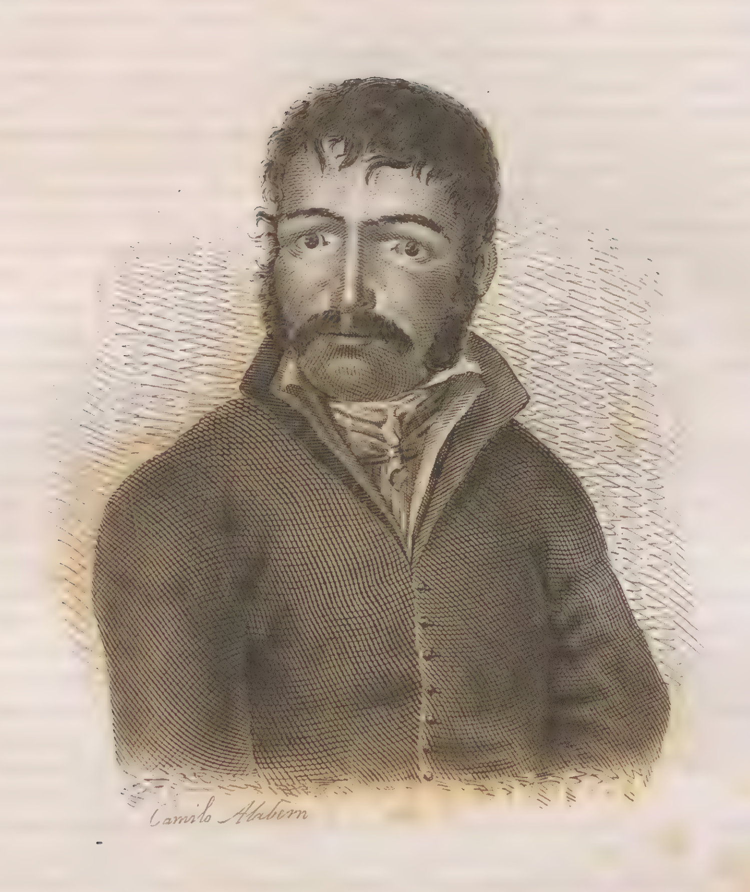
Pero las partidas que seguian siempre infatigables en su contínuo pelear eran las tan nombradas como famosas del Empecinado, Villacampa y Duran, pertenecientes todas ellas á este segundo distrito. El conde del Montijo, á quien Blake habia nombrado gefe de las tres, dejó su mando luego que se rindió Valencia, y se incorporó á las reliquias de aquel ejército, con lo que quedaron gobernándose por sí los mencionados caudillos segun ellos deseaban, siendo esto en verdad lo mas conveniente á su modo de hacer la guerra. Los límites á que debemos sujetarnos no nos permiten enumerar las infinitas acciones de estos tres activos partidarios, por lo que solo indicaremos algunas de ellas.

El 6 de febrero avanzaron los enemigos y se aproximaron á Sigüenza, en donde á la sazon se hallaba el Empecinado, que los cargó con bizarría y los hizo retroceder hasta Mirabueno; pero habiendo recibido alli los franceses un considerable refuerzo, volvieron al dia siguiente sobre Sigüenza, y haciéndoles cara D. Juan Martin se rompió un vivo fuego por ambas partes en el monte llamado del Rebollar, en donde cargados los españoles por una fuerte columna de caballería enemiga mandada por el general Gui, tuvieron que retirarse en desórden con pérdida de 1,200 hombres, estando para ser cogido el mismo Empecinado en



Salvacion del Empecinado.

persona, quien solo se salvó echándose á rodar por un despeñadero abajo. Achacaron algunos este descalabro á una alevosía de su segundo D. Saturnino Albuin, llamado el Manco; y parece que con razon, si se atiende á que hecho prisionero este, tomó partido con los enemigos, borrando el brillo de su anterior conducta. Ni paró en esto el traidor porte del Manco, sino que quiso ademas seducir al D. Juan Martin y á otros compañeros, aunque en balde, y á levantar partidas que denominaron



El Brigadier D. Juan Martin

conocido por el Empecinado



de *contra-Empecinados;* las cuales no correspondieron á las esperanzas del enemigo, pues los soldados se pasaban á nuestro mando en cuantas ocasiones se les presentaban.

D. Pedro Villacampa despues que por la rendicion de Valencia regresó á Aragon, escarmentó allí durante el marzo á los generales Palombini y Pannetier en Campillo, Ateca y Prohondon, y uniéndose luego con el Empecinado amenazaron juntos á Guadalajara. Marchó luego otra vez Villacampa á Aragon, teatro predilecto de sus empresas, dirigiéndose el Empecinado á Cuenca, en donde entró á viva fuerza el 9 de mayo: batió la guarnicion enemiga y la obligó á encerrarse en la casa de la inquisicion y en el hospital de Santiago, puntos ambos fortificados por los franceses, y de donde pudo escapar aquella con la oscuridad de la noche, menos una compañía de zapadores que quedó prisionera. El baron Hugo Nardon, pariente del intruso rey José, fué muerto en las calles de Cuenca, en donde cogieron los españoles muchos efectos de guerra. Retirándose de allí D. Juan Martin, pasó á Cifuentes, y hallándose el 21 en la vega de Masegoso, dudaba si aguardaria ó no á los enemigos que se acercaban; mas sabedores sus soldados de que venia el Manco, quisieron pelear á todo trance. Despues de un reñido choque vencieron los nuestros é hicieron huir al Manco apresuradamente; pues los remordimientos de su baja traicion le amenguaron el valor que siempre mostrado habia en las filas de la lealtad.

D. Ramon Gayan, tambien partidario de este distrito, estuvo para apoderarse el 29 de abril del castillo de Calatayud, muy fortificado por los franceses; y aunque no lo pudo conseguir, logró al menos coger á su comandante Favalelli y á 60 soldados que se hallaban á la sazon en la ciudad.

El acreditado D. José Duran continuaba haciendo la guerra con su acostumbrada actividad, y determinado á posesionarse de Soria, en la noche del 17 al 18 de marzo se aproximó á aquella ciudad con 3,000 hombres y 3 piezas de artillería. En la misma noche descargó un fuerte temporal, mas en medio de la crecida lluvia atacaron los españoles el recinto en tres columnas por la parte del arrabal: el enemigo se resistió valerosamente desde un atrincheramiento interior por espacio de cuatro horas; mas al fin le obligaron los nuestros á abandonar la ciudad y encerrarse en el castillo con una fuerza de 600 hombres. Duran mandó demoler parte de la muralla, cuatro conventos y un hospital, para que en adelante no sirvieran de abrigo á los franceses, y despues de permanecer siete dias en la poblacion, sabiendo que se acercaba una division enemiga para socorrer á los encerrados en el castillo, ordenó prudentemente su retirada, habiendo dado con su arrojo libertad á muchos buenos españoles encarcelados por los franceses en Soria.

Incansable este intrépido gefe en sus fatigas, concibió el proyecto de inutilizar ó apoderarse de un parque de artillería gruesa que habia en Tudela de Navarra perteneciente al enemigo, quien tenia en aquel punto una guarnicion de 1,000 infantes, apoyada por una division de 3,000 peones y 700 ginetes situada en Egea. El 28 de mayo embistió Duran á Tudela, la que tenian los franceses bien fortificada, mas todo cedió á la intrepidez de los nuestros, que asaltaron la ciudad en dos columnas, por el Cármen Descalzo y la Misericordia, y á las inmediatas órdenes de los tenientes coroneles D. Juan Antonio Tabuenca y D. Domingo Murcia, llegaron hasta la plaza de los Toros, donde se hallaba dicho parque. El enemigo, arrollado y perseguido por todas partes, lo abandonó todo para encerrarse en el fuerte: 18 piezas de artillería de grueso calibre fueron enteramente inutilizadas: los nuestros se llevaron seis, quemaron todos los carros de municiones, y todas las cureñas y demas efectos y combustibles: hicieron 126 prisioneros y libertaron á 86 españoles que tenian presos los enemigos, los cuales tuvieron ademas un considerable número de muertos y heridos.

Siguiendo Duran la carrera de sus triunfos, atacó la guarnicion de Aranda de Duero el 14 de junio, á la que obligó tambien á encerrarse en sus puestos fortificados: empleó todo el dia 15 en batir á los que se parapetaron en el palacio del obispo, los cuales durante la noche consiguieron reunirse con los de los fuertes; y

Duran, que no llevaba artillería para batirlos, y supo tambien que los generales Paris y Palombini se internaban en el ducado de Medinaceli, desistió del empeño de rendir la guarnicion de Aranda, y marchó al encuentro de aquellos. El resultado de esta tentativa fué matar al enemigo 300 hombres, hacerle 48 prisioneros, libertar á unos cuantos holandeses, que habiéndose pasado á los españoles fueron despues aprehendidos por el enemigo, y salvar á 7 de los dependientes de la junta de Burgos, á los que amenazaba una próxima muerte.

Aunque hemos contado ya los sucesos del quinto distrito en estos seis primeros meses, añadiremos aqui que entre los partidarios que obraban en él seguia distinguiéndose hácia tierra de Toledo el médico Palarea, el cual recibió del Príncipe Regente de Inglaterra, por mano de lord Wellington, un sable, en prueba de admiracion por su valor y constancia.

El ejército del 6.º distrito contribuyó mucho con sus movimientos á acelerar la evacuacion de Asturias, verificada nuevamente á últimos de enero, en virtud de órdenes de Marmont, apurado con el sitio y toma de Ciudad-Rodrigo. La salida de los franceses del principado fué sumamente penosa, ya por las muchas nieves, y ya por las contínuas molestias que les causaban los paisanos, las tropas asturianas y D. Juan Diaz Porlier, que los hostilizó con la caballería, cogiéndoles bagages y muchos rezagados. Tambien perecieron bastantes hombres, dinero y efectos á bordo de cinco trincaduras que tripularon los enemigos en Gijon, de las cuales se fueron cuatro á pique bajo un recio temporal.

Por lo demas la crudeza de la estacion no le permitia al 6.º ejército emprender ninguna seria operacion. Continuaba todavía á su frente D. Francisco Javier Abadía, conservando siempre el mando supremo el general Castaños, que, segun indicamos, gozaba tambien el del quinto y sétimo ejército.

Trasladóse este último gefe á Galicia, yendo de Ciudad-Rodrigo por Portugal, y llegó á aquel distrito á principios de abril. Para alentar con su presencia á los habitantes, juzgó del caso no solo tomar providencias militares y administrativas, sino tambien halagar los ánimos con la deleitable perspectiva de un mejor órden de cosas. Decíales por tanto en una proclama datada en Pontevedra á 14 de abril... «Mi buena suerte me proporciona ser quien ponga en ejecucion en el reino de Galicia la nueva constitucion del imperio español, ese gran monumento del saber y energía de nuestros representantes en el congreso nacional, que asegura nuestra libertad, y ha de ser el cimiento de nuestra gloria venidera.» ¡Qué idea tan desventajosa se concibe del hombre al comparar estas espresiones con la conducta de su autor en todo el curso de su larga vida!...

En el mes de mayo volvieron los franceses á ocupar á Asturias: su permanencia en ella fué corta é inquieta, siendo digno de notarse, entre otros hechos, la defensa que el coronel de Laredo, D. Francisco Rato, hizo en el convento de San Francisco de Villaviciosa contra el general Gautier, que no consiguió desalojar de allí á pesar de los mayores esfuerzos. Los sucesivos movimientos de los aliados obligaron á Marmont á que Bonnet evacuára otra vez el principado, lo que verificó este general en el mes de junio, por el lado de la costa, via de Santander, temeroso de encontrar tropiezos si tomaba el camino de las montañas que parten términos con Leon. Ya á esta fecha tenia nuevamente el mando del 6.º ejército D. José María Santocildes, que fué recibido con universal aplauso.

El general D. Gabriel de Mendizabal seguia con el mando del 7.º ejército, cuyos cuerpos y guerrillas cansaban sin cesar al enemigo. D. Juan Diaz Porlier, uno de los gefes dependientes de este ejército, obraba en Asturias siempre que el principado se hallaba ocupado por los enemigos, y cuando no se estendia unas veces hácia Castilla ó Santander, y otras se embarcaba para amagar algunos puntos de la costa, conservando á los franceses de ella en una contínua alarma.

Lo mismo ejecutaban en Cantábria D. Juan Lopez Campillo, Salcedo, la Riva y otros diferentes caudillos.

En las provincias Vascongadas se instaló en febrero la junta del señorío, que por

lo comun residia ahora en Orduña. Por los esfuerzos de dicha autoridad, y bajo la inspeccion del activo general Mendizabal, acabó D. Mariano Renovales de formar entonces tres batallones y un escuadron, los primeros de á 1,200 hombres cada uno, que empezaron á obrar en la primavera de este año; con esta fuerza se fomentó por aquella parte la insurreccion, cuyo origen era debido á la actividad y especial vigilancia del Pastor y Longa. Renovales estendia muchas veces sus correrias por la costa, combinando sus operaciones con las fuerzas marítimas británicas, que á las órdenes de Sir Home Popham cruzaban por aquellos mares, y en ocasiones ambos cerraron de cerca ó escarmentaron á los franceses de Bilbao y otros puertos, bien asi como D. Gaspar Jáuregui (el Pastor), poco ha nombrado, á quien se debió, sostenido por dicho Popham, la toma en Lequeitio el 18 de junio de un fuerte ganado por asalto, y la de un convento en donde se cogieron cañones, pertrechos y 290 prisioneros.

El patriótico teson con que las juntas de este sétimo distrito auxiliaban las guerrillas y cuerpos francos, y fomentaban ademas el entusiasmo en los habitantes por medio de impresos y periódicos, escitaban el encono de los enemigos contra ellas y el interes con que las perseguian. Desgraciadamente tuvieron ocasion de vengar su ira contra la de Burgos, una de la mas diligentes y tenaces. Hallábase esta corporacion en el pueblo de Grado, entre las sierras de Atienza y Riaza, cerca de Ayllon, cuando en la mañana del 21 de marzo 4,000 hombres de caballería francesa cercan el pueblo, aprisionan á cuatro de sus vocales (cuyos nombres, dignos de perpetuarse en la historia, son: D. Pedro Gordo, cura de Santibañez, D. Eulogio José Muro, Don José Ortiz Covarrubias y D. José Navas) y á unos pocos soldados de su escolta, y los condujeron á Soria, en donde el 4 de abril los arcabucearon, suspendiendo despues sus cadáveres en la horca. Conmovidos y aterrados los habitantes de aquella ciudad con tan sangriento espectáculo, solicitaron y obtuvieron permiso del general enemigo para dar sepultura á aquellos ilustres mártires de la libertad, mas cuando se encontraban reunidos en la parroquia de San Salvador celebrando sus exequias, entraron en la iglesia una porcion de franceses, se apoderaron de los cadáveres, y poniéndolos otra vez en la horca, á uno de ellos con la misma vestidura sacerdotal que lo cubria, amenazaron con grandes penas al que intentára recogerlos, y los tuvieron asi muchos dias. Sabedor el cura D. Gerónimo Merino de tan inaudita crueldad, juró tomar venganza en la primera ocasion.

No tardó esta mucho en presentársele. El 16 de abril atacó en el camino de Ontoria de Valdearados, cerca de Peñaranda de Duero, á una columna enemiga de unos 700 hombres, y fueron tan bien dispuestos sus movimientos, que á pesar de los esfuerzos de los franceses para retirarse ó romper por cualquiera parte, tuvieron que rendir las armas 509 hombres, siendo los restantes muertos ó heridos en la accion. De estos prisioneros hizo Merino pasar por las armas 20 por cada individuo de la junta de Burgos, y 10 por cada soldado de los de su escolta, siendo por todos 110 franceses los que perecieron en espiacion del atentado de Soria. Represalia terrible; pero de la que únicamente eran responsables los que se negaban á reconocer en el ciudadano español los derechos que á todo hombre asisten en la defensa de sus propios hogares, y trataban á los que no eran soldados como salteadores ó rebeldes. Sin embargo, Napoleon, autor de tan atroces medidas, cuando despues en 1814 tocaba ya los términos de su ruina, dió un decreto en Fismes á 5 de marzo, en el que decia: «1.° Que todos los ciudadanos franceses estaban no solo autorizados á tomar las armas, sino obligados á hacerlo, como tambien á tocar alarma... á reunirse, registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos y acometer al enemigo por flanco y espalda... 2.° Que todo ciudadano frances cogido por el enemigo y castigado de muerte seria vengado inmediatamente en represalia con la muerte de un prisionero enemigo.» Otros decretos del mismo tenor acompañaron ó precedieron á este, señaladamente uno en que se autorizaba el levantamiento en masa de varios departamentos, con facultad á los generales de permitir la formacion de partidas y cuerpos francos.

De esta manera Napoleon, al tiempo mismo que canonizaba la heróica conducta de los españoles, y justificaba las represalias que las crueldades de sus generales les obligaban á tomar, ofrecia tambien una severa leccion á los soberbios conquistadores que, en el acceso de su orgullo, prodigan injurias é imponen crueles castigos á los valientes hijos de un suelo profanado é injustamente invadido.

El celo del partidario Longa inquietaba tambien con frecuencia á los franceses, y el 30 de junio, á la cabeza de dos batallones y un escuadron, cargó á la bayoneta á una columna de 400 enemigos, que rehecha y cerrada en masa ganó una altura, de la que fué desalojada con mucha pérdida, no obstante haber sido reforzada con dos cañones y alguna gente de las guarniciones de Miranda y Pancorbo.

Solo nos queda por ahora que hablar en lo correspondiente al sétimo distrito de algunas acciones del siempre célebre D. Francisco Espoz y Mina, no desmerecedoras de acompañar á las que en otras ocasiones hemos mencionado de este ilustre caudillo, ascendido ya á brigadier en justa recompensa de sus trabajos y triunfos. El 11 de enero, en presencia del general Mendizabal, sostuvo Mina una accion capaz de dar honor al mas esperimentado militar. El general de Pamplona Abbé se presentó con la mayor parte de sus fuerzas en la derecha del rio Aragon, frente á Sangüesa: Mina no dudó atacarle con dos columnas por derecha é izquierda, mientras que Longa, á quien se unió en esta ocasion, embestia por el centro. Abbé resistió el ataque con la mayor firmeza; pero el arrojo de los nuestros le obligó á dejar el campo, abandonando dos cañones, con mas de 600 hombres de pérdida.

Pocos dias habian pasado, cuando ocupando el general Soulier la villa de Sangüesa con 1,600 infantes y 170 caballos, se propuso Mina atacarle en esta posicion, y en la madrugada del 5 de febrero forzó el puente, á pesar de la resistencia que le opuso el enemigo, al mismo tiempo que otras cuatro compañías españolas que habian pasado al otro lado del Aragon, entraban en la ciudad por el lado opuesto. Soulier juzgó prudente retirarse á Sos; formó en columna de ataque sostenida su izquierda por la caballería, y emprendió la marcha: á poca distancia se encontró con las tropas navarras, que le recibieron con el mayor denuedo, y despues de un vivísimo fuego, viendo el enemigo la imposibilidad de batir á los españoles, siguió su marcha á Sos, tardando mas de cinco horas en llegar á aquella villa, sin embargo de distar solo dos de Sangüesa: tal fué la firmeza y constancia con que le fueron incomodando las tropas de Mina.

El general Dorsenne, comandante principal de las huestes francesas de Navarra, viendo frustradas todas sus tentativas para ganar á su partido al leal y decidido Mina, y conociendo tambien que eran infructuosas las promesas de grandes premios hechas repetidas veces por la cabeza de este caudillo, terror y espanto de las tropas francesas, determinó envolverle por todas partes y destruir los pueblos del valle del Roncal, asilo constante de los heridos y enfermos de la division navarra. Para el logro de su intento reunió 16,000 infantes y 2,000 caballos, á las órdenes de los generales Dumostieu, Laferriere, Pannetier, Abbé, Casan, Soulier, Rottembourg, Quesnel, Camus, Duburriel y Mouton. A la sazon se hallaba Mina en dicho valle con los batallones 2.° y 3.° de su division. Distribuidas por el enemigo sus crecidas fuerzas, ocuparon á Ochagavia 4,500 infantes y 200 caballos mandados por Abbé; 3,000 infantes y 400 caballos comandados por Dumostieu se colocaron en Lumbier; Laferriere con una fuerza igual ocupó á Sangüesa y sus inmediaciones, y por la parte de Jaca se hallaban 3,000 infantes, completándose el círculo por el Pirineo. Mina, que en los grandes aprietos desplegaba mas su inimitable serenidad, mandó sacar del valle á los heridos y enfermos, y el 24 por la noche se dirigió al pueblo de Lovera. El 26 entró Abbé en el valle con su division, y siguió la retirada de los españoles, al mismo tiempo que Lafarriere los estrechaba por su derecha; mas Mina, burlando la actividad del enemigo, entró en Luesia, y el

28 tomó posicion en Fuencalderas, batiendo al paso á 700 enemigos, y logrando con sus acertadas medidas salvar sus dos batallones de tan terrible persecucion.

Un trabajo tan continuado tenia bastante quebrantada la salud del intrépido caudillo navarro; pero con un espíritu superior á todas las fatigas, teniendo noticias de que una columna de 3,000 infantes enemigos, pertenecientes á la guardia imperial y cuerpos de polacos, con 150 caballos, debia salir de Vitoria custodiando un convoy y multitud de prisioneros españoles que llevaban á Francia, proyectó sorprenderla en Arlaban, lugar célebre por la sorpresa ya relatada del año anterior. Grandes dificultades se le presentaban para esta atrevida empresa: entre otras la victoria antes alcanzada que debia tener muy sobre aviso á los contrarios, y tambien un castillo que estos habian construido allí y artilládole con cuatro piezas. Para alejar Mina toda sospecha, maniobró con destreza singular; y todavía le creian los enemigos en el alto Aragon, cuando haciendo en un dia una marcha de quince leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9 de abril al quebrar del alba en las inmediaciones de Arlaban y pueblo de Salinas, en donde formó con su gente un círculo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga. Su segundo Cruchaga contribuyó mucho á los preparativos, y opuso á la vanguardia de los contrarios al intrépido y despues desgraciado comandante D. Francisco Ignacio Asura.

Era el convoy de los mas ricos que los franceses solian enviar, y caminaba con él á Francia Mr. Deslandes, secretario de gabinetes del rey intruso, y portador de correspondencia importante. Al descubrir el convoy, y tras la primera descarga, cerraron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga, hiriéndola antes que volviese de la primera sorpresa. Solo una hora duró el combate, siendo en él completamente destrozados los enemigos y perseguidos por todos lados. Seiscientos de ellos quedaron tendidos en el campo, 150 prisioneros, y se cogió rico botin y dos banderas. Parte de la retaguardia consiguió huir precipitadamente protegida por los fuegos del castillo de Arlaban. Mr. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el subteniente D. Leon Mayo. Su esposa Doña Carlota Aranza fué respetada, con otras señoras que allí



BELLOS SENTIMIENTOS DE MINA.

iban. Cinco niños, de quienes se ignoraban los padres, envióles Mina á Vitoria, diciendo en su parte al gobierno: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los pri-«meros pasos de su vida, han merecido de mi division todos los sentimientos de «compasion y cariño que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna y suer-

«te tan desventurada... Los niños por su candor tienen sobre mi alma el mayor «ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el corazon guerrero «de Cruchaga.» Espresiones dignas de un corazon magnánimo, y que pintan el verdadero carácter de los partidarios españoles, no indómito y fiero cual lo suponia el encono de los enemigos, sino sensible y humano como corresponde al verdadero valiente.

Desde Arlaban se dirigió Mina al reino de Aragon, y habiendo entrado en el pueblo de Robles, se encontró cercado al amanecer del 23 de abril y casi cogido en la misma casa donde se alojaba, en cuya puerta se defendió con la tranca, no teniendo á mano otra arma, hasta que acudió en auxilio suyo su asistente el bravo y fiel Luis, que llamando al mismo tiempo á otros compañeros, le sacó del trance, y lograron todos burlar la vigilancia y presteza de los enemigos.

El 22 de mayo, marchando Mina desde Estella á la costa de Cantábria, al atravesar la carretera de Tolosa á Vitoria, se encontró en el pueblo de Ormaestegui con una division enemiga de 2,300 infantes y 18 caballos, que escoltaban un tren de artillería gruesa, y empeñada una reñida accion, se sostuvo con igual teson por una y otra parte, hasta que una bala de cañon arrebató las dos manos al esforzado D. Gregorio Cruchaga, destrozándole el brazo derecho, con cuyo accidente, aterrada la tropa, empezó á ceder el campo al enemigo. Mina al observarlo, se vuelve hácia ella, y afeando severamente su cobardía, se pone á su cabeza y carga con desesperado corage á los franceses, á los que arrolla y obliga á refugiarse al abrigo de su artillería.

Al dia siguiente sostuvo el mismo caudillo en Santa Cruz de Campezu otra sangrienta accion con la columna del general Abbé, la que perdió mas de 400 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

El brigadier Cruchaga falleció á los pocos dias de resultas de sus heridas, con sumo sentimiento de Mina y de toda su tropa. Las córtes le declararon benemérito de la patria en 30 de setiembre, y mandaron se le pasase perpétuamente revista en su regimienlo, inscribiéndose su ilustre nombre con letras de oro.

El 25 del mismo mayo, habiéndose adelantado hasta dicho pueblo de Santa Cruz el baron D' Arquin con 1,800 infantes y 200 caballos enemigos, se trabó un combate con tres batallones de Mina y se sostuvo un fuego vivísimo, hasta que herido en un muslo el caudillo español por una bala de fusil, se retiró en buen órden. Esta desgracia, que tuvo á Mina privado de pelear hasta el inmediato agosto, proporcionó á los franceses, por ese corto tiempo, el descanso que no les dejaba gozar aquel incansable gefe.

Si tan justamente se admira en Mina ya su constancia en guerrear y ya los conocimientos militares que campeaban en sus operaciones, no deben llamar menos la atencion algunos de los actos de su administracion. Estableció cerca de su campo casi todos los cuerpos y autoridades que residian antes en Pamplona, mudando de puntos segun lo exigian los sucesos de la guerra; pero desempeñando todos, sin embargo, sus respectivos cargos con bastante regularidad, ya por la adhesion de los pueblos á la causa nacional, ya por el terror que infundia el solo nombre de Mina, cuya severidad pudo alguna vez equivocarse con algo de rigor, muy disculpable y enteramente forzoso en medio de los riesgos que contínuamente le rodeaban, y de los repetidos lazos que los enemigos le tendian.

Cubria especialmente Mina sus necesidades con los bienes que secuestraba á los reputados traidores, con las presas y botin tomado al enemigo, y con el producto de las aduanas fronterizas. Modo este último de sacar dinero, quizá nuevo en la economía de la guerra y fruto del sagaz ingenio de nuestro caudillo. Resultó de un convenio hecho con los mismos franceses, segun el cual nombrándose por cada parte interesada un comisionado, se recaudaban y distribuian entre ellos los derechos de entrada y salida. Amigos y enemigos ganaban en el trato, con la ventaja de dejar mas espedito el comercio, resultando á España la de no tener que gravar su presupuesto de guerra con el sosten de la gruesa division de Mina.

De la reseña que acabamos de hacer con relacion á los sucesos que tuvieron lugar en los diferentes distritos durante los seis primeros meses de este año, se deduce claramente la parte que todos respectivamente tuvieron, segun antes digimos, en los triunfos obtenidos por los aliados en Ciudad-Rodrigo y Badajoz, lo mismo que en las grandes operaciones comenzadas ya por aquellos en la fecha en que nos encontramos. Pero antes de ocuparnos de ellas, y antes tambien de indicar las lisongeras esperanzas que por este tiempo infundian en los españoles los acontecimientos del norte de Europa, es de nuestra obligacion hablar de los interesantes trabajos de las córtes, pues ellos deben ocupar un lugar muy preferente en la historia, la cual, sin el cabal conocimiento de aquellos, no mereceria otro nombre que el de una triste y descarnada narracion de los desastres de la guerra. Demas que debiendo considerarse la de la Independencia como el prólogo, digámoslo asi, de la gran revolucion que, en union con los demas pueblos civilizados, está llamada á consumar la España, necesario es dejar consignados todos sus actos, para que los errores en ellos cometidos sirvan de leccion el dia grande en que terminados los episodios, entre el pueblo de lleno en el verdadero circo donde debe decidirse, una vez para siempre, la lucha terrible de la libertad con la tirania. Para asegurar el triunfo de la primera, preciso es que sus sostenedores sepan bien todos los subterfugios que sus contrarios han puesto en juego para perpetuar su ominoso dominio, pues sin este conocimiento mal podrán escogitarse los medios de destruirlos. Lo hemos dicho otras veces; pero hay ciertas verdades que es necesario repetirlas siempre. La historia no se escribe para mera curiosidad, sino para enseñanza de las respectivas generaciones, y por eso no cumplirá con su deber el escritor que en la suya no deje bien marcadas las causas de los males y de los bienes que relata, para inspirar asi el escarmiento ó el estímulo en las edades venideras. Por esta razon, aunque en las materias políticas que nos van á entretener, no seremos tan latos como desearíamos, y como acaso seria necesario, por tener que ceñirnos al sumo laconismo que se nos recomienda, procuraremos, sin embargo, no dejar por tocar, aunque sea ligeramente, ninguno de aquellos hechos que puedan contribuir al logro de nuestros deseos, dirigidos esclusivamente al triunfo de la razon y á la felicidad de la especie humana.



CAPITULO XXIX.

Maquinaciones contra las córtes.—Manifiesto de D. Miguel de Lardizabal.—Causas que influyen en la determinacion del congreso sobre esta materia.—Esposicion del ex-regente D. Antonio Escaño.—Asunto del Consejo de Castilla.—Consejeros suspensos.—Papel de la España vindicada.—Tribunal especial para entender en estos asuntos.—Representacion de D. José Colon.—Ocurrencia con el diputado Valiente.—Desacuerdo entre las juntas de censura.—Equívoca conducta del tribunal especial.—Su fallo sobre el asunto del consejo.—Sentencia contra Lardizabal.— Manejos para poner al frente de la Regencia á la infanta doña María Carlota: carta de esta señora á las córtes.—Contestacion.—Proposicion del señor Laguna.—Esposicion del diputado Vera Pantoja.—Proposiciones del señor Argüelles.—Nombramiento de la nueva Regencia.—Administracion de la anterior.

SUSPENDIMOS en el año anterior la reseña de las tareas de las córtes en el mes de agosto al tiempo de presentar la comision de Constitucion sus primeros trabajos, por lo cual, antes de ocuparnos de estos, y para no interrumpir luego su narracion, nos parece necesario decir algo de otros varios asuntos ventilados en el congreso en los últimos meses del citado año.

Habiendo ofrecido antes no tratar de la mediacion propuesta por la Inglaterra para la pacificacion de América hasta cuando podamos presentar la resolucion de las córtes sobre tan importante materia, empezaremos aqui la reseña de la época actual por los tropiezos que ofrecieron á la marcha de aquellas los partidarios de los antiguos abusos y constantes enemigos de las reformas, y con los que sino consiguieron el objeto de sus maquinaciones, lograron al menos separarlas mas de una vez de la noble y digna senda que les señalaban los principios proclamados por ellas mismas, y hacerles adoptar resoluciones que las equivocaban con los anteriores gobiernos. No desconocemos la necesidad, y aun la obligacion en que estaban los legisladores de Cádiz de no dejar tomar pábulo á las insidiosas miras de sus contrarios, cuando tambien lo eran de las libertades públicas; pero esto nunca justificará ninguna medida capaz de confundir á los fundadores de un sistema liberal con los de la arbitrariedad y del oscurantismo.

Uno de los primeros que alzaron bandera contra las córtes y contra las reformas por ellas decretadas, fué el ex-regente Lardizabal, en un escrito publicado en Alicante el mes de setiembre de 1811, el cual llevaba por título: «Manifiesto que «presenta á la nacion el consejero de estado D. Miguel de Lardizabal y Uribe, «uno de los cinco que compusieron el Supremo Consejo de Regencia de España

«é Indias, sobre su política en la noche del 24 de setiembre de 1810.» Luego que en el octubre inmediato empezó á circular en Cádiz tan escandaloso papel, causó en el público la impresion mas desagradable, pues aunque su autor no gozaba la mejor opinion, el puesto que habia ocupado hacia creer con bastante fundamento que las ideas en él emitidas no eran esclusivas del que las publicaba, sino estensivas tambien á toda la regencia de que Lardizabal habia sido individuo.

Escitados algunos diputados por el clamor público, creyeron de su deber llamar sobre el asunto la atencion del congreso, y el 14 del mismo octubre, tomando la palabra D. Agustin Argüelles, manifestó el peligro de la patria, y para su seguridad y la del congreso pidió se leyese el citado manifiesto. Sostuvo esta demanda el conde de Toreno, pidiendo ademas que se impusiese á su autor el castigo que merecia. Apoyaron este dictámen varios diputados, y presentando el impreso en cuestion el Sr. García Herreros, se mandó leer inmediatamente.

El tal escrito, haciendo á su autor todo el favor posible, podia reputarse como uno de los mas vergonzosos productos de los delirios humanos, siendo sus doctrinas una servil reproduccion de las de los siglos mas bárbaros. En él impugnaba el decreto de la libertad de imprenta, á cuya sombra, decia, se habian hecho correr ideas *republicanas y democráticas:* combatia el de 24 de setiembre de 1810, suponiendo que las córtes se habian abrogado indebidamente la soberanía, pretendiendo manifestar que esta no podia existir sino en la persona del rey; y hablando del juramento prestado por la Regencia en la noche de aquel dia, sentaba fué que forzado moralmente, porque entonces no podia contar ni con el pueblo, ni con las armas para hacerse respetar, y asi, lo que juró la Regencia fué la soberanía de Fernando VII con la nacion. Entrando despues á tratar de las facultades de las córtes, esponia principios absurdos, bastando estos á manifestar que sus facultades intelectuales eran tan imperfectas como su persona, y que su escrito merecia mas el desprecio que la indignacion, reclamando para su autor, antes un lugar en alguna casa de Orates, que la creacion de un tribunal especial para ser juzgado. Mas las córtes no lo creyeron asi, y dieron al asunto la mayor importancia: aunque debe decirse en descargo de aquella ilustre asamblea, que su conducta en esta materia no fué precisamente impulsada por las doctrinas del manifiesto, sino porque la impunidad de los hechos espresados en él no estimulára á los enemigos de las reformas á su repeticion, y por eso el Sr. Argüelles en la misma sesion del 14, al calificar el impreso del libelo, dijo que contenia dos partes: «la primera, añadió, abraza las opiniones de un español, que como ciudadano y estando en el «goce de sus derechos ha podido y ha debido manifestarlas, y está bien que diga «lo que quiera y sostenga su opinion hasta cierto punto...» Asi pagaba el Sr. Argüelles el tributo mas lato á la libre emision del pensamiento; pero distinguiéndola como es justo de los hechos, seguia diciendo: «la otra parte no es opinion, son «hechos que atacan á las córtes, á la nacion y á la causa pública... ¿Qué quiere «decir que si el consejo antiguo de regencia hubiera podido disponer del pueblo ó «de la fuerza en la noche del 24 de setiembre, la cosa no hubiera pasado asi?... «Si ese autor se reconoce tan impertérrito, ¿por qué no tuvo valor... en Bayona (1)? «La grandeza de los hombres se descubre en las grandes ocasiones. En los peligros está la heroicidad.»

El Sr. Mejía sostuvo con vehemencia la misma opinion, proponiendo se remitiera el papel á la junta de censura de la libertad de imprenta. El conde de Toreno, con aquel entusiasmo por la libertad que tanto le distinguia en aquella época, y que hace mas notable su posterior conducta, pidió que se tomasen providencias severas y ejecutivas. Otros varios diputados hablaron en el mismo sentido, terminando los

(1) D. Miguel de Lardizabal fué individuo de la junta reunida en Bayona en 1808 por Napoleon, y en la opinion de muchos reputado por afrancesado.

debates de aquel dia con la aprobacion de la siguiente proposicion del Sr. Morales Gallego, el cual pidió: «que se arrestase y condujese á Cádiz desde Alicante, donde residia, á D. Miguel de Lardizabal, siempre que fuese autor del referido manifiesto, como tambien que se recogiesen los ejemplares de este y se ocupasen los demas papeles de dicho Lardizabal; todo bajo la mas estricta responsabilidad del secretario del despacho á quien correspondiese.»

En la sesion del siguiente dia se continuó tratando del mismo asunto, y en ella se leyó una esposicion de D. Antonio Escaño, compañero de regencia con Lardizabal, en la cual desmentia cuanto habia publicado el último acerca de las ideas é intenciones de aquel cuerpo. Lo mismo hicieron mas adelante los Sres. Saavedra y Castaños.

Los rumores esparcidos por el público desfavorables al Consejo de Castilla, á quien no solo se atribuia estar complicado en el asunto de Lardizabal, sino que se aseguraba tambien haber estendido en secreto una consulta comprensiva de varios particulares relativos á lo mismo y contra la autoridad de las córtes, llamaron la atencion de esta en la citada sesion del 15, en la que tambien se hizo mérito de una protesta remitida por el obispo de Orense, y de la cual hablaba Lardizabal en su manifiesto. Tales antecedentes obligaron al Sr. Calatrava á pedir: «1.º Que se nombrase una comision de dos diputados para que inmediatamente pasase al Consejo Real y recogiese dicha protesta y consulta; 2.º que otra comision de igual número pasase á recoger la esposicion ó protesta del mismo reverendo obispo, que se decia archivada en la secretaría de Gracia y Justicia; 3.º que se nombrase una comision de cinco diputados que juzgase al autor del manifiesto, y entendiese en la causa que debia formarse desde luego para descubrir todas sus ramificaciones...» Fueron aprobadas las dos primeras propuestas, nombrándose para desempeñar la comision del Consejo al mismo Sr. Calatrava y al Sr. Giraldo, y para la de la secretaría de Gracia y Justicia á los Sres. García Herreros y Zumalacárregui. A la tercera proposicion se opuso el Sr. de Monte, y desechado el pensamiento de que fuesen diputados los que juzgasen á Lardizabal, se aprobó en su lugar: «que una comision del congreso propusiese en el dia siguiente doce sugetos que actualmente no ejerciesen la magistratura, para que de entre ellos eligiesen las córtes cinco jueces y un fiscal que juzgasen al autor del manifiesto y entendiesen en la causa que debia formarse desde luego para descubrir todas sus ramificaciones, procediendo breve y sumariamente con amplias facultades, y con la actividad que exigia la gravedad del asunto.»

Aunque nuestra opinion no sea conforme á la marcha de las córtes en esta ocasion, no por eso convenimos en un todo con la cruel censura que de ella han hecho sus enemigos; pues á mas de la causa antes indicada, hay otras muchas razones que la disculpan, y nosotros las esplanaríamos si los límites á que debemos sujetarnos nos lo permitieran. No se pierdan, sin embargo, de vista las críticas circunstancias que rodeaban á los legisladores de Cádiz, teniendo que sostenerse entre dos elementos tan opuestos como eran de un lado los desesperados esfuerzos del agonizante despotismo, y del otro las exigencias de un pueblo que, habiendo empezado á gustar las delicias de la libertad, queria á todo trance la destruccion de los que trabajaban para arrancarle un bien á tanta costa adquirido.....

Las dos pimeras comisiones salieron inmediatamente del congreso á desempeñar su cometido, y en la misma sesion dieron cuenta de sus resultados. Los diputados que fueron á la secretaría de Gracia y Justicia encontraron la esposicion del obispo de Orense, sobre la que no se tomó providencia, pues aunque altanera y ofensiva, era la misma que presentó aquel prelado á las córtes en 3 de octubre de 1810, de cuyo incidente hicimos mencion en su respectivo lugar. Los que se dirigieron al Consejo no descubrieron la consulta de que se trataba, y si solo tres votos contra ella de los señores que habian disentido, y eran D. José Navarro y Vidal, D. Pascual Quilez y Talon y D. Justo Ibar Navarro. Estaba encargado de estender la consulta el conde del Pinar, quien manifestó haberla rompido de enojo, porque

cuando la presentó al consejo le habian puesto reparos algunos de sus compañeros hasta en las mas mínimas espresiones. Tan ridícula disculpa irritó á muchos, y pocos le dieron asenso, creyendo los mas que dicho documento se habia inutilizado ahora ó poco despues del suceso... Con su desaparicion y con lo que resultaba de los votos de los tres consejeros que discordaron, encrespóse el asunto y agravóse la suerte de los motores de la consulta, aprobándose dos proposiciones del conde de Toreno concebidas en estos términos: «Primera, que se suspendiesen los indi-«viduos del Consejo Real que habiendo acordado la consulta de que hacian mérito «los votos particulares de los ministros Ibar Navarro, Quilez Talon y Navarro Vi-«dal, remitiendo estos votos y todos los papeles y documentos que tuviesen rela-«cion con este asunto al tribunal que iba á nombrar el congreso para la causa de «D. Miguel de Lardizabal. Segunda: que mientras tanto entendiesen en los nego-«cios propios de las atribuciones del consejo los tres individuos que se habian «opuesto á la consulta, y los ausentes que hubiesen venido despues y se hallasen «en el ejercicio de sus funciones.»

Con esta providencia quedaron suspensos en el citado Consejo Real el decano D. José Joaquin Colon, D. Manuel de Lardizabal, hermano del ex-regente, D. Bernardo Riega, D. Sebastian de Torres, el conde del Pinar, D. Domingo Fernandez de Campomanes, D. Andres Lasauca, D. Ignacio Martinez de Villela, D. Francisco de Arjona, D. Vicente Duque de Estrada, D. Juan Antonio Gonzalez Carrillo, D. Tomas Moyano, D. Benito Arias Prado y D. José Antonio Larrumbide.

Cualquiera que sea el concepto que se forme de esta determinacion de las córtes, siempre será preciso confesar que fué un golpe mortal para los enemigos de las reformas, dejando por entonces paralizadas sus tentativas. El pueblo la recibió con tanto mayor agrado, cuanto á la mala voluntad que de antiguo profesaba al Consejo de Castilla, sostenedor por lo comun de arbitrariedades y abusos, se unia la aversion con que se le miraba por la conducta equívoca é incierta que habia seguido al momento de levantarse las provincias del reino, y por su conato en atacar á estas y contrariar casi todas las reformas que partian de aquel orígen.

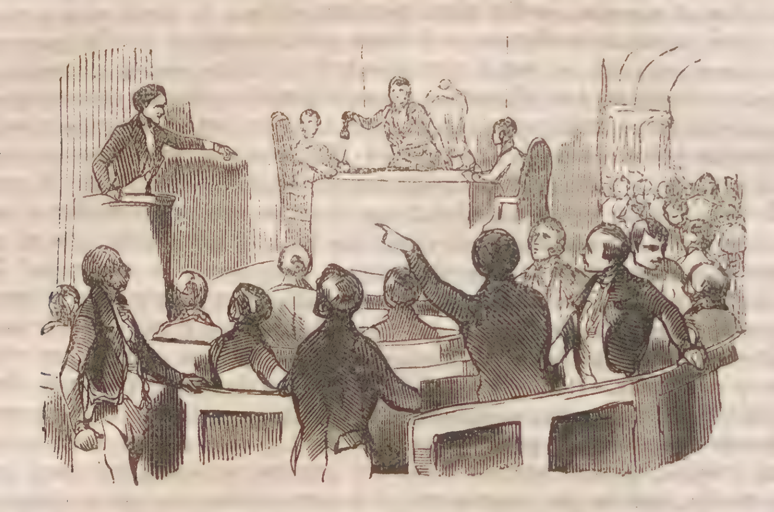
Otro nuevo incidente aumentó en aquellos mismos dias la importancia del asunto que se ventilaba. Imprimíase á la sazon en Cádiz, en la oficina de Bosch, un papel intitulado: «*España vindicada en sus clases y gerarquias,*» el cual se creia enlazado con el de que en la actualidad se trataba, por lo cual en el mismo dia 15 presentó una proposicion el señor García Herreros, de cuyas resultas se remitieron á las córtes dos ejemplares impresos de dicho escrito con el original. El tal folleto era una ágria y larga censura de todos los procedimientos del congreso, en el que el autor, á par que con falaz hipocresía protestaba á cada paso sumision y obediencia á las córtes, escitaba contra ellas á los clérigos y á los nobles, que decia injuriados por no haberse admitido dos estamentos, añadiendo que no podian las mismas entender sino en negocios de Guerra y Hacienda para rechazar al enemigo. Se atribuia dicha produccion á D. Gregorio Vicente Gil, oficial de la secretaría del Consejo y Cámara; pero se aseguraba y luego se probó que el verdadero autor era el antes citado D. José Colon, decano del Consejo Real. Por eso, mirando el asunto como conexo con el de esta corporacion y con el de Lardizabal, se pasó el 21 del propio octubre un ejemplar impreso con el original manuscrito al tribunal especial que iba á entender en las otras dos causas.

Dicho tribunal fué nombrado en la sesion del 17, escogiendo las córtes de entre los doce sugetos propuestos por la comision cinco jueces y un fiscal. El nombramiento de los primeros recayó en D. Toribio Sanchez Monasterio, D. Juan Pedro Morales, D. Pascual Boloños de Novoa, D. Antonio Vizmanos y D. Juan Nicolas Undaveytia, y el de fiscal en D. Manuel María Arce. Todos prestaron juramento ante las córtes, y considerándose este tribunal como supremo, dispensósele el tratamiento de alteza.

Entre los varios desagradables incidentes que ofreció este negocio, merece especial mencion una representacion dirigida á las córtes por el referido decano del

consejo D. José Colon, en la que «sometiéndose como individuo á comparecer «ante el tribunal especial, pedia como persona pública la vénia mas atenta, para «que el juicio y cuanto se obrase en él fuese y se entendiese con la reserva de es- «poner (por sí, si vivia, ó por el que le sucediese) á las córtes presentes y futu- «ras cuanto conviniese á su alto cargo y á su tribunal.» Algunos diputados miraron dicha esposicion como ambigua, y aun la consideraron como una protesta anticipada de las reformas judiciales de la Constitucion. Pidiéronse al esponente esplicaciones acerca del sentido, y diólas, y no satisfaciendo con ellas, dijo el Sr. García Herreros: «Todo individuo de la sociedad tiene derecho para representar al soberano «cuanto le parezca. En sustancia esa vénia que D. José Colon pide, ¿no es para re- «presentar lo que le convenga, ya sea antes ó despues de la sentencia? Pues ¿á «quién ha negado la ley ni las córtes el que acuda á hacer presente lo que juzgue «útil y preciso á su derecho?... Asi que yo no comprendo á qué es pedir esa vénia, «y me parece inútil concederla. Mi dictámen, pues, es que se diga que use de su «derecho y nada mas.» Contestando el Sr. Gutierrez de la Huerta á este dictámen, dijo: «que segun el derecho español era necesario para instaurar un recurso es- «traordinario al soberano, pedir antes la vénia, y que siendo estraordinario el «tribunal creado, podian ocurrir casos en que los acusados tuviesen que usar «de este medio, por lo que justamente el decano del consejo pedia dicho permiso «para ocurrir á las córtes, siempre que él ó sus compañeros se sintiesen agra- «viados.» Previendo desde luego el Sr. D. Juan Nicasio Gallego las miras de los diputados anti-reformadores en esta cuestion, tocó el medio de cortarla diciendo: «que no era fácil aclarar este asunto, cuando los señores jurisperitos, que ademas «del estudio tenian la práctica del foro y estrados, hablaban con tanta variedad en «el negocio.» No consiguió, sin embargo, este prudente diputado terminarlo de un modo conciliador, pues como los contrarios lo habian elegido por fuerte baluarte desde el cual esperaban batir ventajosamente las reformas, continuaron su ataque con los mas acalorados discursos, consiguiendo asi enardecer las pasiones hasta el estremo de que los asistentes á las galerías, acostumbrados hasta entonces á oir con el mas respetuoso silencio todas las discusiones, tomaron desgraciadamente parte en esta, y en la sesion del 26 de octubre, dejándose llevar del universal entusiasmo, faltaron á la circunspeccion y decoro que debe observar siempre el público en tales lugares.

Provocó el escandaloso hecho un imprudente discurso pronunciado por D. José Pablo Valiente, á cuyo diputado tenia el pueblo de Cádiz antigua ojeriza desde el año de 1800, por atribuírsele la introduccion alli de la fiebre amarilla volviendo de ser intendente de la Habana. Esta desventajosa persuasion, infundada á nuestro ver, hubiera desaparecido seguramente, á no haberle dado fomento las retrógradas ideas del diputado, pues en una ciudad cuyos hijos, generalmente hablando, no respiraban mas que libertad, no podia ser bien visto un sugeto que, á la anterior prevencion que contra él habia, unia la que su actual conducta escitaba de continuo, especialmente cuando se sabia ser el único individuo de la comision de Constitucion que habia rehusado firmar el proyecto: motivos todos que enseñaban á Valiente la mesura con que debia proceder. Mas no lo hizo asi, y, á pesar que asistia poco á las córtes, apenas supo la cuestion que se ventilaba, se presentó en ellas, y tomando la palabra, empezó usando de espresiones tales, que se conocia eran dirigidas á promover el desórden, para convertir por este medio, segun prevenia el reglamento, la sesion pública en secreta. La ulterior conducta de Valiente acreditó no ser esta una temeraria sospecha, pues al primer ligero murmullo de las galerias, reclamó el cumplimiento de aquel artículo reglamentario. Con esta demanda indispuso mas los ánimos, y los acabó de irritar cuando añadió, dirigiéndose al congreso, que entre los circunstantes habia *intriga*, y volviéndose á las galerías, habló de *gente pagada*. Palabras que apenas las pronunció, causaron murmullos en el congreso, y en las galerias tal bulla y desórden, que el presidente alzó la sesion pública, á pesar de las vivas y enérgicas reclamaciones de los señores Toreno y Golfin.



TUMULTUOSA SESION EN EL CONGRESO.

Permanecieron sin embargo los espectadores en aquellas, y aunque despues las evacuaron, mantuviéronse en la calle y puertas del edificio. Se estendió en breve el tumulto á toda la ciudad, y embraveciόse mas al divulgarse que era Valiente el causante de aquel disgusto. Instruidas las córtes de la efervescencia popular, suspendieron la deliberacion del asunto pendiente, para ocuparse en tomar precauciones que preservasen de todo mal la persona del imprudente diputado. A este fin se presentó en la barandilla del congreso el gobernador de la plaza D. Juan María Villavicencio, quien respondió de la seguridad individual del D. José Pablo; pero este, completamente desanimado y lleno de pavor, no se consideró seguro en modo alguno, ni aun rodeado de las bayonetas, y pidió ser conducido al navío de guerra *Asia* fondeado en bahía. Se condescendió con sus deseos, y puesto abordo permaneció allí y despues en Tánger muchos meses, por voluntad propia y sin dejar en su retiro de trabajar, como despues veremos, en el sosten de sus máximas y principios.

Este desagradable suceso, aunque provocado como hemos visto por la indiscreta temeridad de Valiente, dió alguna vez armas á los que sin el menor fundamento quisieron quejarse de falta de libertad; mas por el pronto amilanó á los enemigos de las reformas, en términos que el mismo D. José Colon desistió de sus peticiones, las que sin embargo pasaron al tribunal especial, el cual siguió con bastante negligencia las causas que le estaban encomendadas. Lardizabal llegó de Alicante al principiar noviembre, y arrestado en Cádiz en el cuartel de San Fernando, hizo varias representaciones á las córtes, procurando sincerar su conducta y escrito. Duraron muchos meses estos negocios, y en ellos se acreditó de nuevo lo difícil que es el desarraigar de una nacion envegecidos abusos, y la insuficiencia de todas las reformas, si los que las han de plantear no son hombres nuevos sin contacto con las rutinas.

El asunto de la España vindicada lo paralizó indebidamente una calificacion favorable que, escediéndose de sus facultades, dió la junta suprema de censura, en oposicion de otra de la de provincia, que anteriormente habia declarado culpable el escrito. En el fallo de las otras dos causas manifestó el tribunal especial una parcialidad repugnante, pues al tiempo mismo que en 29 de mayo de 1812 absorvió de toda culpa á los consejeros procesados, pedia su fiscal nada menos que la pena de muerte contra D. Miguel de Lardizabal, y aunque el tribunal no se con-

formó con este dictámen, condenó sin embargo al acusado en 14 de agosto del mismo año, «á que saliese espulso de todos los pueblos y dominios de España, en «el continente, islas adyacentes y provincias de Ultramar, y al pago de las costas «del proceso;» añadiendo para vergüenza de la época, «que los ejemplares del «manifiesto se quemasen públicamente por mano del verdugo.» Apeló Lardizabal del fallo al tribunal supremo de justicia, ya entonces establecido, cuya sala segunda revocó y anuló la anterior sentencia; pero la confirmó despues en todas sus partes la sala primera, en virtud de apelacion que hizo el fiscal del tribunal especial. Asi terminó un asunto tan ruidoso en sus principios, causa triste de tantos disgustos, y cuyo verdadero resultado no fué otro que ennegrecer con un feo borron la historia de la libertad del año 12.

No estuvo en el ínterin ocioso el partido antiliberal, pues apenas repuesto del terror que les causaron los sucesos referidos, se dispuso á preparar á su contrario nuevas inquietudes, eligiendo para su primera acometida el proyecto de poner al frente de la Regencia á una persona real. Entre los varios príncipes estrangeros que aspiraban á este puesto, se decidieron los retrógrados por la infanta Doña María Carlota, hermana mayor de Fernando VII y esposa del príncipe regente de Portugal, residente entonces en el Brasil. Apoyaba este pensamiento D. Pedro de Sousa, ahora duque de Palmela, y en aquel tiempo ministro de Portugal en Cádiz; y lo contrariaba con empeño el ministro británico en la misma plaza sir Henry Wellesley.

La misma infanta, para conseguir este resultado y congraciarse con las córtes, manifestándoles la ninguna parte que tenia en la invasion de la orilla oriental del rio de la Plata por las tropas brasileñas, les escribió una carta manifestándoles que-



La infanta Maria Carlota.

rer desahogar los sentimientos que afligian su corazon ante los representantes de su patria, é informándoles sobre varios puntos, concluyendo con rogarles que no se descubriese á su esposo aquella correspondencia. Las córtes trataron este asunto en sesion secreta, y contestaron á la infanta, «que en semejantes materias tuvie«se á bien S. A. dirigirse á la Regencia, á cuyas facultades correspondia el des«pacho.» A pesar de esta contestacion, repitió aquella princesa mas adelante sus cartas al congreso, como luego veremos.

Los partidarios de dicha señora seguian sin embargo en su empeño, y no determinándose á dar la cara ninguno de los que mas figuraban entre ellos, se valieron

del Sr. Laguna, diputado sin prestigio alguno, y á quien su misma sencillez hizo servir en esta ocasion de instrumento á la intriga. Este diputado, pues, presentó en la sesion del 8 de diciembre de 1811 una proposicion, pidiendo «se eligiese «nueva Regencia compuesta de cinco personas, de las que una fuese la persona «real á quien tocase.» No podia señalarse mas claro á la infanta Doña María Carlota, pues destruida la ley Sálica, y ausentes y presos sus hermanos, á ella pertenecia por su inmediacion á la corona presidir en aquel caso la Regencia. La proposicion por tanto no fué ni admitida á discusion.

Sin desmayar todavía los autores del pensamiento, se valieron para reproducirlo de D. Alonso Vera y Pantoja, diputado por la ciudad de Mérida, anciano respetable, pero de limitada capacidad. Este ciego instrumento de maquinaciones superiores á sus luces presentó en la sesion del 29 del propio diciembre una esposicion concebida en un estilo harto desmedido y sumamente injurioso á las córtes, concluyendo con varias proposiciones, entre las que resaltaban las tres siguientes: «1.ª Que se nombrase una regencia, y presidente de ella á una persona real, «concediéndole el ejercicio pleno de las facultades asignadas al rey en la Constitu- «cion. 2.ª Que en el término perentorio de un mes despues de elegir dicha Regen- «cia, se finalizasen las discusiones de la Constitucion, y se disolviesen las córtes: «3.ª Que no se convocasen otras nuevas hasta el año 1815.» A pesar de lo grosero de la trama, creyeron los diputados reformistas que era ya necesario adoptar algunos medios para destruirla, y á este fin el Sr. Calatrava, sin dejarse por de pronto llevar de la fogosidad de su carácter, pidió con la mayor calma «que «conforme al reglamento esplayase el autor sus proposiciones.» Semejante demanda puso al cuitado de D. Alonso en el mayor aprieto, y azorado y confuso, sin saber cómo salir de semejante apuro, se disponia ya á nombrar la persona que le habia puesto en él, cuando el mismo Sr. Calatrava, compadecido de su aturdimiento, y queriendo evitar una imprudente confesion que pudiera acaso repetir escenas como la del Sr. Valiente, tomó la palabra y dijo: «Una porcion de protervos se «valen de hombres buenos, como lo es el Sr. Vera, que acaso no tendrá las luces «necesarias. Es ya tiempo de quitarles la máscara. Hombres malvados se valen de «estos instrumentos para desacreditar á las córtes y encender la tea de la discordia «entre nosotros... ¿Qué ha hecho el autor de las proposiciones en los quince meses «que estan instaladas las córtes? ¿Qué proposiciones ha hecho para ayudar á estas? «¿Qué planes ha presentado para salvar la patria? Regístrense las actas, bájense «los espedientes de la secretaría. Allí se verá lo que cada uno ha hecho. ¿Qué ha «dicho y hecho el Sr. Vera para acusar á las córtes ahora? Dice que estas se han «ocupado en espedientes particulares: pregunto, ¿quién los ha promovido mas?... «¿A qué se dirigen estas proposiciones? A desacreditar á las córtes y al gobierno. «Esto no puede tener origen sino en personas descontentas por las reformas que «se han intentado.»

Siguiendo la discusion por el mismo estilo, y desechadas las proposiciones del Sr. Vera, se terminó por aprobar el 1.° de enero otras tres del Sr. Argüelles en sentido inverso á aquellas, dos de ellas muy importantes, pues se dirigia la primera á que en la Regencia que se nombrase para gobernar el reino con arreglo á la Constitucion, «no se pusiese ninguna persona real;» y la otra «á que «se eligiese una comision de las mismas córtes para que propusiera las medidas «que conviniese tomar entretanto que se organizaba el gobierno, á fin de ase- «gurar mejor la decision de tan importante negocio.»

Estas proposiciones eran conformes á la opinion ya generalizada en el congreso de la necesidad de formar una nueva Regencia, tanto porque la actual se consideraba sin prestigio, pues este lo pierden pronto los gobiernos en tiempos turbulentos y de apuros, como por estar casi siempre incompleta á causa de la contínua ausencia de D. Joaquin Blake, y de haber ahora este acabado de perderse quedando prisionero en la toma de la ciudad de Valencia.

Luego que se supo tan desgraciado acontecimiento, comenzaron las córtes á

ocuparse en la eleccion de la Regencia nueva, disponiéndose todos los partidos á la lucha. Precedieron á esta una lista de candidatos y un exámen de condiciones presentadas por la comision elegida á propuesta del señor Argüelles. Hubo en la materia muchas discusiones secretas sumamente reñidas, y al cabo el 21 de enero de 1812 fueron nombrados regentes «el teniente general duque del Infantado, don «Joaquin Mosquera y Figueroa, consejero en el supremo de Indias, el teniente ge«neral de la armada D. Juan María Villavicencio, D. Ignacio Rodriguez de Rivas, del «consejo de S. M., y el teniente general conde de La Bisbal:» entre los cuales debia turnar la presidencia cada seis meses, por el órden en que fueron elegidos, que era el que va indicado.

Estos señores, escepto el duque del Infantado, ausente en Lóndres como embajador estraordinario, juraron en las córtes el 22, y el mismo dia tomaron posesion



JURAMENTO DE LA TERCERA REGENCIA.

de sus plazas. Dice el conde de Toreno que esta eleccion la hicieron en su mayo parte los anti-reformadores, por habérseles unido, en especial para la del duque de Infantado, los americanos, confiados estos en que asi serian mejor sostenidas sus pretensiones y sus candidatos. Nosotros damos nuestro asenso á este aserto del diputado historiador, pues nunca creemos que el partido liberal de las córtes hubiera formado una Regencia tan anti-popular, ni mucho menos dado asiento en ella al duque del Infantado, cuando sus antecedentes y su conducta al lado de Fernando y en Bayona le colocaban muy lejos de tan elevado puesto. Muy mal recibido fué en Cádiz el nombramiento, pues el pueblo, que pocas veces se equivoca en tales pronósticos, divisaba ya el lado adonde se inclinarian los nuevos regentes.

Los que acababan, si bien podian no ser los mas adecuados para aquel cargo, se habian distinguido en él por su patriotismo y buenas intenciones, y las córtes, en atencion á ello, nombraron á todos tres, á saber: á los señores Blake, Agar y Ciscar, del Consejo de Estado que iba á formarse, sin escluir al primero, aunque ya aprisionado por los franceses.

El exámen de la administracion de la última regencia debe ocuparnos poco, pues obrando junto á unas córtes de tanto poder como las estraordinarias de Cádiz, se amenguaba hasta cierto punto el suyo: sin embargo, no desmerecieron algunos actos de su gobierno. En la parte diplomática los dos mas importantes fueron el de la mediacion de la Inglaterra para la pacificacion de América, y el de la alianza con

Rusia: ambos quedaban pendientes, aunque el último en muy buen estado y próximo á terminarse.

La marina, á pesar de pertenecer á ella dos de los regentes, no adelantó nada, y los ejércitos se mantuvieron tambien con corta diferencia en el mismo ser y estado, pues si se crearon algunos nuevos, los descalabros sufridos en otros dejaban poco aumento en el número de combatientes; pero en cambio recibieron bastante incremento las partidas, mejorándose mucho su organizacion, lo mismo que la de las juntas provinciales, cuyas corporaciones se habian aumentado, formándose alguna hasta en los territorios ocupados por los enemigos.

Aunque la entrada de caudales en las provincias continuaba siendo incierta y varia, se aumentó bastante con algunas providencias de las córtes, entre otras las del 23 de enero de 1811, por las que ordenaron para la manutencion de los ejércitos y formacion de almacenes de víveres, ademas de los frutos que pertenecian al Erario por escusado, noveno y demas ramos, se aplicase la parte de diezmos, aunque con calidad de reintegro, que no fuese necesaria para la subsistencia de los diversos partícipes, habiéndose despues prevenido que las respectivas juntas de provincias fuesen las encargadas en determinar la cuota de dicha subsistencia.

En suma, si el estado de los negocios públicos no se habia mejorado desde la instalacion de la Regencia cesante, y durante su mando se sufrieron dolorosos descalabros, la causa de la nacion se presentaba sin embargo bajo un aspecto mas lisonjero, y las esperanzas de triunfo mucho mas fundadas, tanto por la mayor disciplina de nuestros ejércitos y partidas y su entusiasmo siempre creciente, como por el aliento que infundian las córtes con sus providencias, con las muchas reformas útiles ya decretadas, y con la halagüeña perspectiva de la nueva constitucion próxima á plantearse. Fortificaban mas estas justas esperanzas las disposiciones de algunas potencias del norte, las cuales, estimuladas por el heroismo español, iban sacudiendo su vergonzosa apatía, conociendo ya que no era invencible el coloso del siglo.



CAPITULO XXX.

Nombramiento del Consejo de Estado.—Constitucion de 1812.—Manejos de sus enemigos para entorpecer su establecimiento.—Empieza su discusion.—Título 1.° de la nacion española y de los españoles.—Título 2.° del territorio de las Españas, su religion y gobierno.—Título 3.° de las Córtes y sus atribuciones.—Título 4.° Del Rey.—Título 5.° del poder judicial.—Título 6.° del gobierno interior de las provincias y de los pueblos.—Título 7.° de las contribuciones.—Título 8.° de la fuerza militar nacional.—Título 9.° de la instruccion pública.—Título 10.° y último: de la observancia de la Constitucion y modo de proceder para hacer variaciones en ella.—Reflexiones.—Firman la Constitucion todos los diputados.—Juramento de las Córtes y la Regencia.—Promulgacion del nuevo código.—Entusiasmo con que es recibido.



INSTALADA la nueva Regencia de los cinco, rodeada todavía en verdad de muchos obstáculos, pero siempe en mas ventajosas circunstancias que las anteriores, modificaron las córtes el reglamento de aquella para ponerlo en armonía con el régimen constitucional próximo á establecerse, y con el propio fin se ocuparon despues en nombrar el Consejo de Estado. Aunque dicha corporacion debia constar de 40 individuos, se acordó reducir por entonces su número á 20, dejando su complemento para mejor época. Fueron elegidos para componer el referido consejo, ademas de los tres ex-regentes, los señores Blake, Agar y Ciscar; el cardenal arzobispo de Toledo D. Luis de Borbon; don Andrés García Fernandez, arcediano de Vivero en la catedral de Mondoñedo; el conde de Altamira; el teniente general marqués de Castelar; D. Martin de Garay; don Melchor José de Foncerrada, oidor de la audiencia de Méjico; D. Francisco Javier Castaños, capitan general de ejército; D. José Baquijano y Carrillo, conde de Vistaflorida y oidor de la audiencia de Lima; D. Juan Perez Villamil, consejero de guerra; D. José Mariano de Almansa, consejero de hacienda, regidor y del comercio de Veracruz; D. Pedro Ceballos, del antiguo consejo de Estado; don Justo María Ibar Navarro, del Consejo de Castilla; D. Bernardo Roa, marqués Piedras Blancas, regente de la audiencia de Caracas; D. José Aicinena, coronel de milicias de Goetemala; D. Antonio Ranz y Romanillos, decano del consejo de Indias, y D. Esteban Barea, secratario del Consejo y Cámara de Castilla. El sueldo asignado á los consejeros de Estado era 120,000 reales, aunque entonces quedaban sujetos al máximum de 40,000 señalados á todos los destinos, sin mas

escepcion que los individuos del Consejo de Regencia, secretarios del despacho y generales en gefe de los ejércitos.

Tomadas por las córtes todas estas disposiciones, que debian preceder al establecimiento del nuevo sistema, solo faltaba para llevarlo á efecto firmar y jurar la Constitucion, de la cual nos vamos á ocupar ahora, aunque muy someramente, en razon á que los estrechos límites de esta obra no nos permiten entrar en el detenido análisis de un código tan apasionadamente juzgado, pues cuando unos han estado á punto de divinizarlo, otros por el contrario le han negado hasta el derecho de figurar entre las producciones humanas. Nosotros, igualmente distantes de ambos estremos, y sin poder detenernos á combatirlos, nos limitaremos á lamentar la timidez de las córtes de Cádiz que, encerradas en un estrecho círculo de que las circunstancias de entonces podian haberlas sacado, no solo desaprovecharon esas circunstancias para establecer una nueva especie de gobierno, el mas indicado para la Península, sino que no acertaron á hermanar la permanencia del trono con las verdaderas necesidades de una nacion cuya diversidad de intereses, de carácter y hasta de idioma que se observa entre sus diferentes provincias, á par que manifiestan la dificultad de ser todas felices con unas mismas leyes, demuestran la oportunidad de haber establecido en ella, cuando menos, una monarquía federativa-constitucional. Eso no obstante, nosotros consideraremos siempre la Constitucion de 1812 como una grande y útil mejora, siquiera porque desterrando las antiguas y anómalas complicaciones que oscurecian el derecho de los españoles, consiguió aclararlo y no poco, armonizándolo tambien hasta cierto punto con las luces del siglo.

Hechas estas prévias observaciones, ceñirémonos ya al deber que ahora nos incumbe, cual es formar el historiado epílogo del citado código desde que fué presentado su proyecto á las córtes por su comision respectiva.

Ya anunciamos en otro lugar, que los primeros trabajos de esta fueron leidos en el congreso en la sesion del 18 de agosto de 1811. Comprendian aquellos las dos primeras partes, en las cuales se incluia todo el relativo al territorio, religion, derechos y deberes de los individuos, y tambien la forma y facultades de las potestades legislativa y ejecutiva. La tercera parte se leyó el 6 de noviembre del mismo año, y abrazaba la potestad judicial; y la cuarta y última fué presentada el 26 de diciembre inmediato, en la cual se determinaba el gobierno de las provincias y de los pueblos, y se establecian reglas generales acerca de las contribuciones, de la fuerza armada, de la instruccion pública y de los trámites que debian seguirse en la reforma ó variaciones que en lo sucesivo se intentasen en la nueva ley fundamental.

Acompañó al dictámen un elocuente discurso estendido por el célebre D. Agustin Argüelles, en el que, si bien no habia que admirar ideas originales ni pensamientos creadores, porque la índole del proyecto no los permitia, dejaba traslucir un profundo conocimiento de nuestras antiguas leyes, y de los usos y costumbres de los siglos posteriores á la fatal introduccion de la monarquía uniforme en nuestro desventurado suelo. Sin negar los justos elogios que en su clase merece la obra del señor Argüelles, nosotros hubiéramos querido ver empleados los distinguidos talentos de aquel hombre ilustre en trabajo mas digno del legislador de un pueblo cuyas instituciones debian fundirse de un modo nuevo, basándolas sobre principios filosóficos de localidad española, tanto ó mas que de historia y de leyes; leyes que, aun suponiéndolas todas tales, no habia obligacion de acatarlas con esa especie de superstición que en dicho discurso se observa, puesto que nuestros mayores no disfrutaron el derecho esclusivo de sujetar á su obediencia á todas las generaciones sucesivas.

De todos modos, tanto el discurso como el proyecto de Constitucion fueron generalmente recibidos con el mas ardiente entusiasmo por un pueblo que al dispertar de su largo letargo, no podia figurarse en su júbilo, que la obra que le presentaban fuese solo un nuevo narcótico para hacerle sentir algo menos, y por tiempo

muy limitado la horrible gravedad de sus males, convirtiéndose en último resultado en asidero á sus enemigos para hacerle sentir redobladas las cadenas de la tiranía.

Los partidarios de esta no comprendieron por su parte la oportunidad que para la realizacion de sus planes podia ofrecerles el mecanismo de aquella obra, y deslumbrados con el brillo de su perspectiva, trataron de derribarla. Dióle el primer golpe, aunque en vago, un individuo de la misma comision, D. José Pablo Valiente, el cual se negó á firmar el proyecto, á pesar de haber concurrido á la aprobacion de las bases mas principales. Pusieron despues sus esperanzas los enemigos del proyectado código en D. Juan José Güereña, diputado americano de la nueva Vizcaya, y presidente de las córtes cuando se leyeron las dos primeras partes; pero este sugeto, aunque desafecto á reformas, se dejó llevar del torrente de la opinion, y señaló para principiar los debates el 25 del propio agosto. Frustrada esta tentativa, trabajaron para nombrar presidente el 24, dia de la remocion de aquel cargo, á D. Ramon Giraldo, á quien tenian por enemigo de novedades y con bastante sagacidad para suscitar embarazos en la discusion; mas tambien en esto erraron sus cálculos. Apenas ocupó Giraldo la silla de la presidencia, mostrándose sumamente adicto á la Constitucion, empleó toda su firmeza en llevar á cabo y en sostener con teson las deliberaciones. En tal estado, no quedó otro medio á los enemigos del proyecto sino prolongar los debates, moviendo cuestiones y disputas sobre cada artículo, en lo cual trabajaron contra sus mismas ideas, pues si bien es cierto que hicieron durar la discusion desde el citado 25 de agosto hasta el 23 del próximo enero, tambien lo es, que instruyéndose el pueblo por este medio en doctrinas que no habia tenido ocasion de aprender antes, hizo por de pronto mas difícil el triunfo de los enemigos de sus derechos.

Distribuíase la nueva Constitucion en artículos, capítulos y títulos, y constando toda ella de 384 de los primeros, no debe esperarse nos detengamos á tratar de cada uno de estos en particular. Concretarémonos solo á dar una idea general de la discusion sobre los diez títulos en que estaba dividida. Era el 1.° el que llevaba por epígrafe: *De la nacion Española y de los españoles*. Consignábase en uno de sus artículos el incontrovertible principio de la *soberanía nacional*, y aunque él puede decirse formaba toda la base del nuevo edificio, como ya habia sido admitido en la memorable sesion del 24 de setiembre de 1810, provocó poca discusion, siendo aprobado por 128 diputados contra 24, y aun estos lo desecharon no por su esencia sino por los términos en que estaba redactado, que eran los siguientes: «La soberanía reside esencialmente en la nacion, y por lo mismo pertenece á ella esclu»sivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales.»

Habiendo tratado estensamente de esta materia cuando hablamos en su respectivo lugar de la citada sesion del 24 de setiembre, no creemos necesario detenernos ahora en lo mismo, y solo añadiremos que la casi uniformidad observada en este punto por las Córtes de Cádiz, es la mas terminante acusacion contra muchos de los hombres llamados monárquico-constitucionales de nuestros dias, que dudan ó afectan dudar de un principio que en aquella época hasta el mismo realismo acátaba; y tambien muy especialmente contra los autores de la Constitucion del 37, que faltos de la firmeza debida, tuvieron la debilidad de desterrar el que nos ocupa de la parte preceptiva de aquel código, dejándolo solo consignado, de un modo vergonzante, en su preámbulo; dando asi lugar á que los enemigos de esa soberanía puedan repetir lo que uno de los hombres cuya conducta juzgará la historia, profirió en pleno parlamento, diciendo: «que él no habia jurado el preámbulo.» No concluiremos este asunto sin manifestar que no estamos del todo conformes con el final del artículo, tal como le aprobaron las córtes, pues á la nacion como soberana le corresponde de derecho el darse no solo las leyes fundamentales, sino en el último resultado toda clase de leyes sin distincion. Definíase tambien en este título los que debian conceptuarse españoles, y hacíase una lijera declaracion de los derechos y deberes de estos, cuya discusion fué harto prolija.

Trataba el título 2.° *del territorio de las Españas, su religion y gobierno, y de los ciudadanos españoles.* En órden al primer punto, despues de muchos y largos altercados, en especial respecto á la América, se ciñeron las córtes á hacer mencion en un artículo de las principales provincias de ambas Españas, anunciando en otro que harian una division mas conveniente del territorio de toda la Monarquía en mejores circunstancias. Mas delicado era el segundo punto, pues tocaba á la religion, asunto que promovió un difuso y acalorado debate, y ¿para qué? Para venir á aprobar, con asombro de la razon, el artículo 12, concebido en estos términos: «La religion de la nacion española es y será perpétuamente la católica, »apostólica, romana, única verdadera. La nacion la proteje por leyes sábias y jus» tas, y prohibe el ejercicio de cualquiera otra.» Amantes de la religion de nuestros padres, que es tambien la nuestra, estamos sin embargo muy lejos de aprobar los términos del artículo, ya por intolerantes é impolíticos, ya porque nos parecen mas propios de un concilio, que de una asamblea constituyente. Nada mas diremos en una materiá, en que es tan comun por desgracia confundir la verdad filosófica con la impiedad y la irreligion. Otro de los estremos de este título era, como hemos dicho, el del gobierno, y estaba reducido á declarar ser el de España monárquico, con la adicion de *hereditario*, declarándose en él igualmente la division de las tres principales potestades, perteneciendo la legislativa á las córtes con el rey, la ejecutiva esclusivamente á este, y la judicial á los tribunales. El último capítulo del mismo daba lugar á muy justa censura, pues especificándose en él quinnes debian conceptuarse ciudadanos, calidad necesaria para el uso y goce de los derechos políticos, se escluia «á los que por cualquiera línea fueran habidos y re» putados por originarios de Africa.» Siquiera por rubor, y para no dar armas á sus enemigos, debieran haber usado las córtes de otros términos, y ya que se mostraban impolíticas é injustas, haber sido francas al menos, pues claro es que la mente de esta disposicion era solo dirigida á los descendientes de los negros introducidos en América. ¿Cómo cupo en los hombres de Cádiz sancionar tan horrible injusticia? El capítulo terminaba disponiendo que «desde el año 1820 debe»rian saber leer y escribir los que de nuevo entráran en el ejercicio de los dere»chos de ciudadano.» Precepto laudable, y que lo hubiera sido mas, si las córtes, separándose de la comun rutina, hubieran buscado un medio nuevo y capaz de llevar la necesaria ilustracion á las clases mas menesterosas de la sociedad.

El título 3.° se dividia en once capítulos, tratándose con separacion en ellos *del modo de formarse las córtes del número y circunstancias necesarias para ser diputado y elector, del método de eleccion, de la celebracion de las córtes, de sus facultades, de la formacion de las leyes y de la sancion real, de la promulgacion de las leyes, de la diputacion permanente de córtes y de las córtes estraordinarias.*

La discusion de este título fué larga y enojosa, especialmente sobre el número de cámaras en que se habian de reunir las córtes, pues aunque la comision propuso desde luego que en una, como la mayor parte de los diputados no se habian penetrado de sus legítimas facultades, ni del espíritu y necesidades de la época, se creian obligados á pagar un supersticioso tributo, no solo á lo que llamaban nuestras antiguas leyes, sino tambien á los caprichosos estravíos de nuestros mayores; pues sabido es que sin reglas fijas se reunian ya en uno, ya en dos, en tres y hasta en cuatro estamentos, segun era mayor ó menor el ascendiente de las respectivas clases, ó como parecia mas conveniente á las miras de los monarcas. En Aragon, por ejemplo, no asistió el clero hasta el siglo XIII, y aun despues estaba tan poco determinado allí el número de los de aquel brazo y del de la nobleza que debian concurrir á las córtes, que dice Gerónimo Blancas: «De los eclesiásticos, de los no»bles, caballeros é hijos-dalgo no se puede dar regla cierta, de cuáles han de »ser necesariamente llamados, porque *no hallo fuero ni acto de córte que la de* (1).»

(1) En su obra intitulada: *Coronaciones de los Serenísimos reyes de Aragon, y el modo de tener córtes.*

Si repasamos la historia de los reinos de Castilla y de Leon, veremos igualmente, que en muchas de las córtes celebradas en ellos, aun en las mas señaladas, no hubo brazos; y en las congregadra en Toledo en los años de 1528 y 1539 no coucurrieron otros individuos de la nobleza, sino los que espresamente convocó el rey, y por eso dice á este propósito el conde de la Coruña en su relacion manuscrita: «Y no se »acaba la grandeza de estos reinos en estos señores nombrados, pues aunque no fue- »ron llamados por S. M., hay en ellos muchos señores de vasallos, caballeros hijos »dalgo de dos cuentos de renta, y de uno que tienen deudo con los nombrados (1).» Ahora bien, córtes de esta naturaleza, tan distantes de significar la verdadera representacion nacional, ¿merecian ser tomadas por modelos? ¿Y las llamadas leyes formadas por los delegados de la corona, podrian servir de cimiento á la nueva Constitucion, que la nacion reclamaba? Por fortuna las córtes de Cádiz se mostraron en este punto digna espresion del pueblo español, y aprobaron por una considerable mayoría, segun proponia la comision: «que se juntasen las cortes en »una cámara sola, compuesta de diputados elegidos por la generalidad de los ciu- »dadanos.»

Si la imparcialidad de la historia y las rígidas leyes de la justicia nos obligan con tanta frecuencia, y á depecho de nuestras mas caras afecciones, á dirigir á los diputados del año 12 ágrias reconvenciones, esperimentamos el mas grato placer cuando su conducta nos ofrece, como ahora, la ocasion de tributarles el homenage que merecen los verdaderos intérpretes del voto nacional. Este era tan marcado por una sola cámara, que de no admitirla las córtes hubieran perdido todo su prestigio, y el entusiasmo con que fué recibida su constitucion se hubiera helado ante las dos cámaras, institucion en nuestro concepto dificilísima de hermanar con la felidad de la naciones cuyo régimen es *monárquico-representativo* (2).

Aunque la mayoría de la comision de Constitucion pertenecia indudablemente al partido reformador, la consideramos sin embargo subyugada por la pugna de dos opuestos afectos que luchando entre sí, hacian su marcha equívoca é insegura, pues cuando por un lado deseaba dar á la nacion una libertad positiva, por otro queria escatimársela, temiendo que degenerase en licencia; y de aqui el miedo de aumentar demasiado el número de los diputados y la mezquina idea de señalar uno por cada 70,000 almas.

Por entonces no se exigia mas requisito para ser diputado que la edad de 25 años, ser un ciudadano y haber nacido en la provincia ó hallarse avecindado en ella con residencia á lo menos de siete años; pero venia despues otro artículo, declarando que para ser diputado seria necesario mas adelante una renta anual procedente de bienes propios, y que las córtes sucesivas declararian cuándo era llegado el tiempo de que tuviese efecto aquella disposicion. Sobre lo antiliberal é impolítico de esta medida, cuya tendencia era establecer la aristocracia del dinero, mas perjudicial que la de sangre, y la menos propia para abogar por los intereses del pueblo, se unia lo inadmisible que era en una nacion como la nuestra, donde estancada la propiedad en ciertas clases, quedaban sin ella los hombres mas dignos y á propósito para ocupar los escaños del cuerpo legislador. Sin embargo de eso, por una de las muchas contradicciones que con tanta frecuencia nos ofrecen las córtes de Cádiz, quedó aprobada tan impopular disposicion, votando en su favor los diputados mas adictos á las reformas.

Aunque en la eleccion se concedia el sufragio universal, pues tenia voto todo ciudadano en el ejercicio de sus derechos, los tres grados de juntas de parroquia, de

(1) Se encuentra en la coleccion manuscrita de las *Córtes de Castilla*, tomo 8.

(2) A los que para probar las ventajas de lás dobles cámaras nos presentan las de los Estados-Unidos, les diremos que igualen las circunstancias de nuestro pais con las de aquellos, y entonces acaso admitamos la segunda cámara. La Inglaterra no debe tampoco servirnos de tipo, siendo como es su régimen esencialmente aristocrático, y no monárquico-constitucional.

partido y de provincia por donde pasaban inutilizaban la primera ventaja, allanando de paso el camino á la intriga, pues el corto número de los que en último termino hacian el nombramiento de diputados facilitaba los amaños y todas las malas artes que en semejantes casos saben poner en juego los enemigos de la pública felicidad.

Podian ser nombrados diputados individuos del estado seglar, ó del eclesiástico secular, disposicion muy oportuna, toda vez que era única la cámara; y aunque algunos provocaron la cuestion de que se admitiesen tambien los regulares, las córtes desecharon cual era debido, semejante idea: los regulares, habian prestado votos que les hacian renunciar al mundo y á todos los debates terrenos.

Se escluian de la eleccion los secretarios del despacho y los consejeros de estado, aunque mal en nuestro concepto, los dependientes de la casa real y los empleados con nombramiento del gobierno por la provincia en donde ejerciesen su cargo, deduciéndose de esto que podian serlo por otras, en lo cual no convenimos tampoco, pues no tienen sufragio imparcial para votar contribuciones los que han de vivir de ellas, ni es posible cumplir á la vez, al menos en los términos debidos, con el doble carácter de empleado y de representante del pais.

Todos los años debian celebrarse córtes, no pudiendo mantenerse reunidas sino tres meses, y uno mas en caso de que el rey lo pidiese ó lo resolviesen asi las dos terceras partes de los diputados. La mente de esta disposicion era enfrenar por un lado el demasiado poder que se temia de un cuerpo único y de eleccion popular, y evitar por otro el abuso que podia hacer la corona de la libre facultad de disolver las córtes ó prorogarlas. Error grave en nuestro concepto impedir al monarca el libre uso de la disolucion de la asamblea, y aun el de convocarla y suspenderla, solo por temor al abuso. La comision propuso en su dictámen que se nombrasen diputados cada dos años, y que fuese lícito el reelegirlos Aprobaron las córtes la primera parte y desecharon la última, adoptando en su lugar que no podriá recaer la eleccion en los mismos individuos, sino despues de haber mediado una diputacion ó sea legislatura. Error lamentable que privaba á la nacion de esperimentados legisladores.

Consecuentes las córtes con su anterior acuerdo, dejaron consignado en este lugar que no pudieran los diputados admitir para sí, ni solicitar para otro, empleo alguno de provision real ni ascenso sino los de escala durante el tiempo de su diputacion, ni tampoco pension ni condecoracion alguna hasta un año despues. Disposicion necesaria, si ha de ser verdad la independencia de los diputados.

Las facultades de las córtes se estendian á todo lo correspondiente á la potestad legislativa, y ademas se reservaron la ratificacion de los tratados de alianza ofensiva, los de subsidio y los especiales de comercio, dar ordenanzas al ejército, armada y milicia nacional, y estatuir el plan de enseñanza pública y el que hubiera de adoptarse para el príncipe de Asturias.

En la formacion de las leyes se dejaba la iniciativa á todos los diputados sin restriccion alguna, y solo se prescribian ciertos trámites para la discusion y votacion, con objeto de evitar resoluciones precipitadas. Hubo pocos debates sobre estos puntos; pero se promovieron muy empeñados acerca de la sancion real: pues aunque ya las córtes la habian tácitamente aprobado en el título 2.° estableciendo que la facultad de hacer las leyes correspondia á las córtes con el rey, no estaban por eso obligadas, segun manifestaban algunos, á aprobar la dilacion que ahora se dejaba á la corona para la negativa del veto, concediéndole esta facultad hasta dos veces, y solo cumplido este número era cuando, si las córtes insistian en su proyecto, pasaba la ley como tal y se entendia haber recibido la sancion. Para que el lector pueda juzgar por sí en materia tan controvertida, espondremos aqui algunos de los principales argumentos en que se fundaban los que negaban al monarca la facultad de dar el veto, y los que la concedian. Hablando en el primer sentido decia el conde de Toreno: «¿Cómo una voluntad individual se ha de oponer á la suma de »voluntades representantes de la nacion? ¿No es un absurdo que solo uno detenga,

«y haga nula la voluntad de todos? Se dirá que no se opone á la voluntad de «la nacion, porque esta de antemano la ha espresado en la Constitucion, con«cediendo al rey este veto por juzgarlo asi conveniente á su bien y conservacion. «Esta razon, que al parecer es fuerte, para mí es especiosa; ¿cómo la nacion en «favor de un individuo ha de desprenderse de una autoridad tal, que solo por sí «pueda oponerse á su voluntad representada? Esto seria enagenar su libertad, lo «que no es posible ni pensarlo por un momento, porque es contrario al objeto «que el hombre se propone en la sociedad, lo que nunca se ha de perder de vista. «Sobre todo debemos procurar á la Constitucion la mayor duracion posible; y ¿se «conseguirá si se deja al rey esa facultad? ¿No nos esponemos á que la negativa «dada á una ley traiga consigo el deseo de variar la Constitucion, y variarla de ma«nera que acarree grandes convulsiones y grandes males? No se cite á la Inglater«ra: allí hay un espíritu público que es la grande y principal barrera que existe «entre la nacion y el rey, y asegura la Constitucion que fué formada en diferen«tes épocas y en diversas circunstancias que las nuestras. Nosotros ni estamos en «el mismo caso, ni podemos lisonjearnos de nuestro espíritu público. La negativa «dada á dos leyes en Francia, fué una de las causas que precipitaron el trono...»

En sentido contrario decia el señor Perez de Castro: «No veo qué abusos pue«dan nacer de este sistema, ni porque cuando se trata de refrenar los abusos se «ha de prescindir del poderoso influjo de la opinion pública, á la que se abre en«tre nosotros un campo nuevo. La opinion pública, apoyada en la libertad de la «imprenta, que es su fiel barómetro, ilustra, advierte y contiene, y es el mayor «freno de la arbitrariedad. Porque, ¿qué seria en la opinion pública de los que «aconsejasen al rey la negativa de la sancion de una ley justa y necesaria.....?» Basta lo espuesto para conocer la diversa tendencia de los argumentos aducidos por ambas opiniones. Las córtes aprobaron la propuesta de la comision en todas sus partes, y acertadamente sin duda. El monarca como moderador debe tener el *veto*, bien que debe ser solo *suspensivo*, si se ha de salvar el principio de la soberanía nacional.

Estableciase despues una diputacion permanente de córtes que duraba mientras la separacion de aquellas, compuesta de siete individuos, y con facultades reducidas á velar sobre la observancia de las leyes, y á denunciar su infraccion y las de la Constitucion, pudiendo igualmente convocar córtes estraordinarias en los casos marcados por esta. Esta institucion utilísima no trababa la accion del gobierno, y esto honra á las córtes de Cádiz.

Llamábanse córtes estraordinarias, no porque fuesen superiores á las ordinarias, ni menos constituyentes, sino porque compuestas de los mismos diputados que formaban las ordinarias, eran congregadas estraordinariamente y fuera de la época designada en la Constitucion. Su llamamiento se verificaba en caso de vacar la corona, de imposibilidad ó abdicacion del rey, y cuando éste las quisiera juntar para un determinado negocio, no siéndoles entonces lícito desviarse á tratar de otro alguno.

El título 4.° hablaba del rey, y en él se circunstanciaban su inviolabilidad y autoridad, la sucesion á la corona, la minoridad, la regencia, la dotacion de la familia real ó sea lista civil, y el número de secretarios de estado y del despacho con lo concerniente á su autoridad.

El rey ejercia con toda plenitud la potestad ejecutiva, concediéndosele tambien la facultad de declarar la guerra y hacer y ratificar la paz, desechándose la opinion de algunos señores que reclamaron en esta materia la intervencion de las córtes, segun lo ordenado en el antiquísimo fuero de Sobrarbe. Entre las varias restricciones puestas á las facultades del monarca eran las mas notables el no permitirle salir del reino ni casarse sin consentimiento de las córtes.

En órden á la sucesion á la corona quedó abolida la ley Sálica, y establecida aquella por el órden regular de primogenitura entre los descendientes lejitimos varones y hembras de la dinastia de Borbon reinante.

Las córtes se reservaron el nombramiento de rejencia en las minoridades, y en cuanto á la dotacion de la familia real, se acordó que las córtes respectivas la señalarian al principio de cada reinado.

Con arreglo al principio admitido en los gobiernos representativos que reconoce como fundamento la inviolabilidad del monarca, quedaron los secretarios del despacho con toda la responsabilidad de los actos del gobierno, sin que les sirviese de disculpa haber obrado por mandato del rey. Fijóse en siete el número de dichos secretarios, á saber: de Estado ó relaciones esteriores, dos de la Gobernacion, uno para la Península, otro para Ultramar, otro para Gracia y Justicia, otro para Hacienda, otro para Guerra y otro para Marina.

Ultimamente se creaba en este título el Consejo de Estado, de que hablamos antes, y debian componerlo 40 individuos: de ellos, cuatro grandes de España y cuatro esclesiásticos, debiendo ser obispos dos de estos. Inamovibles todos, los nombraba el rey, elijiéndolos de una lista triple presentada por las córtes. Eran sus principales facultades aconsejar al monarca en los asuntos árduos, especialmente para dar ó negar la sancion de las leyes, y para declarar la guerra ó hacer tratados: perteneciéndole tambien la prerogativa que antes gozaban las cámaras de Castilla y de Indias, de proponer la terna para los beneficios eclesiásticos y para la provision de las plazas de judicatura.

El título 5.°, á pesar de distar bastante de la perfeccion, era sin embargo uno de los mejores desempeñados del código fundamental. Referíase al poder judicial y se dividia en tres principales partes: 1.ª reglas generales; 2.ª administracion de justicia en lo civil; 3.ª administracion de justicia en lo criminal. Como consecuencia del nuevo sistema, se quitaba á los tribunales toda intervencion en lo gubernativo y económico, dejándoles solo la potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales. Prohibíase que ningun español pudiese ser juzgado por comision alguna especial, y destruíanse los muchos y varios fueros privilejiados que antes habia, escepto el eclesiástico y el militar, que no obstante las razones con que los señores Calatrava y García Herreros los combatieron, quedaron existentes.

Como cabeza de todo el poder judicial se formó un supremo tribunal de justicia, al cual se encargaba la decision de las competencias entre los tribunales inferiores, juzgar á los secretarios del despacho, á los consejeros de estado y á los demas magistrados, en caso de que se les exigiese responsabilidad por el desempeño de sus funciones públicas; conocer de los asuntos contenciosos pertenecientes al real patronato, de los recursos de fuerza de los tribunales superiores de la córte, y últimamente de los recursos de nulidad que se interpusiesen contra las sentencias dadas en última instancia.

En las provincias quedaban las audiencias sin preferencia entre sí, debiendo terminarse los asuntos en sus respectivos distritos. Dentro de la demarcacion de cada una se formaban partidos, estableciéndose en cada uno de ellos un juez de letras con facultades limitadas á lo contencioso.

En la parte criminal se impedia prender á nadie sin que procediese informacion sumaria del hecho por el que el acusado mereciese castigo corporal; permitiéndose en muchos casos que dando uno fiador no fuese llevado á la cárcel, á imitadel *habeas corpus* de Inglaterra. Aboliase la confiscacion; prohibíase que se allanasen las casas, escepto en determinados casos, y adoptábase mayor publicidad en el proceso, con otras oportunas disposiciones.

La admirable institucion del jurado para toda clase de delitos quedó anunciada como posible en España, no atreviéndose las córtes á plantearla desde luego por no considerarla todavía susceptible de realizacion.

Trataba el título 6.° del gobierno interior de las provincias y de los pueblos. El de estos se confiaba á los ayuntamientos, y el de aquellas á las diputaciones con los gefes políticos y los intendentes. Los ayuntamientos debian componerse de uno ó mas alcaldes, segun la poblacion, cierto número de regidores, y uno ó dos pro-

curadores síndicos elegidos todos por los vecinos, y amovibles por mitad todos los años.

Las diputaciones provinciales, á mas del gefe político y el intendente, se componian de siete individuos nombrados por los electores de partido y amovibles cada dos años, renovándose cuatro una vez y tres otra. Sus atribuciones en la provincia eran las mismas que las de los ayuntamientos en los pueblos, aunque limitando sus sesiones á noventa cada año. Restriccion que dirigiéndose á evitar se ladeasen aquellas corporaciones al federalismo, demuestra otra vez las equivocadas ideas de las córtes y cuán lejos estuvieron de conocer la clase de gobierno que la nacion necesitaba.

Reducíase el título 7.° á las contribuciones, estableciéndose en él que á las córtes solo tocaba establecer ó confirmar tanto las directas como las indirectas. Preveníase tambien que fuesen todas ellas repartidas con proporcion á las facultades de los individuos sin escepcion ni privilegio alguno, y se establecian reglas para la recaudacion y contabilidad. Reconocíanse en él la deuda pública, considerándola como una de las primeras atenciones de las córtes, y recomendándose su progresiva estincion y el pago de los réditos que se devengasen. Aun conociendo que estas últimas disposiciones no son propias de la Constitucion, no nos desagrada sin embargo verlas en ella, como verdadero testimonio de la buena fe castellana.

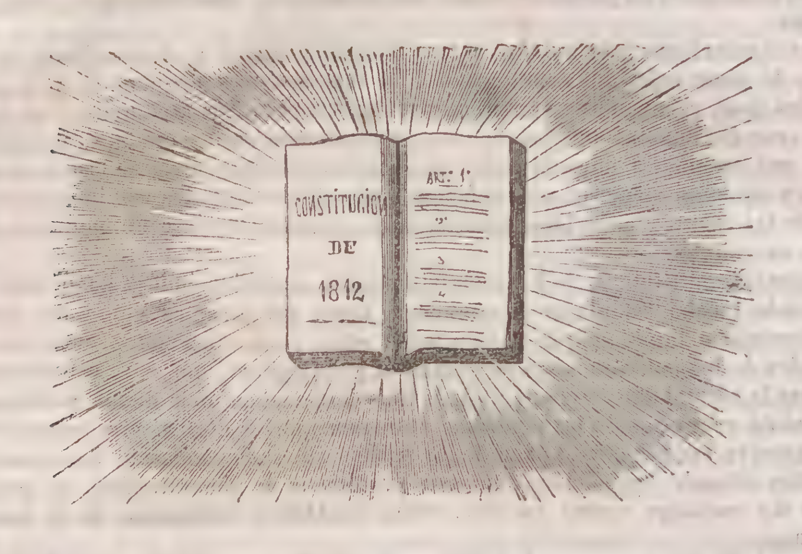
El título 8.°, concerniente á la fuerza militar nacional, abrazaba dos partes: 1.ª las tropas de contínuo servicio, ó sea ejército y armada; 2.ª las milicias. Respecto de aquellas se adoptaba la regla fundamental de que las córtes fijasen anualmente el número de tropas que fuesen necesarias, y el de buques de la marina que hubieran de armarse ó conservarse armados, como tambien el que ningun español pudiera escusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuera llamado por la ley. Justa igualdad, con la que la Constitucion destruia antiguos y odiosos privilegios.

Dignas de elogios son las córtes por haber dado lugar entre las leyes fundamentales á la necesaria institucion de la Milicia Nacional, llamada justamente por el conde de Toreno, «base de un buen sistema social y verdadero apoyo de toda «Constitucion.» Al cuidado de una ley particular se dejaba el modo de formar y establecer la Milicia, determinándose aquí solamente que su servicio no fuera contínuo, y que el rey, si bien podia usar de aquella fuerza dentro de la respectiva provincia, no asi sacarla fuera sin el permiso de las córtes.

La instruccion pública era objeto del título 9.°, en el cual se mandaba establecer escuelas de primeras letras en todos los pueblos de la monarquía, y un nuevo arreglo de universidades, creándose una direccion general de estudios, la cual debia componerse de personas de conocida instruccion, á cuyo cargo se dejaba bajo la inspeccion del gobierno celar y dirigir la enseñanza pública de todo el reino. Tambien se establecia en este título como ley constitucional la libertad de la imprenta, declarando que los españoles podian escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revision ó aprobacion anteriores á la publicacion.

El décimo y último título hablaba de la ley fundamental y del modo de proceder en sus mudanzas ó alteraciones. Las córtes al instalarse debian ejercer una especie de censura, y examinar las infracciones de Constitucion que hubiera podido haber durante su ausencia. A este propósito se declaraba tambien el derecho de peticion, de que gozaba todo español. En órden á la reformas ó modificaciones de la Constitucion, establecíase que no pudieran ni aun siquiera proponerse hasta pasados ocho años despues de planteada la ley en todas sus partes, y aun entonces se requerian espresos poderes de las provincias, precediendo ademas otros trámites y formalidades.

Tal era en compendio el contesto de la Constitucion del año 12, muy distante en verdad de la perfeccion atendidos los defectos que hemos ido indicando, y otros que



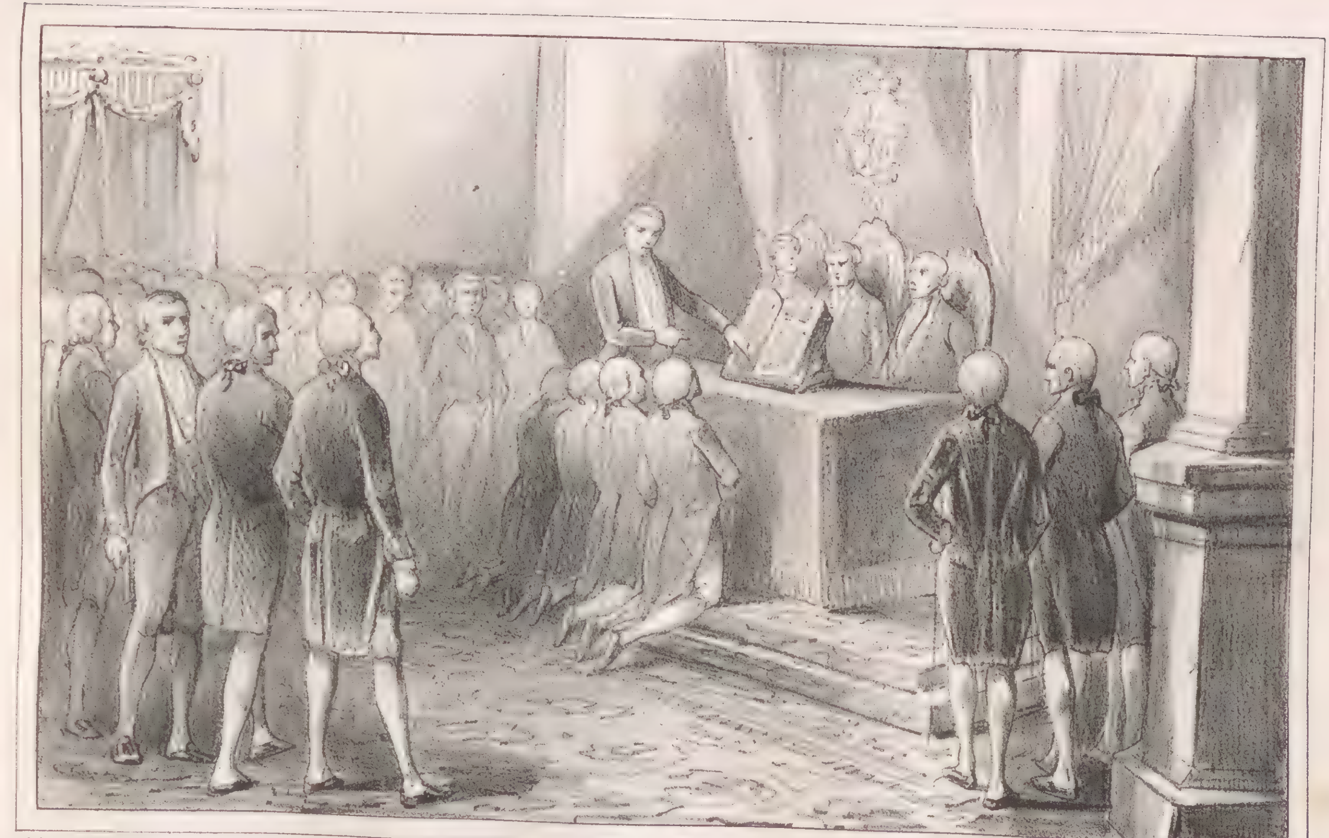
nos ha impedido espresar la brevedad que se nos ha propuesto (1); pero en medio de todo, infinitamente mejor que las que le han seguido. Si hubiera sido observada religiosamente y sin interrupcion; si el ingrato prisionero de Valencey no la hubiera derribado por dos veces, quizás en la actualidad disfrutaria la nacion de las instituciones que sus necesidades reclaman, dejando como dejaba aquella abierto el campo para introducirlas, y sus ilustres autores gozarian hoy la gloria que no se puede negar sin marcada injusticia á los que al estruendo del cañon enemigo, y bajo la lluvia de las bombas, tuvieron la firmeza necesaria para establecer los cimientos sobre los cuales pudo muy bien haberse elevado el grandioso edificio de la felicidad nacional.

Los españoles de aquella época que con tanto horror miraban ya el depotismo deseaban el momento de ver planteado el nuevo código, y las córtes, á quien tanta popularidad habia dado su discusion, resolvieron satisfacer tan justa ansiedad.

Para dar á tan grandioso acto toda la importancia debida, celebraron una solemne sesion el 18 de marzo, y en ella, despues de leida toda la Constitucion, firmaron los diputados dos ejemplares manuscritos, de los cuales uno debia guardarse en el archivo de cortes y otro entregarse á la Regencia. Concurrieron 184 miembros: veinte mas se hallaban enfermos ó ausentes con licencia. Entre los de Europa no solo habia diputados por las provincias libres, sino tambien otros muchos por las ocupadas, las cuales aprovecharon para hacer las elecciones el corto respiro que les dejaban la invasion y vigilancia francesa. De América habia ya diputados propietarios aun de las regiones mas remotas, como lo eran algunos del Perú y tambien los habia de las islas Filipinas. Una diputacion de doce individuos del congreso se trasladó acto contínuo, con toda ceremonia, á poner en manos de la Regencia el ejemplar destinado para esta.

El 19 juraron la Constitucion en el salon de córtes los diputados y la Regencia, y en seguida pasaron juntas ambas potestades á la iglesia del Cármen á dar gracias al Todopoderoso por tan plausible motivo. Ofició el obispo de Calahorra, y asistieron los miembros del cuerpo diplomático, incluso el nuncio de Su Santidad, los grandes, muchos generales, magistrados, gefes de palacio é individuos de todas clases. Por la

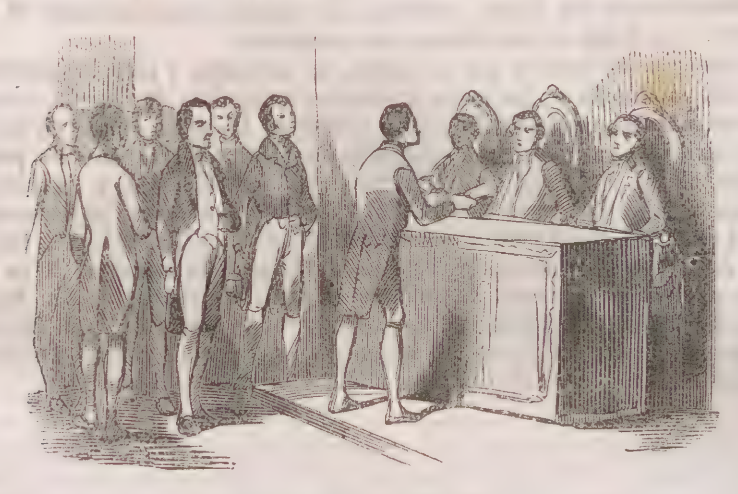
(1) Los que deseen mas estension en el exámen de la Constitucion del año 12 y en la dilucidacion de los principios á que aquel dá lugar, pueden ver nuestros TIRIOS Y TROYANOS, tomo I, caps. XII y XIII.



Mujica dib. y litº

Litog. de Fº Perez y Lenon

JURAN LAS CORTES LA CONSTITUCION.



Diputacion á la Regencia.

tarde hizose la publicacion con las formalidades de estilo, verificándose en aquella noche y en las siguientes regocijos y luminarias, esmerándose en adornar sus casas los ministros de Inglaterra y Portugal.

Imposible seria espresar el entusiasmo del público, convertido todo en un pueblo de hermanos: los mas antiguos enemigos se abrazaban con emocion, y con las lágrimas que el placer arrancaba de sus ojos borraban sus pasados disgustos. Los diputados se encontraban de contínuo abrumados bajo el grato peso de los aplausos y bendiciones del pueblo que los rodeaba. En todas partes no se oia sino vivas y alborozados clamores, y en teatros, calles y plazas entonábanse á porfía canciones patrióticas alusivas á festividad tan grata. En vano el frances se empeñó en acibararla menudeando aquel dia sus bombas: estas entusiasmaban mas á los gaditanos, enseñando al sitiador cuán inútiles eran sus esfuerzos para desalentar á un pueblo de héroes.

Para perpetuar la memoria de la publicacion de la Constitucion, se acuñaron medallas, y hubo para este fin donativos cuantiosos, especialmente del siempre es-



Ingenios Españoles.

pléndido comercio de Cádiz. Tambien los ingenios españoles celebraron en prosa y verso acontecimiento tan fausto, brillando en muchas composiciones el talento y buen gusto, y en todas el patriotismo mas acendrado.

Con igual alegría y union que en Cádiz, se promulgó y juró la Constitucion en la Isla y sucesivamente en las otras provincias y ejércitos de España, esmerándose todos á cual mas en manifestar su gozo y adhesion. Lo mismo hicieron las corporaciones ya civiles, ya eclesiásticas, disputándose estas y multitud de particulares la preferencia para dirigir al congreso sus felicitaciones y manifestarle su decision en defensa del nuevo código. Todo, en fin, anunciaba las buenas disposiciones del pueblo español para gozar los beneficios de la libertad, y si bien es verdad que esta sucumbió pronto á las artes de la perfidia, tambien lo es que dejó germinar sus raices en términos suficientes para hacer esperar con fundamento llegue un dia, quizás no lejano, en que sea verdad la libertad, y en que los españoles demuestren que arde y arderá siempre en sus pechos el mismo sagrado fuego que alumbró las columnas de Hércules el dia 19 de marzo de 1812.



CAPITULO XXXI.

Tareas de las córtes.—Reglamentos para el Consejo de Estado y Tribunales.—Intrigas de los enemigos del nuevo sistema.—*Diccionario manual y diccionario crítico-burlesco.*—Tentativa para restablecer la inquisicion.—Anterior estado de este tribunal.—Comision nombrada por las córtes para este asunto.—Habitudes del partido retrógrado.—Sesion importante para restablecer la inquisicion.—Sábia conducta de los diputados liberales.—Fin de la causa formada á Gallardo.—Proyecto para disolver las córtes.—Pára el golpe la comision de Constitucion.—Se convocan las córtes ordinarias para 1813.—Reflexiones.—Guerra entre Napoleon y la Rusia.—Precauciones tomadas por Bonaparte: sus proposiciones á Inglaterra: contestacion de esta.—Esperanzas del partido de José en los tratos con Cádiz.—Falsa asercion del *Memorial de Santa Elena.*—Proyecta José convocar córtes.—Escasez y hambre en Madrid.—Monopolio del gobierno de José.—Sus desastrosas providencias.—Penuria y miseria en las provincias ocupadas por los franceses.—Abundancia y alegría en Cádiz: sus buenos efectos.

No cesaron las tareas de las córtes con la promulgacion de la Constitucion, pues la necesidad de uniformar á sus disposiciones todos los ramos del Estado las privó del merecido descanso. Espidieron primero reglamentos individualizados y estensos para el Consejo de Estado y tribunal supremo de justicia, y los formaron despues tambien para los tribunales especiales de guerra y marina, de hacienda y de órdenes, conocidos antes bajo el nombre de consejos, y que no fueron estinguidos como lo quedaron los de Castilla é Indias, por no haberse aun admitido las reformas que debian preceder á su abolicion. Las audiencias, los juzgados de primera instancia y sus dependencias se ordenaron con arreglo al nuevo sistema. En el ramo económico y gobernacion de los pueblos deslindáronse por menor las respectivas atribuciones, dándose reglas á las diputaciones y ayuntamientos. En suma, nada descuidó la asamblea de cuanto reclamaba el establecimiento de su sistema.

Ni eran estos solamente los cuidados que aquejaban á aquellos desgraciados representantes, dignos seguramente de mejor suerte y de que su memoria sea acatada de los buenos españoles (1), pues si cometieron errores, fueron siempre impulsados de los mejores deseos, á mas que tambien sembraron bene-

(1) Nos referimos solo á los diputados reformadores, pues estos son los verdaderamente dignos de lástima y de todo el aprecio de los patriotas liberales, cuando se les considera luchando entre el dolor de no poder dar á su sistema toda la estension que apetecian, y el que les causaba el tener que contemporizar con el bando contrario y presenciar determinaciones indebidas, en las cuales no tenian parte alguna. Ya lo hemos dicho otra vez y lo repetiremos siempre: nuestra censura rara vez se dirige á hombres tan respetables.

ficios inmensos, cuyos ópimos frutos recojerá algun dia la nacion. ¡Séales siquiera esta agradecida, ya que tanta ingratitud encontraron en pago de sus grandes servicios!

Los enemigos de las reformas, sin darse aun por vencidos, seguian incesantemente causando á las córtes continuos disgustos, y trabajando con el mismo ahinco para destruir su obra, buscando aparentes pretestos para sus nuevos ataques en algunos deslices de la imprenta.

Entre los muchos escritos que publicaban en Cádiz los partidarios de los dos opuestos principios que se disputaban la victoria, apareció uno titulado: «*Diccionario razonado manual,*» dirijido á sostener antiguas doctrinas, á censurar amargamente á las córtes y sus providencias, sin respetar á los individuos, y como sucede con todas las producciones del fanatismo, á injuriar la religion antes que á defenderla, insultando de paso al entendimiento con lo absurdo de sus principios. Prudente hubiera sido condenar aquella obra al desprecio, pues no merecia bajo ningun sentido otra cosa; pero no lo creyó asi D. Bartolomé Gallardo, bibliotecario de las córtes, hombre de injenio agudo y chistoso, y bastante acreditado poco antes con motivo de un folleto satírico y festivo titulado: «*Apología de los palos.*» Quiso, pues, Gallardo refutar el citado diccionario y ridiculizar á su autor, y lo hizo en otro que tituló: «*Diccionario crítico-burlesco,*» en el que desgraciadamente no se limitó á patentizar las falsas doctrinas y las calumnias de su adversario y á levantar el hipócrita velo con que se cubria, sino que se propasó, rozándose con los dogmas religiosos. No necesitaban mas los que buscaban ocasion para tachar á los reformadores de incrédulos, suponiendo infundadamente que el D. Bartolomé, como bibliotecario de las córtes, habia procedido para imprimir su libro con anuencia de ciertos vocales. Llegaron aquellas voces hasta el congreso, el cual en una sesion secreta sumamente acalorada acordó en 18 de abril lo siguiente: «que «se manifieste á la Regencia la amargura y sentimiento que ha producido á las «córtes la publicacion de un impreso titulado: «*Diccionario crítico-burlesco*,» y que «en resultando comprobados debidamente los insultos que pueda sufrir la religion «por este escrito, proceda con la brevedad que corresponda á reparar sus males «con todo el rigor que prescriben las leyes, dando cuenta á las córtes de todo para «su tranquilidad y sosiego.»

Al sentimiento de ver á las córtes traspasar asi el círculo en sus atribuciones, únese la indignacion que causa el hecho de considerarlas convertidas en acusadoras de un impreso ante la Regencia; pero ni aun con verlas desempeñar un papel tan impropio de su dignidad se dieron por satisfechos sus contrarios, puesto que, aprovechando estos sagazmente coyuntura tan favorable á sus miras, se propusieron nada menos que el restablecimiento de la inquisicion, cuya proposicion hizo en sesion pública del 22 del mismo mes el diputado D. Francisco Riesgo, inquisidor de Llerena, sostenido por todo el partido anti-reformador, engrosado estos dias con muchos diputados ilusos ó tímidos y dispuestos á ganar la votacion por sorpresa. Para comprender todo lo intempestivo de semejante propuesta, es necesario contar el estado de la inquisicion en España desde el levantamiento de 1808.

En aquel tiempo quedó el tribunal como suspenso, permaneciendo asi hasta que la junta central, tan adicta á rancias ideas, trató de ponerlo en ejercicio, nombrando inquisidor general al obispo de Orense; pero se tocó el inconveniente de que semejante nombramiento lo hacia el papa á propuesta del rey, y con el de que el Sr. Arce, inquisidor general, no habia muerto, habiendo solo quedado con los franceses, circunstancias las dos que dieron armas á los vocales enemigos del restablecimiento, consiguiendo estos paralizar el asunto. Cuando la primera regencia arrastrada de su ambicion restableció todos los consejos, como apuntamos en su lugar, repuso tambien el de la inquisicion. Mas los ministros de este tribunal, conociendo el espíritu del siglo y su falsa posicion, se mantuvieron en una prudente inaccion contentos con el goce de su sueldo y honores.

Aunque al instalarse las córtes fueron sus primeras medidas suficientes para desvanecer las esperanzas de los partidarios del santo oficio, reanimáronse estos no obstante con motivo de un papel publicado á poco de quedar declarada la libertad de imprenta, papel cuyo título era *La Triple Alianza*. Su contenido alarmó los ánimos como ahora el de Gallardo, y tomando las córtes parte en el asunto, determinó la mayoría, contra la opinion de todos los diputados liberales, que el papel pasase á la calificacion del santo oficio. Afortunadamente se estrelló tan escandalosa determinacion en los mismos obstáculos anunciados antes, y para removerlos nombraron las córtes una comision compuesta de los señores obispo de Mallorca, Muñoz Torrero, Valiente, Gutierrez de la Huerta y Perez de la Puebla. Las opiniones de la mayoría de estos vocales hacian creer que su dictámen seria contrario al restablecimiento de la inquisicion. No cabia duda en ello respecto al señor Muñoz Torrero, y tambien se contaba como de seguro con el obispo de Mallorca, ya por su conocido afecto á las reformas, ya tambien por el celo que mostraba en la conservacion de los derechos del episcopado, malamente usurpados por la inquisicion. A los señores Valiente y Gutierrez de la Huerta, á pesar de sus añejas opiniones en política, los reputaban muchos por hombres despreocupados y entendidos, y de consiguiente contrarios á dicho tribunal, del cual solo se consideraba amigo al señor Perez, que fué siempre uno de sus mas ardientes sostenedores. La opinion general fué burlada en estas congeturas. Llegado el momento en que la comision evacuase su informe, la mayoría, fuera por conviccion, fuera por personal resentimiento, opinó que se dejasen espeditas las facultades de la inquisicion, y que dicho tribunal se pusiese desde luego en ejercicio. Aunque este primer acuerdo se tomó en julio de 1811, el estado de la opinion, cada dia mas pronunciada contra el santo oficio, estancó el negocio, y obligó á sus promovedores á esperar ocasion mas oportuna. Ofreciósela el libro de D. Bartolomé Gallardo, y en la citada sesion del 22 de abril, al abogar por el tribunal D. Francisco Riesgo, como antes digimos, quejóse amargamente de lo postergado que se dejaba el negocio de la inquisicion, y pidió se diese sin tardanza cuenta del espediente que presumia despachado por la comision. En efecto, acababa aquella de entregarlo á los secretarios.

El partido retrógrado que, cubierto siempre con la máscara de sostenedor del órden, ha sido en todas ocasiones el verdadero provocador de los tumultos, dió en la sesion que nos ocupa una prueba de esta verdad, pues creyendo que no le bastaba contar con la mayoría en las córtes, quiso escudarse tambien con el público de las galerías: recurso anárquico de que los serviles se quejaban antes injustamente, puesto que el partido liberal jamas tuvo que acudir á ese medio. Para completar el pensamiento, llenaron aquellos las galerías desde muy temprano con sus ahijados y adictos, haciéndolo con tan poco disimulo, que se vieron en ellas muchos frailes, cuya presencia era enteramente nueva en aquel sitio. Tales preparativos alarmaron á los diputados liberales, los cuales, sin intimidarse por ello, se determinaron á admitir la batalla y á sostenerla con firmeza, hasta lograr vencer á sus enemigos. Así, mas sagaces que estos, se propusieron maniobrar con destreza para evitar todo motivo de escándalo, consiguiendo felizmente su objeto.

Habiendo determinado las córtes ocuparse desde luego en asunto tan grave, empezaron los debates por leerse el dictámen de la comision, que llevaba la fecha atrasada del 30 de octubre de 1811, y estaba estendido por el señor Valiente á bordo ya del navío *Asia*, habiendo ocupado en esto los dias de su retiro aquel diputado rencoroso, tanto mas merecedor de este dictado, cuanto sus ideas eran mas contrarias á las espuestas en el dictámen, producto solo de su espíritu de venganza por el ultrage padecido.

Servian de bases á aquel las anunciadas antes admitidas por la comision en el mes de julio del año anterior, y reducíase todo á reponer en el ejercicio de sus funciones al *consejo de la suprema inquisicion*, añadiendo solo ciertas limitaciones relativas á los negocios políticos y á la censura de obras de la misma clase. No firmó

el dictámen, como era natural, el señor Muñoz Torrero, ni sus intrigantes compañeros, temerosos de la fuerza de sus raciocinios, le dieron tiempo para estender voto particular, como lo manifestó el venerable diputado, diciendo: «que la víspe«ra por la tarde le habian llamado los señores de la comision que estaban presentes «y convenídose, á pesar de las reflexiones que les hizo, en adoptar el dictámen «estendido por el señor Valiente sin variacion alguna.» Apoyó el Sr. Gutierrez de la Huerta la verdad de lo alegado por el señor Muñoz Torrero, disculpando al mismo tiempo á la comision por la necesidad de no diferir mas tiempo la resolucion de negocio tan importante.

En el curso del debate fueron encendiéndose mas y mas los ánimos, á punto que las galerías, compuestas al principio de los espectadores que hemos dicho, se desmandaron y tomaron parte en favor de los defensores de la inquisicion; y lo que es mas escandaloso, los frailes, aquellos hombres que debian considerarse muertos al mundo, y cuya obligacion era rogar al pie de los altares para impetrar del eterno la armonía y la concordia entre los mortales, fueron los primeros que olvidando sus deberes y el hábito que los cubria, procuraron con sus murmullos y estrepitosos palmoteos exacerbar las pasiones y aumentar el encono de los partidos. ¡Religion santa! no te hacemos responsable de los estravíos de tus malos hijos. Lejos de intimidarse los liberales con tales demostraciones, sirvieron estas para dar mas aliento á sus ánimos; y asi, acostumbrados á no abordar ciertas cuestiones de frente y á evitar compromisos á los diputados tímidos, valiéronse de un artículo puesto exprofeso en un decreto aprobado en 25 de marzo último, sobre la creacion del tribunal supremo de justicia, que decia: «Quedan suprimidos los tribunales « conocidos con el nombre de *Consejos.*» Estaba en este caso la inquisicion, y ó se conceptuaba abolida por la decision anterior, ó á lo menos exigíase por ella que dado que se restableciese, se verificase bajo otro nombre y forma, lo cual daba largas, y evitaba cualquiera sorpresa. Esta oportuna reclamacion valió á los diputados reformadores los votos de todos los que deseaban encontrar un medio para no tener que decidirse en pro ni en contra del asunto, resultando la resolucion siguiente: «Suspéndase por ahora la discusion de este asunto (el de la inquisicion), «señalándose dia para ella.» Despechados los contrarios con este acuerdo, suscitaron nueva reyerta, obligando á los liberales á echar mano de otro recurso que tenian en reserva, cual era otro acuerdo de las córtes aprobando una proposicion (que con suma prevision, y pensando ya en el caso presente, hizo D. Juan Nicasio Gallego al acabarse de discutir el 13 de diciembre la segunda parte de la Constitucion), concebida en estos términos: «Que ninguna proposicion que tuviese rela«cion con los asuntos comprendidos en aquella ley fundamental fuese admitida á «discusion, sin que examinada préviamente por la comision que habia formado el «proyecto, se viese que no era de modo alguno contraria á ninguno de los artícu«los aprobados.» No pudiendo las córtes desentenderse de su anterior providencia, mandaron pasar el espediente que se discutia á la comision de Constitucion, con lo cual se paró el golpe preparado con tanta astucia por el partido fanático, y se dieron fundadas esperanzas de que mas adelante se destruiría de raiz y solemnemente el santo oficio: tanto confiaban todos en la comision de Constitucion, cuya mayoría constaba de personas prudentes, instruidas y patriotas. Este triunfo de la razon ayudó mucho á D. Bartolomé Gallardo, orígen de semejante ruido. Permaneció dicho autor preso tres meses, durando bastante su causa, de la cual salió por fin libre, sin tener que sufrir los males que temia y que anunciaba en un principio la deshecha tormenta que levantó su opúsculo.

Tenaces los enemigos de las reformas en medio de tantas derrotas, idearon promover la medida de disolver las actuales córtes y convocar las ordinarias conforme á la Constitucion. Sagaz era el pensamiento, pues lisongeando el deseo de unos, impedia á otros manifestar francamente su opinion por temor de que se les atribuyesen miras personales ó anhelo de perpetuarse en el mando, segun propalaban sus émulos.

En tal estado, y para no dejar tomar cuerpo á la intriga, presentó la comision de Constitucion su informe sobre el asunto el 25 del mismo abril, siendo de parecer que deberian reunirse las córtes ordinarias en el próximo año de 1813, no disolviéndose las actuales antes de instalarse aquellas, sino á lo mas cerrarse. Para apoyar la comision su dictámen, decia con mucha razon: «que si se disolviesen «las córtes, sucederia forzosamente que hasta la reunion de las nuevas ordi- «narias quedaria la nacion sin representacion efectiva, y consiguientemente im- «posibilitada de sostener con sus medidas legislativas al gobierno, y de inter- «venir en aquellos casos graves que á cada paso podian ocurrir en aquella época.» Y despues añadia: «que si se cerrasen las actuales córtes, pero sin disolverse, los «actuales diputados deberian entenderse obligados á concurrir á estraordinarias, «si ocurriese su convocacion una ó mas veces, hasta que se constituyesen las pró- «ximas ordinarias.»

Por lo que respecta al mes en que convenia se juntasen las últimas, que se llamaban para el año de 1813, opinaba la misma comision, que en vez del 1.° de marzo, como señalaba la Constitucion, fuese el 1.° de octubre, por quedar ya poco tiempo para que se realizasen las elecciones, y para que acudiesen diputados de tan distantes puntos, en especial los de Ultramar. A tan juiciosa esposicion acompañaba la comision la minuta de decreto de convocatoria y dos instrucciones, una para la Península, y otra para América y Asia; instrucciones que hacian necesarias las especiales circunstancias en que se encontraban ambos emisferios.

En los dias 4 y 6 de mayo aprobaron las córtes el dictámen de la comision en todas sus partes, verificándolo despues de un empeñado debate en que los dos partidos desplegaron los mayores esfuerzos: de este modo se consiguió por entonces destruir los proyectos de los que con la disolucion de las córtes se proponian derribar la obra de las reformas, todavía no bien afianzada.

Cuando se consideran los contínuos obstáculos con que á cada paso tropezaban los diputados liberales de las córtes de Cádiz, no puede dejar de admirarse su heróica constancia, mayormente si se compara con la vergonzosa debilidad con que 32 años despues se han dejado arrebatar la libertad los que en su orgullo se creen superiores á aquellos magnánimos varones que, dígase lo que se quiera, deberán servir siempre de modelo á los amigos de la libertad de España, si no para abrazar todas sus leyes, á lo menos para imitar aquel desinteres, aquella decision y perseverancia con que marcharon siempre por la senda de las reformas, sosteniendo diarios combates para establecerlas, y ofreciendo al pueblo ejemplos contínuos de resolucion y firmeza, con los cuales consolidaban tambien la esperanza que ya empezaban á ofrecer á la causa nacional los acontecimientos del norte de Europa.

En efecto, conforme á lo que en el año pasado habia indicado en Cádiz D. Francisco de Cea Bermudez, disponiase la Rusia á admitir la guerra que Napoleon le ofrecia. La ambicion de este y el deseo de mantener la Europa sumisa á sus órdenes eran las verdaderas causas de las desavenencias entre las córtes de Paris y San Petersburgo. Pero Napoleon las disfrazaba, alegando por pretestos para la guerra: 1.° un ukase del emperador de Rusia del 31 de diciembre de 1810, que destruia en parte el sistema continental adoptado por la Francia en perjuicio del comercio marítimo; 2.° una protesta de Alejandro contra la reunion que Bonaparte habia resuelto del ducado de Oltemburgo; 3.° los armamentos de Rusia. Los recuerdos de Austerlitz hacian esperar á Napoleon que una batalla ganada en las márgenes del Niemen le pondria en estado de dar la ley á su enemigo, coronando sus designios respecto de la Polonia y de la Alemania. Engañábase sin embargo: la guerra de España, que tan admirable leccion estaba dando al mundo, habia enseñado á Alejandro el camino del triunfo, y decidídole á no aventurar en una accion sola la suerte y el honor de la Rusia.

Conociendo Bonaparte el espíritu del pueblo aleman, y que una victoria de los rusos seria bastante para armar á este en contra de la Francia, procuró evitar el mal, ya posesionándose de algunas de las principales plazas de Alemania, ya asién-

dose á los tratados de alianza que celebró con Austria y Prusia. No fué tan feliz con Suecia y Turquía, pues la primera, arrastrada de sus anteriores resentimientos, no obstante estar á su frente Benadotte, antiguo general de Napoleon, firmó con la Rusia un tratado en marzo del mismo año, y la segunda, escitada por la Inglaterra, hizo la paz con Alejandro al finalizar mayo.

Tambien aparentó Napoleon querer amistarse con la Gran Bretaña, y asi en 17 de abril le hizo por medio del duque de Bassano proposiciones de paz apoyadas en las siguientes bases: «1.ª (decia el gabinete de las Tullerías): Se garantirá la inte-«gridad de la España. La Francia renunciará toda idea de estender sus dominios al «otro lado de los Pirineos. La presente dinastía será declarada independiente, y la «España se gobernará por una Constitucion Nacional de córtes. Serán igualmente «garantidas la independencia é integridad de Portugal, y la autoridad soberana la «obtendrá la casa de Braganza. 2.ª El reino de Nápoles permanecerá en posesion «del monarca presente, y el reino de Sicilia será garantido en favor de la actual «familia de Sicilia. Como consecuencia de estas estipulaciones de España, el Portu-«gal y la Sicilia serán evacuados por las fuerzas navales y de tierra, tanto de la «Francia como de la Inglaterra.»

Con fecha de 23 del mismo abril contestó lord Castlereagh, primer ministro ingles, á nombre del príncipe Regente, que «si como se lo recelaba su alteza real «el significado de la proposicion: *la dinastía actual será declarada independiente,* «*y la España gobernada por una Constitucion Nacional de córtes*, era que la autoridad «real de España y su gobierno serian reconocidos como residiendo en el hermano «del que gobernaba la Francia y de las córtes reunidas bajo su autoridad, y no «como residiendo en su legítimo monarca Fernando VII y sus herederos, y las cór-«tes generales y estraordinarias que actualmente representaban á la nacion espa-«ñola, se le mandaba que franca y espeditamente declarase á S. E. (el duque de «Bassano) que las obligaciones que imponia la buena fe apartaban á S. A. R. de «admitir para la paz proposiciones que se fundasen sobre una base semejante.

«Que si las espresiones referidas se aplicaban al gobierno que existia en España, «y que obraba bajo el nombre de Fernando VII, en ese caso, despues de haberlo «asi asegurado S. E., S. A. R. estaria pronto á manifestar plenamente sus inten-«ciones sobre las bases que habian sido propuestas á su consideracion.»

Como era de esperar, ningun resultado tuvo esta negociacion, y asi el emperador de los franceses, dispuesto ya para entrar en campaña, salió de Paris el 9 de mayo, y despues de haber recibido en Dresde los cumplidos y homenages de los principales soberanos de Alemania, dirijióse al Niemen, límite de la Rusia, á la cabeza de mas de 600,000 hombres, número que le hacia esperar el logro de sus ambiciosos proyectos. Mas en medio de la confianza que le inspiraba su constante fortuna, no solo suspendió la incorporacion de las provincias del Ebro á la Francia, sino que se mostró mas afable con su hermano José, concediéndole el mando de las tropas de España, y aun permitiéndole que entrase en habla con las córtes y con el gobierno nacional.

Contamos antes el orígen de semejantes tratos y la repulsa que recibieron las primeras proposiciones. No por eso desistieron los emisarios de José en Cádiz, mas alentados desde que en el mes de junio se puso al frente de la Regencia el duque del Infantado, no porque este se doblase á transigir con el enemigo, sino porque falto de las disposiciones necesarias para tan elevado puesto, podia á su sombra prosperar la intriga, mayormente cuando se decia, no sabemos si con fundamento, que contaban aquellos con el favor de cierto ministro, el cual no se mostraba contrario á la causa del intruso José, como travieso que era y codicioso de dinero y honores.

Lo cierto es que en la primavera se doblaron los tratos y manejos en términos, que con escándalo universal el canónigo la Peña, mencionado antes, consiguió pasar á Galicia con el título de vicario de aquel ejército, siendo esto bastante para que él y los demas partidarios de José anunciasen á este, como si fuera á nom-

bre del gobierno de Cádiz, el principio de una negociacion, y la propuesta de nombrar por ambas partes comisionados para tratar de la materia, siempre que se guardára el mayor sigilo. Debian verificarse las vistas de dichos comisionados en las fronteras de Portugal y Castilla, obligándose José á establecer un gobierno representativo fundado sobre bases consentidas recíprocamente, ó bien á aceptar la Constitucion promulgada en Cádiz con las modificaciones y mejoras que se creyesen necesarias.

Las córtes ignoraban estas intrigas, y se puede asegurar que la mayoría de la Regencia las ignoraba tambien. Todo procedia de lo que hemos indicado, de alguno que otro sugeto revoltoso y de cierta intrigante dama amiga del duque del Infantado, segun se asegura tambien.

Tantas fueron las promesas y tales las seguridades que dieron á José los que andaban en este embrollo, que le decidieron por último á nombrar comisionados para avistarse con los que se decia irian de Cádiz, designándose entre ellos á un abogado de apellido Pardo, el cual, aunque llegó á salir de Madrid, tuvo que retroceder luego que supo en Valladolid la batalla de Salamanca.

La dificultad que ofrece siempre el descubrimiento de la verdad en tales negocios, y el temor de comprometer, quizás injustamente, á algun hombre honrado, no nos permiten relatar todo lo que se ha dicho sobre el asunto, refiriendo solo lijeramente lo que vemos en autores acreditados, bastando lo dicho para demostrar la inesactitud con que en el *Memorial de Santa Elena* pone Mr. de Las Casas en boca de Napoleon: «que las córtes, por el tiempo en que vamos, negociaban en secreto con los franceses.» Asercion falsísima y calumniosa, como todas las de los escritores franceses sobre la materia, pues las córtes, como ya hemos dicho y repetiremos siempre, no pensaron jamás en trasijir con el usurpador, ni tuvieron trato alguno con él, estando en esta parte uniforme la voluntad de la asamblea, dispuesta toda á hacer guerra á muerte á todo lo que fuese frances. Ni aun el mismo José, á pesar de anhelarlo tanto, tuvo nunca confianza en el buen éxito de las supuestas negociaciones, como lo manifiesta el pensamiento que tenia de juntar por sí córtes en Madrid, siguiendo el consejo de Azanza, que le decia ser el único medio de vencer *levantar altar contra altar*. Ya José habia nombrado antes una comision que se ocupase en el modo y forma de convocar las córtes, y ahora se le presentaron por su gobierno varias súplicas para lo mismo. Asi fué que el ayuntamiento de Madrid en 7 de mayo, y una diputacion de Valencia en 19 de julio, pidieron solemnemente el llamamiento de aquel cuerpo. Contestó José á los individuos de la última, «que los deseos que espresaban de la reunion de cór-



DIPUTACION QUE PIDE CÓRTES Á JOSÉ.

«tes eran los de la mayoría inmensa de la nacion, y los de la parte instruida, y «que S. M. los tomaria en consideracion para ocuparse sériamente de ellos en mo- «mento oportuno,» á lo cual añadió: «que estas córtes serian mas numerosas que «cuantas se habian celebrado en España.....» Los acontecimientos militares estorbaron el proyecto, paralizado tambien por los apuros que rodeaban al gobierno del intruso, abrumado de atenciones que no podia cubrir, y con la escasez y la hambre que en este año llegó á su colmo, especialmente en Madrid, donde costaba en primero de marzo el pan de dos libras á 8 y 9 reales, ascendiendo en seguida á 12 y 13, encareciéndose los demas víveres á proporcion, y llegando la miseria al estremo de reputarse feliz el que podia entretener su hambre con algunos tronchos de berzas ú otros desperdicios, acabando muchos por espirar desfallecidos y ahilados. Como era consiguiente á un estado tan espantoso, subió la mortandad en términos, que desde el setiembre de 1811 en que comenzó el hambre hasta el mes de julio inmediato, sepultáronse en Madrid unos 20,000 cadáveres, no obstante lo mucho que habia menguado el vecindario por la emigracion.

A tantas desdichas daba mas incremento el monopolio del gobierno intruso, acopiando para sus ejércitos todo el grano que habia producido la mala cosecha, y encajonando á este fin galleta en Madrid, en presencia de unos habitantes que espiraban entre las angustias del hambre. Las contribuciones, en vez de aminorarse crecian, pues ademas de las anteriores ordinarias y estraordinarias y de una organizacion y aumento en la del sello, mandó José antes de finalizar junio á las seis prefecturas de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Toledo, Ciudad Real y Segovia (que era adonde llegaba su verdadera dominacion), que sin demora ni escusa aprontasen 570,000 fanegas de trigo, 275,000 de cebada y 73.000,000 de reales en metálico; cuya carga en su totalidad, aun regulando el grano á menos de la mitad del precio corriente, pasaba de 250,000,000 de reales, exaccion que hubiera convertido en vasto desierto pais tan aniquilado, si los sucesos que sobrevinieron no hubieran impedido su realizacion.

En las demas provincias sometidas á los franceses, especialmente en las centrales, la carestía y miseria corrian parejas con las de Madrid. Casi á lo mismo que en esta capital valia el grano en Castilla la Vieja. En Aragon andaba la fanega de trigo á 450 reales, y no quedó en zaga en las Andalucías, si á veces no escedió. En Sevilla hubo que custodiar las casas de los panaderos: en aquel reino ya antes habia mandado Soult que se hiciesen las siembras, como tambien aconteció en otras partes, porque al cultivador faltábale para ejecutar las labores semilla ó ánimo, privado á cada paso de los frutos que procuraba adquirir con el sudor de su rostro. En suma, se puede afirmar con verdad que en todo el pais ocupado á la sazon por el invasor no se divisaban mas que los sombríos semblantes de la desgracia, de la hambre, de la desesperacion, de la muerte.

¡Cuán diferente perspectiva ofrecia Cádiz á pesar del sitio y de los proyectiles! Allí se gozaba de la libertad mas amplia que sin degenerar en licencia puede disfrutar un pueblo bien organizado: allí reinaba de contínuo la alegría; su puerto era frecuentado de multitud de naves de todos los paises conductoras de las mercaderías de ambos mundos; abastecíanle víveres de todas, aun de los mas esquisitos, de suerte que ni la nieve faltaba, llevada por mar de montañas distantes. Sucedíanse sin interrupcion las fiestas y diversiones, y no se suspendieron ni los toros ni las comedias, construyéndose al intento del lado del mar una nueva plaza y un teatro fuera del alcance de las bombas, para que se entregasen los habitantes con entero sosiego al entretenimiento y á la holganza.

El halagüeño aspecto que presentaba Cádiz ayudó considerablemente al triunfo de la causa nacional, pues no solo alentaba el valor de nuestros soldados, sino que observado desde Fuenteguinaldo por lord Wellington, y conociendo todo lo que podia esperarse de un pueblo que recibia con cantares y alegres veladas las bombas enemigas, se decidió á emprender la gloriosa campaña que tan brillantes resultados dió el resto de este año.

CAPITULO XXXII.

Campaña de Salamanca.—Movimientos de Wellington.—Fuertes de Salamanca.—Se presenta el ejército de Marmont.—Entran los aliados en Salamanca.—Sitio de los fuertes: se apoderan de ellos los ingleses.—Emprende Marmont la retirada.—Escesos que comete en ella.—Va Wellington tras del ejército frances.—Se incorpora Bonnet á las fuerzas de Marmont.—Movimientos de ambos ejércitos en el Duero.—Empieza Wellington á retirarse.—Atacan los franceses al general Cotton.—Bizarro porte de este gefe.—Sitúanse los aliados cerca de Salamanca.—Nueva posicion de Marmont.—Batalla de Salamanca.—Gánanla los aliados.—Premian las córtes á lord Wellington.—Regalo de la condesa de Chinchon.—Continúan retirándose los franceses.—Avanza José sobre Castilla la Vieja.—Se repliega á Segovia.—Entra Wellington en Valladolid.—Guerrilleros de Castilla.—Sesto ejército español.—Toma de Tordesillas.—Sitia á Zamora el conde de Amarante.—Se dirige Wellington contra José: abandona este la capital.—Entran los aliados en Madrid.—Publícase allí la Constitucion.—Ataque y toma del Retiro.

RESUELTO ya Wellington á obrar activamente con su ejército, abriánsele á su vista dos sendas por donde marchar en seguimiento de la victoria: la una le dirijia á atacar al mariscal Soult, obligándolo á evacuar las Andalucías: la otra lo encaminaba á maniobrar contra Marmont, y arrojándolo hácia el Ebro, á ocupar á Madrid, consiguiendo tambien por este medio la libertad de las referidas provincias meridionales. El gefe británico elijió la última, cuyas ventajas parecian mas positivas, y para seguirla levantó sus reales de Fuenteguinaldo el 13 de junio. Llevaba dividido su ejército en tres columnas: la de la derecha al cargo del general Graham, tomó el camino de Tamames; la del centro, á cuya cabeza marchaba el mismo Wellington, el de San Muñoz; y por el de Sancti Spíritu se dirijió la de la izquierda, mandada por Picton. Agregada á esta última iba la division de D. Cárlos España, que formaba como una cuarta columna. El 16 llegaron los aliados á las inmediaciones del Valmoza, riachuelo á dos leguas de Salamanca, cuya ciudad evacuó aquella noche el ejército enemigo, tomando la vuelta de Toro, y dejando solo unos 800 hombres en los fuertes de San Vicente, San Cayetano y la Merced, erijidos sobre las ruinas de los conventos y colegios que, alzados en Salamanca por la piedad de los españoles para pacíficos asilos de la virtud y de las ciencias, habian sido derribados por el frances, siendo tales las ventajas que traen al mundo las glorias de los conquistadores.

Habian construido los enemigos aquellas fortificaciones, no tanto para reprimir á los habitantes de la ciudad, como para vijilar el paso del Tórmes y su puente, antigüedad romana de las mas notables de España. Dominado este por los fue-

gos de aquellas, no les fué posible pasarlo á los ingleses, y asi tuvieron que atravesar el rio por los vados del Canto y San Martin, lo que verificaron el 17, destinando inmediatamente la quinta division al cargo del general Clinton para el asedio de los referidos fuertes. El vecindario de Salamanca recibió á los aliados entre los trasportes del mas entusiasmado júbilo. El empeño con que todos á porfía se disputaban las ocasiones de obsequiar y regalar á sus libertadores, causaba en estos la mas grata sensacion, aumentándose esta hasta lo sumo cuando á la hora de la pelea vieron el empeño con que hasta las mugeres se precipitaban al peligro para ayudar y socorrer á los heridos.

Los 800 hombres que guarnecian los fuertes habian sido escogidos entre lo mejor del ejército, y los gefes entre los mas intrépidos y entendidos; pero como á los aliados les faltaban todos los útiles necesarios para un sitio, tal cual lo reclamaban obras tan robustas como aquellas, tuvieron que dar disposiciones para conducirlas de Almeida; principiando sin embargo los trabajos y el fuego que continuaron hasta el 20, en cuyo dia apareció el mariscal Marmont apoyada su derecha en el camino real de Toro, su izquierda en Castellanos de los Moriscos, y colocado el centro en la llanura intermedia. Los aliados se situaron enfrente, teniendo la izquierda en un ribazo circuido por un barranco, el centro en San Cristóbal de la Cuesta, y la derecha en una eminencia que hacía cara al Castellanos indicado. Ambos ejércitos permanecieron observándose mútuamente los dias 20, 21 y 22, sin mas operaciones que una lijera escaramuza el último de estos dias.

La division que sitiaba los fuertes levantó el 22 una batería con ánimo de aportillar la gola del reducto de San Cayetano y con la esperanza de apoderarse de esta obra, cuya ocupacion debia facilitar la toma de San Vicente, la mejor y mas importante de todas. Destruido parte del parapeto y de la empalizada de San Cayetano, determinaron los sitiadores escalar el fuerte el 23, como asi mismo el de la Merced; mas la resistencia del enemigo frustró su intento, perdiendo en la tentativa 120 hombres y el mayor general Bowes.

Siendo el principal deseo de Marmont introducir socorro en los fuertes, varió el mismo dia 23 su posicion, tomando otra mas oblícua que colocaba su izquierda en Huerta de Tórmes, su derecha en las alturas cerca de Cabezabellosa, y el centro en Aldearrubia. Deseando Wellington evitar que este movimiento pusiese al enemigo en comunicacion con los fuertes por la izquierda del Tórmes, cambió tambien el frente de su ejército prolongando la línea, en términos que cubriese completamente á Salamanca y pudiese ser acortada en breve caso de una reconcentracion repentina.

Mientras se verificaban estos movimientos, recibieron los ingleses el 26 las municiones y artillería que aguardaban de Almeida, y renovaron el fuego contra la gola del reducto de San Cayetano, en la que lograron abrir brecha á las diez de la mañana del 27: al mismo tiempo consiguieron incendiar, tirando con bala roja, el edificio de San Vicente.

Los comandantes de los fuertes, á fin de ganar tiempo suficiente para pagar el incendio, manifestaron querer capitular; pero conociendo Wellington el ardid, les concedió solo unos pocos minutos para rendirse, pasados los cuales sin verificarlo, ordenó que fuesen asaltados los reductos de San Cayetano y la Merced. De ambos se apoderaron los aliados, entrando en el primero por la brecha de la gola, y en el segundo por escalada. En tal estado, considerando el comandante del fuerte de San Vicente que era ya inútil la resistencia, pidió capitulacion, la que le fué otorgada quedando prisionera la guarnicion despues de obtenidos los honores de la guerra. Encontraron los ingleses en los fuertes vestuarios y muchos pertrechos militares, y sacados estos, destruyeron aquellos por inútiles, lo mismo que otras varias obras levantadas por los franceses en Alba de Tórmes, y que escarmentados abandonaron ahora. El mariscal Marmont emprendió su movimiento retrógrado la noche del 27, distribuyendo su ejército en tres columnas, de las cuales una tomó la vuelta de Toro y dos la de Tordesillas, incendiando en su retirada los pueblos de Huerta, Babila-Fuente, Villoria y Villarruela, talando y quemando la cosecha y vengando



Mujica dib.° y lit.°

Litog. de F.° Perez y J. Danon

HAMBRE DE 1811.

por medios tan propios de un mariscal frances, la humillacion y vergüenza de haber presenciado la rendicion de unos fuertes en cuya construccion habian los suyos invertido tres años y cuantiosas sumas. El 28 siguieron los ingleses á sus contrarios hasta situarse sobre el Trabancos, haciéndolo la vanguardia en la Nava del Rey.

Resuelto Marmont á no emprender operacion alguna hasta recibir los refuerzos que esperaba, siguió su retirada, y el 2 de julio atravesó el Duero por el puente de Tordesillas, estableciendo su estancia con la derecha enfrente de Pollos, el centro en el mismo Tordesillas, y la izquierda en Simancas sobre el Pisuerga. Impaciente el mariscal frances por la tardanza de los socorros del ejército del norte, y conociendo tambien que la superioridad de los aliados consistia principalmente en la caballería, trató de aumentar la suya, quitando los caballos á todos los que la ordenanza no se los concedia, y lo mismo á los que gozando este derecho se hallaban con un número escedente de ellos: de este modo aumentó su fuerza con mas de 1,000 ginetes. Mayor refuerzo recibió el 7 del mismo julio, pues se le reunió la division de Bonnet de regreso de Asturias.

Animado Marmont con estos refuerzos, y sabiendo tambien que el sesto ejército español, saliendo de Galicia, se disponia á venir sobre Castilla, decidió repasar el Duero y acercarse al ingles para empeñar batalla. Pero conociendo lo espuesto que era cruzar aquel rio en presencia de ejército tan respetable, se propuso ocultar su determinacion, efectuando para ello varias marchas y contramarchas desde el 15 al 16 de julio, dirigiéndose despues orilla abajo hácia Toro, en donde se dedicó á reparar el puente que habia destruido.

Lord Wellington, que deseando pasar el Duero se proponia efectuarlo por el vado de Castro Nuño, al observar el movimiento de Marmont sobre Toro, junto con la noticia de que fuerzas francesas atravesaban el Duero el dia 16 por el puente de aquella ciudad, desistió de su intento, y corriéndose sobre su izquierda, trató de reconcentrarse en las márgenes del Guareña. Con efecto, hizo maniobrar en este sentido á todo su ejército, escepto á las divisiones primera y ligera con una brigada de caballería á las órdenes de sir Stapleton Cotton, fuerza apostada en Castejon. Aprovechando Marmont la oportunidad que al logro de su intento ofrecia este movimiento, contramarchó rápidamente, y dirigiéndose en la noche del 16 al 17 sobre Tordesillas, cruzó el rio y juntó todo su ejército en la mañana del mismo dia en la Nava del Rey, habiendo andado sus tropas para conseguir este resultado diez leguas sin el menor descanso. A beneficio de tan diestra maniobra no solo logró el mariscal frances burlar la vigilancia de los aliados, repasando el Duero sin obstáculo, sino que puso en el mayor conflicto á Cotton, colocado á tan larga distancia del grueso de su ejército. Quisieron los franceses aprovechar una ocasion tan oportuna, y al amanecer del 18 atacáronle súbitamente y aun consiguieron rodear la izquierda de su posicion por Alaejos. Sin desalentarse Cotton por su comprometida posicion, recibió y sostuvo el ataque con firmeza, dando lugar á ser reforzado por los suyos, con cuyo auxilio, aunque muy molestado por el enemigo, consiguió replegarse ordenadamente á Torrecilla de la Orden y de allí incorporarse al ejército aliado, operacion tanto mas notable, cuanto la ejecutó luchando siempre con fuerzas tan superiores y aguerridas.

Los franceses tomaron posicion en unas lomas á la derecha del Guareña; y lord Wellington colocando tres divisiones en otras opuestas, hizo que el resto de su ejército atravesase aquel rio por Vallesa, para impedir que los contrarios envolviesen su derecha como intentaban.

El general Clausel á la cabeza de una fuerte columna atravesó tambien el Guareña por Castrillo, con ánimo de apoderarse de cierta situacion ventajosa y caer sobre la izquierda de los ingleses; mas la vigilancia de estos frustró su intento, dejando bastantes prisioneros, entre los que se contó al general Carrier.

Observando Wellington que en la tarde del 19 habia trasladado el enemigo á la izquierda muchos cuerpos de su derecha, ejecutó una operacion análoga, y se preparó á admitir la batalla si se la presentaban los franceses en las llanuras de Vallesa.

Mas como la intencion de Marmont no era por entonces otra que mantener á su contrario en constante incertidumbre con sus repetidas y encontradas maniobras, hizo que el dia 20 marchase todo el ejército frances sobre su izquierda, obligando á Wellington á ejecutar otra operacion igual por su derecha: de este modo, observándose ambos ejércitos, y como si mútuamente se temieran, permanecian á la corta distancia de medio tiro de cañon sin empeñar batalla ni aun escaramuza notable.

El 21 al amanecer reconcentrando lord Wellington su ejército hácia el Tórmes, se situó de nuevo en San Cristóbal, á una legua de Salamanca, en la misma posicion que tuvo durante el asedio de los fuertes. Los franceses pasaron aquel rio por Alba, en donde dejaron una guarnicion, alojándose entre esta villa y Salamanca. Como era consiguiente, atravesaron en seguida los aliados el Tórmes por el puente de la misma ciudad y por los vados inmediatos, apostando solo á la márgen derecha la tercera division con alguna caballería.

Wellington para establecerse en su nueva posicion apoyó la derecha en un cerro de dos que hay cerca del pueblo, llamados de los Arapiles, y la izquierda en el Tórmes, mas abajo de los vados de Santa Marta. A los franceses, situados enfrente, los cubria un espeso bosque, siendo dueños desde la víspera de Calvarasa de arriba, y de la altura contigua llamada de nuestra Señora de la Peña. A las ocho de la mañana salió el general Bonnet del mencionado bosque y se apoderó del Arapil, que aunque mas apartado de la posicion inglesa que el primero, era mas importante por su mayor elevacion y anchura. Falta grave fué en los aliados no haberle ocupado antes como pudieron haber hecho sin comprometer accion, privando asi á los franceses de un punto tan propio para apoyo de las operaciones caso de trabarse batalla. Cuando conoció su yerro Wellington, quiso enmendarlo retirándose, no siéndole ya fácil desalojar de allí al enemigo, y temiendo tambien que llegasen pronto á Marmont refuerzos del ejército del norte, y otros del llamado del centro con el rey José en persona. Quizás esta última causa precipitó la accion, aspirando Marmont á disfrutar solo la gloria del triunfo, sin tener que compartirla con el intruso monarca.

Llevado sin duda de esta idea tan propia del orgullo frances, empezó en la mañana del 22 á maniobrar y girar en torno de Arapil grande, hasta quedar ambos ejércitos ocupando posiciones paralelas. Las fuerzas de los dos eran casi iguales, constando cada cual de unos 47,000 hombres. El aliado apoyaba su derecha en el pueblo de los Arapiles, delante del cual se levantan los dos cerros del propio nombre ya indicados, y su izquierda en Santa Marta. El frances afianzaba sus mismos y respectivos costados sobre el Tórmes y Santa María de la Peña. Wellington llamó las fuerzas que habia dejado al otro lado del rio, colocándolas detras de Aldea Tejada, al paso que los franceses, favorecidos con la posesion del Arapil grande, iban tomando una posicion oblicua para molestar la retirada de los aliados.

Conociendo la intencion del enemigo, emprendióla lord Wellington á las diez de la mañana antes que aquel pudiera estorbársela. Al ejecutar su movimiento observó que Marmont para entorpecerlo y estrecharlo mas y mas, prolongaba mucho su izquierda.

Este descuido del mariscal frances lo supo aprovechar Wellington de un modo capaz de grangearle el dictado de buen general, pues solo mediaron instantes entre notar la falta de su contrario y ordenar el ataque para aprovechar la ocasion que le ofrecia la suerte.

Para principiar la embestida, reforzó el general ingles su derecha, disponiendo que la tercera division mandada por el general Packenham y la caballería del general d'Urban con dos escuadrones mas, se adelantáran en cuatro columnas, y procurasen envolver en las alturas la izquierda del enemigo, mientras que la brigada de Beresford, las divisiones quinta y cuarta del cargo de los generales Leit y Cole, y la caballería de Cotton le acometian por el frente, sostenidas en reserva por la sesta division del mando de Clinton, la séptima de Hope, y la española regida

por D. Cárlos España. Las divisiones primera y lijera estaban en el ala izquierda haciendo de reserva. El general Pack estaba encargado de apoyar la izquierda de la cuarta division y de acometer el cerro del Arapil dominado por el enemigo.

El éxito correspondió á las buenas disposiciones del general. Packenham flanqueó al frances y arrolló con intrepidez cuanto se le puso delante. Las divisiones inglesas que atacaron al centro enemigo, desalojaron las tropas de éste de una en otra altura, avanzando á punto de amenazar sus costados. No pudo, sin embargo, el general Pack apoderarse del Arapil grande, aunque le asaltó con toda bizarría, consiguiendo solo distraer la atencion de los que lo ocupaban.

Al ver el mariscal Marmont arrollada una de sus alas y malparado el centro, se dirigió en persona á restablecer la batalla; pero contuvo su arrojo una bala que le hirió gravemente en el brazo y costado derecho, obligándole á dejar el campo: al poco tiempo esperimentó la misma suerte su segundo el general Bonnet, por cuya herida recayó el mando en el general Clausel. Mucho desanimó á las tropas francesas la desgracia de sus dos primeros gefes; mas con todo, reforzada su izquierda y señoras todavía las mismas del Arapil grande, hicieron cejar, muy mal tratada, á la cuarta division inglesa. Reemplazóla inmediatamente Wellington con la sesta, la cual obligó á los franceses á abandonar el cerro del Arapil, fausto presagio de la victoria. Sin embargo, la derecha enemiga se mantenia todavía firme y no abandonó su puesto hasta el anochecer. Entonces empezó á retirarse ordenadamente todo el ejército frances por los encinares del Tórmes. Persiguiólo el aliado en cuanto lo permitia la oscuridad de la noche; y aunque los enemigos repasaron el rio, continuaron en su alcance los ingleses, y el 23, cargando á la retaguardia francesa, le cogieron tres batallones. Los aliados se pararon despues en Peñaranda, reforzado el enemigo con 1,200 caballos procedentes de su ejército del norte.



Batalla de los Arapiles.

Llamaron los ingleses á esta batalla la de Salamanca en atencion á haber sido dada en las inmediaciones de aquella ciudad, y los franceses la titulan de los Arapiles por los dos cerros que antes hemos mencionado, y que son famosos en las canciones populares de aquel pais, recordando como recuerdan las glorias del célebre Bernardo del Carpio.

Batalla famosa y uno de los florones que mas resaltan en la aureola de gloria de Wellington, pues con fuerzas iguales, con tropas menos aguerridas sin duda que las francesas, y teniendo que contrarestar la táctica de tan esperimentados generales, venció en tan porfiada lucha á uno de los mas afamados mariscales del imperio. No alcanzó este señalado triunfo sin grande pérdida de su ejército, ascendiendo esta entre muertos y heridos á 5,520 hombres, entre ellos muchos gefes y oficiales, y contándose en el número de los primeros el general Le Marchant. D. Cárlos España y D. Julian Sanchez perdieron tambien algunos hombres; y aunque no tomaron parte activa en la accion, por mantenerse de reserva con otras divisiones del ejército aliado, no por eso merecen menos una honrosa memoria, por la serenidad y acierto con que ejecutaron cuantas maniobras les prescribió el general en gefe, y con las cuales contribuyeron á las glorias de tan memorable dia, que ofreció en homenage al ejército aliado 7,000 prisioneros, 2 águilas, 6 banderas y 11 cañones. Los muertos y heridos del ejército frances escedieron en mucho á los del aliado, contándose entre los primeros á los generales Ferey, Homiéres y Desgraviers, y siendo de los segundos, como ya dijimos, Marmont y Bonnet, y ademas Clausel y Menné.

Las córtes premiaron justamente á lord Wellington concediéndole, á propuesta de la Regencia del reino, la insigne órden del Toison de Oro, regalándole el collar Doña María Teresa de Borbon, princesa de la Paz, conocida en este tiempo bajo el título de condesa de Chinchon; collar que habia pertenecido á su padre el infante D. Luis, y de que hacia don aquella señora á tan ilustre capitan en prueba del aprecio y admiracion que le merecian sus altos hechos. Tambien el parlamento y gobierno británicos concedieron á Wellington nuevas mercedes y honores.

Los franceses continuaron su retirada, reconcentrándose en Puente de Duero, á la derecha de este rio. Fueron tras ellos los ingleses, aunque sin dejar de observar al rey José, que con la mayor parte de su ejército del centro y otras fuerzas se adelantaba por Castilla la Vieja.

Habia salido el intruso de Madrid el 21 de julio, trayendo consigo mas de 10,000 infantes y 2,000 caballos. Contábase en su número la division italiana de Palombini, procedente de Aragon, la que llamada por José para engrosar sus fuerzas, habia entrado en Madrid el mismo dia 21. El 25 se hallaban ya los puestos avanzados de este ejército en Blasco Nuño, y allí les cogieron los aliados algunos de sus ginetes y dos oficiales. Estando José en la venta de San Rafael supo la derrota de Salamanca, cuya noticia le obligó á mudar de direccion y dirigirse á Segovia, para sin alejarse demasiado de Madrid proteger la retirada del general Clausel amagando el flanco de los ingleses.

No por eso dejó Wellington de seguir á sus contrarios, obligándolos á salir de Valladolid y continuar su retirada via de Burgos, dejando Clausel en todos los pueblos de aquel tránsito tales pruebas de su irreligion y ferocidad, que al paso que deshonran el nombre frances, presentan la idea mas triste de todos los escesos que puede perpetrar una soldadesca brutal y desenfrenada. Apartemos la vista de tales monstruos, vergüenza y aprobio de la especie humana.

El dia 30 entró el ejército ingles en Valladolid, en donde fué recibido con el mayor entusiasmo. Wellington reorganizó allí, como lo hacia en todas partes, el gobierno legítimo, y para recompensar por su parte al partidario D. Benito Marquinez por los servicios que habia prestado á la causa nacional, persiguiendo al enemigo sin descanso y causándole crecidas pérdidas, pasó revista á su gente en número de 1,000 infantes y 700 caballos, á los cuales mandó dar un vestuario completo.

Todos los partidarios de Castilla la Vieja al abrigo del ejército aliado ayudaban á molestar al frances en su retirada, cojiendo el mismo dia 30 el citado Marquinez en las cercanías de Valladolid unos 300 prisioneros que presentó á Wellington.

Tambien favoreció mucho el movimiento de los aliados el sesto ejército español, compuesto en su totalidad de 15,300 hombres, entre ellos unos 600 de caballería. Adelantóse en parte desde el Vierzo, y bloqueó los puntos de Astorga, Toro y Torde-

sillas. En el último pueblo se habian fortificado en la iglesia 250 franceses, los que el 5 de agosto se entregaron al brigadier D. Federico Castañon. Por el mismo tiempo entró en España con la milicia portuguesa de Tras-los-Montes el conde de Amarante, y coadyuvó al plan general de los aliados cercando á Zamora.

Poco se detuvo en Valladolid lord Wellington, llevado del deseo de impedir la union que se anunciaba del ejército enemigo de Portugal hácia la parte superior del Duero con el otro que mandaba José. Por eso, dejando su centro é izquierda para la persecucion de Clausel, movió el general ingles su derecha á lo largo del Cega, sentando sus reales en Cuellar el 1.º de agosto, en cuyo dia, desistiendo el intruso de su intento, abandonó á Segovia, pensando solo en regresar á Madrid. No desistió por eso Wellington de continuar inquietándole, porque persuadido de que el ejército frances de Portugal tan disminuido ahora no podria en algun tiempo intentar nuevas empresas, resolvió estrechar á José y forzarle á evacuar á Madrid, cuya ocupacion por las armas aliadas resonaria en Europa y daria inmensos resultados.

Con este propósito levantó lord Wellington su campo de Cuellar el 6 de agosto, y atravesando por Segovia, llegó el 8 á San Ildefonso, en donde se detuvo un dia para aguardar á que cruzase su ejército las sierras de Guadarrama. Habia dejado en el Duero al salir de Cuellar la division del general Clinton, y la brigada de caballería del general Anson, á fin de observar aquella línea. El grueso de su ejército, tomando la vuelta de Castilla la Nueva, pasó, sin encontrar enemigos, los dias 9, 10 y 11 los puertos de Guadarrama y Navacerrada. El general de d'Urban, que precedia á todos con un cuerpo de caballería portuguesa y alemana y tropas ligeras, tropezó con 2,000 caballos franceses, los que al principio hicieron ademan de retirarse, pero en breve volvieron en busca de los aliados, á los cuales hallaron en Majalahonda. Inmediatamente ordenó d'Urban el ataque, mas los portugueses aflojaron, dejando en poder del enemigo 3 cañones y al vizconde de Barbacena, que se portó valerosamente. Los alemanes, que estaban formados detras del mismo pueblo de Majalahonda, impidieron mayor descalabro, pues sirvieron de asilo á los fugitivos y contuvieron á los franceses. Los aliados perdieron en este aciago encuentro 200 infantes y 120 caballos.

En el ínterin reinaba en Madrid la mayor consternacion entre los parciales del gobierno intruso, los cuales desde el momento que supieron el triunfo de los ingleses y su descenso por las sierras de Guadarrama, trataron todos de poner en salvo sus personas y sus intereses, lo cual ofrecia muchas dificultades, pues los partidarios, que aun en los dias mas próperos á las armas francesas no habian nunca dejado de recorrer los caminos y sitios cercanos á la capital, habian aumentado ahora su número y audacia, y apenas escapaba de sus manos ninguno de los que salian de sus cercas.

Mientras que tan acongojados se hallaban los amigos del gobierno intruso, los que les eran opuestos corrian alborozados las calles, agolpándose á las puertas por donde presumian debian entrar los que miraban como sus libertadores. El 11 de agosto salió José de Madrid con parte de su ejército, dirigiéndose al Tajo: á la mañana siguiente bien temprano hicieron lo mismo las tropas que quedaban dentro y demas allegados, dejando solo en el Retiro una guarnicion de 2,000 hombres, con el especial objeto de custodiar los enfermos y heridos.

A las diez de la misma mañana un repique general de campanas anunció al vecindario que entraban en la capital los aliados y varios gefes de guerrillas, entre los que se divisaba á D. Juan Martin el Empecinado y á D. Juan Palarea. No tardó en presentarse por la puerta de San Vicente lord Wellington, á quien salió á recibir el ayuntamiento formado de nuevo, llevándole á la casa de la Villa, donde asomándose al balcon acompañado del Empecinado, fué saludado por la muchedumbre con grandes aclamaciones. Se le hospedó en Palacio, en alojamiento correspondiente y suntuoso. Las tropas todas entraron en la capital en medio de muchos vivas, habiéndose colgado y adornado las casas como por encanto. Los habitantes se esmeraron en obsequiar á los nuestros y á los aliados, todo cuanto permitian las estrecheces y miseria



Entran los aliados en Madrid.

á que se veian reducidos. Las aclamaciones no cesaron en muchos dias, y hasta en los últimos rincones de la capital se observaban las señales del universal júbilo.

Fué nombrado gobernador de Madrid D. Cárlos España, y el 13 dispuso lord Wellington se proclamára la Constitucion formada por las córtes generales y estraordinarias. Presidieron el acto D. Cárlos España y D. Miguel de Alava, en medio de un numerosísimo concurso y de no interrumpidos aplausos. El dia 14 se prestó el juramento por parroquias, segun lo prevenido en decreto de 18 de marzo del año en que vamos. Los vecinos acudieron con el mayor placer á cumplir con un deber tan grato, pronunciando todos el juramento con el mayor entusiasmo, y apresurándose muchos á responder aun antes que les llegase su turno, queriendo asi manifestar aquellos leales españoles no solo su amor y respeto á la Constitucion, sino tambien su constante adhesion á la causa de la patria y de su independencia. Don Cárlos España y D. Miguel de Alava prestaron el juramento en la parroquia de Santa María de la Almudena, en cuyo acto (¡admiremos la inconsecuencia del corazon humano!) llamó el primero la atencion de los asistentes por los estremos que hizo y las palabras que pronunció en apoyo de la nueva ley fundamental, ley que, segun manifestó, queria defender aun á costa de la última gota de su sangre, en cumplimiento del juramento que acababa de hacer ante las aras del Eterno!!!.....

En medio del placer que esperimentaba lord Wellington por las repetidas muestras de gratitud y aprecio que tan justamente le ofrecian todos los habitadores de Madrid, inquietábanle todavía los enemigos que permanecian alojados en el Retiro, cuyo sitio mandó embestir á las seis de la tarde del 13. Habian establecido allí los franceses tres recintos. El primero ó esterior lo componian el Palacio, el Museo y las tapias del mismo jardin, con algunos puntos avanzados para flanquear los aproches. Formaba el segundo una línea de nueve frentes construidos á manera de obras de campaña, con un rebellin ademas y una media luna. Reducíase el tercero á una estrella de ocho puntas ó ángulos que ceñia la casa llamada de la China, por ser antes fábrica de este artefacto. Asi es como el genio funesto de la guerra convierte en agentes de la muerte aquellos mismos lugares que las sociedades bien organizadas establecen para proporcionar al hombre las comodidades que imperiosamente reclaman los cuidados de la vida. El Retiro, aquel lugar de placer en donde

el monarca y el súbdito estaban acostumbrados á buscar el sosiego del espíritu despues de cumplidos sus respectivos deberes, y cuyos muros fueron tantas veces los primeros testigos de las bellas inspiraciones del inmortal Calderon, vió de repente transformado su ameno recinto en espantoso campo de esterminio levantado sobre muchas reliquias de bellas artes que habian logrado todavía escapar de la injuria de los tiempos, y todo para saciar la desmedida ambicion de un usurpador, y en último resultado para añadir un motivo mas de confusion y vergüenza á los promovedores de tantos trastornos.

En la misma tarde del 13 arrojó el general Packenham los puestos enemigos del Prado y de todo el recinto esterior, penetrando en el Retiro por las tapias que caen al jardin botánico, y por las que dan enfrente de la plaza de los toros, junto á la puerta de Alcalá. En la mañana del 14, al ir á atacar el mismo general el segundo recinto, se rindió á partido el gobernador, que lo era el coronel Lefond. Concediéronse á los prisioneros los honores de la guerra, ascendiendo aquellos, inclusos los empleados y enfermos, á 2,506; encontrándose ademas 189 piezas de artillería, 2,000 fusiles, y almacenes considerables de municiones de boca y de guerra. Este feliz suceso completó el gozo de los madrileños al verse enteramente libres del yugo bajo el cual habian gemido cerca de cuatro años.



CAPITULO XXXIII.

Prudentes medidas del general Alava.—Reprensible porte de D. Cárlos España.—Desacertadas providencias del gobierno.—Toma el Empecinado á Guadalajara.—Abandonan los franceses el Tajo.—Entran los españoles en Toledo.—Trabajos que padece el ejército frances en su retirada á Valencia.—Toman los españoles á Astorga.—7.° ejército español.—Evacuan los franceses á Santander.—Entran allí los españoles y juran la Constitucion.—Sucesos de Vizcaya.—Sale Wellington de Madrid.—Acontecimientos en Andalucía.—Sorpresa de Osuna.—Descripcion del bombardeo de Cádiz.—Proyecto de vísperas sicilianas en Sevilla.—Levantan los franceses el sitio de Cádiz.—Marcha del general Cruz Mourgeon sobre Sevilla.—Evacua Soult aquella ciudad.—Accion del puente de Triana.—Intrepidez del gefe escoces D. Juan Dowine.—Entran los españoles en Sevilla.—Se jura la Constitucion en aquella ciudad.—Retirada de Soult sobre Granada.—Varios ataques dados por el general Ballesteros.—Evacuan los franceses á Málaga.—Abandonan los enemigos la Estremadura.—Entra Schepeler en Córdoba.—Desmanes de Echavarri.—Sigue Drouet su retirada.—Evacua Soult á Granada.—Entra en la misma ciudad el general Ballesteros.

Por mas que la moral y la filosofía clamen justamente contra la pasion de la venganza, esta ejerce por desgracia un dominio tan poderoso sobre el corazon humano, que son pocos, muy pocos los que consiguen librarse de su fatal dominio, y de aquí los conflictos que rodeaban á los gefes españoles de Madrid, pues cuando una previsora política les inspiraba medidas conciliadoras para atraer al partido nacional á los comprometidos con José, se encontraban al mismo tiempo abrumados por las recriminaciones de los que, sin virtudes bastantes para olvidar sus anteriores agravios, deseaban solo ver levantar el cadalso para cada uno de los que directa ó indirectamente habian contribuido á sus males. Estas acusaciones se dirigieron especialmente contra el general Alava por las medidas contemporalizadoras con que procuró llamar á las banderas de la patria á los españoles alistados bajo las del intruso; y sin que el buen efecto de aquellas, pues en pocas horas se presentaron á las autoridades legítimas mas de 800 oficiales y soldados, fueran bastantes para calmar las pasiones de los que solo daban oidos al grito de sus resentimientos, hicieron llegar sus quejas hasta las mismas córtes, las cuales creyeron apaciguar los ánimos dando una injusta reprension á Alava.

Mas acreedor á ella era sin duda D. Cárlos España, que dotado de un carácter perseguidor y sanguinario, é inclinado siempre á escudriñar vidas pasadas y á oprimir al caido, adoptó providencias violentas promovedoras de venganzas, y que descubrian una propension codiciosa, de la cual dió en breve pruebas palpables, apropiándose haberes agenos atropellada y descaradamente.

El disgusto que tales medidas debian causar en un pueblo en que el parentesco ó la antigua amistad enlazaban entre sí á los hombres de mas opuestas opiniones, se aumentaba con la continuacion de la pública miseria, la cual dejaba frustradas las infundadas esperanzas de los que aguardaban la abundancia unida con las armas aliadas, sin reflexionar cuan difícil es conducirla á un pais devastado por todos los estragos de la guerra.

Contribuyeron tambien á disminuir el placer de los madrileños dos órdenes del gobierno, una sobre empleados y purificaciones, de la que hablaremos luego, y otra prohibiendo la circulacion de monedas francesas ó de las que llevasen el busto de José, cuyo valor debia abonarse en las tesorerías y casa de moneda: medida impolítica que causaba nuevas pérdidas á los particulares, cuyos lamentos obligaron al gobierno á derogarla en el siguiente año.

Resuelto Wellington á no conceder respiro á los franceses, determinó que don Juan Martin el Empecinado pusiera sitio á Guadalajara, en donde se alojaban 800 franceses mandados por el general Preux, antiguo oficial suizo al servicio de España. Desconfiado éste á causa de su anterior conducta, queria capitular solo con lord Wellington, mas el caudillo británico le advirtió que sino se entregaba á las tropas españolas que le cercaban, le haria pasar á cuchillo con toda la guarnicion, lo que obligó á Preux á rendirse.

En vista de los prósperos sucesos de las armas aliadas, fueron evacuando los franceses la orilla derecha del Tajo, uniéndose sus destacamentos al cuerpo principal de su ejército del centro, que proseguia retirándose via de Valencia. Abandonaron á Toledo el dia 12, en cuya ciudad entró inmediatamente la partida del Abuelo, recibida con repique general de campanas, iluminaciones y otros regocijos. Por todas partes destruia el enemigo la artillería y las municiones que no podia llevarse, dando muestras de abandonar para siempre, ó á lo menos por largo tiempo, las provincias de Castilla la Nueva. En su tránsito á Valencia encontraron José y los suyos todos los obstáculos consiguientes á un ejército que huye por un pais en donde el odio que se les profesaba era igual á los inmensos daños que le habian causado. Escaseábanles á los franceses los víveres y sobre todo el agua, por haber los naturales cegado los pozos y destruido las fuentes en casi todos los pueblos; y como los pocos recursos que se encontraban apenas bastaban para las mas urgentes necesidades de la tropa, no quedaban ningunos para los comprometidos con el intruso y sus desgraciadas familias, en términos de no tener muchos dias ni una gota de agua que llevar á la boca, como sucedió entre otros al cruel ministro de policía D. Pablo Arribas, el cual empezó desde entonces á recoger la cosecha reservada á los malos patricios.

El sesto ejército español continuaba entretanto bloqueando á Astorga. Escarmentados los enemigos con lo ocurrido en Tordesillas, quisieron socorrer dicha plaza y las guarniciones establecidas en Zamora y Toro, y al efecto destacaron del ejército suyo, llamado de Portugal, 6,000 infantes y 1,200 caballos á las órdenes del general Foy. Al aproximarse este sobre Toro, se alejaron los españoles que bloqueaban la ciudad, con lo que pudo la guarnicion francesa unirse á las tropas de Foy. No logró la misma suerte la de Astorga, compuesta de 1,200 hombres á las órdenes del general Remond, pues se rindió el 18 de agosto á consecuencia de las repetidas y mañosas intimaciones del coronel D. Pascual Enrile, ayudante general del estado mayor del sesto ejército.

Recibió Foy en la Bañeza esta noticia, y mudando de direccion dirigióse hácia Carvajales con intencion de sorprender al conde de Amarante, que, habiendo levantado el bloqueo de Zamora, regresaba á su provincia de Tras-los-Montes. No pudieron los franceses darle alcance, y asi se limitaron á recoger el 29 la guarnicion de aquella plaza, sin haberles dado mas resultados su espedicion.

No permanecia tampoco pasivo el séptimo ejército español, cuya fuerza, entre los diferentes cuerpos que lo componian, llegaba á unos 12,000 infantes y 1,600 caballos, ayudado en las costas de Cantabria por las fuerzas marítimas inglesas.

El acreditado D. Juan Diaz Porlier se situó entre Torrelavega y Santander, cuya ciudad se disponia á atacar cuando los enemigos la evacuaron, como tambien toda aquella costa, escepto el importante punto de Santoña. Porlier entró en Santander el 2 de agosto, y allí proclamó con pompa la Constitucion, haciendo el correspondiente saludo los buques británicos fondeados en el puerto.

Seguidamente marchó Porlier la vuelta de Vizcaya, cuya capital, Bilbao, habian desamparado los enemigos en los primeros dias de agosto. Reunido allí con D. Gabriel de Mendizabal, general en gefe del séptimo ejército, y con D. Mariano Renovales, que mandaba la fuerza levantada por el señorío, apostáronse juntos en el punto llamado de Bolueta, para hacer rostro á los franceses, que reforzados volvian de nuevo sobre Bilbao. Llegaron á las manos con los nuestros y fueron rechazados con bastante pérdida en los dias 13 y 14 del mismo agosto. El 21 puesto el general Ronget á la cabeza de los enemigos insistió en el mismo intento, pero con igual suceso, teniendo al fin que acudir el general Caffarelli con todas sus fuerzas para penetrar en aquella villa, como lo consiguió el dia 28. Mas como el objeto de los franceses en esta ocupacion era solo socorrer y avituallar á Santoña, luego que lo consiguieron, abandonaron otra vez á Bilbao el 9 de setiembre. En aquella ocasion celebráronse alli grandes fiestas, presentóse la junta diputacion, y convocándose la general, se instaló esta el 16 de octubre presidida por D. Gabriel de Mendizabal, y publicóse la Constitucion, y conforme á ella, despues de haber examinado dicha junta el estado de armamento y defensa de la provincia, hicieron sus individuos dejacion de sus cargos, para que los habitantes usasen á su arbitrio de los nuevos derechos que les competian.

Los electores depositaron su confianza en D. Gabriel de Mendizabal, para que les indicase los individuos que juzgase mas dignos de componer la nueva diputacion: el nombramiento recayó en las mismas personas que designó aquel general. Unidos todos, continuaron haciendo grandes esfuerzos en los meses restantes de 1812, con deseo de inquietar al enemigo y poner en mejor órden la tropa aislada y la recaudacion de arbitrios. Longa, dependiente de este distrito, coadyuvó á estos fines molestando á los franceses, señaladamente en un encuentro que tuvo en el valle de Sedano, al terminar noviembre, en donde sorprendió al general Fromant, matándole á él y á mucha gente suya, y cogiéndole bastantes prisioneros. Poco despues embistió á los que ocupaban las salinas de Añana, tomándole el punto y 250 hombres, habiendo tambien destruido los fuertes de Nanclares y Armiñon, que abandonó el enemigo. La necesidad que tenian los franceses de conservar á Bilbao para asegurar las espaldas á sus tropas de Castilla, le hicieron revolver sobre ella, donde entraron el 31 de diciembre.

Lord Wellington permaneció en Madrid hasta 1.° de setiembre, en cuyo dia salió determinado á emprender nuevas acciones que afianzáran á su nombre la gloria alcanzada en Salamanca y en el mismo Madrid. Para prepararse al efecto, mandó juntar en Arévalo la mayor parte de las fuerzas aliadas. Pero mientras combina él sus futuras operaciones, examinemos nosotros los sucesos de Andalucía en estos meses. La batalla de Salamanca y la entrada de los aliados en Madrid hacian demasiado crítica la posicion de los franceses en las provincias meridionales de España, no permitiéndoles sin grave esposicion permanecer en ellas.

Desde la accion de Bornos, antes narrada, no habia ocurrido en las Andalucías suceso ninguno importante, ni por el lado de la sierra de Ronda, ni tampoco por el de Estremadura. La espedicion que el general Cruz Mourgeon habia llevado en auxilio de D. Francisco Ballesteros, despues de volver á la isla de Leon, y de hacer un nuevo desembarco y amago en Tarifa, regresó á Cádiz por última vez en los primeros dias de agosto; y rehecha y aumentada, fué enviada á las órdenes del mismo general Cruz al condado de Niebla, desembarcando en Huelva en los dias 11 y 15 del propio mes.

Por su parte lord Hill despues de su escursion al Tajo y de la toma de los fuertes de Napoleon y Ragusa, tambien mencionada, permanecia en la parte meridional de

Estremadura con las fuerzas anglo-portuguesas de su mando, ayudado del 5.° ejército español, no muy numeroso. Todas aquellas tropas se habian limitado á observar los movimientos del cuerpo enemigo mandado por el general Drouet. Los últimos sucesos de las armas aliadas vinieron á sacarlas de su involuntaria inaccion, aprovechando tan preciosa coyuntura para maniobrar de modo que, en combinacion con las de los demas puntos de las Andalucías, hostilizasen al mariscal Soult y á los cuerpos dependientes de su mando, obligándole á precipitar la evacuacion de aquellas provincias. Invitado al mismo tiempo aquel mariscal por el intruso José para que le enviase algunos batallones que reforzasen el ejército del centro, y conociendo Soult que solo la concentracion de sus fuerzas podia salvar los ejércitos franceses, en vez de disminuir y diseminar sus tropas, resolvió abandonar el pais que estaba asolando y haciendo pábulo de su codicia hacia ya mas de treinta meses.

El general Ballesteros, que con un celo infatigable habia sido en tan dilatado tiempo el enemigo mas tenaz y constante de los franceses en el reino de Sevilla, intentó por aquellos dias sorprender la guarnicion francesa de la ciudad de Osuna, y marchó con la tercera division, mientras dejó en Alozaina con otra al marques de las Cuevas con el fin de mantener en perplejidad al general Leval, encargado de su persecucion: logró en efecto sorprender á Osuna, libertándose de los lazos que le tenia armados el enemigo, y apoderándose de un rico convoy de 600 mulas y 300 caballos, con varios carros y furgones que entraban al mismo tiempo en aquella poblacion. El gobernador enemigo y otros muchos franceses fueron muertos, quedando mas de 100 prisioneros, entre ellos 8 oficiales.

Continuando Ballesteros sus movimientos, cubrió el 25 por la noche su caballería el camino de Bornos á Villamartin, obligando asi al enemigo á abandonar los fuertes que allí tenia; y prosiguiendo su marcha por el camino de Espera, encontró las grandes guardias francesas, que con una fuerza de 400 caballos y 500 infantes ocupaban el pueblo, que tuvieron que abandonar en la noche del 26.

Ya sabe el lector que el mariscal Soult se hallaba desde el 5 de febrero del 1810 al frente de Cádiz sin haber adelantado nada para la rendicion de esta plaza, la cual habia bombardeado en diversas ocasiones, consiguiendo ya desde marzo de 1812 que las bombas y granadas alcanzasen en gran parte hasta la plaza de San Antonio. Los habitantes de esta heróica ciudad miraban con desprecio el temerario proyecto de Soult, y si algunas familias dejaban sus casas para irse á las tiendas de campaña y barracas de madera que se levantaron en el campo de la Caleta, era mas que por temor de aquellos agentes de la muerte, para disfrutar de los bailes y músicas con que por toda la estension del referido campo se solazaba la alegre juventud, estimulando al placer hasta á la misma decrépita ancianidad. Las córtes y el gobierno con todas sus dependencias permanecieron en sus respectivos locales, no obstante estar estos bajo el alcance del fuego enemigo. Ni aun se pusieron en Cádiz, como se acostumbra en semejantes casos, blindages en las calles y plazas para seguridad de los transeuntes, y para que pudiesen refugiarse al oir el golpe de las campanas que desde varias torres hacian señal al notar el fogonazo de los obuses ó morteros enemigos: el comercio no interrumpió su giro ni cerró sus tiendas; los artesanos siguieron constantemente en sus acostumbradas labores; en suma, sin notarse en Cádiz aquella consternacion que aun en los pueblos mas avezados á la guerra produce siempre un bombardeo, ofrecia de continuo su vecindario el aspecto de la mas completa tranquilidad, entregándose frecuentemente á los regocijos, y celebrando los triunfos de las armas aliadas con el mismo alborozo con que pudiera hacerlo á cien leguas del enemigo.

A pesar de lo rigoroso del sitio, varios patriotas de Cádiz estaban en correspondencia con los de Sevilla y otros puntos de Andalucía y Estremadura, y habian llegado á organizar una sociedad, que bajo el título de *Congreso sacro hispalense* debia renovar en España la escena de las vísperas sicilianas, destruyendo simultáneamente á cuantos franceses hubiese en su territorio. Trabajaba esta sociedad desde 1810 para llevar á cabo su pensamiento; pero las circunstancias fueron retardando

su ejecucion: mas á pesar del mucho tiempo que transcurrió, y de los muchos iniciados en el misterio, el enemigo no llegó á traslucir esto, aunque logró aprehender á D. Bernardo Palacios y D. José Gonzalez, los cuales prefirieron sufrir heróicamente en la plaza de Sevilla la muerte en garrote, primero que revelar los planes de sus compatriotas.

Convencido Soult de la imposibilidad de poder mantenerse mas tiempo enfrente de Cádiz, empezó á levantar el sitio de dicha plaza el 24 de agosto de este año de 1812, quedando enteramente libre y despejada la línea el dia 25. Las noches anteriores, y en particular la víspera, arrojaron los franceses bastantes bombas á la plaza; y aumentando estraordinariamente la carga de los cañones, y aun poniendo muchas veces en contacto unas bocas con otras, reventaron y se destrozaron muchas piezas de las 600 que se contaban en la distancia que media entre Chiclana y Rota. ¡Número prodigioso que realza el mérito de los defensores de la isla gaditana en la guerra de la independencia!



Alborozo del pueblo de Cádiz.

Repique general de campanas, cohetes, luminarias, serenatas, toda clase de festejos análogos á tan venturoso suceso, anunciaron el acontecimiento y el universal alborozo de la poblacion. Las córtes mismas, dejando á un lado su circunspecta y uniforme marcha, interrumpieron sus tareas, suspendiendo la sesion de aquel dia y tomando parte en el general contentamiento.

Los vecinos y forasteros residentes en Cádiz salian de tropel fuera de sus murallas para examinar por sí mismos los trabajos del enemigo y ver los largos obuses y gigantes morteros que habian lanzado sus bombas y granadas contra la plaza, y disfrutando de la alegre vista y saludable del campo, gozarse tambien con la deseada compañía de los antiguos amigos, cuya menguada suerte los habia obligado á sufrir el yugo del invasor.

Al tiempo mismo que los enemigos levantaban el sitio de Cádiz, abandonaron tambien los puntos que guarnecian en las márgenes del Guadalete y serranía de Ronda, clavando en todos la artillería, y destruyendo cuanto pudieron de pertrechos y municiones de guerra. Cogieron sin embargo los españoles mucha parte de ellos, como tambien 30 barcas cañoneras que dejaron intactas delante de la línea de Cádiz.

El gobierno de aquella plaza al observar que los enemigos disminuian la guar-

nicion de sus fuertes avanzados, y que todas sus maniobras desde el dia 25 indicaban el abandono del sitio, tomó por su parte todas las disposiciones que tan fausto suceso requeria y nombró gobernadores para los pueblos de Chiclana, Medina Sidonia, Puerto Real, Santa María, Rota, Jerez y Sanlucar de Barrameda, los cuales asi como el enemigo los evacuaba, los ocupaban con fuertes destacamentos, evitando de este modo toda especie de desórdenes, y proporcionando á sus moradores la ocasion de entregarse sin temor á los trasportes de la alegría.

Levantado el sitio de Cádiz, era consiguiente la evacuacion de Sevilla, precipitándola mas la marcha que sobre aquella ciudad emprendió el general Cruz Mourgeon, conforme á la resolucion adoptada de molestar de cerca al mariscal Soult. Sosteníanle fuerzas británicas mandadas por el valiente coronel Skerret, al que ya vimos distinguirse en la defensa de Tarifa. Los franceses se habian retirado del condado de Niebla á mediados de agosto, despues de haber volado el castillo de la villa del mismo nombre, dejando solo de observacion en Sanlucar la Mayor unos 500 á 600 hombres entre infantes y caballos. Ambos gefes aliados acordaron aproximarse á Sevilla, atacando antes á los últimos y arrojándolos de su posicion con bastante pérdida. Reconcentrados los nuestros en aquel pueblo, no se detuvieron allí sabiendo que Soult desamparaba á Sevilla con casi toda su gente.

En efecto, asi lo habia realizado el mariscal á las doce de la noche del 27, dejando solo en la ciudad parte de su retaguardia, con órden de no salir hasta 48 horas despues. No esperaba el enemigo un tan pronto avance de nuestras tropas, y asi continuó ocupando sosegadamente las alturas que se dilatan desde Tomares hasta Santa Brígida, en donde tenia un reducto. El general Cruz Mourgeon mandó algunas guerrillas que cubriesen sus flancos, y con el grueso de sus fuerzas se adelantó á Castilleja de la Cuesta, en cuyos inmediatos olivares se alojaban los enemigos, teniendo unos 40 hombres en Santa Brígida, pero sin artillería, por haberla sacado en los dias anteriores. Embistieron los nuestros valerosamente á sus contrarios y los desalojaron de los olivares, obligándolos á precipitarse al llano. Protegia á los franceses su caballería; pero estrechada despues por la española, abandonó á los infantes, siendo estos al propio tiempo perseguidos por nuestra vanguardia al mando del intrépido escocés D. Juan Dowine, el cual habia levantado una legion que se apellidaba de Leales Estremeños, vestida á la antigua usanza; por cuyo servicio la marquesa de la Conquista, descendiente de Francisco Pizarro, regaló al D. Juan la espada de aquel famoso guerrero, la cual se conservaba aun en la familia.

Tomaron en seguida los nuestros el reducto, y el general Cruz, queriendo aprovechar la ventaja conseguida ya en estos olivares, destacó algunos cuerpos por la derecha del camino de San Juan de Alfarache, con objeto de interponerlos entre los enemigos y el puente de Triana, á fin de evitar la rotura ó quema de este, lo que era fácil siendo de barcas. Mas el ímpetu con que la vanguardia española y el coronel Skerret seguian la persecucion de los franceses impidió que se realizase aquella maniobra, puesto que rodearon de cerca por el camino real no solo á las fuerzas rechazadas de Castilleja, sino tambien á todas las que el enemigo allí reunia, las cuales, replegándose en tres columnas con 2 piezas de artillería y 200 caballos, se apostaron teniendo á su derecha el rio y á su espalda el arrabal de Triana. Precisado asi Cruz Mourgeon á variar su plan, dispuso que D. José Canterac, en vez de sostener con la caballería, como habia pensado, los cuerpos de la derecha, apoyase el ataque que daban Dowine y Skerret, verificándolo á tan buen tiempo, que su llegada decidió la completa retirada del enemigo de la llanura que todavía ocupaba.

Prosiguiendo los aliados el avance, se metieron en Triana, empeñándose un obstinado combate en la cabeza del puente, en el cual se distinguió notablemente Dowine con su legion: dos veces le rechazaron y dos le hirieron; pero á la tercera, arremetiendo Dowine casi solo, saltó á caballo por uno de los huecos que los franceses habian practicado en una parte del puente quitando las tablas traviesas, y fué der-

ribado, herido nuevamente en la mejilla y en un ojo y hecho prisionero: eso no obstante, heróico siempre aquel valiente gefe, conservó la suficiente serenidad para arrojar á su gente la espada de Pizarro, logrando asi que no sirviese de trofeo á los enemigos.

Estos, aunque ufanos de haber cogido á Dowine, viéndose batidos por nuestra artillería colocada en el malecon de Triana, y atacados por nuestras tropas ligeras que cruzaban el puente por las vigas, ni pudieron acabar de cortar este, ni les quedó mas arbitrio que meterse en la ciudad cerrando la puerta del Arenal. Los habitantes de Triana, llenos del mayor ardor por la causa de la patria, precipitáronse en medio del fuego para colocar maderos y vigas sobre el puente roto, proporcionando asi paso á todas las tropas aliadas, é infundiendo aliento á las guerrillas que iban delante y á los moradores. Bien pronto manifestaron los últimos el que les animaba, pues abierta la puerta del Arenal sin que los enemigos lo notasen, echadas á vuelo las campanas, colgadas muchas casas y en medio de aclamaciones y vivas, entraron los nuestros por los calles, siendo tal el aturdimiento y espanto de los franceses, que á pesar de los esfuerzos de sus generales, empezaron los soldados á huir hasta el punto de arrojar algunos las armas, teniendo todos al fin que salir por la puerta Nueva y la de Carmona con direccion á Alcalá, abandonando 2 piezas, muchos equipages, rico botin y varios caballos, y perdiendo 200 prisioneros. Se llevaron sin embargo consigo á Dowine, al cual dejaron despues libre, en muy mal estado, á unas cuantas leguas de Sevilla.

Lástima fué que el cansancio y corto número de tropas no permitieran seguir la retirada del enemigo: solo la caballería le fué observando de lejos. Cruz Mourgeon se detuvo en Sevilla, en donde hizo jurar la Constitucion el 29, dos dias despues de la entrada de los aliados. Celebróse el acto en la plaza de San Francisco, con las mismas demostraciones de regocijo que en todas partes.

El mariscal Soult continuaba replegándose sobre Granada en tres divisiones: la primera mandada por Conrrus, la segunda por el general Villatte, en la que iba el mismo mariscal, y la tercera, en que iba la mayor parte de la caballería, por Semelé. Esta última hizo alto en Antequera para cubrir la marcha del ejército. Convencido el general D. Francisco Ballesteros de la imposibidad de atacar por su frente con sus pocas tropas á fuerzas tan considerables, se limitó á incomodarlas con maniobras de flanco, á las cuales le brindaban las breñas y pintorescas rocas de la sierra de Torcal. El 3 de setiembre atacó en Antequera á un cuerpo de 8,000 infantes, 2,000 caballos y 6 piezas de artillería que mandaban los generales Villatte y Semelé, y desalojándolos de su posicion, los persiguió por espacio de mas de legua y media, haciéndoles algunos prisioneros y tomándoles dos piezas de artillería. Continuó el mismo general picando la retaguardia del enemigo que se retiraba por Archidona, y el dia 4, marchando rápidamente con 5 batallones de infantería y la division de caballería, cayó al amanecer del siguiente sobre Loja, ocupada por 8,000 infantes, 2,000 caballos y alguna artillería enemiga. Comprometidos los franceses á empeñar accion, fueron batidos y perseguidos con bastante pérdida hasta Santa Fe, ocupando los españoles á Loja el dia 7.

Sabiendo Ballesteros que los franceses trataban de evacuar á Granada retirándose por el camino de Guadix, dispuso que algunas de sus tropas, al mando del brigadier Barutell, marchasen hácia Sierra-Nevada y cayesen por los dientes de la Vieja sobre el camino real de Granada, para incomodar y aun atacar con oportunidad al enemigo, como en efecto se verificó el 16, causándole bastante pérdida.

Permaneció el mariscal Soult algunos dias en Granada, donde se le juntaron varios destacamentos, los cuales fueron sucesivamente evacuando los pueblos y ciudades de aquella parte, entre ellas Málaga, que habia sido abandonada en los últimos dias de agosto, volando antes el frances el castillo de Gibralfaro. Tambien quiso Soult dar tiempo para que se le aproximase el quinto cuerpo frances á las órdenes del general Drouet, conde d' Erlon, quien acantonado en Estremadura hácia Llerena, se habia mantenido alli desde mayo, sin ser incomodado por el general Hill ni por los espa-

ñoles. Asi lo dispuso Wellington, temeroso de que algun reves comprometiese sus operaciones de Castilla la Vieja, en cuyo propósito se mantuvo hasta que el buen resultado de aquellas le determinaron á hostilizar á Soult y á los cuerpos dependientes de su mando, como antes digimos. Entonces dió órden á Hill de coadyuvar á este plan; en virtud del cual, al tiempo que Cruz y Skerret se dirigieron sobre Sevilla, marchó tambien aquel general ingles hácia Llerena el 23 de agosto, formado en cuatro columnas, resuelto á arrojar á Drouet de aquellos lugares; mas cuando llegó, ya los franceses habian levantado el campo, retirándose por Azuaga camino de Córdoba. Las instrucciones de Hill no le dejaron ir en su alcance, y si enderezarse al Tajo, en union con las divisiones españolas de Morillo y de Penne Villemur, para obrar de concierto con las demas tropas británicas, ya entonces en Castilla la Nueva.

Estas órdenes de Wellington salvaron á Drouet, el cual, contra lo que él mismo esperaba, continuó su marcha tranquilamente, sin que le siguieran otras fuerzas que un pequeño trozo de caballería que el general español Penne Villemur destacó á las órdenes del coronel aleman Schepeler, oficial inteligente y bizarro, á quien ya conocemos desde la batalla de la Albuera. Desempeñó tan distinguido gefe cumplidamente su encargo, empleando el ardid y la maña á falta de otros medios mas poderosos y eficaces. Replegábase el enemigo con la lentitud y confianza del que no es seguido, conservando todavía cerca del antiguo Castel de Belmez, ahora fortalecido, una retaguardia. Deseando el coronel Schepeler lanzarle de allí, y no teniendo fuerzas para ello, envió de echadizos á unos franceses que sobornó, los cuales persuadieron fácilmente á sus compatriotas ser tropas de Hill las que se acercaban, resolviendo Drouet en su consecuencia destruir las fortificaciones de Belmez el 31 de agosto, y no detenerse hasta entrar en Córdoba. Schepeler avanzó con su pequeña columna, y desparramándola en destacamentos por las alturas de Campillo y salida de la sierra, cuyas faldas descienden hácia el Guadalquivir, y ayudado tambien de los paisanos, hizo fuegos y ahumadas durante la noche y el dia en aquellas cumbres, como si viniesen sobre Córdoba fuerzas considerables, apariencias que sirvieron de apoyo á las engañosas noticias de los espías. Estas disposiciones hicieron al enemigo disponer su marcha, tocando generala á la una de la madrugada del 3 de setiembre, desamparando los muros de Córdoba al principiar el alba. Marcharon los franceses en direccion del puente de Alcolea, yendo formados en tres columnas. Otros ardides continuó empleando Schepeler para alucinar á sus contrarios. El mismo dia 3 por la tarde se presentó delante de la ciudad, cuyas puertas halló cerradas, temerosos algunos vecinos de las guerrillas y sus tropelías. Pero luego que conocieron eran tropas del ejército las que llegaban, todos, hasta los mas tímidos, levantaron la voz para que se abriesen las puertas. Franqueadas, penetró Schepeler por las calles, siendo llevado en triunfo hasta las casas consistoriales con aclamacion universal, gritando los moradores: «¡Ya somos libres!»

A pesar de la satisfaccion que proporcionaba al coronel Schepeler la general alegría, no podia estar tranquilo, en atencion á la poca fuerza de su columna y á mantenerse no muy lejos el general Drouet. Aumentó su inquietud la llegada de don Pedro Echavarri, que valido de la popularidad que gozaba en aquella provincia, habia acudido allí al saber la evacuacion de Córdoba. Falto Echavarri del talento necesario para contemporizar con las circunstancias, abrogóse el mando y empezó á encarcelar y perseguir á los que le señalaban como comprometidos con el intruso, afectando de paso una devocion exagerada, para ganarse mas la aficion de un pueblo todavía un tanto fanático. Contuvo Schepeler al principio tales demasías; mas no pudo hacerlo despues cuando fué el D. Pedro nombrado por la Regencia comandante general de Córdoba, merced que alcanzó por amistades particulares, y por saber lisonjear las pasiones del dia, ya persiguiendo á los verdaderos ó supuestos partidarios del gobierno intruso, ya publicando la Constitucion con toda pompa; siendo este general del número de aquellos hombres que

adulan al fuerte y se muestran duros y crueles con el infeliz y el desvalido.

Fortuna para Córdoba fué que Drouet, á pesar de saber las pocas fuerzas que defendian la ciudad y los desvarros de Echavarri, no pudo volver sobre aquella poblacion, en razon á impedírselo el plan general de retirada, por lo que prosiguió él la suya, aunque despacio, via de Jaen, con rumbo á Huércar, donde se puso en inmediato contacto con el ejército del mariscal Soult.

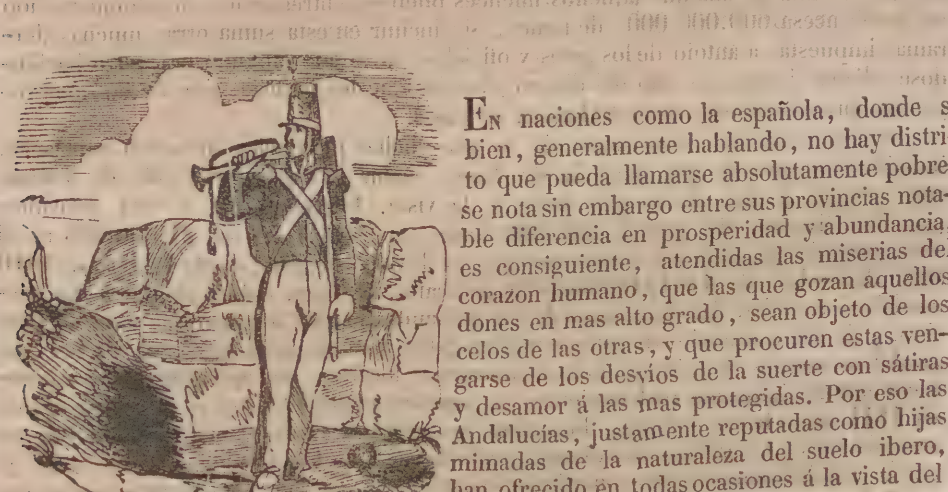
Luego que este tuvo reunidas todas sus fuerzas, evacuó á Granada el 16, dirigiéndose al reino de Murcia, seguido al principio del brigadier Barutell, el cual destacó varias guerrillas de caballería para incomodarle sobre Alendin y Gabia: los franceses cargaron á los españoles al abrigo de un cuerpo de línea: retirándose los nuestros para atraer al enemigo á paraje mas oportuno, donde se hallaba cubierto con una loma un regimiento de caballería, fué el francés acometido por este y destrozado completamente, llamando así la atencion al grueso de las fuerzas de Soult, y dando lugar al general en gefe español para ejecutar los movimientos que tenia meditados.

El 17 al amanecer acabaron los franceses de evacuar á Granada, entrando en ella aquel mismo dia el general Ballesteros en medio de aclamaciones sin fin y de innumerables obsequios, quedando desde entonces libres las hermosas Andalucías de las huestes usurpadoras que por tanto tiempo las habian oprimido.



CAPITULO XXXIV.

Vindicacion de las Andalucías.--Carácter del mariscal Soult.--Administracion francesa en las Andalucías.--Contribuciones.--Objetos de bellas artes llevados de las mismas provincias.--Desmoralizacion y desenfreno del ejército de Soult.--Acontecimientos de Valencia.--Accion de Castalla.--Discusion sobre esto en las córtes.--Renuncia que hace del cargo de Regente el conde de La Bisbal: se la admiten las córtes.--Nómbrase Regente á D. Juan Perez Villamil.--Espedicion anglo-siciliana.--Proyecto de D. Santiago Wittingam.--Organiza una division en Mallorca.--Academia militar.--Patriotismo del canónigo don Juan Montaner.--Muerte del capitan general D. Gregorio de la Cuesta.--Llega á Alicante la espedicion anglo-siciliana.--Se fortifica en Játiva el mariscal Suchet.--Movimiento de los aliados.--Marcha el general Arispe á proteger la retirada de José.--D. Pedro Villacampa destroza la columna del general Maupoint.--Entrada de José en Valencia.--Sitian los franceses el castillo de Chinchilla.--Desgracia que obliga á capitular al gobernador español.--El general D. Francisco Javier Elío toma el mando de los ejércitos 2.° y 3.°--Escursiones de estos en la Mancha.--Precauciones tomadas por el mariscal Suchet.



En naciones como la española, donde si bien, generalmente hablando, no hay distrito que pueda llamarse absolutamente pobre, se nota sin embargo entre sus provincias notable diferencia en prosperidad y abundancia, es consiguiente, atendidas las miserias del corazon humano, que las que gozan aquellos dones en mas alto grado, sean objeto de los celos de las otras, y que procuren estas vengarse de los desvíos de la suerte con sátiras y desamor á las mas protegidas. Por eso las Andalucías, justamente reputadas como hijas mimadas de la naturaleza del suelo ibero, han ofrecido en todas ocasiones á la vista del observador la mas completa demostracion de esta verdad, viéndolas constantemente ser objeto de los sarcasmos y dicterios de la maledicencia y la envidia. Efecto de estas pasiones fue el concepto que de aquellas provincias formaron muchos por la dilatada permanencia en ellas de las tropas de Napoleon; pues sin considerar la situacion topográfica del pais ni las muchas circunstancias que le diferencian enteramente de otros de la Península, impidiéndole hostilizar al enemigo en la forma que lo hicieron Galicia, Cataluña, Aragon y otros puntos, se atreven, no solo á negar á sus habitantes la firmeza y entusiasmo de los de aquellos, sino que ni aun quieren reconocer sus grandes padecimientos bajo la dominacion estranjera. Persuadidos nosotros de que uno de los primeros deberes de la historia es desterrar la falsedad y la calumnia, para asentar sobre sus ruinas el imperio de la razon y la verdad; y habiéndonos la serranía de Ronda, el condado de Niebla, la isla gaditana y otros sitios presentado sobradas ocasiones para dejar en evidencia la resolucion y valor de los andaluces, en nada inferiores á los de los demas españoles, no debemos separarnos de aquellos deliciosos y bellos paises sin pagar un tributo de justicia

á sus grandes padecimientos, echando una rápida ojeada por la administracion francesa en dichas comarcas.

Sabido es que los males de los pueblos conquistados se aumentan á proporcion de su riqueza, pues como la codicia jamás dice basta, nunca el conquistador considera bastante enchidas sus arcas. Y si este porte es comun á todos los invasores, ¿cuánto mayor no seria en el mariscal Soult, dominador de las Andalucías, siendo entonces su nombre sinónimo de usurpador y codicioso? La opulencia ostentada por este mariscal en todo el resto de su larga vida, nos exime de insistir en las pruebas demostrativas del ilícito afan de adquirir en que escedió á todos los mariscales franceses; y solo para que el lector pueda formar algun juicio de lo que sufrieron las Andalucías en tan largo tiempo, indicaremos los impuestos á que estuvieron sujetas. Las contribuciones estraordinarias eran de dos especies: una que se pagaba en frutos, aplicada á la manutencion de las tropas y á los hospitales; otra en dinero, y conocida bajo el nombre de contribucion de guerra. Esta tenia su cuota fija, mas la primera variaba segun el número de tropas estantes ó transeuntes, y segun la moderacion de los gefes; y como esta era tan rara entre los franceses, puede concebirse á cuánto harian subir aquel impuesto.

De aqui se infiere la dificultad de poder computar lo que pagaron los pueblos de aquellas provincias á las tropas de Bonaparte durante los dos años y medio de su ocupacion. No obstante, podremos conocerlo en parte examinando una liquidacion ejecutada por el comisario régio de José, conde de Montarco, la cual, á pesar de que debemos considerarla lo mas diminuta que le fuera posible hacerla á dicho comisionado, siempre resulta de ella que aquellos infelices pueblos entregaron á la administracion militar francesa 600.000,000 de reales, sin incluir en esta suma otras muchas derramas impuestas á antojo de los gefes y oficiales, en lo que ninguno era corto haciéndose ademas dueños no solo del dinero y halajas que les parecia, sino de las mas regaladas provisiones que encontraban en las casas.

Para dar una idea mas exacta de lo que dichas provincias debieron satisfacer, individualizaremos lo que pagó la de Jaen, segun lo espresa el conde de Toreno con arreglo á los datos que tuvo á la vista. Impusiéronse á esta provincia por contribucion de guerra 800,000 reales mensuales, ó sea 21.600,000 rs. al año, pagando por este solo impuesto y por el de subsistencias, desde febrero de 1810 hasta diciembre de 1811, 60.000,000 de reales. Si fuera dable añadir á tan escandalosa cantidad las exacciones de los comandantes de la provincia y de su partido, y de los comisarios de guerra y otros gefes para su gasto personal, de las que no daban recibos, considerándolas como cargas locales, nos aproximaríamos enton- á conocer los inmensos padecimientos de aquellos pueblos. Estos se aumentaron mas en 1811, pues hasta entonces buscaban los ayuntamientos recursos para cubrir los suministros en los granos del diezmo, exigiéndoles de los cabildos eclesiásticos, ya como contribuyentes en los repartimientos comunes, ya por via de anticipacion con calidad de reintegro. Pero en aquel año dispuso el mariscal Soult que los granos procedentes del diezmo se depositasen en almacenes de reserva para el mantenimiento del ejército. Orden inhumana en todos conceptos, que si bien es verdad proporcionó á Soult gruesas sumas, pues con su monopolio hizo subir el precio del trigo á 400 reales la fanega, tambien lo es que fué el principal móvil del hambre y de todas las desdichas que se agruparon sobre las Andalucías, muy superiores sin duda á las de otras muchas provincias del reino.

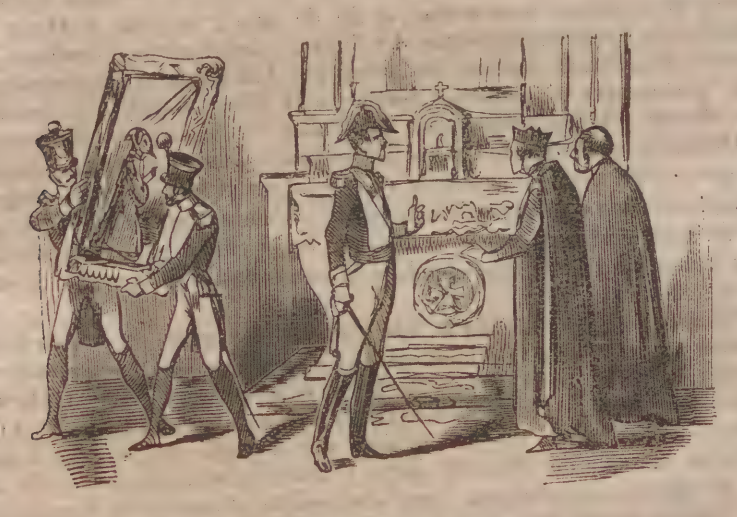
A tan estraordinario conjuto de males, debe agregarse el sentimiento de ver despojados los conventos y demas edificios públicos de las producciones de bellas artes debidas á los delicados y valientes pinceles de los Murillos y Zurbaranes, las cuales formaban las delicias y orgullo de los andaluces. Sevilla, principal depósito de tan inestimables tesoros, sintió mas particularmente la codiciosa diligencia del conquistador en este punto, habiéndose reunido en el alcázar una comision imperial con el objeto de recoger para el museo de Paris los mejores cuadros que se hallasen en las iglesias y conventos suprimidos. Esta suerte tuvieron, entre



SOULT.

otros muchos, ocho pintados por Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las obras de misericordia que en aquel establecimiento se practican. Lo mismo aconteció al Santo Tomás de Zurbarán, colocado en el colegio de religiosos dominicos y al San Bruno del mismo autor, perteneciente á la Cartuja de las Cuevas de Triana, con otros infinitos de particular mérito.

El crecido número de cuadros acopiados, escitando la codicia de Soult, le infundió el deseo de tomar parte en esta rapiña y de adquirir algunas de las mas afamadas pinturas. Sobresalian entre ellos dos cuadros del citado Bartolomé Murillo, á saber: el llamado de la Vírgen del Reposo, y el que representaba el nacimiento de la misma divina Señora. Hallábase el último en el testero á espaldas del altar mayor de la catedral, y los capitulares lo habian ocultado recelosos de que se lo arrebatasen; pero ni aun asi pudieron librarlo de la rapacidad de Soult, pues apenas supo lo sucedido, mandó reponerlo en su sitio, y en seguida, con la audacia que le era característica, manifestó por medio de su mayordomo al tesorero de la iglesia D. Juan de Pradas, que le queria para sí, con otros que especificó, y que si se los negaban, mandaria á buscarlos. Conociendo el cabildo que era inútil la resistencia, procuró evitar una nueva profanacion del templo, á asi mandóle el cuadro que de todos modos habia por fin de llevarse.



ROBO DE CUADROS.

Varios de los cuadros fueron al museo de Paris, y se recobraron en 1815, contándose entre ellos los de la Caridad, restituidos á aquella casa, escepto el de Santa Isabel, que se ha conservado en la Academia de San Fernando de Madrid Pero los que se llevó Soult no han vuelto á España, ni es probable vuelvan nunca, pues aquel mariscal ha querido que su nombre pase á la posteridad afeado con el dictado de usurpador, antes que prestar oidos á la voz de la honra, la cual estaba mas obligado á seguir desde que, desertando la causa del autor de su elevacion, juró las banderas del monarca cuyo trono levantaron el heroismo y esfuerzos de la nacion española (1).

(1) Un hecho reciente corrobora cuanto decimos del mariscal Soult en esta materia, pues acaba de vender uno de los cuadros que se llevó de España, el del paralítico de Murillo, en 116,000 francos (cerca de 464,000 rs. vn.), cantidad suficiente para dar una sublime idea del mérito del cuadro; pero mezquina comparada con el honor que hubiera resultado al mariscal de haberlo restituido á su legítimo dueño.

Si despues de tantos años como han trascurrido es aun en Andalucía execrado el nombre de Soult, infiérase cuanto mas lo seria en la época de su dominacion. Ocasion tuvo de conocerlo el mismo mariscal cuando se retiró de Granada, pues aunque no le molestaban de cerca las tropas españolas, abandonaban los habitantes los pueblos á su aproximacion, dificultándole asi hasta las subsistencias mas precisas. El 29 de setiembre llegó Soult á Almansa y se puso en comunicacion con el mariscal Suchet. El 2 de octubre el ejército frances del mediodia ocupaba á Yecla, Albacete, Almansa y Torquera. Soult deseaba un descanso de seis dias para sus tropas, las que ciertamente lo necesitaban siquiera para restablecer algo la disciplina, pues era tal el estado de desmoralizacion de este ejército, que mas de una vez las tropas de Suchet tuvieron que oponerse á mano armada al pillage del pais: tan acostumbrado le tenia Soult á practicarlo en las desgraciadas Andalucías.

Ahora que tanto los ejércitos procedentes de aquellas provincias y Estremadura, como el mandado por José en persona, se dirigen sobre Murcia y Valencia para incorporarse al de Aragon, rejido como antes por el mariscal Suchet, nos parece, antes de pasar adelante, ser esta la ocasion mas propia para referir lo que ocurrió durante estos meses en aquel distrito.

Inquietaba mucho á Suchet el arribo que se anunciaba, y que ya indicamos, de una escuadra anglo-siciliana procedente de Palermo, y creyendo fuesen buques de la misma unos que se presentaron el 20 de julio á la vista de Denia y Cullera, entre Albufera y la desembocadura del Júcar, abandonó los confines de Valencia y Cuenca, no obstante hallarse invadidos por Villacampa y Bassecourt. Sin embargo, no pertenecian aun aquellos buques á la citada espedicion; siendo solo los ausiliares de un plan de ataque que meditaban los españoles. Habíalo concebido D. José Odonnell, general como antes del segundo y tercer ejército, juzgando conveniente para su ejecucion amenazar la costa con un gran número de bajeles españoles é ingleses, con cuya aparicion, si bien no iban á bordo mas tropas que el regimiento de Mallorca, se distrajese la atencion del enemigo y fuese mas fácil acometer por tierra al general Arispe, que mandaba la vanguardia francesa situada en primera línea, via de Alicante.

Para efectuar el ataque dividió D. José Odonnell su gente en cuatro trozos, cuyo número total ascendia á 12,000 hombres. El ala derecha, que se componia de uno de dichos trozos, dirigida por D. Felipe Roche, se situó entre Ibi y Jijona. Otro, formando el centro, estaba á media legua de Gastalla, y lo mandaba el brigadier D. Luis Michelena. Hacia de reserva el tercero, regido por el conde del Montijo, á una legua á retaguardia en la venta de Tibi. El cuarto y último trozo, que era el ala izquierda, constaba de infantería y caballería: mandaba aquella el coronel D. Fernando Miyares, y esta el coronel Santisteban, establecida la primera en Petrel y la segunda en Villena: pareciendo ser que la caballería tuvo órden de ponerse en Sax y Biar, no donde lo verificó, para caer sobre Ibi si los enemigos abandonaban el pueblo. D. Luis Bassecourt por su lado vino con la tercera division del segundo ejército sobre la retaguardia de los franceses.

Habiendo llamado Suchet mucha parte de su gente hácia la costa para observar la escuadra que se divisaba, no quedaban por los puntos que los nuestros querian atacar sino fuerzas poco considerables: en Alcoy una reserva á cuya cabeza permanecia el general Arispe: en Ibi una brigada de este á las inmediatas órdenes del coronel Mesclop, encontrándose avanzado via de Castalla con el séptimo regimiento de línea el general Delort; y en Onil y Biar estaba acantonado el 24 de dragones.

Empezaron los nuestros la acometida en la mañana del 21 de julio. Repelido Mesclop por las tropas de Roche, fué á ampararse al lado de Delort, dejando en el fuerte de Ibi 2 cañones y algunas compañías. Mas acometido tambien el mismo Delort por nuestra izquierda y centro, tuvo que desamparar á Castalla, cuyo pueblo atravesó Michelena, situándose el frances en un parage mas próximo á Ibi, y dándose así la mano con Mesclop, aguardó firme á que se juntasen los dragones. Verificado esto,

y notando que los españoles se mostraban confiados por el éxito de su primer avance, tomó la ofensiva, y dispuso que saliendo sus ginetes de los olivares, acometiesen á nuestros batallones no apoyados por la caballería. Con esto consiguió desbaratarlos y aun acuchillar algunas tropas del centro. En balde intentó protegerlos la reserva: el enemigo se apoderó de una batería compuesta de dos cañones solamente, por no haber llegado los demas á tiempo, y cogió prisionero á un batallon de walones abandonado por otro de Badajoz: el de Cuenca se retiró en buen órden, dando lugar á que se reuniesen dos escuadrones del segundo regimiento provisional de línea, únicos que presenciaron la accion, si bien fueron tambien deshechos.

Vencedores los franceses por el lado de Castalla, volvió Mesclop á Ibi y atacó á los nuestros del mando de Roche. Recibieron los españoles con serenidad la embestida, permaneciendo firmes, hasta que acudiendo de Alcoy el general Arispe con un regimiento de refresco, se fueron retirando con bastante órden por el pais quebrado y de sierra que conduce á Alicante, adonde llegaron sin particular contratiempo. Perdieron los españoles en tan desgraciada jornada 2,796 prisioneros, mas de 800 entre muertos y heridos, 2 cañones, 3 banderas, muchos fusiles y bastantes municiones.

Mucho desacreditó á D. José Odonnell esta accion desastrosa, ya por haberse aventurado á darla en vísperas de arribar á Alicante la division anglo-siciliana, ya por sus malas disposiciones, ya en fin por lo que de él se afirmó, á saber, que en lo mas comprometido del choque habia desaparecido del campo.

No faltaba tampoco quien culpase de la derrota al coronel Santisteban por no haber acudido oportunamente con su caballería. Sin tomar parte en tan diversas opiniones, producto de afecciones ó enemistades personales, lo cierto es que el no haber calculado antes los tropiezos que debia esperimentar la artillería para llegar á tiempo, fué una falta tanto mas imperdonable, cuanto mayor era el conocimiento que los gefes de nuestro ejército debian tener del terreno que pisaban.

General fué la indignacion producida por tan inesperada derrota, obligando la Regencia á disponer «se formase causa, á fin de averiguar los incidentes que motivaron »la desgracia de Castalla.»

Contribuyó á esta resolucion el enojo de los diputados de Valencia, los cuales promovieron en las córtes reñidas discusiones, especialmente los señores Traver y Villanueva, que en la sesion del 17 de agosto, clamando contra tanta ignominia, acusaron á la Regencia de omision y descuido, y hasta intentaron ponerla en juicio

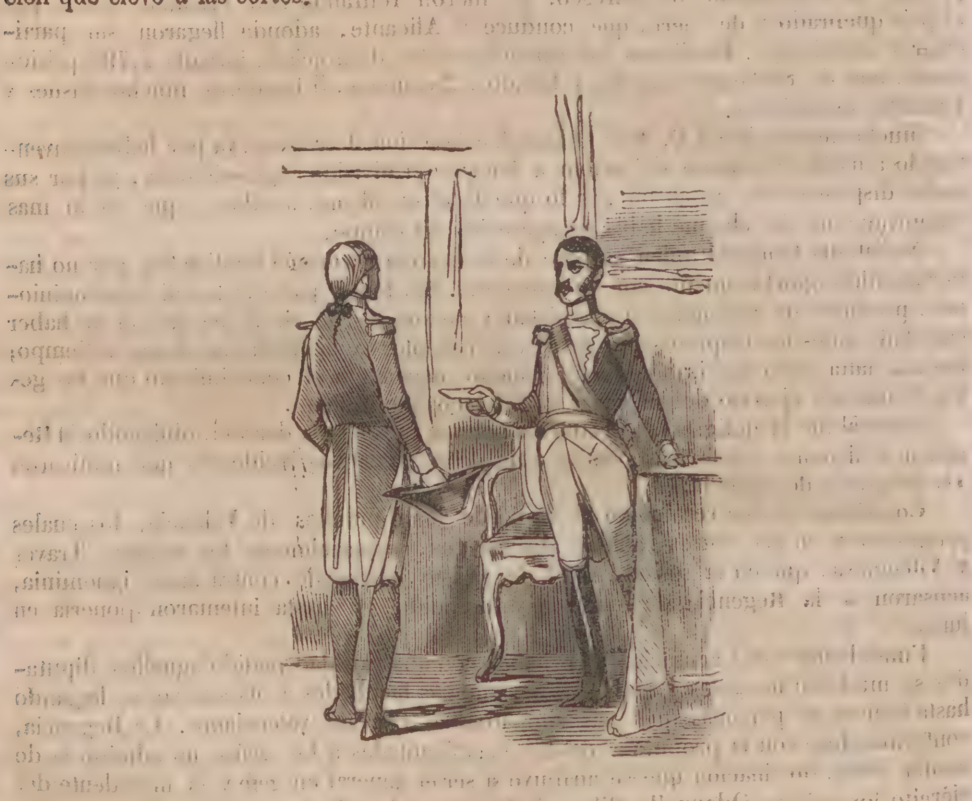
Fundábanse estas acusaciones en haber con anterioridad pedido aquellos diputados se mudasen los gefes y que se diesen amplias facultades á sus sucesores, llegando hasta indicar las personas que mas simpatizaban con los valencianos. La Regencia, conformándose con la propuesta de dar mas facultades á los gefes, no admitió la de mudar estos, obstinacion que se atribuyó á ser el general en gefe y el intendente del ejército los señores Odonnell y Ribas, hermanos ambos de dos regentes. Esta circunstancia dió motivo á que el señor Traver en el calor de su discurso dijera: «que no me»reciendo el gobierno confianza, los comisionados que se nombrasen para la averigua»cion de lo ocurrido en la accion del 21 de julio, fuesen precisamente del seno de las »córtes.»

Las razones con que el ministro de la guerra, poco diestro en las luchas parlamentarias, procuró justificar las medidas adoptadas por la Regencia, no fueron las mas propias para apaciguar los ánimos, á los cuales exaltaba mas el contraste que ofrecia el desastre de Castalla con las glorias de Salamanca, cuya batalla fué dada en los mismos dias: diferencia notabilísima, bastante para disculpar hasta cierto punto el demasiado ardor con que uno de los que tomaron parte en tan reñido debate esclamó con bastante irreflexion, diciendo «ser bochorno»so y de gran deshonra, que al mismo tiempo que naciones estrangeras lidiaban »afortunadamente por nuestra causa y derramaban su sangre en los campos de Sa-

»lamanca, huyesen nuestros soldados con baldon de un ejército inferior, en Castalla »y sus inmediaciones.»

Por fortuna algunos otros diputados, no menos patriotas, pero mas prudentes, consiguieron cortar esa enojosa discusion en que nunca debieran haber entrado las córtes. Estas se limitaron al fin á decir á la Regencia mandase formar causa sobre la jornada de Castalla, causa que siguió el rumbo de otras muchas, dejando, como sucede generalmente en España, completamente impune la falta, y sin estímu lo el valor y el mérito.

No era fácil hablar contra D. José Odonell en los términos que lo hicieron los diputados valencianos, sin lastimar á su hermano D. Enrique, conde del Abisbal (1), regente del reino, quien agraviado de algunas palabras que se escaparon á la cordura en el calor de la discusion, juzgó comprometido su honor y buen nombre si no hacia dejacion de su cargo, y asi procedió á su renuncia por medio de una esposicion que elevó á las córtes.



DIMISION DE ODONNELL.

Varios de los diputados reformadores se negaban á admitirle la renucia, considerándole el mas entendido de los regentes en asuntos de guerra, empeñado cual ninguno en la causa nacional, y no desafecto á las reformas políticas. Muy de otra manera pensaban los del partido contrario, cuyo dictámen seguian tambien ahora los americanos, llevados tal vez de la idea de alejar del gobierno la firmeza y el va-

(1) Escribimos *del Abisbal* por hacerlo asi los historiadores que nos han precedido, fundados en que Odonnell se firmaba: *El Conde del Abisbal*. Mas el pueblo de Cataluña de donde tomó el título, se escribe: *La Bisbal.*

lor, para asegurar asi mas fácilmente la independencia americana. Mejor aconsejado el D. Enrique, se arrepintió luego de su precipitado paso, é hizo gestiones para enmendar lo hecho; mas ya era tarde, pues las córtes habian admitido la renuncia, aunque con sentimiento de muchos de sus vocales.

Al nombrar sucesor al conde del Abisbal, volvieron á encresparse los partidos, distribuyéndose los mas de los votos entre D. Juan Perez Villamil y D. Pedro Gomez Labrador, recien llegados ambos de Francia, y ninguno de los dos digno, por sus opiniones políticas, de llenar el hueco que dejaba el conde del Abisbal. Era el primero sugeto distinguido, no menos por sus conocimientos en humanidades y jurisprudencia, que por el buen concepto de integridad y amor á la independencia nacional en que se le tenia, como lo demostró el aviso del alcalde de Móstoles en el año 8, que fué pensamiento suyo. Prisionero en Francia, alcanzó permiso para venir á Madrid, bajo el pretesto de continuar una traduccion que habia empezado años antes del Columela; mas apenas tuvo ocasion de fugarse, presentóse á ofrecer al gobierno lejítimo sus servicios. No obstante, los que le trataron á su llegada á Cádiz, advirtieron su oposicion á las innovaciones hechas y su constante apego á rancias doctrinas; razon por la que el partido reformador se inclinó á D. Pedro Gomez Labrador, reputándole equivocadamente adicto á las ideas modernas.

La eleccion fué disputada, pero al fin, con el auxilio de muchos americanos, que esta vez votaron tambien contra sus ideas por la misma causa antes indicada, vencieron los antireformadores, quedando electo regente, aunque por una mayoría cortísima, D. Juan Perez Villamil, quien tomó posesion de su cargo el 29 de setiembre de este año de 1812.

Mientras la causa de la libertad recibia en Cádiz un golpe tan fatal en la eleccion de Villamil, disminuíase en Valencia la afliccion producida por el desastre de Castalla, merced á la llegada á sus costas de la espedicion anglo-siciliana á que antes nos hemos referido. Habia salido de Palermo en junio, y constaba de 6,000 hombres sin caballería, á las órdenes del teniente general Tomas Maintland, convoyándola buques de la escuadra inglesa del Mediterráneo, bajo el mando del contra almirante Hallowell. Arribó á Mallorca á mediados del propio mes, en cuya isla habia un depósito de tropas españolas, cuyo orígen es preciso contar aquí.

El mariscal de campo D. Santiago Wittingam, á quien en 1810 habia dado la Regencia el mando de la caballería del ejército de la isla gaditana, persuadido de que esta arma no era precisa en una plaza sitiada, y conociendo tambien la necesidad de un depósito que repusiera las bajas que diariamente esperimentaban todos los ejércitos españoles de la Península, propuso al gobierno con este objeto la formacion de 30,000 hombres en la isla de Mallorca, libre por su posicion de las embestidas del enemigo. La falta de recursos paralizó la admision de tan útil proyecto, hasta que manifestando Wittingam que el embajador británico le facilitaria el vestuario y armamentos necesarios, obtuvo por último la aprobacion de la Regencia, y á fines de 1811 se embarcó aquel gefe para Mallorca con varios oficiales escogidos por él, para emplearse en la organizacion del nuevo ejército, llevando consigo cinco millones para los primeros gastos, y llegando á Palma, donde desembarcó con el coronel inglés Campbell, encargado de tres trasportes ingleses que conducian no solo el equipo necesario para el ejército, sino todos los útiles de campaña. D. Gregorio de la Cuesta, capitan general de Mallorca, protegió cuanto pudo el nuevo establecimiento, y Wittingam se dedicó con celo laudable á la instruccion de los reclutas que recibia del continente, estableciendo una academia militar en que se formasen buenos oficiales. Es tambien digno de elogio el patriotismo del canónigo D. Juan Montaner, gobernador de aquel obispado, pues no contento con ceder gratuitamente para este servicio el colegio denominado de la Sapiencia, ni con costear todas las obras y reparos indispensables, entregó ademas 20,000 reales al director para la compra de libros é instrumentos. Los pueblos de aquellas islas y los de las provincias cercanas se negaban á dar todo el contingente de hombres necesarios para la formacion de este ejército, esca-

seando tambien los recursos, cuya falta se aumentó con la muerte del capitan general Cuesta. Deseando Wittingam remover los entorpecimientos que encontraba su establecimiento, se embarcó para Cádiz el 1.° de abril, en donde manifestando á la Regencia el objeto de su viage, le facilitó esta 800 hombres que se habian reunido en Cádiz de los dispersos recogidos por el general Ballesteros en Andalucía, comunicando órdenes al reino de Murcia para que proporcionára cuanta gente pudiese. Aprobó tambien el gobierno la formacion de la academia militar de Mallorca, mandando se erigiese un colegio bajo el plan propuesto por Wittingam, cuyos alumnos se destinasen á oficiales de su cuerpo de ejército. Para las urgencias de éste, le dió el embajador inglés dos millones, con los que regresó á Palma el 16 de mayo, en donde continuó con el mismo empeño la organizacion de su division. Todos los soldados que se destinaban á esta eran vestidos y armados inmediatamente, y en vista de los adelantos que notaba en la instruccion, considerando próximo el momento de poder trasladarse al continente con su gente para hacer la guerra, en la que tantos deseos tenia de tomar parte, dispuso, para llevar gente de todas armas, la formacion de una compañía de zapadores.

En estas circunstancias arribó allí la espedicion anglo-siciliana de que hablá-



Arribo de la escuadra anglo-siciliana.

bamos antes, y habiendo maniobrado en presencia de sus gefes la division de Wittingam, quedaron tan satisfechos de su brillante estado, que acordaron se reuniesen 4,500 hombres de la misma á su espedicion, la cual, con este refuerzo, dió la vela para Mahon, adonde llegó el 27 de julio. El 29 volvió todo el convoy á dar la vela, y atravesando por el canal entre Mallorca y Menorca, dirigió su rumbo hácia la bahía de Blanes en Castalima, donde dió fondo el 1.° de agosto á la embocadura del rio Tordera. El general inglés Maintland se disponia á desembarcar allí su gente, pero dejó de efectuarlo luego que conferenció con Eroles, comisionado al efecto por el general Lacy. Temiendo los gefes del Principado que la espedicion inglesa llamase la atencion de los franceses, y les hiciese traer fuerzas de otras provincias, prefirieron continuar guerreando solos como hasta entonces, á recibir auxilio estraño, por lo cual aconsejaron á Maintland se dirigiese á Alicante, cuya plaza podia ser amenazada despues del suceso de Castalla. El general inglés juzgó fundadas las razones de los nuestros, y levantando el ancla, hizo rumbo á Alicante, en cuyo puerto entró el 9, saltando sus tropas en tierra al dia siguiente.

El mariscal Suchet, en vista de las fuerzas con que contaban ya los aliados en aquel punto, juzgó prudente reconcentrar las suyas alrededor de San Felipe de Játiva, en cuya ciudad estableció sus cuarteles, reforzado con gente suya de Cataluña, y con dos regimientos que le trajo de Teruel el general Paris. Levantó en San Felipe obras de campaña, y construyó sobre el Júcar cerca de Alberique un puente de barcas. Estaba resuelto á no retirarse sin combatir, á no ser que le atacasen fuerzas muy superiores.

Los aliados, en efecto, con intencion de atacarle, empezaron sus movimientos; pero sabiendo luego que se acercaba al reino de Valencia José con su ejército del centro, volvieron á replegarse sobre Alicante. Animado Suchet con esta retirada, hizo que el general Arispe se adelantase camino de Madrid para facilitar los movimientos del intruso. El 25 se reunieron todos, verificándolo poco despues, aunque muy malparado, el general Maupoint, quien saliendo de Madrid con un regimiento de línea y algunos húsares, y habiendo libertado en su paso á Valencia la guarnicion de Cuenca, estrechada de los nuestros, vióse de improviso acometido cerca del rio Utiel por D. Pedro Villacampa, y deshecho con pérdida de 2 cañones y de los bagages, y de mas de 300 hombres.

El ejército de José lo componian las divisiones de los generales d' Armaguac y Treilhard, muchos destacamentos y depósitos de los ejércitos suyos de Portugal, del centro y del mediodía, la division de Palombini y algunos cuerpos españoles á su servicio, inclusa la guardia real. Todas estas fuerzas reunidas apenas llegaban á componer 12,000 combatientes, mas era tan grande el número de los militares inválidos, empleados y comprometidos por el intruso que seguian á aquel ejército, que el consumo diario ascendia á 40,000 raciones de víveres y á 10,000 de paja y cebada. El mariscal Suchet se adelantó hasta Almansa al encuentro de José, y haciéndole muchos obsequios, le acompañó en la solemne entrada que hizo en la ciudad de Valencia el 26 del citado agosto.

Reforzado tan poderosamente el enemigo, imposible era á los aliados tomar la ofensiva, y asi muchas de sus fuerzas permanecieron estacionadas en Alicante: otras hicieron algunas correrías hácia la Mancha, en donde se juntaron con el general Hill, obligados todos á obrar con tanta mas precaucion, cuanto á la sazon se dirigia tambien Soult sobre Valencia. Mientras este mariscal daba descanso á sus tropas en los puntos indicados antes, dispuso que una parte de ellas dirigida por el general Drouet, conde d'Erlon, gefe del quinto cuerpo y ahora tambien de la vanguardia, se apoderase del castillo de Chinchilla, antiguo y de poco valor, guarnecido por 200 hombres, y cuyo gobernador era el teniente coronel de ingenieros D. Juan Antonio Cearra. El 3 de octubre embistieron los franceses el recinto, abriendo brecha al cabo de pocos dias. El gobernador rechazó bizarramente cuantas propuestas le hicieron para rendirse, insistiendo constantemente en su negativa, hasta que el dia 8 tuvo la desgracia de que cayese un rayo y le hiriese, matando ó lastimando á unos 50 de sus soldados, lo cual le forzó á capitular; pero salvando su honor y el de las armas españolas.

En los primeros dias de setiembre relevó á D. José Odonnell en el mando del segundo y tercer ejército el general D. Francisco Javier Elío, y aunque su llegada no mejoró las operaciones de aquel ejército, hizo sin embargo algunas ventajosas escursiones, especialmente las ya indicadas de la Mancha, en donde se recobró el 22 de setiembre el castillo de Consuegra, que tenia 290 hombres de guarnicion, despues de siete dias de vigorosa resistencia. Este y otros semejantes sucesos no llamaban la atencion de Suchet, fija como tenia toda su consideracion en los acontecimientos de los ejércitos aliados de Castilla; haciéndole estos conocer los peligros que podian llegar á rodearle. Para prepararse á resistirlos, fortificó varios parapetos y avitualló las plazas fuertes, mejorando tambien sus fortificaciones. Llamó muy particularmente su atencion la ciudad de Valencia, en donde á mas de otros preparativos, dispuso aislar la aduana, edificio vasto y sólido, derribando una iglesia que le dominaba y colocando en él varios morteros. La

idea de Suchet al adoptar tales medidas, era no solo ponerse en estado de repeler cualquier ataque del ejército aliado y de enfrenar á los habitadores si intentaban desmandarse, sino tambien conservar ciertos puntos que le ofreciesen oportunidad para reconquistar la provincia, si algun suceso desgraciado le obligase á evacuarla momentáneamente.



CAPITULO XXXV.

Operaciones del ejército español de Cataluña.—Ataques del coronel Manso.—Capitula la ermita fortificada de San Dimas.—Sorpresa de Molins de Rey.—Combate de Arenys de Mar.—Sorpresa del puerto de Tarragona.—Crueldad del gobernador de Lérida Henriot.—Circular del general Lacy.—Accion de Arbeca.—Accion del Congost de la Garriga.—Sorpresa en el Coll de Vall.—Ataque de la casa fuerte de Bañolas.—Supuesta conspiracion de Barcelona.—Providencias del general Lacy.—Representa la junta de Cataluña contra Lacy.—Desatiende la Regencia su injusta demanda.—Nombra el gobierno comandante general de Aragon á D. Pedro Sarsfield.—Entra este general en Barbastro.—Partidarios en Aragon.—Infructuoso ataque de Denia.—Amaga Suchet á Alicante.—Se retira.—El general Murray toma el mando de la division anglo-siciliana.—Mina.—Accion de Vitoria.—Encuentro en Pueyo y Basaoain.—Accion de Mañeru.—Longa.—Encuentros entre Burgos y Pancorbo.

Aunque las ocurrencias de Cataluña, Aragon y Navarra en los últimos seis meses de este año no ofrezcan grandes resultados, no por eso merecen quedar en total olvido, siquiera para demostrar que el fuego patrio que hemos visto arder en ellas durante toda la guerra, no se habia amortiguado en lo mas mínimo.

En Cataluña continuaba D. Luis Lacy haciendo la guerra con la misma actividad y reportando mas ventajas que las que podian esperarse de sus recursos, cada dia mas limitados con la pérdida de las plazas fuertes y principales puertos, y sin otro abrigo ni apoyo que el de la lealtad y constancia catalana.

Eroles, Rovira, Manso y otros gefes sostenian la lucha con el mismo vigor que antes; y el comodoro inglés Codrington, que surcaba siempre por aquellos mares, favorecia las empresas que tenian lugar por el lado de la costa.

El coronel Manso, sabiendo que el enemigo, despues de haber abandonado el monasterio de Monserrat, se dirigia á ocuparle de nuevo en dos columnas, la una compuesta de 4 á 5,000 hombres por Esparraguera y Monistrol, á las órdenes del general Clement, y la otra de 1,500 á las de Deveaux por Collbató, se emboscó cerca de Breda, y atacándole al paso, defendió la carretera con una firmeza prodigiosa, y solo la inmensa superioridad de las fuerzas enemigas le hicieron á costa de mucha pérdida abandonar el punto.

El mismo Manso con su batallon de cazadores disputó despues á las tropas francesas las angosturas de Martorell á su regreso de Monserrat á Barcelona.

El general Lacy, para ofrecer algun apoyo á las partidas sueltas que carecian de todo abrigo, hizo fortificar la ermita de San Dimas, cuyo mando encargó al

coronel de ingenieros ingles D. Edevin Green. Los enemigos la atacaron con fuerzas considerables, y aunque los nuestros se defendieron briosamente, se vieron precisados á capitular el 29 de julio, quedando prisioneros los 200 hombres que la defendian y el citado coronel.

Manso, siempre arrojado en sus empresas, proyectó sorprender el relevo de la guarnicion de Molins de Rey cuando regresase á Barcelona. Para efectuar su plan hizo una marcha de 14 leguas, saliendo de Esparraguera con 400 hombres de su batallon, y verificó la sorpresa atacando al enemigo simultáneamente por frente y retaguardia, matándole 200 hombres y haciéndole 105 prisioneros.

El coronel D. Manuel Llauder, gobernador de las Islas Medas, incomodaba de continuo con algunos buques á los franceses destacados en las inmediaciones de Bagur.

Una columna francesa de 4,000 infantes y 200 caballos que se hallaba en San Celoni, trató de envolver la division del coronel Milans. Despues de varias maniobras ejecutadas por ambas partes, se trabó el 19 de setiembre una empeñada y sangrienta accion en las inmediaciones de la ermita del Remedio, sobre Arenys de Mar, donde se dirigia el enemigo. La victoria estuvo indecisa por tres horas, hasta que la noche puso fin á tan porfiada lucha. El general enemigo Espert se replegó sobre Mataró, despues de haber perdido mas de 400 hombres.

En la noche del 27, cuando los enemigos se consideraban mas seguros de todo ataque, á causa de estar celebrándose en la villa de Reus las fiestas por la publicacion de la Constitucion, determinó el baron de Eroles sorprender el puerto de Tarragona, ausiliado del comodoro Codrington, quien con su navío *Brack* y la fragata *Franchesc*, se apoderó de cinco embarcaciones que allí habia, incendiando otras y dos cañoneras, imposibilitando de este modo al enemigo de incomodar en lo sucesivo la navegacion de la costa.

El gobernador de Lérida Henriot, cuya ferocidad contra los españoles era estremada, habia últimamente hecho quitar la vida al baile y regidor de Alós: el general Lacy, indignado de tanta crueldad, circuló órden á todos los gefes de sus divisiones para que no se diese cuartel á ningun frances perteneciente á la guarnicion de Lérida, ínterin estuviese á su frente aquel bárbaro general.

El baron de Eroles, asistido de cuatro compañías de granaderos y otras tantas de cazadores, salió de Reus, y atacó en Arbeca é hizo prisioneros, despues de un obstinado combate, 175 de la guarnicion de Lérida, pasando antes á cuchillo á 250 en represalias de la muerte del baile y regidor de Alós. La humanidad dejó oir



Humanidad del Baron de Eroles.

su voz en medio de los furiosos gritos de la venganza, y cansados los soldados de matar enemigos, concedieron cuartel á los 175 que rindieron las armas, cuya conducta generosa aprobó Lacy; pero previniendo al baron de Eroles que en lo sucesivo cumpliese puntualmente sus órdenes, no dando cuartel á ninguno de los enemigos de la guarnicion de Lérida.

El 25 de octubre intentó Lacy un fuerte reconocimiento sobre Olot, perdiendo en él 200 hombres, por haber sido cargado por fuerzas muy superiores. Queriendo los franceses penetrar en el llano de Vich para buscar víveres, reunieron 12,000 infantes y 500 caballos, y el 2 de noviembre emprendieron su movimiento. Lacy trató de impedirlo, mas no lo consiguió por el descuido que hubo en volar el puente del Congost de la Garriga, de cuya operacion estaba encargado el coronel Milans. Sin embargo, los franceses tuvieron que luchar con una tenaz resistencia, que les costó mas de 1,200 hombres.

El coronel Manso sostuvo el 8 de noviembre una reñida accion en el Coll de Vall, cerca de Puigcerdá, donde sorprendió un convoy de carretas que iba por faginas á dicho pueblo.

El 11 de noviembre intentó el coronel Villamil, á la cabeza de 300 hombres, sorprender el castillo de Balaquer; pero prevenidos los enemigos, frustraron sus deseos. En el mismo dia hizo la guarnicion de Tarragona una salida contra dos compañías apostadas en el Mas de Morató, las cuales, cargadas por fuerzas superiores, se vieron forzadas á retirarse.

No queriendo Lacy que los enemigos permanecieran mucho en la llanura de Vich, dispuso que el general Eroles amagase el Coll de Balaquer, con cuyo movimiento los obligó á dejar á Vich y trasladarse á Manresa.

El coronel Llauder se acercó á la casa fuerte de Bañolas, batiéndola en los dos dias 21 y 22 de noviembre, en cuyo último dia se retiró herido, despues de haber causado á los enemigos pérdida considerable.

Mientras estos sucesos, el general Decaen, arrastrado de sus sanguinarios instintos, y deseando sacrificar á algunas personas notables de Barcelona, fingió descubrir una conspiracion en aquella capital, cuyo objeto suponia dirigido á envenenar la tropa francesa que la guarnecia. Para consumar su proyecto, fueron presas 22 personas, entre ellas D. José Baiges, rico comerciante de la misma ciudad, y entregadas á una comision militar que las juzgase. D. Luis Lacy, sin dar crédito á la supuesta conspiracion, creyóla invencion de la malevolencia, ó traza buscada de intento para deshacerse de los que por su patriotismo y arrojo causaban recelo á los invasores y sus secuaces; y por esta razon hizo publicar con toda solemnidad en los distritos que ocupaba su ejército, y de modo que llegase á noticia de los franceses, un decreto por el que mandaba se pusiese en calabozo separado un número de prisioneros de todas graduaciones, igual al de los españoles presos por Decaen, y que se les diese en adelante el mismo tratamiento que á estos, reservándoles igual suerte que la que tuviesen los nuestros: con esta providencia logró contener el furor enemigo, que seguramente hubiera hecho perecer en el cadalso á tan distinguidos patriotas. Este resultado justifica completamente el sistema de represalias adoptado por el general español, cuyos efectos, aunque sangrientos, redundaban en beneficio de la humanidad, pues contenian á los crueles Decaen y Henriot en la carrera de sus atrocidades.

Al considerar la incansable actividad con que trabajaba D. Luis Lacy en medio de su entera carencia de recursos, ya hostilizando continuamente al enemigo, ya salvando con sus enérgicas providencias á los patriotas que gemian bajo el yugo del usurpador, no parecia posible hallar un buen catalan que se mostrase poco satisfecho de la heróica conducta de aquel caudillo; mas desgraciadamente los hubo, y el bizarro general encontró ingratitud donde menos debia esperarla. La junta superior de Cataluña, mal aconsejada, ó guiada de pasiones innobles, dirigió una inmotivada esposicion á la Regencia, en la que atropellando la verdad y contra la general conviccion del pais, acusaba de inactivo al incansable general Lacy. Por

fortuna la Regencia, bien persuadida de que ningun otro caudillo hubiera hecho mas en las circunstancias deplorables en que se encontraba el Principado de Cataluña, desatendió la infundada é injusta queja, teniendo presente á tan distinguido general para darle un mando correspondiente en la nueva organizacion de los ejércitos nacionales.

Como las ventajas alcanzadas por las armas aliadas en los meses de julio y agosto de este año, reclamaban el aumento de nuestros ejércitos para que por todos lados hostigáran al invasor, nombró la Regencia en 2 de setiembre comandante general de Aragon á D. Pedro Sarsfield, á cuyo reino pasó este desde Cataluña con algunos cuadros del primer ejército bien aguerridos y disciplinados, para que sirviesen de base al armamento general de Aragon. El nuevo gefe en su primera incursion avanzó hasta Barbastro, en cuya ciudad entró el 28 de setiembre, haciéndose dueño de los muchos repuestos acopiados allí por el enemigo, al cual en los restantes meses del año continuaron molestando Gayan, Villacampa, Duran, el Empecinado y otros varios caudillos. Sosteniendo asi continuos encuentros, pusieron por diciembre en gran aprieto á la guarnicion enemiga del castillo de Daroca, y en grave riesgo de perderse al general Severoli al frente de una gruesa columna, la cual sufrió notable pérdida. La misma Zaragoza estuvo mas de una vez próxima á caer en manos de los españoles, pudiendo solo impedirlo la esquisita vigilancia de su gobernador el general Paris, y la fuerte guarnicion que la custodiaba.

La espedicion anglo-siciliana que se hallaba en Alicante determinó apoderarse del fuerte de Denia, encargándose de esta empresa el mayor general Dinkam, cuartel maestre general de las tropas inglesas, quien en la noche del 4 al 5 de octubre desembarcó cerca de Denia con 1,200 hombres de infantería y dos piezas de artillería, y formando su tropa al abrigo de un barranco, colocó su artillería en batería y marchó sobre el fuerte, apoderándose de los puestos avanzados del enemigo, é intimando la rendicion á su gobernador el coronel Bonafoux. Mas por desgracia del ingles, fueron los franceses reforzados oportunamente con un regimiento de cazadores que acudió al ruido del fuego, con cuyo auxilio atacaron simultáneamente á los aliados por frente é izquierda, y los obligaron á reembarcarse con la pérdida de 30 muertos y sobre 100 heridos.

Este suceso llamó la atencion del mariscal Suchet hácia aquel punto. Para impedir su repeticion, hizo un amago sobre Alicante con las divisiones de los generales Arispe y Soulier, la caballería del general Delort y una batería de 12 piezas de artillería ligera que se acercaron á dicha plaza por Sax, Nobelda y San Vicente, colocándose la caballería por escalones entre Nobelda y Monforte. Las tropas anglo-sicilianas se mantuvieron bajo el cañon de Alicante, y solo destacaron un batallon calabres, sostenido de un escuadron de caballería ligera, para atacar el flanco derecho de Arispe, flanco que logró desordenar; mas viéndose próximo á ser cargado por fuerzas muy superiores, se replegó á su posicion en el mejor órden. Los franceses se volvieron tambien á sus antiguos acantonamientos sin ser perseguidos.

El desgraciado ataque de Denia y la indecision del general ingles Maintland, inspiraron gran desconfianza y desaliento á los españoles y aun á los mismos ingleses, por lo que, encontrándose aquel general sin el prestigio necesario para mandar con buen éxito, pidió su licencia á pretesto de restablecer su salud, la que le concedió el ministro británico, nombrando para sucederle al general Murray.

En Navarra continuaba el intrépido Mina, ya restablecido de su herida, batallando sin interrupcion y recogiendo siempre nuevos laureles, á pesar de la viva persecucion de los franceses. No se limitaba el valiente navarro á hostilizar á los enemigos en su provincia, sino que estendia sus espediciones á varias otras, y hasta se propuso atacar á Vitoria, sin embargo de tener á retaguardia al general Palombini con 5,000 infantes y 600 caballos: tambien desalojó de Guardalequi á unos 300 franceses que reforzados por nuevas tropas que salieron de Vitoria, se hicieron fuertes. El general Caffarelli, á la cabeza de 3,500 infantes y 600 caballos, fuerzas muy superiores á las de Mina, se puso al frente de este, y cuando los dos cuerpos se

hallaban á tiro de fusil, la caballería española se arrojó intrépidamente sobre el enemigo, y en poco tiempo consiguió desbaratarle, matándole é hiriéndole mucha gente. El ataque duró desde la una de la tarde hasta las cuatro, hora en que los franceses, no pudiendo resistir sin nuevos refuerzos el ímpetu de los nuestros, se vieron precisados á incorporarse con las tropas que tenian aun en Vitoria. Mina entonces tuvo por conveniente emprender su retirada, despues de haber muerto 300 enemigos, hecho algunos prisioneros y cogido varios efectos de guerra.

El general frances Abbé, con ánimo de obligar á Mina á levantar el estrecho bloqueo que tenia puesto á la plaza de Pamplona, en cuya ciudad no podian los franceses introducir víveres, de los que enteramente carecia, salió de Tafalla con 5,500 infantes, 250 caballos y 5 piezas de artillería, para escoltar un convoy de granos destinado á la misma plaza. Instruido Mina del proyecto del general contrario, quiso entorpecer su marcha, y en la noche del 10 de octubre se situó en Pueyo y Basoain: en la mañana del 11 encontráronse las tropas de Abbé en dichos dos pueblos con las avanzadas de Mina: este atacó en seguida á los franceses, rompiendo sobre ellos un vivo fuego graneado que duró mas de una hora, sin que la columna enemiga pudiese avanzar ni un solo paso, á pesar de los mas vigorosos esfuerzos. En vano el general Abbé puso en juego sus conocimientos militares, maniobrando en diferentes direcciones. El fuego duró cinco horas, durante las cuales fueron repetidos los ataques de frente, flanco y retaguardia que sufrió, hasta que formada en masa su divison pudo proseguir al fin su marcha por el camino real, no sin haber perdido antes en tan empeñada lucha mas de 800 hombres.

Precisado otra vez Abbé á recoger mas víveres para la misma guarnicion de Pamplona, volvió á salir de esta plaza el 13 del mencionado octubre: el 15 se hallaba en Estella, y en la mañana de este dia se puso en marcha con direccion á Mañeru y Puente. Mina, siempre en observacion de su contrario, le esperaba con la mayor parte de sus fuerzas cerca de Mañeru, en donde se trabó un combate mas encarnizado y sangriento que el del 11. Repetidas fueron las cargas y obstinadísimos los encuentros en una accion que duró desde las diez de la mañana hasta el anochecer, á cuya hora tuvo Abbé que retirarse, siendo perseguido á pesar de la oscuridad por las tropas de Mina, y perdiendo los franceses 1,400 hombres, sin lograr entrar en Pamplona hasta el 17. Sensible es no poder seguir la narracion de las brillantes acciones y contínuos encuentros que sostuvo la brillante division navarra, la cual siguió incansable todo el resto del año, enseñando al enemigo la firmeza de su valor y los adelantos que en el arte de combatir habia hecho el esforzado Mina, adelantos que, ayudados de la actividad y energía que manifestó desde sus primeros ensayos, ponian á los franceses en el mayor conflicto y mantenian en Navarra siempre en vigor el entusiasmo de sus moradores.

No permanecian tampoco ociosos los partidarios de las provincias Vascongadas y de lo interior de Castilla, en donde el coronel Longa con su division de Iberia molestaba continuamente á los franceses, teniendo con ellos importantes encuentros en los primeros dias de agosto entre Burgos y Pancorbo, y principalmente uno en el camino de Santa María de Cubo á Pancorbo, y otro en Altable, en los que hizo perder al enemigo mas de 1,000 hombres.

No permitiéndonos la brevedad propuesta individualizar los trabajos de este y de los demas partidarios de aquellos contornos, diremos solo que con sus continuas tentativas mantenian á los franceses en contínua inquietud, y llamándoles la atencion por diferentes puntos á la vez, les distraian muchas fuerzas, impidiéndoles realizar la concentracion que tanto necesitaban para hacer frente á las combinaciones de los ejércitos aliados.

CAPITULO XXXVI.

Movimientos del ejército anglo-portugues.—Evacuan los franceses á Valladolid.—El general Castaños con el 6.° ejército español se une á lord Wellington.—Evacuan los franceses á Burgos, dejando una fuerte guarnicion en su castillo.—Desórdenes de las guerrillas españolas en Burgos.—Entra el ejército aliado en aquella ciudad.—Sitian el castillo.—Descripcion de esta fortaleza.—Toman los ingleses el hornabeque de San Miguel.—Proyecto para conferir á lord Wellington el mando en gefe de los ejércitos españoles.—Reflexiones.—Decreto de las córtes nombrando á Wellington general en gefe de todas las tropas españolas.—Descontento que produce esta medida.—Destitucion del general Ballesteros.—Observaciones sobre este suceso.—Continúa el sitio del castillo de Burgos.—Descércanle los aliados.—Movimientos de los franceses.—Retirada del general Hill.—Abandonan los aliados á Madrid.—Estado critico de la capital.—D. Pedro Sainz de Baranda.—Entra José en Madrid.—Sale otra vez.—Va José á Castilla la Vieja.—Posicion del ejército aliado.—Los ejércitos franceses de Portugal y del Norte marchan sobre Castilla la Vieja.—Empieza Wellington á retirarse.—Varios movimientos de los ejércitos.—Patriótico pundonor del general Alava.—Repasan los aliados el Duero.—Uneseles el general Hill.—Llegan los ingleses á Salamanca.—Júntase José á sus ejércitos del Norte y de Portugal.—Fuerzas que reunen los enemigos.—Número de combatientes del ejército aliado.—Pasan los franceses el Tórmes.—Se retira Wellington sobre Portugal.—Desórden en la retirada.—Cae prisionero el general Paget.—Entra Wellington en Portugal.—Se dirigen los españoles á sus antiguas posiciones.—Honrosa defensa del castillo de Alba de Tórmes.—Lo evacua el gobernador español y salva la guarnicion.—Cuarteles de los aliados en Portugal.—Dividen los franceses sus fuerzas.—Entra José otra vez en Madrid.—Circular de lord Wellington.—Pasa este á Cádiz.—Recibo honorífico que se le hace.—Se le da asiento en las córtes.—Regresa Wellington á su ejército.—Nueva distribucion de los ejércitos españoles.—Reflexiones.

Las operaciones del ejército anglo-portugues vuelven ahora á llamar otra vez nuestra atencion, pues aunque no todas prósperas, iban sin embargo preparando el feliz término de nuestra gloriosa lucha. Cuando Wellington salió de Madrid el 1.° de setiembre, como anunciamos antes, llevó consigo las divisiones primera, quinta, sesta y séptima de su ejército, dejando en Madrid y sus cercanías la tercera con la lijera y cuarta.

Los enemigos, que habian vuelto á ocupar á Valladolid, evacuáronla de nuevo al aproximarse á dicha ciudad los anglo-portugueses, y siguieron su retirada á Burgos, en donde entró Clausel el 17 del propio setiembre. Al poco tiempo se le reunió el general Souham con 9,000 infantes del ejército del Norte, y tomó este último el mando en gefe de toda la fuerza espresada.

Continuando los aliados su marcha, estableció Wellington su cuartel general en Pampliega, cerca de Burgos, en cuyo punto se le reunió el dia 19 el sesto ejército español mandado por D. Francisco Javier Castaños: su fuerza ascendia á unos 16,000 hombres, y ademas marchaban con la vanguardia del ejército ingles diversas partidas de guerrillas ó cuerpos francos.

El 18 llegaron las tropas españolas delante de Burgos; pero sabiendo que el enemigo habia evacuado la ciudad dejando solo una fuerte guarnicion en su casti-

llo, se adelantaron unos 800 hombres pertenecientes á las guerrillas ó cuerpos francos españoles, y contra las espresas órdenes de Wellington entraron en la poblacion, en donde cometieron los mas escandalosos desórdenes, desacreditando con ellos aquellos hombres desenfrenados el buen nombre de las otras partidas que con tanto honor estaban haciendo la guerra al enemigo. Divididos en pequeños grupos, se entregaron con descaro al pillaje, y sin respetar los establecimientos pertenecientes á la nacion, forzaron las puertas de los almacenes de vestuarios, armamentos y monturas, saqueándolos en un momento, sin perdonar los hospitales, privando asi al ejército de tan necesarios recursos. El desórden tomó mayor incremento por haber encontrado los guerrilleros un almacen de vinos y licores, que consumieron al momento, siguiendo á esto los escesos consiguientes á semejante escándalo.

Solo la partida del cura Merino observó la mas rijida disciplina. Con un destacamento de su gente y dos escuadrones de D. Julian Sanchez, entró el general Alava, comisionado por Wellington á restablecer el órden, y cargando sable en mano á los guerrilleros, los arrojó de la ciudad, logrando asi salvar una porcion de almacenes y un millon de reales en tabaco que habia en la Aduana, con un completo parque de artillería. En la misma noche envió el general Castaños para ayudar á Alava dos batallones españoles, con lo que se logró restablecer la calma en la ciudad. Luego que las córtes tuvieron conocimiento de un hecho tan impropio de buenos españoles, mandaron á la Regencia en 8 de octubre tomára las disposiciones convenientes para castigarlo debidamente.

Restablecido el órden entró el ejército aliado en Burgos en medio de generales aclamaciones. Wellington conoció la necesidad de atacar inmediatamente el castillo de Burgos, aunque entonces carecia de los medios necesarios para ello, pues solo llevaba consigo 3 cañones, 5 obuses y algunos centenares de balas. Para la ejecucion de su intento, hizo pasar una division á la izquierda del Arlanzon, y que otras dos con dos brigadas portuguesas vadeasen este rio y se aproximasen á los fuertes, arrojando á los enemigos de los puestos avanzados. El resto del ejército se situó en el camino real para cubrir el ataque.

El castillo de Burgos fué en la antigüedad fuerte y casi inaccesible: fortalecióle D. Enrique II, conocido en la historia por la escandalosa prodigalidad de sus mercedes; pero padecieron mucho sus muros en la obstinada resistencia que dentro de él hicieron los partidarios del rey de Portugal contra los reyes católicos. Repuso sus estragos la reina Doña Isabel, manteniéndose en buen estado hasta que en 1736 un cohete tirado de la ciudad en una fiesta le prendió fuego, y como nadie acudió á apagar el incendio, que duró muchos dias, se arruinó notablemente la fortaleza. Domina el castillo los puntos y cerros que se elevan en su derredor, escepto el de San Miguel, del que le divide una profunda quebrada, y en cuya cima habian construido los franceses una batería acasamatada. Dos líneas de reductos rodeaban la colina, dentro de las cuales quedaba encerrada la iglesia de la Blanca, cuyo edificio antes embarazaba que servia á la defensa. Constaba la guarnicion de 2 á 3,000 hombres y la mandaba el general Du Breton.

Confiados los ingleses en su valor y en lo imperfecto de las obras, determinaron irlas asaltando sucesivamente, empezando por el hornabeque de San Miguel, que las dominaba todas. Graves dificultades ofrecia el asalto de este punto; pero ninguna fué bastante á detener al intrépido general Pak, que al frente del regimiento escocés número 42, compuesto de soldados recien llegados de Inglaterra, intentó la escalada, y supliendo lo corto de las escalas con las bayonetas clavadas en tierra se apoderó de él en la noche del 19, con no poca sangre de su tropa, y con la desgracia de no haber podido impedir la furtiva escapada de la guarnicion francesa, que se acogió al castillo, dejando sin embargo en poder de los aliados 250 prisioneros.

En la misma noche empezáronse á construir tres baterías en el propio cerro de San Miguel, y los trabajos á la zapa por el mismo camino de Reinosa. Engreido lord

Wellington con el feliz éxito de su primera tentativa, quiso tambien tomar por asalto la noche del 22 el primer recinto del castillo, ordenando para efectuarlo que algunas tropas portuguesas llamasen la atencion del enemigo hácia la parte del mediodia, mientras otras inglesas se presentaban al mismo tiempo con escalas por el frente que mira á la ciudad. La vigilancia del enemigo frustró enteramente este proyecto, y advirtió al caudillo británico la necesidad de contener su ardor y limitarse al órden regular de un sitio.

Mientras Wellington se prepara á él referiremos nosotros un suceso que seguramente no quisiéramos ver figurar en la gloriosa historia de la guerra de la Independencia. Aludimos al mando en gefe de los ejércitos españoles conferido al mismo Wellington. Los desagradables incidentes á que dió lugar este negocio y las funestas consecuencias que acarreó nos precisan á dar una idea, aunque ligera, de algunos de sus pormenores.

Las córtes, que con tanta dignidad como antes hemos manifestado habian sostenido constantes la causa del honor español, rechazando los deseos de aquel general cuando por conducto de su hermano sir Enrique Wellesley pidió el mando de las provincias españolas limítrofes de Portugal, descendieron ahora del elevado puesto en que se habian colocado con tanta gloria suya y del pais. El ultrage causado á este se presenta mas sensible á la vista de todo español, cuando advierte entre sus autores á varios de aquellos diputados, á quienes por su amor á la libertad y á las glorias nacionales, hemos esceptuado casi siempre de las censuras que mas de una vez hemos dirigido á las córtes.

D. Andres Angel de la Vega, D. Francisco Ciscar, D. Agustin de Argüelles, D. José María Calatrava, el conde de Toreno, D. Fernando Navarro, D. José Mejía, D. Francisco Golfin, D. Juan María Herrera y D. Francisco Martinez de Tejada, fueron los que en varias conferencias reservadas examinaron detenida, pero apasionadamente, el pensamiento concebido por el primero de los espresados, producto mas bien del entusiasmado afecto que el D. Andres Angel profesaba á la Gran Bretaña, que no de las especiosas razones en que procuraba fundarlo, siendo estas ilusorias y sofísticas, por mas valor que como uno de los aprobantes del proyecto les quiera dar el conde de Toreno. En obsequio á la brevedad, nos haremos cargo no mas que de tres de ellas: 1.ª que el ejército anglo-portugues formaba el principal centro de las operaciones de la guerra; 2.ª que la investidura que se pretendia dar á lord Wellington era el mejor medio de estrechar la alianza inglesa; y 3.ª que en atencion á los muchos enemigos internos con que contaba la nueva situacion política de España, necesitaba esta para todo futuro evento un apoyo estraño, el cual no podia encontrarlo sino en la nacion inglesa. Examinemos rápidamente si tienen verdad y fuerza estas tres pretendidas razones.

No tratamos de menoscabar la importancia del ejército anglo-portugues que obraba en España; pero nunca convendremos en que constituyera en efecto el primer apoyo de la causa nacional: este estribaba únicamente en el carácter y en el entusiasmo español, sin cuyos esfuerzos nada habrian hecho las bayonetas ausiliares. Las tropas anglo-portuguesas que entraron en España no llegaron nunca á 60,000 combatientes, mientras los españoles, que con las armas en la mano inquietaban sin descanso al invasor, pasaban de 300,000 hombres, de estos la mitad por lo menos disciplinados y regimentados, en términos que con algo mas tino en el gobierno supremo para la organizacion y distribucion de sus fuerzas, eran estas bastantes por sí solas para arrojar al enemigo al otro lado del Vidasoa. La espada del guerrillero español era muy mas temible á los franceses que el auxilio que nos daba Wellington.

No seremos nosotros, repetimos, los que neguemos las inmensas ventajas que nos proporcionó la alianza inglesa: sin ella no nos atrevemos á calcular cual hubiera podido ser la prolongacion de la lucha; mas no por eso creemos que para conservar esa alianza, necesitára España en aquellos dias hacer el sacrificio de su honra, poniendo el total de sus huestes bajo la direccion de un estrangero. Los beneficios de la resistencia eran comunes á los dos paises, y aun cuando se quisiera conceder que sin

la union británica hubiera el leon de Castilla sucumbido á las águilas francesas, séanos permitido decir que sin el valor del leon, tampoco habria el leopardo ingles humillado á la Francia en Waterloo, siendo muy probable que esta hubiera borrado antes á la Gran Bretaña del catálogo de las naciones.

Para demostrar el ningun valor de la tercera razon en que se fundaba el proyecto que nos ocupa, bastará recordar la conducta observada mas adelante, respecto á nuestras cosas interiores, por el gabinete británico. Los gobiernos no miran jamas en cuestiones de agena ventura sino solo á sus intereses, siendo esta esencialmente la política de la nacion á que nos referimos. Nuestra aliada la Gran Bretaña, luego que vió á la España libre de las fuerzas francesas, únicas que la dañaban, no solo miró con fria indiferencia los escesos de la tiranía y el sacrificio de nuestros mas insignes patriotas, sino que abandonando la Península á la humillacion y abatimiento en que habia conseguido sumirla el cautivo de Valencey, ni aun tuvo la generosidad de abogar por ella en el congreso de Viena, colocándola en el lugar que de justicia correspondia á la primera nacion de Europa que tuvo aliento para contener al guerrero del siglo en la carrera de sus triunfos, preparando el sepulcro á sus glorias.

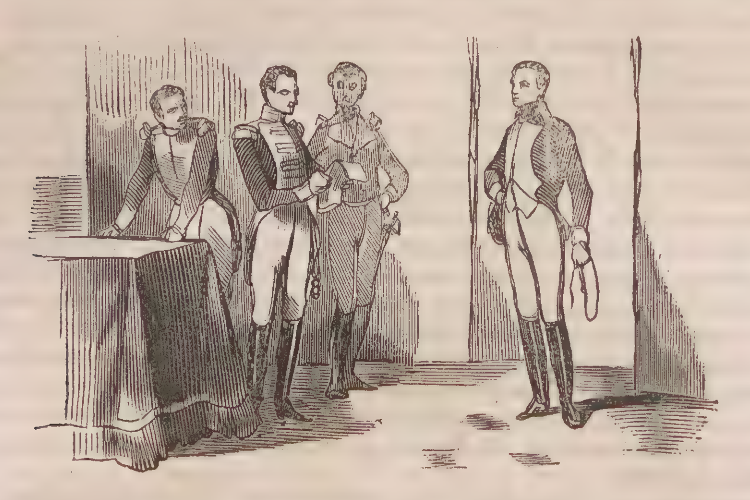
Tan quiméricas, sin embargo, eran las razones en que los diputados apoyaban la impolítica medida de conceder á lord Wellington el mando supremo de los ejércitos españoles. Ofuscados con las apariencias, determinaron llevar á cabo el pensamiento, comenzando por someterlo á la consideracion de las córtes, si bien, conociendo lo impopular de la medida, resolvieron hacer la propuesta en sesion secreta, cometiendo de paso la imprudencia (si no fué malicia tal vez para comprometer mas y mas al congreso á su aprobacion) de comunicársela antes al ministro ingles, el cual, como era regular, no solo aprobó el pensamiento, sino que suministró sus apuntes acerca de los términos en que convendria estender la gracia.

D. Francisco Ciscar, diputado por Valencia, fué el encargado de presentar la proposicion por escrito, firmada por los diez vocales ya espresados. El crédito de estos y su práctica parlamentaria prepararon la aprobacion de la intempestiva medida, aunque no faltaron diputados celosos del honor español que la combatieron vigorosamente, entre los cuales se distinguió en esta ocasion D. Jaime Creux, diputado por Cataluña. El conde de Toreno, ciego partidario de este pensamiento, creyendo sin duda desvirtuar la fuerza de los argumentos del diputado catalan, añade con sagacidad, «que el señor Creux fué despues arzobispo de Tarragona, é individuo en «1822 de la que se apellidó regencia de Urgel,» como si las opiniones políticas de este diputado, de las que á nosotros nos separa un abismo, fueran bastantes para disminuir el valor de sus razones en sentido puramente patriótico, pues ¿cómo rebatir, entre otras muchas, la fundada en la imposibilidad de sujetar á responsabilidad á un general súbdito de otro gobierno, y obligado por tanto á obedecer sus superiores órdenes? El mismo Toreno, conociendo la irresistible fuerza de este y otros no menos sólidos argumentos, se ve obligado á confesarlo asi, diciendo por toda respuesta: «Razones poderosas, contra las que no habia mas salida que la de la nece- «sidad de aunar el mando y vigorizarle, para poner pronto favorable y término «á guerra tan funesta y prolongada.»

Todavía escandaliza hoy el subterfugio á que tuvieron que apelar los autores del descabellado plan para disculpar su gran yerro. Pues qué! ¿no habia en la nacion un gobierno supremo, único á quien tocaba la direccion de la guerra? ¿No existia un estado mayor general bien organizado, á quien correspondia la formacion del plan general de campaña? Y si aun se queria simplificar mas este, en atencion á la clase de lucha que la nacion sostenia, ¿no habia otros medios mas en armonía con el decoro nacional que el adoptado por las córtes? ¿No podia haberse establecido al frente de los ejércitos una direccion general de operaciones, que siguiendo la marcha de los sucesos, pudiera modificar convenientemente la de las tropas, y en la cual, sin negar á Wellington el asiento que merecia, hubieran tambien tenido entrada generales españoles, no menos acreedores á tal puesto? ¿Tanta distancia habia entre los conocimientos militares de algunos de estos y los del caudillo británico,

que no fueran aquellos gefes dignos ni aun siquiera de alternar con él? El congreso con su resolucion nos espuso á gravísimos conflictos. ¿Cuál habria sido la suerte de la patria, si los hombres de pro en nuestros ejércitos hubieran dado oidos en aquellas circunstancias al grito del decoro ofendido? ¿Tenian el gobierno ni las córtes medios para hacer con todos lo que hicieron con alguno de ellos? ¿Con qué gefes los reemplazaba, si todos los generales españoles seguian la misma conducta? ¿Hubiera echado mano de caudillos estrangeros? ¿Los habrian obedecido nuestros soldados? Convengamos en que las córtes se asomaron en esta ocasion á los bordes de un abismo sin fondo, cuando sin motivo plausible hollaron de un modo tan triste la altiva dignidad nacional, por mas que se empeñe Toreno en querer probar lo contrario, pues si la antigua Grecia, como él dice, vió á Temístocles sometido al general de Esparta, los espartanos y los atenienses eran al cabo todos ellos griegos, aunque fueran distintas entre sí sus administraciones locales, siendo tambien muy flojo el argumento en que se traen tambien á colacion las armas aliadas hispano-francesas capitaneadas todas por Vendome, en época y circunstancias tristísimas que tan pocos puntos de contacto ofrecen con las de que estamos hablando, respecto á independencia nacional. La España de Cárlos II y Felipe V no era la vigorosa y sublime de 1812.

Cuenta, empero, con deducir de lo que estamos diciendo que seamos adversarios de Wellington, ni que aspiremos á arrancar de sus sienes una sola hoja á la bella corona que supo ganarse en España. Reconocemos sus grandes méritos y apreciamos en todo su valor los eminentes servicios que prestó á la causa nacional, y no solo aprobamos cuantas recompensas se le otorgaron, sino que hasta quisiéramos ver figurar entre ellas una renta digna de la munificencia española; pero esto no quita que rechacemos la concesion que se le hizo del mando en gefe de los ejércitos españoles, no por fanatismo patriótico, como inconsideradamente llama otro autor á la justa indignacion que produjo en la mayoria del pais la medida que examinamos, ni porque creamos atesorados en nuestra tierra todos los bienes del universo, como añade el mismo escritor, sino porque ni pertenecemos á los que poco conocedores del mérito de su suelo y menos afectos á sus glorias, solo encuentran la suma perfeccion en las capacidades estrangeras, ni podemos sin injusticia negar á varios de nuestros generales conocimientos nada inferiores á los de Wellington, y mas en circunstancias como aquellas, en que no eran necesarios muy grandes para humillar á los invasores ya decaidos y desanimados, é incapaces de vencer á un pais donde Mina y el Empecinado valian por la parte mas corta la mitad de los gefes del Imperio aqui venidos para domeñarnos. Nada de esto bastó sin embargo para hacer desistir á las córtes de la idea una vez concebida, y asi, el 22 de setiembre se espidió el siguiente decreto, que no titubeamos en llamar mengua del decoro español: «Siendo indispensable para la mas pronta y segura «destruccion del enemigo, que haya unidad en los planes y operaciones de los «ejércitos aliados en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto «sin que un solo general mande en gefe todas las tropas españolas de la misma, «las córtes generales y estraordinarias, atendiendo á la urgente necesidad de apro«vechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, y las favorables circunstan«cias que van acelerando el deseado momento de poner fin á los males que han «afligido á la nacion; y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y re«levantes servicios del duque de Ciudad-Rodrigo, capitan general de los ejércitos «nacionales, han venido en decretar y decretan: que durante la cooperacion de «las fuerzas aliadas en defensa de la misma Península, se le confiera el mando en «gefe de todas ellas, ejerciéndole conforme á las ordenanzas generales, sin mas di«ferencia que hacerse, como respecto al mencionado duque se hace por el pre«sente decreto, estensivo á todas las provincias de la Península cuanto previene «el artículo 6.°, título 1.°, tratado 7.° de ellas: debiendo aquel ilustre caudillo «entenderse con el gobierno español por la secretaría del despacho universal de «la Guerra. Tendrálo entendido la Regencia del reino, etc. Dado en Cádiz, etc.»



Es nombrado Wellington generalísimo del ejército aliado.

Habiendo sido este el objeto á que Wellington habia siempre dirigido sus miras, escusado es decir que recibiria con gusto un decreto que tan cumplidamente satisfacia sus deseos. Sin embargo, al contestar desde Villatoro con fecha de 2 de octubre manifestando su reconocimiento, espuso al mismo tiempo que antes de admitir el mando con que se le honraba, érale necesario obtener el beneplácito del príncipe Regente de Inglaterra. Luego que lo obtuvo, envió su aceptacion definitiva, y entonces fué cuando dispusieron las córtes se leyese en público el espediente, como se verificó en la sesion del 20 de noviembre del mismo año.

Desde luego se manifestó el descontento que era consiguiente á tan impopular medida, la cual fué combatida por la prensa periódica, especialmente por el *Diario mercantil de Cádiz*. A falta de razones para rebatir los poderosos argumentos con que el patriotismo impugnaba la desacertada providencia, apela el conde de Toreno al efugio de llamarlos «*Eco de los parciales del intruso*», sin considerar que semejante dictado se esponian á merecerlo mejor los que tan inconsideradamente arrojaban esa tea de discordia en medio del pueblo y de los ejércitos españoles. Sin embargo, mas justos é imparciales nosotros que el citado historiador en lo que concierne á este punto, no se lo aplicaremos ni por sueño á los autores del fatal proyecto; antes confesaremos con gusto sus sinceros deseos del bien, por mas que en el medio adoptado se desviáran tan tristemente de lo que el honor español tan imperiosamente exigia.

Consecuencia del error cometido fué la separacion de D. Francisco Ballesteros del mando del ejército que tantas veces habia conducido á la victoria. Este general, uno de los mas celosos defensores de la independencia española, y uno á la vez de nuestros mas intrépidos y mas activos caudillos, habiendo recibido órden de Wellington para que pusiese su ejército en movimiento rehusó obedecer tal mandato, considerándolo degradante á la dignidad nacional, y asi, dirigió un oficio al ministro de la Guerra, esponiendo en términos enérgicos su sentimiento por la ofensa que se hacia á sus compatriotas, y haciendo dimision de su mando, si el gobierno no creia atendibles sus observaciones. La Regencia resolvió castigar la pretendida insubordinacion de este general (1), y para ello mandó á Grana-

(1) Llamamos *pretendida insubordinacion* á la del general Ballesteros, porque cuando recibió la orden de Wellington para poner su ejército en movimiento, no estaba este aun dado á reconocer por ge-

da sigilosamente á D. Ildefonso Diaz de Ribera, mas adelante conde de Almodovar, con órdenes firmadas en blanco para los gefes de aquel ejército, de las cuales debia hacer el uso que juzgase prudente. Llegó Ribera á dicha ciudad, en donde permaneció oculto hasta hablar con el príncipe de Anglona, enemigo personal de Ballesteros, y puestos ambos de acuerdo, adoptaron el recurso de fascinar al ejército, empezando por ganarse el cuerpo de guardias españolas. Súpolo Ballesteros; pero como buen español, quiso evitar los males consiguientes á una obstinacion de su parte, apresurándose á manifestar su completa obediencia á las órdenes del gobierno, con arreglo á las cuales pasó á Ceuta, donde se le destinó de cuartel.



BALLESTEROS EN CEUTA.

Aunque el mando del ejército correspondia, con arreglo á ordenanza, á D. Joaquin Virues, segundo de Ballesteros, se le confirió al príncipe de Anglona; determinacion injusta, que no sabemos si atribuir al parentesco del príncipe con el duque del Infantado, presidente de la Regencia, ó á que se le consideraria mas á propósito para secundar las ulteriores miras de aquella. Lo cierto es que bien fuese efecto del descontento producido en el ejército por la separacion de su activo y querido gefe, ó del disgusto que el hecho en cuestion ocasionó en los pueblos, resfriando su entusiasmo un proceder tan arbitrario, ello es que aquellas tropas per-

---

neral en gefe de las tropas españolas, ni se le miraba mas que como á un general estrangero con el mando del ejército anglo-portugues, sin ningunas facultades sobre los ejércitos españoles. De consiguiente es impropio é injusto llamar á Ballesteros *insubordinado*, asi como son inexactas las aseveraciones del conde de Toreno, cuando supone que el gefe en cuestion trató de atraerse la tropa al saber los manejos de Rivera y Anglona. Si tales hubieran sido sus intenciones, hubiéranse anegado en sangre las calles de Granada, pues ademas de la mucha tropa con que contaba el general, hubiera tenido á su lado al vecindario de la ciudad, engrosado con el de toda la serranía de Ronda, cuyos habitantes miraban en Ballesteros un verdadero amigo y uno de los protectores en que mas apoyo habian hallado en todo el tiempo de la invasion enemiga. Tambien es injusto Toreno con este general al asegurar que no tuvo mal éxito la causa formada contra él, porque todos, hasta el mismo príncipe de Anglona, procuraron tapar sus faltas. Nosotros con mas verdad diremos que aquella causa fué uno de los escándalos mas inauditos de la época en que se mandó formar: que no tuvo funestos resultados, porque la misma malicia no pudo ni aun inventar crímenes contra el que tan bien defendido se hallaba por su sobriedad, sus servicios y reconocida pureza de costumbres; y que toda la persecucion contra D. Francisco Ballesteros, aunque coloreada con su supuesta desobediencia, fué solo efecto de los planes formados por ciertos hombres para quitar del frente de los ejércitos españoles á aquellos generales consecuentes y firmes que hubieran podido en su dia rechazar la arbitrariedad, ó de los cuales no se presumia pudiera el desconocido Fernando prometerse la culpable indecision de Copons ó el apoyo que le ofrecieron Elío y sus secuaces.

manecieron muchos dias en una vergonzosa inaccion, y dejando á los franceses seguir pacíficamente su retirada, contribuyeron muy eficazmente á las desgracias con que terminó esta campaña, siendo este uno de los graves males que, como digimos arriba, proporcionó á la nacion el mando conferido á Wellington.

No habia sido este ahora mas afortunado en sus operaciones militares. Dejámosle antes enfrente del castillo de Burgos, trabajando para formalizar el sitio de aquella fortaleza y pensando en derribar por medio de la mina sus robustos muros. Para lograr este objeto, abrieron los aliados una comunicacion que arrancaba del arrabal de San Pedro, y convirtieron en paralela un camino hondo colocado á 50 varas de la línea esterior. En la noche del 29 jugó la primera mina, quedando de su resulta una brecha de 30 varas, de la que intentó apoderarse una columna inglesa; pero fué rechazada por los enemigos. Sin desmayar los aliados, insistieron en sus trabajos, practicando una segunda galería de mina, tambien enfrente del mismo arrabal de San Pedro. Concluida esta el 4 de octubre, se puso fuego al hornillo con mejor resultado que la vez anterior, pues las tropas inglesas sin perder momento asaltaron las brechas, estableciéndose en las obras esteriores. En este acto quedó gravemente herido el teniente coronel de ingenieros Jones, oficial de mérito que con bastante inteligencia habia dirigido los sitios de esta campaña.

Señores los ingleses del primer recinto, comenzaron á cañonear el segundo, practicando al mismo tiempo un ramal de mina que partia desde las casas inmediatas á la antigua iglesia de San Roman, ahora almacen de los franceses. Juzgando los aliados accesible la brecha del segundo recinto, le asaltaron el 18 de octubre, mas con éxito tan desgraciado, que los desalentó en gran manera. Esto y los movimientos del enemigo obligaron á lord Wellington á levantar el sitio del castillo el 22 del propio mes á las cinco de la mañana, sin conseguir tampoco, como lo intentó, la destruccion del hornabeque de San Miguel.

La falta de medios que esperimentaron los aliados para este sitio y la vigorosa resistencia de los franceses, disculpan el descalabro de los primeros; pero no la temeridad de arrostrar la empresa sin los recursos necesarios para asegurar su buen éxito, mayormente no siendo de absoluta necesidad la toma del castillo de Burgos, pues con haberlo dejado bloqueado, pudo y debió seguir el ejército aliado la retirada del enemigo, é impedir su reunion con las demas fuerzas de su nacion, como al fin consiguió verificarla, perdiéndose de este modo gran parte del fruto de una campaña bajo tan buenos auspicios comenzada.

Repuestos los enemigos, merced á nuestras desavenencias y errores, de la sorpresa que les causaron los sucesos de Castilla y Andalucía, prepauráronse á recuperar parte del terreno perdido, obrando para ello de acuerdo sus ejércitos del mediodía y centro, con los llamados de Portugal y el Norte.

Los primeros empezaron sus movimientos inmediatamente despues de celebrar José en Puente la Higuera una conferencia con los mariscales Jourdan, Soult y Suchet. Hizo este grandes esfuerzos para que no se evacuase á Valencia, y lo consiguió, marchando únicamente sobre Madrid, por Cuenca y Albacete, las tropas de los otros dos mariscales.

Deseaban los franceses atacar en el tránsito al general Hill, quien despues de su venida de Estremadura manteníase á orillas del Tajo en Aranjuez y Toledo, engrosado con la fuerza anglo-portuguesa que habia estado en la línea de Cádiz durante el sitio de aquella plaza, y con las tropas que habia traido de Alicante D. Francisco Javier Elío, y ascendian á 6,000 infantes, 1,200 caballos y 8 piezas de artillería que se situaron á la izquierda del ejército británico en Fuentidueñas. Luego que supo el general ingles los intentos del enemigo, avisóselo á Wellington, y poniéndose en camino de Madrid, abandonó sus estancias y voló uno de los ojos del puente llamado Largo, sobre el Jarama, en cuyas riberas dejó con algunas tropas al coronel Skerret. Este, despues de sostener un ligero choque con el ejército de José, abandonó aquella posicion y marchó á unirse con sus compatriotas.

El general Hill pasó por Madrid el 30 de octubre; desocupó los almacenes de



QUEMA DE LA FÁBRICA DE LA CHINA.

los franceses, destruyó las obras del Retiro y quemó la casa de la China, en cuya última operacion, no demandada por las leyes de la guerra, si dejó de mostrarse generoso y fiel aliado, se acreditó al menos de buen ingles, destruyendo un establecimiento español que ya empezaba á dar celos á los de la misma clase de su nacion. Llevóse consigo el mismo general Hill las divisiones que lord Wellington habia dejado apostadas dentro y en los alrededores de la capital, y todas estas fuerzas juntas se dirigieron por la sierra de Guadarrama sobre Alba de Tórmes, con objeto de unirse al ejército de Wellington. Acompañaban tambien á Hill las divisiones que del quinto ejército español trajo de Estremadura; mas no las del segundo y tercero que capitaneaba Elío, las cuales regresaron á sus respectivos distritos de Valencia y Murcia.

Con la salida de los aliados de Madrid quedó la poblacion en un estado sumamente crítico, abandonada de las autoridades que se apresuraron á huir de la villa, cuya suerte hubiera sido mas triste sin el celo de D. Pedro Sainz de Baranda, uno de los cuatro regidores que permanecieron en Madrid, el cual con su presencia de ánimo y atinadas disposiciones evitó los graves desórdenes que amagaban y eran de temer en un vecindario numeroso y con mútuos resentimientos que vengar.

A las dos de la tarde del 2 de noviembre entró José en Madrid, de donde volvió á salir el 7 del mismo mes, no viéndose entonces los vecinos espuestos á la precaria suerte de pocos dias antes, pues colocado otra vez Baranda al frente de todos, continuó portándose con el mismo tino, hallando recursos para satisfacer los escesivos pedidos de varios guerrilleros que se agolparon á la capital, y los del general Bassecourt, que el dia 11 entró tambien en ella. La precipitada salida de José fué para ir tras los ingleses hácia Castilla la Vieja, con intento de obrar en combinacion con sus ejércitos del Norte y Portugal.

Lord Wellington, para no ser envuelto por las fuerzas enemigas que de diversos puntos iban sobre las suyas, luego que descercó el castillo de Burgos, se situó en disposicion de estar dispuesto para la retirada, colocando la derecha de su ejército en Ibear sobre el Arlanzon, el centro en Mijaradas y la izquierda en Sotopalacios.

Luego que los franceses reunieron sus fuerzas disponibles de los ejércitos de Portugal y del Norte en Monasterio, empezaron á avanzar el 20 de octubre á Quin-

tanapalla, de donde tuvieron otra vez que replegarse, flanqueándolos por su derecha sir Eduardo Paget. Wellington entonces empezó desde luego su retirada, verificándola con tal presteza, que cuando los franceses advirtieron el movimiento, ya los aliados habian pasado tranquilamente el Pisuerga por Torrequemada y Cordobilla, colocándose el 24 en la márgen del Carrion, con su ala derecha en Dueñas y la izquierda en Villamuriel. Por aqui se estendia el sesto ejército español á las órdenes del general Castaños, al cual se habian agregado guerrillas y tropa del séptimo ejército, como lo era la division de D. Juan Diaz Porlier. Wellington quiso cortar los puentes del Carrion, con cuyo objeto hizo marchar alguna fuerza sobre Palencia; pero se lo estorbaron las tropas francesas allí reunidas.

Pasó el enemigo aquel rio por Palencia, con lo que tuvo Wellington que cambiar su frente, consiguiendo entonces volar dos puentes que hay tambien sobre el Carrion en Villamuriel y cerca de Dueñas. No pudo hacer lo mismo con otro sobre el Pisuerga en Tariego, por donde cruzaron aquel rio los enemigos, como tambien el Carrion por un vado que descubrieron. Aquí se trabó un ataque en que tomaron parte los españoles, y en el cual, notando D. Miguel de Alava que el regimiento de Asturias empezaba á ciar, se arrojó con denuedo á reprimir el desórden y evitar el deshonor de las armas españolas á la vista de ausiliares estrangeros. Su valor le hizo avanzar demasiado, ocasionándole una herida grave en la ingle; pero consiguió reanimar á los españoles que repelieron al enemigo, ayudados despues por la quinta division de los aliados.

Cejó luego Wellington, repasando el Pisuerga por Cabezon de Campos. Los enemigos se presentaron á cierta distancia la mañana del 27; pero su general en gefe Souham se limitó á maniobrar para posesionarse del Puente de Pisuerga en Valladolid y colocarse asi á espaldas de los aliados. Todavía el 28 estendieron los franceses mas su derecha con intento de señorearse del puente del Duero en Simancas; pero defendido este paso como el de Valladolid por el coronel Halkett y el conde Dalhousie, volaron los aliados el primer puente, y á prevencion tambien el de Tordesillas. No satisfecho aun Wellington con estas precauciones, y temeroso de ser envuelto por su izquierda, retrocedió y pasó el Duero por los pueblos de Puente Duero y Tudela, cuyos puentes voló tambien, igualmente que el de Quintanilla y los de Zamora y Toro. Avisado Wellington de que los enemigos, cruzando á nado el Duero, habian sorprendido la guardia inglesa de Tordesillas, y que reparaban el puente para facilitar la comunicacion de ambas riberas, dirigióse al punto en donde se hallaba situada el ala izquierda, apostando el 30 sus tropas en las alturas que se elevan entre Rueda y Tordesillas. Los enemigos, sin intentar por entonces ninguna otra operacion, contentáronse con ocupar de nuevo á Valladolid y Toro, y con estenderse por la derecha de sus márgenes. Wellington en esta ocasion no pudo tampoco moverse antes del 6 de noviembre, ya por dar descanso á sus tropas, ya por esperar á las del general Hill. Aquel mismo dia llegó dicho general á Arévalo, y púsose en comunicacion con Wellington, quien le mandó proseguir sin tardanza su movimiento por Fontiberos sobre Alba de Tórmes.

Reparados por el enemigo los puentes de Tordesillas y Toro, puso Wellington su ejército en movimiento, ocupando el 8 de noviembre las estancias que habia tenido antes enfrente de Salamanca. El mismo dia pasó sir Rowland Hill el Tórmes por Alba, y guarneció el castillo.

Ocupados los enemigos en recoger provisiones, y atentos á unirse con los ejércitos del mediodia y centro, como lo fueron verificando en estos dias, no molestaron á los aliados en sus marchas. Los franceses ahora llegaron á reunir 80,000 infantes y 12,000 caballos, con cuyas poderosas fuerzas, unidas á los talentos militares de sus generales, debe reputarse como un especial favor de la suerte el que no consiguieran batir al ejército aliado, cuyo número era solo de 48,000 de los primeros y 5,000 de los segundos, aunque deben contarse á mas 18,000 españoles, fuera de las guerrillas, y la gente que venia con Hill de Estremadura.

El enemigo hizo ademan de atacar el 9 á los aliados por el lado de Alba; pero no

se trabó combate importante. El 14 vadearon los franceses el Tórmes por tres puntos, dos leguas por encima de Alba, pues aunque quiso Wellington estorbárselo, no pudo conseguirlo. Conociendo este entonces lo crítico de su posicion, determinó alejarse poniéndose en movimiento la misma tarde del 14. Al verificarlo recogió las tropas suyas apostadas en las cercanías de Alba, y destruyendo los puntos del Tórmes, dejó solo en el castillo de aquella villa, palacio de sus duques, una guarnicion española de 300 hombres á las órdenes de D. José Miranda Cabezon.

El dia 15 abandonó Wellington del todo las estancias de Salamanca, y partió distribuido su ejército en tres columnas, mandada la primera por el general Hill y la segunda ó centro por sir Eduardo Paget: la tercera la componian los españoles, yendo á su frente el general Castaños. Cruzaron todos el Zurguen, acampando por la noche en los olivares que riega el Mamuza, tributario del Tórmes. A lo lluvioso del tiempo y lo pantanoso del terreno en las tierras bajas, se unia la escasez de víveres, pues aunque se habia surtido al soldado de pan para seis dias, la completa relajacion de la disciplina hizo inútil aquella precaucion. Los caballos desprovistos de forrage y pienso, hacian mayores los apuros, no concibiéndose como los franceses con fuerzas superiores desaprovecharon la ocasion de aumentar el desórden del ejército aliado, vengando la derrota sufrida por Marmont pocos meses antes.

Permanecieron los nuestros al raso el 16 en un bosque á dos leguas del Tamames. Al dia siguiente continuaron su marcha por unos encinares, seguidos siempre del enemigo. Aquí pastaban unas piaras, y el fuego que contra ellas rompieron los soldados aumentó la confusion, creyendo ataque con hombres el que solo era contra desdichados animales.

El desconcierto que nacia de tales incidentes, junto con lo resbaladizo é intransitable de los caminos, y lo hinchado de los arroyos que desunian las columnas, fué causa de que entre dos de ellas quedase un estenso espacio. Disgustado sir Eduardo Paget, y deseando averiguar en qué consistia, se dirigió de una á otra, precisamente á la sazon en que se interponia entre las columnas separadas un cuerpo de caballería enemiga, que cayendo de repente sobre el general ingles, le hizo prisionero sin resistencia. Desgracia lamentable que pudo ser mayor, á saber los franceses la verdadera situacion de los aliados. Estos establecieron sus cuarteles la noche del 18 en Ciudad-Rodrigo, y cruzando en los dias 19 y 20 el Agueda, llegaron en breve á su acostumbrado refugio de Portugal. Los españoles marcharon por lo interior de aquel reino hácia Galicia, ocupando otra vez el sesto ejército su antigua posicion en el Vierzo. Porlier regresó á Asturias, y las fuerzas de Estremadura que habian ido con Hill, se acuartelaron durante el invierno en Cáceres y pueblos inmediatos.

Entretanto el gobernador de Alba de Tórmes, D. José Miranda Cabezon, continuaba defendiendo el punto con bizarría, rechazando siempre con dignidad las intimaciones de los enemigos, y no desperdiciando coyuntura de hacer salidas y coger prisioneros. Los franceses se colocaron en los lugares altos para hostilizar mejor á los nuestros, los cuales se defendian bravamente detras de los muros, de las ruinas y parapetos del castillo. Asi continuaron, hasta que conociendo ya el gobernador español cumplido completamente el objeto de Wellington en la ocupacion de aquel punto, resolvió en la noche del 24 de noviembre abandonarlo, dejando solo en él al teniente de voluntarios del Rivero D. Nicolas Solar, con 20 hombres, 33 enfermos y 112 prisioneros hechos en las anteriores salidas. Ordenó á este su gefe sostener fuego vivo por algun tiempo para cubrir al sitiador la escapada de la guarnicion. Al hacerse de dia, llegó Miranda con los suyos al Carpio; pero teniendo que andar por en medio de los enemigos y de sus puestos avanzados, vióse obligado para evitar su encuentro á marchar y contramarchar durante los dias 25, 26 y 27, hasta que el 28, favorecido por un movimiento de los contrarios, y ejecutando una rápida marcha, se desembarazó de ellos, y se acogió libre al puerto de Pico. Antes de salir Miranda del castillo correspondióse con el general frances que le sitiaba, y en el último oficio le dijo: «Emprendo la salida con mi

«guarnicion: si las fuerzas de V. S. me encontrasen, siendo compatibles, pelea-«remos en campo raso. Dejo á V. S. el castillo con los enseres que encierra, parti-«cularmente los prisioneros, á quienes he mirado con toda consideracion, y «omito suplicar á V. S. tenga la suya con el oficial, enfermos y demas individuos «que quedan á su cuidado, supuesto que sus escritos me han hecho ver la gene-«rosidad de su corazon.» La conducta de Miranda fué muy celebrada por Wellington y justamente alabada de todos.

Luego que el ejército aliado llegó á Portugal, le hizo tomar Wellington cuarteles sumamente estensos, pues ocupaban desde Lamego hasta los Baños y Bejar, tanto para surtirse de víveres con mas facilidad, cuanto para descubrir todos los pasos y poder reconcentrarse los diferentes cuerpos con presteza en caso de necesidad. Los franceses, precisados tambien á reponerse de sus fatigas, volvieron á establecer sus acantonamientos. El general Reille tomó el mando del ejército de Portugal, permaneciendo sobre el Tórmes, con su cuartel general en Salamanca. Caffarelli retrocedió hácia Burgos y Santander con el ejército del Norte; volviendo sobre Castilla la Nueva, regidos siempre por el rey intruso y por los mariscales Jourdan y Soult, los del centro y mediodía.

En la tarde del 3 de diciembre entró de nuevo José en Madrid, afligiendo con su llegada á los vecinos, demasiado atribulados con las idas y venidas de unos y otros, y harto abrumados con los sacrificios que eran consiguientes á tan repetidas mutaciones.

Asi que Wellington situó sus tropas en la forma que hemos dicho, pasó una circular á todos los comandantes de los cuerpos, cuyo contenido es la prueba mas concluyente del desarreglo é insubordinacion á que habian llegado los soldados ingleses, pues decia entre otras cosas: «La disciplina del ejército de mi mando en «la última campaña ha decaido hasta tal punto, que nunca he visto ni leido cosa se-«mejante. Sin tener por disculpa desastres ni señaladas privaciones..... hánse co-«metido desmanes y escesos de toda especie, y se han esperimentado pérdidas que «no debieran haber ocurrido.....»

Atribuia el general ingles muchas de estas faltas al descuido y negligencia de los oficiales en los regimientos, y prescribia oportunas reglas para destruir el mal en lo sucesivo. Esta circular y las severas penas que imponia si se repetian los mismos desórdenes, produjeron en adelante buenos efectos.

Poco despues se trasladó Wellington á Cádiz, donde desembarcó el 24 de diciembre, siendo recibido con todo el entusiasmo y agasajo propios de un pueblo tan patriota y culto. El ayuntamiento de aquella ciudad le salió á recibir por medio de una diputacion, y despues fué á cumplimentarle toda la corporacion reunida, correspondiendo Wellington con pasar á su seno inmediatamente, en donde recibido con los debidos honores, manifestó los nobles sentimientos que le animaban por la salvacion de España. El dia 26 le dieron los regentes un convite espléndido, al que asistió una comision de las córtes. En correspondencia hizo otro tanto el embajador británico, sir Enrique Wellesley, hermano del lord, con la singularidad de haber invitado á todos los diputados. La grandeza de España festejó tambien al bizarro general con un suntuoso baile. Las mismas córtes nombraron una comision para irle á cumplimentar á su casa, y no sastifechas aun con esa demostracion, quisieron ofrecerle otra todavía mas honorífica, cual fué la de recibirle dentro de su mismo seno, y concederle asiento en medio de los diputados. Merced inusitada y que Wellington tuvo en grande estima, como hijo de un pais en cuyo gobierno tienen tanta parte los cuerpos representativos. Verificóse esta ceremonia el 30 de diciembre, presidiendo las córtes D. Francisco Ciscar. Leyó Wellington un discurso sencillo en castellano, pero enérgico, realzado por el acento aspirado y fuerte con que lo pronunció. Respondió el presidente de las córtes atinadamente y en los términos mas satisfactorios al ilustre caudillo.

Este salió en breve de Cádiz y pasó á Lisboa, siendo acogido en los pueblos portugueses por donde transitó desde Yelves hasta el Tajo con regocijos públicos

y arcos de triunfo, y regresando á su ejército con la satisfaccion de haber recibido en todas partes las pruebas mas positivas de la gratitud y aprecio á que le hacian acreedor sus fatigas y eminentes hechos. Durante su permanencia en Cádiz, acordó Wellington con nuestro gobierno varias medidas conducentes á preparar el buen término de la guerra. La Regencia habia por este tiempo refundido en cuatro ejércitos de operaciones, con dos de reserva, los que antes se hallaban distribuidos en siete. Formaba el primero el de Cataluña, y se puso á las órdenes del general Copons y Navia. El segundo componíase del segundo y tercero de antes, y continuaba mandándole D. Francisco Javier Elio. El cuarto antiguo, formaba el tercero nuevo, y estaba á su frente el duque del Parque. El cuarto de ahora constaba de los anteriores quinto, sesto y séptimo, y gobernábale el general Castaños. De los de reserva debia organizarse uno en Andalucía al cuidado del conde del Abisbal; otro en Galicia al de D. Luis Lacy. De esta fuerza, 50,000 hombres tenian que maniobrar á las inmediatas órdenes de lord Wellington. Atinada como fué la nueva distribucion de los ejércitos españoles, no puede decirse lo mismo con respecto á los gefes á quienes se encomendó su mando; error, sino fué torcido intento, que resalta mas en la traslacion de Lacy á Galicia, quitándole de Cataluña, en donde tan útiles eran su actividad y conocimientos, y en la designacion de Elio para gefe del segundo ejército. La fria losa que cubre las cenizas de este general, y el recuerdo del patíbulo en donde finó sus dias, detienen nuestra pluma, sin dejarnos decir las razones que se oponian á la concesion de aquel mando, aun sin contar el uso que de él hizo, tan contrario á los intereses nacionales.

Asi terminó la campaña de 1812, una de la mas felices para nuestras armas, y en la que todas las tropas que defendian la causa nacional rivalizaron en valor y entusiasmo, no mereciendo menos elogios la cooperacion patriótica de los pueblos, á los cuales no cesó de aplaudir Wellington desde su internacion en España, por la prontitud y eficacia con que se prestaban á cuantos sacrificios se les exigian para el logro de su independencia. Es verdad que el éxito de las operaciones militares de este año pudo ser mas completo, si se hubiera perseguido á José en su retirada y al mariscal Soult en la suya, y si se hubieran dirigido mejor los ataques contra el castillo de Burgos, ó bien, dejándolo bloqueado, se hubiera continuado en la persecucion del ejército frances del Norte y del de Portugal batido en Salamanca, sin darles lugar á rehacerse y combinar sus operaciones sucesivas con los de Suchet y Soult, como lo verificaron; mas con todo, las ventajas reportadas en esta memorable campaña fueron bastantes para hacer concebir las mas lisongeras esperanzas del pronto y feliz término de nuestra gloriosa lucha.







F. Perez dº y lº — Litogª de Mauna y Cª

ENTRADA DEL INTRUSO EN MADRID.

CAPITULO XXXVII.

Año 1813.—Halagüeñas esperanzas.—Gefes, posiciones y fuerza de los ejércitos españoles.—Número y situacion de las fuerzas enemigas.—Córtes.—Enagenacion de propios y baldíos.—Abolicion del voto de Santiago.—Declaran las córtes patrona de España á Santa Teresa de Jesus.—Españoles comprometidos con el gobierno intruso.—Orígen y marcha de este negocio.—Informe del Consejo Real.—Primer decreto de las córtes en la materia.—Es recibido con disgusto en los pueblos.—Segundo decreto sobre el mismo asunto.—Nuevas reclamaciones.—Decreto del 14 de noviembre acerca de lo mismo.—Mediacion inglesa para arreglar las desavenencias de América.—Bases acordadas por las córtes.—Disgusta al gobierno británico una base agregada por la Regencia.—Comisionados ingleses para el mismo asunto.—Lo recuerda el embajador ingles.—Nuevas proposiciones para una segunda negociacion.—Infundados motivos en que el embajador británico apoya su demanda.—El gobierno español no admite la última propuesta.—Acuerdo de las córtes.—Fin de este negocio.—Observaciones.

Al principiar el año 1813 ofrecióse á la vista de los patriotas un horizonte mas despejado que el de los años anteriores. Napoleon, que á la cabeza del ejército mas poderoso de cuantos habian visto los siglos modernos, habia marchado hácia el Polo, para desde su altura dictar la ley al universo, vió allí rasgarse los cielos y aparecer escrita en lo alto la sentencia de su ruina, aunque sin amenguar su soberbia, facilitando á sus contrarios la ocasion de arrojarle de un trono que su ambicion no le permitió conservar. No es de nuestro propósito hablar aquí de la liga formada á este fin entre los monarcas del Norte: tócanos solo historiar los preparativos de la Península para cooperar al mismo objeto, mientras el obcecado guerrero se afanaba en Paris para ponerse en estado de contener el torrente que contra él se precipitaba.

Bien necesitaba España del respiro que en los primeros meses de este año le proporcionó el grito de guerra dado en todos los ámbitos de Europa, porque si bien los gloriosos sucesos de la última campaña le dejaba vislumbrar ya el feliz remate de su contienda, necesitaba dar lugar á Wellington para repararse de las pérdidas sufridas en su retirada, y á nuestros ejércitos el tiempo necesario para introducir en ellos la mayor disciplina y órden que el estado de la guerra exigia.

Aprovechando, pues, la feliz coyuntura que la ocasion presentaba, determinóse no acometer ninguna empresa importante ni empeñar acciones campales antes del verano, debiendo solo pelearse en aquellos puntos en donde permanecian mezcladas tropas amigas y contrarias. Con arreglo á este plan, mantuviéronse en lo general quietos durante el invierno los ejércitos aliados, sin desviarse de sus respectivas provincias y estancias.

El anglo-portugues continuó en los puntos de Portugal, donde le dejamos al finalizar el anterior otoño, teniendo sus reales en Freineda, y dilatando sus acantonamientos por la frontera inmediata á Ciudad-Rodrigo. A su derecha é izquierda por Estremadura, Galicia, Asturias y demas partes de los distritos del norte se alojaba el cuarto ejército, compuesto ahora, como ya indicamos, de los denominados antes quinto, sesto y séptimo. Dirigialo siempre D. Francisco Javier Castaños, y su disciplina é instruccion se aumentaba rápidamente, merced á las acertadas disposiciones del general D. Pedro Agustin Giron, gefe de estado mayor.

Fué una de las principales subdividir todo aquel ejército en tres cuerpos, bajo el nombre cada uno de ala derecha, centro y ala izquierda, medida tanto mas necesaria cuanto grande era la distancia que separaba aquellas fuerzas, hallándose unas en Estremadura y Castilla, otras en el Vierzo y Asturias, y las restantes en las montañas de Santander, provincias Vascongadas y Navarra. El ala derecha constaba de dos divisiones, 1.ª y 2.ª, á las órdenes de D. Pablo Morillo y de D. Cárlos España; el centro de tres, 3.ª, 4.ª y 5.ª, que gobernaban D. Francisco Javier Losada (despues conde de San Roman), D. Pedro de la Bárcena y D. Juan Diaz Porlier; el ala izquierda componíase de la 6.ª division dirigida por D. Francisco Longa; de la 7.ª, formada de los batallones reunidos de las tres provincias Vascongadas, á cuya cabeza estaba D. Gabriel de Mendizabal, considerado tambien supremo gefe de toda esta ala; y de la 8.ª que regia D. Francisco Espoz y Mina. Correspondia igualmente á este cuarto ejército una division de caballería acaudillada por el conde de Penne Villemur, la cual por lo comun maniobraba unida con el centro.

Los tres cuerpos juntos componian un total de 39,953 hombres, de ellos 3,600 ginetes. Las divisiones del ala derecha marcharon casi siempre unidas al ejército anglo-portugues. Las tres que formaban el centro, antes sesto ejército, y cuya fuerza ascendia á 15,305 infantes y 1,577 caballos, ocuparon el tiempo que permanecieron en sus acantonamientos en perfeccionar su instruccion, teniendo la oficialidad continuas academias y el soldado diarios ejercicios y evoluciones, distinguiéndose todos por su aseo, subordinacion á los gefes, y consideracion y respeto á las personas y bienes de los habitantes. El ala izquierda, ó sea las divisiones 6.ª, 7.ª y 8.ª, situadas en los distritos ocupados por el enemigo, sin tiempo para dedicarse á la teórica, adquirian la ventajosa práctica que les ofrecia el continuo guerrear, con motivo de las repetidas acciones que enumeraremos luego.

El tercer ejército á las órdenes del duque del Parque, que al evacuar los franceses las Andalucías habia quedado estacionado en Granada, Jaen y Córdoba, fué despues avanzando á Sierra Morena y la Mancha. Componíase de 28,000 infantes y 1,400 caballos, distribuido tambien en tres divisiones de infantería y una de caballería, mandadas respectivamente por el príncipe de Anglona, marques de las Cuevas, D. Juan de la Cruz Mourgeon y D. Manuel Sisternes. Cooperaba con este ejército el de reserva de Andalucía, al cual pusieron pronto en estado de obrar la actividad y conocimientos del conde del Abisbal, no menos que las buenas disposiciones y eficaz apoyo de los pueblos de aquellas provincias; en términos que antes de concluirse la primavera tenia ya disponibles aquel ejército unos 15,600 infantes y 700 ginetes repartidos en tres divisiones, cuyos gefes fueron diversos y por lo mismo difíciles de enumerar.

Esta reserva y los referidos ejércitos cuarto y tercero, fueron los que por el lado de Vizcaya y Pirineos occidentales tomaron parte eficaz, con los anglo-lusitanos, en las célebres campañas que tuvieron lugar en aquellos puntos durante el estío. Porque la otra reserva que formaba Lacy en Galicia, no pudo este gefe, á pesar de su eficacia y celo, ponerla en estado de salir de los confines de aquella provincia; y el primero y segundo tuvieron bastante que hacer por Cataluña, Valencia y Aragon, sosteniendo en ellos una constante lucha, que no les dejaba tomar parte en las de otras provincias; aunque distraian con ellas la atencion del enemigo, contribuyendo tambien al feliz término de la campaña.

Veamos ahora la posicion de las principales fuerzas de los enemigos. Durante el invierno permanecieron en Castilla la Nueva todas ó la mayor parte de las tropas que componian los ejércitos del mediodía y centro de España; el primero siempre mandado por el mariscal Soult con sus cuarteles en Toledo, y el segundo á las inmediatas órdenes de José, cubriendo ambos las orillas del Tajo, y haciendo sus correrías por la Mancha. El ejército llamado de Portugal se alojaba en Castilla la Vieja y parte del reino de Leon, observando á los aliados y al cuarto ejército español. Su cuartel general lo tenia en Valladolid, y el mando, como ya dijimos, el general Reille, ayudante de Napoleon, y antes gefe de division del cuerpo del mariscal Suchet. El que apellidaban ejército del Norte estaba encargado de custodiar las costas de Cantabria, y de hacer frente á las tropas españolas de aquellas provincias y á las de Navarra: sus reales los tenia alternativamente en Vitoria y Burgos: al general Caffarelli habia sucedido en el mando en fin de febrero el de igual grado Clausel. Las derrotas sufridas por Napoleon en Rusia, en donde el furor de la guerra y la crueldad del clima habian destrozado el numeroso ejército que capitaneaba, no solo privaban á los que tenia en España de los refuerzos que sus contínuas bajas demandaban, sino que contribuian á disminuirlos con la gente que iba sacando el emperador para la formacion del nuevo ejército destinado á reforzar las reliquias todavía no despreciables que conservaba en el Norte, resultando de todo que los cuatro ejércitos franceses de España antes mencionados, solo contaban al principiar la primavera 80,000 hombres, de los cuales 6 á 7,000 eran de caballería.

Instruidos ya de la posicion y fuerzas de los ejércitos beligerantes, aprovecharemos el vagar que nos dan durante el invierno, para hablar algo de los importantes trabajos de las córtes desde que nos separamos de ellas en el verano anterior.

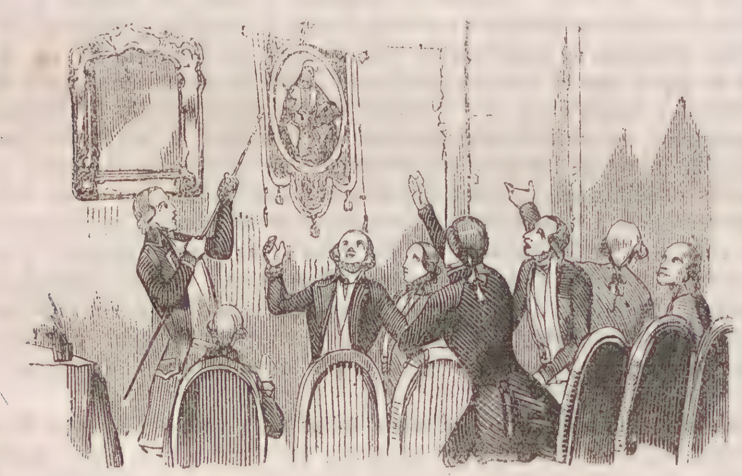
Desde el abril de 1812 empezó el congreso á tratar de reducir á propiedad particular los terrenos de baldíos ó realengos y los de propios y arbitrios de los pueblos; pero su discusion se interrumpió varias veces, en términos de no acordarse hasta fines de aquel año el decreto publicado sobre la materia en enero de 1813, cuyas principales bases eran: 1.ª reducir los terrenos baldíos ó realengos y de propios y arbitrios, asi en la Península como en Ultramar, á propiedad particular: 2.ª emplear la mitad de los baldíos ó realengos en el pago de la deuda nacional, prefiriendo los créditos que tuviesen los vecinos de los pueblos en cuyo término se hallasen los terrenos: 3.ª distribuir en suertes con el nombre de *premio patriótico* las tierras restantes de los mismos baldíos ó las labrantías de propios y arbitrios, entre los oficiales de capitan abajo, y entre los sargentos, cabos y soldados que hubiesen servido en la guerra de la Independencia, y se hubiesen retirado con documentos legítimos que acreditasen su buen desempeño; y 4.ª repartir gratuitamente y por sorteo las tierras entre los vecinos que las pidiesen y no gozasen de propiedad.

Los muchos puntos que seria necesario tocar para apreciar el valor de este decreto, cuya dilucidacion exigiria mas estension de la que ahora nos es dado disponer, no nos permiten entrar en su detenido exámen, y solo diremos que sin negar las diversas causas que han contribuido al atraso de la agricultura en España, y á la despoblacion de sus campos, no se puede negar gran influjo entre ellas á las que removia este decreto, por lo cual aprobamos su espíritu, aunque no estemos conformes con todas sus disposiciones.

Con la que si lo estamos enteramente es con la adoptada por las córtes en aquel mismo tiempo, aboliendo el voto de Santiago. Dábase tal nombre á un antiguo tributo de *cierta medida del mejor pan y del mejor vino* que pechaban los labradores de España, para acudir á la manutencion del arzobispo y cabildo de Santiago y hospital de la misma ciudad, y tambien percibian una porcion, aunque muy corta, otras catedrales del reino. Fundábase la exaccion en un pretendido privilegio que se decia otorgado por el rey de Leon D. Ramiro I en Calahorra, el año 872 de la era de César. Aunque á primera vista resaltaba la falsedad del diploma, ya por la multitud de errores y anacronismos en que abundaba, y ya tambien por fundarse en

un hecho á mas de dudoso, lleno de inverosimilitudes y estravagancias propias de la ignorancia de los tiempos en que se fraguó, él sin embargo fué bastante para que el cabildo de Santiago estuviera por muchos siglos engrosando sus arcas con los productos sacados de las parvas y lagares de muchas provincias de España, sin considerar que aun cuando el tal diploma hubiera sido verdadero, sus disposiciones nunca podian haber tenido valor mas que en los estrechos dominios de don Ramiro, reducidos á los que formaba entonces la corona de Leon.

En el mes de marzo de 1812 hicieron la propuesta de su abolicion en las córtes treinta y seis diputados, mas su discusion no se verificó hasta octubre, luciendo en ella su profunda erudicion muchos de los vocales eclesiásticos, entre los cuales se distinguieron los Señores Villanueva y Ruiz Padron. «El orígen del voto (decia «el segundo en su elocuente discurso) es una vergonzosa fábula, tejida con artificio «y astucia bajo la máscara de la piedad y religion, abusando descaradamente de «la ignorancia y credulidad de los pueblos.» En consecuencia de todo, las córtes, obrando con la prudencia que exigia el asunto, sin tratar de fundar su providencia, decretaron en términos compendiosos y sencillos que abolian la carga conocida en varias provincias de España con el nombre de *voto de Santiago,* dando asi un testimonio de su ilustrada despreocupacion. Circunstancia no destruida por el acuerdo tomado el 27 de junio de este año declarando á Santa Teresa de Jesus patrona de España, despues de Santiago; pues aunque ageno en verdad al siglo XIX y de las tareas legislativas, lo disculpan de algun modo el haber sido en favor de una heroina española, cuyos suavísimos escritos honran á la nacion que le dió el ser.



SANTA TERESA DE JESUS.

No puede decirse lo mismo cuando se examina el espediente acerca de los españoles comprometidos con el gobierno intruso, pues en él, fluctuando siempre las córtes, se mostraron unas veces demasiado blandas, otras sobradamente rigorosas, y siempre débiles, sin la suficiente firmeza para rechazar las exigencias del vencedor, y sin la noble generosidad de las almas superiores para ser indulgentes con el rendido. Bien conocemos que las circunstancias no permitian todavia una general y amplia amnistía; pero tampoco convendremos con ese malhadado sistema de purificaciones, germen de inmoralidad y teatro de pasiones bastardas, en que mas de una vez se ve coronado el crímen y humillada y proscrita la inocencia. Con una medida política y previsora, suficiente á castigar con prudente rigor al verda-

dero delincuente y á cubrir ó disimular las faltas de los tibios, hubieran ganado las córtes muchos amigos del partido nacional, librándose ellas mismas de las recriminaciones que, aunque muchas infundadas, les dirigieron los agraviados, con bastantes apariencias de razon.

No para norma sino para que pueda servir de leccion en lo futuro, reseñaremos la marcha seguida en este negocio. Napoleon le dió ser con los primeros decretos de proscricion espedidos en Burgos en 1808, decretos á que la junta central se creyó obligada á contestar con otros no mas humanos ni políticos.

Estos decretos nos recuerdan lo que ya hemos dicho años antes, cuando hablamos de la facultad que compete á cada generacion para darse las leyes mas en armonía con sus necesidades y costumbres, pues las mas útiles y convenientes para un siglo, pueden y deben muy bien ser rechazadas por la ilustracion y hábitos de otros; y por eso no es disculpable el gobierno que desentendiéndose del siglo en que vive, quiere apoyar la injusticia de sus determinaciones en la autoridad de antiguos códigos, cuando solo debe tener en cuenta el espíritu de su época.

El olvido de estos principios, comun á la junta central y á la primera regencia, causó la ruina de muchas familias; hizo subir las fatales gradas á varias víctimas, y dejó el asunto en la confusion y desórden en que se encontraba cuando las córtes lo tomaron en consideracion.

El 12 de octubre de 1810 empezaron ya á ocuparse de él, mandando al Consejo Real presentase el reglamento que le pareciese mas oportuno para sentenciar y fallar las causas por delitos de infidencia. Evacuó la consulta aquel cuerpo en el próximo enero, y aunque distante de la distincion y claridad necesarias para evitar interpretaciones, se mostraba sin embargo bastante moderado en su dictámen, circunscribiendo á pocos casos la aplicacion de la ley 1.ª, título 2.º, partida 7.ª, y recomendando á mas indulgencia en favor de los que hubiesen ejercido empleo, sin mezcla de jurisdiccion criminal, cuya conducta quedaba al mero exámen de un espediente instructivo. Reduciendo el Consejo á estrechos límites las pesquisas y averiguaciones judiciales, disgustaba necesariamente á los que querian un campo ancho y espedito á las persecuciones, y en su frenesí de venganzas miraban de reojo á todos los que querian proceder con pulso y madura deliberacion.

Pasó la consulta del Consejo á exámen de la comision de justicia de las córtes, y juntamente diferentes informes de cuerpos é individuos, y proposiciones de algunos diputados. El informe que esta comision presentó en mayo del mismo año tampoco disipaba las dudas, pues se limitaba á decir que para los casos urgentes bastaban las leyes antiguas, y que para los demas aventurábase mucho en descender á los pormenores que apetecian los poco reflexivos. Sin ninguna resolucion quedó este asunto, del cual no se volvió á tratar hasta marzo de 1812, y aun entonces se volvió á aplazar para mas adelante, acordándose el 6 de aquel mes, á propuesta del Sr. Calatrava, que se suspendiese toda resolucion final hasta que se publicase la Constitucion.

Verificóse este acto; mas no por eso entraron las córtes en la discusion de un asunto que parece tenian miedo de tocar, siendo necesario que el ruido de los sucesos seguidos á la evacuacion del territorio ocupado antes por el enemigo, les hiciera conocer la urgencia de una medida capaz de evitar los males consiguientes al desborde de las pasiones, para tratar del punto sériamente. Entraron, pues, de lleno en su deliberacion, resultando de ella el decreto promulgado en 11 de agosto de este año de 1812, en el cual se señalaban varias reglas para las provincias que iban quedando libres, y se mandaba cesasen todos los empleados nombrados ó consentidos por el gobierno intruso, sin escluir á los jueces ni á los eclesiásticos; reservándose tan solo á la Regencia permitir que continuasen en el ejercicio de sus destinos aquellos que le constase haber prestado servicios á la buena causa. Tambien se la facultaba para suspender, hasta que se purificasen, si se habian hecho sospechosos, á los prelados eclesiásticos de cualquiera condicion que fuesen. Cuando se considera la forma con que fueron invadidas nuestras provincias, la im-

posibilidad de que emigráran todos los empleados, y la necesidad que obligaria á muchos de ellos á seguir desempeñando sus destinos, como único recurso para el sosten de sus familias, no dejan de parecer duros y severos los términos generales de este decreto. Eso, no obstante, se consideró demasiado suave para saciar los deseos de la venganza, especialmente si se comparaban con lo establecido en un cruel y arbitrario reglamento enviado por la Regencia al exámen y aprobacion de las córtes, segun el cual, debiendo suspenderse la Constitucion durante dos meses, nombrábanse comisiones pesquisidoras y se proponian otras medidas tan desacordadas y crueles, que, como dijo muy bien un señor diputado, «tiraban á que decayese el ánimo de los pueblos, y á que se transformase en aver«sion el amor que entonces tenian al gobierno legítimo.»

El disgusto con que fué recibido en los pueblos el citado decreto de las córtes, al cual tachaban de benigno y contemporizador, se aumentó con la proclama tolerante y conciliadora que, como digimos antes, publicó el general Alava á su entrada en Madrid. La Regencia, en cuyas atribuciones estaba reprender á aquel gefe, si juzgaba que se habia escedido de sus facultades, tomó la imprudente determinacion de remitir el papel á las córtes, donde suscitó un reñido debate, concluyendo con mandar pasar la indicada proclama á la comision especial que formuló el decreto del 11 de agosto, para que, unida á la de Constitucion, presentáran ambas un nuevo dictámen. Así lo verificaron, proponiendo un segundo decreto mas severo que el anterior, y añadiendo «se hiciese entender al general «Alava por medio de la Regencia, que omitiese en lo sucesivo recomendaciones «de aquella especie, cuando no tuviese particular encargo del gobierno.»

El 4 de setiembre fué el dia señalado para esta discusion, y como si no hubiera ya bastantes combustibles para atizar el fuego de las pasiones, vino á darles mayor fomento una esposicion de los oficiales del estado mayor general, dirigida no solo contra los individuos militares que hubiesen tomado partido con el enemigo, sino tambien, y muy particularmente, contra los que habian permanecido ocultos en pais ocupado por los franceses, sin acudir á las banderas de sus respectivos cuerpos. Esta demanda, resabio funesto de los instintos del despotismo mas bien que inspiracion del honor, presentada al principio de la discusion, convirtió en volcan la que ya era crecida hoguera, é hizo pronunciar discursos que, en obsequio á las ideas civilizadoras y al honor de la asamblea gaditana, quisiéramos no ver figurar en los Diarios de sus sesiones. Resultado de tan encarnizado debate fué el decreto de 21 de setiembre, severísimo en cuanto á empleados y otras varias clases. Vedábase en él agraciar á los primeros con destinos de cualquiera especie, y aun nombrarlos para oficios de concejo, diputaciones de provincia y diputacion á córtes; no dándoles ni siquiera voto en las elecciones, y pudiendo sujetárseles á formacion de causa si lo merecian por su conducta. A los que se hubiesen condecorado con insignias del intruso gozando de otras antiguas, privábaseles del uso de estas, y lo mismo del de sus títulos, durante su vida, á los duques, condes, marqueses, barones, que hubiesen solicitado ó admitido de dicho gobierno la confirmacion de aquellas dignidades. No se consideraba como empleados á los individuos de ayuntamiento, ni á los que desempeñaban cargos nombrados por el pueblo, ni á los maestros y profesores de ciencias, ni á los médicos y cirujanos, ni á los cívicos ni á otros varios. Y se añadia que si alguno de los comprendidos entre los empleados hubiese hecho servicios importantes á la patria, las córtes se reservaban atenderle, oido antes el parecer de la Regencia y el de los ayuntamientos constitucionales de los pueblos. Tambien se prevenia á los que pretendiesen de nuevo destinos y fuesen contados entre las clases escluidas, que hiciesen preceder sus solicitudes de purificacion de conducta, cuyo acto se cumplia con hacer una informacion en juicio abierto contradictorio, que se remitia al gobierno acompañada del dictámen del ayuntamiento respectivo.

No tardaron las córtes en recoger el fruto destinado á los legisladores que

basan sus acuerdos sobre el inconstante cimiento de las pasiones, pues los mismos cuerpos é individuos que antes habian acusado de benignas las primeras medidas, censuraban ahora agriamente el último decreto, pidiendo á las córtes lo derogasen, fundados en las dificultades que ofrecia su ejecucion, y en los muchos á quienes podia alcanzar la severa aplicacion de las reglas promulgadas.

Tomado otro vez el asunto en consideracion, se dió un nuevo decreto en 14 de noviembre, reponiendo en sus empleos anteriores á todos los que, segun declaracion espresa y formal de los ayuntamientos respectivos, hubiesen dado pruebas de lealtad y patriotismo, y gozado de buen concepto. Escluiase todavía, sin embargo, á los magistrados, á los intendentes y á otros individuos de las oficinas generales del reino, y á los que hubiesen adquirido ó comprado bienes nacionales; siendo de notar que esta última escepcion la aconsejó con empeño lord Wellington, convencido de cuanto convenia escarmentar á una clase que debia ser la mas interesada en el afianzamiento del gobierno intruso.

Tan vacilante é incierta como hemos visto fué la marcha de las córtes en este asunto, delicado en verdad en sí mismo y en el que no era fácil aunar opiniones tan opuestas como las que sobre él habia en la nacion; nuevo motivo para huir de todo estremo y situarse en aquel prudente medio demandado por lo escepcional de las circunstancias y por la impasible voz de la justicia.

Al tiempo mismo que la asamblea de Cádiz ocupaba sus sesiones públicas en estas materias, destinaba las secretas á otra no menos espinosa, cual era la de la mediacion para arreglar las desavenencias de América ofrecida en el año 11 por la Inglaterra, y de la cual, en cumplimiento de lo que entonces ofrecimos, nos vamos á ocupar.

En 1.º de junio de 1811 presentóse el ministro de Estado en las córtes para informar de los primeros pasos dados por la Inglaterra acerca del asunto, en cuya consecuencia, entrando aquellas en su discusion, acordaron admitir la mediacion ofrecida bajo las seis siguientes bases: «1.ª Para que tenga (la mediacion) el efec«to deseado, es indispensable que las provincias disidentes de América se allanen «á reconocer y jurar obediencia á las córtes generales y estraordinarias y al go«bierno que manda en España á nombre de S. M. el señor D. Fernando VII, de«biendo allanarse igualmente á nombrar diputados que las representen en el con«greso, y se incorporen con los demas representantes de la nacion. 2.ª Durante «las negociaciones que se entablen para efectuar la mediacion, se suspenderán las «hostilidades por una y otra parte; y en su consecuencia, las juntas creadas en las «provincias disidentes pondrán desde luego en libertad á los que se hallen presos «ó detenidos por ellas como adictos á la causa de la metrópoli, y les mandarán «restituir las propiedades y posesiones de que hayan sido despojados: debiendo «ejecutarse lo mismo recíprocamente con las personas que por haber abrazado el «partido de las mencionadas juntas estuviesen presas ó detenidas por las autorida«des sujetas al gobierno legítimo de España, con arreglo á lo que se previene en «el decreto de 15 de octubre de 1810. 3.ª Como en medio de la confusion y «desórden que traen consigo las turbulencias intestinas es inevitable que se come«tan algunas injusticias por los encargados de defender la autoridad legítima, «aunque esten animados del mejor celo, y poseidos de un verdadero amor á la justi«cia, el gobierno de España, fiel siempre á la rectitud de sus principios, está dis«puesto á escuchar y atender con paternal solicitud las reclamaciones que se le di«rijan por los pueblos é individuos de las provincias que hayan sido agraviados. «4.ª En el término de ocho meses contados desde el dia en que empiece á nego«ciarse la reconciliacion en las provincias disidentes, ó antes de este término (si «ser pudiese), deberá informarse al gobierno español del estado en que se halle la «negociacion. 5.ª A fin de que la Gran Bretaña pueda llevarla á cabo, y para «dar á esta potencia un nuevo testimonio de la sincera amistad y gratitud que le «profesa la nacion española, el gobierno de España, legítimamente autorizado por «las córtes, le concede facultad de comunicar con las provincias disidentes mien-

«tras dure la referida negociacion, quedando al cuidado de las mismas córtes el «arreglar definitivamente la parte que habrá de tener en el comercio con las de«mas provincias de la América española. 6.ª Deseando el gobierno de España ver «concluido cuanto antes un negocio en que tanto se interesan ambas potencias, «exige como condicion necesaria que haya de terminarse la negociacion en el es«pacio de quince meses contados desde el dia en que se entable.»

Estas bases no se estendian á otras provincias sino á las del Rio de la Plata, Venezuela, Santa Fé y Cartagena, permaneciendo aun tranquilas las demas de la América Meridional, y no habiendo en las de la Septentrional, como Nueva España, mas que levantamientos parciales, conservándose aun en Méjico el gobierno establecido por la Península.

Sin analizar las anteriores bases, muy distantes algunas de nuestras doctrinas, y concretándonos ahora al simple papel de historiadores, diremos solo, que como si ellas por sí no fueran ya bastante ocasionadas, las empeoró mas la Regencia cuando al contestar en 29 de junio al ministro de Inglaterra, despues de defender al gobierno español de las inculpaciones hechas por el británico en anteriores notas, y de admitir de oficio la mediacion ofrecida bajo las seis bases designadas por las córtes, añadió ella otra reservada del tenor siguiente: «7.ª Por «cuanto seria enteramente ilusoria la mediacion de la Gran Bretaña, si malogra«da la negociacion, por no querer prestarse las provincias disidentes á las justas «y moderadas condiciones que van espresadas, se lisongeasen de poder continuar «sus relaciones de comercio y amistad con dicha potencia, y atendiendo á que frus«tradas en tal caso las benéficas intenciones del gobierno español, sin embargo «de haber apurado por su parte todos los medios de conciliacion, aspirarian sin «duda dichas provincias á erigirse en estados independientes, en cuyo concepto se «juzgarian reconocidas de hecho por la Gran Bretaña, siempre que esta potencia «mantuviese las mismas conexiones con ellas; debe tenerse por acordado entre «las dos naciones que, no verificándose la reconciliacion en el término de quince «meses, segun se espresa en el artículo anterior (el 6.º), la Gran Bretaña suspen«derá toda comunicacion con las referidas provincias, y ademas axiliará con sus «fuerzas á la metrópoli para reducirlas á su deber.»

La marcha irresoluta y equívoca que hemos visto seguir á las córtes en todos los asuntos concernientes á América, no permite aqui la estrañeza que en otro caso tendria lugar, cuando despues de observarlas tan quisquillosas á veces en negocios de mucha menos importancia, se las vé ahora mantenerse indiferentes, sin manifestar á la Regencia, como debian, su alto desagrado por la propuesta de una nueva base tan impolítica, que por sí sola hubiera bastado para frustrar la negociacion, aun cuando la Inglaterra, lo que no concedemos, hubiera procedido en ella de buena fé.

En primeros de julio respondió el ministro de S. M. B. en Cádiz en tono algo sentido, y suficiente para conocer no se accederia á la condicion secreta agregada por la Regencia á las otras seis de las córtes. Asi lo manifestó en efecto el gobierno británico en enero de 1812, con cuya negativa parecia quedar del todo terminadas las negociaciones pendientes. Mas como la guerra de América no presentaba todavia un aspecto tan decisivo cual deseaba la Gran Bretaña, quiso ganar aun mas tiempo para asegurar mejor sus intereses, y aparentando querer continuar la interrumpida negociacion, envió á Cádiz en el mes de abril inmediato comisionados para el mismo objeto á Mr. Sydenham y Cokburn, y en su consecuencia pasó el embajador ingles una nota á nuestro gobierno, con fecha 9 de mayo, recordando el asunto, pero insistiendo siempre en rechazar la condicion sétima, exigiendo ademas que no hubiese en la negociacion artículo alguno secreto. D. José Pizarro, encargado entonces del ministerio de Estado, sin permitir de ningun modo eliminar la base orígen del disenso, prefirió retirarse del ministerio antes que variar de dictámen. Sustituyóle interinamente D. Ignacio de la Pezuela, ministro á la sazon de Gracia y Justicia, el cual tuvo en el mismo mayo varias conferencias con

sir Henri Wellesley, á mas de diferentes notas que se cruzaron entre ambos sobre el asunto.

El resultado de esta nueva negociacion fué tan nulo como el anterior, pues cuando por convenio de ambas partes que se habian conformado en suprimir el artículo 7.º, refundiendo parte de su contenido en el 6.º, creia el gobierno español allanadas todas las dificultades, hallóse con que el embajador ingles, dando por supuesta la total desaparicion de la base 7.ª, sin añadir nada en la 6.ª, pedia en una nota del 21 de mayo á nombre y por órden especial de su gabinete que la mediacion se estendiese á todas las provincias de Méjico ó Nueva España. Tal demanda sorprendió á la Regencia y ofendió al ministro Pezuela, que de un carácter recto é inflexible, habia procedido en el asunto de la mejor buena fé. Pezuela, pues, respondió al ministro de Inglaterra en 25 del mismo mes, manifestándole no olvidase que lo ajustado no era suprimir del todo el artículo 7.º, sino refundirlo en el 6.º, concluyendo por afirmar que la Nueva España «no podia ser comprendida en la mediacion, no habiendo sido provincia disidente, ni computada para el efecto.»

Todavia no desistió por eso Wellesley de su demanda, y en 12 de junio pasó otra nota, pretendiendo abrir nueva negociacion sobre otras diez bases que fijaba, tan distintas de las anteriores, que unas tiraban á establecer la libertad del comercio ingles en la América, y otras tendian á formar con las provincias de Ultramar un nuevo gobierno federativo con la España europea. Esta idea, tan opuesta á las miras de nuestro gobierno, disgustó á la Regencia no menos que al pueblo, especialmente por el estilo menos delicado del embajador ingles, que robustecia su demanda en los sacrificios hechos por la Gran Bretaña para el sosten de la causa española, como si no fuera cierto que aquella nacion tenia el mismo interes que nosotros en la empeñada lucha, y que en España defendia Inglaterra sus intereses é independencia: consideraciones que afectaba desconocer Wellesley para alegar como mérito, en apoyo de sus pretensiones, la cooperacion inglesa, y para afirmar en otra nota del 4 de julio, «que los gastos del armamento naval y «terrestre de la Gran Bretaña en la Península no eran menos que 17,000,000 «de libras esterlinas al año, á cuya suma debian añadirse el socorro anual de «2,000,000 de libras esterlinas á Portugal, y 1,000,000 á la España en letras «giradas contra la tesorería de S. M. B. de las armas, aprestos, etc., etc.»

Mucha ceguedad era en el embajador ingles presentar como cargo contra la España el coste de la marina y ejército británico empleados en la Península, los auxilios suministrados á Portugal, y un millon de letras giradas por nuestra tesorería contra la de Inglaterra, cuando á mas del interes que, como hemos dicho, tenia ella misma en derrocar al coloso de la Francia, habia ya reportado desde un principio ventajas inmensas, debidas al arrojo y decision españolas, que le abrieron en Europa y América los mercados antes cerrados por los decretos de Napoleon, y que habian aumentado sus esportaciones, en términos de esceder sus utilidades á los gastos hechos en la guerra peninsular. Igualmente injusto se mostraba el ministro ingles cuando añadia al cargo contra nuestra nacion los dos millones anuales dados á Portugal, y el millon girado por nuestra tesorería contra la de su patria; pues los primeros no incumbian á España, y el segundo le habia sido ya abonado á Inglaterra en pagares librados contra las arcas del Perú y Méjico, siendo en lo general puntualmente satisfechos. De lo dicho se infiere que ante el severo tribunal de la justicia no tenia la Gran Bretaña ningun derecho positivo para exigir indemnizaciones de la España, pues esta fué la primera nacion que ofreció á aquella especuladora potencia los medios de resarcirse con superabundancia de sus desembolsos; bien al contrario de lo que le habia sucedido en otros varios puntos del continente, en los cuales habia hecho Inglaterra sacrificios inmensos sin reportar el menor fruto, y no por eso se vociferaron tanto como los nuestros, ni se echaron en cara tan inoportuna é injustamente.

El descontento que produjeron tan inmeditadas observaciones, y las exactas y

oportunas con que fueron contestadas por la Regencia del Reino, hicieron ver al embajador ingles que la nacion española, sin desconocer los beneficios recibidos, sabia darles su verdadero valor, y apreciar tambien los que á ella se le debian, lo cual le hizo desesperanzar del logro de la negociacion, y en esta conviccion se despidieron de nuestro gobierno el 9 de julio los comisionados ingleses con resolucion de regresar á su patria. Suspendieron, sin embargo, su marcha por algunos dias para esperar se tratase del asunto en las córtes, á cuya deliberacion se habia elevado el espediente, á instancias repetidas del embajador ingles, creido de hallar allí firme apoyo.

Discutieron las córtes la materia en secreto, y despues de acalorados debates concluyeron con decir, «que quedaban enteradas de la correspondencia seguida «sobre la mediacion entre el embajador ingles y el secretario de Estado;» con lo cual desistió el primero de su intento, embarcándose luego para Inglaterra los comisionados que al efecto fueron á Cádiz.

Asi terminó una negociacion en que nunca debió entrar el gobierno español, cuando no podia ignorar la manera descarada con que la vengativa Albion favorecia la revolucion americana, en desquite del desacordado apoyo dado por Cárlos III á la de su América. ¡Cuán otro habria sido el resultado de la Península, si despojándose de rancias ideas, se hubiera lanzado de una vez en la senda marcada de antemano por las severas lecciones de la historia é iluminada ahora por la clara luz de una previsora política! Lamentemos semejante error, buscando en las disposiciones de las córtes, que revisaremos en el siguiente capítulo, algun lenitivo á nuestra justa pesadumbre.



CAPITULO XXXVIII.

Tratado de alianza de España con Rusia.—Otro celebrado con Suecia.—Felicitacion de la princesa del Brasil Doña Carlota Joaquina.—Nueva proposicion para nombrarla regenta.—Es desaprobada por las córtes.—Inquisicion.—Su origen.—Admitenla los reyes de Aragon.—Odio de los castellanos á los moros y judios.—Fomenta la inquisicion en Aragon su rey Fernando V.—Resistencia de la reina Doña Isabel á establecerla en Castilla.—El padre Talavera.—Se establece la inquisicion en Castilla.—Torquemada.—Instálase el consejo real supremo de la inquisicion.—Reclamaciones de las antiguas córtes contra el santo Oficio.—Suspension de este por el emperador Cárlos V.—Le da nuevo ser Felipe II.—Proceder de la inquisicion en sus juicios.—Dictámen de la comision de Constitucion proponiendo la estincion del santo Oficio.—El Sr. Villanueva.—Aprueban las córtes el dictámen de la comision.—Sigue la discusion del decreto sobre el mismo asunto.—Tribunales protectores de la religion.—Manifiesto de las córtes y titulo del decreto que estinguia la inquisicion en España.—Determínase su lectura en las parroquias de todos los pueblos de la monarquía.

AUN cuando los convenios celebrados por el gobierno español con algunos estrangeros no pertenecen á las tareas de las córtes, creemos sin embargo ser este el lugar oportuno para hacer de ellos la debida mencion, por la íntima conexion que con ellas tenian y por su tendencia á afianzar las instituciones liberales. El primero de dichos tratados fué terminado con la Rusia por D. Francisco de Zea Bermudez y firmado en Weliky-Louky á 20 de julio 1812, estando lo mas notable del mismo reducido á establecer alianza entre las dos naciones en contra del emperador de los franceses, con arreglo á su artículo 3.° concebido en los términos siguientes: «S. M. el emperador de todas las Rusias reconoce por legítimas las córtes generales «y estraordinarias, reunidas actualmente en Cádiz, y la Constitu«cion que estas han decretado y sancionado.» No parece sino que este artículo fué inspirado por el genio tutelar de las naciones para enseñarles á desconfiar de las palabras de los monarcas y buscar su salvacion en la alianza de los pueblos entre sí, pues el mismo emperador Alejandro, tan conforme con nuestras liberales instituciones mientras le fueron necesarias para la consolidacion de su trono, volvióse con rigor contra ellas y contribuyó á destruirlas, no bien consiguió asegurarlo.

Algunos meses despues concluyó con nosotros la Suecia otro tratado parecido al anterior, y tambien con su artículo 3.°, igual en un todo al estampado en el tratado con Rusia.

Ni eran solo los monarcas del Norte los que asi halagaban á la nacion española y reconocian tan terminantemente nuestras liberales instituciones, sino que

la misma princesa del Brasil Doña Carlota Joaquina, allá desde el trópico autral consideró deber suyo elogiar la obra de las córtes, por medio de una carta fecha en Rio Janeiro á 28 de junio de 1812 que dirigió á la Regencia del Reino, y esta trasladó á las córtes. «Yo os ruego (decia en ella) que hagais presente al «augusto congreso de las Córtes mis sinceros y constantes sentimientos de amor y «fidelidad á mi muy querido hermano Fernando, y el sumo interés que tomo por el «bien y felicidad de mi amada nacion, dándoles al mismo tiempo mil enhorabuenas «y mil agradecimientos por haber jurado y publicado la Constitucion. Llena de re«gocijo voy á congratularme con vosotros por la buena y sábia Constitucion que «el augusto congreso de las Córtes acaba de jurar y publicar con tanto aplauso «de todos, y muy particularmente mio; pues la juzgo como base fundamental de «la felicidad é independencia de la nacion, y como una prueba que mis amados «compatriotas dan á todo el mundo del amor y fidelidad que profesan á su le«gítimo Soberano, y del valor y constancia con que defienden sus derechos y los de «toda la nacion. Guardando exactamente la Constitucion, venceremos y arrolla«remos de una vez al tirano usurpador de la Europa. Dios os guarde muchos años. «Palacio del Rio Janeiro, á los 28 de junio de 1812.—Vuestra infanta, *Carlota Joa«quina de Borbon.*—Al consejo supremo de Regencia de las Españas á nombre de «Fernando VII.»

Aquí tienen los partidarios del derecho divino de los monarcas á una hija de reyes, á una princesa de la casa de Borbon, á la hermana mayor de Fernando VII rechazando ese mentido derecho, cuando admite y prodiga tantos elogios á la Constitucion que en vez de acatarlo establece el trono en el asentimiento de la nacion, única fuente y principio de toda autoridad. No faltará quien vea en esa comunicacion un sagaz ardid para conseguir la Regencia tan deseada de la infanta; pero nosotros, sin negar esos deseos, nada culpables en verdad, damos sin embargo á las espresiones de aquella Señora un orígen mas en armonía con su situacion, atribuyéndolas mas bien que á eso á las duras lecciones de la desgracia y á las amarguras domésticas que entonces la afligian y no podian menos de hacerle odioso el sistema desorganizador y despótico, de que ella propia era víctima.

La carta en cuestion fué leida en la sesion del 24 de setiembre de 1812. Las córtes mandaron insertarla íntegra en el Diario de sus discusiones, declarando haberla oido con la mayor satisfaccion. Su lectura entretanto avivó mas y mas los manejos para declarar regenta de España á aquella princesa. Andaban ahora en ello algunos americanos, los cuales para facilitar su propósito, lograron se nombrase presidente de las córtes en aquel mismo dia 24 á D. Andres Jáuregui, adicto al proyecto, como diputado que era por la Habana. Conseguido este primer triunfo, encargóse de hacer la proposicion, en sesion secreta del propio dia, don Ramon Feliú, diputado por el Perú, indicando en la propuesta que la princesa nombrada regenta pasaria desde el Brasil, antes de venir á España, á la ciudad de Méjico, para apaciguar y arreglar allí las disensiones de las provincias ultramarinas. Proposicion tan inesperada provocó un grito de desaprobacion en los diputados europeos de todos los partidos, rechazándola con indignacion aun los mismos que apetecian la Regencia de la infanta, pues si la querian acá, no por eso se les ocultaba que su presencia en nuestra América hubiera aumentado las discordias y desavenencias en vez de darles fin satisfactorio. Atemorizado Feliú con el estruendo, aflojó en su resolucion, y aunque quiso sostenerle el presidente Jáuregui, viéndose reconvenido con acrimonia por muchos diputados, cedió de su empeño y abandonó la silla de la presidencia, sin volverla á ocupar en el mes que duró su cargo. La proposicion de Feliú quedó estancada, sin que nadie se atreviera á proponer de nuevo la Regencia de la infanta, acobardados todos sus partidarios con el golpe que los americanos acababan de recibir por su imprudente conducta.

Seános permitido olvidar ahora cuantos desaciertos pudieron cometer las córtes de Cádiz en el dilatado período de su larga existencia, convidando á los amigos de la humanidad á rendirles con nosotros el debido homenage de gratitud y respeto

por la valentía y firmeza con que despreciando las iras del fanatismo y de la intolerancia, procedieron á abolir este año el tribunal del santo Oficio.

Numerosos y gruesos volúmenes escritos por plumas maestras han legado ya al mundo estremecido la horrorosa historia de la inquisicion. No siéndonos dado á nosotros estendernos en esta materia, tendremos que limitarnos á compendiar el dictámen que la comision de Constitucion leyó á las córtes el 8 de diciembre de 1812. Aunque no faltaron en aquella comision vocales que abogasen por la inquisicion, su mayoría estuvo sin embargo por su abolicion absoluta, pero en términos que no se alarmasen las almas piadosas, las cuales, imbuidas en los errores de la supersticion que aun duraba, creian perdida la religion no habiendo tribunales especiales que se encargasen de protejerla, como si la santidad de sus máximas no fuera su defensa mejor. Por eso la comision con fino tacto, sin manifestar su intencion de acabar para siempre con aquel tribunal sanguinario, indicó solo querer renovar sus formas y darle un colorido mas en armonía con las nuevas instituciones.

El principio de su dictámen se dirigia á probar que el santo Oficio era una novedad reciente en la Iglesia, introducida en el reino contra la voluntad de sus naturales, descendiendo despues á un exámen prolijo y erudito de la materia, esponiendo la legislacion española antigua en causas de fé, la cual, dejando á los obispos espeditas sus facultades para exhortar y convertir á los estraviados, encomendaba á jueces civiles el castigo de los empedernidos y contumaces, graduándolos de infractores de las leyes, entre las cuales era una y fundamental la religion del estado.

Horroroso es para nuestra España no haber sido ella la causa de esa institucion espantosa, institucion que con otras muchas, y bien malas seguramente, recibió de la vecina Francia, en donde le dieron ser la multitud de sectas heréticas que turbando el pais con sus disensiones y rivalidades, decidieron por fin al poder real á la absurda determinacion de elegir comisiones compuestas de eclesiásticos seculares y regulares, para que averiguando quienes eran los contajiados con los errores de los albijenses y demas sectarios, los entregasen al poder de aquellas para la imposicion del castigo. Los religiosos comisionados se llamaban *inquisidores* por la índole del cargo que ejercian, y de aqui el nombre de la institucion que nos ocupa, aprobada por Inocencio III en 1204. La heregía francesa, invadiendo despues los reinos de Aragon y Cataluña, importó juntamente consigo el pretendido contraveneno, adoptando los reyes de aquellos paises en 1232 comisiones idénticas á las de la nacion vecina. No aconteció lo mismo en Castilla, cuyo reino quedó por entonces exento de tal calamidad, aunque no de los males consiguientes á la residencia en el mismo de los moros y judíos, con permiso de profesar sus respectivos cultos, mirados con horror por los cristianos, no solo por la diferencia de ritos, sino tambien por el carácter de conquistadores de su patria que acompañaba á los mahometanos y á los judíos, siendo estos comunmente, como hombres acaudalados, los encargados de la odiosa aunque lucrativa comision de recaudar las contribuciones. De aqui nacieron las encarnizadas persecuciones que estos dos pueblos sufrieron de los naturales, siendo tan cruel la del año de 1391, que especialmente los judíos lloraron estragos y muertes sin cuento. Aterrados unos y otros, viéronse obligados á fingir que se convertian á la fé cristiana, siguiendo en secreto la observancia de su ley: mas no siempre podian practicar con tanta cautela sus ceremonias religiosas, que no llegáran á conocerlo los cristianos. Esto dió en el siglo XV motivo á D. Fernando V de Aragon, de carácter menos condescendiente que cruel, para valerse de las comisiones inquisitoriales, ya establecidas antes en aquel reino, segun digimos, y perseguir con ellas rigorosamente á aquellos hombres desventurados. Opúsose á introducir tal novedad en Castilla la reina Doña Isabel su esposa, impulsada á resistirla no solo por su condicion mas apacible y suave, sino tambien por el ascendiente que en su pecho tenian los consejos de su confesor D. Fray Fernando de Talavera, hombre piadoso, pero al mismo tiem-

po conciliador, y suficientemente ilustrado para conocer que no son el hierro y el fuego los agentes de la propaganda reservada al catolicismo. Eso no obstante, y á pesar de las buenas intenciones de la católica Doña Isabel, insistiendo siempre el rey en su intento, y citándose á cada paso profanaciones sacrílegas de los recien convertidos, ciertas unas y otras supuestas ó exageradas, hubo al fin la reina de ceder en su repugnancia al establecimiento del tribunal proyectado, é impetrándose la bula consiguiente, la otorgó y espidió el pontífice Sisto IV en noviembre de 1478. Por ella facultaba á los reyes católicos para elegir inquisidores y removerlos á su antojo, amenguando asi y casi destruyendo la autoridad de los obispos, única que en tales materias reconoce legítima la Iglesia como instituida por su mismo divino fundador. El escandaloso abuso que de su poder hicieron los inquisidores levantó contra ellos y contra el nuevo instituto universales clamores, los cuales fueron luego atendidos en Roma, procediendo el Papa entre varias mudanzas efectuadas, á nombrar por sí otros inquisidores.

Esta determinacion, tan contraria á las prerogativas de la corona, desagradó á los Reyes Católicos, los cuales no dejaron de representar vigorosamente contra ella, hasta conseguir que fuera revocada y se diese á la inquisicion una forma mas regular y estable. Verificóse esta alteracion por medio de una bula espedida en 1483, que designaba para inquisidor general al arzobispo de Sevilla, Iñigo Manrique, el cual desempeñó poco tiempo este encargo, puesto que en el mismo año se nombró para sucederle á Fray Tomas de Torquemada, confesor del rey, y como este astuto y rígido. La bula concedida al efecto, cuyo rastro no pudo descubrir la comision de las córtes á pesar de su diligencia, proveia al nuevo inquisidor general de poderes amplios trasferibles á otros, no usando de ellos los inquisidores particulares ó subalternos sino «en virtud de subdelegacion y facultad «que aquel les daba.» De consiguiente arregló Torquemada á su arbitrio los tribunales inferiores, y aun formó el consejo real supremo de la inquisicion, que no instituido por bula particular, carecia de autoridad propia en las vacantes de inquisidores generales.

Nunca autorizaron las Córtes la introduccion del santo Oficio en el reino, siendo asi que á ellas juntamente con el rey corrrespondia permitirla ó desaprobarla; pecando por tanto la inquisicion hasta en su origen de la falta de legitimidad. Al contrario, siempre que se ofreció ocasion mostraron las Córtes desvío, é hicieron reclamaciones y demandas vivas tocante á las injusticias y desafueros de aquel tribunal, pidiendo á veces su reforma con estraordinaria vehemencia. En algunas ciudades y villas se inquietaron los vecinos, en otras hubo serias conmociones, y en otras se vieron por último atropellados los ministros y dependientes del santo Oficio. La resistencia á que se plantease fué muy general en las vastas provincias que ya entonces componian la monarquía española. En Aragon, refiere Zurita: «comenzáronse á al«terar y alborotar los que eran nuevamente convertidos del linage de los judíos, y «sin ellos muchos caballeros y gente principal, publicando que aquel modo de pro«ceder era contra las libertades del reino, porque por este delito se les confiscaban «los bienes, y no se les daban los nombres de los testigos que deponian contra los «reos: que eran dos cosas muy nuevas y nunca usadas, y muy perjudiciales al rei«no..... Y como era gente caudalosa y por aquella razon de la libertad del reino «hallaban gran favor generalmente, fueron poderosos para que todo el reino y los «cuatro estados de él se juntasen en la sala de diputacion como en causa universal «que tocaba á todos, y deliberaron enviar sobre ello al rey sus embajadores...» Lo mismo en Leon y Castilla, segun lo atestigua Mariana, tan poco sospechoso en la materia como Zurita... «Al principio, dice, pareció muy pesado (el establecimiento de «la inquisicion) á los naturales: lo que sobre todo estrañaban era que los hijos pa«gasen por los delitos de los padres; que no se supiese ni se manifestase el que «acusaba ni se confrontase con el reo, ni hubiese publicacion de testigos; todo con«trario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. De mas de «esto les parecia cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de

«muerte, y lo mas grave que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la liber- «tad de oir y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas á «propósito para dar aviso de lo que pasaba, cosa que algunos tenian á figura de una «servidumbre gravísima á par de muerte.»

Las quejas y los clamores fueron tales, que Cárlos V creyó oportuno impedir en 1535 que la inquisicion continuase en el ejercicio de sus funciones; suspension que duró hasta diez años despues, en que recibió aquel tribunal nuevo ser de Felipe II, cuando gobernaba estos reinos en ausencia de su padre. Despues, monarca ya propietario el mencionado Felipe, amplió la autoridad del santo Oficio, aprobando los reglamentos que dió el inquisidor general Valdés, y privando á los procesados de la proteccion del recurso de fuerza. Usó Felipe tambien del mismo medio para mantener ilesa la religion católica, y como única en sus muchos é incoherentes estados, figurándosele seria aquel estrecho vínculo entre sus apartadas provincias, é instrumento político y acomodado de conservacion y órden. Los prelados mas esclarecidos de la nacion por sus virtudes y ciencia, no cesaron en los mejores tiempos de oponerse á la permanencia de una institucion que tanto socababa y deprimia los derechos y preeminencias del episcopado. No hubo tampoco, en fin, corporacion alguna importante y grave que no pugnase de cuando en cuando contra las prácticas, usurpaciones y tropelías de la inquisicion, cuya autoridad desapoderada aseguraban los magistrados mas doctos y dignos de respeto se entremetia hasta en los «puntos de gobernacion política y económica, ostentando independencia, y desconociendo la soberanía (1).»

Con estas y otras infinitas razones probaba la comision el primer estremo de su dictámen, pasando despues á demostrar de un modo no menos convincente, cuan incompatible era el santo Oficio con la nueva Constitucion política de la monarquía, proponiendo ademas lo que deberia adoptarse, abolido que fuese aquel tribunal. No nos es posible seguir á la comision en su largo y bien desempeñado trabajo; pero no podemos dispensarnos de transcribir lo que espresaba acerca del modo de proceder de la inquisicion en sus juicios. «Los reos, decia, son condu- «cidos á la prision sin haber visto antes á sus jueces; se les encierra en aposen- «tos oscuros y estrechos, y hasta la ejecucion de la sentencia jamas están en co- «municacion; se les pide la declaracion cuando y como parece á los inquisidores; «en ningun tiempo se les instruye, ni del nombre del acusador, si lo hubiere, ni «de los testigos que deponen contra ellos, leyéndoles truncadas las declaraciones, «y poniéndose en tercera persona los dichos de aquellos mismos que lo han visto «ú oido..... El proceso nunca llega á ser público, y permanece sellado en el se- «creto de la inquisicion; se estracta de él lo que parece á los inquisidores, y con «ello solo se hace la publicacion de probanzas, y se invita al tratado como reo á «que haga por sí ó por abogado que se le ha dado su defensa, y ponga tachas «á los testigos: mas ¿qué defensa puede hacer con unas declaraciones incompletas «y truncadas? ¿qué tachas poner á unas personas cuyos nombres ignora?... En el «tribunal de la inquisicion siempre acompaña á la prision el secuestro de todos los «bienes, y se atormenta y gradúa el tormento por indicios, cuya suficiencia se de- «ja á la conciencia de los inquisidores que asisten y presencian el tormento...»

De estas ligeras indicaciones se infiere bien claramente cuan en contradiccion se hallaba la nueva ley fundamental con la conducta del santo Oficio en sus procedimientos y en las causas de su competencia: probado lo cual estensamente por la comision, presentaba esta á la resolucion de las córtes las dos proposiciones siguientes: «1.ª La religion católica, apostólica romana, será protegida por leyes «conformes á la Constitucion. 2.ª El tribunal de la inquisicion es incompatible con

(1) Véase la respuesta á Felipe V de los fiscales de Castilla é Indias, D. Melchor de Macanaz y D. Martin Mirabal, año 1714, en donde se insertan las espresiones citadas, las cuales se sacaron de la consulta que hizo una junta en tiempo de Cárlos II.



Una escena en la Inquisicion.

«la Constitucion.» La mayoría de la comision de Constitucion es acreedora en esta ocasion á los mas justos encomios, no solo por lo esencial del dictámen, sino tambien por la sagacidad y tino con que supo presentarlo, haciéndolo de modo que la primera proposicion no dejase pretesto alguno fundado para dejar de votarla, y obligando con esto á reconocer la incompatibilidad de la Constitucion con el santo Oficio, tal cual se hallaba establecido en España. Así se removian los escrúpulos de los hombres timoratos, pero de buena fé; se aquietaba á los tímidos que temian las consecuencias de su voto en el porvenir, y los hombres firmes é ilustrados lograban su objeto.

De la decision de ambas cuestiones, y en especial de la segunda, pendia verdaderamente abolirse ó no el santo Oficio, recayendo por lo mismo sobre ella toda la fuerza del debate; puesto que las decisiones posteriores no eran mas que sus necesarias consecuencias.

Señalado el 5 de enero de 1813 para abrir la discucion, y despues de quedar burlados cuantos ardides quisieron poner en juego los enemigos del proyecto para entorpecer su marcha, dióse comienzo á los debates con todo detenimiento y solemnidad. Los límites á que hemos de reducir nuestra historia no nos permiten bosquejar siquiera aquella señalada discusion que duró hasta el 22, tomando en ella parte cuantos oradores y hombres notables habia en el congreso. Al frente de los defensores del santo Oficio estaban el Sr. Inguanzo (arzobispo despues de Toledo) y el inquisidor D. Francisco Riesco. Dos sesiones ocupó el discurso de este último orador, el cual se esforzó estraordinariamente en la defensa de su tribunal. No le fué en zaga el Sr. Inguanzo, el cual, sentando las doctrinas mas ultramontanas, se quejaba del artificio con que la comision presentaba su dictámen. «Este ataque, «decia, no se presenta de frente, como parece lo pedia la buena fé... Lo que se «ha hecho es urdir un plan de proposiciones ambiguas y de cierta apariencia, las «cuales, envolviendo sentidos diferentes, den lugar á que se saque por conse«cuencia y por ilaciones lo que se pretende, y á hacer despues un supuesto de la «dificultad.» Encargóse de contestar á este discurso el sabio y virtuoso eclesiástico D. Joaquin de Villanueva, que empezó el suyo afirmando, «le habian honrado «con su amistad cinco inquisidores generales y otros respetables ministros é indi«viduos de la inquisicion;» para demostrar asi su conviccion en la materia, cuando á pesar de tales conexiones se declaraba tan opuesto á la existencia del santo

Oficio. En el discurso del Sr. Villanueva no solo se descubrian conocimientos poco comunes en materias eclesiásticas, sino que tambien se mezclaba aquella amarga ironía que caracterizaba sus satíricos escritos, y de la cual tocó ahora una no pequeña parte al Sr. Inguanzo, como lo manifiesta entre otros el siguiente párrafo: «Como algunos señores, decia Villanueva aludiendo á Inguanzo, sencilla- «mente creyeron no injuriar á la comision de Constitucion, salvando la intencion «con que suponen haber caido en herejías y errores la mayoría de sus individuos, «asi yo guardándome de tratar á ellos de calumniadores, atribuyo sus falsedades «á olvido de los primeros elementos del derecho público, civil y eclesiástico. «¡Ojalá pudiera desentenderse la caridad cristiana de lo que en este caso le cor- «responde! Pues siendo tan católica como la fé, prohibe estrechamente la osadía «y la ligereza de los que sin causa y contra toda razon denigran la doctrina de «personas mas sabias que ellos y no menos católicas... Espántame sobre todo el «furor con que se asegura que si debe protegerse la religion conforme á la Cons- «titucion, no debe, ó no puede ser protegida la santa Iglesia... No dijera mas «Celso ni Juliano el apóstata...» Otros muchos eclesiásticos hablaron en el mismo sentido que el Sr. Villanueva, sustentando constantemente el dictámen de la comision los señores Muñoz Torrero, Espiga y Oliveros, tambien eclesiásticos, pulverizando con sus sanas doctrinas y poderosas razones los alegatos del fanatismo y los subterfugios de la astucia.

Al fin se votaron y aprobaron las dos proposiciones de la comision, ganándose la segunda, que realmente envolvia la destruccion de la inquisicion, por 90 votos contra 60, el memorable 22 de enero.



Abolicion del santo Oficio.

Siguió luego la discusion de lo restante del dictámen de la comision, reducido á un proyecto de decreto estableciendo tribunales protectores de la religion, institucion innecesaria en verdad, pero que la comision, capitulando con las viejas preocupaciones todavía demasiado arraigadas, se vió en la precision de adoptar para alejar de sí la nota de irreligiosa y la censura de los que socolor de piedad defendian sus propios intereses. Comprendia el proyecto dos capítulos. En el primero se trataba del restablecimiento de la ley 2.ª, título 26 de la partida 7.ª para las causas de fé, y del modo de proceder en estos juicios, sujetos á los trámites y variaciones que especificaba la comision; y en el segundo de la prohibicion de los escritos contrarios á la religion.

Entablado debate sobre este proyecto de decreto, aprobóse por una gran mayoría el primer artículo que comprendia el establecimiento de la ley de partida, é igualmente lo fueron todos lo que favorecian la defensa de los reos y formaban el primer capítulo; siéndolo tambien con muy poca variacion los del segundo, reducido á tratar de los escritos contrarios á la religion, con arreglo á la ley de la libertad de la imprenta, la cual los limitaba á los que meramente atañian al dogma y á puntos de la disciplina universal de la iglesia.

Concluyóse la discusion de tan importante asunto el 5 de febrero; mas no se promulgó el decreto hasta el 22, ya para estenderlo conforme á lo aprobado, ya tambien con el objeto de escribir un manifiesto esponiendo los fundamentos en que se habian apoyado las córtes para abolir la inquisicion y sustituirle los tribunales protectores de la fé, el cual juntamente con el decreto debia leerse por tres domingos consecutivos en las parroquias de todos los pueblos de la monarquía antes del ofertorio de la misa mayor. Determinacion adoptada por las córtes á propuesta del señor Teran, sin calcular las consecuencias que produjo, como luego veremos. El decreto aprobado se tituló: *Decreto de abolicion de la inquisicion, y establecimiento de tribunales protectores de la fé:* estampándose al principio de él las dos proposiciones que habian sido discutidas y aprobadas con antelacion, y eran las que verdaderamente destruian por su cimiento aquel execrado tribunal.



CAPITULO XXXIX.

Reforma de regulares.—Causa de su aumento en España.—Clamores de las antiguas Córtes sobre semejante abuso.—Número de conventos y de religiosos que habia en España antes del año de 1808.—Medida preventiva de las córtes para este asunto.—Malas disposiciones de la Regencia sobre el particular.—Disgusto de las córtes por la conducta del gobierno.—Intenta justificar sus disposiciones el ministro de Hacienda.—Primer dictámen de las comisiones de las córtes.—Falsas razones alegadas por el gobierno.—Segundo dictámen de las comisiones y decreto de las córtes acerca de regulares.—Funestas consecuencias del desacuerdo de la Regencia y las córtes.—Partidos que dividen á la nacion.—No acceden las córtes á la demanda del gobierno para suspender algunos artículos de la Constitucion.—Auméntanse las desavenencias entre ambas potestades.—Sospechas contra la Regencia.—Destitucion de D. Cayetano Valdes.—Oposicion del clero á las disposiciones de las córtes sobre la inquisicion.—Apoya la resistencia el nuncio de S. S.—Firmeza de las córtes en esta ocasion.—Esposiciones á las mismas del vicario y curas de Cádiz.—El doctor D. Francisco Fernandez del Castillo.—Interesante sesion en las córtes.—Eleccion de la nueva Regencia.—Su instalacion el 8 de marzo.—Carácter de los antiguos regentes.—Administracion de la Regencia cesante.—Nuevo reglamento á la Regencia.—Origen de la oposicion á la publicacion de los decretos sobre inquisicion.—Repone la Regencia en el mando militar y político de la plaza de Cádiz á Don Cayetano Valdes.—Providencias del gobierno contra los eclesiasticos desobedientes.—Representan estos á las córtes.—Discusion y fin de este negocio.—Altercados con el nuncio y su estrañamiento.

Eran tantos los abusos introducidos en España por el despotismo y la ignorancia, que adonde quiera que las córtes volvian la vista, allí los encontraban arraigados, siendo lo peor el que patrocinados todos por el trascurso de los siglos y por el estravio de las pasiones, su remocion debia siempre costarles inmensos disgustos, dando motivo á que con la reforma se engrosasen las filas de sus contrarios. Todas estas circunstancias encontrábanse reunidas en el crecido número de conventos y monasterios que cubrian el suelo de la nacion de un modo estraordinario, y mas que en otras de la cristiandad, pues aunque en ninguna de ellas fueron escasas esas clases de fundaciones, en España las habia aumentado infinito el descubrimiento de América, el cual, acumulando capitales inmensos en manos de hombres ignorantes y fanáticos, hacia á estos creer justificadas y legitimadas sus usurpaciones y malos tratos con fundar asilos á la holganza, ofreciendo con tan errada persuasion pernicioso cebo á la muchedumbre para huir el trabajo y vestir un hábito que le aseguraba la consideracion y respeto de los pueblos, allanándole la entrada en las moradas de los grandes, y aun en las de los reyes. Asi se desfiguró la religion, se adalteró la caridad cristiana y se corrompieron unas instituciones que en la rígida observancia de sus primitivas reglas pudieran haber prestado servicios útiles á la iglesia, en vez de desacreditarla, como lo hicieron, con sus innumerables desórdenes.

No faltaron entretanto en España hombres doctos y verdaderamente pios que clamaron en todo tiempo contra las donaciones escesivas hechas al clero, y contra la multiplicacion de casas religiosas. Las Córtes hicieron tambien en diversas épocas peticiones sobre la materia. Las de Valladolid del año 1618, decian: «que si «no se ponia coto á ese género de adquisiciones, *en breve tiempo seria todo del estado «eclesiástico secular y regular.*» En el mismo sentido hablaron los escritores de mas nota de aquel tiempo y de los posteriores, como fueron los Sanchos de Moncada, los Martinez de Mata, los Navarretes y otros. Lo propio ejecutaron las corporaciones científicas; y la Universidad de Toledo, hablando en 1618 á la junta formada por el duque de Lerma para examinar los medios de reformar la nacion, le decia: «Hoy se ve que no habiendo la mitad de gente que solia, hay do«blados religiosos, clérigos y estudiantes, porque ya no hallan otro modo de vivir.» Parecido era igualmente el dictámen del Consejo en su famosa consulta del año 1619, en la cual, entre los varios recursos que proponia para aliviar los males de la monarquía, era uno: «que se tuviese la mano en dar licencias para muchas «fundaciones de religiones y monasterios..... pues aunque para los regulares era «aquel camino el mejor y mas seguro y de mayor perfeccion, para el público ve«nia á ser muy dañoso y perjudicial.» Las demas córtes celebradas en el mismo siglo representaron todas vigorosamente en igual sentido, señalándose las convocadas en Madrid el año 1626 por Felipe IV, las cuales decian en términos categóricos: «Que se tratase con mas veras de poner límite á los bienes que se saca«ban cada dia del brazo seglar al eclesiástico... Que las religiones eran muchas, los «mendicantes en esceso, y el clero en grande multitud. Que habia en España 9,088 «monasterios, aun no contando los de monjas. Que iban metiendo poco á poco con «dotaciones, cofradías, capellanías, ó con compras, á todo el reino en su poder. «Que se atajase tanto mal. Que hubiese número en los frailes, moderacion en los «conventos, y aun en los clérigos y seglares. Que siendo menos vivirian mas venerados «y sobrados, y no habria nadie que juzgase por impío y duro aquel remedio del «cual mirase resultar mayor defensa y reverencia de nuestra patria y religion.» Y si asi se espresaban nuestros antepasados en medio de la supersticion que el santo Oficio y la interesada política de nuestros monarcas habian esparcido en todo el reino, ¿con qué razon se podrá acriminar á las córtes reunidas en Cádiz, alumbradas con las luces del siglo XIX, porque quisieran aplicar el remedio que tantos años antes habian demandado sus predecesoras?

Es verdad que las vicisitudes de los tiempos habian disminuido el mal, pero aun conservaba este bastante vigor para aniquilar al pais, dado que á principio del siglo actual se contaban todavía en España 2,051 casas de religiosos y 1,075 de religiosas, ascendiendo el número de individuos de ambos sexos, inclusos legos, donados, criados y dependientes, á 92,727. Era ahora, pues, la ocasion mas oportuna, sino de estinguir, al menos de promover la reforma que á la vez reclamaban la religion y el Estado, pues con la invasion francesa y las providencias de Napoleon y de su hermano José, de los cuales habia el primero suprimido parte de los conventos y el segundo la totalidad, los mas de aquellos establecimientos habian desaparecido, subsistiendo solamente en los pocos puntos que se mantenian libres, ó en donde la ocupacion no habia sido duradera. Esta ventajosa circunstancia ofrecia al gobierno legítimo la oportunidad de adoptar medidas para impedir la repoblacion de las casas religiosas, mayormente hallándose muchas de ellas destruidas y destinadas otras á objetos de pública utilidad.

Asi pensaban las Córtes hacerlo, y por eso con bastante prevision y pulso, al dar en 17 de junio de 1812 un decreto sobre confiscos y secuestros, dispusieron en el artículo 7 °: «que tendria lugar el secuestro y la aplicacion de frutos á beneficio del «Estado cuando los bienes, de cualquiera clase que fuesen, pertenecieran á estable«cimientos públicos, cuerpos seculares, eclesiásticos ó religiosos de ambos sexos, «disueltos, estinguidos ó reformados por resulta de la invasion enemiga, ó por pro«videncias del gobierno intruso, entendiéndose lo dicho con calidad de reintegrarlos

«en la posesion de las fincas y capitales que se les ocupasen, siempre que llegára «el caso de su restablecimiento, y con calidad de señalar sobre el producto de sus «rentas los alimentos precisos á aquellos individuos de dichas corporaciones que «debiendo ser mantenidos por las mismas se hubiesen refugiado á las provincias «libres, profesasen en ellas su instituto y careciesen de otros medios de subsisten- «cia.» Con la exacta y puntual ejecucion de este decreto se hubiera ido planteando insensiblemente la reforma, cuyo último resultado habria sido la deseada estincion de los regulares por medios suaves y exentos de alarma. Tocaba, empero, á la Regencia el cabal desempeño de este cuidado; y en vez de cumplirlo como lo exigia su deber, trabajó para hacerlo ilusorio, pues aunque al principio dió señales de atacarlo, mandando á los intendentes en una instruccion que circuló en agosto, cerrasen los conventos y tomasen oportunas medidas para estorbar el deterioro de los edificios y sus enseres, que debian quedar á disposicion del gobierno, no continuó despues en tan laudable propósito, dejándose llevar del clamor de muchos religiosos y de su propia inclinacion, especialmente despues que el conde del Abisbal cedió el puesto á D. Juan Perez Villamil, enemigo declarado de toda reforma, y sostenedor constante de antiguos abusos.

Antes de entrar el D. Juan en la Regencia, dudosa ya esta sobre lo que convenia determinar, habia acudido á las córtes, pidiendo que manifestasen sus intenciones en asunto de tanto interes. La comision de hacienda opinó se llevase adelante lo prevenido en el articulo 7.° del citado decreto sobre confiscos y secuestros, y lo que la misma Regencia habia mandado á los intendentes en la instruccion de agosto, encargando ademas á esta que propusiese «todo lo que conceptuase conve- «niente á la utilidad pública y al verdadero interés de los regulares.» Este jucioso dictámen, que marcaba perfectamente la senda de una reforma segura aunque lenta, fué entorpecido por los subterfugios de algunos diputados patrocinadores de los religiosos, y asi, suspendida su discusion desde el 18 de setiembre del citado año de 1812, no se volvió á tratar de él hasta el 30 del propio mes, en cuyo dia pasó á las córtes el ministro de Gracia y Justicia una memoria acerca de la materia, acompañada de una instruccion compuesta de 19 artículos, dirigida á un nuevo arreglo y disminucion de las comunidades religiosas. Con esto pasó todo el espediente á tres comisiones reunidas, nuevo ardid de los enemigos de la reforma para dilatar el asunto con el entorpecimiento que debia producir la diversidad de pareceres entre tantos informantes, y dar asi tiempo á la Regencia para que por sí y á las calladas fuera permitiendo á muchos regulares volver á ocupar sus conventos, so pretesto de ser necesarios en los pueblos, faltos los fieles de auxilios espirituales. Asi sucedió: mientras asunto de tanta importancia estaba pendiente en las córtes, cuya circunstancia era bastante para detener al gobierno en sus providencias, y principalmente desde que se traslució que las comisiones reunidas se inclinaban á una reforma bastante lata, empezó la Regencia á permitir el restablecimiento de varios conventos y á fomentar sigilosamente la pronta ocupacion de otros; siendo de notar que se circulasen estas disposiciones por conducto del ministerio de Hacienda, diverso de aquel en que habia radicado el espediente, esto es, el de Gracia y Justicia, único á quien correspondia el negocio. Esta especie de dolo, impropio de la buena armonia que debe reinar entre los poderes supremos del Estado, escitó el justo enojo de las córtes, ocasionando reñidos debates.

Presentóse en el congreso D. Cristóbal de Góngora, entonces ministro interino de Hacienda, procurando en la sesion del 4 de febrero de 1813 disculpar las disposiciones de la Regencia; pero lo hizo con tan mala maña, que sus razones no fueron poderosas sino para empeorar la cuestion é irritar mas los ánimos. Las comisiones encargadas de informar acerca del espediente general, deseando meditarlo con atencion para dar un razonado dictámen, no pudieron evacuarlo hasta enero. En él proponian una reforma equitativa y bastante completa del clero regular, sin que ni aun esto fuera bastante para contener á la Regencia en su propósito de continuar dando licencias para abrir varias casas religiosas, no perdiendo tampoco

tiempo los interesados en solicitarlo asi, sabedores del golpe que los amagaba y alentados con la decidida proteccion del gobierno. El haber mandado este se espidiesen las órdenes por la secretaría de Hacienda, no tanto pendia de que estuviesen aquellos establecimientos á la disposicion del mencionado ramo en calidad de bienes nacionales, como de ser su gefe de los aficionados á la repoblacion de los conventos, á cuya impolítica medida era contrario el ministro de Gracia y Justicia D. Antonio Cano Manuel, el cual trabajaba de buena fé para secundar las intenciones de las Córtes, despreciando asi honradamente las ventajas que pudiera ofrecerle la continuacion de unas corporaciones muchas de ellas poderosas, y que todas corrian bajo su dependencia.

Entre los débiles argumentos que en apoyo de las órdenes del gobierno presentó el D. Cristóbal de Góngora en la citada sesion del 4 de febrero, insistió mucho en el de que la Regencia se habia visto obligada á obrar asi por el espectáculo lastimoso que se presentaba en los pueblos de andar los religiosos á bandadas sin encontrar asilo donde recogerse. Esta pretendida razon aparecia tan infundada como todas las demas alegadas por el ministro, porque si en realidad era tan apurada y triste la suerte de los esclaustrados, ¿por qué el gobierno no los auxiliaba con las rentas de los mismos conventos, como tenian dispuesto las córtes? ¿No era esto preferible á darles la posesion de las casas y de los bienes, cuando se estaba tratando de una reforma tan urgente y necesaria? Ademas, ¿se habia probado acaso no ser un ardid de los mismos esclaustrados la miseria que preconizaban? ¿No habian permanecido del mismo modo durante toda la dominacion francesa? Y en todo aquel tiempo, ¿osaron presentarse con el hábito religioso, ni en grupos ni solos, para pedir limosna públicamente y conmover de ese modo á las gentes sencillas? ¿Y por qué no lo hicieron? Porque el gobierno de José, decidido á llevar á cabo la reforma, estorbaba tan escandalosas escenas, al paso que la Regencia, no por piedad, no por religion, sino por contrariar el sistema de las córtes, fomentaba semejantes escesos, buscando en ellos pretesto para abrir aquellos asilos de holganza, que debian ser en su dia otros tantos apoyos al retrógrado plan meditado desde entonces por los malos españoles. Ni se diga que la aparicion repentina de tantos frailes en las ciudades y poblaciones evacuadas se debió á haberse agolpado á estas los residentes en las libres ó que á ellas se habian refugiado, porque fueron muy pocos los que abandonaron su domicilio ordinario, permaneciendo en sus respectivos distritos todos ó casi todos en clase de secularizados, y por cierto que ninguno murió de hambre, ni se oyó decir les faltasen medios honestos para subsistir. La verdad era, que no habiendo sido la virtud la última pobladora de los claustros, sino el tedio al trabajo y el deseo de participar de las prodigalidades del fanatismo, querian los frailes á toda costa recuperar el derecho, malamente adquirido, de vivir á costa de la ignorante credulidad. Ni se suponga tampoco que la generalidad de los pueblos deseaba el restablecimiento de los regulares, pues no solo los tenian olvidados, sino que en los puntos donde habian permanecido mucho tiempo los franceses se habia desacostumbrado tanto la gente á ver el hábito religioso, que los primeros que se presentaron asi vestidos en Madrid y en otras grandes poblaciones, tuvieron que esconderse para huir de la curiosidad y estrañeza con que los miraba y seguia el vulgo, y en particular los muchachos que habian nacido ó crecido durante la ocupacion francesa. Las peticiones, pues, para restablecer las comunidades procedieron tan solo de los manejos de los mismos interesados, los cuales pudo fácilmente descubrir el gobierno, á haber procedido en el negocio con la lealtad que cumplia á su deber, y animado del buen deseo de verificar la deseada reforma, tan necesaria á los intereses del Estado como á los de la verdadera piedad, y aun tambien á los de los mismos religiosos.

Las desacordadas providencias de la Regencia posesionando á los religiosos de varios conventos, crearon obstáculos que las córtes no se determinaron á atacar de frente, y no atreviéndose á desbaratar lo hecho, como querian las comisiones reunidas, limitáronse á pedir á las mismas un nuevo dictámen. Presentóse este

el 8 de febrero, y sobre él espidieron las Córtes su decreto del 18 del propio mes, espresándose en el mismo que era provisional, y sin perjuicio de las medidas generales que en adelante pudieran adoptarse. Lo sustancial del decreto á que nos referimos, se reducia: 1.º á permitir la reunion de las comunidades consentidas por la Regencia, con tal que los conventos no estuviesen arruinados, vedando pedir limosna para reedificarlos; 2.º á rehusar la conservacion ó restablecimiento de los que no tuviesen doce individuos profesos; 3.º á impedir que hubiese en cada pueblo mas de uno del mismo instituto; y 4.º á prohibir que se restableciesen mas conventos y se diesen nuevos hábitos hasta la resolucion del espediente general.



Reforma de regulares.

Si se considera el estado en que la invasion enemiga habia dejado á la mayor parte de las casas religiosas, no podrá menos de reconocerse el gran paso dado por las córtes hácia el fin deseado, siendo bien seguro que puesto en práctica el citado decreto, y cumplido exactamente durante algunos años, se hubiera logrado la entera reforma del clero regular de una manera insensible y justa. Pero el genio del mal que acabó en 1814 con todo cuanto bueno habian hecho las córtes, no perdonó tampoco esta reforma.

La marcha de la Regencia en el asunto de los regulares demuestra sobradamente las retrógradas ideas de sus individuos y su constante oposicion á las providencias de las córtes, especialmente desde que D. Juan Perez Villamil ocupó la vacante del conde del Abisbal. Estas funestas disposiciones del poder ejecutivo no podian menos de ser perjudiciales, especialmente cuando al ir evacuando el enemigo nuestro territorio habia tanta necesidad de un gobierno ilustrado é indentificado con el congreso, tratándose nada menos que de plantear la administracion en todas sus partes y de introducir las nuevas leyes apaciguando las pasiones, recompensando servicios, aliviando padecimientos, echando un velo sobre estravíos y errores, y ganando en fin las voluntades de todos. Claro es que para empresa tan ardua se necesitaban hombres privilegiados, amaestrados en el arte de gobernar, sostenedores de las reformas, amigos de las córtes, y con el pulso y firmeza necesaria para resistir á las exigencias de los resentimientos particulares que no podian faltar en circunstancias tan espinosas. En tres partidos estaban divididos los pueblos evacuados, y eran el del rey intruso, el de los opuestos á las reformas, y el de sus amigos y defensores, y estas diversas opiniones, forzosa consecuencia de los últi-

mos acontecimientos, reclamaban todo el saber, toda la prudencia de un gobierno conciliador, que sin exasperar á ninguna, procurára por medios suaves irlas aunando y agrupando todas bajo la enseña de la nueva Constitucion.

La Regencia hizo todo lo contrario, poniéndose desde luego casi abiertamente á la cabeza de los enemigos de nuestra regeneracion política, persiguiendo sin tino á los comprometidos con José, y desatendiendo indebidamente á los que pertenecian al tercer partido. De este equivocado sistema y de su esclusivismo y desacierto en el nombramiento de jueces y empleados, nacieron infinitas quejas; y el descontento que empezó luego á mostrarse en los pueblos libertados del yugo, aumentado por los malos manejos de los nuevos empleados, sirvió de pretesto á la Regencia para pedir á las córtes la suspension de aquellos artículos de la Constitucion que, decia, no le permitian poner remedio á los desmanes y osadía de los descontentos. Achaque antiguo de los enemigos de las leyes, suponer al menor asomo de apuro que no se puede gobernar con ellas.

Dió particular motivo á esta demanda una conspiracion descubierta en Sevilla, segun se contaba, contra las córtes y la Regencia, habiéndose de resultas formado causa á varios individos, para cuya pronta prosecucion era preciso, á dicho del gobierno, la suspension de ciertos artículos constitucionales, entre los que estaban comprendidos algunos que no pertenecian á la dispensa de formalidades que en los procesos y en determinados casos consentia la nueva ley fundamental, sino á otras disposiciones de mas trascendencia. Las córtes no accedieron á la peticion de la Regencia, por no creer grave la conspiracion denunciada, y tener sospechas de que se abultaba su importancia para arrancarle el consentimiento apetecido. Así, poco satisfechas anteriormente del proceder del gobierno, lo quedaron menos con este incidente, aumentándose el desvío entre ambas autoridades hasta el estremo de convertirse en marcada aversion con motivo del asunto de los frailes.

Resueltas ya las córtes á hostilizar al gobierno, ofrecióle para ello ocasion oportuna la discusion del dictámen de una comision encargada de examinar las memorias presentadas por los secretarios del despacho, en que cada uno daba cuenta del estado de sus respectivos ramos. La discusion fué muy animada, quedando en mal lugar los secretarios del despacho, poco duchos en lides parlamentarias, sin encontrar razones para responder á los diferentes cargos que les fueron hechos, y redundando todo, como era natural, en descrédito del gobierno, lo que aumentó la enemistad entre este y las córtes, en términos de creerse próximo un rompimiento desagradable y ruidoso, no faltando quien juzgase á la Regencia dispuesta á destruir las córtes, ó al menos tomar providencias violentas con los principales caudillos del partido liberal. Daban fundamento á estos recelos algunas indiscreciones de amigos de la misma Regencia, artículos amenazadores de periódicos que la defendian, conversaciones livianas de alguno de sus ministros, tanteando el modo de pensar de ciertos gefes de la guarnicion; la circunstancia de acercarse tropas al Puerto de Santa María bajo pretesto de ir formando el ejército de reserva llamado de Andalucía, y en fin, la presencia allí del conde del Abisbal, al cual, aunque antes se le contaba entre los amigos de las reformas, y todavía no habia dado las pruebas de veleidoso y mudable que ofreció despues, como se le consideraba ofendido por su salida de la Regencia, creíasele capaz de meterse en cualquier empeño aunque fuese arrojado, con tal que satisfaciese sus resentimientos.

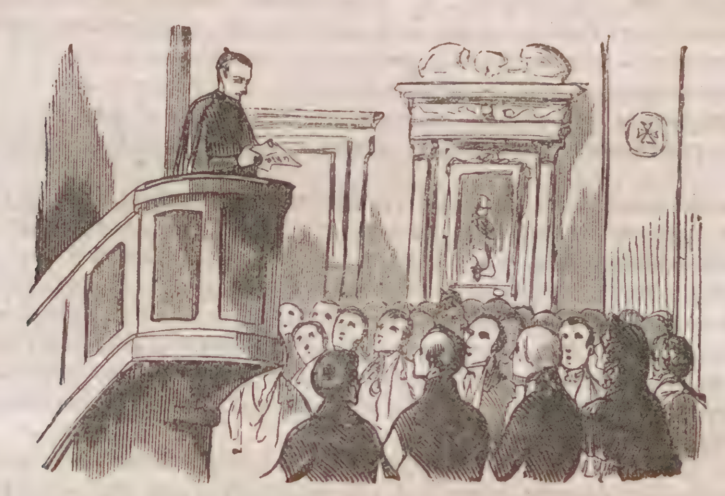
La coincidencia de tantos hechos traia muy alterados á los liberales, cuya inquietud llegó á su colmo en la noche del 7 de marzo cuando se supo que D. Cayetano Valdes, gobernador de Cádiz, acababa de ser exonerado de su empleo por la Regencia, acto que se miró como precursor de violencias, é indicador de que se queria marchar descaradamente por la senda de las arbitrariedades, como camino mas corto para llegar cuanto antes al despotismo.

Confirmaba mas estas sospechas otra circunstancia no menos atendible; la de haber recaido el mando militar y político en D. José María Alós, gobernador de

Ceuta, cuyas opiniones eran enteramente opuestas á las del partido reformador, y el cual, habiendo venido á Cádiz pocos dias antes y conferenciado largamente con la Regencia, parecia destinado á cumplir órdenes ilegales y de atropellamiento, ya respecto de las córtes, ya de sus individuos. A lo menos hubo de esto entre los diputados repetidos indicios, y aun avisos que no creemos careciesen de fundamento (1).

Conocido y estimado en Cádiz D. Cayetano Valdes desde el año 1805 por la rectitud y firmeza de su carácter, y por el valor que habia desplegado en el combate de Trafalgar, en cuya accion se batió gloriosamente y fué herido, infundia en todos confianza ciega, y asi, mientras él permaneciese mandando, nadie temia que la Regencia estralimitase el círculo de sus facultades, no siendo hombre Valdes de entrar en manejos ni ligas, ni de apartarse del órden legal, y sí marino rígido y austero, modelo perfecto de la antigua honradez castellana.

Para dar una idea de la causa primera de la separacion de Valdes, es preciso volver al asunto de la abolicion del santo Oficio. Digimos entonces que habian de-



LECTURA DE LOS DECRETOS DE LAS CÓRTES EN LAS IGLESIAS.

cidido las córtes se leyese en todas las parroquias de la monarquía por tres domingos consecutivos el manifiesto en que se esponian los fundamentos que se habian tenido presentes para decretar dicha abolicion; providencia que tomada solo con el buen deseo de ilustrar la opinion de los pueblos, la interpretaron torcida-

(1) Apoyamos nuestra opinion en el testimonio que nos ofrece un historiador coetáneo, poco amigo de las córtes de Cádiz, y que habiendo escrito su obra bajo los auspicios del régimen absoluto, es regular estuviera instruido en los ardides de este. Al llegar al asunto que nos ocupa, se esplica asi dicho escritor: «La Regencia, en cuyas manos se hallaba concentrado todo el poder ejecutivo, trató «de valerse de él para dar un golpe mortal á las córtes, deshaciendo á la fuerza su reunion. Todo «se hallaba dispuesto al efecto; mas como fuese depuesto el gobernador de Cádiz, teniente general «de la Real Armada, D. Cayetano Valdes, y reemplazado el 6 de marzo por el mariscal de campo Don «José María Alós, gobernador de la plaza de Ceuta, de cuyas ideas y adhesion estaba plenamente «satisfecha la Regencia, esta mudanza llamó muy particularmente la atencion de las córtes, y la ma«yor parte de los diputados se decidieron desde este punto á mudar la Regencia, aprovechándose «de la primera circunstancia favorable que pudiese presentarse. Efectivamente, la Regencia llamó á «Alós con este objeto, conferenció con él, y puso á su disposicion tres regimientos y tres cañones; «pero la dilacion del dia en que se habia de ejecutar el golpe, lo frustró. Alós queria darlo el mismo «dia que tomó el mando, y entonces el éxito hubiera sido indudable.—MUÑOZ MALDONADO: *Historia «de la Guerra de la Independencia*, tomo III, páginas 470 y 471.».

mente los partidarios de la inquisicion, mirándola como insultante abuso del triunfo obtenido. Con eso en Cádiz y en otros puntos crecieron los enredos y manejos de los fanáticos sostenedores de rancias y falsas doctrinas, impulsados todos por el nuncio de Su Santidad D. Pedro Gravina, hermano del general D. Federico, que mandando la escuadra española en el antes citado combate de Trafalgar, pereció, cubierto de gloria, de heridas recibidas allí. Apoyaban al nuncio varios obispos de los que por estar sus diócesis en provincias ocupadas se habian refugiado en Mallorca y Cádiz, é igualmente, aunque por debajo de cuerda, estimulábale á la oposicion la misma Regencia, gobernada ahora por D. Juan Perez Villamil.

Que el clero no estaba pacífico y que se urdia alguna trama contra el decreto de la inquisicion y la lectura del manifiesto, trasluciase por muchas señales; y al fin se tuvieron noticias ciertas de ello por medio de un aviso secreto que recibió el diputado eclesiástico D. Antonio Oliveros, de que se habia pasado al cabildo de la catedral de Cádiz cierta circular, haciéndole sabedor de un acuerdo tomado en la misma ciudad entre varios prelados y personas para impedir sin embozo la publicacion en los templos del citado manifiesto. El nuncio ofició tambien directamente sobre ello á la Regencia en 5 de marzo, estendiendo sus reclamaciones hasta contra el decreto mismo de la supresion de la inquisicion, que ofendia (segun espresaba) « á los derechos y primacia del romano pontífice, que la habia «establecido como necesaria y muy útil al bien de la Iglesia y de los fieles.» Es de advertir que esta nota se escribió en derechura á la Regencia, poniéndose en manos de su presidente, sin remitirla por el conducto regular del ministerio de Estado.

Para la ejecucion de lo que se proyectaba se hacia indispensable la separacion de Valdes, aunque no fuesen tan allá como algunos se imaginaban los aviesos intentos de los maquinadores, y se limitasen solamente á estorbar la lectura del manifiesto y publicacion en las iglesias del decreto de abolicion del santo Oficio. La firmeza de Valdes era conocida, sabiéndose de antemano que no permitiria la infraccion de las leyes, correspondiéndole como autoridad superior de Cádiz hacer que en esta ciudad se cumpliesen las dadas por las córtes respecto de la inquisicion. Que no era ademas partidario suyo, habíalo probado ya, felicitando á las córtes por haberlo suprimido.

Tocaba ser el domingo 7 de marzo cuando en Cádiz debian leerse por primera vez el manifiesto y decreto insinuados. Con los rumores que habian corrido, ansiaban todos llegase aquel dia, quedando asombrados al cundir la noticia en la noche del sábado 6, de haber la Regencia del reino quitado el mando al gobernador militar y gefe político D. Cayetano Valdes. No tuvo por tanto efecto en la mañana del domingo lo providenciado por las córtes, permaneciendo silenciosos los templos, sin que se leyese en ellos nada de lo mandado acerca de la inquisicion. Tan escandalosa desobediencia alarmó sobremanera á los diputados liberales y al público, no dudando ya muchos del plan concertado para atropellar alevemente á varios individuos de las córtes.

Noble ejemplo de firmeza digno de ser imitado en todos tiempos dieron en aquella ocasion los diputados liberales, los cuales, sin acobardarse á vista del peligro que les amenazaba, determinaron romper con mano fuerte el velo de tantos misterios y presentar ellos mismos la batalla á la desleal Regencia; pero atentos á la prudencia, quisieron esperar á que aquella se esplicase. Llegó luego este caso en la sesion del lunes 8, en que dió parte el ministro de Gracia y Justicia, por medio de un oficio, de tres esposiciones que le habian dirigido el vicario capitular de la diócesis de Cádiz, los curas párrocos de la misma ciudad (1), y el cabildo de

(1) La justicia nos obliga á hacer aqui honrosa mencion del sabio y virtuoso doctor D. Francisco Fernandez del Castillo, dignísimo cura párroco que era entonces de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Cádiz, y adornado de ideas eminentemente liberales, el cual no solo se negó á firmar la

la Iglesia catedral, alegando las razones que les habian impedido llevar á debido cumplimiento el decreto de 22 de febrero que mandaba se leyese en todas las parroquias de la monarquía el manifiesto de la abolicion de la inquisicion. De esta comunicacion de la Regencia resultaba un terrible cargo contra ella, pues demostraba ó que obraba de connivencia con el clero, ó que carecia de suficiente firmeza para hacer respetar las determinaciones supremas.

Los diputados que estaban ya concertados para el efecto pidieron, y asi se acordó, que se declarase permanente aquella sesion hasta que terminase el negocio del dia. Habló primero el señor Teran, pronunciando un discurso razonado y vehemente que conmovió al auditorio, diciendo en contestacion á varias razones alegadas por el clero: «¡Ojalá se hubiese tenido siempre presente el decoro y res-«peto debido á tan santos lugares, y que no se hubiese profanado la casa del Señor «y la cátedra del Espíritu Santo, alabando, ¿á quién?... al perverso Godoy; á ese «infame favorito, símbolo de la inmoralidad y corrupcion, que ha precipitado á la «nacion en un abismo de males!... ¡Profanacion de templo por leer el decreto de «V. M., cuando hemos visto colocado el inmundo retrato de aquel privado á la «derecha del altar mayor!... ¿Cómo no lo rehusaron entonces?... ¡Ah, Señor! El «celo y la piedad parece estaban reservadas para oponerse únicamente á las reso-«luciones soberanas dictadas con toda madurez, y para frustrar las medidas que «con la mas sana intencion proponemos los que nos gloriamos de conocer y amar «la verdadera religion, y procuramos en todo el mayor bien de la patria... Señor, «yo no puedo mas...» Embargaron abundantes lágrimas la voz del orador; lágrimas salidas del corazon á impulso de su misma piedad, produciendo en la asamblea un efecto maravilloso.

Tomó en seguida la palabra el Sr. Argüelles, el cual, despues de un discurso notable y de los mas selectos entre los infinitos buenos que salieron de los labios de aquel infatigable diputado, concluyó formalizando esta proposicion: «Que aten-«diendo á las circunstancias en que se hallaba la nacion, se sirviese el congreso «resolver que se encargasen provisionalmente de la Regencia del reino el número «de individuos del Consejo de Estado de que hablaba la Constitucion en el artí-«culo 189, agregándole, en lugar de los individuos de la diputacion permanente, «dos individuos del congreso; y que la eleccion de estos fuese en público y no-«minal.»

El artículo de la Constitucion que aqui se citaba, decia: «En los casos en que «vacare la corona, siendo el príncipe de Asturias menor de edad, hasta que se «junten las córtes estraordinarias, si no se hallaren reunidas las ordinarias, la Re-«gencia provisional se compondrá de la reina madre, si la hubiere, de los dos «diputados de la diputacion permanente de las córtes, los mas antiguos por ór-«den de su eleccion en la diputacion, y de los dos consejeros del Consejo de Es-«tado los mas antiguos, á saber: el decano y el que le siga; si no hubiere reina «madre, entrará en la Regencia el consejero de Estado tercero en antigüedad.»

Aunque el caso actual no era igual al señalado en la Constitucion, era sin embargo de absoluta necesidad adoptar aquella medida, por la urgencia del tiempo y para no dar lugar á que la sospechosa Regencia aprovechára para la ejecucion de su plan el que las córtes necesitaban emplear en la eleccion de la que debia reemplazarla. Aprobóse con gran mayoría la proposicion del Sr. Argüelles, si bien no se puso en ejecucion mas que la primera parte, esto es, la de que se encar-

---

esposicion elevada al gobierno por todos sus compañeros sobre el asunto de la inquisicion, sino que se manifestó resuelto a hacer leer en su parroquia el manifiesto y decreto de las córtes el mismo domingo 7 de marzo, pudiendo solamente la fuerza hacerle desistir de su empeño. Víctima del despotismo, permaneció despues preso en el convento de Capuchinos de aquella ciudad desde el año 14 al 20. Restablecida la Constitucion, volvió a encargarse de su parroquia, en donde continuó, hasta que lleno de años y de virtudes bajó al sepulcro. La losa de este es hoy todavia bañada con las lágrimas de los pobres, y acatado como se merece por todo el pueblo gaditano.

gasen de la Regencia provisional los tres consejeros de Estado mas antiguos, suspendiéndose la otra en que se hablaba de diputados por consideraciones personales y laudables, rehuyendo siempre estos de que se les achacasen bastardas miras cuando solo se proponian el interes del pais.

Los tres consejeros de Estado mas antiguos presentes en Cádiz eran D. Pedro Agar, D. Gabriel Ciscar y el cardenal de Santa María de Scala, arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbon, hijo del infante D. Luis, hermano que fué del rey Cárlos III. A los dos primeros, ya antes regentes, se les tenia con razon por honrados y afectos á las reformas; y por lo que hace al cardenal, tenia á no dudar recto juicio y nada escasa instruccion, aunque no la firmeza necesaria en ciertas circunstancias difíciles, como lo prueba su momentáneo afrancesamiento en 1808. Aunque por antigüedad, tercero en número, escogiósele, á propuesta del conde de Toreno, para presidente de la nueva Regencia, segun lo exijian el rango que ocupaba en el Estado y su alta dignidad en la Iglesia.

Acto contínuo á estos nombramientos, estendiéronse los decretos y se comunicaron las respectivas órdenes. A poco juraron en el seno de las córtes los tres nuevos regentes, pasando inmediatamente, acompañados de una diputacion de las córtes, á posesionarse de sus cargos. Aunque ya eran las nueve de la noche, el inmenso concurso que habia acudido al ruido de tales sucesos, recibió con entusiasmados aplausos á los regentes y á los diputados de la comision, y los acompañó hasta la ordinaria morada del gobierno. Llegados á ella, instalaron en sus sillas los diputados comisionados á los nuevos regentes, sin que los cesantes manifestasen señal alguna de resistencia ni oposicion, dejando solo cada uno ver el reflejo de su índole ó de sus pasiones: distraccion y dejadez el duque del Infantado; despecho D. Juan Perez Villamil y D. Joaquin Mosquera y Figueroa, y noble serenidad D. Juan María Villavicencio; siendo justo decir en alabanza de este ilustre marino, que poco antes habia escrito á los diputados proponedores de su nombramiento, que vista la division que reinaba entre los individuos del gobierno, ni él ni sus cólegas, si continuaban al frente de los negocios públicos, podian ya despacharlos bien, ni contribuir en nada á la prosperidad del pais. Del quinto regente, D. Ignacio Rodriguez de Rivas, escusado es decir otra cosa sino que terminó su mando tan poco notable y significativamente como habia comenzado; debiendo advertirse que como en el nombramiento de este y el de D. Joaquin Mosquera, no se tuvo presente otra cosa que cumplir lo convenido de que hubiese dos americanos en la Regencia, solo se atendió á esta circunstancia, prescindiéndose de las demas dotes necesarias para tan difícil encargo.

Poco debe ocuparnos el exámen de la administracion de esta Regencia, pues como insinuamos al tratar de la anterior, su poder se eclipsaba al lado de una autoridad tan poderosa como la de las córtes. Sin embargo, reseñaremos brevísimamente sus actos. Los mas importantes negocios despachados durante su mando por la secretaría de Estado fueron los tratados con Rusia y Suecia, y el asunto de la mediacion inglesa para la pacificacion de América, de los cuales ya nos ocupamos. Las secretarías de la Gobernacion y Gracia y Justicia entendieron en todo lo relativo á la nueva organizacion y planta de las oficinas y tribunales de las provincias, conforme á la Constitucion y á varias leyes y decretos particulares, en cuyas difíciles tareas procedió la Regencia con el desacuerdo y parcialidad antes espuesto. Por lo respectivo á la guerra, el mando dado á Wellington y la nueva distribucion de los ejércitos indicada en su lugar, fueron las principales medidas tomadas durante el gobierno de la Regencia de los cinco; pero la primera debió su orígen á las córtes, y la segunda, si bien útil, perdió mucha parte de su mérito por el poco acierto en la eleccion de gefes. Desgraciada la marina en todos los gobiernos, no fué mas feliz con el que acabó el 8 de marzo. No recibió tampoco durante este tiempo ninguna mejora la hacienda. La recaudacion en las provincias desocupadas se hizo con lentitud y tropiezos, sin plantearse en ellas sino á medias y malamente la contribucion estraordinaria de guerra, y siendo poco fructuosas las otras, efecto en

parte del estado del pais y en parte de los vicios de la administracion. En la tesorería central de Cádiz no entraban otros caudales que los de su provincia y aduana, invirtiéndose desde luego lo restante en sus respectivos distritos. La suma de los recibidos en dichas arcas de Cádiz ascendió próximamente á unos 138,000,000 de reales en todo el año de 1812: de ellos solo unos 15 procedian de América, inclusos los derechos devengados por plata perteneciente á particulares; y otros 14 ó 15 de letras facilitadas por el cónsul ingles pagaderas en Londres.

Como la marcha enérgica y firme de las córtes en la pronta destitucion de la Regencia quitó un apoyo tan poderoso á los enemigos de las reformas, no es estraño que estos exajerasen su censura sobre una medida como aquella, medida que la historia considera como de primera necesidad, pues en el estado á que habian llegado los asuntos públicos, y en lid abierta las dos potestades ejecutiva y legislativa, una de ellas tenia que dejar la escena política, y claro es que esta debia ser la Regencia, no residiendo en ella la facultad de disolver las córtes, y existiendo ademas tantas y tan fundadas sospechas de sus siniestras intenciones.

A la nueva Regencia se le quitó el carácter de provisional en 22 del mismo marzo, quedando nombradosen propiedad tanto dicha corporacion como su presidente, sin que por eso se despojase á ninguno de los tres de las plazas que obtenian en el Consejo de Estado. El reglamento que gobernaba á la anterior Regencia, dado en 26 de enero de 1812, se modificó con otro decretado en 8 de abril de este año de 1813, mejorándole en alguno de sus artículos. Tres individuos solos en lugar de cinco debian componer la Regencia: las relaciones de esta con los ministros y las de los ministros entre sí se deslindaban atinadamente, declarándose á los últimos únicos responsables, quedando irresponsable la Regencia, ya que la inviolabilidad estaba reservada á solo el monarca. Creyeron muchos que se afianzaria por aquel medio la autoridad del gobierno, y se le daria mayor consistencia en sus principales miembros, porque de no ser así, decia un diputado, resultan varios y graves males: «1.° la instabilidad de la Regencia, á la que se desacredita; 2.° la dificultad de defenderse esta por sí, y verse obligada á defenderse por medio de sus «ministros, que quizás piensan de un modo contrario; 3.° las revueltas á que «se espone el Estado en la contínua variacion de Regencia, que es inevitable.»

La separacion de la Regencia de los cinco no destruia del todo la intentada oposicion contra la lectura del manifiesto y decretos de las córtes sobre la abolicion del santo Oficio, quedando todavía elementos bastantes para producir nuevos conflictos, que solo pudo evitar el firme y leal porte de los nuevos regentes.

Para formar una idea del plan fraguado por los contrarios de las reformas y justificar mas la vigorosa resolucion de las córtes del 8 de marzo, es necesario retroceder un tanto para buscar el orígen de la trama. Dió á esta principio una pastoral ó manifiesto (1) fechado en Palma de Mallorca á 12 de diciembre de 1812, aunque impreso y circulado mas tarde, y firmado por los obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona, refugiados en aquella isla al huir de la invasion francesa. Comprendia la pastoral varios puntos, dividiéndose en capítulos dirigidos á probar que la Iglesia se hallaba ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades, y combatida en sus doctrinas. Ensangrentábanse sus autores especialmente contra el *Diccionario crítico-burlesco* de D. Bartolomé Gallardo, impugnando con ahinco las opiniones de algunos diputados, en particular de los que eran eclesiásticos y se tenian por jansenistas y partidarios del sínodo de Pistoya. Ostentaban doctrinas inquisitoriales y ultramontanas, separándose en un todo de los grandes ejemplos que les habian dejado nuestros insignes prelados del siglo XVI, de quienes oportunamente decia Melchor Cano al emperador Cárlos V.

(1) Se titulaba: *Instruccion pastoral..... al clero y pueblo de su diócesis.* Impreso en Mallorca, en casa de Brusi, año de 1813.

«No fuera mucho que su escuadron y el de hombres doctos de acá hiciera mas es«panto en Roma que el ejército de soldados que S. M. allá tenia.»

Por el mismo estilo, y en rincon opuesto de España, en la Coruña, dispuso otro papel el obispo de Santander, redactándolo en términos suficientes á acreditar los desbarros mentales de que dicen solia adolecer aquel prelado, desbarros de que daban indicios hasta en el título y forma del escrito, compuesto en octavas rimas (1).

La publicacion de tales impresos coincidia con los pasos dados en Cádiz por su cabildo y clero, cuyos individuos empezaron á tratar de resistencia ya en 6 de febrero, dirigiéndose tambien á los cabildos comprovinciales de Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaen, pidiéndoles «poderes ó instrucciones para representarlos;» y encargándoles el mayor secreto respecto de los legos y de los *sacerdotes* que no mereciesen su confianza.

Centro de tan cautelosos manejos el nuncio de Su Santidad, no se limitó á la nota que de un modo irregular, segun indicamos, habia pasado á la Regencia en 5 de marzo, sino que con la misma fecha escribió igualmente al obispo de Jaen y á los cabildos de Málaga y Granada, exhortándolos á formar causa comun con el clero de España, y á oponerse al manifiesto y decretos de las córtes sobre la abolicion del santo Oficio.

Aunque algunos calificaron de conjuracion temible este suceso, otros no querian darle tanta importancia, persuadidos de que todo se cortaria mudada la Regencia de los cinco, gran patrocinadora de la trama. No se engañaron los últimos, pues el 9 de marzo, dia inmediato al de la separacion, habiendo hecho don Miguel Antonio de Zumalacárregui, y aprobado las córtes, la proposicion de que «en la mañana siguiente, y en los dos domingos consecutivos se leyesen los de«cretos.....» conformóse el clero con lo mandado, sometiéndose á ello pacificamente y sin linage alguno de oposicion. Es de advertir que la nueva Regencia repuso inmediatamente en el mando militar y político de la plaza de Cádiz al general D. Cayetano Valdes.

La proposicion del señor Zumalacárregui tenia una segunda parte que tambien aprobaron las córtes y era «que en lo demas se procediese con arreglo á las leyes y decretos;» lo cual equivalia á mandar que se examinase la conducta de las autoridades eclesiásticas que habian desobedecido las providencias del congreso. Entendiéndolo asi la Regencia, y dispuesta á secundar exactamente los deseos de las córtes, ordenó por medio de D. Antonio Cano Manuel, ministro de Gracia y Justicia, que se formase causa á D. Mariano Martin Esperanza, vicario capitular del obispado de Cádiz sede vacante, y á tres prebendados de la misma iglesia comisionados por el cabildo para entender en la materia, y ponerse de acuerdo con los de otras catedrales. Mandó ademas la Regencia quedasen todos cuatro suspensos en sus temporalidades mientras durase el proceso. Justa resolucion aunque severa; pues el mandato de las córtes desobedecido por el clero, si bien pudo no ser prudente, no era por eso contrario á los usos de la primitiva iglesia, gustosa siempre de que se publicasen en el templo las leyes civiles de los emperadores, ni tampoco á la antigua costumbre de España, desde cuyos púlpitos se leian á veces hasta los reglamentos penales sobre tabacos, sin que nadie motejase semejante práctica, ni la creyese desacato cometido contra la magestad del santuario.

Repuestos los canónigos del primer susto que los hizo tan sumisos y obedientes, y esperanzados de encontrar apoyo en el seno de las córtes, elevaron á estas en 7 de abril representaciones enérgicas quejándose de los procedimientos de que se decian víctimas. El D. Mariano Esperanza avanzó hasta pedir «la responsabilidad

---

(1) El estravagante título de esta singular produccion era: *El sin y el con Dios para con los hombres; y reciprocamente de los hombres para con Dios, con su sin y con su con.* La publicaba el obispo de Santander bajo el nombre simbólico de D. Clemente Pastor de la Montaña.

«del ministro de Gracia y Justicia por la inescusable infraccion de Constitucion hecha «en su persona, y por la de otros decretos que espresaba.» Estas esposiciones pasaron á una comision de las córtes, la cual estuvo discorde, declarando la mayoría no haber infraccion de Constitucion en la providencia del ministro, y la minoría por el contrario que sí. El 9 de mayo se discutió este dictámen en las córtes, donde hubo tambien diferencia de pareceres. El ministro Cano Manuel pronunció en su defensa un hermoso discurso probando victoriosamente que el gobierno, aun despues de publicada la Constitucion, tenia facultades de proceder conforme lo habia hecho, y que teniéndolas las habia ejercido con oportunidad. Los debates sobre este asunto duraron muchos dias. No estuvo el congreso conforme con el dictámen de la mayoría ni con el de la minoría de la comision, ni tampoco con otras proposiciones, y solo en la sesion del 17 de mayo se aprobó una hecha por el señor Zorraquin, concebida en estos términos: «Sin perjuicio de lo que resuelvan las córtes, para no entorpecer el curso de la causa, devuelbáse el espediente al juez que conoce de ella.» Así esquivaron las córtes una resolucion definitiva, resolucion que, temiéndose mútuamente los dos partidos en que estaban divididas, no se determinó ninguno de ellos á exigir. Los canónigos procesados fueron despues espulsados de Cádiz en virtud de fallo del juez que entendia en la causa, con lo que terminó este enojoso incidente.

Resuelta la Regencia á seguir distinta senda que su antecesora, ofició el 25 de abril al nuncio de Su Santidad por conducto del ministro de Gracia y Justicia, y afeándole su desacordado porte concluia diciéndole: «que aunque la obligacion que in«cumbia á S. A. de defender el estado y proteger la religion la autorizaba para es«trañar á S. E. de estos reinos y ocuparle las temporalidades; con todo, el deseo «de acreditar la veneracion y el respeto con que la nacion española habia mirado «siempre la sagrada persona del Papa... detenian á S. A. para tomar esta providen«cia, habiéndose limitado á mandar que se desaprobase la conducta de S. E.» El nuncio en vez de ceder de su propósito, replicó altaneramente el 28 de abril al de Gracia y Justicia, y escribió ademas con la misma fecha á D. Pedro Gomez Labrador, ministro á la sazon de Estado y despues furibundo absolutista, estrañando no viniese esta correspondencia por su conducto, sin acordarse al promover esta queja de que él habia faltado primero á todas las formalidades de estilo, enviando en derechura su primera nota á la anterior Regencia, sin contar para nada con los ministros. Hízoselo asi entender Labrador en contestacion del 5 de mayo, pidiéndole al mismo tiempo nuevas y varias esplicaciones. No las dió el nuncio satisfactorias, por lo que oido el Consejo de Estado, é insistiendo siempre Gravina en las mismas ideas, le dió la Regencia órden por medio de D. Pedro Gomez Labrador de salir de estos reinos, participándole asimismo que se le ocupaban sus temporalidades, y remitiéndole sus pasaportes fechos en 7 de julio.

De otros varios asuntos se ocuparon las córtes en el período que acabamos de recorrer; pero obligados á ceñirnos á determinados límites, no hemos podido ocuparnos mas que de aquellos cuya gravedad y trascendencia no podian dejar de indicarse sin quedar sumamente defectuosa la historia, como sucederia privando al lector de la noticia de tan interesantes acontecimientos.



CAPITULO XL.

Marcha el mariscal Soult á Alemania.—Sale José de Madrid.—Tercer ejército español.—Combate de Orgaz.—4.° ejército.—Toman los españoles el fuerte de Cubo.—Sorpresa y accion de Poza.—Dejan los españoles á Bilbao.—Accion de Severio.—Atacan los franceses á Castro-Urdiales.—Son rechazados en aquel punto.—Combate de Armiñon.—Segundo sitio de Castro-Urdiales.—La abandonan los españoles despues de una bizarra defensa.—Cruel porte de los enemigos.—Mina.—Accion de Barrasoain.—De Tievas.—Toma de los fuertes de Tafalla y Sos.—Heróico arrojo de Fermin Leguía.—Combate de Beriaine.—Refriega en Lerin.—Se rinden los franceses de Mendigorría.—Accion de Muez.—De Isaba.—Primer ejército.—Su fuerza.—Espedicion á la plaza de Rosas.—Reencuentro de Vallfogona.—Espedicion al valle de Aran.—El baron de Eroles destruye varios fuertes enemigos.—Accion de Prats de Moló en el territorio frances.—Sorprenden los españoles á Mataró.—Encuentro de Ridagua.—Accion de Rivas.—De La Bisbal.

El estado de la Peninsula no permitia largo descanso á los ejércitos que debian operar en ella, y así, desde principio de marzo anunciaban ya sus marchas y movimientos los grandes acontecimientos que se preparaban. La guerra del Norte, á que Napoleon queria dar nuevo impulso, libró á España de Soult por algunos meses, saliendo este para Alemania al finalizar marzo, y llevándose consigo unos 6,000 hombres. Dejó marcada aquel mariscal su permanencia en Toledo con actos propios de su violento y codicioso carácter, imponiendo gravosas contribuciones, prendiendo para realizarlas al ayuntamiento y á varios vecinos de la ciudad, y cometiendo otros desmanes por el estilo de los que habian hecho tan odioso su nombre en la capital de las Andalucias.

Nombrado el rey José por su hermano Napoleon general en gefe de los cuatro ejércitos franceses de España denominados del mediodía, centro, Norte y Portugal, quiso marchar á Valladolid para ponerse á la cabeza de ellos, y salió de Madrid el 17 de marzo, bien ageno sin duda de que no volveria á pisar el suelo de la capital. Llevóse consigo parte de las tropas que habia en Castilla la Nueva; pero dejó en Madrid al general Leval con una division, apostando en el Tajo otras fuerzas, especialmente de caballeria ligera. Con las mutaciones de mando producidas por la ausencia del mariscal Soult, quedaron al frente de los del mediodia y centro los generales Gazan y Drouet, conde d' Erlon.

A pesar de todos estos preparativos, ningun suceso importante tuvo todavia lugar por estas partes de España, limitándose todo á insignificantes encuentros y correrías. El ejército de reserva mandado por el conde del Abisbal continuaba aun organizándose, y de los choques tenidos por el tercer ejército solo fué algo notable el

que sostuvo el 26 de marzo cerca de Orgaz, en donde se distinguió el regimiento de Ubrique, alentado con el valor y acertadas disposiciones del ayudante primero de estado mayor D. Mariano Villa. El ejército anglo-lusitano escusó toda clase de refriega, y casi lo mismo hicieron el ala derecha y el centro del cuarto ejército español, con arreglo al plan trazado por Wellington. No era posible al ala izquierda seguir el mismo método, mezcladas siempre sus fuerzas con las francesas. Los cuerpos que componian esta ala continuaron maniobrando durante el invierno, todavía bajo su anterior arreglo y distribucion. El mando que sobre todos ellos tenia D. Gabriel de Mendizabal, aunque mas aparente que real, fué sin embargo bastante para que disgustado D. Mariano Renovales, en cierta manera antecesor suyo, se alejase de aquel pais, y fuese en busca de Wellington para esponerle sus quejas; pero su desacordado proyecto le dió un fatal resultado, pues descubriendo los enemigos su marcha, le hicieron prisionero, con seis oficiales que le acompañaban, en Carvajales de Zamora.

Referiremos aqui los sucesos militares de mas nota que hubo en esta ala izquierda del cuarto ejército antes de abrirse la gran campaña, y empezaremos por los que sostuvo D. Francisco Longa. Este gefe, á la cabeza de su partida y de dos batallones vascongados, acometió el 28 de enero un punto que los enemigos tenian fortalecido en Cubo, camino de Burgos á Pancorbo, y le rindió cogiendo prisionera su guarnicion; demoliendo despues el fuerte, de alguna importancia por su posicion. Dirigióse en seguida á Briviesca; pero se encontró casi rodeado de una parte por Caffarelli que todavía mandaba el ejército frances del Norte, y de otra por Palombini con sus italianos, enviado de refuerzo por José desde Madrid. La destreza de Longa le sacó de tal compromiso, y Caffarelli, viendo no podia escarmentar al partidario español como deseaba, retrocedió á Vitoria, despues de haber reforzado las guarniciones del tránsito y apostado á Palombini en Poza.

La posesion de esta villa era importante, ya por hallarse en la carretera que conduce de Burgos á Santander, ya por servir de guarda y amparo al laboreo de los ricos minerales y salinas que tienen aquellos contornos, de cuyos productos sabia aprovecharse la codicia del invasor. Está Poza situada al pié de una empinada roca, sobre la cual se encuentra asentado el castillo, guarnecido entonces por solos 50 hombres. Confiado Palombini, y creyéndose del todo seguro, destacó algunas fuerzas para exigir contribuciones y proveerse de víveres de que carecia. En constante observacion Longa, avisó á Mendizabal, y unidos ambos acometieron á los italianos de Poza al amanecer del 11 de febrero. Traian los españoles 5,000 hombres, los cuales dividió D. Gabriel de Mendizabal en tres trozos, mandando á Longa que con uno sorprendiese al enemigo en sus alojamientos. Verificada la acometida, se apoderaron los españoles de los bagajes, armas y varios prisioneros; mas la suma vigilancia de Palombini les impidió un completo triunfo, pues á los primeros tiros se salió de la villa, situándose en el campo para esperar el dia y la reunion de diversas partidas de su tropa que andaban por los contornos en la recoleccion de víveres; con cuya operacion no solo se salvó, sino que reunidos los suyos, trató de atacar á los españoles y los acometió con impetuosidad. No se desanimaron los nuestros, antes bien defendieron el terreno á palmos, hasta que para no perder lo ganado emprendieron la retirada, consiguiendo salvar casi toda la presa. Poco despues, considerándose Palombini comprometido en aquel punto, dirigióse á las provincias Vascongadas.

No se dió en ellas tregua á las peleas. Los batallones del pais se portaron con valor en los contínuos reencuentros con el enemigo. El 1.º de enero las fuerzas considerables que este mandaba á Bilbao obligaron al comandante general de Vizcaya D. Antonio Cano á abandonar aquella villa con el cuerpo de su mando; y aunque á su salida de Zauza fué atacada su retaguardia, prosiguió la retirada en escalones, sostenidos por las muchas guerrillas destacadas al efecto. La intrepidez de este gefe hizo detener á los contrarios en Arciniega, sin andar en aquel dia mas de dos leguas.

El 31 del mismo enero muy de mañana presentóse una columna francesa delante de la division de Vizcaya, sin casi dejarle tiempo para situarse sobre Orozco, atacando en dos alas la villa y valle de Severio. Despues de un porfiado choque en que alternaron las ventajas y los descalabros en ambos cuerpos, viendo dudoso el éxito de la accion, se reunieron los vizcainos y cargaron con tal bizarría y denuedo á los enemigos, que los obligaron á abandonar precipitadamente el campo de batalla.

Seria prolijo reseñar los repetidos combates que tuvieron lugar por aquella parte en los seis primeros meses de este año, en cuyo tiempo llegaron los nuestros á amenazar en varias ocasiones á Bilbao, metiéndose hasta en la misma villa, como lo hicieron el 7 de enero y el 10 de mayo, siendo dignos de especial mencion los reencuentros habidos en Marquina y Guernica.

Llaman ahora nuestra atencion los sucesos de Castro-Urdiales y el mal éxito que tuvieron los franceses en su primer ataque contra aquel punto. El general Clausel, sucesor de Caffarelli en el mando del ejército del Norte, queriendo asegurar mas la costa de cualquier desembarco, pensó apoderarse de dicha poblacion, puerto abrigado y bueno para el cabotage y buques menores, situado en la provincia de Santander, partido de Laredo. Tiene la villa 3,000 habitantes, y la rodea un muro antiguo torreado que corre de mar á mar, y cierra el istmo que sirve de comunicacion á tan reducida península. En ambos estremos de la muralla habíanse establecido dos baterías, divisándose en la parte opuesta al istmo avanzada al mar la iglesia parroquial, y el castillo fundado sobre un peñasco que domina la playa, saliendo de aqui hácia el este, unidas por dos arcos, escarpadas rocas que á causa de su mucha altura resguardan de los noroestes el puerto, hallándose colocada en su remate una ermita con la advocacion de Santa Ana. Existian de guarnicion en la plaza 1,000 hombres, y artillábanla 22 piezas, siendo su gobernador D. Pedro Pablo Alvarez.

Dirigiéronse contra Castro el 13 de marzo Palombini con su division italiana, y el general Clausel con un batallon frances y 100 caballos. Luego que reconocieron la fortificacion, se decidieron á acometer los muros por escalada en la noche del 22 al 23; mas la bizarría de la guarnicion, ayudada del fuego de buques ingleses que por allí cruzaban, frustró el intento de los contrarios. Aguardó Clausel entonces refuerzos de Bilbao, que no acudieron, amagada aquella villa por algunos cuerpos españoles de las mismas provincias Vascongadas. Con esto y con adelantarse por un lado á Castro D. Juan Lopez Campillo con el segundo batallon de tiradores de Cantabria, y por otro D. Gabriel de Mendizabal acompañado de algunas fuerzas, desistió Clausel de su intento, yéndose en la noche del 29 de marzo, abandonando escalas y muchos pertrechos, y siendo perseguido en su retirada por la caballería de la division de Iberia, á las órdenes de Longa, que le causó considerable pérdida.

Mas adelante, deseando el enemigo destruir esta division que interceptaba el camino real de Francia, puso en movimiento dos columnas con este objeto, la una de 5,000 hombres por el camino de Miranda, y la otra de 1,000 por el de Vitoria. La última llegó el 5 de mayo al puente de Armiñon, que defendia Longa, donde se trabó una reñida accion que duró algunas horas, hasta que la aproximacion de la otra columna enemiga que venia por el camino de Miranda, obligó á los nuestros á retirarse pero con el mayor órden. Reunidas entonces ambas columnas enemigas, dirigieron sus pasos otra vez á Castro-Urdiales, determinadas al asedio formal de tan débil plaza. La guarnicion se preparó á la defensa, aproximándose en su auxilio fuerzas marítimas inglesas, mandadas por el capitan Bloye. Los cercados hicieron varias salidas y retardaron los trabajos; pero sus valerosos esfuerzos no pudieron impedir que la flaqueza de los muros cediese pronto al constante fuego del sitiador. Aportillada brecha se halló el 11 de mayo en el ángulo inmediato al convento de San Francisco. Sin desalentarse por eso rechazaron los nuestros primera y segunda vez las embestidas de los franceses, infundiendo en todos valor el bizarro goberna-

dor D. Pedro Pablo Alvarez. La defensa se prolongó bastante, contribuyendo no poco á ella el vecindario, hasta que reforzados los enemigos, y entrando á escalada por otros puntos, refugiáronse los sitiados en el castillo, embarcándose desde allí con muchos habitantes á bordo de los buques ingleses por el lado de la ermita de Santa Ana. Mantuviéronse en el castillo dos compañías, sosteniendo los ataques del enemigo, y no desampararon el puesto hasta haber arrojado al agua los cañones y varios enseres. De los últimos que se embarcaron fué uno el gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, digno de los mayores elogios por su valor y acertadas disposiciones. El historiador Vacanni, allí presente, á pesar de que como enemigo procura deprimir el mérito de los españoles, no puede menos de decir: «La gloria de la defensa, sino igualó á la del ataque, fué tal que la guarnicion pudo jactarse de haber obligado al ejército sitiador á emplear muchos medios y muchas fuerzas.... »

Esto mismo era bastante para que un enemigo generoso hubiera dispensado á la poblacion todas las consideraciones posibles; pero sucedió todo lo contrario: los franceses entraron á saco la villa, pasaron á muchos por la espada, pusieron fuego á las casas, y por todos lados no se via otra cosa que ruinas, atropellos y destrozos. En vano trabajó para impedir estos males el ilustre general Foy: los italianos dieron el grito de muerte y devastacion, y los franceses siguieron luego tan inhumano ejemplo.

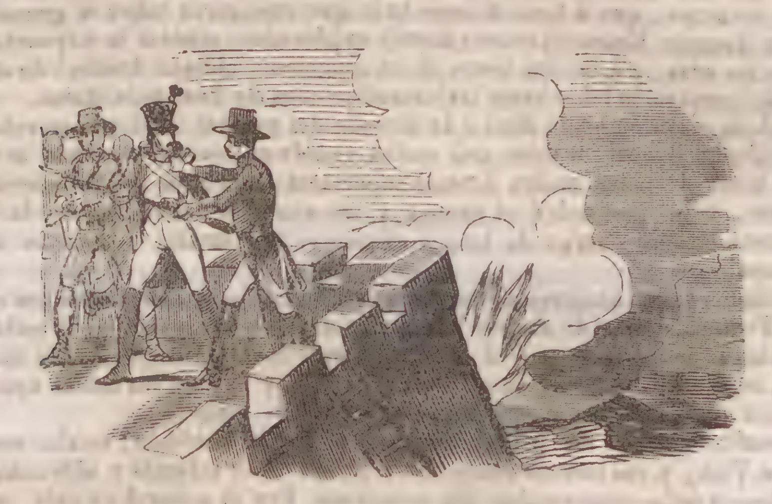


SAQUEO Y ESCESOS EN CASTRO-URDIALES.

Crueldades tan repetidas ensangrentaban mas la guerra en otros puntos, siendo Mina de los primeros en tomar de ellos cumplida satisfaccion y desquite. Constante siempre en su audacia, empezó el año 1813 atacando en Barrasoain á un cuerpo frances que marchaba hácia Pamplona, el cual, á pesar de un vivo fuego que sostuvo durante todo el dia y tener cuatro cañones, no consiguió su objeto sino á favor de la oscuridad de la noche y con pérdida de mucha consideracion. Arrimándose despues á Guipúzcoa, recogió Mina en Deva municiones, vestuarios y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron, con cuya ayuda pudo ya en 8 de febrero poner sitio á Tafalla, recinto guardado por 400 franceses. Mientras tanto tuvo noticia de que venia sobre él desde Pamplona el general Abbe, á quien habia escarmentado antes en Mendivil. Dispuesto á darle cara, dividió sus fuerzas, dejando una parte en el sitio, y saliendo con la otra al encuentro de los enemigos. Dió con ellos en parage inmediato á Tievas y logró ahuyentarlos, revolviendo sin dilacion sobre Tafalla

para continuar estrechando el asedio. Abrió allí brecha, y al ir á asaltar el fuerte en 10 de febrero, rindiéronsele los franceses. Inutilizó Mina las obras que estos habian practicado, demoliendo los edificios en que aun podian volver á encastillarse, de los cuales tenian fortalecidos algunos. Lo mismo ejecutó en Sos, si bien la guarnicion se salvó ayudada por el general Paris, que acudió oportunamente en su socorro desde Zaragoza. Así se les causaba á los enemigos un daño gravísimo, siéndoles tan necesarios para asegurar sus comunicaciones los puntos fortificados.

El arrojo de Mina se habia comunicado de tal modo á sus oficiales y soldados, que muchos de ellos acometieron empresas dignas de admiracion. Atrevida y aun temeraria fué la de Fermin Leguia, quien acercándose con solos quince hom-



HAZAÑA DE FERMIN LEGUÍA.

bres muy á las calladas y á la hora de la media noche al castillo de Fuenterrabía, subió primero acompañado de otro á lo alto, y matando al centinela, apoderáronse ambos de las llaves, dando entrada á los que se habian quedado fuera. Juntos desarmaron y cogieron á ocho artilleros enemigos que estaban dentro, clavaron un cañon y arrojaron al mar las municiones que no pudieron llevar consigo, prendiendo por último fuego al castillo. Hiciéronlo todo con tal presteza, que al despertar la corta guarnicion que dormia en la ciudad, habian ya marchado los nuestros, sin atreverse los franceses á perseguirlos, recelando fuese mucho su número, encubiertos los pocos con la oscuridad de la noche.

El comandante Gorriz atacó el 23 de marzo á 3,000 infantes y 180 caballos enemigos que se dirigian á Beriaine y Subiza, pueblos de Navarra, haciéndolos retroceder despues de cinco horas de fuego.

Siempre incansable Mina, tuvo el 31 de marzo una sangrienta refriega en las cercanías de Lerin, con la columna del general frances Barbot, durando el fuego tres horas y concluyendo con hacer Mina mas de 600 prisioneros, matando y dispersando lo restante de la division francesa. Incomodado Clausel con tan continuadas pérdidas y menoscabo en su gente, quiso, como gefe del ejército frances del Norte, poniéndose de acuerdo con el general Abbé que mandaba en Pamplona, estrechar á Mina batiendo el pais, y cercándole por todos lados. Cada uno de dichos generales salió de diverso punto, y Clausel, despues de reforzar á Puente la Reina, y de apostar en Mendigorría un destacamento, avanzó yendo la vuelta del valle de Berrueza. Pero Mina, á beneficio de una rápida contramarcha, colocóse á espaldas del frances, y el 21 de abril obligó á rendirse á los de Mendigorría. Todo el resto

del mes continuó Clausel en la persecucion de Mina, entrando asimismo Abbé en el valle del Roncal, en donde, aunque trató bien á los prisioneros, deslució su porte quemando los hospitales y sus enseres, é incendiando tambien en Isaba muchas casas y edificios. Fatigado en vano Clausel con continuas marchas y contramarchas, y desesperanzado de destruir al guerrillero español, escribia al rey intruso no poder verificarlo sin mayores fuerzas, pues su contrario no arriesgaba choques sino sobre seguro, acometiendo solo á cuerpos sueltos inferiores en número.

El comandante Gorriz se dirigió el 22 del mismo abril contra las tropas del general Tampin, que ocupaban el pueblo de Muez en Castilla la Vieja. A su llegada, colocados los enemigos en posicion en las eras de dicho pueblo, destacaron contra él una columna de 1,000 hombres; pero fué recibida con tal intrepidez por los batallones navarros, que á poco tiempo tuvo que replegarse sobre el grueso de las tropas de Tampin. Entonces reunió Gorriz sus fuerzas, atacó á la bayoneta la posicion de las eras, y á las dos horas de un sangriento choque desalojó de ella á los enemigos, persiguiéndolos hasta las inmediaciones de Puente la Reina.

El 13 de mayo embistió Mina á la division del general Abbé que marchaba hácia el valle del Roncal: trabóse una accion reñida en Isaba; y cuando al cabo de algunas horas de pelea contra fuerzas superiores creia Mina poderlas arrollar enteramente, tuvo que ceder el campo y las ventajas obtenidas por la llegada de un considerable cuerpo de tropas enemigas que acudió á reforzar al general frances.

Reseñados ya los acontecimientos mas importantes que ocurrieron por esta parte de la Península antes de abrirse la gran campaña que empezó en el estío, hagámoslo ahora de los que por el mismo tiempo tuvieron lugar en la corona de Aragon, residencia de los ejércitos españoles 1.° y 2.°, á los cuales ayudaban la espedicion anglo-siciliana y los somatenes y cuerpos francos.

El cuartel general del primer ejército, ó sea de Cataluña, estaba ordinariamente en Vich, y sus fuerzas ascendian á unos 17,700 infantes y 550 caballos, en cuyo número no se comprenden los somatenes. Era el general en gefe, como ya digimos, D. Francisco de Copons y Navia, sucesor de D. Luis Lacy; pero durante su llegada, no verificada hasta marzo, mandó interinamente el baron de Eroles. Este gefe no despreció ocasion ninguna de hostilizar á los franceses. Durante su interino mando, celebró un convenio con el general enemigo, dirigido á mejorar la suerte de los respectivos prisioneros.

Los franceses de esta provincia, aunque á las órdenes de Suchet como todos los demas de la corona de Aragon, reconocian por inmediato gefe al general Decaen, á cuya disposicion estaban dos divisiones dirigidas por el general Maurice Mathieu, gobernador de Barcelona, y por el de igual clase Lamarque, cuya comun residencia era Gerona: las dos divisiones reunian una fuerza de 14,091 hombres de infantería con 876 caballos. Ademas de estas divisiones habia una brigada de italianos compuesta de 2,000 hombres que mandaba el general Bertoletti.

Aunque el estado de Cataluña no era propio para seguir en ella el plan de Wellington, adoptáronlo sin embargo los nueves gefes del distrito, aunque despues se desistió de él, conociendo sus desventajosas consecuencias. Esquivar acciones en el Principado era perpetuar en él la dominacion enemiga: ademas que el carácter catalan no era propio para imitar la exagerada flema británica. Siguieron, pues, aquellas tropas su acostumbrada táctica, y el 19 de enero el general Milans se aproximó con su division á las alturas del Lorito para hacer un reconocimiento. Los enemigos en número de 3,000 hombres salieron á su encuentro desde la villa de San Vicente, y replegándose Milans, se dirigió durante la noche al Trull, atacando al siguiente dia la retaguardia enemiga fuerte de 2,000 hombres, la cual, reforzada sucesivamente hasta el número de 4,000 infantes y 300 ginetes, obligó á Milans á retirarse, aunque con el mayor órden.

El baron de Eroles dispuso una espedicion sobre Rosas al mando del teniente co-

ronel D. Jose Fabre, compuesta de 500 hombres de los regimientos de Ausona y Barcelona, embarcándose en Villanueva de Arenys para las Medas el 1.° de febrero en dos buques y tres botes armados, yendo encargado del estado mayor el capitan de Borbon D. Blas Requena. Reunida en la noche del 8 toda la espedicion en las islas Medas, pidieron Fabre y Requena auxilio al comandante del navío ingles *Leviatan*, quien les dió tres botes armados cada uno con un cañon, y reembarcándose parte de la espedicion el 8 por la madrugada, llegó á la cala de Canellas, á un tiro de fusil del fuerte de la Trinidad, en la plaza de Rosas. La guardia del principal de esta fué sorprendida y èncerrada en la misma casa, en cuya operacion dió Requena una prueba de valor y serenidad, pues como al marchar á la sorpresa del principal que estaba en la plaza, despues de saltar una tapia de cinco ó seis pies de alto y dos de espesor, el ruido que hizo al saltarla y demolerla turbase algun tanto la serenidad del soldado, conociendo aquel gefe lo crítico del momento, dirijióse al principal con los ocho primeros soldados que saltaron, y encontrándose al desembocar en la calle con el centinela frances que dió el quién vive, contestóle imperturbable *¡España!* persuadido à que la inmediacion y los esfuerzos que hacia para que su tropa le siguiese, le habian dado á conocer. Observando entonces que el centinela vacilaba, se acerca solo, se finge oficial frances, y reprende en este idioma al centinela, quien duda de nuevo y prepara el arma sin perder momento: Requena entonces se le echa encima, le quita el fusil, y al llegar los soldados españoles, grita el centinela, á quien pasa con la espada, al mismo tiempo que uno de sus soldados al tirar un bayonetazo al centinela, clava con la bayoneta en la pared la mano izquierda de su valiente capitan. Alarmados



Requena en Rosas.

los franceses al ruido, tratan de salir en número de 200, y Requena arrancándose la bayoneta, da una estocada al comandante frances, obligándole á encerrarse con su tropa en el principal, desde cuyas ventanas y una tapia vecina determina defenderse. Requena queria asaltar la tapia, mas sus tropas no le siguieron temerosas del número de los contrarios, por lo que tuvo el intrépido capitan, bien á su pesar, que retirarse por la misma brecha que habia abierto para entrar, y reembarcándose, regresó á las islas Medas sin la menor pérdida. El 11 del mismo mes desembarcó un destacamento nuestro en la playa de Sasteray con el objeto de traer leña; mas cargado por fuerzas superiores, tuvo que reembarcarse con alguna pérdida.

Ganados por el general español los espías del enemigo, é instruido por este medio de toda la correspondencia que mantenian entre sí los gefes franceses de Barce-

lona y Tarragona y de las cifras con que se entendian, proyectó hacer una tentativa para apoderarse de Tarragona. Al efecto ideó obligar á salir de esta plaza una gran parte de su guarnicion, batirla y facilitar de este modo su rendicion. Para el logro de su idea, hizo cundir la voz de una espedicion á Cardona, hácia donde envió alguna tropa, y fingió un parte del general Decaen, residente entonces en Barcelona, dirigido al gobernador de Tarragona, Bertholetti, quien en vista de su contenido salió de esta plaza para Villanueva; mas á poco de haber salido, recibió otro pliego verdadero de Decaen, en que le mandaba lo contrario de lo que acababa de hacer, y en su consecuencia regresó á aquella ciudad, con lo que se frustró el proyecto del general español.

Los movimientos que desde Vich hicieron algunas tropas españolas hácia Ripoll hicieron creer al enemigo que su objeto era ir á la Cerdaña, en cuya persuasion hizo marchar la division del general Lamarque desde Gerona sobre Olot. Esta se propuso penetrar hasta Ripoll por el punto de Vallfogona, en cuyas inmediaciones atacó el 23 de febrero al cuerpo español del brigadier Porras que se hallaba en posicion; mas despues de un largo y reñido choque se vió precisado el enemigo á retirarse á Olot al abrigo de la noche y con mas de 70 hombres menos. Picado el general Lamarque en su orgullo, y ansioso de vengar su humillacion, penetrando hasta Ripoll, hizo en la noche del 23 un movimiento oculto y de flanco contra dicha villa, hácia la cual se dirigió por San Juan de las Abadesas. No habiendo tenido el comandante España oportuno aviso de esta maniobra, no le fué posible reunir toda su tropa antes de presentarse el enemigo, por lo que despues de alguna defensa abandonó á Ripoll. Posesionado Lamarque de este pueblo y de los intermedios entre él y Olot, no se determinó sin embargo á emprender nuevas operaciones, y fué retirándose á su antigua posicion de Gerona.

Resuelto Eroles á no permitir sosiego al enemigo, dispuso otra espedicion sobre el valle de Aran, para donde marchó él mismo el 8 de marzo; pero las tropas contrarias no quisieron esperarle, y apenas divisaron á los españoles, retiráronse bajo el tiro de cañon del puerto fortificado que ocupaban en el citado Aran. Los españoles se posesionaron inmediatamente de los siete primeros pueblos del valle, y marchando el 9 con direccion á la capital de Aran, obligaron á los franceses á replegarse á los parapetos de la villa, y á los de una altura del flanco derecho de sus fortificaciones. Eroles se posesionó de la villa, á la que en castigo de la indiferencia que durante tres años habian manifestado sus habitantes y los de todo el valle sin contribuir en nada á la defensa de la patria, exigió una fuerte contribucion en metálico y ganados. Hecho esto, y sabiendo que se aproximaban superiores fuerzas enemigas en auxilio de las sitiadas, emprendió su retirada en el mejor órden, habiéndole valido su espedicion 5,000 duros en metálico, 42 cabezas de ganado vacuno y 12 caballos útiles para el servicio del ejército.

A mediados de marzo tomó el mando de este primer ejército el general Copons, el cual determinó llevar adelante las empresas contra el enemigo, encargando siempre á Eroles las mas arriesgadas y difíciles, empresas á que tanto se brindaban su osadía y conocimiento del pais. La primera tentativa dispuesta por el nuevo general, fué acometer y desmantelar los puestos fortificados que conservaban los enemigos entre Tarragona y Tortosa, los cuales les eran necesarios para mantener sus comunicaciones. Encargóse Eroles de esta comision, y auxiliado con la ayuda que le dió Mr. Adam, comandante del navío ingles *Invencible*, arrasó en el término de tres dias varios de aquellos fuertes colocados en Perelló, torre de la Granadella, venta de la Ampolla y otros sitios vecinos, cogiendo cañones, prisioneros, ganado y algunos buques menores.

El brigadier Rovira con su division se propuso ocupar la plaza de Prats de Moló, situada en territorio frances, y al efecto emprendió su marcha en 19 de marzo desde Ripoll por San Juan de las Abadesas y Camprodon, y caminando toda la noche con el mayor órden y sigilo, llegó á las murallas de Prats á las cuatro y media de la mañana sin ser sentido de nadie. El coronel Llauder practicó inmediata-

mente el reconocimiento de las murallas de la plaza, y emboscando una compañía de fusileros al lado de la puerta de Francia, logró sorprender á esta, cogiendo al oficial enemigo con las mismas llaves con que la habia abierto; y como los 24 hombres que estaban de guardia en la puerta, intentasen levantar el puente, se lo estorbaron con el mayor arrojo los cazadores españoles mandados por el bizarro capitan D. Narciso Iglesias, no dándoles lugar á ello, y siendo todos pasados á cuchillo, escepto dos que se hicieron prisioneros. Los guardias nacionales que acudieron al socorro de la plaza, esperimentaron el valor de nuestros soldados, de cuyo furor quedaron víctimas: la guarnicion casi toda fué destrozada, salvándose solo la parte de ella que pudo ganar el castillo, desde donde hizo un vivo fuego á los españoles. Estos saquearon la poblacion, y llevándose en rehenes á varios de los principales habitantes, se retiraron con 300 cabezas de ganado lanar y 100 de vacuno. La pérdida del enemigo fué considerable, contándose entre los muertos el comandante San Martin, y entre los prisioneros el capitan gobernador del castillo y dos gefes de la guardia nacional: la de los españoles fué muy corta, en razon de la sorpresa que realizaron, y los pocos que perecieron fué solo por el fuego que se les hacia de los balcones y ventanas. Los rehenes que debian asegurar el pago de un millon de reales impuesto en contribucion á Prats de Moló, fueron encerrados en el castillo de Cardona, por no haber podido conseguir de sus paisanos el desembolso en cuestion.

Noticioso Copons de que una columna enemiga se dirigia sobre la Seu de Urgel, salió el 12 de abril del cuartel general de Vich en direccion de aquel punto, y aunque en el camino supo que los enemigos sin llegar á darle vista se habian retirado, continuó sin embargo su marcha hasta entrar en dicho pueblo con el objeto de revisar sus fortificaciones y dar las oportunas disposiciones para el repuesto de los víveres necesarios.

Algunas de las tropas de la primera division que mandaba el coronel D. Felipe Fleyres recorrieron los pueblos para cobrar contribuciones, y el 7 de abril sorprendieron la ciudad de Mataró, y sin el menor obstáculo entraron y permanecieron en ella el tiempo necesario para recaudar las que adeudaba aquel ayuntamiento, permaneciendo entretanto los franceses cerrados en el convento de Capuchinos que tenian fortificado, sin determinarse á dar cara á los nuestros.

Otro cuerpo de este primer ejército fué destinado á bloquear la villa de Olot, pueblo fortificado por los enemigos y de suma utilidad para ellos, porque les proporcionaba la posesion tranquila de un distrito abundante en subsistencias y recursos. El general Copons dispuso que parte de su caballería pasase á reforzar las tropas empleadas en esta operacion, y que dos batallones de infantería protegiesen el movimiento de los ginetes. El coronel frances Decrest á la cabeza de una fuerte columna quiso impedir el paso á las tropas españolas, empeñándose á las tres de la tarde del 30 de abril en las cercanías de Ridagua una reñida accion; mas á pesar del mayor número de los enemigos y de la tenacidad con que combatieron, logró abrirse pasó la caballería española y llegar á su destino, aunque con alguna pérdida, pero muy inferior á la de los franceses, los cuales tuvieron 200 hombres entre muertos y heridos y algunos prisioneros.

El coronel frances Marchal á la cabeza de 1,500 hombres se propuso atacar la brigada del coronel Llauder que se hallaba observando el fuerte de Olot, dirigiéndose para el Vall de Rivas. Llauder se adelantó á Ripoll, é hizo que sus tropas dejasen allí las mochilas, y sabiendo que los franceses habian ya entrado en Rivas, marchó rápidamente á su encuentro á las once de aquel mismo dia 7 de mayo, y á la hora y media tropezó con el enemigo que venia sobre Ripoll. Este hizo desplegar en batalla sus tropas y tomó posicion al frente é izquierda del puente de Corva: la caballería española se adelantó para imponer al enemigo y dar tiempo á que llegase el grueso de las fuerzas y reconocer sus posiciones; mas despues tuvo que retirarse á retaguardia de la infantería, por no permitirle maniobrar lo escabroso del terreno. Aprovechando el enemigo lo ventajoso de su posicion, atacó á

los españoles con todas sus fuerzas: los nuestros recibieron el ataque con firmeza, rechazaron á los contrarios, y tomando en seguida la ofensiva, la emprendieron contra los franceses con tanto denuedo, que desalojándolos de sus posiciones les hicieron emprender la retirada, siendo en ella perseguidos por los españoles hasta Dorria, al pié de cuyo pueblo cogió Llauder los últimos prisioneros con solo 30 hombres que pudieron seguirle y aguantar el cansancio y la fatiga de tan trabajosa jornada. Ocho horas duró el combate, y en él perdieron los franceses 252 prisioneros, mas de 300 muertos, una infinidad de dispersos que perecieron despues á manos de los paisanos, 11 cajas de guerra y mas de quinientos fusiles, pudiendo asegurarse que de los 1,500 hombres de que constaba la columna francesa, apenas llegaron á Dorria 300. Esta brillante victoria, una de las que mas honran al primer ejército español por haberse batido con fuerzas superiores enemigas, le valió años adelante á D. Manuel Llauder el título de marques del Valle de Rivas que hoy justamente goza.



ATAQUE DEL VALLE DE RIVAS.

Los contínuos descalabros sufridos por los franceses y el estado de sus asuntos en España, hacian á los de Cataluña esquivar cuanto podian los encuentros con nuestras tropas, por cuya razon desde noviembre del año anterior no habian intentado espedicion alguna contra el campo de Tarragona; pero la escasez de víveres que esperimentaban la guarnicion de esta plaza y la del castillo del Coll de Balaguer los obligó á emprender una operacion para socorrerlas. Para evitar encuentros con las tropas españolas, hicieron con el mayor sigilo todos los preparativos de la espedicion, valiéndose para ello de cuantos medios les sugerian sus conocimientos militares. El general Decaen trasladó su cuartel general á Barcelona, y las tropas de la guarnicion de esta ciudad se movieron hácia Villafranca, y aun atravesaron el Llobregat para alucinar al general español, mientras la division del general Lamarque marchaba desde Gerona la via de Barcelona, y dejando en Mataró 2,000 hombres para la espedicion, retrocedia el resto á Gerona, verificándolo de noche para ocultar su contramarcha. Inmediatamente salió la espedicion de Barcelona dirigida por el general Mathieu, en número de 6,000 infantes, 300 caballos y 5 piezas de artillería. El general Copons se hallaba en Vich, y luego que supo esta marcha reunió 3,000 infantes y 30 caballos, y partió el 12 de mayo dirigiendo personalmente esta division. Llegados los franceses á Reus, proveyeron al castillo de Balaguer y la plaza de Tarragona, mas sin atreverse á dividir sus fuerzas, temiendo á

los españoles apostados sobre el rio Gaya en actitud imponente. Verificaron los enemigos sus operaciones con la mayor rapidez, deseando poder volver á Barcelona antes que los españoles reunieran fuerzas bastantes para hacerles frente. Con este fin el 15 de mayo salieron ya de Reus para Tarragona, y el 16 lo hicieron de esta plaza para Brafim: el 17 siguieron su marcha, dirigiéndola por el puerto de Roca de Eura y huyendo del camino real que pasa por Torredembarra, para evitar el horroroso fuego que á su paso para Tarragona les hicieran los buques ingleses. Copons situó sus fuerzas entre La Bisbal del Panadés y la carretera que va desde Villafranca al Vendrell, y al amanecer del 17 ocupó la cresta del Coll de Santa Cristina. Los movimientos del enemigo manifestaban bien que solo deseaba se le dejase pasar impunemente sin comprometer accion; mas el general español, reconcentrando sus fuerzas, destacó partidas por sus flancos para que insultándole en su marcha le obligasen á venir sobre los españoles, como en efecto lo verificó, siendo bizarramente rechazado en todos sus ataques, y completamente batido á las siete horas de accion, dejando en el campo mas de 800 muertos, y pagando caro el socorro introducido en Tarragona y Coll de Balaguer.

Todas las demas fuerzas de Cataluña continuaron en estos meses haciendo la guerra al enemigo con la misma actividad que antes, y obligándole á permanecer encerrado en las plazas y puntos fortificados. Los somatenes le perseguian sin cesar en todas direcciones, y Manso, Milans y los demas gefes de columnas sostuvieron continuos choques, los cuales, siendo parecidos á los muchos ya referidos en otras ocasiones, parece inútil entrar aqui en sus pormenores, particularmente no habiendo entre ellos ninguno muy señalado, por lo que bastará decir que con ellos, á mas de mantener el espíritu del Principado en el mismo estado de hostilidad contra el enemigo, se obligaba á este á no diseminar sus fuerzas, impidiéndole atender á los conflictos de sus compañeros en otras provincias, y ayudando de este modo los valientes del primer ejército á preparar los grandes acontecimientos del presente año. Todavía antes de ocuparnos de estos, tenemos que echar una ligera ojeada sobre los que en los mismos meses ocurrieron en el segundo ejército, único á que nos falta atender.



CAPITULO XLI.

Segundo ejército.—Varias correrías de sus divisiones.—Fuerzas anglo-sicilianas y mallorquinas—Proyecto del mariscal Suchet.—Accion de Yecla.—Malas disposiciones del general Elío.—Ataque de Villena.—Toman los franceses su castillo.—Combate en Biar.—Accion de Castalla.—Principia la gran campaña.—Fuerza del ejército de lord Wellington.—Empiezan los aliados sus movimientos.—Sale Wellington de Freineda.—Las divisiones de D. Cárlos España y D. Pablo Morillo se unen al ejército anglo-portugues.—Pequeños encuentros con los enemigos.—Cooperacion del 4.° ejército español.—Llega Wellington á Salamanca.—Siguen los aliados su marcha, ahuyentando á los franceses de todos los puntos del tránsito.—Se distingue D. Julian Sanchez en la refriega de Morales.—Desconcierto de los franceses.—Estos abandonan y vuelan el castillo de Burgos.—Direccion de los enemigos.—Cruzan los aliados el Ebro.—Se reune á los ingleses la division de D. Francisco Longa.—Penalidades de los aliados en esta marcha.—Abandonan los franceses á Pancorbo y se dirigen á Vitoria.—Varios reencuentros ventajosos á los aliados.—Evacuan los franceses á Castro-Urdiales y otros puntos.—Situacion respectiva de los ejércitos.—Falsas suposiciones del general Hugo.—Abandonan los franceses por última vez á Madrid.—Numeroso convoy que llevan consigo.—El tercer ejército español pasa al reino de Valencia.—El conde del Abisbal se dirige á Castilla la Vieja con el ejército de reserva de Andalucía.—Fuerzas de ambos ejércitos beligerantes.—Designios de José Napoleon.—Carácter del mariscal Jourdan.—Irresolucion de Wellington.—Batalla de Vitoria.—Gran presa que hacen los aliados.—Gracias concedidas á lord Wellington y á su ejército.—Regalo al general Alava.

El segundo ejército á las órdenes de D. Francisco Javier Elío tenia por lo comun su cuartel general en Murcia, y apoyaba sus operaciones en las plazas de Cartagena y Alicante, consistiendo su fuerza en 34,900 hombres de infantería y 3,400 de caballería, distribuidos en seis divisiones que mandaban D. Francisco Miyares, D. Pedro Villacampa, D. Pedro Sarsfield, D. Felipe Roche, D. Juan Martin el Empecinado y D. José Duran, aunque alguna de ella cambió despues de gefe. Correspondian tambien á este ejército, y permanecian en Alicante y sus alrededores, la espedicion anglo-siciliana y la division mallorquina del mando de Wittingham. Las divisiones de Sarsfield, Villacampa, el Empecinado y Duran fueron las que sosteniéndose en Aragon guerrearon mas en el invierno, arrimándose las de los dos primeros á Cataluña para favorecer las maniobras del primer ejército, la del tercero á Soria y Navarra, y la del cuarto y último á Castilla la Nueva, poniéndose á veces todas de concierto para hacer incursiones que distraian al enemigo y le hostigaban. No siéndonos dado seguir á estos gefes en sus operaciones, limitarémonos á indicar algunas de ellas.

El 11 de abril atacó el general Sarsfield una columna enemiga que marchaba hácia el partido de Borja, y empeñada la accion en las cercanias de Magallon, causó á los franceses considerable pérdida entre muertos, heridos y prisioneros, obligándolos despues á encerrarse en Mallen. Reforzados los enemigos, presentáronse al

dia siguiente con fuerzas superiores enfrente de Magallon, y atacaron impetuosamente á Sarsfield; mas este, ausiliado por sus grandes conocimientos militares, consiguió rechazar la embestida y replegarse casi sin pérdida.

Resueltos los enemigos á destruir esta division, volvieron á buscarla el dia 13. No pudiendo resistir el gefe español las fuerzas que sobre él iban, tomó posicion en Borja, en donde se empeñó á las dos de la tarde un vivo fuego, que duró cuatro horas y media, durante las cuales fué Sarsfield tomando diferentes posiciones retrógadas y retirándose hábilmente sobre Tarazona, en donde entró al anochecer, siendo de elogiar tanto la destreza del general, como la serenidad y disciplina con que ejecutó nuestra tropa esta difícil operacion en presencia de un enemigo superior en fuerzas y tan aguerrido como el frances.

Hallándose el Empecinado con parte de su division en Castilla la Nueva, supo que los enemigos se habian por sorpresa apoderado de 500 españoles, y deseando librarlos, dirigióse á buscar al enemigo, con el cual, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, tuvo un choque el 2 de febrero junto á Medinaceli. A las ocho de la mañana del siguiente dia cargaron los franceses con mayores fuerzas la derecha de la posicion del Empecinado con el fin de abrirse paso hácia Sigüenza, logrando introducir algun desórden en las tropas que la formaban; mas volviendo estas luego á recobrar su serenidad, y reforzadas en su posicion, tomaron la ofensiva y obligaron á los contrarios á pronunciarse en desórden y huir precipitadamente, dejando cubierto de cadáveres el campo de batalla.

No permanecia tampoco ocioso Duran en este tiempo. Al principiar marzo pasó dicho gefe á Navarra, y el 15 del mismo intentó el enemigo envolverlo estando situado con una parte de su gente enfrente de Ribafrecha. Diferentes movimientos ejecutados por Duran con destreza y celeridad, le dieron tiempo para recibir refuerzos, y con ellos batió completamente á los franceses, persiguiéndolos con el mayor encarnizamiento por el mismo camino que habian traido.

Varias otras refriegas tuvieron estas divisiones, hostigando siempre al enemigo por todas partes y molestándole hasta en el mismo Madrid, á cuyas puertas acercábase el Empecinado como lo hacia antes, interceptando las comunicaciones con los pueblos mas vecinos á la capital, y burlándose de continuo de cuantos ardides y evoluciones ponian en juego los generales enemigos para destruirle.

Mejor hubiera sido que satisfecho con estos movimientos y correrías el general en gefe del segundo ejército, no hubiera emprendido ninguna otra operacion hasta que se abriese la campaña general proyectada por Wellington; pero llevado de un errado cálculo, empeñóse en refriegas de que desgraciadamente tocó la peor parte á las divisiones de este ejército que se alojaban en Murcia, cuyos cuerpos habian principiado á moverse en marzo, de acuerdo con la division mallorquina del mando de Wittingham y la espedicion anglo-siciliana. La primera contaba unos 8,930 infantes y 1,167 caballos, hallándose la última reforzada con 4,000 hombres que en diciembre anterior habia traido de Palermo el general J. Campbell. Mandaba ahora esta division sir Juan Murray.

Avanzando los aliados, formaron una línea que corria desde Alcoy á Yecla por Castalla, Biar y Villena, conservando tropas en Sax y Elda. En este último punto estaba el general Roche con su division; en Yecla, ocupando la izquierda, D. Fernando Miyares; Castalla, que hacia el centro, la guarnecia el general Murray; y la derecha, Alcoy, la cubria D. Santiago Wittingham, quien primero se habia posesionado en 15 de marzo de aquel pueblo, arrojando á los franceses y dilatando sus movimientos hasta Concentaina, en donde hizo un reconocimiento con buena fortuna, causando al enemigo mas de 100 hombres de pérdida. La reunion de todas estas tropas, su posicion imponente y el temor de que se engrosasen cada vez mas, obligaron á Suchet á estar muy prevenido y dispuesto á no perder ocasion para precaver los proyectos qué pudieran abrigar los españoles. Creyó el mariscal frances llegado el momento oportuno de cumplir sus deseos en los primeros dias de abril, despues de bien informado de la distribucion de las tropas de los aliados,

y de cuales eran mas débiles por su organizacion y disciplina. Segun sus noticias, le pareció hallarse en este caso las de la division española en Yecla á las órdenes de Miyares, y pensó aprisionarla toda entera, en atencion á la distancia que la separaba de los otros cuerpos. Para la ejecucion de este plan, entresacó lo mas florido de su gente, reuniéndola el 10 de abril por la noche en Fuente la Higuera, en cuyo punto, dividiéndola en dos trozos, mandó marchase la vuelta de Villena uno de ellos, en donde él iba, compuesto de la brigada del general Habert y de otras fuerzas, entre las cuales se contaba mucha caballería; y que el otro, formado de la division que dirigia Arispe, cayese rápida y silenciosamente sobre los españoles situados en Yecla. No pudieron los franceses efectuar su movimiento con tanto silencio que no fuesen sentidos de los nuestros, los cuales al aparecer aquellos emprendian ya su marcha en direccion de Jumilla. Miyares no tenia apenas consigo 4,000 infantes, siendo muy pocos sus caballos; mas á pesar de eso opuso una bizarra resistencia al impetuoso ataque que le dieron los franceses en la mañana del 11, empeñándose la refriega dentro del mismo pueblo, aun no evacuado del todo, cuyas calles defendieron á palmos los regimientos de Burgos y de Cádiz, replegándose en seguida á una ermita cercana. Reunida entonces nuestra division, se fué retirando de loma en loma, disputando tenazmente cada puesto, hasta que impaciente Arispe, y resuelto á desordenar á los españoles, cargó con impetuosidad sobre nuestro centro, que cansado ya de tanto pelear por camino tan penoso, perdió su serenidad, flaqueando en tales términos, que rota la línea, cundió el desánimo, echándose unos atras precipitadamente y arrojándose otros al llano. Aquí se sostuvieron los nuestros bastante rato lidiando como valientes; pero rodeados y opresos, muertos y heridos muchos, tuvieron los demas que sucumbir á las superiores fuerzas de los contrarios, quedando prisioneros unos 1,000 españoles, entre ellos 68 oficiales y el coronel don José Montero.

Suchet permaneció en Caudete, ya para reforzar si era necesario á los suyos de Yecla, ya para impedir cualesquiera socorros que enviasen Murray y Elío. Continuó en aquel sitio, hasta que adelantándose á esplorar su estancia la caballería inglesa, movióse el frances á la caida de la tarde y llegó á Villena despues de oscurecer. Los ginetes británicos se retiraron á su avance, como dictaba la prudencia; mas Elío, desoyendo las juiciosas instancias que se le hicieron, dejó en el antiguo y mal fortificado castillo de aquella ciudad, sito en la cumbre del cerro llamado de San Cristóbal, al batallon de Velez-Málaga que mandaba su coronel D. José Luna. Creyó equivocadamente que se hallaba este provisto de suficientes municiones de boca y guerra para mantenerse firme durante dos ó tres dias, y sobre todo que el enemigo no le acometeria antes que despuntase el dia 12: persuasion temeraria, tratándose de tropas tan audaces y arrojadas como las del imperio. Estas empezaron inmediatamente á cañonear las puertas, las cuales rompieron luego, y entrando en Villena, obligaron á capitular á los del castillo en número de 1,000 hombres.

Orgulloso Suchet con sus triunfos, pensó completarlos atacando el mismo dia 12 á los ingleses. Tenian estos su vanguardia acaudillada por Federico Adam en el puerto y angostura de Biar, con orden de retirarse á Castalla despues de disputar el paso á los contrarios. Así lo verificó aquel, batiéndose con firmeza y no replegándose hasta el anochecer, en cuyo acto tuvo que abandonar dos cañones de montaña. La pérdida por ambas partes fué de poca consideracion.

Dueños los enemigos de Biar, acampáronse á la salida que va á Castalla, en donde engreidos con la buena suerte que hasta allí habian tenido, esperaban aumentar sus lauros al dia siguiente y gloriarse en la derrota de los ingleses, que era su principal deseo. El desaliento, compañero casi inseparable de los desastres, no llegó á posesionarse del general ingles Murray, antes bien, determinado este á dar cara al enemigo, esperóle tranquilamente. Preparándose al efecto, colocó la division mallorquina de Wittingham con la vanguardia regida por el coronel Adam en una altura á la izquierda, de penosa subida, la cual termina en Castalla, poblacion situada al pié de un monte coronado por un castillo, y la cual estaba rodeada por la division del general Macken-

zie y un regimiento de la de Clinton. La restante fuerza de este se estendia por la derecha, resguardada por las montañas, teniendo de reserva tres batallones de la gente de D. Felipe Roche. Contribuian tambien á la defensa varias baterías construidas por los aliados hácia esta parte al frente del castillo. El general Elío, que se habia retirado á Petrel con algunos batallones despues de lo acaecido en Villena, no acudió á tomar parte en la accion que se preparaba.

Al amanecer del 13, desembocando el enemigo de las estrechuras de Biar, desplegó sus fuerzas por la hoya de Castalla. Ascendian estas á 18,000 infantes y 1,600 caballos. No inferiores los nuestros en número, lo eran mucho en los ginetes. Suchet empezó el combate esplorando el campo y enviando hácia Onil la caballería, y siendo su principal conato trastornar la izquierda de los contrarios, destacó 600 tiradores mandados por el coronel d'Arbod, para que trepando por la posicion arriba, la envolviesen y dominasen. Al mismo tiempo amagó el mariscal frances á los aliados por todo lo largo de la línea. Esta doble operacion puso á los nuestros en algun riesgo, debilitada la izquierda por la ausencia momentánea de D. Santiago Wittingam, que habia ido poco antes á hacer un reconocimiento; pero la oportuna llegada de D. Julian Romero procedente de Alcoy con algunas fuerzas, reprimió la audacia de los enemigos, que con su acostumbrado arrojo subian ya á las cimas. Wittingham por su parte, luego que supo lo que ocurria, corrió tambien á su puesto, y él y Adam y los demas gefes arrollaron á los acometedores, quedando muerto el coronel d'Arbod. Observando Suchet el descalabro de los suyos, envió para apoyarlos al general Robert con 4 batallones, mas no tuvieron estos mejor suerte, bajando todos ellos la montaña, enrogeciéndola con su sangre. Wittingham y Adam, presentes siempre en los puntos de mayor peligro, alentaban con su egemplo á las tropas, españolas en su mayor parte, ejecutando lo mismo y con igual denuedo en las cumbres, Romero, Casas, Campbell, Casteras y el teniente coronel Ochoa, no debiendo en justicia particularizarse á ninguno, pues todos sobresalieron á cual mas en valor, impetuosidad y destreza. Tampoco fué feliz el frances en su amago contra el centro y derecha de los anglo-sicilianos; por lo que recogiendo Suchet su gente la apostó en escalones, apoyándola por retaguardia en la division del general Arispe, y defendiéndola por el frente con la artillería que colocó en las entradas del camino de Biar.

Entonces Murray, mas alentado con el triunfo obtenido, resolvió avanzar, y lo hizo en dos líneas, dejando en las alturas las tropas de su izquierda, y cubriendo su derecha con la caballería. Intimidado Suchet, no se detuvo en la hoya ó valle, sino que, con el desaliento propio de la derrota, volvió á cruzar por la tarde el mismo desfiladero que triunfante y con alegres esperanzas habia atravesado por la mañana. Siguió el frances su retirada hácia Villena, sin parar hasta Fuente la Higuera y Onteniente, volviéndose los aliados, anochecido ya, á sus estancias de Castalla. Perdió el enemigo en esta jornada mas de 1,000 hombres y los aliados 670, la mayor parte españoles, como que sostuvieron lo mas glorioso de la accion, desquitándose de los golpes recibidos en los dias anteriores. El mariscal frances, para cubrir su descalabro y vergüenza, fué presentando con cuidadoso estudio por los caminos de Valencia y Cataluña á manera de trofeo, los prisioneros de Villena y Yecla: ardid imponente para ocultar los reveses de la fortuna, que declarada ya contra las armas francesas, se disponia á multiplicar sus derrotas por todas partes.

Para esperimentarlas en Alemania, despues de algunos lucidos pero cortos intervalos, habia salido de Paris el emperador de los franceses el 15 de abril. Wellington por su parte se puso en movimiento hácia mediados de mayo, con ánimo de abrir la memorable campaña que iba á decidir entre nosotros la suerte de la Península y los destinos de la Europa entera.

Al dar comienzo el caudillo británico á sus operaciones, tenia bajo sus inmediatas órdenes 48,000 hombres de su nacion y 28,000 portugueses, y ademas las divisiones españolas del 4.º ejército que se alojaban á su derecha, con las que del mismo permanecian en el Vierzo y Asturias, ascendiendo juntas á 26,000 com-

batientes. Los aliados empezaron su marcha por este órden. La caballería, que habia invernado en los alrededores de Coimbra, púsose en movimiento por Oporto á Braga para pasar desde allí á Braganza, donde debia darse la mano con la izquierda de los suyos acaudillada por sir Thomas Graham, quien cruzó el Duero en Portugal, cerca de Lamego, maniobra que se practicó sin que los franceses la barruntasen, proveyéndose los aliados fácilmente de barcas sin escitar sospechas, por la abundancia que de ellas habia con motivo de haber los ingleses habilitado para su abastecimiento la navegacion del Duero hasta donde el Agueda descarga en él sus aguas. Colocadas así á la derecha de aquel rio cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, sobrecogieron á los enemigos, los cuales se figuraban vendrian sus contrarios solo por la izquierda. No dejaron por eso los aliados de encontrar tropiezos en su marcha, ofreciéndoselos con frecuencia lo escabroso del pais y las estrechuras de los caminos; mas todo lo venció la perseverancia británica. Asegurada la izquierda, y amagado el frances por la derecha del Duero, alzó Wellington sus reales á la propia sazon, saliendo de Freineda el 22 de mayo, asistido de dos divisiones inglesas, otra portuguesa y alguna fuerza de caballería. Juntósele luego en Tamames la mayor parte de la segunda division española al mando de D. Cárlos España, el cual dejó la restante en Ciudad-Rodrigo, perteneciendo á los que se agregaron á Wellington la caballería de D. Julian Sanchez. Todas estas fuerzas se dirigieron al Tórmes, via de Salamanca. Sobre el mismo rio, pero del lado de Alba, formando la derecha, movióse sir Rowland Hill, y con él la primera division española que regia D. Pablo Morillo, el cual venia de la Estremadura, habiendo pasado los puertos que la dividen de Leon y Castilla.

Disponíanse los enemigos á contrarestar la marcha de los aliados, reunidos en Castilla la Vieja los ejércitos suyos llamados del centro, mediodia y norte, á cuyo frente estaba, como antes dijimos, José en persona, con su cuartel general en Valladolid. Aunque frustrado su primer intento, que era defender el paso del Duero, por la diligencia con que los aliados se pusieron á su derecha, no abandonó sin embargo aquella línea sin sostener algunos choques, todos de poca monta. El general Villatte, que guarnecia á Salamanca con tres escuadrones, abandonó la ciudad al aproximarse Wellington, colocándose en unas alturas inmediatas, de donde le arrojaron el general Fane atravesando el Tórmes por el vado de Santa Marta, y el general Alten que lo verificó por el puente. Villatte perdió municiones, equipages y muchos hombres entre muertos y heridos, con 200 prisioneros. Retiróse por Encina á Bilafuente, uniéndosele cerca del lugar de Huerta un cuerpo de infantería y caballería procedente de Alba de Tórmes, de cuyo punto los habia echado D. Pablo Morillo, cruzando el rio con gran valentía, y distinguiéndose al posesionarse del puente los cazadores de la Union y Doyle.

El centro del cuarto ejército español, antes sesto, acantonado en el Vierzo, y la quinta division tambien suya situada en Oviedo concurrieron, segun hemos insinuado, al movimiento general y de avance. Preparábase el 29 de mayo el general D. Pedro Agustin Giron, que mandaba en gefe en ausencia de Castaños, á celebrar el 30 en Campo Naraya los dias del rey Fernando por medio de paradas y simulacros guerreros, cuando recibió órden de Wellington para marchar inmediatamente sobre Benavente y ponerse en contacto con la izquierda del ejército aliado, esquivando toda refriega con el enemigo, por no querer el duque de Ciudad-Rodrigo que se empeñára ninguna que no fuera general y de concierto. Cumpliendo Giron prontamente lo que se le encargaba, entró el 2 de junio en Benavente. Vadearon sus tropas el Esla al amanecer del 3 en Castro-Pepe y Castillo, por haber destruido los enemigos el puente de Castro Gonzalo, y llegaron por la noche á Villalpando, en donde descansaron el 4, agregándose allí la quinta division que venia de Asturias, mandada por D. Juan Diaz Porlier. El órden observado por nuestras tropas en estas marchas, mostró bastante bien lo mucho que habian aprovechado en la instruccion y disciplina recibidas durante el invierno.

Hácia estas partes y derecha del Duero habíase dirigido ya, no solo la izquier-

da inglesa capitaneada por el general Graham, sino tambien el centro dirigido por Wellington en persona. Este descansó en Salamanca dos dias, reuniendo su centro y derecha entre el Tórmes y el Duero inferior. Marchó el 29 la vuelta de Miranda, ciudad de Portugal fronteriza á las márgenes del último rio, cuyas aguas cruzó por aquí el general ingles acompañado solo del centro, que se juntó el 30 con la izquierda en Carvajales: todos los puentes, escepto el de Zamora, habian permanecido destruidos desde la retirada del ejército británico en el otoño, ó habíanlo sido de nuevo por el enemigo cuando se hallaban reparados. Trataron en seguida los ingleses de pasar el Esla, tributario del Duero, por un vado próximo al mismo Carvajales; pero encontrándolo difícil, echaron un puente y lo verificaron el 31.

Desprevenidos los franceses, no tenian en aquellas orillas sino un piquete, el cual no pudo apenas oponer resistencia. Los aliados ejecutaron sus movimientos con tanta celeridad y precauciones, que el enemigo los ignoró del todo, siendo ya tarde para sostener la línea del Duero cuando se apercibió del sábio y bien combinado plan de Wellington: en consecuencia, inhabilitaron las tropas francesas en Zamora el puente que habian conservado reparado retirándose de aquella ciudad, en donde entraron á poco los aliados, trabándose despues en Morales, via de Tordesillas, un choque en que los franceses sufrieron bastante pérdida, y en que D. Julian Sanchez tuvo ocasion de manifestar su inteligencia y el brio de su lucida caballería.

Hizo alto en Toro Wellington para dar tiempo á la reunion de toda su gente, y tambien para que pasasen el Duero las tropas de su derecha dirigidas por sir Rowland Hill. Ejecutóse todo como deseaba, hallándose ya en comunicacion, y aun en inmediato contacto, el ejército de Galicia ó sea centro del cuarto español, cuyos reales se fijaron en Cuenca de Campos el 6 de junio, dia en que los de lord Wellington se establecieron en Ampudia, pueblo vecino.

Cruzado el Duero por los cuerpos que ocupaban antes la izquierda, y correspondiéndose ya todos entre sí, prosiguió su marcha el general ingles, dejando en Zamora municiones y efectos de guerra, y para su custodia á la segunda division española que tenia tambien gente suya repartida en Ciudad-Rodrigo, Salamanca y Toro. Una irrupcion tan súbita desalentó bastante á los franceses, indicando sus medidas, á mas de apresuramiento, subresalto y dudas.

Distribuidas ahora sus fuerzas entre Valladolid, Tordesillas y Medina, retiráronse detras del Pisuerga, cuyo rio abandonaron tambien, marchando en líneas convergentes camino de Burgos. El intruso se trasladó igualmente allí seguido de sus tropas, estrechadas cada vez mas por Wellington, quien atravesando el Carrion el 7 y adelantando su izquierda en los dias 8, 9 y 10, cruzó tambien el Pisuerga, marchando pausadamente el 11 y dando el 12 descanso á sus tropas, escepto las de la derecha, á las cuales ordenó avanzar á Burgos y reconocer la situacion del enemigo, con deseos de obligarle á que desamparase el castillo, ó bien á que para defenderle reconcentrase allí sus fuerzas. Al desempeñar el general Hill esta comision, vió á los enemigos apostados en unas alturas próximas al pueblo de Hormaza, con el costado izquierdo enfrente de Estepar. Atacólos inmediatamente, mas ellos se echaron atras, aunque en el mejor órden, sin ser bastantes á descomponerlos las repetidas descargas de la artillería volante dirigida con destreza por el mayor Gardiner. Perdieron, sin embargo, los franceses varios prisioneros y un cañon, tras lo cual se situaron en las riberas de los rios Arlanzon y Urbel, que con las lluvias habian cogido mucha agua, retirándose de aquel puesto durante la noche, despues de haber evacuado á Burgos el 14 de junio.

Verificáronlo asi, estrechados constantemente y muy de cerca por los aliados, los cuales llevaban casi siempre abrazada la derecha enemiga. Hostigánbalos por la opuesta D. Julian Sanchez y varios guerrilleros que habian acudido á hacer mas penosa y apurada la retirada del enemigo, impidiéndole salir á buscar recursos por los pueblos inmediatos. Abandonaron los franceses el castillo de Burgos, desfortaleciéndolo antes y destruyéndolo con la esplosion de muchas minas, habiéndose incendiado por el aturdimiento del oficial encargado de la operacion una

cantidad considerable de bombas y proyectiles, antes que la última columna del ejército frances hubiese evacuado enteramente la ciudad. La esplosion fué horrorosa, despidiendo una lluvia de bombas y balas sobre las tropas enemigas que iban aun desfilando, pereciendo de sus resultas y entre los escombros del castillo tres compañías de infantería y muchos individuos sueltos, no bajando la pérdida total de 300 hombres. En la ciudad tuvieron tambien los vecinos que lamentar los efectos de tan funesta catástrofe, padeciendo mucho con el estremecimiento la catedral y otros varios edificios.



VOLADURA DEL CASTILLO DE BURGOS.

Asi desapareció el castillo de Burgos, cuyos imperfectos muros habian detenido el año anterior los triunfos del ejército aliado, eclipsando en cierto modo la gloria de Wellington, el cual debió ahora á los enemigos lo que antes se habia resistido á todos sus esfuerzos.

El rey José, al evacuar á Burgos, tomó la ruta de Vitoria, yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, con ánimo de trasladarse al otro lado de este rio, para asegurar mejor la estancia de su ejército, aproximándole á la raya de Francia, y reforzándole ademas con el suyo del Norte y demas tropas diseminadas por aquel distrito. Conocidos sus intentos por el duque de Ciudad-Rodrigo, puso este su conato en frustrarlos, y en aprovechar luego la primera oportunidad de batirle con ventaja. Para asegurar su proyecto, continuó el caudillo británico en el mismo plan de marchas y movimientos que desde un principio habia trazado. Firme en él, dispuso que su izquierda siguiese maniobrando para amagar siempre por la derecha enemiga, y tomarle en ocasiones la delantera. Asi fué que dicha izquierda buscó la ribera alta del Ebro para pasarle, marchando á su derecha no muy lejos con el centro Wellington, y despues por la izquierda de la carretera que va á Pancorbo y Miranda el general Hill. Sobre el Ebro ya todo el ejército, cruzaron este rio el 14 por Polientes los españoles del mando de D. Pedro Agustin Giron, los cuales formaban el estremo del costado de Graham, cuyo general lo pasó tambien el mismo dia por Martin de Linés. Las demas tropas aliadas, con Wellington é Hill á la cabeza, atravesaron el Ebro el 15, unas por los mismos puntos que Graham y los españoles, y las restantes por Puente de Arenas, en la merindad de Valdivieso. Puesto en movimiento todo el ejército al dia siguiente, dirigiéronse los ingleses sobre la derecha, recibiendo órden los españoles de tomar á la izquierda, para ir por el Valle de Mena á Valmaseda, adonde llegaron el 18. En Medina de Pomar agregóse al general Graham D. Francisco Longa con su division.

Esta marcha fué muy penosa, especialmente en los últimos dias, pues los caminos, de suyo ásperos é impracticables para los carruages, lo estaban ahora mas con las copiosas lluvias que habian sobrevenido, teniendo muchas veces los gastadores que abrir paso no solo para la artilleria, sino hasta para el mismo soldado. Los víveres escasearon, y apenas hubo clase de molestia que no concurriera á apurar al ejército; pero la constancia de este superó todas las fatigas, halagado por la esperanza del próximo triunfo.

La rapidez de los aliados y el verlos al otro lado del Ebro, azoró nuevamente al frances, desbaratando su pensamiento de defender el paso de aquel rio. Eso le hizo abandonar el 18 con todo el grueso de su ejército á Pancorbo, dejando solo unos mil hombres de guarnicion en Castillo, y encaminándose los demas á Vitoria. Al avanzar los aliados, tenian de observacion los franceses algunos cuerpos apostados en Frias y en Espejo, que se replegaron el mismo dia 18 á San Millan y á Osma de Alava. A los primeros los atacó el general Alten y los ahuyentó, cogiéndoles 300 prisioneros: el general Graham obligó á los últimos á retirarse, y el mismo Wellington asistido de Lowry Cole atacó el 19 á la retaguardia francesa situada en Subijana, obligándola á desamparar su puesto y á refugiarse al grueso de su ejército que venia de Pancorbo. La repentina aparicion de los aliados en las montañas de Alava y Vizcaya, y el haberse aproximado á Bilbao, encontrándose ya en Balmaseda el centro del cuarto ejército español bajo las órdenes de D. Pedro Agustin Giron, puso á los enemigos en la necesidad de reconcentrar todas sus fuerzas de aquellas partes, conservando únicamente los puntos mas importantes, y abandonando los demas. Con este propósito, embarcaron los franceses con premura el 22 de junio la guarnicion de Castro-Urdiales, trasladándola á Santoña, cuyo punto avituallaron competentemente, dejando tambien libre á Guetaria, y manteniendo solo á Bilbao, donde estaban los italianos que Palombini, ahora ya ausente, habia traido de Castilla. Bloqueaba en la actualidad á Santoña D. Gabriel de Mendizabal con parte de la séptima division del cuarto ejército, ó sea batallones de las provincias Vascongadas.

En estas circunstancias deseaba Wellington trabar batalla, y para empeñarla reconcentró sus fuerzas un tanto desparramadas, haciendo venir sobre Vitoria las tropas de su izquierda que se hallaban en Balmaseda. Tenia el general ingles su centro y sus cuarteles el 20 en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha, y todo el ejército ansiaba animosamente la pelea. A la sazon ocupaban ya los franceses mandados por José las orillas del Zadorra y cercanias de Vitoria.

El deseo de no interrumpir el relato de la marcha del ejército aliado, tan hábilmente dirigida por Wellington, nos ha hecho dejar atras algunos sucesos ocurridos por el mismo tiempo, y cuyo conocimiento se hace necesario para la cabal inteligencia de la historia. Por lo mismo, mientras los grandes ejércitos beligerantes se disponen á combatir, echaremos una rápida ojeada sobre la evacuacion de Madrid y sobre las ocurrencias habidas con este motivo.

Luego que José salió de aquella capital en marzo último, fueron sucesivamente retirándose muchas de las tropas francesas que allí habia, quedando muy pocas en Castilla la Nueva. El conocimiento de su propia debilidad amenguó forzosamente el orgullo frances, obligándole á tratar con menos dureza á los vecinos, aunque no por eso dejó de gravarlos con contribuciones estraordinarias y pesadas. Mandaba últimamente en Madrid el general Hugo, y á este tocó evacuar definitivamente la capital del reino. Dicho general refiere en las Memorias que ha escrito lo que entonces le acaeció, y entre otras cosas cuenta que poco antes de su salida habiansele hecho proposiciones, de que tuvo noticia José, con arreglo á las cuales ofrecia pasarse á las banderas del intruso un cuerpo entero del ejército español. Hemos apuntado esta idea, á la cual distamos no poco de dar crédito, solo para llamar la atencion de los que al leer dichas Memorias pudieran abrigar alguna duda en menoscabo del buen nombre de nuestro ejército, pues por lo demas creemos escusado detenernos en su impugnacion, cuando á la nunca desmentida honradez de los gefes del ter-

cer ejército, dirigido entonces por el constante patriota y digno liberal duque del Parque (á cuyo ejército es al único que por su inmediacion á la capital puede aludir el general frances), se unia el estado próspero de nuestras armas, formando un singular contraste con el abatido en que se encontraban las enemigas; circunstancias bastantes por sí solas para destruir tan injuriosa suposicion, á cuyo autor todo el mayor favor que se le puede hacer es creer que fué sorprendido en su buena fé por algunos falsos negociadores (1).

El 27 de mayo quedó evacuada del todo la capital y libre por última vez del yugo del invasor, precediendo el 26 la salida de un numerosísimo convoy en que iban, á mas de los comprometidos con José, las preciosidades y enseres productos del despojo que los franceses habian hecho de los establecimientos militares, científicos y de bellas artes, y de los palacios y archivos: despojo que comenzado en 1808, y estendido á Toledo, al Escorial y demas puntos que encerraban objetos de valor y estima, fué esta vez mas completo, pues previendo el general Hugo que seria el último, no perdonó nada su codicia. Muchos de los objetos de bellas artes y de los documentos estraidos en aquel tiempo del archivo de Simancas, los perdió para siempre la España, debiendo justamente añadirse este sensible acontecimiento al largo catálogo de males que en todos tiempos nos ha causado la nacion vecina.



EVACUAN LOS FRANCESES DEFINITIVAMENTE Á MADRID.

Luego que salieron los últimos franceses de Madrid el citado 27 de mayo, entraron allí varias partidas de guerrillas, volviendo tambien las autoridades legítimas, sin ocurrir entonces suceso alguno digno de ocupar lugar en la historia.

El general Hugo, despues de una marcha penosa y rodeada de peligros, logró juntarse con el ejército de José en Valladolid, salvando entonces todo el convoy que custodiaba, del cual pereció despues una parte en la batalla de Vitoria.

La evacuacion de Madrid permitió disponer del tercer ejército que se hallaba en la Mancha, y tambien del de reserva de Andalucía dirigido todavía por el conde del

(1) El conde de Toreno, que por su larga permanencia en Paris y sus estensas relaciones con los mismos generales franceses que hicieron la guerra de España, tuvo ocasion de instruirse en muchos pormenores desconocidos de otros historiadores, al llegar á este pasage dice: «Nosotros hemos tratado de apurar la verdad del hecho, y ni siquiera hemos hallado el menor indicio ni rastro de tan «estraña negociacion; y eso que nos hemos informado de personas imparciales, muy en disposicion de «saber lo que pasaba.....—TORENO: *Revolucion de España*, tomo III, libro 22, página 233.»

Abisbal. El primero partió por disposicion de Wellington la vuelta de Valencia, y el 6 de junio se unió en Alcoy y Concentaina al segundo ejército, destinados ambos á maniobrar en términos de impedir á Suchet destacase fuerzas contra las tropas combinadas que lidiaban en el Ebro, sin perjuicio de que mas adelante se reuniese con estas mismas, segun lo verificó. El segundo salió de Andalucía, y por la via de Estremadura dirigióse á Castilla la Vieja. Llegó allí cuando los aliados estaban muy avanzados y en retirada los franceses, penetrando en Burgos el 24 de junio. Lord Wellington puso á su cuidado el asedio del castillo de Pancorbo, en donde los franceses, segun apuntamos antes, habian dejado 1,000 hombres de guarnicion.

Reconcentradas ya las fuerzas de la Península, amigas y aliadas, aproximémonos á examinar sus grandes operaciones.

Dejamos á los ejércitos combatientes dispuestos á trabar batalla en las inmediaciones de Vitoria, ciudad de 11 á 12,000 habitantes, situada en terreno elevado y en medio de una llanura de dos leguas, terminada de un lado por ramales del Pirineo, y del otro por una sierra de montes que divide la provincia de Alava de la de Vizcaya. Tenian los aliados reunidos, sin contar la division de Don Pablo Morillo, y las tropas españolas mandadas por el general Giron, 60,440 hombres, 35,000 ingleses, 25,350 portugueses, y de ellos 9,290 de caballería. La sesta division inglesa en número de 6,300 hombres se habia quedado en Medina de Pomar.

Digimos antes que los franceses estaban mandados por José en persona, teniendo por mayor general al mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del mediodía á las órdenes del general Gazan, se apoyaba en las alturas que terminan en la Puebla de Arganzon, estendiéndose por el Zadorra hasta el puente de Villodas. A la izquierda del mismo rio, siguiendo unas colinas, se hallaba situado su centro, formado del ejército del mismo título, y lo regia Drouet, conde d' Erlon, estribando principalmente en un cerro muy artillado de figura circular, que domina el valle á que el Zadorra da nombre. Su derecha se prolongaba hasta el pueblo de Avechuco, mas allá de Vitoria, y constaba del ejército de Portugal dirigido por el conde de Reille. Cada uno de estos cuerpos tenia su respectiva reserva. Abrazaba la posicion cerca de tres leguas, y cubria los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Su fuerza era algo inferior á la de los aliados, ausente en la costa Foy y los italianos, ocupado Clausel en la persecucion de Mina, y Maucune en escoltar un convoy que se dirigia á Francia.

La falta de estas tropas obligaba á José á guardar la defensiva, sin pensar emprender operacion alguna hasta tenerlas todas reunidas, descansando entretanto en su ventajosa posicion y en el pausado proceder de Wellington. Desgracia fué para el intruso el tener á su lado al mariscal Jourdan, hombre de carácter irresoluto, que mantenia á José en su inaccion, escarmentado de la pérdida que habia esperimentado en Ansberg y Wurtzburgo, por haber destacado fuerzas del cuerpo principal de batalla.

No se hallaba mas decidido Wellington en su determinacion, pues aunque deseaba una batalla, temia el momento de empeñarla mientras algun suceso favorable á nuestras armas en otros puntos no debilitase mas al ejército contrario. Permanecia en su incertidumbre, cuando hallándose en las alturas de Nanclares de la Oca, recibió aviso del alcalde de San Vicente de como Clausel habia llegado allí el 20, y pensaba descansar todo aquel dia. Esta noticia, por la cual pudo conocer los perjuicios á que le esponia su irresolucion, le determinó á acometer antes que los enemigos fuesen reforzados.

Rompió el ataque desde el rio Bayas, moviéndose primero al despuntar de la aurora del dia 21 de junio la derecha aliada que mandaba el general Hill. Sus fuerzas las formaban la segunda division británica, la portuguesa del cargo del conde de Amarante, y la española que dirijia D. Pablo Morillo, el cual tuvo la gloria de empezar el combate contra la izquierda enemiga atacando las alturas, ejecutándolo con toda bizarría, y acreditando su valor todavía mas por la firmeza con que permaneció en el campo aun despues de haber sido herido. Reforzados los con-

trarios por aquella parte, sostuvo Hill tambien á los españoles, los cuales consiguieron al fin, ayudados de los ingleses, arrojar al frances de las cimas. Aprovechando Hill esta primera ventaja, cruzó prontamente el Zadorra en la Puebla, y entrando por el desfiladero que forman las alturas y el rio, embistió y ganó á Subijana de Alava, que cubria la izquierda de las líneas del enemigo, quien conociendo la importancia de esta posicion trató varias veces de recobrarla; pero sus desesperados esfuerzos fueron vanos, estrellándose siempre en la inmutable firmeza de las filas aliadas.

Púsose igualmente en movimiento el centro británico, compuesto de las divisiones tercera, cuarta, séptima y ligera. Dos de ellas atravesaron el Zadorra apenas Hill llegó á dominar á Subijana, la cuarta por el puente de Nanclares y la tercera por Tres Puentes, llegando casi al mismo tiempo á Mendoza la tercera y séptima que guiaba lord Dalhousie, cruzando ambas el Zadorra por mas arriba, debiendo estrañarse que no hubiesen los franceses roto ninguno de los puentes que franquean por allí el paso de aquel rio; prueba evidente de su confusion y zozobra.

Puesto ya el centro británico en la orilla izquierda del Zadorra, debia proseguir en sus acometimientos al enemigo, y muy especialmente á su principal asilo, que era el cerro artillado. Dispúsolo asi Wellington, como tambien que el general Hill no dejase de seguir la izquierda francesa, estrechándola contra su centro, y desordenando á este si ser podia. Los contrarios ostentaron hácia esta parte toda la firmeza de sus mejores dias, viéndose los aliados precisados á llevar dos brigadas de artillería que batiesen el cerro fortificado. Al fin, despues de una larga lucha, cedieron aquellos, y su centro é izquierda replegáronse via de la ciudad, dejando en poder de la tercera division inglesa 18 cañones. Prosiguieron los aliados avanzando á Vitoria, formada su gente por escalones en dos y tres líneas. Los franceses, no desconcertados aun del todo, retrocedian por su parte en buen órden, y aun con su conocida táctica solian sacar ventaja del menor descuido, como sucedió especialmente con la brigada del general Colville, que habiéndose desviado mas de lo conveniente perdió 550 hombres.

Mientras con tanto denuedo batallaban la derecha y centro de los aliados, no permanecia ociosa su izquierda, junta toda ó en inmediato contacto, porque la gente de D. Pedro Agustin Giron, que era la situada mas lejos, saliendo de Valmaseda llegó el 20 á Orduña yendo por Amurrio, y al dia siguiente continuó la marcha, avistándose su gefe el dia 21 con el general Graham en Murquía. Allí conferenciaron ambos breves momentos, aguijado el ingles por las órdenes de Wellington para tomar parte en la batalla ya empezada, y quedando á Giron la incumbencia de sostener las maniobras del aliado, y entrar en lid si necesario fuese.

A pesar de la diligencia de Graham, no pudo llegar hasta las diez al sitio que le estaba designado. En él tenian los enemigos alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerzas los pueblos de Gamarra Mayor y Abechuco, reputados como de mucha entidad para defender los puentes del Zadorra en aquellos parages. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Pach y la division española de D. Francisco Longa, sostenida por la brigada de dragones ligeros á las órdenes de Anson, y la quinta division inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente los españoles y portugueses. Longa se apoderó del pueblo de Gamarra Menor, mientras lo hacia de Gamarra Mayor, con presa de tres cañones, la brigada de Robinson, perteneciente á la quinta division. Al mismo tiempo dirijióse Graham contra Abechuco á la cabeza de la primera division británica, logrando ocupar este pueblo, cogiendo en el mismo puente tres cañones y un obus. Temiendo el enemigo que dueños los nuestros de aquel pueblo quedase cortada su comunicacion con Bayona, destacó por su derecha un cuerpo numeroso para re-

cuperarle. Para conseguirlo, empleó todo su esfuerzo; pero con el mismo fué rechazado primera y segunda vez. Entretanto, habiendo Graham atronerado las casas vecinas al puente, colocando cañones por los costados, y poniendo como en celada algunos batallones que hicieron un vivo fuego detras de unas paredes y vallados, logró repeler un nuevo y tercer ataque.

En medio de los triunfos alcanzados no le pareció á Graham cuerdo empeñar refriega con dos divisiones de infanteria que mantenian de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, y así aguardó para verificarlo á que el centro é izquierda de los enemigos fuesen arrojados contra Vitoria por el centro y derecha de los aliados. Sucedió esto sobre las seis de la tarde, á cuya hora abandonando su posicion las dos citadas divisiones temerosas de ser atacadas por la espalda, pasó Graham el Zadorra, y asentóse de firme en el camino que de Vitoria conduce á Bayona, obligando asi á toda la derecha enemiga á marchar via de Pamplona.

En este momento acabaron de completarse el desórden y confusion de los franceses, siéndoles ya imposible sostenerse en ningun punto, arrojados contra la ciudad ó puestos en fuga desalentadamente. Abandonáronlo todo, artillería, bagages y almacenes, no conservando mas que un cañon y un obus, perdiendo al todo 151 cañones y 8,000 hombres entre muertos y heridos. La pérdida de los aliados no llegó á 5,00 hombres, de los cuales fueron 3,300 ingleses, sobre 1,000 portugueses y 600 españoles. No se hicieron mas que unos mil prisioneros, por la precipitacion con que e enemigo se puso en fuga y por ampararle en ella lo áspero y doblado de la tierra. El mismo José se vió estrechado tan de cerca, que tuvo que montar á caballo y abandonar su coche, en el cual se cogieron varias correspondencias, una espada que la ciudad de Nápoles le habia regalado, y otras cosas de lujo y curiosas.

No tocó mejor suerte al convoy, que estaba á la izquierda del camino de Vitoria. Era uno de los de mas importancia de cuantos el invasor habia enviado á su pais en el tiempo de su permanencia en España, y se componia de multitud de carruages y de muchos y preciosos enseres pertenecientes á generales y á personas del séquito del intruso: tambien de artillería allí depositada, y de cajas militares llenas de dinero, que se repartieron los vencedores, alcanzando parte á los vecinos de la ciudad y de los inmediatos barrios. El baston de mando del mariscal Jourdan vino á poder de lord Wellington, el cual se lo ofreció en señal de triunfo al príncipe Regente de Inglaterra, recibiendo en recompensa el de feld-mariscal de la Gran Bretaña, distincion otorgada á muy pocos.

Esta señalada victoria, tan gloriosa para las armas aliadas, proporcionó á lord Wellington nuevas y merecidas mercedes, pues ademas de la del cargo de feld-mariscal que hemos dicho, las córtes españolas, á propuesta de D. Agustin Argüelles, le concedieron por decreto de 22 de julio, para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesion real conocido en la Vega de Granada bajo el nombre de *Soto de Roma*, con inclusion del terreno llamado de las *canchinas*, dádiva generosa y de rendimientos muy pingües. Las mismas córtes dieron un voto de gracias á todo el ejército aliado, y lo mismo el parlamento británico. Digno premio de su heróico valor y de la constancia con que toleró tantos trabajos para alcanzar un triunfo tan memorable.

Tambien recibió una justa distincion, aunque de otra manera, el general don Miguel Alava, al cual regaló el ayuntamiento de Vitoria, á nombre del vecindario, una espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y las de aquella ciudad, de donde era natural, en testimonio del amor y reconocimiento de la misma, por haber conseguido el genertal con su celo y eficacia preservarla de los daños y tropelías que tanto eran de temer despues de una batalla dada casi á sus mismas puertas.



BATALLA DE VITORIA.

CAPITULO XLII.

Funesta situacion de los franceses.—Escesos cometidos en su fuga.—Los persiguen los aliados hasta Pamplona.—Determina José salir de España con su ejército.—Reencuentro en Mondragon.—Evacuan los franceses á Bilbao.—Ataque de Tolosa.—La abandonan los franceses.—Entra el general Foy en Francia.—Arrojan las tropas españolas á los franceses de las cabezas del puente, y queda España libre de enemigos por esta parte.—Toma Longa los fuertes de Pasages.—Gana el conde del Abisbal los fuertes de Pancorbo.—Se aproxima el ejército de reserva á Pamplona.—Entra en Francia José con su ejército.—Maniobras del general Clausel.—Se refugia en Francia.—Empiezan los sitios de San Sebastian y Pamplona.—Valencia.—Proyecto de los aliados.—Sale de Alicante una espedicion marítima.—Cataluña.—Desembarca en Salou la espedicion procedente de Alicante.—Toman los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Sitian á Tarragona.—Prepáranse los franceses á la defensa.—Desaciertos del general ingles Murray.—Acude Suchet en ayuda de Tarragona.—Azoramiento de Murray.—Reembarca la espedicion.—Llega lord Guillermo Bentinck y releva del mando al general Murray.—Vuelan los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Valencia.—Varias refriegas en aquel reino.—Abandona Suchet á Valencia.—Emprende su retirada hácia Aragon.—Se sitúa entre Caspe y Tortosa.—Rechaza Mina primera y segunda vez al general Paris.—Llega Duran enfrente de Zaragoza.—Abandonan la ciudad los franceses.—Los persigue Mina y los desbarata tomándoles un rico y numeroso convoy.—El general Paris se entra tambien en Francia.—Sitia el general Duran el castillo de la Aljafería.—Manda Mina en Aragon.—Se rinde la Aljafería.—Se retira Suchet á Villafranca.—Es molestado en ella por el general Copons.—Avanzan con el mismo objeto las tropas de Valencia.

La batalla de Vitoria fué el golpe mas terrible que pudieran haber recibido los franceses en el estado en que se hallaban sus asuntos en España, pues no solo los dejó desnudos y desposeidos de todo, hasta de municiones, sino que acabó por destruir su disciplina ya antes tan estragada. Sus apuros eran inmensos, porque abandonadas tantas estancias en lo interior de España, no defendidas las del Ebro, y destrozadas sus fuerzas en las provincias Vascongadas, no les quedaba mas recurso que evacuar á España y sustentar la lucha dentro de su mismo territorio, llevando á él los propios males que ellos habian hecho pesar sobre el de la Península.

Resuelto Wellington á sacar todas las ventajas posibles del triunfo obtenido, encomendó al centro y derecha de su ejército la persecucion del grueso del enemigo que se retiraba en desórden camino de Pamplona, asolando y vengando sus derrotas en los infelices pueblos del tránsito. Una intensa lluvia que duró dos dias impidió á los aliados estrechar mas de cerca á sus contrarios, cuyo azoramiento era tal, que al llegar á Pamplona quisieron saltar por encima de las murallas, estando cerradas las puertas, deteniéndolos solo el fuego que les hizo la plaza. Allí celebraron los enemigos un consejo de guerra, en el cual se trató de volar las fortificaciones y abandonar la ciudad, á cuya determinacion se opuso José, considerando necesaria su conservacion

para proteger la retirada y contener el desaliento de los suyos, mandando de consiguiente abastecerla de cuanto pudo arrebatar su tropa en aquellos contornos. Llegaron los aliados á vista de Pamplona cuando aun no estaba muy lejos la retaguardia francesa, que caminaba, lo mismo que todo el grueso de su ejército, en busca de la tierra nativa.

Mientras el centro y derecha de los aliados trabajaban por este lado, lo ejecutaba con no menos actividad por el suyo el ala izquierda. La parte de esta que se componia de las tropas españolas de D. Pedro Agustin Giron, y la division que se le agregó de D. Francisco Longa, tuvieron órden de dirigirse por la calzada que va de Vitoria á Irun, tras el convoy que habia salido de aquella ciudad en la madrugada del 21; y asi lo verificaron el 22, aunque tarde, aguardando subsistencias, habiendo despues tenido que contramarchar durante corto rato por la voz esparcida de que Clausel se hallaba próximo con direccion á Vitoria. Estos incidentes retardaron algo aquel dia el movimiento del general Giron, si bien la presencia de la fuerza de Longa que iba delantera, aceleró la partida de los enemigos de Mondragon, á quienes se cogieron 90 prisioneros, quedando levemente herido el general Foy y 300 hombres fuera de combate.

Temiendo Wellington, por las noticias adquiridas, que los españoles de Giron pudieran tener que batirse no solo con la division francesa de Maucune, que escoltaba el convoy antes espresado, sino ademas con Foy y los italianos, dispuso que Graham con toda la izquierda británica fuese en apoyo de los nuestros tomando la ruta traviesa del puerto de San Adrian, que enlaza el camino real de Irun con el de Pamplona, y que se dirigiese á Villafranca, para ver si podia situarse á la espalda del general Foy. El haberse retardado el recibo de las órdenes, unido á lo malo de aquel camino, hizo que sir Thomas Graham no se moviese tan pronto como era de desear, y esta dilacion proporcionó á Foy la oportunidad de obrar mas desahogadamente. Este general desde la toma de Castro-Urdiales se habia ocupado sin descanso en perseguir á los batallones vascongados, con los cuales tuvo varios choques, aunque sin conseguir resultado importante; y en estas operaciones le alcanzó la orden de José para marchar á Vitoria en su ayuda. Obedeció Foy lo que se le mandaba, situándose entre Plasencia y Mondragon, engrosando sus fuerzas con las guarniciones de varios puntos fortalecidos. Entre estas era una de las principales la de Bilbao, donde estaban los italianos y el general Rouget, los cuales evacuaron la villa con tanta prisa el dia 20, que si bien clavaron la artillería, dejaron intactas las fortificaciones, hostigados no menos por las órdenes de Foy, que por D. Gabriel de Mendizabal, el cual, dejando alguna fuerza en el bloqueo de Santoña, se unió sobre aquella comarca con casi toda la séptima division que componian los batallones vascongados.

Los italianos y franceses se reunieron en Vergara, resultado debido á la resistencia que, aunque costosa, hizo al efecto en Mondragon el general Foy. Este dirigió en seguida la retirada de aquellas tropas, cuyo número llegaba á 12,000 hombres, desplegando grandes conocimientos para salvarlas, pues las amenazaba por el frente D. Pedro Agustin Giron, y por la espalda el general Graham. La detencion de este, ocasionada por los motivos antes indicados, libró á Foy de la derrota que en otro caso hubiera sido inevitable. Por eso al llegar Graham á Villafranca el 24 de junio, no encontró ya sino la retaguardia enemiga, á la que desalojó en breve de los puestos que ocultaba á la derecha del Oria, fronteros al pueblo de Olivarría. Situó Foy en seguida toda su fuerza cerca de Tolosa de Guipúzcoa, cubriendo el camino de Francia y el que de allí se dirige á Pamplona, manifestándose dispuesto á resistir á los aliados. Aquella noche se unieron al general Graham la division de Longa y tres cuerpos de la gente de Giron.

Con fuerzas ya bastantes los aliados para desalojar al enemigo, trataron de ahuyentarle de Tolosa y ganarle su posicion. Entre seis y siete de la tarde del dia 25 empezó el ataque general. Los franceses apoyaban su izquierda en un reducto casi inespugnable, contra cuyo sitio marchó Longa por Alzo sobre Lizarza: su derecha descansaba en una montaña que cortaba por el frente un profundo y en-

riscado barranco, y se encargó á D. Gabriel de Mendizabal, que se habia adelantado de Azpeitia, el maniobrar por este lado, del mismo modo que Longa por el opuesto. Dominaban á mas los enemigos la cima de una montaña interpuesta entre las carreteras de Vitoria y Pamplona, de donde los arrojó con denodado brio y suma inteligencia el teniente coronel ingles Willians. Igualmente perdieron los contrarios las demas posiciones, atacadas valerosamente por todas las tropas combinadas, distinguiéndose los españoles en muchos puntos. Hostigados los franceses por todas partes no tuvieron mas recurso que refugiarse á la villa, la cual se hallaba bastante fortificada, y era arduo tomarla, y mas de rebate. Las puertas de Castilla y Navarra estaban barreadas, y aspillerados los muros, diversos conventos y edificios fortalecidos dándose entre sí la mano, y ademas en la plaza ó centro existia un fortin portatil de madera y al estilo de los fijos, y por lo común de piedra ó material, componiendo el todo un conjunto de defensas que podia ofrecer resistencia vigorosa y larga. Sin embargo, contra lo que era de esperar, luego que fué acometida la villa, la abandonaron los franceses, penetrando en ella los aliados, ya muy de noche, entre los aplausos y universales vítores de los vecinos.

Foy se replegó á Andoain y cortó el puente, deteniéndose Graham dos dias en Tolosa, sin pensar seguir al enemigo hasta estar cierto del avance de Wellington por su derecha camino de Pamplona. Sin esperar aquella noticia el general español D. Pedro Agustin Giron, siguió en persecucion del frances, el cual cejó y se entró en Francia, sabedor de la retirada de José y de que se habia salvado el convoy escoltado por Maucune.

No bien llegó á Irun el general Giron, pensó en atacar la retaguardia enemiga, que todavía conservaba algunos puestos en la frontera española, poniendo la ejecucion al cuidado del brigadier D. Federico Castañon, quien desalojó intrépidamente á los enemigos colocados delante del puente del Bidasoa, siendo destinados para la acometida el regimiento de la Constitucion guiado por su coronel D. Juan Loarte, y la compañía de cazadores del segundo regimiento de Asturias. A pesar del arrojo de los españoles, permanecieron los franceses firmes en las cabezas fortificadas del puente. Para arrojarlos de ellas, dispuso Giron traer una compañía de artillería de á caballo dirigida por D. Pablo Puente, pidiendo á los ingleses otra de la misma arma, que se presentó luego al mando del capitan Dubourdieu, juntas las cuales, dióse principio á batir vigorosamente las obras de los contrarios, quienes sufriendo mucho, volaron las de la izquierda del rio y quemaron el puente. Sucedió esto el 1.º de julio á las seis de la tarde, dia



GIRON EN EL BIDASOA.

y hora memorable para las armas españolas, y de honra para D. Pedro Agustin Giron, que alcanzó la gloria de ser el primero que por este lado arrojó fuera del suelo peninsular á los que traidoramente lo invadieran en 1808.

Al mismo tiempo se apoderaba D. Francisco Longa de los fuertes de Pasages, puerto importante, rindiéndosele 147 hombres de que constaba la guarnicion, incluso el gobernador. No quiso tampoco la fortuna desairar al conde del Abisbal, el cual se hizo dueño de los fuertes de Pancorbo, situados en la garganta angosta que rodean empinadísimos montes, por donde pasa el camino que va de Burgos á Vitoria. Eran dos, el titulado de Santa María en parage inferior, y el de Santa Engracia, que se reputaba por el mas principal. Ganóse el primero por asalto el 28 de junio, y capituló el otro dos dias despues, privado de agua y amenazado de ruina por los fuegos de una batería que con gran presteza se construyó bajo la direccion del comandante de ingenieros D. Manuel Zapino en la loma de Cimera, habiendo ideado el modo de subir las piezas, y ejécutandolo hábil y rápidamente los oficiales de artillería Ferraz, Saravia y D. Bartolomé Gutierrez Distinguióse tambien el brigadier D. José Latorre, que se hallaba mandando la infantería empleada en el sitio. Quedaron prisioneros unos 700 hombres con su comandante Ceva. Consecuente á órdenes de lord Wellington, marchó inmediatamente el conde del Abisbal via de Pamplona, á cuyos alrededores llegó en los primeros dias de julio.

Para terminar la narracion de las operaciones de las tropas aliadas por esta parte de España, tenemos que volver á buscar á las que dejamos á la vista de Pamplona. De ellas las que formaban la derecha del ejército siguieron á las órdenes de sir Rowland Hill las huellas de José y su ejército, el cual se metió en Francia por tres de las cinco principales comunicaciones que tiene Navarra con aquel reino, á saber: 1º por el puerto de Arraiz, en el valle de Ulzama, con rumbo á Doñamaría y valle de San Esteban de Lerin hasta Lesaca y Vera, partido de las cinco villas de la montaña, internándose luego en Francia con direccion á Urrugne: por aqui iba el ejército enemigo llamado del centro, yendo en su compañía José afligido y triste, á guisa de rey destronado. 2.º por Velate y valle de Bastan, pasando el puerto de Maya, y de allí á Urdax hasta salir de los lindes españoles. Y 3.º y último, por Roncesvalles, de triste recuerdo para el frances, atravesando por Valcárlos, y yendo á parar á San Juan de Pié de Puerto. Los ejércitos de Portugal y mediodía, que fueron los que marcharon por los dos puntos postreros, diéronse la mano entre sí y con el del centro, alargándola luego á las demas tropas de su nacion que habian cruzado por el Bidasoa. Llegado el general Hill á las montañas, se recreó desde ellas con la vista de la tierra enemiga, mas no emprendió cosa alguna importante conforme á las instrucciones de lord Wellington, el que sin olvidarse del general enemigo Clausel, destacó contra él fuerzas de su centro.

Este caudillo recibió órdenes de José para reunírsele en los campos de Vitoria y se acercó á ellos el dia despues de la batalla, ignorando la desgracia de sus compatricios. Observábale siempre D. Francisco Espoz y Mina, á quien se habia agregado D. Julian Sanchez con sus caballos; y ambos por órden de lord Wellington circuíanle y le molestaban de modo que marchaba como aislado y á ciegas. Estaba ya adelantada á estas horas en Vitoria la sesta division inglesa á cargo del mayor general Pankenham, única que no habia tomado parte en la batalla por haber quedado apostada en Medina de Pomar para asegurar el arribo al ejército de socorros y municiones de boca y guerra. Su presencia y el conocimiento de lo ocurrido detuvo el movimiento de Clausel, y contramarchado luego, abandonó á Logroño el 24 de junio, llevándose consigo la guarnicion, y siguiendo lo largo de la izquierda del Ebro, pasó aquel rio por el puente de Lodosa, llegando á Calahorra el 25. En Tudela supo que iban sobre él gruesas fuerzas de los aliados, en cuya virtud recogiendo tambien la guarnicion de aquella ciudad, se dirigió á Zaragoza. La division inglesa que le seguia avanzó hasta mas allá de Tudela, encargando despues á Mina picar la retaguardia de los contrarios y observar sus movimientos.

Clausel entró en Zaragoza el 1.º de julio, en cuya ciudad se detuvo poco, mar-

chando inmediatamente á Francia por Jaca y Canfranc. Luego que llegó á Oloron, se puso en comunicacion con las demas tropas de su nacion que se habian retirado de España por los puntos antes indicados. Persiguióle Mina hasta cerca de Zaragoza, en donde hizo alto para disponer las operaciones de que luego hablaremos.

Desembarazado asi lord Wellington de los ejércitos franceses que pudieran molestarle de cerca en España, sentó sus reales en Hernani como punto céntrico, y situó el ejército anglo-hispano-portugues en las provincias de Guipúzcoa y Navarra, estendiéndose desde el Bidasoa arriba hasta Roncesvalles, en cuyo mas apartado sitio, y al nacimiento del sol hallábase D. Pablo Morillo, del mismo modo que por el estremo opuesto hácia el ocaso por Vera, Irun, Fuenterrabía y Oyarzun se encontraba el grueso del cuarto ejército español.

En este estado resolvió Wellington emprender los sitios de San Sebastian y Pamplona. Encargó el de la primera plaza á sir Thomas Graham con la quinta division británica al mando del general Oswald y algunas fuerzas mas; y el de la segunda, que por entonces se redujo á bloqueo, al conde del Abisbal con el ejército de reserva de Andalucía, al cual se agregó despues la division de D. Cárlos España que dejamos antes repartida entre Zamora, Ciudad-Rodrigo y otros puntos de Castilla la Vieja. El cerco de San Sebastian se empezó en los primeros dias de julio, y no tardó despues mucho en estrecharse mas el de Pamplona.

De este modo, por una serie no interrumpida de triunfos, en menos de dos meses despejáronse de enemigos el reino de Leon, ambas Castillas, las provincias Vascongadas y Navarra, quedando reconquistados ó libres todos los pueblos allí fortificados, escepto Santoña y las dos plazas recien nombradas. Hechos heróicos que realzando justamente el nombre del ilustre caudillo británico que los dirigió, aumentan á la vez las glorias de nuestras armas.

No fueron estas tan afortunadas entonces en Cataluña, Aragon y Valencia. En ellas, antes que los sucesos acabados de referir enseñasen á Suchet todo lo crítico de su posicion, procuró aquel mariscal en los meses de mayo y junio inutilizar los esfuerzos de los aliados, fortaleciendo al efecto la línea del Júcar, acercando á Valencia la division de Severoli que estaba en Aragon, y colocando la brigada de Pannetier entre aquella ciudad y Tortosa, con cuyas operaciones no solo amparó su flanco y espaldas, sino que se puso en estado de poder acudir repentinamente sobre cualquiera punto que se viese amenazado.

Estos movimientos del frances impedian á los españoles y anglo-sicilianos obrar cual deseaban para llenar las ideas de Wellington, en cuyo plan entraba distraer activamente por allí al enemigo para obligarle á mantener siempre unidas sus fuerzas de levante, sin que le fuera posible destacar ningunas hácia Navarra. Deseando los gefes aliados de Valencia cumplir con estas órdenes, determinaron, en medio de las dificultades que le oponian los contrarios, amagar y aun acometer á estos por varios y distintos puntos, enviando una espedicion marítima á las costas de Cataluña, al mismo tiempo que los ejércitos españoles segundo y tercero atacaban por frente y flanco la línea del Júcar, de manera que se pusiese á Suchet en la necesidad de abandonar á la suerte el Ebro y las plazas cercanas, ó de disminuir, queriendo ir en socorro suyo, las fuerzas que defendian y afianzaban la dominacion francesa en el reino de Valencia.

Por nuestra parte preparóse la espedicion con el mayor sigilo; pero no pudo ocultarse á la vigilancia de Suchet, quien se manifestó muy sobre aviso. Dispuesta aquella, embarcáronse las tropas en número de 14,000 infantes y 700 caballos, todos de los anglo-sicilianos y de la division española de Wittingham, á las órdenes unos y otros de sir Juan Murray, dándose á la vela desde Alicante el 31 de mayo, y dirigiendo el convoy y escuadra el contra-almirante británico Hollowel. Hicieron rumbo los buques á las aguas de Tarragona, surjiendo en la tarde del 2 de junio frente á Salou, puerto poco distante de aquella plaza.

El dia 3 se efectuó el desembarco con orden, y entonces la primera atencion de Murray fué destacar una brigada á las órdenes del teniente coronel Prevost para

apoderarse del castillo del Coll de Balaguer, que sojuzgaba el camino que va á Tarragona, único transitable para la artilería. Cooperó al ataque con cuatro batallones D. Francisco de Copons y Navia, general en gefe del primer ejército, quien advertido de antemano de la espedicion proyectada, se aproximó á la costa, ocupando ya á Reus cuando aquella anclaba. Fué embestido vivamente el castillo el 5 y tomado el 7, amilanada la guarnicion francesa de solo 80 hombres con la esplosion de un almacen de pólvora y las pérdidas que se siguieron.

En el ínterin, acercándose á Tarragona el general Murray, determinó acometer la plaza por poniente, lado mas flaco y preferible para la embestida, favoreciendo Copons la empresa colocándose en el camino de Altafulla, con objeto de interceptar los socorros que pudieran venir de Barcelona.

Continuaba mandando en Tarragona por parte de los franceses el general Bertoletti, quien sin acobardarse por lo que le amenazaba, tomó prontas y convenientes disposiciones, rehabilitando varias obras anteriores, arruinadas y aun demolidas en parte despues del primer sitio. Conducta contraria observó Murray, el cual, aunque se mostró valiente, le faltaron el tino y la serenidad de ánimo tan necesaria en tales casos. El actual exigia diligencia suma y enseñorearse de la plaza casi de rebate; pero diéronse largas y sin método ni actividad se comenzó y siguió el ataque, teniendo asi tiempo el enemigo para aumentar sus defensas y esperar los socorros que se acercaban.

Como era de esperar, no se descuidó Suchet en este punto, y asi, dejando en el Júcar al general Arispe, marchó con fuerzas considerables la vuelta de Tarragona, presentándose ya su vanguardia el 10 de junio en el Perelló. Tambien llegaron el 11 á Villafranca, procedentes de Barcelona, 8,000 hombres que traia el general Maurice Mathieu, anunciando ademas que venia tras él Decaen con el grueso del ejército de Cataluña.

Al tener noticia Murray de estos movimientos, aunque se hallaba próximo á asaltar el mismo dia 11 una de las obras esteriores mas importantes, se azoró de modo que sin dar oidos á consejo alguno, determinó reembarcarse y abandonar la artillería de sitio y otros aprestos, antes de empeñarse en una accion campal que creia arriesgada. Como se necesitaban tres dias para poner á bordo la espedicion entera, empezó Murray á verificarlo desde el dia 12. Observaron los franceses desde la plaza lo que ocurria en el campo de los aliados, mas sin atreverse á dar crédito á lo que veian con sus propios ojos, temieron fuese ardid ó encubierta celada, y permanecieron quietos dentro sin descuidar la misma vigilancia.

Sir Juan Murray se embarcó el mismo dia 12 por la tarde, dirigiendo parte de la caballería y artillería con alguna fuerza mas al Coll de Balaguer para destruir el castillo y sacar á los que le guarnecian. A la sazon avanzaba Suchet por aquel lado, y tropezando con los ingleses y descubriendo no lejos la escuadra, ignorante de lo que pasaba, admiróse sobremanera, y no hallando esplicacion ni salida á cuanto notaba, suspendió el juicio, y en la duda echóse atras via del Perelló.

Algunos otros movimientos de los franceses y nuevos recelos de Murray, de que no pudiera acabar de embarcarse á tiempo toda su caballería, obligáronle á echar nuevamente á tierra la infantería, y colocarse en puesto favorable y propio para rechazar cualquiera acometida de los enemigos. Estos, empero, sin intentar nada, despues de haber metido socorros en Tarragona, retrocedieron unos á Tortosa y otros á Barcelona.

Disminuidos por este medio los temores de Murray, reunió un consejo de guerra, el cual en vista del estado en que ya se encontraba la espedicion, viendo que se habia perdido la artillería de sitio, abandonada delante de Tarragona, acordó continuar el reembarque y regresar á Alicante. En aquellos momentos arribó allí lord Guillermo Bentinck, que venia de Sicilia para suceder á sir Juan Murray en el mando, del cual se encargó inmediatamente, conformándose tambien, en atencion á las circunstancias, con la resolucion que acababa de tomar el consejo de

guerra. En su consecuencia continuó el embarco, quedando este efectuado á las doce de la noche del 19, á cuya hora volaron los aliados el castillo del Coll de Balaguer.

De resultas de esta mal dirigida espedicion, quedaron en poder de los franceses 18 cañones de grueso calibre, y Copons tuvo que emplear la mas esquisita diligencia para salvar su gente y sacarla del compromiso en que la dejára el atropellado porte de Murray. A éste se le formó en Inglaterra consejo de guerra, el cual le declaró exento de culpa, si bien tachando su proceder de errado y poco juicioso, fallo que salvaba la intencion del general, pero con detrimento de su capacidad y pericia.

Mientras pasaba esto en Cataluña, no faltaron refriegas en el reino de Valencia. El 11 de junio atacaron los españoles la retaguardia del general Arispe, mandada por el de igual clase Mesclop, que pasaba de San Felipe á la línea del Júcar. Obraban unidos los ejércitos españoles segundo y tercero, y molestaban bastante á los franceses, hasta que aprovechando estos un descuido de los nuestros, revolvieron sobre ellos y los desordenaron en el pueblo de Roglá, logrando asi continuar traquilamente su marcha al rio.

Sin desistir los españoles de su intento, repitieron el 13 sus ataques avanzando y situándose en unas alturas á la derecha del Júcar. Desde ellas hicieron un vivo fuego de cañon sobre los enemigos, y aunque el general Elío no logró apoderarse de una casa fuerte que intentó ganar, sustentó honradamente su posicion, frustrando todos los esfuerzos de Arispe para arrojarle de ella. Cuando los movimientos de los nuestros traian sumamente cuidadosos á los franceses, temiendo aun por Valencia, llegó á tranquilizarlos el mariscal Suchet, que desembarazado de lo de Cataluña, y á beneficio de una rápida marcha, tornó al Guadalaviar el 24 de junio.

La escuadra inglesa y la espedicion anglo-siciliana esperimentaron á su regreso á Alicante malos tiempos, habiendo tenido la desgracia de encallar en los Alfaques y desembocadura del Ebro 18 de los buques de trasporte, de los que solo se pudieron salvar 13, cogiendo los otros los franceses con las tripulaciones. Otras varias averías ocurrieron á aquella espedicion de triste ventura; pero al fin llegó Bentinck á Alicante, y situó luego su tropa en Jijona para sostener á los españoles que habian retrocedido hasta Castalla, forzados por el avance de las tropas franceses.

El mariscal Suchet, de suyo emprendedor y arrojado, queria aprovechar la feliz coyuntura que le ofrecia el malogro de la espedicion de Tarragona, y ya se disponia á importantes empresas, cuando vino á detener sus proyectos la noticia de la batalla de Vitoria, y la de haber repasado los Pirineos José y su ejército en lamentable estado. Conoció entonces todo lo comprometido de su situacion, y en su vista resolvió desamparar á Valencia y retirarse hácia las orillas del Ebro.

Sensible sobre todo le era abandonar un pais de que se consideraba señor, y en donde poseia opulentos estados. Por eso, y con la esperanza de volver con mejor fortuna, determinó mantener ciertos puntos fortificados que le facilitáran en su dia la deseada reconquista.

El 5 de julio evacuó á Valencia el mariscal frances, casi al cumplirse los diez y ocho meses de haber pisado sus calles con el aparato de triunfante conquistador. Tomó la direccion de Murviedro, haciendo la retirada por escalones, é inclinándose á Aragon. Inmediatamente entró en la ciudad D. Francisco Javier Elío, y poco despues hicieron lo mismo la division de D. Pedro Villacampa y la gente del brigadier D. Francisco Miyares.

Al retirarse Suchet de Valencia, arruinó todas las obras de defensa que habia construido, sin dejar en ella ningun punto fortificado. Fuera dejó el pequeño castillo de Denia con 120 hombres, y el de Murviedro, ó sea Sagunto, con 1,200 á las órdenes del general Rouelle con víveres para un año, y reparadas y aumentadas sus defensas. Tambien conservó á Peñíscola, cuyo mando dió al gefe de batallon Bar-



Abandona Suchet á Valencia.

dout acompañado de 500 hombres. Igualmente dejó 120 al mando del capitan Boisonade en el reducido castillo de Morella; y conociendo lo importante que era para apoyar esta ocupacion la plaza de Tortosa, aumentó aquella guarnicion hasta el número de 4,500 hombres, poniendo á su cabeza al general Robert, militar esperimentado y de toda la confianza del mariscal.

Este continuaba su retirada hácia Aragon, noticioso de que Clausel, empujado por las circunstancias, se alejaba y metia en Francia, dejando su artillería en Zaragoza bajo la custodia del general Paris. Para libertar á este, amenazado por Mina y Duran, y para proteger los movimientos de las demas tropas de Aragon, hizo Suchet algunos rodeos con los cuales consiguió que se reuniese á Musnier, que caminaba por el pais montuoso, una brigada de la division de Severolí apostada en Teruel y Alcañiz, cuyos castillos destruyeron antes de evacuarlos. Reunidas estas fuerzas, llegaron el 12 de julio á Caspe, alojando Suchet su derecha en este pueblo, su centro en Gandesa y su izquierda en Tortosa.

El general Paris recibió orden de abandonar á Zaragoza y hacer esfuerzos para arrimarse á Mequinenza; mas aunque este gefe queria efectuarlo asi, el deseo de no desprenderse de un grueso convoy que tenia reunido y la proximidad de Duran y Mina pusieron á la ejecucion insuperables estorbos. El último de los espresados caudillos permanecia á dos leguas de Zaragoza, en el pueblo de las Casetas, teniendo fuerza en Alagon, y en Pedrola á D. Julian Sanchez cuando llegó el coronel Tabuenca, enviado por el general Duran, que se hallaba en Ricla, para combinar las operaciones y atacar ambos á Zaragoza. Pero no les dió tiempo el enemigo, pues resuelto á abandonar la ciudad, queriendo encubrir su intento, se adelantó en busca de los nuestros. No tardó en encontrar á Mina, quien lo rechazó con su acostumbrado denuedo, causándole tambien bastante estrago el coronel Tabuenca con su regimiento. Dicho coronel avanzó hácia la Casablanca y Monte Torrero, y Mina á las alturas de la Bernardona, alejándose los franceses de aquellos puestos sin oponer resistencia. Repitió Paris su arremetida contra Mina, el cual volvió á rechazarle sostenido por el mismo Tabuenca y los lanceros de don Julian Sanchez, escarmentando á los enemigos con pérdida de mas de 200 hombres. Estos sucesos ocurrieron en los dias 5, 6 y 7 de julio, llegando allí el último de estos dias el general Duran.

El 8 se disponian los nuestros á apoderarse por fuerza de Zaragoza, cuando re-

cibieron aviso de que los enemigos desamparaban la ciudad. Era en efecto asi, saliendo toda la guarnicion francesa y sus parciales en la misma tarde del 8, con numeroso convoy de acémilas y carruages, bastante por si solo para preveer el resultado de una marcha que debiera ir libre de todo embarazo capaz de entorpecer la rapidez necesaria en circunstancias tan críticas. Solo dejaron los franceses 500 hombres al mando del gefe Roquemont en la Aljafería, volando en el Ebro un ojo del puente de piedra con deseo de retardar la persecucion que les habian de hacer los nuestros.



ABANDONAN LOS FRANCESES Á ZARAGOZA.

Tocaba el mando de todas las tropas y de la ciudad á D. José Duran, tanto por antigüedad como por estar aquella asentada á la márgen derecha del Ebro, pais puesto bajo sus órdenes, y en su consecuencia dispuso para prevenir todo esceso que entrase en la ciudad aquella misma noche D. Julian Sanchez con sus lanceros. Estos fueron recibidos con el entusiasmo propio de poblacion tan ilustre, apareciendo de repente y sin anterior invitacion iluminadas todas las calles, ocupadas con un inmenso gentío que repetia sin cesar unánimes aclamaciones de júbilo y contentamiento. Al dia siguiente entró tambien Duran en Zaragoza: no asi Mina, que vadeando el Ebro, se dispuso á perseguir en su retirada al general Paris.

La incansable actividad del caudillo navarro alcanzó á los contrarios en una altura cerca de Leciñena, de donde los desalojó, y lo mismo de otra que estaba próxima á la ermita de Magallon, teniendo los franceses que retirarse via de Alcubierre. Tambien alli fueron alcanzados y se vieron en tanto aprieto, que tuvieron que abandonar la artillería, el convoy y casi todo el pillage cogido en Zaragoza, ofreciendo en aquel momento el campo un cuadro de confusion y lástimas comparable solo al de Vitoria despues de su memorable batalla, recogiendo ahora las tropas de Mina el premio debido á su incesante fatiga. Paris sin poder cumplimentar la órden de dirigirse á Mequinenza, se dió por satisfecho de poder entrar en Francia por Huesca y Jaca.

D. José Duran, despues de apoderarse de la corta guarnicion enemiga de la Almunia, empezaba á formalizar el sitio del castillo de la Aljafería, cuando tornó Mina de su correría. Quedóse este en el arrabal sin pasar el Ebro, como pais el de la izquierda perteneciente á su mando, al paso que el de la derecha incumbia, como hemos dicho, al de D. José Duran. Poco despues el gobierno, para cortar todo motivo de desavenencias entre gefes tan beneméritos, nombró á Mina

comandante general de Aragon con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiese entresacar de las de Duran, mandando al último dirigirse á Cataluña.

Dió Mina comienzo á su nuevo mando apretando el sitio de la Aljafería, cuya defensa hubiera podido dilatarse; mas una granada que cayó en la mañana del 2 de agosto en el reducto del camino de Aragon, que es el mas próximo á la ciudad, prendiendo fuego á otra porcion de ellas allí depositadas, causó una tremenda esplosion con muertes y desgracias, y el desmoronamiento de un lienzo de la muralla, que descubriendo lo interior del castillo, dejó á este sin defensa ni amparo. En este estado, forzoso le fué al gobernador frances capitular el mismo dia 2, cogiendo nosotros sobre 500 prisioneros, y muchos enseres y municiones de boca y guerra. Sucesivamente se entregaron tambien Daroca y el fuerte de Mallen. Despues de la toma del castillo de la Aljafería, recibió Mina órden de lord Wellington para avanzar á Sangüesa y favorecer el asedio de Pamplona, guarneciendo á Zaragoza con un batallon, destacando contra Jaca y Monzon otros dos que debian comenzar el bloqueo de aquella plaza.

La reunion de tantos sucesos infaustos para el frances hizo conocer á Suchet la imposibilidad de sostenerse en sus estancias, y en su consecuencia cruzó el Ebro el 15 de julio por Mequinenza, Mora y Tortosa, ordenando antes al general Lamarque recoger las cortas guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz. Conservó á Mequinenza y Monzon, como puntos de resguardo de la plaza de Lérida, cuyo gobierno quitó á su aborrecido gobernador Henriod, poniendo en su lugar al citado Lamarque.

Internándose Suchet en Cataluña, llegó á Tarragona, y dejando dispuesto lo necesario para volar los muros en caso necesario, se dirigió á Villafranca de Panades, tierra abundante y en donde sin alejarse mucho de Tarragona, se daba la mano con Barcelona y el general Decaen.

Esta incursion de los enemigos hizo á Copons maniobrar para incomodarlos por el flanco derecho y cortarles los víveres; y para el mismo fin lord Bentinck y la espedicion anglo-siciliana con la division de Wittingham y el tercer ejército dirigido por el duque del Parque, avanzaron al Ebro y le cruzaron por un puente volante que echaron en Amposta, protegidos en sus movimientos por la marina inglesa. Reunidas estas fuerzas, destacaron luego gente que ciñese la plaza de Tortosa, y sin olvidarse tampoco de Tarragona, empezaron á embestirla el 29 de julio. El segundo ejército continuó ocupando el reino de Valencia y bloqueando los puntos que permanecian guarnecidos por fuerzas enemigas, escepto la division de Sarsfield, que pasó tambien á Cataluña.

Ahora nos es forzoso separarnos de estos distritos, llamándonos como nos llaman la atencion el nuevo grito de guerra que resuena al otro lado de los Pirineos y los preparativos que en su desesperacion dispone el frances para volver á la heróica España. ¡Vanos esfuerzos que solo servirán para aumentar su confusion, sus derrotas, su ignominia!



CAPITULO XLIII.

Nombra Napoleon á Soult su lugarteniente en España.—Llega este mariscal á San Juan de Pié de Puerto.—Sus disposiciones y proclama.—Fin del reinado de José.—Sitio de San Sebastian.—Posicion de esta plaza.—Asalto infructuoso.—Cámbiase el sitio en bloqueo.—Proyectos del mariscal Soult.—Posiciones de los ejércitos.—Movimientos de los franceses.—Ataques en diversos puntos de la línea.—Retíranse los franceses.—Se estrecha el sitio de San Sebastian.—La asaltan los aliados.—La entran á viva fuerza.—Es incendiada por los anglo-portugueses.—Escandaloso saqueo y atrocidades que estos cometen.—Magnánima resolucion de los guipuzcoanos.—Cuarto ejército español.—Sus acantonamientos.—Batalla de San Marcial.—Atacan los aliados el castillo de San Sebastian.—Se rinde.—Cataluña.—Posiciones sobre las tropas aliadas.—Accion de Sadurni.—Levantan los aliados el sitio de Tarragona.—Evacuan los franceses esta plaza.—Entra en ella Sarsfield con su division.—Tercer ejército español en el Ebro.—Choque que sostiene.—Pasa á Navarra.—Deja su mando el duque del Parque y lo toma el príncipe de Anglona.—Suchet en el Llobregat.—Bentinck en Villafranca.—Combate en Ordal.—El Austria declara guerra á la Francia.

Cuando engreido todavia Napoleon con los halagos que la fortuna le habia prodigado en el discurso de su prodigiosa carrera, no queria aun persuadirse de que esta veleidosa deidad se disponia á darle el último á Dios, vino súbito á herir sus oidos la cruel noticia de la derrota de sus ejércitos en España, junto con la de la presencia de los aliados en la frontera de su imperio, dentro del cual se disponian estos á desplegar sus victoriosas banderas. Alarmado con tan terrible nueva, y persuadido, no sin razon hasta cierto punto, de que tales desgracias tenian orígen en la impericia de su hermano José y del mariscal Jourdan, separólos inmediatamente del mando, nombrando para sucederles al mariscal Soult bajo el título de lugarteniente del emperador en España, determinacion que tomó en Dresde por decreto de 1.° de julio de 1813.

El 12 del mismo mes llegó Soult á San Juan de Pié de Puerto y recibió de José, ó mas bien de su mayor general Jourdan, el mando del ejército que encontró abatido y desorganizado. Refundió, pues, en uno solo los que antes se apellidaban del norte, Portugal, mediodia y centro, denominando al formado ahora ejército de España, y distribuyéndolo en nueve divisiones, repartidas en tres grandes cuerpos, á saber: el de la derecha á las órdenes del conde Reille, el del centro á las del conde d' Erlon, y el de la izquierda á las del general Clausel. Compuso ademas una reserva que dirigia el general Villatte, junto con dos divisiones de caballería pesada conducidas por los generales Tilly y Treilhard, y otra ligera de la misma arma que regia el general Soult, hermano del mariscal.

Al encargarse este del mando en gefe, dió una proclama á las tropas, en la cual figuraban entre otras estas arrogantes palabras: «Culpa es de otros el estado actual del ejército: sea gloria nuestra el mejorarle..... He dado parte al emperador

« de vuestro valor y de vuestro celo..... Son sus órdenes echar al enemigo de estas « cumbres, desde donde atalaya nuestros fértiles valles, y forzarle á repasar el «Ebro..... Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española, y de ella sa-« caremos los recursos que nos sean necesarios... Fechemos en Vitoria nuestros pri-« meros triunfos, y celebremos allí el dia del cumpleaños del emperador.....» Los resultados vinieron en breve á manifestar el valor de las fanfarronadas de Soult, frustrando sus codiciosos deseos, no satisfechos aun con sus grandes usurpaciones anteriores.

El mismo dia en que Soult tomó el mando, partieron de San Juan de Pié de Puerto el rey José y el mariscal Jourdan, este para lo interior de Francia, aquel para Saint-Esprit, arrabal de Bayona, al otro lado del Adour. De un modo tan desairado terminó José su transitorio reinado, despreciado hasta de su mismo hermano, quien sin guardarle consideracion alguna, confirió al duque de Bellune la lugartenencia de España, á nombre solo y en representacion de la corona de Francia.

El nuevo general frances se dispuso á dar principio al plan anunciado en su pomposa proclama, socorriendo ante todo á Pamplona y San Sebastian, asediadas ya, animándole á ello el malogro de las primeras tentativas de los aliados contra la última de dichas plazas, de cuyo cerco es justo que ya hablemos algo.

Asiéntase San Sebastian, ciudad de 13,000 habitantes, con puerto de menguada concha y escaso fondo, en una especie de península al pié de un monte entre dos brazos de mar, desaguando en el que está mas al cierzo el Urumea, rio no muy caudaloso. La plaza comunica con tierra por un istmo que á primera vista le da las apariencias de fuerte, no teniendo otro camino para llegar á ella sino el mismo istmo, amparado del hornabeque de San Cárlos y del recinto principal, dominados y defendidos ambos por el castillo de Santa Cruz de la Mota, situado en lo alto del monte en que se respalda la ciudad. Poco dura la ilusion que se forma sobre las apariencias en cuestion, toda vez que la flaqueza de la plaza se descubre luego, á poco que se reflexione, pues si bien la resguardan por tierra bien dispuestas obras provistas de doble recinto, contraescarpa y camino cubierto, no asi del lado de la Zurriola y el Urumea, engañado quizá quien trazó allí el muro con las aguas que por el pié le bañan, sin echar de ver los puntos que quedan vadeables y aun en seco con el baja mar, y con el padrastro ademas de ciertas dunas ó méganos que corren lo largo de la márgen del rio y sojuzgan la línea. Lo estraño es que habiéndose tocado las consecuencias de este gran defecto en el año de 1719, pues de él se aprovechó el mariscal de Berwick para tomar la plaza, no se hubiera puesto remedio á él, despues de transcurrido desde entonces cerca de un siglo.

Antes de abandonar aquella parte de España, aumentaron los franceses la guarnicion de San Sebastian hasta el número de 4,000 hombres á las órdenes del general Rey, militar de bastante buena opinion entre los suyos; y si bien los españoles bloquearon en un principio la plaza, solo formalizaron el sitio los anglo-portugueses, como se dijo antes, á las órdenes siempre de sir Thomas Graham, quien resolvió dirigir el ataque contra el lado descubierto y débil de la Zurriola.

Llevando adelante este plan, colocaron los aliados fuertes baterías en las alturas á la derecha del Urumea, anhelando abrir brecha entre el cubo de los Hornos y el de Amezqueta, situados en el lienzo de muralla frontero. Dirigieron los demas fuegos contra el castillo y hornabeque de San Cárlos, adelantando por la lengua ó istmo otros trabajos.

A la entrada de este y como á unas 800 varas de la plaza estaba situado el convento de San Bartolomé, del cual quisieron apoderarse los aliados, juzgándolo paso conveniente, y prévio el acometimiento de las otras obras y del recinto principal.

Comenzó el ataque en la noche del 13 al 14 de julio, disparando los ingleses hasta con bala roja. Destruyóse el convento; mas no por eso le entraron los sitiadores, permaneciendo en las ruinas los contrarios y sosteniéndose bizarramente, con lo que incomodados los ingleses, cargaron á la bayoneta, acabando por apoderarse el dia 17 de aquellos escombros despues de quedar tendidos sobre ellos mas de 250 de los

defensores. Los aliados avanzaron á continuacion, pero poco, viéndose detenidos hasta el 20 por un reducto circular que en el istmo habia.

El general Graham intimó entonces la rendicion á la plaza, pero el gobernador Rey no quiso admitir el parlamento, por lo cual decidieron los ingleses dar el asalto, juzgando practicable la brecha aportillada entre los dos cubos. La embestida tuvo lugar al amanecer del 25, formando la columna de ataque la brigada del mayor general Hay, que tenia otra en reserva, todas bajo el mando del mayor general Oswald. Los sitiadores desplegaron en esta acometida un valor y una serenidad dignos de los mejores soldados; mas á pesar de todo, malogróse la tentativa, ya por estar todavía intactos los demas fuegos de la plaza que abrasaban á los aliados, ya por la misma distancia que mediaba entre las trincheras y la brecha y ser aquel tránsito de piso muy pedregoso, lleno de plantas marinas y aguazares

Lord Wellington llegó poco despues delante de San Sebastian, y queriendo repetir el asalto, no solo le hicieron suspender su resolucion los movimientos del mariscal Soult, sino que le obligaron tambien á convertir el sitio en bloqueo, embarcando la artillería en Pasages, aunque sin abandonar por eso las trincheras y algunos trabajos.

No estaban ahora demas las precauciones de Wellington, porque Soult en efecto dió indicios de abrir su proyectada campaña. Ya digimos que el socorro de San Sebastian y Pamplona eran sus primeros objetos, pensando atender primero á la segunda, que por su posicion y mayor distancia era mas difícil de socorrer.

Los intentos de Soult, aun todavía no bien conocidos, ponian á Wellington en apurado estremo, porque teniendo que atender á dos puntos bloqueados, distantes entre sí 16 leguas, y obligando á cubrir muchos pasos en pais montañoso, á veces inaccesible ó falto de comunicaciones laterales, era sumamente arduo salir airoso de tan difícil empresa, importando por una parte no dejar indefenso ningun parage, y siendo por otra arriesgado diseminar sus fuerzas en ocasion que el enemigo era dueño de elegir el punto de ataque y de acometerlo con golpe de gente muy superior y mas respetable.

Práctico el mariscal Soult en la guerra de España, dispúsose de antemano á la nueva invasion, recogiendo en San Juan de Pié de Puerto muchos víveres y pertrechos. Los dos ejércitos que se observaban en las respectivas fronteras acampaban sobre cumbres distantes entre sí medio tiro de cañon, aproximándose los centinelas y puestos avanzados hasta unas 150 varas. Los aliados ocupaban las posiciones siguientes: la brigada del general Bying y la division de D. Pablo Morillo formaban la derecha, cubriendo el puerto de Roncesvalles. Sosteníalas apostado en Viscarret sir Lowry Cole con la cuarta division británica, componiendo la reserva la tercera del cargo del sir Thomas Picton, que se alojaba en Olaque. Estendíase por el valle de Bastan á las órdenes del general Hill parte de la segunda division inglesa y la portuguesa del conde de Amarante, destacada solo la brigada de Campbell en los Alduides. La division ligera y séptima acantonábanse en la altura de Santa Bárbara, villa de Vera y puerto de Echalar, y se daban la mano con los que guarnecian el Bastan. Servia de reserva á estas tropas en Santisteban la sesta division inglesa. D. Francisco Longa con la suya mantenia las comunicaciones entre esta izquierda de los aliados y las divisiones del cuarto ejército español colocadas á orillas del Bidasoa y en los pueblos de Guipúzcoa.

Siendo el plan del mariscal Soult acometer á un tiempo por Roncesvalles y por el puerto de Maya, término del Valle de Bastan, reunió para ejecutarlo en San Juan de Pié de Puerto el 24 de julio sus alas derecha é izquierda con una division del centro y dos de caballería. El movimiento del lado de Roncesvalles lo dirigia Soult en persona al frente de 35,000 hombres, dejando el del lado de Maya al cuidado de Drouet con 13,000. Empezó la acometida en la mañana del 25 hácia las entradas de Roncesvalles, cuya posicion defendió tenazmente el general Bying apoyado por sir Lowry Cole, hasta que en la tarde se replegaron ambos á Lizoain y cerca-

nias de Zubiri, para evitar ser envueltos por la superioridad de las fuerzas contrarias. Defendió entonces tambien largo rato el edificio y fábrica de municiones de Orbaiceta el regimiento de Leon, dirigido por el teniente coronel Aguier. En la misma mañana empezó á obrar por el puerto de Maya el general Drouet, queriendo habérselas especialmente con la division del conde de Amarante, colocada á la derecha. Sagaz el gefe frances, y deseando engañar á su contrario, se limitó al principio á ligeros amagos, recogiendo en seguida su gente en una montaña detras de un paso angosto, de donde salió rápidamente en la fuerza del calor del dia, y aprovechando el descuido de dos centinelas puestos de atalaya en un alto, desalojó á los aliados de su posicion. Repuestos estos de la sorpresa, y ayudados de la brigada del mayor general Barnes, la recobraron luego, y solo la abandonaron cuando sabiendo Hill lo ocurrido en Roncesvalles, mandó se replegasen todos sobre Irurita. Pelearon los aliados en este dia por espacio de 7 horas, perdiendo 4 cañones y 600 hombas. Wellington, en camino de San Sebastian, no supo hasta la noche los aciagos sucesos del dia.

El general Drouet permaneció en el puerto de Maya sin hacer movimiento alguno en todo el 26: no asi Soult que avanzó en la tarde del mismo dia, intentando nuevos ataques. Hallábanse los aliados prevenidos y mas fuertes, habiendo avanzado el general Picton á sostener á los de Lizoain, y juntos todos, se replegaron escaramuzando á un puesto ventajoso, donde se mantuvieron firmes y formados en batalla hasta despues de cerrada la noche. El 27 continuaron retirándose á fin de buscar un sitio mas propio para cubrir el bloqueo de Pamplona, apostando con este objeto su derecha enfrente de Huarte, y su izquierda en los cerros que hacen cara al pueblo de Villaba, descansando parte (inclusos los regimientos españoles del Príncipe y Pavía) en un viso que resguarda el camino de Zubiri y Roncesvalles, y parte en una ermita detras de Sorauren, via de Ortiz. Colocáronse cerca y de respeto la division de D. Pablo Morillo y el conde del Abisbal con todo el ejército de reserva de Andalucía, escepto 2,000 hombres destinados al bloqueo de Pamplona, quedando la caballería inglesa del mando de sir Stapleton Cotton á la derecha sobre Huarte, como único descampado en donde podia maniobrar.

La noticia de la aproximacion del mariscal Soult alborozó á los franceses de la plaza, decidiéndolos á hacer alguna salida, cuyo éxito les proporcionó ocasion de aumentar su pasagero júbilo. Por ausencia del conde del Abisbal dirigia el bloqueo D. Cárlos España, estando á sus ordenes D. José de Aymerich con los dos mil hombres del ejército de Andalucía que alli habian quedado. Los franceses acometieron á este último, cogiéndole algunos cañones, y el daño hubiera sido mayor á no ser por la serenidad de D. Cárlos España que rechazó briosamente á los sitiados y los hizo acogerse á la plaza.

El 27 llegó Wellington á las estancias en que Picton y Cole se habian situado aquel dia, casi á tiempo en que Soult, teniendo á sus inmediatas órdenes á los generales Reille y Clausel, empezaba á formar su gente en una montaña que se dilata desde Ortiz hasta Zubiri. Aqui y en otros puntos vecinos colocó dicho mariscal un cuerpo numeroso de caballería, destacando por la tarde una columna para apoderarse de una eminencia empinada, á la derecha de la division del general Cole. Ocupábanla un regimiento portugues y el español de Pavía mandado por su bizarro coronel D. Francisco Moreda, defendiendo ambos el puesto denodadamente y á la bayoneta. La importancia de aquel punto exigia los mayores esfuerzos por conservarlo, y asi reforzólo Wellington con el regimiento ingles número 40 y con el español del Príncipe á las órdenes de su benemérito teniente coronel D. Javier Llamas. Con esto se logró frustrar allí los intentos de Soult; pero no pudo evitarse que se apoderára de Sorauren, en el camino de Ortiz, sosteniendo un vivo fuego de fusilería todo lo largo de la línea hasta boca de noche, preludio de mayores empeños al siguiente dia.

En la mañana de este incorporóse á los de Wellington la division del general Pack, siendo destinada á ocupar las alturas del valle de Lanz, á retaguardia de Cole.

Atacóla luego el mariscal Soult con superiores fuerzas; pero fué rechazado con pérdida de alguna gente. Repitió su ataque el frances para apoderarse de una ermita próxima, pero sus esfuerzos no le dieron mejor resultado. Estendióse entonces la pelea por todas las cimas, y en sus diferentes puntos tocó á los franceses la peor parte, menos en el que se alojaba la brigada de la cuarta division británica que mandaba el general Ross, en donde consiguieron ventaja, situándose en la misma linea de los aliados; pero acudiendo prontamente el general ingles recuperó lo perdido. Rechazado Soult en todos los sitios empezó á perder la esperanza de auxiliar á Pamplona, y para quedar desembarazado en la retirada que ya temia, envió cañones, heridos y muchos bagages camino de San Juan de Pié de Puerto.

Ninguna operacion tuvo lugar el dia 29, permaneciendo los ejércitos observándose mútuamente. El general Hill recibió órden de aproximarse adonde estaba Wellington, marchando sobre Lizaso: lo mismo se ordenó á Dalhousie, debiendo este prolongar su estancia hasta Murcalain para afianzar las comunicaciones del ejército, que se puso asi todo en inmediato contacto. Los franceses por su parte se reconcentraron tambien, arrimándose al cuerpo principal el general Drouet en observacion del general Hill.

Los movimientos de los aliados decidieron al mariscal Soult á auxiliar á San Sebastian, ya que no habia podido hacerlo á Pamplona, y como lo que mejor podia favorecer su proyecto era la celeridad, dispuso sacar repentinamente tropas de su izquierda para robustecer su derecha, tratando de abrise paso por el camino de Tolosa, abrazando la izquierda de los aliados. Advirtió lord Wellington esta maniobra antes de amanecer el dia 30, y penetrando desde luego los intentos de su contrario, determinó atacarle en sus mismos puestos, aunque tan fuertes. Para ello ordenó á lord Dalhousie envolver la derecha enemiga trepando á la cresta de la montaña que tenia delante, y lo mismo mandó respecto de la izquierda á sir Thomas Picton, debiendo este dirigirse camino de Roncesvalles. Efectuados estos movimientos por los flancos, arremetieó Wellington por el frente, y con tanto acierto y vigor, que los franceses se retiraron abandonando aquellas posiciones en que tanta confianza tenian.

Mientras tanto atacó el general Drouet á sir R. Hill, consiguiendo á beneficio de un rodeo envolver su iquierda y obligarle á retroceder hasta colocarse en unos cerros cerca de Eguarás, en los que firme el ingles burló todos los esfuerzos del frances para desalojarle, dando asi tiempo á Wellington para que desembarazado del mariscal Soult se situase antes de anochecer en Olague á retaguardia de Drouet, quien sabedor de ello, se escabulló diestramente durante la noche por el paso de Doñamaría, dejando dos divisiones que cubriesen la retirada. Reforzado á la sazon Hill, fué tras de ellos y logró ahuyentarlos.

Lord Wellington se movió al mismo tiempo via de Velate sobre Irurita, inclinándose á Doñamaría, y el general Bying cogió por su parte en Elizondo un convoy de municiones de boca y guerra. El 1.° de agosto continuaron los aliados la persecucion del enemigo por los valles del Bidasoa y del Bastan, posesionándose del punto de Maya, y al caer de la tarde hallábanse ya la divisiones aliadas casi en el mismo campo donde habian empezado las operaciones ocho dias antes. El enemigo por su parte volvió á entrar en Francia en un estado poco lisonjero y bastante á amenguar la arrogancia de Soult.

La distancia en que se encontraban las principales fuerzas del cuarto ejército español, no les permitió tomar parte en estos combates, mas no por eso dejaron de coadyuvar al definitivo éxito. Supo su general al amanecer del 1.° lo ocurrido por el lado de Pamplona, y previendo que alguna columna enemiga se replegaria por Santisteban, accedió á la propuesta de D. Francisco Longa que quiso incomodarla, mandando ademas á D. Pedro de la Bárcena ocupar con la primera brigada de su division los puntos de Vera y Lesaca. Noticioso Longa de que los enemigos iban en retirada, adelantó tres compañias al puente de Yanci, y sostenidas estas por Bárcena, disputaron el paso á los franceses por espacio de cinco

horas el dia 1.° de agosto. Este glorioso reencuentro, tan honroso á las armas españolas, mereció justos encomios de lord Wellington. Ascendió la pérdida del ejército aliado en el contínuo pelear de estos dias á 6,000 hombres entre muertos, heridos y estraviados, y pasó de 8,000 la de los franceses.

Quiso lord Wellington aprovechar el tiempo que necesariamente tenia que emplear Soult en reponerse de su descalabro, para apretar por su parte el sitio de San Sebastian. Suspendido este en julio, emprendióse de nuevo el 25 de agosto, proponiéndose los ingleses franquear mas las brechas anteriores y abrir otra en el semibaluarte de Santiago, á la izquierda del frente principal. Con este objeto aumentaron baterías en el istmo y al otro lado del Urumea. Tambien desembarcaron fuerzas en la isla de Santa Clara, roca erguida á la boca del puerto y la tomaron, haciendo prisioneros á unos 30 soldados que la guardaban.

El 31 de agosto, creyéndose las brechas bastante practicables, se dispuso el asalto, y á las once de la mañana, hora de la baja mar, salieron de las trincheras las columnas de ataque. Fué impetuoso en verdad, y no con menor brio lo recibió el enemigo. En la lucha encarnizada á que dió lugar, el resultado hubiera sido ventajoso al frances, si por dicha de los aliados no se hubiese prendido fuego á un acopio de materias combustibles almacenadas cerca de la brecha, causando tan horrible estampido, que los enemigos se sobrecogieron y espantaron, aprovechando entonces los anglo-portugueses esta confusion para apoderarse de la cortina y meterse dentro de la ciudad. Los franceses, ya en desórden, se refugiaron dentro del castillo, cogiendo los aliados en la retirada unos 700 prisioneros. Tuvieron los sitiadores mas de 500 muertos y sobre 1,500 heridos, contándose entre los primeros al ilustre ingeniero sir Ricardo Fletcher, principal trazador de las memorables líneas de Torres-Vedras.

El triunfo de los anglo-portugueses fué seguido de tristes sucesos que por no manchar nuestras páginas quisiéramos omitir; pero somos historiadores, y no está en nuestra mano pasar por alto semejantes acontecimientos, por mas que escandalicen, repugnen y degraden á la humanidad.

Los pacíficos habitantes de la leal ciudad de San Sebastian, saltando de júbilo por encima de sus arruinados edificios, y despreciando el silbido de las balas que aun se cruzaban, salieron con los brazos abiertos al encuentro de los que miraban como libertadores, y estos respondieron á tan fraternales demostraciones de afecto con amenazas, insultos y malos tratos. Tan inesperadas primicias anunciaban ya á los infortunados vecinos todo lo que podian esperar de sus nuevos huéspedes. Los temores de la poblacion se realizaron pronto, entrando los aliados en San Sebastian como pudiera hacerlo en una ciudad enemiga un ofendido y sanguinario conquistador, que impulsado de antiguos resentimientos la condenára á la destruccion y al pillage. Robos, violencia, muertes, horrores inauditos sucediéronse con presteza y atropelladamente. El frenético ingles no perdonó ni el pecho indefenso del jóven, ni la encanecida cabeza del anciano, ni el inocente cuello del infante: nada sirvió de escudo á la crueldad; nada pudo evadirse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa forzaba á las hijas en el regazo de las madres y á las esposas en los brazos de los maridos, y como sino bastase tanto horror, fué preciso que viniese á aumentarlo el incendio á que la poblacion fué entregada, quedando solo en pié 40 casas de mas de 600 que antes contaba San Sebastian, y de las cuales solo 60 habian sido destruidas durante el sitio. Caudales, mercaderías, papeles..... todo pereció entre las llamas, inclusos los archivos del consulado y ayuntamiento, precioso depósito de esquisitas memorias y antigüedades. Mas de 1,500 familias quedaron reducidas á la miseria, maldiciendo al inicuo aliado, que con tanta y tamaña ingratitud pagaba el heroismo del pueblo cuyo arrojo habia alejado de sus peñascos al coloso de las Tullerías... ¿Qué mas pudieran haber hecho las hordas mas salvages del Africa?

Las autoridades españolas pusieron el grito en el cielo, y el ayuntamiento y muchos vecinos reunidos en la comunidad de Zubieta elevaron á lord Wellington enér-



Perez d. y lit.º   Lit. de Perez y Donon

BATALLA DE SAN MARCIAL.

gicas y sentidas representaciones, aunque todas inútiles; mas lo que no alcanzaron del apático caudillo británico, consiguiéronlo del noble fuego de amor patrio que ardia en sus magnánimos pechos, siendo dignas de eterna memoria las actas de las tres sesiones celebradas en aquel sitio, de las cuales resultó no solo la esplotacion de medios para enjugar las lágrimas de tantos infelices, sino tambien la gigantesca idea de hacer renacer la ciudad de entre sus mismas cenizas. Reedificóse en efecto San Sebastian en pocos años á espensas de sus solos moradores, siguiéndose en su construccion una tan hermosa traza, que distingue con razon á aquel pueblo entre las poblaciones modernas. Pero la bella, galana y elegante perspectiva que ofrece ahora aquella ciudad, si bien honran de un modo estraordinario á los hijos de su heróico suelo, es tambien un padron de ignominia para las huestes británicas, cuyo oprobio en tal ocasion solo puede parangonarse con el de que siguen cubriéndose en las remotas regiones de la India, devastadas en términos análogos por el sanguinario breton.



Los ingleses en San Sebastian.

Pensando los franceses en socorrer á San Sebastian desde que se renovó el sitio en agosto, intentaron verificarlo por donde estaba el cuarto ejército, á cuyo frente se hallaba ya un nuevo gefe, pues D. Francisco Javier Castaños habia sido llamado á Cádiz para desempeñar su plaza en el Consejo de Estado, y destinado tambien á Cataluña el que hacia sus veces D. Pedro Agustin Giron. Sucedió á ambos el mariscal de campo D. Manuel Freire, que tomó posesion de su cargo el 9 de agosto en Oyarzun, quedándose tambien por este lado Giron para mandar el ejército de reserva de Andalucía, de resultas de haber partido para Córdoba con licencia temporal el conde del Abisbal á restablecerse de antiguas dolencias. El cuarto ejército se encontraba á la sazon hácia los mismos sitios de antes, aunque mas avanzado á la frontera, hallándose la tercera division en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en San Marcial, y la séptima en Irun y Fuenterrabía. Estos eran los puntos de la primera estancia. A retaguardia formaba segunda línea ó reserva detras de la tercera division, ó sea derecha, la de D. Francisco Longa y dos brigadas de la cuarta division británica, que ocupó unas alturas á la derecha del monte de Aya. Una brigada portuguesa se situó en Lesaca, y por la izquierda y á la espalda de Irun permaneció la primera division británica del mando del general Howard y la brigada de lord Aylmer.

El 31 de agosto muy de mañana presentáronse considerables fuerzas enemigas

en los vados de Socoa y Saraburo para pasar con rapidez el Bidasoa por el último, como lo consiguieron, arrollando los puestos avanzados de los españoles, y posesionándose de la altura de Irachával, punto arbolado y por lo tanto propio para ocultar las columnas de ataque y moverlas encubiertamente. Asi lo dispusieron, amagando por su derecha á San Marcial, via del monte de los Lobos, y procurando por su izquierda apoderarse de la posicion importante de Loroya, introduciéndose para ello en la encañada de Erculi. En este punto fueron rechazados completamente por el regimiento de voluntarios de Asturias, por el primero de tiradores cántabros y por algun otro. Mejor fortuna tuvieron al principio los franceses hácia San Marcial, pero gozaron poco sus ventajas, pues acudiendo luego el regimiento de Laredo y otros refuerzos, se vieron precisados á ceder y regresar bien escarmentados al punto de donde habian salido.

Firme el frances en su propósito, repitió nuevos ataques para apoderarse de Soroya, pero todos infructuosos, aunque con la desgracia por nuestra parte de caer muerto en una de las embestidas el bizarro coronel de Asturias D. Fernando Miranda, cuya muerte fué muy sentida en el ejército.

En la misma mañana, y al amparo de su artillería, echaron los enemigos un puente volante junto al punto llamado de las Nasas, por el que atravesando aceleradamente sus columnas, dirigiéronse á penetrar hasta el puerto de San Marcial acometiendo al centro nuestro y á parte de la derecha; pero repeliólas con singular intrepidez y valor la primera brigada de la quinta division conducida á la victoria por su tan valiente cuanto despues desgraciado comandante general D. Juan Diaz Porlier, habiendo tambien acudido á la accion el segundo batallon de marina, que corrió á sostener á sus compañeros desde la eminencia de Portó.

Rechazados los enemigos de todos los puntos, no desmayaron aun, antes bien atacaron con vigor el último sitio citado y toda la izquierda de los españoles. Estaba aquel guarnecido principalmente por la segunda brigada de la tercera division que dirigia D. José María Ezpeleta, quien recibió firme y con serenidad á un sin número de cazadores que apoyados en dos columnas de infantería le embistieron enérgicamente. No pudieron, sin embargo, impedir los nuestros que en el primer ímpetu se apoderasen los contrarios de las barracas de un campamento establecido en una de aquellas cimas; mas con la oportuna llegada de la cuarta division, sostenida por la primera de Porlier y el segundo batallon de marina, mandados ahora uno y otra por D. Gabriel de Mendizabal, fueron arrollados y acosados los franceses en términos que espelidos de todos los puntos y tambien del de Portó, que cerraba por allí la línea, comenzaron á repasar el rio, hostigados siempre por nuestras tropas. Distinguiéronse ahora, ademas de los ya espresados, los regimientos de Guadalajara, segundo de Asturias y la Corona, y en la última carga tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa que dirigia D. Juan Ugartemendia. Merece tambien honorífica mencion la segunda compañía de artilleros acaudillada por don Juan Loriga.

Al mismo tiempo que los enemigos se replegaban por el puente de las Nasas, abandonaron igualmente en nuestra derecha el monte de Irachával y cruzaron el Bidasoa por el vado de Saraburo, aunque con bastante molestia, por haberse hinchado el rio con la lluvia que empezó á la tarde y arreció despues estraordinariamente.

No descuidaron los franceses el llamar la atencion de los nuestros por los vados superiores, y aun atacaron por el estremo de la derecha española, enfrente de donde se alojaba la novena brigada portuguesa, en cuya ayuda mandó Wellington al general Inglis, quien con su division impuso respeto á los enemigos, obligándoles á desistir de su empeño.

Vencidos, pues, los franceses en todos los puntos y batidos hasta dentro de su mismo territorio, terminó esta accion el 31 de agosto con harta gloria para los españoles y no poca para D. Manuel Freire, que la dirigió atinada y metódicamente. Llamáronla de San Marcial, del nombre de la sierra asi titulada, no siendo la pri-

mera vez que en este punto han triunfado nuestras armas de las estrangeras, pues la ermita que se divisa en su cumbre recuerda al frances el descalabro que padecieron allí sus huestes el dia de aquel santo del año 1522, en la accion que les ganó D. Beltran de las Cuevas, primogénito de los duques de Alburquerque.

Perdieron los españoles en esta memorable jornada entre muertos y heridos 1,658 hombres, muchos mas los franceses, y muy pocos los anglo-portugueses, no habiendo estos apenas tomado parte en la accion. Wellington se presentó solo á lo último, y justo apreciador del valor de nuestras tropas, decia de ellas en el parte que dió de esta accion, «que se habian portado en San Marcial *como las mejores del mundo.*»

En medio de tantos desastres sufridos por los franceses, permanecia firme el general Rey en el castillo de San Sebastian desechando las proposiciones que le hicieron los aliados el 3 de setiembre, en cuya vista resolvieron estos estrecharle mas. Para ello el dia 5 tomaron el convento de Santa Teresa, cuya huerta estaba contigua al cerro del castillo, pudiendo los enemigos desde sus cercas molestar á los sitiadores.

Reduplicaron despues los aliados sus baterias, anunciando á los contrarios su próxima destruccion 59 morteros, obuses y cañones, y entonces, conociendo los franceses lo inútil de su resistencia, capitularon y se entregaron prisioneros en la tarde del dia 8. De toda la guarnicion de San Sebastian solo quedaban vivos 80 oficiales y 1,756 soldados: los demas hasta 4,000 habian perecido en la defensa de la plaza y del castillo. Los ingleses perdieron en todo el sitio 2,490 hombres entre muertos, heridos y estraviados.



Reconquista de San Sebastian.

La fortuna que tan á manos llenas habia derramado sus favores sobre las armas aliadas en las márgenes del Bidasoa, no se mostraba siempre con ellas tan propicia en Cataluña. Dejamos á lord Bentinch, al terminar julio, sitiando á Tarragona con la division de Wittingam y la primera del tercer ejército, apostadas las otras en las inmediaciones. La plaza quedó del todo rodeada el 1.° de agosto. El general Copons se aproximó tambien con su ejército, incomodando con él á los franceses y cortándoles las comunicaciones y subsistencias.

A esto último ayudó en gran manera la acometida que en la madrugada del 7 de agosto dió D. José Manso á un batallon de italianos que custodiaban en San Sadurní los molinos que en grande abundancia suministraban harinas á los contrarios,

consiguiendo sobre ellos tan señalado triunfo, que solo se salvaron 300 de los 700 allí apostados. Los demas fueron ó muertos ó prisioneros, inutilizando Manso los molinos y apoderándose de gran porcion del acopio de harinas que en aquel sitio habia, repartiendo las otras entre los paisanos.

Por mas que Suchet ansiase socorrer á Tarragona, y principalmente salvar su guarnicion, esperaba para verificarlo á que se le reuniesen los generales Decaen, Mathieu y Lamarque, cuyas fuerzas juntas ascendian á 30,000 hombres, inferiores quizas en número á las de los aliados, pero superiores por ser mas compactas y aguerridas. El conocimiento de la calidad de las suyas exigia de lord Bentinck detenimiento y prevision. Reunidos los generales enemigos, resolvieron avanzar, yendo Decaen la vuelta de Valls y del Francolí, y el mariscal Suchet por el camino de Vendrell y Altafulla.

Lord Bentinck, aunque se colocó en órden de batalla delante de Tarragona, no lo hizo con ánimo de pelear, sino para disfrazar su retirada, que emprendió la noche del 15. Siguiéronle en ella los franceses los dias 16 y 17 hasta los desfiladeros del Hospitalet que no franquearon, pensando solo Suchet en demoler y evacuar á Tarragona. Verificólo asi, haciendo volar la noche del 18 todas las fortificaciones. Bertoletti con sus 2,000 hombres se incorporó á su ejército, reconcentrado ahora en la línea del Llobregat.

La division española del segundo ejército mandada por D. Pedro Sarsfield entró al dia siguiente en Tarragona, y de entre sus ruinas sacó cañones y otros aprestos militares. Quedó en Reus y Valls la division de Wittingham: lord Bentinck volvió á situarse en Villafranca, ayudado por su izquierda del general Copons, apostado en Martorell y San Sardurní.

El tercer ejército se dirigió á la derecha del Ebro, yendo desde las inmediaciones de Tarragona por Tivisa y Mora la primera y segunda division al mando del príncipe de Anglona, y la tercera con artillería, bagages y algunos ginetes por Amposta, á las inmediatas órdenes del general en gefe duque del Parque. Los pocos recursos con que este contaba para verificar el paso le impidieron hacerlo con la necesaria rapidez, dando tiempo al general Robert para salir de Tortosa el 19 y realizar una fuerte acometida, la que fué rechazada por el valor y serenidad de los nuestros, consiguiendo el duque pasar con sus tropas el rio sin mayor quebranto.

La órden de Wellington para que este tercer ejército se trasladase á Navarra á fin de unirse á los que allí lidiaban, le hizo emprender su marcha para aquel punto, llegando á Tudela al promedio de setiembre, de donde parte de él se dirigió á reforzar el bloqueo de Pamplona, teniendo á su frente al príncipe de Anglona, quien á poco tomó el mando de todo aquel ejército, retirándose el duque del Parque afligido de achaques.

En lugar del tercer ejército fueron á Cataluña algunas divisiones del segundo, siendo destinada á estrechar el sitio de Tortosa la quinta, que capitaneaba don Juan Martin el Empecinado.

El mariscal Suchet entretanto habia afirmado su estancia en la línea del Llobregat, fortificando la cabeza del puente de Molins de Rey y construyendo algunos reductos á la izquierda de aquel rio.

Lord Bentinck permanecia en Villafranca y pueblos de enfrente, y en el dificil paso de Ordal, distante tres leguas, colocó al coronel Adams con una columna compuesta de un regimiento británico, otro calabrés y una brigada de la division española de Sarsfield, que mandaba D. José de Torres. Situóse á éste en la izquierda con dos compañías inglesas, y en lo alto de la eminencia llamada la Cruz de Ordal á los calabreses, metidos en un reducto antiguo y dueños de cuatro cañones pequeños, apostándose en la derecha el resto de las fuerzas inglesas.

No le gustaba á Suchet ver á los aliados ocupando aquella posicion: para arrojarlos de ella, tuvo que ponerse de acuerdo con Decaen, no presentándose fácil la empresa, siendo Ordal escarpado sitio, con avenida que culebrea por largo espacio y ciñen vecinos cerros. Previstas todas estas dificultades por el mariscal

frances, le pareció lo mas oportuno acometer de repente y de noche á los aliados con ánimo de sorprenderlos.

Trabóse la refriega la noche del 12 al 13, habiendo adelantado el general Mesclop, que se hallaba á la cabeza de la columna del general Arispe, muchos tiradores apoyados de otras fuerzas contra la izquierda aliada, en donde se apostaban los españoles, los cuales tenian tambien parte de su gente en el camino real. Primera y segunda vez se estrellaron los esfuerzos del frances contra el valor y serenidad de nuestros soldados. Generalizóse luego el fuego por toda la línea, con la desgracia de quedar herido á poco gravemente el coronel Federico Adams, por lo cual recayó el mando en D. José de Torres. Irritados los enemigos al verse rechazados, redoblaron sus esfuerzos para un nuevo ataque, y en la primera furia de su acometida desalojaron á los nuestros de un puesto importante que se recobró luego, debiéndose en particular el triunfo á los granaderos y cazadores de Aragon, á dos compañías inglesas, y á los tiros de metralla de la artillería británica en la Cruz de Ordal. La temeridad del frances se aumentaba con la resistencia de los aliados, y asi, luego que vió el enemigo frustradas sus tentativas por este lado, ideó otra sobre la derecha que amparaban los ingleses, destacando en contra suya la division de Habert que logró su objeto arrollando á los que se le oponian. Este descalabro obligó á ciar á los de la izquierda y centro, dirijiéndose hácia San Sadurní en busca de las fuerzas del general Copons que andaban por allí y por Martorell. Los españoles se unieron á los suyos, mas los calabreses encontrándose con tropas de Decaen, tuvieron que retroceder, y cruzando el camino de Barcelona, lograron embarcarse en Sitges, perdiendo los cañones, mas no los soldados estraviados, que consiguieron incorporarse con D. José Manso. Los restos de la derecha aliada de Ordal se unieron á Bentinck, el cual avanzó al rüido de la contienda, retrocediendo luego que supo su infeliz desenlace. No hubo despues acciones de importancia, replegándose al Llobregat el mariscal Suchet y los aliados á Tarragona, cuyo gefe, Bentinck, entregó en breve el mando á sir Guillermo Clinton, á cuyo general acompañaba una bien adquirida reputacion.

Estos sucesos, aunque desgraciados, eran ya poco poderosos para hacer dudar del feliz término de la lucha nacional, especialmente desde que el Austria, despues de sus largas dudas, se unió á la confederacion europea, declarando guerra á la Francia el 12 de agosto.





CAPITULO XLIV.

Córtes.—Nuevos diputados.—Discusion sobre trasladarse á Madrid.—Se aplaza la traslacion.—Nuevos debates sobre la materia.—El diputado Antillon.—Varias medidas adoptadas por las córtes.—Se nombra la diputacion permanente.—Cierran las córtes estraordinarias sus sesiones el dia 14 de setiembre.—Obsequios del pueblo á los diputados.—La fiebre amarilla en Cádiz.—Quiere el gobierno salir de aquella ciudad.—Descontento del pueblo con este motivo.—Toma parte en el asunto la diputacion permanente.—Vuélvense á abrir el 16 las córtes estraordinarias.—Acalorados debates.—Ciérranse de nuevo el dia 20 las córtes estraordinarias.—Fallecen varios de sus mas distinguidos vocales.—Constitúyense y abren sus sesiones en Cádiz las córtes ordinarias.—Se trasladan con el gobierno á la isla de Leon.—Auméntase en estas córtes el partido anti-reformador.—Atentado contra el diputado Antillon.—Diputados que se distinguen en estas córtes.—Sus primeras tareas.—Debates sobre el mando de Wellington.—Trasládanse de la isla á Madrid las córtes y el gobierno.—Males causados por esta resolucion.—Estado de la guerra.—Ejército aliado en el Bidasoa.—Posicion de las fuerzas enemigas.—Preparanse los aliados á pasar el Bidasoa.—Verificanlo.—Bizarro porte del cuarto ejército español.—Se distingue tambien el de reserva de Andalucía.—El ejército aliado en Francia.—Providencias de Wellington.—Buen porte de las tropas españolas.—Bloqueo de Pamplona.—Situacion y fortificaciones de esta plaza.—Rechaza D. Cárlos España las proposiciones del gobernador frances.—Se rinde Pamplona.—Entran en ella los españoles.

Los triunfos de las armas aliadas arraigaban en los ánimos de los españoles partidarios de las nuevas reformas la lisongera esperanza de ver estas consolidadas en su patria, y á consolidarlas en efecto continuaban dirigiendo sus tareas las córtes generales y estraordinarias. En el seno de la Asamblea se habia reforzado algo el partido anti-liberal con varios de los diputados nuevamente elegidos en las provincias que iban quedando libres de la dominacion estraña. La mayor parte de los que sin haber tomado ninguna en la heróica resolucion del pueblo español y esperaban seguir viviendo de la sustancia de este, manifestáronse contrarios al espíritu liberal de las córtes, influyendo en las elecciones para enviar á estas enemigos que lo combatiesen.

Una de las ocasiones en que con mas evidencia se conoció que no habia ahora en el Congreso una mayoría tan numerosa y compacta como antes, fué cuando se examinó en ellas si era ó no conveniente trasladar á Madrid el asiento del gobierno, estando todo el partido anti-liberal por la traslacion, para sacar á las córtes de Cádiz, cuyos moradores, decididos todos por el nuevo sistema, estaban resueltos á sostenerlo por todos los medios posibles.

A este asunto, que se promovió sin resultado en 1812, le dió ahora nuevo impulso una esposicion del ayuntamiento de Madrid, atento este á su propio interes, y temeroso de que se escogiese en lo sucesivo otro pueblo para cabeza del reino; pro-

videncia reclamada en todos tiempos por la economía y la política, y á la cual se inclinaban varios diputados de los de mas ilustracion, deseosos de enmendar el grave desacuerdo de sentar la capital de una nacion eminentemente marítima en lo mas interior de ella, y en un pueblo como Madrid, fundado en pais estéril, árido, de desigual y estremada temperatura, sin industria, sin verdadero comercio, y compuesto en general de empleados y clases meramente consumidoras.

La esposicion del ayuntamiento de Madrid pasó á informe de la Regencia y del Consejo de Estado, y ambas corporaciones opinaron que por entonces no debia moverse el gobierno de donde estaba; dictámen que aprobaron las córtes en sesion del 9 de agosto.

No por eso aflojaron en su intento los diputados que deseaban la traslacion, proponiendo en seguida uno de ellos que las sesiones de las córtes ordinarias, cuya instalacion estaba señalada para el 1.° de octubre, se abriesen en Madrid y no en otra parte. Tan impensado incidente suscitó discusion muy viva, y al decidirse el asunto resultó empatada la votacion. Previsto ya este caso en el reglamento interior de las córtes, se repitió la votacion, como aquel ordenaba, al dia siguiente, quedando en ella desechada la proposicion por solos 4 votos, pasando de 200 el número de votantes.

Entre los nuevos diputados que unidos al partido reformador se distinguieron en estos debates, sobresalia D. Isidoro Antillon, célebre geógrafo, de erudicion no comun, de punzante elocuencia y digno de la estimacion de todas las personas ilustradas.

Otras varias medidas de utilidad comun adoptaron las córtes en los últimos meses de su legislatura. La agricultura y ganadería; el método y franquía de los arrendamientos, de posesiones vinculadas ó libres; el establecimiento de escuelas prácticas de agricultura y economía civil; el afianzamiento de la propiedad de los escritos, y diferentes otros asuntos de general interes quedaron arreglados por los legisladores de Cádiz.

No satisfechos estos con las mejoras introducidas en el orden judicial, y con haber abolido y modificado, segun apuntamos, varias disposiciones y prácticas en lo criminal contrarias á las luces del siglo, prosiguiendo en el mismo intento abolieron la pena de horca, sustituyéndola con la de garrote, y suprimieron totalmente la infamatoria y vergonzosa de azotes, desterrando de una vez todo castigo impropio de la dignidad del hombre.

La hacienda llamó tambien justamente la atencion de las córtes en los últimos meses de sus sesiones, aunque á decir verdad, no plantearon ningun sistema digno de memoria.

El 8 de setiembre nombraron las córtes la diputacion permanente, la cual, segun la Constitucion, habia de quedar instalada en el intermedio de unas córtes á otras; y aunque se anunciaba que seria corto el actual, era fuerza sin embargo cumplir con aquel artículo constitucional, teniendo la permanente que presidir ya el 15 del propio mes las juntas preparatorias de las córtes ordinarias que iban á juntarse.

El 14 era el dia señalado para cerrarse las estraordinarias. Asistieron estas á la Catedral, en donde se cantó un solemne *Te Deum*, volviendo despues los diputados al salon de sus sesiones, en donde leido que fué por uno de los secretarios el decreto de separacion acordado antes, pronunció el presidente, que lo era á la sazon D. José Miguel Gordoa, diputado americano por la provincia de Zacatecas, un discurso apologético de las córtes y especificativo de sus providencias y resoluciones, el cual fué recibido por los circunstantes con repetidos y cordiales aplausos. Seguidamente tomó otra vez la palabra el mismo presidente, y dijo en voz elevada y firme: «Las córtes generales y estraordinarias de la nacion española, instaladas «en la isla de Leon el 24 de setiembre de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de se«tiembre de 1813.» Firmaron luego el acta todos los diputados, con lo que, considerándose disueltas aquellas córtes, salieron del salon sus individuos entre las aclamaciones de un inmenso concurso que victoreaba á muchos de los individuos de



Obsequios á los diputados.

mas nombradía de aquella memorable asamblea. A la noche se iluminó la ciudad espontáneamente, obsequiando á los diputados lo mas florido de la poblacion con músicas y serenatas, mientras la muchedumbre henchia el aire con sus entusiasmadas aclamaciones. Asi terminaron sus trabajos las córtes generales y estraordinarias, cuya memoria será en todos tiempos grata á los amigos de la libertad y honrosa al nombre español, pues si bien cometieron faltas hijas de la inesperiencia y de las circunstancias, distinguiéronse por su buen celo, por su ejemplar desinteres, por su heróica constancia y por las mas de las virtudes cívicas que podian apetecerse en los legisladores de un pueblo en el largo período de tres años que invirtieron en sus árduas y gloriosas tareas.

Un suceso desgraciado volvió á lanzar en medio delas lides parlamentarias á los diputados que con tanta gloria acababan de despedirse de ellas. La fiebre amarilla ó vómito prieto, propagado ya en Gibraltar y en otros puntos de aquellas costas, empezaba á mostrar su ceñudo semblante en Cádiz, y esto sirvió de motivo al gobierno para al dia siguiente de cerrarse las córtes tratar de trasladarse sigilosamente al Puerto de Santa María, y desde allí si era necesario pasar mas adelante. Traslucióse la nueva en Cádiz, causando en el pueblo desasosiego y disgusto, oficiando tambien al gobierno sobre el asunto la diputacion permanente, temerosa de lo que pudiera influir aquella providencia en la instalacion de las córtes ordinarias, cuyas juntas preparatorias se habian abierto aquel mismo dia.

Estas insinuaciones y las particulares del diputado Villanueva detuvieron á la Regencia, y á fin de no comprometerse mas de lo que ya estaba escitó en el acto á dicha diputacion á que convocase las córtes para tratar del negocio. Crítica era la posicion de la diputacion permanente en estas circunstancias, pues no era fácil determinar cual congreso debia llamarse, en atencion á que las córtes ordinarias todavia no se hallaban constituidas, y volver á juntar las estraordinarias cuando acababan de disolverse parecia violento; pero urgiendo la necesidad, no se encontró otro medio que el último, aumentándose de este modo hasta el último momento los sinsabores y disgustos de los antiguos diputados, llamándolos para decidir un asunto tan desagradable y difícil.

En suma, las córtes estraordinarias, cerradas el 14 de setiembre, abriéronse de nuevo el 16, celebrando sesiones esta noche y los siguientes dias 17, 18 y 20, sesiones en las cuales despues de acalorados debates, sin poder determinarse nada

por la incertidumbre con que la opinion comun y la misma facultad médica se espresaban sobre el estado sanitario de la plaza, dejaron la resolucion á las córtes ordinarias, próximas ya á constituirse, volviendo el congreso á separarse, no entre los aplausos que acababan de recibir seis dias antes, sino desamparadas y tristes cual lo exigian las circunstancias, mayormente habiendo pasado muchos de sus vocales desde el salon de las sesiones al lecho de la muerte, dado que escedieron de 20 los que fallecieron en pocos dias, contándose entre ellos algunos de los mas distinguidos, como fueron los señores Mejía, Vega Infanzon, Lujan y otros.

El 26 del mismo setiembre se constituyeron las córtes ordinarias, é instaláronse en Cádiz solemnemente el 1.° de octubre, habiendo nombrado antes por presidente á D. Francisco Rodriguez de Ledesma, diputado por Estremadura. Continuaron sus sesiones en aquella plaza hasta el 13, en cuyo dia trasladáronse á la Isla de Leon en union con la Regencia, ya por no picar en aquella ciudad la fiebre tanto como en Cádiz, ya tambien para realizar el proyectado viage á Madrid luego que cesase la epidemia.

Mucho perdió la causa de la libertad con las nuevas córtes, pues habiendo tenido en su eleccion particular influjo los enemigos de las reformas, mandaron al nuevo congreso multitud de diputados retrógrados. Paralizaron al principio el poder de estos los de las estraordinarias que en calidad de suplentes quedaron en las actuales hasta la llegada de los propietarios, quedando á su frente el sábio D. Isidoro Antillon, antes nombrado, cuyas opiniones eminentemente progresistas escitaron contra su persona á ciertos hombres desalmados de los muchos que contaba entre sus afiliados el partido antireformador, los cuales concibieron la idea de asesinarle, tratando de realizarla en la Isla de Leon, proyecto tanto mas indigno cuanto mas imposibilitada se hallaba la víctima de emplear defensa alguna por el estado achacoso y flaco de su salud. Afortunadamente no lograron los asesinos su objeto, aunque sí le



ANTILLON Y SUS ASESINOS.

maltrataron bastante, anuncio fatal del fin lastimoso y no merecido que mas adelante habia de caber á este diputado célebre aunque con apariencias jurídicas. No faltaban tampoco entre los nuevos diputados amigos verdaderos del régimen liberal, tales como D. Tomas Isturiz, D. José Canga Argüelles, D. Antonio Cuartero, D. Manuel Lopez Cepero, eclesiástico, y D. Francisco Martinez de la Rosa, el mismo que tan notable y estraño ha hecho despues el cambio de sus opiniones.

Las primeras tareas de las córtes ordinarias dirigiéronse á examinar las memo-

rias leidas por los secretarios del despacho y el presupuesto de gastos é ingresos presentado por el de hacienda, ocupándose luego en las disposiciones al caso para consolidar la obra de las estraordinarias.

El asunto mas espinoso que por entonces se les presentó fué el del mando concedido á lord Wellington junto con las nuevas facultades que este pedia y con las cuales pretendia desautorizar á la Regencia, razon por la cual se oponia esta justamente á su concesion. Sometido el asunto á la deliberacion de las córtes, hubo sobre él largas y vivas discusiones, aplazándose su resolucion para mas adelante, aunque nunca llegó el cumplimiento, tanto por la precipitacion con que se deslizaron los sucesos, como por haber desistido Wellington de su demanda.

Entretanto cesó la epidemia en Cadiz, y las córtes, menos previsoras que las estraordinarias, determinaron trasladarse con el gobierno á la antigua capital de la monarquía, cerrando sus sesiones en la Isla el 29 de noviembre de 1813 para abrirlas en Madrid el 15 del próximo enero de 1814. ¡Funesta resolucion, la cual dió allanado al déspota de Valencey un triunfo que le hubiera sido harto mas dificil si las córtes y el gobierno hubieran permanecido en el inmortal recinto de la isla gaditana!

Mientras ambas potestades caminan obcecada y voluntariamente en pos de su ruina, ocupémonos nosotros de los últimos sucesos de la guerra en este año.

Despues de ganado el castillo de San Sebastian permanecieron quietos los ejércitos para tomar el descanso debido á sus fatigas, conservando casi las mismas estancias de antes y prolongándose desde la desembocura del Bidásoa hasta los Alduides, en donde formaba ahora la estremidad de la línea la division del cargo de D. Francisco Espoz y Mina, de la cual un trozo bloqueaba el castillo de Jaca y amagaba á San Juan de Pié de Puerto y Valle de Baigorri. Del lado opuesto colocóse el general cubriendo el valle que forma el Haya con el Jaizquivel, entre cuyos dos montes se construyeron obras á manera de una segunda línea, reforzada la primera que se estendia por las orillas del Bidasoa, camino arriba de aquellas asperezas. Lord Wellington mantenia sus cuarteles en Lesaca.

El mariscal Soult tenia los suyos en San Juan de Luz y su ejército se iba reforzando con 30,000 conscriptos, esmerándose aquel caudillo en mejorar la organizacion, habiendo tambien fortalecido las obras de campaña de su primera línea y levantado otros resguardos, segun veremos luego.

Dispuesto ya todo en el ejército aliado, y resuelto lord Wellington á acometer, recomendó con vigor el buen orden y la disciplina, tanto mas necesaria ahora, cuanto que iba á obrar el ejército en territorio enemigo. El 5 de octubre repartió Wellington á los principales gefes una instrucion para el ataque empezando los preparativos en la noche del 6, la que siendo muy borrascosa con relámpagos, lluvia y truenos, favorecia asi á los aliados pues encubrian mejor su marcha y maniobras, no ofreciéndoles bajo otro respeto el temporal impedimento alguno. Mas á pesar de todo, era imposible emprender la acometida hasta despues de las siete de la mañana inmediata, á causa de la marea, debiendo servir de señal para los ingleses un cohete disparado desde un campanario de Fuenterrabía, y para los españoles una bandera blanca puesta en San Marcial, ó en su defecto tres grandes ahumadas.

Estaba acordado verificar á un tiempo el avance por toda la línea y cruzar el Bidasoa, término de España, cuyo reino acaba alli á la derecha del rio, estando asi establecido desde muy antiguo, como esplícitamente lo reconoció Luis XI de Francia en las vistas que tuvo con Enrique IV de Castilla por los años de 1463, conferenciando ambos monarcas en aquella misma ribera.

Dada la señal, moviéronse por la izquierda del ejército coligado las divisiones primera y quinta británicas y la brigada portuguesa del cargo de Wilson, distribuidas en cuatro columnas, y atravesaron el rio por tres vados fronteros á Fuenterrabía, y por otro que se divisaba cerca del antiguo puente de Behovia, en donde debia echarse prontamente uno de barcas. Verificaron los aliados el paso con sumo valor, y apenas tocaron tierra de Francia acometieron desde Andaya la altura de

Luis XIV, la cual ganaron bizarramente, tomando siete cañones en los reductos y baterías. D. Manuel Freire, que continuaba mandando el cuarto ejército, empezó al mismo tiempo la embestida con su tercera y cuarta division y con la primera brigada de la quinta, bajo la direccion inmediata de D. Pedro de la Bárcena y de D. Juan Diaz Porlier. Habíalo dispuesto Freire todo en términos de poderse pasar el rio por vados mas arriba de los que cruzaban los anglo-portugueses; junto á los cuales y por el de Saraburo se adelantó la segunda brigada de la tercera division regida por D. José Ezpeleta, cuyo gefe, viendo vacilar por un instante á sus tropas de resultas de la muerte del distinguido coronel de Benavente D. Antonio Losada, tomó una bandera, y arrojándose al rio con noble denuedo, reanimó á los suyos que á porfía le siguieron entonces, apoderándose sin dilacion de los puestos fortificados y casas de la parte baja de Biriaton. La cuarta division bajo el interino mando de D. Rafael de Goicoechea cruzó el Bidasoa por los vados superiores al de Saraburo, llamados de Alunda y las Cañas, y queriendo subir hasta la parte alta del mismo Biriaton, consiguiólo y rodeó ademas los atrincheramientos que tenian los enemigos en el descenso de la montaña de Mandale, cogiéndoles tres cañones. Distinguióse aquí el regimiento de voluntarios de la Coruña dirigido por D. Francisco Balanzat. Sin tomar descanso, acometieron los nuestros la Montaña Verde y desalojaron á los franceses, persiguiéndolos camino de Urogne obstinadamente. La primera brigada de la quinta division, dirigida por D. Francisco Plasencia, hacia de reserva y apoyaba las maniobras contra Biriaton. Vadeó el rio por Orañibar, Lamiarri y Picagua la tambien primera brigada de la tercera division, llevando á su frente á D. Diego del Barco, y trepando con arrojo por la derecha de Mandale posesionóse de la cumbre casi de corrida. Así cumplieron los españoles del cuarto ejército cuanto se les ordenaba en el plan de ataque, ganando todos los puntos que se les indicaron, los cuales, no obstante ser tan fuertes y escabrosos, cedieron todos á su nunca desmentido valor.

No trabajaban con menores brios las tropas de la derecha aliada, embistiendo el baron Alten con la division lijera británica, sostenida por la española de don Francisco Longa, los atrincheramientos de Vera, y á su diestro costado la montaña de La Rhune el ejército de reserva de Andalucía que acaudillaba D. Pedro Agustin Giron. La embestida de Alten tuvo un éxito completo, tomándose al enemigo 22 oficiales y 700 prisioneros. El general Giron, ansioso de ejecutar tambien por su parte lo que se le habia ordenado, dispuso acometer la ya nombrada montaña de La Rhune, y lo verificó distribuida su gente en dos columnas que conducian don Joaquin Virúes y D. José Antonio Latorre, arrollando ambos cuanto encontraron, y obligando al enemigo á guarecerse en lo mas peñascoso é inaccesible de la cima. Vanos fueron por entonces los esfuerzos de Giron para lanzar á los contrarios de su encaramado refugio, entorpeciendo la marcha de los españoles las dificultades y asperezas del terreno, y poniendo fin al combate la noche que sobrevino. Solo mientras ella duró pudieron permanecer los franceses en aquel sitio, pues acudiendo allí lord Wellington en la mañana del 8, examinado que hubo el campo, determinó pelear, persuadido de que lo haria ventajosamente por la derecha, si unia este ataque con el que á la vez se diese á unas obras de campaña que tenian los enemigos al frente del campo de Sare. Puesto de acuerdo el general ingles con D. Pedro Agustin Giron, y reconcentrando el ejército de éste, se mandó al regimiento de Órdenes, bajo las de su coronel D. Alejandro Hore, arremeter contra la loma de que estaban enseñoreados los enemigos, próxima á La Rhune y sobre la derecha nuestra; lo que se ejecutó tan cumplidamente, y satisfizo de tal modo los deseos de Wellington, que decia este en su parte: «que aquel ataque era tan bueno como el mejor, ya por el denuedo en él desplegado, ya por su bien entendido órden.»

Logrado tan difícil triunfo, los cazadores del propio cuerpo de Órdenes y los del de Almeida desalojaron á los enemigos de unos atrincheramientos que cubrian la derecha de su campo de Sare, recogiéndose á este atropelladamente no solo los vencidos, sino otros que venian en su socorro y la division del general Conroux que

ocupaba el llano. Algunos destacamentos británicos de la division de lord Dalhousie guarnecieron las diversas obras evacuadas por los contrarios, los cuales antes de la madrugada del 9 desampararon tambien la cumbre de La Rhune, cuyo puesto ocuparon luego las tropas del general Giron acampadas al raso en aquellas faldas, dando asi dichoso fin á tan empeñada refriega.

Ascendió la pérdida total de los aliados en los repetidos combates de estos dias á 579 ingleses, 235 portugueses y 750 españoles, habiendo sido mayor la de estos por habérseles encomendado la embestida de los sitios mas arriesgados y espuestos. Estos descalabros, suficientes para abatir á soldados menos aguerridos que los de Napoleon, no desalentaron á estos, antes bien envalentonados por haber ellos sorprendido la noche del 12 un reducto de los aliados y hecho algunos pocos prisioneros, quisieron el 13 atacar los puestos avanzados del ejército de D. Pedro Agustin Giron y recuperar las obras que habian perdido; pero sus esfuerzos se estrellaron en el valor de nuestros soldados, que repelieron las huestes contrarias con singular bizarría.

Ya dentro de Francia el ejército anglo-hispano-portugues, tuvo la gloria de ser el primero de todos los de las potencias coligadas contra Napoleon que pisó aquel territorio. Dificil era en tales circunstancias contener por una parte los escesos de los soldados, y por otra los desmanes del paisanage. En ambas cosas puso especial cuidado lord Wellington, haciendo respecto á lo último saludable escarmiento pocos dias antes del paso del Bidasoa, con ocasion de haber hecho fuego á los soldados hácia Roncesvalles algunos paisanos franceses de los contornos, á 14 de los cuales que se cogieron enviólos á Pasages, donde los embarcó como prisioneros de guerra para Inglaterra, con cuya providencia contuvo y amedrentó á la gente rústica de un modo mas eficaz que si los hubiera arcabuceado.

No con menos firmeza procuró Wellington reprimir al ejército, habiendo sido los ingleses los primeros que se desmandaron al pisar el territorio frances, quemando casas en Urogne, saqueando y cometiendo otros escesos semejantes á los que estas desenfrenadas tropas habian perpetrádo en la desventurada ciudad de San Sebastian, y siguiendo, al decir de los mismos historiadores ingleses, el vergonzoso ejemplo que les dieron varios de sus mismos oficiales. Lord Wellington adoptó en esta ocasion distinta conducta que la observada en Portugal y España, y con recios castigos contuvo en mucha parte la rapacidad de sus soldados. Pocos motivos de queja dieron en esta materia los españoles, en medio de lo disculpables que hubieran sido sus escesos, atendidos los de los franceses en nuestro territorio.

Situado el ejército anglo-hispano-portugues en ventajosas estancias allende los Pirineos, y echados tres puentes en el Bidasoa, no juzgó oportuno Wellington proseguir en sus operaciones hasta que se rindiese la plaza de Pamplona. A esta ciudad, capital del antiguo reino de Navarra, con 15,000 almas de poblacion, riégala el Arga y la rodean fortificaciones irregulares que afianza una ciudadela erigida casi al sur, de figura pentágona, empezada en el reinado de Felipe II y mejorada en tiempos posteriores. La determinacion de los aliados fué reducir la plaza por bloqueo; pero los cercados no aflojaron mientras tuvieron esperanza de recibir socorros de Francia. Gobernaba en Pamplona el general Cassan, y el asedio continuaba dirigiéndolo D. Cárlos España auxiliado del príncipe de Anglona, llegado allí con 4,000 hombres del tercer ejército, de que era general en gefe.

Los triunfos de las armas aliadas y la escasez de víveres iban introduciendo el desmayo en los defensores de la plaza, los cuales propusieron el 3 de octubre que se permitiese la salida á 3,000 paisanos, ó bien se les facilitase á estos para su manutencion 7,000 raciones, diputando persona de confianza que asistiese á la distribucion. Rechazada la propuesta por D. Cárlos España, advirtió este al gobernador frances que le haria responsable al tiempo de la rendicion de la vida de cualquier español que hubiese perecido por la escasez ó el hambre. Sabedor despues el mismo D. Cárlos España de que los sitiados pensaban en el arrasamiento total de Pamplona, hizo saber al gobernador el 19 que si tal sucedia, tenia órden de Wel-

lington de pasar á cuchillo la plana mayor y la oficialidad, y de diezmar la guarnicion entera. Respondió primero el frances con altaneria y orgullo, mas creciendo el hambre se moderaron sus ímpetus, y despues de varias conferencias capituló el 31, quedando prisionera toda la guarnicion, sin haber padecido las fortificaciones perjuicio ni deterioro alguno. El mismo dia entraron los españoles en la plaza, cuyos habitantes no tuvieron que llorar el menor desman de nuestras tropas, formando la conducta de estas un singular contraste con la observada por las británicas en Badajoz y San Sebastian.

Reconquistada la capital de Navarra, quedó libre y desembarazada toda esta parte de España, no restando ya en poder del enemigo mas que Santoña, cuyo bloqueo estrechaban los nuestros.



CAPITULO XLV.

Resolucion de lord Wellington.—Estancias del mariscal Soult.—Distribucion del ejército aliado.—Ataca la línea francesa.—Vence y arroja de todos los puntos al enemigo.—Se retira Soult sobre Bayona.—Lord Wellington en Saint-Pé.—El cura de este lugar.—Proyecto de Wellington.—Llega á Francia el duque de Angulema.—Los aliados en San Juan de Luz.—Suspende Wellington sus operaciones.—Sus esfuerzos para mantener la disciplina en el ejército.—Triste estado de los soldados españoles.—Vuelve á España todo el cuarto ejército y el de reserva de Andalucía.—Posiciones que toma.—Intenta Wellington cruzar el Nive.—Combates para lograrlo.—Se pasan varios batallones enemigos á los aliados.—Se acantona el ejército frances.—Lo mismo el anglo-portugues.—El general Arispe.—Cataluña.—Disposiciones de Napoleon en el Principado.—Marcha á Francia el general Decaen.—Tambien algunas tropas.—Buen espíritu de los catalanes.—Cantidades con que contribuyen al sosten del ejército.—Varios ataques en aquel distrito.—Posicion en él de las tropas aliadas.—Valencia.—Ocupacion del segundo ejército.—Se rinden á los españoles Morella y Denia.—Derrota sufrida por los franceses en Alemania.—Llega Napoleon á Paris.

La rendicion de Pamplona impulsó á lord Wellington á internarse en Francia, alejando de la frontera de España al mariscal Soult. Este se hallaba situado en puntos ventajosos y muy fortalecidos á las márgenes del Nivelle, rio que desagua en el mar por San Juan de Luz. Enfrente de este pueblo, y en una eminencia que domina á Socoa, á la izquierda del rio, se alojaba la derecha del ejército frances, resguardada por un reducto construido allí, cuya defensa se unia con Urogne por atrincheramientos y árboles cortados, protegiendo ademas aquellos puntos inundaciones que cubrian á Ciboure. El centro del propio ejército descansaba en las alturas que se levantan detras del pueblo de Sare, y tambien en la que llaman la Petite Rhune, la cual, aunque dominada por la otra del mismo nombre ganada por los españoles, y de la cual solo la divide un angosto valle, todavía se alza bastante para enseñorearse de las cañadas y pais vecino. La izquierda, en fin, colocada á la derecha del Nivelle, se apostaba en un cerro á espaldas del pueblo de Ainhoue, no menos que en la montaña de Mondarin, que defiende la avenida ó entrada del propio lugar. El conjunto de la posicion entera formaba un semicírculo desde Urogne hasta Espelette y Cambo, cuyo centro era Sare. Casi todo su frente se hallaba amparado por una cadena de reductos y atrincheramientos que se eslabonaban por cerros, colinas y altozanos. Tenia tambien el enemigo algunas fuerzas en San Juan de Pié de Puerto para defender esta plaza y observar á Mina y otros cuerpos aliados.

No varió el pensamiento de Wellington por ver á los contrarios tan fortificados, y así, apenas cesaron las lluvias que le habian detenido algunos dias, se decidió á

pelear, empezando por forzar el cuerpo enemigo para establecerse despues mas allá del Nivelle.

La distribucion del ejército aliado era en esta ocasion la siguiente: el ala derecha, regida por sir Rolando Hill, la formaban dos divisiones inglesas dirijidas respectivamente por sir Guillermo Stewart y sir Enrique Clinton; de la portuguesa á cargo de sir Juan Hamilton, y de la primera española del cuarto ejército á las órdenes de D. Pablo Morillo, con algunos ginetes y cañones. En el centro estaban por la derecha el mariscal Beresford y tres divisiones británicas que dirigian Colville, Le-Cor y sir Lowry Cole; y por la izquierda D. Pedro Agustin Giron con el ejército de reserva de Andalucía. La division ligera del baron Alten, y la sesta española del cuarto ejército, capitaneada por D. Francisco Longa, tenian á su cargo la embestida de la Petite Rhune; y sir Stapleton Cotton, con una brigada de caballería y tres de artillería debia moverse al compas del centro. D. Manuel Freire, acompañado de la tercera y cuarta division, y de la primera brigada de la quinta del cuarto ejército español, habia de marchar desde Mandale en dos columnas á las órdenes de D. Diego del Barco y D. Pedro de la Bárcena, una con direccion á Ascain y otra mas allá á la izquierda nuestra y casa de Choquetemborde, permaneciendo algunos cuerpos en Arrequicoborde y caseríos de Oleto como de reserva y para conservar entre sí las comunicaciones de las columnas. Sir Juan Hope, sucesor del general Graham en el mando, recibió órden de operar por lo largo de la linea desde donde estaba D. Manuel Freire hasta el mar, estándole prevenido al último, lo mismo que á Hope, no empeñar refriega alguna, y sí solo manifestarse alerta para aprovechar los descuidos que el enemigo pudiera tener.

En la madrugada del 10 de noviembre dió principio al ataque el general Cole con la cuarta division británica, arremetiendo un reducto construido con mucho arte en un torremontero que se divisa por cima de Sare, en el cual hicieron los franceses obstinada resistencia por mas de una hora, hasta que lo abandonaron recelándose de un movimiento de los españoles á retaguardia, y conociendo tambien que la infantería británica se disponia á la escalada: lo mismo aconteció con otra obra allí inmediata. Este primer triunfo, y la presencia de lord Wellington que llegó al primer reducto ganado, entusiasmando á las tropas, hicieron avanzar á la tercera y sétima division británica mandadas por el mariscal Beresford, á tiempo que los nuestros de Giron acometian el pueblo de Sare por la derecha, y sir Lowry abrazaba su izquierda. Nada resistió al ímpetu de los aliados, los cuales lo arrollaron todo, entrando ufano en dicho pueblo de Sare un cuerpo de españoles guiado por D. Juan Dowine, quien para publicar su triunfo hizo repicar las campanas. Cole se posesionó de las cumbres mas bajas que están detrás de Sare, haciendo allí alto. No menos feliz en sus embestidas el baron Alten, forzó por su lado los atrincheramientos enemigos uno en pos de otro, hasta apoderarse de la Petite Rhune, yendo despues adelante para contribuir al total desenlace de las operaciones inauguradas con tan buena dicha.

Sin perder tiempo dispuso Wellington un general y simultáneo ataque contra la posicion mas fuerte de los enemigos en el centro, la cual se estendia largo trecho por detrás de Sare. Tuvo el mejor éxito la tentativa, á la cual coadyuvaron los españoles de Giron y los de Longa, abandonando los enemigos sus puestos y fortificaciones con tanto trabajo construidas. Todavía, sin embargo, continuó resistiéndose el mas fuerte de todos los reductos, hasta que viéndose ya solo, y no habiendo sido admitidas las proposiciones que hizo para rendirse, se entregó al fin sin condicion alguna, quedando prisioneros los 560 hombres que lo guardaban.

Con no menos ardimiento ni menos venturosa fortuna trabajaban los aliados por su derecha, en donde cruzando el Nivelle sir Enrique Clinton con la sesta division británica, sostenida por la portuguesa de Hamilton, desalojó á los franceses de los sitios que ocupaban, tomándoles varios reductos y muchos despojos. La segunda division británica, que conducia sir Guillermo Stewart se posesionó de una obra á retaguardia, y D. Pablo Morillo al frente de la primera division española del

cuarto ejército, embistió los apostaderos enemigos en las faldas del Mondarin, ahuyentándolos y amparando esta maniobra las de los ingleses dirigidas contra los cerros que se hallan por detras de Ainhoue, los cuales tomó el general Hill, arrojando al enemigo via de Cambo. A las dos de la tarde tenian ya ganadas los aliados las posiciones de los contrarios á espaldas de Sare y Ainhoue.

Por la izquierda se posesionó D. Manuel Freire de Ascain, y sir Juan Hope desalojó á los franceses del reducto situado en la eminencia cercana á Socoa, de que hemos hablado, persiguiéndolos hasta las inundaciones que cubrian á Ciboure.

Lord Wellington, que habia hecho alto para dar algun respiro á su tropa é informarse del éxito del combate en los demas puntos, luego que supo la buena suerte de sus armas en todos ellos, se dispuso á formalizar una arremetida bien ordenada contra las eminencias, pueblo y cerros que se hallan detras de Saint-Pé, á una legua de distancia de los aliados, situado á la margen derecha del Nivelle, por donde se habia ido retirando el centro enemigo. Verificó el caudillo británico su intento, atravesando aquel rio por un puente de piedra frontero á Saint-Pé y por otros dos situados mas abajo. Aun despues de pasado el rio, no era fácil tomar las alturas de trabajoso acceso, y asi trabóse un reñido combate, en que al fin cedieron los contrarios, dejando á los aliados dueños del campo. Acto contínuo se situó Beresford á retaguardia de la derecha francesa, quedándose lo demas del ejército en los puntos que habia ganado antes, no queriendo arriesgarse á mas por causa de la noche que se acercaba.

Durante esta, temerosos los franceses de que el mariscal Beresford llegára á situarse entre San Juan de Luz y Bayona, evacuaron la primera de estas poblaciones y sus obras y defensas, y dirigiéronse hácia la segunda por el camino real, rompiendo antes los puentes de Nivelle en su parte inferior, destrozo que retardó lograr el perseguimiento que meditaba sir Juan Hope, obligado este general á reparar el puente que une á Ciboure con San Juan de Luz, como necesario para facilitar el paso de las tropas y la artillería. El cansancio de los aliados por las fatigas del dia 10 no permitió á su centro y derecha adelantar mas de una legua el 11, entorpeciendo tambien la marcha el malísimo estado de los caminos. Las mismas causas y una densa niebla les impidieron el 12 moverse temprano, y mas tarde dejaron de hacerlo por haber sabido en el ínterin lord Wellington que el mariscal Soult se habia amparado en un campo atrincherado y fuerte, preparado con anterioridad junto á Bayona para la seguridad de su tropa en la retirada. El general ingles habia satisfecho por ahora su objeto, habiendo ganado la márgen derecha del Nivelle y los puestos y fortificaciones del enemigo, arrojando á este contra Bayona y sus rios.

La pérdida de los aliados en estos combates llegó á unos 3,000 hombres al todo, siendo mayor la de los franceses, los cuales dejaron en poder de aquellos 51 cañones, 1,500 prisioneros y 400 heridos que no pudieron llevarse.

Detúvose Wellington en Saint-Pé dos ó tres dias, y alojóse en casa del cura párroco, circunstancia que dió origen á un hecho de gran trascendencia en adelante. Fué el caso, que complacido el general ingles con el ameno trato y buena acogida del eclesiástico, conferenciaba con él sobre el estado del pais, y en una de estas conversaciones le preguntó, «qué pensaba acerca de la llegada á la frontera «de un príncipe de la casa de Borbon, y si creia que su presencia atraeria á «su bando muchos parciales.» Respondió el cura: «que los veinticinco años trascurridos desde la revolucion de 1789 y los portentos agolpados en el intermedio, «daban poca esperanza de que la generacion nueva conservase memoria de aquella estirpe. Nada, empero, se pierde, añadió, en hacer la prueba, siendo de ejecucion tan fácil.» Wellington, que probablemente tenia ya meditado este plan, trató de ponerlo en ejecucion, alentado con la última reflexion del eclesiástico, por lo cual escribió al gobierno de Inglaterra recomendando y apoyando la idea. No desagradó esta al gabinete de San James, siquiera para oponer mas obstáculos á Napoleon, y asi hizo que diese la vela para España el duque de Angulema, pri-

mogénito del conde de Artois (despues Cárlos X), y sobrino del que ya entonces era tenido entre sus adictos por rey de Francia bajo el nombre de Luis XVIII. El de Angulema desembarcó en la costa de Guipúzcoa encubierto con el título de conde de Pradel, yendo á buscarle de parte de Wellington á San Sebastian el coronel Freemante, de donde ambos se trasladaron á San Juan de Luz, lugar entonces de los cuarteles ingleses.

Dejemos ahora á dichos personages, hasta que en otro lugar anudemos el hilo de la narracion de un suceso que honra poco en verdad á Wellington, puesto que le acredita á lo mas de político adocenado, imbuido en rancias ideas y desnudo de los grandes pensamientos que á haber entonces tenido cabida en él, le hubieran impulsado á prestar un servicio eminente á la causa santa de los pueblos.

Entretanto lo crudo de la estacion ostentaba sus rigores, y las continuas lluvias, hinchando los rios y arroyos, habian tambien puesto intrasitables los caminos, en particular los de travesía, obligando todo esto á Wellington á suspender sus operaciones haciendo mansion en San Juan de Luz. Para ponerse á cubierto de una sorpresa ó súbito ataque del ejército frances, estableció una línea defensiva que empezando en la costa á espaldas de Biarritz, se prolongaba por el camino real viniendo al Nive enfrente de Arcangues, prosiguiendo despues lo largo de la izquierda de aquel rio por Arrauntzr, Ustaritz, Larresore y Cambo, cuyo puente habian los contrarios inutilizado del todo.

El conocimiento que ya tenia Wellington de la calidad de sus soldados le hacia redoblar la vigilancia en la disciplina, temiendo siempre que la continuacion de la guerra en pais enemigo no renovase entre ellos la desobediencia y desórden que mas de una vez manifestaron en Portugal y España, mayormente teniendo el ejército que padecer privaciones, por las dificultades que presentaba la estacion á la llegada de los recursos de Inglaterra, y lo lentos y costosos que eran los abastecimientos por tierra, teniendo que ir de provincias lejanas de España. Pero por desagradable y triste que fuera bajo este aspecto el estado de los soldados anglo-portugueses, lo era incomparablemente mas el de los españoles, escasos de todo, acampados al raso, con mala y escasa racion, medio desnudos y descalzos, con muchos enfermos y con los hospitales desprovistos, sin poder ofrecer ni aun mediana asistencia.

Es verdad que el sufrimiento de la tropa española fué heróico, sin notarse en ella desercion, ni cometerse desmanes en la tierra que pisaba; pero conociendo Wellington que no podia seguirse en aquel estado mucho tiempo, determinó tornasen los españoles al pais natal, mediante á que no pensaba llevar adelante la invasion comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del norte. En consecuencia de esta órden, entraron en España las divisiones tercera, cuarta y sesta, y la primera brigada de la quinta, todas del cuarto ejército, cuyo cuartel general lo estableció D. Manuel Freire en Irun. La primera division del mismo ejército que capitaneaba D. Pablo Morillo se quedó con los ingleses, en atencion al aprecio que de este gefe hacia Wellington. La segunda, sétima y octava, y la segunda brigada de la quinta continuaron donde estaban, es decir, guarneciendo á Pamplona y San Sebastian, y en los bloqueos de Santoña y Jaca, si bien la segunda division volvió pronto sobre Nivelle. La caballería pasó á buscar subsistencias á Castilla, adonde tambien fué destinada la sesta division bajo D. Francisco Longa. Las demas permanecieron en las provincias fronterizas para acudir al primer llamamiento de Wellington y cubrir sus espaldas en caso necesario. El ejército de reserva de Andalucía se acantonó en el valle de Bastan, alejándose despues hasta Puente la Reina y pueblos vecinos.

No obstante que el proyecto de lord Wellington no era estender ahora su invasion, queria sin embargo antes de hacer su última parada cruzar el Nive y dominar parte de sus orillas. Difícil era la empresa, encontrándose Soult apoyado en el fuerte y atrincherado campo de Bayona, cuyas aproximaciones cubrian los fuegos de aquella plaza, situada donde el Adour y el Nive se juntan en una sola madre, por lo cual se limitó el caudillo británico á adelantar solo su derecha, conservan-

do la izquierda en la misma anterior línea, concretando sus acometidas á apoderarse de los puntos que defendian los enemigos en el Nive superior, cuya posesion daba mas desahogo á su gente, asegurando sus posiciones.

Para realizar su plan, comenzó Wellington á moverse el 8 de diciembre, disponiendo que el 9 atravesase el Nive por Cambo el general Hill, sostenido en su maniobra por el mariscal Beresford, á cuya sesta division mandada por el general Clinton tocó pasar aquel rio por Ustaritz. Resultado satisfactorio dieron ambas operacianes, replegándose los enemigos á unos montes que corren paralelos al Andour, apoyada su derecha en Villefranche, de donde arrojados luego, tuvieron que retirarse á mayor distancia. No estuvo ocioso durante esta operacion D. Pablo Morillo, pues pasó con su division el Nive por los vados de la Isleta y Cavarre, y se enseñoreó del cerro de Urcuray y otros inmediatos, ahuyentando de ellos á los franceses que intentaron resistirse.

Tambien ayudaron por su lado á estos movimientos sir Juan Hope y el baron Alten, arrollando el primero á los franceses en Biarrit y Anglet, y distrayéndolos el segundo y hostilizándolos por Bassussarry, á punto de tener que refugiarse en su campo la vuelta de Marrac, palacio ahora arruinado y célebre, como ya sabemos, por las escandalosas escenas ocurridas en él en 1808 referidas en su lugar.

Dispuesto sir R. Hill á seguir sus maniobras el dia 10, le ahorró el enemigo ese trabajo, recogiéndose con anticipacion á su atrincherado y fuerte campo, por lo cual ocupó el ingles la estancia que le habia señalado de antemano Wellington, descansando la derecha de dicho cuerpo de Hill hacia el Adour, su izquierda en Villefranche y el centro en la calzada inmediata á Saint-Pierre. La division española de Morillo se apostó en Urcuray, y una brigada de dragones ligeros británicos en Hasparren, con órden ambas de observar é imponer respeto al general Paris, quien al cruzar los aliados el Nive, se corrió hacia Saint-Palais.

Poco duraron las cosas en este estado, pues los enemigos, dejando la actitud de vencidos, tomaron la de acometedores, y moviendo en la mañana del mismo dia 10 todas sus tropas menos las que guarnecian las obras colocadas delante del general Hill, tomaron la vuelta de las estancias de la izquierda del ejército aliado y las de la division ligera, arrollando con impetuosidad los puestos avanzados y empezando á batir los puntos fortificados. Sin acobardarse el baron Alten, ayudado del general Hope, rechazó á los enemigos y aun les cogió 500 prisioneros. Frustróse así el intento del enemigo, dirigido á arrojar á la derecha inglesa sobre la izquierda del Nive y quedarse él solo dueño de la otra.



VICTORIA DE LOS ALIADOS.

Para colmo de su desgracia en aquel dia, pasáronse á los aliados despues de la refriega dos batallones de alemanes, uno de Francfort y tres de Nassau Ussingen en número de 1,300 hombres, guiados todos por el coronel Krusse, bávaro de nacion y criado en Hannover, los cuales, al venirse al campo aliado, lo hicieron con la honrosa condicion de ser trasladados á su pais natal y de no hacer armas contra los que acababan de pelear á su lado. Resolucion distinguida y propia de almas generosas.

Los dias 11 y 12 renovaron los enemigos sus ataques contra la izquierda inglesa, mas siempre sin fruto, mostrándose en ellos constantemente bravos sir Juan Hope y los oficiales de su estado mayor, á pesar de estar todos ellos heridos ó contusos.

Desengañado por este lado el mariscal Soult, resolvió el 13 caer precipitadamente sobre la derecha de los anglo-portugueses, á la cual dió un terrible y sostenido ataque. Habiéndolo previsto Wellington, se anticipó á reforzar su línea por aquella parte con la sesta division británica. El enemigo dirigió su principal embestida por el camino real que va de Bayona á San Juan de Pié de Puerto, resistiendo el furioso choque de la brigada inglesa del general Barne y la portuguesa del mando de Ashworth, sostenidas por la division tambien británica del general Le-Cor, la cual recobró un puesto importante, avanzando con denuedo por el lado izquierdo y hácia donde batallaba, enfrente de Villefranche, el general Plingle. Lo mismo sucedió por el derecho, ganando una altura y sustentándola con teson las brigadas británica y portuguesa que dirigian respectivamente los generales Bying y Buchan. Otros varios ataques hubo entonces igualmente gloriosos á los aliados, en cuya firmeza y valor se estrelló el de las huestes francesas.

En los cinco dias que duraron estos diversos choques, perdieron los aliados 5,020 hombres, de ellos casi la mitad portugueses, como que fueron los mas comprometidos en la refriega de la última jornada, la mas empeñada y sangrienta. La pérdida de los franceses en los mismos dias ascendió á 6,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Conociendo el mariscal Soult que no debia por entonces esperar conseguir ningun importante resultado, á pesar de que todavia contaba á sus órdenes 50,000 infantes y 6,000 ginetes, no quiso perder gente en inútiles tentativas, y desistiendo de su proyecto, se acantonó para esperar mejores circunstancias, manteniéndose en el interin á la defensiva, con su derecha en el campo atrincherado en rededor de Bayona, su centro á la diestra márgen del Adour estendiéndose hasta Port-de-Laune, en donde puso su principal depósito, y su izquierda á lo largo de la derecha del Bidouse desde su union con el otro rio hasta Saint-Palais: no descuidó varios pasos de la orilla derecha de ambas corrientes, ni las fortificaciones de San Juan de Pié de Puerto y de Navarreins, atrincherando tambien á Dax para almacen y custodia de los auxilios y refuerzos que le iban llegando de lo interior.

No pensando tampoco Wellington emprender por ahora cosa importante, dedicóse únicamente, despues de reforzar sus atrincheramientos, á mantener con mas rigor la disciplina de su ejército, para no dar lugar á que sus escesos alterasen á los pueblos haciéndoles tomar parte en la guerra. A esto se dirigian ahora las miras del mariscal Soult, á cuyo fin llamó al general Arispe para que como baigorriano y como entendido en organizar cuerpos francos, segun lo habia acreditado en las campañas de 1793 y 1794, procurase entusiasmar el espíritu de los pueblos. Algun daño causó esta medida á los aliados, pues contuvo á veces sus pasos por retaguardia, y paralizó las tentativas de D. Francisco Espoz y Mina, que con parte de sus tropas se habia propuesto amagar á San Juan de Pié de Puerto, plaza pequeña, mas á la sazon bastante fortalecida.

Para concluir la narracion de la guerra de este año, echaremos una ligera ojeada sobre las provincias orientales de España. Nada notable habia sucedido en Cataluña desde que nos separamos de ella. Napoleon eligió coronel general de su guardia al mariscal Suchet, y uniendo los ejércitos de Aragon y Valencia al de Ca-

taluña, los puso todos bajo las órdenes de dicho mariscal, al cual entregó el general Decaen el mando del Principado, retirándose á Francia. Los ejércitos así reunidos formaban un total de mas de 32,000 soldados de todas armas.

Estas fuerzas se disminuyeron luego no menos que en 9,000 hombres, pues el general Severoli pasó á Italia con su division compuesta de 2,000 combatientes, en Barcelona fueron desarmados por decreto de Napoleon 2,400 alemanes, y se retiraron á Francia los gendarmes y gente escogida, sin que llegase de aquel reino tropa para cubrir estas bajas.

Los catalanes seguian siempre constantes en su primera resolucion contra el invasor, dispuestos á prestar nuevos sacrificios á la causa nacional, debiendo notarse aqui en merecido elogio de aquellos naturales, que en medio de las inmensas pérdidas que sufrieron y de las enormes cargas con que los abrumaba el cruel invasor, contribuyeron para el sostenimiento de la guerra en los cinco años corridos desde 1809 hasta 1813 con la crecida suma de 285,727,453 reales vellon, sin contar las derramas y repartimientos que no ha sido posible incluir en esta cuenta (1).

En cuanto á los reencuentros y refriegas que tuvieron lugar en dicha provincia en los últimos meses de este año, no es posible hacer de ellos particular mencion, bastando decir que Manso, Valencia, Llauder y demas gefes ya conocidos continuaron infatigables en su noble empresa, siendo Montalla, Sant Privat, Santa Eulalia, San Feliú de Codinas y otros muchos lugares testigos de su constante valor y del terror que inspiraban á los franceses. Continuaba mandando este primer ejército don Francisco Copons y Navia, el cual tenia por lo comun su cuartel general en Vich. Los anglo-sicilianos siguieron en las mismas estancias que digimos antes, permaneciendo en ellas hasta diciembre, en que sabiendo trataba Suchet de sorprenderlos en Villafranca, donde tenian sus cuarteles, se retiraron, encaminándose la division de Sarsfield que los acompañaba á la izquierda de aquella posicion, y ellos mas de dos leguas atras la vuelta de Arbos, para mejorar de puesto y reconcentrar mas sus fuerzas. Viendo Suchet burladas sus esperanzas, regresó á Barcelona, su ordinaria residencia.

El segundo ejército, dirigido siempre desgraciadamente por D. Francisco Javier Elío, prosiguió en Valencia ocupándose en los bloqueos de las plazas y castillos que se habian puesto á su cuidado, habiéndosele rendido el de Morella el 22 de octubre con los 100 hombres de su guarnicion, y haciendo lo mismo el 6 de diciembre la plaza de Denia, donde mandaba el gefe de batallon Bin.

De este modo iba desapareciendo por momentos el brillo de las armas francesas en España, no siendo estas mas afortunadas en Alemania. Allí, derrotadas en Leipsick en los dias 16, 17, 18 y 19 de octubre, obligaron á Napoleon á regresar á Paris para buscar nuevas trazas capaces de detener el torrente de su desgracia, en que envolvió tambien á la infortunada España, como indicaremos ahora.

(1) Véase la Gaceta de Vich del 16 de marzo de 1814, en donde se halla inserto el estado que publicó D. Joaquin de Acosta y Montealegre, tesorero del ejército y Principado de Cataluña.



[illegible]

guerrilla [illegible] razón á los trau[illegible] Francisco Copons y Navia, [illegible] los anglo-sic[illegible] [illegible]

[illegible] en las Navas y [illegible]

[illegible] Conia, donde mandaba el bajá de [illegible]

[illegible]

CAPITULO XLVI.

Napoleon en Paris: sus proyectos.—Entabla Napoleon negociaciones con Fernando VII.—Su carta al rey.—Conferencia de Fernando en Valencey con el conde de Laforest.—Falsas aserciones del negociador frances.—Propuesta de este á Fernando.—Contestacion que dicen le dió el rey.—Juicio sobre la exactitud de esta respuesta.—Carta del rey Fernando á Napoleon.—Llega el duque de San Cárlos á Valencey.—Carta-poder del rey al duque de San Cárlos.—Tratado concluido en Valencey.—Reflexiones.—Instrucciones dadas por Fernando al duque de San Cárlos.—Nuevas reflexiones.— Viage del duque de San Cárlos á España.—Envia Napoleon á Valencey á otros españoles.—Errado plan de estos.—Comisionados franceses en España.—D. Juan Amézaga.—Llega á Madrid el duque de San Cárlos.—Disgusto que causa su venida.—Dispónese en Valencey enviar á España á D. José Palafox.—Instrucciones que recibe este de Fernando.—Llega Palafox á Madrid.

Rayó al fin el sol del 1.° de enero de 1814, resplandeciente y bello para las potencias coligadas contra la Francia, empañado y sombrío para Napoleon, ceñudo y triste para la desventurada España, la cual no consiguió con su heroismo sino sustituir á las cadenas del estrangero las del déspota que le esperaba. Busquemos el orígen de tal cambio, de tan triste sustitucion, en las márgenes del Sena, aunque para haber de encontrarlo tengamos que retroceder al final del año anterior.

Napoleon habia llegado á Paris el 9 de noviembre de 1813, despechado por la derrota que en Leipsick habian sufrido sus aguerridas huestes, pero sin que este cambio de la fortuna fuera bastante á abatir aquel espíritu grande, que bien dirigido tenia fuerzas bastantes para haber roto las viejas cadenas de la degradada Europa. Silencioso en su gabinete, batallaba consigo mismo sin poder contener los ímpetus de su soberbia, ni querer avenirse á capitular con las circunstancias, que todavía le brindaban con la corona de la antigua Francia, pareciéndole estrechos los límites de esta si los marcaban el Rhin, los Alpes y los Pirineos, como le proponian los aliados. Reconcentrado dentro de su misma alma, buscó en aquel manantial inmensos recursos, los que fueran bastantes á conservarle el poder que pugnaba por escapársele de entre las manos; y mientras activaba impaciente la ejecucion del decreto del Senado que llamaba á las armas á 300,000 franceses para detener con ellos los ejércitos que del septentrion y mediodía se precipitaban sobre el imperio, quiso tambien dar nuevo impulso á su astucia para sembrar con ella la cizaña y la disension entre sus enemigos.

En este plan general de arbitrios no podia quedar olvidado el prisionero de Valencey. La debilidad de Fernando VII era harto conocida del guerrero del Sena,

para no creerle dispuesto á convertirse en instrumento de sus nuevas intrigas. Resuelto á dar principio á ellas, parecióle oportuno entablar negociaciones secretas con el cautivo príncipe, y al efecto envió á Valencey, bajo el fingido nombre de Mr. Dubois, al astuto y antiguo diplomático conde de Laforest, el cual se presentó el 17 del mismo noviembre á Fernando y á los infantes D. Cárlos y D. Antonio, entregando al primero una carta de Napoleon, concebida en los términos siguientes: «Primo mio: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y «mi política me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La In«glaterra fomenta en ella la anárquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la mo«narquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de «sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis estados y con «la que tengo tantos intereses marítimos y comunes.

«Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretesto, y restablecer «los vínculos de amistad y buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las «dos naciones.

«Envio á V. A. R. (1) al conde de Laforest, con un nombre fingido, y pue«de V. A. dar asenso á todo lo que le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de «los sentimientos de amor y estimacion que le profeso.

«No teniendo mas fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mio, «muchos años. Saint-Clout 12 de noviembre de 1813.—Vuestro primo.—*Na«poleon.*»

Luego que Fernando se hizo cargo de esta carta, tomó la palabra el conde de Laforest, y en un largo discurso (en el cual, á imitacion de su amo, solo dió á aquel el tratamiento de alteza) esplanó el objeto de su mision, diciendo entre otras cosas: «El emperador, que ha querido que me presente bajo un nombre supuesto para «que esta negociacion sea secreta, me ha enviado para decir á V. A. R. que que«riendo componer las desavenencias que habia entre padres é hijos, hizo cuanto «pudo en Bayona para efectuarlo; pero los ingleses lo han destruido todo, intro«duciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo suelo está talado y aso«lado, la religion destruida, el clero perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra «existencia que el nombre, las colonias de América desmembradas y en insurrec«cion, y en fin todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que «erigir la monarquía en república, y sin embargo, para engañar al pueblo, «en todos los actos públicos ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, «que V. A. R. no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este «tiempo; pero no obstante se valen para todo del nombre de V. A. R., pues no «se oye de su boca mas que Fernando VII. Esto no impide que reine allí una ver«dadera anarquía, pues al mismo tiempo que tienen las córtes en Cádiz y aparen«tan querer un rey, sus deseos no son otros que el de *establecer una república.* «Este desórden ha conmovido al emperador, que me ha encargado haga presente á «V. A. R. este funesto estado, á fin de que se sirva decirme los medios que le pa«rezcan oportunos, ya para conciliar el interes respectivo de ambas naciones, ya «para que vuelva la *tranquilidad á un reino* tan acreedor á que le posea una perso«na del carácter y dignidad de V. A. R. Considerando, pues, S. M. I. mi larga es«periencia en los negocios (pues hace mas de cuarenta años que sigo la carrera «diplomática, y he estado en todas las córtes), me ha honrado con esta comision, «que espero desempeñar á satisfaccion del emperador y de V. A. R., deseando «que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses llegasen por casualidad «á saberla, no pararian hasta encontrar medios de impedirla.........» El rey por

(1) A pesar de que ya Napoleon estaba determinado á reconocer por rey de España á Fernando, no se lo manifestaba aun á este, y solo le hablaba como príncipe, para obligarle mas á que por obtener aquella investidura se ofreciera á cuanto de él pudiera exigirse. ¡Bien conocido tenia el emperador el carácter de su prisionero!

entonces solo respondió á esta larga arenga diciendo: «Que un asunto tan sério como »aquel, y que le habia cogído tan de sorpresa, pedia mucha reflexion y tiempo para »contestarle, y que cuando llegase este caso se lo haria avisar.»

Era demasiado activo el sagaz emisario y conocia bien la crítica posicion de su amo para esperar mucho tiempo la respuesta, y asi, al siguiente dia pidió otra nueva audiencia, en la que ademas de reproducirse por ambas partes las mismas razones, llegó ya Laforest á ofrecer á Fernando terminantemente y en nombre del emperador la corona de España, á condicion de que habia de concertarse con él sobre los medios de arrojar á los ingleses de la Península, á lo que dicen contestó Fernando, y aun añade el historiador que nos ha trasmitido estas noticias, que le apoyaron su hermano y tio (1): «Que de nada podia tratar hallándose »en las circunstancias en que estaba en Valencey, y que ademas no podia dar nin»gun paso sin el consentimiento de la nacion representada por la Regencia.» Hubo sucesivamente de una y otra parte nuevas visitas, observaciones y réplicas, suficientes para que otras personas mas perspicaces que las detenidas en Valencey hubieran conocido la mala fé del negociador, pues este, pareciéndole que la idea de la supuesta república con que en un principio quiso alarmarlas, no habia producido en ellas todo el efecto que deseaba, mudó de rumbo, y ya en sus últimas conversaciones no era república lo que los ingleses querian establecer en España, sino una nueva dinastía, trayendo á ella la de Braganza. Por fin, un dia exigió del rey que le dijera si al volver á España seria amigo ó enemigo del emperador. Fernando contestó: «Estimo mucho al emperador; pero nunca haré cosa que sea en con»tra de mi nacion y de su felicidad, y por último declaro á V. que sobre este pun»to nadie en este mundo me hará mudar de dictámen. Si el emperador quiere que »yo vuelva á España, trate con la Regencia, y despues de haber tratado y habérme»lo hecho constar, lo firmaré pero para esto es preciso que vengan aqui diputados »de ella y me enteren de todo. Dígaselo V. al emperador, y añádale que esto es »lo que me dicta mi conciencia.» Tal es la noble respuesta que en la obra antes citada pone D. Juan Escoizquiz en boca de Fernando, y de cuya exadtitud no se dudaria tratándose de un rey de carácter firme y enérgico; pero la sana crítica se para y suspende darle su asenso cuando la considera pronunciada por el hijo de Cárlos IV, por el príncipe que en todo el curso de su vida no presenta, que nosotros sepamos, ni un solo acto en armonía con esa respuesta. No se atribuya nuestra duda en este punto á una predisposicion contraria á aquel monarca, pues ciertamente quisiéramos no hallar motivos para tenerla, siquiera por honor al nombre español; mas la imparcialidad que reclama la historia nos obliga á espresarnos de este modo, sin tratar por eso de prevenir el ánimo del lector juicioso y desapasionado, á quien solo rogamos tenga presente se trata aqui del hombre espantadizo y tímido que en la célebre causa del Escorial escribió á sus padres las vergonzosas cartas del 5 de noviembre de 1807, insertas en nuestro primer tomo; del que olvidando los preceptos del honor, delató á los que por él se habian comprometido; del príncipe apocado que firmó la renuncia de Bayona, y humillado despues á las plantas de su opresor le pedia por favor una princesa de su familia para esposa; y en suma, del rey irresoluto y vacilante que hasta en las puertas mismas del sepulcro fué débil, desheredando primero á su propia hija, y revocando luego tan monstruosa disposicion por los esfuerzos de una persona generosa, y por cierto bien mal pagada. De este monarca, repetimos, es del que se trata; reflexione el lector sobre los he-

(1) *D. Juan Escoizquiz* en su obra titulada: *Idea sencilla de las razones que motivaron el viage de el rey D. Fernando VII á Bayona, etc.*, publicada en Madrid en la Imprenta Real, año 1814. De esta obra están tomadas las conferencias, cartas y demas documentos que referentes á esta materia insertamos en la nuestra. El lector dará el crédito que guste á los asertos del antiguo maestro de Fernando VII, ya que la exactitud de la historia nos obliga á tomar de dicha obra unas noticias absolutamente necesarias para el conocimiento que aquellos sucesos, por mas desconfianza que nos inspire la fuente á que se refieren.

chos indicados y sobre los demas de su vida, y solo asi se pondrá en estado de poder con algun fundamento negar ó conceder despues su asenso á las aseveraciones de Escoizquiz.

Prosigamos en nuestra relacion. El rey Fernando terminó estas primeras negóciaciones poniendo en manos del conde de Laforest una carta en contestacion á la del emperador, concebida en estos términos: «Señor, el conde de Laforest me ha en»tregado la carta que V. M. I. me ha hecho la honra de escribirme fecha 12 del »corriente, é igualmente estoy muy reconocido á la honra que V. M. I. me hace »de querer tratar conmigo para obtener el fin que desea de poner un término á los »negocios de España.

»V. M. I. dice en su carta *que la Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el ja»cobinismo, y procura aniquilar la monarquía española. No puedo menos de sentir en »sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis estados y con la que tengo »tantos intereses marítimos comunes. Deseo, pues, quitar* (prosigue V. M) *á la influen»cia inglesa cualquiera pretesto, y restablecer los vínculos de amistad y de buenos ve»cinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.* A estas proposiciones, »señor, respondo lo mismo que á las que me ha hecho de palabra de parte de »V. M. I. y R. el señor conde de Laforest; que yo estoy siempre bajo la protec»cion de M. V. I. y que siempre le profeso el mismo amor y respeto, de lo que »tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consen»timiento de la nacion española, y por consiguiente de la junta. V. M. I. me ha »traido á Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede »V. M. hacerlo, pues tiene medios para tratar con la junta que yo no tengo, ó si »V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, y no teniendo yo aqui en Fran»cia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aqui con anuencia de V. M. di»putados de la junta (1) para enterarme de los negocios de España, ver los me»dios de hacerla verdaderamente feliz, y para que sea válido en España todo lo que «yo trate con V. M. I. y R.

«Si la política de V. M. y las circunstancias actuales de su imperio no le permi»ten conformarse con estas condiciones, entonces quedaré quieto y muy gustoso en »Valencey, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi »vida si Dios lo dispone asi.

«Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M.; pero mi conciencia me »obliga á ello. Tanto interés tengo por los ingleses como por los franceses; pero sin »embargo, debo preferir á todo los intereses y felicidad de mi nacion. Espero que »V. M. I. y R. no verá en esto mismo mas que una nueva prueba de mi ingénua »sinceridad y del amor y cariño que tengo á V. M. Si prometiese yo algo á V. M. y »despues estuviese yo obligado á hacer todo lo contrario, ¿qué pensaria V. M. de »mí? Diria que era un inconstante y se burlaria de mí, y ademas me deshonraria pa»ra con toda la Europa.

«Estoy muy satisfecho, señor, del conde de Laforest, que ha manifestado mucho »celo y ahinco por los intereses de V. M., y que ha tenido muchas consideraciones »para conmigo.

»Mi hermano y tio me encargan los ponga á la disposicion de V. M. I. y R.

»Pido, señor, á Dios conserve á V.M. muchos años.—Valencey 21 de noviembre de 1813.—*Fernando.*»

Tomada esta carta, como ya hemos dicho, de la obra de D. Juan Escoizquiz atras citada, la hemos copiado tal como en aquella se encuentra, sin permitirnos, en obsequio á la esactitud, alterar en nada el estilo ó corregir la redaccion: en órden á su contesto nada añadiremos tampoco á lo indicado sobre la respuesta que

(1) Sin duda el rey Fernando se referia aqui á las córtes (si no es que lo hacia á la Regencia), aunque las llamaba junta por la confusa idea que se conoce tenia de los asuutos de España, lo que no es estraño cnando solo se hallaba informado de ellos por los diarios censurados del imperio.

se dice dada por Fernando al conde de Laforest, mayormente cuando el mismo D.r Juan se va á contradecir ahora presentándonos á Fernando, el 11 del inmediato diciembre, accediendo á un tratado en abierta oposicion con los principios emitidos en esta carta.

En efecto, hostigado el emperador de los franceses por lo apremiante de las circunstancias, repitió sus comenzadas gestiones, y para asegurar mejor su intento mandó ir á Valencey al duque de San Cárlos, desde Lons-le-Saulnier donde le tenia confinado. Renovadas entonces las conferencias, asistieron el rey y los infantes D. Cárlos y D. Antonio, Laforest y San Cárlos, y en ellas se acordó que los dos últimos, autorizados competentemente con plenos poderes de sus amos respectivos, hiciesen y firmasen un tratado, si bien no debia considerarse este concluido hasta que llevado á Madrid por el duque, fuese ratificado por la Regencia y tambien por el rey, cuando restituido al trono, estuviese en el goce de su plena libertad.

Para llevar á punto esta determinacion, dirigió Fernado VII al duque de San Cárlos la siguiente carta autógrafa: «Duque de San Cárlos, mi primo.—Deseando »que cesen las hostilidades y concurrir al establecimiento de una paz sólida y dura»dera entre la España y la Francia, y habiéndome hecho proposiciones de paz el »emperador de los franceses, rey de Italia, por la íntima confianza que hago de vues»tra fidelidad, doy pleno y absoluto poder, y encargo especial para que en nuestro »nombre trateis, concluyais y firmeis con el plenipotenciario nombrado para este efec»por S. M. I. y R. el emperador de los franceses y rey de Italia, tales tratados, ar»tículos, convenios ú otros actos que juzgueis conveniente, prometiendo cumplir y »ejecutar puntualmente todo lo que vos, como plenipotenciario, prometais y firmeis »en virtud de este poder, y de hacer espedir las ratificaciones en buena forma, á fin »de que sean cangeadas en el término que se conviniere.—En Valencey á 4 de diciem»bre de 1813.—*Fernando.*»

Autorizado en los mismos términos Mr. de Laforest por parte del emperador Napoleon, y puestos en breve de acuerdo los dos plenipotenciarios, estipularon y firmaron un tratado concebido en los términos siguientes: «S. M. C. y el em»perador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederacion del Rhig »y mediador de la Confederacion Suiza, igualmente animados del deseo de hacer »cesar las hostilidades y de concluir un tratado de paz definitivo entre las dos po»tencias, han nombrado plenipotenciarios á este efecto, á saber: S. M. D. Fernan»do á D. José Miguel de Carvajal, duque de San Cárlos, conde del Puerto, gran »maestre de postas de Indias, grande de España de primera clase, mayordomo ma»yor de S. M. C., teniente general de los ejércitos, gentilhombre de cámara con »ejercicio, gran cruz y comendador de diferentes órdenes, etc., etc., etc.; S. M. el »emperador y rey á Mr. Antonio Renato Cárlos Mathurin, conde de Laforest, »individuo de su consejo de Estado, gran oficial de la Legion de Honor, gran cruz »de la órden imperial de la Reunion, etc., etc., etc. Los cuales, despues de can»gear sus plenos poderes respectivos, han convenido en los artículos siguientes: »Artículo 1.° Habrá en lo sucesivo y desde la fecha de la ratificacion de este tra»tado, paz y amistad entre S. M. Fernando VII y sus sucesores, y S. M. el em»perador y rey, y sus sucesores. 2.° Cesarán todas las hostilidades por mar y »tierra entre las dos naciones, á saber: en sus posesiones continentales de Europa, »inmediatamente despues de las ratificaciones de este tratado; quince dias despues, »en los mares que bañan las costas de Europa y Africa de esta parte del ecuador; »cuarenta despues, en los mares de Africa y América en la otra parte del ecua»dor; y tres meses despues en los paises y mares situados al este del cabo de »Buena Esperanza. 3.° S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, reco»noce á D. Fernando y sus sucesores segun el órden de sucesion establecido por las »leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias. 4.° S. M. el »emperador y rey reconoce la integridad del territorio de España, tal cual exis»tia antes de la guerra actual. 5.° Las provincias y plazas actualmente ocupadas »por las tropas francesas serán entregadas en el estado en que se encuentran á los

«gobernadores y á las tropas españolas que sean enviadas por el rey. 6.° S. M. «el rey Fernando se obliga por su parte á mantener la integridad del territorio de «España, islas, plazas y presidios adyacentes, con especialidad Mahon y Ceuta. Se »obliga tambien á evacuar las provincias, plazas y territorios ocupados por los »gobernadores y ejército británico. 7.° Se hará un convenio militar entre un »comisionado francés y otro español, para que simultáneamente se haga la eva- »cuacion de las provincias españolas, ú ocupadas por los franceses ó por los ingle- »ses. S. M. C. y S. M. el emperador y rey se obligan recíprocamente á man- »tener la independencia de sus derechos marítimos, tales como han sido esti- »pulados en el tratado de Utrech, y como las dos naciones los habian mantenido »hasta el año de 1092. 9.° Todos los españoles adictos al rey José, que le »han servido en los empleos civiles ó militares, y que le han seguido, volverán »á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban: todos los bienes de »que hayan sido privados les serán restituidos. Los que quieran permanecer fuera »de España, tendrán un término de diez años para vender sus bienes y tomar to- »das las medidas necesarias á su nuevo domicilio. Les serán conservados sus de- »rechos á las sucesiones que puedan pertenecerles, y podrán disfrutar sus bienes »y disponer de ellos sin estar sujetos al derecho del fisco ó de retraccion, ó cual- »quier otro derecho. Todas las propiedades, muebles ó inmuebles, pertene- »cientes en España á franceses ó italianos, les serán restituidas en el estado en que »las gozaban antes de la guerra. Todas las propiedades secuestradas ó confiscadas »en Francia ó en Italia á los españoles, antes de la guerra, les seran tambien res- »tituidas. Se nombrarán por ambas partes comisarios que arreglarán todas las cues- »tiones contenciosas que puedan suscitarse ó sobrevenir entre franceses, italianos »ó españoles, ya por discusiones de intereses anteriores á la guerra, ya por los »que haya habido despues de ella. 11. Los prisioneros hechos de una y otra parte »serán devueltos, ya se hallen en depósitos, ya en cualquiera otro parage, ó ya »hayan tomado partido; á menos que inmediatamente despues de la paz no decla- »ren ante un comisario de su nacion, que quieren continuar al servicio de la po- »tencia á quien sirven. 12. La guarnicion de Pamplona, los prisioneros de »Cádiz, de la Coruña, de las islas del Mediterráneo, y los de cualquiera otro »depósito que hayan sido entregados á los ingleses, serán igualmente devueltos, ya »estén en España, ó ya hayan sido enviados á América. 13. S. M. Fernando VII se »obliga igualmente á hacer pagar al rey Cárlos IV y á la reina su esposa la cantidad »de treinta millones de reales, que será satisfecha puntualmente por cuartas partes »de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de francos formarán »la viudedad de la reina. Todos los españoles que estén á su servicio tendrán la »libertad de residir fuera del territorio español todo el tiempo que SS. MM. »lo juzguen conveniente. 14. Se concluirá un tratado de comercio entre ambas »potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pie »que antes de la guerra de 1792. 15. La ratificacion de este tratado se verificará »en Paris en el término de un mes, ó antes si fuere posible. Fecho y firmado en »Valencey á 11 de diciembre de 1813.—*El Duque de San Cárlos.—El Conde de »Laforest.*»

No se necesitaba una prueba tan terminante como la de los dos documentos que anteceden para justificar la desconfianza con que hemos leido poco ha los asertos de Escoiquiz sobre la firmeza de carácter que quiere suponer en Fernando, así en sus conferencias con Laforest, como en su carta á Napoleon.

«Apesárase el alma, dice Toreno, y desgracia es para España que los mismos hombres (no se alude en este caso á Palafox ni á Zayas) que por sus errados consejos habian influido poderosamente en meter á la nacion y al rey en un mar de desdichas sin suelo apenas ni cabo, volviese á salir al teatro político para representar papeles parecidos á los de antes, trabajando por estremarse en idénticos desvíos de discernimiento y buen juicio.—Porque en efecto, si examinamos con atencion el tratado de Valencey, cuya letra no ha podido alterarse, patente se hace

permanecian aun vivas las inclinaciones de Bayona entre los cortesanos que asistieron allí en 1808: pues en el contesto del referido tratado ni siquiera se nombra al gobierno nacional que, durante la ausencia del rey, habia agarrado con gloria y dichosa estrella el timon de los negocios públicos, ni tampoco se hace mencion de los aliados, acordándose solo de los ingleses para repelerlos fuera del territorio español á manera de enemigos. Y si del tratado pasamos á las instrucciones que de palabra se comunicaron á San Cárlos, y cuenta Escoiquiz, ¿habrá nadie que no las gradue de mal sonantes, falaces é impropias de la dignidad real? En ellas, queriendo por una parte engañar á Napoleon mismo y faltarle á lo pactado, suscítanse por la otra recelos contra la Regencia y las córtes, y aun se sospecha de su lealtad, anunciando en su escrito D. Juan Escoiquiz que sin las precauciones adoptadas «hubiera podido llegar por la infidelicad de la Regencia la noticia de las intenciones del rey al gobierno frances y echarlo todo á perder.» Enhorabuena desagradasen al tal autor y á los suyos las opiniones de las córtes y sus providencias en materias de reformas, aunque no las conociesen bien; pero tildar á sus individuos del modo que lo hicieron, y aun creer que la Regencia fuese capaz de descubrir á Napoleon un secreto del rey, como en su folleto estampa osadamente el D. Juan, cosa es que alborota el ánimo y provocará á ira al español mas pacíco y templado, siempre que sea amante de la verdad y de la justicia. Qué! ¿Hombres íntegros y de incontrastable firmeza en tiempos procelosos y desesperados, mudaríanse de repente, y ahora y cuando iba á entrarse en otros serenos y bonancibles? No, ni imaginado lo hubieran antes ni despues, ni entonces, aun dado caso que hubiese ya zumbado en sus oidos el ruido de los grillos y cadenas que preparaban para ellos y la patria, en recompensa de tribulaciones pasadas y grandes servicios, los de Valencey y secuaces.—Que fuese el encubierto deseo de los consejeros de Fernando, ya por la ciega admiracion que aun conservaban á su persona, colíjese del tratado referido que no consiente interpretaciones, ni posteriores variantes, y de la conducta que todos ellos tuvieron é iremos observando hasta la final caida de Bonaparte....»

El duque de San Cárlos fue el destinado para traer á España ese triste convenio, con una carta del rey para la Regencia, que sirviese de credencial, y una instruccion ostensible que escudase á Fernando cerca del gobierno frances. En la primera se exigia del de Madrid la ratificacion del tratado. Ademas de estos documentos nos dice Escoiquiz, que el mismo Fernando hizo de palabra á San Cárlos las advertencias siguientes: «1.ª Que en caso de que la Regencia y las córtes »fuesen leales al rey y no infieles é inclinadas al jacobinismo, *como S. M. sospecha»ba*, se les digese era su real intencion que ratificase el tratado; con tal que lo con»sintiesen las relaciones entre España y las potencias ligadas contra la Francia, y no »de otra manera; 2.ª que si la Regencia, libre de compromisos, le ratificase, podia »verificarlo temporalmente entendiéndose con la Inglaterra, resuelto S. M. á decla»rar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta á España, por los males que traeria »á su pueblo semejante confinacion; y 3.ª que si dominaba en la Regencia y »en las córtes *el espíritu de jacobinismo*, nada dijese el duque y se contentase »con insistir buenamente en la ratificacion, reservándose S. M., luego que se »viese libre, el continuar ó no la guerra segun lo requiriese el interés ó la buena fe de »la nacion (1).»

Ahora sí, que contra su deseo, nos pinta Escoiquiz á Fernando en toda la fealdad de su carácter, pues le vemos injusto, desconfiado é ingrato con los que habian roto los cerrojos de su prision, y falaz y falso para con el emperador, disponiéndose á faltarle á lo pactado y á engañarle en los momentos mismos en que con las mas humillantes espresiones afectaba ponerse en sus manos. Accion impropia no ya solo

(1) En la obra citada *Idea, sencilla etc.*, por Juan Escoiquiz. Cap. 6 pág. 109.

de la dignidad real, sino de todo hombre que no haya arrancado de su corazon todas las inspiraciones de la moral y del honor, sin que pueda servir de escusa y tan bajo proceder la idea de que ahora se empleaba contra Bonaparte; pero desgraciadamente el carácter de aquel monarca, que tan adverso fué para España, se hermanaba mejor con las acciones indecorosas y menguadas, que con las nobles y generosas.

El 11 de diciembre salió de Valencey el duque de San Cárlos bajo el falso nombre de Ducos para ocultar mejor su viage, y que no llegara á traslucirse el obje-



Parte para España el duque de San Cárlos.

to del encargo, cuya reserva recomendaba Napoleon. Este hizo ir á Valencey á D. Pedro Macanaz, para que en ausencia de San Cárlos continuára tratando con Laforest: tambien envió al mismo punto á los generales D. Jose de Zayas y D. José de Palafox encerrados hasta entonces en Vicennes, sin olvidarse tampoco de D. Juan Escoizquiz que desde Bourgues llegó á Valencey el 14 del mismo diciembre, y el cual por disposicion de Fernando tomó luego parte en las conferencias de Macanaz y Laforest. De este modo, y esceptuando luego á Palafox y Zayas, se volvió el monarca español á poner en manos de los mismos que seis años antes habian hecho su desgracia y la de la nacion; y como ni el rey ni sus consejeros habian aprendido nada en los infortunios, no supieron mas que seguir por la senda de perdicion que los habia precipitado en 1808, y bien fuera por temor ó por la admiracion que todavía conservaban al emperador de los franceses, se dedicaron desde luego á buscar los medios de mantener su alianza, esquivando cualquiera otra. Como parte de este errado plan, refieren algunos un suceso de que debemos dar aqui alguna idea, aunque ligera.

Por el mismo tiempo que en Valencey tenian lugar los tratos referidos, vinieron á España unos comisionados franceses, que bajo de cuerda dirigia y manejaba desde su pais un tal Mr. Tassin, sugeto entremetido é intrigante. El encargo de aquellos se dirigia especialmente á introducir desconfianza respecto de los ingleses y trabajar con empeño para que estos saliesen de España. Dos eran los comisionados principales revestidos de poderes y con autorizacion competente. Uno de ellos se presentó á Mina, y el otro, huyendo de la carretera de Irun para no encontrarse con D. Manuel Freire y lord Welington, se dirigió á Bilbao, en donde se abocó con un cierto Echevarría, amigo y corresponsal de los de Valencey desde las

ocurrencias de Bayona. Se unieron á los espresados emisarios algunos otros, entre los que, por su sagacidad y arrojo, merece especial mencion un Mr. Magdeleine, hombre que sabia aparentar un natural bondadoso y sencillo, el cual tuvo astucia bastante para engañar á D. Miguel de Alava y al mismo lord Welinton, hasta el punto de sacarles recomendaciones y dinero, El general Mina, siempre tan buen español, como avisado y astuto, se manejó de modo capaz de conseguir que el comisionado que se le presentó, llamado Mr. Duclerc, le descubriera todo el objeto de su mision y le entregara diversos papeles. Informada de todo la Regencia del reino, y cierta de la malicia y maldad de la trama urdida, dispuso proceder contra los ejecutores de ella, y ordenó en consecuencia la prision de varios sugetos, señaladamente la del que hemos dicho haberse enderezado á Bilbao, de cuya persona, ya de regreso, se apoderó dentro del territorio frances D. Miguel de Álava, en virtud de órden superior y por medio del comisario de policía Mr. Latour. Determinada estaba la Regencia á que se castigase ejemplarmente á tan indignos enredadores; pero cuando mas firme se hallaba en su resolucion, tuvo que pararse, bien á su pesar, sabedora de que entre los documentos habia algunos (¡vergüenza dá decirlo!) que aparecian firmados de puño y letra de persona muy elevada y augusta. Este descubrimiento hizo suspender las diligencias judiciales, procurando dar treguas al asunto y aun echarle tierra. Algunos pensaron que todo ello habia sido pura fragua y falsificacion de D. Juan Amézaga (1), hombre mal reputado, y que al lado de Fernando servia secretamente al gobierno frances; pero mudaron de dictámen al averiguar que los arrestados recobraron su libertad al tornar Fernando á España, y que recibieron en 1815 (2) una suma considerable á trueque de que entregasen papeles al parecer importantes que todavía conservaban en su poder, y con cuya publicacion amenazaban al rey Fernando con sobrada confianza y orgullo.

El duque de San Cárlos llegó á Madrid el 4 de enero, dilatándose el despacho del negocio que traia, por hallarse á la propia sazon todavía de viage la Regencia y las córtes, y tardar estas algunos dias en instalarse. Mientras tanto, sospechándose algo sobre el objeto de la venida del duque, y no bien visto este tampoco por los recuerdos de Bayona, se embraveció la opinion pública en su contra, espresándose en dichos y alusiones ofensivas que insertas en los periódicos se repetian en las funciones teatrales y se reproducian en jácaras por las calles y plazas.

Inquietos tambien en Valencey los que alli habian quedado, y temerosos de que el duque de San Cárlos enfermase ó tuviese tropiezos en el camino, idearon enviar con igual comision á D. José Palafox, conociendo que la popularidad que gozaba por la defensa de Zaragoza alejaria de su persona todo motivo de enojo y abreviaria la comision. Se le dieron á D. José los mismos papeles que al que le ha-

(1) D. Juan Gualberto Amézaga, aparentando fidelidad y honradez, logró el año de 1808 agregarse en Vitoria á la comitiva del rey y obtener el empleo de su caballerizo; despues en Valencey consiguió el gobierno de la casa de S. M. bajo el título de intendente, y vendido al gobierno frances le servia de espia cerca de Fernando. D. Juan Escoizquiz, en la obra antes citada (página 82), censura ágriamente á este sugeto, no obstante los vínculos de parentesco que unian á ambos. A pesar de todo cometió la imprudencia de regresar á España al volver el rey á ocupar el trono: acusado de culpables manejos durante la permanencia de Fernando en Valencey, mandósele formar causa, y la audiencia de Zaragoza lo condenó á la pena de muerte, en cuyo estado, no esperando Amézaga obtener el perdon del rey, se suicidó con una navaja de afeitar en la cárcel en donde estaba preso.

(2) En el año de 1815 (dice Toreno, cuyo relato seguimos aqui casi literalmente) Tassin y Duclerc pidieron que se les indemnizase, amenzando sino publicar las cartas que decian tener del rey con otras anécdotas suyas y de los infantes en Valencey. D. Miguel de Alava, á la sazon ministro plenipotenciario de España en Paris, escribió al rey con este motivo, y le envió una carta de Tassin. S. M. contestó al primero diciéndola entre otras cosas: «que las cartas fueron fabricadas por quien »tendria interés en ello, y con el objeto que él sabria:» lo que hizo sospechar que todo habria sido intrígas y amaños de Amézaga. Con todo, mudó la opinion al ver que insistiendo aquellos agentes en sus reclamaciones, bajo los embajadores conde de Peralada y duque de Fernan-Nuñez, se les dió en tiempo del último para acallarlos doscientos mil ó mas francos, en cambio de los papeles que tenian y entregaron. Esto y el tono insolente de las demandas aumentó los recelos anteriores de que mano mas alta que la de Amézaga habia tomado tambien parte en la correspondencia.»

bia precedido, acompañados de otra instruccion (1) comprensiva de varios puntos relativos al cumplimiento del tratado, y una nueva carta ó credencial para la Regencia, trayendo tambien, segun parece, encargo, aunque verbal, de manifestar al embajador de Inglaterra de parte de S. M. sus sentimientos de gratitud y aprecio hácia la Gran Bretaña. Con estas instrucciones partió Palafox de Valencey el 24 de diciembre bajo el nombre de Mr. Taysier, y llegó á Madrid en el mes inmediato, dias despues que San Cárlos.

Visto ya el modo con que en Valencey se fraguaban los hierros destinados á oprimir á la infortunada España, examinemos en el capítulo siguiente si las disposiciones de nuestro gobierno fueron acertadas y propias para conjurar la tempestad que le amenazaba.

---

(1) La instruccion dada por el rey Fernando á D. José Palafox estaba concebida en estos términos, «La »copia que se os entrega de la instruccion dada al duque de San Cárlos os manifestará con claridad su »comision, á cuyo feliz éxito debereis contribuir, obrando de acuerdo con dicho duque en todo aquello »que necesite vuestra asistencia, sin separaros en cosa alguna de su dictámen, como que lo requiere la »unidad que debe haber en el asunto de que se trata, y ser el espresado el que se halla autorizado por mí. »Posteriormente á su salida de aqui han acaecido algunas novedades en la preparacion de la ejecucion del »tratado que se hallan en la apuntacion siguiente.

»Téngase presente que inmediatamente despues de la ratificacion pueden darse órdenes por la Re»gencia para una suspension general de hostilidades; y que los señores mariscales generales en gefe de »los ejércitos del emperador accederán por su parte á ella. La humanidad exige que se evite de una y otra »parte todo derramamiento de sangre inútil.

»Hágase saber que el emperador, queriendo facilitar la pronta ejecucion del tratado, ha elegido al »señor mariscal duque de la Albufera por su comisario en los términos del articulo sétimo. El señor ma»riscal ha recibido los plenos poderes necesarios de S. M., á fin de que asi que se verifique la ratificacion »por la Regencia, se concluya una convencion militar relativa á la evacuacion de las plazas tal cual ha si»do estipulada en el tratado con el comisario que puede desde luego enviarle al gobierno español.

»Téngase entendido tambien que la devolucion de prisioneros no esperimentará ningun retardo, y »dependerá únicamente del gobierno español el acelerarla; en la inteligencia de que el señor mariscal »duque de la Albufera se halla tambien encargado de estipular en la convencion militar, que los genera»les y oficiales podrán restituirse en posta á su pais, y que los soldados serán entregados en la frontera »hácia Bayona y Perpiñan, á medida que vayan llegando á ella.

»En consecuencia de esta apuntacion, la Regencia habrá dado sus órdenes para la suspension de las »hostilidades, y habrá nombrado comisario de su confianza para realizar por su parte el contenido de »ella.=Valencey á 23 de diciembre de 1813.—FERNANDO.—*A D. José Palafox.*»



CAPITULO XLVII.

Entra la Regencia del reino en Madrid.—Abren las córtes allí sus sesiones.—Cartas de la Regencia al rey.—Regresan á Francia el duque de San Cárlos y Palafox.—Dá cuenta á las córtes de este negocio la Regencia.—Consultan las córtes al Consejo de Estado acerca del asunto.—Dictámen de esta corporacion.—Decreto de las córtes en la materia.—Proposicion del diputado Sanchez.—Manifiesto de las córtes á la nacion.—Se reciben con aplauso el decreto y manifiesto citados.—Juicio sobre dicho decreto.—Ligas y manejos contra las nuevas reformas.—El conde del Abisbal.—Alarmante discurso del diputado Reina.—Alboroto que causa en las córtes y sus resultas.—Tratan algunos de mudar la Regencia.—No lo consiguen.—Proposicion del diputado Cepero.—Cierran las córtes sus sesiones.—Ábrense las correspondientes á 1814.—Reconocimiento del Austria y tratado con Prusia.

El tránsito de la Regencia desde la isla de Leon hasta la capital de la monarquía fué un continuado triunfo, esmerándose todos los pueblos en su obsequio, y con el mismo júbilo y aclamaciones fué recibida en Madrid, donde entró el 5 de enero de 1814.

El 15 del mismo mes abrieron las córtes sus sesiones, suspendidas antes en la isla de Leon, y nombraron por su presidente á D. Gerónimo Diez, diputado por Salamanca, congregándose interinamente en el teatro de los caños del Peral. Poco interes ofrecieron sus primeras sesiones públicas, pero sí las secretas, pues en ellas se trató con bastante estension del objeto de las comisiones del duque de San Cárlos y del general Palafox, ofreciendo la discusion el resultado que veremos pronto.

A su paso por Aranjuez tuvo ya conocimiento la Regencia de la mision del primero, y conocida, no titubeó un instante en la marcha que debia seguir, pues se la encontró marcada en el decreto de las córtes estraordinarias, aprobado por unanimidad en la isla de Leon el 1.º de enero de 1811, en el cual, como recordará el lector, declaraban aquellas, «que no re«conocerian, y antes bien tendrian por nulo y de ningun valor ni efecto, todo acto, «tratado, convenio ó transaccion de cualquiera clase ó naturaleza..... otorgados «por el rey mientras permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad «en que se hallaba..... pues jamas le consideraria libre la nacion, ni le prestaria «obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del congreso nacio«nal..... ó del gobierno formado por las córtes.» Remitió, pues, la Regencia copia auténtica á S. M. de este decreto con una carta del tenor siguiente: «Se«ñor: La Regencia de las Españas, nombrada por las córtes generales y estra«ordinarias de la nacion, ha recibido con el mayor respeto la carta que V. M. se ha

«servido dirigirle por el conducto del duque de San Cárlos, asi como el tratado de «paz y demas documentos de que el mismo duque ha venido encargado.

«La Regencia no puede espresar á V. M. debidamente el consuelo y júbilo que «le ha causado el ver la firma de V. M. y quedar por ella asegurada de la buena «salud que goza en compañía de sus muy amados hermanos y tio los señores infan«tes D. Cárlos y D. Antonio, asi como de los nobles sentimientos de V. M. por su «amada España.

«La Regencia todavía puede espresar mucho menos cuales son los del leal mag«nánimo pueblo que le juró por su rey, ni los sacrificios que ha hecho, hace y «hará hasta verle colocado en el trono de amor y de justicia que le tiene prepa«rado; y se contenta con manifestar á V. M. que es el amado y deseado de toda «la nacion.

«La Regencia que en nombre de V. M. gobierna á la España, se ve en la preci«sion de poner en noticia de V. M. el decreto que las córtes generales y estraordina«rias espidieron el dia 1.° de enero del año de 1811, de que acompaña la ad«junta copia.

«La Regencia al trasmitir á V. M. este decreto soberano, se escusa de hacer «la mas mínima observacion acerca del tratado de paz, y sí asegura á V. M. que «en él halla la prueba mas auténtica de que no han sido infructuosos los sacrifi«cios que el pueblo español ha hecho por recobrar la real persona de V. M., y «se congratula con V. M. de ver ya muy próximo el dia en que logrará la inespli«cable dicha de entregar á V. M. la autoridad real, que conserva á V. M. en fiel «depósito, mientras dura el cautiverio de V. M. Dios conserve á V. M. muchos «años para bien de la monarquía. Madrid 8 de enero de 1814.—Señor.—A. L. R. P. «de V. M.—*Luis Borbon*, cardenal de Escala, arzobispo de Toledo, presidente.— «*José Luyando*, ministro de Estado.»



Escribe la Regencia á Fernando.

En 28 del propio mes respondió tambien la Regencia á la nueva carta que le dirigió el rey por conducto de D. José de Palafox, haciéndolo casi en los mismos términos que en la anterior, añadiendo solo que á S. M. se debia «el restablecimiento, «desde su cautiverio, de las córtes, haciendo libre á su pueblo, y ahuyentando del «trono de España el monstruo feroz del despotismo.» Esta indicacion, que aludia al decreto dado sigilosamente por Fernando en Bayona en el año de 1808, era un oportuno recuerdo con el cual procuraba sagazmente la Regencia hacer ver

á Fernando que la reunion de las córtes, de las que ya se temia fuera enemigo, habia sido disposicion suya, y que esta razon le obligaba á contemporizar con ellas. Anunciábase tambien en la misma carta haber el gobierno «nombrado embajador «estraordinario para concurrir á un congreso en que las potencias beligerantes y «aliadas iban á dar la paz á la Europa.»

El duque de San Cárlos y D. José de Palafox regresaron á Francia, no muy satisfechos de su comision, y mas despechado el primero por los desaires é insultos que habia recibido.

Luego que se reunieron las córtes, informóles la Regencia de todo el negocio, inquiriendo de ellas ademas lo que convendria practicar en caso de que Napoleon, prescindiendo de su propuesto tratado, soltase al rey, segun ya se decia, con ánimo de separar á España de la alianza europea, é introducir entre nosotros la desunion y nuevos conflictos y disgustos. Las córtes dieron ahora una prueba singular de moderacion y prudencia, pues antes de entrar en el exámen de cuestion tan ardua y espinosa, quisieron oir acerca de la misma al Consejo de Estado, cuya corporacion, sin titubear en nada, opinó «que no se permitiese ejercer la autori-«dad real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitucion en el seno del «congreso, y que se nombrase una diputacion que al entrar S. M. libre en Espa-«ña le presentase la nueva ley fundamental, y le enterase del estado del pais y de «sus sacrificios y muchos padecimientos:» con otras advertencias respecto de los españoles comprometidos con José, algo rigorosas en verdad, pero disculpables sin embargo por los tristes presentimientos que empezaban á esperimentar los buenos españoles.

En vista de esta consulta y de lo manifestado por la Regencia, deliberaron en secreto las córtes sobre el asunto muy detenidamente, y por una inmensa mayoría acordaron y publicaron el siguiente decreto: «Deseando las córtes dar en la ac-«tual crisis de Europa un testimonio público y solemne de perseverancia inaltera-«ble á los enemigos, de franqueza y buena fé á los aliados, y de amor y confianza «á esta nacion heróica, como igualmente destruir de un golpe las asechanzas y «ardides que pudiese intentar Napoleon en la apurada situacion en que se hallaba «para introducir en España su pernicioso influjo, dejar amenazadas nuestras rela-«ciones con las potencias amigas, ó sembrar la discordia en esta nacion magnáni-«ma unida en defensa de sus derechos y de su legítimo rey el señor D. Fernan-«do VII, han venido en decretar y decretan:—1.º conforme al tenor del decreto da-«do por las córtes generales y estraordinarias en 1.º de enero de 1811, que se cir-«culará de nuevo á los generales y autoridades que el gobierno juzgare oportuno, «no se reconocerá por libre al rey ni por lo tanto se le prestará obediencia, hasta «que en el seno del congreso nacional preste el juramento prescrito en el artícu-«lo 173 de la Constitucion. 2.º Asi que los generales de los ejércitos que ocupan «las provincias fronterizas sepan con probabilidad la próxima venida del rey, des-«pacharán un estraordinario ganando horas, para poner en noticia del gobierno «cuantas hubiesen adquirido acerca de dicha venida, acompañamiento del rey, «tropas nacionales ó estrangeras que se dirijan con S. M. hácia la frontera, y de-«mas circunstancias que puedan averiguar concernientes á tan grave asunto, de-«biendo el gobierno trasladar inmediatamente estas noticias á conocimiento de «las córtes. 3.º La Regencia dispondrá todo lo conveniente y dará á los genera-«les las instrucciones y órdenes necesarias á fin de que al llegar el rey á la fron-«tera reciba copia de este decreto, y una carta de la Regencia con la solemnidad «debida, que instruya á S. M. del estado de la nacion, de sus heróicos sacrificios, «y de las resoluciones tomadas por las córtes para asegurar la independencia na-«cional y la libertad del monarca. 4.º No se permitirá que entre con el rey nin-«guna fuerza armada. En caso que esta intentase penetrar por nuestras fronteras «ó las líneas de nuestros ejércitos, será rechazada con arreglo á las leyes de la «guerra. 5.º Si la fuerza armada que acompañare al rey fuere de españoles, los «generales en gefe observarán las instrucciones que tuvieren del gobierno, diri-

«gidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de «los prisioneros, con el orden y seguridad del estado. 6.º El general del ejército que tuviese el honor de recibir al rey, le dará de su mismo ejército la tropa «correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su real persona. 7.º No «se permitirá que acompañe al rey ningun estrangero, ni aun en calidad de do«méstico ó criado. 8.º No se permitirá que acompañen al rey, ni en su servi«cio, ni en manera alguna, aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleon ó «de su hermano José, empleo, pension ó condecoracion de cualquiera clase «que sea, ni los que hayan seguido á los franceses en su retirada. 9.º Se confia «al celo de la Regencia el señalar la ruta que haya de seguir el rey hasta llegar á «esta capital, á fin de que en el acompañamiento, servidumbre, honores que se «hagan en el camino, y á su entrada en esta corte y demas puntos convenientes «á este particular, reciba S. M. las muestras de honor y respeto debidos á su dig«nidad suprema, y al amor que le profesa la nacion. 10. Se autoriza por este «decreto al presidente de la Regencia para que en constando la entrada del rey «en territorio español, salga á recibir á S. M. hasta encontrarle y acompañarle «á la capital con la correspondiente comitiva. 11. El presidente de la Regencia «presentará á S. M un ejemplar de la Constitucion política de la monarquía, á «fin de que instruido S. M. en ella, pueda prestar con cabal deliberacion y volun«tad cumplida el juramento que la Constitucion previene. 12. En cuanto llegue «el rey á la capital vendrá en derechura al congreso á prestar dicho juramento, «guardándose en este caso las ceremonias y solemnidades mandadas en el regla«mento interior de córtes. 13. Acto contínuo que preste el rey el juramento «prescrito en la Constitucion, treinta individuos del congreso, de ellos dos secre«tarios, acompañarán á S. M. á Palacio, donde formada la Regencia con la debida «ceremonia, entregará el gobierno á S. M. conforme á la Constitucion y al artícu«lo 2.º del decreto de 4 de diciembre de 1813. La diputacion regresará al con«greso á dar cuenta de haberse asi ejecutado, quedando en el archivo de córtes el «correspondiente testimonio. 14 En el mismo darán las córtes un decreto con «la solemnidad debida, á fin de que llegue á noticia de la nacion entera el acto «solemne por el cual y en virtud del juramento prestado, ha sido el rey colocado «constitucionalmente en su trono. Este decreto despues de leido en las córtes se «pondrá en manos del rey por una diputacion igual á la precedente, para que se «publique con las mismas formalidades que todos los demas, con arreglo á lo pre«venido en el artículo 14 del reglamento interior de córtes.

«Lo tendrá entendido la Regencia del reino para su cumplimiento, y lo hará «imprimir, publicar y circular.

«Dado en Madrid á 2 de febrero de 1814.—(Siguen las firmas del presidente «y secretarios.) —*A la Regencia del reino.*"

A pesar de las diversas opiniones que dominaban en las córtes, hubo casi unanimidad en la aprobacion de este decreto, no habiendo tenido en contra mas que unos diez ó doce votos, y para mayor solemnidad firmaron el acta todos los diputados que asistieron á la sesion. En la del dia 3 propuso el diputado Sanchez, y aprobaron las córtes en la del 8, que se publicase y circulase con el decreto del 2 y demas documentos pertenecientes al negocio, un manifiesto en que se especificasen los fundamentos de la determinacion tomada. Hízose asi, leido y aprobado que fué este el 19 de febrero (1).

Con públicas demostraciones de aprecio recibieron los patriotas el anterior decreto, calificándolo tambien los aliados de muy prudente y oportuno; mas des-

(1) La estension de este documento y la concision que se nos recomienda nos impide insertarlo aqui, creyendo ademas que el decreto del 2 de febrero y lo que hemos dicho sobre las comisiones del duque de San Cárlos y del general Palafox, será bastante para que el lector forme una idea aproximada del espíritu de dicho manifiesto.

pues que el despotismo alcanzó su ominoso triunfo, se trocaron las alabanzas en agrias y crueles censuras, tratándolo algunos de nimio y aun depresivo de la autoridad real; como si la conocida astucia de Napoleon y el carácter de Fernando no hicieran necesarias las mas esquisitas precauciones. No por eso aprobamos enteramente la conducta de las córtes y del gobierno sobre este punto, pues en vez de las prevenciones marcadas en el decreto, algunas de ellas inútiles y fuera de sazon, tales como la relativa al camino marcado á Fernando para su viage á la capital debieran haber tomado medidas positivas y capaces de hacer frente al empuje del despotismo, y de atajar en su orígen los proyectos que una mediana prevision debia temer del monarca que se esperaba.

Los pocos vocales que desaprobaron en las córtes el decreto de 2 de febrero no lo hicieron por ser partidarios ó fautores de la usurpacion estrangera, sino porque contrarios al nuevo sistema político, aspiraban á destruir todas las reformas y reponer los antiguos abusos. Muchos eran los que en diversos puntos de España trabajaron con tan perverso fin, siendo lo mas escandaloso el hallarse complicado en la trama el conde del Abisbal, con licencia á la sazon en Córdoba, manteniendo secretas inteligencias con D. Bernardo Mozo Rosales, D. Antonio Gomez Calderon y otros diputados, principales gefes del partido antireformador.

El recelo que todavía inspiraban los franceses, el que tenia el conde del Abisbal de no encontrar apoyo en su ejército y otros impensados embarazos, detuvieron la ejecucion del plan proyectado, y fué causa de que muchos vocales de los mismos que en él entraban aprobáran el decreto del 2 de febrero; pero resueltos siempre á llevar adelante su propósito, luego que lo permitiesen las circunstancias, se abocaron varios diputados y otros sugetos con el duque de San Cárlos, procurando grangearse su voluntad para que indujese al rey á favorecer semejantes manejos. Aunque en el interes de los conspiradores entraba la mayor reserva para la confeccion de su plan, lo dejaba sin embargo vislumbrar la indiscrecion de algunos de los iniciados en él.

En este número podemos contar á D. Juan Lopez Reina, diputado por Sevilla, quien en la sesion del 3 de febrero causó en las córtes inaudito escándalo, levantándose á hablar despues de admitida á discusion en aquel dia la propuesta del manifiesto arriba indicado, y diciendo sin preámbulos ni rodeos: «Cuando nació «el Señor D. Fernando VII, nació con un derecho á la absoluta soberanía de la «nacion española: cuando por abdicacion del Señor D. Cárlos IV obtuvo la coro- «na, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y señor...» Principios tan



El diputado Reina.

absurdos escitaron como era natural la indignacion de la mayoría del congreso, y de todas partes salieron enérgicas voces llamando al órden al orador. Pero sin ser bastantes tales demostraciones para contener al obcecado Reina, esclamó: «Un repre«sentante de la nacion puede esponer lo que juzgue conveniente á las córtes, y es«tas estimarlo ó desestimarlo...»—«Sí (interrumpieron varios diputados), si se «encierra en los límites de la Constitucion; no, si se sale de ellos...»—Sin desistir todavía de su propósito el diputado Reina, continuó diciendo: «Luego que restitui«do el señor D. Fernando VII á la nacion española, vuelva á ocupar el trono, indis«pensable es que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que pise «la raya...» No es fácil espresar el tumulto que produgeron estas palabras del temerario diputado, esclamando muchos que «no se le permitiese continuar hablan«do, que se escribiesen sus espresiones, y que espulsándole del salon pasasen es«tas, como contrarias á la ley fundamental del estado, al exámen de una co«mision especial.» Asi se decidió al fin despues de un largo y acalorado debate, pasando el asunto al exámen de una comision y en seguida al tribunal de córtes, en donde no tuvo resulta, por haberse fugado el señor Reina, á quien en premio y á peticion suya concediósele á la vuelta del rey á España nobleza personal. Este diputado, hombre de poco valer y de profesion escribano, se prestó en aquella ocasion á ser bajo instrumento del bando anticonstitucional á que pertenecia. Por eso su escandaloso ejemplo alarmó, mas que por lo que sonaba, por lo que indicaba de premeditado y oculto.

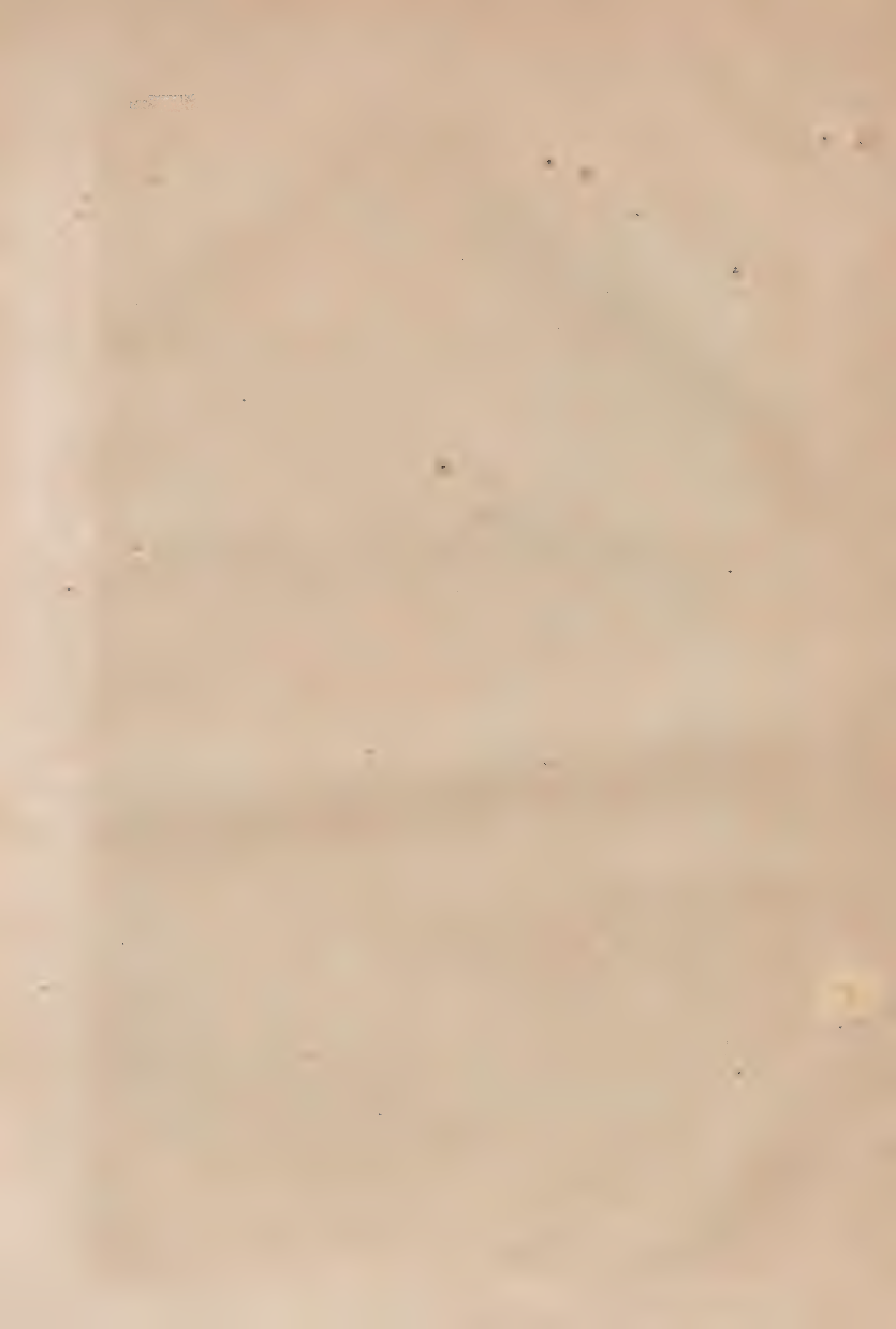
No tardaron en tomar cuerpo estas sospechas al traslucirse que se trabajaba para cambiar súbitamente la Regencia del reino. Fieles á sus juramentos los dignos individuos que la componian y hombres ademas de toda probidad, no daban esperanzas á los maquinadores del buen éxito de su infame plan, conociendo estos por tanto que era preciso separarlos del mando si se habia de socavar el edificio constitucional y preparar su entero hundimiento al tiempo que el rey volviese. Persuadidos los promovedores de este pensamiento de la necesidad de engrosar sus filas en las córtes, se dirigieron á varios diputados de la opinion liberal, alegando en favor de la propuesta razones plausibles y de conveniencia pública. No satisfechos los primeros del resultado de su tentativa, y dispuestos á la realizacion de su proyecto, se arrojaron á ganar en silencio y por sorpresa lo que dudaban poder conseguir de otro modo, intentando realizar su pensamiento en sesion secreta. Muy sobre aviso el partido reformador, frustró el golpe de sus contrarios por medio de una proposicion que hizo el señor Cepero y aprobaron las córtes en la sesion del 17, segun la cual se declaró que solo podria tratarse de mudanza de gobierno en sesion pública y con las formalidades que prevenia el reglamento. Motivada esta proposicion por los reprobados manejos de los diputados retrógrados, diéronle tambien nuevo impulso un informe del ministro de Gracia y Justicia, y una representacion dirigida aquel dia por el general D. Pedro Villacampa que mandaba en Madrid, dando cuenta de las causas que le habian impelido al arresto de un tal D. Juan Garrido y de cierto presbítero nombrado D. José Gonzalez, como tambien al de algunos soldados; dispuestos los primeros á escitar trastornos, y gratificados los segundos por mano oculta con una peseta diaria, aguardiente y pan. Con estas providencias se rompió por entonces la trama urdida, quedando sus autores precisados á aplazar su ejecucion para tiempo mas propicio, que por desgracia no tardó en presentárseles (1).

Rodeadas de un horizonte tan triste, cerraron las córtes ordinarias las sesiones del primer año de su diputacion el 19 de febrero, para abrir el 1.° de marzo, como lo hicieron, las del segundo año, ó sea segunda legislatura de estas córtes.

(1) No podrá graduarse como invencion de los liberales la existencia de estos planes, cuando están declarados por sus mismos autores, como puede verse en la representacion que llamaron de los Persas, hecha á S. M. por muchos de los diputados que tomaron parte en dichas tramas.

A la propia sazon se estendieron tambien nuestras relaciones de buena amistad y alianza con otros estados, recibiendo la Regencia del reino á Mr. Genotte como encargado de negocios de Austria, y concluyendo con la Prusia un tratado, hecho en Basilea el 20 de enero de este año de 1814, parecido á los celebrados en el anterior con Rusia y Suecia, y en cuyo artículo 2.° decíase: «S. M. prusiana «reconoce á S. M. Fernando VII como solo legítimo rey de la monarquía española «en los dos hemisferios, asi como á la Regencia del reino que durante su ausencia «y cautividad la representa, legítimamente elegida por las córtes generales y estra-«ordinarias, segun la Constitucion sancionada por estas y jurada por la nacion.» Asi la Prusia, aunque no de un modo tan directo y esplícito como Rusia y Suecia, reconocia sin embargo en términos positivos la legitimidad de las córtes y por consiguiente la de sus actos. ¡Solo al ingrato Fernando estaba reservado el privilegio de desconocer la obra de la nacion que, para su desgracia, le devolvió el trono que tan cobardemente abandonára!







F. Perez lit.º

Lit.ª de Perez y de Donon.

VISTA DE LA CIUDAD DE BARCELONA.

CAPITULO XLVIII.

Sucesos militares: Cataluña: posicion de las fuerzas de Suchet.—Tratan los aliados de atacarlas.—No se consigue el objeto.—Marchan á Francia parte de las huestes enemigas.—Sale Suchet de Barcelona y se reconcentra en Gerona.—Bloquean los aliados á Barcelona.—Van-Halen: sus proyectos y ardides.—Tentativa contra Tortosa—Frústrase.—Lógrase el objeto en Lérida, Mequinenza y Monzon.—Se cogen prisioneras las guarniciones.—No producen resultado las negociaciones entabladas entre Copons y Suchet.—Regresan á Francia 10,000 hombres del ejército enemigo.—Desmantela Suchet á Gerona y otros puntos, y sitúa su gente junto á Figueras.—Se rinde á los españoles el castillo de Jaca.—Varios ataques contra Santoña.—Muerte gloriosa del gefe español D. Diego del Barco.—Francia.—Situacion del ejército anglo-portugues.—Movimientos de lord Wellington.—Son arrojados los franceses de diferentes puntos.—Paso del Adour.—Vuelve á entrar en Francia D. Manuel Freire con tropas del cuarto ejército español.—Cohetes á la congreve disparados por los ingleses sobre los marineros franceses.—Logran los aliados pasar el Adour.—Queda acordonada Bayona.—Avance de Wellington.—Batalla de Orthez.—Corre riesgo la vida de Wellington.—Victoria obtenida por los ingleses.—Movimientos posteriores ventajosos á los aliados.—Intentos de los partidarios de la casa de Borbon.—Envia Wellington via de Burdeos al mariscal Beresford.—Se declara esta ciudad en favor de los Borbones.—Entran en ella los aliados y el duque de Angulema.—Proclama de Soult.—Conducta que la honra prescribe á los mariscales franceses.

Apesarada el alma con la meditacion de los infortunios que la ingratitud y la perfidia prepararon á nuestra infeliz patria, tiene que buscar algun lenitivo al dolor entre los horrores de la guerra, pues si bien contristan á la humanidad con sus estragos, tambien enaltecen el espíritu con la halagüeña vista del siempre creciente heroismo de nuestros padres, dignos ciertamente de mejor ventura.

Al ocuparnos de la campaña de este año, la primera que llama nuestra atencion es la invicta Cataluña. Allí continuaba en Barcelona el mariscal Suchet, bien que preparado á la retirada, conservando ademas la línea del Llobregat que se estendia desde Molins de Rey hasta San Boy y el desaguadero del rio. Las fuerzas anglo-sicilianas gobernadas ahora, como antes digimos, por sir Guillermo Clinton, en union con las del primer ejército que mandaba el general Copons, y la tercera division del segundo regida por D. Pedro Sarsfield, resolvieron embestir el 16 de enero las citadas posiciones enemigas. Para este plan, se puso de acuerdo el general Clinton con D. José Manso, debiendo el ingles acometer de frente con 8,000 hombres por la calzada de Barcelona, y Manso situarse á espaldas de Molins de Rey en un ventajoso puesto que dominaba el camino por donde los enemigos tenian forzadamente que retirarse. Sin embargo de que D. José Manso estaba autorizado para esta empresa por D. Francisco Copons, general en gefe, quiso despues este encargarse de ella por sí mismo y cooperar en persona á la aco-

metida del general Clinton. No tuvo esta el éxito que se esperaba, porque la oscuridad de la noche y lo perdido de los caminos, entorpeciendo la marcha de Copons, le hicieron llegar tarde y no situarse á retaguardia de los franceses, segun estaba convenido, sino por el flanco; con lo que pudieron los enemigos, á las órdenes del general Mesclop, replegarse á la izquierda del Llobregat por el puente fortificado de Molins de Rey, y recibir ayuda de Pannetier que mandaba toda la division. D. Pedro Sarsfield con la suya y la caballería inglesa los apretó de cerca, señalándose el primer batallon de voluntarios de Aragon, cuyo teniente coronel D. Juan Teran quedó gravemente herido. Al ruido de la accion acudió Suchet con tropas de Barcelona, procurando llevar á los aliados hácia San Feliú del Llobregat para cogerlos como en una red; pero viviendo los nuestros muy sobre aviso, retrocedieron oportunamente, contentándose con el reconocimiento hecho y haber ahuyentado á los franceses de la derecha del rio.

El estado de estos en Cataluña empeoraba por instantes, disminuyéndose sus fuerzas considerablemente, pues recibieron órden del emperador para marchar sobre Leon de Francia las dos terceras partes de la caballería, 8 á 10,000 infantes y casi toda la artillería. El mismo Suchet salió de Barcelona el 1.° de febrero, reconcentrándose en Gerona y sus cercanías, con dos divisiones y una reserva de caballería, á que estaba ahora reducido todo su ejército. Quedó Robert en Tortosa con escasa fuerza, y Habert en la Cataluña baja con unos 9,000 hombres, obligado pronto á encerrarse en Barcelona, porque adelantándose los aliados, bloquearon la plaza y la estrecharon ya del todo el 8 del propio febrero.

Sensibles todos estos golpes para el frances, no lo fueron quizás tanto como otro que impensadamente le sobrevino de parte de quien no podia esperarlo, de un oficial español destinado cerca de Suchet y de nombre D. Juan Van-Halen. Habia sido este alferez de navío de la marina española, y seguido la causa de la nacion hasta que hecho prisionero en el Ferrol en 1809 tomó partido con los enemigos, y reconociendo al rey José le sirvió durante algunos años dentro y fuera del reino. Se hallaba el D. Juan con una comision en Paris en 1813, cuando empezaba á desplomarse el imperio de Napoleon, y proyectando ya desde entonces, segun nos cuenta el mismo Van-Halen en un opúsculo que publicó en 1814 (1), ponerse en posicion de poder hacer algun servicio importante á la patria que habia abandonado y con la que queria reconciliarse, consiguió, despues de muchos pasos y empeños, que se le colocase en el estado mayor del mariscal Suchet. Consiguiente á su propósito, luego que volvió à España se puso en comunicacion con el baron de Eroles, continuándola por espacio de dos meses, en cuyo tiempo pudo dicho Van-Halen adquirir la clave de la cifra del ejército frances, la cual pasó á manos del baron, anunciándole ser este servicio preludio solo de otros que meditaba.

Dió en efecto principio á ellos saliendo de Barcelona el 17 de enero por la noche, y haciendo que le siguiesen, en virtud de órdenes falsas, dos escuadrones de coraceros apostados en las cercanías de la ciudad, con intento de que cayesen en una celada que debia armarles el baron de Eroles. Fracasó el proyecto por haberse retardado el aviso remitido al efecto, consiguiendo Van-Halen salvarse uniéndose á Eroles en San Feliú de Codinas.

Sin amilanarse por aquel contratiempo, metióse en otro empeño aun mas atrevido é importante que el anterior, tratándose nada menos que de fraguar un convenio, que habia de suponerse firmado en Tarrasa entre los generales de los respectivos ejércitos, á fin de recuperar por medio de esta estratagema, fundamento de otras de ejecucion, las plazas de Tortosa, Peñíscola, Murviedro, Lérida, Mequinenza y Monzon, en poder todavía de los enemigos. Propuso Van-Halen la idea al baron de Eroles, quien la aprobó, asi como despues el general Copons, aunque con

(1) *Restauracion de las plazas de Lérida, Mequinenza y castillo de Monzon.*—Madrid, en la Imprenta Real, año de 1814.—Páginas 12 y 13.

alguna vacilacion al principio, por parecerle la empresa, como en realidad lo era, muy complicada y difícil.

Acordes todos en el plan, determinaron empezar á probar fortuna por Tortosa, cuya ciudad bloqueaban las divisiones segunda y quinta del segundo ejército bajo la direccion de D. Juan Antonio Sanz, que tenia sus reales en Jerta. Allí llegaron el 25 de enero el baron de Eroles y en su compañía el capitan D. Juan Antonio Daura, sugeto hábil en la delineacion y dibujo, D. José Cid, vocal de la diputacion de Cataluña, y el teniente D. Eduardo Bart, muy versado en la lengua francesa.

Conferenciaron con Sanz los recien llegados, resolviendo sin dilacion circuir la plaza mas estrechamente de lo que estaba, siendo de precisa necesidad, que ni dentro ni fuera de ella se vislumbrase cosa alguna de lo que iba tratado. Arregláronse luego los papeles y documentos indispensables al caso, cuya imitacion y falsía se debió á la idónea y diestra mano del capitan Daura, y á las cifras, firmas y sello que habia Van-Halen sustraido del estado mayor frances. Dispuesto todo, pasóse sin demora á la ejecucion del ardid, que consistia en enviar por un lado secretamente pliegos contrahechos al gobernador de Tortosa, Robert, como si procediesen del mariscal Suchet, anunciándole la negociacion que se suponia entablada en Tarrasa, para que estuviese preparado á evacuar la plaza al recibir el aviso de verificarlo, y en participar por otro el general del bloqueo al de Tortosa, públicamente y con posterioridad, haberse concluido ya el tratado pendiente, y haber llegado al campo español un ayudante del mariscal Suchet, con quien podia el gobernador abocarse y platicar á su sabor cuanto gustase: ya se deja conocer que Van-Halen habia de representar el papel del ayudante fingido. Fuese efectuando la estratagema con dicha, llegando á punto de estar ya próximo á concluirse el ajuste felizmente; mas impidió su realizacion, segun unos, cierto aviso recibido por el gobernador frances al irse á terminar los tratos; segun otros, la resistencia que opuso Van-Halen á meterse en la plaza, receloso de que se le tendiese un lazo, lo cual despertó las sospechas de los contrarios. Nosotros nos inclinamos á creer lo primero, y tambien á que hubo indiscreciones y demasía en el hablar.

Frustrada la tentativa en Tortosa, pareció prudente no repetirla en Peñíscola ni en Murviedro, y sí en Lérida, Mequinenza y Monzon. Para ello se pusieron en camino el 7 de febrero el inventor y los ejecutores de la trama, albergándose el 8 en Flix, desde donde envió á Mequinenza el baron de Eroles á D. Antonio Maceda, ayudante suyo, y al citado D. José Cid, con órden ambos de levantar allí somatenes, bloquear la plaza y dirigir despues al gobernador por un paisano pliegos ó documentos que apareciesen despachados por Suchet del mismo modo que se fingió en Tortosa. Hácia Lérida se dirigieron Eroles, Daura, Van-Halen y Bart, pernoctando juntos á una jornada de la ciudad; pero con la precaucion de separarse en la mañana inmediata, para no despertar recelos, yéndose por de pronto á Torres del Segre los dos últimos, y el de Eroles al campo de Lérida. Allí aparentó designios de formalizar el sitio pasando ostentosa reseña á la tropa, mientras por confidente seguro y de modo disimulado y oculto introducia en la plaza pliegos concebidos en iguales términos á los enviados antes á Tortosa y Mequinenza.

En esta última plaza dió el ardid buen resultado, sin que encontrase el portador del primer pliego tropiezo alguno, creyéndose allí verdadero emisario de Suchet, por lo cual se apresuró Eroles á espedir la segunda comunicacion como en Tortosa, valiéndose ahora para ello del ayudante de estado mayor D. José Baeza, quien bien recibido y agasajado por el gobernador frances, de nombre Bourgeoix, consiguió evacuasen los enemigos la plaza el 13, precedida una entrevista entre un oficial frances nombrado al efecto y Van-Halen, presente tambien Eroles, habiendo acudido ambos á Mequinenza con esta ocasion.—Apenas terminó la negociacion, volvió el último á Lérida, y en el camino llegó á sus manos la respuesta de aquel gobernador, que como antes digimos era Isidoro Lamar-

que, al mensage secreto estendida en la forma que se deseaba. Aproximóse en su consecuencia Eroles á aquellos muros, y despachó solo el segundo pliego como se habia ejecutado en los demas puntos, pliego á que contestó dicho Lamarque favorablemente, nombrando para tratar de la evacuacion de la plaza á Mr. Polverell, gefe de su estado mayor. El general español nombró por su parte á D. Miguel Lopez Baños. Mientras arreglaban estos los artículos de la entrega, tuvieron una larga conferencia Van-Halen y el gobernador frances, en la cual procuró aquel desvanecer las dudas que aun inquietaban á su interlocutor. Por fin ocuparon nuestras tropas el 15 á Lérida y todas sus fortalezas.

Ya solo faltaba Monzon para completar por esta parte obra tan bien comenzada y seguida. Encargóse esta comision á D. Eduardo Bart, en la que debian emplearse los mismos medios que en los otros puntos, siendo igualmente aquí el resultado tan satisfactorio, que el 18 se posesionaron los españoles del castillo.

Fué, pues, el término dichosamente feliz del atrevido proyecto de D. Juan Van-Halen, posesionarse los nuestros, sin efusion de sangre, de las tres importantes plazas de Lérida, Mequinenza y Monzon, provistas de víveres para muchos meses, con cuyas reconquistas se sacó de peligros y miserias á gran número de habitantes, y quedaron en disposicion de emplearse en otras operaciones mas de 6,000 hombres que antes estaban ocupados en sus respectivos bloqueos, y libres las comunicaciones del Ebro y sus tributarios.

Faltaba para completar el triunfo coger prisioneras las guarniciones, cuyo total número ascendia á 2,300 hombres; y así, no se descuidó Eroles en idear los medios de conseguirlo, enviando fuerzas que precediesen á los enemigos, y en pos suyo á D. José Cárlos con dos batallones y 200 ginetes. La mira del general español era rodear á los contrarios y sorprenderlos en los desfiladeros de Igualada; pero recelosos ellos, huyeron el peligro redoblando la marcha, si bien no se salvaron por eso, porque puesto de acuerdo Eroles con los aliados que asediaban á Barcelona, obtuvo viniesen tropas de estos al encuentro de los franceses en su ruta, para que unidas con las que los seguian, los cercasen y estrechasen del todo al llegar á Martorell.

Así sucedió con efecto, y entonces fué cuando conociendo los franceses su engaño, prorumpieron en espresiones de ira y desesperacion; pero inútiles ya las reconvenciones, tuvo su valor que ceder al rigor del destino y entregarse prisioneros á los españoles, en vez de juntarse á los suyos como esperaban.

Afligido Suchet con la pérdida de las tres plazas, quedólo todavía mas con la órden que poco despues recibió del ministro de la guerra de Francia, en la que se le mandaba negociar con D. Francisco Copons la entrega de las demas plazas de su distrito, escepto la de Figueras, á cuyo fin avistáronse el gefe del estado mayor frances y el del español, brigadier Cabanes, no teniendo entonces resultado la conferencia, por subir los nuestros de punto en sus demandas, y no querer tampoco ceder mucho los franceses en las suyas á pesar de sus contratiempos. Sin embargo, bien conocia Suchet que el término de sus glorias en España habia ya llegado, pues sus apuros crecian cada dia, obligado ahora por disposicion del emperador á enviar de nuevo, en los primeros dias de marzo, otros 10,000 hombres la vuelta de Leon de Francia, por donde iban penetrando los aliados del norte. Herido el mariscal frances en lo mas vivo por perder asi el fruto de sus campañas, y desesperanzado de sacar las guarniciones lejanas que le quedaban en Cataluña y Valencia, se vió en la necesidad de reunir las que ya podian llamarse reliquias de su antiguo victorioso ejército, y situarlas bajo el cañon de Figueras, despues de haber volado los puestos fortalecidos de Besalú, Olot, Báscara, Palamos y otros, y desmantelado tambien á Gerona; hecho lo cual se limitó, en medio de su despecho, á ocuparse en las negociaciones de que hablaremos adelante.

No eran mas felices los franceses en los demas puntos que ocupaban aun en España, pues en todos ellos se les mostraba la suerte igualmente adversa. El castillo de Jaca, que cercaban, segun se apuntó, tropas de Mina, vino á partido el 17

de febrero, quedando su comandante Mr. de Sortis y la guarnicion obligados á no tomar parte en la guerra hasta que hubiese un verdadero cange, clase por clase, é individuo por individuo, lo que no cumplieron los capitulados, empuñando luego las armas con menoscabo de su honra.

Continuaban tambien los trabajos contra Santoña, único parage que por aquellas partes y costas del Océano permanecia en poder de los enemigos, habiéndose reforzado las tropas del bloqueo con una brigada que trajo D. Diego del Barco, encargado de dirigir y acelerar el sitio.

El nuevo gefe acometió y ganó el fuerte del Puntal en los dias 12 y 13 de febrero, posesionándose el 21 del de Laredo, y sucesivamente de las obras del Gromo y el Brusco principal, aunque con la desgracia de que pereciese el 26, de heridas recibidas dias antes D. Diego del Barco, cuya pérdida fué justamente sentida de todos, por las buenas prendas y esforzado valor que le distiguian. Sucedióle en el mando D. Juan José San Llorente. Pasemos ahora al territorio frances, donde se alojaban las huestes anglo-portuguesas.

Situados los ejércitos de operaciones, como antes digimos, en las orillas del Adour y el Nive, apenas hicieron movimiento alguno en todo el enero; pero al empezar febrero dispúsose lord Wellington á cruzar el Adour y embestir á Bayona, llevando la guerra, si necesario fuese, hasta el corazon de la Francia. Empezaron las maniobras el 14 del mencionado febrero por el ala derecha del ejército aliado, acometiendo el general Hill los piquetes del enemigo apostados en el rio Joyeuse, y obligando al general Arispe á replegarse á un puesto ventajoso enfrente de Garris, en donde fué reforzado con tropas de su centro y con la division de Paris, que en marcha para lo interior, retrocedió con este motivo y se agregó al general Arispe. Con esta primera operacion dejó el general Hill cortada la comunicacion del ejército enemigo con San Juan de Pié de Puerto, bloqueando esta plaza con tropas de Mina, situadas en el valle de Bastan, las cuales avanzaron via de Baigorry y de Bidarry.

En la mañana del 15 se movió D. Pablo Morillo con la primera division del cuarto ejército en direccion de Saint-Palais, paralelamente á la posicion de Arispe, á fin de envolver la izquierda de los enemigos, al paso que la segunda division británica del cargo de sir Guillermo Stewart los atacaba por el frente. La firmeza con



que los franceses recibieron la acometida, les hizo esperimentar una pérdida tan considerable como infructuosa, pues al fin se vieron forzados á retirarse, abandonando sucesivamente todos los puestos que ocupaban por aquella parte, sin detenerse ni aun á defender los rios que los protegian, ni otras favorables estancias, decidido

el mariscal Soult á inutilizar todos los puentes, escepto los de Bayona, á dejar esta plaza entregada á sus propios recursos, y á reconcentrar en fin las fuerzas de su ejército detras del *Gave* (1) de Pau, fijando en Orthez sus cuarteles.

El ala izquierda británica que continuaba observando á Bayona, fué acumulando allí preparativos para cruzar el Adour por bajo de aquella ciudad; faena penosa y de difícil ejecucion. Tropas de esta ala tuvieron que pasar á reforzar las de la derecha, empeñada siempre en continua pelea con el enemigo. Para llenar los huecos que las primeras dejaban en la izquierda, volvió á entrar en Francia el 23 de febrero D. Manuel Freire, acompañado de la cuarta division de su ejército, mandada por D. José Ezpeleta, y de la primera y segunda brigada de la quinta y tercera, que acaudillaban respectivamente D. Francisco Plasencia y D. Pedro Mendez Vigo.

A medida que se acercaba el tiempo de cruzar el Adour, se descubrian mas los obstáculos é impedimentos para atravesarle por donde se intentaba, á causa de lo anchuroso del rio y de lo invernizo de la estacion, que estorbó en un principio ausiliar por mar la proyectada empresa. No era tampoco pequeño embarazo la defensa que preparaba el enemigo, teniendo en el rio, á mas de cañoneras y botes armados, la corbeta *Safo*, cuyos fuegos amparaban la inundacion que protegia la derecha del campo atrincherado de Bayona.

Los ingleses reunieron tambien en Socoa barcos costaneros, adoptando las medidas necesarias para formar el puente que habia de echarse en el Adour, quedando al cuidado del almirante Penrose lo respectivo á las operaciones navales. Estaba señalado el 21 de febrero para la ejecucion; pero la mucha marejada y el fuerte viento N. N. E. que soplaba no permitieron al convoy salir de Socoa.

Impaciente sir Juan Hope, que continuaba mandando el ala izquierda de los aliados, y hostigado por el tiempo, quiso arriesgarse á todo y tentar por si solo el paso sin esperar el apoyo marítimo. Resueltamente empezó su movimiento en la noche del 22 al 23, acompañando á sus tropas la artillería correspondiente y un destacamento de coheteros á la congreve. Fluctuantes los ingleses en su direccion, dirigiéronse primero hácia Anglet, mas á corta distancia de este pueblo variaron, tomando un camino de travesía estrecho, cenagoso y con fosos á los lados, con cuya mutacion y la lobreguez de la noche retardaron su marcha, aunque al fin consiguieron llegar antes del alba á los méganos que coronan la playa desde Biarritz hasta la boca del Adour. Cubre un bosque el trecho que mediaba entre ellos y el campo atrincherado de Bayona, de donde fueron arrojados los piquetes enemigos, amagando por las alturas de Anglet D. Cárlos España, cuya segunda division de nuestro cuarto ejército habia penetrado antes en Francia acercándose al Nivelle.

Para distraer al enemigo y ocupar sus fuerzas navales, desembocó del bosque referido la primera brigada inglesa bajo el coronel Maitland por el parage que llaman *la Balise orientale.* Su aparicion fué saludada por un terrible fuego de las baterías enemigas y de la *Safo;* mas contestado este por algunos cohetes de los de á la congreve, que serpenteando se deslizaban por el agua y traspasaban los costados de los buques, se aterraron los marineros franceses de tal modo que abandonaron el puesto y subieron corriente arriba. La *Safo*, sin embargo, se sostuvo en su ancladero hasta que muerto su capitan y perdida bastante gente, refugióse al amparo de la ciudadela.

Distraido el enemigo de un modo tan funesto para él, no pudo pensar en la boca del Adour, encubierta ademas por un rodeo que toma allí el curso del rio, y descuidada su defensa por considerar los franceses aquel punto muy fuerte y de difícil acometida, mayormente estando el mar tan embravecido.

A este error, ó sea sobrada confianza del enemigo, se debió en gran parte el que la primera division británica pudiera ir desahogadamente en busca de un paso

---

(1) Nombre que se dá en los Pirineos á los torrentes que se desprenden de sus cimas.

que no estuviese lejos del desaguadero del rio. Acompañábanla diez y ocho pontones y seis pequeñas lanchas conducidas en carros, cuarenta coheteros y algunos soldados de artillería para clavar las piezas que tuviera el frances en la márgen derecha. Para efectuar la travesía se habia pensado construir seis balsas puestas sobre tres pontones cada una, y conducir en dos veces al otro lado y antes de amanecer 1,200 hombres sostenidos por igual número y por 12 piezas colocadas en la ribera izquierda.

Obstáculos no previstos impidieron ejecutar cosa alguna durante la noche, no pudiendo empezarse la faena del paso hasta la tarde del 23, eligiéndose para ello un parage que tenia doscientas varas de ancho en baja mar y á distancia unas ciento de la boca del rio. Con suma prontitud se echaron al agua los seis botes, pasándose una maroma de una orilla á otra para sujetar tres balsas listas ya, y de la que cada una trasportó á la vez sobre sesenta hombres, consiguiendo desembarcar luego en la orilla opuesta hasta quinientos, entre ellos algunos coheteros. Pero haciendo suspender la maniobra la subida de la marea, tuvieron los que habian pasado que abrigarse detras de unas colinas de arena á las órdenes del coronel Stopford. Dos regimientos franceses salieron luego de la ciudadela para atacarlos; pero una mortífera descarga de cohetes contuvo sus brios y los obligó á retirarse. Durante la noche lograron pasar el rio mas tropas inglesas, quedando asi asegurada la posicion de los primeros.

Al amanecer llegó á la embocadura del Adour la flotilla procedente de Socoa, y despues de largas fatigas y de perderse algunos buques antes de salvar la barra, consiguieron verificarlo treinta de ellos en la tarde del 24, quedando el resto del convoy sotaventado.

Seis mil ingleses estaban ya por la noche á la derecha del rio, no habiendo cesado en su paso, verificándolo aun á nado algunos caballos luego que abonanzó el tiempo y lo permitió la marea. En la mañana siguiente marcharon sobre la ciudadela, la derecha tocando al Adour, y estendiéndose la izquierda por el camino real que conduce de Bayona á Burdeos, cortando las comunicaciones con el norte del rio y completando asi el acordonamiento de la plaza y el de todas sus obras, incluso el campo atrincherado.

Seguia entretanto el trabajo del puente que se finalizó el 25, comenzándolo en donde tiene de anchura el rio 70 varas, y yendo á dar el cabo opuesto cerca del pueblo de Boucaut. Esta obra era de grande importancia para facilitar la comunicacion entre ambas riberas durante el proyectado sitio de Bayona y franquear las calzadas de la derecha del Adour, cuyos pueblos presentaban oportunidad para abastecerse el ejército de lo necesario.

Mientras esta ala izquierda maniobraba con tanto fruto y embestia tambien á Bayona, quiso lord Wellington, reforzada que tuvo su derecha, ejecutar un avance general por aquel lado contra las fuerzas enemigas. En consecuencia, atacó el mariscal Beresford, asistido de la cuarta y sétima division y una brigada, los puntos fortificados de Hastingues y Oyergave, á la izquierda del rio de Pau, y forzó á los enemigos á recogerse á Peyrehorade, á tiempo que Hill cruzaba el gave de Oloron sin resistencia por un vado en Villenave, y lo mismo Clinton entre Montfort y Laas, amagando Picton el puente de Sauveterre, que volaron los franceses. D. Pablo Morillo rodeó por su parte la plaza de Navarreins, la cual no era fácil ganar de pronto sino con artillería gruesa.

Siguiendo los aliados su avance, pasó Beresford el gave de Pau por bajo de su confluencia con el de Oloron, continuando lo largo del camino real de Peyrehorade en direccion de aquella ciudad sobre el costado derecho del enemigo, haciendo otro tanto Picton rio abajo del puente de Boureux, y tambien sir Stapleton Cotton con la caballería, sostenidos ambos por un movimiento de flanco que hicieron otras dos divisiones. Ocupó Hill las alturas fronteras de Orthez á la izquierda del gave de Pau, no pudiendo forzar su puente.

Por los alrededores de aquella ciudad hallábase situado Soult en ventajosas es-

tancias, á lo largo de unas lomas por espacio de media legua. Su derecha comandada por el general Reille, descansaba sobre el camino real que va á Dax, ocupando el pueblo de Sain-Boés: su centro regido por Drouet, se alojaba en una curva por donde se metian y giraban las colinas, y su izquierda bajo el mando del general Clausel apoyábase en la ciudad y defendia el paso del rio. Las divisiones de los generales Villatte y Arispe y tropas del general Paris, se mantenian de respeto en parage elevado y en el camino que se dirige á Mont-de-Marsan por Sault de Navailles. El total de toda esta fuerza llegaba á 40,000 hombres.

Para dar comienzo á la accion, determinó Wellington que Beresford con las divisiones cuarta y sétima, y con la brigada de caballos de Vivian atacase la derecha de los enemigos, procurando envolverla; debiendo al mismo tiempo arremeter contra el centro é izquierda de aquellos el general Picton con la sesta division, apoyado por Cotton con otra brigada de caballería. El baron Alten quedaba de reserva, y al general Hill le tocaba forzar el paso del gave y empeñar refriega con la izquierda de los franceses.

A las nueve de la mañana del 27 de febrero trabóse la accion, con mal aspecto para los aliados por la parte de Beresford, y con bueno por la del centro; aunque disputada la victoria largo rato, ciando aqui el enemigo, pero pausada y ordenadamente formado en cuadros. Semejante repliegue fué anuncio de mayores daños, pues obligando á Soult á recoger sus alas y disponer la retirada general, le acarreó esta graves perjuicios; porque cruzando el general Hill el gave, y adelantándose sobre la izquierda francesa en ademan de atacarla en su marcha retrógrada, tuvo aquel mariscal que precipitar sus maniobras, aunque inútilmente, avivando tambien las suyas el general Hill: de manera que acabaron los franceses por dispersarse y ponerse en completa huida, teniendo detras á los ingleses, que á carrera abierta pugnaban por alcanzarlos y destruirlos. Las tropas francesas esperimentaron en esta ocasion todos los trabajos y desgracias que la guerra destina á los venci-



dos en semejantes casos. Allí perdieron 12 cañones y 2,000 prisioneros, pereciendo ó estraviándose infinidad de fugitivos, punzados por las bayonetas británicas, ó acuchillados por el sable de sus ginetes, que como ya sabemos, no eran nada generosos ni humanos en sus triunfos. Próximos estuvieron, sin embargo, los ingleses á tener que llorar su gloriosa victoria, habiendo corrido riesgo la vida de Wellington, contuso de una bala de fusil que dió en el pomo de su espada y le tocó en el fémur, causándole el golpe tal estremecimiento, que le derribó al suelo, estando apeado y en el momento mismo en que se chanceaba con el general Alava, herido

este poco antes, no de gravedad, pero en parte sensible y blanda que siempre provoca la risa. El ejército británico hizo alto al anochecer en Sault de Navailles; su pérdida consistió en 2,300 hombres, de ellos 600 portugueses: ninguna fuerza española asistió á la accion. La baja que los enemigos tuvieron en sus filas fué tan grande que, segun sus mismas relaciones, pasó de 12,000 hombres; aunque producida en mucha parte por la desercion, siendo crecido el número de conscriptos y gente nueva. El general Foy quedó gravemente herido, y muerto el de igual clase Rechaud.

Los franceses continuaron por la noche su retirada, deteniéndose detras del Adour junto á Saint-Sever, para reunir y arreglar sus desparramados soldados, juntándoseles tambien algunos refuerzos que venian de camino. Los aliados siguieron en su persecucion al dia siguiente; pero harto escarmentados aquellos, huyeron el reencuentro y tomaron la vuelta de Agen. Entonces los anglo-portugueses para aprovechar su victoria repartieron sus fuerzas, entrando su ala izquierda sin resistencia en Mont-de-Marsan, capital del departamento de las Landas, situándose el centro en Cazéres, y moviéndose el 2 de marzo la derecha á las órdenes de Hill al lado de Aire, márgen izquierda del Adour, en donde despues de una reñida refriega con la division del general Arispe no empeñada en Orthez, la hizo retirar cogiendo y destruyendo muchos almacenes y efectos acopiados allí.

Resultados importantes de estas bien dirigidas y felices operaciones fueron acordonar las plazas de Bayona, San Juan de Pié de Puerto y Navarreins, atravesar el Adour, enseñorearse de sus principales comunicaciones y pasos, y coger ó destrozar vituallas, enseres y otros abundantes recursos del enemigo.

Mayores hubieran sido todavía los daños de este en mejor estacion; pero las muchas lluvias pusieron intransitables los caminos, rebalsadas las tierras, hinchados los torrentes y arroyos, y aplayados los rios, lo que obligó á Wellington á detenerse y dió á Soult desahogo para cambiar de direccion é irse hácia Tarbes, inclinándose á los Pirineos, con intento de recibir por su espalda auxilios del mariscal Suchet, si bien dejando en descubierto á Burdeos, persuadido de que los aliados no osarian internarse tanto.

Poco previsor y menos político se mostró en esta ocasion el mariscal frances, pues no conoció que todos abandonan al que es víctima de la desgracia, y que siéndolo ahora Napoleon debia contar por enemigos á los que el dia anterior apellidaba súbditos. En efecto, las repetidas derrotas de sus antes victoriosas legiones multiplicaron el número de sus contrarios, é hicieron levantar cabeza á los partidarios de la casa de Borbon, mas numerosos en aquella parte de la Francia que en otras, alentándose asi lord Wellington á prestarles ayuda, abandonando por entonces su acostumbrada pausa y circunspeccion. La llegada del duque de Angulema al cuartel general ingles, antes contada, alentó tambien á los de su partido y aun llevó á él á muchos de los ambiciosos y egoistas que en todas las naciones abundan, dispuestos siempre á esplotar en su favor las vicisitudes políticas. Contuvo Wellington por algun tiempo tales ímpetus, ya por temor de que no correspondiese el pais á las demostraciones que se hiciesen en favor de los Borbones, ya tambien por las dudas y perplejidad de los aliados del Norte, que, no resueltos todavía á concluir con Napoleon, hiciéronle sucesivamente varias proposiciones de acomodamiento, temerosos aun de no poder sobrepujarle del todo y vencerle.

Luego, empero, que la obstinacion del soberbio emperador hizo romper con él todos los tratos, como veremos en breve, no detenido ya Wellington por anteriores empeños, decidióse á seguir sus impulsos, ofreciendo todo su apoyo á los amigos de la casa de Borbon. Presentáronse estos al lord en Saint-Sever, poco despues de la batalla de Orthez, y le pidieron se pusiese Angulema al frente de sus partidarios, asegurando que asi se conseguiria fácilmente la restauracion de la dinastía borbónica. Accediendo Wellington á esta demanda, resolvió mandar hácia Burdeos tres divisiones bajo el mando del mariscal Beresford, haciendo adelantar al mismo tiempo fuerzas de D. Manuel Freire, para llenar el vacío que dejaban las otras.

Asi que los ingleses fueron acercándose á Burdeos, retiráronse de la ciudad las autoridades imperiales y las tropas, quedando solo el arzobispo y el maire ó corregidor, llamado Mr. Lynch. Apenas se vieron libres de las bayonetas del Emperador, determinaron los realistas, apoyados por el vulgo, siempre afecto á novedades, sin meditar las mas veces sus consecuencias, declararse del todo y alzar banderas por la casa de Borbon, estando ya los ingleses á las puertas de la ciudad. Salió á recibir á estos el maire, quien dijo á Beresford: «Si el señor mariscal quiere entrar en Burdeos como conquistador, podrá coger las llaves, no habiendo medio alguno de defensa; pero si viene á nombre del rey de Francia y de su aliado el de Inglaterra, yo mismo en calidad de maire se las presentaré con gusto.» Respondióle Beresford satisfactoriamente, y al oirle, gritando Mr. Lynch: «¡viva el rey!» púsose la escarapela blanca, antigua de Francia, arrojando la tricolor, enrojecida con la sangre de tantos millares de franceses y testigo de sus mas gloriosos triunfos.

El 12 de marzo entraron en Burdeos el duque de Angulema y el mariscal Beresford entre los aplausos y aclamaciones de los habitantes de una ciudad en la que el bloqueo continental causaba la ruina de su opulento comercio, y fomentaba la pública miseria. Enfurecido el mariscal Soult con este motivo dió una tremenda proclama, condenando á la execracion de los venideros á los franceses que hubiesen llamado al estrangero, y echando en cara al general ingles el favor y ayuda que daba á la rebeldía y á la sedicion.

Persuadidos nosotros de que la firmeza de carácter y la constancia en los principios forman una de las mas bellas virtudes del hombre político, no motejaríamos de ningun modo el lenguage del mariscal Soult en esta proclama, si él tambien no hubiera ofrecido poco despues el mismo ejemplo de inconsecuencia que tan justamente afeaba en los otros, y si, unido á la mayor parte de los mariscales de Bonaparte, no se hubiera humillado á besar vergonzosamente la mano que echó del trono á su bienhechor: accion impropia de hombres que estiman en algo la honra, y para la que no se encuentra disculpa alguna. Un general de Napoleon solo hubiera aparecido grande y digno de que se estampase su nombre sobre la tumba de Santa Elena, mendigando su sustento en Wassington ó en Méjico, antes que ostentar sus títulos en las márgenes del Sena y frecuentar los salones de un príncipe Borbon ú Orleans. ¡Ultima prueba de corrupcion y bajeza que han presentado al mundo los antiguos mariscales del imperio, la cual atraerá sobre su memoria el merecido desden de los hombres pundonorosos de todas las generaciones!



CAPITULO XLIX.

Ofuscacion de Bonaparte.—Se prepara á nueva campaña.—Sale de Paris.—Congreso de Chantillon.—Se disuelve.—Tratado de Chaumont.—Movimiento de los antiguos príncipes de Francia.—Decide Napoleon la libertad de Fernando.—Regresa á Valencey el duque de San Cárlos.—Temores que causa el resultado de su comision.—Insiste Napoleon en la libertad de Fernando. y manda espedirle los pasaportes.—Despacha el rey al general Zayas con carta para la Regencia de España.—Llega este general á Madrid.—Sale el rey de Valencey.—Recíbele en Perpiñan el mariscal Suchet.—Quédase allí el infante D. Cárlos.—Entra el rey en España.—Recibe el general Copons á Fernando y le entrega la carta de la Regencia.—Entra Fernando en Gerona.—Llega tambien allí el infante D. Cárlos.—Carta del rey á la Regencia.—Juicio sobre el contesto de esta carta.—Córtes.—Su imprevision.—No ofrecen interes sus sesiones.—Asuntos de la guerra.—Movimientos del cuarto ejército español.—Su cooperacion al éxito de la campaña.—Conducta del conde del Abisbal.—Pasa á Francia el tercer ejército español.—El mariscal Soult se retira á Tolosa.—Llegan los aliados enfrente de aquella ciudad.—Tentativas para pasar el Garona.—Le pasan los aliados.—Otros movimientos.—Prepárase Wellington á atacar al enemigo.—Ventajosas posiciones de este.—Batalla de Tolosa.—Firmeza y valor de las tropas españolas.—Pérdida del ejército aliado.—Abandona Soult á Tolosa.—Entran en ella los aliados.—Sucesos de Paris.—Entran en aquella capital los aliados del Norte.—Caida de Napoleon.—Es proclamado Luis XVIII rey de Francia.—Otros sucesos militares.—Bayona.—Santoña.—Cataluña.—La abandona Suchet.—Conducta de Soult y Suchet despues de los sucesos de Paris.—Celébrase un armisticio entre Wellington y los mariscales franceses.—Terminan los sucesos militares de la guerra.

No fueron solo las armas aliadas las que arrojaron á Napoleon del trono de Francia; fueron su ambicion y soberbia las que verdaderamente le despojaron de él, pues ya hemos visto que desde Francfort le brindaban los monarcas del Norte con la pacífica posesion de un reino poderoso á que por aquella parte solo ponia límites el Rhin; pero él, sin querer persuadirse de la inconstancia de la fortuna, y sin acordarse tampoco de que como enseña la historia y atestigua la esperiencia, los imperios de mucha estension, asi como las torres de desmedida altura, se desploman por la gravedad de su peso, se obstinó en conservar el suyo hasta donde lo habia dilatado su victoriosa espada, siendo el resultado de tanta locura acabar por morir en una roca, despreciado de los mismos á quienes elevó y acatado solo del hombre justo é imparcial, que con prudente discernimiento sabe lamentar los defectos del hombre sin dejar de admirar las altas prendas que caracterizan al héroe.

Decidido el emperador Bonaparte á arriesgar el todo por el todo, empleó su fecundo ingenio en activar los convenientes preparativos para abrir la campaña dentro del territorio frances; mas á pesar de toda su diligencia no pudo salir de Paris hasta el 25 de enero, despues de haber conferido el 23 la regencia á la emperatriz su esposa, y agregado á ella el 24 á su hermano José, bajo el título de lugarteniente del imperio.

En medio de todas sus disposiciones para atizar la guerra, no quiso Napoleon que se creyese cerraba las puertas á la pacificacion apetecida, sino que al contrario, aparentando dar oido á la propuesta de Francfort, procuró por conducto del príncipe de Metternich se renovasen los interrumpidos tratos. Consecuentes con esta propuesta, se juntaron en Chantillon del Sena los plenipotenciarios de Rusia, Prusia, Inglaterra y Austria, representando los intereses de las potencias confederadas de Europa, y por la opuesta el de Francia Mr. de Caulaincourt, duque de Vicenza. Desde luego pidieron los primeros en la sesion del 7 de febrero, que para tratar se sentase la base de que «la Francia se conformaba con entrar en los límites que la ce«ñian antes de la revolucion de 1789:» á lo cual no asintió Mr. de Caulaincourt, reclamando se conservasen los mismos que los aliados «habian propuesto en Franc«fort, y eran los del Rhin.» Sucediéronse varias conferencias, y en la del 17 del propio mes presentó el ministro de Austria la minuta de un tratado fundado en la base enunciada de antiguos límites, especificando ademas que la Francia abandonaria todo lo que poseia ó pretendia poseer en España, Alemania, Italia, Suiza y Holanda; ofreciendo la Inglaterra devolver como en remuneracion la mayor parte de las conquistas que durante la guerra habia hecho á aquella potencia en Africa, América y Asia.

Engreido Napoleon con la esperanza que le inspiraba la emprendida campaña, dirigida contra fuerzas muy superiores y de un modo tan maravilloso que se escedió en él á sí mismo, dando un aumento inmenso á su bien sentada fama militar, rechazó con desden las últimas proposiciones de los aliados, contestándolas con un contra-proyecto, en el que no solo insistia en los límites del Rhin, sino que pedia ademas otros territorios é indemnizaciones nada conformes en verdad con el abatido estado de su poder: estas exigencias disgustaron á las otras potencias, y rompiendo las negociaciones, se disolvió el congreso el 19 de marzo.

Ya el primero de dicho mes habian firmado las mismas un convenio en Chaumont, segun el cual formaban entre sí una liga defensiva por veinte años, comprometiéndose á no tratar separadamente con el enemigo, y á mantener en pié cada una de ellas 150,000 hombres, sin contar las guarniciones; quedando á Inglaterra la obligacion de aprontar cinco millones de libras esterlinas, que debian distribuirse entre las potencias beligerantes para mantener la guerra permanente y viva.

Animados con tales arreglos y con el rompimiento de las negociaciones de Chantillon, activaban sus trabajos los antiguos príncipes de Francia, presentándose el conde de Artois en el cuartel general de los aliados, y dirigiéndose hacia la Bretaña el duque de Berry, mientras el de Angulema, como antes vimos, fomentaba en el mediodía de la Francia las sediciones contra Napoleon.

Era este demasiado sagaz para dejar de adoptar cuantos arbitrios pudieran paralizar los de sus enemigos. Con este objeto, y para ganarse adictos, trató de restituir á su silla de Roma al soberano pontífice, á quien tenia como aprisionado hacia años, y mandar á España á Fernando VII, pues aunque Escoiquiz dice que la repentina libertad del rey se debió á lo que él y Mr. de Laforest alegaron en su apoyo, es seguro que solo la motivó el apuro en que Napoleon se veia, necesitado de las tropas suyas que quedaban en Cataluña, y con la idea tambien de dejar á los ingleses solos en los Pirineos sin la ayuda y sostenimiento de España.

A la sazon que el emperador frances tomaba esta resolucion, llegó á Valencey el duque de San Cárlos de regreso de España con la negativa de la Regencia al tratado de que habia sido portador, incidente que hizo temer á Fernando y á los que le rodeaban pudiera hacer á Napoleon mudar de dictámen. El del conde de Laforest fué que el duque de San Cárlos marchase inmediatamente á presentar la respuesta original de la Regencia al emperador, que estaba entonces con su ejército hácia el norte de la Francia. Sin poderlo encontrar el de San Cárlos por la continua mutacion de la residencia de aquel, se limitó á escribirle informándole de todo; pero Napoleon, sin cambiar por esto su resolucion, insistió en dejar libre á Fernando y mandó se espidiesen los convenientes pasaportes, que se recibieron en

Valencey el 7 de marzo á las diez y media de la noche, con el júbilo que era consiguiente despues de tan larga prision. ¡Ah! Si la gratitud no fuera tan peregrina en las elevadas regiones del poder, ¿cómo es posible que se hubiera olvidado nunca la razon principal de haberse espedido aquellos pasaportes, el heroismo del invicto pueblo que tanta sangre habia derramado para dar al cautiverio del rey resultado tan satisfactorio?

Inmediatamente determinó el rey dar conocimiento al gobierno de España de tan importante suceso, y para ello despachó al mariscal de campo D. José de Zayas, quien salió de Valencey el 10 con carta para la Regencia, y órden de que se preparase lo necesario para el recibimiento de S. M. en los pueblos del tránsito. La llegada de Zayas á Madrid produjo en muchos bastante placer, ya por lo que se estimaba á este general, ya por la carta (1) de que era portador, pues aunque el ambiguo sentido en que estaba concebida no era en verdad nada propio para inspirar gran confianza, el ver sin embargo que no se esquivaba en ella, como se hacia en las anteriores, hablar de córtes, ni de lo que se habia hecho durante la ausencia de S. M., fué bastante para que los honrados españoles no creyeran posible la negra ingratitud de que despues fueron víctimas.

No tardó tampoco el rey en dejar su prision de Valencey, de donde salió con el nombre de conde de Barcelona el 13 del mismo marzo, acompañado de los infantes D. Cárlos y D. Antonio y demas personas que asistian á su lado. Sin tropiezo alguno llegó el 19 á Perpiñan, en donde le esperaba el mariscal Suchet, á quien recibió Fernando con distincion y aun le dió gracias por el modo con que se habia portado en las provincias donde habia hecho la guerra. Pasados los primeros cumplidos, presentáronse algunas dificultades, pues deseando el rey continuar sin demora su viage á Valencia, tuvo el mariscal que manifestarle las instrucciones que le habian sido comunicadas, y segun las cuales debia pasar Fernando á Barcelona y permanecer allí en rehenes hasta que se realizase la vuelta á Francia de las guarniciones bloqueadas en las plazas de Cataluña y Valencia. Este inesperado incidente quedó luego cortado por la conciliadora política que en obsequio de la imparcialidad debemos conceder á Suchet, el cual conociendo lo odioso é inútil de la citada órden, suspendió su ejecucion y pidió nuevas instrucciones á Paris, accediendo ademas á que en el entretanto quedase solo en Perpiñan como en prenda el infante D. Cárlos.

Consecuente con esta medida, pisó Fernando VII el territorio español el dia 22, deteniéndose el 23 en Figueras á causa de lo muy crecido que iba el Fluviá.

El general Copons, que para recibir al rey á su entrada en España habia trasladado sus reales desde Gerona á Báscara, avisado de que se acercaba S. M., colocó al amanecer del 24 sus tropas á la derecha de dicho rio: los gefes franceses situaron las suyas en la orilla opuesta, mirándose de frente y con pacíficos semblantes los que tan cruda guerra se habian hecho durante seis años. Un saludo de nueve cañonazos y el alegre sonido de las músicas militares anunciaron que habia llegado al campo frances el rey Fernando, quien á poco se dejó ver en la ribera izquierda del Fluviá, acompañado de su tio el infante D. Antonio y del mariscal Suchet con alguna caballería. El gefe de estado mayor frances Mr. Saint-Cyr Nugues se adelantó con bandera parlamentaria para poner en conocimiento del general español D. Francisco Copons que iba á pasar S. M. el rio, límite entonces de ambos ejércitos. Asi se verificó, llegando el rey á la hora del mediodía á la márgen derecha del rio, solo ya con el infante su tio y la comitiva española, en cuyo acto le ofreció el general Copons sus respetos, pronunciando un discurso análogo

(1) Decia Fernando VII en esta carta, fecha en Valencey á 10 de marzo de 1814: «En cuanto al «restablecimiento de las córtes, de que me habla la Regencia, como á todo lo que puede haberse «hecho durante mi ausencia que sea útil al reino, merecerá mi aprobacion, como conforme á mis «reales intenciones.»

á las circunstancias, y poniendo en manos del monarca un pliego cerrado y sellado que le habia sido remitido por la Regencia del reino, conforme á lo que prevenia el artículo 3.° del decreto de 2 de febrero, bajo cuya cubierta venia una carta para S. M. informándole del estado de la nacion, con varios documentos y comprobantes adjuntos.

Despues de pasar S. M. revista á las tropas, continuó su marcha llevando al lado á D. Francisco Copons, y el mismo dia 24 entró en Gerona, cuyos escom-



Entrada de Fernando en Gerona.

bros y ruinas le enseñaban de una manera muda, pero elocuente, todo cuanto debia al heroismo de un pueblo que habia confundido su causa con la de la corona, y asi, si sus esfuerzos habian salvado á esta, estaba ella no menos obligada á acatar los intereses y respetar los derechos de aquel.

Confiado Suchet en la palabra del rey, puso en libertad al infante D. Cárlos, el cual llegó tambien á Gerona el 26. No tuvo, sin embargo, cumplido efecto lo ofrecido con relacion á las plazas, resistiéndose á ello D. Francisco Copons, que no creyó serle lícito apartarse de los decretos de las Córtes, los cuales prohibian todo trato con el frances en tanto que no fuese de conformidad con los aliados.

Desde Gerona escribió Fernando á la Regencia del reino la carta siguiente, toda de puño de S. M.: «Acabo de llegar á esta perfectamente bueno, gracias á Dios, «y el general Copons me ha entregado al instante la carta de la Regencia y docu«mentos que la acompañan: me enteraré de todo, asegurando á la Regencia que «nada ocupa tanto mi corazon como darla pruebas de mi satisfaccion y mi anhelo «por hacer cuanto pueda conducir al bien de mis vasallos.

«Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio, en medio de una «nacion y de un ejército que me ha acreditado una fidelidad tan constante como «generosa. Gerona 24 de marzo de 1814.—Firmado:—*Yo El Rey.*—A la Regen«cia de España.»

Apesárase el alma al leer esta carta, pues su ambigüedad y el cuidado con que se huye en ella toda espresion capaz de comprometer las decisiones del porvenir, demuestran ya una fatal predisposicion á destruir el nuevo régimen con tanta sangre adquirido. Pero no anticipemos los sucesos, y asi, antes de pararnos de una vez á llorar las desgracias de nuestra triste patria, echemos una breve ojeada sobre sus últimas glorias, para lo cual, dejando ahora en Gerona al rey Fernando ocupado en sofocar los impulsos de la gratitud, veamos lo que en el ínterin pasaba en las córtes y en el teatro principal de la guerra.

Muy poco nos detendrán los trabajos de las primeras, pues imprevisoras ó tímidas nada hicieron para detener el torrente de males que amagaban de un modo tan claro y evidente, y desde que el primero de marzo abrieron sus sesiones para la legislatura ordinaria correspondiente al año de 1814, solo se ocuparon de los asuntos marcados en la Constitucion para tiempos normales. El exámen de las memorias de los secretarios del despacho, los presupuestos, la dotacion del rey y de la familia real, y algunos otros debates á que en público ó en secreto dieron lugar las cartas del rey y los incidentes de su viage, decididos siempre sin tino ni acierto, fueron las ocupaciones de las córtes: en ellas las sorprendieron las atrevidas disposiciones de la arbitrariedad y la perfidia, disposiciones que no supieron prevenir, como estaban llamadas á ejecutar.

Con mas felicidad, aunque tampoco con un gran tacto político, marchaban á su conclusion los asuntos de la guerra. Despues de la batalla de Orthez, previendo el mariscal Soult los sucesos de Burdeos, quiso tomar de nuevo la ofensiva para distraer la atencion de Wellington, mas las disposiciones de este hicieron al frances desistir de su proyecto y retirarse vuelta de Bigorre para evitar la lid.

El general ingles fué en su seguimiento con buen golpe de las tropas aliadas, y como entre estas iban las divisiones de nuestro cuarto ejército que mandaba don Manuel Freire, justo es que antes de pasar adelante digamos algo de la parte que en las maniobras del ejército aliado habian tomado los españoles.

La segunda division del cargo de D. Cárlos España se colocó en un principio á la derecha del Adour, para repasar en seguida este rio y coadyuvar al bloqueo de Bayona. Contribuyeron al mismo objeto la cuarta division y las brigadas segunda y primera de la tercera y quinta, y agregóse tambien á los ingleses, pero á su costado derecho, la segunda brigada de la division que comandaba D. Pablo Morillo, quedando solo la primera en el cerco de Navarreins.

Wellington suministraba auxilios á estas últimas fuerzas desde que abrieron en union con su ejército la campaña del año anterior, empezada en los lindes de Portugal. Dos millones de reales mensuales recibia el cuarto ejército de la pagaduría inglesa para el abono del prest y demas atenciones de la misma clase. Igualmente recibieron particulares socorros las divisiones de Morillo, España y D. Julian Sanchez, que aunque pertenecientes á aquel ejército, obraban separadamente y por lo comun en union de las tropas inglesas. No fué tampoco desatendido el ejército de reserva de Andalucía mientras estuvo en Francia bajo el interino mando de D. Pedro Agustin Giron.

Despues que en 1814 tornaron á marchar sobre Bayona las tropas del cuarto ejército, volvieron los ingleses á suministrarle los mismos auxilios en dinero, y ademas le facilitaron víveres y otros recursos. Deseando entonces Wellington que acudiese tambien á Francia el ejército de reserva de Andalucía acantonado en la frontera, insinuóselo así á su general, que lo era otra vez el conde del Abisbal de vuelta de la licencia que obtuviera para pasar á Cordoba á restablecer su salud. Mas este gefe, cuya inconstancia de carácter y contínua variacion de opiniones políticas han oscurecido tanto sus prendas militares, se negó con frívolos pretestos á salir de España, por lo que incomodado Wellington, ya porque le constase la falsedad de la escusa, ya por haber recibido avisos de que las intenciones del Abisbal, de acuerdo con el partido retrógrado de las córtes, era acercarse á la capital á fin de aprovechar la primera ocasion que se le presentára para trastornar el gobierno constitucional, le negó el permiso para avanzar á Castilla, y señalándole por acantonamiento las orillas del Ebro, no pensó ya en llevarle á su lado, y así dirigió la vista al tercer ejército, dando órden á su gefe el príncipe de Anglona de pasar á Francia con su tropa, franqueándole para ello seis millones de reales.

Continuemos ahora la suspendida narracion de las maniobras de los ejércitos beligerantes. El mariscal Soult siguió su retirada hasta Tolosa, en cuya ciudad entró el 24 de marzo. El 27 llegaron tambien los aliados enfrente de aquella poblacion, ordenando Wellington el 28 que se estableciese un puente en el lugar de Portet,

situado mas arriba de la ciudad y por bajo de la confluencia de los dos rios Ariége y Garona, operacion que no se pudo verificar por la rapidez de la corriente y su anchura mayor que la que podian cubrir los pontones preparados. Con mejor éxito se entabló la misma maniobra el dia 31 en Roques, logrando por allí atravesar el Garona el general Hill y apoderarse despues en Cintegabelle del puente del Ariége no destruido aun.

Pero lo intransitable de aquel terreno, pegadizo y gredoso, hizo desistir á Wellington de maniobrar por aquella parte, y en consecuencia dispuso que repasasen el Garona las tropas de Hill, las cuales le habian cruzado poco antes. Reconocióse entonces la ribera por bajo de Tolosa, y descubrióse un parage media legua mas arriba de Grenade, en donde el rio corre inmediato al camino real, y establecido allí el puente la mañana del 4 de abril, pasaron por él el Garona el mismo dia tres divisiones de infantería mandadas por el mariscal Beresford y algunos ginetes. El aumento de las aguas que engrosaron el rio y la violencia de la corriente, obligaron á suspender el paso y aun á levantar el puente para evitar que se lo llevase el rio, quedando repartidas las fuerzas del ejército aliado, y muy espuestas las de la derecha á ser acometidas por las huestes muy superiores del mariscal Soult. Afortunadamente la suerte declarada en todas partes contra las armas de Napoleon ofuscó al general frances para no dejarle aprovechar aquella coyuntura, y nada hizo. El 8 amansó la crecida, y aparejado de nuevo el puente, cruzaron por él las divisiones españolas cuarta y provisional, que la formaban las brigadas segunda y primera de la tercera y quinta division del cuarto ejército, y poco despues lo verificaron la ligera británica, la artillería portuguesa y Wellington con su cuartel general, marchando en seguida todos vuelta de Tolosa.

Todo el dia 9 lo empleó Wellington en preparar su ejército para el ataque que deseaba dar á su contrario, situado al abrigo de Tolosa, ciudad bien defendida por la naturaleza y el arte, y en la cual á las antiguas obras se habian ahora añadido muchas é importantes defensas.

Pasaban de 30,000 hombres, sin contar la guardia urbana, los que tenia Soult á sus órdenes, distribuidos como antes en tres grandes trozos bajo el mando de los generales Clausel, d'Erlon y Reille, y repartidos estos en varias divisiones que se colocaron en torno de la ciudad y en sus fortificaciones y reductos. Los aliados escedian mucho en número á sus contrarios; pero carecian del inmenso recurso que ofrecian á aquellos sus estancias.

A las siete de la mañana del 10 de abril de 1814, domingo de Pascua Florida, trabóse la sangrienta batalla que iba á poner último término á la encarnizada lucha sostenida en la Península por el largo espacio de seis años. Dió comienzo á la accion sir Tomas Picton al frente de la tercera division, arrojando á las avanzadas francesas de donde los canales de Languedoc y Brienne se juntan en un mismo álveo, y estendiéndose por su izquierda la division ligera bajo el baron Alten hasta dar con el camino de Albi, parage destinado al ataque que se reservaba á los españoles. Estos se habian movido al amanecer y encontrádose en La Croix-Daurade con el mariscal Beresford, quien se desvió allí tirando via de Montblac y Montaudran, para encargarse de los acometimientos concertados por aquella parte. Eran el punto principal de la embestida las colinas de Montrave y el Calvinet, en donde los franceses, dando cara al Lhers, aguardaban á los aliados en ademan confiado y firme. Correspondia á los españoles acometer la izquierda y centro de aquellas estancias, y á los de Beresford la derecha, recayendo por tanto sobre unos y otros el mayor y mas importante peso de la batalla.

Es superior á cuanto puede espresarse la bizarría y denuedo con que marcharon al ataque las divisiones españolas regidas por D. José Ezpeleta y D. Antonio Garcés de Marcilla. Concurrió tambien allí el general en gefe D. Manuel Freire, el cual llevaba á su lado, haciendo de segundo, á D. Pedro de la Bárcena y asimismo á D. Gabriel de Mendizabal, aunque solo como voluntario é impulsado únicamente de su nunca desmentido valor. Terrible y furiosa fué la primera embestida de

F. Perez lit.º

Lit.ª de Perez y de Donon.

VISTA DE LA CIUDAD DE GERONA.



F. Perez lit.º

Lit. de Perez y Donon.

BATALLA DE TOLOSA.

los españoles, que arrollaron á los franceses y desalojaron del altozano de la Pujade, estrechando á la brigada de Saint-Paul perteneciente á la division del general Villatte, hasta hacerla refugiarse en las líneas del reducto *grande*, que era el mas fuerte de los cinco construidos en las cumbres. Dueños los nuestros de la Pujade, pusieron allí la artillería portuguesa y dejaron de reserva en el mismo punto una brigada de la division provisional, continuando la otra y la cuarta division en su avance, esta por la izquierda de la carretera de Albi, aquella en derechura contra dos reductos de los cinco de las colinas, el grande ya nombrado, y el triangular, dicho así por su figura. En el ínterin habia marchado Beresford por el Lhers arriba con las divisiones cuarta y sesta británicas, dirigiéndose hácia el punto por donde debian sus fuerzas ceñir y abrazar la derecha enemiga. Luego que llegó aviso de estar Beresford pronto ya á realizar su ataque, emprendió D. Manuel Freire el suyo en el órden indicado. Esperábanse fuerzas de Villatte y Arispe y la division d' Armagnac, aquellas en las líneas y reductos, la última emboscada entre estos y el canal en unas almácigas y jardines, favorecidos los enemigos del terreno y de las fortificaciones, en cuya parte baja colocaron alguna artillería para que rasantes los fuegos fuesen mas mortíferos á nuestras tropas. Impávidas estas en medio de la horrorosa lluvia de granadas, balas y metralla que esparcian la muerte por todos los batallones, y llevando al general Freire á su cabeza, se adelantaron sin disparar casi un tiro hasta gallardearse en el escarpe de las primeras obras de los enemigos, vacilantes á vista de tanto arrojo y próximos ya á abandonarlas. Este era el ataque contra los reductos. El otro de la carretera de Albi, ausiliar suyo, aunque feliz al principio, se estrelló luego contra fuegos vivísimos y á quema ropa que de repente descubrieron los enemigos en el puente de Matabiau, conteniendo á los nuestros y haciéndolos vacilar en su marcha. Advirtiólo Soult, y mandando contra la izquierda de los españoles al general d' Armagnac, arremetió este á la bayoneta é hizo desconcertar á los nuestros, muy acosados ya y oprimidos con mortíferos y cruzados fuegos. Ciaron, pues, algunos en un principio, pero repusiéronse luego, habiendo acudido á sostenerlos la brigada española que habia quedado de reserva en Pujade, y tambien algunos cuerpos portugueses de la division ligera de Alten, que se corrió hácia nuestro costado derecho, con cuyos movimientos se impuso respeto al enemigo. Señaláronse entonces entre los españoles algunos húsares de Cantabria al mando de D. Vicente Sierra, y brilló estraordinariamente el regimiento de tiradores de igual nombre, que se mantuvo constante y sereno bajo los atrincheramientos enemigos hasta que Wellington mismo le mandó retirarse, despues de haber sido víctima de su singular arrojo su intrépido coronel D. Leonardo Sicilia. Muchos fueron los esfuerzos de los caudillos españoles, y en especial los del general Freire para contener al soldado y hacer que no esperimentára quiebra la honra de nuestras armas, como lo consiguieron en efecto, pero á costa de preciosa sangre que esmaltó el último escudo de nuestra inmortal lucha. Ademas del coronel Sicilia, antes citado, quedaron muertos en el campo D Francisco Balanzat, que gobernaba el regimiento de la Corona, D. José Ortega, teniente coronel de estado mayor y otros varios, contándose entre los heridos los generales D. Gabriel de Mendizabal y D. José Ezpeleta, como tambien D. Pedro Mendez Vigo y D. José María Carrillo, gefes los dos de brigada, con otros muchos que no es posible enumerar, aunque merecedores todos de la gratitud de la patria.

Por fortuna se reparaba á la sazon tal contratiempo por el lado de Beresford, á quien tocaba embestir la derecha enemiga. Con valiente ímpetu precipitóse el general Cole sobre el reducto de la *Sypiere*, colocado en el estremo de la derecha enemiga, al paso que Clinton avanzaba por el frente para cooperar al mismo intento. Sucedieron bien ambos ataques, alojándose en las alturas y posesionándose del reducto dicho que guarnecia con un batallon el general Dauture; pero la tardanza de la artillería inglesa por causa de los malos caminos, dió lugar á Soult á reforzar su derecha con la division del general Taupin, la cual cayó sobre los aliados, aunque sin buen resultado para el frances que fué rechazado, y muerto el mismo ge-

neral Taupin. Acometieron en seguida los ingleses los dos reductos del centro llamados *les Augustin y le Colombier*, consiguiendo apoderarse de ellos la brigada del general Pack, que quedó allí herido; con lo cual ya solo conservaban los franceses en las colinas los dos reductos del norte. Contra ellos se dirigieron los aliados caminando lo largo de las cumbres, y ayudándolos por el frente D. Manuel Freire, seguido de sus divisiones, rehechas ya y bien dispuestas. No opusieron allí gran resistencia los franceses, y así abandonaron luego los reductos y atrincheramientos, y todas sus obras, en fin, por aquella parte, dejándolas en poder de las tropas aliadas, recogiendo solo la artillería que salvaron por el camino hondo que iba al canal.

Mientras Beresford y los españoles atacaban la derecha francesa, quiso el general Picton probar tambien fortuna por su lado y apoderarse del puente doble ó *Juneau*, en el embocadero del canal, y amagar el inmediato llamado de los *Mínimos*. Mas la suerte no ayudó á su valor, pues el terrible fuego de fusilería y artillería que le abrasaba por su frente y flanco, hízole ciar y volver á su puesto.

Tambien durante la batalla distrageron las fuerzas del general Hill (entre la que estaba una brigada de Morillo), al general Reille que defendia el arrabal de Saint-Ciprien, lanzándole de las obras esteriores, y obligándole á refugiarse dentro de la antigua muralla.

A las cuatro de la tarde concluyóse la accion, dueños los aliados de las colinas de Montrave ó Calvinet y sojuzgada la ciudad con artillería que plantaron en lo mas alto, satisfecha y cumplida así toda la idea que movió á lord Wellington á empeñar tan sangrienta batalla, en la cual tuvieron de pérdida los anglo-hispano-portugueses 4,714 hombres, á saber: 2,124 ingleses, 1,983 españoles y 607 portugueses. Presúmese no fué tanta la de los enemigos, abrigados de su posicion: contaron, sin embargo, entre sus heridos á los generales Arispe, Gasquet, Berlier, Lamorandiere, Baurot y Dauture (1).

En la noche del 11 al 12 de abril desamparó el mariscal Soult á Tolosa, tomando el camino de Carcasona, por donde le era dable juntarse con el mariscal Suchet. Los aliados entraron en Tolosa el mismo dia 12 rodeados de las aclamaciones de sus habitantes, nacidas tanto de los muchos partidarios y adictos que tenia allí la familia de Borbon, como del placer de ver alejada la guerra de sus muros.

En la tarde de aquel mismo dia se supo de oficio en Tolosa la entrada el 31 de marzo en Paris de los aliados del Norte. Creen algunos que los generales de los respectivos ejércitos lo sabian antes de la batalla del dia 10, y si en efecto es así, como parece probable, no se les puede perdonar, especialmente á lord Wellington que la presentó, el haber empeñado accion tan sangrienta en coyuntura semejante, siendo ya inútil cuando iba á terminarse la guerra: conducta que forma singular contraste con la observada por el caudillo británico en todo el curso de la contienda, y que obliga á darle otro nombre de lo que allá en Torres-Vedras se quiso llamar prudencia. Trajeron ahora la noticia el coronel ingles Cook y el coronel frances Saint-Simon; el primero encargado particularmente de comunicársela á lord Wellington, el segundo á los mariscales Soult y Suchet.

No se limitaban las novedades ocurridas á la mera ocupacion de la capital de Francia. El senado habia establecido allí el 1.° de abril un gobierno provisional,

(1) Esta batalla ha sido pintada por algunos escritores franceses como una victoria de su parte; pero los autores de la obra titulada: *Victoires, conquêtes, etc., des francais*, ya citada en otros lugares de la nuestra, la presentan como verdadera derrota, atribuyendo el triunfo de los aliados á la temeridad de Beresford, mas bien que á las medidas de Wellington. La pérdida que dan á estos es de 4,458 hombres (256 menos de los que decimos nosotros), y por lo que toca á los imperiales la hacen subir á 3,231 fuera de combate. Respecto de esta batalla, lo mismo que de otras varias acciones de este tomo, hemos nosotros seguido casi literalmente el relato del conde de Toreno, á cuya imparcialidad y exactitud en esta parte no podemos menos de tributar la merecida justicia, sintiendo no poder estar igualmente acordes con él, como verá el lector que no lo estamos, en una buena porcion de puntos que dicen relacion con la política.

á cuyo frente estaba el príncipe de Talleyrand, y desposeido al dia siguiente del cetro imperial á Napoleon Bonaparte, quien abandonado de casi todos sus amigos y secuaces, se habia visto forzado á abdicar la corona en su hijo, y luego á despojarse de ella absolutamente y sin restriccion alguna, á nombre suyo y de toda su



ABDICACION DE NAPOLEON.

estirpe, recibiendo como de gracia y para que le sirviese de refugio, la isla del Elba en el Mediterráneo. Decidió tambien el senado, en 6 del propio abril, llamar de nuevo al trono de Francia á la familia de los Borbones, y proclamar por rey á Luis XVIII, ausente todavía en Inglaterra, tomando el mando, ínterin llegaba este, su hermano el conde de Artois, bajo el título de lugarteniente del reino. Las potencias invasoras aprobaron tales mudanzas, como que ellas mismas las habian indicado.

Luego que los coroneles Cook y Saint-Simon comunicaron estas noticias á lord Wellington, dispusiéronse para ir al encuentro de los mariscales Soult y Suchet y completar su comision, poniendo cumplido término á la guerra. Mas antes que hablemos del resultado de tan importante mision, es preciso que demos nosotros término á la narracion de los sucesos militares de tan larga y empeñada lucha, siendo ya pocos y de corta importancia los que nos restan.

En Burdeos, luego que entraron allí los aliados, prepanáronse los parciales de la casa de Borbon á rechazar cualquier ataque de los bonapartistas; pero los generales Lhuillier y Decaen, de quienes se recelaban, no pudieron emprender cosa alguna, por impedírselo los movimientos de Wellington, ayudados por las maniobras de los marineros británicos, los cuales causaron mucho daño al enemigo desmantelando fuertes, clavando cañones y ahuyentando ó cogiendo barcos, de modo que en 9 de abril estaban despejadas las riberas hasta el castillo de Blaye, cuyo gobernador, el general Merle, se negó á entrar en pactos hasta el 16 de aquel mes, en que se cercioró de los sucesos de Paris.

El general británico sir Juan Hope, encargado del sitio de Bayona, supo tambien aquellas ocurrencias, pero no se las comunicó al gobernador de la plaza general Thouvenot, por no constarle de oficio. Las hizo sí correr por los puestos avanzados; mas los franceses lejos de darles crédito se irritaron con ellas, y el 14 ejecutaron una salida bien meditada y sostenida. Fingieron, pues, atacar del lado de Anglet, y lo verificaron entre Saint-Etienne y Saint-Bernard tan súbita y arrojadamente, que tomaron varios puestos. Acudiendo sir Juan Hope con su estado ma-

yor á remediar el mal, le sorprendieron los enemigos, rodeándole y cogiéndole prisionero despues de muerto su caballo y herido él mismo. Al cabo volvieron los franceses á la plaza y recuperaron los puntos antes perdidos, teniendo los últimos que lamentar la baja de 600 hombres entre muertos y heridos, ademas 231 prisioneros. Con este lamentable suceso acabó la guerra en el mediodía de la Francia.

En España dióse á partido el 27 de marzo el gobernador frances de Santoña; pero pasando la capitulacion á que la aprobase Wellington, se negó este á ratificarla por notar en ella la cláusula de que los sitiados tornarian á Francia bajo palabra de no tomar las armas durante la presente guerra, y estar ya el lord escarmentado con lo sucedido en Jaca, en donde otorgadas iguales condiciones, las quebrantaron los franceses luego que se vieron libres en su pais.

En Cataluña, al situarse Suchet en Figueras con 11,527 hombres, únicas fuerzas que le quedaban, trató de aumentarlas con las guarniciones de Tortosa y Barcelona; pero no pudiendo verificarlo por la vigilancia de los nuestros, salió al fin aquel mariscal de España con su pequeño ejército en los primeros dias de abril, volando antes las fortificaciones de Rosas, dirigiendo sus fuerzas via de Narbona. Dejó solo guarniciones en Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Murviedro y Peñiscola, cuyas plazas y fuertes bloqueaban los españoles, habiendo perecido en la última el gobernador frances con su estado mayor y muchos otros por la esplosion de un almacen de pólvora.

Volvamos ahora á ocuparnos de los coroneles Cook y Saint-Simon, los cuales se dirigieron á los cuarteles de Soult y Suchet para informarles de las grandes mudanzas y acontecimientos ocurridos, como tambien para entregarles las órdenes del gobierno provisional establecido en Paris. No quiso por el pronto el primero de estos mariscales someterse á lo que se le ordenaba, manifestando carecian tales nuevas y comunicaciones de la autenticidad debida, y solo añadió que entraria en un armisticio con los aliados hasta recibir órdenes ó avisos del emperador, si lord Wellington convenia en ello; propuesta que desechó el gefe ingles como intempestiva en tales circunstancias. Mas dispuesto Suchet á contemporizar con ellas, celebró consejo con los principales gefes de su ejército, y de acuerdo con estos, resolvió reconocer el gobierno provisional y someterse á sus mandatos y resoluciones. Al saber el mariscal Soult esta determinacion, fuéle ya forzoso ceder y obrar á imitacion de los demas.

Sin perder tiempo se abrieron tratos para una suspension de armas, la cual se concluyó en los dias 18 y 19 de abril entre los mariscales Soult y Suchet por una parte, y lord Wellington por otra, como general en gefe de todas las tropas aliadas.

Celebráronse para ello dos convenios, exigiéndolo asi el mariscal Suchet, que no queria reconocer ninguna supremacía en el otro, reputado entre sus compañeros por demasiado orgulloso y de condicion dominante. En consecuencia, cesaron las hostilidades asi en los ejércitos respectivos como delante de las plazas bloqueadas, debiendo entregarse á los españoles en un breve término las que todavía estuviesen en poder del frances.

Terminados aquí los sucesos militares de la guerra de la independencia, tan gloriosa á la España, solo nos resta para concluir su historia reseñar ligeramente las ocurrencias políticas que tan inesperado y triste fin pusieron desgraciadamente á la revolucion española.



CAPITULO L.

Funestos efectos de la conducta política de los españoles.—Salen el rey y los infantes de Gerona.—Llegan á Tarragona y Reus.—Empieza el rey á separarse de lo dispuesto por las córtes.—Entra el rey en Zaragoza.—Es bien recibido en esta ciudad.—Junta en Daroca.—Sale el conde del Montijo para Madrid.—Llega el rey á Teruel.—Conducta del general Copons.—Junta en Segorve.—Dictámen de D. Pedro Gomez Labrador.—Elío: su carácter.—Lo que sucede con el cardenal de Borbon.—Sale Elío á recibir al rey.—Tambien el cardenal de Borbon.—Entra el rey en Valencia.—Juramento de los oficiales del segundo ejército.—Representacion de los diputados llamados *Persas*.—Inaccion y apatía de las córtes.—Se trasladan estas á Doña María de Aragon.—Actividad de los que rodean al rey en Valencia.—Fea conducta de D. Santiago Wittinbgam.—Sale el rey de Valencia.—Sucesos del camino.—No admite el rey á la diputacion de las córtes que sale á recibirle.—Disposiciones contra el cardenal D. Luis de Borbon y D. José Luyando.—Atentados en Madrid.—Odiosidad que inspiran contra Fernando.—Préndese en Madrid á los regentes y á varios ministros y diputados.—Personas que ejecutan esta prision.—Honradez de D. José María Puig.—Disolucion de las córtes por orden del rey.—Asonada en Madrid.—Manifiesto ó decreto del 4 de mayo.—Juicio sobre este decreto.—Entrada del rey en Madrid.—Llega á esta capital lord Wellington.—Esperanzas burladas.—Evacuacion de las plazas que aun conservaban los franceses en España.—Tratado de paz y amistad con Francia.—Ministerios que nombra el rey Fernando.—Errada conducta de estos.—Conclusion de la obra.

CONSIDERADA en su parte puramente militar, no ofrece sino motivos de elogio, de aplauso y de admiracion la historia á que en este capítulo vamos á dar el anhelado fin, pues si bien es verdad que nuestras huestes fueron varias veces derrotadas por las francesas, tambien lo es que en medio de sus descalabros conservaron siempre aquella constancia, aquella energía y firmeza que solo es dado á los españoles desplegar en las grandes crísis y en los mas desesperados apuros. Mas la escena es muy otra por desgracia cuando se considera esa historia en su aspecto puramente político, presentándose á la vista afligida los errores que son el patrimonio de las naciones que por largo tiempo han debido al rigor de la suerte una esclavitud oprobiosa, é indigna de esas mismas naciones bajo el otro punto de vista. Afuer de historiadores veraces, debemos declarar sin rebozo, por mas que nos sea sensible, que la conducta política de los españoles al terminar su incomparable lucha está muy lejos de merecer encomios ó de ser acreedora á que la imite ningun otro pueblo que aspire á romper la coyunda de los déspotas que le esclavicen en lo interior, ni mas ni menos que la de los estraños en lo que toque á su independencia. Así, despues de haber censurado en los términos que hemos creido mas justos la marcha equivocada del gobierno y de los legisladores españoles de aquella época, tenemos por conclusion que culpar tambien la del mismo pueblo español, al menos en su mayor parte, pues solo su estravío inconcebible y el olvido de to-

dos sus derechos pudieron alentar para oprimirle la audacia del ingrato monarca que asi pagó con grillos y cadenas sus recientes é inmensos sacrificios. Otra habria sido la marcha de éste si los españoles, mas ilustrados, mas amantes de su dignidad, mas virtuosos en fin, hubieran opuesto á los amaños de un poder astuto pero cobarde, el mismo arrojo, el mismo denuedo con que acababan de echar por tierra de un modo tan glorioso para ellos, los planes del guerrero mas grande, mas afortunado y mas diestro que han reconocido los siglos.

El dia 28 de marzo salió de la ciudad de Gerona el ingrato rey de que hablamos, acompañado de los infantes D. Cárlos y D. Antonio, y sin pasar por la capital del Principado, dirijiéronse á Tarragona y desde allí á Reus, donde permanecieron el 2 de abril. Hasta aquí no se habia podido conocer bien el rumbo que en lo político tomaria el monarca. Generales, autoridades y pueblos habíanse conformado con las disposiciones de las córtes, y la familia real y sus consejeros las seguian tambien, al menos ostensiblemente; y aunque se multiplicaban los manejos y ofrecimientos reservados de descontentos y ambiciosos, como no se conocian bien por fuera, daban solo ocasion á sospechas que nadie se atrevia á creer completamente fundadas, hasta que estas crecieron y no poco con motivo de la estancia de Reus. Segun la ruta señalada por la Regencia con arreglo al decreto del 2 de febrero, tenia el rey que continuar su viage siguiendo la costa del Mediterráneo á Valencia, para desde allí pasar á Madrid. Estaba la familia real dispuesta á ejecutarlo asi, cuando la diputacion provincial de Aragon, movida por sí ó por sugestion de los descontentos, que es lo mas probable, dirigió á D. José de Palafox, que acompañaba al rey, una esposicion gratulatoria, pidiendo se dignase S. M. en su tránsito para la capital del reino honrar con su presencia á los zaragozanos. Accedió Fernando á la súplica, escitado por sus consejeros, los cuales quisieron aprovechar aquella coyuntura de manifestar que podian romper las trabas puestas por la Regencia al viage regio.

Salió el rey de Reus el 3 para por Lérida dirigirse á Zaragoza, acompañándole entonces su hermano D. Cárlos solamente, pues el infante D. Antonio se habia quedado en Reus á causa de una leve indisposicion, hallándose por otra parte resuelto á tomar en derechura el camino de Valencia.

Llegó el rey á Zaragoza el 6 de abril, y allí fué recibido con indecible amor y entusiasmo, realzado uno y otro con la presencia de D. José de Palafox, objeto entonces de todo el cariño de los habitantes. Todavía se mostraba aquí incierto Fernando sobre el partido que adoptaria en la parte política, pudiendo solo colegirse de algunas palabras que soltó que no desaprobaba del todo lo que se habia hecho durante su ausencia en punto á reformas. Sin embargo, preciso es decir en obsequio de la imparcialidad, que para el corazon de un rey educado en los alcázares del despotismo eran muy malos consejeros, de un lado la adhesion sin límites que le mostraban los ignorantes pueblos, y de otro las contínuas insinuaciones y consejos de los enemigos de las reformas, sostenidos estos por el infante D. Cárlos, hombre dotado de un carácter mas despótico y arbitrario que el de Fernando, sobre el cual ejercia un ascendiente inmenso. El rey salió de Zaragoza el 11, y llegó á Daroca aquel mismo dia.

Rodeado el rey de los mismos ilusos, impolíticos é ignorantes favoritos que le habian precipitado en el año 8, y deseando estos se tomase una determinacion respecto de la conducta política que debia adoptarse, celebraron al efecto una junta en la noche del 11, en la cual, para que nada malo faltase, tomó asiento el conde del Montijo. Fueron de dictámen todos los que allí concurrieron que no jurase el rey la Constitucion, escepto solo D. José de Palafox, quien para que le ayudasen á sostener su opinion, salió á llamar á los duques de Frias y de Osuna, que desde Zaragoza acompañaban al rey en su viage. Reunidos estos á los que se hallaban ya en junta, promovió el de San Cárlos la especie de si convendria ó no que jurase el rey la Constitucion. Opinó él mismo que no, sosteniendo el propio dictámen el conde del Montijo. Apartóse otra vez de este parecer D. José de Palafox y apoyóle el duque de Frias, bien que concediendo éste al rey derecho para intro-

ducir en la Constitucion las alteraciones que juzgase oportunas. El de Osuna estuvo indeciso, separándose todos de la junta sin convenirse en nada; pero acordes en que antes de resolver cosa alguna acerca del asunto, se congregarian de nuevo. A pesar de eso determinó el rey pocos instantes despues, siguiendo los consejos de San Cárlos, sugeridos por el del Montijo, que sin tardanza saliese éste para Madrid á fin de descubrir lo que tratasen allí los liberales, sin descuidar el pervertir al pueblo disponiéndole á sostener las resoluciones del rey: comision digna de aquel conde, hombre siempre intrigante é inquieto, y muy ligado por instinto y hábito con gente pendenciera y bulliciosa.

Continuando el rey el viage á Valencia entró en Teruel el 13, en donde sus habitantes, muy adictos á la Constitucion, se esmeraron en poner entre los ornatos escogidos para recibir al monarca muchos alegóricos al caso, mirándolos Fernando atentamente y aun aplaudiéndolos, avezado desde la niñez al disimulo. Hasta allí habia acompañado al rey en su viage el capitan general de Cataluña D. Francisco Copons y Navia, cuya presencia contuvo algun tanto á los que querian alejar al rey de la senda constitucional, si bien á nuestro modo de ver no hizo lo bastante en obsequio de la causa de la libertad, pues acaso no impidió como pudo el funesto decreto de Valencia, de que hablaremos mas adelante. Regresó el D. Francisco á su puesto, y en su ausencia no quedó nadie al lado del rey con influjo y peso bastantes á balancear los consejos de los enemigos de las nuevas instituciones.

El 15 llegaron el rey y su hermano D. Cárlos á Segorve, aumentándose allí las marañas y enredos, y preparándose ya la esplosion contra las córtes. Reunióse en aquella ciudad con su sobrino el infante D. Antonio, viniendo ya de Valencia acompañado de D. Pedro Macanaz. Acudieron tambien á Segorve el duque del Infantado y D. Pedro Gomez Labrador, procedentes de Madrid; los cuales en union con D. José de Palafox y los duques de Frias, Osuna y San Cárlos celebraron la misma noche del 15 nuevo consejo, siempre sobre el consabido asunto de si juraria ó no el rey la Constitucion. No asistió Don Juan Escoiquiz, el cual se habia adelantado á Valencia á desempeñar una comision parecida á la que llevó Montijo á Madrid. Prolongóse la reunion aquella noche hasta muy tarde, y en ella se presentó como de sorpresa el infante D. Cárlos. Frias y Palafox sostuvieron la misma opinion que en Daroca, haciendo lo mismo Osuna, aunque mas friamente. Al esponer la suya el duque del Infantado dijo: «Aquí no hay mas que tres caminos: jurar, no jurar «ó jurar con restricciones. En cuanto á no jurar, participo mucho de los te«mores del duque de Frias...» En lo demas que espresó dió á entender, aunque no á las claras, que se decidia por la última de las tres indicaciones hechas. San Cárlos y Macanaz se limitaron á insinuar que tenian ya manifestado su parecer al rey y al infante, y aunque no determinaron cual fuese este, se deja conocer, atendidas las opiniones de los dos, que seria no jurar. El que estuvo mas hosco que todos fué D. Pedro Gomez Labrador, quien en tono alborotado y feroz, votó «porque de «ningun modo jurase el rey la Constitucion, siendo necesario meter en un puño á los «liberales...» con otras palabras ofensivas y altaneras, propias de hombre muy poco cuerdo y que deponian contra él mismo, acreditándolo de ambicioso y falso; pues si tan criminales consideraba á las córtes, si tan mala era en su concepto la Constitucion, no debió haberla jurado ni debió tampoco admitir el cargo de Presidente en la Regencia de los cinco nombrada el 21 de enero de 1812. Disolvióse, no obstante, la junta actual como la anterior de Daroca, esto es, sin decidirse nada en ella, aunque ya conociéndose claramente cual seria la resolucion final.

Al dia inmediato 16 de abril pasó el rey á la ciudad de Valencia, en donde entre muchas personas de diversas categorías del partido opuesto, se hallaban tambien el cardenal arzobispo de Toledo D. Luis de Borbon, presidente de la Regencia, D. José Luyando, ministro interino de Estado, y algunas personas de la secretaría. Tambien habian acudido allí D. Juan Perez Villamil y D. Miguel de Lardizabal, ambos muy resentidos contra las córtes, influyendo mucho por tanto en las resoluciones de Valencia. Pero el que mas las precipitó, y el que mas contribuyó

con su indigna conducta á la catástrofe constitucional, fué el capitan general de Valencia D. Francisco Javier Elío, hombre siempre revoltoso y díscolo, soberbio y subversivo (1), y ahora desafecto á las reformas, y agraviado por lo que de él se dijo en las córtes y en los diarios, despues de la segunda accion de Castalla. Su indómito carácter se habia exacerbado mas á la sazon, á causa de un acontecimiento ocurrido en aquellos dias. Fué, pues, que al llegar á Valencia el infante D. Antonio, pasó Elío á cumplimentar á S. A., y bien por inadvertencia, ó de propósito para mostrar su aversion á las disposiciones de las córtes, le pidió el *santo* estando allí presente el cardenal arzobispo de Borbon, el que no bien soltó Elío semejante palabra, cuando, á pesar de su habitual mansedumbre, se alteró en estremo é increpóle de ignorancia en el cumplimiento de su obligacion, debiendo saber que á él solo como presidente de la Regencia tenia que dirigirse para pedir el *santo*. Admirados quedaron todos de la inesperada firmeza del cardenal, á quien solo pudieron aplacar los ruegos del mismo infante. Elío reprimió su despecho, y aguardó la llegada del rey para despicarse y tomar venganza. Asi con efecto lo hizo, saliendo al encuentro á Fernando, y pronunciando un discurso en el cual vertió amargas quejas en nombre de los ejércitos, suplicando al rey empuñase el baston de general que llevaba, cuya señal de mando (decia Elío con ridícula afectacion) adquiriria con eso valor y fortaleza nueva.

A poco encontróse tambien S. M. con el cardenal arzobispo cerca de Puzol, é imbuido ya malamente contra la persona de este prelado, tan firme entonces como débil antes en su carta á Napoleon, recibióle con ceño y disgusto, ofreciéndole orgulloso la mano para que se la besase. Discordes las opiniones sobre la conducta del cardenal en esta ocasion, dicen unos que no se opuso á besar la mano del rey, no viendo en aquel acto sino una muestra de puro respeto conforme al uso: hay otros por el contrario que asientan que tardó en ceder á los deseos del monarca, creyendo se lo prohibia el decreto de las córtes, y Fernando le mandó terminantemente entonces que obedeciese y que le besase la mano. De todas maneras cosas eran estas que descubrian con claridad la tormenta que nos amenazaba.

Entró el rey en Valencia el 16, y el dia siguiente pasó á la catedral á dar gracias al Todopoderoso por los beneficios que le dispensaba. Los tiranos son hipócritas siempre. En la misma tarde le presentó el general Elío la oficialidad del ejército que mandaba, á la cual preguntó estando delante de S. M. «¿Juran VV. sostener al rey en la plenitud de sus derechos?» A lo que aquellos hombres sin honra, pues nunca la han tenido los perjuros, respondieron: «si, juramos.» Desde entonces, arrojando Fernando ya de una vez la máscara con que habia ocultado su perfidia, empezó á ejercer en Valencia la soberanía sin miramiento alguno á lo que las córtes habian resuelto.

No trabajaban al mismo tiempo en Madrid con menos teson los enemigos de las reformas, entre los que figuraban varios diputados. A la cabeza de estos estaba D. Bernardo Mozo Rosales, quien acordó con otros compañeros suyos elevar á S. M. una representacion enderazada al deseado intento. Llevaba esta la fecha de 12 de abril, y era una reseña de todo lo ocurrido en España desde 1808, y un elogio de «la monarquía absoluta» á la que osaban apellidar, «*obra de la*

(1) No graduarán de apasionados los dictados que damos á Elío los que, instruidos en la vida pública de este inquieto y orgulloso gefe, recuerden entre la larga série de crímenes que forman su historia, que él fué el primer revolucionario de la América, enseñando á los hijos de aquel pais la desobediencia á las legítimas autoridades, cuando se puso en 1808 á la cabeza de los revoltosos de Montevideo, declarándose contra Buenos Ayres y en abierta lucha con su único verdadero gefe D. Santiago Liniers, virey de las provincias del Rio de la Plata. Fundados en la escandalosa conducta observada en estas por D. Francisco Javier Elío, debimos censurar á la Regencia cuando le dió el mando del segundo ejército, porque el porte de aquel en América hablaba muy alto para que un gobierno previsor pudiera dejar de oirlo, ni desconocer tampoco lo que debia esperar de semejante gefe.

«*razon y de la inteligencia..... subordinada á la ley divina* (1).....» El objeto de la representacion era alentar al rey á no jurar la Constitucion, ni aprobar las reformas planteadas en su ausencia. Fué este documento llamado *representacion de los persas*, por comenzar del modo siguiente: «Era costumbre en los antiguos persas.....» clásula que aunque pedantesca, es necesario confesar que las que le seguian estaban en su lugar al principio de semejante escrito, pues nada mas lógico que el que tomáran por norma de su proceder el de un pueblo reputado entre los antiguos por bárbaro, unos hombres que se hacian dignos del mismo dictado, cuando se atrevian á sostener ideas rancias y tan opuestas á las que como dictadas por la sana razon, forman la fe política de los tiempos modernos. D. Bernardo Mozo Rosales fué el encargado de llevar á Valencia la representacion, entre cuyas firmas se distinguia la suya como la primera.

No nos permite detenernos á comentar la conducta de los diputados llamados *persas*, la admiracion que nos causa la de los liberales, á los cuales, ni los sucesos de Madrid que se dejaban ver demasiado, ni las noticias cada vez sombrías que llegaban de Valencia, fueron bastantes á sacar de la fatal creencia de que el rey no destruiria de raiz las nuevas reformas, ni á hacerles tomar medida alguna capaz de conjurar la tempestad que ya rugia tan de cerca, y lo que es mas, ni aun á cautelarlos contra asechanzas personales que debian temer, si no desconocian del todo el corazon humano y la historia general del mundo.

Lejos de adoptar las córtes y el gobierno la marcha decidida y enérgica que las circunstancias reclamaban, contentáronse con escribir nuevamente dos cartas al rey que no merecieron respuesta, y con ir disponiendo el modo de recibirle y agasajarle en su entrada en Madrid y jura en el salon de las córtes. A este propósito decidieron trasladarse del que ocupaban en el teatro de los Caños del Peral á otro construido espresamente y con mas lujo en la casa de estudios y convento de agustinos calzados de Doña María de Aragon.

De otra manera obraban en Valencia. Allí se precipitaban los sucesos y se multiplicaban las juntas, en donde no eran ya admitidos los que tenian fama de inclinarse á opiniones liberales, disponiéndose en ellas las medidas mas á propósito para asegurar el triunfo del despotismo. Una de ellas fué aproximar á Madrid la division de D. Santiago Wittingham, quien llegando á Guadalajara el 30 de abril y preguntándole el gobierno de la Regencia que por qué venia, respondió que por obedecer disposiciones del rey comunicadas por el general Elío. ¡Asi pagaba un general ingles la honra concedida á Wellington de acaudillar en gefe nuestros ejércitos, con la necia confianza en la asamblea que en otra parte hemos censurado!

Preparado todo para la destruccion de las córtes, salió el rey de Valencia el 5 de mayo acompañado de su hermano y tio y de toda la comitiva allí reunida, y escoltado por una division del segundo ejército regida por el general en gefe D. Francisco Javier Elío. Recibieron al propio tiempo una real órden para regresar á Madrid el cardenal de Borbon y D. José Luyando, ignorando ambos del todo lo que de oculto se trataba, y sin que el último (dice Toreno, cuya narracion estractamos en gran parte), segun obligacion mas peculiar de su cargo, gastase mucho seso ni aun siquiera en averiguarlo.

En los pueblos del tránsito fué acogido el rey con regocijo que casi rayó en frenesí, aunque entristecieron los ánimos algunos soldados de Elío con grita contra

(1) Tenia este papel, dado á luz en Madrid en la imprenta de Ibarra, año de 1814, el título ó portada siguiente: «J. (Jesus) M. (María) J. (José).—Representacion y manifiesto que algunos «diputados á las córtes ordinarias firmaron en los mayores apuros de su opresion en Madrid, para «que la magestad del señor D. Fernando VII, á la entrada en España de vuelta de su cautividad, «se penetrase del estado de la nacion, del deseo de sus provincias y del remedio que creian «oportuno: todo fué presentado á S. M. en Valencia por uno de dichos diputados, y se imprime «en cumplimiento de real orden.»

las córtes, y aun derribando en algunos lugares las lápidas que con el letrero de *Plaza de la Constitucion* se habian colocado en las plazas mayores de cada pueblo.

Luego que supieron las córtes que se acercaba el rey á Madrid, nombraron una comision de su seno compuesta de seis individuos para que saliera á recibirle al camino y cumplimentarle. Esta encontró al rey en la Mancha y en medio del camino mismo, por lo que juzgó oportuno retroceder, para presentar á S. M. en el pueblo inmediato sus respetos y felicitaciones. Mas no lo consiguió, negándose el rey á darle allí audiencia, y mandando á sus individuos que aguardasen en Aranjuez, manifestando asi, y ya sin rebozo, que no queria contacto con la autoridad representativa, cuya ruina traia decretada.

Llegando aqui ya el fatal momento de ejecutar las resoluciones acordadas en Valencia, mandó el rey al cardenal de Borbon y á D. José Luyando que se retirasen, yendo el primero destinado á su diócesis de Toledo, y el segundo, como oficial de marina, al departamento de Cartagena.

A la propia sazon se consumaba en Madrid uno de los atentados acaso mas horribles que han visto los siglos modernos, no ya solo destrozando con mano alevosa las instituciones que la nacion se diera bajo el cañon enemigo, sino, lo que es mas inaudito, lo que no tiene ejemplo en los anales del mundo, y lo que constituye á Fernando VII el tipo mas deforme de perfidia y de ingratitud, dándose la tiránica órden en cuya virtud quedaron sepultados en lóbregos calabozos aquellos hombres denodados, aquellos varones ilustres, cuyo único delito era haber dado impulso al asombroso resorte que desde las columnas de Hércules bastó á romper las cadenas que ligaban al monarca en Valencey. Cuando se considera la diabólica sonrisa con que al ruido de los festejos que el pueblo ofrecia á Fernando en su tránsito, celebraba este la noticia de las trágicas escenas que tenian lugar en la capital de la monarquía, no puede dejar de presentarse á la imaginacion el bárbaro hijo de Agripina aplaudiendo al son de su flauta el incendio de la desdichada Roma, siquiera sea la primacía en lo cruel del que para desgracia de España habia la España abortado.

En efecto, la noche del 10 al 11 de mayo fueron presos en Madrid los dos regentes D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar, los ministros D. Juan Alvarez Guerra y D. Manuel García Herreros, y los diputados de ambas córtes D. Diego Muñoz Torrero, D. Agustin Argüelles, D. Francisco Martinez de la Rosa, D. Antonio Oliveros, D. Manuel Lopez Cepero, D. José Canga Argüelles, D. Antonio Larrazabal, D. Joaquin Lorenzo Villanueva, D. Miguel Ramos Arispe, D. José María Calatrava, D. Francisco Gutierrez de Teran y D. Dionisio Capaz, tocándole tambien la misma suerte á nuestro gran poeta nacional el ilustre D. Manuel José Quintana, y al conde, despues duque, de Noblejas, con su hermano y otros varios.

Procedió á ejecutar estas y otras prisiones el siempre déspota D. Francisco Eguía, de ominosa memoria, nombrado al propósito de antemano y calladamente por el rey capitan general de Castilla la Nueva, obrando bajo sus órdenes, asistidos de mucha tropa y estruendo con el título de jueces de policía, D. Ignacio Martinez de Villela, D. Antonio Alcalá Galiano, D. Francisco Leiva y D. Jaime Alvarez de Mendieta; y dá vergüenza decir que algunos de ellos habian sido diputados en las estraordinarias, y tuvieron sin embargo suficiente impudor y audacia para perseguir á los que fueron sus compañeros y aun amigos. No se portó asi el antiguo magistrado D. José María Puig, al que vimos de regente interino en 1810, el cual, con la consecuencia propia del hombre de bien, se negó absolutamente á desempeñar encargo tan criminal y odioso. Fueron encerrados los presos en el cuartel de Guardias de Corps y en otras cárceles de Madrid, metiendo á algunos en calabozos estrechos y fétidos, sin luz ni ventilacion, de aquellos en donde el hombre filantrópico no puede mirar sin lágrimas de compasion ni aun á los forajidos abrumados con los crímenes mas atroces.

Continuaron las prisiones en los dias sucesivos, y estendiéronse á las provincias, de donde fueron traidos á Madrid infinitos sugetos y diputados esclarecidos,

entre ellos D. Juan Nicasio Gallego, acabando por henchirse todas las cárceles de hombres inocentes y dignísimos que justísimamente formaban la gloria y el orgullo de España. No pudieron ser habidos á dicha suya los señores Caneja, Diaz del Moral, D. Tomas Isturiz, Tacon, Rodrigo y conde de Toreno, que huyendo de su desgraciado pais, buscaron su salvacion en estrañas tierras.

En la misma noche del 10 al 11 de mayo presentóse el general Eguia á D. Antonio Joaquin Perez, diputado americano por la Puebla de los Angeles y actual presidente de las córtes, intimándole de órden del rey quedar estas disueltas y acabadas del todo. No hizo Perez observacion ni puso reparo alguno, y antes bien créese que obedeció gustoso, estando en el número de los que firmaron la representacion de los sesenta y nueve *persas*, y en el secreto, segun se presumió, de todo lo que ocurria entonces. La mitra con que le galardonaron despues dió fuerza á la sospecha concebida de haber procedido de connivencia con los destruidores de las córtes, y por tanto indigna y culpablemente.

Una turba compuesta de la gente mas baja de la capital de España se entregó en la mañana del 11 á todos los escesos de la mas brutal licencia, arrancando la



Asonada Absolutista.

lápida de la Constitucion que arrastró por las calles, lo mismo que varias estátuas simbólicas y ornatos del salon de córtes, y prorumpiendo en gritos de venganza contra los liberales y en especial contra los presos; pero que afortunadamente no encontraron eco en lo general de la poblacion, con lo que se frustraron los intentos de los malvados, dirigidos á provocar un general motin para á su sombra asesinar en las prisiones á los mártires de la libertad que en ellas gemian.

Amaneció tambien en aquel dia puesto en las esquinas un manifiesto con título de decreto, firmado del rey y refrendado por D. Pedro de Macanaz, que aunque fecho en Valencia á 4 de mayo, habiase tenido hasta entonces muy reservado y oculto. El lenguage de este documento (1) era hipócrita, impostor y falaz, y en él,

(1) Para mengua de los hombres que lo dictaron y oprobio del monarca que lo sancionó, hé aquí el testo del manifiesto á que nos referimos.

«Desde que la divina Providencia, por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi augusto padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenia ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en córtes, segun fuero y costumbre de la nacion española usados desde largo tiempo, y desde aquel fausto dia que entré en la capital en medio de las mas sinceras demostraciones de amor y lealtad con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestacion de su amor á

despues de hacer el rey un falso alarde de los deseos que le habian animado siempre de formar la felicidad de la nacion, pasaba á acriminar á las córtes, las que decia le habian despojado de la soberanía que de derecho le correspondia, declarando por lo mismo nulos los actos de aquella asamblea, inclusa la Constitucion; y concluia protestando que aborrecia y detestaba el despotismo, ofreciendo ademas reunir córtes y asegurar de un modo duradero y estable la libertad individual y real, y hasta la de imprenta, en los límites que la sana razon prescribia.

Tal era en sustancia el contesto del célebre decreto de Valencia, origen de tantos males, baldon y oprobio eterno del monarca que lo firmó. La falta de cumplimiento á las promesas que el ingrato monarca hizo en él á la faz de la nacion y del mundo, y el ilegal y tiránico sistema que empezó á seguir desde entonces y que no abandonó hasta el sepulcro, prepararon bien pronto el voto unánime con que los hombres de bien de todos los paises han maldecido el nombre del cautivo de Valencey y condenado su memoria á la execracion del universo.

Asegúrase que fué autor de este manifiesto ó decreto D. Juan Perez Villamil, auxiliado de D. Pedro Gomez Labrador, llevando la pluma y haciendo de secretario D. Antonio Moreno, ayuda de peluquero que habia sido de Palacio, y en seguida consejero de hacienda.

Entró al fin el rey en Madrid el 13 de mayo, adonde habia llegado el mismo dia D. Santiago Wittingham con su division, no tanto para agrandar la pompa en obsequio de la celebridad del dia, cuanto para impedir se perturbase la pública tranquilidad y custodiar la persona del monarca, ¡que tal es la pension de los tira-

---

mi real persona á las huestes francesas, que con achaque de amistad se habian adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un dia ejecutaria este heróico pueblo por su rey y por su honra, y dando el ejemplo que noblemente siguieron todos los demas del reino; desde aquel dia, pues, puse en mi real ánimo para responder á tan leales sentimientos y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones, y á reparar los males á que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un valido durante el anterior reinado. Mis primeras manifestaciones se dirigieron á la restitucion de varios magistrados y de otras personas á quienes arbitrariamente se habia separado de sus destinos; pero la dura situacion de las cosas y la perfidia de Bonaparte, de cuyos crueles efectos quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblos, apenas dieron lugar á mas. Reunida allí la real familia, se cometió en toda ella y señaladamente en mi persona un tan atroz atentado, que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual, asi por sus circunstancias, como por la série de sucesos que allí pasaron; y violado en lo mas alto el sagrado derecho de gentes, fuí privado de mi libertad, y de hecho del gobierno de mis reinos, y trasladado á un palacio con mis muy caros hermano y tio, sirviéndonos de decorosa prision asi por espacio de seis años aquella estancia. En medio de esta afliccion siempre estuvo presente en mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos, y era gran parte de ella la consideracion de los infinitos males á que quedaban espuestos, rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo para poder resistirles, sin rey y sin un gobierno de antemano establecido que pudiese poner en movimiento y reunir á su voz las fuerzas de la nacion y dirigir su impulso, y aprovechar los recursos del estado para combatir las considerables fuerzas que simultáneamente invadieron la Peninsula, y estaban pérfidamente apoderadas de sus principales plazas. En tan lastimoso estado espedí en la forma que rodeado de la fuerza lo pudo hacer, como el único remedio que quedaba, el decreto de 5 de mayo de 1808, dirigido al Consejo de Castilla, y en su defecto á cualquiera chancillería ó audiencia que se hallase en libertad, para que se convocasen las córtes, las cuales únicamente se habian de ocupar por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, quedando permanentes para lo demas que pudiese ocurrir; pero este mi real decreto por desgacia no fué conocido entonces, y aunque lo fué despues, las provincias proveyeron, luego que llegó á todas la noticia de la cruel escena de Madrid por el gefe de las tropas francesas en el memorable dia 2 de Mayo, á su gobierno por medio de las juntas que crearon. Acaeció en esto la gloriosa batalla de Bailen; los franceses huyeron hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital me aclamaron de nuevo rey de Castilla y Leon, en la forma en que lo han sido los reyes mis augustos predecesores. Hecho reciente de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusion de sus vivas, que conmovieron la sensibilidad de mi corazon adonde se grabaron para no borrarse jamás. De los diputados que nombraron las juntas se formó la Central, quien ejerció en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde setiembre de 1808 hasta enero de 1810, en cuyo mes se estableció el primer consejo de la Regencia, donde se continuó el ejercicio de aquel poder hasta el 24 de setiembre del mismo año, en el cual fueron instaladas en la isla de Leon las córtes llamadas generales y estraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que prometieron conservarme todos mis dominios como á su soberano, 104 diputados, á saber: 57 propietarios y 47 suplentes, como consta del acta que certificó el secretario de estado y del despacho de Gracia y Justicia D. Nicolas María de Sierra. Pero á estas córtes, convocadas de un modo jamás usado en Es-

nos, obligados por sus mismos crímenes á rodearse siempre de espadas y bayonetas! Desde la puerta de Atocha, por donde entró S. M., hasta palacio, embellecian la carrera arcos de triunfo y otros adornos, no escaseando tampoco en ella las alabanzas y vitores, si bien muy distantes de igualar á los que recibió el mismo Fernando cuando su entrada en la capital el 24 de marzo en 1808, pues ahora faltaban los de los buenos y honrados patriotas, retirados unos á llorar en la soledad las desventuras que amenazaban á su patria, y ocupados otros en enjugar las lágrimas de las familias de tantos inocentes sumidos en encierros y calabozos.

El 24 del mismo mes de mayo hizo tambien su entrada pública en Madrid por la puerta de Alcalá lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, dejando con su venida burladas las esperanzas de los que creian se interesaria en las desgracias de tantos hombres virtuosos y dignos, siquiera por la buena correspondencia que habia seguido con muchos de ellos, y por lo que otros habian contribuido á su elevacion; pero ¡cuál no debió ser el pasmo de los que tanto le habian engrandecido á costa de la honra de la patria, al verle inmóvil, frio, indiferente en medio de la inmensa desgracia que pesaba sobre sus mejores hijos! Inmovil, frio é indiferente decimos, porque la esposicion que, segun se asegura, dirigió aquel general á Fernando, *llena de prudentes consejos, de tolerancia y buena gobernacion,* no fué por un lado servicio que tuviese mucho de activo, ni por otro podia pasar sino como un medio mas ó menos ingenioso de cubrir el espediente, sin arrostrar compromiso ninguno en obsequio de la libertad que se desmoronaba en España, cuya Constitucion del año 12 es cosa sabida de todos que no tenia en el duque de Wellington sino un mal

---

paña aun en los casos mas árduos, y en los tiempos turbulentos de minoridades de reyes, en que ha solido ser mas numeroso el concurso de procuradores que en las córtes comunes y ordinarias, no fueron llamados los estados de la nobleza y clero, aunque la Junta Central lo habia mandado, habiéndose ocultado con arte al consejo de Regencia este decreto, y tambien que la junta le habia asignado la presidencia de las córtes, prerogativa de la soberanía, que no habria dejado la Regencia al arbitrio del congreso, si de él hubiese tenido noticia. Con esto quedó todo á la disposicion de las córtes, las cuales, en el mismo dia de su instalacion y por principio de sus actas me despojaron de la soberanía, poco antes reconocida por los mismos diputados, atribuyéndola nominalmente á la nacion, para apropiársela á sí ellos mismos, y dar á esta despues, sobre tal usurpacion, las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva constitucion, que sin poder de provincia, pueblo, ni junta, y sin noticia de las que se decian representadas por los suplentes de España é Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812. Este primer atentado contra las prerogativas del trono, abusando el nombre de la nacion, fué como la base de los muchos que á este siguieron, y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron adoptados y elevados á leyes que llamaron fundamentales por medio de la gritería, amenazas y violencias de los que asistian á las galerías de las córtes, con que se imponia y aterraba, y á lo que era verdaderamente obra de una faccion, se le revestia del especioso colorido de voluntad general, y por tal se hizo pasar la de unos pocos sediciosos que en Cádiz y despues en Madrid ocasionaron á los buenos cuidados y pesadumbres. Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos diarios de las córtes dan harto testimonio de todos ellos. Un modo de hacer leyes tan ageno de la nacion española, dió lugar á la alteracion de las buenas leyes con que en otro tiempo fué respetada y feliz. A la verdad casi toda la forma de la antigua constitucion de la monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la constitucion francesa de 1791, y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron, no leyes fundamentales de una monarquía moderada, sino las de un gobierno popular con un gefe ó magistrado, mero ejecutor delegado, que no rey, aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir á los incautos y á la nacion. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva constitucion; y es conocido de todos, no solo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero tambien la pena con que á los que no la firmasen y jurasen se amenazó. Para preparar los ánimos á recibir tamañas novedades, especialmente las respectivas á mi real persona y prerogativas del trono, se procuró por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban diputados de córtes, y abusando de la libertad de imprenta establecida por estas, hacer odioso el poderio real, dando á todos los derechos de la magestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de rey y déspota, y llamando tiranos á los reyes; al mismo tiempo que se perseguia á cualquiera que tuviese firmeza para contradecir, ó siquiera disentir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todo se aceptó el democratismo, quitando del ejército y armada y de todos los establecimientos, que de largo tiempo habian llevado el título de reales, este nombre, y sustituyendo el de nacionales, con que se lisonjeaba al pueblo, quien á pesar de tan perversas artes conservó con su natural lealtad los buenos sentimientos que siempre formaron su carácter. De todo esto, luego que entré dichosamente en el reino, fuí adquiriendo fiel noticia y conocimiento parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos dias con imprudencia se derramaron especies tan groseras é infames acerca de mi venida y de mi carácter,

humorado adversario. De Madrid restituyóse el general británico á Inglaterra, en donde su rey, no ingrato como el español, colmóle de honores y distinciones, haciendo lo mismo el parlamento.

Entretanto fuéronse evacuando las plazas que estaban aun en poder del frances y que debian entregarse á los españoles, segun los convenios ajustados en Tolosa el 18 y 19 de abril. Rindióse Benasque el 23 del propio mes, aunque á costa de algun fuego y escaramuzas. El 18, 22, 25 y 28 de mayo Tortosa, Murviedro, Peñíscola, Santoña y Barcelona, las dos últimas en un mismo dia. El 3 y 4 de junio Hostalrich y Figueras, quedando con esto del todo libre de enemigos el territorio peninsular. Regresaron tambien á su patria respectiva los prisioneros de guerra, y los españoles que bajo nombre de reos de estado se habia llevado Napoleon á Francia, cuyo territorio fueron desocupando sucesivamente las tropas anglo-portuguesas y las nuestras.

Ultimamente, para complemento de tantos acontecimientos accedió el gobierno español en 20 de julio al tratado de paz y amistad que habian concluido los aliados con Francia en 30 de mayo, debiendo en el término de dos meses enviar las potencias respectivas á Viena ministros ó embajadores que ventilasen en un congreso los asuntos pendientes y generales de Europa.

Al finalizar mayo modificó el rey Fernando el ministerio que habia formado en los primeros dias del mismo mes, estando á la cabeza de ambos el duque de San Cárlos. Siguióse por uno y otro la política comenzada en Valencia, creciendo cada vez mas la intolerancia y las persecuciones contra los hombres de mas ilustracion y valía.

---

que aun respecto de cualquier otro serian muy graves ofensas, dignas de severa demostracion y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazon, y solo fueron parte para templarla las demostraciones de amor de todos los que esperaban mi venida, para que con mi presencia pusiese fin á estos males y á la opresion en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo os juro y prometo á vosotros, verdaderos y leales españoles, al mismo tiempo que me compadezco de los males que habeis sufrido, no quedareis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro soberano quiere serlo para vosotros, y en esto coloca su gloria, en serlo de una nacion heróica que con hechos inmortales se ha grangeado la admiracion de todos y conservado su libertad y su honra. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos de poder, que ninguna constitucion posible podrá precaver del todo, ni fueron vicios de la que tenia la nacion, sino de personas, y efectos de tristes pero muy rara vez vistas circunstancias, que dieron lugar y ocasion á ellos. Todavía para precaverlos cuanto sea dado á la prevision humana, á saber, conservando el decoro de la dignidad real y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos, que son igualmente inviolables, yo trataré con sus procuradores de España y de las Indias, y en córtes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo mas pronto que restablecido el órden, y los buenos usos en que ha vivido la nacion y con su acuerdo han establecido los reyes mis augustos predecesores, las pudiere juntar, se establecerá sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mis reinos, para que mis vasallos vivan prósperos y felices en una religion y un imperio estrechamente unidos en indisoluble lazo: en lo cual y en solo esto consiste la felicidad temporal de un rey y un reino que tienen por escelencia el título de católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunion de estas córtes, donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de las leyes que, afianzando la pública tranquilidad y el órden, dejen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable, que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despótico, deben vivir los ciudadanos que esten sujetos á él. De esta justa libertad gozarán tambien todos, para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, dentro, á saber, de aquellos límites que la sana razon soberana é independientemente prescribe á todos, para que no dejenere en licencia, pues el respeto que se debe á la religion y al gobierno, y el que los hombres mútuamente deben guardar entre sí, en ningun gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará tambien toda sospecha de disipacion de las rentas del Estado, separando la tesorería de lo que se asignáre para los gastos que exijan el decoro de mi real persona y familia, y el de la nacion á quien tengo la gloria de mandar, de la de las rentas que con acuerdo del reino se impongan y asignen para la conservacion del Estado de todos los ramos de su administracion; y las leyes que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos, serán establecidas con acuerdo de las córtes. Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el gobierno de que me voy á encargar, y hará conocer á todos, no un déspota ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos. Por tanto, habiendo oido lo que

Conducta horrible y culpable, cuyas tristes consecuencias producirán no menos sinsabores al que haya de escribir el relato de tan funesto reinado, que los que en nosotros ha producido el último período de la guerra de la independencia peninsular, cuya historia terminamos aquí. Ardua empresa la que hemos tomado á nuestro cargo. No nos lisongeamos de haberla desempeñado dignamente; pero sí descansamos en la confianza de haber procurado observar en nuestra narracion la mas escrupulosa exactitud, lo mismo cuando hemos escrito llenos del noble orgullo que en el corazon de todo buen español no pueden menos de inspirar la magnánima resolucion é inimitable constancia de la nacion heróica que de un modo tan portentoso supo salvar su existencia como tal nacion, abriendo la tumba á las glorias del primer guerrero del mundo que tuvo la desgracia de retarla, que cuando abrumados de pena hemos tenido que considerar la degradacion del pais en olvidar sus triunfos y consentir que se pisoteasen por un rey cobarde é ingrato su altiva dignidad y sus derechos. ¡Triste consecuencia del yugo que sobre él habia pesado por espacio de mas de dos siglos, acostumbrando como maquinalmente á la tiranía interior á los que no podian sufrir ni el mas ligero amago de servidumbre por parte de las gentes estrañas! ¡Haga el cielo que los errores de nuestros padres enseñen en lo sucesivo á los españoles los medios de adquirir su libertad, y que esta sea á par la precursora de la completa y deseada emancipacion de todo el género humano!

únicamente me han informado personas respetables por su celo y conocimientos, y lo que acerca de cuanto aquí se contiene se me ha espuesto en representaciones que de varias partes del reino se me han dirigido, en las cuales se espresa la repugnancia y disgusto con que asi la Constitucion formada en las córtes generales y estraordinarias, como los demas establecimientos políticos de nuevo introducidos, son mirados en las provincias, y los perjuicios y males que han venido de ellos, y se aumentarian si yo autorizase con mi consentimiento y jurase aquella Constitucion; conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas, declaro, que mi real ánimo es no solamente no jurar, ni acceder á dicha Constitucion, ni á decreto alguno de las córtes generales y estraordindrias, y de las ordinarias actualmente abiertas, á saber: los que sean depresivos de los derechos y prerogativas de mi soberanía establecidas por la Constitucion y las leyes, en que de largo tiempo la nacion ha vivido, sino el declarar aquella Constitucion y decretos nulos y de ningun valor y efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamas tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligacion en mis pueblos y súbditos, de cualquiera clase y condicion, á cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiese sostenerlos y contradijese esta real declaracion, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atentaria contra las prerogativas de mi soberanía y la felicidad de la nacion, y causaria turbacion y desasosiego en estos mis reinos, declaro reo de lesa magestad á quien tal osare é intentare, que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito, ora de palabra moviendo ó incitando, ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha Constitucion y decretos. Y para que entretanto se restablece el órden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino, acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administracion de justicia, es mi voluntad que entretanto continúen las justicias ordinarias de los pueblos que se hallan establecidas, los jueces de letras adonde los hubiere, y las audiencias, intendencias y demas tribunales de justicia en la administracion de ella, y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, segun de presente están, y entretanto se establece lo que convenga guardarse, hasta que oidas las córtes que llamaré, se asiente el órden estable de esta parte del gobierno del reino. Y desde el dia que este mi decreto se publique, y fuere comunicado al presidente que á la sazon lo sea de las córtes, que actualmente se hallan abiertas, cesaran estas en sus sesiones; y sus actas y las anteriores, y cuantos espedientes hubiere en su archivo y secretaría, ó en poder de cualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la ejecucion de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen: los libros de su biblioteca se pasaran á la real, y á cualquiera que tratáre de impedir la ejecucion de esta parte de mi real decreto, de cualquier modo que lo haga, igualmente le declaro reo de lesa magestad, y que como á tal se le imponga pena de la vida. Y desde aquel dia cesará en todos los juzgados del reino el procedimiento en cualquiera causa que se hallare pendiente por infraccion de Constitucion, y los que por tales causas se hallaren presos ó de cualquier modo arrestados, no habiendo otro motivo justo segun las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que así es mi voluntad, por exijirlo todo así el bien y la felicidad de la nacion. Dado en Valencia á 4 de mayo de 1814.—*Yo el Rey.*—Como secretario del rey con ejercicio de decretos, y habilitado especialmente para este:—*Pedro de Macanaz.*»

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.

ADVERTENCIA.

Al relato de la *Guerra de la Independencia* que acaba de terminarse debia seguir, segun lo anunciado en el prospecto y segun lo repetido en las portadas de los tres tomos, el de la época de 1814 á 1820, no menos que el de la constitucional de 1820 á 1823 y el de la continuacion del reinado de Fernando VII hasta la muerte de este monarca, terminando la obra con un cuadro ó exámen comparativo de los reinados de Cárlos IV y Fernando VII. Tal fué el vasto plan concebido en un principio, y tal la razon de haber el autor destinado todo el tomo I de la obra á la narracion del reinado del primero de dichos monarcas, como que en él se elaboraron, digámoslo asi, las causas que produgeron la guerra y las mas de las desgracias que nos han afligido despues. Las vicisitudes que esta publicacion ha esperimentado desde 1842 en que comenzó á darse á luz, son bien conocidas del público, asi como la necesidad en que el autor se ha visto de variar el plan primitivo, reduciendo á tres solos volúmenes una obra que debia tener cinco. Unido esto á la celeridad con que ha tenido que redactarse el tomo último, á fin de prolongar lo menos posible el fastidio de los suscritores, cansados y con mucha razon de las repetidas interrupciones que ha sufrido la obra, servirá de disculpa sin duda á la irregularidad irremediable que como proviniente de ambas causas é independientes de la voluntad del autor, observarán los lectores en el conjunto de las partes de que consta. Por lo demas, la obra acaba aquí, no atreviéndose la empresa actual á dilatar por mas tiempo su apetecida conclusion, yendo ya transcurridos cuatro años y medio desde la aparicion de la primera entrega.

Esta importante consideracion hará que se la escuse del empeño de estender el relato hasta la época de la muerte de Fernando VII, y tanto mas deberá escusarla, cuanto, aunque narracion importante, no es de esencia ni de necesidad en una obra cuyo principal objeto es la guerra sostenida por los españoles contra las huestes de Napoleon, y la historia de esta queda redactada con imparcialidad y conciencia.

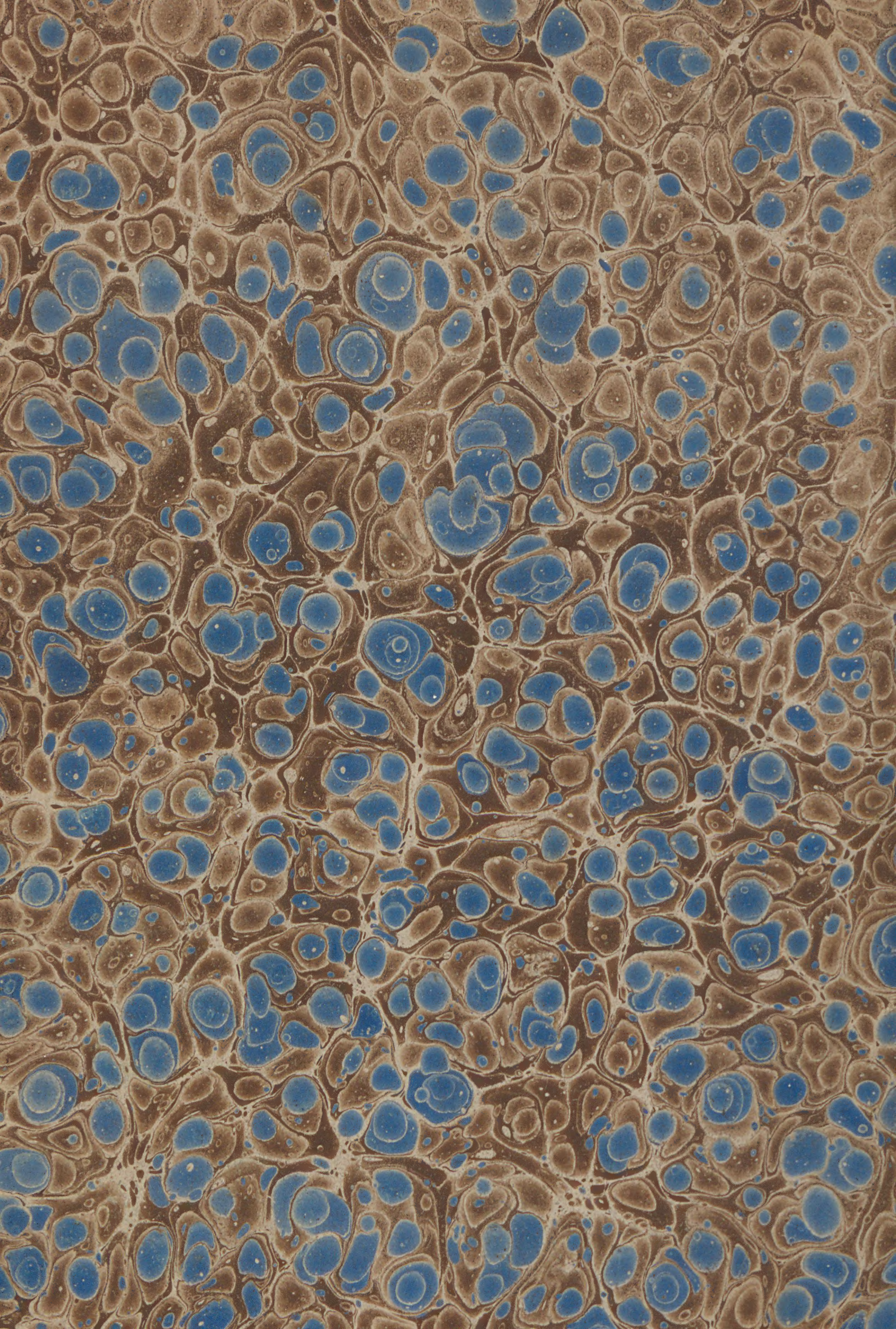
El *Sr. D. Miguel Agustin Príncipe* da á luz ahora sus Tirios y Troyanos, ó sea su *Historia Trágica-cómico-política de la España del siglo XIX*, y en ella podrán ver los lectores completamente desarrollado el cuadro de los sucesos posteriores á la *Guerra de la Independencia*, que por las razones ya dichas y por el mucho coste que ya tiene esta obra, no se atreve su empresa á aumentar con una relacion innecesaria é independiente de su objeto principal.

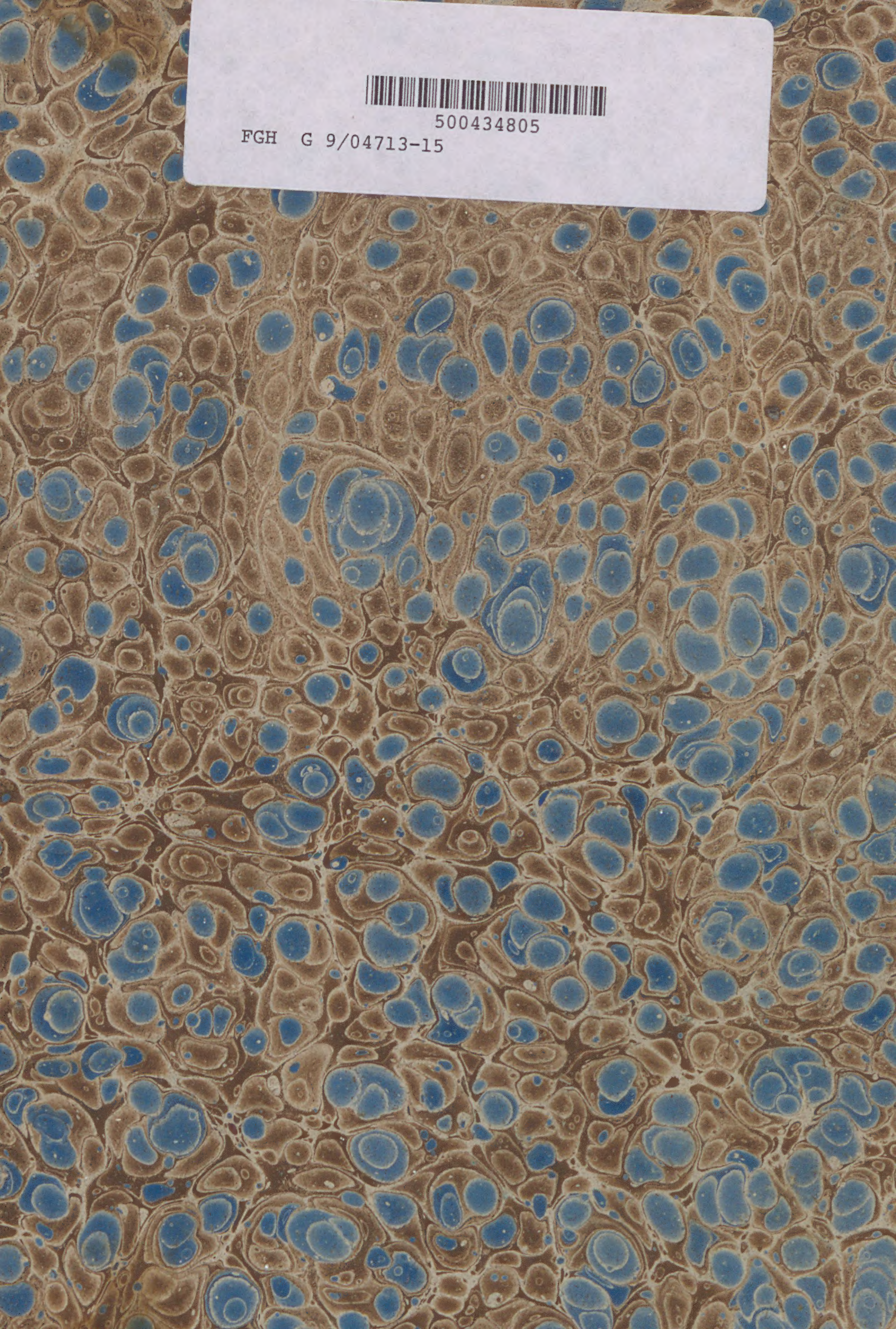
ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

Guion para la colocacion de las láminas.

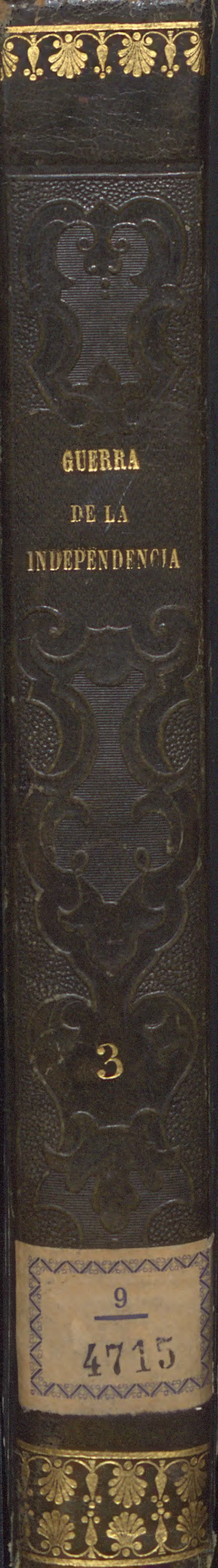
Páginas.

NOTA. La lámina número 23, que representa el retrato del Empecinado, se repartió con el tomo I, y la de la Apertura de las córtes generales y estraordinarias (número 10) con el tomo II; con las cuales queda compensada la falta de otras dos que para igualar elnúmero de entregas tenia el I.




500434805
FGH G 9/04713-15




GUERRA
DE LA
INDEPENDENCIA
3
9
4715